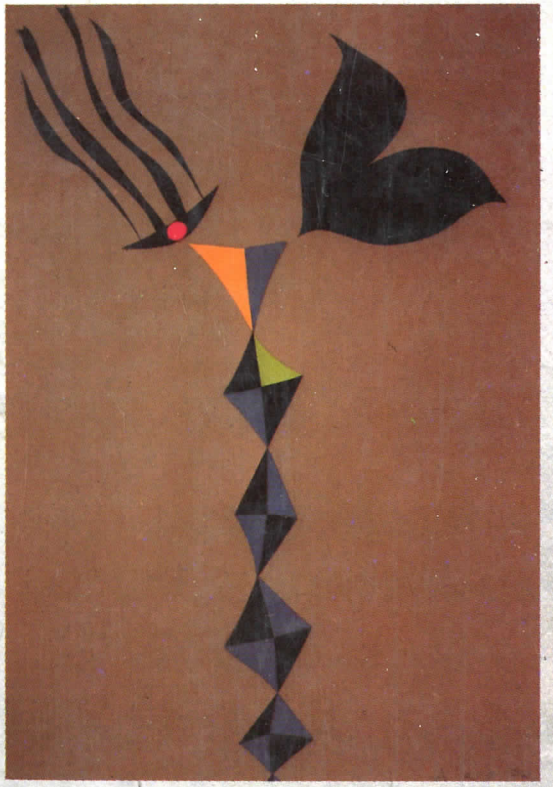
James E. Dougherty
Robert L. Pfaltzgraff

TEORÍAS EN PUGNA EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES



Grupo Editor Latinoamericano
Colección Estudios Internacionales

Los elementos básicos del enfoque que guió a los autores para la redacción de este libro, fueron:

- Un método interdisciplinario que toma reflexiones de campos tradicionales y científico-conductistas.
- Un esfuerzo para integrar teorías nuevas con otras más viejas, tanto como aportes de diferentes perspectivas, en los fenómenos internacionales.
- Una presentación imparcial de las diferentes teorías de los diversos teóricos, junto con las opiniones de sus críticos donde fuere pertinente.
- La amplia cita de fuentes especializadas en las cuales se basan los análisis.

El propósito de este manual es ayudar a los estudiantes de grado y de posgrado en su búsqueda de una comprensión del campo de la teoría, en constante evolución. No se trata, entonces, de propagar una sola teoría favorita, sino de dar cuenta de toda la bibliografía disponible, intentando evaluar objetivamente las diversas teorías, pero sin dejar de plantear sus puntos de intersección o superposición, de convergencia o divergencia. Y si bien los autores saben muy bien que este campo es tan vasto y complejo que el logro de una explicación única, unificada, cautelosa y sin embargo poderosa de los fenómenos internacionales siempre puede resultar elusiva, entienden, sin embargo, que hoy más que nunca se trata de una zona fascinante para la verdadera comprensión de la naturaleza esencialmente política de la condición humana.

TEORÍAS EN PUGNA EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Título del original en inglés:

CONTENDING THEORIES OF INTERNATIONAL RELATIONS:
A Comprehensive Survey
© 1990 by HarperCollins Publishers, Inc.
All rights reserved.
Published by arrangement with
HarperCollins College Publishers,
10 E. 53rd Street,
New York, NY 10022, U.S.A.
(Todos los derechos reservados.
Publicada con autorización de
HarperCollins College Publishers,
10 E. 53rd Street,
New York, NY 10022, U.S.A.)

RECONOCIMIENTOS

1 — Frederick S. Dunn, World Politics, I (October 1948), p. 153. "© 1948 by Princeton University Press. Used by permission of the Johns Hopkins University Press."
2 — Morton A. Kaplan, World Politics, XX (October 1967), p. 18. "© 1967 by Princeton University Press. Used by permission of the Johns Hopkins University Press."
3 — P. T. Bauer, Journal of Contemporary History, vol. 4 (1969), p. 14. Reprinted by permission of Sage Publications Ltd.
4 — James Caporaso, International Organization, 32 (Winter 1978). "© 1978 by the MIT Press. Reprinted by permission of MIT Press."
5 — James C. Davies, American Sociological Review, XXVII (February 1962), p. 17. (Note: this material is in public domain as reported by the American Sociological Association.)
6 — William T. Fox, The Annals (How Wars End), 392 (November 1970), pp. 11-12, 18. Used by permission of Mrs. William T. R. Fox through Columbia University.
7 — Oscar J. Lissitzyn, International Conciliation, 548 (March 1963), p. 78. Used by permission of Carnegie Endowment for International Peace.
8 — Robert Jervis, World Politics, XXXI (April 1979), pp. 308-312. "© 1979 by Princeton University Press. Used by permission of the Johns Hopkins University Press."
9 — Richard K. Betts, World Politics, XXXVII (January 1985), pp. 189-191. "© 1986 by Princeton University Press. Used by permission of the Johns Hopkins University Press."
10 — R. Harrison Wagner, World Politics, XXXVIII (October 1985), pp. 563, 590-591-592. "© 1986 by Princeton University Press. Used by permission of the Johns Hopkins University Press."
11 — Kenneth A. Oye, World Politics, XXXVIII (October 1985), p. 17. "© 1985 by Princeton University Press. Used by permission."
12 — Karl W. Deutsch, Journal of Conflict Resolution, XIV (Dec. 1970), pp. 486-487-488. "© 1970 by Sage Publications. Reprinted by permission of Sage Publications, Inc."
13 — Ivo K. Feierabend and Rosalind L. Feierabend, Journal of Conflict Resolution, X (September 1966), p. 269. "© 1966 by Sage Publications. Reprinted by permission of Sage Publications, Inc."
14 — Arthur Gladstone, Journal of Conflict Resolution, III (June 1959), pp. 143-144. "© 1959 by Sage Publications, Inc. Reprinted by permission of Sage Publications, Inc."
15 — Werner Levi, Journal of Conflict Resolution, IV (Dec. 1960), p. 428. "© 1960 by Sage Publications. Reprinted by permission of Sage Publications, Inc."

JAMES E. DOUGHERTY
ROBERT L. PFALTZGRAFF (hijo)

TEORIAS EN PUGNA EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Traducción de
CRISTINA PIÑA

GRUPO EDITOR LATINOAMERICANO
Colección ESTUDIOS INTERNACIONALES

Colección ESTUDIOS INTERNACIONALES
212.408
1ª edición - 3.000 ejemplares
ISBN 950-694-292-7

© 1993 *by* Grupo Editor Latinoamericano S.R.L.
Buenos Aires, Argentina.

Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723.

Impreso y hecho en la Argentina. Printed and made in Argentina.

Colaboraron en la preparación de este libro:

Diseño de tapa: Pablo Barragán. Composición y armado: Artes Gráficas Platino. Impresión interior: Del Carril Impresores. Impresión de tapa: Artes Gráficas San Carlos S.A. Películas de tapa: Fotocromos Rodel. Encuadernación: Proa S.R.L. Se utilizó para el interior papel Chambril de 63 g y para la tapa cartulina OREPLUS de 240 g provistos por Copagra S.A.

PREFACIO

Con esta nueva edición, *Teorías en pugna en las relaciones internacionales* entra en su tercera década de utilización en universidades y cursos de post-grado. Nos hemos esforzado por conservar los elementos básicos del enfoque que nos guió en la preparación de las dos primeras ediciones:

1. *Un método interdisciplinario* que toma reflexiones de campos tradicionales y científico-conductistas.
2. *Un esfuerzo por integrar* teorías nuevas con otras más viejas, tanto como aportes de diferentes perspectivas, en los fenómenos internacionales.
3. *Una presentación imparcial* de las diferentes teorías de los diversos teóricos junto con las opiniones de sus críticos donde fuere pertinente.
4. *La amplia cita de fuentes especializadas* en las cuales se basan nuestros análisis.

Debido a restricciones de espacio, hemos reducido o eliminado la revisión de ciertas teorías que aparecían en las ediciones anteriores para dejarle espacio a nuevo material sobre la naturaleza de la teoría, el paradigma para el estudio de las relaciones internacionales, los sentidos del poder, la teoría del régimen, el neorrealismo, el conflicto de baja intensidad y el análisis del sistema mundial; las especificaciones en los conceptos de disuasión y control de armamentos (tanto nuclear como convencional); las causas y correlatos de la guerra y los recientes desarrollos —en especial la teoría de la toma de decisiones— en lo relativo a la crisis y el manejo de la crisis. El campo de la teoría internacional siempre está cambiando en sus aspectos sustanciales y metodológicos. Sin embargo, seguimos convencidos de que en las relaciones internacionales, como en general en las ciencias sociales, se puede entender mejor la teoría cuando se la vincula con las reflexiones perdurables del pasado y se la construye a partir de ellas. Durante los años ochenta, no se han producido revoluciones teóricas ni se ha registrado una reorganización radical en ese campo, si bien se ha intensificado el debate paradigmático. Si algo ha ocurrido, a medida que nos acercamos al fin del siglo, es que los cambios en el sistema internacional parecen estar superando en velocidad a los desarrollos en la teoría internacional y esto plantea un desafío fundamental para los especialistas y los pensadores serios de la próxima generación.

Nuestro propósito es ayudar a los estudiantes graduados y de posgrado en su búsqueda de una comprensión del campo de la teoría, en constante evolución. Como un solo texto no puede hacer más que señalar líneas esti-

mulantes para ulterior exploración y estudio, suministramos amplias notas bibliográficas. Para la tercera edición, se han agregado más de 200 nuevas referencias de fuentes a las más de 1.200 de la edición anterior. Es de esperar que los estudiantes graduados que preparan monografías tanto como los estudiantes de posgrado que trabajan en temas de investigación más avanzados se beneficien de esta información bibliográfica.

Los autores nos embarcamos en este proyecto hace más de veinte años. Mientras codirigíamos el seminario para estudiantes graduados sobre teorías de las relaciones internacionales en la Universidad de Pennsylvania, nos dimos cuenta de que los estudiantes se sentían abrumados por la gran variedad de teorías que estaban empezando a abundar en el campo. Nuestro fin era ir en su ayuda, no ya propagando una sola teoría favorita, sino dando cuenta de toda la panoplia de bibliografía disponible e intentando evaluar las diversas teorías lo más objetivamente que pudiéramos, planteando sus puntos de intersección o superposición, de convergencia o divergencia. Sabemos muy bien que este campo es tan vasto y complejo que el logro de una explicación única, unificada, cautelosa y sin embargo poderosa de los fenómenos internacionales siempre puede resultar elusiva. Sin embargo hoy más que nunca, se trata de una zona fascinante e importante de estudio, reflexión e investigación.

En las ediciones anteriores nombramos a muchas personas que merecían nuestra profunda gratitud por sus contribuciones a nuestro desarrollo intelectual y a este trabajo. Las deudas siguen extistiendo en esta edición. Queremos manifestar especialmente nuestra gratitud a los colegas de la Universidad San José, la Facultad Fletcher de Derecho y Diplomacia, la Universidad Tufts y el Instituto de Análisis de la Política Exterior quienes, a lo largo de décadas, han contribuido en gran medida a nuestra comprensión de las relaciones internacionales. Expresamos nuestra gratitud a los muchos estudiantes que han planteado preguntas desafiantes acerca de teorías de las relaciones internacionales. Ambos nos hemos beneficiado inconmensurablemente de las discusiones con encargados de trazar políticas en Estados Unidos y el exterior, cuyas perspectivas ofrecen una base indispensable para evaluar la relación entre teoría y práctica en el mundo tal como es, frente a la forma como quisiéramos que fuera.

Seríamos egoístas si no nombráramos a quienes nos hicieron valiosos comentarios para esta edición. Linda F. Brandy del Instituto de Tecnología de Georgia, Richard W. Mansbach de la Universidad Estatal de Iowa y James Lee Ray de la Universidad Estatal de Florida sacrificaron tiempo de su exigente agenda para leer todo el manuscrito. Sus reflexiones y críticas mejoraron el producto final de nuestra tarea. Le estamos agradecidos a Richard Shultz, de la Facultad Fletcher de Derecho y Diplomacia de la Universidad Tufts, por materiales vinculados con la discusión del conflicto de baja intensidad del Capítulo 8. Expresamos nuestra gratitud a colegas del Instituto de Análisis de Política Exterior, especialmente Jacquelyn K. Davis y Charles M. Perry, vicerrectora Ejecutiva y director de Estudios, respectivamente, por valiosas reflexiones sobre el vínculo entre teoría y política.

Marjorie Duggan, del Instituto de Análisis de Política Exterior, nos ofreció una ayuda indispensable en la preparación del manuscrito para su publicación, manteniendo en mente numerosas revisiones y renumerando las notas a pie de página, tanto como pasando a máquina todo el borrador. Stephanie Auer, de la Saint Josephs' University, pasó a máquina algunos de los borradores parciales tempranos de James Dougherty, y David Lutkins, también del Instituto de Análisis de Política Exterior, desempeñó un sobresaliente servicio al controlar las notas a pie de página para que tuvieran coherencia y precisión, obteniendo permiso para citar fragmentos incluidos en el texto, supervisando la lectura de pruebas final y suministrando otras formas de ayuda a la investigación. Tamah Swenson, con la ayuda de Kristen Miller, llevó adelante la minuciosa tarea de preparar el índice. Brian Lawler y Eric Labs también leyeron las pruebas del manuscrito final. A todos los que ayudaron en la producción de esta edición, les expresamos nuestra gratitud. Ojalá que esta edición contribuya a una comprensión de las teorías de las relaciones internacionales por parte de una naciente generación de especialistas, estudiantes y encargados de trazar políticas en el mundo cada vez más complejo y heterogéneo de fines del siglo XX.

James E. Dougherty
Robert L. Pfaltzgraff, Jr.

Capítulo 1

ENFOQUES TEÓRICOS DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

En toda disciplina la teoría es esencial para la comprensión de los fenómenos, para pensar acerca de su interrelación, para conducir la investigación y —para mencionar un objetivo más inmediatamente útil en las ciencias sociales— para recomendar una acción política sólida. Los especialistas en biología, química y otras ciencias exigen teorías adecuadas para que les den una dirección bien orientada a su trabajo de búsqueda de curas para enfermedades tales como el cáncer. No menos importantes son los diseños teóricos en la búsqueda mucho más antigua de una solución para lo que, en general, se considera como el problema central de las relaciones internacionales: el de impedir la guerra mientras que, al mismo tiempo, se les permite a las sociedades preservar sus valores más caros y mejores. El teórico de las relaciones internacionales rechaza la tendencia a sustituir el análisis cuidadoso por consignas superficiales de calcomanía del tipo de "Hagamos el amor, no la guerra". Una doctrina de amor universal, si se la practicara universalmente, sin duda nos llevaría, con toda probabilidad, a una era de paz en la tierra, pero semejante doctrina no parece a punto de ser aceptada por el grueso de la humanidad. Quienes se sienten obligados —sea como miembros del Poder Ejecutivo o legisladores, encargados de tomar decisiones económicas, asesores, diplomáticos, especialistas, maestros, periodistas o votantes— a adoptar un enfoque responsable de los asuntos internacionales, deben ir más allá de las opiniones y consignas, a un estudio sistemático del sistema global. Cualquiera que intente sacar algún sentido de la aparente incoherencia de la escena mundial, de manera que los acontecimientos separados, en lugar de resultar puramente azarosos, puedan ser explicados dentro de un modelo ordenado e inteligible, es un teórico de corazón.

Los primeros enfoques de la teoría de las relaciones internacionales

Los esfuerzos por teorizar acerca de las naturaleza de las relaciones entre los estados son bastante viejos; algunos de hecho se remontan a la antigüedad en la India, China y Grecia. Si bien las reflexiones de Platón y Aristóteles sobre el tema son bastante esquemáticas, el historiador de la antigua Grecia, Tucídides, escribió un tratado clásico, *Historia de la Guerra del Peloponeso,* que cualquier estudiante de relaciones internacionales todavía puede leer con provecho.[1] *El príncipe* de Maquiavelo, un precursor del moderno análisis del poder y del sistema de los estados, ponía

el énfasis en una ciencia "libre de valores", del trazado de políticas exteriores y del arte del manejo del Estado.[2] *De Monarchia* de Dante se convirtió en uno de los primeros y más poderosos llamados de la bibliografía política occidental a una organización internacional capaz de hacer cumplir la paz.[3] Otros tempranos defensores de una confederación o liga de naciones-estado fueron Pierre Dubois (abogado y autor de panfletos políticos francés de fines del siglo XIV y principios del XV), Emeric Crucé (monje francés de fines del siglo XVI y principios del XVII), el Duc de Sully (ministro del rey Enrique IV de Francia), William Penn, el Abbé de Saint Pierre (publicista francés y reformador teórico de fines del siglo XVII y principios del siglo XVIII), Jean-Jacques Rousseau, Jeremy Bentham e Immanuel Kant.[4]

A pesar de estos escritos clásicos, no se produjo ningún desarrollo sistemático comparable al de las teorías políticas internas del Estado en el campo de la teoría internacional antes de la Primera Guerra Mundial. Martin Wight ha señalado que si por "teoría internacional" aludimos a una "tradición de especulación acerca de las relaciones entre los estados, una tradición pensada como gemela de la especulación acerca del Estado a la que le corresponde el nombre de 'teoría política' ", semejante tradición no existe.[5] Wight sugiere que una explicación de esta ausencia es que desde Grotius (1583-1645), el jurista y estadista holandés, y Pufendorf (1632-1694), el jurista e historiador alemán, casi toda la especulación acerca de la comunidad internacional cayó bajo el encabezamiento de derecho internacional. Señala que la mayoría de los escritos sobre relaciones entre los estados antes de este siglo estaba contenida en la bibliografía política de los escritores centrados en la paz, como los antes citados; enterrado en los trabajos de los historiadores; enclaustrado en las reflexiones periféricas de los filósofos o albergados en discursos, despachos y memorias de estadistas y diplomáticos. Wight llega a la conclusión de que en la tradición política clásica, "la teoría internacional, o lo que hay de ella, está dispersa, es no sistemática y en su mayoría resulta inaccesible para el lego", tanto como es "en gran medida rechazante e intratable en su forma".[6] La única teoría que inspiraba el pensamiento de la época —y era una teoría en cierta forma más cara a los diplomáticos profesionales que a los especialistas universitarios— era la del equilibrio de poder. Por cierto, era una recolección de lo que parecían ser axiomas de sentido común, más que una teoría rigurosa.

El período de la historia europea que va de 1648 a 1914 constituye la edad de oro de la diplomacia, el equilibrio de poder, las alianzas y el derecho internacional. Casi todo el pensamiento político se centraba en el estado-nación soberano: los orígenes, funciones y limitaciones de los poderes gubernamentales, los derechos de los individuos dentro del Estado, las exigencias de orden y los imperativos de la autodeterminación y la independencia nacional. El orden económico, de manera simplista, se entendía como algo separado de la política y las políticas internas derivadas del arte de la diplomacia. Se esperaba que los gobiernos promovieran y protegieran el comercio, pero no que lo regularan. Diversas ramas del pensamiento socialista buscaban avanzar en nuevas direcciones, pero los socialistas, a pesar de su profesado internacionalismo, realmente no produjeron una teoría internacional coherente. Postularon una teoría del imperialismo tomada en gran parte de John A. Hobson (1858-1940), el economista británico, y en consecuencia derivada de una teoría económica oriunda de los estados capitalistas.[7] Hasta 1914, los teóricos de las relaciones internacionales casi uniformemente suponían que la estructura de la sociedad internacional era inalterable y que la división del mundo en estados soberanos era necesaria y natural.[8] El estudio de las relaciones internacionales consistía casi enteramente en la historia diplomática y el derecho internacional más que en la investigación de los procesos del sistema internacional.

Los enfoques modernos de la teoría de las relaciones internacionales

Cierto ímpetu tendiente a un estudio serio de las relaciones internacionales se produjo en nuestro país cuando Estados Unidos emergió como potencia mundial, pero las ambigüedades de la política exterior norteamericana, junto con la tendencia hacia el aislacionismo durante las décadas de 1920 y 1930, impidieron el desarrollo de las relaciones internacionales como una disciplina intelectual. Se desarrolló una dicotomía entre los idealistas intelectuales, que compartían la visión de Woodrow Wilson de la Liga de las Naciones, y los políticos que, sintiendo presiones en favor de un "retorno a la normalidad", bloquearon la entrada de Estados Unidos en la organización mundial. Los norteamericanos exigían un orden mundial moral y pacífico, pero no estaban dispuestos a pagar el precio. Esta dicotomía entre impulsos nobles y tendencias hacia el aislacionismo se vio claramente reflejada en el Tratado Kellogg-Briand de 1928, que "deslegitimaba" la guerra a través de una declaración moralista, pero no suministraba ningún medio adecuado para hacerlo cumplir.[9]

Durante una década o más después de Versailles, los dos enfoques más populares de la enseñanza de los asuntos mundiales en las universidades norteamericanas incluían cursos de acontecimientos actuales y cursos de derecho y organización internacional. Los cursos de acontecimientos actuales estaban diseñados más para promover la comprensión internacional que para aplicar metodologías de ciencias sociales con provecho.[10] Los cursos de derecho internacional subrayaban las discrepancias entre las obligaciones formales de los estados (especialmente los miembros de la Liga) y su conducta concreta en una era de lucha entre potencias ansiosas por preservar el *statu quo* internacional y aquellas decididas a transformarlo.[11]

Mientras algunos especialistas ingleses y norteamericanos de este período entre las dos guerras mundiales se concentraban en el estudio del derecho y la organización internacional, otros buscaban evaluaciones más dinámicas, y abarcadoras de fuerzas y acontecimientos en las relaciones entre los estados. Los historiadores diplomáticos de primer nivel buscaban las "causas" y los "orígenes" de la Gran Guerra de 1914-1918.[12] Otros historiadores exploraban el fenómeno del nacionalismo, durante mucho tiempo considerado (hasta hoy) como la fuerza política más potente del mundo moderno, a pesar del advenimiento de ideologías universalistas.[13]

Aparecieron escritos especializados en diversas áreas —problemas de seguridad, guerra y desarme;[14] imperialismo,[15] diplomacia y negociación;[16] el equilibrio de poder;[17] los aspectos geográficos del poder mundial (que se apoyó en el trabajo de Alfred Thayer Mahan y Sir Halford Mackinder, tratado en el Capítulo 2);[18] la historia de la teoría de las relaciones internacionales;[19] y los factores económicos en las relaciones internacionales.[20] Por ejemplo, Sir Norman Angell, uno de los escritores británicos más prolíficos de este tiempo y recipiendario del Premio Nobel de la Paz de 1933, sugirió que la guerra entre estados altamente industrializados era un ejercicio fútil, porque el comercio libre había hecho surgir una interdependencia sin precedentes, que a su vez hacía esencial la cooperación internacional para su bienestar individual y colectivo. Un conjunto de teorías parciales estaba en proceso de desarrollarse. Muchas de éstas luego se convirtieron en elementos de esfuerzos más abarcadores tendientes a hacer síntesis a posteriori de la Segunda Guerra Mundial.

E. H. Carr y la crisis de la política mundial

Para los años treinta había un creciente reconocimiento entre los profesores de relaciones internacionales de la brecha existente entre los "utopistas" y los "realistas". El clima académico posterior a la Primera Guerra Mundial hizo que fuera conducente para los utopistas preocuparse por los medios de impedir otra guerra. En consecuencia, esta tarea impulsó el estudio serio de las relaciones internacionales. Ningún especialista de dicho período analizó de manera más aguda que Edward Hallet Carr en su celebrado trabajo,[21] las diferencias filosóficas entre utopistas y realistas. Éste, si bien publicado en 1939, no tuvo su efecto en Estados Unidos hasta después de la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de los análisis comparatistas siguientes se remiten claramente a dicho trabajo.

Carr veía a los utopistas, en su mayoría, como a descendientes intelectuales del optimismo iluminista del siglo XVIII, el liberalismo del siglo XIX y el idealismo wilsoniano del siglo XX. El utopismo está estrechamente asociado con una tendencia distintivamente anglo-norteamericana a suponer que los estadistas disfrutan de amplia libertad de elección en el trazado de la política exterior.[22] Echados a perder por un cierto fariseísmo, los utopistas se aferraban a la creencia de que Estados Unidos había entrado en la Primera Guerra Mundial como un adalid desinteresado, inclusive remiso, de la moral internacional. Subrayando cómo debería comportarse la gente en sus relaciones internacionales más que cómo se comporta de hecho, los utopistas norteamericanos desdeñaban la política del equilibrio de poder (históricamente identificada con Europa), los armamentos nacionales, el uso de la fuerza en los asuntos internacionales y los tratados secretos de alianza que precedieron a la Primera Guerra Mundial. Por contraposición, subrayaban los derechos y obligaciones legales internacionales, la armonía natural del interés nacional —que recordaba la "mano invisible" de Adam Smith[23]— como reguladora de la preservación de la paz internacional, una fuerte confianza en la razón en los asuntos humanos y la confianza en la función de preservador de la paz del

"tribunal mundial de la opinión pública". (Los utopistas, por cierto, podían aducir que el equilibrio de poder mismo correspondía a la "mano invisible" que había sido desacreditada en su enfoque.)

El utopismo en la teoría de las relaciones internacionales se basa en el presupuesto, tomado del Iluminismo del siglo XVIII, de que las circunstancias del entorno configuran la conducta humana y que tales factores pueden ser alterados como base para transformar la conducta humana. En agudo contraste con la teoría realista, que se discutirá en el Capítulo 3, los utopistas sostienen que la humanidad es perfectible, o al menos capaz de mejorar. En el nivel internacional, el entorno político puede ser transformado por el desarrollo de nuevas instituciones tales como la Liga de las Naciones o las Naciones Unidas. A través del establecimiento de normas de conducta, el comportamiento político puede cambiarse. Una vez que tales patrones se planteen, sería posible crear electorados educados y un liderazgo capaz de aceptarlos. Se supone que puede esperarse que la opinión pública esclarecida tome decisiones racionales. Más aún, capital para la teoría utópica era el presupuesto de una armonía de interés en la paz en el nivel de la colectividad o el estado-nación, basado en el interés del individuo en un mundo pacífico. El interés más alto del individuo coincide con el de la comunidad en general. Si los estados no han abrazado la paz, se debe a que el liderazgo no ha respondido a la voluntad del pueblo. Un sistema internacional basado en gobiernos representativos (un mundo que se ha vuelto seguro para la democracia, en palabras de Woodrow Wilson) necesariamente sería un mundo pacífico. Por este motivo, un dogma principal de la teoría utópica era la autodeterminación nacional. Si los pueblos son libres de elegir la forma de gobierno bajo la cual quieren vivir, elegirán formas representativas de gobierno. El resultado será crear el marco necesario para la realización de la armonía de interés en un mundo pacífico.

El utopismo se planteó en un estadio inicial del desarrollo de la teoría de las relaciones internacionales. En palabras de E. H. Carr, las relaciones internacionales "surgieron de una guerra grande y desastrosa; y el propósito abrumador que dominaba e inspiraba a los pioneros de la nueva ciencia era impedir la recurrencia de esta enfermedad en el cuerpo político internacional".[24] La destrucción producida por la Primera Guerra Mundial fue lo que llevó además a la búsqueda de normas e instituciones internacionales en la forma del Acuerdo de la Liga de las Naciones y el marco de seguridad colectiva establecido por sus fundadores. En opinión de Carr, se dice que el deseo es el padre del pensamiento, en el sentido de que un urgente deseo por abolir la guerra o reducir su poder de destrucción configuró la aproximación a la teoría de las relaciones internacionales. En este estadio inicial, el fin o la teleología "precede y condiciona el pensamiento". En consecuencia, afirma Carr, al principio del establecimiento de un nuevo campo de investigación, "el elemento de deseo o propósito es abrumadoramente fuerte, y la tendencia a analizar hechos y medios, débil o inexistente".[25] Tal es la perspectiva que guió el desarrollo de las relaciones internacionales en las décadas transcurridas entre las dos guerras mundiales, especialmente en Estados Unidos pero también en Gran Bretaña. El punto de vista dominante consistía en adoptar lo que

era internacional y rechazar lo que era nacional, y evaluar los acontecimientos del día según el nivel en el que se adecuaran a los patrones establecidos por las normas legales internacionales y la Liga de las Naciones. Así surgió una literatura especial, altamente normativa en su contenido, cuyo propósito era, tal como se establecía en el prólogo de uno de tales volúmenes de G. Lowes Dickinson: "Diseminar el conocimiento de los hechos de las relaciones internacionales e inculcar la forma internacional más que la nacionalista de considerarlos... pues el mundo no puede ser salvado por gobiernos y clases gobernantes. Sólo puede ser salvado por la creación, entre los pueblos del mundo, de una opinión pública tal que no pueda ser engañada por una mala interpretación ni llevada a posiciones erróneas por la pasión".[26] Además de Dickinson, la lista de contribuyentes a esta bibliografía utópica incluía a Nicholas Murray Butler, James T. Shotwell, Alfred Zimmern, Norman Angell y Gilbert Murray.

En la medida en que la Segunda Guerra Mundial se aproximaba, la brecha entre la teoría utópica y los acontecimientos del momento se ensanchaba. Los fracasos de la Liga de las Naciones en los años treinta arrojan dudas acerca de la armonía de interés en la paz, que parecía adecuarse más a los intereses de las potencias satisfechas del *statu quo*, que a las necesidades notorias de los estados revisionistas que buscaban cambios de fronteras, una posición más importante y un mayor poder y, especialmente en el caso de la Alemania nazi, la venganza por la humillación del acuerdo posterior a la Primera Guerra Mundial impuesto por el tratado de Versailles. Contrariamente al presupuesto utópico, la autodeterminación nacional no siempre producía gobiernos representativos. Por el contrario, el derrocamiento del viejo orden monárquico dio surgimiento, en muchos lugares, Rusia incluida, a un Estado totalitario aún más generalizado. El mundo no consistía principalmente en estados que amaban la paz, basados en la realización de una armonía internacional de interés en la paz. Por el contrario, cada vez más los agentes principales abrazaban ideologías como el fascismo y el comunismo, unidos, por ejemplo, en el infame Pacto Molotov-Ribbentrop de agosto de 1939 entre la Unión Soviética y la Alemania nazi, que dispuso el escenario para la invasión nazi a Polonia, el estallido de la Segunda Guerra Mundial, la división de Polonia y la absorción de los estados bálticos en la Unión Soviética, todo en contravención de los patrones de conducta internacional planteados en la teoría utópica. Los estados que de manera más fuerte encarnaban la teoría utópica y eran sus centros intelectuales, fueron los que más cortos se quedaron respecto de sus preceptos. Estados Unidos había rechazado el llamado wilsoniano al internacionalismo y se había negado a unirse a la Liga de las Naciones, revirtiéndose por el contrario hacia el aislacionismo. En Gran Bretaña la carnicería de la Primera Guerra Mundial, que había tenido como resultado la pérdida de gran parte de una generación de hombres, generó un pacifismo cuyo efecto fue restringir, en gran medida, cualquier capacidad de aplicar la fuerza necesaria dentro o fuera de la Liga de las Naciones contra los estados expansionistas como la Alemania nazi o la Italia fascista, tanto como el Japón imperial, hasta el principio de la Segunda Guerra Mundial. Este fue el escenario internacional que marcó la declinación de la fase utópica y suministró un

terreno intelectual fértil para la revalorización y reformulación de una teoría realista de las relaciones internacionales, discutida en el Capítulo 3.

Los realistas, en contraste con los utopistas, subrayaban el poder y el interés, más que los ideales, en las relaciones internacionales. El realismo es básicamente conservador, empírico, prudente, sospechoso ante los principios idealistas y respetuoso de las lecciones de la historia. Es más probable que produzca un enfoque pesimista que uno optimista de la política internacional. Los realistas consideran el poder como el concepto fundamental de las ciencias sociales (tal como la energía en la física), si bien admiten que las relaciones de poder a menudo están encubiertas en términos morales y legales. Más aún, critican a los utopistas por preferir las metas visionarias al análisis científico.

Para los realistas, las apelaciones a la razón y a la opinión pública han demostrado ser, lamentablemente, débiles apoyos para mantener la paz en los años treinta; por ejemplo, no salvaron a Manchuria y Etiopía de la agresión. Así, si bien los idealistas esperaban un cambio que permitiera el desarme, los realistas subrayaban la seguridad nacional y la necesidad de la fuerza militar para apoyar la diplomacia.

El argumento que opone el utopismo al realismo es clásico. El análisis de Carr de esta dialéctica sigue siendo oportuno: "El sentido más profundo de la crisis internacional moderna", afirmaba, "es el colapso de toda la estructura del utopismo basado en el concepto de la armonía de intereses".[27] En su opinión, la moral internacional de los años de entreguerra simplemente justificaba los intereses de las potencias dominantes establecidas, angloparlantes, de los satisfechos frente a los insatisfechos, de los "que tienen" frente a los "que no tienen". Carr, un pragmático, censuraba a utópicos y realistas. Veía que mientras los utopistas ignoran las lecciones de la historia, los realistas a menudo leen la historia de forma demasiado pesimista. Mientras los idealistas exageraban la libertad de elección, los realistas exageraban la causalidad fija y caían en el determinismo. Mientras los idealistas podían confundir el interés nacional con los principios morales universales, el realismo corre el riesgo del cinismo y "fracasa en suministrar cualquier terreno para las acciones con fines y sentido",[28] es decir, el realismo niega que el pensamiento humano modifique la acción humana. El fin precede a la observación; la visión de un Platón viene antes que el análisis de un Aristóteles. La visión inclusive puede parecer totalmente irreal. Carr cita a los alquimistas que intentaban convertir el plomo en oro, señalando que cuando su proyecto visionario fracasó, empezaron a analizar los "hechos" con mas cuidado, dando nacimiento así a la ciencia moderna.[29] Llega a la conclusión de que las teorías políticas sólidas contienen elementos de utopismo y realismo, de poder tanto como de valores morales.[30]

El realismo posterior a la Segunda Guerra Mundial

Como no es sorprendente, la Segunda Guerra Mundial y su período inmediatamente posterior apartaron aún más el pensamiento occidental sobre las relaciones internacionales del idealismo del temprano período de la

Liga de las Naciones llevándolo hacia un anterior realismo en resurgimiento, desde el derecho y la organización a los elementos del poder. Inclusive los analistas con inclinaciones idealistas —y había muchos que habían apoyado el esfuerzo bélico por razones del más alto idealismo moral— se volvieron escépticos respecto de los programas utópicos y, por el contrario, pidieron una mezcla de derecho y organización internacional con el poder efectivo para asegurar la paz internacional, la seguridad de las naciones y el arreglo equitativo de las disputas.

A lo largo del período posterior a la Segunda Guerra Mundial, el comienzo de la Guerra Fría y la emergencia de Estados Unidos como potencia con intereses y compromisos globales generaron dentro de las universidades norteamericanas un reforzado interés en el estudio de las relaciones internacionales. Los veteranos de guerra que estaban en las universidades mostraron una aguda preocupación por los "asuntos extranjeros". Bajo el efecto de acontecimientos internacionales críticos, el gobierno de Estados Unidos expandió en gran medida sus operaciones en las áreas de seguridad militar nacional, alianzas y otras organizaciones internacionales, y la ayuda para el desarrollo económico a países extranjeros. Todas estas operaciones, por cierto, aumentaron la necesidad de personal entrenado. Por primera vez, muchas empresas norteamericanas se volvieron conscientes del comercio internacional y de las posibilidades de inversión. Los científicos, alarmados por las consecuencias de la nueva tecnología nuclear que acababan de producir, entraron en política como novatos de diversas cruzadas, advirtiendo al público de los peligros que enfrentaba la humanidad. Las personas con sentido cívico desarrollado organizaron celosamente consejos y asociaciones para educar y exhortar, a fin de hacer conscientes a los ciudadanos de los problemas internacionales.

Los especialistas universitarios de Gran Bretaña y Estados Unidos, los dos países en los cuales las universidades habían mostrado mayor avance en el desarrollo de entreguerras de las relaciones internacionales, produjeron análisis adecuados para la realidad de posguerra. Varios trabajos publicados a fines de los años cuarenta subrayaban el enfoque del poder para el estudio de las relaciones internacionales. Uno de los autores ingleses más a menudo citado era Martin Wight, quien señalaba que

> lo que distingue a la historia moderna de la historia medieval es el predominio de la idea de poder sobre la idea de derecho; el mismo término "poder" para describir a un Estado en su aspecto internacional es significativo y la visión del hombre de la calle, quien quizás está inclinado a dar por sentado que la política exterior es inevitablemente "política de poder", no carece de una aguda penetración.[31]

Otro especialista inglés, Georg Schwarzenberger, analizaba el poder como un factor primordial de la política internacional. En ausencia de una genuina comunidad internacional, afirmaba, se puede esperar que ciertos grupos dentro del sistema internacional hagan lo que son físicamente capaces de hacer, más que lo que se los exhorta moralmente a que hagan. El poder, en opinión de Schwarzenberger, de ninguna manera es algo perverso y destructivo. Es una combinación de influencia persuasiva y fuerza coercitiva, pero quienes esgrimen el poder, si bien mantienen y exhiben una capacidad de imponer sus voluntades sobre quienes no coinciden, normalmente prefieren lograr sus fines simplemente planteando la amenaza de sanciones efectivas, sin recurrir de hecho a la fuerza física. Los libros de textos sobre relaciones internacionales que se publicaron durante las dos primeras décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial reconocían al "poder" como concepto central del campo. El texto que tuvo el mayor impacto en la enseñanza universitaria de las relaciones internacionales, el de Hans J. Morgenthau, explicaba el comportamiento del estado-nación sobre la base del interés nacional (definido en términos de poder) como el objetivo normal perseguido por los gobiernos cuando era posible.[32] Los otros libros de texto importantes de dicho período consagraban todos un promedio de tres capítulos por lo menos a la naturaleza del poder y los elementos o factores del poder nacional. La mayoría de los especialistas en ciencia política contemporáneos y los estudiosos de relaciones internacionales siguen distinguiendo entre el poder y la influencia y considerando el poder como una variable de capital importancia.[33]

El desarrollo de la teoría de las relaciones internacionales

Los libros de texto anteriores contenían algunas observaciones teóricas sobre tópicos como el nacionalismo, el imperialismo, el colonialismo, la emergencia del Tercer Mundo, la ideología y la propaganda, y el efecto de los factores económicos y tecnológicos en las relaciones internacionales. Algunos contenían capítulos sobre alianzas, integración regional o funcional, desarme o control de armamentos y técnicas específicas de política exterior como la intervención, la no alineación y el aislamiento. Pocas veces se veía un esfuerzo por trazar vínculos precisos entre las teorías o por averiguar si las teorías parciales podían unirse en un todo mayor y coherente.[34] Esto no pretende sugerir que los autores necesariamente carecieran de su propia teoría configuradora. Pero no presentaban una teoría generalizada de forma sistemática. Por cierto, varios de ellos sin duda sospechaban de las teorías aisladas y abarcadoras.

A lo largo de todo el período que va hasta fines de los años cuarenta, ha habido un lento desarrollo de metodologías y técnicas de investigación, análisis y enseñanza de relaciones internacionales, que ha contribuido al crecimiento de la teoría.[35] El esfuerzo hacia la construcción de una teoría abarcadora empezó con el "Gran Debate" entre realistas e idealistas (tratado en el Capítulo 3). Originalmente, la mayoría de los miembros de ambas escuelas era lo que ahora llamamos *tradicionalistas*. Quienes estaban interesados en rechazar las premisas de la política internacional tradicional encabezaron el camino en el desarrollo de metodologías conductistas cuantitativas, pero pronto se les unieron algunos realistas que querían demostrar que la evaluación básica de poder no se podía dejar fácilmente de lado.

Los años sesenta fueron testigos de una considerable expansión del interés en el análisis teórico,[36] y su convalidación por medio de metodologías tales como el análisis de contenido y las correlaciones de dos variables

o de múltiples variables. Se tomaron prestadas reflexiones de la biología, la antropología, la sociología, la economía y otras ciencias del comportamiento, en el esfuerzo por explicar la política internacional. Se puso el énfasis en la construcción de modelos abstractos, tanto como en una variedad de nuevos enfoques para la comprensión de los factores ecológicos y las relaciones individuales entre los hombres y su medio, la integración regional, la interacción en el sistema internacional, las causas de la guerra, las condiciones para la disuasión, la carrera armamentista y el control de armamentos, la toma de decisiones, la teoría de los juegos y temas vinculados de la política exterior y las relaciones internacionales.

Teorías de "gran" y de "mediano alcance"

Los teóricos de las relaciones internacionales han estado preocupados por varias cuestiones básicas en las últimas décadas. No todos los teóricos han trabajado o demostrado interés en todas las cuestiones. Por cierto, la mayoría de los teóricos más conocidos ha consagrado su atención principalmente a un enfoque preferido (generalmente una teoría abarcadora o "grande") o si no a una o a unas pocas teorías parciales "de mediano alcance". Bajo la denominación de "gran" teoría, aquella que se propone explicar de forma generalizada una amplia gama de fenómenos, incluiremos perspectivas tan abarcadoras como las siguientes:

1. Las teorías de cambio de Quincy Wright y Rudolf Rummel.
2. Las teorías realistas (o de poder) de Hans Morgenthau, Raymond Aron y Henry Kissinger y el neorrealismo (Kenneth Waltz y Karl Gottfried Kindermann).
3. Las teorías de los sistemas de Morton Kaplan y Richard Rosecrance. Los ejemplos de teorías parciales, de mediano alcance, pensadas para explicar una gama limitada de fenómenos con unas pocas variables, incluyen las vinculadas con

   a. la influencia del entorno geográfico (Alfred Thayer Mahan, Halford Mackinder, Nicholas Spykman, Harold y Margaret Sprout);
   b. modelos de comunicaciones y formadores de comunidad (Karl Deutsch);
   c. funcionalismo e integración sectorial (David Mitrany, Ernst Haas, Leon Lindberg y Joseph S. Nye);
   d. disuasión (Bernard Brodie, Herman Kahn, Glenn Snyder y Paul Diesing);
   e. desarrollo internacional y conflicto (Nazli Choucri y Robert North);
   f. los correlatos de la guerra (J. David Singer y Melvin Small);
   g. comportamiento de las alianzas (William Riker y Stephen Walt);
   h. comportamiento en las negociaciones (Thomas Schelling y Anatol Rapaport);
   i. toma de decisiones (Richard Snyder, Graham Allison y Glenn Paige).

Inclusive el esfuerzo por clasificar teorías como "grandes" o "de mediano alcance" puede provocar debate. No se trata de categorías completamente disyuntivas, algunas teorías pueden ubicarse entre ellas y otras pueden no adecuarse bien a ninguna de las dos. La teoría de toma de decisiones de Richard Snyder y sus colegas, por ejemplo, no es tanto una teoría explicativa con poder de predicción como un esquema taxonómico o clasificatorio preciso, un marco conceptual que le suministra al investigador que está haciendo un estudio de casos aislados o comparados en el tema de toma de decisiones, un marco ordenado para recoger y analizar datos. Otras teorías de la toma de decisiones como la "cibernética" (John Steinbruner), la del "comportamiento satisfactorio" (Herbert Simon), la "burocrática" (Morton Halperin) y la del "agente racional" o de los "procesos de organización" (Graham Allison) se acercan más a ser explicativas. Todas las teorías antes mencionadas, más otras, serán tratadas en los capítulos siguientes. El fin de mencionarlas aquí no apunta tanto a abrumar, menos aún a desalentar al estudiante, sino a indicar que no sólo hay muchas teorías diferentes sino también tipos y formas diferentes de teorizar sobre las relaciones internacionales. Las autoridades del campo en absoluto coinciden en qué sería mejor: construir una gran teoría primero y dejar que la formulación de teorías de mediano alcance fluyera de ella, o probar y solidificar un conjunto de teorías de mediano alcance antes de proceder a un nivel más elevado y abstracto. Stanley Hoffmann, por ejemplo, prefiere empezar con la gran teoría mientras que J. David Singer se inclinaría a poner las bases con teorías de mediano alcance, de base empírica. La situación ha cambiado poco desde que Glenn Snyder y Paul Diesing escribieron, más de una década atrás:

> En nuestra enseñanza e investigación, somos como viajeros en una casa flotante, yendo y veniendo entre "islas" teóricas diferentes, cuya vinculación sólo consiste en el hecho de estar juntas en el gran "océano" del "comportamiento internacional". Algunos teóricos fijan su residencia permanente en una isla o en otra, otros siguen yendo y viniendo, pero pocos intentan construir puentes, quizás porque las islas parecen demasiado apartadas entre sí.[37]

A riesgo de simplificar en exceso, podemos decir que quienes adoptan un cuidadoso enfoque "contable" prefieren las hipótesis más modestas que se encarnan en teorías de mediano alcance o inclusive de "pequeño alcance", mientras que aquellos que tienen una inclinación más filosófica favorecen la visión más grande y abarcadora. (Esto no es exactamente lo mismo que la dicotomía entre los conductistas cuantitativos y los tradicionalistas, que se explicará más adelante, pero se vincula con dicha dicotomía.) Los especialistas modernos a los que a menudo se los acusa injustamente de saber y escribir cada vez más acerca de cosas cada vez menos significativas, a menudo manifiestan impaciencia o desprecio hacia los productos de mentes generalizadoras como Toynbee, Parsons o Morgenthau. Kenneth Boulding, por el otro lado, desestima la investigación especializada en pequeña escala e insta a quienes pueden entender el sistema

internacional a abandonar el microscopio y las trivialidades infinitesimales y a tomar el telescopio para abarcar todo el universo mientras evoluciona a través del espacio y el tiempo.[38] Sólo entonces, dice, podemos empezar a ver cómo la sociedad humana internacional de este diminuto planeta se ajusta al esquema cada vez más complejo e interactivo del universo. Dado que el cambio inevitable es la ley fundamental, aduce, debemos dejar de lado los conceptos aparentemente inmodificables de la política del poder heredados de Tucídides, Maquiavelo y Hobbes y reconocer que la amenaza y el conflicto más tarde o más temprano dejarán lugar a la cooperación y la integración mutuamente beneficiosas. Boulding pulsa una cuerda novedosa y refrescante que probablemente le suene más consoladora al filósofo que al encargado responsable de trazar políticas, que no piensa en términos de eones o siglos sino del año que viene, la semana que viene o mañana. El aspecto principal, por el momento, es que gran parte depende de la propia visión filosófica general, incluida la propia visión de la historia y la naturaleza humana, tanto como de si la naturaleza humana sigue siendo en gran medida la misma o pasa por un desarrollo progresista genuino, desde el egoísmo hacia el altruismo, durante el curso de la historia. Obviamente, la sociedad cambia hacia afuera como resultado del conocimiento acumulado y del efecto de la educación, la ciencia, la tecnología, la producción, la economía, la religión y la cultura. Pero que los seres humanos experimenten un cambio interno igualmente profundo en sus cualidades psicológicas y morales es un asunto diferente.

Cuestiones lógicamente previas

Antes de que examinemos en detalle los escritos de los teóricos modernos de las relaciones internacionales, ciertos temas deben considerarse primero porque son lógicamente previos:

1. ¿Qué queremos decir con "relaciones internacionales"? ¿Cuál es el alcance del campo?
2. ¿Qué queremos decir con "teoría"? ¿Cuáles son sus funciones?
3. ¿Qué relación hay entre teoría y práctica?
4. ¿Qué método es mejor, el inductivo o el deductivo?
5. ¿Cuál es el "problema del nivel de análisis"?
6. ¿En qué unidades (o agentes) deberíamos centrar nuestra atención?
7. ¿Qué predomina, la política o la economía? O, para decirlo de otra forma, ¿el "poder" está siendo reemplazado por la "interdependencia"?
8. ¿En qué medida puede o debería estar libre de valores la teoría?
9. ¿Cuál es el lugar apropiado de la teoría normativa?

La definición y el alcance de las relaciones internacionales

La definición es apenas el principio, no el fin, de la indagación sistemática. La ciencia moderna empieza, como lo señaló Alfred North Whitehead en una conferencia de 1925, cuando el énfasis pasó del método aristotélico de clasificación al método pitagórico-platónico de medición; sin embargo, se apresuró a agregar que la clasificación es necesaria para el pensamiento ordenado y lógico.[39] Todo campo disciplinario debería poder definirse a sí mismo con claridad, tanto como todo pensador científico debería asumir un proyecto de investigación con una noción precisa del fenómeno que investigará. Cuando el tema de las relaciones internacionales apenas estaba emergiendo como campo de estudio dentro de las universidades británicas y norteamericanas, los especialistas de ambos lados del Atlántico tuvieron dificultades en enfrentar con su naturaleza y alcance. En 1935, Sir Alfred Zimmern sugirió que "el estudio de las relaciones internacionales se extiende desde las ciencias naturales en un extremo a la filosofía moral... en el otro". Definió el campo no como un solo tema o disciplina, sino como un "conjunto de temas... considerados desde un ángulo común".[40] Muchos profesores, desde su época, han señalado irónicamente junto con Zimmern que los estudiantes que se "especializan" en relaciones internacionales desearían saber más de historia, política, economía, geografía, demografía, diplomacia, derecho internacional, ética, religión y casi todas las ramas de la ciencia y la tecnología contemporáneas. Por cierto, aquellos que alcanzan un lugar distinguido y perdurable dentro del campo, parecen ser aquellos preparados por un trasfondo educativo liberal para una vida de investigación activa basada en un interés insaciable en la "dimensión internacional".

Nicholas J. Spykman, que se cuenta entre los primeros en proponer una definición rigurosa, usó el término *relaciones entre los estados* que, sin embargo, no esperaba que ganara gran aceptación: "Las relaciones internacionales son relaciones entre individuos que pertenecen a diferentes estados... el comportamiento internacional es el comportamiento social de individuos o grupos que apuntan a... o influenciados por la existencia o comportamiento de individuos o grupos que pertenecen a un Estado diferente".[41] Definido de forma no rigurosa, el término *relaciones internacionales* podría abarcar muchas actividades diferentes —comunicaciones internacionales, transacciones comerciales, competencias atléticas, turismo, conferencias científicas, programas de intercambio educativo, y actividades misionales religiosas. Los especialistas en relaciones internacionales nunca han estado de acuerdo sobre dónde están las fronteras de su campo. Frederick S. Dunn una vez advirtió que la palabra *alcance* es peligrosamente ambigua porque implica la existencia de fronteras claramente discernibles, identificables tan fácilmente como la marca de un investigador.

> Un campo de conocimento no posee una extensión fija en el espacio sino que es un conjunto de datos y métodos en constante cambio que en el momento resultan útiles para responder a un conjunto identificable de preguntas. En cualquier momento dado les presenta dife-

rentes aspectos a diferentes observadores, según su punto de vista y finalidad. Las fronteras que supuestamente dividen un campo de conocimiento de otro no son paredes fijas entre células de verdad separadas, sino inventos convenientes para disponer hechos y métodos conocidos en segmentos manejables para la instrucción y la práctica. Pero los focos de interés cambian constantemente y estas divisiones tienden a cambiar con ellos.[42]

Seguía sugiriendo, con bastante sensatez, que el "tema de las relaciones internacionales consiste en cualquier conocimiento, tomado de cualquier fuente, que pueda ser de ayuda para responder a nuevos problemas internacionales o para entender los viejos".[43]

Durante más de una década después de la Segunda Guerra Mundial, los especialistas discutieron si las relaciones internacionales podían llamarse una disciplina con metodología y contenido sustancial propio, o si era tan enciclopédica como para pertenecer a varias disciplinas. Quincy Wright la consideraba una "disciplina en emergencia" en proceso de formación, y aducía que responde a los criterios definitorios de sus críticos tanto como la mayoría de las disciplinas académicas, en el desarrollo de la cual la historia ha jugado un papel tan importante como la lógica.[44] Morton A. Kaplan, al insistir en que las relaciones internacionales carecen del carácter de disciplina porque no "hay un centro disciplinario común que pueda ser enriquecido, como lo ha habido en el tema equivalente de la ciencia política", ningún conjunto de habilidades y técnicas y ningún cuerpo desarrollado de proposiciones teóricas, prefería reconocer a la política internacional simplemente como una subdisciplina dentro de la ciencia política.[45]

Frederick S. Dunn afirma que las relaciones internacionales pueden "ser consideradas como las relaciones concretas que tienen lugar a través de las fronteras nacionales, o como el cuerpo de conocimientos que tenemos sobre tales relaciones en cualquier momento dado".[46] Este es un enfoque bastante habitual, pero ¿es adecuado? Es abarcador y no limita el tema a las relaciones oficiales entre estados y gobiernos. Pero ¿es acaso esta determinación demasiado amplia y sería mejor incluir las relaciones transnacionales sobre la base de su significación política; por ejemplo, centrándose en las influencias que ellas ejercen en las unidades políticas del mundo? Como estudiosos de la política, nos preocupan las relaciones entre todos los agentes —estatales y no estatales, internacionales y transnacionales— en la medida en que contribuyen a una comprensión de los fenómenos políticos. Definimos la política internacional como el esfuerzo de un Estado u otro agente internacional por influir en cierta forma a otro Estado, u otro agente internacional. Una relación de influencia puede abarcar el uso concreto o la amenaza de uso de la fuerza militar o puede basarse enteramente o en parte en otros alicientes, tales como incentivos políticos o económicos. La política internacional, más aún, al igual que toda la política, representa la conciliación de perspectivas, metas e intereses variables. Así la política internacional incluye muchas pero no necesariamente todas las transacciones o interacciones que tienen lugar a través de las fronteras nacionales.

Stanley Hoffmann descubrió que "los debates que intentan determinar el alcance de una ciencia social son bastante sin sentido" porque no hay esencias inmutables en las relaciones internacionales. En su opinión, todas las definiciones están condenadas a entrañar ambigüedades y dificultades, especialmente en el caso de un campo marcado por un flujo constante. Prefiriendo una fórmula que lleve a investigaciones penetrantes y no viole el sentido común, Hoffmann sugiere una definición operativa del campo para abarcar "los factores y las actividades que afectan las políticas externas y el poder de las unidades básicas en las cuales está dividido el mundo".[47] Advierte, sin embargo, en contra de intentar guardarlo todo dentro del campo, señalando que "un cajón de sastre no es una disciplina".

El teórico de las relaciones internacionales prudente eludirá el Scila y Caribdis ya de incluir trivialidades, ya de excluir fenómenos significativos. Un campo que es demasiado amplio o está demasiado lleno no puede ser abarcado por la mente humana, y puede parecerles a los de afuera, pertenecientes a otras disciplinas académicas, que es intelectualmente arrogante, si no directamente imperialista. Por el otro lado, si puede demostrarse que algo es importante para una comprensión plena de un tema que pertenece a las relaciones internacionales, no debe "mantenérselo fuera de las puertas" sobre la base de que es parte de un ámbito académico diferente. Gran parte depende, por cierto, de la naturaleza del problema que se está investigando y del grado en el cual puede incorporarse y manejarse de forma competente material de otro campo. En cuanto al alcance de nuestro campo, más se dirá más adelante cuando abordemos "El problema del nivel-de-análisis" y las "unidades" o "agentes" en los cuales deberíamos centrar la atención.

¿Debería centrarse la teoría de las relaciones internacionales en la escena contemporánea? Hay una atracción ineludible respecto del presente, determinada por lo que acaba de ocurrir y lo que es inminente que ocurra. La fascinación por lo contemporáneo se ve reforzada por la atención que recibe en los medios periodísticos, por la preocupación de los encargados de trazar políticas y por el hecho de que los fondos para la investigación se consiguen con mayor facilidad para tópicos de interés actual. Sin embargo, los especialistas con más experiencia en las relaciones internacionales se dan cuenta de que un conocimiento de la historia es esencial porque amplía inmensamente la base de datos a partir de la cual se harán las extrapolaciones al futuro y también refina nuestra capacidad para formular hipótesis que se acercan a la realidad social. Morton Kaplan abre su principal trabajo sobre el sistema internacional con un tributo a la historia: "Hay un aspecto en el cual una ciencia de la política internacional siempre estará en deuda con la historia. La historia es el gran laboratorio dentro del cual se produce la acción internacional".[48] Kaplan pide investigaciones del sistema de ciudades-estado de la antigua Grecia, del sistema de estados italianos del período renacentista y del sistema de equilibrio de poder que dominó en Europa durante los siglos XVIII y XIX, de manera que los comportamientos típicos de los sistemas en diferentes épocas puedan compararse.[49] En su opinión, los teóricos de las relaciones internacionales deberían estar interesados en todos los sistemas: pasados, presentes, futuros e hipotéticos.[50] (La teoría de Kaplan será analizada en

el Capítulo 4.) Si limitamos nuestra atención exclusivamente al sistema de naciones-estado existente e ignoramos el amplio registro del pasado a partir del cual evolucionó la realidad, restringimos seriamente nuestra capacidad para imaginar futuros posibles. La historia de las relaciones internacionales *no* es una teoría internacional, pero en tanto que fuente primaria de datos empíricos, *es* la materia prima esencial con la cual trabaja el teórico.[51] Uno difícilmente puede captar, por ejemplo, la teoría funcionalista de la integración del sector económico (cf. Capítulo 10), sin un conocimiento histórico preciso de los años formativos de la Comunidad Europea.

La naturaleza y función de la teoría

Una teoría —cualquier teoría, en cualquier campo— es una explicación general de ciertos fenómenos seleccionados planteados de forma satisfactoria para alguien que tenga conocimiento de las características de la realidad que se está estudiando. No tiene que ser aceptable para todos los expertos; por cierto, puede satisfacer al expositor y horrorizar a todos los demás. Las teorías poderosas son aquellas que ejercen una gran influencia en el pensamiento de una gran cantidad, quizás la abrumadora mayoría, de personas reconocidas durante un largo tiempo, antes de ser reemplazadas por teorías nuevas. (Entre las teorías perdurables están las de los economistas vinculadas con la división del trabajo y el principio de ventaja comparativa; aquellas de los teóricos en ciencias sociales vinculadas con el etnocentrismo de los grupos —la preferencia de lo tradicional sobre las modalidades ajenas y nuevas— y la relación entre conflicto externo y cohesión interna; las de los físicos vinculadas con la conservación de energía y la relatividad del continuum espacio-tiempo, y las de los teóricos de las relaciones internacionales de la escuela realista vinculadas con la tendencia casi universal de los estados a buscar sus intereses según se los define en términos de poder.) En las ciencias sociales, sin embargo, ni siquiera las teorías más poderosas implican un asentimiento sin cuestionamiento dentro del campo disciplinario. Como en este texto revisamos una variedad de teorías dentro de la disciplina académica de las relaciones internacionales, se volverá claro que ninguna generalización, principio o hipótesis aislado hasta ahora ha demostrado tener la suficiente fuerza como para servir como el fundamento para una teoría abarcadora y universalmente aceptada de las relaciones internacionales.

Una teoría es una herramienta intelectual que nos ayuda a organizar nuestro conocimiento, formular preguntas significativas y guiar la formulación de prioridades en la investigación, tanto como la selección de métodos para llevar adelante la investigación de manera fructífera. En otras palabras, la teoría —si bien no debe ser confundida con el método científico— nos permite aplicar los métodos de la investigación científica en forma ordenada más que al azar. Nos ayuda a vincular el conocimiento de nuestro propio campo con el de otros campos. Finalmente, suministra un marco para evaluar las recomendaciones políticas, explícitas o implícitas, que abundan en todas las ciencias sociales. A menudo estamos en

mejor posición para juzgar la solidez de recomendaciones políticas específicas si conocemos algo de los presupuestos teóricos sobre los cuales se basan y si también estamos familiarizados con teorías alternativas que pueden llevar a recomendaciones políticas diferentes.

En la biblografía sobre la filosofía de la ciencia, el término *teoría* ha asumido un sentido específico. Una teoría se define como una construcción simbólica, una serie de hipótesis interrelacionadas unidas a definiciones, leyes, teoremas y axiomas. Una teoría plantea un enfoque sistemático de los fenómenos, presentando una serie de proposiciones o hipótesis que especifican relaciones entre variables a fin de presentar explicaciones y hacer predicciones acerca de los fenómenos. En las ciencias físicas, una teoría puede se considerada un sistema que consta de los siguientes elementos: 1) un conjunto de axiomas cuya verdad se supone y puede ser comprobada sólo probando sus consecuencias lógicas; un axioma no puede ser deducido de otras afirmaciones contenidas en el sistema; 2) las afirmaciones o teoremas, que se deducen de los axiomas o de otros teoremas y definiciones; y 3) definiciones de términos descriptivos contenidos en los axiomas.[52] Una teoría es un grupo de leyes que están deductivamente conectadas. Algunas de las leyes son premisas de las cuales se deducen otras leyes. Esas leyes deducidas de los axiomas son los teoremas de la teoría. Que una ley sea o no un axioma o un teorema depende de su posición en la teoría.

Una teoría no depende necesariamente de referentes empíricos para su validez; sólo necesita plantear lógicamente relaciones deducidas entre los fenómenos por los cuales se preocupa la teoría.[53] Según Abraham Kaplan, la capacidad de aplican la teoría con éxito no es condición necesaria de su éxito, dado que el fracaso de la aplicación puede ser atribuible a muchos factores externos a la teoría misma.[54] Pero el desarrollo de referentes empíricos hace posible la comprobación de una teoría. Carl Hempel ha ofrecido la siguiente analogía:

> En consecuencia, la una teoría científica puede equiparársela a una compleja red espacial: sus términos están representados por los nudos, mientras que los hilos que conectan a los últimos corresponden, en parte, a las definiciones y, en parte, a la hipótesis fundamental y las derivadas contenidas en la teoría. Todo el sistema flota, por así decirlo, sobre la llanura de la observación y está anclado a ella por reglas de interpretación. Éstas pueden considerarse como hilos que no son parte de la red, pero que vinculan ciertas partes de la última con cordones específicos en el lugar de observación. En virtud de tales conectores interpretativos, la red puede funcionar como una teoría científica. Desde ciertos datos de observación, podemos ascender, a través de un hilo interpretativo, a algún punto de la red teórica, de allí proceder, a través de definiciones e hipótesis, a otros puntos desde los cuales otro hilo interpretativo permite descender al lugar de observación.[55]

En el campo de las relaciones internacionales, como en todas las ciencias sociales, la teoría en cierta forma es más difusa y menos precisa de lo

que encontramos en las ciencias físicas (por razones que se explicarán más adelante), y puede asumir muchas formas diferentes. En las relaciones internacionales, el término *teoría* ha sido utilizado, al igual que tantos otros términos, de formas distintivas y a menudo confusas. Entre los usos más importantes están los siguientes. La teoría ha sido igualada con una filosofía, una ideología, una hipótesis, un conjunto de conceptos interrelacionados, un conjunto de hipótesis interrelacionadas, un conjunto de hipótesis interrelacionadas con una cantidad necesaria de pruebas que la apoyan y un conjunto de axiomas y conceptos de los cuales pueden derivarse hipótesis. La teoría puede ser deductiva o inductiva, una distinción que se elaborará más adelante. Puede ser una taxonomía —un esquema de clasificación o un marco conceptual que permite el arreglo ordenado y el examen de los datos. Puede ser una descripción y análisis del comportamiento político de agentes racionales, basado en un solo motivo dominante como el poder. O, en lugar de describir cómo los agentes racionales de hecho actúan, puede ser *normativa*, indicando cómo *deberían* comportarse; un tema sobre el cual se dirá más a continuación. Finalmente, como se ha sugerido antes, puede ser un conjunto de recomendaciones políticas para seguir un particular curso de acción.

La relación entre teoría y práctica

A pesar de su complementariedad, existen diferencias básicas entre la teoría de las ciencias sociales académicas y la práctica político-diplomática. También hay diferencias, quizás menos básicas, entre los enfoques teóricos generales de las relaciones internacionales y las "ciencias de la política" que tratan los problemas de política exterior de los estados específicos, como hay diferencias entre las "ciencias de la política" y la conducta concreta de la diplomacia. Cada uno de los diversos niveles de conocimiento y acción tiene una legitimidad propia que no debería ser desestimada por quien está operando en otro nivel. En todos los casos, es útil mantener en mente la distinción entre el especialista, que busca lograr una comprensión teórica de los fenómenos y formular generalizaciones acerca del comportamiento político basándose en un alto nivel de probabilidad, y el encargado de tomar decisiones, que tiene que elegir un curso de acción específico en un conjunto concreto de circunstancias, en las cuales el análisis de probabilidades puede no ser útil.

Hace mucho tiempo, Aristóteles diferenciaba entre saber y hacer, entre el intelecto especulativo y el intelecto práctico.[56] David Hume trazó un agudo contraste entre tres clases de conocimiento: 1) razonamiento deductivo, que se vincula con las verdades lógicas y necesarias de las matemáticas y con la metafísica; 2) el conocimiento empírico, que pertenece a relaciones aparentemente causales, las cuales en realidad no son racionalmente necesarias y 3) juicios de valor, que derivan de una acumulación de hechos históricos en la medida en que han afectado la emoción y la intuición humanas. Para Hume, la política y la moral siempre deben estar inextricablemente vinculadas con los juicios de valor y por ello no pueden ser deductivas ni empíricas.[57] Para plantear el problema de la teoría y la

práctica en términos de Hume, podemos decir que mientras que el teórico puro por lo general se preocupa principalmente por los procesos de pensamiento deductivos para generalizar formulaciones, el encargado de trazar políticas tiene un interés principal en el conocimiento empírico e inductivo, derivado de la propia experiencia personal más que de cualquier esfuerzo sistemático de investigación. El encargado de trazar políticas se preocupa también por los detalles sutiles de los valores, las fuerzas y las preferencias políticas que operan en una situación particular en toda su realidad existencial, más que por la abstracción universal o probabilidad. Mientras que el teórico social quiere concentrarse primordialmente en elementos comunes a muchas situaciones, el encargado de trazar políticas invariablemente quiere información detallada acerca de aquellos elementos que son únicos respecto del caso que tiene entre manos.

Sin embargo, para que nadie reciba una impresión errónea, recalcamos que los énfasis diferentes del teórico y del profesional no alteran el hecho de que sea deseable que cada uno intente apreciar las modalidades de conocimiento peculiares del otro. Ninguno de ellos puede permitirse desestimar el conocimiento generalizado o particularizado. Los líderes de fines del siglo XX deben pesar y mezclar diferentes teorías en sus esfuerzos por entender los acontecimientos, elegir políticas adecuadas y predecir resultados. Sin embargo, es probable que sigan prefiriendo sus propias "teorías intuitivas" —el efecto acumulativo de su propia educación y experiencia política ya sea en cargos electos, por designación o usurpación, ejecutivos, legislativos o diplomáticos— como guía confiable para elecciones políticas, a las estructuras teóricas abstractas elaboradas en los círculos académicos y a menudo expresadas en una terminología no familiar para los encargados de trazar políticas. Los teóricos académicos apuntan a la comprensión; los políticos prácticos deben elegir cursos de acción. Los primeros intentan prescindir de los acontecimientos de todos los días, los segundos no pueden.

Finalmente, debemos recordar que los líderes políticos por lo general están preocupados por configurar la política exterior de sus países respecto de los principales aliados y adversarios. El alcance de su atención en el ámbito internacional está limitado por la mayor cantidad de tiempo y esfuerzo que deben consagrarles a los asuntos internacionales. Pocas veces pueden afrontar el lujo de pensar acerca de todo el sistema internacional. El teórico internacional debe estar profundamente interesado en la política exterior de un conjunto de estados, según el fenómeno preciso que está investigando, pero se da cuenta de que las "relaciones internacionales" son más que simplemente la suma de las políticas exteriores de las naciones. Aunque hay un fuerte vínculo entre la política internacional y la nacional y la economía,[58] hay una "interioridad" en el trazado de la política exterior que exige una perspectiva nacional específica. El especialista académico que se maneja con la teoría internacional, enfoca el tema desde una perspectiva más amplia y se centra en los resultados netos de los procesos interactivos que los encargados de trazar la política nacional pueden querer intentar entender e influir en ellos, pero no siempre de forma completa o exitosa. Para que no se nos malinterprete, agreguemos de inmediato que una gran cantidad de nuestro conocimiento sustancial sobre relaciones internacionales siempre ha venido, y seguirá haciéndolo, de estu-

dios de política exterior nacional y comparada.[59] Los dos enfoques intersectan en muchos lugares pero no son idénticos.

La teorización deductiva e inductiva

Dos eminentes teóricos del campo —Quincy Wright y James N. Rosenau— ofrecieron, con un intervalo de dos décadas, algunos consejos útiles para los futuros teóricos de las relaciones internacionales. Según Wright, "una teoría general de las relaciones internacionales significa un cuerpo abarcador, coherente y que se corrige a sí mismo, de conocimientos que contribuyen a la comprensión, la predicción, la evaluación y el control de las relaciones entre los estados y de las condiciones del mundo".[60] El mandato de Wright es bastante ambicioso: tiene una "gran teoría" en mente, una que cubra todos los aspectos del campo. Debería expresársela en proposiciones generalizadas tan claras, precisas y escasas como fuera posible. No debería estar entorpecida por un montón de excepciones. En resumen, la teoría debería ser parsimoniosa; es decir, debería afirmar una verdad importante de la forma más precisa, elegante y breve posible. Los científicos siempre han estado dispuestos a igualar la verdad científica con la belleza estética y esta última con la simplicidad intelectual. Cada parte de la teoría debería tener consistencia lógica con todas las demás partes. La teoría debería ser formulada de una forma que condujera a constantes actualizaciones y mejoras a la luz de nueva evidencia. Así, debería ser capaz de una verificación y refinamiento constantes. Debería contribuir a una comprensión objetiva de la realidad internacional, más que a una comprensión distorsionada por la perspectiva nacional. La teoría, dijo Wright, debería permitirnos predecir al menos algunas cosas, y también ayudarnos a llegar a juicios de valor, aun si el proceso de evaluación moral pudiera no ser enteramente coherente con la tradición libre de valores de la ciencia occidental.[61] Wright mismo coincide, y nosotros coincidimos con él, en que una teoría que responda a todos estos requisitos ideales sería extremadamente difícil y quizás imposible de lograr.

Rosenau coincide con Hoffmann en que ser capaz de definir la "teoría" de forma precisa no nos ofrece ninguna garantía de que podamos teorizar de forma imaginativa o creativa. Distingue de forma más aguda que Wright entre teoría empírica y normativa (o ética). Considera que ambos tipos son importantes, pero teme que ambos puedan distorsionarse si se mezclan demasiado "lo que es" y "lo que debería ser".* El teórico, insiste Rosenau, debe suponer que en los asuntos humanos hay un orden subyacente, que las cosas no ocurren azarosamente; pero que sus causas pueden explicarse racionalmente (aun cuando lo que llamamos "comportamiento irracional" esté implicado). Urge al teórico a buscar no ya lo excepcional sino lo general, y sacrificar las descripciones detalladas del caso aislado en favor de los modelos más amplios y abstractos que abracen muchos casos. El teórico debería estar dispuesto a tolerar la ambigüedad y a enfrentarse con probabilidades más que con certidumbres y absolutos. Uno debe darle rienda libre a la mente para "jugar" con ideas poco comunes, aun absurdas, que pueden llevar a reflexiones sobre explicaciones antes no pensadas. Los fenómenos internacionales deberían considerarse como "rompecabezas" o "misterios" que esperan solución a través de la mente inquisitiva. Finalmente, el teórico debe estar siempre dispuesto a que se demuestre que está errado.[62] (La mayoría lo está, más tarde o más temprano.)

Los resúmenes que acabamos de presentar dejan en claro que Wright tenía la teoría deductiva general en mente, mientras que el consejo de Rosenau parece en cierta forma apuntado más hacia teorías empíricas, inductivas y de mediano alcance. Éstos son los dos enfoques básicos de la teorización en la tradición intelectual occidental. El método deductivo puede rastrearse hasta Platón, quien lo utilizó para construir su República Ideal. Se empieza con un concepto abstracto, modelo o premisa mayor —que fluye de un conjunto de definiciones y presupuestos sacados más de la "sabiduría" que de ejemplos recogidos sistemáticamente— y entonces se procede a través de pasos plausibles y lógicos a deducir ("sacar") proposiciones subordinadas y conclusiones necesarias. La deducción es un proceso *formal* de derivar hipótesis desde axiomas, presupuestos y conceptos lógicamente integrados. La hipótesis así derivada, en una concepción "científica", debería ser comprobada con datos que no sean impresionistas, sino seleccionados de manera sistemática y cuidadosa. Tomemos, por ejemplo, la noción de que todas las comunidades políticas se preocupan en uno u otro sentido por el *poder* —adquirir, consolidar o expandir el poder, proyectar una imagen de poder para conservarlo, equilibrar el poder por seguridad o acomodarse al poder de otra comunidad política. Éste es un ejemplo de teoría deductiva. Los teóricos del poder no lo han sacado de la nada. Lejos de desdeñar los datos empíricos, han desarrollado sus ideas sobre la base de una lectura e interpretación altamente creíbles de los datos históricos. Es un error, en consecuencia, igualar la teoría deductiva con la teoría no empírica. El método deductivo difiere del inductivo en la forma en que se recoge la evidencia histórica factual, se la convierte en datos utilizables, se la analiza y se la interpreta con fines válidos para la teoría. El pensador deductivo puede llegar a un concepto, modelo o premisa mayor de forma "impresionista", "intuitiva" o "reflexiva" más que según criterios metodológicos estrictos para elegir casos, reglas codificadoras rigurosas para clasificar acontecimientos o formas matemáticamente precisas de determinar correlaciones.

El acercamiento inductivo entraña un camino diferente hacia la generalización a partir de la experiencia. En lugar de saltar a una conclusión a través de una "luz mental interior", por así decirlo, el empirista inductivo es más cuidadoso acerca de observar, categorizar, medir y analizar hechos. Este método se puede remontar hasta Aristóteles, quien escribió su *Política* después de examinar las constituciones de unas 150 ciudades-estado griegas. El pensador inductivo puede considerar el método deductivo excelente en matemática, lógica y metafísica, pero prefiere investigar los fenómenos físicos y sociales observando un conjunto de ejemplos del mismo tipo y describiendo en detalle tanto los procedimientos de investigación seguidos como los resultados sustanciales, de manera que otros (que pueden ser escépticos) puedan copiar o repetir el trabajo si así lo quieren. El método inductivo no produce certidumbres, sólo probabilidades, y en

las ciencias sociales (por contraste con la física o la química) éstas por lo general no son de orden muy alto; tampoco las da el método deductivo o los métodos utilizados por químicos, físicos o biólogos. Newton fue el más grande físico de su época, pero Einstein demostró que su trabajo era parcial y tenía defectos, tanto como eventualmente inclusive el trabajo de Einstein pueda ser reemplazado por una nueva teoría. En la investigación en política internacional, es algo raro obtener correlaciones estadísticas en altos niveles de significación, a tal punto, por ejemplo, que sólo habría una sola oportunidad en mil de que estuvieran obligados a coincidir.

La deducción y la inducción no deberían considerarse ni como enfoques en competencia ni como mutuamente excluyentes. Algunos especialistas preferirán uno al otro y harán más avances con uno que con el otro. La construcción de la teoría exige una combinación fructífera de los dos, más algo más, que se discutirá en su momento. El argumento de que en la era nuclear un sistema internacional bipolar es más estable que uno multipolar y viceversa, que no pueda apoyarse en pruebas empíricas, generalmente procede por deducción lógica a partir de premisas supuestas respecto de la cantidad de incertidumbre en el sistema y el número de agentes a los cuales los estados deben dirigir su atención. (Ver la referencia a Singer, Waltz y Bueno de Mesquita en el Capítulo 8.) Por el otro lado, a la proposición teórica de mediano alcance de que los gobiernos encuentran relativamente fácil seguir políticas de integración económica regional en períodos de crecimiento próspero y tienden a volver a atrincherarse en el particularismo nacional en épocas de recesión, puede llegarse por deducción y puede ser comprobada por referencia a la evaluación de la Comunidad Económica Europea. (Ver Capítulo 10.)

Kenneth N. Waltz distingue las teorías de los datos empíricos, las correlaciones estadísticas, las hipótesis y las leyes o generalizaciones obtenidas por inducción. Las correlaciones estadísticas, aun si son significativas, no son hechos y nunca pueden establecer conexiones causales. Podemos llegar a leyes y generalizaciones empíricas a través de métodos inductivos y éstos pueden identificar asociaciones invariables o probables, pero no pueden explicarlas. Los antiguos babilonios estaban familiarizados con las leyes de los movimientos de las mareas que podían observar, medir y predecir, pero no podían explicar tales leyes. Ésa es la función de la teoría, a la que no puede llegarse sólo por la deducción, pues la deducción meramente procede de forma lógica desde premisas iniciales y así no puede suministrar nuevas explicaciones poderosas. Las teorías tienen que ser inventadas por un proceso intelectual creativo que toma un conjunto de leyes y generalizaciones diferentes, las simplifica aislando unos pocos factores clave, las abstrae de lo que no es importante, las suma en una forma antes desconocida y las sintetiza en un nuevo sistema explicativo ideal y casi perfecto. Semejante proceso difícilmente pueda ser enseñado. Un libro de texto no puede más que mostrar cómo otros han teorizado. Los estudiosos pueden juzgar por sí mismos si una teoría particular es reveladora, satisfactoria y prometedora. Esperamos que una revisión de varias teorías inspire a aquellos que las estudian a embarcarse en sus propias trayectorias de teorización.[63]

El problema del "nivel de análisis": ¿quiénes son los agentes?

En todas las ciencias sociales —política, economía y sociología, por ejemplo— es imposible dejar de preguntarse dónde empezar, dónde centrar la atención, dónde intentar "encontrar una manija" para el tema. En todos estos campos las perspectivas "micro" y "macro" tienen sus partidarios ardientes. Establecer el "punto de apoyo" es especialmente difícil en las relaciones internacionales debido a la amplitud del campo. ¿En cuál de los muchos niveles de análisis posibles deberíamos centrar nuestra atención? ¿Cuáles son las unidades adecuadas de estudio, o "agentes"? Del nivel "micro" al "macro" se puede sacar un amplio inventario de candidatos lógicos.

Individuos Si bien la mayoría de los teóricos internacionales probablemente rechazaría la noción de que los individuos son agentes internacionales (en cierta forma como casi todas las autoridades legales les han negado cualquier estatuto como sujetos de la ley internacional), un liberal clásico aduciría que el individuo debería ser el fundamento de cualquier teoría social, dado que sólo los individuos son reales, mientras que la sociedad es una abstracción. Si bien pocos teóricos coincidirían con dicha posición y la mayoría probablemente tendería a pensar que las fuerzas sociales producen la figura heroica más a menudo que al revés, no puede negarse que los especialistas en el campo de la historia, la política y las relaciones internacionales les prestan atención a los líderes que han jugado un papel prominente en la escena mundial. Más aún, aquellos que analizan, por ejemplo, las actitudes de los votantes sobre temas internacionales están poniendo, en todos los sentidos prácticos, al individuo en el centro de sus investigaciones. Merece repetirse, sin embargo, que la mayoría de los teóricos no hace esto, sino que subsume a los individuos en el estado-nación o en otro contexto de organización.

Grupos subnacionales Éstos pueden adoptar muchas formas; partidos políticos, los medios de comunicación y los grupos de interés organizados de naturaleza no gubernamental que buscan influirse en la política exterior a través de presiones o de la configuración de la opinión pública. Estos agentes caen primordialmente dentro del campo de los estudios de política exterior, nacionales y comparados. Los teóricos de las relaciones internacionales, sin embargo, si bien no los ubican en el centro de su atención, están obligados a reconocer su importancia debido al vínculo indudablemente significativo entre política interna e internacional. Numerosos ejemplos importantes le vendrán a la mente si uno piensa en las consecuencias del asunto Irán-armas-rehenes-Contras y en el incidente de Greenpeace, la relación entre la cobertura de los medios y el terrorismo internacional, el efecto en la política exterior de los cambios gubernamentales, como resultado de las elecciones en los países democráticos y el efecto que pueden tener en los sistemas parlamentarios las minorías étnicas, sobre la política exterior de sus países, como por ejemplo cuando los

votantes griegos instaron al Congreso a cortar la ayuda a Turquía por haber invadido Chipre en 1974, o como la tuvieron en la Unión Soviética de Gorbachov.

Naciones-estado Los teóricos realistas suscriben lo que se llama el enfoque "centrado en el estado" de las relaciones internacionales, ocupándose en especial de la acción de los estados y los gobiernos. Reconocen otras realidades mencionadas en este inventario y las toman en cuenta como instancias adecuadas, pero insisten en que todas las demás, menos o más amplias, están subordinadas a las naciones-estado, que son los agentes principales en el nivel internacional. En los últimos siglos, el mundo se dividió en potencias imperialistas y territorios o protectorados coloniales. El número de estados que reclamaban ser legalmente soberanos y políticamente independientes ha aumentado rápidamente en este siglo: mientras eran sólo alrededor de 60 en los años treinta, hay más de 160 en la medida en que entramos en la década de 1990. A lo largo de las diversas épocas de la historia, los modelos de organización política siempre han reflejado alguna relación con el poder político, militar, económico, tecnológico, cultural y otros (incluidos el religioso y el psicológico). Los realistas no afirman que las estructuras de las naciones-estado que actualmente existen durarán para siempre, pero no tienen duda de que tales estructuras ahora están firmemente atrincheradas y es probable que constituyan las unidades básicas de la realidad política internacional durante un largo tiempo por venir.[64] Los agentes no estatales derivan su significación de los estados o del grado hasta el cual pueden influir en las políticas y el comportamiento de los estados.

Grupos transnacionales y organizaciones no conformadas por estados Esta categoría incluye todas las entidades —políticas, religiosas, económico-comerciales y otras por el estilo— que operan transnacionalmente (a través de una o más fronteras internacionales), pero no tienen a gobiernos o a sus representantes formales como miembros. Durante siglos la Iglesia Católica fue reconocida como un ejemplo indiscutible. En épocas más recientes, la categoría ha incluido la Organización Sionista Mundial, los partidos comunistas, o los movimientos nacionales de liberación que siguen órdenes de cuarteles generales extranjeros (Moscú, Pekín o La Habana, por ejemplo), la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), los grupos terroristas internacionales (como Haerzbollah), los traficantes de armas internacionales y muchas organizaciones internacionales no gubernamentales.[65] En los últimos años ha habido una creciente conciencia del fundamentalismo islámico (con su centro en el Irán shiíta) como fuerza de considerable potencial transnacional, al margen del hecho de que históricamente el Islam no ha estado caracterizado ni por un clero ni por una organización jerárquica.

Entre los fenómenos transnacionales que han atraído la atención académica durante las últimas dos décadas está la empresa multinacional (EMN), un término que ha estado sometido a una variedad de sutiles refinamientos en cuanto a su definición por parte de otros especialistas.[66] Las empresas multinacionales, en contraposición con las naciones-estado, consideran las fronteras y el territorio como algo sin importancia. A pesar de la gran preocupación expresada acerca de su potencial de intervención política en los países anfitriones (especialmente en el Tercer Mundo), están primordialmente interesadas en las ganancias más que en la política, excepto en la medida en que la última afecte a las primeras. Aparte de la bibliografía deductiva sobre la dependencia y la interdepenedncia (que se tratará más adelante) y el número limitado de estudios de casos sobre EMN específicas en países específicos, todavía no ha habido una cantidad impresionante de investigaciones científicas sobre el papel de las EMN en el sistema político internacional, en su poder político por comparación con el de los estados anfitriones y sobre el grado en el cual son controlables o incontrolables para los países de origen, los países anfitriones o las organizaciones internacionales. Gran parte del debate ha sido normativo, vuelto a la pregunta acerca de si las EMN han sido beneficiosas o perjudiciales para los países menos desarrollados (o para las clases sociales menos aventajadas) en el Tercer Mundo, un tema que se tratará con más detalle en el Capítulo 6. No puede haber dudas, sin embargo, de que General Motors, Westinghouse, Royar Dutch Shell, British Petroleum, Sony, Volkswagen e International Telephone and Telegraph (ITT) son firmas transnacionales y agentes internacionales importantes.

Grupos internacionales y organizaciones formadas por Estados o sus representantes Éstos incluyen agentes internacionales universales a tal punto principales en este siglo como la Liga de las Naciones, las Naciones Unidas y la Corte Mundial, tanto como dependencias especializadas como la Organización Educativa, Científica y Cultural de las Naciones Unidas (UNESCO); la Organización Mundial de la Salud (OMS); la Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO); el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (IBRD); el Fondo Monetario Internacional (FMI); la Organización Internacional de Aviación Civil (ICAO); la Unión Internacional de Telecomunicaciones (ITU); el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA) y otros cuerpos intergubernamentales que obedecen al Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas. Un estudio de la Unión de Asociaciones Internacionales estimaba que el número de representantes nacionales de más de 110 países en más de 2.100 organizaciones internacionales excedía los 54.000.[67] La mayoría de ellos desempeñan tareas administrativas de rutina que no atraen el interés del teórico internacional. En las ocasiones, sin embargo, en que los países árabes y de otro tipo intentan expulsar a Israel de la UNESCO o cuando el ICAO debate qué hacer acerca del secuestro de aviones por parte de terroristas, o cuando la adecuación del sistema de salvaguardia de la IAEA (Agencia Internacional de Energía Atómica) se vuelve un tema vinculado con el cumplimiento de las cláusulas del Tratado de No Proliferación, las agencias especializadas son sacadas del anonimato a la plena luz de la política internacional y se convierten, por un tiempo al menos, en "parquinos", si no en actores protagónicos.

El sistema internacional En el nivel más abarcador y abstracto, llegamos al sistema internacional o global, que recibirá un tratamiento detallado

en el Capítulo 4. El analista contempla los sistemas centrándose en la totalidad más que en las partes que los componen (descriptas en las cinco secciones previas). En este esquema global, las naciones-estado específicas y otros agentes internacionales no están ausentes, pero se los presenta más con un perfil borroso que agudo. J. David Singer ha señalado que el modelo del estado-nación produce descripciones más ricas y explicaciones causales (es decir, de cómo y por qué empiezan las guerras específicas), mientras que el modelo sistémico conduce más a generalizaciones amplias acerca de cómo se comportan normalmente todos los estados. Singer considera la tesis de Morgenthau de que los estados buscan su interés nacional definido en términos de poder, como una teoría sistémica, una regla general a la cual uno puede encontrarle ciertas excepciones que no vician la regla.[68]

De manera general, quienes favorecen un nivel de acercamiento a los sistemas internacionales están convencidos de que el sistema internacional ejerce un efecto más profundo sobre las partes que lo forman que lo contrario. Esto, por cierto, es una versión moderna del antiguo problema filosófico conocido como "el todo y las partes", uno de esos problemas profundos y recurrentes que siempre parecen desafiar cualquier solución pero que hacen fascinante la vida intelectual. En anteriores períodos históricos era posible reconocer sistemas internacionales parciales (por ejemplo, las ciudades-estado griegas y el sistema europeo de equilibrio de poder), pero difícilmente podía decirse que las comunidades políticas fueran conscientes de la existencia de un "sistema global" en el sentido en el cual ahora usamos el término. De hecho, es difícil decir con precisión cuándo hizo posible el desarrollo de la tecnología de las comunicaciones la emergencia de un verdadero sistema global. Sin embargo, no puede negarse que el efecto de los factores "globales" en las unidades compositivas se percibe cada vez más como la realidad internacional en la medida en que nos acercamos al final del siglo XX.

No hay una lista "oficial" de los agentes internacionales, tampoco puede recopilársela. Los realistas siguen concentrándose en el estado-nación como la figura central dentro de los *dramatis personae*. Se supone que el estado-nación es un agente unitario, racional, que busca su propio interés nacional (considerado en términos de poder) dentro de una sociedad anárquica, un sistema de autoayuda en el cual la seguridad sigue siendo la preocupación primordial. Los pluralistas que estudian las empresas multinacionales, las organizaciones internacionales, los grupos terroristas y la creciente importancia de la interdependencia económica, insisten en que los realistas son demasiado estrechos y unilaterales en su enfoque, si no absolutistas y simplistas. Las decisiones de política exterior que afectan el sistema internacional no son tomadas, en realidad, por las naciones-estado, que son abstracciones "cosificadas" por los realistas. Por el contrario, las decisiones las toman grupos o individuos que pueden actuar con la autoridad del Estado.[69] Más aún, aducen, muchas decisiones significativas se toman fuera del marco de las naciones-estado, en las organizaciones internacionales o las empresas multinacionales (las cuales, investidas de recursos económicos formidables, puedan seguir políticas diferentes de las de sus gobiernos de origen).[70] Los marxistas y muchos analistas de sistemas

internacionales están convencidos de que las estructuras y los procesos globales (sean "capitalistas" o no) predominan sobre las de los estados y que sólo el sistema global, en consecuencia, es un objeto que merece investigación seria.[71]

El nivel de los sistemas internacionales suministra un modelo prolijo, manejable, si bien abarcador, que les asigna metas homogéneas a todos los agentes nacionales, pero también da pábulo a imágenes simplistas de naciones-estado "similares", mientras que subestima sus diferencias y exagera el grado en el cual el sistema total determina el comportamiento del miembro/agente. Centrarnos en el estado-nación, por contraste, nos permite ver las características y circunstancias situacionales únicas de los agentes, pero también implica el riesgo de una diferenciación excesiva, que puede oscurecer los modelos generales que está buscando el teórico. El análisis del sistema internacional y de los estados individuales como unidades se centra en cuestiones diferentes pero igualmente legítimas. Tales cuestiones no pueden abordarse adecuadamente excepto con tipos diferentes de estudios de un nivel al otro. Una pregunta que debe ser respondida es: "¿Qué tipo de agentes son más importantes en el sistema global?". Una segunda es: "¿Qué tipo de factores —características de los líderes individuales, las estructuras diferentes de los estados o las relaciones de los estados con el sistema— son los más importantes en cuanto a su efecto en las políticas de los estados?". Una tercera es: "¿Cuál es la relación entre los estudios que se centran en niveles diferentes, es decir, en diferentes entidades sociales? Por ejemplo, ¿qué puede inferir uno acerca del comportamiento de los estados individuales de los estudios que se centran en todo el sistema internacional?". Los estados sin duda son el tipo de entidad más importante, pero esto no niega que su comportamiento pueda ser influenciado de manera sumamente importante por las características del líder individual o por la estructura del sistema internacional, o por el hecho de que el estudio de diferentes niveles sea igualmente legítimo si bien aborda preguntas diferentes. Los sistemas de equilibrio de poder han operado durante miles de años, por ejemplo, y han operado de forma similar independientemente de la importancia de los estados o de las metas de las unidades constitutivas. Para tales estudios es básica la pregunta acerca de cuál es la relación lógica entre estudios del nivel del sistema y de nivel nacional y qué inferencias se pueden hacer de un nivel respecto del otro. Igualmente importante es la pregunta acerca de qué entidades sociales (individuos, estados o todo el sistema internacional) debería uno considerar para factores que tienen el mayor impacto en el comportamiento de los estados. Planteada en cierta forma de manera diferente, ¿qué variables independientes en el nivel internacional configuran el comportamiento de los agentes individuales? ¿Qué variables independientes por debajo del nivel del Estado configuran su política exterior?

Política, economía e interdependencia Desde la Segunda Guerra Mundial, el estudio de la relaciones internacionales en las universidades norteamericanas ha estado organizado dentro de los departamentos de ciencia política o, si no, tales departamentos han jugado un papel axial en los programas interdisciplinarios. Los especialistas en ciencia política tradicionalmente

han centrado su atención en las políticas y las acciones de los gobiernos, pero en las últimas décadas se han interesado en una gama más amplia de fenómenos que influyen y son influidos por la política y la diplomacia. En el campo internacional no menos que en el nacional, ha habido tendencia a expandir el concepto de "lo político" para incluir tendencias en la economía, la ciencia y la tecnología, e inclusive la educación, la cultura y la religión. Hoy en día, "relaciones internacionales" abarca el funcionamiento de las empresas multinacionales, las balanzas comerciales, las fluctuaciones en el valor de las monedas, las comunicaciones satelitales, la revolución de la superconductividad, la contaminación ambiental, el fundamentalismo islámico y los Juegos Olímpicos, en la medida en que tienen aspectos políticos.

Ningún observador sensato negaría que el mundo se ha vuelto progresivamente integrado en este siglo, como resultado de los desarrollos económicos y tecnológicos que vinculan todas las partes del sistema global. No se ha integrado desde el punto de vista político o cultural, sin embargo. Por cierto, muchas naciones, regiones y grupos subnacionales han buscado resistir o limitar los procesos integrativos (se lo trata en el Capítulo 10) afirmando su propia identidad e independencia contra las fuerzas unificadoras o centralizadoras más amplias.[72] La poderosas fuerzas transnacionales nuevas que han emergido en la escena internacional en el último cuarto de siglo dan pábulo a la preocupación, porque todavía no se ha probado que sea posible someterlas a control o regulación por parte de la autoridad política efectiva. Una de las definiciones modernas más a menudo citadas de la "política" —la de David Easton, quien describía el proceso como aquello a partir de lo cual los valores sociales son distribuidos autoritariamente[73]— simplemente no es adecuada para la dimensión internacional. Dado que presupone la organización de una sociedad bajo una autoridad efectiva capaz de tomar decisiones sobre valores y prioridades a través del proceso presupuestario, y capaz de hacer cumplir sus leyes manteniendo en el trasfondo la amenaza de sanciones, el modelo del sistema político nacional no puede extenderse al reino internacional, porque no hay autoridad efectiva en existencia en este nivel. El mismo Easton admitía que "las decisiones y las acciones desempeñadas por los sistemas internacionales descansan, para su aceptación, en la concordancia con el interés propio de los miembros participantes" entre los cuales "el efecto de una sensación de legitimidad todavía es extremadamente bajo".[74] Raymond Aron, Stanley Hoffmann, Roger D. Masters, Kenneth N. Waltz y varios otros teóricos de la escuela realista a menudo han advertido contra el peligro de perder de vista la diferencia crucial entre las sociedades nacionales —en las cuales los valores, la ley y el poder a menudo están bastante centralizados—, y el sistema internacional, en el cual están tan descentralizados que cada estado, tomando en cuenta su propio interés, puede decidir qué normas observará y cuáles ignorará.[75]

Durante los últimos quince años, varios teóricos de las relaciones internacionales han buscado tender un puente en la amplia brecha que va entre los sistemas internacional y nacional, entre el orden político y económico y entre los realistas y los pluralistas/globalistas, subrayando los conceptos de "interdependencia" y "regímenes internacionales". Ambos

conceptos se discutirán con más amplitud en los capítulos sobre realismo y sistemas. Aquí es suficiente señalar que "interdependencia" arrastra la connotación de que las naciones-estado están volviéndose cada vez más sensibles y vulnerables a los cambios económico-técnológicos en las otras naciones-estado y en el sistema global como un todo, y que están ajustando lentamente sus políticas en consecuencia.[76] Los regímenes internacionales, discutidos de forma más completa en el Capítulo 3, son aquellos conjuntos de acuerdos en vigencia —procedimientos, normas, reglas y, en algunos casos, instituciones funcionales especiales —diseñados para regular y controlar cierto tipo de actividad transnacional, aquella en que tal regulación y control parecería ser un asunto de interés común (o al menos de interés coincidente) entre varios o muchos estados.[77] Serían ejemplo de ello los regímenes internacionales pensados para manejar las tasas de cambio (en el Fondo Monetario Internacional), para quitar impedimentos al comercio internacional (en el Acuerdo General de Aranceles Aduaneros y Comercio o GATT, periódicamente revisado, que comenzó su octava ronda de negociaciones en Punta del Este en 1986), y para impedir la proliferación de armas nucleares a través del Tratado de No Proliferación, el sistema de salvaguardia de la Agencia Internacional de Energía Atómica (IAEA) y varios acuerdos entre países proveedores de armas nucleares para regular sus exportaciones.

La controversia entre tradicionalistas y conductistas

Los años sesenta fueron testigos de un "gran debate" entre los defensores tradicionales de un enfoque "clásico" de las relaciones internacionales y aquellos que preferían los métodos de las nuevas ciencias del comportamiento que ponían el énfasis en la cuantificación. Ambas escuelas, como lo señaló Norman Palmer, tendían en ese momento a aceptar los presupuestos básicos del realismo centrado en el Estado.[78] La violencia del debate ahora se ha apaciguado y la controversia parece menos importante en el campo contemporáneo de la teoría de las relaciones internacionales. En ese momento, sin embargo, reflejó una dicotomía fundamental en la disciplina norteamericana de la ciencia política que perturbaba a los europeos. Un resumen de los argumentos principales de cada lado todavía puede contribuir a una comprensión de cómo se ha desarrollado nuestro campo. Las dos perspectivas están menos polarizadas de lo que lo estuvieron una vez, pero de ninguna manera puede decirse que se hayan unido sintéticamente.

Hedley Bull llamaba "clásico" al "enfoque de la teorización que deriva de la filosofía, la historia y el derecho y que se caracteriza, por sobre todo, por una confianza explícita en el ejercicio del juicio y por el presupuesto de que si nos limitamos a patrones estrictos de verificación y prueba, hay muy poco significativo que pueda decirse acerca de las relaciones internacionales".[79] Los tradicionalistas por lo general son escépticos ante el esfuerzo por predecir o por aplicar el análisis probabilístico a los asuntos humanos. De tanto en tanto utilizarán datos cuantitativos para ilustrar un punto que están tratando de probar, en una presentación que, en otro sentido, es primordialmente discursiva, pero son críticos ante la

proclividad de algunos analistas contemporáneos a cuantificar a fin de demostrar a través de tortuosos análisis estadísticos una afirmación que debería ser obvia para una persona con sentido común. Los tradicionalistas están prototípica pero no rígidamente interesados en el solo y exclusivo acontecimiento, caso, situación o problema, que buscan entender en sus detalles más sutiles, incluidas las relaciones con otros fenómenos importantes. A menudo los tradicionalistas estudiarán varios casos de naturaleza similar, trazando comparaciones y contrastes adecuados a lo largo de su exposición. (Los científicos, también, por cierto, pueden descansar en un número pequeño de casos de estudio para desarrollar, ilustrar o probar un modelo general.) Los tradicionalistas insistirán en que son al menos tan meticulosos al recoger, escudriñar, pesar e interpretar pruebas como cualquier especialista en ciencias sociales. No negarán que hacen uso del juicio, la intuición y la reflexión para llegar a sus conclusiones, después de haber revisado y digerido todos los datos que consideran importantes y confiables.

El enfoque conductista-cuantitativo pone un énfasis considerable en lo que considera métodos científicamente precisos. Diferentes especialistas en ciencias sociales subrayan diferentes métodos o combinaciones de métodos: investigación de actitudes, análisis de contenido, simulación y juego, correlaciones estadísticas, construcción de modelos y el uso de análisis cuantitativo tanto como de computadoras como base para obtener precisión en las mediciones.[80] El enfoque científico no debe equipararse totalmente con la metodología cuantitativa, pero a la última es mucho más probable que se la emplee y por cierto que se la utilice en mayor escala en el enfoque científico que en el tradicional. Si bien los especialistas científicos no pueden eludir usar el juicio personal en la selección de sus problemas, la formulación de sus hipótesis y el desarrollo de sus esquemas de clasificación, intentan ir más allá de los juicios personales y lanzarse a métodos deductivos o inductivos que son independientes de la inclinación personal,[81] y que invocan sea la lógica o la matemática como sustitutos de la intuición interpretativa.

Los tradicionalistas a menudo critican a los conductistas por ser supuestamente demasiado confiados en la capacidad de generalizar, de convertir afirmaciones problemáticas en proposiciones causales y de usar tales proposiciones para predecir el comportamiento en un área en la cual las cosas no son predecibles; por atribuirles a los modelos abstractos una congruencia con la realidad que no tienen, por eludir los temas sustanciales de la política internacional porque, en su celo por el método científico, ellos o ellas pueden no haber dominado nunca realmente aquellos temas en toda su complejidad, y por sucumbir al "fetiche de la medición" que ignora diferencias cualitativas crucialmente importantes entre las cantidades que miden.[82]

Los conductistas afirman que cuando buscan la comprobación de una correlación estadística entre dos factores, están determinando si la relación entre los dos puede ser meramente una coincidencia y cuando se comprometen en análisis de variables múltiples están intentando averiguar cuál de varios factores constituye el factor más confiable para predecir un resultado particular.[83] El analista científico considera la desconfianza del

tradicionalista ante el método preciso, la cuantificación y la verificación a través de pruebas estadísticas, irresponsable y arrogante.[84] Los tradicionalistas retrucan que, a su propia manera, ellos desarrollan un cuidadoso "análisis de contenido" de las fuentes primarias y secundarias (documentales y de otro tipo) que presentan como evidencia —discursos, declaraciones ante la prensa, informes gubernamentales, mensajes diplomáticos, memorias personales, descripciones y comentarios periodísticos, entrevistas, estudios especializados y otros por el estilo— e intuitivamente seleccionan lo que consideran importante y relevante sin un conteo sistemático de palabras y frases. El tradicionalista sigue convencido de que la *esencia* de la política es la diferencia cualitativa, el matiz sutil de significado que puede comunicarse a través de la elección de una sola frase o palabra, pero que no permite que se la cuantifique.

La teoría tradicional: el equilibrio de poder

La más antigua, persistente y polémica de todas las teorías de la política internacional —el equilibrio de poder— fue reconocida al menos implícitamente en la antigua India y en la antigua Grecia, si bien nunca se la articuló formalmente. David Hume señaló que si bien el término *equilibrio de poder* puede ser moderno, "la máxima de preservar el equilibrio de poder está fundada a tal punto en el sentido común y en el razonamiento obvio que es imposible que se le hubiera podido escapar totalmente a la antigüedad", llegando a la conclusión de que se lo había practicado desde los tiempos antiguos hasta el siglo XVIII.[85]

En la medida en que podía llamársela una teoría formal de la política internacional, el concepto moderno de equilibrio de poder estaba asociado con la concepción newtoniana del universo en equilibrio. (A menudo una teoría de las ciencias sociales ha sido adaptada de una teoría de las ciencias físicas o al menos ha estado influida por el desarrollo de alguna.) De hecho, la noción de equilibrio es básica para muchas ciencias. Los químicos hablan de una solución en equilibrio estable; los economistas perciben un equilibrio de fuerzas que se contrarrestan, tales como la oferta y la demanda; los biólogos advierten contra las actividades humanas que perturban el "equilibrio de la naturaleza" entre organismo y entorno; los escritores políticos a menudo analizan la interacción de grupos de interés o de los poderes gubernamentales dentro de la sociedad nacional en términos de "controles y equilibrios".[86] Naturalmente, los teóricos de la realidad social internacional emplean "equilibrio" como un concepto organizador central para las relaciones de poder de las naciones-estado y suponen que las últimas están llevadas, casi por una ley de su propia naturaleza, a buscar su seguridad por alguna forma de equilibrio de poder.

Equilibrio de poder: problemas y definición

El término *equilibrio de poder* ha sido redondamente criticado por causar considerable confusión semántica. Ernst B. Hass descubrió al menos ocho

significados diferentes para el término: 1) cualquier distribución de poder, 2) equilibrio o proceso de equilibramiento; 3) hegemonía o la búsqueda de hegemonía, 4) estabilidad y paz en un concierto de poder, 5) inestabilidad y guerra, 6) política de poder en general, 7) una ley universal de la historia y 8) un sistema y guía para los encargados de trazar políticas.[87] "El problema con el equilibrio de poder", dice Inis L. Claude, Jr., "no es que no tenga sentido, sino que tiene demasiados sentidos". El término ha sido utilizado para connotar equilibrio y desequilibrio o cualquier distribución de poder, sea equilibrada o desequilibrada, tanto como una política y un sistema (sea automático y autorregulado o totalmente dependiente de la manipulación por parte de estadistas astutos). Claude llega a la conclusión de que el concepto de equilibrio de poder es extremadamente difícil de analizar porque quienes escriben sobre él, no sólo fracasan en ofrecernos claves precisas acerca de su sentido, sino que a menudo "pasan alegremente de un uso del término a otro y de vuelta al primero, a menudo sin hacer ninguna advertencia de que existen sentidos múltiples".[88]

Es cierto que el concepto de equilibrio de poder está cargado de ambigüedad. Muchos estadistas han buscado una superioridad unilateral más que un equilibrio bilateral objetivo con su rival principal. Sin embargo, es posible teóricamente concebir al equilibrio de poder como una situación o condición, como una tendencia universal o ley del comportamiento del Estado, como una guía para el arte de gobernar, y como una forma de mantenimiento del sistema característica de ciertos tipos de sistemas internacionales. En la medida en que pensemos en términos de equilibrio más que de superioridad, estos cuatro usos no necesitan ser incoherentes entre sí.

Concebida como una situación o condición, el equilibrio de poder implica un acuerdo objetivo en el cual hay una satisfacción relativamente generalizada con la distribución del poder. La tendencia universal o ley describe una probabilidad y le permite a uno predecir que los miembros de un sistema amenazado por la emergencia de un "perturbador del equilibrio" —es decir, una potencia aparentemente inclinada a establecer una hegemonía internacional— formará una coalición que la contrarreste. El equilibrio de poder como guía política prescribe a los estadistas que quieran actuar "racionalmente" que deberían mantener una vigilancia eterna y estar preparados a organizar una coalición contrapuesta contra el perturbador del equilibrio. El equilibrio de poder como sistema se refiere a una sociedad multinacional en la cual todos los agentes esenciales preservan su identidad, integridad e independencia a través del proceso de equilibramiento.[89]

Equilibrio de poder: fines y funciones

Diversos fines y funciones se le atribuyeron al equilibrio de poder en la teoría clásica, tal como la expusieron Bolingbroke, Gentz, Metternich y Castlereagh. Se suponía que 1) impedía el establecimiento de una hegemonía universal, 2) preservaba los elementos constitutivos del sistema y

al sistema mismo, 3) aseguraba la estabilidad y la seguridad mutua en el sistema internacional y 4) reforzaba y prolongaba la paz al disuadir de la guerra, es decir, al enfrentar al agresor con la posibilidad de que una política de expansión se topara con la formación de una coalición contraria. Los métodos y técnicas tradicionales para mantener o restaurar el equilibrio eran: 1) la política de dividir para reinar (que trabaja para disminuir el peso del lado más poderoso), 2) compensaciones territoriales después de una guerra; 3) la creación de estados valla, 4) la formación de alianzas, 5) esferas de influencia, 6) la intervención, 7) la negociación diplomática, 8) arreglo pacífico y legal de las disputas, 9) la reducción de armamentos, 10) la competencia o la carerra armamentista y 11) la guerra misma.

Una revisión de la lista de objetivos y métodos demostrará que había incoherencias internas en la teoría y en la práctica. Éstas eran probablemente ineludibles, dada la oscilación histórica entre equilibrios estables e inestables dentro del sistema de naciones-estado. Si el equilibrio de poder hubiera funcionado perfectamente como todos los estadistas esperaban y si la distribución de poder existente no le hubiera planteado ninguna amenaza a su seguridad nacional, entonces el equilibrio de poder como situación, política, ley y sistema casi con seguridad hubiera contribuido a la prolongación de la paz. Pero la dinámica del sistema político internacional no conducía ni a la estabilidad serena ni a una toma de decisiones racional y prudente en todo momento. Más aún, los estadistas que sólo perseguían lo que consideraban su propio interés nacional legítimo —un término estrechamente asociado con el sistema de equilibrio de poder— podrían haber aparecido a los ojos de otros hombres de Estado como conspirando para derribar el sistema internacional y ganar predominio. Por el contrario, un gobierno embarcado en una senda hegemónica puede no provocar la formación de una coalición contraria hasta que sea demasiado tarde para impedir una guerra a gran escala declarada para restaurar el equilibrio. En teoría, el equilibrio ayudaba a preservar la paz y la identidad de los estados miembros, pero en la práctica la política del equilibrio de poder a veces ha llevado a la guerra y a la división de agentes "menos esenciales" (como Polonia en la década de 1790). Pero mantener la paz y preservar a todos los miembros menores intactos se subordinaba a las metas más fundamentales de preservar el sistema multiestatal observando la máxima expresada por Friedrich Gentz: "Que si se quiere que el sistema de los estados de Europa exista y se mantenga a partir de esfuerzos comunes, ninguno de sus miembros puede volverse nunca tan poderoso como para poder coaccionar a todo el resto".[90]

Otro concepto clave de la teoría clásica debe mencionarse. En circunstancias normales, con varias naciones que buscan llevar al máximo su posición de poder a través de diversos métodos y técnicas de la política de equilibrio de poder, ninguna nación obtiene la hegemonía, y se mantiene un equilibrio precario. Pero por diversos motivos el equilibrio puede estar al borde de romperse. En este punto, un "detentador del equilibrio" imparcial y vigilante emerge, que es lo suficientemente fuerte para restaurar el equilibrio rápidamente una vez que se ve perturbado. Históricamente, Inglaterra jugó este papel en el sistema de los estados europeos:

En un famoso memorándum publicado el 1º de enero de 1907, Sir Eyre Crowe escribió que se había "convertido casi en una perogrullada histórica identificar la política secular de Inglaterra con el mantenimiento de su equilibrio, poniendo su peso ahora en este platillo y luego en aquel, pero siempre del lado opuesto a la dictadura política del Estado aislado o el grupo de estados más fuertes en un momento dado".[91] Winston Churchill reiteró esto como un dogma fundamental de la política exterior británica en 1936.[92] Quizás la teoría del equilibrio de poder, como guía política para los hombres de Estado, es una teoría distintivamente británica, al menos en los tiempos modernos.

Críticas al equilibrio de poder

En las últimas décadas, la teoría del equilibrio de poder ha enfrentado grandes críticas aun por parte de los analistas tradicionales y por motivos diferentes a la vaguedad semántica antes mencionada. Nicholas J. Spykman sostenía que la teoría explicaba inadecuadamente la práctica:

> La verdad del asunto es que los estados están interesados sólo en un equilibrio (desequilibrio) que está a su favor. No un equilibrio sino un margen generoso es su objetivo. No hay seguridad verdadera en ser exactamente tan fuerte como un enemigo potencial; hay seguridad sólo en ser un poco más fuerte. No hay posibilidad de acción si la propia fuerza está plenamente controlada; hay posibilidad de una política exterior positiva sólo si hay un margen de fuerza que puede ser libremente utilizado.[93]

Hans J. Morgenthau encuentra deficiente el equilibrio de poder en varios sentidos. Ha fracasado en un conjunto de ocasiones desde fines del siglo XVIII para preservar la existencia independiente de los estados. El sistema de muchos estados que impide que un solo Estado adquiera dominio universal se ha preservado sólo al precio de guerras frecuentes y costosas. Encuentra el equilibrio de poder: 1) *incierto* porque no existe ningún medio totalmente confiable para medir, evaluar y comparar el poder; 2) *irreal* porque los hombres de Estado intentan compensar su incertidumbre apuntando a la superioridad y 3) *inadecuado* para explicar la sobriedad nacional durante la mayoría de los años que van de 1648 a 1914, porque no le da crédito a la influencia moderadora de la unidad intelectual básica y el consenso moral que entonces prevalecía en Europa.[94]

Ernst B. Haas ha observado que usar el equilibrio de poder como guía política supone un alto grado de flexibilidad en la toma de decisiones nacional. El líder político vigilante debe comprometerse en un constante cálculo de poder y estar listo a entrar en una coalición compensatoria, al margen de diferencias ideológicas, intereses económicos y actitudes políticas internas. Haas ha cuestionado el grado hasta el cual los encargados de trazar políticas, especialmente en los países democráticos, pueden disfrutar del tipo de flexibilidad que la teoría del equilibrio de poder parecería exigir.[95] Debería señalarse, sin embargo, que las democracias anglo-

norteamericanas se las arreglaron para superar su aversión al comunismo soviético en la Segunda Guerra Mundial contra la Alemania nazi, y en las últimas décadas, Estados Unidos aparentemente ha buscado jugar un juego de equilibrio de poder respecto de la República Popular China y la Unión Soviética.

Kenneth N. Waltz ha defendido la teoría del equilibrio de poder contra los críticos que, en su opinión, han malentendido ciertos puntos cruciales. Toda teoría, aduce, debe empezar con ciertos presupuestos. Supone que los estados son agentes unitarios que buscan, como mínimo, preservarse y, como máximo, dominar a otros si ello es posible. Se esfuerzan por lograr sus objetivos a través de esfuerzos internos (es decir, aumentando las capacidades) y esfuerzos externos (es decir, reforzando su propia alianza y debilitando la del adversario). Entonces agrega la condición de que los estados están funcionando en un sistema de autoayuda sin ningún árbitro superior. Aquellos que no se ayudan a sí mismos tanto como los demás lo hacen, se verán en posición desventajosa. Los presupuestos, señala Waltz, no son ni verdaderos ni falsos, pero son esenciales para la construcción de una teoría. En la teoría del realismo estructural de Waltz, el equilibrio de poder está arraigado inevitable y necesariamente en el sistema internacional de los estados. Así se separa de la compañía de otros teóricos del equilibrio de poder —Hume, Churchill, Organski, Morgenthau, Haas, Kissinger y otros— quienes han sostenido que la política del equilibrio de poder es algo que debe ser seguido voluntariamente por líderes sabios y políticamente prudentes. Para Waltz, la tendencia hacia el equilibrio es automática, al margen de si "algunos o todos los estados conscientemente apuntan a establecer y mantener un equilibrio, o si algunos o todos los estados apuntan a un dominio universal". Si los resultados que han de surgir (es decir, el equilibrio) dependen de algunos o todos los estados que conscientemente trabajan en favor de él, entonces la política internacional puede ser explicada por teorías del trazado de políticas nacionales burocráticas y una teoría del equilibrio de poder internacional no tendría nada que explicar. Waltz quiere una teoría aplicable al sistema internacional, al margen del comportamiento de los estados particulares.[96]

Equilibrio de poder: modelos contemporáneos

Aun al margen del agudo análisis de Waltz, sería erróneo sugerir que la teoría del equilibrio de poder es obsoleta. Muchos teóricos "modernos", "no tradicionales" y "científicos" han descubierto que merece atención. Morton A. Kaplan la convierte en uno de sus seis modelos heurísticos de los sistemas internacionales. Le consagra más espacio al sistema del equilibrio de poder con sus reglas esenciales que a cualquiera de los demás sistemas.[97] (Para una discusión de los modelos de sistemas de Kaplan, ver el Capítulo 4.) Arthur Lee Burns, después de estudiar el problema del sistema en un equilibrio estable, llega a la conclusión de que "los arreglos más estables parecerían ser un mundo de cinco o más potencias impares, independientes y de aproximadamente igual fuerza", dado que no serían fácilmente divisibles en dos lados iguales.[98] Por su simplicidad para calcular

las relaciones y por la certeza y estabilidad que produciría tal simplicidad, Burns sostiene que, óptimamente, el sistema más estable sería un mundo de "cinco bloques aproximadamente iguales, cada uno de los cuales incluyera una familia de naciones-clientes intercambiables".[99]

Más recientemente, R. Harrison Wagner ha aducido que cualquier número de agentes entre dos y cinco puede producir un sistema estable, pero que el sistema más estable es aquel de tres agentes.[100] Muchos analistas del campo de la disuasión nuclear y la teoría del control de armamentos han actualizado y planteado en formas altamente sofisticadas las categorías del pensamiento vinculado con el equilibrio de poder.[101] Y si bien muchos intelectuales y especialistas universitarios consideran la teoría del equilibrio de poder una teoría burda, poco elaborada, simplistamente ingenua y obsoleta de las relaciones internacionales, gran cantidad de estadistas, políticos, diplomáticos, capitostes, periodistas y gente de la calle todavía la considera como una explicación adecuada de lo que de hecho ocurre en el sistema internacional y la base sobre la cual la política exterior debería formularse y dirigirse. La teoría retiene su encanto y validez para los analistas de la limitación de armas estratégicas y de la relación entre Estados Unidos, la Unión Soviética, China, Europa Occidental, Japón y otros centros de poder del sistema global.

Un caso de estudio en metodología cuantitativa

Durante las tres últimas décadas, los especialistas se han vuelto hacia la computadora, con su capacidad de manipulación estadística de una amplia cantidad de datos, para la construcción de teorías de las relaciones internacionales. "Las relaciones internacionales cuantitativas", según Harvey Starr, "no constituyen un subcampo sustancial de las relaciones internacionales, sino simplemente un enfoque metodológico común a la materia diversa que constituye las relaciones internacionales".[102] Usar la computadora puede agilizar en gran medida la realización de análisis estadísticos complejos y puede inclusive sugerir correlaciones que de otra forma no se les hubieran ocurrido a los especialistas. Las tecnologías avanzadas de almacenamiento y recuperación de la información, tanto como análisis de datos, ya han aumentado nuestra capacidad de manipular enormes cantidades de datos. Algunos autores han sugerido que ha llegado el momento de establecer un sistema de control global para la medición internacional de diversos fenómenos.[103] A lo largo de todo este libro, tendremos ocasión de referirnos al uso de los métodos cuantitativos en varias áreas de construcción teórica —por ejemplo, integración, carreras armamentistas y toma de decisiones. Aquí, discutimos sólo un caso para ilustrar la utilidad de la computadora en nuestro campo, para analizar la relación entre conflictos intranacionales e internacionales.

En un proyecto diseñado para encontrar modelos políticos recurrentes dentro y entre las naciones, Rudolph J. Rummel recolectó datos de 236 variables para 82 naciones para el año 1955. Estos datos se analizaron a través de una técnica conocida como análisis factorial.[104] En la primera fase del Proyecto de Dimensionalidad de las Naciones (DON), tres análisis

separados se les aplicaron a los datos: 1) las variables de comportamiento en conflictos extranjeros se interrelacionaron y se les aplicó análisis factorial por separado, 2) las variables de comportamiento en conflictos extranjeros se retrogradaron sobre dimensiones de características nacionales y dimensiones de conflicto interno ("retrogradar" quiere decir determinar hasta qué punto los datos de una variable pueden ser predichos a partir de los datos de un conjunto de variables) y 3) las variables de conflicto externo y conflicto interno se analizaron juntas por factoreo.

De las 235 variables, 94 eran mediciones de aspectos de las relaciones internacionales, tratados firmados, ayuda dada y recibida y votos con Estados Unidos en las Naciones Unidas.

Se descubrió que el comportamiento de conflicto no se correlacionaba con el grado del compromiso de una nación en las relaciones exteriores. Planteada de forma diferente, las naciones pueden estar profundamente comprometidas en los asuntos exteriores sin recurrir necesariamente al conflicto. En el análisis factorial de todas las variables, las variables de conflicto interno aparecieron en modelos diferentes de las variables de conflicto exterior.

Sin embargo, estas conclusiones estaban basadas en un método que no diferencia entre las naciones tomadas en consideración. Jonathan Wilkenfeld volvió a evaluar los datos de Rummel utilizando un método diferente que implicaba el reordenamiento en grupos de las naciones en consideración de acuerdo al tipo de nación, en un esfuerzo por determinar si el tipo de nación tiene influencia en la relación entre comportamiento interno y externo.[105] Un grupo de 74 naciones se dividió en tres grupos, basados en diferencias de liderazgo: personalista (o dictatorial), centrista (gobierno centralizado) y poliárquico. Todos los pares posibles de conflicto interno entre las dimensiones de comportamiento en conflicto interno y exterior se correlacionaron para tales grupos. Más aún, la posibilidad de lagunas de tiempo se tomó en consideración. Los resultados indicaron que hay una relación entre el comportamiento ante el conflicto interno y externo. La naturaleza de la relación depende del tipo de nación y de la dimensión del conflicto: "A medida que cambiamos nuestra atención del grupo personalista al centrista y finalmente al poliárquico, las dimensiones particulares de comportamiento en conflicto que están relacionadas cambian. Por cierto, no hay una relación particular entre ningún par de dimensiones de conflicto internas y externas que se mantenga igualmente bien para todos los grupos... Las naciones del sistema internacional no se comportan exclusivamente sobre la base de los supuestos de la situación internacional. Según el tipo de nación, debemos mirar más allá de la esfera internacional a la situación interna de la nación participante, para determinar la reacción de dicha nación".[106]

Rummel tiene una considerable deuda intelectual con Quincy Wright, quien desarrolló una teoría de campo para el análisis de las relaciones internacionales. La teoría de campo, que tiene sus orígenes en la física, ha sido llevada a la psicología por Kurt Lewin, quien influyó sobre Wright.[107] El teórico de campo subraya la situación total o "espacio vital" del organismo en el entorno considerado como una constelación de factores interdependientes. Wright, Rummel y otros teóricos de campo internacionales

consideran el comportamiento de las naciones en relación con similaridades y diferencias en los atributos nacionales, todos dentro del contexto de un campo geográfico-social definido por coordenadas tempo-espaciales. El campo geográfico-social de Wright representa una descripción del mundo real, con su distribución de población, recursos, agricultura y producción industrial y poder político y económico, tanto como sus cambios a lo largo del tiempo. Wright recubre el campo geográfico-social con uno analítico que consiste en valores y capacidades, porque supone que los encargados de tomar decisiones formulan y buscan políticas (tanto exteriores como internas) que vinculen valores con capacidades. Al ubicar cada estado u otra unidad actuante en un punto dentro de estos campos multidimensionales, ello refleja para cada coordenada empleada su posición respecto de cada campo. Wright trata no sólo de describir el campo internacional en cualquier momento de la historia, sino también suministrar una base para explicar el pasado y predecir el futuro.[108] En el campo del valor, por ejemplo, las coordenadas de Wright definen una gama de comportamiento que va de una concepción estrecha a una amplia del interés nacional, de la política de la pasividad a estrategias de intervención extranjera.[109]

Los teóricos de campo suponen que los sistemas de acción dentro de cada campo pueden cambiar a lo largo del tiempo hacia nuevas posiciones en el campo y así formar nuevas relaciones entre sí. La teoría de campo es esencialmente una forma de análisis espacial en el cual se estudian la accesibilidad de la posición relativa, la conectividad y la dirección del movimiento. R. J. Rummel, en especial, subraya la distancia atribuida, como concepto central, porque "las similitudes y diferencias atribuidas a una nación son fuerzas de campo que crean un movimiento espacio-temporal social; la distancia atribuida entre naciones determina el comportamiento internacional".[110]

En el estudio de Rummel, las variables de conflicto exterior se retrogradaban sobre otras dimensiones de las características nacionales. Los hallazgos fueron que la magnitud de las características o los atributos de una nación tienen escasa relación con su comportamiento en conflictos exteriores. En otras palabras, factores tales como el nivel de desarrollo económico o tecnológico, las comunicaciones internacionales; el totalitarismo, el poder, la inestabilidad, la capacidad militar, la ideología o los valores de cualquier nación individual no tenían una correlación importante con su comportamiento en conflictos exteriores.

¿Puede haber una teoría internacional "científica"?

El sentido de "científico" es relativo. El término *ciencia* no connota nada más que un cuerpo de conocimientos y una forma de descubrir nuevos conocimientos. Cualquier cosa que satisfaga a los seres humanos inteligentes en cualquier época como el medio óptimo para agrandar sus fronteras intelectuales pasará por "científico".

El progreso científico genuino generalmente se logra cuando uno empieza por aceptar el conocimiento del campo ya aceptado en general por los especialistas. Los individuos pueden querer reorganizar en cierta forma

el cuerpo de conocimientos existentes para aumentar su propia comprensión de él. Pero el individuo debe tomar algo como dado, algo ya basado en la observación empírica, la experiencia y la reflexión humana. Si el aprendizaje es social, el individuo no puede empezar a crear el universo *de novo*.

Una vez que el investigador ha dominado el conocimiento existente y lo ha organizado para sus fines, aduce una "ignorancia llena de sentido": "He aquí lo que sé, ¿qué no sé que valga la pena saber?". Ésta es una pregunta muy importante. Una vez que un área ha sido seleccionada para la investigación, la pregunta debe plantearse lo más claramente posible, y aquí es donde la cuantificación puede demostrar que es útil,[111] siempre que los métodos matemáticos se combinen con esquemas taxonómicos cuidadosamente construidos. Lograr una mezcla satisfactoria de herramientas apropiadas de análisis estadístico con tipologías es uno de los aspectos más difíciles a la hora de formular una hipótesis válida y comprobable en el ámbito de la realidad política, donde los nombres que les damos a las cosas y las palabras que usamos son de importancia crucial. Al investigar el campo de las relaciones internacionales o cualquier sector de éstas, vemos muchos elementos dispares y seguimos moviéndolos a través de diversas permutaciones en nuestra mente, preguntándonos si puede haber alguna relación significativa entre A y B o entre B y C. Por un proceso que estamos forzados a llamar "intuición", hasta que aprendamos mucho más acerca de él de lo que sabemos ahora, percibimos una correlación posible, hasta el momento insospechada o no conocida firmemente, entre dos o más elementos. En este punto, tenemos los ingredientes de una hipótesis que puede expresarse en referentes mensurables y que, si se la valida, sería a la vez explicativa y predictiva. (En el sentido científico más estricto, lo que no podemos predecir no podemos explicarlo plenamente,[112] pero se trata de un criterio extremadamente exigente de explicación en las ciencias sociales.)

De aquí en adelante, el método científico se vuelve más familiar. La hipótesis debe ser comprobada. Esto exige la construcción de un experimento o la reunión de datos de otra manera. En cualquiera de los dos casos, deben hacerse todos los esfuerzos posibles para eliminar la influencia de lo desconocido, y para asegurarse de que la evidencia buscada pertenece a la hipótesis y a nada más. El resultado del esfuerzo de reunir datos se observa cuidadosamente, se registra y se analiza, luego de lo cual la hipótesis se descarta, se modifica, se reformula o se niega. Esto, de manera muy general, es lo que por lo general queremos decir por "el método científico". En cada paso del camino se pone énfasis en la precisión de pensamiento y lenguaje y en una distinción entre lo que se supone y lo que es empíricamente comprobable.

La aplicación del método científico durante los últimos 250 años ha producido impresionantes resultados en las ciencias físicas en forma de leyes generalizadas. En física, astrofísica, química, biología y ciertas áreas de la psicología, se ha logrado un alto grado de predictibilidad. Pero aun las ciencias "exactas", con todas sus poderosas metodologías, llegan a los límites de lo que podemos saber en cualquier momento dado. Según Werner Heisenberg y su principio de indeterminación, por ejemplo, no es

posible determinar simultáneamente la posición y el movimiento de una partícula de materia.[113] En todas las ciencias, físicas y sociales, encontramos que nuestros esfuerzos por medir un fenómeno pueden dislocar o cambiar la cosa que estamos intentando medir.

La búsqueda de modelos recurrentes

Cualquiera que afirme que es un teórico "científico", ya sea "tradicional" o "conductista", orientado hacia el futuro, está condenado a buscar regularidades. Pero debemos recordar que hay dificultades peculiares que enfrentan todos los científicos sociales y si las tenemos en mente es más probable que avancemos intelectualmente que si las ignoramos u olvidamos.

El científico social que estudia los asuntos humanos enfrenta problemas referidos a la relación del observador y lo observado en un mayor grado que el científico que estudia átomos, moléculas o estrellas. El científico del área física, no importa cuán excitado se sienta por su trabajo, generalmente elude el tipo de compromiso emocional con el fenómeno observado que puede influir en su percepción y su juicio. En la investigación de la sociedad humana es mucho más probable que la observación objetiva esté imbuida de fines subjetivos. Un físico o un químico que sea un ardiente pacifista en su vida personal, no tiende por dicha convicción a verse más inclinado en su propuesta analítica hacia los átomos pasibles de fisión que hacia los demás átomos. Pero el científico social que tiene fuertes preconceptos acerca de temas como la guerra, el terrorismo guerrillero, los valores nacionales, la población mundial y el hambre, el desarme y la organización internacional o el conflicto entre democracia y dictaduras, es mucho más probable que caiga en dificultades en sus esfuerzos por lograr la distancia completa que presupone el método científico. (En opinión de los autores, no hay necesidad de que los científicos sociales se disculpen por este "compromiso humano".) Si bien se supo que el método está "libre de valores", el fenómeno que se examina a menudo está recargado con consecuencias valorativas que influyen en el bagaje intelectual y psicológico del analista-observador. Los científicos sociales difícilmente coinciden respecto de cuál de estas dos actitudes produce la mayor distorsión perceptiva en el estudio, digamos, de los problemas de la guerra y la paz: un deseo puramente neutral o no ético por "entender" la agresividad humana con el fin de explicar y predecir sus manifestaciones o un compromiso moral a estudiar la guerra con el intento de abolirla, a fin de hacer del mundo un lugar mejor. Sin duda, el esfuerzo por construir una teoría internacional científica seguirá estando caracterizado por la interpretación de estos dos fines diferentes, tanto dentro de la mente individual como dentro del campo como un todo.[114]

Las peculiaridades de la relación observador-observado en las ciencias sociales da origen a dificultades adicionales. Algunas de ellas son bien conocidas y frecuentemente citadas, tales como la incapacidad de conducir experimentos controlados a fin de aislar los factores estudiados. Inclusive el régimen totalitario más brutal, sea cual sea la eficacia de los medios técnicos de control social a su disposición, se verá presionado

con tremenda fuerza para llevar adelante un experimento científico estrictamente controlado con una sola nación, para no mencionar dos o más. El punto es que al intentar estudiar cualquier amplio conglomerado social científicamente, las condiciones de control, a los fines de la exactitud, deben establecerse primordialmente a través de la clarificación de los propios procesos de pensamiento, más que en el confuso e incontrolable universo social.

Otros problemas son menos fácilmente reconocidos. Dada la amplitud que abarca el campo, la mera masa de datos pertinentes parece exceder las fronteras del dominio humano. Muchos datos son inaccesibles y permanecen así por un largo tiempo (en los archivos gubernamentales) o para siempre (en la mente de individuos que olvidan o mueren antes de transmitirles a los especialistas todo lo que saben acerca de lo que realmente ocurrió). El especialista y el teórico, en consecuencia, a menudo llegan a conclusiones generalizadas a partir de escasas pruebas que pueden ser poco confiables sobre bases bastante al margen de su incompletud.

Finalmente, llegamos a los problemas del lenguaje, del cual toda teoría debe revestirse. Aun las ciencias exactas no han sido inmunes a las dificultades de vincular el lenguaje con la observación, o los símbolos verbales con la experiencia. Es inexacto decir que las ciencias exactas exigen símbolos cuantitativos, mientras que las ciencias sociales descansan en cierta base empírica y que el método no es empírico a menos que entrañe las funciones esenciales de nombrar y contar. En todas las ciencias contar es algo muy simple. Un factor de separación importante entre las ciencias físicas y las ciencias sociales es el ámbito del lenguaje cualitativo o el proceso de nominación. Nadie discute el sentido de términos como *líquido, vapor, magnético, cargado eléctricamente, cloruro de sodio o fisión nuclear.* Pero al analizar el universo social, constantemente enfrentamos términos como *democrático, agresivo, revolucionario, ilegal, discriminatorio y violento.* Ni uno de estos términos está investido de objetividad científica. Así, si bien todos los científicos sociales pueden contar y una gran cantidad entender el proceso del análisis estadístico, hay motivos para creer que la base de acuerdo sobre la cual se cuenta o se mide en el campo de las relaciones internacionales es muy estrecha y sin duda precaria.

Conclusiones

Nuestro propósito en este capítulo ha sido mostrar de manera general cómo el estudio de las relaciones internacionales ha evolucionado, a fin de abrir el escenario para examinar las principales teorías, del pasado y el presente, en detalle.

En el principal trabajo de Quincy Wright, *A Study of International Relations* (Un estudio de las relaciones internacionales), después de admitir que las relaciones internacionales todavía son "una disciplina emergente que manifiesta poca unidad desde el punto de vista del método y la lógica",[115] sugiere que el campo puede ser mejor entendido si lo abordamos a través de cuatro perspectivas intelectuales básicas. En su opinión, toda la realidad social puede dividirse adecuadamente en cuatro catego-

rías: 1) lo *concreto* (lo que fue o lo que es, conocido a través del método descriptivo); 2) lo *posible* (lo que puede ser, conocido a través del método de la especulación teórica); 3) lo *probable* (lo que será, conocido a través del método de predicción); 4) lo *deseable* (lo que debería ser, conocido a través del método de la reflexión ética, valorativa o normativa). Estas cuatro categorías, dice Wright, corresponden a la historia, el arte, la ciencia y la filosofía.[116] Los autores encuentran esta categorización digna de examen, pues es útil en todas las ciencias sociales.

Para resumir, la función esencial de la teoría internacional es permitirnos mejorar nuestro conocimiento respecto de la realidad internacional, sea con el fin de la "pura comprensión" o con el fin más activo de cambiar dicha realidad. La teoría nos ayuda a ordenar nuestro conocimiento existente y a descubrir nuevos conocimientos de forma más eficaz. Suministra un marco de pensamiento en el cual definimos las prioridades de investigación y seleccionamos las herramientas disponibles más adecuadas para recoger y analizar datos. La teoría dirige nuestra atención a similaridades y diferencias significativas y sugiere relaciones que no se habían percibido antes. En el mejor de los casos, la teoría sirve como prueba de que las potencias de la mente humana han sido aplicadas a un problema concreto con previsión, imaginación y profundidad, y esta prueba inspira otras para esfuerzos ulteriores tendientes al desacuerdo o la coincidencia.

No hay un solo modelo de teoría. La teorización social se produce en muchos niveles y a través de muchas perspectivas disciplinarias, con varios experimentos y enfoques interdisciplinarios en curso. La teoría de las relaciones internacionales, que va más allá de la teoría de la "política exterior", contiene componentes que son descriptivos, especulativos, predictivos y normativos. Un especialista aislado puede subrayar cualquiera de éstos, pero cuanto más altamente desarrollado esté el campo de la teoría de las relaciones internacionales como un todo, será más probable que implique una síntesis de "lo que es", "lo que puede ser", "lo que probablemente será" y "lo que debería ser". La buena teoría puede ser inductiva o deductiva, micro o macro, altamente específica, de mediano alcance o "grande" en el sentido de ser tan abarcadora como el estado de nuestro conocimiento en cualquier momento dado lo permite y explicando un número lo más amplio posible de fenómenos con la menor cantidad de variables posible. Todos estos enfoques son válidos y útiles cuando se los maneja con inteligencia y cuidado metodológico y cuando se aplica al nivel apropiado, o los niveles apropiados de análisis en el estudio de las relaciones internacionales.

NOTAS AL CAPITULO 1

* El tema del desarme ofrece un ejemplo de lo que quiere decir Rosenau. Quienes le asignan la más alta prioridad y urgencia al desarme en la agenda internacional pueden subestimar los problemas políticos, psicológicos, técnicos y estratégicos implicados. Quienes se han especializado en el estudio de los datos empírico-histórico-técnicos sobre desarme pueden haber alcanzado conclusiones tan pesimistas como subestimar las dificultades de alcanzar alguna vez acuerdos de limitación de armas.

** Nota del editor: la norma de esta editorial consiste en citar el nombre de los editores en su forma contemporánea en la mayoría de los casos, aun cuando la edición original citada por los autores pueda haber sido publicada bajo otra editorial.

[1] Tucídides: *Historia de la guerra del Peloponeso*, trad.: Rex Warner (Hamondsworth, Penguin Books, 1954). Ver también William T. Bluhm: *Theories of the Political System: Classics of Political Thought and Modern Political Analysis* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice Hall, 1965), cap. II; John H. Finley, Jr.: *Thucydides* (Cambridge, Harvard University Press, 1942); Carlos Norris Cochrane: *Thucydides and the Science of History* (Londres, Oxford University Press, 1929); Peter J. Fliess: *Thucydides and the Politics of Bipolarity* (Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1966).

[2] Nicolás Maquiavelo: *The Prince and the Discourses* (Nueva York, Random House [Modern Library], 1940); James Burnham: *The Machiavellians* (Nueva York, John Day, 1943); Herbert Butterfield: *The Statecraft of Machiavelli* (Nueva York, Macmillan, 1156); Friedrich Meinecke: *Machiavellism: The Doctrine of Raison d'Etat and Its Place in Modern History*, trad.: Douglas Scott (New Haven, Yale University Press, 1957).

[3] Dante Alighieri: *On World Government*, trad.: Herbert W. Schneider, 2ª ed. rev. (Nueva York, Liberal Arts Press, 1957); Etienne Gilson: *Dante and Philosophy*, trad.: David Moore (Nueva York, Harper & Row [Torchbooks], 1963), parte III.

[4] Ver Daniel S. Cheever y H. Field Haviland: *Organizing for Peace* (Boston, Houghton Mifflin, 1954), cap. 2. Para lecturas adicionales sobre la historia de la teoría política internacional, ver F. H. Hinsley: *Power and the Pursuit of Peace: Theory and Practice in the History of Relations Between States* (Cambridge University Press, 1967), pp. 13-149; Frank M. Russell: *Theories of International Relations* (Nueva York, Appleton, 1936), pp. 99-113 y cap. XI; Kenneth N. Waltz: "Policital Philosophy and the Study of International Relations", en: William T. R. Fox, comp., *Theoretical Aspects of International Relations* (Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1959).

[5] Martin Wight: "Why Is There No International Theory?", *International Relations*, II (abril de 1960), 35-48, 62.

[6] Ibídem, pp. 37-38.

[7] Ver en el Capítulo 6 la sección sobre las teorías marxista-leninistas del imperialismo.

[8] Martin Wight, op. cit., p. 40.

[9] Grayson Kirk: *The Study of International Relations in American Colleges and Universities* (Nueva York, Council on Foreign Relations, 1947), p. 4; Foster Rhea Dulles: *America's Rise to World Power, 1898-1954* (Nueva York, Harper & Row, 1963), pp. 158-161. Para un excelente tratamiento de la dicotomía, ver Robert E. Osgood: *Ideals and Self-Interest in America's Foreign Relations* (Chicago, University of Chicago Press, 1953).

[10] Kenneth W. Thompson: "The Study of International Politics: A Survey of Trends and Developments", *Review of Politics*, XIV (octubre de 1952), 433-443.

[11] James L. Brierly: *The Law of Nations*, 2ª ed. (Nueva York, Oxford University Press, 1936); Clyde Eagleton: *International Government* (Nueva York, Ronald Press, 1932); Charles G. Fenwick: *International Law*, 2ª ed. (Nueva York, Appleton, 1934); Norman L. Hill: *International Administration* (Nueva York, McGraw-Hill, 1931); Hersch Lauterpacht: *The Function of Law in the International Community* (Nueva York, Oxford University Press, 1933); J. B. Moore: *A Digest of International Law* (Washington, Government Printing Office, 1906); Lassa F. L. Oppenheim: *International Law: A Treatise*, 2ª ed. (Londres, Longmans, 1928); Pitman B. Potter: *An Introduction to the Study of International Organization*, 3ª ed. (Nueva York, Appleton, 1928).

[12] Sidney B. Fay: *The Origins of the World War*, 2ª ed. (Nueva York, Macmillan, 1930); G. P. Gooch: *History of Modern Europe, 1878-1919* (Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1923); R. B. Mowat: *European Diplomacy, 1815-1914* (Londres, Longmans, 1922); Bernadotte E. Schmitt: *The Coming of*

the War, 1914 (Nueva York, Scribner's, 1930); Raymond J. Sontag: *European Diplomatic History, 1871-1932* (Nueva York, Appleton, 1933); G. P. Gooch y Harold W. Temperly: *British Documents on the Origins of the War, 1889-1914* (Londres, His Majesty's Stationery Office, 1928). Para una evaluación historiográfica del trabajo de los historiadores norteamericanos, ver Warren I. Cohen: *The American Revisionists: The Lessons of Intervention in World War I* (Chicago, University of Chicago Press, 1967).

[13] Carlton J. H. Hayes: *Essays on Nationalism* (Nueva York, Macmillan, 1926); Hans Kohn: *A History of Nacionalism in the East* (Londres, George Routledge, 1932); *Nationalism in the Soviet Union* (Londres, George Routledge, 1933), y *The Idea of Nationalism* (Nueva York, Macmillan, 1944).

[14] Philip J. Noel-Baker: *Disarmament* (Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1926); James T. Shotwell: *War as an Instrument of National Policy* (Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1929); J. W. Wheeler-Bennett: *Disarmament and Security Since Locarno, 1925-1931* (Nueva York, Macmillan, 1932).

[15] Parker T. Moon: *Imperialism and World Politics* (Nueva York, Macmillan, 1926); Herbert I. Priestley: *France Overseas: A Study of Modern Imperialism* (Nueva York, Appleton, 1938).

[16] Harold Nicolson: *Peacemaking, 1919* (Boston, Houghton Mifflin, 1933), y *Diplomacy* (Londres, Oxford University Press, 1939).

[17] Carl J. Friedrich: *Foreign Policy in the Making: The Search for a New Balance of Power* (Nueva York, Norton, 1938); Alfred Vagts: "The United States and the Balance of Power", *Journal of Politics*, III (noviembre de 1941), 401-449.

[18] James Fairgrieve: *Geography and World Power* (Nueva York, Dutton, 1921); Nicholas J. Spykman: "Geography and Foreign Policy, I", *American Political Science Review*, XXXII (febrero de 1938), 213-236; y los dos libros siguientes: *America's Strategy in World Politics* (Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1942) y *The Geography of Peace* (Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1944). Spykman también escribió dos artículos con Abbie A. Rollins: "Geographic Objectives in Foreign Policy I", *American Political Science Review*, XXXIII (junio de 1939), 391-410 y "Geographic Objectives in Foreign Policy II", ibídem (agosto de 1939), 591-614. Las teorías de Mahan y Mackinder se tratan en el Capítulo 2 de este texto; para una discusión de las teorías de Spykman, ver el Capítulo 3.

[19] Frank M. Russell: *Theories of International Relations* (Nueva York, Appleton, 1936).

[20] Sir Norman Angell: *The Gret Illusion* (Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1933). Ver también J. D. B. Miller: *Norman Angell and the Futility of War: Peace and the Public Mind* (Londres, Macmillan, 1986), especialmente caps. 2 y 3.

[21] E. H. Carr: *The Twenty-Years' Crisis, 1919-1939: An Introduction to the Study of International Relations* (Londres, Macmillan, 1939; Harper & Row [Torchbooks], 1964).

[22] Arnold Wolfers: "Statemanship and Moral Choice", *World Politics*, I (enero de 1949), 175-195, y "Political Theory and International Relations" en Arnold Wolfers y Laurence Martin, comps.: *The Anglo-American Tradition in Foreign Affairs* (New Haven, Yale University Press, 1956); Kenneth W. Thompson: "The Limits of Principle in International Politics: Necessity and the New Balance of Power", *Journal of Politics* XX (agosto de 1958), 437-467. George F. Kennan ha comentado de la siguiente forma el enfoque legalista-moralista de los norteamericanos de los problemas internacionales: "Nuestro genio nacional, nuestro sentido de la decencia, nuestro sentimiento por la transacción y la ley, nuestra franqueza y honestidad, ¿acaso estas cualidades no han tenido éxito en producir en este continente una sociedad sin paralelo por su falta de tensiones y violencia...? No había motivos por los cuales el mundo exterior, con nuestra ayuda, no se adecuara a una vida sin violencia." De *Realities of American Foreign Policy*, extracto incluido en David L. Larson, comp.: *The Puritan Ethic in United States Foreign Policy* (Princeton, Van Nostrand, 1966), p. 34.

[23] Adam Smith y otros economistas del siglo XVIII, siguiendo los pasos individualistas de John Locke, enseñaron que la gente en un sistema competitivo, cuando busca su propia ganancia privada, está conducida por una "mano invisible" a promover el interés de toda la sociedad.

[24] E. H. Carr: *The Twenty Years' Crisis 1919-1939: An Introduction to the Study of International Relations* (Londres, Macmillan and Company, Ltd., 1962), página 9.

[25] Ibídem, p. 5.

[26] G. Lowes Dickinson: *Causes of International War* (Londres, The Swarthmore Press, Ltd., 1920). Otros trabajos importantes que son ilustrativos de la bibliografía de las relaciones internacionales en su fase utópica incluyen Norman Angell, op. cit.; Nicholas Murray Butler: *Between Two Worlds: Interpretations of the Age in Which We Live* (Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1934); Nicholas Murray Butler: *A World in Ferment: Interpretations of the War for a New World* (Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1917); G. Lowes Dickinson: *The International Anarchy, 1904-1914* (Nueva York y Londres, The Century Company, 1926); Harold Josephson: *James T. Shotwell and the Rise of Internationalism in America* (Cranbury, N.J., Associated University Presses, Ind., 1975); Gilbert Murray: *The Ordeal of This Generation* (Nueva York y Londres, Harper & Row, 1929); James T. Shotwell: *The Autobiography of James T. Shotwell* (Nueva York, The Bobbs-Merril Company, Inc., 1961); James T. Shotwell: *The History of History* (Nueva York, Columbia University Press, 1939); Alfred Zimmern: *America & Europe and Other Essays* (Freeport, N.Y., Books for Libraries Press, 1929; reimpreso en 1969); Alfred Zimmern: *The Leage of Nations and The Rule of Law, 1918-1935* (Nueva York, Russell & Russell, 1939; reimpreso en 1969). Ver Alfred Zimmern: "The Problem of Collective Security" en *Neutrality and Collective Security*, Harris Foundations Lectures, 1936 (Chicago, University of Chicago, 1936), pp. 3-89.

[27] E. H. Carr: op. cit., p. 62, ver especialmente caps. 1-6. Para una exposición más completa de las teorías realistas ver Capítulo 3 de este libro.

[28] Ibídem, p. 92.

[29] Ibídem, pp. 5-6.

[30] Ibídem, pp. 10, 20-21, 93-94.

[31] Martin Wight: *Power Politics: "Looking Forward"*, Pamphlet Nº 8 (Londres, Royal Institute of International Affairs, 1946), p. 11.

[32] Hans J. Morgenthau: *Politics Among Nations* (Nueva York, Knopf, 1948, 1954, 1960, 1967); Frederick L. Schuman: *International Politics: An Introduction to the Western State System*, 4ª y 5ª ed. (Nueva York, McGraw-Hill, 1948, 1953); Robert Strausz-Hupé y Stefan T. Possony: *International Relations* (Nueva York, McGraw-Hill, 1950, 1954); Norman D. Palmer y Howard C. Perkins: *International Relations* (Boston, Hourghton Mifflin, 1953, 1957, 1969); Norman J. Padelford y George A. Lincoln: *The Dynamics of International Politics* (Nueva York, Macmillan, 1962); Ernst B. Haas y Allen S. Whiting: *Dynamics of International Relations* (Nueva York, McGraw-Hill, 1956); Harold y Margaret Sprout: *Foundations of National Power* (Princeton, Van Nostrand, 1945, 1951) y *Foundations of International Politics* (Princeton, Van Nostrand, 1962); Quincy Wright: *The Study of International Relations* (Nueva York, Appleton-Centrury-Crofts, 1955), pp. 23-24; Charles Pl. Schleicher: *Introduction to International Relations* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice Hall, 1954) e *International Relations: Cooperation and Conflict* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice Hall, 1962); Frederick H. Hartmann: *The Relations of Nations* (Nueva York, Macmillan, 1957, 1962); A. F. K. Organski: *World Politics* (Nueva York, Knopf, 1958); Lennox A. Mills y Charles H. McLaughlin: *World Politics in Transition* (Nueva York, Holt, Rinehart y Winston, 1956); Fred Greene: *Dynamics of International Relations* (Nueva York, Holt, Rinehart y Winston, 1964); W. W. Kulski: *International Politics in a Revolutionary Age* (Filadelfia, Lippincott, 1964, 1967). Se llama la atención del lector a las siguientes revisiones de los textos tempranos de relaciones internacionales: Richard C. Snyder: "Toward Greater Order in the Study of International Politics", *World Politics* VII (abril de 1955), 462-478; Fred A. Sondermann: "The Study of International Relations: 1956 version", *World Politics*, X (julio de 1958), 639-647; Kenneth W. Boulding: "The Content of International Studies in College: A

Review", *The Journal of Conflict Resolution*, VIII (marzo de 1964), 65-71; y Dina A. Zinnes: "An Introduction to the Behavioral Approach: A Review", *The Journal of Conflict Resolution*, XII (junio de 1968), 258-267. Para un análisis de contenido de libros de texto más recientes y otros materiales de enseñanza, ver James N. Rosenau y otros: "Of Syllabi, Texts, Students and Scholarship in International Relations: Some Data and Interpretations on the State of a Burgeoning Field", *World Politics*, XXIX (enero de 1977), 263-340.

[33] Georg Schwarzenberger: *Power Politics: A Study of World Society* (Nueva York, Praeger, 1951), pp. 13-14. (La tercera edición de este trabajo apareció en 1964.) Para discusiones recientes de los esfuerzos por clarificar la noción de poder, ver David V. J. Bell: *Power, Influence and Authority* (Nueva York, Oxford University Press, 1975); Jack H. Nagel: *The Descriptive Analysis of Power* (New Haven, Yale University Press, 1975) y David A. Baldwin: "Power Analysis and World Politics", *World Politics*, XXXI (enero de 1979), 161-194.

[34] Horace V. Harrison, escribiendo en 1964 criticó no sólo los libros de texto sino casi todos los escritos sobre teoría internacional por ser parciales, implícitos más que explícitos, con un enfoque demasiado estrecho, diseñado para servir a intereses profesionales particulares e incapaces de suministrar una guía sea para la investigación sea para la acción. Agregó, sin embargo, que había empezado un cierto avance hacia teorías más generales desde fines de la década de 1950. Ver su introducción al libro que compiló: *The Role of Theory in International Relations* (Princeton, Van Nostrand, 1964), pp. 8-9.

[35] William T. R. Fox y Annette Baker Fox: "The Teaching of International Relations in the United States", *World Politics*, XIII (julio de 1961), 339-359. Ver también Quincy Wright, op. cit., caps. 3 y 4; Grayson Kirk: op. cit.; Waldemar Gurina: "On the Study of International Relations", *Review of Politics*, VIII (julio de 1946), 275-282; Frederick L. Schuman: "The Study of International Relations in the United States", *Contemporary Political Science: A Survey of Methods, Research and Training* (París, United Nations Educations, Scientific and Cultural Organization, 1950); Frederick S. Dunn: "The Present Course of International Relations Research", *World Politics*, II (octubre de 1949), 142-146; Kenneth W. Thompson, op. cit.; L. Fray Cowen: "Theory and Practice in the Teaching of International Relations in the United States" en Geoffrey L. Goodwin, comp.: *The University Teaching of International Relations* (Oxford, Basil Bleckwell, 1951); John Gange: *University Research on International Relations* (Washington, American Council on Education, 1958); Richard N. Swift: *World Affairs and the College Curriculum* (Washington, American Council on Education, 1959); Edward W. Weidner: *The World Role of Universities, The Carnegie Series in American Education* (Nueva York, McGraw-Hill, 1962) especialmente los capítulos que tratan los programas de estudiantes en el extranjero, programas de intercambio y programas internacionales de asistencia universitaria.

[36] La aparición de varias antologías de teoría internacional a principios de los años sesenta testimoniaba un creciente interés en el campo. Ver William T. R. Fox, comp.: *Theoretical Aspects of International Relations* (Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1959); Charles A. McClelland, William C. Olson y Fred A. Sondermann, comps.: *The Theory and Practice of International Relations* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1960); Ivo D. Duchacek, comp. con la colaboración de Kenneth W. Thompson: *Conflict and Cooperation Among Nations* (Nueva York, Holt, Rinehart y Winston, 1960); Klaus Knorr y Sidney Verba, comps.: *The International System: Theoretical Essays* (World Politics XIV [octubre de 1961]) (Princeton, Princeton University Press, 1961); James N. Roseanu, comp.: *International Politics and Foreign Policy: A Reader in Research and Theory* (Nueva York, The Free Press, 1961); Horace V. Harrison, comp.: op. cit.

[37] Glenn H. Snyder y Paul Diesing: *Conflict Among Nations: Bargaining, Decision-making, and System Structure in International Crises* (Princeton, Princeton University Press, 1977), pp. 21-22.

[38] Kenneth W. Boulding: *Ecodynamics: A New Theory of Societal Dynamics* (Beverly Hills, California, Sage Publications, 1978), p. 9.

[39] Alfred North Whitehead: *Science and the Modern World* (Nueva York, Macmillan, 1925), (Nueva York, New American Library, 1948), p. 30.

[40] Alfred Zimmern: "Introductory Report to the Discussions in 1935" en Alfred Zimmern, comp.: *University Teaching of International Relations, Report of the Eleventh Session of the International Studies Conference* (París, International Institute of Intellectual Cooperation, League of Nations, 1939), pp. 7-9. Más adelante C. A. W. Manning preparó un fascículo para la UNESCO sobre la enseñanza universitaria de las relaciones internacionales en el cual adoptó una posición similar. Hay un complejo de las relaciones internacionales que tiene que ser considerado desde un "ángulo universalista" y ninguna de las disciplinas establecidas según se las enseña tradicionalmente puede ser depositaria de nuestra confianza en cuanto a que ofrezca esta perspectiva necesaria. Ver P. D. Marchant: "Theory and Practice in the Study of International Relations", *International Relations*, I (abril de 1955), 95-102.

[41] Nicholas J. Spykman: "Methods of Approach to the Study of International Relations", *Proceedings of the Fifth Conference of Teachers of International Law and Related Subjects* (Washington, Carnegie Endowment for International Peace, 1933), p. 60.

[42] Frederich S. Dunn: "The Scope of International Relations", *World Politics*, I (octubre de 1948), p. 142.

[43] Ibídem, p. 144.

[44] Quincy Wright: *The Study of International Relations* (Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1955), pp. 23-24.

[45] Morton A. Kaplan: "Is International Relations a Discipline?", *The Journal of Politics*, XXIII (agosto de 1961), p. 462.

[46] Frederick S. Dunn, op. cit., p. 143.

[47] Stanley Hoffmann, comp.: *Contemporary Theory in International Relations* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1960), pp. 4-6. Raymond Aron ha señalado de igual forma, si bien la dificultad para definirla es real, que no debería exagerarse, dado que toda disciplina científica carece de límites externos precisos. Más importante que saber dónde los fenómenos empiezan o dejan de ser datos de las relaciones internacionales, dice Aron, es el foco principal de interés de la disciplina. Para él, está en las relaciones entre los estados. *Peace and War: A Theory of International Relations*, trad. Richard Howard y Annett Baker Fox (Nueva York, Praeger, 1960), pp. 5-8.

[48] Morton A. Kaplan: *System and Process in International Politics* (Nueva York, Krieger, 1976), p. 3. En un artículo escrito como respuesta a la crítica de Bull a los autores científicos (ver nota 79), Kaplan acusaba a los tradicionalistas de usar la historia de forma inepta, de caer en la trampa de "la excesiva particularización y la generalización sin vinculaciones" y de no ser conscientes de que muchos autores de la nueva escuela científica consideran la historia como un laboratorio para la adquisición de datos empíricos. Ver su "The New Great Debate: Traditionalism vs. Science in International Relations", *World Politics*, XIX (octubre de 1966), pp. 15-16.

[49] Morton A. Kaplan: "Problems of Theory Building and Theory Confirmation in International Politics", en Knorr y Verba, comps.: op. cit., p. 23; Morton A. Kaplan: *New Approaches to International Relations* (Nueva York, St. Martin's, 1968), pp. 399-404. Ver también George Modelski: "Comparative International Systems", *World Politics*, XIV (julio de 1962), pp. 662-674, en el cual comenta el libro de Adda B. Bozeman: *Politics and Culture in International History* (Princeton, Princeton University Press, 1960). Ver también Hoffmann, op. cit., pp. 174-180.

[50] Morton A. Kaplan: *System and Process*, cap. 2.

[51] "La sustancia de la teoría es la historia, compuesta de acontecimientos y ocurrencias únicas. Un episodio de la historia y la política en un sentido nunca se repite. Ocurre tal como lo hace sólo una vez... En este sentido la historia está más allá del alcance de la teoría. Subyacente a toda teoría, sin embargo, está el presupuesto de que estos mismos acontecimientos únicos también son instancias más concretas de proposiciones más generales. Lo totalmente

único, al no tener nada en común con otra cosa, es indescriptible..." Kenneth W. Thompson: "Toward a Theory of International Politics", *American Political Science Review*, XLIX (septiembre de 1955), p. 734.

[52] Ver Fred N. Kerlinger: *Foundation of Behavioral Research* (Nueva York, Holt, Rinehart y Winston, 1966), p. 11 y Robert Brown: *Explanation in Social Science* (Chicago, Aldine, 1963), p. 174.

[53] Gustav Bergman: *The Philosophy of Science* (Madison, University of Wisconsin Press, 1958), pp. 31-32.

[54] Abraham Kaplan: *The Conduct of Inquiry* (San Francisco, Chandler, 1964), p. 319.

[55] Carl G. Hempel: *Fundamentals of Concept Formation in Empirical Science* (Chicago, University of Chicago Press, 1952), p. 36.

[56] *The Ethics of Aristotle*, trad.: D. P. Chase (Nueva York, Dutton, 1950), Libro VI, p. 147. Hans J. Morgenthau, haciéndose eco de Aristóteles, subrayaba la diferencia existente entre "lo que vale la pena conocer intelectualmente y lo que es útil para la práctica". "Reflections on Political Science", *Review of Politics*, XVII (octubre de 1955), p. 440.

[57] David Hume: *A Treatise of Human Nature*, Parte III, "Of Probability and Knowledge", en *The Essential David Hume*, introducción de Robert P. Wolff (Nueva York, New American Library, 1969), pp. 53-99. Ver Sheldon S. Wolin: "Hume and Conservatism", *American Political Science Review*, XLVII (diciembre de 1954), pp. 999-1016. Michael Polanyi también ha tratado la diferencia entre la teoría de los asuntos y la práctica de los asuntos: *Personal Knowledge* (Chicago, University of Chicago Press, 1958), pp. 49 y sigs.

[58] Para análisis de los vínculos entre estructuras y procesos políticos internos por un lado y la política exterior por el otro, ver James Rosenau: *Linkage Politics* (Nueva York, The Free Press, 1969); Henry A. Kissinger: "Domestic Structure and Foreign Policy" en *American Foreign Policy: Three Essays* (Nueva York, Norton, 1969); Wolfram Hanreider: "Compatibility and Consensus: A Proposal for the Conceptual Linkage of External and Internal Dimensions of Foreign Policy" en Hanreider, comp.: *Comparative Foreign Policy: Theoretical Essays* (Nueva York, McKay, 1971) y Jonathan Wilkenfeld, comp.: *Conflict Behavior and Linkage Politics* (Nueva York, McKay, 1973).

[59] Fred A. Sondermann: "The Linkage Between Foreign Policy and International Politics" en James N. Rosenau, comp., op. cit., pp. 8-17.

[60] Quincy Wright: "Development of a General Theory of International Relations" en Horace V. Harrison, comp.: op. cit., p. 20.

[61] Ibídem, pp. 21-23.

[62] James N. Rosenau: *The Scientific Study of Foreign Policy*, ed. rev. (Londres, Frances Pinter, 1980), pp. 19-31.

[63] Kenneth N. Walts: *Theory of International Politics*, cap. 1, "Laws and Theories".

[64] Ver J. David Singer: "The Level-of-Analysis Problem in International Relations" en Knorr y Verba, comps.: op. cit., pp. 77-92. Reproducido en James N. Rosenau, comp.: *International Politics and Foreign Policy: A Reader in Research and Theory*, ed. rev. (Nueva York, The Free Press, 1969), pp. 20-29. K. J. Holsti acepta que el paradigma clásico que postula a los estados soberanos como agentes principales en un sistema global anárquico, ha sido muy puesto en la picota en las últimas décadas, pero insiste en que sigue siendo el paradigma dominante y todavía mantiene la fidelidad de la mayoría de los teóricos internacionales. *The Dividing Discipline: Harmony and Diversity in International Theory* (Boston, Mass., Allen & Unwin, 1985).

[65] El tema de los agentes de otro tipo que los estatales está analizado de forma exhaustiva por Richard W. Mansbach, Yale H. Ferguson y Donald E. Lampert: *The Web of World Politics: Non-State Actors in the Global System* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice Hall, 1976).

[66] Samuel P. Huntington: "Transnational Organizations in World Politics", *World Politics*, XXV (abril de 1973); Joseph S. Nye, Jr.: "Multinational Corporations in World Politics", *Feorign Affairs*, 53 (octubre de 1974); Robert Gilpin: *U.S. Power and the Multinational Corporation* (Nueva York, Basic Books, 1975); David E. Apter y Louis Wold Goodman, comps.: *The Multinational Corporation and Social Change* (Nueva York, Praeger, 1976); Raymond Vernon: *Storm over the Multinationals: The Real Issues* (Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1977); George Modelski, comp.: *Transnational Corporations and World Order* (San Francisco, Freeman, 1979); Charles W. Kegley, Jr. y Eugene R. Wittkopf, comps.: "The Rise of Multinational Corporations: Blessing or Curse?", en el cap. 5 de su *World Politics: Trend and Transformation* (Nueva York, St. Martin's, 1981); Joan Edelman Spero: *The Politics of International Economic Relations*, 3ª ed. (Nueva York, St. Martin's, 1985), caps. 4 y 8 y Robert T. Kurdle: "The Several Faces of the Multinational Corporation" en Jeffrey A. Frieden y David A. Lake, comps.: *International Political Economy* (Nueva York, St. Martin's, 1987).

[67] Kelgley y Wittkopf, comps.: op. cit., p. 106.

[68] J. David Singer, en Rosenau, comp.: op. cit., p. 23.

[69] La crítica pluralista de los realistas está bien descripta en Paul R. Viotti y Mark V. Kauppi: *International Relations Theory: Realism, Pluralism, Globalism* (Nueva York, Macmillan, 1987), pp. 7-8, 192-193.

[70] Ibídem, p. 204; Kegley y Wittkopf, comps.: op. cit., p. 139.

[71] Viotti y Kauppi: op. cit., p. 9.

[72] Cf. Joseph S. Nye, comp.: *International Regionalism: Readings* (Boston, Little Brown, 1968); Walker Connor: "Nation-Building or Nation-Destroying?", *World Politics*, XXIV (abril de 1972).

[73] David Easton: *The Political System* (Nueva York, Knopf, 1959), pp. 129-131.

[74] David Easton: *A Systems Analysis of Political Life* (Nueva York, John Wiley y Sons, 1965), p. 284. Sin embargo, Easton sostiene que al menos en cierto mínimo grado, es correcto considerar las decisiones tomadas a través de estructuras internacionales adecuadas y los procedimientos como "autoritarios". Ibídem, y también pp. 484-488. Sin embargo, aun en ciertos casos raros de resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que se consideran entre las autoridades de derecho internacional legalmente vinculantes, los estados permanecen políticamente libres de decidir por sí mismos si cumplir o no, porque no existe ningún mecanismo para obligar al cumplimiento.

[75] Raymond Aron: "What Is a Theory of International Relations?", *Journal of International Affairs*, XXI, Nº 2 (1967), p. 190; Stanley Hoffmann: *The State of War* (Nueva York, Praeger, 1965), cap. 2; Roger D. Masters: "World Politics as a Primitive Political System", *World Politics*, XVI (julio de 1964); Kenneth N. Waltz: *Theory of International Politics*, p. 113.

[76] Robert O. Keohane y Joseph S. Nye: *Power and Interdependence: World Politics in Transition* (Boston, Little Brown, 1977), cap. 1.

[77] Ibídem, pp. 5, 19-22; Ernst B. Haas: "On Systems and International Regimes", *World Politics*, XXVII (enero de 1975), y "Why Collaborate? Issue-Linkage and International Regimes", *World Politics*, XXXII (abril de 1980); Stephen D. Krasner: "Transforming International Regimes: What the Third World Wants and Why", *International Studies Quarterly*, 25 (marzo de 1981) y el número especial de *International Organization*, XXXVI (primavera de 1982) consagrado a los regímenes internacionales y compilado por Stephen D. Krasner.

[78] Ver Norman D. Palmer: "The Study of International Relations in the United States: Perspectives of Half a Century", *International Studies Quarterly*, Vol. 24, Nº 3 (septiembre de 1980), pp. 343-344. Cf. también Klaus Knorr y James N. Rosenau: "Tradition and Science in the Study of International Politics" en el libro que compilaron, *Contending Approaches to International Politics* (Princeton University Press, 1970), p. 13; John J. Weltman: "The American Tradition in International Thought: Science as Therapy" en Timothy Fuller, comp.: *The Prospects of Liberalism*, Colorado College Studies 20 (1984), Proceeding of a Symposium, pp. 127-144; John J. Weltman: "On the Interpretation of International Thought", *Review of Politics*, Vol. 44, Nº 1 (enero de 1982), pp. 27-41.

[79] Hedley Bull: "International Theory: The Case for a Classial Approach", *World Politics*, XVIII (abril de 1966), p. 361. El ensayo de Bull ha sido reproducido en el volumen de Knorr y Rosenau, comps.: op. cit., cf. p. 20.

[80] Klaus Knorr y James N. Rosenau, op. cit., p. 14.
[81] Ibídem, p. 15.
[82] Todas estas críticas y otras están presentadas por Hedley Bull, op. cit.
[83] J. David Singer: "The Incompleat Theorist: Insight Without Evidence", en Knorr y Rosenau, comps.: op. cit., pp. 72-73.
[84] Klaus Knorr y James N. Rosenau: op. cit., p. 161.
[85] David Hume: *Essays and Treatises on Several Subjets* (Edimburgh, Bell and Bradfute, and W. Blackwood, 1925), Vol. I, pp. 331-339. Reproducido en Arend Lijphart, comp.: *World Politics* (Boston, Allyn & Bacon, 1966), pp. 228-234.
[86] Todos estos ejemplos están citados en Hans J. Morgenthau: *Politics Among Nations*, op. cit., pp. 161-166.
[87] Ernst B. Haas: "The Balance of Power: Prescription, Concept or Propaganda?", *World Politics*, V (julio de 1953), pp. 442-477.
[88] Inis L. Claude, Jr.: *Power and International Relations* (Nueva York, Random House, 1962), pp. 13, 22.
[89] Este párrafo y el que sigue constituyen una síntesis de varias fuentes diferentes. Para un tratamiento más amplio del equilibrio de poder, ver Inis L. Claude, Jr.: op. cit.; Edward V. Gulick: *Europe's Classical Balance of Power* (Ithaca, Cornell University Press, 1955); Sydney B. Fay: "Balance of Power", en *Encyclopedia of the Social Sciences*, Vol. II (Nueva York, Macmillan, 1930); Alfred Bagts: "The Ballance of Power: Growth of an Idea", *World Politics*, I (octubre de 1948), pp. 82-101 y Paul Seabury, comp.: *Balance of Power* (San Francisco, Chandler, 1965).
[90] Citado en Edward V. Gulick, op. cit., p. 34.
[91] "Memorandum on the Present State of British Relations with France and Germany", en G. P. Goodch y Harold V. Temperly, comps.: op. cit., III, p. 402.
[92] Winston S. Churchill: *The Gathering Storm* (Boston, Houghton Mifflin, 1948, pp. 207-210.
[93] Nicholas J. Spykman: *American Strategy and World Politics* (Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1942), pp. 21-22.
[94] Hans J. Morgenthau: op. cit., cap. 14.
[95] Ernst B. Haas: "The Balance of Power as a Guide to Policy-Making", *Journal of Politics*, XV (agosto de 1953), pp. 370-398.
[96] Kenneth N. Waltz: *Theory of International Politics*, op. cit., pp. 117-123.
[97] Morton A. Kaplan: *System and Process*, op. cit., pp. 22-36. Especialmente importante para esta teoría es la lista de seis reglas esenciales del equilibrio de poder en la pág. 23.
[98] Arthur Lee Burns: "From Balance to Deterrence: A Theoretical Analysis", *World Politics*, IX (julio de 1957), p. 505. Mientras que Burns prefiere el cinco como el número óptimo necesario para la seguridad, Kaplan dice que cinco es la cantidad mínima exigida por la seguridad, pero que la seguridad aumenta con el número de estados hacia una cifra todavía indeterminada como límite. "Tradicionalism vs. Science in International Relations", op. cit., p. 10.
[99] Arthur Lee Burns: op. cit., p. 508.
[100] R. Harrison Wagner: "The Theory of Games and the Balance of Power", *World Politics*, julio de 1986, p. 575.
[101] Ver Glenn H. Snyder: "Balance of Power in the Missile Age", *Journal of International Affairs*, XIV, Nº 1 (1960); John H. Herz: "Balance Systems and Balance Policies in a Nuclear and Bipolar Age", ibídem y los libros y artículos citados más adelante en la amplia discusión sobre la disuasión y el control de armamentos en el Capítulo 9 de este texto.
[102] Harvey Starr: "The Quantitative International Relations Scholar as Surfer", *The Journal of Conflict Resolution*, Vol. 18 (junio de 1974), p. 337.
[103] J. David Singer: "Data-Making in International Relations", *Behavioral Scientist*, 10 (1969).
[104] Desarrollado en matemática y usado primero en psicología, luego en economía y hace poco en ciencia política, el análisis de factores o factoreo es una técnica estadística por la cual un gran número de variables puede reunirse sobre la base de su intercorrelación. El factoreo le permite al investigador identificar modelos entre variables. Los resultados del factoreo, los factores que definen los modelos diferentes, a menudo se denominan "dimensiones", de allí el uso de la palabra "dimensionalidad" en el Proyecto DON. Para una discusión detallada del factoreo, ver Harry H. Harmon: *Modern Factor Analysis* (Chicago, University of Chicago Press, 1967); R. J. Rummel: *Applied Factor Analysis* (Evanston, Illinois, Northwestern University Press, 1970) y L. L. Thurstone: *Multiple Factor Analysis* (Chicaog, University of Chicago Press, 1965).

[105] Jonathan Wikenfeld: "Domestic and Foreign Conflict Behavior of Nations", *Journal of Peace Research*, I (1968), p. 57.
[106] Ibídem, p. 66.
[107] Las contribuciones de Kurt Lewin para determinar los prerrequisitos metodológicos y conceptuales para una ciencia del comportamiento humano, se dice que son relevantes para todas las ciencias sociales. El teórico del campo psicológico ve el comportamiento humano como una función, no ya de las características internas de la persona ni de una supuesta causa histórica, sino de la interacción de la persona y los acontecimientos contemporáneos que se dan en el entorno. Aduce, en consecuencia, que los determinantes del comportamiento humano deberían tratarse en un solo campo unificado más que separados en disciplinas tradicionales. Según Lewin, todo comportamiento puede concebirse como un cambio que ocurre en algún estado de un campo, en una unidad dada de tiempo. Al centrarse en la dinámica de la motivación, el conflicto y el cambio, desarrolló una teoría de campo similar en varios aspectos a la teoría de los sistemas. Demostró cómo los sistemas vivientes buscan un equilibrio en relación con sus entornos a través de procesos recurrentes de establecimiento de metas, planteo de tensiones, locomoción de la persona dentro del entorno psicológico o un cambio en la estructura del entorno percibido y reducción de la tensión. Ver Kurt Lewin: *Field Theory in Social Science* (Nueva York, Harper & Row, 1951), p. 45; y el artículo sobre "Field Theory" de Morton Deutsch en la *International Encyclopedia of the Social Sciences*, David L. Sills, comp. (Nueva York, Macmillan y The Free Press, 1972), Vol. 5, pp. 407-417.
[108] Quincy Wright: "Development of a General Theory of International Relations" en Horace V. Harrison, comp.: *The Role of Theory in International Relations* (Princeton, Van Nostrand, 1964), p. 38 y *The Study of International Relations* (Nueva York, Appleton, 1955), pp. 524-569.
[109] Para un examen completo de coordenadas en la teoría de campo, ver Quincy Wright: *A Study of International Relations*, op. cit., pp. 540-567.
[110] R. J. Rummel: "A Status Field Theory of International Relations", *Dimensionality of Nations Project Report Nº 50* (Honolulú, 1971), p. 5.
[111] Para ejemplos de estudios cuantitativos en relaciones internacionales, ver Morton A. Kaplan, comp.: *New Approaches to International Relations* (Nueva York, St. Martin's Press, 1168); Richard L. Merritt y Stein Rokkan, comps.: *Comparing Nations: The Use of Quantitative Data in Cross-National Research* (New Haven, Yale University Press, 1966); John E. Mueller, comp.: *Approaches to Measurement in International Relations: A Non-Evangelical Survey* (Nueva York, Appleton, 1969); James N. Rosenau, comp.: *International Politics and Foreign Policy* (Nueva York, The Free Press, 1969); Rudolph J. Rummel y otros: *Dimensions of Nations* (Evanston, Illinois, Northwestern University Press, 1967); Bruce Rusett: *International Regions in the International System* (Chicago, Rand McNally, 1967) y J. David Singer: *Quantitative International Politics: Insights and Evidence* (Nueva York, The Free Press, 1968).
[112] Carl G. Hampel y Paul Oppenheim: "Studies in the Logic of Explanation", *Philosophy of Science*, XV (1948), pp. 135-175.
[113] Werner Heisenberg: *Physics and Philosophy* (Nueva York, Harper & Row, 1958), pp. 179, 183, 186. Debería señalarse que el principio de indeterminación a menudo se nombra de forma menos precisa entre los científicos sociales como "el principio de incertidumbre".
[114] Ver Quincy Wright: *A Study of International Relations*, cap. 7. "Educational and Research Objectives", *Western Political Quarterly* XI (septiembre de 1958), pp. 598-606. Otra reflexión penetrante sobre el papel de la teoría norma-

tiva frente a un enfoque puramente libre de valores de las relaciones internacionales se puede encontrar en Charles A. McClelland: "The Function of Theory in International Relations", *Journal of Conflict Resolution*, IV (septiembre de 1960), pp. 311-314.

[115] Quincy Wright: *A Study of International Relations*, op. cit., p. 26.

[116] Ibídem, p. 11 y caps. 8-11.

Capítulo 2

TEORÍAS AMBIENTALES

El papel del entorno en las relaciones internacionales

Especialmente a partir de los años sesenta ha habido una revitalización del interés, entre los estudiosos y los encargados de trazar políticas, en las teorías ambientales del comportamiento político. Factores tales como la geografía, la demografía, la distribución de recursos y el desarrollo tecnológico ahora se consideran como factores cada vez más importantes para el estudio, tanto como la práctica, de la política internacional. Por cierto, Harold y Margaret Sprout han sugerido que el entorno político internacional no puede entenderse plenamente sin referencia a "todo el espectro de factores que lo rodean, humanos tanto como no humanos, intangibles tanto como tangibles".[1] Sin embargo, esta manifestación de interés en el efecto de factores geográficos y ambientales amplios en la política no es sino la fase más reciente de una atención añeja que se remonta al mundo antiguo. Aristóteles, por ejemplo, creía que el pueblo y su entorno eran inseparables y que se veía afectado tanto por circunstancias geográficas como por instituciones políticas. La ubicación cerca del mar estimulaba la actividad comercial sobre la cual estaba basada la ciudad-estado; el clima templado afectaba favorablemente el desarrollo del carácter nacional, la energía humana y el intelecto.[2] Jean Bodin, también, mantenía que las circunstancias climáticas influyen en las características nacionales tanto como en la política exterior de los estados. Según Bodin, los extremos representados por los climas septentrionales y los templados ofrecen condiciones muy favorables para construir un sistema político basado en la ley y la justicia. Se decía que las regiones septentrionales y montañosas llevaban a una mayor disciplina política que los climas meridionales, que fracasan en encender la iniciativa.[3] Montesquieu también señalaba diversos factores climáticos, los cuales sentía que habían influido en las divisiones políticas de Europa Occidental, por contraste con las grandes llanuras de Asia y Europa Oriental, y contribuido a un espíritu de independencia política. Según Montesquieu, las islas podían conservar su libertad más fácilmente que los países continentales porque están aisladas de influencias extranjeras.[4] Aquí, Montesquieu tenía en mente a Gran Bretaña, que había desarrollado instituciones políticas únicas que admiraba mucho y que había soportado invasiones desde el continente a partir de 1066.

En la historia norteamericana, Frederick Jackson Turner planteó la hipótesis de que la existencia de la frontera, empujada hacia el oeste por sucesivas generaciones de colonos hasta la última década del siglo XIX,

configuró el carácter y el intelecto norteamericanos —"esa inclinación práctica e inventiva de la mente, rápida para encontrar soluciones; esa captación maestra de las cosas materiales, que carece de dimensión artística pero poderosa para producir grandes fines; esa energía inquieta y nerviosa; el individualismo dominante, que trabaja para el bien y el mal y además esa vivacidad y exuberancia que vienen con la libertad"— tales son los rasgos de la frontera, o los rasgos surgidos en todas partes debido a la existencia de la frontera.[5] El uso del análisis social darwiniano a fines del siglo XIX también suministró un importante estímulo intelectual a los estudios orientados hacia el entorno, en la medida en que transfirió al orden social una perspectiva científica en la cual el desarrollo evolutivo de una especie era función de su capacidad de adaptarse a su hábitat físico. El concepto de "supervivencia de los más aptos" se adaptó de los organismos vivos al Estado, como está ilustrado en los escritos geopolíticos de Friedrich Ratzel, tratados más adelante dentro de este capítulo.

El hábitat físico abarca los recursos y la población, tanto como el efecto de la población sobre los recursos, incluida la disponibilidad de alimentos. La noción de que hay graves "límites al crecimiento" es central en el pensamiento de Thomas Robert Malthus y en muchos de los escritos sobre imperialismo. A partir de 1798, con su *Ensayo sobre el principio de la población en tanto que afecta el mejoramiento futuro de la sociedad,* Malthus planteó la hipótesis de que el crecimiento de la población siempre superaría su aumento de alimentos. Si no se lo controlaba, la población crecería en progresión geométrica, si bien los medios de subsistencia aumentarían sólo en progresión aritmética. Como resultado, la pobreza sería el destino inevitable de la humanidad, a menos que el crecimiento de la población se controlara por medio de la guerra, el hambre y la enfermedad. J. A. Hobson y Lenin, en sus respectivos análisis del imperialismo, vieron una búsqueda del acceso a los mercados y las materias primas que llevaba a los estados capitalistas a convertirse en imperialistas. Para Lenin, el efecto último del capitalismo, como se señala en el Capítulo 6, sería una batalla entre estados capitalistas por los mercados restantes del mundo y las materias primas. En un estudio contemporáneo, Nazli Choucri y Robert C. North planteaban la hipótesis de que hay una relación inextricable entre crecimiento de la población y demanda de recursos y que cuanto más avanzado es el nivel tecnológico, mayor será la necesidad de recursos. Un aumento de población de un 1 por ciento se dice que hace necesario un 4 por ciento de aumento en el ingreso nacional simplemente para mantener los niveles de vida en su punto existente.[6] A medida que avanza la tecnología, junto con el crecimiento de la población, las sociedades buscan un mayor acceso a los recursos. En la medida en que las sociedades intentan extender sus intereses hacia afuera, a la luz de necesidades de recursos, la posibilidad de conflicto aumenta. Aquí, Choucri y North trazan vínculos entre factores de recursos, crecimiento interno y política exterior. Sus hipótesis se examinarán con mayor detalle en el Capítulo 8, junto con los escritos de Quincy Wright, quien subrayaba la relación entre cambio cultural, político, institucional y tecnológico y conflicto.

Se dice que la paz depende de "un equilibrio entre muchas fuerzas" y que se ve traicionado por una transformación de fuerzas tales como las

demográficas. Los rápidos aumentos de población del siglo pasado han producido interpenetración cultural y han aumentado en gran medida la comunicación en la medida en que lo que Quincy Wright denomina *distancia tecnológica* se estrecha, pero también han aumentado las oportunidades de fricción y de conflicto entre los pueblos.[7] Wright postuló que el crecimiento de tamaño de los estados ha hecho más necesario y más probable que el conflicto se resolviera sin violencia, pero también ha hecho más graves tales conflictos que no podían arreglarse por medios pacíficos.[8]

Así, a fines del siglo XX, la población tanto como los factores de recursos y tecnológicos —los llamados temas globales de la era actual— han contribuido a una creciente bibliografía centrada en las consecuencias del crecimiento de la población para la escasez de recursos, las consecuencias de la escasez de recursos para el conflicto potencial, la relación entre recursos y geografía y el efecto de la tecnología en los recursos y la geografía. La tecnología ha hecho posible la explotación de recursos en entornos inhóspitos, tales como el lecho del mar, y en los años futuros, en el espacio exterior. Al mismo tiempo, la tecnología ha creado la gran necesidad de recursos que ha contribuido a su agotamiento y ha planteado el espectro de la escasez de recursos a menos que se encuentren fuentes alternativas o sustitutos. La significación política de una u otra ubicación geográfica se ha visto influenciada decisivamente por la tecnología y por temas de recursos. En el contexto histórico, la importancia de los mares —en los escritos de Alfred Thayer Mahan, por ejemplo— surgió de la movilidad que ellos conferían, en virtud de la capacidad del navío a vela y luego del buque a vapor para mover recursos militares de manera enormemente eficaz de un punto a otro. Los subsiguientes cambios en la tecnología han reforzado la importancia de otros elementos geográficos. A fines del siglo XX, la creciente dependencia de los estados industrializados de las importaciones de recursos, especialmente energía, nuevamente ha renovado la significación de los océanos. Como lo ha sugerido Saul B. Cohen: "La esencia del análisis geopolítico es la relación del poder político internacional con el entorno geográfico. Los enfoques geopolíticos varían según el entorno geográfico cambiante y con la interpretación que hace el hombre de la naturaleza de este cambio".[9] Según Raymond Aron, el término *geopolítico* abarca una "esquematización-geográfica de relaciones diplomático-estratégicas con un análisis geográfico-económico de recursos y con una interpretación de las actitudes diplomáticas como resultado de la forma de vida y del entorno (sedentario, nómade, agrícola, náutico)".[10] En opinión de Colin Gray, "la geografía física sola, si bien suministra importantes restricciones y oportunidades, recibe un sentido estratégico específico sólo respecto del tiempo, la tecnología, el esfuerzo nacional relativo y las elecciones realizadas entre estrategias y tácticas".[11]

Tanto los "utopistas" como los "realistas" de las relaciones internacionales (examinados en los capítulos 1 y 3, respectivamente) discutían al hombre en relación con el entorno. Pero ampliaban la noción de "entorno" para incluir los productos de la cultura humana tanto como los rasgos físicos de la tierra. Remitiéndose a los escritos de teóricos del Iluminismo, la teoría utópica afirmaba que el comportamiento internacional podía alterarse transformando el entorno intitucional. Se diseñaron esquemas

de organización internacional y de gobierno mundial, tanto como para establecer normas de conducta internacional, para alterar el comportamiento humano cambiando el entorno político internacional. Por contraste, como lo revela el análisis emprendido en el Capítulo 3, los realistas de las relaciones internacionales a menudo sostuvieron que la ubicación geográfica de los estados condiciona, si no determina, el comportamiento político. Si el comportamiento político de las unidades nacionales en gran parte es el producto de circunstancias ambientales, incluida la geografía, en las cuales se encuentran las naciones, la perenne tarea de los hombres de Estado es trabajar dentro de los parámetros establecidos por el entorno.

Nuestra relación con el entorno sigue siendo un punto focal para el análisis. Tales estudios, ejemplificados por los escritos de Harold y Margaret Sprout, han subrayado el análisis de múltiples factores, abrazando una variedad de condiciones ambientales y tendencias, además de la geografía. Más aún, los escritores que han utilizado las estructuras de la teoría de los sistemas en el estudio de la política, con las relaciones internacionales incluidas, han subrayado el entorno. Los sistemas, tratados en el Capítulo 4, pueden ser "abiertos" o "cerrados". Los sistemas abiertos, tanto biológicos como sociales, por definición son susceptibles de ingresos y egresos desde su entorno, y dependen para su supervivencia de ellos. En los sistemas llamados cerrados o autocontenidos, los ingresos de un entorno exterior se han eliminado, si bien los factores ambientales a menudo se han incorporado en sistemas cerrados.

Buckle y Huntington: factores climáticos

Muchos especialistas de los siglos XIX y XX estaban tan convencidos como los autores clásicos de la importancia del clima como un condicionante del comportamiento político. Henry Thomas Buckle (1821-1862), un historiador inglés, sugirió que el clima, los alimentos y el suelo dependían estrechamente el uno del otro. El clima influía en el tipo de cultivos plantados; la calidad de los alimentos dependía del suelo. Buckle explicaba el supuesto vigor del trabajador septentrional como resultado de la provisión de alimentos de que se disponía en el clima frío. En las naciones de clima frío, "en su mayor parte se despliega, aún en la infancia de la sociedad, un carácter más atrevido o aventurado del que encontramos entre aquellas otras naciones cuya nutrición común... se obtiene con facilidad, y por cierto se las suministra la generosidad de la naturaleza gratuitamente y sin lucha". Más aún, Buckle planteaba que:

> La comida esencial para la subsistencia es más escasa en los países fríos que en los cálidos y no sólo es más escasa sino que hace falta má cantidad, de manera que en ambos aspectos se le da un menor aliento al crecimiento de dicha población de cuyas filas se aprovisiona el mercado laboral. Para expresar, en consecuencia, la conclusión en su forma más simple, podemos decir que hay una fuerte tendencia constante en los países cálidos a que los sueldos sean bajos, en los países fríos a que sean altos.[12]

Las civilizaciones con climas cálidos y, en consecuencia, bajos sueldos, se dice que producen grandes y pobres clases trabajadoras, con las consiguientes consecuencias sociales y económicas. La gran desigualdad en la distribución de la riqueza, el poder político y la influencia social, según Buckle, llevó a muchas civilizaciones antiguas a alcanzar "cierto estadio de desarrollo y luego a declinar".

Ellsworth Huntington (1876-1947), el geógrafo y explorador norteamericano, descubrió que el clima era determinante no sólo de la salud, la actividad, el nivel de producción de alimentos y otras disponibilidades de recursos, sino también de la migración de pueblos y su mezcla racial. Sólo los más aptos físicamente, los inteligentes y aventureros sobreviven a la migración. Y sólo aquellos sometidos a la penuria económica debida a las cosechas pobres y la escasez de alimentos intentan emigrar a climas más deseables. Para apoyar este enfoque, Huntington citaba como ejemplo la desertificación de Asia central en diferentes períodos de la historia, que llevo a la invasión de Europa por parte de los bárbaros, las invasiones dorias y jonias a la antigua Grecia y la incursión de los mongoles en Asia sudoriental. La migración árabe conducida por Mohamed y reforzada por el fervor religioso representó un avance desde los desiertos áridos a tierras más fértiles. Las condiciones económicas mejoradas, estimuladas por factores climáticos, liberaron a grandes partes de la población de las tareas de recolección y producción de alimentos y les permitieron desarrollar ideas nuevas y avanzadas en los campos del arte, la literatura, las ciencias y la vida política. Huntington llegó a la conclusión de que la mayor parte de las civilizaciones principales del mundo se habían desarrollado en climas donde la temperatura anual promedio se acercaba al óptimo necesario para la máxima productividad humana (18°-20°).[13] Las grandes civilizaciones dentro de las zonas tropicales han surgido sólo en mesetas templadas o a lo largo de costas marinas frescas, en las cuales la temperatura en ninguna estación excedía demasiado el nivel óptimo, por ejemplo, los mayas en México y en Guatemala y los antiguos javaneses y cingaleses.

Toynbee: desafío ambiental y respuesta

Arnold Toynbee sostenía que las civilizaciones nacen en entornos que plantean desafíos difíciles.[14] La civilización desafiada desarrolla un *élan vital* que la lleva al equilibrio ante nuevos desafíos, inspirándole así otra respuesta. El ciclo de desafío-respuesta es potencialmente infinito, si bien es retrospectivo, lo cual no nos permite predecir la respuesta potencial a un desafío. Examinaba cinco tipos de estímulos desafiantes. Dos eran físicos: un país duro —es decir, un país con clima, terreno y suelo duros— y terreno nuevo, es decir, la exploración, apertura y desarrollo de un terreno salvaje como tierra productiva. Los tres estímulos no físicos incluyen: 1) aquellos desafíos que emanan de otro Estado, 2) la constante presión externa contra un Estado y 3) un estímulo de penalización, es decir, si un Estado pierde el uso de un componente particular, es probable que responda aumentando correlativamente la eficacia de otro componente.

Toynbee agrega que los desafíos tremendamente graves pueden detener el desarollo de la civilización. Las civilizaciones polinesias, esquimales, nómades, espartanas y osmanlíes se vieron retardadas como resultado de desafíos físicos que no pudieron enfrentar.

El derrumbe de una civilización surge de la degeneración de la minoría creativa en una "minoría dominante que intenta retener por la fuerza una posición que ha dejado de merecer". Esto a su vez provoca la "secesión de un proletariado que ya no admira o imita a sus gobernantes y se rebela contra su servidumbre".[15] Así la sociedad pierde su cohesión social. Los cismas verticales entre comunidades geográficamente segregadas y los cismas horizontales entre clases o grupos que son geográficamente contiguos pero socialmente segregados caracterizan la desintegración de una civilización. El cisma horizontal puede ocurrir cuando una minoría dominante mantiene su posición de dominio por la fuerza, pero pierde su derecho a dicho papel como resultado de su pérdida de complejidad. El esquema de Toynbee está vinculado con las teorías modernas, más complejas, de la revolución social, tratadas en el Capítulo 8.

Factores geográficos de poder nacional

Con el advenimiento de las modernas tecnologías de comunicación-transporte, se ha prestado mayor atención a la geografía, centrándose en la distribución de población-recursos, la ubicación estratégica de los estados y la proyección hacia adelante del poder nacional. Como la geopolítica tiene como punto focal el poder nacional y el control del territorio, se deduce que aquellas entidades políticas más capaces de proyectar sus capacidades a través de grandes distancias constituyen los estados dominantes de cualquier momento en la historia del sistema internacional. Según numerosos autores —incluidos, por ejemplo, Kenneth Boulding y consecuentemente Patrick O'Sullivan— hay una relación inversa entre poder y distancia de su área central.[16] En palabras de O'Sullivan: "La mayor parte de los conflictos de los últimos 30 años ha surgido en la zona de colisión entre las grandes potencias. Los campos de fuerza de las potencias hegemónicas pueden pensarse como campos que se extienden fuera de sus centros, abrumando a las naciones más pequeñas con su poder, rodeando las esferas de influencia de potencias menores y que se superponen entre sí en los bordes".[17] Por cierto, el efecto de la tecnología ha sido de tal importancia, como lo señalamos en otro momento de este capítulo, que la significación política de la geografía se ha visto alterada pero no eliminada. En la medida en que las armas de destrucción masiva pueden lanzarse desde cualquier punto de la tierra, desde debajo de los océanos o desde el espacio exterior, para darle a un blanco que está en cualquier parte de la tierra, la distinción entre un mayor poder en el centro frente a la periferia ha perdido su anterior sentido.[18] Sin embargo, las capacidades disponibles para las entidades políticas son numerosas, con algunas que resultan más fácilmente movibles que otras, y se aumentan los objetivos geográficos en cuyo favor se utilizan. En un nivel abstracto, la relación entre geografía y poder —la geopolítica— reside en la capacidad de que, en cualquier momento, un Estado o el otro mueva el poder a fin de influir o controlar un territorio deseado condenado a ser de importancia estratégica.

En su mayor parte, los escritores que se preocupan por el entorno han tendido a subrayar la importancia de tales factores como determinantes, o al menos condicionantes, del comportamiento político. El entorno no sólo limita la conducta humana, sino que también ofrece oportunidades. De particular importancia son los factores climáticos y geográficos. La distribución despareja de los recursos tanto como las diferencias de dotación geográfica y climática afectan el poder potencial de un Estado. El tamaño del país influye en la disponibilidad de recursos naturales indígenas y el clima afecta la movilización de recursos humanos necesarios para explotar aquellos recursos naturales. Las variaciones en esos factores pueden afectar crucialmente la estructura de los sistemas políticos, influyendo su capacidad para la supervivencia bajo tensión.

Si el comportamiento político se ve afectado por el entorno, los individuos tienen cierta capacidad de elección aun dentro de las restricciones presentadas por las circunstancias del entorno. De especial importancia para autores tales como Alfred Thayer Mahan (1840-1914), un oficial naval norteamericano e historiador; Sir Halford Mackinder (1861-1947), un geógrafo británico; y Giulio Douhet, un defensor italiano del poderío aéreo; tanto como los Sprout, resulta el efecto del cambio tecnológico en nuestro entorno. La tecnología, se sugiere, no convierte a los factores ambientales en poco importantes u obsoletos. Más bien, reemplaza un conjunto de factores ambientales por otro conjunto. Mahan vio las capacidades navales como la clave del poder nacional; Mackinder consideraba la tecnología de transporte terrestre crucial; Douhet se centraba en la tecnología del poderío aéreo en la medida en que estaba alterando la conducción de la guerra a principios del siglo xx, extendiendo nuestra capacidad de proyectar el poder más allá de los confines históricos. El advenimiento de las nuevas tecnologías de fines del siglo xx para la extensión del control tanto en la superficie de la tierra como en el espacio interior y exterior ha reforzado el interés de los especialistas y encargados de trazar políticas en las relaciones geopolíticas. Así, por ejemplo, en esta era de misiles balísticos intercontinentales (ISBM), los analistas que se comprometen en el cálculo constante de la disuasión, consideran factores geográficos tales como el tamaño de un país y la distribución de su población, junto con los despliegues de armas en la tierra o el mar, importantes para las estrategias de determinación de blancos.

Si bien poseemos una capacidad limitada de cambiar nuestro entorno, seguimos circunscriptos en nuestro comportamiento por factores ambientales. Central para las teorías geopolíticas ha sido la cuestión del nivel hasta el cual los factores ambientales pueden ser modificados para adecuarse a las necesidades humanas. Esta cuestión no es nueva. Durante largo tiempo separó a la teorización de las relaciones geopolíticas anglo-norteamericana y francesa. Una escuela francesa de pensamiento "posibilista" geográfico, representada por Lucien Febvre y Vidal de la Blache, rechazaba el determinismo de las teorías ambientales anglo-norteamericanas y alemanas. Remitiéndose a la herencia intelectual del Iluminismo, los estudiosos franceses de la geografía sugirieron que el entorno natural

podía ser modificado. De hecho, se decía que la voluntad libre del hombre en última instancia determinaba las opciones disponibles. El entorno y la geografía, en especial, no son sino una entre las muchas fuerzas que gobiernan el desarrollo de la actividad humana.[19] Los autores geopolíticos del siglo xx caen en algún lugar entre un determinismo estricto y una interpretación posibilista. Si el entorno no determina las fronteras de la conducta humana, sin embargo suministra una influencia condicionante importante, si no crucial. Como Ladis K. D. Kristof lo ha sugerido: "El moderno geopolítico no considera el mapa mundial a fin de averiguar lo que la naturaleza nos fuerza a hacer, sino lo que la naturaleza nos aconseja hacer, dadas nuestras preferencias".[20]

Nos centramos ahora en los escritos de los teóricos geopolíticos representativos de Estados Unidos y Europa. Entre los norteamericanos, nos centraremos en Mahan y los Sprout. Mahan se concentró en el efecto del poderío naval sobre el potencial político nacional. Los Sprout indagaron las consecuencias de una amplia gama de factores ambientales en el comportamiento político. Además de Mahan y los Sprout, una lista de los estudiosos norteamericanos más eminentes de las relaciones geopolíticas incluye autores tan diversos como Isaiah Bowman, James Fairgreave, Richard Hartshorne, Stephen B. Jones, George F. Kennan, Owen Lattimore, Homer Lea, el general William Mitchell, Ellen Churchill Semple, Alexander P. de Seversky, Nicholas J. Spykman, Robert Strausz-Hupé, Frederick Jackson Turner, Hans A. Weigert, Karl A. Wittfogel, Dewent Whittlesey y Quincy Wright. Más aún, como se señala en el Capítulo 3, las relaciones geopolíticas han sido parte de la teoría realista de las relaciones internacionales.

Mahan, los mares y el poderío nacional

Mahan escribió durante el período de la última gran ola de expansión imperial europea y del surgimiento de Estados Unidos a la condición de potencia mundial. Sus ideas influenciaron en gran medida a Theodore Roosevelt quien, primero como secretario adjunto de Marina y luego como presidente, contribuyó decisivamente al surgimiento de Estados Unidos como potencia naval de primer orden. El análisis de Mahan de la historia marítima, especialmente del crecimiento de la influencia global británica, lo llevó a la conclusión de que el control de los mares y especialmente de los cursos de agua estrechos, estratégicamente importantes, era crucial para la condición de gran potencia.[21] Mahan basó su teoría en la observación de que el surgimiento del Imperio británico y el desarrollo de Gran Bretaña como potencia naval habían ocurrido simultáneamente. Las rutas marítimas principales del mundo se habían convertido en los vínculos de comunicación interna del Imperio. Excepto por el canal de Panamá, Gran Bretaña controlaba todos los cursos de agua principales del mundo y los mares estrechos o puntos de estrangulamiento, aquellos cuerpos de agua cuyo acceso, o cuyo pasaje, podía ser controlado con relativa facilidad desde cualquiera de las dos costas: Dover, Gibraltar, Malta, Alejandría, el

cabo de Buena Esperanza, el estrecho de Malaca en Singapur, el canal de Suez y la entrada al río San Lorenzo.

El comercio oceánico de Europa septentrional pasaba sea a través del angosto estrecho de Dover bajo cañones británicos o alrededor del extremo norte de Escocia, donde la armada británica mantenía una vigilancia constante. Gran Bretaña y Estados Unidos disfrutaban de mayor acceso a los océanos que Alemania y Rusia. El movimiento por mar era más fácil que por tierra, y las masas terrestres estaban rodeadas por océanos. Los estados con fácil acceso a los océanos tenían mayor potencial para tener condición de grandes potencias que los estados que estaban rodeados de tierra. Las islas tenían una ventaja sobre los estados que compartían fronteras terrestres con otros estados. Los estados marítimos formaban alianzas con fines más comerciales que agresivos.

Según el análisis de Mahan, el poderío naval era crucialmente importante para el poderío y la prosperidad nacionales. La capacidad de un Estado para lograr semejante condición dependía de su posición geográfica, su configuración territorial, la extensión de su territorio, la población, el carácter nacional y la forma de gobierno. Por ejemplo, naciones como Gran Bretaña o Japón, aisladas por el agua, deben mantener grandes fuerzas navales si quieren ser grandes potencias, porque para las naciones con grandes costas, el mar es una frontera y su posición respecto de otros estados está en función de su capacidad de operar más allá de dicha frontera. La posición geográfica contribuyó al poderío británico, con suficiente proximidad a la Europa continental para atacar a los enemigos potenciales y distancia adecuada de la Europa continental para estar razonablemente a salvo de la invasión. Al centrar el poderío marítimo en el Atlántico nororiental y el Canal, Gran Bretaña podía controlar el comercio mundial de las potencias europeas, dado que no existían rivales al poderío marítimo británico hasta el surgimiento, luego en 1890, de las fuerzas navales alemanas, japonesas y norteamericanas.

Semejante opción no estaba abierta para Francia, cuyo poder tenía que dividirse para proteger su frontera oriental y sus costas mediterráneas y atlánticas. Según el análisis de Mahan, la longitud de la línea costera y la calidad de los muelles eran factores importantes, si bien la extensión del territorio podía constituir una fuente de debilidad si la tierra no tiene niveles adecuados de población y recursos naturales. Mahan sostenía que el tamaño y el carácter de la población y una aptitud para los emprendimientos comerciales, especialmente aquellos del comercio internacional, indicaban la capacidad de una nación de convertirse en una potencia de primera. Una nación con una gran porción de su población hábil para los emprendimientos marítimos, especialmente la construcción de barcos y el comercio, tenía el potencial de convertirse en un gran Estado marítimo. En suma, Mahan correlacionaba el poder nacional y la movilidad por los mares, porque en la época en que escribía, el transporte por tierra era primitivo por contraste con la relativa facilidad de movimientos sobre los océanos "carentes de fricciones".

Mackinder y las tierras de importancia decisiva (heartland)

Al igual que Mahan, Mackinder vio una íntima relación entre la geografía y la tecnología. Si la tecnología de la era anterior había reforzado la movilidad del poder marítimo respecto de la del terrestre, la tecnología de principios del siglo XX le dio al poderío terrestre la posición dominante El ferrocarril y a continuación el motor de combustión interna y la construcción de la carretera moderna y la red de caminos, hicieron posible un transporte rápido dentro de gran parte de la masa territorial de Eurasia. Hasta entonces, las regiones internas de Eurasia habían estado encerradas por tierra. Mackinder advirtió que los sistemas fluviales de Eurasia no desagotan en ninguno de los principales mares del mundo. El Ártico congela gran parte de la costa septentrional eurasiática. Pero con el advenimiento del ferrocarril, Medio Oriente se estaba convirtiendo en una zona accesible para Alemania por tierra a principios del siglo XX, tal como lo había sido por mar para Gran Bretaña. Si bien Gran Bretaña, como pequeña isla, era lo que Mackinder llamaba el legatario de una propiedad en proceso de depreciación, las principales potencias eurasiáticas iban montadas sobre la más grande combinación de hombres y recursos naturales. Mackinder vio la lucha entre poderío terrestre y poderío marítimo como un tema unificador de la historia. El primer ciclo de la evolución del poderío marítimo se había completado con el cierre del mar Mediterráneo por los macedonios. En el siguiente ciclo de la evolución del poderío marítimo, Mackinder señalaba que Roma, una potencia terrestre, había derrotado a la marítima Cártago y nuevamente el Mediterráneo se había convertido en un "mar cerrado".[22] En ambos ciclos de la Edad Antigua —el macedonio-griego y el romano-cartaginés— una potencia terrestre había desafiado con éxito a una potencia marítima. En los tiempos modernos, Gran Bretaña encontró difícil, si no imposible, soportar las presiones de las potencias terrestres. La tecnología, una vez favorable a la potencia marítima, se decía que estaba, a principios del siglo XX, inclinando la ventaja hacia la potencia terrestre.

Primero, en una famosa ponencia leída ante la Sociedad Geográfica Real de Londres en 1904, y luego, justo después de la Primera Guerra Mundial, en su libro *Democratic Ideals and Reality* (Los ideales democráticos y la realidad), Mackinder sugería que el "área pivote" de la política internacional era la vasta extensión de territorio que iba de las llanuras de Europa Oriental a las de Siberia:

> Cuando consideramos esta rápida revisión de las amplias corrientes de la historia, ¿no se vuelve evidente una cierta persistencia de las relaciones geográficas? ¿No es acaso la región pivote de la política mundial esa vasta zona de Eurasia que resulta inaccesible para los barcos, pero que en la Antigüedad se mantenía abierta a los jinetes nómades y hoy en día está a punto de cubrirse con una red de ferrocarriles? [23]

Esta zona, que coincidía con el Imperio ruso zarista, "ocupa la posición estratégica central" y posee recursos "incalculables". (Esta "zona pivote" la llamaba Mackinder las *tierras de importancia decisiva* [*heartland*].) La región, sugería, estaba rodeada por el "creciente interno" que incluye países de la periferia de Eurasia como Alemania, Turquía, India y China. Esta región, a su vez, está rodeada por el "creciente exterior", que incluye países como Gran Bretaña, Sudáfrica y Japón.

Mackinder formuló el famoso dicho:

> Quien gobierna Europa gobierna las tierras de importancia decisiva
> Quien gobierna las tierras de importancia decisiva gobierna la Isla Mundial (Eurasia)
> Quien gobierna la Isla Mundial gobierna el Mundo.[24]

Mackinder temía el surgimiento de Alemania y luego de la Unión Soviética como poderosos estados terrestres capaces de convertirse en grandes potencias navales. Si bien subrayaba la creciente importancia del poderío terrestre, Mackinder no despreciaba el papel del poderío marítimo. El poderío marítimo era tan vital para el poder mundial como lo había sido siempre. En el siglo XX, sin embargo, eran necesarias bases terrestres más amplias para el poderío naval de lo que había sido necesario en el siglo XIX. La Isla Mundial tenía el potencial de convertirse en la potencia marítima mayor, aunque sus tierras de importancia decisiva permanecieran invulnerables al ataque por el poderío marítimo. En el siglo XIX el Estado que controlara las tierras de importancia decisiva y así la Isla Mundial, se convertiría en la mayor potencia marítima, de la misma manera en que Macedonia y Roma, si bien primordialmente potencias terrestres, eventualmente había logrado el control de los mares. De hecho, Mackinder previó correctamente la política internacional en la primera mitad del siglo XX principalmente como una lucha entre Alemania y Rusia por el control de las tierras de importancia decisiva y las zonas adyacentes de la masa territorial euroasiática. Semejante concepción había influido en el pensamiento de otros autores, incluidos muchos de los pertenecientes a la escuela realista considerados en el Capítulo 3, quienes habían planteado que el Estado capaz de dominar Eurasia tendría bajo su dominio los medios de controlar las restantes partes del mundo.

Sin referirse necesariamente a Mackinder o afirmando sus presupuestos de manera igualmente explícita, los encargados de trazar políticas norteamericanas tuvieron como objetivo principal impedir el dominio de la masa territorial eurasiática por parte de una potencia hostil, de allí el interés norteamericano en alianzas con Europa Occidental y Japón y en compromisos de seguridad en otras partes de las tierras de los bordes de Eurasia, incluido el Medio Oriente. De esta concepción deriva la diplomacia norteamericana, especialmente evidente en la política exterior de Nixon-Kissinger, y ulteriormente interesada en reforzar los vínculos entre Estados Unidos y la República Popular China y así ayudar a impedir una reconciliación entre las dos más grandes potencias terrestres de Eurasia.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Mackinder revisó su teoría a fin de incluir, en una comunidad atlántica, un contrapeso a la suma de poder en Eurasia. Si bien la Unión Soviética emergería de la Segunda Guerra Mundial como la "potencia terrestre más grande del globo" y "en la posición defensiva estratégicamente más fuerte", las naciones de la cuenca del Atlántico Norte formarían un contrapeso, cosa que de hecho ocurrió con la formación de la Alianza Atlántica en 1949 en la medida en que las tensiones Este-Oeste se profundizaron a principios del período de posguerra correspondiente a la Segunda Guerra Mundial.[25] Juntos, sostenía Mackinder, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos podían suministrar un poderío adecuado para impedir el resurgimiento de Alemania y equilibrar el poderío de la Unión Soviética. Otros autores, como Nicholas J. Spykman y Stephen B. Jones, sugirieron que el "borde terrestre" de Eurasia podía demostrar ser estratégicamente más importante que las tierras de importancia decisiva si se creaban nuevos centros de poder industrial y comunicaciones a lo largo de la circunferencia de la masa territorial euroasiática. La hipótesis del "borde territorial" es una base teórica fundamental de la famosa propuesta de posguerra de George F. Kennan para una "política de la contención" de la Unión Soviética, que se convirtió en la base filosófica de la política exterior internacionalista norteamericana que comenzó con la Doctrina Truman y el Plan Marshall en 1947.[26]

El advenimiento del avión y ulteriormente de los medios para entrar en el espacio exterior, le dieron toda una nueva dimensión a la geopolítica. Una vez más, la tecnología tuvo el efecto de alterar la significación de las relaciones geopolíticas específicas. Al igual que Mahan y Mackinder habían fundamentado sus teorías geopolíticas en un análisis de las consecuencias, respectivamente, de las tecnologías que facilitaban el movimiento sobre los mares y la tierra, Giulio Douhet, que escribió en los años veinte, vio al avión como un elemento que confería posibilidades sin precedentes para la conducción de la guerra contra blancos anteriormente invulnerables al ataque y la destrucción. En la medida en que las actividades humanas estaban restringidas a la superficie terrestre, se hallaban sometidas a restricciones impuestas por el terreno. Si bien los mares son uniformes en carácter, la movilidad humana a través de los océanos está limitada en virtud de las líneas costeras que los rodean. Ninguno de tales impedimentos para la movilidad existen en el aire. Escribiendo con gran previsión en 1921, Douhet concluía: "El avión ha completado la libertad de acción y dirección; puede volar hacia y desde cualquier punto del compás en el tiempo más breve —una línea recta— por cualquier ruta considerada expeditiva... En virtud de esta nueva arma, las repercusiones de la guerra ya no están más limitadas por el alcance mayor de artillería de los cañones de superficie, sino que puede sentirse directamente por cientos y cientos de kilómetros en todas las tierras y mares de las naciones en guerra... No habrá más distinción entre soldados y civiles".[27] Se deducía que las guerras del futuro diferirían radicalmente de las del pasado, y que el control del aire les confería a los estados un poder de movilidad sin precedentes y la capacidad de devastar a las fuerzas armadas y a la industria del adversario.

Escribiendo durante la Segunda Guerra Mundial y basándose en los escritos de Douhet y las ideas del general Billy Mitchell, Alexander de Seversky subrayó las consecuencias de los avances tecnológicos para los rápidos aumentos del radio de alcance del avión. Esto volvería innecesario el portaaviones, predijo, porque los aviones podrían operar desde bases terrestres para atacar blancos en la patria del enemigo. Así, a la movilidad sin precedentes conferida por el vuelo dirigido, señalada por Douhet, Alexander de Seversky le dio aún mayor énfasis. El poderío aéreo hizo posible no sólo una mayor movilidad, sino también liberó al hombre en niveles sin precedentes de la dependencia de una amplia organización terrestre, incluidas bases para reabastecerse de combustible, en la medida en que el alcance del avión, y en consecuencia su radio de operación, creció.[28] El control del espacio aéreo se convirtió en un problema tan complejo como el control de la tierra y el mar.

Geopolítica: la significación política de los factores espaciales

Friedrich Ratzel (1844-1904), un geógrafo alemán, acuñó el término *antropogeografía*, que significaba una síntesis de geografía, antropología y política. Así, la nueva disciplina de la geografía política nació en Alemania en el siglo XIX. Esta nueva disciplina estaba dirigida al estudio del hombre, el Estado y el mundo como unidades orgánicas. El Estado se consideraba un organismo viviente que ocupa espacio y que crece, se contrae y eventualmente muere, si bien Ratzel mismo se quedó corto en cuanto a imputarle al Estado una realidad objetiva, afirmando por el contrario que los estados "son no ya organismos en sentido preciso sino sólo organismos agregados", la unidad de los cuales está forjada por "fuerzas morales y espirituales".[29]

Los geógrafos políticos se abocaron a la cuestión de la relación del hombre con la naturaleza. Se preocuparon por las consecuencias del clima, la topografía y los recursos naturales de la civilización. De hecho, Ratzel les atribuyó el desarrollo de las civilizaciones superiores, que identificaba principalmente con Europa, a condiciones climáticas favorables. Planteaba que la humanidad estaba comprometida en una lucha sin fin por el espacio viviente, una idea que luego se integró en la forma del término *lebensraum* en el pensamiento de Haushofer y Hitler. El territorio de un Estado indica su posición política y los estados se esfuerzan por extender sus fronteras territoriales. La urgencia por expandirse territorialmente es mayor entre los estados fuertes; las fronteras, en consecuencia, están en constante cambio y constituyen las zonas de conflicto entre estados como "fronteras dinámicas". En los escritos geopolíticos alemanes del siglo XX y en el trabajo de Spykman,[30] las fronteras o "fronteras dinámicas" se consideran demarcaciones de zonas en las cuales la expansión temporariamente ha cesado.

Rudolf Kjellen (1864-1922), un geógrafo sueco, primero usó el término *geopolítica* para describir las bases geopolíticas del poder nacional. Adhiriendo a una teoría orgánica del Estado, sostenía que los estados, al igual que los animales en la teoría darwiniana, se trenzan en una lucha sin fin

por la supervivencia. Los estados tienen fronteras, una capital y líneas de comunicación, tanto como conciencia y cultura. Si bien Kjellen escribía metafóricamente y le imputó al Estado la cualidad de un organismo viviente, sin embargo llegaba a la conclusión de que "la vida de un Estado, en última instancia, está en manos del individuo".[31] Consideraba que la emergencia de unas pocas grandes potencias era el resultado de los esfuerzos de los estados fuertes por expandirse.

En el período de entreguerras, los seguidores de Kjellen y Ratzel usaron la geopolítica para desarrollar un marco para la expansión nacional alemana. Karl Haushofer (1869-1946) fundó la Academia Alemana en la Universidad de Munich en 1925, junto con el diario *Zeitschrift für Geopolitik*. Ambos recibieron apoyo activo del Tercer Reich.[32] La influencia de Haushofer fue considerable en los círculos militares y se convirtió en la base para muchas de las concepciones de Hitler de la expansión nazi.

Para Haushofer, la geopolítica representaba la relación de los fenómenos políticos con la geografía. La geopolítica les permitía a los líderes alemanes establecer objetivos y políticas nacionales. El fin de la geopolítica, en la concepción de Houshofer, era poner el estudio sistemático de la geografía a disposición de un Reich militarizado, vinculando el poder nacional con factores geográficos, recolectar importante información geográfica y presentar una razón propagandística para la expansión y la agresión nazis. Así, para Haushofer y sus seguidores, la geopolítica y la política de la fuerza se volvieron sinónimos. Los conceptos geopolíticos desarrollados por Haushofer (incluidos el *lebensraum* y las "fronteras dinámicas"), en la medida en que configuraron la concepción del mundo de Hitler, contribuyeron al estallido de la Segunda Guerra Mundial. A este respecto, están en agudo contraste con otros tipos de análisis geopolíticos basados en un conocimiento científico de la geografía y su relación con la tecnología, los recursos y la población.

El pensamiento geopolítico alemán, de Ratzel a Haushofer, expresaba la necesidad de que los grandes estados ampliaran sus fronteras; obtuvieran *lebensraum*; ganaran autosuficiencia en materias primas, industria y mercados y lograran el crecimiento de la población. El espacio geográfico extenso y el poder nacional eran sinónimos. Haushofer se remitió a los escritos de Ratzel sobre la relación entre espacio y poder. Más aún, Haushofer basó sus recomendaciones para adquirir *lebensraum* en la exitosa expansión imperial del Japón en los años treinta. Estaba en deuda con la concepción de Mackinder de que las tierras de importancia decisiva eran la llave para el dominio global. Haushofer mismo estaba profundamente influenciado por los escritos de Mackinder y en especial por la teoría de las tierras de importancia decisiva, que para él se convirtieron en una base para la constante expansión de la Alemania nazi en procura de *lebensraum*.[33] Advirtiendo el peligro planteado por una Alemania nazi expansionista, Robert Strausz-Hupé, y refiriéndose a Haushofer más que a Mackinder, sugirió que la geopolítica "representa un intento revolucionario por medir y por frenar las fuerzas que están en favor del expansionismo".[34] Los teóricos geopolíticos alemanes consideraban el conflicto entre los estados de primer nivel algo inevitable y quizás lo fuera si las naciones adoptaban políticas de expansión imperial como las adoptadas por Haushofer y sus seguidores. Este conflicto enfrentaría a un agrupamiento europeo continental dominado por Alemania en alianza con un agrupamiento "pacífico" conducido por el Japón, contra un agrupamiento "atlántico" bajo el liderazgo de Gran Bretaña y Estados Unidos. Así el mundo se dividiría en varias pan-regiones que se habrían formado ellas mismas sea anticipando la guerra, sea como resultado de ella.

La teoría orgánica de Haushofer de las fronteras contenía un segundo componente principal del pensamiento geopolítico alemán. Proponía en esta teoría que un Estado se esfuerza por lograr una frontera que contenga una zona de escasos asentamientos, una zona fuera del espacio vital, que separa el Estado de los estados vecinos. Haushofer y sus seguidores consideraban que el mundo constaba de estados renovados y decadentes. La "decadencia" británica estaba ejemplificada por la incapacidad de detener las tendencias hacia el autogobierno dentro de su imperio. En otra guerra, creía Haushofer, Gran Bretaña no podía tener la seguridad de la lealtad de las partes que se autogobernaban en el Imperio Británico, si bien reconocía que el Imperio Británico probablemente constituiría un obstáculo formidable para el desarrollo de nuevas pan-regiones. Finalmente, los teóricos geopolíticos alemanes desarrollaron la geoestrategia como ciencia militar. Toda la información importante acerca de un oponente se recogía para que se pudiera montar un "blietzkrieg", un rápido ataque decisivo.

En breve, los escritos geopolíticos alemanes contenían cinco conceptos: 1) autarquía o autonomía económica nacional, lo cual anularía la necesidad de productos extranjeros; 2) *lebensraum* o suficiente área territorial y recursos naturales para sostener a la población de una nación; 3) pan-regiones, o zonas geográficas amplias, que reemplazaran a las fronteras nacionales estrechas; 4) el presupuesto de que la masa territorial de Eurasia-África, al ser la combinación más populosa y más grande de poderío terrestre y poderío marítimo, en consecuencia tenía el potencial del dominio mundial y 5) el derecho del Estado a "fronteras naturales o límites establecidos por la naturaleza".[35]

Los Sprout y las relaciones hombre-medio

Harold Sprout (1901-1980) y Margaret Sprout (1903-) hicieron la mayor contribución de mediados del siglo xx para el desarrollo de hipótesis tendientes a examinar las relaciones con el entorno. Si bien los Sprout durante largo tiempo creyeron en la importancia de la geografía para examinar el comportamiento político,[36] aducían que la mayoría, si no toda la actividad humana, está afectada por la distribución despareja de los recursos humanos y no humanos.[37] Los Sprout rechazaban las teorías geopolíticas unidimensionales en favor de una "perspectiva ecológica", porque parecía suministrar una visión más integrada y holística del entorno internacional, que tomaba en cuenta sus rasgos físicos y no físicos. El entorno, o medio, se consideraba un sistema multidimensional, en el cual las percepciones que tenían los líderes políticos de las condiciones ambientales (el psicomedio), tanto como las condiciones mismas, eran objeto de estudio y análisis. Tal investigación subrayaba la interrelación de la geografía, la demografía, la

tecnología y los recursos y se centraba en la importancia de variables perceptuales, tanto como de factores cuantitativos tales como la población y el tamaño del territorio.

Se dice que el medio afecta las actividades humanas sólo en dos aspectos. Primero, puede influir en las decisiones humanas sólo si los seres humanos perciben factores vinculados con el medio. Segundo, tales factores pueden limitar el desempeño individual o el resultado de decisiones basadas en percepciones del entorno.[38] Así, las decisiones pueden tomarse sobre la base de percepciones erróneas del entorno, con consecuencias potencialmente desastrosas. La tarea con la que se enfrenta el encargado de tomar decisiones, en consecuencia —para vincular el análisis de los Sprout con las teorías de toma de decisiones consideradas en el Capítulo 11—, es estrechar la brecha entre el entorno percibido y el real.

Los Sprout consideraban a la geografía como "preocupada por el arreglo de las cosas sobre la faz de la tierra y por la asociación de cosas que les dan carácter a los lugares particulares". Creen que la geografía afecta a los humanos y a los no humanos, a los fenómenos tangibles e intangibles que "exhiben dimensiones zonales y variaciones sobre la superficie de la tierra o en relación con ella".[39] Toda comunidad política tiene una base geográfica. Cada comunidad política está establecida en un territorio que es una combinación única de locación, tamaño, forma, clima y recursos naturales. Así, las transacciones entre naciones deben entrañar consideraciones significativas, aun cruciales, desde el punto de vista geográfico. Los Sprout señalaban que el arte del gobierno internacional exhibe, en todos los períodos, "modelos más o menos discernibles de coerción y sumisión, influencia y deferencia; modelos reflejados en términos políticos con fuertes connotaciones geográficas".[40]

El conductismo cognitivo y el medio operacional

Importante para los Sprout es el concepto de conductismo cognitivo. Este concepto supone que una persona responde conscientemente al medio a través de la percepción "y de ninguna otra forma".[41] Las ideas erróneas del medio pueden ser igualmente influyentes que las ideas adecuadas para formar estados de ánimo, preferencias, decisiones y acciones. Los Sprout proceden a distinguir, en cierta forma imprecisamente, entre el entorno tal como el observador lo percibe y el entorno tal como existe concretamente. El llamado psicomedio puede compararse con las sombras de la caverna platónica —"imágenes o ideas que el individuo deduce de la interacción entre lo que recibe selectivamente de su medio, a través de su aparato sensor, y su esquema de valores, recuerdos conscientes y experiencia almacenada inconscientemente".[42] El fracaso en percibir la condición limitativa puede tener como resultado graves consecuencias. Las ilusiones infladas acerca de las circunstancias geográficas y las malas interpretaciones de ellas pueden tener efectos igualmente desgraciados.[43] Las actitudes populares, tanto como las decisiones de los hombres de Estado, se basan en concepciones geográficas que "dependen en no pequeño grado del tipo de mapas a los cuales están acostumbrados", como se señala en mayor detalle en una sección ulterior de este capítulo. En consecuencia, un análisis del comportamiento político debe tomar en cuenta los presupuestos que se forman los líderes políticos acerca de su medio.

La entidad de decisión, actuando dentro del medio operacional y contando con un psicomedio,[44] es un organismo instalado en un medio (un individuo o una población) más que una abstracción (el Estado). Esta entidad de decisión es la preocupación principal del científico social y reviste un interés particular para el estudioso de las relaciones internacionales y de la toma de decisiones, como se señala en el Capítulo 11. Así, los Sprout objetan la terminología del tipo de "la motivación del Estado" y "las necesidades del Estado". No aplican conceptos psicoecológicos a la organización social, en gran medida por la misma razón por la que rechazan darle atributos humanos al sistema nacional o internacional. Les atribuyen estos conceptos sólo a los seres humanos. Creen que la discusión política en un nivel tan abstracto confunde más que clarifica la propia comprensión del funcionamiento de la política internacional.[45]

Si bien las decisiones políticas se basan en las percepciones que tiene el hombre de Estado del medio, los resultados de estas decisiones están limitados por la naturaleza objetiva del medio operacional, es decir, por "la situación tal como concretamente existe y afecta los logros y las capacidades de la entidad en cuestión (sea un solo individuo, un grupo o una comunidad como totalidad)".[46] En resumen, el medio operacional existe, si bien puede no ser plenamente discernible por los agentes políticos. En la medida en que la toma de decisiones está implicada, los Sprout no ven al medio como un factor que inevitablemente "condicione", "empuje" o "fuerce" al encargado de tomar decisiones y le "dicte" sus elecciones.

Así la perspectiva ecológica suministra un marco para la consideración de estos tres tipos de fenómenos: 1) el medio percibido o "psicomedio"; 2) las acciones de los individuos o grupos y 3) los resultados de sus acciones.[47] Los tres conceptos fundamentales de importancia para los Sprout incluyen el entorno, las entidades ambientales y las relaciones entidad-entorno.[48]

Limitaciones de la teorización geopolítica

Los Sprout subrayan que la tecnología y el cambio social juegan un gran papel en las relaciones ambientales. Si bien la tecnología obviamente no ha alterado el trazado físico de tierras y mares, le ha agregado nuevas dimensiones al medio internacional. Si bien la especulación geopolítica ha enriquecido nuestra comprensión del sistema internacional, el defecto más serio ha sido el "fracaso casi universal de los teóricos geopolíticos en anticipar y tener en cuenta la tasa de cambios tecnológicos y de otro tipo". Una evaluación precisa de las herramientas, habilidades e innovaciones tecnológicas disponibles para las comunidades en interacción es crucial para toda teorización geopolítica. Los Sprout aducen el principio ecológico de que puede esperarse que el cambio sustancial en un sector del medio produzca "significativas, a menudo inquietantes, a veces abiertamente perturbadoras consecuencias en otros sectores".[49]

La geografía, los organismos instalados en un medio, el psicomedio, la tecnología, el medio operacional y las creencias se afectan, todos, entre sí. "Los cambios sustanciales, ya en el entorno, ya en la constitución genética de los organismos implicados, es probable que inicien reacciones en cadena que se ramifican a través de toda la 'red de la vida' dentro de la 'comunidad biótica' ".[50] La interrelación del paradigma ecológico ha crecido cada vez más con la creciente complejidad de la sociedad moderna, resultante de poblaciones en expansión y tecnología avanzada. Es cada vez más difícil "aislar y clasificar los acontecimientos políticos humanos como asuntos simplemente internos o externos, o como políticos, sociológicos o económicos". De hecho, la complejidad de la interrelación "dentro y entre las comunidades nacionales, y la creciente falta de importancia del tiempo consagrado a la distinción entre asuntos domésticos e internacionales, constituyen importantes datos puntuales en la perspectiva ecológica sobre la política internacional".[51] El punto focal del análisis empírico en la última década cada vez ha sido más la "vinculación" entre la política interna y la política exterior.

En su estudio sobre relaciones ambientales, los Sprout han sacado cuatro conclusiones principales. Primero, la perspectiva ecológica y el marco de referencia suministran un enfoque fructífero para el análisis de la política exterior y la estimación de las capacidades de un Estado. Segundo, es útil distinguir analíticamente entre la relación de los factores ambientales con las decisiones políticas y los resultados operativos de las decisiones. En opinión de los Sprout, gran parte de la confusión que ensombrece la discusión de los factores ambientales en la política internacional surge del fracaso en hacer explícita la distinción. Tercero, el enfoque ecológico es un complemento útil al estudio de la política exterior y de las capacidades internacionales de los estados. El paradigma de los Sprout entraña el examen de condiciones tan limitativas como el nivel de tecnología disponible, la cognición de factores esenciales y la proporción de recursos disponibles respecto de los compromisos.[52] Finalmente, consideran el enfoque ecológico como algo que amplía el estudio de la política internacional, integrándola en teorías importantes y datos de la geografía, la psicología, la sociología y otros sistemas de aprendizaje.

Investigación actual sobre factores ambientales

Algunos especialistas se han centrado en la relación entre el entorno y el comportamiento político. A mediados de los años setenta, George Liska examinó la naturaleza del equilibrio en el sistema internacional con referencia específica al conflicto y los factores geopolíticos. Llegó a la conclusión de que el conflicto entre estados continentales y marítimos ha sido un fenómeno recurrente en las relaciones internacionales, especialmente en el sistema europeo.

> La disparidad cualitativa entre estados principalmente basados en tierra y orientados hacia el mar se ha demostrado, por lo común, incapaz de ser asimilada por interacciones competitivas o de otro tipo...

> El cisma quedó conspicuamente manifiesto cada vez que una potencia terrestre fuerte preparaba, y la potencia marítima dominante resistía hasta el punto de vetarlo, un avance hacia una expansión con base en tierra que podía expandir el alcance del equilibrio de poder y adaptar su funcionamiento a extensiones de ultramar del centro continental del sistema.[53]

En un esfuerzo por determinar el efecto de la condición insular en las naciones, otros dos autores —Robert Holt y John Turner— han comparado las políticas de Gran Bretaña, Ceilán y Japón.[54] Su análisis reveló que las comunidades insulares tienen un "compromiso más activo" con otros países que las comunidades no insulares. Las comunidades insulares son más limitadas que los estados no insulares en el alcance de las políticas exteriores que tienen a su disposición. Estos autores encuentran similitudes en la política exterior de Gran Bretaña y Japón. Ambos países intentaron ocupar secciones del continente euroasiático, especialmente aquellas áreas desde las cuales se podían montar invasiones a ellas. Ambos intentaron mantener un equilibrio de poder entre naciones continentales apoyando a la coalición más débil. Ambos buscaron alianzas con potencias de fuera de la región para reforzar su posición respecto de unidades nacionales continentales más próximas.

Al evaluar el efecto de la no contigüidad en la integración de unidades políticas, el estudio de Richard Merrit de comunidades territorialmente discontinuas indicaba que las fuerzas centrífugas aumentaban con la distancia.[55] Había mayor comunicación con los pueblos vecinos que con aquellos físicamente distantes. La comunidad no contigua depende del entorno exterior para mantener vínculos de comunicación entre sus partes físicamente separadas. La dependencia cotidiana de las comunicaciones hace a las comunidades no contiguas sensibles a cambios en el entorno internacional que afectan las comunicaciones. Tales comunidades se han preocupado por la aplicación del derecho internacional a las aguas internas, los mares territoriales y altos, los derechos aéreos y el acceso terrestre, para citar sólo la historia moderna de los problemas experimentados por estados tales como Malasia, Pakistán (1947-1974), la República Árabe Unida (Egipto-Siria) (1958-1962) y la ahora desaparecida Federación de las Indias Occidentales.

Críticas a las teorías ambientales

Los críticos de las teorías ambientales, los Sprout incluidos, se ensañan con los autores que se comprometen en la "retórica ambientalista" y suponen que actitudes o decisiones están "determinandas" o "influidas" o afectadas causalmente de otra forma por los factores ambientales.[56] Si bien los Sprout rechazan el entorno como un determinante de la política, conciben como crucial: 1) la percepción del agente de los factores ambientales y 2) las limitaciones a la actividad humana planteada por el entorno.[57]

Según Strausz-Hupé, las condiciones geográficas han sido modificadas por el hombre a lo largo de la historia: "Las condiciones geográficas

determinan en gran medida *dónde* se hace la historia, pero siempre es el hombre el que la hace".[58] Si bien deriva su propio trabajo de los conceptos geopolíticos de los escritos de Mackinder, Spykman criticó a Mackinder por sobrevalorar las potencialidades de las tierras de importancia decisiva y subestimar las del Creciente Interno. "Si ha de haber una consigna para la política de la fuerza del Viejo Mundo, debe ser: 'Quien controla las Tierras del Borde domina Eurasia; quien domina Eurasia controla los destinos del mundo' ".[59] Spykman también señaló que una combinación de potencias marítimas nunca se había alineado contra un agrupamiento de potencias terrestres. "El alineamiento histórico siempre ha sido en términos de algunos miembros de las Tierras del Borde con Gran Bretaña y Rusia juntas contra una potencia de las Tierras del Borde dominante".[60] En su análisis de la escuela geopolítica alemana, Strausz-Hupé afirma que "no hay, en resumen, ninguna evidencia histórica que apoye el nexo causal alegado por los defensores del *lebensraum*... entre la presión de la población y el crecimiento nacional en el espacio".[61] Históricamente, la expansión nacional ha surgido de condiciones diferentes de la presión de la población. Por ejemplo, el expansionismo japonés en Asia antecedió el aumento de la población japonesa. Tampoco el gran tamaño se iguala necesariamente con el poder nacional, si bien "toda vez que un gran espacio fue totalmente organizado por un Estado, las naciones pequeñas... no pudieron soportar su fuerza expansiva".[62] Según Derwent Whittlesey, la concepción de la geopolítica de Haushofer era ilógica en tanto basaba la necesidad de *lebensraum* en la alta tasa de nacimientos de Alemania. Dado que las tasas de nacimiento de los territorios eslavos que estaban hacia el este eran aún más altas, su necesidad de territorio debería haber sido mayor que la de Alemania.[63]

Por fin, a menudo se afirma que el cambio tecnológico ha convertido en obsoleto tanto el concepto de tierras de importancia decisiva de Mackinder como la teoría geopolítica de Haushofer. En la discusión que siguió a la presentación de Mackinder de su informe *El Pivote Geográfico de la Historia* ante la Sociedad Geográfica Real, Leopold Amery afirmó: "Tanto el mar como el ferrocarril serán reemplazados en el futuro... por el aire como medio de locomoción, [y] cuando lleguemos a eso, una gran cantidad de esta distribución geográfica debe perder su importancia, y las potencias exitosas serán aquellas que tengan la mayor base industrial".[46] Según Strausz-Hupé: "Si este [las tierras de importancia decisiva] concepto alguna vez fue válido (de lo cual no hay pruebas convincentes), no hay garantía de que la tecnología moderna no lo invalide. Por cierto, puede haberlo hecho ya".[65] Los Sprout critican las teorías tanto de Mahan como de Mackinder por estar pasadas de moda, como resultado de las innovaciones en la tecnología militar y "las formas paramilitares y no militares de la interacción política".[66] Kristoff acusa a los autores geopolíticos por haber "introducido hechos y leyes del mundo físico para justificar demandas políticas y apoyar opiniones políticas. Uno de los mejores ejemplos de los argumentos lamentablemente contradictorios a los cuales esto puede llevar es un concepto cercano en espíritu al de 'frontera natural', es decir el concepto del 'Estado armónico' ".[67]

Si el psicomedio —el mundo tal como es percibido— es central en el trabajo de autores tales como los Sprout, otros se han centrado específicamente en los efectos de los tipos de mapas alternativos —la presentación visual de las relaciones espaciales y geográficas— en la medida en que se vinculan con la formación de imágenes acerca del mundo. Desde la Segunda Guerra Mundial, se ha puesto un énfasis especial en la deformación introducida en el análisis político al confiar en las proyecciones de Mercator basadas en el Ecuador. Tales mapas fracasaban en su intento de plantear la idea de la tierra como una esfera y, en consecuencia, como algo con unidad geográfica y continuidad. La proyección de Mercator suministraba una concepción errónea de las distancias —por ejemplo, la proximidad de Estados Unidos y la Unión Soviética a través del Ártico. Ver el mundo como una esfera hace evidente que, por ejemplo, Buenos Aires está más lejos de Estados Unidos que cualquier capital europea, incluida Moscú.

El advenimiento del poder aéreo, y su indispensable contribución a la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial, contribuyó decisivamente para la alteración en las concepciones de la geografía del tipo de la Mercator tradicional, pues la distancia más corta por aire entre dos puntos descansa en una línea que seguía el contorno de la tierra. En su lugar vinieron las proyecciones asimétricas basadas en su mayor parte en mapas esféricos centrados en el polo. Numerosos escritores señalaron, durante la Segunda Guerra Mundial, la necesidad de tales mapas alternativos. La necesidad de dichos mapas se hizo evidente también porque, como lo señalaron Richard E. Harrison y Hans W. Weigert, que escribieron en los años cuarenta:

> Seguimos usándola (la proyección Mercator) cuando el poderío terrestre y el poderío aéreo con base en tierra se convirtieron en el pivote del más grande de los conflictos mundiales. En una guerra mundial que principalmente se libra en el hemisferio norte, esto demostró ser casi un error de juicio fatal; porque la proyección de Mercator cuyo centro de precisión está a lo largo del Ecuador no puede mostrar de ninguna forma la relación entre las esferas de poder de las grandes potencias enfrentadas.[68]

Si los mapas configuran las percepciones del mundo de una persona, también reflejan las construcciones compartidas de relaciones geográficas y espaciales que prevalecen. Los mapas se dibujan y se vuelven a dibujar para tomar en cuenta "aquellos factores geográficos" que están destinados a ser importantes en un punto dado del tiempo. Como ha escrito Alan Henrikson: "Uno puede considerar las cosas del tipo de los mapas como ideografías puramente subjetivas o como construcciones con sólo una relación matemática con la realidad objetiva, o inclusive como meros reflejos de los procesos materiales de la historia, en cuyo caso no tendrían poder de determinación independiente... Los mapas globales que ayudaban a guiar y explicar el esfuerzo bélico (la Segunda Guerra Mundial) —y así eran una parte esencial de la historia intelectual de la guerra— eran huellas en la mente humana, grabados allí no sólo por la experiencia humana

sino por la imaginación del hombre".[69] Esta idea está reflejada en los trabajos de Richard Edes Harrison y Robert Strausz-Hupé, quienes llegaron tan lejos como a sugerir que el "aislacionismo posicológico" de Estados Unidos surgía de las deficiencias de los mapas, especialmente la utilización de proyecciones de dos dimensiones (Mercator), en lugar de aquellas que representaban la tierra como un globo.[70] Según W. H. Parker, Mackinder consideraba el "mapa del mundo" no como "el mapa físico o político que se encuentra en un atlas, sino como un mapa mental en el cual las diversas distinciones horizontales y movimientos de los fenómenos globales están verticalmente integrados en interacción dinámica".[71]

La cambiante importancia de otras relaciones geográficas ha contribuido, a lo largo de la generación pasada, al desarrollo de concepciones adicionales del mundo grabadas en mapas. Algunos escritores han sugerido la emergencia de tendencias globales que están llevando a un nuevo conjunto de relaciones geoestratégicas y geopolíticas. De especial importancia son los recursos y la creciente vulnerabilidad de los suministros de petróleo y las materias primas vitales que pueden perturbarse, ya en su fuente o en su tránsito desde los estados productores hacia los consumidores. El crecimiento de la dependencia de importación de recursos por parte de los estados industrializados, junto con el aumento de vulnerabilidad de tales recursos a la interdicción, ha contribuido a la revitalización del interés en el análisis geopolítico, pero en el contexto actual, el potencial de conflicto por los recursos escasos está creciendo, en un momento de difusión de las tecnologías militares a una variedad de agentes estatales y no estatales.[72] Tales tendencias tienen lugar en el contexto de la emergencia de un nuevo régimen marítimo como resultado de la creciente importancia de los recursos en los mares y/o el fondo del mar, y los modelos cambiantes del acceso a bases de ultramar occidentales y soviéticas, más perjudiciales para Estados Unidos que para la Unión Soviética. Se dice que ha surgido un "nuevo mapa estratégico" cuyos "efectos prácticos consisten en hacer resurgir la importancia de la geografía y los recursos como factor de pensamiento militar... Así el conocimiento de los lugares donde están radicados los alimentos, la energía y los recursos universales, la ubicación de las pequeñas islas, los modelos de las líneas de comunicación marítimas y aéreas y el efecto de las transferencias de armas en los equilibrios de poder regionales pueden volverse herramientas tan necesarias para el análisis estratégico como la familiaridad con las siglas de las armas de guerra nucleares lo ha sido en el pasado reciente".[73]

La revitalización del interés en el análisis geopolítico se ha extendido más allá de los temas de recursos, *per se*, hacia un esfuerzo por actualizar conceptos tomados de escritores tempranos tales como Mahan y Mackinder para el sistema internacional de fines del siglo XX. En el contexto actual, la Unión Soviética representa una vasta potencia terrestre cuyo foco euroasiático tradicional se ha extendido tanto hacia las tierras del borde como a regiones alejadas de Eurasia. La relación de las superpotencias de nuestra época enfrenta a la Unión Soviética, como potencia terrestre líder, con Estados Unidos, la principal potencia marítima. Históricamente, las líneas internas de comunicación entre la Unión Soviética y sus aliados han sido la masa territorial euroasiática. Los vínculos entre Estados Unidos y sus aliados de las tierras del borde de Eurasia se dan a través del océano. El crecimiento del poderío naval soviético, junto con la proyección de influencia y capacidades soviéticas lejos de Eurasia, plantea una amenaza de crecientes proporciones para Estados Unidos y sus aliados. Según Collin S. Gray:

> La fuerza de la gran teoría geopolítica es que ubica la acción local o la interacción, dentro de un marco global... Al igual que quienes quieren entender la estrategia nuclear no tienen otro remedio que dominar los conceptos esenciales del estratega nuclear (primer ataque/segundo ataque, contrafuerza y contravalor y así sucesivamente), quienes buscan abarcar las realidades geopolíticas de las cuestiones de seguridad internacional deben dominar los conceptos esenciales del geopolítico.[74]

En opinión de Gray, la geopolítica de Mackinder "suministra una arquitectura intelectual, muy superior a las concepciones rivales, para entender los temas principales de seguridad internacional... el trabajo geopolítico de Mackinder en sus mejores momentos es una gran teoría".[75] Según W. H. Parker, la "originalidad y brillo" del trabajo de Mackinder y en especial su "Pivote Geopolítico de la Historia" surgen de "la forma en que vinculó el hecho de que el mundo se hubiera vuelto un sistema cerrado con los cambios tecnológicos en las comunicaciones, con el equilibrio de ventaja oscilando entre poder terrestre y poder marítimo, entre centro y periferia. Y así redujo el complejo interjuego de acontecimiento histórico y hecho geográfico a una simplicidad asombrosa".[76] En términos operativos, la teorización geopolítica en el contexto actual llega a la conclusión de que la Unión Soviética y sus aliados deben impedir la expansión del poder soviético en los bordes territoriales de Eurasia. Con este fin, las alianzas con estados de Europa Occidental y con el Japón son de importancia crucial.

Al mismo tiempo, el restablecimiento de una relación estrecha sino-soviética unificará a las dos potencias terrestres más grandes de Eurasia, las tierras de importancia decisiva sobre las cuales escribió Mackinder. Así, la geopolítica, sugiere Colin Gray, "no es simplemente un conjunto de ideas entre muchos conjuntos en competencia que ayudan a iluminar la estructura de los problemas políticos. Más bien, es un metamarco o marco maestro que, sin predeterminar la elección política, sugiere factores de largo plazo y tendencias en los objetivos de comunidades de seguridad particulares, territorialmente organizadas".[77]

Tecnología, crecimiento de la población y temas ambientales

Los cambios tecnológicos pueden haber alterado la significación de la teorización de algunos de los autores examinados en este capítulo, si bien la tecnología avanzada ha vuelto las relaciones ambientales aún más importantes. Como lo han sugerido muchos autores, la ciencia moderna y la tecnología han transformado el entorno en algo deliberado pero también

de formas no deliberadas.[78] La ciencia y la tecnología han traído "invitados no convocados" en la forma de contaminación del aire, congestión del tráfico y escasez de recursos. En el siglo xx, el ritmo de la innovación científico-tecnológica se ha acelerado más allá de cualquier precedente histórico y la gente de todas partes del globo se ha visto atraída dentro de la órbita de la moderna tecnología. Si los cambios determinados por la tecnología están afectando o no el entorno de formas que van más allá de los medios de enfrentarse con ellas, sigue siendo una pregunta sin respuesta. Lo que es cierto es que existen relaciones inextricables y vínculos entre la tecnología, la geografía y la política internacional.

La contaminación del ambiente se ha convertido en una perdurable preocupación de fines del siglo xx. Como lo ha señalado Zbigniew Brzezinski, las sociedades que son más avanzadas tecnológicamente —Estados Unidos, Europa Occidental y Japón— han dado origen a los grupos más vociferantes de apoyo a temas vinculados con la "calidad de vida". Esto es característico de la "era tecnotrónica", en la cual se dice que dichas sociedades ya han entrado, o están en el umbral de hacerlo.[79] El crecimiento de la población, la urbanización, y las pérdidas químicas de productos de la civilización industrial —todos los cuales tienen mayor prevalencia en las sociedades más avanzadas que en las menos desarrolladas— se sostiene que están causando cambios en el equilibrio de la naturaleza, desde los océanos hasta la capa de ozono.

Así, a fines del siglo xx, el foco de interés en el medio que se percibe en la bibliografía sobre relaciones internacionales, representa una convergencia de varios intereses principales de los especialistas y los encargados de trazar políticas. Éstos incluyen la escasez de recursos, el crecimiento de la población y la relación de la geografía con el poder político. En resumen, ha surgido un nuevo conjunto de relaciones geopolíticas o geoestratégicas en gran medida como resultado del efecto generalizado de la tecnología en las relaciones internacionales en general y, específicamente, en la política exterior de los estados. Como la percepción del medio y el efecto del medio mismo son centrales para la toma de decisiones y el comportamiento político en general, aquellos que se preocupan por el desarrollo de teorías del comportamiento político en el nivel internacional, han tomado un interés renovado en las relaciones ambientales. Se ha planteado la hipótesis de que los sistemas políticos son sistemas abiertos, susceptibles de ingresos desde el entorno y de ejercer efectos en él. Por fin, el tema de la contaminación y la tecnología y el crecimiento de la población y el suministro de alimentos han llevado a esfuerzos tanto para prever tendencias como para desarrollar modelos a menudo de naturaleza neomalthusiana. El medio, entonces, suministra un punto focal excepcional no sólo para la teorización antigua y contemporánea sino para la teoría analítica y normativa de las relaciones internacionales de los años futuros, porque en última instancia todas las políticas exteriores y los demás modelos de interacción internacional se plantean dentro de un entorno político, social, cultural y geográfico.

NOTAS AL CAPÍTULO 2

[1] Harold y Margaret Sprout: *The Ecological Perspective of Human Affairs with Special Reference to International Politics* (Princeton, Princeton University Press, 1965), p. 27. Los Sprout plantearon las siguientes definiciones: el entorno puede ser definido como un concepto genérico bajo el cual se subsumen todas las fuerzas externas y los factores a los cuales responde potencial o concretamente un organismo o suma de organismos; o el entorno puede limitarse a los aspectos materiales y espaciales del mundo circundante, con exclusión del embrollo de relaciones sociales humanas.

[2] Aristóteles: *The Politics of Aristotle*, trad.: Ernest Barker (Oxford, Clarendon, 1961), pp. 289-311.

[3] Jean Bodin: *Six Books of the Commonwealth*, trad.: F. J. Tolley (Nueva York, Macmillan, 1955), pp. 145-157.

[4] Barón de Montesquieu: *The Spirit of Laws* (Worcester, Mass., Isaiah Thomas, 1802), vol. 1, pp. 154-159, 259-274.

[5] Frederick Jackson Turner: "The Significance of the Frontier in American History" en Donald Sheehan, comp.: *The Making of American History*, Libro II (Nueva York, Dryden, 1950), p. 200.

[6] Nazli Choucri: "Population Resources and Technology: Political Implications of the Environmental Crisis", en David A. Kay y Eugene B. Skolnikoff, comps.: *World-Eco-Crisis: International Organizations in Response* (Madison, University of Wisconsin Press, 1972), p. 24. Ver también la discusión en el Capítulo 8, pp. 344-346 y notas 127 y sigs.

[7] Quincy Wright: *A Study of War* (Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1965), p. 1144.

[8] Ibídem, p. 1285.

[9] Saul B. Cohen: *Geography and Politics in a World Divided*, 2ª ed. (Nueva York, Oxford University Press, 1973), p. 29.

[10] Raymond Aron: *Peace and War* (Garden City, N.Y., Doubleday, 1966), página 191.

[11] Colin S. Gray: *The Geopolitics of Super Power* (Lexington, The University Press of Kentucy, 1988), p. 45.

[12] Henry Thomas Buckle: *History of Civilization in England* (Londres, Longmans, 1903), Vol. I, pp. 39-151.

[13] Ellsworth Huntington: *Mainsprings of Civilization* (Nueva York, Eiley, 1945), especialmente pp. 250-275; y *Civilization and Climate* (New Haven, Yale University Press, 1924), esp. pp. 1-29, 387-411.

[14] Para un examen de la hipótesis de desafío-respuesta de Toynbee, ver *A Study of History*, resumen de los vols. I-IV de D. C. Somervell (Londres, Oxford University Press, 1956), pp. 60-139. Andrew M. Scott ha propuesto el concepto de desafío-respuesta como un enfoque central para el estudio de los asuntos internacionales, estrechamente relacionado con la idea del equilibrio de poder. "Challenge and Response: A Tool for the Analysis of International Affairs", *Review of Politics*, XVIII (195), pp. 207-226.

[15] Toynbee, op. cit., p. 246. Toynbee define el colapso como la terminación del crecimiento.

[16] Kenneth D. Boulding: *Conflict and Defense* (Nueva York, Harper & Row, 1963); Patrick O'Sullivan: *Geopolitics* (Nueva York, St. Martin's Press, 1986).

[17] Ibídem, p. 69.

[18] Ver, por ejemplo, Albert Wohlstetter: "Illusions of Distance", *Foreign Affairs*, 46, Nº 2 (1968), pp. 242-255.

[19] Ver Harold y Margaret Sprout: *The Ecological Perspective on Human Affairs*, pp. 83-98; Lucien Febvre: *A Geographical Introduction to History* (Nueva York, Knopf, 1925), pp. 358-368; P. W. J. Vidal de la Blache: *Principles of Human Geography*, Emmanuel de Martonne, comp. (Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1926); O. H. K. Spate: "How Determined is Possibilism?", *Geogra-*

phical Studies, IV (1957), pp. 3-8; George Tatham: "Environmentalism and Possibilism" en Griffith Taylor, comp.: *Geography in the Twentieth Century* (Nueva York, Philosophical Library, 1951), pp. 128 y sigs., 151 y sigs.

[20] Kadis K. D. Kristof: "The Origins and Evolution of Geopolitics", *Journal of Conflict Resolution*, IV (marzo de 1960), p. 19. Ver también R. J. Johnston: *Geography and State: An Essay in Political Geography* (Nueva York, St. Martin's Press, 1982), esp. pp. 1-28, 120-187; J. R. V. Prescott: *Political Geography* (Nueva York, St. Martin's Press, 1972), esp. pp. 1-75; Kliot, Nurit y Waterman, comps.: *Pluralism and Political Geography: People, Territory and State* (Nueva York, St. Martin's Press, 1983), esp. pp. 9-36.

[21] Alfred Thayer Maham: *The Influence of Seapower Upon History 1660-1783* (Boston, Little, Brown, 1897), esp. pp. 281-329. Ver también Margaret Tuttle Sprout: "Mahan: Evangelist of Sea Power" en Edward Mead Earle, comp.: *Makers of Modern Strategy: Military Thought from Machiavelli to Hitler* (Princeton, Princeton University Press, 1943), pp. 415-445; Harold y Margaret Sprout: *The Rise of American Naval Power* (Princeton, Princeton University Press, 1942); William Reitzel: "Mahan on Use of the Sea" y James A. Field, Jr.: "The Origins of Maritime Strategy and the Development of Seapower" en B. Mitchell Simpson III, comp.: *War, Strategy and Maritime Power* (New Brunswick, N.J., Rutgers University Press, 1977), pp. 77-107.

[22] Halford Mackinder: *Democratic Ideals and Reality* (Nueva York, Norton, 1962), pp. 35-39.

[23] Halford Mackinder: "The Geographical Pivot of History", *Geographical Jaurnal*, XXIII (abril de 1904), p. 434. Para una amplia discusión y crítica de Mackinder y su pensamiento, sus escritos sobre geografía y geopolítica dentro del contexto más amplio de su vida y época, ver W. H. Parker: *Mackinder: Geography an Aid to Statecraft* (Oxford, Clarendon Press, 1982), especialmente capítulos 5-8.

[24] Halford Mackinder: op. cit., p. 150. Ver también Hans W. Weigert: "Mackinder's Heartland", *The American Scholar*, XV (invierno de 1945), pp. 43-45.

[25] Halford J. Mackinder: "The Round World and the Winning of the Peace", *Foreign Affairs*, XXI, (julio de 1943), p. 601.

[26] Ver Stephen B. Jones: "Global Strategic Views", *Geographic Review*, XLV (octubre de 1955), pp. 492-508; Nicholas J. Spykman: *The Geography of the Peace* (Nueva York, Harcourt Brace and Compay, 1944), p. 43; y George F. Kennan: "The Sources of Soviet Conduct", *Foreign Affairs* XXV (julio de 1947), pp. 566-582. (Hay traducción española, Buenos Aires, G.E.L., 1990.) Spykman, al discutir el valor de las "líneas interiores de las tierras de importancia decisiva" respecto de la periferia o "bordes del territorio", sugería que las relaciones entre centro y circunferencia son de un tipo si las potencias marítimas están intentando aplicar su influencia alrededor de las tierras del borde desde lejos, pero estas relaciones se cambian si los centros locales de poder y comunicaciones están desarrollados alrededor del territorio del borde. Op. cit., p. 40.

[27] Giulio Douhet: *The Command of the Air*, trad.: Dino Ferrari (Nueva York, Coward-McCann, 1942), pp. 10-11.

[28] Alexander P. de Seversky: *Victory Through Air Power* (Nueva York, Simon & Schuster, 1942).

[29] Friedrich Ratzel: *Anthropogeographie*, 2ª ed. (Stuttgart, J. Engelhorn, 1899), parte I, p. 2; ver Kirstof, op. cit., p. 22.

[30] Ver, en especial, Nicholas J. Spykman y Abbie A. Rollins: "Geographic Objectives in Foreign Policy I", *American Political Science Review*, XXXIII (junio de 1939), pp. 391-393.

[31] Rudolf Kjellen: *Der Staat als Lebensform*, trad.: M. Langfelt (Leipzig, S. Hirzel Verlag, 1917), pp. 218-220. Ver Kristof: op. cit., p. 22.

[32] Para una discusión del desarrollo de la Academia Alemana, ver Donald H. Norton: "Karl Haushofer and the German Academy, 1925-1945", *Central European History*, I (marzo de 1958), p. 82. Según sus reglas y regulaciones, los objetivos de la Academia eran "alimentar todas las expresiones espirituales de la germanidad y reunir y reforzar las relaciones culturales no oficiales de

Alemania con áreas del exterior y de los alemanes que están en el exterior con la patria, al servicio de una conciencia folklórica pangermana". Ibídem.

[33] W. H. Parker, op. cit., p. 159. Según Parker, Haushofer había utilizado el informe de Mackinder de 1904 ("El Pivote Geográfico de la Historia") en fecha tan temprana como 1921 y siguió haciéndolo a lo largo del período de entreguerras.

[34] Robert Strausz-Hupé: *Geopolitics: The Struggle for Space and Power* (Nueva York, Putnam's, 1942), p. vii. Ladis K. D. Kristof sugiere la siguiente definición: "La geopolítica es el estudio de los fenómenos políticos: 1) en su relación espacial y 2) en su relación con la tierra, su dependencia de ella y su influencia sobre ella, así como en todos aquellos factores culturales que constituyen el tema de la geografía humana (antropogeografía) definida en sentido amplio. En otras palabras, la geopolítica es lo que la palabra misma sugiere etimológicamente: política geográfica, es decir, política y no geografía, política geográficamente interpretada o analizada por su contenido geográfico". Kristof, op. cit., p. 34.

[35] Derwent Whittlesey: "Haushofer: The Geopolitician" en Edward Mead Earle, comp.: *Makers of Modern Strategy: Military Thought from Machiavelli to Hitler* (Princeton, Princeton University Press, 1943), pp. 398-406.

[36] Harold y Margaret Sprout: *The Ecological Perspective on Human Affairs*, página 9.

[37] Harold y Margaret Sprout: *An Ecological Paradigm for the Study of International Politics* (Princeton, Center for International Studies, 1968), Monografía Nº 30, p. 21.

[38] Ibídem, p. 11.

[39] Ibídem, p. 13. La definición está citada por los Sprout, de Preston F. James y otros: *American Geography: Inventory and Prospect* (Syracuse University Press, 1954), p. 4.

[40] Harold y Margaret Sprout: *The Ecological Perspective on Human Affairs*, página 15.

[41] Ibídem, p. 140.

[42] Ibídem, p. 28.

[43] Ver Harold y Margaret Sprout: *An Ecological Paradigm for the Study of International Politics*, pp. 39-41. Para las consecuencias de la percepción en la toma de decisiones de la política exterior, ver Capítulo 11.

[44] Ibídem, p. 11.

[45] Ibídem, p. 42.

[46] Ibídem, p. 34.

[47] Harold y Margaret Sprout: *The Ecological Perspective on Human Affairs*, página 8.

[48] Harold y Margaret Sprout: *An Ecological Paradigm for the Study of International Politics*, p. 62.

[49] Ibídem, p. 55.

[50] Ibídem, p. 20.

[51] Ibídem, p. 56.

[52] Ibídem, p. 64.

[53] George Liska: *Quest for Equilibrium: American and the Balance of Power on Land and Sea* (Baltimore y Londres, Johns Hopkins Press, 1977), p. 4.

[54] Robert T. Holt y John W. Turner: "Insular Polities" en James N. Rosenau, comp.: *Linkage Politics* (Nueva York, The Free Press, 1969), pp. 199-236.

[55] Richard L. Merritt: "Noncontiguity and Political Integration", ibídem, pp. 237-272.

[56] Harold y Margaret Sprout: *Foundations of International Politics* (Princeton, Van Nostrand, 1962), p. 54. Ejemplos de tal retórica incluyen: "Las montañas de Japón han empujado a los japoneses a los mares *haciéndolos* el más grande pueblo marinero del Asia"; "Inglaterra *empujada* al mar por sus escasos recursos para ganarse la vida y para encontrar hogares para su creciente población y al ubicarse al margen de las principales rutas marítimas de Europa

Occidental parecía *destinada por la geografía* a dominar los mares" (la bastardilla es del original).

[57] Harold y Margaret Sprout: *The Ecological Perspective on Human Affairs*, página 11.

[58] Robert Strausz-Hupé: *Geopolitics*, p. 173.

[59] Nicholas Spykman: *The Geography of the Peace*, p. 43.

[60] Ibídem, p. 181.

[61] Robert Strausz-Hupé: op. cit., pp. 164-165.

[62] Ibídem, p. 181.

[63] Derwent Whittlesey: "Haushofer: The Geopolitician", en Edward Mead Earle: comp., op. cit., p. 400.

[64] *Geographical Journal*, XXIII (abril de 1904), 441.

[65] Robert Strausz-Hupé: op. cit., pp. 189-190. Medio siglo después de que Leopold Amery hiciera sus comentarios acerca del avión, los bombarderos de largo alcance transportando bombas nucleares se habían convertido en símbolos privilegiados del poder internacional y los analistas seguían argumentando, de modo no demasiado concluyente, sobre si el advenimiento del poderío nuclear y la energía nuclear habían vuelto obsoleto el concepto de tierras de importancia decisiva. Ver W. Gordon East: "How Strong is the Heartland?", *Foreign Affairs*, XXIX (octubre de 1950), pp. 78-93; y Charles Kruszewski: "The Pivot of History", *Foreign Affairs*, XXXII (abril de 1954), pp. 338-401.

[66] Harold y Margaret Sprout: *Foundations of International Politics*, páginas 338-339.

[67] Ladis Kristof: op. cit., p. 29.

[68] Richard E. Harrison y Hans W. Weigert: "World View and Strategy" en Hans W. Weigert y Vilhjalmut Stefansson, comps.: *Compass of the World: A Symposium on Political Geography* (Nueva York, Macmillan, 1947), p. 76.

[69] Alan K. Henrikson: "The Map as an 'Idea': The Role of Cartographic Imagery During the Second World War", *The American Cartographer*, 2, Nº 1 (1975), pp. 46-47.

[70] Richard Edes Harrison y Robert Strausz-Hupé: "Maps, Strategy and World Politics", en Harold y Margaret Sprout, comps.: *Foundations of National Power* (Princeton, Princeton University Press, 1945), pp. 64-68.

[71] W. H. Parker, op. cit., p. 133. Los fenómenos a los cuales Mackinder se refería son la litósfera (tierra), la hidrósfera (agua), la atmósfera (aire), la fotósfera (luz), la biósfera (vida) y la psicósfera (mente), pp. 133-134.

[72] Ver, por ejemplo, Geoffrey Kemp, Robert L. Pfaltzgraff, Jr., y Uri Ra'anan, comps.: *The Other Arms Race: New Technologies and Non-Nuclear Conflict* (Lexington, Mass., D. C. Heath, 1975).

[73] Geoffrey Kemp: "The New Strategic Map", *Survival*, XIX, Nº 2 (marzo-abril de 1977), p. 52. Ver del mismo autor, "Scarcity and Strategy", *Foreign Affairs*, 56, Nº 2 (enero de 1978), pp. 396-414.

[74] Colin S. Gray: *The Geopolitics of the Nuclear Era: Heartland, Rimlands and the Technological Revolution* (Nueva York, Crane, Rusak, para el Centro de Información Estratégica Nacional, 1977), p. 65.

[75] Colin S. Gray: *The Geopolitics of Super Power*, p. 4.

[76] W. H. Parker: op. cit., p. 162.

[77] Colin S. Gray: op. cit., p. 11.

[78] Ver, por ejemplo, Robert Strausz-Hupé: "Social Values and Politics: The Uninvited Guests", *Review of Politics*, XXX (enero de 1968), pp. 59-78. Otro autor, George F. Kennan, quien, al igual que Strausz-Hupé se analiza en el siguiente capítulo, ha sugerido la necesidad de una organización internacional para la recolección, almacenamiento, recuperación y diseminación de información y la coordinación de la investigación y las actividades operativas sobre problemas ambientes en el nivel internacional. Ver George F. Kennan: "To Prevent a World Wasterland", *Foreign Affairs*, XLVIII (abril de 1970), p. 404.

[79] Zbigniew Brzezinski: *Between Two Ages: America's Role in the Technotronic Era* (Nueva York, Viking, 1970), p. 14.

EL PODER Y LA TEORÍA REALISTA

Teoría realista versus utopismo

La teoría realista dominó el estudio de las relaciones internacionales en Estados Unidos desde los años cuarenta a los años sesenta. Más aún, lo que se llama el paradigma tradicional del sistema internacional se basa en los presupuestos que se encuentran en la teoría realista: 1) que las naciones-estado, en un sistema "centrado en los estados", son los agentes clave; 2) que la política interna puede separarse claramente de la política exterior; 3) que la política internacional es una lucha por el poder en un entorno anárquico; 4) que hay gradaciones de capacidades entre las naciones-estado —grandes potencias y estados menores— en un sistema internacional descentralizado de estados que poseen igualdad legal o soberanía. Sin embargo, desde los años setenta, ha habido no sólo una revitalización del interés en el realismo, sino la emergencia de un enfoque neorrealista de amplia base, descrito en este capítulo. Los libros de texto de los especialistas realistas y sus otros escritos, a menudo orientados hacia la política, especialmente en la generación posterior a la Segunda Guerra Mundial, han tenido una amplia circulación tanto en círculos oficiales como académicos. La influencia de tales trabajos sigue siendo sustancial a fines del siglo xx. La teoría realista a este respecto, al igual que el utopismo, es normativa y orientada hacia la política, si bien sus defensores pretenden presentar un análisis basado en un marco teórico tomado de la historia del sistema internacional, especialmente la era del clásico equilibrio de poder europeo. En parte, la teoría realista se presenta como una crítica del utopismo, cuyo énfasis normativo es la posibilidad de transformar el sistema del estado-nación a través del derecho internacional y la organización. En marcado contraste, el realismo plantea que las perspectivas de realizar una dramática y fundamental transformación en el sistema internacional no son grandes. El sistema internacional está configurado por numerosas fuerzas, muchas de las cuales no cambian y son inmodificables. A diferencia de los utopistas, los realistas suponen que no hay una armonía de intereses esencial entre las naciones. Por el contrario, sugieren que las naciones-estado a menudo tienen objetivos nacionales en conflicto, algunos de los cuales pueden llevar a la guerra.

Los atributos de poder de los estados, pero también las metas políticas planteadas, son cruciales para el resultado de un conflicto internacional y para la capacidad de un Estado de influir en el comportamiento de otro. Sin embargo, pocas veces, si es que alguna vez se da, la noción de capacida-

des o poder es sinónimo, en la teoría realista, de los niveles de fuerza estrictamente militares. Se dice que el poder es un fenómeno multidimensional, tanto con componentes militares como no militares y los teóricos realistas han desarrollado marcos para clasificar los elementos del poder nacional. Tales capacidades incluyen no sólo fuerzas armadas sino también niveles de tecnología, población, recursos naturales, factores geográficos, forma de gobierno, liderazgo político, estrategia e ideología. En resumen, el poder consiste en factores cualitativos *y* cuantitativos. Su eficacia como conjunto de capacidades mantiene una relación necesaria con las metas para las cuales se lo utilizará, tanto como con los medios disponibles para otros agentes en armonía, con o contra los cuales el poder se utilizará.

Los teóricos realistas suponen que ciertos factores en gran medida inmutables, tales como la geografía y la naturaleza del comportamiento humano, configuran la conducta internacional. En contraste con el utopismo, el realismo sostiene que la naturaleza humana es esencialmente constante, o al menos no fácilmente alterable. En el marco utópico, se dice que el comportamiento humano es mejorable y quizás inclusive perfectible. Los utopistas se basan en la idea de que se puede lograr que la política se adecue a un patrón ético. Las normas de comportamiento, tales como aquellas especificadas en el derecho y la organización internacionales; pueden establecerse y, más tarde o más temprano, pueden convertirse en la base del comportamiento internacional. En contraste, los realistas plantean que hay graves limitaciones en la medida en la cual la reforma política o la educación pueden alterar la naturaleza humana: la humanidad es mala, pecadora y busca el poder. Según la teoría realista, la naturaleza humana no es innatamente buena o perfectible. La tarea del estadista consiste en diseñar el marco político dentro del cual puede minimizarse la propensión humana a comprometerse en conflictos. De allí que los autores realistas subrayen los mecanismos regulatorios tales como el equilibrio de poder, estudiado con mayor detalle en el Capítulo 1. Debido a la dificultad de lograr la paz a través del derecho y la organización internacionales, o aun por medio de un gobierno mundial, es necesario diseñar otros planes para el manejo del poder. El equilibrio de poder se dice que suministra un recurso regulatorio importante para impedir que cualquier nación u otro grupo político logre la hegemonía.

Los realistas generalmente coinciden en que la ubicación de un Estado afecta sus capacidades nacionales y la orientación de su política exterior. Se dice que la geografía configura las opciones disponibles para los estados y que impone limitaciones —a menudo severas— a las opciones abiertas a los estados en sus políticas exteriores. Debido a la geografía, ciertos estados son más vulnerables que otros a la conquista extranjera. Algunas naciones ocupan posiciones geográficas estratégicamente más importantes que otras. El acceso a los cursos de agua claves y la medida en la cual la configuración de las fronteras expone a un Estado a los vecinos hostiles o genera protección respecto de ellos, se sostiene que influyen su política exterior. La ubicación geográfica afecta el clima y la extensión de la estación de crecimiento de los cultivos, así como la capacidad de movilizarse contra otras naciones. Tales variables se discuten más plenamente en el Capítulo 2. En suma, factores geográficos, demográficos, vinculados con

los recursos y geopolíticos son centrales para la teoría realista de las relaciones internacionales.

Más aún, los realistas suponen que los principios morales en su formulación abstracta no pueden aplicarse a acciones políticas específicas. El estadista opera en un entorno internacional que se distingue del entorno propio del Estado por la ausencia de instituciones políticas con autoridad, sistemas legales y patrones de conducta comúnmente aceptados. En consecuencia, los patrones de conducta en el nivel internacional difieren de aquellos que gobiernan el comportamiento dentro de una unidad nacional. En palabras de George F. Kennan: "El gobierno es un agente, no un patrón. Su obligación primordial es respecto de los *intereses* de la sociedad nacional que representa, no respecto de los impulsos morales que los elementos individuales de dicha sociedad puedan experimentar".[1]

Si bien no todos los realistas consideran que el estadista, en tanto que estadista, es amoral, ponen, sin embargo, a menudo menos énfasis en los patrones abstractos de comportamiento en la conducta internacional que la teoría utópica. El estadista que actúa en nombre de los intereses del Estado necesariamente materializa un patrón de conducta sustancialmente diferente del propio del individuo dentro de una unidad política civilizada y del propio del individuo en tanto que individuo. El estadista se ha comprometido, por juramento, a salvaguardar la unidad política de la amenaza externa. En un mundo de naciones-estado sobre las cuales no hay autoridad legal y política superior, el poder del estado-nación se convierte en el árbitro último. La protección del estado-nación de sus enemigos, en un sistema internacional que contiene potencias revolucionarias, expansionistas y revisionistas, inevitablemente lleva al estadista a adoptar o a tolerar políticas que pueden ser legal y moralmente repugnantes en el comportamiento entre individuos o grupos dentro de un Estado civilizado. Sin embargo, como Robert E. Osgood lo sugiere en su análisis de la relación entre interés propio e ideales:

> La resistencia de un hombre a enfrentar los dilemas morales inevitables de la existencia social es lo que le quita su perspectiva moral y lo conduce a una identificación fácil del interés propio de su nación con el fin moral elevado y el bienestar de la humanidad. El orgullo común es lo que convence a los hombres de ver las transacciones morales inevitables de las relaciones internacionales como cosas buenas en sí mismas, más que como expedientes desgraciados diseñados para llevar al máximo los valores ideales en una sociedad donde la moral parcial es la mejor moral que se puede lograr.[2]

Según los realistas, la política no está en función de la filosofía ética. Por el contrario, la teoría política se deriva de la práctica política y la experiencia histórica. Finalmente, los realistas buscan conciliar el interés nacional con los ideales supranacionales, si bien la teoría realista plantea que el primero tiene, o debería tener, primacía sobre el segundo.

El poder como determinante del comportamiento internacional

Poder es la palabra que más a menudo se usa en el estudio de la ciencia política, especialmente en las relaciones internacionales. La ausencia, en el nivel internacional, de instituciones adecuadas y procedimientos para resolver conflictos comparables a aquellos propios de la mayoría de los sistemas políticos internos, hace del llamado elemento de poder algo más obvio que en el nivel interno. En un libro de texto publicado por primera vez en 1933, Frederick L. Schuman sostenía que en el sistema internacional que carece de un gobierno común, cada unidad "necesariamente busca la seguridad confiando en su propio poder y considerando con alarma el poder de sus vecinos".[3] Según Nicholas J. Spykman: "Toda la vida civilizada descansa en última instancia en el poder". El poder es la capacidad de mover al individuo o a la colectividad humana de alguna forma deseada, a través de la "persuasión, la compra, el trueque o la coerción".[4] Hans J. Morgenthau inclusive definió la política internacional, y por cierto a toda la política, como una "lucha por el poder". Así el poder ha sido conceptualizado —con cierta confusión— tanto como un medio y como un fin. Morgenthau sostenía que el poder es "el control del hombre sobre la mente y las acciones de otros hombres".[5] Robert Strausz-Hupé mantenía que la política internacional está "dominada por la búsqueda de poder" y que "en cualquier período dado de la historia conocida, había varios estados trenzados en conflictos mortales, todos deseando el aumento o la preservación de su poder".[6] Arnold Wolfers aducía que el poder es "la capacidad de mover a los otros o lograr que hagan lo que uno quiere que hagan y no hagan lo que uno no quiere que hagan". Más aún, consideraba importante "distinguir entre poder e influencia, el primero alude a la capacidad de mover a los demás por medio de la amenaza o el hecho de infligirles privaciones; el segundo, a la capacidad de hacerlo a través de promesas o concesiones de beneficios".[7] John Burton, quien claramente no es un exponente de la escuela teórica realista o *Realpolitik*, sugiere que "probablemente no haya un factor común más grande en todo el pensamiento de las relaciones internacionales que el presupuesto de que los estados dependen para su existencia del poder y logran sus objetivos a través del poder, lo cual convierte al manejo del poder en el principal problema que debe resolverse".[8] Según Robert Gilpin, el poder abarca las capacidades militares, económicas y tecnológicas de los estados, mientras que el prestigio consiste en las "percepciones de otros estados respecto de las capacidades de un Estado y su capacidad y disposición a expresar su poder".[9]

Como se ha señalado en otra parte de este capítulo, se dice que el poder de un Estado consiste en capacidades, algunas de las cuales son de naturaleza económica —tales como los niveles de industrialización y productividad, el producto bruto nacional, el ingreso nacional y el ingreso per cápita. En un análisis de las dimensiones económicas de la política internacional y en los aspectos políticos de la economía internacional, Charles P. Kindleberger evalúa el poder en sus contextos económicos y políticos interrelacionados. Define el poder como "fuerza capaz de ser utilizada eficazmente", es decir, "fuerza *más* la capacidad de usarla eficazmente"[10] en apoyo de algún objetivo. Así, al igual que muchos otros escritores, Kindleberger distingue entre medios y fines, o el uso de los medios para el logro de los fines. Así, la fuerza es un medio que existe aun en ausencia de su uso para alguna meta, mientras que el poder es el uso de la fuerza para un fin específico. Según Kindleberger: "El prestigio es el respeto que se siente por el poder. La influencia es la capacidad de afectar las decisiones de otros. El dominio se define como la condición en la cual A afecta un número significativo de decisiones de B sin que B afecte las de A".[11] El poder así conceptualizado está vinculado en el análisis de Kindleberger a la adaptabilidad y flexibilidad de la economía de una nación. Tal es el sentido de eficiencia en el uso del poder. Así, el poder es dinámico y cambiante, más que estático por naturaleza. Es probable que aquellos estados u otras entidades más capaces de ajustarse al cambio posean poder y hagan un uso muy eficaz de él en apoyo de metas planteadas.

Según Klaus Knorr, el poder, la influencia y la interdependencia están inextricablemente vinculados. Dos estados pueden estar en conflicto por algunos temas mientras que cooperan en otros. "Cuando cooperan, se benefician de la creación de nuevos valores, materiales o inmateriales. Cuando están en conflicto, intentan ganar valores a expensas del otro. En cualquier caso, son interdependientes."[12] El poder se vuelve importante en situaciones conflictivas, mientras que la influencia es central tanto en circunstancias de conflicto como en relaciones cooperativas. El poder puede ser utilizado coercitiva o no coercitivamente. "Cuando el poder se usa coercitivamente, un agente (B) es influenciado si adapta su comportamiento en cumplimiento de, o en anticipación de, los requerimientos de otro agente (A), sus deseos o propuestas." Knorr sugiere que el término *poder* lo emplean ciertos autores para identificar toda influencia, sea coercitiva o no coercitiva. Prefiere invocar el término poder para designar "sólo el ejercicio de la influencia coercitiva".[13] Al desarrollar un modelo para el análisis de la utilidad del poder militar por parte de un agente (A) contra otro agente (B), Knorr identifica cuatro factores básicos: 1) la estimación de B de los costos de ceder a una amenaza de A; 2) la estimación de B de los costos de desafiar la amenaza de A; 3) la habilidad de negociación de B respecto de la de A y 4) la propensión de B a actuar racionalmente y asumir riesgos.[14] Knorr sostiene que muchas variables "intervienen en la determinación de si una amenaza armada se hará o no efectiva, y en qué medida".[15]

Se dice que la interdependencia connota la capacidad de un Estado para influir en otro de alguna forma. Si la interdependencia es mutua, cada uno podría perjudicar tanto al otro como a sí mismo cortando la relación que existe entre ellos. Así los costos y los beneficios de ejercer poder para cada parte en una relación interdependiente aumentan en la medida en que crece el nivel de interdependencia. Según David Baldwin, las relaciones de dependencia representan una forma de influencia en la cual la capacidad de un agente, por ejemplo, para cortar el suministro de un recurso crítico tal como el petróleo a otro agente, puede suministrar

la base para que influya la parte en desventaja en otras áreas por igual.[16] Claramente vinculado está el tema del costo al analizar la relación entre poder y dependencia. El nivel de dependencia está determinado, sea por los costos de oportunidad de renunciar al tema en cuestión —por ejemplo el petróleo— o por la medida en la cual el Estado dependiente puede sustituir el petróleo por el de otro proveedor o por otra fuente de energía.[17] De igual forma, James A. Caporaso sostiene que la naturaleza de la dependencia incluiría: 1) la magnitud del interés del Estado dependiente en el deseo de un bien; 2) el alcance del control sobre el producto en cuestión de la parte que ejerce influencia y 3) la capacidad del Estado dependiente de encontrar una fuente alternativa del producto del cual existe un nivel particular de dependencia.[18]

El poder existe, en cierta medida, a los ojos de quien observa. El elemento de percepción, o evaluación subjetiva, puede ser alto para calcular la resolución de un adversario a usar efectivamente el poder a su disposición. Similares consideraciones funcionan en la teoría de la disuasión (ver Capítulo 9), la cual a su vez está estrechamente vinculada con el poder tal como se lo discute aquí. La dimensión perceptiva del poder ha sido estudiada haciendo listas de 103 naciones en términos de percepción del poder. Se ha llegado a la conclusión de que el poder nacional percibido está en cierta forma en función de los gastos militares si el Estado no ha sufrido una guerra recientemente.[19] Otro estudio desarrollaba una concepción multidimensional de la influencia para comparar el poder percibido de siete naciones: China, la República Federal de Alemania, Francia, Japón, la Unión Soviética, el Reino Unido y Estados Unidos.

Los atributos de la influencia consistían en 1) recursos humanos; 2) poderío económico o riqueza; 3) tecnología; 4) comercio; y 5) poderío militar. Los estados estaban incluidos en la lista según valores numéricos atribuidos a cada uno según opinión especializada. Los autores llegaban a la conclusión de que la riqueza y el poderío militar, por sí mismos, no son necesariamente suficientes para ganarle a una nación la condición de superpotencia, si bien las capacidades militares en desarrollo pueden suministrar un "camino conveniente y relativamente barato" hacia la influencia, especialmente para los estados pobres, en un período de tiempo relativamente corto.[20] Sin embargo otro autor se pregunta: "Dada la naturaleza altamente psicológica de las relaciones de poder, ¿alguna vez es posible usar la información disponible para medir el poder?".[21] Más allá de las medidas cuantitativas concretas del poder mismo, las percepciones que tienen los aliados y los adversarios por igual forman un componente necesario de la medición del poder. Más aún, la autopercepción puede constituir, para un Estado, aun otro ingrediente en sus cálculos de poder. Por ejemplo, a fines del siglo XX, la discusión de los déficit federales y los desequilibrios comerciales entra en las estimaciones del poder norteamericano. Cómo medir concretamente dichas variables y cómo vincularlas con tipos específicos de poder, tales como la capacidad militar, sigue siendo un problema formidable y no resuelto.

El poder por lo general se ha considerado una relación de influencia —la capacidad de un agente de inducir a otro a actuar de alguna forma deseada, o a no incurrir en un comportamiento no deseado.[22] Según Michael P. Sullivan: "El poder puede no sólo ser distinguido de las capacidades puras, también puede diferenciarse del uso de la fuerza. El poder puede estar presente en situaciones donde la fuerza no se usa. Por cierto, algunos aducen que tales ejemplos son ilustraciones del poder último, cuando una parte influye en la otra para que actúe sin siquiera poseer las capacidades necesarias supuestas. 'El poder', entonces, puede volverse un *control psicológico* sobre los demás".[23] La capacidad de ejercer influencia en otro, se ha sugerido, sin el gasto concreto de capacidades, representa el empleo más eficaz del poder. En tal concepción, no es ya el uso del poder, como en una campaña militar, lo importante, sino más bien la sombra política supuestamente proyectada por su posesión percibida. Así, el poder se convierte en el "filo" de la diplomacia.

Considerando también el poder como una relación de influencia, K. J. Holsti sugiere que el poder es un concepto multidimensional que consiste en 1) los actos por los cuales un agente influye en otro; 2) las capacidades utilizadas para este fin y 3) la respuesta solicitada. Holsti conceptualiza el poder como un medio para un fin, aun cuando algunos líderes políticos pueden buscar la influencia como un fin en sí mismo, al igual que alguna gente puede valorar el dinero no sólo por lo que puede comprar sino por sí mismo. En resumen, Holsti define el poder como la "capacidad general de un Estado de controlar el comportamiento de otros".[24] Planteadas de forma diferente, se buscan respuestas a estas preguntas: a la luz de nuestras metas, ¿qué tipo de comportamiento buscamos obtener de otro agente y cómo tal agente puede ser inducido a hacer lo que queremos? ¿Qué capacidades están disponibles para usarlas en apoyo de nuestra meta? ¿Cuál es probable que sea la respuesta a nuestro esfuerzo por influir en el comportamiento de otro agente?[25] En semejante análisis del poder, la idea de causación está implícita. Se dice que poseer poder conduce a la amenaza de su uso o su uso concreto para producir un resultado deseado. Aquellos que objetan las teorías de base causal del comportamiento político, lógicamente desestiman la teoría del poder que se basa en la causalidad.[26] En semejante crítica, se nos lleva nuevamente a una de las perdurables cuestiones del poder y el comportamiento político: formulada de forma simple, ¿en qué medida pueden las intenciones de los estados, como agentes políticos, inferirse de las capacidades que poseen?

De particular interés ha sido la estimación y medida del poder. Según Robert J. Lieber, se dice que el poder es

> la moneda del sistema político, de la misma forma en que el dinero es la moneda de la economía. Es decir, no podemos comer o vestirnos o alojarnos sin dinero, pero el dinero permite acceso a los bienes y servicios con los cuales podemos alimentarnos, vestirnos y alojarnos. Y tanto como los flujos de dinero se adecuan bien al análisis cuantitativo de los economistas, esta concepción del poder debería suministrar la oportunidad de cuantificación.[27]

Karl Deutsch considera al poder como

> un símbolo de la capacidad de cambiar la distribución de los resulta-

> dos y especialmente los resultados del comportamiento de la gente. A este respecto, el poder puede compararse en ciertos sentidos al dinero, que es nuestro símbolo estandarizado habitual para comprar poder, es decir, de nuestra capacidad para cambiar la distribución de bienes y recursos.[28]

David A. Baldwin sostiene que el poder es situacionalmente específico. Si bien el poder es mucho menos intercambiable que el dinero, algunos aspectos del poder son más intercambiables que otros y así puede establecerse un orden entre ellos. Si el poder debe vincularse con la situación en la cual se lo utiliza, o está disponible para usárselo, sostiene Baldwin, categorizar a los estados como "grandes potencias" o "pequeñas potencias" es inadecuado, si no motivo de confusión, dado que tales términos se vinculan con un contexto situacional generalizado más que específico, o una zona de temas particular.[29] Existe la necesidad, según se sugiere, de que los estudiosos de la política internacional examinen los "múltiples modelos distributivos" del poder en un gran número de zonas de temas, mientras reconocen las limitaciones del análisis de poder que surge de la ausencia de un denominador común de valor político para comparar formas diferentes y usos diferentes del poder.

Según Jeffrey Hart, el poder puede observarse y medirse por referencia a tres enfoques: 1) el control sobre los recursos; 2) el control de los agentes y 3) el control de los acontecimientos y resultados. Se dice que el último enfoque —acontecimientos y resultados— constituye el punto focal más promisorio para observar y medir el poder en las relaciones internacionales, si bien la mayoría de los análisis del poder, como se ha señalado en este capítulo, se ha basado en el control de los recursos, tales como gastos militares, tamaño de la capacidad militar, población y nivel de desarrollo económico.[30] Debe inferirse que el poder medido como control de los acontecimientos y resultados se vuelve, en última instancia, situacional. Pero la medición de un resultado se vincula, a su vez, con las preferencias de los agentes en una relación de poder.

Jack H. Nagel ha sugerido que "la medición y observación de preferencias será una dificultad fundamental en el estudio del poder, restringiendo severamente los resultados a partir de los cuales el poder puede medirse".[31] Nagel defiende un análisis del poder basado en datos que vinculen causalmente las preferencias a las explicaciones de los resultados. Plantea que este problema se extiende a la teoría de la motivación en psicología, tanto como a la teoría de los juegos y a la teoría de la decisión. Según Herbert Simon y Roderick Bell, el prerrequisito esencial para la medición del poder es un marco teórico o teoría del poder.[32] El uso de números cardinales para medir el poder implica que las unidades observadas o medidas tienen las mismas propiedades de los números cardinales o son isomorfas a ellos. Así el problema del poder y su medición se vincula más con las deficiencias propias de la teoría existente que con las técnicas de medición mismas, por formidables que sean estas técnicas. Todavía en otro enfoque de la medición del poder, Jacek Kugler y William Domke han construido un marco basado en los recursos disponibles para un gobierno y su capacidad de extraerlos, movilizarlos y utilizarlos en apoyo de una meta específica. El poderío nacional se define como la suma de las capacidades internas de un Estado (la base social) y los recursos externos (en forma de ayuda de aliados o asistencia a otras tierras del exterior). Los estados que están directamente amenazados es probable que sean más capaces que otros estados de movilizar recursos. Los estados bajo tensión de guerra son capaces de movilizar vastos recursos. Según este análisis, las diferencias en las formas de gobierno —pluralistas o totalitarios— no configuran de forma decisiva el nivel de movilización de recursos. Estos autores también encontraron que, mientras los estados más ricos pueden movilizar cantidades mayores de recursos sociales, los estados más pobres son más eficaces en subir sus niveles de extracción porque existe una mayor cantidad de "inactividad" política en los países menos desarrollados que puede movilizarse durante los períodos de tensión.[33]

Los problemas de cuantificación del poder han demostrado sin duda ser grandes. La incapacidad de los especialistas en ciencia política y de otros para desarrollar medios adecuados de cuantificación de poder, da cuenta, en no pequeña medida, del fracaso de las teorías de las relaciones internacionales basadas en la cuantificación para ser aceptadas ampliamente, frente a las teorías del comportamiento económico y, en especial, la econometría. En las relaciones internacionales, el poder se ha considerado relativo a las metas por las cuales se lo utiliza. Como ya lo hemos visto, el poder ha sido conceptualizado para incluir factores tangibles como las capacidades militares y elementos intangibles tales como la voluntad política. Medir tanto el poder concreto como el potencial, por difícil que sea, ha sido y sigue siendo una preocupación central de los gobiernos en todas partes del mundo, cosa que promete ganar importancia en la medida en que las capacidades de los estados aumenten con la difusión de tecnologías a fines del siglo xx. La medición del poder también se volverá más compleja como consecuencia de la creciente importancia de sus dimensiones económicas y en la medida en que una mayor variedad de sistemas de armas de precisión sin precedentes y alcance, estén a disposición de un mayor número de agentes.

Especialmente en la última generación se han desarrollado numerosos indicadores de capacidades militares relativas. Si la relación estratégico-militar entre Estados Unidos y la Unión Soviética sigue siendo central para la política internacional a fines del siglo xx, la capacidad de evaluar tendencias en los niveles de fuerza relativos de las superpotencias les preocupará por igual a los especialistas y a los encargados de trazar políticas. La complejidad propia de medir esta importante dimensión del poder deriva de las diferencias, o asimetrías, en los misiles estratégico-nucleares, el tamaño y número de las ojivas, la capacidad de una parte o la otra para defenderse contra un ataque estratégico-nuclear, es decir, salvaguardar sus fuerzas estratégicas de represalia de un ataque que las desarme y proteger su población, en especial aquellos segmentos más importantes para una recuperación posterior al ataque.[34] Hay numerosas relaciones conceptuales entre el análisis de los niveles de fuerza estratégico-militares y las teorías de conflicto y disuasión, discutidas en el Capítulo 9. En resumen, medir las capacidades militares de los estados, tanto en el nivel de las su-

perpotencias como entre otros estados en proceso de adquirir medios de destrucción sin precedentes, es tanto un problema conceptual urgente para el especialista como un tema práctico de gran importancia para el encargado de trazar políticas y para el manejo del poder a fines del siglo XX.

Entre los conceptos en los cuales está implícita la capacidad de medir el poder está el de la paridad, que en la bibliografía estratégico-militar está vinculado con la teoría de la disuasión. La paridad representa lo que se ha llamado *equivalencia estratégica*, es decir, la supuesta posesión tanto por parte de Estados Unidos como de la Unión Soviética de capacidades que sumadas son iguales o adecuadas para disuadir una guerra estratégica, si bien los componentes específicos de tales fuerzas puedan favorecer a un lado o al otro.

Exista o no la paridad, depende de las capacidades relativas de los estados. En ausencia de metodologías consensuadas para la medición del poder, no podemos llegar a la conclusión definitiva de que existe o no una condición de paridad. Como ha escrito George Liska:

> La paridad es, en última instancia, junto con varios otros conceptos normativos y estratégico-políticos (tales como el intervencionismo y el mismo equilibrio de poder) esencial y fructíferamente una noción metafísica. Es así, tanto en el sentido literal de estar por encima del aspecto físico de los cálculos de equipamiento (si no por encima de la física de la dinámica del poder) como en el sentido más amplio de ser un concepto con un sentido concreto discutible, pero también con connotaciones significativas y objetivamente evidentes en sí mismas (difiriendo así favorablemente de, digamos, la noción de suficiencia en los meros armamentos).[35]

Se han hecho esfuerzos para medir el poder y especialmente la influencia, refiriéndolos a las comunicaciones, quién se comunica con quién, quién consulta con quién. (Tales medidas también se han utilizado en el estudio de la integración política, que se tratará en el Capítulo 10.) Se plantea la hipótesis de que cuanto más una persona, grupo o nación es recipiendario en vez de originador de las comunicaciones, mayor es la influencia de dicha entidad sobre los demás. Steven Brams ha planteado la hipótesis de que dos naciones tienen una relación de influencia simétrica entre sí si las transacciones entre ellas son aproximadamente iguales.[36] Si una nación recibe el número preponderante de transacciones, especialmente visitas de nivel oficial, ejerce una influencia asimétrica sobre la otra.[36] Semejante propuesta puede ser probada, y lo ha sido, con el uso de datos sobre visitas internacionales, pero sin resultados concluyentes. La investigación que utiliza tales datos forma parte de un énfasis más amplio en la generación pasada sobre el análisis de acontecimientos/datos considerado en el Capítulo 4.

Antecedentes del realismo

Al igual que el utopismo en la teoría de las relaciones internacionales, el realismo tiene sus raíces intelectuales en la vieja filosofía política de Occidente y en los escritos de autores antiguos no occidentales, tales como Mencio y los Legalistas en China y Kautilya en India, tanto como Tucídides en la antigua Grecia. En su celebrada historia de la Guerra del Peloponeso, Tucídides escribió: "Lo que hizo la guerra inevitable fue el crecimiento del poder ateniense y el temor que esto produjo en Esparta".[38] Su concepción de la importancia del poder, junto con la propensión de los estados a formar alianzas en conflicto, ubica a Tucídides bien dentro de la escuela realista. Tanto como Tucídides había desarrollado una comprensión del comportamiento del Estado a partir de su observación de las relaciones entre Atenas y Esparta, Maquiavelo analizaba las relaciones entre los estados en el sistema italiano del siglo XVI.

Maquiavelo está claramente vinculado con la teoría realista por su énfasis en la necesidad del gobernante de adoptar patrones morales diferentes de los del individuo, a fin de asegurar la supervivencia del estado; su preocupación por el poder; su presupuesto de que la política se caracteriza por una colisión de intereses y su visión pesimista de la naturaleza humana.

Thomas Hobbes, al igual que Maquiavelo, consideraba al poder crucial en el comportamiento humano: el hombre tiene "un perpetuo e incansable deseo de un poder tras otro que cesa sólo con la muerte".[39] Hobbes creía que "los emplazamientos, sin la espada, no son sino palabras, y sin fuerza alguna para hacer sentir en absoluto seguro a un hombre".[40] Sin un soberano fuerte, el caos y la violencia surgen: "Si no hubiera poder instaurado, o no fuera lo suficientemente fuerte para nuestra propia seguridad, el hombre confiaría, y con derecho lo podría hacer, en su propia fuerza y arte para cuidarse de todos los otros hombres".[41]

Al igual que otros realistas modernos, Hobbes se preocupaba por las fuerzas subyacentes de la política y por la naturaleza del poder en las relaciones políticas. Si bien Hobbes creía que un soberano fuerte era obligatorio para mantener el orden dentro del sistema político, veía escasas perspectivas de que se cambiara fundamentalmente el comportamiento humano o el entorno. En su énfasis sobre las instituciones políticas fuertes para manejar el poder e impedir el conflicto, Hobbes paradojalmente estaba más cerca de los defensores de un gobierno mundial o, para ser más preciso, un imperio mundial, que de los realistas que subrayan un equilibrio de poder entre los principales grupos políticos. Hobbes consideraba la última condición análoga a un estado de naturaleza anárquico, pero dudaba de la posibilidad de establecer un imperio mundial.

Hegel, más que cualquier otro filósofo político, elevó la posición del Estado. Si bien los autores realistas, por lo general, en ningún sentido son hegelianos, la creencia de Hegel de que el deber más alto del Estado consiste en su propia preservación, se encuentra en la teoría realista. Hegel razonaba que "dado que los estados están vinculados entre sí como

entidades autónomas y también como voluntades particulares de las cuales depende la validez de los tratados, y dado que la voluntad particular del todo es, en su contenido, una voluntad de propio bienestar, se deduce que el bienestar es la meta más elevada que gobierna la relación de un Estado con otro".[42] Más aún, Hegel sostenía que el Estado tiene una "totalidad individual" que se desarrolla según sus propias leyes. El Estado tiene realidad objetiva; es decir, existe aparte de sus ciudadanos. Hegel sostenía que el Estado tiene patrones morales diferentes de los del individuo y superiores a ellos, un tema que se encuentra en muchos textos realistas.

Entre los antecedentes de la teoría realista está el trabajo de Max Weber (1864-1920), cuyos escritos tratan extensamente no sólo de la naturaleza de la política y del Estado, sino también del poder como elemento central de la política. Si bien la riqueza del pensamiento político de Weber no puede abarcarse en un breve análisis, baste sugerir que, respecto de la teoría realista, muchas de las formulaciones contenidas en su trabajo configuraron a las siguientes generaciones de escritores y especialistas. Para Weber, al igual que para los realistas ulteriores, la característica principal de la política es la lucha por el poder. El elemento de poder de la vida política es especialmente notorio en el nivel internacional porque "toda estructura política naturalmente prefiere tener vecinos débiles antes que fuertes. Más aún, como toda gran comunidad política es un aspirante potencial al prestigio, también es una amenaza potencial a todos sus vecinos; en consecuencia, la gran comunidad política, simplemente porque es grande y fuerte, está de forma latente y constante en peligro".[43] Entre las dimensiones de la política como una lucha por el poder, más aún, está la de la economía. En el pensamiento de Weber, la política económica está en relación de subordinación a la política, en la medida en que "los intereses políticos de poder de las naciones" abarcan una lucha económica por la existencia.

Entre las preocupaciones de los realistas por las cuales Weber, antes que ellos, estuvo preocupado, se cuenta el problema ético de la intención versus las consecuencias, o lo que también se llama la ética absoluta de la convicción y la ética de la responsabilidad. Adherir a una ética absoluta es emprender acciones que respondan a dicha ética sin atender a sus consecuencias. Sin embargo, según Weber, los líderes de un mundo imperfecto se enfrentan con la necesidad de comportarse según una ética política en la cual el logro de "buenos" fines puede hacer necesaria la utilización de medios menos que moralmente aceptables. Para Weber, la ética de la convicción no puede separarse de una comprensión de las consecuencias de tales acciones, que a su vez le da un sentido concreto a una ética de la responsabilidad. En el pensamiento realista contemporáneo, el sentido de la ética de la responsabilidad se plantea en la noción de que cada acción política debe ser juzgada por méritos específicos más que según cierto patrón abstracto y universal. Semejante idea hace sonar una nota familiar en gran parte del pensamiento realista evaluado en este capítulo.

El realismo en la teoría de las relaciones internacionales del siglo XX*: Reinhold Niebuhr*

Si bien muchos especialistas del pasado y el presente han configurado el desarrollo de la teoría realista de las relaciones internacionales, los escritos del teólogo protestante Reinhold Niebuhr (1892-1971) han tenido un efecto importantísimo y por cierto único en la teoría realista.[44] Crucial dentro de la teoría de Niebuhr es su concepto bíblico de un hombre manchado por el pecado original y, en consecuencia, capaz del mal. La condición de pecador del hombre surge de su ansiedad. "La ansiedad es el factor inevitablemente concomitante de la paradoja de la libertad y la finitud en la cual el hombre se ve envuelto."[45] Se dice que el hombre es pecador porque niega su finitud pretendiendo ser más de lo que realmente es.[46]

El esfuerzo del hombre por usurpar la posición de Dios "inevitablemente subordina otra vida a su voluntad y así le hace una injusticia a la otra vida". Más aún, los humanos tienen una "voluntad-de-vida" que lleva a una "voluntad-de-poder". Dado que nuestra "voluntad-de-vida" trasciende la mera voluntad de asegurar la supervivencia física, invariablemente buscamos seguridad ante los peligros de la naturaleza y la historia reforzando nuestro poder individual y colectivo:

> Los conflictos entre los hombres, así, son simples conflictos entre expresiones de poder y orgullo en competencia. Dado que la simple posesión del poder y el prestigio siempre entraña alguna intrusión en el prestigio y el poder de los demás, este conflicto es en su misma naturaleza más obstinado y difícil que la mera competencia entre los diversos impulsos de supervivencia de la naturaleza.[47]

El comportamiento moral es difícil pero posible para el individuo: es extremadamente difícil para los grupos, especialmente los grupos grandes. Al discutir la naturaleza del poder en los grupos y las naciones, Niebuhr afirma que el poder nacional es la proyección de la "voluntad-de-poder" del individuo. Cuando hay menos restricciones morales sobre el individuo como miembro de un grupo o nación que como individuo, se da mayor violencia en el grupo o el nivel nacional. Un individuo que actúa como miembro de un grupo pierde su identidad, volviéndose por el contrario miembro de una masa anónima.[48] Así, las tendencias hacia el poder se magnifican en el nivel grupal o nacional. (La hipótesis de que la agresividad del individuo eventualmente se desplaza al nivel nacional se trata en el Capítulo 7.)

Trazando un curso que discípulos intelectuales como George F. Kennan, Charles Burton Marshall y Hans J. Morgenthau seguirían, Niebuhr criticaba lo que consideraba actitudes norteamericanas históricas hacia la política exterior. En especial, como lo vimos, los norteamericanos no han sido conscientes del tema del poder en la política internacional, porque su nación disfrutó un largo período de aislamiento respecto de las con-

frontaciones de poder de otras naciones. La "ironía" de la historia norteamericana es que los sueños de los Padres Fundadores de que Estados Unidos se convirtiera en una nación excepcionalmente virtuosa se han quebrado. En lugar de ello, Estados Unidos entró en la lucha por el poder mundial. "Nuestra época", escribió Niebuhr, "está hundida en la ironía porque muchos sueños de nuestra nación han sido tan cruelmente refutados por la historia".[49] La "ironía" se ve reforzada por los "frenéticos esfuerzos de algunos de nuestros idealistas por escapar de esta dura realidad, soñando esquemas de un orden mundial ideal que no tiene importancia para nuestros peligros presentes o nuestros deberes urgentes".[50]

Al criticar a los que propugnan un gobierno mundial, Niebuhr sugería que la teoría política deriva de la práctica política:

> Los gobiernos no pueden crear comunidades por el simple motivo de que el gobierno no es primordialmente la autoridad de la ley ni la autoridad de la fuerza, sino la autoridad de la comunidad misma. Las leyes se obedecen porque la comunidad las acepta como correspondientes, en general, a su concepción de la justicia.[51]

Como las fuerzas de cohesión son mínimas, las perspectivas de un gobierno mundial no resultan prometedoras.

Si bien creía que el conflicto es natural en las relaciones intergrupales e internacionales, Niebuhr no coincidía en que el estadista, en tanto que estadista, sea amoral. Sugería, por el contrario, que el realismo debe ser atemperado con la moral, que "las naciones deben usar su poder con el fin de hacer de él un instrumento de justicia y un siervo de intereses más amplios que los propios".[52] Más aún, criticaba a aquellos realistas que ponen un énfasis excesivo en el "interés nacional", porque en el nivel nacional tanto como en el individual, "el egoísmo no es la cura adecuada para un idealismo abstracto y pretencioso".[53] Dado que cada nación interpreta la justicia desde su propia perspectiva, más que desde la de un Estado competidor, se vuelve difícil darle un sentido operativo a la regla de que el estadista siempre debe armar políticas basadas en el "interés nacional". Para Niebuhr, el equilibrio de poder es un recurso organizativo para lograr una apariencia de justicia: "Algo de equilibrio de poder es la base de cualquier justicia que se logre en las relaciones humanas. Donde la desproporción de poder es demasiado grande y donde un equilibrio de las fuerzas sociales está en falta, ninguna mera exigencia racional o moral puede alcanzar la justicia".[54]

Niebuhr mantenía que los líderes políticos constantemente se enfrentan con ambigüedades morales. Estados Unidos, por ejemplo, debe contener la expansión del comunismo y al mismo tiempo impedir la guerra nuclear. Sostenía que la democracia constitucional, a pesar de todos sus defectos, es claramente superior como forma de organización política a la oligarquía comunista, que, por medio de una centralización inescrupulosa de poder absoluto, promueve injusticias mucho más grandes que aquellas que los comunistas le atribuyen a la sociedad libre.[55] Pero Niebuhr a menudo les advirtió a los norteamericanos que no pensaran que eran inocentes de los ímpetus de poder que han motivado a otros pueblos del mundo. Estados Unidos se ha comprometido en sus propias empresas imperialistas, pero una nación democrática con un fuerte sentido de misión internacional siempre es remisa a admitirse a sí misma que sus acciones surgen de cualquier motivo excepto los más nobles. Niebuhr planteaba que aunque la misión de preservar y extender el autogobierno democrático tenía mayor validez que otras formas de mesianismo nacional, los norteamericanos deben abandonar su ilusión de una inocencia y una justicia nacional especial y deben resistir la tentación de "proclamar mayor virtud por el ejercicio del poder de lo que conceden los hechos".[56]

Nicholas J. Spykman

Muchos autores realistas sostienen la idea de que el conflicto antes que la cooperación es más típico de las relaciones internacionales que de las relaciones intraestatales. Nicholas J. Spykman (1893-1943) supuso que sólo las condiciones que caracterizan las relaciones intraestatales durante las crisis y los derrumbes de la autoridad central son normales para las relaciones entre los estados en el sistema internacional. Los estados existen porque son fuertes o tienen otros estados que los protegen. En el sistema internacional, como en otros agrupamientos sociales, Spykman veía varios procesos básicos en funcionamiento: cooperación, adaptación y oposición. Para asegurar su supervivencia, los estados "deben hacer de la preservación o el mejoramiento de su posición de poder un objetivo principal de su política exterior".[57] Dado que el poder, en última instancia, es la capacidad de librar la guerra, los estados siempre han subrayado la formación de fuerzas militares.

Los conceptos geopolíticos y de equilibrio de poder de Spykman son cruciales para su realismo. Según Spykman, la expansión sigue el camino de menos resistencia: "Nuevos territorios se conquistan, se retienen, se asimilan y sirven como punto de partida para un nuevo avance. En consecuencia, no es sorprendente encontrar una correlación entre cantidad de expansión y facilidad de movimiento". Los límites a la expansión los imponen las barreras naturales del tipo de los océanos, ríos y montañas, tanto como las tendencias a expandirse a lo largo de los valles de los ríos para buscar acceso a los mares y a dominar puntos estratégicos cercanos a las rutas de comunicación. En cualquier momento de la historia, las fronteras de los estados indican su relación relativa de poder. El potencial de conflicto aumentó, sostenía Spykman, en la medida en que el mundo se hizo más densamente poblado y las naciones interifirieron entre sí.

Remitiéndose a la teoría geopolítica de Mackinder, Spykman planteó su concepción de las metas que deberían guiar la política exterior norteamericana durante la Segunda Guerra Mundial y después de ella. Como el hemisferio occidental no contenía recursos económicos, militares y tecnológicos capaces de soportar los recursos combinados de la masa territorial euroasiática, era crucial que Estados Unidos preservara un equilibrio de poder en Europa y Asia.[58] Escribiendo antes de que Estados Unidos entrara en la Segunda Guerra Mundial, Spykman llegó a la conclusión de que tanto como la alianza germano-japonesa representaba una amenaza para la segu-

ridad norteamericana, otras potencias —es decir, Rusia y China— plantearían problemas de seguridad para Estados Unidos en el período de posguerra. "Un Estado ruso desde los Urales hasta el Mar del Norte no puede ser un gran avance respecto de un Estado germano desde el Mar del Norte a los Urales."[59] En Asia, sugirió Spykman, Estados Unidos podía enfrentar una "China moderna, vitalizada y militarizada" que amenazaría no sólo la posición del Japón sino también la de las potencias occidentales de Asia. Tanto como Estados Unidos dos veces salió en ayuda de Gran Bretaña, para que las pequeñas islas de la costa no tuvieran que enfrentar a un solo Estado militar gigantesco que controlara la costa opuesta del territorio continental", Estados Unidos tendría "que adoptar una política igualmente protectora respecto del Japón" para preservar un equilibrio de poder en Asia. Más aún, Spykman reconocía que un "equilibrio de fuerzas inestable por naturaleza, siempre moviéndose, siempre en cambio" es un "elemento indispensable de un orden internacional basado en estados independientes".[60]

Implícita en el pensamiento de Spykman está la búsqueda de objetivos nacionales limitados. Instó a Estados Unidos a buscar sólo la remoción de los regímenes entonces existentes en Alemania y el Japón, que no tuviera como objetivo su destrucción como estados, porque deben jugar un papel importante en la restricción de otras potencias que un día buscarían la hegemonía en la masa territorial euroasiática. Así, vinculó la búsqueda del interés nacional limitado con el equilibrio de poder y los conceptos geopolíticos.

Hans J. Morgenthau

Hans J. Morgenthau (1904-1980) planteó seis principios de la teoría realista. Primero, sugirió que las relaciones políticas están gobernadas por reglas objetivas profundamente arraigadas en la naturaleza humana. Dado que estas reglas son "impenetrables para nuestras preferencias, los hombres las desafiarán sólo a riesgo de fracaso".[61] Si estas reglas en sí mismas no pueden cambiarse, el determinismo de Morgenthau sostenía que la sociedad puede mejorarse entendiendo primero las leyes que gobiernan la sociedad y luego basando la política pública en dicho conocimiento.

Al teorizar acerca de la política internacional es necesario emplear datos históricos para examinar actos políticos y sus consecuencias. Al sistematizar estas grandes cantidades de datos históricos, el estudioso de la política debería entrar en empatía con "la posición de un hombre de Estado que debe responder a cierto problema de política exterior en ciertas circunstancias" y preguntarse "cuáles son las alternativas racionales a partir de las cuales un hombre de Estado debe elegir para responder a este problema en estas circunstancias (suponiendo siempre que actúa de forma racional) y cuáles de estas alternativas racionales es probable que elija este particular hombre de Estado, actuando en estas circunstancias. La comprobación de esta hipótesis racional respecto de los hechos concretos y sus consecuencias es lo que les da sentido a los hechos de la política internacional".[62]

Segundo, Morgenthau planteaba que los hombres de Estado "piensan y actúan en términos de interés definido como poder" y que la evidencia histórica prueba su presupuesto.[63] Este concepto, central para el realismo de Morgenthau, les da continuidad y unidad a las políticas exteriores aparentemente diversas de naciones-estado ampliamente separadas. Más aún, el concepto "interés definido como poder" hace posible evaluar las acciones de los líderes políticos en diferentes momentos de la historia. Para describir el marco de Morgenthau en lenguaje más contemporáneo, es un modelo de interacción dentro de un sistema internacional. Usando datos históricos, Morgenthau comparaba el mundo real con los modelos de interacción dentro de su modelo.

En su opinión, la política internacional es un proceso en el cual los intereses nacionales se ajustan.

El concepto de interés nacional no presupone ni un mundo naturalmente armónico y pacífico ni la inevitabilidad de la guerra como consecuencia de la persecución, por parte de todas las naciones, de sus intereses nacionales. Bien por el contrario, supone que el constante conflicto y amenaza de guerra queda minimizado a través del continuo ajuste de los intereses en conflicto por parte de la acción diplomática.[64]

Tercero, Morgenthau reconocía que el sentido de "interés definido como poder" es inestable. Sin embargo, en un mundo en el cual las naciones soberanas rivalizan por el poder, las políticas exteriores de todas las naciones deben considerar a la supervivencia la meta mínima de la política exterior. Todas las naciones están forzadas a proteger "su identidad física, política y cultural contra la intrusión de otras naciones". Así, el interés nacional se identifica con la supervivencia nacional. "Tomada aisladamente, la determinación de su contenido en una situación concreta es relativamente simple, pues abarca la integridad del territorio de la nación, de sus instituciones políticas y de su cultura".[65] En la medida en que el mundo esté dividido en naciones, afirmaba Morgenthau, el "interés nacional es por cierto la última palabra en la política mundial". El interés, entonces, es la esencia de la política.

Una vez que su supervivencia está asegurada, el estado-nación puede buscar intereses menores. Morgenthau suponía que las naciones ignoran el interés nacional sólo a riesgo de destrucción. Sin embargo, en la formulación de la política exterior del siglo XX, los intereses menores a veces precedieron al interés nacional.[66] Si Gran Bretaña en 1939-1940 hubiera basado su política hacia Finlandia en consideraciones legalista-moralistas, respaldadas con una gran ayuda militar contra la agresión soviética, entonces la posición británica se habría visto lo suficientemente debilitada para asegurar su destrucción por parte de la Alemania nazi. Gran Bretaña no habría restaurado la independencia de Finlandia ni salvaguardado su propio interés nacional más vital, el de la supervivencia física. Sólo cuando el interés nacional más estrechamente vinculado con la supervivencia nacional ha sido salvaguardado, pueden las naciones perseguir intereses menores.

Cuarto, Morgenthau afirmó que "los principios morales universales no pueden aplicarse a las acciones de los estados en su formulación abstracta y universal, pero debe filtrárselos a través de circunstancias concretas de tiempo y lugar".[67] En su búsqueda del interés nacional, las naciones-estado están gobernadas por una moral que difiere de la moral de los individuos en sus relaciones personales. En las acciones de los hombres de Estado, en tanto que hombres de Estado, las consecuencias políticas de una política particular se convierten en los criterios para juzgarla. Confundir la moral de un individuo con la moral de un Estado es atraer el desastre nacional. Dado que la responsabilidad oficial primordial de los hombres de Estado es la supervivencia del estado-nación, sus obligaciones respecto de la ciudadanía exigen una modalidad diferente de juicio moral que la del individuo.

Quinto, Morgenthau afirmó que el realismo político no identifica las "aspiraciones morales de una nación particular con las leyes morales que gobiernan el universo".[68] De hecho, si la política internacional se ubica dentro de un marco de intereses definidos en términos de poder, "podemos juzgar a otras naciones como juzgamos la propia".[69] Este aspecto del realismo de Morgenthau muestra similitud con el pensamiento de Niebuhr y, a su vez, con la teología agustiniana.

Sexto y final, Morgenthau subrayaba la autonomía de la esfera política. Las acciones políticas deben juzgarse con criterios políticos. "El economista pregunta: '¿Cómo afecta esta política el bienestar de la sociedad o a un segmento de ella?'. El abogado se pregunta: '¿Es esta política acorde con las reglas del derecho?'. El realista se pregunta: '¿Cómo afecta esta política el poder de la nación?'."[70]

En las luchas de poder, las naciones siguen políticas diseñadas para preservar el *statu quo*, lograr expansión imperialista o ganar prestigio. En opinión de Morgenthau, la política interna y exterior puede reducirse a una que corresponda a alguno de estos tres tipos básicos: "Una política busca ya mantener el poder, ya aumentar el poder, ya demostrar poder".[71]

Si bien el fin de una política de *statu quo* es preservar la distribución de poder existente, la nación que adopta semejante política no necesariamente actúa para impedir todos los cambios internacionales. Por el contrario, las naciones que buscan el *statu quo* se proponen coartar el cambio que pueda producir cambios fundamentales en la distribución internacional del poder. Morgenthau cita la Doctrina Monroe como ejemplo de una política de *statu quo* que satisface sus dos criterios. Primero, se la diseñó para mantener el equilibrio de poder prevaleciente en el hemisferio occidental. Segundo, expresaba la no disposición de Estados Unidos a impedir todo cambio. Por el contrario, Estados Unidos sólo actuaría contra el cambio que amenazara la distribución de poder existente. De igual forma, los tratados concluidos al finalizar guerras invariablemente codifican el *statu quo* prevaleciente en ese momento.

El imperialismo es la segunda alternativa principal a disposición de las naciones. Se trata de una política diseñada para lograr una "reversión de las relaciones de poder existentes entre naciones".[72] Las metas de las potencias imperialistas incluyen preponderancia local, imperio continental o dominio mundial. Las naciones pueden adoptar políticas imperialistas como resultado de la victoria, la derrota o la debilidad de otros estados. Un Estado cuyos líderes esperan la victoria puede alterar sus objetivos desde la restauración del *statu quo* a un cambio permanente en la distribución del poder. Más aún, una nación derrotada puede adoptar una política imperialista para "dar vuelta la balanza del vencedor, para derrocar el *statu quo* creado por su victoria y para cambiar su lugar por el de él en la jerarquía del poder".[73] Finalmente, la existencia de estados débiles puede demostrar ser irresistible para un Estado fuerte.

Para lograr objetivos imperialistas, los estados pueden recurrir a la fuerza militar o a medios culturales y económicos. La conquista militar es la más antigua y más obvia forma de imperialismo. El imperialismo económico no es tan efectivo como técnica como la conquista militar, pero si un Estado imperialista no puede ganar control sobre otro por medios militares, puede intentar hacerlo a través de sus capacidades económicas. El imperialismo cultural representa un intento por influir en la mente humana "como instrumento para cambiar las relaciones de poder entre dos naciones".[74] (Para un examen de teorías del imperialismo, ver Capítulo 6.)

Según Morgenthau, los estados pueden seguir una política de prestigio. Ésta puede ser "uno de los instrumentos a través de los cuales las políticas de *statu quo* e imperialismo tratan de lograr sus fines".[75] Su objetivo es "impresionar a otras naciones con el poder que la propia nación concretamente posee, o con el poder que cree o quiere que otras naciones crean que posee".[76] Morgenthau sugirió dos técnicas específicas de esta política: la diplomacia y el despliegue de fuerzas. Una política de prestigio tiene éxito cuando una nación gana semejante reputación de poder que el uso concreto de poder se vuelve innecesario, la sombra política supuestamente proyectada por el poder militar antes señalada en este capítulo.

Morgenthau se preocupaba no sólo por la búsqueda de poder, sino también por las condiciones de la paz internacional. Su concepto de orden internacional está estrechamente vinculado con su concepto de interés nacional. La búsqueda de intereses nacionales que no son esenciales para la supervivencia nacional contribuye al conflicto internacional. En el siglo XX, especialmente, las naciones han sustituido los objetivos globales por metas más limitadas que, en opinión de Morgenthau, constituyen la esencia del interés nacional. El nacionalismo moderno, combinado con las ideologías mesiánicas del siglo XX, ha oscurecido el interés nacional. Bajo pretexto de extender el comunismo o "hacer el mundo seguro para la democracia", las naciones intervienen en los asuntos de regiones que no son vitales para su seguridad. Por ejemplo, Morgenthau, al igual que Kennan, se oponía a la intervención militar norteamericana en Vietnam del Sur, porque el sudeste asiático supuestamente queda más allá de los intereses más vitales de Estados Unidos, y porque Estados Unidos encontraría imposible, excepto, quizás, con un amplio gasto de recursos, mantener un equilibrio de poder en el sudeste asiático. Por contraste, manifestó gran preocupación acerca de la influencia soviética en Cuba, debido a su ubicación geográfica en estrecha proximidad a Estados Unidos.

Aun en un sistema internacional sin políticas exteriores ideológicamente motivadas, la competencia entre naciones-estado opuestas es pro-

bable. Como muchos otros realistas, Morgenthau consideraba el equilibrio de poder como la técnica más efectiva para manejar el poder en un sistema internacional basado en relaciones competitivas entre estados. Definía el equilibrio de poder como: 1) una política orientada a cierto estado de cosas, 2) un estado de cosas concreto, 3) una distribución de poder aproximadamente igual y 4) cualquier distribución de poder. Sin embargo, no es el equilibrio de poder en sí mismo sino el consenso internacional sobre el cual está construido lo que preserva la paz internacional. "Antes de que el equilibrio de poder pudiera imponer sus restricciones sobre las aspiraciones al poder de las naciones a través del juego mecánico de fuerzas opuestas, las naciones en competencia primero tuvieron que restringirse a sí mismas aceptando el sistema de equilibrio de poder como el marco común de sus empresas." Semejante consenso "mantuvo bajo control el deseo de poder ilimitado, potencialmente propio, como lo sabemos, de todos los imperialismos, e impidió que se volviera una realidad política".[77]

El consenso internacional que sostuvo el equilibrio de poder antes del siglo XX ya no existe más. Los cambios estructurales en el sistema internacional han limitado drásticamente, si no lo volvieron ineficaz, el clásico equilibrio de poder. En opinión de Morgenthau, el equilibrio del poder mundial a lo largo del principio de los años sesenta descansaba en dos naciones, Estados Unidos y la Unión Soviética, más que en varias grandes potencias. Planteaba que los aliados de una superpotencia podían cambiar su alineación a la otra, pero no podían alterar significativamente la distribución del poder por su debilidad relativa respecto de Estados Unidos o de la Unión Soviética; tampoco existía ninguna tercera potencia de suficiente poderío como para ser capaz de intervenir en cualquiera de los dos lados y cambiar en gran medida la distribución de poder.

Al igual que el equilibrio de poder, la diplomacia juega un papel crucial en la preservación de la paz. De hecho, una precondición para la creación de un mundo pacífico es el desarrollo de un nuevo consenso internacional en el siglo XX. El papel del diplomático se ha visto disminuido por el desarrollo de las comunicaciones avanzadas, por el descrédito público de la diplomacia y los diplomáticos y por la tendencia de los jefes de gobierno a conducir sus propias negociaciones en conferencias cumbre. El aumento de importancia de las asambleas internacionales, la sustitución de la diplomacia abierta por la secreta y la inexperiencia por parte de las superpotencias contribuyó a la decadencia de la diplomacia durante gran parte del siglo XX. Morgenthau claramente prefería una diplomacia similar a la del sistema internacional anterior al siglo XX. Su opinión sobre la diplomacia tradicional como medio para ajustar los intereses nacionales se parecía a la de Sir Harold Nicolson, un diplomático de primer nivel británico del siglo XX y teórico de la práctica diplomática.[78]

Si se la ha de revitalizar como una técnica eficaz de manejar el poder, la diplomacia debe responder a cuatro condiciones: 1) debe apartársela de su espíritu de cruzada, 2) los objetivos de política exterior deben ser definidos en términos de interés nacional y debe apoyárselos con un poder adecuado; 3) las naciones deben considerar la política exterior desde el punto de vista de otras naciones y 4) las naciones deben estar dispuestas a transar en temas que no son vitales para ellas. Si la diplomacia puede elevarse a una posición de importancia de vuelta, creía Morgenthau, no sólo podría contribuir a "la paz a través de la adaptación", sino también a crear un consenso internacional sobre el cual se puedan construir instituciones políticas mundiales más adecuadas.

George F. Kennan

De manera muy similar a Morgenthau, George F. Kennan (1904) basa su teoría de las relaciones internacionales en el análisis histórico, especialmente de los siglos XVIII y XIX. Sin embargo, el modelo de Morgenthau se deriva en gran medida de un contexto europeo, mientras que el de Kennan está basado en gran medida en la diplomacia norteamericana desde 1776 a 1812. Kennan dividía la política exterior norteamericana en dos períodos: el primero desde la Revolución Norteamericana hasta mediados del siglo XIX y el segundo desde ese momento a la actualidad.

En el primer período, por el cual Kennan claramente demuestra preferencia, Estados Unidos desarrolló metas básicas que encontraron expresión en documentos tales como la Declaración de la Independencia y la Constitución. Los hombres de Estado norteamericanos desarrollaron una política exterior diseñada para lograr sus objetivos. Al definir y configurar los límites de la política exterior, los líderes norteamericanos llegaron a la conclusión de que

> la primera respuesta obvia era: que uno debe proteger la integridad física de nuestra vida nacional de cualquier intrusión externa o política, en otras palabras, que debíamos atender a la seguridad nacional... En segundo lugar, uno podía ver que en la medida en que las actividades de nuestros ciudadanos en busca de sus intereses privados se volcaban más allá de nuestras fronteras hacia el mundo exterior, se tomaban las mejores medidas posibles para promoverlos y protegerlos.[79]

Según Kennan, las metas norteamericanas eran fijas, limitadas y carentes de pretensiones de benevolencia internacional o presupuestos de superioridad o inferioridad moral por parte de una nación u otra. Al igual que Morgenthau, derivaba su modelo de los datos históricos de una era en que prevalecían los conceptos limitados más que los universalistas de interés nacional.

Erróneamente, en opinión de Kennan, los norteamericanos proyectaron a la escena internacional presupuestos basados en su propia experiencia nacional. Como creían que el marco político y legal de Estados Unidos había contribuido decisivamente a la tranquilidad interna, los voceros norteamericanos apuntaron a crear un orden internacional comparable, en un esfuerzo por minimizar la posibilidad de conflicto.

> Veo el más grave defecto de nuestra formación política pasada en lo que podría llamar el enfoque legalista-moralista de los problemas in-

ternacionales. Este enfoque corre como un hilo rojo a través de nuestra política exterior de los cincuenta años anteriores (1900-1950). Tiene en ella algo del viejo énfasis en los tratados de arbitraje, algo de las Conferencias de La Haya, y los esquemas de desarme mundial, algo de los conceptos norteamericanos más ambiciosos del derecho internacional, algo del Pacto Kellogg, algo de la idea de un "Artículo 51" universal, algo de la creencia en la Ley Mundial y el Gobierno Mundial... Es la creencia en que debería ser posible suprimir las aspiraciones caóticas y peligrosas de los gobiernos, a través de la aceptación de algún sistema de reglas y restricciones legales.[80]

Más aún, Kennan afirma que los hombres de Estado norteamericanos en este primer período trataban franca y confiadamente con las realidades del poder.[81] Reconociendo la importancia de los factores de poder en la política internacional, Estados Unidos se esforzaba por restringir a las potencias europeas en sus ambiciones territoriales en el hemisferio occidental. Estados Unidos alentaba los movimientos hacia la independencia política y les daba garantías a los nuevos países que se habían separado de las potencias europeas. "Todo esto implicaba consideraciones de poder. Sin embargo ninguna de ellas se consideraba mala o maquiavélica o cínica. Simplemente se la consideraba una respuesta a los requerimientos obvios y lógicos de nuestra situación."[82]

Por contraste, Kennan evalúa la política norteamericana del período posterior, cuando Estados Unidos supuestamente perdió de vista el factor de poder y sustituyó por presupuestos y objetivos legalistamoralistas las metas anteriores de política exterior. Si los norteamericanos se olvidaron del factor de poder en el siglo XIX, sólo fue algo "natural e inevitable". Separados geográficamente de Europa, protegidos por la armada británica de las potencias europeas continentales y preocupados por el desarrollo interno, los norteamericanos, especialmente en la segunda mitad del siglo XIX, cultivaron un espíritu romántico:

A esta altura, estábamos satisfechos de nuestras propias fronteras y encontrábamos agradable representarnos al mundo exterior como uno en el cual otros pueblos estaban igualmente satisfechos con las suyas, o debían estarlo. Con todos así satisfechos, el principal problema de la paz mundial, tal como se nos aparecía a nosotros, era simplemente el arreglo de un marco adecuado de compromisos contractuales en el cual este feliz *statu quo*, el fruto final del progreso humano, pudiera sellarse y perpetuarse. Si tal marco podía suministrarse, entonces, parecía, los feos conflictos de la política internacional cesarían de amenazar la paz mundial.[83]

Además de criticar el presupuesto norteamericano de una armonía internacional de intereses, Kennan afirma que los norteamericanos perdieron de vista que las reglas que gobiernan el comportamiento de los individuos probablemente difieren drásticamente de las que existen en las relaciones entre estados. El comportamiento gubernamental en el nivel internacional

no puede estar sometido a los mismos patrones morales que se aplican al comportamiento humano:

Los principios morales tienen su lugar en el corazón del individuo para la configuración de su propia conducta, sea como ciudadano o como funcionario gubernamental... Pero cuando el comportamiento del individuo pasa a través de la maquinaria de la organización política y se mezcla con la de millones de otros individuos para encontrar su expresión en las acciones del gobierno, entonces sufre una transformación general y los mismos conceptos morales ya no son importantes para él. Un gobierno es un agente, no un patrón, y no puede intentar más que otro agente ser la conciencia de su patrón.[84]

Sin embargo, aun cuando el uso de la fuerza en los asuntos internacionales no puede desestimarse completamente, esto "no constituye una razón para ser indiferente a las formas en las cuales la fuerza se aplica, a las consecuencias morales de las armas y su uso".[85] Finalmente, Kennan objeta un concepto de asuntos internacionales que lleve a una nación a considerar morales sus propios fines, y los de su oponente, inmorales. "Una guerra librada en nombre de un elevado principio moral no encuentra otro final que no sea alguna forma de dominación total."[86] Así la introducción de principios moralistas lleva a las naciones a buscar objetivos nacionales ilimitados, a elegir la guerra total y a imponer leyes de rendición incondicional a los oponentes derrotados. En suma, la persecución de principios moralistas es incompatible con la persecución de objetivos de política exterior esencialmente limitados.

Al igual que la mayoría de los otros escritores analizados en este capítulo, Kennan cree que la naturaleza humana es "irracional, egoísta, obstinada y tiende a la violencia".[87] Es difícil si no imposible realizar cambios básicos en el individuo y poca gente tendrá "jamás una devoción abstracta a los principios de la legalidad internacional capaces de competir con los impulsos de los cuales las guerras pueden surgir".[88] Más aún, en ningún sentido es cierto que los gobiernos expresen en su política exterior las aspiraciones de su pueblo. "Todo gobierno representa sólo el producto momentáneo de una competencia sin fin por el poder político dentro del marco nacional respectivo. En el sentido más directo, en consecuencia, sólo habla en nombre de una porción de la nación; en nombre de una facción política o una coalición de facciones."[89] En política exterior, la opinión pública no puede jugar un papel similar a su papel en la política nacional, dado que "los asuntos internacionales, después de todo, son asuntos de relaciones entre gobiernos y no entre pueblos".[90]

Las muchas y variadas causas de conflicto internacional no se eliminan fácilmente por la acción humana. La carencia de uniformidad en el desarrollo cultural, político, económico y social de las naciones contribuye al conflicto. Más aún, Kennan cree que "tanto como no hay ninguna relación personal sin complicaciones entre individuos, ...no hay relación internacional entre estados soberanos que no carezca de elementos de antagonismo, sus aspectos competitivos".[91]

Al igual que Morgenthau, Kennan le asigna a la diplomacia un papel importante en la mitigación del conflicto internacional, si bien es altamente crítico acerca del uso generalizado de la diplomacia de cumbres de fines del siglo xx, porque conduce a la imprecisión en el discurso internacional y los acuerdos, hace difícil la conducción de negociaciones delicadas en privado, plantea expectativas sin fundamento en la opinión pública y reduce la eficacia de los embajadores y diplomáticos profesionales, cuyo conocimento, entrenamiento y temperamento los equipan más plenamente que a la mayoría de los líderes políticos democráticos para tratar los temas complejos de la política exterior. A través de la diplomacia, las naciones por lo general han podido ajustar diferencias y lograr cambios internacionales pacíficos. De hecho, Kennan es crítico de los esquemas de un gobierno mundial y un derecho internacional porque

> la función de un sistema de relaciones internacionales no es inhibir este proceso de cambio imponiendo un corset legal sobre él, sino más bien facilitarlo; hacer más sencilla su transición; atemperar las asperezas a las cuales a menudo lleva; aislar y moderar el conflicto al que da origen y ver que estos conflictos no adopten formas demasiado desestabilizadoras para la vida internacional en general.[92]

Más aún, esperar que las Naciones Unidas jueguen un papel importante en la resolución de los problemas Este-Oeste es imponerles un peso que no pueden soportar.[93] Aun suponer que las organizaciones internacionales pueden enfrentar con eficacia los problemas ambientales globales es asignarles tareas que están más allá de su competencia política. Por el contrario, Kennan propone que "las naciones líderes industriales y marítimas, las naciones que crearon los problemas más graves de contaminación, que tuvieron los recursos para estudiar el problema y que tuvieron en su poder remediar la mayor parte de los males en cuestión", deberían jugar el principal papel en su resolución.[94]

Al igual que la mayoría de los otros realistas, Kennan basa su realismo en conceptos geopolíticos. Supone que el poderío militar en una escala capaz de alcanzar al de Estados Unidos, puede ser movilizado sólo en unas pocas partes del mundo, es decir, en "aquellas regiones donde un gran poder industrial, que disfruta de un acceso adecuado a las materias primas, se combina con grandes reservas de mano de obra educada y técnicamente especializada". Estas regiones geográficamente importantes incluyen la Comunidad Atlántica, Japón y la Unión Soviética.[95] Para Kennan, la relación entre Alemania y Rusia es crucial para la seguridad de Estados Unidos.

Tanto como diplomático y como especialista, Kennan se ha preocupado en gran medida por los problemas Este-Oeste. Como presidente del Equipo de Planificación de Políticas del Departamento de Estado a principios del período de posguerra de la Segunda Guerra Mundial, jugó un papel principal en el desarrollo de la política norteamericana respecto de la Unión Soviética. Su idea era que los líderes soviéticos estaban influenciados en gran medida por la ideología comunista. Debido a su ideología, los soviéticos no estaban apurados por administrarle un golpe de gracia a

Occidente, dado que el capitalismo supuestamente contenía las semillas de su propia destrucción. De hecho, las enseñanzas de Lenin aconsejaban cautela y flexibilidad en la búsqueda de los objetivos de política exterior. Kennan razonaba que la Unión Soviética haría presión con su ventaja y buscaría llenar cualquier aparente vacío de poder. Dada su creencia en la inevitabilidad del triunfo del comunismo, junto con los principios estratégicos de Lenin, los soviéticos no "tienen prejuicio alguno en retirarse ante una fuerza superior", si bien Kennan, como se plantea a continuación, considera el poderío militar un elemento subordinado a la diplomacia en la contención.[96]

El problema inmediato que enfrentaba Estados Unidos era impedir la expansión del poder soviético a regiones del mundo que estaban amenazadas a principio del temprano período de posguerra. A largo plazo, Estados Unidos enfrentaba el difícil problema de producir un cambio dentro de la Unión Soviética; si el liderazgo soviético podía ser inducido a abandonar su ideología, la Unión Soviética podía sustituir sus metas universalistas por objetivos limitados de política exterior. Con una política de contención, Kennan concluía, Estados Unidos podría responder lo más eficazmente posible a los formidables problemas de las relaciones soviético-norteamericanas. Al negarle ganancias a la Unión Soviética en política exterior, Estados Unidos eventualmente conduciría a los líderes soviéticos no sólo a cuestionar y rechazar su ideología, sino también a adoptar objetivos de política exterior limitados.

Una década después de su formulación del principio de la contención, Kennan discernió cambios dentro de la Unión Soviética misma y en los estados comunistas de Europa del Este. Al pedir que las tropas norteamericanas se fueran de la República Federal de Alemania, razonaba Kennan, la Unión Soviética estaría preparada a aceptar una retirada similar de fuerzas de los países de Europa Oriental. La remoción de las tropas soviéticas contribuiría a una liberalización interna de los regímenes comunistas, tanto como a una mayor independencia de la Unión Soviética en su política exterior. Así, la influencia soviética en esta región se reduciría.[97] Por cierto, la Unión Soviética ha intervenido con un poderío militar masivo —en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968— para impedir cambios inaceptables en el *statu quo* de Europa Oriental. Para fines de la década de 1970, Kennan había llegado a la conclusión de que la Unión Soviética, a pesar de su enorme acumulación militar y creciente interés en Africa, era esencialmente una potencia cuyas "reacciones y fines son mucho más defensivos que agresivos".[98]

En la concepción de Kennan de la política internacional, el poder militar es difícil de medir, por el problema que implica inferir intenciones de capacidades: "Todo depende del tiempo, el lugar, el propósito y la manera, en la cual, por la cual o con la cual estas armas o unidades se emplean. Un arma eficaz en las llanuras puede ser inútil en territorio montañoso. Un arma en manos de una unidad altamente entrenada y motivada puede tener un valor totalmente diferente del que tiene en manos de una entrenada y motivada de forma diferente. Las meras comparaciones numéricas no reflejan estas variables".[99] En la perspectiva de Kennan, una democracia encuentra difícil mantener y de hecho usar el poder militar

de forma racional y limitada.[100] Kennan consideraba al poder militar algo inadecuado, si no sin importancia, para los temas principales que enfrentaba Estados Unidos en el mundo de fines del siglo XX, la organización de una sociedad global, una crisis de alimentos-población y el problema ambiental.[101] Por el contrario, tales sistemas políticos en época de guerra tienen tendencia a emplear la fuerza, en un esfuerzo masivo que pierde de vista las metas políticas. Aquí se lo ha criticado por haber fallado, según Uri Ra'anan, en reflejar la voluminosa bibliografía soviética sobre la naturaleza y utilidad del poder militar, incluidas las armas nucleares, y por haber abrazado modelos de "acción-reacción" y conceptos "de imágenes especulares" en su análisis de la Unión Soviética.[102]

Sin embargo, dada la importancia de la relación germano-soviética y su creencia en la persecución de objetivos de política exterior limitados, Kennan, tanto en sus escritos tempranos como en los más recientes, no ha visto gran urgencia en los problemas de las zonas menos desarrolladas.[103] Como en el caso de la asistencia económica, Estados Unidos no tiene un interés sobresaliente en responder en todo el mundo a las guerras comunistas de liberación nacional. De hecho, Kennan considera desdeñosamente los subsiguientes esfuerzos por extender la doctrina de la contención desde Europa a otras regiones geográficas. Objeta la universalización de la contención a situaciones y momentos diferentes de aquellos en los cuales la formuló, tanto como se opone en sus escritos a otros esfuerzos por desarrollar y aplicar principios abstractos a todos los problemas de política exterior.[104] Estados Unidos, sostiene, es en gran medida incapaz de producir un cambio fundamental en el Tercer Mundo debido a "la enormidad de los problemas en relación con nuestros recursos" y debido a la "necesidad de concentrar nuestros recursos en otras partes".[105]

Al escribir en la mitad de los años setenta y también una década después, Kennan reafirmó su compromiso con una política exterior norteamericana basada en capacidades y metas estrictamente limitadas. "En una época de asombroso poder nuclear, la seguridad nacional no puede ser más que relativa; y en la medida en que pueda dársela en algún sentido por sentada, debe encontrar su sanción en las intenciones de las potencias rivales, tanto como en sus capacidades".[106] Su concepción del interés nacional de Estados Unidos a fines del siglo XX está estrechamente definida; quizás, según un comentador, bordea el aislacionismo.[107] Su concepción global del papel de Estados Unidos se basaba en la reducción de los compromisos externos a un mínimo indispensable: "La preservación de la independencia política y la seguridad militar de Europa Occidental, del Japón y —con la única reserva de que no debería implicar el envío y el compromiso de fuerzas militares norteamericanas— de Israel".[108]

Arnold Wolfers

Por cierto, hay importantes diferencias entre los teóricos realistas. Aunque Arnold Wolfers (1892-1968) puede, por ejemplo, incluirse en una revisión del pensamiento realista, su centro de interés difería del de otros defensores del realismo. Si bien reconocía que resulta central para el estudio de las relaciones internacionales "el comportamiento de los estados como cuerpos de hombres organizados", llamaba a una "concentración de seres humanos en cuyas reacciones psicológicas descansara en última instancia el comportamiento acreditado a los estados".[109] El comportamiento internacional de los estados es la amalgama de presiones en conflicto. Más aún, los agentes subnacionales, transnacionales y supranacionales interfieren en la política internacional y deben ser objeto de análisis especializado.

En sus relaciones, las naciones-estado exhiben diversos tipos de comportamiento que van de la amistad a la enemistad, según sus metas internacionales. Las naciones establecen por sí mismas diferentes conjuntos de objetivos: 1) metas de "posesión", tales como independencia nacional, supervivencia física e integridad territorial o 2) metas de "medio", diseñadas para afectar el entorno más allá de las fronteras de una nación. Más aún, Wolfers delineó tres conjuntos básicos de objetivos de política exterior, es decir, aquellos vinculados con: 1) extensión nacional, 2) autopreservación nacional y 3) abnegación nacional, como la solidaridad internacional, la legitimidad o la paz. Las metas de abnegación trascienden las metas de interés nacional, si bien no entran necesariamente en conflicto con ellas. Por ejemplo, Estados Unidos en 1918 era lo suficientemente poderoso como para permitirle al presidente Wilson que concediera metas de abnegación sin perjuicio para sus intereses nacionales vitales. La política exterior de una nación, así, incluye metas que se superponen. La búsqueda de objetivos vinculados con la autopreservación nacional a menudo hace necesaria la búsqueda de metas de extensión nacional. De hecho, la interdependencia internacional creciente contribuye a que las naciones busquen metas de extensión nacional, a fin de lograr metas de autopreservación nacional, lo cual hace difícil volver a políticas exteriores basadas en objetivos limitados, como lo han solicitado Kennan, Kissinger y Morgenthau.

Según Wolfers, la política exterior de una nación es la amalgama de muchos factores. Si bien los encargados de trazar políticas están guiados por su concepción del interés nacional, este concepto tiene diferentes sentidos para diferentes pueblos. Como mínimo, el interés nacional abarca la integridad territorial de una nación, su independencia y su supervivencia nacional, sin embargo la meta de "supervivencia nacional en sí misma tiene una amplia variedad de interpretaciones por parte de los países que enfrentan condiciones diferentes".[110] Según Wolfers, "la seguridad es un valor que algunos países estiman en mayor medida que otros. El nivel de seguridad buscado por los estados no siempre es idéntico. De hecho, los líderes políticos a menudo se enfrentan con otros valores".[111] Los encargados de tomar decisiones están constantemente enfrentándose con elecciones difíciles, en las cuales son incapaces de separar el interés de la moralidad. De hecho, su cálculo de interés se basa en una jerarquía de valores, dado que "las 'necesidades' de la política internacional, y por ello de todas las esferas de la vida, no empujan la decisión y la acción más allá del ámbito del juicio moral; descansan en la elección moral ellas mismas. Si un hombre de Estado decide que los peligros para la seguridad de su país son tan grandes como para convertir en necesario un curso de

acción que puede llevar a la guerra, ha puesto un valor excesivamente elevado en el aumento de la seguridad nacional".[112]

Henry A. Kissinger

Otro especialista que se ha remitido a la historia —en este caso, la historia diplomática— es Henry A. Kissinger (1923). La teoría de las relaciones internacionales de Kissinger se deriva de su análisis de la Europa de principios del siglo XX. En *A World Restores* (Un mundo restaurado), basado en su tesis doctoral, Kissinger escribió:

> El éxito de la ciencia física depende de la selección del experimento "crucial"; el de la ciencia política en el campo de los asuntos internacionales, en la selección del período "crucial". He elegido para mi tópico el período que va de 1812 a 1822, en parte, soy franco en decirlo, porque sus problemas me parecen análogos a los de nuestro tiempo. Pero no insisto en esta analogía.[113]

La fascinación de Kissinger con este período se basa en las reflexiones que pueden ofrecer acerca del ejercicio del poder hombres de Estado tales como Castlereagh y Metternich para el desarrollo de una estructura internacional que contribuyó a la paz en el siglo que va entre el Congreso de Viena y el estallido de la Primera Guerra Mundial. Kissinger estudió la naturaleza y calidad del liderazgo político, el efecto de las estructuras políticas internas y la relación entre política diplomática y militar en los sistemas internacionales estables y revolucionarios. Como ha escrito Stephen R. Graubard:

> Kissinger consideraba fundamental la elección para todo el proceso político. Era de la mayor importancia para él que un Estado dado optara por una política específica por un motivo más que por otro; porque su burocracia determinaba que sólo había un curso de acción seguro; porque sus líderes estaban ansiosos de probar las reacciones del adversario; porque la opinión interna exigía una política específica; porque el liderazgo político estaba confundido y veía la necesidad de crear la ilusión de que todavía era capaz de acción.[114]

Remitiéndose en gran medida al período 1815-1822, Kissinger postula que la paz se logra no como un fin en sí mismo, sino que por el contrario emerge como el resultado de un sistema internacional estable, por contraste con uno revolucionario. En consecuencia, Kissinger desarrolla dos modelos para el estudio de la política internacional: primero, un sistema estable y segundo, un sistema revolucionario. Plantea que la estabilidad ha sido resultado no ya "de la búsqueda de la paz, sino de una legitimidad general aceptada".[115] Según la definición de Kissinger, legitimidad significa "no más que un acuerdo internacional acerca de la naturaleza de los arreglos factibles y sobre las metas permisibles y los métodos de la política internacional".[116] La legitimidad implica una aceptación del marco del orden internacional por parte de todas las grandes potencias. El acuerdo entre las grandes potencias respecto del marco del orden internacional no elimina los conflictos internacionales, pero limita su alcance. El conflicto *dentro* del marco ha sido más limitado que el conflicto *acerca del* marco. La diplomacia, a la que Kissinger define como "el ajuste de diferencias a través de la negociación", se vuelve posible sólo en los sistemas internacionales donde "la legitimidad rige".[117] En el modelo de Kissinger, el objetivo primordial de los agentes nacionales no es preservar la paz. De hecho, "siempre que la paz —concebida como elusión de la guerra— ha sido el objetivo primordial de una potencia o un grupo de potencias, el sistema internacional ha estado a merced del miembro más brutal de la comunidad internacional".[118] Por contraste, "toda vez que el orden internacional ha reconocido que en ciertos principios no podía transarse siquiera en aras de la paz, la estabilidad basada en un equilibrio de fuerzas al menos era concebible".[119]

Se puede derivar del modelo de estabilidad de Kissinger una comprensión de las características de un orden mundial revolucionario. Cualquier orden en el cual una gran potencia está tan insatisfecha que busca transformar dicho orden es revolucionario. En la generación anterior a 1815, la Francia revolucionaria presentaba un gran desafío al orden existente.

> Las disputas no se referían más al ajuste de diferencias dentro de un marco aceptado, sino a la validez del marco mismo; la lucha política se había vuelto doctrinal; el equilibrio de poder que había operado de forma tan intrincada a lo largo del siglo XVIII súbitamente perdió su flexibilidad y el equilibrio europeo pasó a parecer una protección insuficiente para las potencias enfrentadas con una Francia que proclamaba la incompatibilidad de sus máximas políticas con las de los demás estados.[120]

Rastreando la diplomacia de las potencias europeas entre 1812 y 1822, Kissinger llega a la conclusión de que la restauración de un orden estable depende de varios factores: 1) la disposición de los que apoyan la legitimidad a negociar con una potencia revolucionaria mientras que al mismo tiempo están preparados a usar el poder militar; 2) la capacidad de los defensores de la legitimidad de eludir el estallido de una guerra "total", dado que tal conflicto amenazaría el marco internacional que las potencias partidarias del *statu quo* quieren mantener y 3) la capacidad de las unidades nacionales de usar medios limitados para lograr objetivos limitados. Ninguna potencia está obligada a rendirse incondicionalmente; las potencias derrotadas en una guerra limitada no se eliminan del sistema internacional. Ninguna potencia, sea victoriosa o derrotada, está completamente satisfecha o completamente insatisfecha. Las limitaciones planteadas a los medios y metas hacen posible la restauración de un equilibrio de poder entre los vencedores y los vencidos.

En otros escritos, Kissinger ha aplicado conceptos derivados de su estudio de la historia diplomática europea de principios del siglo XX al sistema internacional contemporáneo. Los problemas planteados por el gran potencial destructivo de las armas nucleares ha sido de gran preocu-

pación para él. Como en el pasado, es necesario para las naciones desarrollar medios limitados a fin de lograr objetivos limitados. "Una política militar de todo o nada... jugaría en manos de la estrategia soviética de la ambigüedad, que busca molestar el equilibrio estratégico en pequeños grados y que combina presiones políticas, psicológicas y militares para inducir al mayor grado de incertidumbre y hesitación en la mente del oponente." [121] Si los encargados de trazar políticas norteamericanas han de tener otra opción que "las temidas alternativas de rendirse o suicidarse",[122] deben adoptar conceptos de guerra limitada derivados de la experiencia de guerra del siglo XIX. En ese momento el objetivo de la guerra "era crear un cálculo de riesgos según el cual la constante resistencia apareciera como más costosa que los términos pacíficos que se buscaba imponer".[123] Una estrategia de guerra limitada le daría a Estados Unidos los medios "de establecer una relación razonable entre el poder y la disposición a usarlo, entre los componentes físicos y psicológicos de la política nacional".[124]

Escribiendo en los años sesenta, Kissinger planteaba que si Estados Unidos tenía que eludir las rígidas alternativas del suicidio o la rendición, debía tener tanto fuerzas convencionales como armas nucleares tácticas en gran escala. Kissinger estableció tres requisitos para las capacidades de guerra limitada:

1. Las fuerzas de guerra limitadas deben ser capaces de impedir que el agresor potencial cree un *fait accompli*.
2. Deben ser de naturaleza tal que convenzan al agresor de que su uso, si bien invoca un creciente riesgo de guerra total, no es un preludio inevitable a ella.
3. Deben acompañarse con una diplomacia que tenga éxito en comunicar que una guerra total no es la única respuesta a la agresión y que existe una disposición a negociar un acuerdo que no sea la rendición incondicional.[125]

Si las naciones han de desarrollar una estrategia de guerra limitada, deben desarrollar una comprensión de aquellos intereses que no amenazan la supervivencia nacional. Los encargados de tomar decisiones deben poseer la capacidad de contener a la opinión pública si surge el desacuerdo acerca de si la supervivencia nacional está en juego. Dada una comprensión tácita entre las naciones acerca de la naturaleza de los objetivos limitados, es posible librar tanto conflictos convencionales como guerras nucleares limitadas sin que escalen hacia una guerra total.

En el ajuste de las diferencias entre naciones, Kissinger, al igual que la mayoría de los realistas, le asigna un papel importante a la diplomacia. Históricamente, la negociación se vio ayudada por las capacidades militares que una nación podía aplicar si la diplomacia fracasaba. El amplio aumento de capacidad destructiva ha contribuido a la perpetuación de las disputas. "Nuestra era enfrenta el problema paradójico de que debido a que la violencia de la guerra ha crecido fuera de toda proporción con los objetivos que se busca conseguir, no se ha resuelto ningún tema." [126]

Más aún, la reducción en el número de potencias que tienen una fuerza aproximadamente equiparable, ha aumentado la dificultad de conducir la diplomacia:

> En la medida en que ninguna nación era lo suficientemente fuerte como para eliminar a todas las otras, cambiar de coalición podría usarse para ejercer presión o dirigir el apoyo. Sirven en un sentido como sustitutos del conflicto físico. En los períodos clásicos de diplomacia de gabinete del siglo XVIII y XIX, la flexibilidad diplomática de un país y su posición de negociación dependen de su disponibilidad como socio para tantos otros países como sea posible. Como resultado, ninguna relación se consideró permanente y ningún conflicto fue llevado hasta sus últimas consecuencias.[127]

Si bien se produjeron guerras, las naciones no arriesgaron la supervivencia nacional y pudieron, por el contrario, usar medios limitados para lograr objetivos limitados.

Al igual que Morgenthau, Kissinger ve con desagrado la inyección de ideología en el sistema internacional. La ideología no sólo contribuye al desarrollo de objetivos nacionales ilimitados, sino que eventualmente crea estados cuyas metas son derrocar al sistema internacional existente. En ausencia de acuerdo entre las potencias acerca del marco del sistema —o su legitimidad—, la conducción de la diplomacia se vuelve difícil, aun imposible. De allí el énfasis de la política exterior Nixon-Ford-Kissinger en crear una estructura estable para el sistema internacional: "Todas las naciones, adversarias y amigas por igual, deben tener una participación en la preservación del sistema internacional. Deben sentir que sus principios se respetan y sus intereses nacionales se aseguran. Deben, en resumen, ver un incentivo positivo para mantener la paz, no sólo los peligros de quebrarla".[128]

Semejante concepción para fines del siglo XX se remitía con fuerza al marco teórico desarrollado por Kissinger en *A World Restored* (Un mundo restaurado). Más aún, su búsqueda, como encargado de trazar una política para un sistema internacional estable, se remitía a la creencia en la necesidad de un "cierto equilibrio entre potenciales adversarios"; es decir, Estados Unidos y la Unión Soviética. En sus memorias, Kissinger escribió: "Si la historia nos enseña algo es que no puede haber paz sin equilibrio y no puede haber justicia sin restricción".[129] Pero el sistema global de los años setenta difería sustancialmente del de principios del siglo XIX descripto por Kissinger en *A World Restored*.

> El concepto clásico de equilibrio de poder incluía constantes maniobras para obtener ventajas marginales respecto de los demás. En la era nuclear, esto no es realista debido a que cuando ambos lados poseen un poder tan enorme, los pequeños incrementos adicionales no pueden traducirse en ventaja tangible o siquiera en fuerza política utilizable. Y es peligroso porque los intentos por obtener ganancias tácticas pueden llevar a una confrontación, lo que sería una catástrofe.[130]

Sin embargo, el concepto de equilibrio de poder impregnó la política exterior de Estados Unidos en este período: la "apertura" a la China fue un medio, en parte al menos, de ejercer influencia en la Unión Soviética para que mitigara las tensiones entre Washigton y Moscú en la llamada diplomacia de la détente; "inclinarse" hacia Pakistán en la guerra con la India de 1971 y presionar para un cese de fuego y una interrupción del combate entre las fuerzas en la guerra de octubre de 1973, cuando Israel estaba a punto de destruir lo que quedaba del ejército egipcio. Cada uno de estos ejemplos ilustra un elemento central de la teoría del equilibrio de poder, como se señaló en el Capítulo I, es decir, apoyar al más débil de dos protagonistas a fin de detener el ascenso del más fuerte.

Como Secretario de Estado, Kissinger propuso varias iniciativas pensadas para reforzar la cohesión de la Alianza Atlántica, si bien su concepción de un mundo de varios centros de poder, el énfasis puesto en la flexibilidad diplomática y la sorpresa y la necesidad percibida de desarrollar una forma de diplomacia de "détente", tanto con la Unión Soviética como con la República Popular China, crearon formidables problemas a principios de los años setenta para las relaciones de alianza de Estados Unidos, tanto con Europa Occidental como con el Japón. El dilema era el de mantener y reforzar el vínculo con los aliados, mientras se buscaban nuevas relaciones bilaterales con los adversarios, contra los cuales las alianzas se formaron originariamente. En especial luego de la guerra de octubre de 1973, Kissinger vio la necesidad de desarrollar marcos entre Estados Unidos, Europa Occidental y Japón para la resolución de problemas tales como el suministro de energía y otros temas globales de fines del siglo xx. Entre 1973 y 1977, Estados Unidos tomó iniciativas tendientes a establecer la Agencia Internacional de Energía, manteniendo negociaciones comerciales multilaterales y creando un diálogo entre países industrializados y en desarrollo, entre estados productores y consumidores y entre países industrializados, simbolizados en encuentros cumbres de jefes de gobierno para discutir importantes temas económicos.

Los autores realistas, Kissinger incluido, a menudo han buscado separar la política interna de la política exterior. Se dice que la conducción de una diplomacia eficaz es difícil, si no imposible, si debe someterse, en su concepción y ejecución, al constante escrutinio de la opinión pública en una democracia como la de Estados Unidos. La flexibilidad, característica del estilo diplomático de Kissinger, puede lograrse en secreto más fácilmente que en un proceso político abierto a la luz de la publicidad.

Pero la relación entre política interna y política exterior tiene otra dimensión para los realistas, y especialmente para Kissinger. A diferencia de quienes suscriben el idealismo o utopismo wilsoniano, Kissinger no busca transformar las estructuras políticas internas, en la creencia de que los sistemas democráticos políticos son un prerrequisito para un mundo pacífico:

> Nunca estaremos de acuerdo con la supresión de las libertades fundamentales. Instaremos al respeto de los principios humanitarios y usaremos nuestra influencia para promover la justicia. Pero el tema

> llega hasta los límites de tales esfuerzos. ¿Con cuánta fuerza podemos presionar sin provocar a la dirigencia soviética a que vuelva a prácticas en su política exterior que aumentan las tensiones internacionales?... Durante medio siglo hemos objetado los esfuerzos comunistas por alterar la estructura interna de otros países. Durante una generación de Guerra Fría buscamos compensar los riesgos producidos por las ideologías en competencia. ¿Daremos ahora una vuelta de trescientos sesenta grados e *insistiremos* en la compatibilidad interna del progreso? [131]

Aquí la teoría de Kissinger de las relaciones internacionales contrasta agudamente con la visión de que una precondición para el desarrollo de una relación estable con la Unión Soviética es la transformación de su sistema político a fin de que se adecue a los principios de los derechos humanos y la libertad política valoradas en Occidente. Como máximo, calmar las tensiones entre estados es un proceso complejo que depende de la diplomacia, el interés mutuo y "un fuerte equilibrio militar y una postura de defensa flexible". En resumen, la política exterior debería basarse en el poder y el interés nacional, más que en principios moralistas abstractos o en cruzadas políticas.[132]

Sin embargo, en la teoría de Kissinger de las relaciones internacionales, la estructura política interna de los estados es un elemento clave. Sus modelos de sistema estable y revolucionario de política internacional, señalados antes, están vinculados con las estructuras políticas internas de los estados en cada uno de los sistemas. Los sistemas internacionales estables se caracterizan por agentes cuyas estructuras políticas internas se basan en nociones compatibles respecto de los medios y metas de la política exterior. Por definición, los gobiernos con estructuras políticas internas estables no recurren a políticas exteriores revolucionarias o aventureras para restaurar o preservar la cohesión interna. Por contraste, los sistemas revolucionarios contienen agentes cuyas estructuras políticas internas contrastan agudamente entre sí. Kissinger plantea que

> cuando las estructuras internas —y el concepto de legitimidad sobre el cual es basan— difieren ampliamente, los hombres de Estado todavía pueden cumplir, pero su capacidad para convencer se ha visto reducida pues ya no hablan más el mismo lenguaje... Pero cuando un Estado o más reclaman la aplicabilidad universal de su estructura particular, el cisma sin duda se vuelve profundo.[133]

Así Kissinger, en efecto, vincula su concepción de la estructura política interna no sólo con sus modelos de sistemas estables y revolucionarios, sino también con la noción de legitimidad planteada en *A World Restored*. Supuestamente, las estructuras políticas internas que son compatibles llevan al desarrollo de consenso o legitimidad, en el nivel internacional. Aquellas eras de estabilidad entre los estados coinciden con la presencia, en el nivel nacional, de estructuras políticas compatibles basadas en una proporción módica de estabilidad.

Robert Strausz-Hupé

Si bien las prescripciones para la acción de los hombres de Estado se pueden encontrar en la mayoría de los escritos realistas, los trabajos de Robert Strausz-Hupé, en especial, han subrayado la relación entre poder y valores, entre el poder y la transformación del sistema internacional. Strausz-Hupé (1903) ha tenido como mayor preocupación la naturaleza del poder así como su ejercicio y control. En su estudio de las relaciones internacionales, plantea: "El poder es soporte de un gobierno ordenado. Sin el ejercicio del poder, el orden político no podría ni establecerse ni mantenerse. El poder resguarda a la sociedad de la anarquía. Sin embargo, el poder engendra la tiranía y la violencia, corrompe a los poderosos y aplasta la libertad".[134]

Si bien los conflictos internacionales son atribuibles a varias causas, surgen en gran medida del "deseo de poder" humano, que "deriva de su necesidad más básica de autoengrandecimiento o autoafirmación".[135] El deseo de poder puede adoptar una de muchas formas: "ambición personal, una búsqueda de prestigio y gratificación o simplemente un deseo de aprovecharse de otra gente y su trabajo".[136] En el mundo moderno, el poder es más importante que nunca. El crecimiento de la población, la emergencia de estructuras organizativas con capas intermedias de detentadores de poder y el crecimiento de la fuerza física del poder han reforzado la importancia de éste. Más aún, las limitaciones religiosas y metafísicas que una vez restringieron a los detentadores de poder se han derrumbado. La edificación del Estado y el desarrollo de teorías darwinianas han reforzado el deseo de poder. El rápido cambio social, junto con la alienación de la gente de instancias colectivas anteriores, ha producido estados de ansiedad y de anomia, que a menudo estimulan en los individuos y los grupos tendencias suicidas y aumentan la incidencia de la guerra y la agresividad.[137]

La búsqueda individual de poder tiene el efecto de volver a toda la sociedad más agresiva. Las luchas de poder internas se derraman sobre el sistema internacional. En la política internacional, el deseo de poder se revela en varios tipos de conflicto: el intento de un Estado por imponer su ideología política en otro Estado; las diferencias psicológicas, especialmente el temor, el odio o formas o costumbres divergentes; diferencias en estructura y cultura social; presiones de población; conflictos en torno de temas económicos; reclamos territoriales; intereses de seguridad en conflicto y diferencias entre sistemas políticos. Como consecuencia, un Estado puede buscar uno o varios tipos de objetivos: el retrazado de sus propias fronteras, la modificación del sistema político, social y cultural de otro Estado o un aumento de su seguridad, quitando posibles amenazas y estableciendo su propia superioridad de poder.

Al lograr objetivos de política exterior, los encargados de tomar decisiones deben elegir entre medios alternativos. Su elección depende de su grado de motivación para lograr una meta particular, del tiempo disponible para su logro, el costo, el riesgo y el nivel hasta el cual una meta

entra en conflicto con otras metas. El manejo del conflicto tiene muchos aspectos. Cuatro técnicas básicas están a su disposición para configurar el comportamiento de un oponente: evolución (la transformación gradual de la intención de un oponente o clase dirigente), revolución desde arriba, revolución desde abajo y guerra.

Al igual que muchos otros teóricos examinados en este capítulo, Strausz-Hupé se preocupa por la ubicación geográfica, la fuerza de trabajo y los recursos naturales, tanto como por la capacidad científica y tecnológica, la psicología nacional y las instituciones políticas como elementos del poder nacional. El tamaño y la estructura de la población son medidas vitales del poder nacional. Una declinación en la población generalmente precede a una declinación en la posición internacional de una nación. Aquellos países que son más poderosos "poseen una provisión adecuada de todos los materiales 'esenciales', 'estratégicos' y 'críticos' o... son capaces, en virtud de su maestría en rutas de transporte, de importar, en época de guerra, materiales inadecuadamente provistos en su país".[138] La organización política, económica y militar "transforma estos elementos de poder en realidades políticas mundiales".[139]

A pesar de los cambios en la tecnología, la geografía sigue siendo un factor importante en la ecuación de poder. Como estudioso de las relaciones geopolíticas, Strausz-Hupé le concedía especial significación al concepto de tierras de importancia decisiva de Sir Halford Mackinder. "Si al dominio de las tierras llanas sin salida al mar de la Rusia europea se suma el dominio de la Europa central oriental entre el Báltico, el Adriático y el Egeo, entonces las condiciones llegan a lo que Sir Halford Mackinder concebía como el paso final para el dominio de Europa".[140] Como la "unificación política del continente europeo bajo una sola potencia alteraría profundamente la distribución de los potenciales tecnológico y económico",[141] la defensa de Europa Occidental sigue siendo vital para la seguridad de Estados Unidos.

El conflicto puede rastrearse hasta las condiciones que concurren a la ruptura de los sistemas políticos. Es posible rastrear una serie de revoluciones "sistémicas" que han transformado las instituciones y prácticas políticas. Según Strausz-Hupé, la primera revolución sistémica "empezó con la Guerra del Peloponeso y llegó a su clímax en las Guerras Civiles romanas, que enfrentaron primero a Pompeyo con César y luego a los herederos de César entre sí. La revolución... no estaba confinada a una sola ciudad o país. Se extendía por toda la región mediterránea, el universo de los antiguos. Cuando cumplió su curso de cuatro siglos, el sistema de estados había cambiado de uno de muchas ciudades-estado a otro de un solo imperio universal".[142] Con el inicio del período moderno durante el Renacimiento y la Reforma, el sistema feudal cedió el lugar al sistema de naciones-estado. Este sistema a su vez está en declinación. En el siglo xx, el mundo nuevamente está pasando por una revolución sistémica. El estado-nación ya no es más adecuado a las exigencias impuestas sobre él. En última instancia, la revolución sistémica introduce el desarrollo de unidades políticas más grandes, e, inclusive, posiblemente la eventual unificación del globo. La lucha entre Estados Unidos y la Unión Soviética no es sino la expresión contemporánea de un conflicto genera-

lizado que abarca todas las tierras, todos los pueblos y todos los niveles de la sociedad. La revolución sistémica obedece a una ley dialéctica. Dentro de cada período hay fuerzas que luchan con el sistema existente y eventualmente llevan a su destrucción. Un sistema da lugar a otro sistema, el cual a su vez contiene fuerzas que eventualmente llevan a su transformación. Del resultado de la revolución sistémica depende el futuro de la organización política del mundo.

Raymond Aron

Debido a su intento de sintetizar gran parte de los escritos pasados y contemporáneos sobre relaciones internacionales en el monumental trabajo *Paz y guerra*, Raymond Aron (1904-1983), el distinguido filósofo social francés, no entra fácilmente dentro de la categoría realista de los teóricos de las relaciones internacionales. Aron se comprometió en lo que llamaba un análisis de cuatro niveles de las relaciones internacionales: teoría, sociología, historia y praxiología. Lo que llamaba teoría corresponde "al ordenamiento de datos, la selección de problemas y variables".[143] Su conceptualización incluía el desarrollo de proposiciones acerca de diplomacia y estrategia, la naturaleza del poder, nociones de equilibrio y de los sistemas internacionales multipolares y bipolares y sistemas homogéneos y heterogéneos.

En opinión de Aron, la teoría suministra una enumeración de "fenómenos-efecto, los factores determinados, por los cuales el sociólogo está tentado a buscar fenómenos-causa, los determinantes".[144] En la sección de su trabajo denominada sociología, se preocupaba por la causalidad y los determinantes del comportamiento internacional. En especial, Aron abordaba los problemas de relaciones espaciales, población, recursos y los orígenes de la guerra, tanto como lo que denominaba la nación, la civilización y la humanidad como factores colectivos que afectan la conducción en el nivel internacional. El examen de Aron de la historia, su tercer nivel de conceptualización, consistía en un esfuerzo por vincular su teoría y su sociología con el sistema internacional desde 1945. Finalmente, para usar un término que aparece frecuentemente en su trabajo, la praxiología representaba el intento de Aron por formular tanto una teoría normativa (preguntar cuáles deberían ser las metas de los estados) como una serie de prescripciones sobre conducción internacional (preguntarse cómo deberían actuar los hombres de Estado para lograr tales metas).

Según Aron, las relaciones internacionales consisten en relaciones entre las unidades políticas en las cuales está dividido el mundo en cualquier momento dado, desde la ciudad-estado griega hasta el moderno estado-nación. Si bien una ciencia o filosofía de la política incluiría el estudio de las relaciones internacionales, la defensa del carácter único de las relaciones internacionales surge del hecho de que trata de "relaciones entre unidades políticas, cada una de las cuales reclama el derecho a hacer justicia por sus propias manos y a ser el único árbitro de la decisión de luchar o no luchar".[145]

Debido a la existencia de múltiples unidades políticas autónomas, el objetivo principal de cada unidad es asegurar su seguridad y, en última instancia, su supervivencia. Dada esta preocupación, el líder político no puede desarrollar completamente un comportamiento racional diplomático-estratégico. Sin embargo, Aron buscaba desarrollar un "tipo racional de teoría, avanzando desde conceptos fundamentales (estrategia y diplomacia, medios y fines, poder y fuerza, poder, gloria e idea) hasta sistemas y tipos de sistema".

En las relaciones internacionales, los diplomáticos-estrategas enfrentan el riesgo de la guerra desde que se enfrentan con oponentes en una situación de "incesante rivalidad en la cual cada lado se reserva el derecho a recurrir a la razón última, es decir, a la violencia".[146] En la conceptualización de Aron, las relaciones entre las naciones a menudo están marcadas por el conflicto, si bien la esencia de la política no descansa, en su opinión, exclusivamente en una lucha por el poder. Esencialmente, las relaciones entre unidades políticas consisten en las alternativas de la guerra y la paz, dado que toda colectividad existe entre partes amigas, enemigas, neutrales o indiferentes. El estatus de las unidades políticas está determinado por los recursos materiales o humanos que puedan atribuirle a la acción diplomático-estratégica. El alcance hasta el cual las unidades políticas movilizan tales recursos depende de muchos factores, incluido, por cierto, el acceso a ellos, pero también los objetivos que eligen seguir los líderes políticos. Aron afirmaba que las unidades políticas no desean el poder por sí mismo, sino más bien como un medio para lograr alguna meta, tal como la paz o la gloria, o a fin de influir en el futuro del sistema internacional. Muchos tipos de circunstancias, tales como cambios en la técnica militar o económica y la transformación de instituciones o ideología, afectan las metas de los líderes políticos. Las innovaciones tecnológicas modifican conceptos espaciales antes mantenidos, incluido el valor estratégico de las posiciones geográficas y la importancia económica de ciertos recursos naturales y humanos. Pero Aron reconocía que las unidades políticas que tienen mayor influencia en las demás no son siempre aquellas que de forma más consciente intentan imponerse a las otras. Si bien es posible, como Aron lo intentó, examinar e inclusive cuantificar elementos de poder nacional, es más difícil evaluar su eficacia para lograr las metas establecidas por los líderes políticos.

Más aún, la conducta de las naciones entre sí es el producto no sólo de su poder relativo, sino de las ideas y emociones que influyen en las acciones de los encargados de tomar decisiones. Es necesario, como el mismo Aron lo hizo en su teoría, atender a las relaciones geográficas, las alianzas y las estructuras militares. Pero es esencial también evaluar la relación entre las capacidades de las unidades políticas y de los objetivos buscados por los líderes políticos.

Aquí Aron introdujo dos modelos de sistema internacional, el llamado sistema homogéneo y el sistema heterogéneo. En el sistema homogéneo, "los estados pertenecen al mismo tipo, obedecen a la misma concepción de la política". En el sistema heterogéneo, los "estados están organizados según diferentes principios y apelan a valores contradictorios".[147] En los sistemas homogéneos, los líderes políticos están de acuerdo

acerca del tipo de objetivos que se deben perseguir; el conflicto se produce dentro del sistema, pero la existencia constante del sistma mismo no está en juego. Así, Aron sugería que desde fines de la Guerra de los Treinta Años, en 1648, hasta la Revolución Francesa, y nuevamente desde 1815 hasta principios del siglo xx, el sistema internacional era en gran medida homogéneo. Especialmente desde 1945, sin embargo, el sistema internacional había sido heterogéneo, debido a que gran parte del conflicto se ha vinculado con el sistema mismo, no simplemente con el logro de metas dentro del sistema.

Si bien Aron le daba gran preeminencia al poder en su teoría como medio para lograr objetivos nacionales, planteaba explícitamente un marco de sistemas para el análisis de la política internacional. Un sistema internacional, sugería, es "el conjunto constituido por unidades políticas que mantienen relaciones regulares entre sí y que son capaces de verse implicadas en una guerra generalizada".[148] Además de sistemas homogéneos y heterogéneos, es posible distinguir sistemas bipolares y multipolares, según la mayoría de las unidades políticas estén agrupadas alrededor de dos lugares de mucha mayor fuerza, o que el sistema incluya varias unidades políticas relativamente similares en fuerza.

Tanto los sistemas bipolares como los multipolares contienen mecanismos de equilibrio. En su nivel más alto de abstracción, el equilibrio consiste en la tendencia, hallada también en otras teorías, de un Estado o combinación de estados a intentar restringir a un Estado o coalición que parece capaz de lograr preponderancia. Si bien esta regla, según Aron, es aplicable a todos los sistemas internacionales, es necesario construir modelos según una configuración de fuerzas a fin de elaborar reglas para el funcionamiento del equilibrio. En el sistema multipolar la regla esencial de equilibrio es que "el Estado cuyas fuerzas están aumentando debe anticipar la disidencia de algunos de sus aliados, que se unirán al otro campo a fin de mantener el equilibrio".[149] En el sistema bipolar, la ley más general de equilibrio es que "la meta de los agentes principales es evitar encontrarse a merced de un rival".[150] La meta esencial de cada uno de los agentes principales es la de impedirle al otro que adquiera capacidades superiores a la propia. El agente principal, el líder de la coalición, busca simultáneamente impedir el crecimiento de la coalición opuesta y mantener la cohesión de su propia coalición.

En la teoría de Aron, hay tres tipos de paz: equilibrio, hegemonía o imperio. En cualquier período histórico las fuerzas de las unidades políticas están en una de estas tres condiciones: 1) están en equilibrio; 2) están dominadas por aquellas de una de las unidades o 3) están superadas por las fuerzas de una de las unidades políticas. Entre la paz por equilibrio y la paz por imperio, Aron ubicaba lo que llamaba paz por hegemonía. La incontestable superioridad de una unidad política es reconocida por otros miembros del sistema internacional. Si bien los estados más pequeños son incapaces de cambiar el *statu quo*, el Estado hegemónico no intenta absorberlos. Alemania, por ejemplo, en el período posterior a la Guerra Franco-Prusiana de 1870 a 1871, poseía un tipo de hegemonía sobre el continente, que Bismarck buscó hacerles aceptable a otros estados europeos.

Si la paz es la "suspensión más o menos duradera de modalidades violentas de rivalidad entre unidades políticas", el conflicto, en la teoría de Aron, consiste en la dialéctica del antagonismo: disuasión, persuasión y subversión.

La disuasión está vinculada tanto con los medios materiales que posee un Estado para impedir la acción de otra unidad política, como con la percepción de resolución que un Estado es capaz de comunicarle a otro que lo amenaza. "Hoy es ayer, el problema esencial de la disuasión es a la vez psicológico y tecnológico. ¿Cómo puede el Estado que está diplomáticamente a la defensiva convencer a un Estado diplomáticamente a la ofensiva de que llevará adelante su amenaza?" [151] Si la credibilidad de una amenaza depende de la intención percibida en el Estado que hace una amenaza de llevarla a cabo, la amenaza se vuelve menos convincente en la medida en que su ejecución parece ser contraria a los intereses para los cuales el uso de la fuerza puede ser planteado como amenaza de forma creíble. Aron delinea un sistema, similar al sistema de veto de una unidad de Morton Kaplan, en el cual cada Estado estará en posición de exterminar a todos los demás. Así, en este modelo, la tecnología afecta la credibilidad de las amenazas hechas por agentes políticos. (Para teorías de la disuasión, ver Capítulo 9.)

Lo que Aron llamaba persuasión en su dialéctica del antagonismo, consiste en métodos diseñados para modificar el comportamiento en alguna forma deseada y, por cierto, incluye la estrategia de la subversión. Lo que Aron describía como subversión es el uso de la violencia para alcanzar un objetivo. "Abstractamente", sugería, "la meta de la subversión es sustraer a una población de la autoridad administrativa y moral de un poder establecido e integrarla dentro de otros marcos políticos y militares, a veces en conflicto, y a través de él".[152]

Según Aron, el conflicto, en el sentido más general, surge cada vez que dos individuos, grupos sociales o unidades políticas codician la misma propiedad o buscan metas incompatibles. Aron sostenía que el animal humano es agresivo, pero que la humanidad no lucha por instinto. La guerra es una expresión de la agresividad humana. Si bien, dada la naturaleza humana, es imposible eliminar el conflicto, no está "probado que estos conflictos deban ser manifestados en el fenómeno de la guerra, como lo hemos sabido durante miles de años, con combatientes organizados, utilizando armas cada vez más destructivas".[153]

Si bien el marco teórico de Aron es similar en muchos aspectos a los de los realistas norteamericanos, contraponía el realismo norteamericano al trabajo de especialistas europeos anteriores tales como el historiador alemán Heinrich von Treitschke (1834-1896). En contraste con Treitschke, "los autores norteamericanos que comúnmente se consideran pertenecientes a la escuela realista declaran que los estados, animados por una voluntad-de-poder, están en permanente rivalidad, pero que no se felicitan por la situación y no la consideran como parte del plan divino. La negativa de los estados a someterse a una ley común o arbitraje les parece incontestable, inteligible, pero no sublime, pues no sostienen ni la guerra ni el derecho a sacar la espada como algo sublime".[154] Pero los realistas norteamericanos, según Aron, están "ubicados en el margen de la situa-

ción idealista", dado que, si bien critican la concepción utópica o idealista, los realistas inconscientemente "siguen el ejemplo de aquellos a quienes se oponen". Los realistas, también, desarrollan una teoría normativa de las relaciones internacionales.

En la parte de su trabajo titulada praxiología, Aron mismo se comprometió en una teorización normativa. Cree que el líder político debería recordar que el orden internacional es el resultado de un equilibrio de las fuerzas que apoyan la conservación del sistema y las que buscan su transformación. Si los hombres de Estado son incapaces de calcular tales fuerzas de forma correcta, fracasan en desempeñar su responsabilidad primordial: respecto de la seguridad de las personas y valores confiados a su cuidado. Para el hombre de Estado, la inmoralidad de la concepción de Aron es una condición en la cual el líder político "obedece a su corazón sin preocuparse por las consecuencias de sus actos". Así Aron sugería, como los realistas norteamericanos lo habían sostenido, que la moralidad del líder político en tanto que líder difiere de la de los ciudadanos dentro de una unidad política.

Como lo ha señalado Stanley Hoffmann, las consecuencias normativas de la teoría de Aron descansan en la "contradicción entre las restricciones que pesan sobre el hombre de Estado, responsable de los intereses de su país en un mundo en el cual el uso de la fuerza sigue siendo posible y legítimo, y la conciencia moral, que lo protege contra la sangrienta anarquía del medio internacional y exige la paz universal".[155] Aron expresaba escepticismo acerca de la eficacia de la ley internacional, el gobierno mundial o el control de armamentos, acerca de la capacidad de la política internacional de verse transformada de un mundo anárquico en uno de orden con base consensual. Sin embargo, Aron prefería una comunidad internacional basada en la ley mundial y el orden. Tal comunidad no es posible sin lo que él denomina una homogeneidad de estados y una similitud de prácticas constitucionales. En tales circunstancias, los estados reducirían sus niveles de armamentos, cesarían de sospechar que todos tienen las peores intenciones, abandonarían el recurso de la fuerza para resolver disputas y les concederían su respeto a las mismas ideas legales y morales. Por valiosa que sea semejante meta, Aron seguía convencido de que semejante mundo estaba más allá del alcance humano y que la amenaza de usar la fuerza, o su uso concreto, en el mundo tal como existe es la base última para preservar el pluralismo político contra la amenaza de totalitarismo militante.

Neorrealismo

La tradición realista ha suministrado una base abundante para la formación de lo que se denomina un enfoque neorrealista de la teoría de las relaciones internacionales. El neorrealismo se propone refinar y revigorizar al realismo clásico, desarrollando proposiciones basadas en la desagregación de variables independiente y dependientes y en la integración de lo que se denomina teoría realista clásica en un marco contemporáneo basado en el análisis comparativo. Una teoría neorrealista introduciría más

rigor en la tardición realista, definiendo conceptos claves de manera más clara y coherente y desarrollando una serie de proposiciones que pudieran estar sujetas a la comprobación empírica y la investigación. El neorrealismo ha abrazado un trabajo que se denomina realismo estructural, identificado con los recientes trabajos de Kenneth Waltz,[156] tanto como el esfuerzo explícito de remitirse a los trabajos de Hans Morgenthau por parte de Gottfried-Karl Kindermann.[157] Para el neorrealismo, el poder sigue siendo una variable clave, si bien existe menos como un fin en sí mismo que como un componente necesario e inevitable de una relación política. Según Kindermann, "tanto como el instrumento de poder y de sanciones no agota la naturaleza de la ley, la naturaleza de la Política no se ve agotada refiriéndose primordialmente al poder como su herramienta más importante".[158]

Por cierto, el enfoque neorrealista representa un esfuerzo no sólo por tomar del realismo clásico aquellos elementos de una teoría adecuada al mundo de fines del siglo xx, sino también por vincular conceptualmente otros esfuerzos teóricos. Así, el realismo estructural de Kenneth Waltz se remite con singular fuerza a construcciones sistémicas y al neorrealismo de la Escuela de Neorrealismo de Munich de Kindermann. Tiene como base una constelación o configuración que consiste en un "sistema de interacción: relaciones entre estados y otros sistemas de acción de la política internacional en un momento dado o dentro de un período definido de la historia pasada o presente". Este enfoque neorrealista contiene como categorías de investigación independientes: 1) sistema y decisión (liderazgo), 2) interés y poder, 3) percepción y realidad, 4) cooperación y conflicto (estrategia de comportamiento) y 5) norma o ventaja. Así el neorrealismo plantea la existencia de un sistema internacional consistente en elementos interactivos que deben ser estudiados por referencia a conceptos derivados de la teoría clásica realista, pero también basados en variables tomadas de un análisis comparativo entre diferentes culturas. Para citar nuevamente la descripción de Kindermann: "El neorrealismo, en otras palabras, procede desde el presupuesto de que un grado mucho más alto de cooperación concreta y cuasi institucionalizada entre diferentes disciplinas es necesario antes de que se pueda hacer un avance esencial en nuestra capacidad de analizar y, si es posible, predecir procesos de acción política de los sistemas tan complejos como, por ejemplo, el estado-nación y sus subsistemas estructuralmente esenciales".[159]

Si la naturaleza defectuosa del hombre forma un punto de partida crucialmente importante para el análisis realista clásico, el neorrealismo tiene como foco el sistema internacional. Planteado de forma diferente, es la estructura que configura las relaciones políticas que tienen lugar entre sus miembros. Para el realismo estructural, la política internacional es más que la suma de las políticas exteriores de los estados y el equilibrio externo de otros agentes del sistema. Así, Waltz insta a un enfoque neorrealista basado en relaciones moduladas entre agentes en un sistema anárquico. A este respecto, remitiéndose al paradigma de la política internacional del realismo clásico, el realismo estructural contiene un énfasis en aquellos rasgos de la estructura que moldean la forma en la cual los componentes se vinculan entre sí. Según Waltz, el término *estructura* connota

la forma en la cual las partes se disponen. En la política interna se dice que hay una relación jerárquica, en la cual las unidades mantienen una diferenciación formal entre sí por referencia a su grado de autoridad o la función que desempeñan. Por contraste, el sistema internacional carece de instituciones gubernamentales comparables. Los agentes se mantienen en relación horizontal entre sí, y cada Estado aparece formalmente igual (soberanía) al otro. Waltz define la estructura por el principio (jerárquico o anárquico) por el cual está organizada. Más aún, Waltz define la estructura por la especificación de funciones de las unidades. Cuanto más jerárquico es el sistema, mayor es la diferenciación de funciones; cuanto más anárquico, mayor similitud de funciones entre las unidades.[160] Finalmente, la estructura está definida por la distribución de capacidades entre las unidades, incluido, por ejemplo, el nivel hasta el cual los agentes son similares o ampliamente diferentes entre sí, en cuanto a los medios que poseen. Al mantenerse fiel al realismo clásico, Waltz trata a los estados como "agentes unitarios que, como mínimo, buscan su propia preservación y, como máximo, intentan la dominación universal". En consecuencia, dentro de la tradición realista, apunta a la necesaria emergencia de un equilibrio de poder.

El foco del realismo estructural es la disposición de las partes del sistema internacional las unas respecto de las otras. Según Waltz: "El concepto de estructura se basa en el hecho de que unidades yuxtapuestas y combinadas de forma diferente se comportan de manera distinta y al interactuar producen resultados también diferentes".[161] Básica para un sistema anárquico, en virtud de su estructura, es la necesidad de que las unidades miembro confíen en cualquier medio o arreglo que puedan generar, a fin de asegurar la supervivencia y reforzar la seguridad. En semejante sistema, basado como está en el principio de la autoayuda, los estados buscan uno o los dos de dos cursos básicos de acción, respondiendo al enfoque de Waltz de la estructura como una variable que condiciona o circunscribe el comportamiento político. Se comprometen en esfuerzos internos por aumentar sus capacidades políticas, militares y económicas y por desarrollar estrategias eficaces. También emprenden intentos externos por alinearse o realinearse con otros agentes. La estructura del sistema, especialmente el número de agentes y sus respectivas capacidades, configura los modelos de interacción que tendrán lugar, incluido el número de estados alineados entre sí en grupos opuestos como parte de un equilibrio de poder. En la estructura anárquica, todas las unidades enfrentan la necesidad mínima o requisito funcional de seguridad, si bien hay amplias variaciones entre ellas en sus respectivas capacidades para este fin. Por cierto, las diferencias entre los estados en los medios que poseen para la seguridad representa la principal característica distintiva que separa a uno del otro. En opinión de Waltz, los sistemas internacionales están transfigurados por cambios en la distribución de capacidades entre sus unidades. Tanto como las estructuras cambian, lo hacen los modelos de interacción entre sus miembros tanto como los resultados que se puede esperar que produzcan tales interacciones. Si bien las capacidades constituyen atributos de las unidades, su distribución entre las diversas unidades forma una característica definitoria de la estructura del sistema y,

en este caso, del realismo estructural. En suma, resulta central para el realismo estructural y especialmente para el enfoque desarrollado por Waltz, la afirmación de que sólo una transformación estructural puede alterar la naturaleza anárquica del sistema internacional.

Si estructura define el arreglo de las partes del sistema internacional en el realismo estructural de Waltz, ¿qué da cuenta del cambio en la estructura? Según Waltz, las estructuras emergen de la coexistencia de las unidades políticas primordiales de una época dada. Pueden ser ciudades-estado, naciones, o imperios. Su enfoque del realismo estructural no aborda la pregunta de cómo y por qué tales unidades políticas llegan a existir en un momento particular de la historia. Su preocupación no es por las unidades o combinaciones de unidades en los niveles nacional o subnacional. Planteado de forma diferente, el realismo estructural de Waltz no se aproxima a la teoría de las relaciones internacionales desde una perspectiva teórica reduccionista. En contraste con el realismo estructural, una teoría reduccionista explicaría los fenómenos internacionales principalmente por referencia a las acciones de los diversos estados y sus características internas. El realismo estructural en sí mismo, admite Waltz, no suministra una teoría abarcadora de las relaciones internacionales; ésta requeriría, por ejemplo, una teoría de la política interna, porque las unidades configuran la estructura del sistema, tanto como la estructura afecta las unidades. Los cambios en los sistemas, incluida su transformación, no se originan en su estructura sino en sus partes. Las fuerzas en el nivel de la unidad se dice que configuran la posibilidad del cambio sistémico.[162]

Otro análisis neorrealista contemporáneo tiene como su centro de atención el cambio en el nivel internacional basado en una reinterpretación de la teoría realista clásica. Según Robert Gilpin, los estados se comprometen en cálculos de costo-beneficio acerca de cursos alternativos de acción a su disposición.[163] En la medida en que los beneficios anticipados excedan los costos, es probable que los estados intenten hacer cambios en el sistema. A este respecto, Gilpin intenta refinar el presupuesto de racionalidad contenido en la teoría clásica realista. En la formulación de Gilpin, un Estado intentará cambiar el sistema internacional a través de una expansión territorial, política o económica, hasta que los costos marginales del cambio adicional se vuelvan iguales o excedan los beneficios marginales. Un sistema internacional está en condición de equilibrio en la medida en que sus agentes principales estén satisfechos con el *statu quo* territorial político y económico. Se reconoce que todo Estado o grupo del sistema podría beneficiarse con alguna forma de cambio; en consecuencia, los costos de cambiar forman las barreras principales a la acción perturbadora o desestabilizadora. La distribución de poder representa los medios principales para controlar el comportamiento de los estados. Los estados dominantes mantienen una red de relaciones dentro del sistema para este fin. Al decidir sobre las políticas exteriores que producirían cambios en el sistema internacional, sugiere Gilpin, los estados generalmente hacen transacciones entre varios objetivos. No intentan lograr una meta al costo de todas las demás, pero por el contrario se comprometen en un enfoque "de satisfacción" diseñado para lograr diversas combinaciones de resultados deseados. Históricamente, los estados han tenido como su meta la

conquista de territorio que, antes de la Revolución Industrial y el advenimiento de la tecnología avanzada, representaba el medio principal para reforzar la seguridad o la riqueza. Más aún, los estados luchan por aumentar su influencia sobre otros estados por medio de amenazas, coerción, alianzas y esferas de influencia. Finalmente, una meta cada vez más importante de los estados reside en la extensión de la influencia en la economía global. Al mantenerse fieles al principio "de satisfacción", de ninguna manera las submetas son mtuamente excluyentes. Entre los objetivos de los estados, afirma Gilpin, aquellos que se consideran más importantes están definidos como intereses vitales, en cuya persecución el Estado está dispuesto a ir a la guerra.

Se dice que los sistemas internacionales sufren esencialmente tres tipos de cambio. Primero y de importancia fundamental es una alteración en la naturaleza de los agentes o de los tipos de entidad —imperios, estados u otras unidades— que configuran un sistema internacional particular, que Gilpin denomina cambio de sistemas. Los ejemplos incluyen el surgimiento y la declinación de la ciudad-estado griega, el sistema de estados europeos medieval y la emergencia del sistema de estados nucleares que lleva a la época presente. ¿Cuáles son, se pregunta, los factores sociopolíticos, económicos y tecnológicos particulares que dan origen al marco organizativo con el cual los grupos o individuos hacen prosperar sus intereses? Un sistema cambia en la medida en que la relación costo-beneficio de ser miembro del sistema existente se altera.

Una segunda dimensión del cambio tiene su centro no en el sistema mismo sino, por el contrario, en los componentes, dentro de los cuales el cambio tiene lugar. Todos los sistemas internacionales están caracterizados por el surgimiento y la caída de estados poderosos que configuran modelos de interacciones internacionales y establecen las reglas por las cuales el sistema opera. Así, la distribución de poder dentro del sistema se altera. Aquí, el énfasis se pone no en el surgimiento y caída de los sistemas internacionales, sino por el contrario en el crecimiento y declinación de sus elementos constitutivos, es decir las grandes o menores potencias y, en especial, el reemplazo de una entidad dominante por otro agente similar. Mientras que la teoría realista clásica se derivaba en gran medida del sistema de estados europeo, un estudio comparativo de los sistemas internacionales, incluidos sistemas anteriores y no occidentales, produciría una comprensión de cómo y por qué tiene lugar el cambio sistémico. Finalmente, el tercer elemento de esta teoría neorrealista del cambio tiene su centro de interés en la naturaleza de las interacciones políticas, económicas o socioculturales de sus miembros. En suma, el estudio del cambio abarca al sistema mismo, sus elementos constitutivos y el proceso interactivo entre ellos.

La propensión de los estados u otros agentes a buscar extender su control territorial, su influencia política y su dominación económica se dice que está en función de su poder. Semejante proceso, según Gilpin, continúa hasta que los costos marginales de un cambio mayor igualan o exceden los beneficios marginales. En la medida en que crecen el tamaño del Estado y el alcance de su control, eventualmente llega un momento en que el costo de expansión relativo a los beneficios derivados limita la capacidad de control y de ulterior expansión. Se dice que un sistema en el cual el costo de expansión iguala o excede los beneficios percibidos está en equilibrio. De igual forma, el equilibrio, una vez que se alcanza, en sí mismo está sujeto a cambio, dado que hay una tendencia a que los costos económicos de mantener el *statu quo* aumenten más rápido que la capacidad económica de apoyarlo. En consecuencia, el desequilibrio representa una brecha entre las unidades del sistema internacional y la capacidad de los estados dominantes de mantener el sistema existente. Tal es la condición que tiene como resultado la declinación de un agente principal, un fenómeno que puede observarse históricamente en los imperios romano, bizantino, chino y británico en épocas sucesivas. En lugar de ese agente dominante, eventualmente surge un nuevo equilibrio que refleja la distribución alterada de poder. En la medida en que crece su poder relativo, un Estado en surgimiento intenta extender su control territorial y aumentar su influencia, generalmente a expensas de la potencia dominante pero en decadencia. La potencia en declinación tiene en esencia varias opciones: tratar de aumentar las capacidades para equipararse a la unidad en surgimiento; reducir los compromisos y así acceder, graciosamente, a las circunstancias alteradas; entrar en alianzas u otros acuerdos con otras potencias; o hacer concesiones a la potencia en surgimiento. Sin embargo, Gilpin sugiere que los medios primordiales por los cuales el tema del desequilibrio ha sido resuelto a lo largo de la historia han sido los de la guerra, cuyo resultado por lo general ha sido una redistribución de poder entre los vencedores y los vencidos. Así, la política internacional consiste en fuerzas que llevan al conflicto o a la acomodación en una sucesión de sistemas internacionales marcados por el cambio. "En última instancia", concluye Gilpin,

> la política todavía puede ser caracterizada como lo era por Tucídides: el interjuego de fuerzas impersonales y grandes líderes... La política mundial todavía se caracteriza por la lucha de las entidades políticas por el poder, el prestigio y la riqueza en una coalición de anarquía global. Las armas nucleares no han vuelto carente de importancia recurrir a la fuerza; la interdependencia económica no garantiza que la cooperación triunfe sobre el conflicto; una comunidad global de valores en apariencia comunes todavía tiene que desplazar a la anarquía internacional.[164]

El realismo: sus limitaciones y contribuciones

Ningún enfoque teórico del estudio de las relaciones internacionales carece de críticos. El realismo despertó críticas en parte debido a la audacia con la cual sus defensores afirmaron presupuestos acerca del comportamiento político, tanto como a los presupuestos mismos y a las propuestas políticas surgidas de ellos. Si bien cada teórico tiene defensores y críticos, la siguiente crítica se refiere principalmente a conceptos compartidos por más de uno, pero no necesariamente por todos los autores analizados en este capítulo.

Fundamental en la crítica al realismo fue el cuestionamiento, rechazo o modificación del paradigma tradicional de las relaciones internacionales en el cual se basaba el realismo en su formulación clásica. La política, definida como una lucha de poder en un sistema centrado en los estados y basado en agentes cuyas disputas exteriores podían separarse claramente de la política interna, había dado paso, para los años sesenta, a un paradigma, o modelo, más nuevo y complejo del sistema internacional.[165] En lugar del paradigma realista eurocéntrico apareció un sistema internacional, global en alcance, y que contenía un número de estados y agentes no estatales sin precedentes. En la medida en que la política interna configura la política exterior, la separación claramente definida supuesta en la teoría realista se hizo como mínimo borrosa y como máximo produjo una gran deformación del complejo proceso por el cual la acción del Estado tiene lugar. Según John A. Vásquez:

> las explicaciones de la *realpolitik* no suministran una teoría de la política mundial, sino que simplemente dan una imagen que los encargados de tomar decisiones pueden tener del mundo. La política de la fuerza no es tanto una explicación como la descripción de un tipo de comportamiento que se encuentra en el sistema político global. Si esto es correcto, entonces la política de la fuerza en sí misma debe ser explicada: ella no explica.[166]

Reflexionando sobre otra investigación de los años setenta tanto como sobre su propio esfuerzo por probar proposiciones derivadas de la teoría realista, Vásquez llegó a la conclusión de que aquellas que están "basadas en presupuestos realistas no funcionan tan bien como aquellas que rechazan los presupuestos realistas".[167]

Por varios motivos, el concepto de "interés nacional" ha sido objeto de críticas. Según una crítica: "Que el interés nacional es un criterio necesario de la política es obvio e iluminador. Ningún hombre de Estado, ningún publicista, ningún especialista aduciría con seriedad que la política exterior debe ser conducida en oposición a él o desestimándolo".[168] Más aún, es difícil darle sentido operativo al concepto de interés nacional. Los estadistas están constreñidos por muchas fuerzas, o ellas les dan libertad, en la interpretación del interés nacional. A menudo están cautivos de las políticas de sus predecesores. Interpretan el interés nacional como resultado de su formación cultural, sus valores y los datos que tienen a su disposición en tanto que encargados de tomar decisiones. Según Stanley Hoffmann:

> La concepción de un interés nacional objetivo y fácilmente reconocible, la guía confiable y el criterio de la política nacional, tiene sentido solamente en un período estable en el cual los participantes juegan por fines limitados, con medios limitados y sin mirones internos que perturben sus movimientos de juego. En un período en que la supervivencia de los estados está en juego en mayor medida que en tiempos anteriores, los cursos de acción más divergentes pueden recomendarse como elecciones válidas para la supervivencia. Por lo general, objetivos menos urgentes, como el prestigio, o un incremento de poder en una zona limitada o la protección de ciudadanos privados en el exterior, se vinculan con los temas de supervivencia y el argumento más frecuente contra siquiera intentar redefinir la jerarquía de los objetivos nacionales, como para separar al menos algunos de ellos de la supervivencia, es el temor familiar a una "cadena de acontecimientos" o una "fila de dominó".[169]

Por lo tanto, en ausencia de estudios de base empírica, es difícil determinar qué quiere decir "interés nacional" en cualquier momento específico. Según Michael Joseph Smith, los realistas, al haber adoptado la ética de la responsabilidad de Weber, no han presentado un conjunto competente de criterios para juzgar la responsabilidad. Si bien, y quizás debido a que minimizan la importancia de la ética en las relaciones internales, parecen no reconocer que "su juicio de la moral y su definición del interés nacional descansaba en su propia jerarquía de valores".[170]

Entre los puntos centrales del análisis realista está un esfuerzo por reformular y refinar el concepto de interés nacional para abarcar un cálculo percibido de beneficios y pérdidas de acuerdo con metas alternativas planteadas para el Estado. Específicamente, el concepto de régimen (descripto en el Capítulo 4) incluye un intento por adaptar el interés nacional a un marco teórico vinculado con la motivación estatal en la formación de lo que se definen como regímenes internacionales para colaboración o cooperación. (Ver una discusión mayor en el Capítulo 11.)

Los autores realistas, se ha señalado, han sido criticados a raíz de sus esfuerzos por sacar del sistema eurocéntrico del pasado una serie de conceptos políticos para el análisis de un sistema global contemporáneo enormemente diferente. La búsqueda de objetivos nacionales limitados, la separación de la política exterior y de la política interna, la conducción de una diplomacia secreta, y los reclamos de que las naciones pongan un énfasis menor en la ideología como condicionante de la política internacional tienen poca importancia en el sistema internacional de hoy. Al instar a las naciones a volver a las prácticas de un período anterior, algunos autores realistas sobrestiman el alcance hasta el cual semejante cambio es posible en el sistema internacional actual. Si las naciones obedecen leyes de la naturaleza, que los realistas afirman haber descubierto, ¿por qué es necesario instarlos, como lo hacen los realistas, a volver a prácticas supuestamente basadas en tales leyes?[171] Si bien la historia suministra varios ejemplos de comportamiento internacional que sustancian la teoría realista clásica, los datos históricos ofrecen casos que se desvían de ella. Al pedirles a los hombres de Estado que alteren su comportamiento, el realista se vuelve normativo en su orientación teórica y fracasa en suministrar una explicación adecuada acerca de por qué los líderes políticos a veces no adhieren a los dogmas realistas en la política exterior.

Al subrayar el poder como la motivación principal del comportamiento político, los realistas se han hecho objeto de críticas. Los críticos han sugerido que los escritores realistas, en su mayor parte, no han conceptualizado de forma clara el poder. Hay formidables problemas para medir el poder, como se señaló antes en este capítulo. No hay una unidad común

en la cual el poder se convierta para medirlo en los escritos realistas. Más aún, el poder debe relacionarse con el objetivo para el cual se lo usará. La cantidad y el tipo de poder varían con las metas nacionales. Además, los realistas han sido criticados por haber puesto supuestamente demasiado énfasis en el poder, con la exclusión correlativa de otras variables importantes. En opinión de Hoffmann: "Es imposible subsumir bajo una palabra variables tan diferentes como: poder como una condición de la política y poder como criterio de la política; poder como potencial y poder en uso; poder como suma de recursos y poder como conjunto de procesos".[172]

Como se discutió en el Capítulo 1, Ernst Haas e Inis L. Claude Jr. han criticado el uso realista del término *equilibrio de poder*, por estar cargado de muchos sentidos incoherentes.

El neorrealismo, y específicamente el realismo estructural, se ha encontrado con muchas críticas, incluido un supuesto desdén por la historia como proceso que está constantemente sufriendo redefiniciones, en la cual los individuos contribuyen a la configuración de cada era sucesiva. A este respecto, se considera que el neorrealista se ha apartado del realismo clásico, el cual sostenía que el hombre de Estado era configurado por la historia, pero también tenía una importante influencia en ella. Lejos de ser los cautivos de un sistema particular —él mismo una reificación— la persona individual retiene el potencial de ser el dueño de las estructuras, no simplemente el objeto de ellas. Más aún, el neorrealismo falla por haber reducido supuestamente la política a las dimensiones que conducen a la interpretación por referencia al comportamiento racional bajo diversas restricciones estructurales. Debido a su interés en la estructura, se dice que el neorrealismo ha ignorado la base social y los límites sociales del poder. El poder no puede reducirse a capacidades; por el contrario, el poder consiste también en factores psicológicos tales como la moral pública y el liderazgo político, tanto como en factores situacionales y la medida en la cual el poder se ejerce dentro de un marco consensual, por contraste con uno conflictivo. El mundo del "Estado-como-agente" del neorrealismo falla al haberle imputado al Estado el papel de agente unitario cuyo comportamiento está configurado por la estructura del sistema internacional. El neorrealismo, según se sugiere, fue estatista antes de ser estructuralista.[173] En respuesta, los neorrealistas niegan que el realismo sea, de hecho, un determinismo estructural. Si bien los elementos estructurales ejercen una poderosa influencia restrictiva en el comportamiento político, el neorrealista no considera toda la conducta política humana determinada por la estructura dentro de la cual se organiza la comunidad política, tampoco acepta la crítica de que el mundo del "Estado-como-agente" represente una negación del papel de aquellos individuos o grupos que actúan como los encargados concretos de tomar decisiones.[174]

A pesar de estas críticas, el realismo se ubica como el intento más importante, hasta el momento, por aislar y centrarse en una variable clave del comportamiento político —es decir, el poder— y por desarrollar una teoría de las relaciones internacionales. Aunque sólo sea como consecuencia de haber establecido sus premisas de forma tan audaz, el realismo ha

pintado un paisaje teórico global con agudos contornos que puede ser (como lo ha sido) modificado por otra generación de creadores de teorías. En palabras de Robert O. Keohane: "El realismo suministra un buen punto de arranque para el análisis de la cooperación y la discordia, dado que su estructura tautológica y sus presupuestos pesimistas acerca del individuo y el comportamiento del Estado sirven como barreras contra el optimismo infundado".[175] Según R. B. J. Walker, el realismo político debería considerarse "menos una posición teórica coherente por derecho propio que el lugar de una gran cantidad de reclamos discutidos y disputas metafísicas".[176] Por ejemplo, el realismo, señala Walker, y como lo ilustra este capítulo, contiene tradiciones estructurales e historicistas. En una medida mucho mayor que sus predecesores, los estudiosos realistas de las relaciones internacionales intentan construir la teoría a partir de datos históricos. Además de sus esfuerzos por determinar cómo los agentes nacionales se comportaban de hecho, los realistas desarrollaron un cuerpo de teoría normativa con prescripciones dirigidas especialmente a los encargados de trazar políticas. Al haber aislado lo que consideraban que eran determinantes importantes del comportamiento político en el pasado, compararon la política internacional contemporánea con un modelo basado en su estudio de la historia. Los problemas a los cuales se abocaba el pensamiento realista —la interacción y comportamiento de los seres humanos como encargados de tomar decisiones, la naturaleza del poder, las metas de la política exterior, las técnicas de medición y administración del poder, el efecto de los factores ambientales en el comportamiento político, los fines y prácticas que deben guiar a los líderes políticos y el efecto de las estructuras de los sistemas internacionales alternativos— son centrales tanto para el estudio de la política internacional como para la práctica del arte de gobierno.

Otros enfoques se dirigen a problemas similares. Las teorías sociopsicológicas del comportamiento internacional se han centrado en el estudio del poder. En la teoría de los sistemas, el estudio de las relaciones de demanda-respuesta abarca los esfuerzos de una unidad nacional por influir en una o más de otras unidades nacionales, sea en situaciones conflictivas o colaborativas. El estudio de la toma de decisiones es esencialmente un examen de la interpretación en un caso dado de interés nacional. El sistema de toma de decisiones, al igual que todos los sistemas sociales, es "abierto", es decir, sometido a una variedad de ingresos desde su entorno. De allí que el entorno, o ecología política, se vuelve importante no sólo para los realistas, sino también para los estudiosos de la teoría de los sistemas como condicionante potencial del comportamiento político. En suma, además de su contribución a la teoría de las relaciones internacionales, el realismo suministra un gran número de propuestas acerca del comportamiento político que pueden estar sometidas a ulterior examen con el uso de otros marcos y metodologías. Sin embargo, los universitarios y los analistas políticos se han sentido forzados a buscar una teoría que supere al realismo. Un resultado ha sido la adaptación del concepto de "sistema" en la ciencia política en general y en las relaciones internacionales en especial. Ahora nos ocuparemos de esto.

NOTAS AL CAPÍTULO 3

[1] George F. Kennan: "Morality and Foreign Policy", *Foreign Affairs* (invierno de 1985-1986), p. 206.

[2] Robert E. Osgood: *Ideals and Self-Interest in America's Foreign Relations* (Chicago, University of Chicago Press, 1953), p. 22.

[3] Ver Frederick L. Schuman: *International Politics*, 4ª ed. (Nueva York, McGraw Hill, 1969), p. 271; Klaus Knorr: *The War Potential of Nations* (Princeton, Princeton University Press, 1956). Para un análisis de los diversos componentes del poder nacional, ver Klaus Knorr: *Power and Wealth: Military Power and Potential* (Lexington, Mass., D. C. Heath, 1970).

[4] Nicholas J. Spykman: *America's Strategy in World Politics* (Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1942), p. 11.

[5] Hans J. Morgenthau: *Politics Among Nations*, 4ª ed. (Nueva York, Knopf, 1967), pp. 25-26.

[6] Robert Strausz-Hupé y Stephan T. Possony: *International Relations* (Nueva York, McGraw Hill, 1954), pp. 5-6.

[7] Arnold Wolfers, *Discord and Collaboration* (Baltimore, Johns Hopkins Press, 1962), p. 103.

[8] John W. Burton: *International Relations: A General Theory* (Nueva York, Cambridge University Press, 1967), p. 46.

[9] Robert Gilpin: *War and Change in World Politics* (Nueva York, Cambridge University Press, 1981), p. 46.

[10] Charles P. Kindleberger: *Power and Money: The Politics of International Economics and the Economics of International Politics* (Nueva York, Basic Books, 1970), pp. 56, 65.

[11] Ibídem, p. 56.

[12] Klaus Knorr: *The Power of Nations: The Political Economy of International Relations* (Nueva York, Basic Books, 1975), p. 3. Ver también del mismo autor: *Power and Wealth: Military Power and Potential* (Lexington, Mass., D. C. Heath, 1970); *On the Uses of Military Power in the Nuclear Age* (Princeton, Princeton University Press, 1966).

[13] Klaus Knorr: *The Power of Nations: The Political Economy of International Relations*, op. cit., p. 4.

[14] Ibídem.

[15] Ibídem, p. 10.

[16] David A. Baldwin: "Power Analysis and World Politics: New Trends versus Old Tendencies", *World Politics*, XXXI, Nº 2, (enero de 1979), p. 177. Ver también Oran E. Young: "Interdependencies in World Politics", *International Journal* (otoño de 1969), pp. 726-750.

[17] David Baldwin: "Interdependence and Power: A Conceptual Analysis", *International Organization*, vol. 34, Nº 4 (otoño de 1980), p. 499.

[18] James A. Caporaso: "Dependence, Dependency and Power in the Global System", *International Organization*, vol. 32 (invierno de 1978), p. 32.

[19] Norman Z. Alcock y Alan G. Newcombe: "The Perception of National Power", *Journal of Conflict Resolution*, XIV, Nº 3 (septiembre de 1970), p. 342.

[20] Thomas L. Saaty y Mohamad W. Khowja: "A Measure of World Influence", *Journal of Peace Science*, 2, Nº 1 (primavera de 1976), pp. 44-45.

[21] Jeffrey Hart: "Three Approaches to the Measurement of Power in International Relations", *Internacional Organization*, 30, Nº 2 (primavera de 1976), página 293.

[22] Ver, por ejemplo, K. J. Holsti: "The Concept of Power in the Study of International Relations", *Background*, 7 (febrero de 1964), p. 182.

[23] Michael P. Sullivan: *International Relations: Theories and Evidence* (Englewood Cliffs, N. J. Prentice-Hall, 1967), p. 193.

[24] K. J. Holsti: *International Politics: A Framework for Analysis* (Englewood Cliffs, N. J. Prentice-Hall, 1967), p. 193.

[25] Ibídem, pp. 194-195.

[26] Ver, por ejemplo, Jack H. Nagel: *The Descriptive Analysis of Power* (New Haven y Londres, Yale University Press, 1975), p. 11; Robert A. Dahl: "Cause and Effect in the Study of Politics" en Daniel Lerner: "Power" en *International Encyclopedia of the Social Sciences* (Nueva York, The Free Press, 1968).

[27] Robert J. Lieber: *Theory and World Politics* (Cambridge, Mass., Winthrop, 1972), p. 93.

[28] Karl W. Deutsch: *The Analysis of International Relations*, 2ª ed. (Englewood Cliffs, N. J. Prentice-Hall, 1978), pp. 45-46.

[29] David A. Baldwin: "Power Analysis and World Politics: New Trends versus Old Tendencies", *World Politics*, XXXI, Nº 2 (enero de 1970), pp. 161-194.

[30] Jeffrey Hart: "Three Approaches to the Measurement of Power in International Relations", *International Organization*, Vol. 30, Nº 2 (primavera de 1976), pp. 289, 303.

[31] Jack H. Nagel: *The Descriptive Analysis of Power*, p. 122.

[32] Herbert Simon, "Notes on the Observation and Measurement of Power" y Roderick Bell: "Political Power: The Problem of Measurement", en Roderick Bell, David V. Edwards y R. Harrison Wagner, comps.: *Political Power: A Reader in Theory and Research* (Nueva York, The Free Press, 1969), pp. 26-27.

[33] Jacek Kugler y William Domke: "Comparing the Strength of Nations", *Comparative Political Studies*, Vol. 19, Nº 1 (abril de 1986), pp. 39-69.

[34] Ha habido diversos esfuerzos por medir los niveles respectivos de fuerza de Estados Unidos y la Unión Soviética. Incluyen a John M. Collins: *America and Soviet Military Trends Since the Cuban Missile Crisis* (Washington, The Center for Strategic and International Studies, Georgetown University, 1978); Ray S. Cline: *World Power Assessment* (Boulder, Colo., Westview Press, 1977); *The Military Balance* (Londres, International Institute for Strategic Studies, publicado anualmente); *Jane's Ships and Jane's Missile System* (Londres, Jane's Yearbooks, publicado anualmente); *Strategic Survey* (Londres, International Institute for Strategic Studies, publicado anualmente).

[35] George Liska: *Quest for Equilibrium: America and the Balance of Power on Land and Sea* (Baltimore y Londres, Johns Hopkins University Press, 1977), página 212.

[36] Steven Brams: *Superpower Games: Applying Game-Theory to the Superpower Conflict* (New Haven, Yale University Press, 1985). Ver también Klaus Knorr: *The Power of Nations: The Political Economy of International Relations*, p. 11. Ver, también, del mismo autor: *Power and Wealth: Military Power and Potential*; *On the Uses of Military Power in the Nuclear Age* (Princeton, Princeton University Press, 1966). Wayne H. Ferris: *The Power Capabilities of Nation-States: International Conflict and War* (Lexington, Mass., D. C. Heath, 1973).

[37] Brams: op. cit., p. 267.

[38] Thucydides: *History of the Peloponnesian War*, comp. M. I. Finley, trad. Rex Warner (Harmondsworth, Penguin, 1972), p. 49.

[39] Thomas Hobbes: *Leviathan*, compilado y con una introducción de Michael Oakeshott (Oxford, Basil Blackwell, 1946), p. 64.

[40] Ibídem, p. 109.

[41] Ibídem.

[42] G. W. F. Hegel: *Philosophy of Right* (Oxford, Clarendon, 1942), p. 264; Friederich Meinecke: *Machiavellism: The Doctrine of Raison d'Etat and Its Place in Modern History* (Nueva York, Praeger, 1965), p. 360.

[43] Max Weber: *Economy and Society*, comp. Guenther Roth y Claus Wittich (2 vols.) (Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1978), p. 911.

[44] Al discutir la deuda intelectual de los realistas con Niebuhr, Kennan se refería a él como "el padre de todos nosotros". Ver Kenneth W. Thompson: *Political Realism and the Crisis of World Politics: An American Approach to Foreign Policy* (Princeton, Princeton University Press, 1960), pp. 23-25.

[45] Harry K. Davis y Robert C. Good, comps.: *Reinhold Niebuhr on Politics:*

His Political Philosophy and Its Application to Our Age as Expressed in His Writings (Nueva York, Scribner's, 1960), p. 75.

[46] "Entonces, desde el punto de vista cristiano, que el hombre se comprenda a sí mismo significa realmente que él es comprendido, empezar con la fe de que se comprende más allá de sí mismo, que es conocido y amado por Dios y debe encontrarse a sí mismo en términos de obediencia a la voluntad divina. Esta relación de la voluntad divina con la humana hace posible que el hombre se vincule con Dios sin pretender ser Dios y que acepte su distancia de Dios como una creación, sin creer que el mal de su naturaleza es causado por su finitud." Davis y Good: *Christianity and Power Politics* (Nueva York, Scribner's, 1940), p. 64 y su *Christian Realism and Political Problems* (Nueva York, Scribner's, 1953).

[47] Harry K. Davis y Robert C. Good, comps.: op. cit., p. 77.

[48] Reinhold Niebuhr: *Moral Man and Immoral Society* (Nueva York, Scribner's, 1947), pp. xi-xii.

[49] Reinhold Niebuhr: *The Irony of American History* (Nueva York, Scribner's, 1952), p. 2. Ver, también, Gabriel Fackre: *The Promise of Reinhold Niebuhr* (Filadelfia, Lippincott, 1970), pp. 60-64 Charles Burton Marshall: *The Limits of Foreign Policy* (Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1954).

[50] Ibídem, p. 2.

[51] Reinhold Niebuhr: "The Illusion of World Government", *Bulletin of the Atomic Scientists*, V (octubre de 1949), p. 290. Ver, también, Charles Burton Marshall: op. cit., p. 122. "El gobierno legítimo, recordémoslo, debe descansar en una tradición de realeza o aristocracia o en un consenso popular... Así las propuestas de resolver todos los problemas a través de la magia del gobierno mundial invariablemente son vagas respecto del problema subyacente más grave del gobierno: cómo hacerlo legítimo.")

[52] Reinhold Niebuhr: *The Irony of American History*, op. cit., p. 40.

[53] Ibídem, p. 148.

[54] David y Good, comps.: op. cit., p. 65.

[55] Reinhold Niebuhr: *Christian Realism and Political Problems*, op. cit., p. 36 y Reinhold Niebuhr: "Coexistence or Total War", *Christian Century*, LXXI (18 de agosto de 1954), pp. 972-074.

[56] Reinhold Niebuhr: *The Irony of American History*, op. cit., p. 35; Reinhold Niebuhr y Alan Heimert: *A Nation So Conceived* (Nueva York, Scribner's, 1963), pp. 129-130, 144 (donde aparece la pregunta anterior) y Reinhold Niebuhr: "American Hegemony and the Prospects for Peace", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, CCCXLII (julio de 1962), p. 156.

[57] Nicholas J. Spykman: op. cit., p. 7; Nicholas J. Spykman y Abbie A. Rollins: "Geographic Objectives in Foreign Policy", *American Political Science Review*, XXXIII (junio de 1939), p. 392.

[58] "El Viejo Mundo es dos veces y media más grande que el Nuevo Mundo y contiene siete veces su población. Es cierto que, en la actualidad, la productividad industrial está casi igualmente dividida, pero en términos de autosuficiencia, el continente euroasiático con los continentes vinculados de África y Australia está en una posición mucho más fuerte. Si las masas terrestres del Viejo Mundo pueden quedar bajo el control de unos pocos estados y, así, organizadas de tal forma que queden grandes fuerzas desequilibradas disponibles para ejercer presión a través de los frentes oceánicos, las Américas se verán política y estratégicamente rodeadas." Spykman: op. cit., pp. 447-448.

[59] Ibídem, p. 460.

[60] Ibídem, p. 472. La idea de que el equilibrio de poder en Asia, tanto como en Europa, es un ingrediente esencial del interés nacional de Estados Unidos fue ulteriormente adelantada por Walt W. Rostow en *The United States in the World Arena* (Nueva York, Harper & Row, 1960), Apéndice A, pp. 543-550.

[61] Hans J. Morgenthau: *Politics Among Nations*, 5ª ed. rev. (Nueva York, Knopf, 1978), p. 4. Para una evaluación retrospectiva de la filosofía política de Morgenthau, ver Kenneth Thompson y Robert J. Myers, comps.: *Truth and Tragedy: A Tribute to Hans J. Morgenthau*, edición aumentada (New Brunswick, Estados Unidos, y Londres, Reino Unido, Transaction Books, 1984).

[62] Ibídem, p. 5.

[63] Ibídem.

[64] Hans J. Morgenthau: "Another 'Great Debate': The National Interest of the United States", *American Political Science Review*, LXVI (diciembre de 1952), p. 961.

[65] Ibídem; ver, también, Hans J. Morgenthau: "In Defense of the National Interest of the United States", *American Political Science Review*, LXVI (diciembre de 1952), p. 961.

[66] Hans J. Morgenthau: *Politics Among Nations*, pp. 11-14.

[67] Ibídem, p. 10.

[68] Ibídem, p. 11.

[69] Ibídem.

[70] Ibídem, p. 12.

[71] Ibídem, p. 36.

[72] Ibídem, p. 43.

[73] Ibídem, p. 58.

[74] Ibídem, p. 64.

[75] Ibídem, p. 77.

[76] Ibídem, p. 78.

[77] Ibídem, pp. 226-227.

[78] Ver, por ejemplo, Harold Nicolson: *Diplomacy*, 3ª ed. (Nueva York, Harcourt, Brace and Company, 1963); *Evolution of Diplomatic Method* (Nueva York, Macmillan, 1962); *The Congress of Vienna* (Londres, Contable, 1946); Morgenthau: *Politics Among Nations*, pp. 540-548.

[79] George F. Kennan: *Realities of American Foreign Policy* (Princeton, N.J., Princeton University Press, 1954), p. 11.

[80] George F. Kennan: *American Diplomacy, 1900-1950* (Nueva York, Mentor Books, 1957), pp. 93-94. Ver, también, Charles Burton Marshall: op. cit., p. 56; "...Nuestra experiencia nacional ha sido tal como para arraigar en nuestra mente un exceso de confianza en la eficacia política de los documentos, en la capacidad de los hombres de Estado para resolver el futuro por acuerdo con la palabra escrita".

[81] George F. Kennan: *Realities of American Foreign Policy*, p. 13.

[82] Ibídem, p. 14.

[83] Ibídem, p. 16.

[84] Ibídem, p. 48.

[85] George F. Kennan: "World Problems in Christian Perspective", *Theology Today*, XVI (julio de 1959), pp. 155-172.

[86] George F. Kennan: *American Diplomacy*, p. 87.

[87] George F. Kennan: *Realities of American Foreign Policy*, p. 48.

[88] Ibídem, p. 36.

[89] George F. Kennan: "History and Diplomacy as Viewed by a Diplomatist", *Review of Politics*, XVIII (abril de 1956), p. 173.

[90] George F. Kennan: "World Problems in Christian Perspective", p. 156.

[91] George F. Kennan: *Russian and the West under Lenin and Stalin* (Nueva York, Harper & Row, 1958), p. 367.

[92] George F. Kennan: *American Diplomacy*, p. 96.

[93] George F. Kennan: *The Cloud of Danger: Current Realities of American Foreign Policy* (Boston, Little, Brown, 1977), p. 34.

[94] George F. Kennan: *The Cloud of Danger: Current Realities of American Foreign Policy* (Boston, Little, Brown, 1977), p. 34.

[95] George F. Kennan: *Realities of American Foreign Policy*, pp. 63-64.

[96] George F. Kennan: "X" "The Sources of Soviet Conduct", *Foreign Affairs*, XXV (julio de 1947), p. 514. Charles Burton Marshall estaba sustancialmente de acuerdo cuando escribió: "La mayor esperanza reside en crear las circunstancias para una acentuación del dilema dentro del marco soviético, eventualmente para inclinarlo a la adaptación y, a partir de allí, hacia su propia transformación". Op. cit., p. 97.

[97] George F. Kennan: *Russian, The Atom and the West*, pp. 41-45.

[98] Ibídem, p. 200. La envejecida dirigencia soviética no "es dada al apuro

o las políticas aventuradas. Dirige y está profundamente comprometida con una estructura de poder y especialmente una alta burocracia" (pp. 199-200), que no entraría en conflicto fácilmente con Estados Unidos.

[99] George F. Kennan: *The Cloud of Danger: Current Realities of American Foreign Policy*, pp. 159-160.

[100] Barton Gellman: *Contending with Kennan: Toward a Philosophy of American Power* (Nueva York, Praeger Special Studies, 1985), p. 121.

[101] Ibídem, p. 27.

[102] Uri Ra'anan: "Elder Statesman's Primer", *Strategic Review* (invierno de 1978), pp. 80-81.

[103] George F. Kennan: *Russia, the Atom and the West*, pp. 676-71.

[104] George F. Kennan: *Memoirs, 1925-1950* (Boston, Little, Brown, 1967), página 367.

[105] Ibídem, p. 230.

[106] George F. Kennan: "Morality and Foreign Policy", *Foreign Affairs* (invierno de 1985-1986), p. 206.

[107] Ver Richard Rovere: "Containers", *The New Yorker* (8 de agosto de 1977), pp. 70-73.

[108] George F. Kennan: *The Cloud of Danger: Current Realities of American Foreign Policy*, p. 229.

[109] Arnold Wolfers: *Discord and Collaboration: Essays on International Politics* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1962), p. 9.

[110] Ibídem, p. 73.

[111] Ibídem, pp. 147-165.

[112] Ibídem, p. 58.

[113] Henry A. Kissinger: *A World Restored-Europe After Napoleon. The Politics of Conservatism in a Revolutionary Age* (Nueva York, Grosset and Dunlap, 1964).

[114] Stephen R. Braubard: *Kissinger: Portrait of a Mind* (Nueva York, Norton, 1974), p. 11. Graubard señala que la tesis doctoral de Kissinger "no podría haber sido escrita en muchas otras universidades de Estados Unidos, no debido a que las demás carecieran de una biblioteca de la distinción de la de Harvard, sino porque no tenían ni la tradición ni la seguridad en sí mismas que les permitieran dejar que muchos de sus alumnos fueran libres. En un departamento organizado de forma más convencional, se podrían haber planteado preguntas acerca de la apropiado del tema de Kissinger para una tesis o acerca de los procedimientos de investigación que planeaba emplear. Ninguna de las preguntas se mencionó en el Departamento de Gobierno, que entonces, a principios de los años cincuenta, era una libre confederación de varias disciplinas dispares, presidida por un hombre que no interfería demasiado con aquello que sus colegas consentían" (p. 15).

[115] Henry A. Kissinger: op. cit., p. 1.

[116] Ibídem, p. 2.

[117] Ibídem, p. 1.

[118] Ibídem.

[119] Ibídem, p. 4.

[120] Henry A. Kissinger: *Nuclear Weapons and Foreign Policy* (Nueva York, Harper & Row, 1961), p. 16.

[121] Henry A. Kissinger: *The Necessity for Choice* (Nueva York, Harper & Row, 1961), p. 63.

[122] Henry A. Kissinger: *Nuclear Weapons and Foreign Policy*, p. 89.

[123] Ibídem, p. 84.

[124] Henry A. Kissinger: *The Necessity for Choice*, p. 65.

[125] Ibídem, p. 65.

[126] Ibídem, p. 170.

[127] *U.S. Foreign Policy for the 1970s: Shaping a Durable Peace.* Un informe al Congreso del presidente Nixon, Presidente de Estados Unidos, 3 de mayo de 1973 (Washington, U.S. Government Printing Office, 1973), pp. 232-233. Para una evaluación de Kissinger como encargado de trazar políticas, ver Sayom Brown: *The Crisis of Power: Foreign Policy in the Kissinger Years* (Nueva York, Columbia University Press, 1979), especialmente pp. 107-153.

[128] Henry A. Kissinger: *White House Years* (Boston, Little, Brown and Company, 1979), p. 55.

[129] Ibídem, p. 232.

[130] "The Nature of the National Dialogue", discurso ante la Conferencia Pacem in Terris III, Washington, 8 de octubre de 1973. Reimpreso en Henry A. Kissinger: *American Foreign Policy*, 2ª ed. (Nueva York, Norton, 1977), p. 126.

[131] Ibídem, p. 125.

[132] Peter W. Dickson: *Kissinger and the Meaning of History* (Cambridge, Cambridge University Press, 1978), p. 20.

[133] Henry A. Kissinger: "Domestic Structure and Foreign Policy", en *American Foreign Policy*, p. 12.

[134] Robert Strausz-Hupé: *Power and Community* (Nueva York, Praeger, 1956), p. 3.

[135] Robert Strausz-Hupé y Stafan T. Possony: *International Relations*, p. 11.

[136] Ibídem.

[137] Ibídem, p. 18.

[138] Robert Strausz-Hupé: *The Balance of Tomorrow* (Nueva York, Putnam's, 1945), p. 119.

[139] Ibídem, p. 173.

[140] Ibídem, p. 262.

[141] Ibídem, p. 234.

[142] Robert Strausz-Hupé, William R. Kintner, James E. Dougherty y Alvin J. Cortrell: *Protracted Conflict* (Nueva York, Harper & Row, 1959), pp. 8-9.

[143] Raymond Aron: *Peace and War* (Nueva York, Doubleday, 1966), p. 2. Para análisis contrastantes de los escritos de Aron sobre relaciones internacionales, ver Stanley Hoffman: *The State of War: Essays in the Theory and Practice of International Relations* (Nueva York, Praeger, 1965), pp. 22-53; Klaus Knorr y James N. Rosenau, comps.: *Contending Approaches to International Politics* (Princeton, Princeton University Press, 1969), pp. 129-143. Para un examen de Aron como intelectual ver Milton Viorst: "Talk with 'a Reasonable Man'", *New York Times Magazine* (5 de abril de 1970), p. 341.

[144] Ibídem, p. 178.

[145] Ibídem, p. 8.

[146] Ibídem, p. 16.

[147] Ibídem, p. 100.

[148] Ibídem, p. 94.

[149] Ibídem, p. 128.

[150] Ibídem, p. 36.

[151] Ibídem, p. 405.

[152] Ibídem, pp. 166-167.

[153] Ibídem, p. 366.

[154] Ibídem, p. 592.

[155] Stanley Hoffmann: "Raymond Aron and the Theory of International Relations", *International Studies Quarterly* (marzo de 1985), p. 21.

[156] Kenneth M. Waltz: *Theory of International Politics* (Reading, Mass., Eddison-Wesley Publishing Company, 1979).

[157] Gottfried-Karl Kindermann: "The Munich School of Neorealism in International Politics", manuscrito inédito, Universidad de Munich, 1985.

[158] Kindermann, pp. 10-11.

[159] Kindermann, p. 12.

[160] Waltz: *Theory of International Politics*, pp. 93-101.

[161] Ibídem, p. 81. Para un análisis adicional del concepto de anarquía y estructura de sistema, ver Barry Buzan: "Peace, Power and Security: Contending Concepts in the Study of International Relations", *Journal of Peace Research*, Vol. 21, Nº 2 (1984), pp. 109-125; Joseph M. Grieco: "Anarchy and the Limits of Cooperation: A Realist Critique of the Newest Liberal Institutionalism", *International Organization*, Vol. 12, Nº 3 (verano de 1988), pp. 485-507.

[162] Waltz: *Theory of International Politics*, pp. 60-67.

[163] Robert Gilpin: *War and Change in World Politics* (Nueva York, Cambridge University Press, 1981), pp. 9-11.
[164] Ibídem, p. 230.
[165] Ver, por ejemplo, Richard W. Mansbach y John A. Vasquez: *In Search of Theory: A New Paradigm for Global Politics* (Nueva York, Columbia University Press, 1981), caps. 1-3.
[166] John A. Vasquez: *The Power of Power Politics: A Critique* (New Brunswick, Rutgers University Press, 1983), p. 216.
[167] Ibídem, p. 223.
[168] Thomas I. Cook y Malcolm Moos, "The American Idea of International Interest", *American Political Science Review*, XLVII (marzo de 1953), p. 28.
[169] Stanley Hoffmann: *Contemporary Theory in International Relations* (Englewood Cliffs, N. J. Prentice-Hall, 1960), p. 33.
[170] Michael Joseph Smith: *Realist Thought from Weber to Kissinger* (Baton Rouge y Londres, Louisiana State University Press, 1986), p. 235.
[171] Cecil V. Crabb: *American Foreign Policy in the Nuclear Age* (Nueva York, Harper & Row, 1965), pp. 458-459.
[172] Hoffmann: op. cit., p. 32. Para una crítica más reciente de la teoría realista, ver Stanley Hoffmann: *Janus and Minerva: Essays in the Theory and Practice of International Politics* (Boulder, Colo., y Londres, Westview Press, 1987), especialmente pp. 70-85.
[173] Richard K. Ashley: "Poverty of Neorealism" en Robert O. Keohane, comp.: *Neorrealism and its Critics* (Nueva York, Columbia University Press, 1986).
[174] Robert G. Gilpin: "The Richness of the Tradition of Political Realism" en Robert O. Keohane, comp.: op. cit., pp. 316-321.
[175] Robert O. Keohane: *After Hegemony: Cooperation and Discard in the World Political Economy* (Princeton, N.J., Princeton University Press, 1984), página 245.
[176] R. B. J. Walker: "Realism, Change and International Political Theory", *International Studies Quarterly*, Vol. 31 (marzo de 1987), p. 67.

Capítulo 4

TEORÍAS SISTÉMICAS DE LA POLÍTICA Y DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Definición, naturaleza y enfoques de la teoría de los sistemas

Probablemente *sistema* es el término más ampliamente usado hoy en día en la bibliografía sobre ciencias políticas y relaciones internacionales. *Sistema* describe: 1) un marco teórico para la codificación de datos acerca de fenómenos políticos; 2) un conjunto integrado de relaciones basadas en un conjunto hipotético de variables políticas, por ejemplo, un sistema internacional que implica un gobierno no mundial; 3) un conjunto de relaciones entre variables políticas en un sistema internacional que se supone que ha existido, por ejemplo el sistema internacional de los años cincuenta y 4) cualquier conjunto de variables en interacción.

El análisis de sistemas describe una variedad de técnicas, tales como estudios de costo-eficiencia, que están pensados para permitir decisiones de elección racional respecto de la distribución de recursos. En la bibliografía de ciencia política, sin embargo, "análisis de sistemas" a menudo se ha utilizado indistintamente con "teoría de los sistemas", en la medida en que se emplea para describir marcos conceptuales y metodogías para entender el funcionamiento de sistemas políticos. Como lo ha sugerido Robert J. Lieber: "El análisis de sistemas es realmente un conjunto de técnicas para el análisis sistemático que facilita la organización de datos, pero que no posee ninguna meta ideal teórica. Por contraste, la teoría general de los sistemas incluye un conjunto integrado de conceptos, hipótesis y proposiciones, que (teóricamente) son ampliamente aplicables en todo el espectro del conocimiento humano".[1] Definimos la teoría de sistemas, o la teoría general de sistemas, como un conjunto de afirmaciones acerca de las relaciones entre variables independientes y dependientes en las cuales los cambios en una o más variables están acompañados o seguidos por cambios en otras variables o combinaciones de variables. Como la ha definido Anatol Rapoport: "Un todo que funciona como un todo en virtud de la interdependencia de sus partes es llamado sistema, y el método que apunta a descubrir cómo se produce esto en la más amplia variedad de sistemas se ha llamado teoría de los sistemas".[2] John Burton ha escrito que el concepto de sistema connota "relaciones entre unidades. Las unidades de un sistema son del mismo 'conjunto', con lo cual se quiere decir que tienen rasgos en común que permiten una relación particular".[3] El sistema nervioso humano, el motor de un automóvil, la cadena de hoteles Hilton, una nave espacial Apolo, el sistema de la Reserva Federal, un

tanque de peces en un proyecto experimental de ecología marina, y el "equilibrio de poder", todos ellos son sistemas.

Un sistema puede describirse en sus estados sucesivos. Puede estar organizado de manera suelta o rígida, ser estable o inestable. Un sistema estable exige un ingreso de poder relativamente considerable para que lo perjudique; un sistema inestable es más precario y su equilibrio se perturba con mayor facilidad. Todo sistema busca estabilizarse, mantenerse y volver después de la perturbación a algún tipo de equilibrio. El equilibrio mismo puede ser estable o inestable. Un equilibrio estable es capaz de absorber nuevos componentes y procesar una variedad de ingresos mientras continúa funcionando normalmente, ajustándose a cambios y corrigiendo su comportamiento al hacer que las reacciones adecuadas sean "retroalimentación negativa" (es decir, información que se está desviando de su curso).

Los sistemas menores (o subsistemas) pueden existir dentro de los sistemás más grandes. Según John Burton: "Mientras el subsistema es un sistema en sí mismo que puede ser aislado (si bien en el aislamiento su importancia funcional no siempre será evidente), un nivel del sistema se refiere a un complejo de relaciones que comprenden todas las unidades en dicho nivel. Los sistemas tienen diferentes rasgos en diferentes niveles".[4] Todo sistema tiene fronteras que lo distinguen de su entorno operativo. Todo sistema, en algún sentido, es una red de comunicaciones que permite que el flujo de información lleve a un proceso de autoajuste. Todo sistema tiene ingresos y egresos; el egreso de un sistema puede volver a entrar en dicho sistema como ingreso o lo que se denomina retroalimentación.

Estrechamente vinculado con la teoría de los sistemas ha estado el término *interdependencia,* usado para caracterizar relaciones en un sistema internacional global. En tal concepción, la emergencia de un sistema verdaderamente global por primera vez en la historia exige un enfoque "geocéntrico" más que "etnocéntrico" del estudio de las relaciones internacionales.[5] J. David Singer sugiere: "Por sistema social... no quiero decir más que una suma de seres humanos (más su medio físico) que son lo suficientemente interdependientes como para compartir un destino común... o para que las acciones de algunos de ellos afecten las vidas de muchos".[6] Citando aprobatoriamente la definición de sistema de Singer, Ernst Haas sostiene que los sistemas son simplemente "taxonomías diseñadas por el investigador para permitir la especificación de acontecimientos no azarosos planteados como hipótesis y tendencias, en la esperanza de dar un mapa gradual de la realidad. Si todos usaran la estructura en este sentido, no tendríamos problema alguno".[7]

Según Robert O. Keohane y Joseph S. Nye, la interdependencia siempre acarrea costos "dado que la interdepedencia restringe la autonomía, pero es imposible especificar *a priori* si los beneficios de una relación excederán los costos. Esto dependerá de los valores de los agentes tanto como de la naturaleza de la relación".[8] Los mismos autores conceptualizan la interdependencia como caracterizada por dos dimensiones: la sensibilidad y la vulnerabilidad. "La sensibilidad implica grados de respuesta dentro de un marco político. ¿Cuán rápido los cambios en un país acarrean costosos cambios en otro y cuán grandes son los efectos costosos?"[9] Sugieren que "la vulnerabilidad puede ser definida como la capacidad de un agente de sufrir costos impuestos por acontecimientos externos, aun después de que las políticas se han alterado".[10] La interdependencia, con su sensibilidad y vulnerabilidad, puede ser social, política, económica, militar o ideológica por naturaleza, como lo demuestran Keohane y Nye en su análisis. Se deduce que la interdependencia no es simétrica. Como lo sugiere R. Harrison Wagner, una relación interdependiente entre partes que no son iguales es probable que se caracterice ya por la "dependencia", definida como necesidad, ya por la "asimetría", que se refiere a una situación en la cual "una parte necesita los beneficios derivados de una relación más que la otra".[11] A su vez, la interdependencia como concepto está estrechamente relacionada con la teoría del poder y la dependencia, tratadas respectivamente en los capítulos 3 y 6.

También el término *interacción* es ampliamente usado en los estudios de relaciones internacionales y especialmente en la teoría de los sistemas. Cuanto más grande es el nivel de interdependencia, mayor es la cantidad de interacción. Los sistemas son modelos hipotéticos de interacción. En la medida en que crece el nivel de interdependencia y la cantidad de interacción, la complejidad del sistema aumenta. La interdependencia y la interacción, a su vez, al igual que la teoría de los sistemas mismos, están estrechamente relacionadas con la teoría de la integración, que se trata en el Capítulo 10. La interacción consiste no sólo en las demandas y respuestas —las acciones— de las naciones-estado, las organizaciones internacionales y otros agentes no estatales, sino también en transacciones a través de las fronteras nacionales, incluido el comercio, el turismo, la inversión, la transferencia de tecnología y el flujo de ideas en sentido más amplio.

Examinando el sistema internacional de fines del siglo XX, Andrew M. Scott caracteriza la interacción de la siguiente forma:

> Miles de agentes introducen acciones en el escenario internacional al mismo tiempo, y esas acciones se desvían, suman y combinan de diversas formas entre sí... En un proceso sumatorio no dirigido, el comportamiento de los agentes individuales es deliberado, pero el proceso como un todo no conoce fin alguno y no está bajo ninguna dirección general... Un proceso que sólo está en parte bajo control no se vuelve inmóvil porque el elemento de control haya cesado de ser adecuado, sino que más bien continúa funcionando y produce resultados de los cuales sólo algunos son deliberados.[12]

En resumen, los problemas, o ingresos, en el sistema internacional se están multiplicando más rápido de lo que pueden encontrarse soluciones, de manera que esto lleva a la sobrecarga de los sistemas. Los modelos de interdependencia e interacción se vuelven más complejos como resultado del efecto generalizado de la tecnología en el sistema internacional. En tales condiciones, se supone hipotéticamente que los "requisitos estructurales" —es decir, aquellas necesidades que deben satisfacerse para que un sistema funcione eficazmente— se vuelven más numerosos.[13]

La interdependencia y la interacción suministran puntos focales para muchos escritores a fin de explicar la transformación de los sistemas. La formación por primera vez en la historia de un sistema internacional global a fines del siglo XX, en lugar del sistema eurocéntrico que duró desde el Tratado de Westfalia en 1648 a la Segunda Guerra Mundial, está vinculado con la difusión global de la tecnología. Edward L. Morse se refiere a los efectos dobles de la modernización como "la emergencia de ciertas formas de interdependencia entre un gran conjunto de estados y la naturaleza transnacional del sistema internacional".[14] Aquí, la interdependencia se define como "el resultado de acciones especificadas de dos o más partes (en nuestro caso, de gobiernos) cuando los resultados de estas acciones son mutuamente contingentes". Morse plantea una serie de proposiciones acerca de la interdependencia dentro del sistema internacional. Por ejemplo, cuanto más grande es el grado de interdependencia, mayor es la probabilidad de crisis. "La interdependencia no sólo da origen a crisis y a diversas formas de vinculación, también aumenta el potencial de que cualquier parte manipule una crisis para sus propios fines internos o de política exterior."[15]

Otros escritores han buscado definir la interdependencia y afirmar el alcance hasta el cual, especialmente a fines del siglo XX, están surgiendo o declinando los niveles de interdependencia. Según Hayward Alker, "una definición sintética y multifacética de la interdependencia es posible". La interdependencia es una "relación social entre dos o más agentes de estados diferentes observable en términos de interacciones concretas o anticipadas entre ellos".[16] Richard Rosecrance y Arthur Stein consideran la interdependencia, en el sentido más general, como algo que consiste en "una relación de intereses tales que si la posición de una nación cambia, otros estados se verán afectados por tal cambio" o, en un sentido económico, "hay interdependencia cuando hay una 'sensibilidad' nacional aumentada a los desarrollos económicos externos".[17] Ellos comparten la conclusión de Karl Deutsch y sus asociados (ver Capítulo 10) de que los niveles de transacciones, especialmente el comercio, en el escenario internacional, respecto de aquellos que hay dentro de los estados, han estado declinando en gran parte del siglo XX. El crecimiento en el sector de servicios, más pronunciado en los estados altamente industrializados, ha sido subestimado en los cálculos del PBN para períodos anteriores, especialmente en el siglo anterior. Los autores señalan una paradoja en el sistema internacional contemporáneo: "La integración vertical de procesos nacionalistas ha llegado a un nuevo pico. La interacción horizontal de los procesos transnacionales es más alta que en cualquier momento desde la Primera Guerra Mundial".[18]

Si bien en la generación pasada la teoría de los sistemas había tenido una gran influencia en el estudio de la política, la idea de los sistemas no era desconocida para autores políticos anteriores. Por ejemplo, Thomas Hobbes en el Capítulo 22 del *Leviatán* habla de sistemas.[19] Los modernos estudiosos de las políticas han adaptado el concepto de sistema de las ciencias físicas y de las ciencias sociales, en las cuales la teoría de los sistemas ha tenido un gran impacto.

Uno de los exponentes más importantes de la teoría general de los sistemas (TGS) es Ludwig von Bertalanffy, quien durante largo tiempo fue profesor de biología teórica de la Universidad de Alberta, Canadá; su trabajo en este campo data de los años veinte. Sugiere que la especialización siempre creciente de la ciencia moderna engendra fragmentación entre las disciplinas: "El físico, el biólogo, el psicólogo y el especialista en ciencias sociales están, por así decirlo, encapsulados en su universo privado y es difícil pasar una palabra de una cápsula a la otra".[20] El crecimiento de las disciplinas y la mayor especialización académica amenazan con fragmentar la comunidad científica en enclaves aislados incapaces de comunicarse entre sí. La teoría general de los sistemas representa una respuesta a este problema. Rapoport sugiere que la teoría de los sistemas tiene el potencial de restablecer enfoques que subrayen la relación funcional entre partes y todo sin sacrificar el rigor científico. Las analogías establecidas o conjeturadas en la teoría de los sistemas no son meras metáforas. Según Rapoport, están arraigadas en correspondencias concretas entre sistemas o teorías de sistemas.[21] Bertalanffy discierne similares puntos de vista y concepciones en diversos campos.

La disciplinas tales como la física y la química estudian fenómenos de interacción dinámica. En biología hay problemas de naturaleza orgánica. En tales disciplinas aparentemente tan diferentes, es esencial, según Bertalanffy, "estudiar no sólo partes y procesos aislados, sino los problemas esenciales que son las relaciones organizativas que resultan de la interacción dinámica y hacen que el comportamiento de las partes sea diferente según se lo estudie aisladamente o dentro del todo".[22]

En resumen, Bertalanffy, al igual que Rapoport, ve similitudes estructurales o isomorfismo[23] en los principios que gobiernan el comportamiento de entidades instrínsecamente diferentes. Esto ocurre porque en ciertos aspectos son "sistemas", es decir, "complejos de elementos que soportan la interacción". Debido a tales similitudes, la teoría general de los sistemas ofrece una "herramienta útil que *suministra*, por un lado, modelos que pueden utilizarse en diferentes campos y transferirse a ellos y *salvaguarda*, por el otro, de vagas analogías que a menudo han arruinado el progreso en estos campos".[24] Según Peter Nettl, la teoría general de los sistemas "es un intento por explorar los isomorfismos estructurales y los homeomorfismos entre los sistemas".[25]

Como lo ha señalado Jerome Stephens, el valor de la teoría de los sistemas, en el sentido más estricto, descansa en la medida en la cual pueden encontrarse isomorfismos, o identidades estructurales, entre los fenómenos políticos y entre los sistemas sociales, físicos y biológicos. "En las relaciones internacionales, tanto como en la ciencia política, no se han establecido isomorfismos, y los cambios que se han hecho en la TGS desde su inicio no han sido tampoco beneficiosos para ayudarnos a encontrar relaciones isomórficas, al igual que no lo era la formulación original."[26] En consecuencia, el valor de la teoría de los sistemas ha derivado de la conceptualización que se dice que ofrece a fin de evaluar la capacidad de las estructuras alternativas para cumplir varias funciones. Tales estructuras, como lo han observado muchos autores, pueden incluir agentes no estatales tales como alianzas, empresas multinacionales, organizaciones reli-

giosas y otros grupos que, en su configuración y alcance, trascienden las fronteras del Estado.[27]

Sistemas e interdependencia en cascada

Se dice que a fines del siglo xx, el sistema internacional ha entrado en la era que James M. Rosenau denomina "interdependencia en cascada", basada en modelos de interacción en rápido cambio entre fenómenos tales como "escasez de recursos, subagrupamiento, la eficacia de los gobiernos, los temas transnacionales y la aptitud del público".[28] Tomados en conjunto, el acceso a la conciencia política y la afirmación de grupos anteriormente inactivos y su coalescencia; el efecto profundo de la tecnología en formas tales como la revolución informativa y de las comunicaciones; la creciente disponibilidad o difusión de las tecnologías de la guerra o la paz; la ampliación y profundización de las transacciones económicas y de otro tipo que tuvieron como resultado tanto soluciones conflictivas y cooperativas, apunta a lo que Rosenau llama "tensiones entrelazadas que, al estar entrelazadas, sacan fuerza y dirección la una de la otra y se derraman en cascada a través de todo el sistema global".[29] El surgimiento de subgrupos significa que la lealtad de los individuos ha sido transferida de una entidad mayor a una menor, con un consecuente debilitamiento de la autoridad del estado-nación establecido. La "crisis de autoridad" a la cual se refiere Rosenau disminuye la utilidad de concebir el Estado como un punto focal apropiado para construir la teoría. Es a la vez inadecuado y engañoso referirse al "sistema de los estados". Por el contrario, el efecto de la interdependencia en cascada consiste en distribuir poder de forma errática entre entidades estatales y numerosos subsistemas en varios niveles.[30] Tal es el sentido de la interdependencia en cascada, que los individuos y los grupos ocupen diversos papeles en sistemas diferentes, incluidos sistemas de los cuales anteriormente pueden haber sido miembros, tanto como de aquellos en los cuales están participando concretamente como encargados de trazar políticas oficiales o en puestos privados. Los modelos de interacción resultantes crean lo que Rosenau llama conflictos de papeles (*roles*), reflejados en los "valores, capacidades e historias que diferencian los diversos sistemas en los cuales está situado el puesto encargado de trazar políticas".[31] Se considera que los papeles contienen expectativas sostenidas por los participantes, tanto respecto de sí mismos como de otros con los cuales estén tratando. El hecho de que los que desempeñan papeles como encargados de trazar políticas consideren una variedad de resultados del proceso interactivo en el cual están comprometidos respecto de un tema político, les da importancia a los libretos como puntos de interés centrales. Para citar a Rosenau:

> Los [libretos de acción] son... la base sobre la cual el público participa en la vida global, con opciones entre varios libretos que subyacen al nivel en el cual son activos y la dirección que toman sus acciones colectivas. Planteado de forma más enfática, los libretos de papeles están entre los entendimientos y valores básicos que se transmiten a través de la socialización política y que sostienen a las colectividades a través de generaciones... Pongámoslo todavía de otra forma, la tarea del liderazgo es la de vender guiones de acción, lograr que el público considere el propio conjunto de guiones más viable y válido que cualquier otro que pueda encontrar obligatorio.[32]

En la formulación de Rosenau, la existencia de libretos de acción compartidos acerca de cómo las colectividades o los sistemas resuelven sus problemas es lo que los mantiene unidos. La emergencia de una cascada de libretos de acción interactiva diferentes, basados en libretos de papeles cambiantes, es lo que aparece en el centro de la crisis de autoridad pintada por Rosenau. Si la cohesión de los grupos y sistemas se mide por el alcance hasta el cual los libretos de roles de sus miembros son compatibles o congruentes, la formación en cascada de subgrupos a través del mundo es lo que caracteriza y contribuye a la dispersión. Como lo plantea Rosenau:

> Cuantas más subagrupaciones en cascada produzcan las crisis de autoridad a través del panorama global, más amplia es la desagregación de totalidades en partes que, a su vez, se suman o se incorporan en nuevas totalidades. Es decir que la interdependencia en cascada puede fácilmente considerarse como un proceso continuo de formación y reconfiguración sistémica.[33]

Así, Rosenau plantea la existencia de sistemas abiertos sujetos a ingresos basados en fenómenos recurrentes cuyo efecto acumulativo consiste en generar modelos de desorden. La interdependencia en cascada está en función de la dinámica de la interacción que no produce necesariamente la cooperación sino también el conflicto que es propio del derrumbe sistémico. En consecuencia, se dice que el concepto de interdependencia en cascada suministra una base para analizar las relaciones de autoridad, la dinámica de la suma sociopolítica y los mecanismos adaptativos de los sistemas en los cuales la amenaza del uso de la fuerza o su utilización concreta o la perspectiva de comportamiento cooperativo representan puntos a lo largo de un *continuum*.

Kenneth Boulding

Desde su trabajo en la economía y en la teoría general de los sistemas, Kenneth Boulding ha intentado clasificar sistemas según los niveles de creciente complejidad: mecánicos, homeostáticos, biológicos, equivalentes a animales más elevados y humanos.[34] El proceso de recolectar, seleccionar y usar información esencial para la preservación es mucho más complejo en el sistema humano que en un sistema simple. Un termostato, por ejemplo, reacciona sólo a cambios en la temperatura e ignora otros datos. Cuanto más simple es el sistema, menos son los datos esenciales para la supervivencia. En contraste con los sistemas simples, los humanos tienen

una capacidad de autoconocimiento que hace posible la selección de información basada en una estructura cognitiva particular, o "imagen". La imagen puede suministrar la base para la reestructuración de la información, o estímulo, en algo fundamentalmente diferente de la información misma. El comportamiento humano resultante es una respuesta no ya a un estímulo específico, sino a una estructura de conocimiento que efectúa una visión abarcadora del entorno. Las dificultades en la predicción del comportamiento de un sistema surgen para dar cuenta de la intervención de la imagen entre el estímulo y la respuesta. En mucho mayor medida que los sistemas simples, los sistemas complejos tienen un potencial de colapso porque la imagen ha manifestado información esencial para la supervivencia.

Los sistemas sociales y políticos están estructurados desde las imágenes de los agentes humanos participantes. Boulding da el término de *conocimiento folklórico* a las imágenes colectivas de los miembros de sistemas políticos. Las decisiones de los líderes políticos se conforman a los dictados del conocimiento folklórico, proyectando información conflictiva. El aparato de recolección de la información, tanto de los sistemas nacionales como internacionales, por lo general sirve para confirmar las imágenes de los principales encargados de tomar decisiones y también el conocimiento folklórico de los sistemas. Boulding está convencido de que eliminar la influencia del conocimiento folklórico en la toma de decisiones tendría un efecto tan grande en el comportamiento internacional, como el hecho de eliminar nociones medievales sobre la cosmología lo tuvo en el desarrollo de la ciencia moderna. Boulding considera la idea de las imágenes crucial para la comprensión de los sistemas a fin de estudiar fenómenos políticos tales como el conflicto y la toma de decisiones. Así, la teoría general de los sistemas contribuye a la conceptualización en un nivel que está "entre las construcciones altamente generalizadas de la matemática pura y las teorías específicas de las disciplinas especializadas".[35]

Talcott Parsons

En sociología, Talcott Parsons fue el principal estudioso de la teoría de los sistemas. Parsons postulaba la existencia de un agente orientado hacia lograr metas anticipadas por medio de un gasto normativamente regulado de energía.[36] Dado que las relaciones entre agentes y su situación tienen un carácter recurrente o sistema, toda acción ocurre en los sistemas. Si bien Parsons reconoce que puede haber acción entre un individuo y un objeto, está más preocupado por la acción en un contexto social, o lo que llama un "sistema de acción". El sistema de acción de Parsons pone a las personas en el papel de sujetos y en el papel de objetos. El sujeto (*alter*) y el objeto (*ego*) interactúa en un sistema. Si los agentes obtienen satisfacción, desarrollan un interés creado en la preservación y funcionamiento del sistema. La aceptación mutua del sistema por parte de los agentes crea un mecanismo o equilibrio en el sistema.

En cualquier momento dado una persona es miembro de varios sistemas de acción tales como la familia, el empleador y el estado-nación. El sistema de Parsons comprende tres subsistemas: 1) el sistema de personalidad, 2) el sistema social y 3) el sistema cultural. Estos subsistemas están interconectados dentro del "sistema de acción", de manera que cada uno afecta al otro. En resumen, Parsons concibe la sociedad como una red entretejida de sistemas de acción. Un cambio en un subsistema afecta a los otros subsistemas y a todo el sistema de acción.

Es posible, sugiere Parsons, distinguir y estudiar las acciones que las personas o agentes desarrollan como miembros de un sistema de acción específico. La acción se basa en las elecciones entre cursos alternativos de acción que los agentes creen que están abiertos a ellos. En opinión de Parsons, la acción es "un conjunto de procesos orientados", en el cual hay dos "vectores" principales; las orientaciones motivacionales y las orientaciones valorativas. Supuestamente el curso de acción que adoptan los agentes está basado en una experiencia anterior de aprendizaje tanto como en sus expectativas acerca del comportamiento de las personas con las cuales están interactuando. Según Parsons, la interacción hace posible el desarrollo de la cultura en el nivel humano y le da a la cultura un determinante significativo de modelos de acción en un sistema social.[37]

Parsons propuso un conjunto de cinco variables dicotómicas de modelos que constituirían los dilemas básicos que los agentes enfrentan en toda acción social. Estas variables describen las alternativas disponibles para los agentes enfrentados con situaciones problemáticas. Las variables de modelos se agrupan de la siguiente manera: 1) universalismo-particularismo; 2) adscripción-logro; 3) autoorientación-orientación colectiva; 4) afectividad-neutralidad afectiva y 5) especificidad-difusión. La dicotomía universalismo-particularismo distingue entre juzgar objetos en un marco general de referencia y juzgarlos en un esquema particular. Mientras que dispensar justicia imparcialmente bajo la ley es universalista, el comportamiento familiar es particularista. La dicotomía adscripción-logro se refiere a los valores que gobiernan el progreso humano en los sistemas políticos y sociales, si, por ejemplo, el nacimiento y la riqueza cuentan más que la capacidad intelectual y la educación. La dicotomía autoorientación-orientación colectiva categoriza la acción según se emprenda en favor de la unidad que inicia la acción o en favor de otras unidades. Los negocios, por ejemplo, tienden a estar autoorientados, mientras que los gobiernos están colectivamente orientados. La variable afectividad-neutralidad afectiva indica la sensibilidad o la insensibilidad de un individuo a los estímulos emocionales. La variable especificidad-difusión distingue entre aquellas relaciones que son difusas y abarcan todo, tales como el matrimonio, y aquellas que son específicas y altamente estructuradas, tales como la interacción entre un vendedor y el cliente. Si bien la difusión caracteriza a las sociedades tradicionales, la especificidad de funciones es una marca de las sociedades modernizadas.

Las variables de modelo de Parsons suministran un marco para describir modelos recurrentes y contrastantes en las normas de los sistemas sociales. Muchos autores consideran las variables de modelo de Parsons útiles para examinar los sistemas sociales y políticos. Por ejemplo, Par-

sons sugiere que una burocracia se construye sobre normas universalistas y de logro, y que las relaciones contractuales entre empresas se basan en normas de especificidad. Tales variables entre empresas se basan en normas de especificidad. Tales variables pueden usarse ya en una discusión de las relaciones internacionales o de los partidos políticos en el nivel nacional o local en Estados Unidos.

En esta teoría, Parsons le confiere gran importancia al equilibrio como medio de medir las fluctuaciones en la capacidad de un sistema social de enfrentarse con problemas que afectan su estructura.[38] La teoría de los sistemas supone la interdependencia de las partes en la determinación de las relaciones, lo cual impone orden sobre los componentes del sistema. Si bien igualando el orden con el equilibrio, Parsons afirma que el equilibrio no es necesariamente igual a un "automantenimiento estático o un equilibrio estable. Puede ser un proceso de cambio ordenado, un proceso que sigue un modelo determinado más que una variabilidad azarosa respecto del punto inicial. Esto se llama un equilibrio móvil y está bien ejemplificado en el crecimiento".[39] Los sistemas sociales se caracterizan por un proceso de equilibrio múltiple, dado que los sistemas sociales tienen muchos subsistemas, cada uno de los cuales debe permanecer en equilibrio si el sistema mayor ha de tener equilibrio.

Parsons se preocupa por cómo soportan la tensión los sistemas sociales, cómo refuerzan su posición y cómo se desintegran. Si el equilibrio social y en última instancia el sistema social mismo han de mantenerse, hay cuatro condiciones funcionales que se presentan como prerrequisitos: 1) mantenimiento del modelo, la capacidad de un sistema de asegurar la reproducción de sus propios modelos básicos, valores y normas; 2) adaptación al entorno y a los cambios en el entorno; 3) logro de metas, la capacidad del sistema para lograr las metas que el sistema ha aceptado o establecido para sí y 4) integración de las diferentes funciones y subsistemas en un todo cohesivo y coordinado. En el sistema social de Parsons, las familias y los hogares son los subsistemas que cumplen la función de mantenimiento del modelo. La adaptación se produce en la economía y en áreas de cambio científico y tecnológico. El cuerpo político —el gobierno en particular— desempeña la función de logro de metas. La función integrativa está cumplida por los subsistemas culturales, que incluyen la comunicación de masas, la religión y la educación. Los prerrequisitos funcionales de Parsons han sido adaptados, de variadas formas, al estudio de la política, la cual en sí misma es uno de sus subsistemas, y han influido en autores que escriben sobre sistemas internacionales y que consideramos en este capítulo.[40] Si bien Parsons se aboca brevemente él mismo al concepto de sistemas internacionales, ve en el sistema internacional modelos de interacción similares a aquellos que están dentro del sistema de acción en el nivel doméstico. El principal problema del sistema internacional, tanto como del sistema nacional, es el de mantener el equilibrio, lo cual es importante si un sistema ha de manejar sus tensiones internas.[41]

La existencia de un sistema internacional bipolar aumenta la dificultad de mantener el equilibrio. Según Parsons, la formulación de valores comunes que atraviesan las fronteras nacionales es esencial para el orden internacional. Si bien el sistema internacional es deficiente en tales valores, la importancia atribuida al desarrollo económico y la independencia nacional en muchas partes del mundo a lo largo de la generación pasada representan su emergencia, al menos de forma rudimentaria, como fuerzas de formación de consenso en el nivel global. Parsons ve la necesidad de que exista consenso —acuerdo de procedimientos entre los participantes de la política internacional acerca de las instituciones y los procedimientos para la resolución de problemas y diferencias. También pide la diferenciación de intereses entre los pueblos de forma pluralista, de manera que atraviesen las líneas históricas de diferenciación partidaria. En la política interna y los sistemas sociales, los pueblos logran una mayor unidad como resultado de las zonas de clivaje que los atraviesan, es decir, que algunos protestantes sean demócratas y otros republicanos. Tal diferenciación pluralista en el nivel internacional reforzaría las perspectivas de estabilidad internacional. Central en los escritos de Parsons es el problema de construir una comunidad social y política.[42] Su sistema de acción ha influido en el pensamiento de los estudiosos de la integración en el nivel internacional, como se plantea en el Capítulo 10.

David Easton y otros autores

Muchos especialistas en ciencia política han desarrollado, adaptado y empleado la teoría de los sistemas. Estos especialistas se han preocupado por el "sistema político", que ha sido definido por Gabriel Almond como "ese sistema de interacciones que se encuentra en todas las sociedades independientes que desempeñan las funciones de integración y adaptación (tanto internamente como respecto de otras sociedades) por medio del empleo, o la amenaza del empleo, de una compulsión física más o menos legítima".[43] Karl Deutsch, quien también adhiere a los prerrequisitos funcionales de Parsons, sostiene que un sistema se caracteriza por la comunicación y las transacciones. Le preocupa el nivel hasta el cual los sistemas políticos están equipados con instalaciones adecuadas para recolectar información interna y externa, tanto como para transmitir esta información a los puntos de toma de decisiones. Aquellos sistemas políticos que sobreviven a la tensión pueden recibir, proyectar, transmitir y evaluar información.[44] Según David Easton, la teoría de los sistemas se basa en la idea de que la vida política es un conjunto de interacciones que mantiene los límites y está inserta y rodeada por otros sistemas sociales que contantemente influyen en ella.[45] Más aún, las interacciones políticas pueden distinguirse de otro tipo de interacciones por el hecho de que se orientan principalmente hacia la "distribución autoritaria de valores para una sociedad".[46]

Los especialistas como Almond, Deutsch y Easton comparten un interés en las funciones desempeñadas por el sistema político, un interés en los medios a través de los cuales el sistema convierte ingresos en resultados. Easton en particular ha sido identificado con lo que se denomina análisis de ingreso-egreso. En su esquema, los ingresos principales al sistema político son las demandas y los apoyos, mientras que los principales

resultados o egresos son decisiones que distribuyen los beneficios del sistema. Almond se aboca a la pregunta de cómo los sistemas políticos se comprometen en la socialización política, articulación y suma de intereses y en la comunicación política. Tales factores representan medios para hacer demandas en el sistema político; en consecuencia, son funciones de ingreso. Almond se preocupa especialmente por las funciones de egreso político que implican creación de reglas, aplicación de reglas y adjudicación de reglas. Sus funciones de egreso, en el caso del sistema político norteamericano, corresponden a los poderes ejecutivo, legislativo y judicial.

El sistema representa un esfuerzo por atravesar las fronteras que dividen disciplinas aparentemente separadas. Easton, por ejemplo, mantiene que en el nivel internacional, no menos que en el nacional, es posible encontrar conjuntos de relaciones a través de las cuales los valores se distribuyen autoritariamente. A diferencia de otros sistemas, sin embargo, el sistema internacional carece de sentimientos de legitimidad universales o siquiera mantenidos con fuerza; sin embargo, sus miembros hacen demandas con la expectativa de que se conviertan en resultados. Según Easton, las autoridades en este caso están mucho "menos centralizadas que en la mayoría de los sistemas modernos, menos continuos en su funcionamiento y más dependientes de los acontecimientos, como en el caso de los sistemas primitivos. Pero, sin embargo, históricamente las grandes potencias y, hace poco tiempo, diversos tipos de organizaciones internacionales, tales como la Liga de las Naciones y las Naciones Unidas, han tenido éxito, intermitentemente, en resolver diferencias que no se negociaban privadamente y en hacer que se las aceptara como legítimas".[47] Empleando su modelo de sistemas, Easton sugiere la posibilidad de estudiar y categorizar los sistemas políticos, tanto en los niveles nacional e internacional, según su capacidad de distribuir valores autoritariamente. En el marco de Herbert Spiro, el proceso político consta esencialmente de cuatro fases: 1) la formulación de temas que surgen de problemas, 2) la discusión de temas, 3) la resolución de temas y 4) la solución del problema que provocó el tema.[48] Si bien todos los sistemas políticos desempeñan estas funciones, varían ampliamente, según el estilo político de los agentes. A su vez, el estilo político se deriva de cuatro metas básicas hacia las cuales los sistemas políticos están más o menos deliberadamente dirigidos: la estabilidad, la flexibilidad, la eficiencia y la eficacia.[49] El sistema político efectivo logra un equilibrio entre estas metas. Spiro considera que los problemas constituyen los ingresos y las soluciones los resultados de los sistemas políticos.

La teoría de los sistemas —en especial, el trabajo de Gabriel Almond— y los estudios comparativos de sistemas políticos comparten una preocupación básica por el análisis estructural-funcional que intenta examinar el desempeño de ciertos tipos de funciones dentro de entidades supuestamente diferentes como el organismo biológico y el sistema político. Los estudiosos contemporáneos que emplean el análisis estructural-funcional están en deuda con el trabajo de principios del siglo xx de antropólogos como Bronislaw Malinowski (1884-1942) y A. R. Radcliffe-Brown (1881-1955). Ulteriormente, Robert K. Merton desarrolló un marco para el análisis estructural-funcional en el campo de la sociología.[50] Los defensores del análisis estructural-funcional suponen que es posible, primero, especificar un modelo de comportamiento que satisfaga un requerimiento funcional del sistema y, segundo, identificar equivalentes funcionales en varias unidades estructurales diferentes. El análisis estructural-funcional contiene como conceptos requisitos estructurales y funcionales. Un requisito funcional es una condición generalizada, dados el nivel de generalización de la definición y la disposición general de la unidad.[51] Un requisito estructural es un modelo o uniformidad observable de acción necesario para la existencia constante del sistema.[52] Más aún, se hace un esfuerzo para distinguir entre funciones (o lo que Levy llama eufunciones) y disfunciones. Según Merton, "las eufunciones son aquellas consecuencias observadas que contribuyen a la adaptación o ajuste del sistema".[53] Así, el análisis estructural-funcional puede permitirle al investigador eludir el tropiezo de asociar funciones particulares con estructuras particulares y, por este motivo, puede demostrarse útil en la investigación y el análisis comparativo. Según John Weltman, la utilización de la teoría de los sistemas en el estudio de las relaciones internacionales representa una "modalidad de análisis que crece de, y está condicionada por, dos corrientes generalizadas de pensamiento: la sociología funcional y la teoría general de los sistemas". Sugiere que la sociología funcional y la teoría general de los sistemas tomadas juntas, se refuerzan mutuamente. "Los sociólogos funcionales están más preocupados por la actividad que por la entidad dentro de la cual esta actividad se produce, a la cual está vinculada y en términos de la cual se la evalúa." En contraste, para la teoría general de los sistemas propone: "La naturaleza de la entidad dentro de la cual la actividad se produce es sobresaliente, a menudo excluyendo una preocupación directa por la actividad concreta misma".[54]

Tanto los prerrequisitos funcionales de Parsons y las funciones planteadas por Almond y Easton pueden ubicarse y describirse dentro de un sistema político dado. Tales funciones se vinculan con las metas del sistema, con el mantenimiento de un equilibrio por parte del sistema y con la capacidad del sistema de interactuar y de adaptarse a cambios dentro del entorno. El análisis estructural-funcional suministra, como mínimo, un esquema de clasificación para examinar los fenómenos políticos.[55]

Los conceptos de sistemas han sido aplicados a estudios de relaciones internacionales, toma de decisiones de política exterior y conflictos. La teoría de los sistemas se ha utilizado en varios niveles analíticos de interés inmediato para el estudioso de la política internacional:

- el desarrollo de modelos de sistemas internacionales en los cuales se especifican los modelos de interacción;
- el estudio de los procesos por los cuales los encargados de tomar decisiones en una unidad nacional, interactuando entre sí y respondiendo a ingresos del entorno interno e internacional, formulan la política exterior, si bien, como Raymond Tanter lo ha sugerido, "los enfoques de los sistemas internacionales pueden implicar modelos de interacción, mientras que los enfoques de política exterior pueden sugerir modelos de toma de decisiones";[56]
- el estudio de la interacción entre un sistema político nacional y sus

subsistemas internos —tales como la opinión pública, los grupos de interés y la cultura— a fin de analizar modelos de interacción;

- el estudio de "grupos de vinculación" externos, es decir, otros sistemas, agentes o estructuras políticas en el sistema internacional con el cual tiene relaciones directas el sistema nacional en estudio, y
- el examen de la interacción entre "grupos de vinculación" externos [57] y aquellos grupos internos que más responden a los acontecimientos externos, tales como elites de asuntos exteriores, los militares y la gente de negocios comprometida en el comercio mundial.

Estos focos analíticos de ninguna manera son mutuamente excluyentes: entender los procesos de toma de decisiones y los sistemas de nivel nacional es esencial para entender la interacción entre las unidades nacionales del sistema internacional. Centrarse en la toma de decisiones nacional es estudiar un subsistema del sistema internacional; el sistema internacional tiene como aspecto central investigar la interacción entre las políticas exteriores de una serie de unidades nacionales. En este capítulo nos preocupamos en particular de aquellos teóricos que se concentran en el sistema internacional y sus subsistemas regionales. En los capítulos subsiguientes sobre la toma de decisiones y la teoría de la integración, examinaremos otras aplicaciones de la teoría de los sistemas.

La naturaleza de los sistemas en el nivel internacional

En el estudio de las relaciones internacionales, Morton A. Kaplan sugiere la existencia de un sistema de acción que define como "un conjunto de variables tan relacionadas, en contradistinción con su entorno, que regularidades de comportamiento descriptibles caracterizan las relaciones internas del conjunto de variables individuales con las combinaciones de variables externas".[58] Según otro estudioso de las relaciones internacionales, Charles A. McClelland, la teoría de los sistemas es una técnica para desarrollar una comprensión de las relaciones entre naciones-estado:

> La estrategia, ante todo, de concebir muchos tipos de fenómenos en términos de relaciones operantes entre las partes y luego caracterizar los sistemas según una definición de qué parte del problema es más importante, es la clave del enfoque. Entonces, los procedimientos para superar varias complejidades a fin de investigar las relaciones entre ingreso y egreso, para pasar sistemáticamente a diferentes niveles de análisis reconociendo el vínculo de los subsistemas con los sistemas, para estar alerta a los "fenómenos de frontera" y a las gamas de funcionamientos normales entre subsistemas y sistemas y para tomar en cuenta tanto "parámetros" y "perturbaciones" en los entornos de los sistemas, son también partes principales del aparato de los sistemas generales.[59]

En el trabajo de McClelland, la teoría de los sistemas es simplemente un marco de un modelo de acontecimiento-interacción o una técnica para identificar, medir y examinar la interacción dentro de un sistema y sus subsistemas. La teoría de los sistemas se ocupa del examen de los vínculos, o secuencias recurrentes de comportamiento que se originan en un sistema y producen reacciones en otro. Si tales consecuencias pueden aislarse y examinarse, pueden obtenerse reflexiones sobre la naturaleza de la interdependencia de los sistemas nacionales e internacionales.

George Modelski define un sistema internacional como un sistema social que tiene requisitos estructurales y funcionales. Los sistemas internacionales consisten en un conjunto de objetos, junto con las relaciones entre estos objetos y entre sus atributos. Los sistemas internacionales contienen modelos de acción e interacción entre colectividades y entre individuos que actúan en su favor.[60] Richard N. Rosecrance llega a la conclusión de que un sistema comprende ingresos perturbadores, un regulador que sufre cambios como resultado de la influencia perturbadora y restricciones ambientales que traducen el estado de la perturbación y el estado del regulador en resultados estables o inestables.[61]

Hedley Bull trazó una distinción básica entre sistemas internacionales como concepto y la sociedad internacional. Es posible, como en el caso de la historia de las relaciones entre las unidades políticas básicas del mundo, tener un sistema internacional sin la existencia de una sociedad internacional. Toda vez que hay interacción —en forma, por ejemplo, de comunicaciones internacionales, el intercambio de embajadores y la conclusión de acuerdos— se dice que hay un sistema internacional. En opinión de Hedley Bull, sin embargo, una sociedad internacional decide cuándo un grupo de estados "se concibe vinculado por un conjunto común de reglas en sus relaciones entre sí, y comparte el funcionamiento de instituciones comunes... tales como las formas de procedimiento del derecho internacional, la maquinaria de la diplomacia y la organización internacional general, y las costumbres y convenciones de la guerra".[62] Una sociedad internacional tiene como prerrequisito al sistema internacional. Entre las sociedades internacionales del pasado, Hedley Bull incluía el sistema clásico griego de la ciudad-estado, los estados helénicos en la época que va de la caída del imperio de Alejandro a la conquista romana, China en el período de los estados en guerra, el sistema de los estados de la antigua India y el sistema de los estados modernos desde sus orígenes eurocéntricos a su actual estructura global.[63]

El enfoque sistémico ha tenido muchos adherentes debido a que supuestamente suministra un marco para organizar datos, integrar variables e introducir materiales de otras disciplinas. Kaplan ha sugerido que la teoría de los sistemas permite la integración de variables de diferentes disciplinas.[64] Rosecrance cree que la teoría de los sistemas ayuda a vincular "conceptos organizadores generales" con una "detallada investigación empírica". En su trabajo, el concepto de sistema suministra un marco para estudiar la historia de un período particular y refuerza las perspectivas para desarrollar un "enfoque teórico que apunta a un grado de abarcabilidad".[65] Insatisfecho con los enfoques anteriores del estudio de las relaciones internacionales, McClelland favorece un enfoque sistémico porque existe la necesidad de "recoger las partes especializadas del comportamiento en un todo coherente".[66] Otros autores, especialmente en los años setenta,

han sugerido que, en virtud de la complejidad propia de la política global, no existe ninguna entidad conocida como sistema internacional. Por el contrario, hay "sistemas basados en múltiples temas". La política internacional se considera hipotéticamente como formada por "muchos sistemas distintivos y superpuestos que difieren entre sí en términos de sus propiedades estructurales y en términos de los fines de los individuos y grupos que los constituyen. Si consentimos en que estos sistemas múltiples pueden superponerse y/o conectarse entre sí, entonces se vuelve evidente que hay más que un solo sistema global importante, tanto como que muchos son menos que globales en su alcance".[67]

Los autores que escriben sobre sistemas internacionales desarrollan lo que se llama sistemas concretos o físicos y sistemas analíticos. Un sistema concreto describe un modelo de interacción entre agentes humanos que supuestamente existe o existió en el mundo real. Por contraste, un sistema analítico es una estructura heurística para el análisis de posibles sistemas futuros, por comparación entre algunos sistemas existentes y una especie de sistema ideal o analítico.[68] Los sistemas de Kaplan son modelos en el mismo sentido en el cual una teoría de la estructura molecular puede traducirse en un modelo que, si es correcto, se relacionaría con el mundo real observable. Son modelos teóricos que pueden aplicarse a los sistemas reales, pero que en principio también pueden expresarse en forma puramente lógica. Los modelos de Modelski, Agrarios e Industriales, son sistemas analíticos; los sistemas internacionales de Rosecrance derivados del análisis de datos históricos son sistemas concretos.

Así como hay similitudes en sus definiciones de sistemas, los autores estudiados en este capítulo, cuyo trabajo ha tratado primordialmente el nivel internacional, tienen elementos comunes en sus respectivos marcos de sistemas internacionales. Primero, cada uno tiene un interés en tales factores que contribuyen a la estabilidad o inestabilidad del sistema internacional. Segundo, hay una preocupación común por los controles adaptativos por los cuales el sistema permanece en equilibrio o "estado tranquilo". Tal preocupación en el estudio de los sistemas políticos y sociales es análoga al interés de los biólogos en la homeostasis de los organismos vivientes. Tercero, hay un interés compartido en evaluar el efecto en el sistema de la existencia de unidades con una mayor o menor capacidad para movilizar recursos y utilizar tecnología avanzada. Cuarto, hay un consenso entre los escritores acerca de que las fuerzas internas dentro de las unidades políticas nacionales ejercen un efecto importante en el sistema internacional. Quinto, están preocupados, como parte de su interés en la naturaleza de la estabilidad, en la capacidad del sistema internacional de contener y manejar eficazmente las perturbaciones dentro de él. Esto lleva a los autores a compartir un interés en el papel de los agentes nacionales y supranacionales como reguladores del sistema. Están de acuerdo en que el sistema internacional se caracteriza por el cambio más que por cualidades estáticas.

Todos se preocupan por el papel de las elites, los recursos, los reguladores y el entorno como factores que refuerzan o perjudican la estabilidad en el sistema. Más aún, el flujo de información es crucial para el funcionamiento y la preservación del sistema. De hecho, la teoría de los sistemas

les debe mucho a los principios de la cibernética desarrollados por Norbert Wiener y aplicados por analistas tales como Karl W. Deutsch al estudio de la política (ver el Capítulo 10). La interacción entre las unidades de un sistema se produce como resultado de un proceso de comunicaciones.

En resumen, los autores que se valen de la teoría de los sistemas se preocupan en diverso grado por varias categorías de preguntas, conceptos y datos:

- la organización interna y los modelos de interacción de complejos de elementos planteados como hipótesis u observados como existentes en un sistema;
- la relación y las fronteras entre un sistema y su entorno y, en particular, la naturaleza y efecto de los ingresos desde el entorno y los resultados que sobre él se vuelcan;
- las funciones desempeñadas por los sistemas, las estructuras para el desempeño de tales funciones y su efecto en la estabilidad del sistema;
- los mecanismos homeostáticos disponibles para el sistema a fin de mantener el estado de tranquilidad o equilibrio;
- la clasificación de sistemas como abiertos o cerrados, como orgánicos o no orgánicos, y
- la estructuración de los sistemas en niveles jerárquicos, la ubicación de subsistemas dentro de los sistemas y los modelos de interacción, tanto entre los subsistemas como entre los subsistemas y el sistema mismo.

Esta última categoría puede ser replanteada como el problema del nivel de análisis, incluidos los subsistemas internacionales, o "sistemas de estados subordinados" a los que los estudiosos de las relaciones internacionales se han abocado en considerable medida a lo largo de la última generación.[69] (Se ha hecho referencia previamente al problema del nivel de análisis en el Capítulo 1.) Muchos especialistas han intentado especificar modelos de interacción dentro de modelos y dentro de unidades políticas concretas en la zona del Atlántico Norte, Medio Oriente y Asia. Las regiones han sido tratadas como subsistemas del sistema internacional y se han hecho esfuerzos por vincular la teoría de la integración a la teoría general de los sistemas. La investigación sobre subsistemas internacionales ha tenido muchos puntos focales: 1) un intento por especificar de la manera más precisa posible modelos de interacción entre unidades en un subsistema internacional, 2) un esfuerzo por comparar dos o más subsistemas internacionales y 3) estudios de relaciones entre un subsistema y el sistema internacional.[70]

Charles A. McClelland y el análisis de datos-acontecimiento

Charles A. McClelland ha intentado vincular la teoría de los sistemas explícitamente con el problema de delinear niveles de análisis para el estudio

de las relaciones internacionales y, al hacerlo, ha suministrado la base para una creciente bibliografía centrada en la interacción de acontecimientos-datos, el registro y el análisis de datos sobre una variedad de relaciones entre estados, incluidos modelos comerciales, niveles de ayuda exterior, intercambios diplomáticos y flujos de comunicaciones. Los *datos-acontecimiento* se definen como "acontecimientos de acción aislada y de carácter no rutinario, extraordinario o notable periodísticamente, que en algún sentido claro están dirigidos más allá de las fronteras nacionales y en la mayoría los casos tienen un blanco exterior específico". Las visitas de jefes de Estado, las advertencias diplomáticas y la participación en conferencias internacionales son ejemplos de tales acontecimientos no rutinarios de acción aislada. Tales datos, usados ya separadamente o en conjunto con datos de transacciones, pueden dar una comprensión más precisa de los modelos de interacción entre los estados en circunstancias cuidadosamente definidas. Por ejemplo, ¿un cambio en la política exterior del País A respecto del País B lleva a cada país a alterar su política exterior hacia el País C? Si es así, ¿qué tipos de transacciones y acontecimientos preceden, acompañan o siguen a tales cambios?

El modelo de sistema internacional de McClelland es una versión expandida de dos estados en interacción. El sistema internacional es multidimensional en su carácter. A fin de entender el marco de sistemas de McClelland, es necesario imaginar que las naciones del mundo tienen una amplia gama de contactos oficiales y no oficiales entre sí: relaciones de demanda-respuesta, en las cuales la acción de una nación produce una respuesta de otra que, a su vez, pide una respuesta por parte de la nación que inició la acción. Según McClelland, las condiciones y acontecimientos del sistema internacional surgen de fuentes generadas dentro de las naciones y de subsistemas dentro de la unidad nacional, tales como la opinión pública, los grupos de interés y los partidos políticos. En consecuencia, el modelo de McClelland incluye no sólo la interacción en el nivel internacional, sino también la interacción entre la unidad nacional y sus subsistemas. Sugiere que "el comportamiento internacional" de una nación "es una actividad orientada en dos direcciones, que toma y le da al entorno internacional. La totalidad del toma y daca, cuando se considera en conjunto y para todos los agentes nacionales, se llama el sistema internacional".[71] El marco de los sistemas, plantea McClelland, suministra un procedimiento ordenado para cambiar la perspectiva de un nivel al otro en el estudio de la política internacional.

Si bien el sistema internacional es multidimensional, se dice que la perspectiva más promisoria para construir una teoría está en centrar el foco de atención en un nivel de análisis por vez. McClelland se concentra en la interacción entre unidades nacionales, más que en la interacción entre la unidad nacional y sus subsistemas internos. Le preocupa sólo la interacción observable fuera de las "cajas negras" que constituyen las unidades nacionales con sus complejos y oscuros procesos de toma de decisiones. En el esquema de McClelland las transacciones entre las unidades nacionales se registran y analizan. Tanto la actividad rutinaria como la no rutinaria entre las naciones puede ser estudiada, dado que "el desempeño de los participantes —las secuencias de interacción— son indicadores confiables de los rasgos activos de los agentes que participan... Nuestro presupuesto básico es que el tipo de organización social desarrollado en un estado-nación condiciona de manera fundamental su comportamiento de crisis".[72]

En el propio trabajo de McClelland, la "crisis internacional aguda" como subsistema del sistema internacional, es objeto de examen por medio del análisis interactivo. Se formula las siguientes preguntas de investigación: ¿es posible detectar un "cambio de estado" en las actividades de un sistema en la transición desde un período de no crisis a uno de crisis? ¿Está un subsistema designado, que forma parte de un sistema más general de acción, en actitud de respuesta ante perturbaciones importantes en el sistema general? McClelland ofrece tres propuestas para examinar: 1) que las crisis internacionales agudas son asuntos de "corto alcance" y que están marcadas por un valor poco común y una intensidad de acontecimientos; 2) que la tendencia general en las crisis agudas internacionales será hacia "hacer rutinario" el comportamiento de crisis, es decir, tratar los problemas por medio de técnicas cada vez más "estándar"; y 3) que los participantes serán remisos a permitir que el nivel de violencia crezca hasta superar el que existía al comienzo de la crisis.

Desde principios de los años sesenta, numerosos esfuerzos se han hecho para recolectar y utilizar datos-acontecimiento en el estudio de la interacción internacional. Como lo señala McClelland, una importante porción de estudios de datos-acontecimiento se ha centrado en el comportamiento de crisis, lo cual no difiere del énfasis en su propia investigación. (Las definiciones de "crisis" y una interpretación del comportamiento de crisis se encontrarán en el Capítulo 11.) McClelland sugiere que los sistemas de advertencia anticrisis pueden desarrollarse a partir de "análisis habituales de inteligencia en la comunidad que traza políticas y en el control y la clasificación de acontecimientos a partir del flujo de noticias por parte de la comunidad académica".[73] Así, ve la necesidad y la perspectiva de que se realicen análisis y se construyan teorías utilizando datos-acontecimiento que servirían a los intereses tanto del especialista como del encargado de trazar políticas. Los objetos de estudio han sido hipótesis acerca de la estructura; modelos y desempeño del sistema internacional y sus subsistemas; el comportamiento político en las alineaciones y en condiciones de no alineación; el comportamiento en la negociación; las causas, resultados y dinámica de la crisis y el conflicto, y las relaciones entre variables políticas internas y política exterior. Los resultados de tales análisis son, en su mayoría, no concluyentes. Por cierto, la comprobación extensiva de hipótesis ha ilustrado un esfuerzo constante y cada vez más amplio por validar los marcos teóricos. Pero las fuentes de datos diferentes y a menudo incompletos, tanto como las técnicas estadísticas, han perjudicado el desarrollo de un conocimiento acumulativo. Sophia Peterson ha llegado a la conclusión de que, en el área de conflicto, en la cual se ha concentrado el mayor esfuerzo de investigación; "cuatro factores han recibido el mayor énfasis: conflictos exteriores previos, el conflicto interno, la estructura política y el poder. De éstos, los hallazgos han estado apuntando de manera más o menos coherente en dirección a la importancia del conflicto exterior previo y el conflicto interno. Los hallazgos sobre el poder

y la estructura política son contradictorios, como lo son los hallazgos sobre varios de los demás factores".[74]

Richard N. Rosecrance

Si bien los estudiosos de las relaciones internacionales tradicionalmente se han vuelto hacia materiales históricos para la construcción y validación de teorías, su trabajo ha estado a menudo marcado por su imposibilidad de ser comparado o por el fracaso en desarrollar criterios adecuados para la selección de datos. Los defensores de las teorías sistémicas de la política, tales como Rosecrance y Kaplan, han hecho uso de materiales históricos en un esfuerzo por construir y validar modelos de comportamiento internacional. Rosecrance basa su análisis de sistemas en el estudio de nueve sistemas históricos.[75] Divide la historia europea entre 1740 y 1960 en nueve períodos o sistemas, cada uno de los cuales está demarcado por cambios significativos en las técnicas diplomáticas y los objetivos. Rosecrance discierne la existencia de fenómenos recurrentes en los nueve sistemas internacionales, de los cuales desarrolla dos modelos. Preocupado por las condiciones para la estabilidad internacional, selecciona como sus elementos básicos el ingreso perturbador, el mecanismo regulador que reacciona a la perturbación, las restricciones ambientales que influyen en la gama de resultados posibles y finalmente los resultados mismos. El ingreso perturbador incluye fuerzas tales como ideologías, inseguridad interna, disparidades entre las naciones en cuanto a los recursos e intereses nacionales en conflicto. El mecanismo regulador consiste en capacidades tales como las que derivan del Concierto Europeo, las Naciones Unidas o un consenso informal que, como a menudo lo señalan los historiadores, compartían las principales naciones europeas en el siglo XVIII. El tercer elemento, la presencia de restricciones ambientales, limita la gama de resultados posibles. Juzga que los sistemas son equilibrados o desequilibrados, según fuera más fuerte el regulador o el elemento perturbador. De estos elementos, Rosecrance desarrolla y examina cuatro determinantes básicos para cada uno de sus nueve sistemas: orientación de la elite (actitudes), grado de control de la elite, recursos disponibles para las elites que controlan y la capacidad del sistema de contener las perturbaciones. Dada su elección de los determinantes, es evidente que Rosecrance les atribuye considerable importancia a las fuentes internas del comportamiento internacional.

Entre sus determinantes internos, Rosecrance subraya las elites de las unidades nacionales. Primero, ¿estaba la elite satisfecha con su posición interna o se sentía amenazada por acontecimientos del sistema internacional? Segundo, ¿el control o la seguridad de la elite dentro de la sociedad que dirigía era un determinante en cada uno de los sistemas internacionales: percibían las elites un debilitamiento en su posición interna? Tercero, se pone el énfasis en la disponibilidad de recursos al alcance de la elite y su capacidad de movilizarlos. Finalmente, Rosecrance considera la capacidad del sistema de mitigar y contener las perturbaciones como un determinante del equilibrio.[76]

A partir del trabajo de Rosecrance es posible construir esencialmente dos modelos de sistema internacional. El primero es un modelo con características de estabilidad. Un sistema estable se basa en una comparación de sistemas: I, el Siglo XVIII (1740-1789); III, Concierto Europeo (1814-1822); IV, Concierto Truncado (1822-1848); VI, Concierto Bismarckiano (1871-1890); y IX, Posguerra (1945-1960). En estos sistemas la cantidad de perturbación estaba reducida al mínimo y el regulador, fuera la Liga del Concierto o el consenso informal, era capaz de enfrentar la perturbación del agente. Las elites estaban satisfechas con el *statu quo*, tanto dentro de sus propias unidades nacionales respectivas como en el sistema internacional en general. En su opinión política, no estaban fuertemente influidas por la ideología, excepto, quizás, en el sistema IX (1945-1960). Aun en este sistema, sin embargo, las elites estaban dispuestas en su mayor parte a resolver problemas por medios que no llegaran a la guerra.

Las características de un sistema inestable pueden derivarse de una comparación de los sistemas II, Imperio Revolucionario (1789-1814); V, Concierto Quebrado (1848-1871); VII, Nacionalismo Imperialista (1890-1918) y VIII, Militarismo Totalitario (1918-1945). En estos sistemas, la perturbación de los agentes era alta en relación con la capacidad del regulador para enfrentarla y la variedad de medios a disposición del regulador era mínima. Las elites estaban insatisfechas con el *statu quo* y abrigaban sentimientos de inseguridad. Buscaban mejorar su propia posición interna y externa respecto del sistema internacional y otros agentes. Las elites podían movilizar recursos a través de apelaciones al nacionalismo y la ideología. Debido a sus sentimientos de inseguridad, las elites gobernantes a menudo no podían resistir la urgencia a recurrir a tales apelaciones. Las restricciones ambientales no conseguían desempeñar un papel para restringir las perturbaciones. La principal conclusión de Rosecrance es que hay una correlación entre la inestabilidad internacional y la inseguridad interna de las elites,[77] un tema que se tratará más a fondo en las teorías macrocósmicas de las causas de la guerra.

Morton A. Kaplan

Entre todos los autores, Morton A. Kaplan ha hecho el mayor esfuerzo por especificar las reglas y modelos de interacción dentro de modelos de sistemas internacionales alternativos. Según Kaplan, la afirmación clásica de la teoría de los sistemas se encuentra en el trabajo de W. Ross Ashby sobre el cerebro humano.[78] Si bien Ashby se preocupa por el cerebro humano y Kaplan por la política internacional, ambos lo hacen en su respectivo campo por un sistema entendido como un conjunto de variables interrelacionadas, distinguibles de su entorno, y por la forma en la cual el conjunto de variables se mantiene bajo el efecto de las perturbaciones de dicho entorno.

Consecuentemente, Kaplan ha construido seis modelos de sistemas internacionales hipotéticos que suministran un marco teórico dentro del cual las hipótesis pueden generarse y comprobarse y así se lo ha hecho.[79] Dentro de cada modelo ha desarrollado cinco conjuntos de variables: reglas

esenciales, reglas de transformación, variables clasificatorias de agentes, variables de capacidad y variables de información. Las llamadas reglas esenciales son esenciales porque describen el comportamiento necesario para mantener el equilibrio en el sistema.[80] Las reglas de transformación especifican los cambios que tienen lugar como ingresos diferentes de aquellos necesarios para que el equilibrio entre en el sistema. Las variables de clasificación de agentes plantean las características estructurales de los agentes. Las variables de capacidad indican niveles de armamentos, tecnologías y otros elementos de poder a disposición de los agentes. Las variables de información se refieren a los niveles de comunicación dentro del sistema. Las reglas se refieren a los tipos de agentes, sus capacidades, motivaciones y orientaciones de las metas; sus estilos de comportamiento político y las características estructurales de cada uno de los seis sistemas de Kaplan: el equilibrio del poder, la bipolaridad flexible, la bipolaridad rígida, universal-internacional, jerárquico y de veto por unidad. Estos seis sistemas pueden ubicarse a lo largo de una escala de actividad integrativa, con el sistema de veto por unidad como el menos integrado y el sistema jerárquico como el más integrado.

En los modelos de Kaplan, los cambios en el sistema son resultado de cambios en el valor de los parámetros o constantes. Reconoce que pocos sistemas internacionales existentes se adecuan plenamente a cualquiera de sus modelos de sistemas hipotéticos. Sin embargo, está preparado, en la medida en que la teoría planteada en el modelo explica el comportamiento cuando "se hacen ajustes adecuados para los parámetros del sistema", a continuar empleando dicho modelo. El sistema ha cambiado cuando una teoría diferente, o modelo de sistemas, es necesaria para dar cuenta de su comportamiento. Así la utilidad de los modelos de Kaplan descansa en la medida en la cual le permiten al estudioso comparar comportamientos dentro de cualquier sistema internacional existente con uno u otro de los seis modelos. Más aún, especificando las reglas del cambio sistémico, una función de nivelación (es decir, una respuesta sistémica a un ingreso perturbador de naturaleza tal que transforma el sistema mismo), Kaplan reclama haber construido en sus modelos un medio para comprender cómo se transforman los sistemas internacionales.

Los modelos de Kaplan representan un espectro que va de modelos de sistemas internacionales organizados de manera más suelta a otros más rígidamente ordenados. Más aún, en su esquema, los agentes nacionales se clasifican según categorías estructurales: sistemas directivos o no directivos, que a su vez pueden dominar sistemas o subsistemas. A Kaplan le preocupan: 1) el centro organizativo de decisiones, incluida la naturaleza de los objetivos de los agentes y los instrumentos disponibles para lograrlos; 2) la distribución de las recompensas, incluida la medida en la cual están distribuidos por el sistema o por los subsistemas; 3) las preferencias de alineación de los agentes; 4) el alcance y dirección de la actividad política y 5) la flexibilidad o adaptabilidad de las unidades en su comportamiento.

Los materiales históricos han sido utilizados para comprobar propuestas tomadas de modelos de sistemas internacionales. En uno de tales casos, los modelos de Kaplan fueron medidos en su coherencia lógico-formal con el uso de herramientas matemáticas y computadora.[81] Los modelos se aplicaron a períodos históricos como el sistema chino de los señores de la guerra de principios del siglo XX y el sistema de ciudades-estado italianas de los siglos XIV y XV. El autor de un estudio del sistema de señores de la guerra chinos, encontró que era "básicamente un sistema de 'equilibrio de poder' funcionando bajo muchos parámetros desfavorables". Más aún, era un "sistema de equilibrio de poder en el cual los agentes deliberadamente o sin quererlo violaban muchas de las reglas de comportamiento esenciales que son necesarias para la estabilidad de tal sistema".[82] Entre las conclusiones de un estudio del sistema de ciudades-estado italianas estaba que, en todo sentido, las reglas esenciales contenidas en el modelo de 'equilibrio de poder' no eran violadas, los agentes esenciales y aun los no esenciales se preservaban, las capacidades territoriales de los agentes no cambiaban mucho, el equilibrio se volvía a la vez menos estático y menos estable e inevitablemente el sistema se desintegraba.[83]

Utilizando una aproximación similar a los datos-acontecimiento, pero remitiéndose más bien a la historia diplomática que a los acontecimientos habituales, Patrick J. McGowan y Robert M. Rood examinaron la tasa de formación de alianzas en el período que va de 1814 a 1914 a fin de probar hipótesis tomadas del modelo de equilibrio de poder de Kaplan. Específicamente, planteaban la hipótesis de que "en un sistema internacional de equilibrio de poder, una declinación de la tasa sistémica de formación de alianzas precede los acontecimientos de cambio del sistema, tales como una guerra general".[84] Comprobaron hipótesis relativas a la formación de alianzas como un proceso estocástico. "Es decir, en un sistema de equilibrio de poder, las alianzas se producen de tiempo en tiempo y estos acontecimientos a lo largo del tiempo están sometidos a leyes de probabilidad, porque el comportamiento pasado del proceso de alianza no tiene influencia en el futuro comportamiento."[85] Había una tendencia, en el sistema de equilibrio de poder europeo del siglo XIX, a que se formaran las alianzas "rápidamente una sobre la otra o con una brecha de alrededor de tres años y medio". Señalan que "una nítida declinación en la flexibilidad de los sistemas se produjo después de 1909, y que este período precedió inmediatamente a un acontecimiento (la Primera Guerra Mundial) que destruyó el equilibrio de poder europeo, quizás para siempre".[86] Llegan a la conclusión de que los datos analizados apoyaban con fuerza el modelo de equilibrio de poder de Kaplan. El tema de cómo se vinculan las alianzas a la cantidad de guerras en el sistema internacional se encara en la siguiente sección y en el Capítulo 8.

Así los modelos de Kaplan, si bien menos complejos que el sistema internacional del mundo real, están diseñados para facilitar comparaciones con el mundo real, a fin de contribuir a un ordenamiento significativo de los datos y construir una teoría en el macronivel. Sólo dos de ellos —el equilibrio de poder y el de bipolaridad flexible— pueden discernir claramente en la historia. Sin embargo, se puede plantear que un tercer modelo (el sistema de veto por unidades) está parcialmente validado en el papel contemporáneo de las potencias nucleares, mientras que un cuarto modelo (el sistema universal-internacional) existe en la teoría normativa y en las

aspiraciones de aquellos especialistas y profesionales, del pasado y el presente, que buscan crear un sistema global de ese tipo.

Teorías de la bipolaridad, la multipolaridad y la estabilidad internacional

La relación entre la distribución del poder y la incidencia de la guerra ha sido objeto de teorización tanto para autores tradicionales como contemporáneos. Si bien Kaplan, en sus modelos, se ha centrado en "reglas esenciales" para el funcionamiento de varios sistemas internacionales, otros especialistas, incluidos Karl W. Deutsch, J. David Singer, Kenneth N. Waltz y Richard N. Rosecrance, han teorizado acerca de las consecuencias de la multipolaridad y la bipolaridad para la frecuencia e intensidad de la guerra. Deutsch y Singer plantean que "en la medida en que un sistema se aparta de la bipolaridad hacia la multipolaridad, debería esperarse que la frecuencia y la intensidad de la guerra disminuyeran".[87] Suponen que las coaliciones de bloques de naciones reducen la libertad de los miembros de la alianza de interactuar con países del exterior. Cuanto mayor es el número de agentes que no son miembros de la alianza, mayor es el número de socios posibles para la interacción en el sistema internacional. Si bien ser miembro de la alianza minimiza tanto el alcance como la intensidad del conflicto entre aquellos países que son miembros de ella, el alcance e intensidad de los conflictos con agentes exteriores a la alianza se ven aumentados.

Si bien la interacción entre naciones es tan probable que sea competitiva como cooperativa, cuanto más limitada es la posibilidad de interacción, más grande es el potencial de inestabilidad. Deutsch y Singer suponen que el sistema internacional no es sino un caso especial de modelo de pluralismo; es decir, que "una de las amenazas más grandes a la estabilidad de cualquier sistema social impersonal es la escasez de socios alternativos". La interacción con un gran número de naciones produce lealtades cruzadas que inducen a la hostilidad entre cualquier díada aislada de naciones.

Otra hipótesis que apoya una correlación entre el número de agentes y la guerra se basa en el "grado de atención que cualquier nación del sistema pueda atribuirles a todas las otras naciones o a posibles coaliciones de naciones".[88] Cuanto mayor es el número de relaciones diádicas, menor es la atención que un agente puede prestarle a cada una de las relaciones diádicas. Si se necesita algún porcentaje mínimo de atención externa de una nación para que "el comportamiento tienda hacia un conflicto armado y el aumento en el número de agentes independientes disminuya la participación que cualquier nación puede atribuirle a cualquier otro agente aislado, semejante aumento probablemente tenga un efecto estabilizador en el sistema".[89] Se dice que la multipolaridad reduce las perspectivas de una carrera armamentista, dado que un país probablemente responda sólo a aquella parte del aumento en gasto de armamentos de una potencia rival que parece estar dirigida hacia él.

Estructura del sistema y estabilidad

Si bien existe, como hemos visto, poco acuerdo entre los autores sobre este tema, algunos plantean que un mundo multipolar probablemente sea menos estable que un sistema bipolar. Con menos agentes importantes y mayor certeza en las relaciones políticas, se dice que las perspectivas de malos entendidos y conflictos son menores en condiciones de bipolaridad que en un mundo multipolar. Stanley Hoffmann, por ejemplo, ve la existencia de cinco centros de poder desparejos, según se entendía que existían a principios de los años setenta, como algo no sólo indeseable, sino también peligroso, dado que "el equilibrio de la incertidumbre" aumenta y puede llevar a una carrera armamentista.[90] Otro autor, Ronald Yalem, ve que emerge un mundo tripolar (Estados Unidos, la Unión Soviética y China), en el cual dos potencias tenderán a unirse contra la tercera. Debido a la triplicación del número de interacciones bilaterales, por comparación con el modelo de interacción más simple de un mundo bipolar y los modelos adicionales de conflicto potencial, hay una mayor posibilidad de conflicto en un mundo tripolar. La estabilidad en tal sistema depende de que cada Estado impida la emergencia de una alineación bipolar contra él. Cada uno debe resistir la tentación de formar alineamientos bipolares contra la tercera potencia importante. Yalem escribe: "Sin ningún 'equilibrador' de poder que afecte la tendencia natural de dos de los principales actores a aliarse contra el tercero, o un fuerte agente supranacional que regule la tripolaridad, es probable que el sistema sea susceptible de una constante inestabilidad".[91]

Los estudios empíricos de Singer y Melvin Small llegaron a conclusiones que no apoyaron plenamente la hipótesis acerca de la bipolaridad-multipolaridad y el estallido de la guerra. Analizando datos históricos del período 1815 a 1945 para posibles correlaciones entre la suma de alianzas y el estallido de una guerra, Singer y Small probaron las siguientes hipótesis: 1) cuanto mayor es el número de compromisos de alianza en el sistema, el sistema sufrirá más guerras, y 2) cuanto más cerca esté el sistema de la bipolaridad, más guerras experimentará.[92]

Para todo el período bajo examen, la hipótesis acerca de la suma de alianzas y el estallido de la guerra no se confirmó. En el siglo XIX, la suma de alianzas y el estallido de una guerra tenían una correlación inversa, mientras que, luego, ya en el siglo XX, las variables covariaban. Además, los autores descubrieron que al margen de "si consideramos que la cantidad de guerra se determina por el número de guerras, los meses que afectan a cada nación implicada o las muertes ocurridas en batalla, la suma de alianzas y la bipolaridad vaticinan una fuerte tendencia a alejarse de la guerra en el siglo XIX y aún más fuertemente acercarse a ella en el XX".[93] En resumen, para el período 1815 a 1899, las evidencias presentadas por Singer y Small fracasaron en su intento de confirmar la teoría acerca de la bipolaridad y el conflicto sustentada anteriormente por Deutsch y Singer.

Si bien un estudio tal que se vale de datos acumulados puede demostrar la existencia de correlaciones, no puede, como lo reconocen Singer y Small, establecer una relación causal. Supuestamente, una tercera variable, como la percepción de los encargados de tomar decisiones del país, es el factor causal que afecta a las otras dos variables. Por ejemplo, los líderes pueden "acelerar sus actividades tendientes a organizar alianzas cuando perciben que está aumentando la probabilidad de guerra".[94]

Otro estudio ensayaba hipótesis acerca del equilibrio de poder para el período mucho más corto de 1870 a 1881. Remitiéndose a datos-acontecimiento internacionales, específicamente una compilación codificada de acontecimientos diplomáticos significativos tomados de historias diplomáticas, Brian Healy y Arthur Stein descubrieron que las alianzas del período —la Liga de los Tres Emperadores de 1873 y la Alianza Dual de 1879— no llevaron a un aumento de la cooperación entre aliados y a un incremento del conflicto entre aliados y otros estados. En el caso de la Liga de los Tres Emperadores, Alemania fue objeto de una hostilidad marcadamente intensificada por parte de un aliado, Rusia, e inclusive Austria. Los autores llegan a la conclusión de que hubo una disminución de la cooperación entre miembros de la Liga de los Tres Emperadores y los estados no incluidos, si bien esta disminución fue menor que la que ocurrió dentro de la Liga misma. De igual forma, el período siguiente a la formación de la Alianza Dual de 1879 entre Alemania y Austria se vio marcado por un deterioro en las relaciones entre los dos signatarios, junto con un mejoramiento de las relaciones con Rusia, contra la cual estaba dirigida la Alianza Dual.

Estos hallazgos señalan una modificación de la hipótesis de Singer y Small, tanto como la propuesta planteada por Arthur Lee Burns y otros, de que la alineación de dos o más estados entre sí refuerza la oposición de otros y aumenta el riesgo de guerra. Más aún, a la formación de la Liga de los Tres Emperadores le siguió una declinación en las interacciones entre los aliados, de lo cual Healy y Stein sacan la conclusión de que las interacciones entre miembros de la Liga y estados no afiliados probablemente aumentaron. Pero los hallazgos de este estudio apoyaban la propuesta de qué había una tendencia hacia el equilibrio en este sistema internacional basado en un equilibrio de poder multipolar, con la inferencia de que "es más probable que las relaciones desequilibradas sean más inestables que las relaciones equilibradas" y "la tensión causada por la relación desequilibrada induce a un cambio en el comportamiento interactivo".[95]

Hay escaso acuerdo entre los especialistas acerca de la relación entre multipolaridad-bipolaridad y estabilidad internacional. En marcado contraste con Deutsch y Singer, Kenneth Waltz aduce que un sistema internacional bipolar, con su disparidad natural entre las superpotencias y los estados menores, es más estabilizador que un sistema multipolar. Al tener la capacidad de infligir y controlar la violencia, las superpotencias son "capaces tanto de moderar el uso de la violencia de los demás como de absorber posibles cambios desestabilizadores que emanen de usos de la violencia que no controlan o no pueden controlar".[96] Ambas superpotencias, siguiendo su instinto de autopreservación, constantemente buscan mantener un equilibrio de

poder basado en una amplia gama de capacidades, incluidas la fuerza militar y la tecnología. El poder militar es sobremanera efectivo cuando disuade un ataque. De allí Waltz ve la utilidad del mantenimiento de la fuerza por parte de cada una de dos superpotencias en competencia en un sistema bipolar, dado que los estados "supremos en su poder, tienen que usar la fuerza menos a menudo".[97] Según Waltz, "la bipolaridad se expresa como el control recíproco de los dos estados más fuertes entre sí, a partir de su mutuo antagonismo. Cada uno es muy sensible a los avances del otro".[98]

Al ofrecer un sistema alternativo, Richard N. Rosecrance critica los modelos de Deutsch-Singer y Waltz, respectivamente, de la multipolaridad y la bipolaridad, y propugna, por el contrario, la bimultipolaridad. Al criticar la formulación de Waltz de la bipolaridad, Rosecrance plantea que un mundo bipolar en el cual las dos superpotencias están intensa y vitalmente interesadas en el resultado de todos los principales temas internacionales, es en esencia un juego de suma cero. De allí que se diga que la motivación hacia la expansión y el potencial de conflicto entre los líderes de los bloques son más grandes en un sistema bipolar que en un mundo multipolar.[99]

Si bien la intensidad del conflicto puede ser menor en un mundo multipolar que en un sistema bipolar, Rosecrance sugiere que la frecuencia de conflicto será más grande por la gran diversidad de intereses y requerimientos. "Si un orden multipolar limita las consecuencias de conflicto en alguna parte del sistema, difícilmente pueda disminuir su número. Si un sistema bipolar implica un grave conflicto entre los dos polos, al menos reduce o elimina el conflicto en otras partes del sistema."[100] Así hace complejo el trazado de políticas y el logro de resultados estables, difícil.

El sistema alternativo propuesto por Rosecrance combina los rasgos positivos de la bipolaridad y la multipolaridad sin sus desventajas correlativas. En la bimultipolaridad, "los dos principales estados actuarán como reguladores del conflicto en las áreas externas; pero los estados multipolares actuarán como mediadores y vallas para el conflicto entre las potencias bipolares. En ninguno de los casos, se obviará el conflicto, pero puede mantenerse bajo control".[101] Las naciones bipolares, y en especial las superpotencias, buscarán restringirse entre sí la posibilidad de adquirir predominio, mientras actúan juntas a partir de un interés mutuo en minimizar el conflicto o el desafío en la región multipolar del globo. Los estados multipolares, si bien tendrán rivalidades que surgen de una diversidad de perspectivas e intereses nacionales, tendrán un interés común en resistirse a las ambiciones de las potencias bipolares. En consecuencia, la probabilidad de guerra sería menor en un sistema bimultipolar que en uno estrictamente bipolar o multipolar. Rosecrance llega a la conclusión de que el aumento de multipolaridad reforzaría las perspectivas de "détente" entre las superpotencias y, así, de colaboración entre ellas para la resolución de problemas de naturaleza multipolar.

Como alternativa de cada uno de los modelos anteriores, Oran R. Young sugiere la necesidad de un modelo que subraye "la creciente interpenetración de los ejes globales o que abarque todo el sistema de la política internacional, por un lado, y las muchas áreas regionales que esán emergiendo pero son ampliamente divergentes o subsistemas, por el otro".[102]

Crítico de los modelos bipolares y multipolares por su atención a problemas esencialmente estructurales, a costa de desdeñar la dinámica de los sistemas internacionales, Young desarrolla un "modelo de discontinuidades" que abarca la influencia convergente de los procesos de poder global y regional en modelos que están fuertemente marcados por elementos tanto de congruencia como de discontinuidad.[103] Young usa los conceptos de congruencia y discontinuidad para referirse al grado en el cual "los modelos de intereses y relaciones políticas de poder son similares o diferentes entre el área global y las diversas áreas regionales y entre las diferentes áreas regionales mismas".[104] La concepción de Young de "discontinuidades" es similar al modelo de un mundo de "sistemas de temas múltiples" señalado antes.[105] Estos fenómenos de cruce, superposición y vinculación entrañan agudos problemas de identificación de fronteras: ¿dónde termina el sistema X y dónde empieza el sistema Y? Ninguna respuesta final puede dárseles a tales cuestiones, porque las fronteras de un sistema, como los sistemas mismos, son impuestos por los analistas con fines particulares de investigación y están en constante cambio. Algunos agentes, incluidas las superpotencias, y ciertos temas —tales como el comunismo, el nacionalismo y el desarrollo económico— son importantes en todo el sistema internacional. Sin embargo, los subsistemas regionales del sistema internacional tienen rasgos únicos y modelos de interacción. Young propone un modelo en el cual se subraya la existencia de discontinuidades. El modelo de discontinuidades está diseñado para generar reflexiones útiles acerca de la variedad y complejidad de la interpenetración entre subsistemas, las transacciones y las posibilidades de manipulación a través de subsistemas, los problemas de incompatibilidad de los agentes con intereses en todo el sistema y las relaciones entre los diversos subsistemas y los modelos globales de política internacional.

Los subsistemas regionales en el sistema internacional

Como parte de la perspectiva sistémica en la teoría de las relaciones internacionales, el interés de los especialistas en delinear subsistemas ha aumentado sustancialmente en la generación pasada. Se ha señalado en otra parte de este capítulo y en el Capítulo 10 que la teoría de los sistemas y la teoría de la integración han estado estrechamente asociadas en la bibliografía de la teoría de las relaciones internacionales. Debido a que gran parte de la teorización acerca de la integración se ha concentrado en el nivel regional, se deduce que los estudios de integración y el subsistema regional también han estado vinculados en los trabajos de los especialistas, especialmente desde principios de los años sesenta. Como lo señalaba Michael Banks en 1969: "Se han hecho varios intentos para enfocar los subsistemas regionales desde el punto de vista tradicionalmente ideográfico de los estudios de área, pero de una forma que emplea por lo menos algunas de las reflexiones más convincentes en los modelos de la política mundial".[106] Según Louis Cantori y Steven Spiegel, el subsistema regional consiste en "un Estado, o dos o más estados próximos y en interacción, que tiene (o tienen) algunos vínculos étnicos, lingüísticos, culturales, sociales e históricos comunes y cuya sensación de identidad a veces se ve incrementada por las acciones y actitudes de los estados que están fuera del sistema".[107] Los sistemas están delineados por cuatro "variables de modelo":

1. La naturaleza y el nivel de cohesión o el "grado de similitud o complementariedad en las propiedades de las entidades políticas que se toman en consideración y el grado de interacción entre estas unidades".
2. La naturaleza de las comunicaciones dentro de la región.
3. El nivel de poder en el subsistema, con el poder definido como la "capacidad presente y potencial y la disposición de una nación a alterar los procesos de toma de decisiones internas de otros países de acuerdo con sus propias políticas".
4. La estructura de relaciones dentro de la región.[108]

A fin de tomar en cuenta la superposición entre subsistemas y el carácter difuso de las fronteras en la afiliación regional, es necesario, como los autores sugieren, dividir cada subsistema, primero, en un sector central o foco principal de política internacional dentro de una región dada; segundo, un sector periférico, incluidos los estados que juegan un papel en los asuntos políticos de la región, pero están apartados del centro como resultado de factores sociales, políticos, económicos, organizativos u otros, y tercero, un sistema intrusivo que toma en cuenta las potencias externas cuya participación en el subsistema es importante.

Otro especialista, William R. Thompson, ha revisado y sintetizado la bibliografía de los subsistemas internacionales. Según Thompson, los atributos planteados en la bibliografía de los subsistemas internacionales incluye la proximidad de los agentes entre sí; modelos de relaciones o interacciones que exhiben regularidad e interrelación, en la cual el cambio en una parte del subsistema afecta a otras partes; el reconocimiento interno y externo de unidades distintivas de poder que son relativamente inferiores a las del sistema dominante; los efectos de cambio en el sistema dominante que son mayores en el subsistema que viceversa; un cierto grado (no especificado) de vínculos compartidos de tipo lingüístico, cultural, histórico o étnico; un nivel relativamente alto de integración, incluidas quizás las relaciones institucionales explícitas; acciones intrasistémicas que predominan respecto de las influencias externas; fuerzas armadas distintivas; una forma de equilibrio regional y un nivel común de desarrollo.[109] Así, se puede decir que el nivel de consenso sobre los atributos de un subsistema es bajo.

Thompson llega a esta conclusión: "Hablando estrictamente, los subsistemas regionales no necesitan ser regiones geográficas 'per se'. Más bien, los subsistemas consisten en las interacciones de las elites nacionales, no en las entidades físicas de unidades políticas, de las cuales se observa que las interacciones tienen fronteras más o menos regionales. En este sentido, sólo debería ser necesario emplear el mínimo criterio regional; es decir, la proximidad general".[110]

De este análisis, el autor infiere que las "condiciones necesarias y suficientes para un subsistema regional incluyen: regularidad e intensidad de las interacciones, de manera que un cambio en una parte afecte a las otras

partes; proximidad general de los agentes; reconocimiento interno y externo del subsistema como distintivo, e incorporación de por lo menos dos, y probablemente más, agentes del subsistema".[111]

Utilizando tales criterios, es posible identificar muchos subsistemas, si bien sus fronteras puedan diferir para fines diversos. Desde una perspectiva institucional, podemos identificar a la Comunidad Económica Europea como un subsistema. Desde una perspectiva geográfica y cultural, podemos considerar a Europa Occidental como otro subsistema. La existencia de un Estado como Gran Bretaña, Francia o Alemania dentro de cada uno de estos subsistemas suministra una serie de ingresos desde el entorno internacional dentro de su política exterior. En cualquier otra parte del mundo, podemos desarrollar una serie de subsistemas regionales que ayuden a configurar las políticas exteriores de los estados que son miembros centrales o periféricos, o que están ubicados fuera del subsistema.

Análisis del sistema mundial

Central para el análisis de los sistemas es el estudio de sus estructuras y procesos. El análisis del sistema mundial representa un intento por evaluar las relaciones de estructura y proceso dentro de los contextos contemporáneo e histórico. De fundamental importancia es el presupuesto de que los orígenes del sistema mundial moderno pueden remontarse tanto tiempo atrás como a fines del siglo xv. Para muchos países, en consecuencia, el actual sistema mundial, junto con sus diversos subsistemas, ha estado evolucionando de niveles menos complejos a niveles más complejos a partir de crecientes formas de interacción. Es posible observar y analizar una serie de estructuras y procesos en el sistema mundial, que despliegan elementos de continuidad a lo largo de un período de por lo menos 500 años. Por cierto, el sistema mundial de fines del siglo xx, por distintivo que pueda parecer respecto del de épocas anteriores, está basado, sin embargo, en modificaciones de las mismas estructuras y procesos que se encuentran en los siglos precedentes. En este sentido, el análisis del sistema mundial representa una reacción intelectual a lo que ha sido juzgado como un modelo excesivamente abstracto y ahistórico de las ciencias sociales. La historia está destinada a ser un ingrediente vital, no sólo una base de narraciones descriptivas —que no es la meta principal de los propulsores del análisis del sistema mundial— sino por el contrario como el medio crucialmente importante de discernir y comparar fenómenos repetitivos y, en especial, fases cíclicas, que se describirán en mayor detalle más adelante.

El análisis del sistema mundial configura un esfuerzo, al mantenerse acorde con gran parte de los estudios de fenómenos internacionales, por franquear las tradicionales fronteras disciplinarias. Se basa en el presupuesto de que el sistema mundial contiene una serie de subsistemas político-militares, económicos y culturales interdependientes y que es difícil, si no contraproducente, examinar, por ejemplo, modelos de interacción política y económica aislados entre sí. El análisis del sistema mundial comparte con el realismo estructural el presupuesto fundamental de que,

como lo dice William R. Thompson, "el comportamiento dentro del sistema puede explicarse mejor en términos de la estructura del sistema mundial y sus procesos críticos".[112] Sin embargo, para el análisis del sistema mundial, las estructuras existen en muchos niveles. Así, para citar nuevamente a Thompson: "El presupuesto que opera es que el analista debe descifrar en algún punto el contexto estructural generalizado dentro del cual todo el comportamiento se realiza, al margen del nivel de interacción".[113] Tales procesos y estructuras deberían estudiarse en forma integrada; con lo cual se quiere decir estudiadas dentro de un contexto que no sólo atraviese las fronteras disciplinarias académicas, sino que también traiga al centro de interés lo que se llama tiempo del sistema mundial.

En el análisis del sistema mundial, se plantea que los ritmos y ciclos de los procesos del sistema pueden identificarse y examinarse. El sistema mundial del pasado medio milenio contiene una serie de tales fenómenos. No son de importancia los años y las décadas mismas, sino, por el contrario, las fluctuaciones a largo plazo que pueden verse en el sistema. Un gran número de ciclos son identificados por varios contribuyentes a la bibliografía de análisis del sistema mundial. Según Immanuel Wallerstein, el sistema mundial se ha caracterizado históricamente por el desarrollo de una división del trabajo entre la zona central y su periferia y por el surgimiento y caída de potencias hegemónicas, y la gradual expansión territorial de tales estados y su eventual declinación, junto con sucesivso períodos de crecimiento y estancamiento en la economía mundial.[114] En términos económicos, en cualquier momento la zona central abarca a aquellos estados que tienen la producción agrícola-industrial más eficaz, junto con el nivel más alto de acumulación de capital. Con tal marco de referencia, Wallerstein discierne un primer estadio (1450-1600) en el desarrollo de la moderna economía mundial, momento durante el cual el área central pasó del Mediterráneo al noroeste de Europa. Este fue un período, por cierto, en el cual la economía era primordialmente agraria. A esto le siguió una época de estancamiento de todo el sistema en un segundo estadio que empezó alrededor de 1600 y se extendió a lo largo de 150 años. Sólo en el tercer estadio, que empezó en 1750 y se extendió hasta el siglo xx, la dimensión industrial se volvió predominante, seguida a su turno por una expansión y consolidación económica global.

En el análisis de Wallerstein es de capital importancia para los estudiosos de la política internacional, la relación que se traza entre la división del trabajo centro-periferia y la concentración o difusión del poder respecto de estados más o menos dominantes. Sólo ha habido breves períodos de poder hegemónico asociados con el sistema mundial de los últimos 500 años. Éstos incluyen a Hloanda (1625-1672/75); Gran Bretaña (1763-1815/ca. 1850-1873) y Estados Unidos (1945-1965/67). Según Wallerstein, tales épocas se caracterizan por la concentración dentro del Estado hegemónico de la agricultura y la industria, tanto como de los recursos financieros. La brevedad de tales períodos se atribuye al alto costo de preservar la hegemonía y la eventual extensión de las capacidades económicas a los sigue un período de difusión del poder y de competencia entre las potencias estados centrales rivales. Con la declinación cíclica del control hegemónico, centrales rivales.

Desde mediados de los años setenta, George Modelski ha desarrollado una forma de análisis del sistema mundial basada en lo que denomina "ciclos largos de liderazgo mundial".[115] Tales fenómenos representan un modelo de regularidad en equilibrio en el sistema mundial. Según Modelski, la unidad básica del sistema mundial moderno (desde 1500) es una región mundial. Antes del período moderno, tales regiones existían en relativo aislamiento entre sí. Sólo con la Era de la Exploración tal interacción se identificó. Cuanto más grandes eran el alcance y la extensión de la interacción interregional, más complejo se ha vuelto el sistema mundial, una característica del mundo moderno que contrasta con el del período premoderno. En un examen de modelos interactivos que tiene cierta similitud con el análisis geopolítico tradicional (ver Capítulo 2), Modelski considera el desarrollo del sistema mundial contemporáneo como el resultado directo del poder marítimo. Aumentando la movilidad sobre los océanos, se forjó un sistema internacional complejo en lugar del sistema premoderno que existió durante más de un milenio antes de 1500 y que se basaba en una sola ruta de interacción, es decir la Ruta de la Seda, que vinculaba China con Europa a través de Asia Central y Medio Oriente. Basados en el poder marítimo, apareció una sucesión de estados líderes. Incluían el orden ibérico, por turno bajo las hegemonías portuguesa y española, seguidas por un período de supremacía holandesa que fue reemplazada por el predominio marítimo de Gran Bretaña y, en última instancia, de Estados Unidos. Rechazando la tesis realista de una anarquía endémica y generalizada, Modelski, por el contrario, sugiere que los períodos de liderazgo global bajo estados marítimos líderes han estado acompañados por la inestabilidad internacional. En el intervalo entre la decadencia de un Estado marítimo hegemónico y el surgimiento de otro, aumenta el conflicto internacional. Los estados líderes del mundo han demostrado una admirable capacidad de forjar mecanismos tales como las alianzas y las coaliciones para cumplir un comportamiento cooperativo dentro de diversas formas de equilibrio de poder.

El ciclo largo al que Modelski se refiere contiene un modelo que empieza en el período posterior a una gran guerra. Por ejemplo, las guerras italianas de fines del siglo XVI, junto con los conflictos entre Francia y España, fueron seguidas por el surgimiento del predominio ibérico en lugar de los estados italianos de la época anterior. Los ciclos sucesivos, que representan el surgimiento y la declinación de los estados líderes, estuvieron puntuados por las guerras que, en su momento, eran de naturaleza global o abarcadora de todo el sistema, culminando por cierto en la Segunda Guerra Mundial. En el punto más alto de sus capacidades, un Estado líder del mundo posee un poder que excede en un 50 por ciento el generalmente disponible en el sistema como un todo. De importancia central como antecedentes teóricos de Modelski son el equilibrio de poder, el poder marítimo y el transnacionalismo. Dentro del equilibrio de poder, los estados líderes siguen estrategias diseñadas para preservar o restaurar la estabilidad, por ejemplo, ayudar a un Estado más débil amenazado por el poder de uno más fuerte. La bibliografía del poder marítimo, y en especial la de Alfred Thayer Maham, representa un contribución importante al estudio de los modelos interactivos de importancia directa para el análisis del sistema mundial. Finalmente, el transnacionalismo, en cuanto a la totalidad de las fuerzas que conducen a la interdependencia, representa un punto central para el análisis del sistema mundial porque, en palabras de Modelski, "establece una tensión útil entre el estado-nación, una creación del mundo moderno, y las fuerzas que lo complementan o posiblemente lo trascienden en un sistema posmoderno".[116] Modelski considera que la teoría del ciclo largo del análisis del sistema mundial tiene un poder predictivo potencialmente importante, si bien se justifican el escepticismo y la cautela. Si, por ejemplo, se puede delinear claramente el tiempo del sistema de un ciclo al próximo, pueden no sólo discernirse modelos recurrentes de comportamiento cíclico, sino también evaluarse la posición de diversos estados en el ciclo presente. En la medida en que tal evaluación se considera posible, se dice que el sistema mundial de las décadas que vendrán se caracterizará por una tendencia hacia la creciente fragmentación, junto con una mayor competencia entre las grandes potencias en un sistema de elevada complejidad.

En el concepto del sistema mundial, el nivel de concentración de poder —político, militar y económico— es lo que configura la estructura del sistema. A este respecto, el análisis del sistema mundial se parece a otras teorías en las cuales los elementos estructurales suministran características definitorias de las relaciones entre entidades dentro del sistema. Se deduce que las reglas para el funcionamiento del sistema se formulan durante períodos de alta concentración de poder bajo el liderazgo de un Estado dominante. El ritmo del sistema es el de las alteraciones en la concentración de capacidades, seguidas de grandes guerras. En el comienzo de una fragmentación del poder surge un período de guerra, al que le sucede a su vez una reconcentración de capacidades en manos de un Estado líder que está emergiendo. Según Kenneth Organski, por ejemplo, el sistema internacional se divide en dos capas de potencias importantes, un Estado dominante y las grandes potencias menores. Tomados en conjunto, tales estados están divididos entre aquellos que están satisfechos con el "statu quo" y aquellos que buscan cambiar la distribución existente de capacidades. La erosión de la posición de la potencia dominante, parte de la evolución cíclica del análisis del sistema mundial, lleva a los agentes insatisfechos a amenazar con usar la fuerza o concretamente recurrir a ella a fin de producir cambios a su favor.

Regímenes internacionales

Desde mediados de los años setenta, el concepto de regímenes internacionales ha emergido como un punto central para el análisis y la investigación. El resultado ha sido una sustancial bibliografía que ha tenido un foco de interés interdisciplinario en respuesta a la naturaleza de los regímenes internacionales, que abarca áreas temáticas tan diversas como defensa, comercio, política monetaria, derecho y política alimenticia. Se dice que tales entidades representan esfuerzos dentro del sistema internacional para desarrollar arreglos cooperativos, sea por medios formales o informales. Según John Ruggie, quien introdujo el concepto en 1975, un régimen inter-

nacional es "un conjunto de expectativas mutuas, reglas y regulaciones, planes, energías organizativas y compromisos financieros, que han sido aceptados por un grupo de estados".[117] Subsiguientemente, los regímenes internacionales se han definido como "principios, normas, reglas y procedimientos de toma de decisiones alrededor de los cuales convergen las expectativas de los agentes en un área temática dada".[118] Más aún, los regímenes pueden categorizarse según su función en un continuum que se extiende de temas específicos o aislados, a un nivel difuso, de múltiples temas.[119] Como lo sugiere Stephen D. Krasner, se ha dicho que los regímenes internacionales consisten en "variables intervinientes que están entre los factores causales básicos, por un lado, y los resultados y el comportamiento por el otro". Según Krasner, los principios representan "creencias de hecho, causa y rectitud. Las normas son patrones de comportamiento definidos en términos de derechos y obligaciones. Las reglas son prescripciones o proscripciones específicas para la acción. Los procedimientos de toma de decisiones son prácticas prevalentes para hacer y poner en práctica las elecciones colectivas".[120] Según Oran R. Young, los regímenes constan de "instituciones sociales que gobiernan las acciones de aquellos interesados en actividades especificables (o en un conjunto significativo de actividades)", y su elemento central descansa en una colección de derechos y reglas que están "más o menos extensa o formalmente articulados, pero algunos de tales arreglos institucionales estructurarán las oportunidades de los agentes interesados en una actividad dada y el contenido exacto será un motivo de intenso interés para estos agentes".[121] Incluido en la idea de los regímenes internacionales está el proceso de toma de decisiones, respecto de una forma especial de actividad. Así, el concepto de régimen abarca tanto elementos estructurales como de proceso. Planteada de diferente manera, la investigación se centra en asuntos asociados con cómo y por qué se establecen los regímenes y qué forma organizativa o estructural adoptan, así como el proceso por el cual se toman las decisiones dentro de ellos y los resultados que surgen.

Los regímenes pueden ser formales por naturaleza o pueden consistir en arreglos informales. Los regímenes formales pueden ser el resultado de la legislación de las organizaciones internacionales. Tales regímenes pueden tener concejos que los gobiernan y estructuras burocráticas. Los regímenes informales pueden estar basados simplemente en un consenso de objetivos y de intereses mutuos entre los participantes, lo cual da como resultado acuerdos "ad hoc". Los regímenes pueden estar basados en una concepción del interés común en la cual la colaboración representa una estrategia opcional para los participantes. Como mínimo, la colaboración entraña reglas acordadas que trabajen juntas para ciertas metas y se abstengan de ciertas acciones. Sin embargo, tanto como los regímenes pueden estar basados en el interés común, también pueden ser el producto de lo que Ernst Haas ha denominado "aversión común". En tales regímenes, "los agentes no coinciden en un resultado conjuntamente preferido, sino que coinciden en el resultado que todos quieren eludir; tales regímenes exigen meramente una coordinación política, no una colaboración".[122] Los regímenes pueden surgir de una colaboración voluntaria o cooperación. Pueden estar basados en la voluntad impuesta de una potencia dominante.

Así, podemos hablar de regímenes coloniales o imperiales o del *ancien régime* en la Francia prerrevolucionaria del siglo XVIII. Oran Young distingue entre regímenes negociados caracterizados por un consentimiento explícito por parte de los participantes y los regímenes impuestos que están "deliberadamente establecidos por agentes dominantes que tienen éxito en lograr que otros se adecuen a los requerimientos de aquellos órdenes a través de alguna combinación de cohesión, cooperación y manipulación de incentivos".[123] Los regímenes pueden llegar a existir como resultado de un acuerdo o contrato entre los participantes. Alternativamente, los regímenes pueden ser creados de forma evolutiva o por acción unilateral drástica de una parte, la cual es aceptada por las otras. Finalmente, los agentes que han formado un régimen pueden comprometerse en lo que Oran R. Young describe como "un proceso de expansión de tareas o 'derrame' que llevará a lo largo del tiempo a la emergencia de un régimen más abarcador y coherente".[124] A este respecto, existe un proceso similar al descripto en la bibliografía de integración neofuncionalista.

En este concepto, los regímenes pueden ser el resultado de la imposición directa de arreglos institucionales a elementos subordinados a los que se ha forzado a estar de acuerdo. Se dice que los sistemas imperial y feudal son ilustrativos de tales regímenes. En una concepción alternativa, una potencia dominante puede ejercer el liderazgo en la formación y preservación de regímenes que sirven a sus intereses, pero que también son ampliamente aceptados en el sistema internacional. Así Robert Keohane desarrolla un concepto de régimen basado en la estabilidad hegemónica, la cooperación y la colaboración. Centrándose en la economía política mundial de las dos generaciones posteriores a la Segunda Guerra Mundial, Keohane define la hegemonía como posesión de una preponderancia de recursos materiales: materias primas, fuentes de capital, control sobre los mercados y una posición competitivamente ventajosa en la producción de bienes de gran demanda.[125] Central en el concepto de Keohane es lo que denomina cooperación "después de la hegemonía",[126] en un momento en que la potencia hegemónica ha decaído en poder e influencia. Un gran número de regímenes internacionales se formaron bajo el liderazgo de Estados Unidos en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué les ocurre, se pregunta, a estos regímenes cuando una potencia hegemónica pierde su posición preponderante? ¿Cómo y por qué los regímenes que se formaron como parte de una relación entre una potencia dominante y unidades menores dura después de que la potencia hegemónica ha cesado de jugar un papel determinante? Según Keohane, la respuesta está en el hecho de que los regímenes se preservan más fácilmente de lo que se crean. En sus palabras, "la cooperación es posible después de la hegemonía, no sólo porque las condiciones para mantener los regímenes existentes son menos exigentes que aquellas requeridas para crearlos".[127] Más aún, exista o no una potencia hegemónica, los regímenes internacionales, en la formulación de Keohane, dependen para su existencia de intereses percibidos que son comunes o complementarios por naturaleza. Como la posición de la potencia hegemónica se ve disminuida, un crecimiento en la interacción entre por lo menos unas pocas unidades del régimen puede servir como reemplazo o complemento que lleva a una cooperación post-

hegemónica. Los regímenes internacionales surgen de intereses compartidos. Cuanto mayores son los incentivos para la cooperación, más probable es que tales regímenes sobrevivan a la decadencia de una potencia hegemónica.

Keohane traza una distinción entre cooperación y armonía como la base indispensable de los regímenes internacionales que describe. La armonía es ilustrada por la situación en la cual la búsqueda del propio interés por parte de todos los agentes lleva automáticamente al logro de las metas de todos los participantes, en gran medida como en el caso de la armonía del concepto de interés discutido en la teoría utópica (ver Capítulo 1). Los regímenes internacionales, especialmente aquellos que carecen de estructuras formales, pueden estar basados simplemente en la armonía, como ocurre en la competencia de mercado de la mano invisible planteada por el modelo económico clásico. Sin embargo, la cooperación representa una condición en la cual los agentes que participan toman medidas para adaptar su comportamiento a las necesidades de otros por medio de un proceso de coordinación política. La armonía puede existir aun en ausencia de comunicación entre los agentes; la cooperación es política por naturaleza porque exige ajustes, por parte de los participantes, a las necesidades e intereses respectivos. De allí que la cooperación no asegure que el conflicto esté ausente de la relación. Por el contrario, la cooperación configura ya una reacción al conflicto existente, o parte de un esfuerzo por eludir un conflicto futuro. Según Keohane, el concepto de régimen internacional refuerza nuestra capacidad tanto de describir como de dar cuenta de modelos de cooperación y de entender la base de la discordia. Tal análisis lleva a Keohane a considerar que los regímenes internacionales reflejan modelos de cooperación y discordia a lo largo de un período de tiempo. Dentro del concepto de régimen internacional, tales relaciones pueden tratarse como modelos de comportamiento de largo plazo más que como agentes aislados o acontecimientos. Según Keohane: "Investigando la evolución de las normas y las reglas de un régimen a lo largo del tiempo, podemos usar el concepto de régimen internacional tanto para explorar la continuidad como para investigar el cambio en la economía política mundial".[128] Así el régimen, al corresponderse también con el concepto antes articulado por Krasner en este capítulo, puede plantearse hipotéticamente como un conjunto de factores intermedios o "variables intervinientes" que están entre el paisaje de la política internacional, incluida especialmente la distribución de poder, por un lado, y el comportamiento concreto de las entidades básicas, sean agentes estatales o no estatales, por el otro. En la medida en que tales agentes, en un sistema internacional horizontalmente organizado y descentralizado, buscan desarrollar soluciones para problemas de diferente tipo, forman diversos tipos de regímenes internacionales. Así el énfasis del análisis de los regímenes recae en el agente estatal, en la medida en que los regímenes evolucionan dentro de un sistema internacional en el cual el poder está difundido o concentrado. Los regímenes se encuentran en sistemas internacionales en los cuales hay una distribución de capacidades amplia —un equilibrio de poder— entre un gran número de estados. Los regímenes existen, ya se ha señalado, en sistemas internacionales en los cuales, como fue el caso con la Gran Bretaña del siglo XIX (Pax Britannica) o el Estados Unidos del siglo XX (Pax Americana), hay un Estado hegemónico. En la medida en que tales potencias crean una base para la paz y la estabilidad mientras ofrecen recompensas para el comportamiento cooperativo, contribuyen a la formación de regímenes internacionales.

En la medida en que su foco se centra en el Estado, el concepto de régimen se remite a la teoría neorrealista y contribuye a ella. (Ver Capítulo 3.) El realismo clásico sostiene que el comportamiento internacional se basa principalmente en intereses y poder y que la política mundial es anárquica. El concepto de régimen representa un esfuerzo que no necesariamente tiende a rechazar un presupuesto tal, sino que por el contrario lo modifica. En la formulación realista original, los estados con intereses en conflicto pueden recurrir al conflicto y en última instancia a la guerra para lograr una resolución compatible con las necesidades percibidas. Mientras la teoría realista no rechaza la posibilidad de la adecuación como un medio de resolver diferencias, el concepto de régimen agrega un análisis explícito y amplio del interés nacional y la política en el cual los elementos en conflicto producen un comportamiento cooperativo. En el concepto de régimen, el interés nacional se basa en un cálculo de beneficios y costos, de ganancias percibidas y riesgos propios de acceder a o violar las previsiones, reglas y procedimientos planteados en un régimen internacional dado. Como lo señala Oran Young: "Al igual que otras instituciones sociales, los regímenes internacionales son producto de la interacción humana y de la convergencia de las expectativas entre grupos de agentes interesados".[129] Así, el concepto de régimen puede ser visto en parte como un intento de refinar la idea realista del interés nacional para abarcar la noción de que, como sugiere Keohane, "la cooperación se explica aún sobre la base de premisas autointeresadas, egoístas acerca de la conducta de los actores en la política mundial".[130] En la medida en que los contribuyentes a la bibliografía de los regímenes le atribuyen las características de comportamiento de los miembros de los regímenes a la distribución de poder entre ellos (por ejemplo, el estudio de los regímenes hegemónicos), adoptan una perspectiva realista estructural. De igual forma, en la medida en que tales teóricos intentan dar cuenta de la persistencia de los regímenes creados durante el período de predominio de una potencia hegemónica, buscan explicaciones alternativas para el comportamiento de los regímenes.

Si el análisis de los regímenes se remite a la tradición realista, tiene antecedentes intelectuales igualmente importantes y vínculos con la literatura de los sistemas y de la integración en el nivel internacional. Según Ernst Haas: "Se supone que los regímenes ayudan a resolver problemas, pero el problema mismo está en función de cómo se maneje el sistema en el cual algo problemático está teniendo lugar".[131] Si bien hay necesidad de clarificación en la bibliografía sobre regímenes, hay conceptos y términos tales como (familiares a la teoría de los sistemas) tipo de estructura del régimen, equilibrio, causalidad, adaptación y aprendizaje. ¿Cómo llegan a existir los regímenes, al igual que los sistemas, se adaptan al cambio de las circunstancias del entorno y se comprometen en modelos de crecimiento, preservación y decadencia? Como en el caso de la teoría de los sistemas, tales preguntas se plantean en la bibliografía sobre regímenes. Se dice que los regímenes surgen en la medida en que convergen las expectativas sobre un nuevo punto central, el cual, a su vez, suministra la base para nuevos

arreglos institucionales, un proceso familiar para los estudiosos de la teoría neofuncionalista de la integración, descrita antes en este capítulo. Profundamente inscripta en el concepto de régimen, como en la teoría de la integración y de los sistemas, está la idea de la interdependencia entre las entidades que constituyen el régimen. Cuanto más grande es el nivel y el alcance de la interdependencia, según se ha elucubrado, más extenso será el interés compartido en la cooperación o la colaboración y de allí la necesidad de utilizar los regímenes existentes o crear nuevos. Más aún, los regímenes internacionales, al estar en gran medida de acuerdo con la teoría integrativa, es probable que refuercen las perspectivas de aumentar los flujos transnacionales, si bien el régimen internacional en sí mismo puede surgir de la existencia previa de tales flujos, más que ser en sí mismo un factor determinante en su creación.

Si el sistema internacional dentro del cual se forman los regímenes está centrado en el Estado, en la tradición realista, se puede decir que los regímenes mismos representan agentes no estatales, sean sistemas de seguridad como la OTAN y la Organización de los Estados Americanos, o arreglos económicos tales como el Fondo Monetario Internacional o la Comunidad Europea. Si bien tales entidades son creaciones del sistema de estados, existen como agentes o regímenes en sí mismos. Según Krasner: "Los regímenes pueden asumir una vida propia, una vida independiente de los factores causales básicos que ante todo conducen a su creación".[132] Como los regímenes funcionan como variables intervinientes, un cambio en el poder relativo de los estados no siempre puede ser reflejado en los resultados. Esto implica sugerir que una vez que los regímenes se crean, ellos mismos pueden alterar la distribución del poder entre las entidades que originariamente los formaron, o los cambios en el equilibrio de poder pueden no ser reflejados inmediatamente en la estructura y funcionamiento del régimen. Más aún, los regímenes pueden contribuir a reforzar o debilitar las capacidades de sus miembros, por ejemplo, transfiriendo recursos de una unidad a otra. Como los agentes no estatales y las entidades que suministran un marco para el comportamiento cooperativo o colaborativo, los regímenes han atraído el interés de los estudiosos de la integración en el nivel internacional. En suma, el concepto de régimen representa un intento de refinar la teoría realista, pero también un esfuerzo por abordar la base de las estructuras y procesos de colaboración internacional de importancia inmediata para la teoría de la integración.

¿En qué medida, se ha preguntado, el concepto de régimen representa una extensión de la frontera de la teoría? ¿O es simplemente una reformulación de enfoques existentes? ¿Ofrece una contribución a largo plazo al conocimiento o por el contrario significa una moda que probablemente deje de lado la generación próxima de especialistas, tal como sus progenitores han rechazado ciertos enfoques anteriores? Según Susan Strange, el análisis de regímenes contiene varios defectos graves. Se dice que incluye un énfasis amplio en los estados y una valoración inadecuada del elemento dinámico del cambio en el nivel internacional. Se dice que su preocupación normativa se remite a la base del orden, o el "statu quo", más que a conceptos tales como la justicia. Existe el criterio, familiar por igual a la teoría realista, de que el modelo centrado en el Estado es inadecuado para el

estudio del sistema internacional, complejo y rápidamente cambiante de fines del siglo XX, si bien el análisis de regímenes representa en sí mismo un esfuerzo por vérselas con tales fenómenos. El concepto de régimen se ha considerado defectuoso también por su supuesta falta de suficiente precisión en cuanto a su definición. Régimen se ha utilizado para describir acuerdos expresamente aceptados, procedimientos de toma de decisiones, marcos internacionales basados en instituciones, formas de cooperación que carecen de tales marcos institucionales y distribuciones de poder con formas de cooperación y colaboración resultantes entre estados relativamente iguales en capacidades, entre potencias hegemónicas y potencias menores.[133]

Críticas a la teoría de los sistemas

Si bien la teoría de los sistemas se ha convertido en uno de los enfoques principales del estudio de la política, también ha sido objeto de graves críticas. Según Harold y Margaret Sprout, algunos teóricos de los sistemas (de los cuales citan a McClelland como ejemplo) "explícitamente introducen el concepto 'organismo' (que recuerda a la doctrina hegeliana) en sus interpretaciones del Estado y el sistema internacional". Si bien reconocen que "la mayoría de los teóricos de los sistemas no llegan a decir que las estructuras y funciones sociales y biológicas son isomorfas sino en un sentido puramente metafísico", los Sprout se preguntan "si uno obtiene reflexiones más claras y ricas respecto del funcionamiento de las organizaciones políticas dotándolas aun metafóricamente de estructuras pseudobiológicas y funciones pseudopsicológicas".[134] Los Sprout advierten acerca de la reificación de las abstracciones.

Otro crítico, Stanley Hoffmann, plantea que la teoría de los sistemas no suministra un marco para lograr predictibilidad. Al combinar el ideal de una ciencia deductiva con el deseo de lograr predictibilidad, Hoffmann afirma que los teóricos de sistemas se vuelven tautológicos:

> Si uno construye un modelo del comportamiento de ciertos grupos (por ejemplo, naciones) basado en un conjunto de hipótesis acerca de las variables que se supone que determinan el comportamiento de los grupos; si, además, algunas de estas hipótesis son altamente cuestionables y si, finalmente, el modelo descansa en el presupuesto de que estos grupos son intercambiables, entonces las "predicciones" acerca del comportamiento de los grupos serán un mero replanteo de las hipótesis originales y, así, abarcarán un conjunto totalmente arbitrario de proposiciones acerca de los grupos involucrados. Tal es el peligro de los "modelos formales de mundos imaginarios, no ya generalizaciones acerca del mundo real". Es el triunfo de la forma sobre la sustancia.[135]

En la crítica de Hoffmann está la objeción de que los teóricos de los sistemas usan técnicas inadecuadas tomadas de otras disciplinas tales como la sociología, la economía, la cibernética, la biología y la astronomía. Al

mismo tiempo, Hoffmann desestima las teorías que plantean modelos específicos de interacción tales como los de Kaplan y Modelski, por ser deficientes en cuanto a referentes empíricos.

> La construcción de hipótesis puramente abstractas basadas en un pequeño número de axiomas, de los cuales se deducen un conjunto de proposiciones, es una extraña forma de juego de salón demasiado lejano de la realidad para ser "comprobable" o, por el contrario, descansa en postulados acerca del comportamiento de las variables incluidas, que son ya demasiado arbitrarios, ya demasiado generales: la elección se da entre la perversión y la chatura.[136]

Hoffmann plantea que los modelos de sistemas, como apuntan a un alto nivel de generalización y usan herramientas de otras disciplinas, no "captan la materia de la política". El énfasis de muchos modelos de sistemas en la teoría de la comunicación reduce a los individuos y sociedades a sistemas de comunicación, con el correlativo descuido de la sustancia de los mensajes que estas redes llevan. Lo que contienen las transacciones o interacciones, es probable que sea tan importante, o probablemente más importante, que su cantidad. Más aún, la tendencia a reducir una teoría a tan pocas hipótesis como sea posible "y a preferir una hipótesis simple a una compleja", porque tal simplicidad hace más fácil usar la teoría, si bien puede implicar un puro formalismo y la tendencia a reducir la política a lo que no es, entraña una pérdida de elementos tan vitales como las instituciones, o la "materia de la política". Sin embargo, esto no lleva a la conclusión de que los teóricos de los sistemas necesariamente sostienen que tales estudios no tienen un lugar en el campo de las relaciones internacionales. Para el estudio cuantitativo de la política, la teoría de los sistemas ha presentado problemas de operacionalización. A menudo es difícil desarrollar indicadores operativos para verificar conceptos contenidos en una teoría de los sistemas, si bien los estudios de datos-acontecimiento han representado un esfuerzo importante desde los años sesenta para validar propuestas acerca de la interacción entre los estados, como se desarrolló antes dentro de este capítulo. Más aún, hay desacuerdo acerca del nivel hasta el cual, en ausencia relativa de estudios empíricos que usan hipótesis de la teoría de los sistemas, es posible desarrollar criterios de significación a fin de juzgar las relaciones isomórficas.

Otros autores como Jerome Stephens y George Modelski critican la teoría de los sistemas. Stephens pide que se investiguen los requisitos que deben cumplir los sistemas internacionales y los niveles dentro de los cuales pueden cumplirse sin transformar el sistema. Sostiene que los especialistas en relaciones internacionales deben eludir una mayor proliferación de trabajos que simplemente invocan a la teoría de los sistemas y al análisis de sistemas en favor de estudios empíricos de los requisitos de los sistemas internacionales. Stephen escribe: "Hemos tenido suficientes formulaciones heurísticas ya como para que les duren toda la vida a los estudiosos de la política, y ahora es tiempo de pedir resultados de este diluvio heurístico y, si ninguna llega, entonces pasemos a otras formas de estudiar la política".[137] De igual forma, George Modelski cree que la teoría de los sistemas

ha estado "vacía de reflexiones significativas" respecto de las relaciones internacionales.[138] "El sistema es un concepto de alta generalidad y lo que es cierto de todos los sistemas, al tiempo que es importante para la política mundial, por lo general no es lo suficientemente específico para sumar mucho a nuestra valoración de ese campo estrechamente circunscripto. Lo que es más, para algunos profesionales de lo que ha pasado a conocerse como teoría de los sistemas, la mera pronunciación y frecuente repetición del término mágico 'sistema' se ha convertido en un acto ritual de especial potencia, que se espera que le confiera a quien lo dice una instantánea admisión, no sólo en el círculo de los iniciados sino también en el sésamo de la sabiduría política." Modelski concluye que "la utilidad de un enfoque sistémico específico para las relaciones internacionales ahora puede estar acercándose a su fin, a pesar del hecho de que la influencia esperada de él sin duda demuestra haber sido duradera."[139] En actitud similar, Steven J. Brams ha afirmado: "Las formulaciones verbales sobre las funciones que los sistemas desempeñan abundan, pero de lo que notablemente carecen la mayoría de estos paradigmas sistémicos es qué referentes empíricos tienen los conceptos empleados, lo cual les permitiría a las proposiciones que los vinculan comprobarse empíricamente".[140]

Debido a su énfasis en las nociones de estabilidad, equilibrio, estado calmo y mantenimiento del modelo, la teoría de los sistemas ha sido criticada por su supuesta inclinación ideológica en favor del "statu quo", si bien la teoría del equilibrio no connota necesariamente una tendencia contraria al cambio. Esta crítica ha sido dirigida en particular contra el funcionalismo-estructural, si bien, en respuesta, Robert K. Merton ha dicho que sus defensores pueden ser acusados de tener una tendencia en favor del cambio por la naturaleza esencialmente mecánica del análisis funcionalista-estructural y su susceptibilidad, en consecuencia, a la ingeniería social.[141]

Los estudios sistémicos han resultado defectuosos por haber fracasado, supuestamente, en especificar o en clarificar adecuadamente sus bases epistemológicas. Sin tal investigación preliminar, los autores de teorías sistémicas se han vuelto en un temprano estadio de su trabajo hacia afirmaciones sustanciales acerca del poder y la estabilidad, sin haber planteado un conjunto de definiciones o variables claramente especificadas. Según Oran Young, semejante tendencia a dispensarse de los preliminares, "lleva a la oscuridad respecto de las opciones conceptuales" y a ambigüedades y confusión dentro de los trabajos de los autores aislados.[142] Por ejemplo, hay confusión acerca de la distinción entre estructuras concretas y analíticas, la importancia de conceptos tales como entorno y el uso de las analogías organísmicas. Hay desacuerdo entre los estudiosos de los sistemas acerca de estudios deductivos e inductivos, técnicas cuantitativas para la manipulación de datos y los méritos relativos de los análisis comparados y los estudios históricos.[143] Según John Weltman, "la teoría de los sistemas no ha sido aplicada en forma uniforme". En su opinión, "el contexto de la teoría (de los sistemas) aplicada va de la alusión estilística a un despliegue completo de su compleja parafernalia conceptual".[144] Así los problemas de definición, alcance y método que dividen a los defensores de la teoría de los sistemas se parecen a los que acosan el estudio de las relaciones internacionales y la ciencia política. Debido a tal discordia entre los estudiosos

de la teoría de los sistemas, su contribución a los avances metodológicos y conceptuales de las relaciones internacionales es incierta. Pero, sin duda, la teoría de los sistemas seguirá atrayendo el interés, hasta que se encuentren enfoques más adecuados y promisorios para el desarrollo de una teoría en el macronivel.

NOTAS AL CAPÍTULO 4

[1] Robert J. Lieber: *Theory and World Politics* (Cambridge, Winthrop, 1972), p. 123. Ver también Oran R. Young: *Systems of Political Science* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1968), p. 19; Michael Banks: "Systems Analysis and the Study of Regions", *International Studies Quarterly*, 13, Nº 4 (diciembre de 1969), pp. 345-350.

[2] Anatol Repoport: "Foreword", en Walter Buckley, comp.: *Modern Systems Research for the Behavioral Scientists* (Chicago, Aldine, 1968), p. xvii (la bastardilla es del texto). Ver, también, James E. Dougherty: "The Study of the Global System", en James N. Rosenau, Kenneth W. Thompson y Gavin Boyd, comps.: *World Politics: An Introduction* (Nueva York, The Free Press, 1976), pp. 597-623.

[3] J. W. Burton: *Systems, States, Diplomacy and Rules* (Cambridge, Cambridge University Press, 1968), p. 6.

[4] Ibídem, p. 14.

[5] Ver George Modelski: "The Promise of Geocentric Politics", *World Politics*, XXII, Nº 4 (julio de 1970), pp. 633-635. Según Modelsky, "los problemas que rápidamente se acumulan en la tierra como totalidad, ya no son pasibles de ser atacados con el equipo conceptual etnocéntrico heredado del siglo XIX. Si bien esto sigue siendo válido para todas las ciencias sociales y si bien todas necesitan una reorientación en dirección de lo geocéntrico, en ninguna parte es más urgente la necesidad que en la ciencia política, todavía básicamente la ciencia del Estado, y en las relaciones internacionales, todavía bajo el embrujo de la sabiduría diplomática convencional de Metternich y Bismarck" (p. 635).

[6] J. David Singer: *A General Systems Taxonomy for Political Science* (Nueva York, General Learning Press, 1971), p. 9.

[7] Ernst B. Haas: 'On Systems and International Regimes", *World Politics*, XXVII, Nº 2 (enero de 1975), p. 150.

[8] Robert O. Keohane y Joseph S. Nye: *Power and Interdependence World Politics in Transition* (Boston, Little Brown, 1977), pp. 9-10. Hay traducción al castellano, GEL, Buenos Aires, 1988.

[9] Ibídem, p. 12.

[10] Ibídem, p. 13.

[11] R. Harrison Wagner: "Economics Interdependence, Bargaining Power and Political Influence", *International Organization*, 42, Nº 3 (verano de 1988), p. 461. Para un tratamiento amplio de las dimensiones económicas de la interdependencia, ver John Gerard Ruggie, comp.: *The Antinomies of Interdependence: National Welfare and the International Division of Labor* (Nueva York, Columbia University Press, 1983).

[12] Andrew M. Scott: "The Logic of International Interaction", *International Studies Quarterly*, 21, Nº 3 (septiembre de 1977).

[13] Según Scott, consisten en requisitos ambientales y de recursos, requisitos de flujo de sistemas (materiales, gente, energía, tecnología, información), personal entrenado y sus servicios y requisitos de control y guía. Ibídem, p. 445.

[14] Edward L. Morse: *Modernization and the Transformation of International Relations* (Nueva York, The Free Press, 1976), p. 14.

[15] Ibídem, p. 130.

[16] Hayward R. Alder, Jr.: "A Methodology for Design Research on Interdependence Alternatives", *International Organization*, 31, Nº 1 (invierno de 1977), página 31.

[17] Richard Rosechance y Arthur Stein: "Interdependence: Myth or Reality?", *World Politics*, XXVI, Nº 1 (octubre de 1973), p. 2.

[18] Ibídem, p. 21.

[19] Hobbes define los sistemas de la siguiente manera: "Por sistemas entiendo cualquier número de hombres unidos en un interés o un negocio, de los cuales algunos son regulares y otros irregulares". Thomas Hobbes: *Leviathan*, introducción de Michael Oakeshott (Oxford, Basil Blackwell, 1946), p. 146.

[20] Ludwig von Bertanlanffy: "General Systems Theory", en *General Systems*, I (1956), pp. 1-10; reproducido en J. David Singer, comp.: *Human Behavior and International Politics: Contributions from the Social-Psychological Sciences* (Chicago, Rand McNally, 1965), p. 21. Ver, también, Roy R. Grinker, comp.: *Toward a Unified Theory of Human Behaviour* (Nueva Yorw, Basic Books, 1956).

[21] Anatol Rapoport: op. cit., p. xxi.

[22] Bertalanffy: op. cit., p. 21. Ha sugerido que un "sistema" implica cualquier arreglo o combinación de partes o elementos en un todo, que puede aplicarse a una célula, un ser humano o una sociedad. "General Systems Theory: A New Approach to United of Science", *Human Biology*, XXIII (1951), pp. 302-304.

[23] El isomorfismo puede definirse como "una correspondencia término a término entre objetos de diferentes sistemas, lo cual preserva la relación entre los objetos". A. Hall y R. Fagen: "Definition of a System", *General Systems*, I (1956), p. 18.

[24] Ibídem, p. 22 (la bastardilla es del original).

[25] Peter Nettl: "The Concept of Systems in Political Science", *Political Studies*, 14 (septiembre de 1966), pp. 305-338.

[26] Jerome Stephens: "An Appraisal of Some System Approaches in the Study of International Systems", *International Studies Quarterly*, 16, Nº 3 (septiembre de 1972), p. 328.

[27] Ver, por ejemplo, Andrew M. Scott: *The Functioning of the International System* (Nueva York, Macmillan, 1967), p. 27.

[28] James M. Rosenau: "A Pre-Theory Revisited: World Politics in an Era of Cascading Interdependence", *International Studies Quarterly*, Vol. 28, Nº 3 (septiembre de 1984), p. 255.

[29] Ibídem, p. 262.

[30] Ibídem, p. 264.

[31] Ibídem, p. 268.

[32] Ibídem, p. 272.

[33] Ibídem, p. 281.

[34] Kenneth E. Boulding: *The Image: Knowledge in Life and Society* (Ann Arbor, University of Michigan Press, 1956), p. 8; "Political Implications of General Systems Research", *General Systems Yearbook*, VI (1961), pp. 1-7. Para un tratamiento de la teoría de la imagen y el conflicto internacional, ver Capítulo 7, pp. 290-298.

[35] Kenneth E. Boulding: *Beyond Economics* (Ann Arbor, University of Michigan Press, 1968), p. 83.

[36] Talcott Parsons y Edward A. Shild, comps.: *Toward a General Theory of Action* (Nueva York, Harper & Row [Torchbooks]), p. 53.

[37] Parsons define un sistema social como un "sistema de interacción de una pluralidad de agentes, en el cual la acción se orienta por medio de reglas que son complejos de expectativas complementarias respecto de los papeles y sanciones. *Como sistema*, tiene una organización interna determinada y modelos determinados de cambio estructural. Tiene, además, como sistema, una variedad de mecanismos de adaptación a los cambios en el entorno externo. Estos mecanismos funcionan para crear una de las propiedades más importantes de un sistema, es decir, una tendencia a mantener fronteras. Un sistema social total que, con fines prácticos, puede ser tratado como autosuficiente —lo cual, en otras palabras, contiene dentro de las fronteras aproximadamente definidas por los miembros todos los mecanismos funcionales necesarios para su mantenimiento como sistema— se llama aquí una *sociedad*". (La bastardilla es del original). Parsons y Smith: ibídem, pp. 195-196.

[38] Talcott Parsons: "An Outline of the Social System", en Talcott Parsons,

Edward A. Shils, Kaspar Naegele y Jesse R. Pitts, comps.: *Theories of Society* (Nueva York, The Free Press, 1961), p. 37.

[39] Talcott Parsons y J. Edward Shils: *Toward a General Theory of Action*, en Parsons y otros, comps.: op. cit., p. 107. Parsons define "proceso" como "cualquier modalidad en que un estado dado de un sistema o una parte de un sistema cambia en otro estado", *An Outline of the Social System*, op. cit., p. 201.

[40] Según Parsons, el centro tradicional de la ciencia política ha estado en fenómenos concretos tales como el gobierno y las constituciones, más que en esquemas conceptuales tales como el sistema. La teoría política clásica ha consistido primordialmente en los problemas normativos y filosóficos de gobierno, en lugar del análisis empírico de sus procesos y determinantes. Parsons reconoce que el gobierno, que es "uno de los procesos estratégicamente más importantes y foco de estructuras diferenciadas dentro de los sistemas sociales", forma en consecuencia una de las disciplinas más cruciales de las ciencias sociales. Pero Parsons pide un cambio de foco en el estudio de la ciencia política, desde los fenómenos concretos de gobierno a un énfasis más agudamente teórico y empírico (ibídem, p. 29).

[41] Talcott Parsons: "Order and Community in the International Social System", en James N. Rosenau, comp.: *International Politics and Foreign Policy* (Nueva York, The Free Press, 1961), pp. 120-121. Para las inferencias del trabajo de Parsons en las teorías sociológicas del conflicto, ver Capítulo 2, nota 1.

[42] Talcott Parsons: *Sociological Theory and Modern Society* (Nueva York, The Free Press, 1967), pp. 467-488.

[43] Gabriel Almond: "Introduction" a Gabriel y James S. Coleman, comps.: *The Politics of the Developing Areas* (Princeton, Princeton University Press, 1960), p. 7. Ver, también, Gabriel A. Almond y G. Bingham Powell, Jr.: *Comparative Politics: A Developmental Approach* (Boston, Little Brown, 1966), especialmente cap. 2.

[44] Karl W. Deutsch: *The Nerves of Government* (Nueva York, The Free Press, 1964), pp. 250-254.

[45] David Easton: *A Framework for Political Analysis* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1965), p. 25.

[46] Ibídem, p. 50.

[47] David Easton: *A Systems Analysis of Political Life* (Nueva York, Wiley, 1965), pp. 284-285, 484-488. Ver, también, N. B. Nicholson y P. A. Reynolds: "General Systems, the International System and the Eastonian Analysis", *Political Studies*, XV, Nº 1 (1967), pp. 12-31.

[48] Herbert J. Spiro: *World Politics: The Global System* (Nomewood, Ill., Dorsey, 1966), p. 51.

[49] Ibídem.

[50] Ver Robert K. Merton: *Social Theory and Social Structure* (Nueva York, The Free Press, 1957).

[51] Marion J. Levy, Jr.: "Functional Analysis", *International Encyclopedia of Social Sciences*, VI (Nueva York, Macmillan y The Free Press, 1968), p. 23.

[52] Ibídem.

[53] Robert K. Merton: op. cit., p. 51. Además, Merton distingue entre funciones manifiestas y latentes. Manifiestas son aquellas cuyos modelos producen consecuencias que tanto son deliberadas como reconocidas por parte de los participantes. Las funciones latentes consisten en modelos cuyos resultados son no deliberados y no las reconocen los participantes.

[54] John J. Weltman: *Systems Theory in International Relations: A Study in Metaphoric Hypertrophy* (Lexington, Mass., Lexington Books, 1973), p. 14.

[55] Ver A. James Gregor: "Political Science and the Uses of Functional Analysis", *American Political Science Review*, LXII (junio de 1968), pp. 434-435. Si bien el punto no es central en la teoría internacional, el estudioso debería ser consciente de la importante distinción trazada en los últimos años por estudiosos de política comparada entre los modelos estáticos o de equilibrio del sistema y los modelos dinámicos o evolutivos. Ver Gabriel A. Almond: "A Developmental Approach to Political Systems", *World Politics*, XVII (enero de 1965), pp. 182-214.

[56] Raymond Tanter: "International Systems and Foreign Policy Approaches: Implications for Conflict Modeling and Management", en Raymond Tanter y Richard A. Ullman, comps.: *Theory and Policy in International Relations* (Princeton, Princeton University Press, 1972), p. 8.

[57] James Rosenau ha definido "vinculación" como "cualquier secuencia recurrente de comportamiento que se origina en un sistema y otro sistema reacciona a él". "Toward the Study of National-International Linkages", en James N. Rosenau, comp.: *Linkage Politics* (Nueva York, The Free Press, 1969), p. 45.

[58] Morton A. Kaplan: *System and Process in International Politics* (Nueva York, Wiley, 1962), p. 4.

[59] Charles A. McClelland, "System Theory and Human Conflict", en Elton B. McNeil, ed., *The Nature of Human Conflict* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1965), p. 258.

[60] George Modelski: "Agraria and Industria: Two Models of the International System", en Klaus Knorr y Sidney Verba, comps.: *The International System: Theoretical Essays* (Princeton, Princeton University Press, 1961), pp. 121-122.

[61] Richard N. Rosechance: *Action and Reaction in World Politics* (Nueva York, Columbia University Press, 1977), p. 13.

[62] Hedley Bull: *The Anarchical Society: A Study of Order in World Politics* (Nueva York, Columbia University Press, 1977), p. 13.

[63] Ibídem, pp. 15-16.

[64] Morton A. Kaplan: op. cit., p. xii.

[65] Richard Rosecrance: op. cit., p. 267.

[66] Charles A. McClelland: *Systems History in International Relations: Some Perspectives for Empirical Research*, III (1958), pp. 221-247.

[67] Donald E. Lampert, Lawrence S. Falkowski y Richard W. Mansbach: "Is There an International System?", *International Studies Quarterly*, 22, Nº 1 (marzo de 1978), p. 146.

[68] Según Oran Young: "Los sistemas de socios (es decir, concretos) son aquellos cuyos componentes básicos son seres humanos y que en consecuencia pueden pensarse como colecciones de individuos. Los sistemas analíticos, por el otro lado, son abstracciones que se centran en elementos seleccionados del comportamiento humano. En este contexto podemos distinguir una amplia gama de tipos de sistemas analíticos tales como sistemas políticos, económicos o religiosos." *Systems of Political Science* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1968), pp. 37-38. Haas escribe: "Las teorías de sistemas pueden dividirse en constructos deterministicos y heurísticos. Los deterministas ven los componentes como relativamente no intercambiables y los arreglan en una danza eterna preprogramada; las reglas de la danza pueden serles desconocidas a los agentes y son especificadas por el teórico. Los modelos recurrentes descubiertos por él constituyen una superlógica que predice el futuro estado del sistema. Los sistemas deterministas son 'concretos' en el sentido de que sus diseñadores creen que son reales; tales sistemas son la realidad que está afuera. La certidumbre acerca de ellos facilita la prescripción. Los constructos heurísticos siguen el modelo Durkheim-Weber. Son analíticos más que concretos porque no pretenden representar el mundo real fiel y precisamente, sino que seleccionan para una investigación profunda ciertos rasgos aislados deliberadamente por el teórico y supuestamente cruciales para explicar una variedad de acontecimientos o tendencias." Ernst B. Haas: "On System and International Regimes", *World Politics*, XXVII (enero de 1975), pp. 151-152.

[69] Ver J. David Singer: "The Level-of-Analysis Problem in International Relations", en Klaus Knorr y Sidney Verba, comp.: op. cit., pp. 77-92. Ver *International Studies Quarterly* (número especial sobre subsistemas internacionales), XIII (diciembre de 1969).

[70] Para estudios de subsistemas internacionales, ver Michael Brecher: *The States of Asia: A Political Analysis* (Nueva York, Oxford University Press, 1963), pp. 88-111; Leon N. Linkberg: "The European Community as a Political System", *Journal of Common Market Studies*, V (junio de 1967), pp. 348-386; Karl Kaiser: "The U.S. and EEC in the Atlantic System: The Problem of Theory", ibídem,

pp. 388-425; Stanley Hoffmann: "Discord in Community: The North Atlantic Area as a Partial International System", en Francis O. Wilcox y H. Field Havilland, Jr., comps.: *The Atlantic Community: Progress and Prospects* (Nueva York, Praeger, 1963), pp. 3-31; ver *International Studies Quarterly* (número especial sobre subsistemas internacionales), XIII (diciembre de 1969).

[71] Charles A. McClelland: *Theory and the International System* (Nueva York, Macmillan, 1966), p. 90.

[72] Charles A. McClelland: "The Acute International Crisis", en Knorr y Verba, comps.: op. cit., p. 90.

[73] Charles A. McClelland: "The Anticipation of International Crises: Prospects for Theory and Research", *International Studies Quarterly*, 21, Nº 1 (marzo de 1977), p. 35. Otras contribuciones a este número especial sobre "International Crisis: Progress and Prospects for Applied Forecasting and Management", en Robert A. Young, comp.; incluyen Stephen J. Andriole y Robert A. Young: "Toward the Development of an Integrated Crisis Operations", pp. 181-199; y Richard W. Parker: "An Examination of Basic and Applied International Crisis Research", pp. 225-247. Para otros estudios que utilizan datos-acontecimiento, ver Charles A. McClelland y G. D. Hoggards: "Conflict Patterns in the Interactions Among Nations", en J. N. Rosenau, comp.: *International Politics and Foreign Policy* (Nueva York, The Free Press, 1969), p. 713. Ver también Edward Azar, Richard Brody y Carles A. McClelland: *International Events Interaction: Some Research Considerations* (Beverly Hills, California, Sage Professional Papers, 1972); Edward El Azar: *Probe for Peace: Small State Hostilities* (Minneapolis, Burgess, 1973), especialmente pp. 45-72; Charles A. McClelland: "Access to Berlin: The Quantity and Variety of Events, 1948-1963" en J. David Singer, comp.: op. cit., pp. 159-186. Ver también Jonathan Wilkenfeld, comp.: *Conflict Behavior and Linkage Politics* (Nueva York, McKay, 1973); Edward Azar: "Analysis of International Events", *Peace Research Reviews*, 4, Nº 1 (1970); P. M. Burgess y R. W. Lawton: *Indicators of International Behavior: An Assesment of Events Data Research*, Sage Proffessional Paper in International Studies, 02-010 (Beverly Hills, California, y Londres, Sage Publications, 1973); Charles W. Kegley, Jr., G. A. Raymond, R. M. Rood y R. A. Skinner, comps.: *International Events and the Comparative Analysis of Foreign Policy* (Columbia, University of South Carolina Press, 1975), y James N. Rosenau, comp.: *In Search of Global Patterns* (Nueva York, The Free Press, 1976).

[74] Los hallazgos de tal investigación realizada entre 1961 y 1972 están resumidos sucintamente por Sophia Peterson: "Research on Research: Events Dates Studies", 1961-1972, en Patrick J. McGowan, comp.: *Sage International Yearbook of Foreign Policy Studies*, vol. 3 (Beverly Hills, California, Sage Publications, 1975), pp. 263-309. Este volumen, junto con los volúmenes 1 y 2 de la misma serie, también compilados por Patrick McGowan, contiene además numerosos capítulos que informan sobre investigaciones que usan datos-acontecimiento.

[75] Richard Rosecrance enumera los sistemas internacionales del pasado de la siguiente forma: 1) Siglo XVIII, 1740-1789; 2) Imperio Revolucionario, 1789-1814; 3) Concierto Europeo, 1814-1822; 4) Concierto Truncado, 1822-1848; 5) Concierto Quebrado, 1848-1871; 6) Concierto Bismarckiano, 1871-1890; 7) Nacionalismo Imperialista, 1890-1918; 8) Militarismo Totalitario, 1918-1945; 9) Posguerra, 1945-1960.

[76] Richard Rosecrance, op. cit., pp. 280-296.

[77] Ibídem, p. 304.

[78] W. Ross Ashby: *Design for a Brain* (Nueva York, Wiley, 952). Kaplan hace esta afirmación en "Systems Theory", en James C. Charles Worth, comp.: *Contemporary Political Analysis* (Nueva York, The Free Press, 1967), p. 150.

[79] Según Kaplan: "La concepción que subyace al Sistema y el Proceso es bastante simple. Si el número, tipo y comportamiento de las naciones difieren a lo largo del tiempo y si sus capacidades militares, sus activos económicos y su información también varían a lo largo del tiempo, entonces hay alguna probable interconexión entre estos elementos, de forma tal que pueden discernirse diferentes sistemas estructurales y de comportamiento que operan en diferentes períodos de la historia. Esta concepción puede resultar incorrecta, pero no parece una base poco razonable para una investigación del tema. Llevar adelante semejante investigación exige hipótesis sistemáticas respecto de la naturaleza de las conexiones de las variables. Sólo después de que éstas se hagan puede examinarse la historia pasada de forma tal que ilumine las hipótesis. De otra forma, el investigador no tiene criterio alguno a partir del cual pueda tomar y elegir entre el reservorio infinito de hechos disponibles para él. Estas hipótesis iniciales indican las zonas de hechos que tienen la mayor importancia para este tipo de investigación; supuestamente si las hipótesis están erradas, se volvería razonablemente evidente en el curso del intento por utilizarlas". Morton A. Kaplan: "The New Great Debate: Traditionalism vs. Science in International Relations", *World Politics*, XX (octubre de 1967), p. 8.

[80] Según Kaplan: "Los modelos no son modelos de equilibrio en el sentido parsoniano. Así, no son estáticos sino que responden al cambio, cuando se da dentro de límites especificados, manteniendo o restaurando el equilibrio del sistema. El equilibrio no tiene una función explicativa dentro de tales sistemas. Más bien es el equilibrio el que debe explicarse y el modelo en sí mismo constituye la explicación al indicar los mecanismos que restauran o mantienen el equilibrio". Morton A. Kaplan, comp.: *New Approaches to International Relations* (Nueva York, St. Martin's, 1968), p. 388.

[81] Ver Donald L. Reinken: "Computer Explorations of the 'Balance of Power': A Progress Report", en Morton A. Kaplan, comp.: *New Approaches to International Relations*, pp. 459-481.

[82] Hsi-Sheng Chi: "The Chinese Warlord System as an International System", ibídem, p. 449.

[83] Winfried Franke: "The Italian City-State System as an International System", ibídem, p. 449.

[84] Patrick J. McGowan y Robert M. Rood: "Alliance Behavior in Balance of Power Systems: Applying a Poisson Model to Nineteenth Century Europe", *American Political Science Review*, LXIX, Nº 3(septiembre de 1975), p. 862. Los autores señalan que el muestreo Poisson, como se utiliza en su estudio, "consiste en observar el proceso a lo largo de una cantidad predeterminada de tiempo, amplitud u otras dimensiones, y contar el número de acontecimientos que ocurren". Citado de Howard Raiffa y Robert Sclaifer: *Applied Statistical Decision Theory* (Cambridge, M.I.T. Press, 1961), p. 283.

[85] Ibídem, p. 861.

[86] Ibídem, p. 869.

[87] Karl W. Deutsch y J. David Singer: "Multipolar Power Systems and International Stability", *World Politics*, XVI (abril de 1964), p. 390. Para un temprano análisis teórico de la multipolaridad y la estabilidad internacional, ver Arthur Lee Burns: "From Balance to Deterrence: A Theoretical Analysis", *World Politics*, IX (julio de 1957), pp. 494-529. Burns examina varias propuestas, incluidas las siguientes: cuanto más estrecha es la alianza entre dos o más potencias cualesquiera, mayor es el aumento de oposición o "presión" (si las demás cosas son iguales) entre cualquiera de las dos y cualquier tercera potencia o grupo de potencias; si las demás cosas son iguales, las consideraciones de seguridad a largo plazo determinan un óptimo grado de seguridad a corto plazo; cualquier sistema que abarque el equilibrio de poder tiene alguna tendencia intrínseca a aumentar dicho número; un estado o sistema disuasor emergerá de un sistema que equilibra el poder siempre que el desarrollo de tecnología haga: 1) la destrucción física de todas las fuerzas del oponente imposible y 2) la destrucción física de la economía muy fácil.

[88] Karl Deutsch y J. David Singer, op. cit., p. 392.

[89] Ibídem, p. 400.

[90] Stanley Hoffmann: "Weighing the Balance of Power", *Foreign Affairs*, 50 (julio de 1972), pp. 618-643.

[91] Ronald Yalem: "Tripolarity and the International System", ORBIS (invierno de 1972), p. 1055.

[92] Las guerras internacionales (en las cuales al menos un participante de cada lado es un miembro independiente y soberano del sistema internacional) con un total de más de 1.000 muertos ocasionados por las batallas, fueron incluidas en las estadísticas. Para "operativizar" la variable dependiente, la

duración y magnitud de cada guerra se midió por "meses de guerra por nación, la suma de los meses que todas las naciones individualmente experimentaron como participantes en la guerra". Más aún, se hizo una distinción entre potencias mayores y menores y sus guerras y meses-nación se calcularon separadamente. Para operativizar y cuantificar esta variable independiente, es decir, "el alcance hasta el cual los compromisos de la alianza redujeron las oportunidades de interacción", se consideraron dos dimensiones: 1) la naturaleza de la obligación (si era un pacto de defensa, un pacto de neutralidad o una entente); 2) la naturaleza de la condición de las potencias signatarias (si era entre dos potencias mayores, dos menores o una mayor y otra menor). Después se descubrieron y clasificaron las alianzas, los datos de cada tipo de alianza por año se convirtieron en una cifra porcentual de la siguiente manera: 1) porcentaje de todas en cualquier alianza; 2) porcentaje de todas en pactos de defensa; 3) porcentaje de mayores en cualquier alianza; 4) porcentaje de mayores en pactos de defensa y 5) porcentaje de mayores en cualquier alianza con una menor. J. David Singer, comp.: *Quantitative International Politics* (Nueva York, The Free Press, 1968), pp. 246-286.

93 Ibídem, p. 283.

94 Ibídem, p. 284.

95 Brian Healy y Arthur Stein: "The Balance of Power in International History: Theory and Reality", *The Journal of Conflict Resolution*, XVII, Nº 1 (marzo de 1973), p. 57.

96 Kenneth N. Waltz: "International Structure, National Force, and the Balance of World Power", *Journal of International Affairs*, XXI, Nº 2, (1967), página 220.

97 Ibídem, p. 223.

98 Ibídem, p. 230.

99 Richard N. Rosechance: "Bipolarity, Multipolarity, and the Future", *Journal of Conflict Resolution*, X (septiembre de 1966), p. 318.

100 Ibídem, p. 319.

101 Ibídem, p. 322. Otro estudio, cuyo foco está en la relación entre la polaridad y el conflicto armado, concluye en vena similar: basado en la investigación contenida en este volumen, puede bien ser que la mejor perspectiva de estabilidad en el orden internacional en emergencia resida en una continuación del "poder bipolar" y la "multipolaridad de conjunto", no muy diferente de la bimultipolaridad de Rosecrance, cuya expresión política fue la Doctrina Nixon misma. Alan Ned Sabrosky: "Beyond Bipolarity: The Potential for War", en Alan Ned Sabrosky, comp.: *Polarity and War: The Changing Structure of International Conflict* (Boulder, Colo., y Londres, Westview Press, 1985), p. 217.

102 Oran P. Young: "Political Discontinuities in the International System", *World Politics*, XX (abril de 1968), p. 369.

103 Ibídem, p. 370.

104 Ibídem.

105 Donald E. Lampert, Lawrence S. Falkowski y Richard W. Mansbach: "Is There an International System?", *International Studies Quarterly*, 22, Nº 1 (marzo de 1978), p. 150.

106 Michael Banks: "Systems Analysis and the Study of Regimes", *International Studies Quarterly*, 13, Nº 4 (diciembre de 1969), p. 357. Otros esfuerzos tempranos por estudiar subsistemas regionales incluyen a Mario Barrera y Ernst B. Haas: "The Operationalization of Some Variables Related to Regional Integration", *International Organization*, 23, Nº 1 (invierno de 1969), pp. 150-160; Joseph S. Nye, Jr., comp.: *International Regionalism Readings* (Boston, Little Brown, 1968); Stanley Hoffmann: "Discord in Community: The North Atlantic Area as a Partial International System", *International Organization*; 17, Nº 3 (verano de 1963), pp. 521-549; Michael Brecher: "International Relations and Asian Studies: The Subordinate State System of Southern Asia", *World Politics*, 15, Nº 2 (enero de 1963), pp. 213-235; Larry W. Bowman: "The Subordinate State System of Southern Africa", *International Studies Quarterly*, 12, Nº 3 (septiembre de 1968), pp. 213-261; Michael Brecher: "The Middle East Subordinate System and Its Impact on Israel's Foreign Policy", *International Studies Quarterly*, 13, Nº 2 (junio de 1969), pp. 117-139; ver *International Studies Quarterly*, 13, Nº 4 (diciembre de 1969), número especial sobre Subsistemas Internacionales preparado por Peter Berton, especialmente los artículos de John H. Sigler: "News Flow in the North African International Subsystem"; Thomas W. Robinson: "Systems Theory and the Communist System"; Donald C. Hellmann: "The Emergence of an East Asian International Subsystem"; Leonard Binder: "The Middle East as a Subordinate International System", *World Politics*, X (1958), pp. 408-429. Ver también Michael Banks: "Systems Analysis and the Study of Regions", *International Studies Quarterly*, 13 (1969), 335-360; Karl Kaiser: "The Interaction of Regional Subsystems: Some Preliminary Notes on Recurrent Patterns and the Role of Superpowers", *World Politics*, XXI (1968), pp. 85-107 y Kathryn D. Baols: "The Concept 'Subordinate International System': A Critique" en Richard A. Falk y Saul H. Mendlovitz, comps.: *Regional Politics and World Order* (San Francisco, Freeman, 1973).

107 Louis J. Cantori y Steven L. Spiegel: *The International Politics of Regions: A Comparative Approach* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1970), página 607.

108 Ibídem, pp. 7-20.

109 William R. Thompson: "The Regional Subsystem: A Conceptual Explication and a Propositional Inventory", *International Studies Quarterly*, 17, Nº 1 (marzo de 1973); p. 93. Este artículo contiene una amplia lista de propuestas sobre comportamiento de subsistemas regionales tomados de la bibliografía de la generación pasada.

110 Ibídem, p. 96.

111 Ibídem, p. 101.

112 William R. Thompson: "Introduction: World System Analysis With and Without the Hyphen", en William R. Thompson, comp.: *Contending Approaches to World System Analysis* (Beverly Hills, California, Sage Publications, 1983), página 9.

113 Ibídem.

114 Immanuel Wallerstein: *The Modern World-System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World Economy in the Sixteenth Century* (Nueva York, Academic Press, 1974); *The Modern World-System II: Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600-1750* (Nueva York, Academic Press, 1980).

115 George Modelski: "Long Cycles of World Leadership", en William R. Thompson, comp.: op. cit., p. 115.

116 Ibídem, p. 131.

117 John Gerard Ruggie: "International Responses to Technology: Concepts and Trends", *International Organization*, Vol. 29, Nº (verano de 1975), p. 570.

118 Stephen D. Krasner: *Structural Causes and Regime Consequences: Regimes* (Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1985), p. 1.

119 Donald L. Puchala y Raymond F. Hopkins: "International Regimes: Lessons from Inductive Analysis", ibídem, p. 64.

120 Ibídem, p. 2.

121 Oran R. Young: "International Regimes: Problems of Concept Formation", *World Politics*, Vol. XXXII, Nº 3 (abril de 1980), pp. 332-333.

122 Ernst B. Haas: "Words Can Hurt You; or, Who Said What to Whom About Regimes" en Stephen D. Krasner, comp.: op. cit., p. 27.

123 Oran R. Young: "Regime Dynamics: The Rise and Fall of International Regimes" en Stephen D. Krasner, comp.: op. cit., p. 100.

124 Oran R. Young: "International Regimes: Problems of Concept Formation", *World Politics*, Vol. XXXII, Nº 3 (abril de 1980), pp. 340-350.

125 Robert O. Keohane: *After Hegemony: Cooperation and Discord in the World Economy* (Princeton, N.J., Princeton University Press, 1984), p. 32.

126 Ibídem, p. 49.

127 Ibídem, p. 50.

128 Ibídem, p. 64.

129 Oran R. Young: op. cit., p. 348.

130 Robert O. Keohane: op. cit., p. 109.

[131] Ernst B. Haas: op. cit., p. 30.
[132] Stephen D. Krasner: op. cit., p. 357.
[133] Susan Strange: "Cave! Hic Dragones: A Critique of Regime Analysis" en Stephen D. Krasner, comp.: op. cit., pp. 337-354.
[134] Harold y Margaret Sprout: *The Ecological Perspective on Human Affairs with Special Reference to International Politics* (Princeton, Princeton University Press, 1965), p. 208; Harold y Margaret Sprout: *An Ecological Paradigm for the Study of International Politics*, Research Monograph Nº 30, Center of International Studies (Princeton, Princeton University Press, 1968), pp. 2-10.
[135] Stanley Hoffmann: "Theory as a Set of Questions" en Stanley Hoffmann, comp.: *Contemporary Theory in International Relations*, p. 44. La cita de este fragmento es de Ralph Dahrendorf: "Out of Utopia: Toward a Reorientation of Sociological Analysis", *American Journal of Sociology*, LXIX (septiembre de 1958), p. 120.
[136] Stanley Hoffmann: "International Relations: The Long Road to Theory", en James N. Rosenau, comp.: *International Politics and Foreign Policy* (Nueva York, The Free Press, 1961), p. 426.
[137] Jerome Stephens: "An Appraisal of Some System Approaches in the Study of International Systems", *International Studies Quarterly*, 16, Nº 3 (septiembre de 1972), p. 348.
[138] George Modelsi: "The Promise of Geocentric Politics", *World Politics*, 22, Nº 4 (julio de 1970), p. 631; *Principles of World Politics* (Nueva York, The Free Press, 1972), p. 8.
[139] Steven J. Brams: "The Search for Structural Order in the International System: Some Models and Preliminary Results", *International Studies Quarterly*, 13, Nº 3 (septiembre de 1969), p. 278.
[140] Ver Robert K. Merton: *Social Theory and Social Structure*, pp. 37-42.
[141] Oran B. Young: *A Systemic Approach to International Politics*, Research Monograph Nº 33, Center of International Studies (Princeton, Princeton University Press, 1968), p. 1.
[142] Ibídem, pp. 2-3.
[143] John J. Weltman: *Systems Theory in International Relations: A Study in Metaphoric Hypertrophy*, op. cit., p. 311.

Capítulo 5

LAS VIEJAS TEORÍAS DEL CONFLICTO

Prerrequisitos de una teoría general del conflicto

Todos los teóricos de las relaciones internacionales reconocen el problema de la guerra como central. La estabilidad del sistema internacional, por lo general, se define en términos de su proximidad o su lejanía respecto de la realización o la probabilidad de una guerra en gran escala. Los trabajos especializados que sondean las causas de la guerra siguen publicándose.[1] Antes de la Gran Guerra de 1914, escribe Michael Howard, los historiadores estaban interesados en las causas de las guerras específicas, pero le consagraban poca atención a la búsqueda de las causas de la guerra en general. La guerra como fenómeno recurrente se daba por sentada. En opinión de Howard, las causas de la guerra no han cambiado fundamentalmente a través de los siglos. Así como Tucídides había escrito que las causas de la Guerra del Peloponeso eran "el crecimiento del poder ateniense y el temor que esto causó en Esparta", algunas de las causas principales de la Gran Guerra fueron el crecimiento del poder alemán y el temor que despertó en Gran Bretaña. La guerra, según Howard, no se produce por accidente ni surge de fuerzas subconscientes o emocionales, sino más bien de una "superabundancia de racionalidad analítica".[2] Los temores de quienes toman la decisión de la guerra pueden ser racionales o irracionales o ambos combinados. Si el temor es una causa básica de la guerra, entonces estamos forzados a llegar a la conclusión de que la guerra es producto de factores irracionales tanto como racionales y que una comprensión de sus causas —tanto como las formas de impedirla, controlarla, limitarla, regularla y terminarla— parecería exigir un enfoque abarcador al problema. Si la guerra como forma institucionalizada de comportamiento estatal alguna vez puede ser totalmente abolida del sistema internacional, es una seria pregunta que no puede ser respondida hasta que entendamos las causas de la guerra.

Desgraciadamente, todavía no sabemos cuáles son tales causas, o si lo sabemos estamos lejos de estar de acuerdo acerca de ellas. No existe ninguna teoría general aislada del conflicto y la guerra que sea aceptable para los especialistas en ciencias sociales en sus respectivas disciplinas o para autoridades de otros campos de los cuales los especialistas en ciencias sociales toman reflexiones prestadas. Si alguna vez se desarrolla una teoría abarcadora, probablemente exija aportes de la biología, la psicología, la psicología social, la antropología, la historia, la ciencia política,

la economía, la geografía, las teorías de la comunicación, la organización, los juegos, la toma de decisiones, la estrategia militar, la integración funcional y los sistemas, tanto como de la filosofía, la teología y la religión. Semejante síntesis vasta del conocimiento humano puede ser imposible de obtener. Simplemente contemplar la necesidad de ella, sin embargo, sirve para advertirnos sobre lo que Alfred North Whitehead llamaba "la falacia del factor único". No podemos identificar ninguna causa única del conflicto o la guerra; las causas no sólo son múltiples sino que han seguido multiplicándose a lo largo de la historia.

El término conflicto generalmente se refiere a una condición en la cual un grupo identificable de seres humanos (sea tribal, étnico, lingüístico, cultural, religioso, socioeconómico, político o de otro tipo) se compromete en una oposición consciente frente a uno o más grupos humanos identificables porque estos grupos están buscando lo que parecen ser metas incompatibles. Lewis A. Coser define el conflicto como una "lucha en torno de valores y reclamos de una condición, poder y recursos escasos en la cual las metas de los oponentes son neutralizar, perjudicar o eliminar a sus rivales".[3] El conflicto es una interacción que involucra a seres humanos, no incluye la lucha de los individuos con su entorno físico. El conflicto implica más que una mera competencia. La gente puede competir entre sí por algo que es escaso sin ser plenamente consciente de la existencia de sus competidores o sin buscar impedir que los competidores logren sus objetivos. La competencia se convierte en conflicto cuando las partes intentan reforzar su propia posición reduciendo la de los demás, intentan coartar a los demás para que no logren sus propios fines e intentan poner a sus adversarios "fuera de combate" o inclusive destruirlos. El conflicto puede ser violento o no violento (es decir, en términos de fuerza física), dominante o recesivo, controlable o incontrolable, soluble o insoluble bajo varios conjuntos de circunstancias. El conflicto es diferente de las "tensiones", en la medida en que las tensiones generalmente implican una hostilidad latente, temor, sospecha, la divergencia percibida de interés, y quizás el deseo de dominar o vengarse; sin embargo, las tensiones no se extienden necesariamente más allá de actitudes y percepciones para abarcar la concreta oposición abierta y los mutuos esfuerzos por coartarse entre sí. A menudo preceden y siempre acompañan el estallido del conflicto, pero no son lo mismo que el conflicto, y no siempre son incompatibles con la cooperación. Las "causas" de la tensión, sin embargo, es probable que estén estrechamente vinculadas con las "causas" del conflicto. Más aún, si las tensiones se vuelven lo suficientemente poderosas, ellas mismas pueden contribuir a ser las "causas" preliminares de que se produzca un conflicto, en la medida en que afectan el proceso de toma de decisiones.

Lo que Coser nos ofrece arriba es una definición sociológica. Está interesado en el conflicto entre grupos. Otros analistas insisten en que el término debe abarcar no sólo fenómenos intergrupales sino también interpersonales e intrapersonales. La sociedad no tendría que preocuparse por el conflicto dentro del individuo si no fuera por el plausible presupuesto de que hay una relación significativa entre conflictos dentro de la estructura interior del individuo y conflictos en el orden social externo. Ninguna teoría del conflicto puede ignorar esta relación. Lo interno y lo externo

nunca pueden separarse completamente. Tampoco puede uno reducirse completamente al otro y derivarse exclusivamente de él. Los estados psicológicos solos no pueden explicar el comportamiento social, y las condiciones sociales solas no pueden explicar el comportamiento individual.

El conflicto es un fenómeno universalmente ubicuo y en permanente recurrencia dentro de las sociedades y entre ellas. No es necesariamente constante o uniformemente intenso. Es bastante probable, sin embargo, que una cierta cantidad de conflicto de bajo nivel, mudo y casi invisible, se produzca constantemente en todas las sociedades, aun en aquellas aparentemente más pacíficas. (El comportamiento criminal individual por cierto se considera una forma de conflicto violento.) El conflicto, como dijimos antes, no tiene por qué terminar en comportamiento violento —puede ser llevado adelante por sutiles medios políticos, económicos, psicológicos y sociales. La política en sí misma es un proceso para resolver conflictos. Sea o no en gran escala, que la guerra internacional organizada pueda alguna vez ser eliminada de los asuntos humanos —como lo fueron la institución de la esclavitud y el sacrificio humano, también considerados naturales en una época— sigue siendo tema de debate.

Quizás lo más que pueda esperarse con realismo en el presente es que las formas más destructivas de violencia internacional organizada (tales como la guerra nuclear y las guerras convencionales que pueden trepar hasta el nivel de guerra nuclear) puedan ser impedidas indefinidamente como resultado de políticas inteligentes de mutua restricción por parte de los gobiernos, hasta que emerjan métodos eficaces de limitación internacional de armas. Pero es demasiado esperar que todo conflicto social pueda ser alguna vez abolido, o siquiera que la violencia política en todos los niveles pueda liquidarse. H. L. Nieburg ha aducido que la violencia es una forma natural del comportamiento político; que la amenaza de infligir dolor recurriendo a la violencia siempre será un medio útil de negociación política dentro de la sociedad nacional e internacional, y que la amenaza de recurrir a la fuerza demuestra la gravedad con la cual el partido insatisfecho plantea sus demandas contra los satisfechos, el "establishment", el defensor del "statu quo", a fin de confrontar a este último abruptamente con las alternativas de hacer ajustes o arriesgarse a una peligrosa escalada de la violencia.[4] Muchos especialistas en ciencias sociales, incluidos varios identificados con el movimiento en favor de la paz, reconocen que la eliminación total del conflicto de la situación humana no sólo es imposible sino indeseable, porque el conflicto en cierta forma es una condición del cambio social y del progreso.[5]

Micro y macro teorías del conflicto

La mayoría de las ciencias sociales pueden dividirse de manera general en dos grupos, según si adoptan el enfoque "micro" o "macro" de estudio del universo humano. ¿Buscamos los orígenes del conflicto en la naturaleza de los seres humanos o en sus instituciones? Hablando de manera general, los psicólogos, los psicólogos sociales, los biólogos, los teóricos de los juegos y los teóricos de la toma de decisiones toman como su punto de

partida el comportamiento de los individuos y desde él sacan inferencias del comportamiento de las especies. Más aún, los sociólogos, antropólogos, geógrafos, teóricos de la organización y la comunicación, los especialistas en ciencia política, los analistas de las relaciones internacionales y los teóricos de los sistemas, prototípicamente examinan el conflicto en el nivel de los grupos, las colectividades, las instituciones sociales, las clases sociales, los grandes movimientos políticos, las entidades religiosas o étnicas, las naciones-estado, las coaliciones y los sistemas culturales. Algunos especialistas —por ejemplo, los economistas— pueden dividir sus esfuerzos entre las dimensiones macro y micro. Un historiador puede preferir estudiar la colisión de las naciones-estado, mientras otro puede preferir concentrarse en los factores únicos de la personalidad, los antecedentes y el comportamiento durante una crisis de un estadista individual que llevaron a que éste optara por la guerra o la paz en un conjunto específico de circunstancias.

Históricamente, la diferencia intelectual abismal entre las perspectivas micro y macro del conflicto humano no estaba mejor ilustrada en ningún lado que en la temprana polaridad de la psicología y la sociología. La primera analizaba el conflicto a partir de un conocimiento del individuo, la segunda a partir de un conocimiento del comportamiento colectivo. Los psicólogos tendían a enfocar los problemas humanos como si surgieran de la íntima estructura psíquica del individuo, de lo cual suponían que los complejos, tensiones y otros desórdenes se proyectaban en la situación social externa. Por el contrario, los sociólogos estaban dispuestos a dirigir su análisis de todos los problemas humanos en el nivel de las estructuras sociales y las instituciones, y rastrear los efectos de los desórdenes en ese nivel hasta la vida psíquica de los individuos. La agudeza de la división tal como se la percibía más o menos a fines del siglo pasado está reflejada en la afirmación de Emile Durkheim de que "cada vez que un fenómeno social es explicado directamente como un fenómeno psíquico, uno puede estar seguro de que la explicación es falsa".[6] La vieja antipatía del análisis freudiano hacia la dialéctica marxista (tan grave que durante varias décadas la psicología freudiana fue un completo tabú en la Unión Soviética) da un conocido, si bien extremo, ejemplo de las perspectivas divergentes de ambos campos.[7]

En el siglo XX, especialmente en las dos últimas décadas, la distancia entre los dos campos se ha estrechado. Los psicólogos han reconocido la importancia de las instituciones, los grupos y todo el entorno cultural en la configuración de la vida psíquica del individuo. Por su parte, los sociólogos han prestado creciente atención al papel de los factores psíquicos en los procesos sociales. Los psicólogos sociales, en especial, han buscado unir la brecha entre las dos disciplinas vinculadas. Mientras sería ir demasiado lejos concluir que la brecha finalmente se ha rellenado, un creciente número de especialistas en ciencias sociales se está convenciendo de que es imposible construir una teoría adecuada del conflicto sin fusionar las dimensiones macro y micro en un todo coherente.[8] En los últimos años, como lo ha señalado Michael Haas, los especialistas en ciencias sociales, armados con métodos estadísticos y ayudados por las computadoras, han empezado por primera vez a estudiar el conflicto internacional sistemáticamente y a acumular un cuerpo definitivo de conocimiento científico acerca del tema.

Pero la teoría del conflicto internacional, concluye, sigue en un nivel primitivo, en parte debido a que "la mayoría de los investigadores empíricos ha estado pasando la topadora de forma exhibicionista, sin intentar poner el tema analíticamente en orden".[9]

Conflicto interpersonal y conflicto internacional

Los psicólogos sociales tienen más dudas hoy de las que tenían sus predecesores de dos o tres décadas atrás acerca de extrapolar las explicaciones del comportamiento social complejo, especialmente en el nivel de las relaciones internacionales, a partir de su conocimiento del comportamiento psíquico individual. En el pasado, algunos psicólogos que se preocupaban por el problema del conflicto suponían con demasiada rapidez que la explicación de la agresión grupal es un mero corolario de la explicación de la agresión individual. Tomaban la noción platónica de que el Estado es el individuo "ampliado" y convertían esto en una analogía pseudocientífica bajo la cual la sociedad pasaba a considerarse de forma acrítica como el organismo psicológico "ampliado". Los psicólogos sociales ahora son mucho menos confiados a este respecto. Stephen Withey y Daniel Katz han advertido acerca del intento de "explicar el funcionamiento de los sistemas sociales por una simple reducción de un proceso macroscópico".[10] Herbert C. Kelman también ha señalado que muchos trabajos iniciales sobre la guerra y la paz por parte de psicólogos y psiquiatras no eran cercanos a las interacciones de las naciones-estado. Kelman sostiene que los autores iniciales tendían a subrayar en exceso los impulsos agresivos individuales. Estos escritores daban por sentado que el comportamiento de los estados es meramente una suma de comportamientos individuales, ignorando el hecho de que los individuos difieren ampliamente en sus papeles, intereses y capacidad de influir en las decisiones finales. El comportamiento de una colectividad grande como es una nación, según Kelman, no puede considerarse un reflejo directivo de los motivos y los sentimientos personales, sea de sus ciudadanos, sea de sus líderes.

Sólo analizando las relaciones internacionales, no ya aplicando automáticamente los hallazgos psicológicos acerca del individuo, podemos identificar aquellos puntos en los cuales tal aplicación es importante. Kelman define la guerra como una acción social e intersocial llevada adelante dentro de un contexto político nacional e internacional. De importancia crucial en el estudio de las relaciones internacionales es el proceso por el cual las naciones desarrollan sus políticas nacionales y deciden sobre la guerra. En parte, una explicación tal incluye las motivaciones y percepciones de individuos tales como los encargados de trazar políticas y los públicos importantes que desempeñan diversos papeles como parte de una sociedad más grande. Pero Kelman advierte que el análisis psicológico es útil para el estudio del comportamiento agresivo en un contexto internacional sólo si sabemos dónde y cómo tales individuos entran en el marco social y político más amplio de la nación y el sistema internacional, tanto como las restricciones bajo las cuales operan.[11]

La mayoría de los especialistas en los campos de la ciencia política y las relaciones internacionales apoyarían de todo corazón las conclusiones de Kelman. Los factores psicológicos sólo pueden llegar lejos en la explicación de ejemplos de violencia anómica (por ejemplo, los estallidos aparentemente espontáneos e irracionales sea por parte de una multitud o un individuo), pero aun en estos casos los especialistas en ciencias sociales ahora son más conscientes de la "falacia del factor aislado". En niveles mucho más complejos de conflicto politizado, donde la violencia refleja en un grado mucho mayor el planeamiento, la organización, la administración y aun la institucionalización, la necesidad de ser circunspecto al explicar los fenómenos por referencia a factores puramente psicológicos se vuelve inconmensurablemente mayor.

El conflicto y la integración social

Los especialistas en ciencia política están divididos respecto de la pregunta acerca de si el conflicto social debería considerarse algo racional, constructivo y socialmente funcional, o algo irracional, patológico y socialmente disfuncional. La mayoría de los psicólogos occidentales y los psicólogos sociales parece considerar a todas las formas violentas de agresión individual, grupal y politizada, como apartamientos irracionales de un comportamiento normal y deseable. Por contraste, la mayoría de los sociólogos y los antropólogos de Europa y Estados Unidos (con la notable excepción de la escuela parsoniana, que, al igual que la mayoría de los psicólogos, subraya la importancia del compromiso y el ajuste) han estado dispuestos a atribuirle un fin constructivo al conflicto, en la medida en que ayuda a establecer fronteras de grupo, reforzar la conciencia de grupo y la sensación de identidad propia y contribuir a la integración social, la construcción de la comunidad y el cambio socioeconómico en una dirección progresiva.[12] Por cierto, Marx, que era más sociólogo que economista, ponía el mayor énfasis en el conflicto de clases y consideraba el conflicto final entre el proletariado y la burguesía como el fórceps que se suponía que daría origen a un orden social justo. Muchos especialistas en ciencia política tienden a dividirse respecto del tema, algunos considerando el conflicto violento como irracional, mientras que otros lo juzgan "bueno" o "malo" según el contexto en el cual surja, los valores políticos, económicos o sociales en juego, los costos que implican por comparación con las ganancias anticipadas y el resultado neto para el grupo, la nación o el sistema internacional.

Variedades de conflicto

Muchas preguntas importantes aparecen al comienzo de nuestra investigación. ¿Deberíamos estudiar el fenómeno del conflicto en términos de motivaciones conscientes? ¿La gente realmente se pelea por lo que dice que está peleando? ¿O debemos ir más allá de las razones afirmadas, considerarlas con sospecha como meras autorracionalizaciones e intentar penetrar hasta los impulsos "reales", es decir, inconscientes, sucios y sórdidos que

llevan a la gente a un comportamiento agresivo? ¿Es ésta una dicotomía falsa? Si miramos cuidadosamente, veremos que los especialistas en enfoques micro se inclinan más a sondear debajo de la superficie, en lo inconsciente, lo innato, lo "instintivo" (para usar un término obsoleto), mientras que los especialistas en enfoques macro, en cierta forma, están más dispuestos a darles crédito a las motivaciones conscientes, pues estas motivaciones remiten a modelos de pensamiento, lenguaje y comunicación que, en contraste con las fuerzas psíquicas internas, son producto de la sociedad. Dado que el ser humano es un animal simbólico, las palabras son vínculos cruciales entre el inconsciente y el consciente, entre lo micro y lo macro.

La guerra internacional es una forma de conflicto social, sin duda la forma aislada más importante en términos de sus consecuencias potenciales para el individuo en la era nuclear. Pero hay muchas otras formas de conflicto social: la guerra civil, la revolución, el golpe de Estado, la guerrilla, el asesinato político, el sabotaje, el terrorismo, la toma de rehenes, los motines en las prisiones, las huelgas y la ruptura de huelgas, las sentadas, las amenazas, los despliegues de fuerza, las sanciones económicas y las represalias, la guerra psicológica, la propaganda, las riñas de taberna, las disputas por el manejo laboral, las explosiones en acontecimientos deportivos colegiados o profesionales, los juicios de divorcio y los forcejeos legales por la custodia de los niños, las peleas en la familia y los delitos criminales.

Una pregunta crucial que se plantea a menudo en las ciencias sociales, al margen del fenómeno que se investigue, es si estamos tratando con el hecho aislado o considerado entre muchos. ¿Podemos entender la guerra como un fenómeno de conflicto aislado, o debemos estudiarla como una manifestación altamente organizada, en un nivel socioestructural específico, de un fenómeno general? Los especialistas en ciencias sociales están lejos de estar de acuerdo acerca de si el conflicto humano puede explicarse satisfactoriamente como un continuum en el cual los estallidos violentos difieren sólo por accidentes tales como la naturaleza de las partes, el tamaño, la duración, la intensidad, la naturaleza de los temas y los objetivos perseguidos, los procesos y modalidades del conflicto y las armas empleadas, pero no en sus "causas" subyacentes, o si el conflicto humano es una serie indefinida de fenómenos discretos, cada uno de los cuales, a pesar de un parecido externo superficial con los demás, exige su propia explicación teórica única.

En suma, los especialistas en ciencias sociales todavía tienen que llegar a una taxonomía generalmente aceptada para clasificar y ordenar coherentemente los diversos tipos de conflicto. No podemos clasificar satisfactoriamente, no podemos contar, medir, correlacionar u organizar en un modelo general de forma convincente.

Las viejas teorías de la guerra y sus causas

Existe un considerable cuerpo de bibliografía perteneciente a las viejas teorías de la guerra y sus causas. A la mayoría de estas teorías ahora las llamaremos "precientíficas", si bien algunas de ellas se basaban en "prue-

bas empíricas" extraídas de la historia y la experiencia humanas. Muchas de las teorías antiguas contienen penetrantes reflexiones que siguen mereciendo nuestra atención como parte de nuestra herencia cultural. Nos permiten ver cómo se consideraba el problema de la guerra en otras épocas históricas y por qué no siempre se la consideraba como el peor de los males; reflejan motivaciones conscientes y racionalizaciones de la guerra, que en el nivel de la toma de decisiones humana puede ser "causal"; suministran argumentos filosóficos, religiosos, políticos y psicológicos en favor o en contra de la guerra, tanto en circunstancias generales como específicas.

Virtualmente en todas las civilizaciones antiguas ético-religiosas, el problema de la guerra se enfocaba no sólo como un asunto de estrategia político-militar, sino como algo que entrañaba dimensiones espirituales y morales. Se suponía que los seres humanos disfrutaban de libertad de elección, que eran responsables de sus decisiones en un universo moral de causalidad racional creado por Dios, y que las causas de la guerra estaban profundamente inscriptas en las voluntades de los individuos cuyos motivos eran buenos o malos.

En la antigua China, las teorías iban de la doctrina del amor universal de Mo-Ti, con la cual librar la guerra resultaba incompatible, al enfoque de los realistas (incluidos los autores de *El libro del Señor Shang*), que en un tono más maquiavélico subrayaban el enfoque estratégico del poder, la política exterior y la guerra.[13] Un espectro igualmente amplio de enfoques se encuentra en la antigua India, pero vale la pena señalar que la doctrina budista de *ahimsa* (la inocuidad hacia todas las cosas vivientes), famosa en los tiempos modernos como una de las fuentes de las cuales Gandhi derivó el credo de la resistencia no violenta, no se pensaba originariamente que prohibiera librar la guerra.[14]

En el Islam, el profeta Mahoma predicó la guerra santa (*jihad*) como un deber sagrado y una garantía de salvación y durante muchos siglos los teóricos musulmanes supusieron que el mundo estaba dividido en el *dar al-Islam* (la pacífica morada de los verdaderos creyentes y de aquellos que se sometían a su gobierno tolerante) y el *dar al-harb* (el territorio de la guerra).

En la medida en que el Islam era un sistema universalista de creencias, los dos territorios estaban siempre teóricamente en guerra entre sí, dado que la guerra era el recurso último para incorporar a los pueblos recalcitrantes en el pacífico territorio del Islam. La *jihad*, en consecuencia, era más una cruzada que la *bellum justum* ("guerra justa") familiar a los autores cristianos medievales. El concepto de la *jihad* como un estado permanente de guerra contra el mundo no musulmán se había vuelto casi obsoleto en los tiempos modernos, al menos antes de la emergencia de Muammar Kadafi en Libia, el Ayatollah Jomeini en Irán y los diversos grupos fundamentalistas radicales (por ejemplo, la Hermandad Musulmana) y el terrorismo militante (por ejemplo, *Jihad*) que llaman a una guerra santa contra los enemigos del Islam. Muchos autores modernos han subrayado que el término se refiere no sólo a la guerra internacional, sino también a la lucha espiritual para la perfección en el corazón de los individuos.[15] Mahatma Gandhi declaró que era capaz de percibir los orígenes

de la doctrina de la no violencia y el amor por todas las cosas vivientes no sólo en los textos sagrados hindúes y budistas y en la Biblia, sino también en el Corán.[16]

Las actitudes históricas predominantes hacia la guerra que se encuentran en la cultura occidental son producto de muchas fuentes distintas, incluida la tradición religiosa judeo-cristiana, la filosofía griega, el legalismo romano, el feudalismo europeo, el pacifismo iluminista y el cientificismo moderno, el humanitarismo y otras ideologías. Las antiguas escrituras judías reflejan la paradoja del anhelo humano de una existencia pacífica en medio de la constante recurrencia de la guerra. Rodeado por pueblos hostiles, los israelitas confiaban en gran medida en una combinación de profetismo religioso y organización militar para la construcción de la nación, la defensa y la expansión territorial. En la temprana historia de los judíos, Javeh a menudo aparecía como el dios guerrero; Josué, Gedeón, Saúl y David libraron guerras en Su honor y gloria, para demostrar Su poder tanto como Su especial relación con el pueblo elegido. Una vez que se hubo rescatado la Tierra Prometida de manos de los cananitas y los Reyes les sucedieron a los Jueces, las guerras de Israel y Judea se volvieron menos feroces y los temas del amor, la justicia y la paz se volvieron más importantes en las escrituras judías.[17]

La guerra y la cristiandad

Los primeros cristianos estaban divididos en su actitud hacia el uso de la fuerza militar por parte del Estado. Durante los tres primeros siglos de la historia de la Iglesia, cuando el cristianismo se consideraba un credo ajeno y subversivo dentro del Imperio Romano, había una fuerte tendencia hacia el pacifismo, especialmente entre los intelectuales, muchos de los cuales creían que el cristiano, tanto como persona privada como en su carácter de ciudadano, debía responder a las injurias ofreciendo la otra mejilla, al margen de las consecuencias para el Estado. El pacifismo, sin embargo, no se convirtió en la doctrina cristiana ortodoxa. El enfoque dominante entre los Padres de la Iglesia era que la autoridad política estaba instituida por derecho divino para beneficio del individuo y que cuando la fuerza se usaba con justicia era un bien, no un mal. La gente está obligada a ofrecer la otra mejilla cuando se violaban sus propios derechos, porque busca una salvación más allá de la historia, pero el Estado, que debe salvaguardar el bien social temporal aquí y ahora, puede tener que recurrir a la fuerza en ciertos momentos. San Ambrosio y San Agustín, que escribieron después de que los cristianos de Occidente hubieran comenzado a asumir la responsabilidad del orden social, "bautizaron" la antigua doctrina romana de la "guerra justa" como una "triste necesidad a los ojos de los hombres de principios".[18]

Los filósofos escolásticos de la Edad Media refinaron considerablemente la doctrina de la "guerra justa". La decisión de iniciar hostilidades violentas no podía ser tomada por un individuo particular, sino sólo por la autoridad pública. Los gobernantes eran instados a que no recurrieran a la guerra a menos que estuvieran moralmente seguros de que su causa

era justa (*just ad bellum*), es decir, que sus derechos jurídicos habían sido violados por un gobernante vecino. Aun en ese caso, se los exhortaba a agotar todos los medios pacíficos de arreglar la disputa antes de recurrir al uso de la fuerza y esto generalmente significaba un arbitraje. Más aún, tenía que haber una razonable perspectiva de que recurrir a la fuerza sería más productor de bienes que de males y que restauraría el orden de la justicia. La guerra debía lograrse en su totalidad con una intención moral justa podía volverse injusta en su desarrollo. Éstas eran las enseñanzas camente inmorales (*jus in bello*), pues lo que empieza como una guerra justa podía volverse injusta en su desarrollo. Estas eran las enseñanzas comunes de autores medievales tales como Antonino de Florencia y Santo Tomás de Aquino. Se ponía el énfasis en lo que luego se llamarían los principios de proporcionalidad y discriminación. Por el primero, el sufrimiento y la destrucción causados por la guerra no debían ser desproporcionados a la causa que justificaba recurrir a la guerra; por el segundo, las poblaciones "inocentes" se consideraban "inmunes" como blancos de acción militar.[19]

A lo largo de toda la Edad Media, la Iglesia intentó imponer controles éticos a la conducción de la guerra, especificando tiempos en que no se podía luchar, lugares donde la batalla estaba prohibida, tipos de armas que no podían emplearse legítimamente y clases de personas que ya estaban exentas de la obligación del servicio militar y protegidas contra la acción militar. Este esfuerzo por "suavizar" la crueldad de la guerra de ninguna manera era nuevo en la cultura occidental. Los antiguos griegos y romanos habían estado familiarizados con tales reglas de guerra acordadas, como las que prohibían la arbitraria destrucción de poblaciones, el incendio de ciudades y la interrupción del suministro de agua. Muchas circunstancias de la cultura europea medieval, incluidos los valores comunes de la cristiandad, la naturaleza del feudalismo, las condiciones económicas prevalecientes, la tradición teutónica del caballero guerrero y el estado retrasado de las ciencias militares, de hecho reforzaron los esfuerzos morales de la Iglesia por mitigar la rudeza de la guerra durante el período medieval.[20]

En el período de transición entre la Europa medieval y la moderna, pueden señalarse tres excepciones sobresalientes a la teoría y la práctica dominantes de una guerra moralmente limitada. Éstas eran invariablemente expresiones de conflicto ideológico que iban contra las tendencias distintivas de la cultura medieval: 1) las Cruzadas de los siglos XII y XIII, libradas contra una civilización ajena e infiel; 2) las guerras de los siglos XIV y XV, especialmente entre los franceses y los ingleses, en las cuales las fuerzas del sentimiento nacional se hicieron sentir por primera vez en gran escala y 3) las guerras religiosas que siguieron a la Reforma. En todos estos casos, la guerra dejó de ser un instrumento racional de la política monárquica de defensa de los derechos jurídicos. El concepto de guerra como un asunto en pequeña escala de escaramuza y maniobra perdió su primacía cuando grandes cantidades de guerreros no profesionales (es decir, no caballerescos), tanto voluntarios como mercenarios, se vieron mezclados con las antipatías culturales, nacionales o religiosas. Cuando se pensaba que un deseado conjunto de valores o una forma de vida dependían del resultado de un enfrentamiento, la guerra se convirtió en una experiencia moral y psicológica que todo lo consumía. De allí que las batallas de Antioquía, Crécy, Poitiers, Agincourt y Magdeburgo fueran sangrientas y terribles en extremo. En la Guerra de los Treinta Años entre católicos y protestantes (1618-1648), la población de Alemania se redujo de 21 a 13 millones.[21]

Las teorías filosóficas del período del estado-nación

Durante el período clásico del equilibrio de poder que comenzó tras la Paz de Westfalia de 1648, el concepto de guerra limitada volvió a circular en Europa. Al comienzo del período del moderno estado-nación en los siglos XVI y XVII, la doctrina tradicional occidental de la "guerra justa" fue reafirmada por los teólogos escolásticos y los filósofos, tales como Victoria y Suárez, así como por los tempranos expositores sistemáticos del derecho internacional: Grocio, Ayala, Vattel, Gentilis y otros. Para estos autores, la guerra justa emergía como un procedimiento jurídico sustituto, una especie de juicio en defensa de los derechos legales del Estado, llevado adelante a través de la fuerza, en ausencia de un tribunal superior internacional eficaz capaz de reivindicar el orden de la justicia. Virtualmente, todos los autores europeos clásicos de la guerra internacional insistían en la necesidad de salvar las vidas de los inocentes en la guerra. El asesinato de los inocentes nunca podía buscarse deliberadamente; en el mejor de los casos, se lo permitía como incidental respecto del funcionamiento legítimo de una guerra justa.[22]

En la segunda mitad del siglo XVII, después de que la violencia de las guerras religiosas hubiera cedido, el péndulo volvió hacia formas más moderadas de guerra. De allí en adelante, a lo largo de casi todo el siglo XVIII, la Era de la Razón, las guerras fueron menos ideológicas y más instrumentales en el sentido tradicional. Los ejércitos eran más grandes, pero también mejor organizados, pertrechados, disciplinados y entrenados, dirigidos en gran medida por oficiales aristócratas que intentaban, sin demasiado éxito, inculcar a los soldados de clase baja los ideales del viejo código de caballería. El profesor John U. Nef sugiere un conjunto de factores que influyeron en la tendencia hacia una mayor restricción: un creciente desagrado por la violencia, un aumento del nivel de comodidad entre la burguesía europea; el refinamiento de los modales, las costumbres y las leyes por parte de una aristocracia que ahora admiraba la gentileza, la agilidad y la sutileza más que las proezas en el campo de batalla, la búsqueda del comercio, y el crecimiento de las bellas artes, combinados con celosos esfuerzos por aplicar la razón a los asuntos sociales. Todos estos factores, concluye Nef, ayudaron a debilitar la voluntad a luchar de forma organizada.[23]

Hasta los tiempos de la Revolución Francesa, las naciones de Europa no estaban dispuestas a buscar objetivos que requirieran infligirle una gran destrucción al enemigo. Este período fue testigo de la emergencia de motivaciones económicas para el conflicto, pero si bien es cierto que las rivalidades coloniales y comerciales se sumaban a enfrentamientos dinásticos

como causas de las disputas internacionales, el surgimiento de la burguesía ayudó a alentar sentimientos pacifistas más que militaristas, pues la burguesía deseaba más que nada una comunidad internacional ordenada, en la cual las condiciones del comercio fueran predecibles. El mero hecho de que las principales naciones comerciales de Europa Occidental también estuvieran desarrollando poderío naval ayudó a suavizar los efectos de la guerra en el siglo XVIII, en la medida en que las fuerzas navales podían llevar adelante enfrentamientos hostiles sin implicar directamente a las poblaciones terrestres. La guerra territorial, tal como tenía lugar, por lo general se caracterizaba por maniobras hábiles, sorpresas, marchas y contramarchas y ataques de rapiña sobre las líneas de suministro del enemigo, tal como lo ejemplifican las campañas de Turena, Saxe y Marlborough. La guerra, en el siglo de la "cultura de salón", no estaba totalmente desvinculada del juego de ajedrez y del minué. La sensación prevaleciente de restricción probablemente llevó a que se hiciera más lento el avance de las innovaciones tecnológicas militares. Los enfrentamientos entre ejércitos en el campo de batalla a menudo se consideraban como meros agregados al proceso diplomático, diseñado para reforzar o debilitar las posiciones de negociación de los enviados durante negociaciones prolongadas.

Los orígenes del pacifismo moderno

Entretanto, el período posrenacentista y el Iluminismo habían sido testigos del surgimiento en Europa de una escuela de pacifistas que rechazaba la doctrina moral-legal medieval de la guerra. Los autores pacifistas —Erasmo, Moro, Comenio, Crucé, Fenelón, Penn, Voltaire, Rousseau y Bentham— tomaron su postura ya sea de los estoicos o de las posiciones radicales de los primeros cristianos, ya sea de los nuevos ideales europeos de cosmopolitismo, humanitarismo e internacionalismo burgués. Prácticamente todos ellos exhibían un pronunciado escepticismo en sus actitudes hacia la guerra y la profesión militar. Estaba especialmente de moda comparar desfavorablemente la vida destructiva del soldado con la vida útil del mercader. La abolición de la fuerza de la política internacional pasó a considerarse como el objetivo más noble del estadista. La búsqueda de la felicidad humana libre de toda traza de tragedia se convirtió para los intelectuales europeos en la gran meta de la vida.[24]

Los filósofos no coincidían entre sí acerca de si la felicidad se lograría a través de la aplicación de la razón científica y técnica o a través de la vuelta de la gente a la naturaleza y el redescubrimiento de su simplicidad originaria. Pero los racionalistas y los románticos por igual estaban convencidos de que la sociedad estaba a punto de romper las cadenas de la autoridad tradicional y la superstición; superar las maldiciones históricas de la ignorancia, la enfermedad y la guerra; y embarcarse —en la visión de Condorcet— en la perfectibilidad absolutamente indefinida de la humanidad, que no conoce otro límite que la duración del globo sobre el cual la naturaleza nos ha puesto.[25] "El pueblo, al ser más esclarecido", escribió Condorcet, "aprenderá gradualmente a considerar la guerra como la más

horrible de las calamidades, el más terrible de todos los crímenes".[26] La era estaba marcada por un amargo cinismo respecto del concepto de la "guerra justa", que se consideraba una mera propaganda calculada para encubrir las urgencias agresivas de los reyes ambiciosos. Nadie en ese tiempo denunció la estupidez y las incongruencias de la guerra con más agudo sarcasmo que Voltaire, quien se reía de los dos reyes, cada uno de los cuales hacía cantar un *Te Deum* en su propio campo después de la batalla.[27] Había una anticipación, reflejada en los escritos de Montesquieu y otros, de que la transición de la monarquía a las instituciones republicanas estaría acompañada por un paso del espíritu de la guerra y el engrandecimiento al de la paz y la moderación. El período abundaba en proyectos de abolición de la guerra y establecimiento de una paz perpetua.[28]

Las esperanzas de los escritores del Iluminismo demostraron estar mal fundadas a fines del siglo XVIII. La ideología nacionalista liberal había nacido en Francia durante la Revolución y su período napoleónico posterior, despertando eventualmente reacciones nacionalistas en toda Europa. Los franceses introdujeron la *levée en masse*, el ejército reclutado entre los ciudadanos, la "nación en armas", respaldada por todos los recursos organizables de una nueva sociedad industrializada. Así, Francia se convirtió en el prototipo de la regimentación económica, la producción fabril en gran escala para la guerra y la movilización de la opinión popular en apoyo de las políticas expansionistas nacionales. El carismático "Pequeño Corso" fue virtualmente el primero en emprender una "guerra total" en los tiempos modernos. Durante un tiempo, su poderoso ejército fue invencible. Las bajas militares alcanzaron proporciones sin precedentes.[29]

Napoleón, sin embargo, había dejado el equilibrio de poder europeo hecho trizas. La reacción conservadora de 1815 y de allí en adelante, dirigida por Metternich y Talleyrand y basada en el principio de una vuelta a la legitimidad monárquica, restauró la idea clásica del equilibrio de poder —una noción newtoniana de un universo internacional en equilibrio— ubicándola en un lugar central en el pensamiento de los hombres de Estado europeos.[30] Esta restauración ayudó a limitar la guerra y, con excepción de la Guerra Franco-Prusiana, minimizó los duros efectos de una tecnología militar en desarrollo durante cien años. Los ejércitos en pie se redujeron en número en todas partes excepto en Rusia y Prusia. En Europa Occidental creció la certeza de que la ciencia, la industria, la tecnología de las comunicaciones, el crecimiento de las instituciones parlamentarias liberales, la educación y el comercio internacional estaban combinándose para convertir la guerra en algo obsoleto y quizás imposible. La era del "Concierto de las Potencias", de la cual la Pax Britannica era un rasgo importante, estuvo marcada por una diplomacia astuta y guerras cortas, más que por enfrentamientos prolongados y destructivos entre fuerzas armadas. Bismarck, el más astuto manipulador de la guerra como factor adjunto a su diplomacia hacia Dinamarca, Austria y Francia en sus esfuerzos por unificar Alemania bajo el liderazgo prusiano, prefería calzar "un puño de hierro en un guante de terciopelo".[31] A lo largo de todo el siglo XIX, Europa no experimentó ningún conflicto tan sangriento como la Guerra Civil Norteamericana, que en muchos aspectos era un prototipo de la "guerra total" moderna, en la cual poderosas motivaciones políticas e ideológicas enfrentaban la tecno-

logía industrial del liberalismo capitalismo en surgimiento con los valores tradicionales de una aristocracia agraria y esclavista.[32]

Las apariencias en Europa, sin embargo, eran en cierta forma engañosas. A pesar de la vuelta a una guerra limitada, librada con objetivos políticos limitados (es decir, la unificación de Alemania), las últimas décadas del siglo XIX fueron testigo de la expansión de un reclutamiento universal en Europa, la producción en masa de nuevas armas automáticas, carreras armamentistas, la creación de alianzas, crecientes rivalidades coloniales y comerciales entre las potencias y el crecimiento de una prensa popular que podía convertirse en un instrumento poderoso para despertar sentimientos beligerantes. El surgimiento de la moderna industria de guerra tuvo una significación ambigua. Por un lado, sirvió para hacer la guerra más terrible y menos provechosa y de allí menos fácilmente emprendible. Por el otro lado, sirvió para que fuera mucho más probable que la guerra, si se producía, fuera total por naturaleza, absorbiendo todas las energías disponibles. La batalla librada apretadamente, en la cual la masa se multiplica por la velocidad, se volvió un rasgo dominante del pensamiento militar europeo moderno.[33] Se ponía el énfasis en los medios de movilización rápida: el telégrafo para ordenar reservas, el ferrocarril para transportar tropas y equipo al frente y los barcos a vapor para llevarlos a los territorios coloniales de Asia y África. La velocidad de la movilización era tan crítica que para 1914 la decisión de movilizar se volvió equivalente a una declaración de guerra.[34]

Teorías pacifistas

A lo largo de todo el siglo XIX, el movimiento pacifista lentamente extendió su influencia en Inglaterra y Estados Unidos. Jonathan Dymond, un cuáquero inglés, adujo que la guerra, como el comercio de esclavos, empezaría a desaparecer cuando la gente se negara a acceder a ella y comenzara a cuestionar su necesidad. Dymond negaba que el guerrero patriótico celebrado en las canciones y los relatos por haber ofrendado su vida por su país mereciera tales alabanzas. El oficial, decía, entra en el ejército para obtener un ingreso, ante todo porque prefiere una vida de ocio que una de industria. Tanto lucha porque es su negocio o porque su reputación está en juego, como porque está obligado a hacerlo. Dymond anticipaba las objeciones de otros socialistas y de los últimos exponentes de la "demoníaca teoría de la guerra" insinuando que los industriales que se benefician con la guerra combinan sus fuerzas con los militares profesionales con el fin de promover la guerra. Declaraba que las Escrituras cristianas exigen que el individuo se aparte de la violencia en cualquier circunstancia. Todas las distinciones entre la guerra justa o injusta, entre la guerra defensiva o agresiva las desestimaba por considerarlas vanas. La guerra debe ser absolutamente prohibida o, si no, debe permitírsele que siga su curso ilimitado.[35] Dymond es una de las tempranas voces de ese movimiento moderno de pacifismo intransigente y que busca no sólo dar consejos religiosos a la conciencia del individuo, sino también ejercer una influencia en la política de los estados, o al menos aquellos estados en los cuales el clima de opinión es lo suficientemente liberal como para permitir la propagación de la doctrina pacifista.

La aversión de los pacifistas intelectuales modernos a la guerra no puede explicarse puramente en términos de factores religiosos y humanitarios. Desde el siglo XIX, consideraciones económicas, ya liberales, ya socialistas en cuanto a su fundamento, han entrado en el pensamiento de la mayoría de los pacifistas respecto del tema de la guerra y la paz. Desde la era de Richard Cobden, a mediados del siglo XIX, hasta épocas muy recientes, muchos pacifistas liberales han estado convencidos de que existe una relación intrínseca y mutuamente causal entre el comercio libre y la paz y que la abolición de las barreras comerciales es el único medio de lograr una paz permanente. En cierta medida, los herederos de esta tradición intelectual en la época contemporánea son los teóricos de la interdependencia.

Sir Norman Angell y la guerra como anacronismo

La visión liberal de que la guerra representa la mayor amenaza a la salud económica de la civilización industrial moderna alcanzó su culminación en los escritos de Norman Angell, un publicista inglés que logró prominencia en los años veinte y treinta y cuyo trabajo formaba parte de la fase utópica de las relaciones internacionales descrita en el Capítulo 1. Poco antes de la Primera Guerra Mundial, Angell adujo que la guerra en la era industrial se había vuelto un anacronismo sin provecho. La futilidad económica del poder militar, declaraba, había sido ampliamente demostrada por la historia reciente, que demostraba que aun cuando la victoria en la guerra parece en primera instancia traer consigo sustanciales ganancias económicas, tales apariencias son erróneas e ilusorias. Casi todos pensaban que los alemanes habían cosechado una ventaja de la enorme indemnización que Francia se vio forzada a pagar después de ser derrotada en la Guerra Franco-Prusiana de 1870 a 1871, pero, aducía Angell, la indemnización de hecho provocó una inflación que perjudicó a la economía alemana. Ninguna nación, seguía diciendo, puede mejorar genuinamente su posición económica, ya sea a través de la guerra o a través de operativos imperialistas que involucran costosos preparativos de defensa militar. Angell estaba convencido de que "los factores que realmente constituyen la prosperidad no tienen la más remota conexión con la potencia militar o naval, a pesar de toda nuestra jerga política".[36]

En última instancia, Angell era un racionalista que creía que la guerra podía ser eliminada a través del crecimiento y la aplicación progresiva de la razón humana a los asuntos internacionales. El moderno Estado técnico no puede esperar sacar ventajas de librar guerras, sino que sólo puede anticipar la desintegración de su propia sociedad. Una vez que la gente se convenza de que la guerra ha perdido su sentido, excepto como forma de suicidio mutuo, pensaba Angell, el desarme y la paz serían posibles. Tenía confianza en que la paz era primordialmente un asunto de educar al público de las sociedades democráticas y eligió envolver sus homilías en términos de interés personal económico de una comunidad europea interdepen-

diente, más que en términos de una moral religiosa tradicional. Pero no tenía dudas de que una vez que los seres humanos se dieran cuenta plenamente de la poca importancia de la fuerza militar para el logro, la promoción y la preservación de la prosperidad o el bienestar socioeconómico, entonces las guerras políticas cesarían como lo hicieron las guerras religiosas en Occidente hace mucho tiempo. Vale la pena advertir el paralelo entre el pensamiento de Norman Angell y el de Herbert Spencer en el siglo XIX y George Liska a mediados del XX, todos los cuales sostuvieron que las naciones industriales están obligadas a eludir la guerra.[37] Más aún, la mayoría de los teóricos estratégicos contemporáneos (que se analizarán en el Capítulo 9), que vienen de una gran diversidad de perspectivas, han llegado a la conclusión de que la guerra nuclear no tiene sentido, de que ninguna ganancia vale su costo, que no es posible ganarla y que las armas nucleares pueden no tener otro uso sino el de la disuasión. Los teóricos de la disuasión, debe decirse, piensan que la teoría de Angell no podría ser validada a través de una demostración hasta después del advenimiento de las armas nucleares en gran escala, produciendo un equilibrio de terror.

Teorías belicistas

Las teorías occidentales modernas del conflicto y la guerra, incluidas aquellas del pacifismo utópico, no pueden entenderse sin alguna referencia a la aparición, a continuación de la Revolución Francesa, de una escuela de pensamiento militarista dentro de Occidente. El belicismo, y esta escuela puede llamarse así, se desarrolló al menos en parte como una reacción consciente al pacifismo idealista. Quizás sería más preciso decir que las dos tendencias del pensamiento occidental se alimentaban entre sí como opuestos polares. La cultura occidental nunca ha carecido de pensadores que subrayaran el conflicto y la tensión en lugar de la cooperación y la armonía en la realidad social.

La mayoría de los teóricos occidentales de la estrategia militar desde el período de la Revolución Francesa hasta fines de la década de 1950 (cuando el énfasis pasó de las estrategias convencional y nuclear al estudio de la guerrilla y la contrainsurgencia) mostraban una clara preferencia por las estrategias directas respecto de las indirectas, por el ataque intimidatorio del ejército en masa más que por el grácil avance del estoque, por el ataque frontal y la decisión rápida más que por una estrategia más paciente de maniobra, rodeo, desgaste y negociación. El concepto de la guerra total a menudo se ha remontado a los escritos de Karl von Clausewitz, quien a veces expresó con bastante vivacidad la idea de la guerra como un acto de fuerza llevado a sus límites extremos, como lo hizo en el siguiente pasaje:

> Ahora las almas filantrópicas podían imaginarse fácilmente que existía una forma artística de desarmar o derrocar a nuestro adversario sin demasiado derramamiento de sangre y que esto era lo que el arte de la guerra debía proponerse lograr. Por agradable que pueda sonar, es una idea falsa que debe demolerse... El que usa esta fuerza sin piedad, sin asustarse ante cualquier cantidad de derramamiento de sangre, debe sacar ventaja si su adversario no hace lo mismo. Así, fuerza la mano de su adversario y así cada uno empuja al otro a extremos en los cuales la única limitación es la fuerza de resistencia del otro lado... Nunca en la filosofía de la guerra podemos introducir un principio de cambio sin cometer un absurdo... De manera que repetimos nuestra afirmación: la guerra es un acto de fuerza y no hay límite a la aplicación de dicha fuerza.[38]

Sin embargo, según un eminente estratega del siglo XX de la guerra limitada y opuesto a un pensamiento de la guerra total, Sir Basil H. Liddell Hart, Clausewitz ha sido a menudo malinterpretado. Como estudioso de Kant, Clausewitz valoraba la diferencia entre el ideal y lo real, entre la tendencia del pensamiento, en aras de la claridad, a llevar una idea a una forma extrema y abstracta y las significativas modificaciones que la realidad práctica le impone a la abstracción. Clausewitz hablaba de la "guerra absoluta" como un extremo lógico al cual el combate militar puede llevarse dentro de la mente, un contexto en el cual cada lado trata de perfeccionar su esfuerzo por quebrar la voluntad de resistir del otro; pero también reconocía que no existe algo así en el mundo real, donde la guerra debería ser y es un instrumento de la política del Estado, "una continuación de la política por otros medios". Así, la guerra siempre está subordinada a la política y limitada por ella. Los seres humanos siempre se quedan cortos respecto de los esfuerzos absolutos; nunca pueden consagrar todos sus recursos a la guerra porque hay una constante demanda de que se responda a muchas otras necesidades. Las metas por las cuales se emprende una guerra y los medios usados para librarla deben ser controlados por una inteligencia política. Haciéndose eco del antiguo estratega chino Sun Tzu, el teórico prusiano sugería que la batalla decisiva no siempre debe librarse. Especialmente, cuando los dos lados enfrentados son relativamente iguales en capacidades, pueden querer eludir una guerra mutuamente destructiva de desgaste, más costosa de lo que valdría la pena cualquier objetivo político que se pudiera ganar. Clausewitz estaba dispuesto a contemplar la guerra limitada no sólo por motivos morales o humanitarios en el sentido de las doctrinas medievales de la "guerra justa", sino más bien por motivos concernientes a los intereses del Estado.[39]

Otros filósofos del siglo XIX —Hegel, Nietzsche, Treitschke y Bernhardi— a veces parecían exaltar el poder y la guerra como un fin en sí mismo. Hegel, para quien la realidad era la colisión dialéctica de ideas, consideraba al estado-nación la concretización del absoluto en la historia, "la marcha de Dios en el mundo". Sobre el tema de la guerra, quizás ha sido malinterpretado. No glorificaba la guerra y su brutalidad, pero dado que valoraba a tal punto la nación, aceptaba la guerra como un fenómeno que podía contribuir a la unidad nacional. Hegel se expuso a la mala interpretación o a una justificable crítica cuando dijo que a través de la guerra "la salud ética de las naciones se mantiene... como el movimiento de los vientos le impide al mar caer en la fetidez que produciría una calma constante".[40]

El crítico más duro del siglo XIX de los valores que subyacen no sólo en la civilización occidental y cristiana de hoy en día, sino inclusive en el

puro cristianismo original, fue Friedrich Nietzsche. Al subrayar como lo hacía la "voluntad-de-poder" como el determinante básico del comportamiento humano, Nietzsche consideraba el "ethos" cristiano, caracterizado por la autonegación, la resignación, la humildad, el respeto por la debilidad y la renuncia al poder, como el enemigo de los verdaderos impulsos creativos de una persona, una religión del fracaso que inhibe el pleno desarrollo del "Superhombre".[41] Aún más que para Hegel, la guerra desempeña para Nietzsche un papel indispensable en la renovación de las civilizaciones. En el siguiente pasaje, publicado en 1878, el filósofo alemán parecía esbozar en forma muy nítida la teoría del "equivalente moral de la guerra" que William James expresaría de forma más optimista en 1912:

> Por ahora, no conocemos otros medios por los cuales la dura disciplina del campamento, el profundo odio impersonal, la sangre fría del asesinato con buena conciencia, el orden general del sistema en la destrucción del enemigo, la orgullosa indiferencia a las grandes pérdidas, a la propia existencia y a la de los propios amigos, la sorda convulsión del terremoto del alma puedan ser comunicados con tanto vigor y certeza a las naciones enervadas como lo hace toda gran guerra. La cultura de ninguna forma puede permitir pasiones, vicios y malignidades. Cuando los romanos, tras haberse vuelto imperiales, se habían cansado bastante de la guerra, trataron de adquirir nueva fuerza por medio de combates de gladiadores y persecuciones de cristianos. Los ingleses de hoy, que en general parecen también haber renunciado a la guerra, adoptan otros medios a fin de generar de nuevo esas fuerzas en desaparición, es decir, las peligrosas expediciones de exploración, los viajes por mar y el escalamiento de montañas, nominalmente emprendidos con fines científicos pero, en realidad, para traer a su país un superávit de energía traído de las aventuras y peligros de todo tipo. Muchos otros sustitutos parecidos de la guerra se descubrirán, pero quizás precisamente por ello se volverá cada vez más obvio que una humanidad tan altamente cultivada y por lo tanto necesariamente debilitada como la de la Europa moderna, no sólo necesita la guerra, sino las mayores y más terribles guerras —en consecuencia, ocasionales recaídas en la barbarie— ya que si no, a través de la cultura, perderá su cultura y su existencia misma.[42]

Mentes inferiores a la de Nietzsche siguieron sus huellas. El historiador alemán Treitschke, quien hablaba para la casta militar prusiana, buscó su inspiración en figuras como Maquiavelo y Bismarck. Convencido de que el estado-nación independiente y soberano es el logro político más amplio del cual es capaz el individuo, rechazó como intolerable el concepto de una comunidad política universal genuina. La guerra es frecuentemente el único medio que tiene el Estado para proteger su independencia, y así la capacidad y la rapidez para librar la guerra deben preservarse cuidadosamente afiladas. El Estado debería ser extremadamente sensible en asuntos de honor nacional, de manera que el instinto de autopreservación política pueda desarrollarse hasta el grado más elevado posible. Toda vez que se insulte la bandera, debe haber una inmediata exigencia de satisfacción

plena y si esto no se logra "la guerra debe ser la consecuencia, por pequeña que pueda parecer la ocasión".[43] No hay nada reprensible en esto, pues a ojos de Treitschke la guerra en sí misma era majestuosa y sublime.[44]

Las ideas expresadas por Clausewitz, Hegel, Nietzsche y Treitschke fueron adoptadas por varios filósofos de la historia militar en Europa y Estados Unidos. El general Friedrich von Bernhardi, fuertemente influenciado por el concepto darwiniano de la "supervivencia de los mejores" (que sólo entendía superficialmente) correlacionaba la guerra con el progreso humano, sosteniendo que "aquellos factores intelectuales y morales que aseguran la superioridad en la guerra son también los que hacen posible un desarrollo general progresivo [entre las naciones]".[45] Los escritos geopolíticos de Kjellen y Ratzel, tanto como los de los estudiosos alemanes del siglo XX representados por Haushofer, tenían una deuda intelectual con los conceptos de Darwin. (Ver Capítulo 2, en el cual se tratan las teorías geopolíticas.)

Alfred Thayer Mahan también veía la historia como una lucha darwiniana en la cual la adecuación se mide en términos de fuerza militar. Los hábitos de la disciplina militar, pensaba, son los soportes necesarios de una estructura civil ordenada. Consideraba a las naciones del mundo como empresas económicas trabadas en una fiera competencia por la supervivencia respecto de los recursos y los mercados. A diferencia de los marxistas, sin embargo, atribuía esto no meramente a los impulsos de la competencia, sino más bien a la naturaleza humana y al hecho de que la provisión de bienes económicos es finita. Las contradicciones del interés nacional propio, junto con amplias e irreductibles discrepancias de poder, oportunidad y determinación, producen las condiciones de conflicto permanente y hacen irreal esperar que se elimine la violencia de los asuntos internacionales. Mahan consideraba fútiles todos los esfuerzos por sustituir la fuerza por la ley, dado que toda ley depende de la fuerza para su eficacia. Finalmente, Mahan defendía la institución de la guerra contra la acusación de que era inmoral y anticristiana. Aducía que la guerra es el medio por el cual las naciones-estado llevan adelante los mandatos de las conciencias de sus ciudadanos. Un Estado debería ir a la guerra sólo cuando está convencido de que es justa, pero una vez que ha comprometido su conciencia, no hay otra elección sino la guerra (ni siquiera el arbitraje), pues los "males materiales de la guerra son menores que el mal moral de transar con el error".[46] (Las opiniones de Mahan sobre la geopolítica del poder marítimo se trataron en el Capítulo 2.)

Teóricos belicistas y antidemocráticos

En la medida en que el siglo XIX dejó paso al XX, la polarización intelectual de pacifistas y belicistas occidentales se hizo completa. Los belicistas y sus doctrinas pueden clasificarse de la siguiente manera:

1. Positivismo realista, representado por escritores italianos de fin de siglo como Vilfredo Pareto (1848-1923) y Gaetano Mosca (1858-1941). Pareto, un economista y sociólogo, y Mosca, un especialista en ciencia política, expusieron los conceptos del gobierno de la elite, la importancia de los

instrumentos coercitivos en el mantenimiento de la unidad y el orden sociales y la recurrencia inevitable de la revolución. Mosca no era tan antihumanitario y tan antidemocrático como Pareto, pero compartía el prejuicio de Pareto acerca del pacifismo, temiendo que si la guerra se eliminaba, las naciones se volverían blandas y se desintegrarían.[47]

2. Darwinistas sociales y nacionalistas con tendencia al darwinismo social, tales como los sociólogos William Graham Sumner y Ernst Haeckel y el jurista Oliver Wendell Holmes.[48]

3. Ciertos filósofos pesimistas de la historia como Oswald Spengler (1880-1936) y Benedetto Croce (1866-1952). Spengler, un historiador alemán, estaba especialmente fascinado por la voluntad-de-poder, la virilidad de los bárbaros, la subyugación de los pueblos más débiles y la ley de la selva, mientras sufría de un especial temor hacia una revolución mundial de los pueblos no blancos contra los blancos.[49] Croce, un filósofo italiano tanto como un estadista, aunque crítico de los excesos del militarismo, consideraba a la guerra una tragedia necesaria de la condición humana, indispensable para el progreso humano y algo fatuo el sueño de una paz perpetua.

4. Los precursores y criptorrepresentantes de la teoría racista y/o del fascismo, tanto como los arquetipos concretos de tales ideologías. Los autores de esta categoría incluían a Houston Stewart Chamberlain, Arthur de Gobineau, Giovanni Gentile, Alfredo Rocco, Georges Sorel, Gabriel d'Annunzio y Benito Mussolini.[50]

Sería injusto insinuar que todas las escuelas anteriores de pensamiento deberían vincularse con los fascistas o aún que todos los fascistas eran o son racistas, pero todos exaltaban, en diversos grados, el papel de la fuerza y la acción viril en los procesos sociales. Los individuos antes mencionados están tratados de forma más adecuada en trabajos de teoría política o historia intelectual (y antiintelectual), pero los estudiosos serios de las relaciones internacionales no pueden permitirse ignorar el efecto que estos escritores tuvieron en el pensamiento de su tiempo, y tampoco deberían desestimar el papel influyente de las ideas conscientes y las actitudes persistentes en la toma de decisiones y el conflicto social.

El anarquismo y los socialistas marxistas

Finalmente, estaban los anarquistas y los socialistas marxistas. Estos dos movimientos de naturaleza extremista, antitéticos en muchos aspectos, produjeron retoños contrarios, algunos teóricos y otros prácticos. Ambos movimientos ayudaron dialécticamente a reforzar la teoría del pacifismo y la práctica de la violencia politizada como instrumento ya para abolir el Estado ya para promover la revolución clasista como un preludio al establecimiento de un orden cooperativista o socialista. La teoría marxista-socialista del imperialismo y la guerra se examinará en el próximo capítulo. Aquí, unas breves palabras acerca del anarquismo son necesarias, porque a menudo el público en general lo malinterpreta y porque constituye una tendencia que influye en el pensamiento contemporáneo, especialmente en la mente de la juventud occidental y los "liberacionistas" antioccidentales, más de lo que por lo general se acepta.

El anarquismo es la doctrina que se opone a la autoridad política establecida en todas sus formas. Los anarquistas ven la vida como un drama moral en el cual el individuo está enfrentado con el Estado y todos los instrumentos opresivos de coerción que asocian con el gobierno: las burocracias, los tribunales, la policía y los militares, tanto como las instituciones de la propiedad privada y la religión. Busca la liberación de estas y de todas las formas de restricción externa sobre la libertad humana. Firmemente convencido de la bondad y la razonabilidad innata de la humanidad, un anarquista benigno que sigue a Kropotkin cree que la ley básica de la sociedad no es el conflicto sino la ayuda mutua y la cooperación. El anarquista, según Irving Louis Horowitz, además de ser antipolítico también es antitecnológico y antieconómico.[51] Así los anarquistas son esencialmente enemigos del capitalismo y del socialismo por igual: si el primero mantiene el gobierno meramente para proteger sus intereses burgueses y manejar sus asuntos, el segundo reemplazaría la tiranía capitalista por la tiranía socialista, la "dictadura del proletariado".

Algunas ramas del anarquismo —especialmente la colectivista, la comunista, la sindicalista y la conspirativa— abiertamente propugnan el uso de la violencia tanto en teoría como en razón de ser una necesidad táctica. Sergei Nechaev (1847-1882), un discípulo del agitador revolucionario ruso Mijail Bakunin (1814-1876), adoptó un credo de "propaganda por los hechos" y "pan-destrucción universal". Defendía la táctica nihilista del asesinato por sus efectos de terror psicológico y la demolición de las instituciones existentes.[52] Enrico Malatesta (1850-1932), un periodista italiano, consideraba la violencia bien planeada como un medio apto para educar a las clases trabajadoras respecto del sentido de la lucha revolucionaria.[53] De igual forma, el periodista francés Georges Sorel (1847-1922) veía un valor en los actos de violencia proletarios que sirven para delinear la separación de las clases. Tal violencia, sostenía, ayuda a desarrollar la conciencia de la clase trabajadora y mantiene a la clase media en un estado de miedo crónico, siempre lista a capitular a las demandas que se le hacen en lugar de correr el riesgo de defender su posición recurriendo a la fuerza.[54]

No todos los anarquistas han sido partidarios de la violencia. En los Estados Unidos, los anarquistas individualistas como Henry David Thoreau (1817-1862) y Benjamin R. Tucker (1854-1939) rehuían la violencia como algo poco respetable. Preferían subrayar la desobediencia civil no violenta. Los dos anarquistas pacifistas más influyentes de los tiempos modernos —Mahatma Gandhi (1869-1948) y Leon Tolstoi (1828-1910)— oponían radicalmente una ética puramente religiosa a la disposición de la persona a someterse al Estado, al que execraban por brutalizar a las masas y convertir el heroísmo militar en una virtud. Considerando imperativo que la ley de la fuerza fuera reemplazada por la ley del amor y sin embargo encontrándolo imposible dentro del marco del sistema del estado-nación existente, insistieron en que el último debe dejar paso a una sociedad universal.[55]

El anarquismo ha sido a veces bastante penetrante en su crítica moral de las instituciones existentes, pero no ha hecho una contribución significativa a la comprensión científica de las fuentes del conflicto humano. Cuando uno encuentra en los textos anarquistas una aguda reflexión sobre

la sociología grupal (por ejemplo, en la conciencia de Sorel de la función integrativa del grupo que cumple la violencia dirigida hacia el exterior), por lo general se debe a que lo han tomado prestado de especialistas en ciencias sociales más desapasionados (por ejemplo, Sorel estaba fuertemente influido por Durkheim). En las últimas décadas, el principal atractivo de las teorías anarquistas en los Estados Unidos, que tienen una larga historia al respecto, recayó sobre los intelectuales, los artistas, los militantes negros, los estudiantes, la juventud y otros identificados con la "contracultura" y, especialmente a fines de la década de 1960, con la protesta contra la Guerra de Vietnam. En el plano internacional, el pensamiento anarquista se ha reflejado en un creciente aumento de actos terroristas: secuestro de aviones, atentados con bombas, incursiones guerrilleras, secuestros de personas, asesinatos, toma de rehenes y otros hechos violentos destinados, nihilísticamente, a transformar la sociedad al inferir golpes indiscriminados y al azar al margen de la culpa o inocencia de aquellos que los sufren, produciendo así una inseguridad generalizada y conmociones sin sentido que sacuden a la sociedad hasta sus cimientos. "La propaganda a través de los hechos" sigue siendo la estrategia preferida por los nihilistas que, al igual que Verloc en la novela de Joseph Conrad *El agente secreto*, preguntan qué respuesta se puede dar a "un acto feroz de destrucción tan absurdo como para ser incomprensible, inexplicable, casi impensable; de hecho, ¿loco? La locura por sí misma es verdaderamente terrorífica, en la medida en que uno no puede aplacarla ni por medio de amenazas, persuasión o sobornos".[56]

La teoría de la "guerra justa" en la era nuclear

En la parte anterior de este capítulo se ha dedicado considerable atención a la doctrina de la "guerra justa" como un conjunto de restricciones normativas que limitan la forma en que un Estado puede actuar en busca de sus "necesidades" (supervivencia, independencia, la preservación del bien común y la defensa de sus derechos). Se ha revitalizado con gran vigor en el siglo XX, especialmente desde el advenimiento de las armas nucleares, el debate en torno de la ética de la guerra.

Muchos autores han aducido que, en vista del poder destructivo de la moderna tecnología militar, especialmente las armas nucleares, las condiciones de la "guerra justa" —específicamente la exigencia de que la cantidad de fuerza empleada deba ser proporcionada a los objetivos políticos buscados— no puede seguirse convalidando. Según la escuela "pacifista nuclear", si bien puede haber sido teóricamente posible justificar el uso de la fuerza por parte de los estados en períodos históricos anteriores, la guerra nuclear está potencialmente cargada de consecuencias tan monstruosas, que no puede considerársela política o moralmente justificable en ninguna circunstancia. Más aún, el hecho de que los líderes políticos de todos los estados y los tiempos hayan invocado la justicia de su causa cuando iban a la guerra, combinado con el hecho de que la historia ofrece escasa evidencia de líderes religiosos en cualquier nación que cuestionan o nieguen la justicia de las políticas de su gobierno durante época de guerra, ha contribuido a un creciente escepticismo acerca de la teoría de la "guerra justa" aun respecto de la guerra no nuclear. Finalmente, la inhumanidad de la guerra moderna ha llevado a un creciente número de teólogos y especialistas en ética a preguntarse si librar la guerra alguna vez puede hacerse compatible con los imperativos de la conciencia cristiana.[57]

Los pacifistas contemporáneos típicos se sienten abrumados por lo que consideran la estupidez, futilidad o inmoralidad de la guerra nuclear. Alegan que tal conflicto amenaza no sólo con la mutua extinción de las naciones que se comprometen en un intercambio nuclear en gran escala, sino también con graves peligros de pérdidas radiactivas generalizadas y mutaciones genéticas para el resto de la humanidad. El pacifista, por lo general, es escéptico respecto de todas las teorías de disuasión nuclear y de la supuesta racionalidad de los encargados de tomar decisiones, en las cuales se supone que se basa la disuasión. Los pacifistas reniegan de la competencia internacional de armamentos (o "carrera armamentista") que en su opinión, aun si no lleva inevitablemente a la guerra, supuestamente acumula una capacidad de destrucción nuclear excesiva, produce un clima internacional de temor neurótico, gasta grandes cantidades de recursos económicos y científico-tecnológicos que de otra forma podrían canalizarse hacia otros fines y, en general, deshumaniza a los individuos, refrenando su impulso a amar a los demás. Algunos autores, después de contemplar la trágica situación en la cual han caído las naciones, defienden el desarme unilateral y la resistencia no violenta como la única forma de romper el círculo vicioso. Erich Fromm, Mulford Q. Sibley y Gordon Zahan han visto la resistencia no violenta menos como una forma de pasividad desamparada que como una fuerza "del alma", psíquica o espiritual, capaz de producir un cambio de actitud significativo o "conversión" por parte del agresor.[58]

Aun en la era nuclear con todos sus horrores potenciales, la modalidad de análisis racional materializado en la tradición de la "guerra justa" no ha carecido de defensores. Sin negar que a menudo se ha abusado de la teoría en la historia, sus defensores modernos generalmente toman la posición de que las distorsiones del pasado, si bien deberían advertirnos de la tendencia a la autorracionalización de las naciones, no justifica que descartemos un tipo intelectual de análisis ético que busca delinear un curso intermedio entre los extremos del pacifismo y el belicismo. Los teóricos de este grupo incluyen a John Courtney Murray, Paul Ramsey, Robert E. Osgood, Richard A. Falt, William V. O'Brien, Michael Walzer y otros.[59]

Los escritores partidarios de la "guerra justa" están convencidos de que, indiferentemente de cuán cortos queden los esfuerzos en este terreno con respecto a un modelo ideal de acción moral, es aún mejor que la gente se incline por este tipo de evaluación que tratar de lograr un sentido de purificación interior lavándose las manos respecto de la tecnología armamentista de avanzada y de estrategia militar, permitiéndole así desarrollarse según su propia dialéctica. Que el poder nuclear existe es un hecho fundamental de la realidad política contemporánea que no puede conjurarse a través de una retórica pía o buenos deseos. Este poder masivo, escribió el teólogo jesuíta John Courtney Murray en 1959, exige un concepto estraté-

gico maestro que se base en un alto sentido de la moral y la orientación política.

> Este sentido de la orientación no puede encontrarse en la tecnología; por sí misma, la tecnología tiende a la explotación de las posibilidades simplemente porque son posibilidades... La función de la moral es dirigir el uso del poder, prohibirlo, limitarlo o, de manera más general, definir los fines para los cuales el poder puede o debe usarse y juzgar las circunstancias de su uso.[60]

El consenso general de los escritores de la "guerra justa" puede resumirse en las siguientes proposiciones:

1. En ausencia de instituciones eficaces para mantener la paz internacional, el derecho moral de los Estados a recurrir a la guerra en ciertas circunstancais no puede negarse. Dentro del sistema internacional de "autoayuda", que es claramente deficiente pero sin embargo real, es probable que los Estados sigan sintiéndose forzados a recurrir al uso de la fuerza militar. Una doctrina ética para gobernar y limitar la guerra, en consecuencia, sigue siendo esencial.
2. Si bien la guerra agresiva (que estaba permitida bajo la doctrina tradicional para castigar ofensas y para restaurar la justicia) no se considera más un medio legal a disposición de los Estados para la reivindicación de los derechos violados, todavía subsiste el derecho a librar una guerra defensiva contra la agresión y a prestar ayuda a un tercero que sea víctima de una agresión.[61]
3. No puede permitirse que la moderna tecnología militar vuelva enteramente inútil la distinción tradicional entre "fuerzas de combate" e "inocentes", aun en una guerra estratégica. (Este tema surgió en el debate en cierta forma inconcluso de los años sesenta acerca de la "contrafuerza" versus las estrategias de "contraciudad" o "contravalor"; durante los años setenta respecto de los "blancos selectivos" y las "opciones nucleares limitadas" y durante los años ochenta en torno de la moralidad de la estrategia de la disuasión nuclear y las doctrinas del "libramiento de la guerra".)
4. El teórico de la "guerra justa" niega que el fin justifique los medios y que una vez que empieza una guerra un gobierno pueda emplear cualquier instrumento a su disposición en una búsqueda ilimitada de la victoria. Aun cuando el Estado tiene el derecho moral a librar la guerra (*ius ad bellum*), hay una obligación a adherir a la ley que gobierna los medios usados en la guerra (*ius in bello*).[62]
5. Si bien hay razón para esperar que la disuasión tenga éxito y la guerra nuclear no se produzca, los escritores de la "guerra justa" insisten en que una postura de disuasión masiva a través de la amenaza de represalia masiva contra los centros urbanos no es suficiente. Hay una pesada obligación moral sobre los líderes políticos tendiente a asegurar una disposición operativa, en caso de que la disuasión fracase, a librar la guerra (incluida la guerra nuclear) en una forma limitada y discriminatoria más que de forma general. Ramsey aduce que "las enseñanzas tradicionales y morales aceptables respecto de los blancos militares legítimos, exigen eludir el daño civil lo máximo posible, aunque se lo acepte como un efecto indirecto en cierta forma inevitable".[63]
6. Así, los teóricos de la "guerra justa" insisten en que las armas nucleares no pueden implicar un mal intrínseco (*malum in se*). Según Ramsey, su uso estrictamente controlado contra los blancos primordialmente militares, en condiciones calculadas para eludir la escalada hasta niveles incontrolables, es moralmente concebible, en especial cuando parece necesario contener la agresión rápidamente y lograr negociaciones tempranas. Pero sostiene que su uso indiscriminado contra ciudades enteras no puede ser moralmente justificado, ni siquiera como represalia.[64]

El debate en torno de la guerra y la moralidad seguirá indefinidamente. Los pacifistas de diversas convicciones, absolutistas o relativistas, aducirán que es lógicamente absurdo o éticamente monstruoso analizar la guerra en términos de "racionalidad" o "justicia". Otros teóricos plantearán que en un sistema global que carece de una autoridad tendiente a mantener la paz global con eficacia —es decir, una fuerza internacional organizada en apoyo de la justicia internacional—, los gobiernos nacionales independientes y otras entidades políticas probablemente estén dispuestos de tiempo en tiempo a recurrir al uso de la fuerza y que el mundo estaría mejor si aquellos que asesoran a los gobiernos —al margen de si son pacifistas o teóricos de la "guerra justa"— pueden tener recurso a un código intelectualmente creíble de comportamiento racional, moral y civilizado que obligue a los encargados de tomar decisiones, en una era de posibilidades tecnológicas intrínsecamente inhumanas, a observar los límites humanos en su forma de trazar las estrategias. A pesar de las frecuentes afirmaciones de que la doctrina de la "guerra justa" se ha vuelto obsoleta en una era nuclear de ilimitada capacidad destructiva, ha habido numerosos ejemplos de guerra convencional y no convencional limitada, tanto como esfuerzos por desarrollar nuevos sistemas de tecnología de armas avanzadas, para los cuales el análisis tradicional de las condiciones requeridas para la justificación moral de la disuasión y la fuerza sigue siendo bastante importante y —lo que es más— todavía se aplica con admirable frecuencia en el debate político público.[65] Gran parte de la controversia intelectual en torno del compromiso militar norteamericano en Vietnam se llevó adelante dentro del marco de las condiciones tradicionales exigidas para una guerra justa. Más aún, los escritores de la izquierda religiosa que durante los años setenta buscaban desarrollar teologías de la liberación y la revolución se apropiaron de algunos de los elementos de la doctrina de la guerra justa, aun si trasladaban la presuposición de justicia de los gobiernos titulares (intentando mantener la paz y el orden internos) a los grupos revolucionarios insurgentes (que intentaban derrocar a los gobiernos titulares a los que consideraban opresivos).[66]

Quizás ningún estudioso de la "guerra justa" ha tratado de forma más intrincada con la paradoja que enfrentaron los estrategas y moralistas en la era nuclear que Michael Walzer. La mente humana parece incapaz de diseñar un marco conceptual coherente —política, doctrina estratégica y plan militar operativo— que combine prolijamente la disuasión eficaz con la credibilidad y la moral. Walzer nos recuerda que los gobiernos de las

superpotencias están disuadidos de arriesgarse siquiera a una guerra convencional, para no mencionar la guerra nuclear limitada, por el espectro del horror final, el peligro de que pueda escalar hasta ser un intercambio nuclear incontrolable. En una era de acumulaciones nucleares enormes, dice, cualquier estrategia imaginable es posible que disuada de una "guerra central" entre los gigantes. Una vez que entendimos lo que los estrategas de la disuasión estaban diciendo, se hizo innecesario adoptar cualquier estrategia especial para librar una guerra nuclear.[67] (Muchos teóricos de la estrategia, por cierto, negarían esto.) Se consideraba suficiente simplemente plantear la amenaza nuclear última. La disuasión es aterradora en principio cuando nos detenemos a evaluar sus últimas consecuencias, pero en los hechos es fácil vivir con la disuasión porque ha sido una estrategia no sangrienta. No produce dolor o perjuicios a sus rehenes, a menos que dejen de pensarla en su totalidad, cosa que no mucha gente hace. Walzer pone distancia entre él y la mayoría de los teóricos de la "guerra justa", cuando propone el enfoque de que toda guerra nuclear es inmoral.[68]

En la era de la disuasión nuclear, el debate entre los especialistas en ética ha cambiado sutilmente del planteo de la moralidad o la inmoralidad de la guerra y la política estratégica, a uno que enfrenta la inmoralidad de una guerra nuclear en gran escala con la posibilidad de que la guerra nuclear se produzca y se pierda el control sobre ella. Virtualmente todos los teólogos morales y los filósofos hace tiempo que han coincidido en que si la disuasión nuclear se viniera abajo, llevar adelante la estrategia de una destrucción segura (que se describe en el Capítulo 9) constituiría un mal moral de magnitud sin precedentes históricos. Respecto de la estrategia en sí misma, los escritores que manejan la ética de la estrategia han tenido serios desacuerdos en cuatro puntos:

1. ¿Cuál es la intención subyacente a la estrategia de la destrucción segura? ¿Es la buena intención de impedir la guerra nuclear o la intención reprensible de desencadenar una muerte catastrófica y una destrucción como represalia? Si las dos intenciones se combinan en una, ¿cómo se lo debe juzgar?
2. ¿Es posible distinguir la amenaza pública materializada en una política de la disuasión estratégica, diseñada para impedir la guerra, del plan que de hecho se ejecutaría si la disuasión fracasara? (Esta pregunta también les produce problemas a los analistas estratégicos, los encargados de trazar políticas del gobierno y los líderes militares que se preocupan por mantener la amenaza creíble.)
3. Con fines de evaluación moral, ¿podemos predecir la intención de un gobierno, tanto como podríamos hacerlo con la de un individuo en un caso legal? En asuntos de política gubernamental, especialmente en un sistema democrático constitucional pluralista, ¿quién puede ser considerado responsable por intentar hacer qué?
4. ¿Es moralmente permisible, con el fin de mantener la paz, confrontar al adversario con una amenaza estratégica que sería inmoral ejecutar? (Sobre este tema, los obispos católicos norteamericanos respondieron por la negativa; los obispos católicos franceses por la afirmativa.)

Se puede hacer una defensa de peso afirmando que cuanto más terrible es la amenaza, más eficaz debería ser como disuasión, siempre que sea creíble. Por eso la estrategia de una destrucción segura se consideraba tan exitosa políticamente, al mismo tiempo que, por lo mismo, la condenaban de manera tan tajante muchos líderes religiosos y otros moralistas que centraban su atención en la intención implícita y condicional materializada en ella y tendiente a destruir las poblaciones urbanas y los complejos industriales. Algunos aducían que era justificable poseer armas nucleares con fines disuasivos, pero que tales armas nunca debían usarse en la guerra. Este argumento contravenía la exigencia de credibilidad en la disuasión, porque la privaba de una doctrina operativa. (Es discutible que sea posible para un gobierno democrático tener una doctrina de disuasión y otra más limitada en caso de fracasar la disuasión.)

Supuestamente, cualquier esfuerzo por hacer menos inmoral la amenaza y más limitada, puede también parecer, siquiera lógicamente, menos eficaz como disuasión (aun cuando algunos aducirán que esto podría reforzar su credibilidad, es decir, su certidumbre de ser aplicada). Cuando los funcionarios de defensa norteamericanos han parecido estar considerando respuestas a la agresión más mesuradas que una represalia masiva general con misiles estratégicos nucleares —por ejemplo, "opciones nucleares limitadas", "determinación selectiva de blancos", "contrafuerza" más que "estrategias contra-ciudad", "armas nucleares de campo de batalla o tácticas", "escalada horizontal" o "disuasión convencional"— a menudo han sido criticados por los moralistas por hacer la guerra nuclear "menos impensable" o más probable de producirse como resultado de la escalada. Así, los moralistas indirectamente, con sagacidad o no, han estado indicando su preocupación respecto no sólo de la moral de la disuasión, sino también de su eficacia. Aun cuando uno pueda no condenar todo uso concebible de las armas nucleares y pueda aprobar de forma renuente la posibilidad de que el uso con sentido de represalia de una forma limitada y discriminativa contra blancos militares esté teóricamente justificado, sin embargo los moralistas han exhibido un gran escepticismo respecto de que una guerra nuclear pudiera mantenerse limitada, al margen de los esfuerzos por controlarla. Temiendo el proceso de escalada, generalmente se han opuesto a cualquier uso en primera instancia de las armas nucleares.[69]

El prolongado debate acerca de la moralidad de la guerra nuclear, que ha pasado por muchas fases, ha servido para demostrar ampliamente que el concepto de disuasión, que bien puede constituir el desarrollo técnico más significativo de las relaciones internacionales del siglo XX, representa algo bastante nuevo en la historia. Parece desafiar una evaluación adecuada en términos de las dos categorías occidentales tradicionales de pensamiento sobre el tema de la guerra y la paz —la "guerra justa" y el pacifismo— y exige una modalidad única, bastante paradojal, de análisis ético.

NOTAS AL CAPÍTULO 5

[1] Desde que se editó la segunda edición de este texto han aparecido muchas obras sobre la guerra y sus causas. Aquellas que merece la pena destacar son las de J. David Singer, comp.: *Correlates of War II: Testing Some Balance-of-Power Models* (Nueva York, The Free Press, 1980); Francis A. Beer: *Peace Against War: The Ecology of International Violence* (San Francisco, California, Freeman, 1981); Bruce Bueno de Mesquita: *The War Trap* (New Haven, Conn., Yale University Press, 1981); Richard Ned Liebow: *Between Peace and War: The Nature of International Crisis* (Baltimore, Md., The Johns Hopkins University Press, 1981); Robert G. Gilpin: *War and Change in World Politics* (Cambridge, Cambridge University Press, 1981); James A. Schellenberg: *The Science of Conflict* (Nueva York, Oxford University Press, 1982); Michael Howard: *The Causes of Wars and Other Essays* (Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1983); Robert J. Art y Kenneth N. Waltz, comps.: *The Use of Force: International Politics and Foreign Policy* (Lanham, Md., University Press of America, 1983); Melvin Small y J. David Singer, comps.: *International War* (Homewood, Illinois, Dorsey Press, 1985); John G. Stoessinger: *Why Nations Go to War*, ed. rev. Nueva York, St. Martin's, 1985); Seyom Brown: *The Causes and Prevention of War* (Nueva York, St. Martin's, 1987).

Los artículos merecedores de atención incluyen Miles Kahler: "Rumors of War: The 1914 Analogy", *Foreign Affairs*, 58 (invierno de 1979-1980); Charles F. Doran y Wes Parsons: "War and the Cycle of Relative Power", *American Political Science Review*, 74 (diciembre de 1980); Bruce Bueno de Mesquita: "Risk, Power Distributions, and the Likelihood of War", *International Studies Quarterly*, 25 (diciembre de 1981), "The Costs of War: A Rational Expectations Approach", *American Political Science Review*, 77 (junio de 1983) y "The War Trap Revisited: A Revised Expected Utility Model", *American Political Science Review*, 79 (marzo de 1985); Charles W. Kegley, Jr., y Gregory A. Raymond: "Alliance Norma and War", *International Studies Quarterly*, 26 (diciembre de 1982); Jack S. Leby: "Historical Trends in Great Power War, 1145-1975", ibídem 26 (junio de 1982), "Misperception and the Causes of War", *World Politics*, 36 (octubre de 1983), y "Theories of General War", ibídem, 37 (abril de 1985).

[2] Michael Howard: op. cit., pp. 7-22, citado en p. 14. J. Davis Singer ha señalado que, con la posible excepción de *Future of War* (1899) de Jean de Bloch, que predecía con sorprendente precisión lo que sería la siguiente guerra europea, y Pitrim Sorokin, cuyo trabajo de 1937 *Social and Cultural Dynamics* correlacionaba la guerra con los ciclos en los modelos culturales, el *Study of War* (1942) de Quincy Wright y los estudios de Lewis Richardson de las estadísticas de la carrera armamentista, publicados en 1960 sobre la base de una anterior investigación (y discutidos en el Capítulo 8) "marcan los primeros esfuerzos rastreables por aplicar el método científico al conflicto internacional". Agrega: "Mientras los fenómenos físicos han sido estudiados en forma esencialmente científica durante varios siglos, y los fenómenos biológicos durante casi un siglo, los fenómenos sociales han permanecido en gran medida como el ámbito de la especulación teológica, el imperativo moral y el folklore convencional". "Accounting for Internacional War, The State of the Discipline", *Journal of Peace Research*, Nº 1, Vol. XVIII (1981), p. 1. El juicio de Singer puede ser un poco injusto con los filósofos y los teóricos sociales, políticos y legales que reflexionaron antes del siglo xx sobre el problema de la guerra sin emplear metodologías cuantitativas y cuyos enfoques difícilmente pueden desestimarse como "folklore convencional". Es correcto, sin embargo, decir que el esfuerzo sostenido por estudiar las guerras de forma sistemática y científica, empleando los métodos de las disciplinas de la conducta, no se encaminó hasta después de la Primera Guerra Mundial.

[3] Lewis A. Coser: *The Functions of Social Conflict* (Nueva York, The Free Press, 1956), p. 3.

[4] H. L. Nieburg: *Political Violence* (Nueva York, St. Martin's, 1969).

[5] Seymour Martin Lipset ha señalado que tanto Tocqueville como Marx subrayaban la necesidad del conflicto entre las unidades sociales y Lipset define la "existencia de un moderado estado de conflicto" como "otra forma de definir una democracia legítima". *Political Man: The Social Bases of Politics* (Garden City, N.Y., Doubleday-Anchor, 1963), pp. 7 y 71. "El conflicto es un aspecto esencial del crecimiento, que no podemos controlar ni impedir plenamente, tampoco deberíamos desear hacerlo." H. L. Nieburg: op. cit., pp. 16-71. "La existencia humana sin conflicto es impensable. El conflicto le da a la vida gran parte de su sentido, de manera que su eliminación, aun si fuera posible de conseguir, no sería deseable." Jerome D. Frank: "Human Nature and Nonviolent Resistance" en Quincy Wright y otros, comps.: *Preventing World War III* (Nueva York, Simon & Schuster, 1962), p. 193. Kenneth Boulding ha sugerido que "en una situación dada puede haber demasiado conflicto o demasiado poco, o una cantidad óptima que le da a la vida un cierto interés dramático". *Conflict and Defense* (Nueva York, Harper & Row, 1962), pp. 305-307.

[6] Citado en Abram Kardiner y Edward Preble: *They Studied Man* (Nueva York, New American Library [Mentor Books], 1963), p. 102. En otra parte Kurkheim escribió: "Los hechos sociales no difieren de los hechos psicológicos en calidad solamente: tienen un sustrato diferente; evolucionan en un medio diferente; dependen de condiciones diferentes. . . La mentalidad de los grupos no es lo mismo que la de los individuos; tiene sus propias leyes". Introducción a S. A. Solvay y J. K. Mueller: *The Rules of Sociological Method*, 2ª ed., trad. G. E. G. Catlin, comp. (Nueva York, Free Press, 1938), p. ix.

[7] Ver Reuben Osborn: *Freud and Marx* (Londres, Victo Gallancz, 1937), y *Marxism and Psycho-Analysis* (Londres, Barrie and Rockliff, 1965).

[8] Ver, por ejemplo, la colección de ensayos de diversas disciplinas de las ciencias sociales en Elton B. McNeil, comp.: *The Nature of Human Conflict* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1963), también J. David Singer: "Man and World Politics: The Psycho-Cultural Interface", *Journal of Social Issues*, XXIV, (julio de 1968), pp. 127-156.

[9] Michael Haas: *International Conflict* (Nueva York, Bobbs-Merrill, 1974), página 4.

[10] Stephen Withey y Daniel Datz: "The Social Psychology of Human Conflict", en Elton B. McNeil, comp.: *The Nature of Human Conflict*, (Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1965), p. 65.

[11] Herbert C. Kelman: "Social-Psychological Approaches to the Study of International Relations", en Herbert C. Kelman, comp.: *International Behavior: A Social-Psychological Analysis* (Nueva York, Tolt, Rinehart and Winston, 1965), pp. 5-6. Ver también las referencias al trabajo de Werner Levi en el Capítulo 7 sobre las teorías microcósmicas de la guerra.

[12] Ver M. Jane Stroup: "Problems of Research on Social Conflict in the Area of International Relations", *Journal of Conflict Resolution*, IX (septiembre de 1965), pp. 413-417. Ver también Coser: op. cit., pp. 15-38; Jessie Bernard: "Parties and Issues in Conflict", *Journal of Conflict Resolution*, I (junio de 1957), pp. 212-248. Para el argumento de que el enfoque "estructural-funcional" de Talcott Parsons, relegando el conflicto al reino de lo anormal, desviado y patológico, se vuelve incapaz de explicar el cambio social y el conflicto, ver Ralf Dahrendorf: "Toward an Overview and Synthesis", ibídem, 1 (junio de 1958), pp. 170-183. Según Dahrendorf, Parsons estaba más interesado en el mantenimiento de las estructuras sociales y el orden que en el cambio. Los parsonianos centraban su atención en los problemas de ajuste más que en los de cambio. Para ellos, el conflicto social era esencialmente perturbador y disfuncional. Dahrendorf, en su sociología, subraya el cambio más que las configuraciones persistentes, el conflicto más que el consenso. Presenta sus postulados no para revertir el enfoque parsoniano, sino más bien para complementarlo con un modelo orgánico de diferente énfasis. Cree que ni uno ni otro modelo por sí sino ambos, sólo tomados sintéticamente, pueden agotar la realidad social y darnos una teoría completa de la sociedad en su cambio tanto como en sus aspectos perdurables. Para los primeros enfoques del sociólogo alemán Georg

Simmel, ver Nicholas J. Spykman: *The Social Theory of Georg Simmel* (Nueva York, Atherton, 1966), especialmente pp. 3-127; Lewis Coser, comp.: *Georg Simmel* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1965), especialmente pp. 1-77. Ver también "Conflict", trad. Kurt H. Wolff, en *Conflict and the Web of Group Affiliations* (Nueva York, The Free Press, 1955), p. 13. Simmel escribió: "Tanto como el universo necesita 'amor y odio', es decir, fuerzas de atracción y repulsión, a fin de tener alguna forma, de igual forma la sociedad, también, a fin de lograr una forma determinada, necesita cierta proporción cuantitativa de armonía y desarmonía, de asociación y competición, de tendencias favorables y desfavorables". Ibídem, p. 15. "Una cierta cantidad de discordia, divergencia interna y controversia exterior está orgánicamente vinculada con los elementos mismos que, en última instancia, sostienen unido al grupo" (pp. 17-18). Aun en situaciones relativamente desesperadas, la oportunidad de ofrecer oposición puede ayudar a volver soportable lo insoportable: "La oposición nos da satisfacción interna, distracción y alivio, tanto como la humildad y la paciencia en diferentes condiciones psicológicas" (p. 19). Ver también R. C. North y otros: "The Integrative Functions of Conflict", *Journal of Conflict Resolution*, IX (septiembre de 1960), pp. 355-374; Lewis A. Coser: "Some Social Functions of Violence", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, CCCLXIV (marzo de 1966), pp. 8-18 y Charles Lockhart: "Problems in the Management and Resolution of International Conflicts", *World Politics*, XXIX (abril de 1977), p. 370.

[13] Ver el excelente capítulo sobre "Ancient China" en Frank M. Russell: *Theories of International Relations* (Nueva York, Appleton, 1936); Mousheng Lin: *Men and Ideas: An Informal History of Chinese Political Thought* (Nueva York, John Day, 1942); Arthur Waley: *Three Ways of Thought in Ancient China* (Londres, Allen and Unwin, 1939 [Anchor edition, 1956]); H. G. Creel: *Chinese Thought from Confucius to Mao Tse-tung* (Nueva York, New American Library, 1960), especialmente pp. 51-53, 113-121 y 120-130, y Ch'u Chai y Winberg Chai, comps.: *The Humanist Way in Ancient China: Essential Works of Confucianism* (Nueva York, Bantam, 965). Jacques Gernet señaló que los seguidores de Mo-Ti buscaban eludir la guerra pero estaban dispuestos a defender por la fuerza de las armas las ciudades sometidas a un ataque injusto. *A History of Chines Civilization*, trad. J. R. Foster (Cambridge, Cambridge University Press, 1983), p. 88.

[14] En otras palabras, *ahimsa* promovía el vegetarianismo mucho antes de promover el pacifismo en la India. Para una discusión ulterior de actitudes históricas indias hacia la guerra, ver D. Mackenzie Brown: *The White Umbrella: Indian Political Thought form Manu to Gandhi* (Berkeley, University of California Press, 1953), especialmente Parte I; U. N. Goshal: *A History of Hindu Political Theories* (Londres, Oxford University Press, 1923); A. L. Basham: "Some Fundamentals of Hindu Statecraft" en Joel Laurus, comp.: *Comparative World Politics: Readings in Western and Pre-Modern Non-Western International Relations* (Belmont, California, Wadsworth, 1964), especialmente pp. 47-52 y el capítulo sobre "Ancient India" en Frank M. Russell: op. cit. Norman D. Palmer: "Indian and Western Political Thought: Coalescense or Clash?", *American Political Science Review*, XLXX (septiembre de 1955), pp. 747-761; George Modelsky: "Kautilya: Foreign Policy and International System in the Ancient Hindu World", ibídem, LVIII (septiembre de 1964), pp. 549-560.

[15] Hamilton A. G. Gibb: *Mohammedanism: An Historical Survey* (Nueva York, New American Library, 1955), pp. 57-58. Majid Khadduri ha escrito dos refinadas exposiciones del tema: *War and Peace in the Law of Islam* (Baltimore, Md., Johns Hopkins Press, 1955) y "The Islamic Theory of International Relations and its Contemporary Relevance", en J. Harris Procto, comp.: *Islam and International Relations* (Nueva York, Praeger, 1965), pp. 24-39 y Bernard Lewis: "The Return of Islam" en Michael Curtis, comp.: *The Middle East Reader* (New Brunswich, N.J., Transaction Books, 1986), esp. pp. 79-82.

[16] D. Mackenzie Brown: op. cit., p. 143.

[17] Para lo relativo a las creencias y las prácticas de los israelitas en la edad de los profetas y los jueces, antes del surgimiento de los reyes políticos, ver Exod. 15:1-21; Deut, 20:1-9, 10-20 y 23-15; Josue, 1:1-9, 2:24, 3:5-10 y 6:1-19; Jueces, 7:2-22 y 2 Sam. 5:24. Ver también Everett F. Gendler: "War and the Jewish Tradition" en James Finn, comp.: *A Conflict of Loyalties* (Nueva York, Pegasus, 968); George Foot Morse: *Judaism* (Cambridge, Cambridge University Press, 1966), vol. 2, pp. 106-107; Roland de Vaux: *Ancient Israel: Its Life and Institutions* (Nueva York, McGraw-Hill, 1961), pp. 213-267; "War", artículo en la *Jewish Encyclopaedia* (Londres, Funk and Wagnall's, 1905), vol. 12, pp. 463-466; Y. Yarden: "Warfare in the Second Millenium B.C.E." en Bejamin Manzar, comp.: *The History of the Jewish People* (New Brunswick, N.J., Rutgers University Press, 1970) y "Peace (*shalom*)", artículo en *The Encyclopaedia Judaica* (Jerusalem, Keter Publishing Company y New York, Macmillan, 1971), vol. 13, pp. 274-282. Para los últimos temas del amor, la justicia y la paz, ver los Libros de Isaías, Jeremías, Josías y Amos.

[18] En el Nuevo Testamento, ver Mat. 26:7 y 52; Lucas 14:31-33 y 22:38. Ver también John Cadoux: *The Early Church and the World*, Edimburgo, T&T Clark, 1925), pp. 36 y 51-57; Roland H. Bainton: *Christian Attitudes Toward War and Peace* (Nashville, Abingdon Press, 1960), caps. 4, 5 y 6; Peter Brock: *Pacifism in Europe to 1914* (Princeton, N.J., Princeton University Press, 1972), pp. 3-24; Edward A. Ryan, S.J.: "The Rejection of Military Service by the Early Christians", *Theological Studies*, 13 (marzo de 1952); Knut Willem Ruyter: "Pacifism and Militar Service in the Early Church", *Cross Currents*, 32 (primavera de 1982); Joan D. Tooke: "The Development of the Christian Attitude Toward War Before Aquinas", Capítulo I en *The Just War in Aquinas and Grotius* (Londres, SPCK, 1965); G. I. A. D. Draper: "The Origins of the Just War Tradition", *New Belckfriars* (noviembre de 1964); F. Homes Dudeen: *The Life and Times of Saint Ambrose* (Oxford, Clarendon Press, 1945), vol. 2, pp. 538-539; San Agustín: *The City of God*, trad. Demetrius B. Zema, S.J. y Gerald G. Walsh, S.J. (Nueva York, Fathers of the Church, Inc., 1950), Libro 4, Capítulo 15, y Libro 19, Capítulo 12; James E. Dougherty: *The Bishops and Nuclear Weapons: The Catholic Pastoral Letter on War and Peace* (Hamden, Conn., Archon Books, 1984), pp. 18-42.

[19] Santo Tomás de Aquino: *Summa Theologica*, 2-2ae, Cuest. 40, Art. L en *Aquino, Selected Political Writings*, trad. J. G. Dawson (Oxford, Blackwell, 1948), p. 159; Joan D. Tooke: op. cit., pp. 21-29; James E. Dougherty: op. cit., pp. 42-47.

[20] Coleman Philipson: *The International Law and Custom of Ancient Greece and Rome* (Nueva York, Macmillan, 1911), vol. 2, pp. 5-8; James Turner Johnson: *The Just War Tradition and the Restraint of War: A Moral and Historical Inquiry* (Princeton, N.J., Princeton University Press, 1981); Frederick Russell: *The Just War in the Middle Ages* (Cambridge, Cambridge University Press, 1975); E. B. F. Midgley: *The Natural Law Tradition and the Theory of International Relations* (Nueva York, Barnes and Noble, 1975), pp. 62-93; James R. Childress: "Just War Theories", *Theological Studies*, 39 (septiembre de 1978). Desde que la sociedad medieval exaltó la caballería sobre la infantería, sólo podía conseguirse un pequeño número de guerreros maduros. Dado el bajo nivel de las artes de construcción de armaduras, el caballero montado plenamente equipado representaba una inversión considerable. Los monarcas carecían de los recursos financieros y organizativos para recaudar y mantener grandes ejércitos profesionales. Europa, con una escasa población y métodos agrícolas pobres, por lo general se preocupaba por los problemas básicos de la supervivencia. Más aún, la intrincada red feudal de relaciones de tierra-lealtad, dio origen a muchos conflictos de fidelidad entre señores y vasallos. En una sociedad de relaciones de negociación delicadamente equilibradas, las guerras eran frecuentes pero se libraban en pequeña escala por objetivos estrictamente limitados. Ver Henri Pirenne: *Economic and Social History of Medieval Europe* (Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1937); Joseph R. Strayer y Rushton Coulborn: *Feudalism in History* (Princeton, Princeton University Press, 1956); F. L. Ganshof: *Feudalism* (Londres, Longmans, 1952) y Richard A. Preston, Sidney F. Wise y Herman O. Werner: *Men in Arms: A History of Warfare and Its Interrelationships with Western Society* (Nueva York, Praeger, 1962), caps. 6 y 7. Para una descripción de las reglas de la guerra planteadas por la Iglesia durante el siglo XII por

la "Tregua de Dios" y la "Paz de Dios". Ver Arthur Nussbaum: *A Concise History of the Law of Nations* (Nueva York, Macmillan, 1954), p. 18.

[21] Gwynne Dyer: *War* (Nueva York, Crown, 1985), p. 60.

[22] Ver Francisco de Victoria: *De Indis et de Iure Belli Relectiones*, trad. John P. Bate (Washington, Carnegie Endowment for International Peace, 1917); Francisco Suarez: *De Triplici Virtute Theologica*, Disp. VIII, "De Bello" en *Selection from the Three Works* (Oxford, Clarendon, 1925); Balthazar Ayala: *Three Books on the Law of War, the Duties Connected with War and Military Discipline* (Washington, Carnegie Institute, 1912) y Albericus Gentilis: *De Iure Belli*, trad. John C. Rolfe (Oxford, Clarendon, 1933). Todos estos trabajos están en la Classics of International Law Series, editada por James Brown Scott.

[23] John U. Nef: *War and Human Progress* (Cambridge, Harvard University Press, 1950), pp. 250-259; Richard A. Preston y otros: *Men in Arms*, cap. 9; Dyer: op. cit., p. 67.

[24] Paul Hazard: *European Thought in the Eighteenth Century*, trad. J. Lewis May (Nueva York, World, 1963), p. 18.

[25] Kingsley Martin: *French Liberal Thought in the Eighteenth Century*, 2ª ed. (Nueva York, New York University Press, 1954), cap. XI.

[26] *Outlines of an Historical View of the Progress of the Human Mind*, 1794. Extractos de una traducción inglesa de 1802 en Hans Kohn: *Making of the Modern French Mind* (Princeton, Van Nostrand [Anvil Books], 1955), pp. 97-98.

[27] *Candide*, cap. 3, en Edmund Fuller, comp.: *Voltaire: A Laurel Reader* (Nueva York, Dell, 1959), pp. 13-14.

[28] William Penn escribió un *Essay Toward the Present and Future Peace of Europe*; Abate de St. Pierre: *A Project for Making Peace Perpetual in Europe*; Jean Jacques Rousseau: *A Lasting Peace Through the Federation of Europe*; Immanuel Kant: *Perpetual Peace* y Jeremy Bentham: *Plan for a Universal and Perpetual Peace.*

[29] Dyer: op. cit., pp. 68-72. El tributo de muerte de las guerras revolucionarias y napoleónicas llegó a cuatro millones, la mayoría soldados. El número total de muertos fue sólo la mitad de la Guerra de los Treinta Años, cuando la mayoría de las muertes fueron de civiles, causadas por el hambre, la plaga, los asesinatos y el derrumbe socioeconómico. Ibídem, p. 72.

[30] Ver Henry A. Kissinger: *A World Restored-Europe after Napoleon: The Politics of Conservatism in a Revolutionary Age* (Nueva York, Gotsset and Dunlap [Universal Library], 1964). Ver también Charles Breunig: *The Age of Revolution and Reaction* (Nueva York, W. W. Norton, 1970), caps. 3-5.

[31] David W. Ziegler: *War, Peace and International Politics*, 4ª ed. (Boston, Little, Brown, 1987), cap. 1: "The Wars for German Reunification"; Gordon A. Craig: *Germany 1866-1945* (Nueva York, Oxford University Press, 1978), cap. 1.

[32] En la Guerra Civil norteamericana murieron 622.000 soldados. Ese total fue más grande que el total combinado de personal militar norteamericano de las dos guerras mundiales más Corea y Vietnam, si bien la población del país era mucho más grande en los años ochenta. Gwynne Dyer: op. cit., p. 77.

[33] R. A. Preston y otros: *Men in Arms: A History of Warfare and Its Interrelationships with Western Society*, 4ª ed. (Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1979), cap. 15, "Approach to Total Warfare".

[34] Dyer: op. cit., pp. 78, 190; Preston y otros: op. cit., pp. 244-245, 250-253; Barbara Tuchman: *The Guns of August* (Nueva York, Dell, 1962), pp. 91-95.

[35] Jonathan Dymond: *An Inquiry into the Accordance of War with the Principles of Christianity and an Examination of the Philosophical Reasoning by Which It Is Defended*, 3ª ed. (Filadelfia, Brown, 1834).

[36] Norman Angell: *The Great Illusion: A Study of the Relation of Military Power to National Advantage* (Nueva York, Putnam's, 1910), p. 71. Uno de los argumentos empleados por Angell para demostrar que la prosperidad económica puede separarse de las capacidades militares era que los bonos nacionales de los estados pequeños no militares eran buscados por los inversores como más seguros que los bonos de las potencias militares más grandes. En rechazo de Angell, el profesor J. H. Jones de la Universidad de Glasgow señaló que los gastos militares de las grandes potencias fueron los que crearon las condiciones

de la estabilidad internacional y la seguridad de las cuales las naciones más pequeñas dependían, en *The Economics of War and Conquest* (Londres, King and Son, 1915), p. 25. Para una crítica escéptica de la visión de que los ferrocarriles, los buques a vapor y el comercio internacional promueven la amistad entre las naciones y son responsables de largos períodos de paz en la Europa del siglo XIX, ver Geoffrey Blauney: *The Causes of War*, Macmillan-Free Press, 1973), esp. cap. 2 "Paradise Is a Bazaar".

[37] Norman Angell: ibídem, p. 335. Para la visión de Herbert Spencer, de que la guerra es demasiado costosa y destructiva para las sociedades industriales, ver sus *Principles of Sociology* (Nueva York, Appleton, 1898), Vol. II, pp. 568-642. Las opiniones de George Liska se discuten en el Capítulo 4.

[38] Karl von Clausewitz: *On War*, trad. O. J. Mathias Jolles (Nueva York, Modern Library-Random House, 1943), pp. 3-4, 5, 30; cf. también Sir Basil H. Liddell Hart: "The Objective in War", en B. Mitchell Simpson, comp.: *War, Strategy and Maritime Power* (New Brunswick, N.J., Rutgers University Press, 1977), p. 33 y Hans Rothfels: "Clausewitz" en Edward Mead Earle, comp.: *Makers of Modern Strategy* (Princeton, Princeton University Press, 1943), páginas 93-94.

[39] Clausewitz escribió: "Cuanto menor es el sacrificio que le pedimos a nuestro adversario, menores tenemos que esperar que sean sus esfuerzos para negárnoslo... Más aún, cuanto menos importante es nuestro objeto político, menor será el valor que le atribuimos a él y más dispuestos estaremos a abandonarlo... Así lo político como el motivo original de la guerra será el patrón adecuado para la meta que se logrará por medio de la acción militar y para los esfuerzos necesarios para este fin". *On War*, p. 9. En otro pasaje, decía que el objeto abstracto de desarmar al enemigo "de ninguna manera se produce universalmente en la práctica, tampoco es necesario como condición para la guerra". Ibídem, p. 20. Ver también Sun Tzu: *The Art of War*, trad. y con una introducción de Samuel B. Griffith (Cambridge, Clarendon Press, 1963), pp. 40-45.

[40] G. W. Hegel: *Philosophy of Right and Law*, par. 324, en Carl J. Friedrich, comp.: *The Philosophy of Hegel* (Nueva York, Random House-The Modern Library, 1953), p. 322.

[41] "¿Qué es bueno? Todo lo que refuerce el sentimiento de poder, la Voluntad-de-Poder y el poder mismo en el hombre. ¿Qué es malo? Lo que venga de la debilidad. ¿Qué es la felicidad? La sensación de que el poder está aumentando, que la resistencia ha sido superada. No la satisfacción, sino más poder; no la paz a cualquier precio, sino la guerra; no la virtud, sino la eficiencia... Los débiles y los torpes perecerán: primer principio de nuestra humanidad. Y deben aún ser ayudados a perecer. ¿Qué es más perjudicial que cualquier vicio? La simpatía práctica con todos los torpes y los débiles, el Cristianismo." De *The Twilight of the Idols* (1888) en Geofrey Clive, comp.: *The Philosophy of Nietzche* (Nueva York, New American Library, 1965), p. 427.

[42] *Human, All Too Human*, vol. I (1878), pp. 372-373. Según William James, las actividades específicas que implican un desafío al ejercicio extenuante y el sacrificio podrían servir como un sustituto de la guerra al dar las "vitaminas sociales" generadas por la guerra. El filósofo-psicólogo reconocía que la guerra y la vida militar responden a ciertas necesidades hondamente arraigadas de las sociedades y requieren esfuerzos humanos de proporciones heroicas. No pensaba que fuera posible atenuar la proclividad a la guerra hasta que estas mismas energías pudieran ser vueltas a encauzar, por ejemplo, entrenando a los jóvenes para luchar no con otros seres humanos sino con fuerzas naturales como las enfermedades, las inundaciones, la pobreza y la ignorancia. Para que la nación no se transforme en una sociedad de malcriados, la juventud debe ser comprometida en tareas duras para "que el infantilismo se desprenda de ellos". Ver William James: "The Moral Equivalent of War" en sus *Memories and Studies* (Londres, Longmans, 1912); y *A Moral Equivalent of War* (Nueva York, Carnegie Endowment for International Peace, 1926). Más adelante, Aldous Huxley popularizó la hipótesis de que mucha gente encontraba una excitación en la guerra porque sus ocupaciones en tiempos de paz son humillantes, aburridas y frustrantes. La guerra entraña un estado de entusiasmo crónico y

"la vida durante tiempos de guerra adquiere significación y finalidades, de manera que aun el trabajo intrínsecamente más aburrido se ve ennoblecido como 'trabajo de guerra'". La prosperidad es inducida artificialmente; los periódicos están llenos de noticias interesantes y las reglas de la moral sexual se relajan en épocas de guerra. Pero Huxley, escribiendo justo antes de estallar la Segunda Guerra Mundial, concedía que las condiciones de la guerra moderna se han vuelto tan abrumadoras que no sólo los civiles en el frente interno sino "aun los seres humanos más aventureros y combativos pronto llegarán naturalmente a odiar y temer el proceso de la lucha". *Ends and Means* (Nueva York, Harper & Row, 1937). Extractos incluidos en Robert A. Goldwin y otros, comps.: *Readings in World Politics* (Nueva York, Oxford University Press, 1959), pp. 13-14.

[43] Heinrich von Treitschke: *Politics* (Nueva York, Macmillan, 1916), II, p. 595.

[44] "Hemos aprendido a percibir la majestad moral de la guerra a través de los mismos procesos que para el observador superficial parecen brutales e inhumanos. La grandeza de la guerra es lo que a primera vista parece ser su horror: que por el país los hombres sufran los sentimientos naturales de la humanidad, que maten a los prójimos que no les han inferido injuria alguna, e inclusive aquellos a los que quizás respetan como enemigos caballerescos. El hombre no sólo sacrificará su vida, sino los instintos naturales y justificados de su alma; aquí tenemos el carácter sublime de la guerra." Ibídem, pp. 395-396.

[45] Citado en Russell: op. cit., p. 245.

[46] Alfred Thayer Mahan: *Armaments and Arbitration* (1912), p. 31. Citado en Charles D. Tarlton: "The Styles of American International Thought: Mahan, Bryan and Lippmann". *World Politics*, XVII (julio de 1965), p. 590. El siguiente sumario de Mahan está basado en gran medida en el análisis de Tarlton.

[47] Vilfredo Pareto: *The Mind and Socity*, trad. A. Bongiorno y A. Livingston (Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1935), vol. IV, pp. 2170-2175 y 2179-2220); Gaetano Mosca: *The Ruling Class*, trad. H. D. Kahn (Nueva York, McGraw Hill, 1939). Para una interesante y valiosa evaluación tanto de Pareto como de Mosca, ver partes III y VI de James Burnham: *The Machiavellians: Defenders of Freedom* (Nueva York, John Day, 1943).

[48] Holmes glorificaba la guerra como una aventura romántica y como un correctivo necesario para las tendencias irresponsables y sibaríticas de la juventud moderna. Ver Edward McNall Burns: *Ideas in Conflict: The Political Theories of the Contemporary World* (Nueva York, Norton, 1960), p. 54.

[49] Oswald Spengler: *The Decline of the West*, trad. Charles F. Atkinson (Nueva York, Knopf, 1926-1928), 2 vols. y *The Hour of Decision*, trad. Charles F. Atkinson (Nueva York, Knopf, 1934).

[50] Ver A. James Gregor: *The Fascist Persuasion in Radical Politics* (Princeton, Princeton University Press, 1974); Anthony James Joes: *Fascism in the Contemporary World: Ideology, Evolution, Resurgence* (Boulder, Colo., Westview, 1978), cap. 3; H. S. Harris: *The Social Philosophy of Giovanni Gentile* (Urbana, University of Illinois Press, 1960).

[51] Irving Louis Horowitz, comp.: *The Anarchists* (Nueva York, Dell, 1964), de la introducción del editor, p. 22.

[52] Ver el fragmento de Thomas G. Masaryk: ibídem, pp. 469-473.

[53] Irving Louis Horowitz: op. cit., pp. 44-55.

[54] Georges Sorel: *Reflections on Violence* (Nueva York, Macmillan, 1961), pp. 77-79, 115. Ver su cap. 2: "Violence and the Decadence of the Middle Classes". Ver también parte IV: "Sorel: A Note on Myth and Violence", en Burnham: op. cit.; y William Y. Williott: *The Pragmatic Revolt in Politics: Syndicalism, Fascism and the Constitutional State* (Nueva York, Howard Fertig, 1968), páginas 111-141.

[55] Irving Louis Horowitz: op. cit., pp. 53-53; Francis W. Coker: *Recent Political Thought* (Nueva York, Appleton, 1934), cap. VII, esp. pp. 223-225.

[56] Citado en Daniel Bell: *The Cultural Contradictions of Capitalism* (Nueva York, Basic Books, 1976), p. 6. Los terroristas contemporáneos a menudo seleccionan al azar, para secuestrar o asesinar, miembros "típicos" del grupo o clase que buscan aterrorizar (por ejemplo, hombres de negocios, diplomáticos, viajeros aéreos o personas que cenan en un restaurante). Ver Edward Hyams: *Terrorists and Terrorism* (Nueva York, Wiley, 1974) y J. Bowyer Bell: "Trends on Terror: The Analysis of Politic Violence", *World Politics*, XXXIX (abril de 1977), pp. 476-488.

[57] Para un muestreo representativo de la voluminosa bibliografía que refleja estas actitudes, ver Roland H. Bainton: *Christian Attitudes Toward War and Peace* (Nashville, Abingdon Press, 1960); John C. Bennett, comp.: *Nuclear Weapons and the Conflict of Conscience* (Nueva York, Scribner's, 1962); Gordon Zahn: *An Alternative to War* (Nueva York, Council on Religion and International Affairs, 1963); James Finn, comp.: *Peace, the Churches and the Bomb* (Nueva York, Council on Religion and International Affairs, 1965); Donald A. Wells: *The War Myth* (Nueva York, Pegasus, 1967); James W. Douglass: *The Non-Violent Action* (Boston, Sargent, 1973); Joseph Fahey: *Justice and Peace* (Maryknoll, N.Y., Orbis Books, 1979); Thomas Merton: *The Non-Violent Alternative* (Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1980); *The Church and the Bomb: Nuclear Weapons and the Christian Conscience*, informe de una reunión de trabajo bajo la presidencia del obispo de Salisbury (Londres, Hodder and Stoughton, 1982).

[58] Ver Erich Fromm: "The Case for Unilateral Disarmament", en Donald G. Brennan, comp.: *Arms Control, Disarmament and National Security* (Nueva York, Braziller, 1961), pp. 187-197; Mulford Q. Sibley: "Unilateral Disarmament", en Robert A. Goldwin, comp.: *American Armed* (Chicago, Rand McNallyk, (1961), pp. 112-140; Gordon Zahn: op. cit.

[59] Ver John Courtney Murray: *Morality and Modern War* (Nueva York, Church Peace Union, 1959) y reimpreso como "Theology and Modern War" en *Theological Estudies*, XX (marzo de 1959), pp. 40-61; Paul Ramsey: *War and the Christian Conscience* (Durham, N.C., Duke University Press, 1961) y *The Limits of Nuclear War* (Nueva York, Council on Religion and Internacional Affairs, 1963); A. Goldwin, comp.: op. cit., pp. 1-21; Richard A. Falk: *Law, Morality and War in the Contemporary World*, Princeton Studies in World Politics Nº 5 (Nueva York, Praeger, 1963); Robert W. Tucker: *The Just War* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1960) y *Just War and Vatican II: A Critique* (Nueva York, Council on Religion and International Affairs, 1966); William V. O'Brien: *Nuclear War, Deterrence and Morality* (Westminster, Mr., Newman Press, 1967) y *The Conduct of Just and Limited Wars* (Nueva York, Basic Books, 1977); James T. Johnson: *Just War Tradition and the Restraint of War* (Princeton, Princeton University Press, 1981).

[60] Murray: op. cit., p. 61.

[61] O'Brien: *Nuclear War, Deterrence and Morality*, pp. 34-41.

[62] Ibídem, pp. 23-26 y cap. 5, "Morality and Nuclear Weapons Systems".

[63] Ramsey: *The Limits of Nuclear War*, p. 10.

[64] Esto fue planteado por el Papa Pío XII en 1954 y fue reiterado por el Concilio Vaticano Segundo en 1965.

[65] Ver Ralph B. Potter: *War and Moral Discourse* (Richmond, Va., John Knox Press, 1969); Robert Ginsberg, comp.: *The Critique of War* (Chicago, Begnery, 1969); Richard A. Wasserstrom: *War and Morality* (Belmont, California, Wadsworth, 1970); Morton A. Kaplan, comp.: *Strategic Thinking and Its Moral Implications* (Chicago, University of Chicago Center for Policy Study, 1973); James T. Johnson: "The Cruise Missile and the Neutron Bomb: Some Moral Reflections", *Worldview*, 20 (diciembre de 1977); Robert L. Phillips: *War and Justice* (Oklahoma City, University of Oklahoma Press, 1984); John D. Jones y Marc F. Griesbach, comps.: *Just War Theory in the Nuclear Age* (Lanham, Md., University Press of America, 1985); William V. O'Brien y John Langan, comps.: *The Nuclear Dilemma and the Just War Tradition* (Lexington, Mass., D. C. Heath, 1986).

[66] Para un debate en torno de la "teología de la liberación" y la moral de la violencia revolucionaria, ver el número de octubre de 1968 de *Worldview*, consagrado a "Revolution and Violence"; Gustavo Gutiérrez: "Liberation and Development", *Cross Currents* 21 (1971); Philip E. Berryman: "Latin American Liberation Theology", *Theological Studies*, 34 (diciembre de 1973); Guenten Lewy: *Religion and Revolution* (Nueva York, Oxford University Press, 1974), esp. cap. 20;

Francis P. Fiorenza: "Political Thelogy and Liberation Theology" en Thomas M. McFadden, comp.: *Liberation, Revolution and Freedom: A Theology of Liberation*, trad. Caridad Inda y John Eagleson (Maryknoll, N.Y., Orbis Books, 1978); Dennis P. McCann: *Christian Realism and Liberation Theology* (Maryknoll, N.Y., Orbis Books, 1981) y Quentin L. Wade, comp.: *The Pope and Revolution: John Paul II Confronts Liberation Theology* (Washington, D.C., Ethics and Public Policy Center, 1982).

[67] Michael Walzer: op. cit., p. 378.

[68] Ibídem, p. 274.

[69] Respecto de la ética de la estrategia de la disuasión nuclear, ver, además de los trabajos citados en las citas 57, 59 y 65, Geoffrey Goodwin, comp.: *Ethics and Nuclear Deterrence* (Nueva York, St. Martin's Press, 1982); German Grisez: "The Moral Implications of a Nuclear Deterrent", *Center Journal*, 2 (invierno de 1982); Francis X. Winters, S.J.: "Nuclear Deterrence Morality: Atlantic Community Bishops in Tension", *Theological Studies*, 43 (septiembre de 1982); John Langan: "The American Hierachy and Nuclear Weapons", ibídem; David Hollenbach, S.J.: "Nuclear Weapons and Nuclear War: The Shape of the Catholic Debate", ibídem (diciembre de 1982); The Challenge of Peace: God's Promise and Our Response; Carta Pastoral de los Obispos Norteamericanos Católicos sobre la Guerra y la Paz, texto en *Origins*, N.C. Documentary Service 13 (19 de mayo de 1983); L. Bruce van Voorst: "The Churches and Nuclear Deterrence", *Foreign Affairs*, 61 (primavera de 1983); Albert Wohlstetter: "Bishops Statesmen and Other Strategists on the Bombing of Innocents", *Commentary* (junio de 1983); Donald L. Davidson: *Nuclear War and the American Churches: Ethical Positions on Modern Warfare* (Boulder, Colo., Westview, 1983); Jim Castelli: *The Bishops and the Bomb: Waging Peace in the Nuclear Age* (Garden City, N.Y., Doubleday-Image, 1983); Michael Novak: *Moral Clarity in the Nuclear Age* (Nashville, Tenn., Thomas Nelson, 1983); Philip F. Lawler, comp.: *Justice and War in the Nuclear Age* (Lanham, Md., University Press of America, 1983); Judith A. Dwyer, S.S.J., comp.: *The Catholic Bishops and Nuclear War* (Washington, D.C., Georgetown University Press, 1984); James E. Dougherty: *The Bishops and Nuclear Weapons* (Hamden, Conn., Archon Books, 1984), esp. caps. 5 y 6; Bruce M. Russett: "Ethical Dilemmas of Nuclear Deterrence", *International Security*, 8 (primavera de 1984); Michael Fox y Leo Groarke: *Nuclear War: Philosophical Perspectives* (Nueva York, Peter Land, 1985); George Weisel: *Tranquillitas, Ordinis: The Present Failure and Future Promise of American Catholic Thought on War and Peace* (Nueva York, Oxford University Press, 1987); *The Nuclear Dilemma*, Declaración de la Comisión sobre la Paz, diócesis episcopal de Washington, 1987. Los asuntos más técnicos de la estrategia de la disuasión, la controlabilidad de la guerra nuclear, la política de la OTAN de "no al primer uso", la posibilidad de sustituir la disuasión nuclear por la convencional y temas vinculados se discutirán en el Capítulo 9. Ver también Robert K. Tucker: *The Nuclear Debate: Deterrence and the Lapse of Faith* (Nueva York, Holmes and Meier, 1985).

Capítulo 6

TEORÍAS DEL IMPERIALISMO Y DE LAS CAUSAS ECONÓMICAS DEL CONFLICTO INTERNACIONAL

En el estudio de las condiciones esenciales de la paz mundial y las causas del conflicto internacional, los factores económicos han tenido una posición de considerable importancia. Implícito, si no explícito, en muchas teorías de las relaciones internacionales está el presupuesto de que subir los niveles de vida y el crecimiento económico nacional contribuye a la paz entre las naciones. En el moderno pensamiento liberal, escritores como Adam Smith, John Stuart Mill y Richard Cobden consideraron que el comercio libre garantizaba la paz. El comercio libre crearía una división del trabajo basada en la especialización interna, en una economía internacional en la cual las naciones eran tan interdependientes como para hacer virtualmente imposible recurrir a la guerra. El crecimiento de la prosperidad individual y nacional apartaría la atención pública de las empresas militares por sus efectos potencialmente perturbadores en el crecimiento económico y la prosperidad. En marcado contraste con los defensores del comercio libre basado en la competencia económica, otros autores han aducido que la competencia libre es un determinante principal del conflicto internacional.

Existe una disposición muy difundida de explicar todas las relaciones políticas internacionales, con referencia más a menudo afirmada gratuitamente que demostrada científicamente, en relación a fuerzas asociadas a la búsqueda de ganancias o ventajas económicas. Se dice que las tendencias más significativas de la política mundial y las decisiones más significativas de los gobiernos se remontan a fuerzas económicas tales como las empresas multinacionales poderosas y complejas; la despiadada competencia (o siniestra colisión) entre los intereses manufactureros, argícolas, laborales, comerciales y bancario-financieros de la Comunidad Europea, Japón y Estados Unidos; la divergencia de intereses económicos entre los países industrializados del Norte y los países menos desarrollados del Sur, con el resultado de que los más ricos explotan a los más pobres; y la rivalidad sistémica entre las economías de mercado libre y las economías socialistas centralmente dirigidas.

Es de importancia capital para las teorías económicas del imperialismo y la guerra, la presunción (rechazada por los autores) de que todos los temas internacionales pueden reducirse a temas de ganancia económica más que al político. La fuerza de tal presunción, por dudosa que pueda resultar, descansa en la considerable influencia del sistema filosófico propuesto originariamente por Karl Marx y Friedrich Engels, tanto como los pronun-

ciamientos, ya sea coherentes o contradictorios, de sus numerosos descendientes socialistas y comunistas. Generaciones de teóricos académicos y periodísticos, tanto como de aspirantes profesionales de la política, que nunca vivieron bajo un régimen comunista o socialista, han expuesto un análisis esencialmente marxista del mundo.[1] Un gran número de maestros, estudiantes, políticos y escritores, e inclusive hombres de negocios burgueses, han adoptado una interpretación económica de la historia basada, al menos, en parte del análisis marxista. En casi todos los países del Tercer Mundo, las elites dan por sentada la validez de la idea de Lenin del imperialismo y esto influye poderosamente en su actitud hacia Occidente. Los principales elementos de la teoría marxista se remontan a 1848. Sin embargo la teoría ha mostrado una admirable supervivencia en el cuarto de siglo final que a menudo se ha mostrado brutalmente crítico de abstracciones heredadas del pasado. El análisis marxista de las relaciones internacionales, especialmente del imperialismo y la guerra, y del conflicto social y la revolución, ha sobrevivido más como fe que como ciencia.

La teoría marxista

El marxismo es una mezcla de metafísica (materialismo dialéctico), teoría de la historia (determinismo económico), ciencia económica y sociológica, ideología política, teoría y estrategia de la revolución, ética social y una teología moral escatológica que espera una salvación secular: el advenimiento de un orden social sin clases, de justicia perfecta, en el cual el conflicto cese y se genere la psicología de un "hombre nuevo". Marx, más que cualquier otro, reforzaba la tesis de que el conflicto surge inevitablemente de la lucha a vida o muerte de las clases socioeconómicas. El capitalismo es el vínculo del cual la gente lucha por liberarse y esto se logrará a través del conocimiento de las inexorables leyes dialécticas del cambio social. Hasta ahora, el conflicto de clase ha sido el motor del cambio social. Una vez que el conflicto de clase termina con el establecimiento del comunismo, el cambio social se producirá sólo como resultado de la planificación racional, el debate y la toma de decisiones.

Karl Marx (1818-1883) desarrolló una teoría de la historia basada en el materialismo dialéctico, en la cual el sistema de producción económica determina las estructuras institucionales e ideológicas de la sociedad.[2] Quien controle el sistema económico también controla el sistema político. El estudio de la historia y de la Gran Bretaña del siglo XIX llevó a Marx y Engels a concluir que cada período de la historia contiene fuerzas en conflicto, o una dialéctica, de la cual surge un nuevo plan. "En la antigua Roma, tenemos patricios, caballeros, plebeyos, esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, hombres que pertenecen a los gremios, viajeros, aprendices, siervos; en casi todas estas clases, nuevamente, escalas subordinadas."[3]

Toda historia es la historia de la lucha de clases entre un grupo dominante y un grupo que se le opone, del cual adviene un nuevo sistema económico, político y social. El modelo de Marx para el estudio de la sociedad y su transformación contiene una tesis (el grupo dominante) y una antítesis (el grupo que se le opone), que entran en colisión y producen una síntesis (un nuevo sistema económico, político y social).

Al igual que los sistemas que lo precedieron, el capitalismo contiene las semillas de su propia destrucción. Marx creía que el creciente empobrecimiento de la clase trabajadora, o proletariado, llevaría a una revolución para derrocar a la clase capitalista dominante. Los estratos más bajos de la clase media están absorbidos en el proletariado, dado que no tienen el capital para competir en la misma escala de sus congéneres más afortunados, y sus capacidades especializadas se vuelven carentes de valor como resultado de nuevos métodos de producción. En la medida en que las filas del proletariado aumentan, la lucha con la burguesía crece en intensidad. Inicialmente la lucha es conducida por miembros individuales de la clase capitalista explotadora. Marx preveía una serie de choques de creciente intensidad entre el proletariado y la burguesía, hasta la erupción de una revolución que finalmente tendría como resultado el derrocamiento de la burguesía.

En la doctrina de Marx de la plusvalía, el trabajo socialmente útil que produce una mercancía es considerado la única medida de su valor. Los capitalistas mismos no producen nada. Por el contrario, viven como parásitos del trabajo de la clase productiva. El capitalista le paga al trabajador un salario de subsistencia y embolsa el resto. Según Marx, la gran masa de la población se ve reducida a la esclavitud del salario en la sociedad capitalista. El proletariado produce bienes y servicios por los cuales recibe poco o nada a cambio. En el sistema capitalista, la burguesía, que controla los medios de producción, explota al trabajador y amplía la brecha, o plusvalía, entre el precio pagado a los trabajadores por su trabajo y el precio obtenido por la burguesía en el mercado.[4]

El futuro choque entre la clase burguesa capitalista (tesis) y el proletariado (antítesis) llevará a un orden socialista. Habría un período de amplio control del gobierno sobre la producción y la distribución, hasta que los últimos vestigios del capitalismo desaparecieran. Marx predijo la desaparición del Estado con el desarrollo de un orden comunista económico, político y social.

Los marxistas ortodoxos consideran todos los fenómenos políticos, incluidos el imperialismo y la guerra, como proyecciones de fuerzas económicas subyacentes. Todas las formas de conciencia están subordinadas a lo económico. Los motivos religiosos, humanitarios, políticos, culturales y estratégico-militares para cualquier tipo de relación de poder entre una comunidad más fuerte y una más débil se explican en el marxismo como racionalizaciones pensadas para disfrazar la infraestructura económica. Esto ha sido esencialmente así durante toda la historia, sostenía Marx, pero se vuelve más evidente en la era del capitalismo. En un pasaje escrito manifiestamente con fines polémicos más que para desplegar la objetividad propia de las ciencias sociales, Marx y Engels declaraban:

> La burguesía... No ha dejado otro vínculo entre los hombres que el interés propio desnudo, que el duro pago al contado. Ha hundido los éxtasis más celestiales del fervor religioso, del entusiasmo caballeresco, del sentimentalismo filisteo, en el agua helada del cálculo egoísta... La

> burguesía le ha arrancado su halo a toda ocupación hasta el momento honrada y observada con respeto reverente. Ha convertido al médico, al abogado, al sacerdote, al poeta, al hombre de ciencia, en sus trabajadores asalariados.[5]

Marx tenía una visión de la paz, la paz del hombre autoalienado, restaurado a sí mismo como resultado de la "negación de la negación", la autoapropiación revolucionaria por parte del proletariado, que toma aquello que con justicia le corresponde.[6] No proyectaba en todos sus escritos una imagen del hombre inclinado hacia la revolución violenta. Especialmente en sus años tempranos, puede haber preferido o esperado que la inevitable victoria del socialismo pudiera lograrse a través de un funcionamiento no violento de la dialéctica. Pero a medida que envejeció, el idealismo filosófico juvenil de Marx dio paso a las modalidades de pensamiento de un revolucionario, frustrado, impaciente y profesional. John Plamenatz ha planteado bien la postura de eludir los extremos al interpretar a Marx, insistiendo ya en que Marx estaba patológicamente inclinado a la violencia, ya en que aborrecía de la violencia como podría hacerlo un pacifista:

> Lógicamente, la violencia, el derramamiento de sangre, no es parte esencial de la revolución tal como Marx y Engels la concibieron. Por cierto, pensaban que habría violencia cuando el proletariado se hiciera cargo del poder, en la mayoría de los países, si no en todos. Inclusive por momentos, sospecho, disfrutaba con el pensamiento de que la habría.
>
> No eran personas gentiles; tampoco creían, como por cierto lo hacían otros comunistas y socialistas de su época, que la violencia está mal o que corrompe a quien la usa. Pero todo esto no quita nada a lo que estoy planteando: la revolución, tal como Marx y Engels la concebían, no necesariamente entraña violencia.[7]

Fue Lenin, que venía de una tradición de actividades revolucionarias conspirativas rusas que se habían convertido en la imagen especular de la opresión zarista que combatían, quien más que nadie le impartió al comunismo marxista del siglo XX su predilección por la violencia y el terror. Lenin estaba reaccionando en parte contra el revisionismo de marxistas alemanes como Karl Kautsky (1854-1938) y Edward Bernstein (1850-1932), quienes se dieron cuenta de que algunas de las predicciones de Marx habían salido mal y que el logro del socialismo podía ser un proceso largo y gradual basado en la educación, la intimidación psicológica y la urna de votación. Lenin insistía en que apelar a la violencia era propio de la hechura del verdadero revolucionario y que el Estado burgués no podía ser reemplazado por el Estado proletario a través de una desaparición lenta, sino, por regla general, sólo a través de una revolución violenta.

Si bien Marx valoraba plenamente el alcance mundial de las operaciones capitalistas para adquirir materias primas y comercializar manufacturas, él mismo no elaboró una teoría del imperialismo. Esta tarea les ayudó a sus intelectuales herederos del siglo XX: Rudolph Hilferding (1877-1941),

un socialdemócrata alemán; Rosa Luxemburgo (1870-1919), una socialista y agitadora alemana y, por cierto, a Lenin.

Las ideas de Hobson sobre el imperialismo

Curiosamente, la mayor parte de las claves de la teoría comunista del imperialismo en este siglo fueron suministradas por el economista inglés John A. Hobson (1858-1940). Hobson, un graduado de Oxford, era periodista, ensayista y conferencista universitario y había sido inclinado hacia el liberalismo por John Stuart Mill y hacia la ciencia de la sociedad por Herbert Spencer. Atraído por las causas idealistas, humanitarias y éticas de la reforma social, se convirtió en autodesignado hereje religioso y económico, y avanzó hacia un socialismo de tipo fabiano en la medida en que se desilusionó cada vez más con el "capitalismo mecanizado". Durante la Guerra de los Boer fue a Sudáfrica como corresponsal de *The Manchester Guardian*. Su cobertura de dicho conflicto, que veía como un choque entre monopolizadores de diamantes y otros explotadores económicos, lo impulsó hacia la dirección de una polémica anticapitalista y antimilitarista que no estaba libre de tonos antisemitas. Quizás estaba meramente apelando a un antisemitismo que en ese momento estaba en auge en Europa Occidental, tanto como lo estaba haciendo a las tendencias de pensamiento socialista y pacifista. En cualquier caso, no es demasiado decir que Hobson prácticamente inventó la moderna teoría del imperialismo e hizo mucho por crear un rechazo moral-intelectual contra él en el mundo angloparlante.[8] (El pensamiento liberal de Estados Unidos ya estaba manifestando un sentimiento de culpabilidad respecto de Cuba y el expansionismo en el Pacífico a principios de la guerra hispano-norteamericana.[9])

Más de 60 años después, dos especialistas llegarían a la conclusión de que "la mala interpretación mundial de la Guerra de los Boer como un complot capitalista... se convirtió en la base de toda la subsiguiente teoría del imperialismo".[10] La palabra misma *imperialismo*, que hasta entonces había sido invocada orgullosamente para aludir a lo que Gran Bretaña había contribuido al civilizar las partes del mundo que una vez o todavía controlaban los británicos —el imperio de la ley, las instituciones parlamentarias, la administración racional de la administración pública con cierto sentido de responsabilidad pública (hasta ese momento, un fenómeno bastante raro en muchas regiones), y una convicción en el valor y los derechos de los seres humanos (aún más raro)— se convirtió en Inglaterra en "un símbolo reconocido de fuerte rechazo moral por parte de una minoría de formación liberal, radical y laborista, o con fuertes escrúpulos religiosos".[11]

Hobson aducía que el imperialismo surge de desajustes dentro del sistema capitalista, en el cual una minoría rica ahorra en exceso, mientras que una mayoría empobrecida o "en el mero nivel de subsistencia", carece del poder adquisitivo necesario para consumir todos los frutos de la industria moderna. Las sociedades capitalistas, así, se enfrentan con el dilema crítico de la superproducción y el bajo consumo. Si los capitalistas estuvieran dispuestos a redistribuir su superávit de riqueza en forma de medidas internas de bienestar, no habría graves problemas estructurales. Los

capitalistas, sin embargo, buscan por el contrario reinvertir su superávit de capital en empresas para lograr ganancias en el exterior. El resultado es el imperialismo, "el empeño de los grandes controladores de la industria por ampliar el canal del flujo de su superávit de riqueza, buscando mercados extranjeros e inversiones extranjeras para ubicar los bienes y el capital que no pueden vender o usar en su país".[12]

Hobson era consciente de que había factores no económicos en funcionamiento en la expansión extranjera de la Europa del siglo XIX, fuerzas de carácter político, militar, psicológico y religioso-filantrópico. Insistía, sin embargo, en que el ingrediente esencial en el imperialismo es el capitalismo financiero, que galvaniza y organiza las otras fuerzas en un todo coherente:

> El capitalismo financiero manipula las fuerzas patrióticas que generan los políticos, soldados, filántropos y comerciantes; el entusiasmo por la expansión que surge de estas fuentes, si bien fuerte y genuino, es irregular y ciego; el interés financiero tiene esas cualidades de concentración y cálculos esclarecidos que se necesitan para ver el imperialismo en funcionamiento.[13]

En opinión de Hobson, el imperialismo en el caso de Gran Bretaña no ha sido necesario para aliviar la presión de la población, pues Gran Bretaña no estaba sobrepoblada y su tasa de crecimiento a fines de siglo estaba declinando hacia un nivel estacionario. Más aún, señalaba, los ingleses no parecían en absoluto ansiosos por reinstalarse en la mayoría de las áreas adquiridas después de 1870 por el Imperio.[14]

Hobson condenaba el imperialismo de fines del siglo XIX como irracional, y como un mal negocio político para la nación como un todo, si bien era racional y provechoso para ciertos grupos: hombres de Bolsa, mineros especuladores, ingenieros, las industrias de construcción de barcos y armamentos, las industrias exportadoras, los contratistas de las fuerzas armadas y las clases aristocráticas que enviaban a sus hijos para que fueran oficiales en el ejército, la marina y el servicio colonial.[15] Si bien las actividades económicas de estas clases constituían sólo una pequeña fracción de la total empresa británica, los grupos que se beneficiaban del imperialismo estaban bien organizados para hacer prosperar sus intereses a través de canales políticos. El imperialismo, decía Hobson, implica enormes riesgos y costos para la nación comparado con sus resultados relativamente magros en forma de un aumento del comercio, y de allí que el motivo para él debía buscarse en las ventajas que les da a grupos especiales dentro de la sociedad: "En mayor medida, todos los años Gran Bretaña se está volviendo una nación que vive del tributo del exterior y las clases que disfrutan de este tributo tienen un incentivo creciente a emplear la política pública, el dinero público, y la fuerza pública para extender el campo de sus inversiones privadas".[16] E. M. Winslow (1896-1966), evaluando la significación del estudio de Hobson, llegó a esta conclusión: "Ningún otro libro ha tenido tanta influencia en la expansión de la doctrina del imperialismo económico".[17] Lenin después reconocería claramente su deuda intelectual con el trabajo de Hobson.

Hobson anticipó el ulterior ataque leninista a la obtención de ganancias capitalistas como un factor principal de la guerra internacional. Las políticas del imperialismo agresivo y la guerra llevaban a grandes presupuestos en armas, deudas públicas y a la fluctuación de los valores de las acciones de las cuales se beneficiaban más los hábiles financistas. "No hay una guerra, una revolución, un asesinato anarquista, o cualquier otra conmoción pública, que no sea ocasión de ganancia para estos hombres; son harpías que chupan sus ganancias de cada nuevo gasto forzado y toda súbita perturbación del crédito público."[18] Por cierto, Hobson no decía aquí que el capitalismo fuera responsable de las guerras de las cuales se aprovechaba. Casi sin duda, no sostenía que los capitalistas acechaban detrás de cada asesino anarquista. Pero el impulso inequívoco de su razonamiento, que sería manifestado de forma más explícita por Lenin, era que si el comportamiento de los capitalistas está primordialmente motivado por el deseo de obtener ganancias, y si ciertos segmentos de la sociedad capitalista pueden sacar provecho de las guerras imperialistas, entonces cabe esperar que estos elementos fuercen todo esfuerzo por generar la guerra cuando las circunstancias la llaman. En el último pasaje citado, el tono de indignación moral de Hobson se vuelve menos académico y más ideológico, de forma no diferente al que corre por los escritos de Marx y sus seguidores.

Lenin: imperialismo y conflicto internacional

Rosa Luxemburgo, una agitadora teórica socialista alemana, siguió estrechamente el análisis de Hobson, mientras que Hilferding buscó refinarlo, atribuyéndole la exportación de capital al funcionamiento de sistemas de cartel y monopólicos que limitan las posibilidades internas de inversión. El teórico más conocido del imperialismo en los tiempos modernos, por cierto, fue Lenin. El arquitecto de la Revolución Bolchevique no era ni el especialista ni el pensador original que era Hobson. Además de tomar ideas de Hobson, Lenin se apoyaba en el análisis de Hilferding del papel del capitalismo monopólico:

> El imperialismo es el capitalismo en el estado de desarrollo en el cual el dominio de los monopolios y el capital financiero se ha establecido; en el cual la exportación de capital ha adquirido una pronunciada importancia; en el cual la división del mundo entre las fuerzas internacionales ha empezado; en el cual la invasión de todos los territorios del globo entre las grandes potencias capitalistas se ha completado.[19]

Lenin derivaba el capitalismo monopólico, que equiparaba con el imperialismo, de cuatro factores: 1) la concentración de la producción en asociaciones, carteles, sindicatos y trusts; 2) la búsqueda competitiva de fuentes de materias primas; 3) el desarrollo de oligarquías bancarias y 4) la transformación de la "vieja" política colonial en una lucha por esferas de interés económico en la cual las naciones más ricas y poderosas explotan a las más débiles. Así, Lenin hizo una fuerte excepción a la tesis de Karl

Kautsky de que el imperialismo era simplemente la "política preferida" de los estados capitalistas; para Lenin era inevitable. Más aún, en la interpretación leninista, la recepción de ganancias monopólicas por parte de los capitalistas de ciertas industrias les permite corromper a los trabajadores de dichas industrias, quienes en aras de un nivel más alto de vida se alían con la burguesía contra sus hermanos trabajadores de los países explotados y bajo dominio imperialista.

Dado que el capitalismo financiero es la fuente del imperialismo, también se vuelve para los marxistas-leninistas la fuente principal de guerras internacionales en la era capitalista, o al menos la única fuente en la cual están interesados. Si hay otras fuentes de conflicto, los marxistas prefieren no prestarles mucha atención. Hobson, que era un liberal más que un marxista, había concedido que hay "instintos primitivos" en la raza humana que jugaban un papel en el imperialismo del siglo XIX, el instinto del control de la tierra, el "hábito nómade" que sobrevive como amor por el viaje, el "espíritu de aventura", los instintos deportivos y de caza y el "placer por la lucha", que en la era de los deportes con espectadores se transforma en las apuestas sobre el resultado de juegos atléticos y en el jingoísmo en la guerra.[20] Pero Hobson rodeaba la dificultad teórica implícita en la pluralidad de factores meramente acusando a las clases dominantes de las sociedades capitalistas de defender sus propios intereses, jugando con los instintos primitivos de la raza y canalizándolos en empresas imperialistas.

La contribución de Lenin al comunismo fue doble. Primero, impartió una teoría organizativa en la cual el Partido Comunista se convertía en la "vanguardia del proletariado" para apurar el advenimiento de la revolución que Marx había previsto como inevitable. Segundo, remitiéndose claramente al trabajo de Hobson antes descripto, Lenin desarrolló una teoría del imperialismo que se ubica como la principal teoría comunista de las relaciones internacionales en el sistema global consistente en estados capitalistas.[21]

Observando la historia de Europa en las décadas posteriores a que Marx publicara el *Manifiesto Comunista*, Lenin llegó a la conclusión de que el proletariado no haría una revuelta espontánea, como Marx lo había creído, contra la burguesía dominante. En su famoso opúsculo titulado *¿Qué debe hacerse?*, Lenin sostenía que un partido fuerte, sólidamente armado y altamente motivado de revolucionarios profesionales era esencial para el éxito de la revolución contra el orden capitalista. Para Lenin, el Partido Comunista, la "vanguardia del proletariado", era la parte con más conciencia de clase, más consagrada y sacrificada del proletariado.[22] Lenin sostenía que el Partido debía estar centralizado o jerarquizado. Debe estar basado en un "centralismo democrático", es decir, el Partido debe permitir la discusión y el debate de los temas antes de que se tome una decisión, mientras que adopta una disciplina de hierro para ejecutar una política después de que se ha tomado una decisión.

Lenin veía al imperialismo como un estado especial, avanzado, del capitalismo. En los sistemas capitalistas, la competencia eventualmente se reemplaza por monopolios capitalistas.[23] El imperialismo es el estado monopólico del capitalismo. Los países que son los principales exportadores de capital pueden obtener ventajas económicas basadas en la explotación de los pueblos del exterior. Más aún, cuanto mayor es el desarrollo del capitalismo, mayor es la necesidad de materias primas y de mercados, y de allí, el mayor empeño por obtener colonias. El establecimiento de controles políticos sobre territorios de ultramar está diseñado para suministrar una fuente segura de materias primas y mano de obra barata y para garantizar los mercados para las asociaciones industriales de países capitalistas avanzados. Lenin sostenía que las políticas imperialistas les permitirían a las potencias capitalistas impedir la revolución inevitable, dado que las condiciones del proletariado interno se mejorarían a partir de la explotación de las clases trabajadoras de los territorios coloniales.

Escribiendo en la primavera de 1916, casi dos años después del estallido de la Primera Guerra Mundial, Lenin consideraba la historia de la generación anterior como una lucha entre las potencias capitalistas avanzadas por el control de colonias y mercados. Los países capitalistas habían formado alianzas para la explotación de las zonas subdesarrolladas. Especialmente en Lejano Oriente y África, las potencias imperialistas habían reclamado territorios y esferas de influencia. Tales alianzas sólo son "momentos de respiro" entre las guerras, dado que las potencias capitalistas encuentran necesario luchar por el control de mercados de ultramar limitados y materias primas. Debido a la dependencia última de los sistemas económicos capitalistas de tales mercados y recursos naturales, el conflicto internacional es endémico en un mundo de estados capitalistas. La eliminación de los estados capitalistas, concluía Lenin, era la precondición esencial para abolir el conflicto internacional.

Para Lenin, el capitalismo se había desarrollado a su propio ritmo en cada país: más temprano en Holanda, Inglaterra y Francia; más tarde en Alemania y Estados Unidos y más tarde aún en Japón y Rusia. En la medida en que se desarrollaba, el capital monopólico se comprometía en una afiebrada búsqueda competitiva de nuevos mercados, fuentes de materias primas y mano de obra barata. Lenin era de la opinión de que esta vez los carteles habían completado virtualmente el proceso de parcelar los territorios del mundo para su explotación. Debido a que el planeta ya había sido dividido, se podía producir una mayor expansión de algunas potencias capitalistas a expensas de otras, y así el imperialismo capitalista provocaría guerras internacionales.[24] Stalin, recordando la intervención aliada en Rusia a fines de la Primera Guerra Mundial, miraba al Occidente capitalista con sospecha y hostilidad, y hablaba a menudo de que los de afuera complotaban una agresión contra la Unión Soviética. Pero en su famosa "última tesis", emitida en la víspera de la reunión de 1952 del Partido Comunista de la Unión Soviética, Stalin adujo que las "terribles colisiones" que Lenin había predicho entre el campo capitalista y el socialista no eran ya inevitables, porque tal guerra traicionaría la existencia misma del capitalismo. Stalin entonces siguió declarando que las contradicciones propias del capitalismo hacían inevitable la recurrencia de la guerra entre los estados capitalistas.[25]

Lenin, Stalin y la guerra

El razonamiento ortodoxo leninista-stalinista llevaba inevitablemente a la conclusión de que la guerra moderna está en función del imperialismo capitalista; que si la guerra se produjera entre dos sistemas sería como resultado de la agresión capitalista y que llevaría a la destrucción del capitalismo y al triunfo universal del socialismo y que en un mundo totalmente socialista, una vez que los peligros del "rodeo capitalista" se hubieran eliminado, la guerra desaparecería. Stalin declaró: "A fin de destruir la inevitabilidad de las guerras, es necesario destruir al imperialismo".[26] Por cierto, no estaba diciendo necesariamente que el campo socialista algún día intentaría destruir el campo imperialista, llevando adelante un ataque militar agresivo a través de las fronteras nacionales. Si algo era, era un estratega cauto y conservador; por cierto, no estaba llamando a una guerra santa socialista contra el sistema de estados occidentales tecnológicamente superior. Tanto él como su sucesor, Kruschev, proponían la tesis de que el "rodeo capitalista" eventualmente debía dejar lugar a un "rodeo socialista". Por lo general se piensa que Kruschev tuvo una evaluación mejor que la de Stalin de las consecuencias de la tecnología de las armas nucleares para el problema de la "inevitabilidad de la guerra", en la medida en que formalmente reconoció que una guerra nuclear general bien podía destruir no sólo la sociedad capitalista sino también la comunista. Así, buscaba acuerdos de control de armas para limitar el riesgo con Occidente capitalista a fin de hacer más manejable el entorno estratégico-militar, tal como se reflejaba en la competencia internacional de armas, mientras al mismo tiempo seguía desarrollando la capacidad militar soviética, tanto estratégica como táctica. Kruschev y sus sucesores (Kosygin y Brezhnev) les dieron apoyo a las "guerras de liberación nacional" en el Tercer Mundo, formas de guerra consideradas tanto "justas" en términos de ideología socialista y "seguras" desde el punto de vista del análisis estratégico en una era de mutua disuasión nuclear.[27]

La teoría leninista desde los años cincuenta

La historia de las relaciones internacionales desde la Segunda Guerra Mundial no ha tratado con benevolencia a la teoría imperialista leninista. Dicha teoría se las ve en figurillas para explicar el imperialismo comunista soviético en Europa Oriental. La "última tesis" de Stalin respecto de la inevitabilidad de la guerra dentro del campo capitalista no ha sido convalidada.

Por el otro lado, el sistema de los estados comunistas mismo se ha visto desgarrado por graves conflictos. Las tropas soviéticas aplastaron la revuelta de los trabajadores en Alemania Oriental en 1953 e hicieron otro tanto con el levantamiento húngaro en 1956. En 1961, como se señaló antes, Nikita Kruschev afirmó que la Unión Soviética apoyaría las "guerras de liberación nacional" en el mundo en desarrollo, pero cuando Checoslovaquia en 1968 experimentó los impulsos de liberación conocidos como la

"Primavera de Praga", logró una respuesta en forma de invasión por parte de las fuerzas armadas de cinco países del Pacto de Varsovia. Leonid Brezhnev a continuación justificó la acción enunciando la doctrina que lleva su nombre. La Doctrina Brezhnev, en efecto, le reservaba a la Unión Soviética el derecho a intervenir en los países socialistas para suprimir amenazas contrarrevolucionarias. Los pasajes operativos estaban contenidos en una declaración hecha en el Quinto Congreso del Partido de los Trabajadores Unidos de Polonia el 12 de noviembre de 1968:

> El PCUS siempre ha estado a favor de que todos los países socialistas determinen las formas concretas de su desarrollo a lo largo del camino hacia el socialismo, tomando en cuenta el carácter específico de las condiciones nacionales. Pero sabemos, camaradas, que también hay reglas generales de construcción socialista, desviarse de las cuales podría llevar a desviarse del socialismo como tal. Y cuando las fuerzas internas y externas contrarias al socialismo intentan volver el desarrollo de cualquier país socialista hacia una restauración capitalista, cuando surge una amenaza a la causa del socialismo en dicho país, una amenaza a la seguridad de la comunidad socialista como un todo, ya no es sólo problema de la gente del país en cuestión, sino un problema general, el problema de todos los estados socialistas.[28]

A lo largo de la década de 1960, la relación entre la Unión Soviética y la República Popular China se volvió cada vez más polarizada en torno de varios temas: la pureza ideológica, el apoyo a la revolución mundial, la ayuda exterior para el desarrollo, la proliferación nuclear, las disputas territoriales como resultado de viejos "tratados desiguales" y la temeridad de los estados socialistas que entraban en negociaciones de desarme y control de armamentos con estados capitalistas, mientras que los últimos seguían siendo militarmente poderosos. (Este último punto era la posición ortodoxa leninista.[29]) En 1969, cuando estaban teniendo lugar las Conversaciones de Limitación de Armas Estratégicas entre Estados Unidos y la Unión Soviética (SALT), en un momento de creciente tensión sino-soviética y hostilidades a lo largo de los ríos Amur-Issuri, Mao Tse-Tung denunció el "contubernio" de las potencias imperialistas, tanto capitalistas como socialistas. En unos pocos años, en la medida en que Estados Unidos se preparaba para desentenderse del sudeste asiático, la dirigencia de la RPC llegó a la conclusión de que el crecimiento del poder militar soviético se estaba volviendo un peligro mayor que una disminución del poder imperialista norteamericano, y empezó a advertirles a Japón y a otros estados asiáticos del peligro de las metas hegemónicas soviéticas dentro de su región.[30] Si bien las relaciones sino-soviéticas se volvieron menos hostiles en los años ochenta, Pekín siguió considerando a Moscú la amenaza primordial a la paz mundial, en gran medida como resultado de lo que percibía que era su esfuerzo por rodear y contener a China a través de movimientos político-militares en Mongolia y a lo largo de la frontera común, en Afganistán y el sudeste asiático, y en el crecimiento de la flota soviética del Pacífico, tanto como en el despliegue de misiles de alcance intermedio en Lejano Oriente.[31] En el frente occidental, las fuerzas militares y policiales

polacas fueron forzadas a ejercer una acción disciplinaria de mano dura contra el Movimiento Obrero Solidaridad a fin de eludir una intervención soviética directa y un derrumbe a principios de los años ochenta. Algunos marxistas siguieron explicando las intervenciones soviéticas en Europa Oriental y Vietnam en términos de una lucha moral entre las fuerzas del bien y del mal, del socialismo y el capitalismo. Pero tales explicaciones se habían vuelto débiles con el tiempo, después de la invasión vietnamita a Camboya en diciembre de 1978, el ataque de la RPC a Vietnam en febrero de 1979 y la invasión soviética a Afganistán en diciembre de 1979.

El interregno Andropov-Chernenko (1982-1985), fue un período de transición de liderazgo inestable sin precedentes en la historia soviética. Desde 1985, la era de Gorbachov ha dado origen a un debate en todo Occidente acerca de si la *glasnost* (apertura) y la *perestroika* (reestructuración) son indicios de un cambio fundamental en la visión soviética del mundo, cambio que transformaría tanto la herencia ideológico-política de Lenin como para llevar a abandonarla.[32]

Críticas a las teorías económicas del imperialismo

Las críticas modernas a las teorías económicas del imperialismo han planteado excepciones radicales a las conclusiones de Hobson, Lenin y sus seguidores, sobre la base tanto de un análisis semántico como económico-político. De manera general, el ataque semántico ha tomado la forma de una acusación de que los seguidores de Lenin han estado tan obsesionados por la aversión ideológica al capitalismo financiero como para confundir una manifestación histórica particular del impulso imperialista con un fenómeno sociológico-político mucho más amplio —lo que San Agustín llamaba *animus dominandi*— que ha asumido varias formas diferentes a lo largo de la historia.

En las últimas décadas, el crítico más importante de la teoría del imperialismo de Hobson-Lenin como una perversión terminológica por estrechos motivos polémicos e ideológicos, ha sido Hans J. Morgenthau. Morgenthau lamentaba la aplicación del término *imperialismo* a cualquier política exterior que quien utilizaba el término considerara objetable, e instaba a la generación de estudiantes universitarios posterior a la Segunda Guerra Mundial a aceptar la definición objetiva y éticamente neutral del imperialismo como "una política que apunta a derrocar el statu quo, a revertir las relaciones de poder entre dos o más naciones".[33] Negaba que cada aumento del poder internacional de una nación fuera necesariamente imperialista. Más aún, advertía contra la disposición a considerar toda política exterior que apunta conservadoramente a mantener un imperio ya existente como imperialista, cuando el término debería reservarse adecuadamente al proceso dinámico de cambiar el statu quo adquiriendo un imperio.[34] La interpretación económica del imperialismo, plantea Morgenthau, yerra en el intento por construir una ley universal de la historia a partir de la experiencia limitada de unos pocos casos aislados. Tal teoría, desde su punto de vista, ignora el problema del imperialismo precapitalista (incluidos los antiguos imperios de Egipto, Asiria, Persia y Roma; el imperialismo árabe

del siglo VII y VIII; el imperialismo cristiano europeo de las Cruzadas; y los imperios personales de hombres como Alejandro el Grande, Napoleón y Hitler).[35] Más aún, Morgenthau planteaba que la teoría fracasa en dar una explicación convincente inclusive del imperialismo de la era capitalista de la *belle époque* imperialista, entre 1870 y 1914.

En el siguiente resumen de los argumentos contra la interpretación de Hobson-Lenin, la refutación de Morgenthau se une a la de otros muchos teóricos prominentes, incluido el sociólogo político francés Raymond Aron; el economista austríaco Joseph A. Schumpeter (1883-1950), quien enseñó en la Universidad de Harvard; el historiador diplomático norteamericano William L. Langer (1896-1978) y el economista norteamericano Jacob Viner (1892-1970), tanto como los hallazgos de especialistas más recientes que han descubierto muchas anomalías en la hipótesis de Hobson-Lenin.[36]

1. Los sequidores de Marx, Hobson y Lenin confunden una manifestación histórica particular del impulso imperialista con un fenómeno mucho más abarcador y multifacético de carácter político-sociológico que ha asumido muy diferentes formas a lo largo de la historia. La teoría económica "de fin de siglo" del imperialismo es una distorsión en la medida en que subordina la política internacional a la economía internacional tan rígida como superficialmente. Aquellos que están bien versados en la historia moderna de la política internacional tienen pocas dificultades en demostrar que el impulso político por lo general es más fuerte que el económico y que los intereses económicos a menudo son sólo una racionalización de la voluntad-de-poder de una nación. Jacob Viner adujo que en la mayoría de los casos:

> El capitalista, en lugar de empujar a su gobierno a una empresa imperialista en búsqueda de sus propias ganancias financieras, se veía empujado, o arrastrado, o atraído a través de lisonjas o seducido a emprenderla por su gobierno, a fin de que, en sus relaciones con el mundo exterior y con su propio pueblo, este gobierno pudiera ser capaz de apuntar hacia una apuesta aparentemente real y legítima en el territorio implicado que exigía protección militar.[37]

2. Schumpeter insistía en que el imperialismo no puede reducirse a la mera búsqueda de intereses económicos cuando la historia está repleta de ejemplos de sociedades "que buscan la expansión por la expansión misma, la guerra por la lucha misma, la victoria por el solo hecho de ganar, la dominación por el hecho de gobernar".[38] Las guerras no se libran a fin de obtener ventajas utilitarias inmediatas, aun si éste es un fin manifiesto. El imperialismo más bien es "la disposición sin objeto, por parte de un Estado, a la expansión forzada sin límites".[39] Al igual que el nacionalismo, es irracional e inconsciente, un llamado al juego de los instintos desde el oscuro pasado. El imperialismo, en resumen, es un atavismo en la cultura social. Si uno quiere rastrear sus raíces económicas, deberían atribuírsele al *pasado* más que a las relaciones presentes de producción. Sin duda, la clase dirigente de cualquier Estado es la que toma las decisiones en favor de la guerra, pero no es negocio de la burguesía que constituye la principal

encargada de tomar decisiones de política exterior en el mundo moderno; el resto de la clase aristocrática de un régimen anterior es la que todavía llena los puestos importantes gubernamentales, diplomáticos y militares.[40]

3. A pesar de que la "teoría diabólica" de la guerra, que remite la causalidad de la guerra a los fabricantes de municiones y a otros que se supone que cosechan ganancias financieras de su estallido, los capitalistas como un todo no son dados a la belicosidad. Dado que la guerra entraña lo irracional y lo impredecible, mientras que el capitalismo florece mejor en la predicción y el planeamiento racional en un entorno internacional estable, la mayoría de los capitalistas son partidarios de la paz más que de la guerra, simplemente porque aquellos que sufren la perturbación de la guerra en gran medida superan a los que sacan ganancias de ella.[41] La empresa competitiva del sistema capitalista, según Schumpeter, absorbe tremendas cantidades de energía humana en empresas puramente económicas, dejando poco exceso para dilapidarlo en la guerra e inclusive una menor tendencia a darle la bienvenida a la guerra como un apartamiento de actividades desagradables o del aburrimiento.[42] La sociedad capitalista crea la base sociológica para una sustancial oposición popular a la guerra y los armamentos, tanto como a los ejércitos profesionales socialmente atrincherados. Antes de la era del capitalismo, los principios pacifistas han sido tomados en serio en Occidente sólo por parte de unas pocas sectas religiosas minoritarias. El pacifismo moderno como movimiento político significativo emerge sólo en la sociedad capitalista en la cual los partidos organizados producen líderes pacíficos, consignas en favor de la paz y programas favorables a la paz, junto con una aversión popular al imperialismo y apoyo popular a la arbitración de las disputas, el desarme y la organización internacional. A este respecto, Schumpeter estaba básicamente de acuerdo con Norman Angell y aun con Karl Marx y Friedrich Engels, quienes habían señalado que las diferencias nacionales y el antagonismo entre los pueblos se desvanecían día a día, debido al desarrollo de la burguesía, hacia la libertad de comercio, el mercado mundial y la uniformidad en las modalidades de producción.

4. Los presupuestos fundamentales de la teoría económica del imperialismo están errados: "La teoría de Hobson no ha soportado la prueba del examen crítico. Los ejemplos dados por él para la influencia nefasta de las inversiones de capital de ultramar —las minas sudafricanas y las concesiones chinas— demostraron tener significación efímera."[43] El esfuerzo por producir una teoría universal sobre la base de tan escasa evidencia lleva a varias notorias anomalías respecto de lo que deja sin explicar. Según dicha teoría, las naciones capitalistas más avanzadas deberían haber sido las más expansionistas y colonialistas en la era del mayor desarrollo de monopolios y capitalismo financiero. Sin embargo, de hecho la adquisición europea de territorios coloniales a fines del siglo XIX y principios del XX fue menos amplia que en el período que va del siglo XVI al XVIII. Los asentamientos europeos en América del Norte y del Sur implicaron una colonización genuina; el imperialismo europeo en Asia y luego en África no, excepto en zonas relativamente pequeñas. El corolario lógico

de la teoría Lenin-Hobson es que los estados menos capitalistas deberían ser menos imperialistas y colonialistas. Sin embargo Portugal, retrasado respecto de los estados capitalistas, fue una potencia colonial de primer nivel. Por contraste, Suecia y Suiza, dos estados profundamente imbuidos de espíritu capitalista, no exhibieron instinto alguno de aventuras imperialistas coloniales.[44]

Schumpeter señala a Estados Unidos, un país en desarrollo en la primera mitad del siglo XIX y una potencia capitalista en rápido crecimiento después de la Guerra Civil Norteamericana (1861-1865). Según la teoría, Estados Unidos debería haber intentado apoderarse de sus dos vecinos ricos en recursos pero débiles militarmente, México y Canadá; pero no lo hizo.[45] (Estados Unidos, o al menos algunos encargados de tomar decisiones, pueden haber estado apuntando a una expansión territorial en el ataque de 1812 a Canadá y en el ataque de 1849 a México, pero dichos episodios cayeron dentro de la fase precapitalista de la historia norteamericana.) Finalmente, la teoría ignora el papel del capital occidental para convertir a Japón en una potencia independiente de formidables proporciones a principios del siglo XX y de la política de posguerra norteamericana de reconstruir a Europa Occidental y el Japón en su capacidad de competir en los mercados mundiales.

5. Ahora podemos examinar las bases económicas sobre las cuales descansa la teoría Hobson-Lenin. Primero, puede advertirse, en refutación de la hipótesis de Hobson de bajo consumo-exceso de ahorro, que la exportación de superávit de capital no fue absolutamente esencial para el crecimiento; como advirtieron los marxistas revisionistas como Karl Kautsky y Eduard Bernstein, los capitalistas no estaban jugando el juego de Marx de las "leyes de hierro del salario" para originar el "empobrecimiento" de los trabajadores; de hecho el nivel de vida de los trabajadores estaba en surgimiento, y el poder adquisitivo interno estaba aumentando en términos reales, como consecuencia de la actividad de los sindicatos y la liberación de mayor cantidad de gente.[46] Segundo, durante el período que va de 1870 a 1914, más capital pasó a Inglaterra del que salió de ella, y tres cuartos del capital exportado desde Gran Bretaña no vino de compañías monopólicas sino que consistió en préstamos a gobiernos y utilidades públicas garantizadas por el gobierno.[47]

Tercero, las colonias no eran tan importantes en los modelos de comercio e inversión de los países capitalistas como la teoría indicaba. No más que el 10 por ciento de las inversiones de ultramar francesas previas a 1914 estaban dirigidas al Imperio.[48] Aparte de India, las colonias, especialmente las de África, no eran una fuente de grandes ganancias para Gran Bretaña. Aron escribe: "Las dos naciones que durante la mitad del siglo anterior a la Primera Guerra Mundial conquistaron los territorios más grandes, Francia y Gran Bretaña, también eran las naciones que, económicamente, menos necesitaban adquirir nuevas posesiones".[49] La mayoría del capital exportado desde los países capitalistas avanzados durante dicho período fue a otros países industrialmente avanzados, o si no a países tales como Rusia; que recién estaban empezando a desarrollarse industrial-

mente, y que Francia estaba ansiosa por poner en contra de Alemania, por motivos político-estratégicos.

6. La idea de Lenin de que el imperialismo tal como él lo definía es la causa principal de guerra en la era capitalista no se ha mantenido bien ante el análisis de los especialistas. Las guerras principales desde 1870 no han sido libradas principalmente por motivos económicos. La Guerra de los Boer en Sudáfrica y la Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay (1932-1935) lo fueron, pero no la Guerra Franco-Alemana, la Guerra Hispano-Norteamericana, la Guerra Indo-China, las guerras entre la India y Pakistán en torno de Cachemira y Bangladesh o la Guerra de Vietnam (si bien los críticos izquierdistas de la guerra en Occidente a veces intentaron, de forma poco convincente, reducir el conflicto del sudeste asiático a un complot capitalista-imperialista, principalmente porque a Estados Unidos se lo identificaba como líder del sistema capitalista-imperialista).[50]

En el trasfondo de la Primera Guerra Mundial, Aron le asigna un lugar central a la rivalidad anglo-alemana, especialmente la carrera armamentista naval, pero niega que esto tenga demasiado que ver con el capitalismo. Los británicos eran conscientes de que Alemania representaba una amenaza para su prosperidad, pero también sabían que cada país era el mejor cliente de los productos del otro. Si el imperialismo capitalista había sido el principal motivo de que Inglaterra fuera a la guerra en 1914, entonces el país debería haberse alineado en contra de su mayor competidor desde fines del siglo: Estados Unidos.[51] Que dicho curso de acción era impensable debería servir para arrojar algunas dudas en el poder explicativo de la teoría leninista-stalinista. Pasando a tiempos más cercanos, nadie jamás se ha preocupado por intentar hacer una defensa del imperialismo económico en la causa de la Guerra de Corea; tal tarea debe parecerles una futilidad inclusive a los marxistas más unilaterales. Kenneth Boulding escribió que cualquier beneficio económico que Estados Unidos hubiera esperado derivar de la Guerra de Vietnam escasamente valdría el costo de librar dicha guerra aunque fuera un solo día.[52] En el conflicto árabe-israelí a partir de 1948, cualquiera que desee probar que la política norteamericana ha estado basada en consideraciones de imperialismo económico se ve corrido a la hora de explicar por qué Estados Unidos ha apoyado a Israel aun a riesgo de alienarse a los estados árabes productores de petróleo.

En un estudio reciente, un joven especialista se quejaba de que los teóricos anteriores del imperialismo, especialmente Hobson, Lenin y Schumpeter, estaban menos interesados en producir explicaciones especializadas de un fenómeno particular en las relaciones internacionales de lo que lo estaban en presentar ya sea una condena o una defensa política del capitalismo.[53] Michael W. Doyle definió al "imperialismo" como "el proceso concreto por el cual los imperios se forman y se mantienen" e "imperio" como "un sistema de interacción entre dos entidades políticas, una de las cuales, la metrópolis dominante, ejerce control político sobre la política interna y externa —la soberanía efectiva— de la otra, la periferia subordinada".[54] Distingue el imperio de dos formas de igualdad internacional que

se encuentran comúnmente: a) la *hegemonía*, en la cual una potencia controla o influye la política exterior pero no la interna de otros estados y b) la *dependencia*, una condición por la cual un Estado se encuentra limitado por restricciones en su autonomía económica, social y política.[55] Niega que las fuerzas que impulsan y configuran al imperialismo sean ya primordialmente económicas, ya primordialmente militares; más bien son económicas, militares, políticas, sociales y culturales. "Tanto las oportunidades que dan origen al imperialismo y los motivos que lo impulsan se pueden encontrar en la interacción cuádruple entre metrópolis, periferias, fuerzas transnacionales e incentivos sistémicos internacionales."[56] Mientras Hobson, Lenin y Schumpeter remiten las causas a las metrópolis —el deseo de beneficios financieros, las necesidades del capital monopólico, los impulsos atávicos de las elites militares— otros, tales como John Gallagher y Ronald Robinson, ven las raíces del imperialismo en las crisis de las sociedades débiles y vulnerables en la periferia africana, asiática y latinoamericana. Benjamin Cohen, Kenneth Waltz, A. J. P. Taylor, Morton Kaplan, Edward Gulick y otros teóricos del poder explican el imperialismo como un elemento concomitante normal de la dinámica estructural implícita en un sistema internacional en el cual estados más fuertes se comprometen en un proceso de equilibramiento de poder ejerciendo su dominio sobre estados más débiles.[57]

Doyle señala que a menudo surgen anomalías cuando intentamos evaluar los elementos del control político y económico en nuestro estudio de los imperios y el imperialismo. Durante el medio siglo que va desde 1890 hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, *imperio* implicó territorio conquistado mientras que *imperialismo* reflejó una "profunda disposición" dentro de la sociedad metropolitana. A posteriori de la descolonización de posguerra, *imperialismo* se transmutó en *neoimperialismo* o *neocolonialismo*, términos que significaban un control económico constante por parte de Occidente de los territorios a los que se les había concedido una independencia político-legal formal. (Los conceptos, por cierto, eran de inspiración marxista.[58]) En opinión de Doyle, la adquisición legal de territorio no necesariamente implica un control efectivo. Desde 1882 hasta 1914, Egipto todavía era legalmente parte del Imperio Otomano; sin embargo, estaba totalmente controlado por Gran Bretaña. Más aún, dice, definir el imperialismo por referencia a su supuesta causa (el capitalismo monopólico) es tautológico, no explicativo. Finalmente, el control político no produce inevitablemente explotación económica; el país metropolitano "trae" tanto como "toma". Es erróneo suponer que la desigualdad de poder debe llevar a la explotación, como la prolongada y cordial amistad entre Inglaterra y Siam lo ha demostrado ampliamente.

Los marxistas modernos y el Tercer Mundo

Los autores marxistas contemporáneos que adhieren, por vagamente que sea, a la teoría leninista del imperialismo, a menudo acusan al colonialismo occidental de haber suprimido el desarrollo económico, social y político de los países que ahora constituyen el Tercer Mundo, y que Occidente

todavía merece que se le eche la culpa por la pobreza de tales países. Kruschev ha planteado tres décadas atrás que los avances económicos hechos por algunos de los países occidentales se debían al subdesarrollo de Asia, África y América Latina. Los gobiernos occidentales han sido acusados de haber fracasado durante la era de dominio colonial en introducir un planeamiento económico central en sus territorios y promover el crecimiento de la industria indígena con aranceles protectores. André Gunder Frank ha negado que el subdesarrollo sea atribuible a la supervivencia de instituciones arcaicas y escasez de capital en regiones aisladas de la corriente central de la historia mundial. "Por el contrario, el subdesarrollo era y todavía es generado por el mismo proceso histórico que también generó el desarrollo económico: el desarrollo del capitalismo mismo."[59]

Los marxistas por lo general acusan a Occidente —o "el sistema capitalista mundial" (que discutiremos más adelante)— de mantener a los países pobres en una posición de subordinación, dependencia o atadura, limitando las inversiones a las industrias extractivas (de materias primas) y de occidentalizar, subyugar y sobornar a las nuevas elites que tienen interés en modernizar sus sociedades. Antes del período de descolonización, los marxistas predijeron que una vez que los territorios coloniales hubieran ganado la independencia política se volverían dueños de su propio destino económico y así los capitalistas lucharían hasta el final para impedirles que lograran el autogobierno, pero eso implicaría el colapso del sistema capitalista. Marx mismo vio la penetración de capital y el imperialismo como fuerzas progresistas, que traían la civilización y el capitalismo, cosa que sostenía que eran los prerrequisitos básicos del socialismo.[60]

La mayoría de las colonias europeas habían obtenido su independencia para la década de 1960. Los capitalistas occidentales no habían luchado eficazmente para retenerlas. Los británicos y los belgas —si no los franceses, los holandeses y los portugueses— parecían casi ansiosos por momentos de librarse de sus imperios, como si los imperios fueran piedras alderedor de su cuello.[61] El conflicto, por cierto, fue concomitante a la independencia de algunas posesiones imperiales —Argelia, Indonesia, Chipre, el Congo, Kenia, India y Pakistán (debido, en los últimos casos, a divisiones religiosas históricas del subcontinente)—; sin embargo, más de dos tercios de los territorios coloniales de Asia y África lograron la condición de estados independientes con relativamente poco o nada de violencia. Más aún, desde que el nivel de vida de las masas en los estados capitalistas occidentales, según lo aducían los marxistas, era artificialmente elevado porque durante largo tiempo se había basado en la explotación de las poblaciones nativas, la descolonización debería haber llevado a una declinación perceptible del nivel de vida, pero esto no ocurrió. Por el contrario, la formación de una Comunidad Económica Europea o Mercado Común trajo aparejado un período de crecimiento económico y prosperidad sin precedentes en la década de la descolonización.

A pesar del avance seguro de Asia y África hacia la descolonización política, Nikita Kruschev a menudo advirtió que las naciones occidentales "impedirían la desintegración del sistema colonial del imperialismo y estrangularían los movimientos de liberación nacional de los pueblos tendientes a la libertad y la independencia".[62] Occidente, dijo Kruschev, estaba buscando desesperadamente nuevas formas de mantener a los pueblos de los países subdesarrollados en un estado de dependencia permanente. Si cualquier gobierno políticamente independiente del Tercer Mundo entraba en un pacto de asistencia militar con una nación occidental para defenderse contra el ataque externo o la subversión guerrillera interna, esto era simplemente asunto, a ojos de Kruschev, de apretar otro control sobre estados nominalmente independientes y respaldar sus "regímenes corruptos" bajo el pretexto de salvarlos del comunismo.[63] Kruschev identificaba a la Comunidad Económica Europea como un instrumento de "neocolonialismo" contra el cual los nuevos estados tenían que estar especialmente en guardia. La teoría comunista oficial, si bien concedía que algo de desarrollo económico ahora estaba produciéndose en el Tercer Mundo, todavía consideraba a los nuevos países independientes parte del mundo sometido a explotación por parte de los monopolios capitalistas.[64]

A continuación de la independencia, el desarrollo en los países del Tercer Mundo siguió en gran medida como antes. No se precipitó dramáticamente hacia adelante. Esta realidad histórica del proceso de descolonización y su período posterior exigió una modificación ulterior de la teoría marxista-leninista. La independencia económica de las anteriores colonias fue retratada como una farsa, porque no llegó a ningún mejoramiento significativo de su condición económica. Los países pobres, decían los marxistas, todavía están encerrados en el sistema capitalista y se empobrecen por sus "leyes de hierro de precio", de igual forma en que Marx deploraba el creciente "empobrecimiento" de los trabajadores en los países capitalistas como consecuencia del funcionamiento de la "ley de hierro de los salarios". (En la teoría marxista, todas las leyes son leyes de hierro.) Esta nueva situación explica el fracaso de la predicción de que los capitalistas lucharían tenazmente para retener a sus colonias: los capitalistas sabían que no tendrían dificultad alguna en continuar con su dominación económica.

Thomas E. Weisskopf ha señalado varios factores en funcionamiento dentro del sistema capitalista mundial que, en su opinión, refuerzan la subordinación de los países pobres a los ricos:

- Las elites en surgimiento de los países pobres están convencidas de que deben emular los modelos de consumo de la burguesía de los países ricos y crear una demanda de importaciones occidentales que satisfaga a los consumidores de elite, sin contribuir al desarrollo económico.
- El "drenaje de cerebros" de científicos, ingenieros, administradores y otros profesionales tecnológicamente preparados de los países pobres a los ricos, aumenta la dependencia de los países menos desarrollados (PMD) de las regiones industrializadas.
- La empresa privada extranjera perpetúa las condiciones que hicieron indispensable al capital extranjero y desalienta el crecimiento del conocimiento en los países anfitriones, su tecnología, habilidades e incentivos que elevarían su independencia.
- Los capitalistas occidentales crean una aristocracia del trabajo en

> los países pobres pagándole a un número más pequeño de trabajadores especializados salarios más altos en lugar de pagarle a un número más grande de trabajadores no especializados salarios bajos.[65]

Weisskopf ignora la contradicción implícita en su tercero y cuarto puntos citados arriba.

Los marxistas generalmente han sostenido que la riqueza de la sociedad occidental no ha sido debida a la energía humana, la invención científica, la capacidad tecnológica, la eficiencia administrativa y organizativa, las economías de escala y el clima de libertad política en el cual se pueden tomar las decisiones económicas, si bien están sujetas a regulaciones de política pública, y ello sin restricciones excesivas que se les impongan desde una burocrcaia de planificadores centrales. Por el contrario, han explicado que la riqueza es atribuible en gran medida a la explotación por parte del capitalismo europeo y norteamericano de los pueblos de Asia, África y América Latina, una explotación en la cual aun los "trabajadores burgueses" de Occidente participaban. Para compensar la paradoja del constante aumento del nivel de vida de Occidente cuando debería haber declinado tras la pérdida del imperio, los marxistas le confieren un creciente énfasis al argumento de que las economías occidentales estaban siendo artificialmente estimuladas por la "carrera armamentista".

La opinión de que la competencia militar de las superpotencias y sus sistemas de alianza se deben a los intereses económicos de los capitalistas occidentales es demasiado simplista para merecer comentarios.[66] Más aún, la noción de que la explotación colonial ha sido reemplazada por la "carrera armamentista" no se mantiene demasiado bien cuando se la somete a un escrutinio serio. Estados Unidos que, comparado con las naciones europeas, tenía un imperio de ultramar muy magro, sin duda se habría convertido en el principal defensor militar de la civilización occidental tras la Segunda Guerra Mundial, al margen de los desarrollos en el mundo colonial. Las naciones de Europa Occidental, que renunciaron más bien a enormes posesiones coloniales, coherentemente han puesto un porcentaje mucho más bajo de su producto bruto nacional en defensa de lo que lo ha hecho Estados Unidos, y se podría haber planteado que los niveles de vida de Alemania Occidental, Francia y Japón han subido más rápidamente que el de Estados Unidos durante las tres últimas décadas.

Entre los teóricos marxistas del período posterior a la Segunda Guerra Mundial que han buscado vincular el imperialismo estrechamente con la política exterior norteamericana, Harry Magdoff es uno de los autores principales. Magdoff se opone a aquellos que plantean que las metas políticas y la seguridad nacional, más que el imperialismo económico, han sido las motivaciones principales de la política exterior de Estados Unidos. Esas personas, dice Magdoff, descansan en el argumento de que el comercio exterior y la inversión constituyen una parte tan pequeña del PBN de Estados Unidos (menos del 5 por ciento en el caso del total de las exportaciones) que los factores económicos no podrían de ninguna forma determinar la política exterior norteamericana. Magdoff niega que el tamaño de las proporciones sea por sí mismo un indicador adecuado de lo que motiva la política exterior. Además, aduce que la proporción de negocios

norteamericanos en el exterior es muchas veces mayor que el volumen de exportaciones de mercancías. Estima que el tamaño del mercado exterior para todas las firmas norteamericanas (internas y aquellas con sede en el exterior) llega a alrededor de dos quintos del producto nacional de todas las granjas, fábricas y minas. Considera que la actividad económica extranjera tiene una creciente importancia para este país y su política de seguridad nacional, generalmente justificada en términos político-militares y diseñada para proteger el interés económico de las empresas gigantescas en el exterior:

> Las bases militares extendidas en todo el mundo, las capacidades militares de gran alcance y el correlativo complejo de gastos en el país y el exterior sirven a muchos fines de especial interés para la comunidad empresaria: 1) proteger las fuentes presentes y potenciales de materias primas; 2) salvaguardar los mercados extranjeros y las inversiones extranjeras; 3) conservar las rutas comerciales marítimas y aéreas; 4) preservar esferas de influencia en las que los negocios norteamericanos obtengan un margen competitivo para inversión y comercio; 5) crear nuevos clientes extranjeros y oportunidades de inversión a través de ayuda exterior militar y económica y, de manera más general, 6) mantener la estructura de los mercados capitalistas mundiales no sólo directamente para Estados Unidos sino también para sus socios menores entre las naciones industrializadas.[67]

Magdoff, al igual que todos los marxistas, expresa indignación ante el hecho de que Estados Unidos invierte primordialmente en industrias extractivas en los países del Tercer Mundo, asegurándose así fuentes de materias primas para los monopolios nacionales en los términos más favorables. Implícitamente supone que la dependencia de exportaciones de productos primarios impide un desarrollo real.[68] Este argumento marxista, a causa de su constante repetición, ha ejercido influencia en el pensamiento de los analistas no marxistas de Occidente, especialmente aquellos que han buscado demostrar que el modelo contemporáneo de relaciones de intercambio internacional basado en la división mundial del trabajo —en el cual los países menos desarrollados suministran los materias primas básicas para que las procesen los países industriales avanzados— lleva a un crecimiento dinámico en un polo de la economía mundial y al estancamiento y empobrecimiento en el otro.

El teórico noruego Johan Galtung es un eminente defensor de este punto de vista. Galtung considera que las relaciones comerciales entre la Comunidad Europea y los países del Tercer Mundo se caracterizan por un dominio estructural en tres niveles, la ya mencionada división vertical del trabajo más dos medios adicionales de perpetuar el statu quo explotador: 1) la "fragmentación" (o la ausencia relativa de relaciones económicas horizontales entre los países en desarrollo); y 2) la "penetración" (que implica el crecimiento, anteriormente mencionado, de relaciones económicas, educativas, culturales y de otro tipo entre elites locales en surgimiento en los Países del Tercer Mundo y las anteriores potencias metropolitanas).[69] Galtung acusa a la Comunidad Europea por "permitir" que los Estados

Asociados de África produzcan sólo bienes procesados que no sean competitivos respecto de las exportaciones de la Comunidad Europea. Aun concediéndoles condición de "Asociados" y preferencias arancelarias selectivas a ciertos estados africanos, declara, la Comunidad Europea les da una posición privilegiada respecto del resto del Tercer Mundo y así fragmenta al "Grupo de los 77" en la UNCTAD (la Conferencia de las Naciones Unidas de Comercio y Desarrollo).[70] Galtung no es un marxista, pero en su teoría estructural del imperialismo emplea muchas de las mismas categorías de pensamiento que los marxistas.

Crítica de los neomarxistas

Los marxistas y los otros que le echan la culpa a Occidente por la pobreza de los PMD han sido redondamente criticados por simplificar en exceso la situación. No importa cuánto bien se pueda hacer, siempre es fácil (y por lo general cierto) decir qué más debería haberse hecho. Pero echarles la culpa a los gobiernos europeos por fracasar en llevar adelante un grado más alto de desarrollo en sus imperios cuando tenían la responsabilidad, dice P. T. Bauer, es "sobrevaluar las potencialidades del poder estatal como instrumento de progreso económico".[71] De hecho, insiste Bauer, la condición colonial no era incompatible con el desarrollo económico. Mientras virtualmente no ha habido crecimiento económico en África antes de que los europeos llegaran, entre 1890 y 1960 el comercio de África Occidental (especialmente en el caso de la Costa de Oro y Nigeria) aumentó en una proporción del 100 % o más. Según Bauer:

> Es altamente probable que a lo largo del siglo pasado más o menos, el establecimiento del dominio colonial en África y Asia haya promovido, y no retardado, el progreso material. Con relativamente poca coerción, o aun interferencia en la vida de la gran mayoría del pueblo, los gobiernos coloniales establecieron la ley y el orden, salvaguardaron la propiedad privada y las relaciones contractuales, organizaron transportes básicos y servicios de salud e introdujeron algunas instituciones financieras y legales modernas. El entorno resultante también promovió el establecimiento o la extensión de contactos externos, que a su vez alentó el ingreso de recursos externos, especialmente habilidades administrativas, comerciales y técnicas, tanto como capital... Es poco probable (si bien no se puede probar de forma concluyente) que en ausencia del gobierno colonial, el entorno social, político y económico de África y Asia hubiera sido más acorde con el progreso material.[72]

Bauer hace la significativa observación de que los estados africanos no sujetos al imperialismo occidental —Liberia y Etiopía— hoy en día son más retrasados que aquellos de sus vecinos que han sido colonizados.[73] La relación entre Occidente y los pueblos coloniales estaba lejos de ser unilateralmente explotadora. Con la dominación occidental llegó el alfabetismo y la educación, los hospitales, la higiene, los métodos sanitarios y

al menos un conocimiento rudimentario de la ciencia y la tecnología. El efecto político de Occidente en las tierras coloniales en ciertos aspectos fue mayor que el impacto económico. Los conceptos de "independencia", "autodeterminación", "libertad" e "igualdad soberana" que los pueblos de Asia y África emplearon con gran efecto después de la Segunda Guerra Mundial para expresar sus aspiraciones políticas fueron, como lo señaló Hans Kohn, tomados del vocabulario político occidental por los líderes nativos que habían recibido su educación universitaria en los países occidentales.[74]

Otros analistas no marxistas han aducido con poder persuasivo que no hay una relación necesaria entre la pobreza y la confianza de los países del Tercer Mundo en las industrias extractivas y agrícolas. Las anomalías de Australia y Nueva Zelanda plantean un grave desafío a los presupuestos fundamentales de esta tesis particular de la "ley de hierro". Oponiéndose a Galtung, Andrew Mack escribe:

> Las relaciones de intercambio económico que vinculan a Australia y Nueva Zelanda con los ricos países industrializados son precisamente aquellas que Galtung afirma que no sólo son características de las relaciones entre el Tercer Mundo/CE, sino que también son la causa raigal del subdesarrollo del primero. Ambos países dependen de la exportación de productos primarios... caracterizados por un procesamiento inexistente o muy bajo. Por el otro lado, ambos países dependen de importaciones que prototípicamente tienen un alto grado de procesamiento... En otras palabras, ambos países están en el extremo más bajo de la división vertical del trabajo internacional... Sin embargo ambos países han experimentado un seguro crecimiento económico y un significativo grado de industrialización interna. Esto por cierto es una anomalía que la teoría de Galtung no puede explicar.[75]

Los analistas marxistas parecen creer que, sea lo que sea que hagan los capitalistas, esto constituye una explotación. Al mismo tiempo, condenan a los gobiernos occidentales y a los empresarios por no haber hecho más para ayudar a los territorios coloniales y a los estados independientes que los sucedieron. Pocas veces los marxistas manifiestan lo que los capitalistas deberían haber hecho para el desarrollo económico del Tercer Mundo y fracasaron en hacer. Quizás no pueden hacerlo, pues cuanto más activos son los capitalistas, más explotadores son, por definición. Los marxistas también suponen que el sistema socialista, por definición, no puede ser explotador. Aquí preferimos ignorar el récord de posguerra de la Unión Soviética en Europa Oriental. Durante muchos años, las elites de los PMD se vieron fuertemente atraídas hacia el modelo soviético de desarrollo económico. Que sigan prefiriendo el estilo soviético de planificación estatal frente al desarrollo "capitalista-imperialista" de ayuda exterior se ha vuelto más dudoso desde que Gorbachov impugnó la era Brezhnev por su "estancamiento" y empezó a intentar inyectarle nuevos incentivos de producción a la economía soviética.

El imperialismo como consigna política

El "imperialismo" ha seguido siendo la consigna principal o lema de la política mundial en la segunda mitad del siglo XX. La teoría leninista a menudo ha sido llamada estrechamente eurocéntrica, pero el término ha adoptado una aplicabilidad universal desde la Segunda Guerra Mundial. Todas las potencias principales lo han empleado para describir las políticas de sus rivales. Para Stalin, el imperialismo se aplicaba a toda conducta de cualquier potencia poco amistosa respecto de la política comunista.[76] Condenó el Plan Marshall como un complot del imperialismo capitalista y etiquetó al desertor Tito de herramienta del imperialismo. Los nacionalistas árabes se lanzaron contra el imperialismo británico y norteamericano-sionista en Medio Oriente.[77] Era inevitable que las actividades de las compañías petroleras norteamericanas en Medio Oriente y las compañías de frutas en América Latina fueran etiquetadas de principales ejemplos de imperialismo y que los acuerdos comerciales entre la Comunidad Europea y sus Estados Asociados de Africa y Asia fueran caracterizados como instrumentos del neoimperialismo. El líder indonesio Sukarno y otros neutrales del Tercer Mundo, a fines de la década de 1950, execraron a Occidente por haber subyugado a todos los pueblos que vivían a lo largo de la "carretera imperialista" que va del Océano Atlántico al Océano Indico y el sur del mar de China.[78] Hasta fines de los años sesenta, cuando la Unión Soviética reemplazó a Estados Unidos como principal enemigo de Pekín, Mao Tse-Tung, adhiriendo a una línea stalinista dura, hizo del imperialismo la consigna principal de la guerra de propaganda china contra Estados Unidos.

Lenin, Stalin y Mao, todos usaron eficazmente al "imperialismo" para levantar el resentimiento del Tercer Mundo contra Occidente por motivos político-estratégicos. La mayoría de los teóricos occidentales de las relaciones internacionales, tanto como los líderes políticos, consideraban a la dominación soviética de Europa Oriental como imperialismo, si bien los intelectuales del Tercer Mundo no se mostraron demasiado espantados ante la supresión soviética del levantamiento húngaro de 1956. Kenneth A. Boulding escribió:

> Es bastante imposible explicar el imperialismo moderno en términos económicos. La única excepción posible a esto, paradojalmente, es el imperialismo socialista ejercido por la Unión Soviética sobre Europa Oriental, y especialmente sobre Alemania Oriental después de la Segunda Guerra Mundial. La Unión Soviética probablemente extrajo más bienes de Alemania Oriental en los diez años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, que Bran Bretaña en doscientos años de dominio en la India y todo esto fue puro tributo.[79]

Los neutrales del Tercer Mundo, durante tres décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial parecieron dar por sentado, como muchos lo habían hecho antes, que los imperialistas son gente que viene en barcos de tierras lejanas. Aquellos que pudieron imponer su dominio simplemente haciendo

entrar ejércitos a través de las fronteras fueron durante un largo tiempo excluidos de la definición de "imperialistas". La República Popular China, que ella misma se había comprometido en algunas aventuras imperialistas contra India y Tibet, fue la que empezó a acusar a la Unión Soviética de imperialismo en una forma creíble para las elites izquierdistas del Tercer Mundo. Mientras intentaba reemplazar a la Unión Soviética como líder de las fuerzas de la revolución mundial, Mao primero acusó a los líderes soviéticos de revisionismo, aburguesamiento y traición de la revolución a través del contubernio en cuanto al control de armamentos con los imperialistas capitalistas. Más tarde los líderes chinos condenaron al capitalismo y al imperialismo socialista en una misma frase. Más tarde, aun, empezaron a indicar que consideraban al imperialista socialista de la Unión Soviética una amenaza mayor que el capitalismo imperialista de Estados Unidos, y actuaron como si le dieran la bienvenida a una tácita alianza con el enemigo más lejano contra el más cercano. Al mismo tiempo, alentaron el reforzamiento de la OTAN; instaron a Europa a unirse y le advirtieron a Occidente que no tomaran la *détente* promovida por los soviéticos demasiado en serio. En julio de 1978, los ministros de Relaciones Exteriores de más de 100 estados no alineados, reunidos en Belgrado, dejaron entrever por primera vez que se estaban empezando a preocupar más por la expansión soviética, especialmente en Africa, de lo que lo estaban por un declinante imperialismo occidental.[80]

Sin embargo, a pesar de sus muchas deficiencias y defectos teóricos de predicción y práctica —por ejemplo, muchos países organizados según las líneas comunistas han encontrado más difícil alimentarse de lo que lo encontraban antes— el marxismo sigue ejerciendo una atracción mundial como vehículo para la expresión de críticas, resentimiento y protestas contra las complejidades y frustraciones de la realidad social contemporánea.[81] Según Adam B. Ulam, la teoría de Hobson-Lenin del imperialismo, "debido a su simplicidad, debido a su atracción psicológica y debido a la indudable depredación y brutalidad que acompañaron el proceso de colonización", retiene su influencia permitiéndoles a los desheredados del mundo expresar su ira y perturbar la conciencia de un Occidente culpable.[82]

En última instancia, la teoría leninista del imperialismo les hace un magro servicio a las naciones en desarrollo del mundo occidental. La urgencia simplista y polémica por echarle la culpa de todos o la mayoría de los problemas de tales países a la explotación de unos pocos estados capitalistas, como lo ha señalado Anthony James Joes, aparta la atención de los planificadores que se toman en serio la explicación ideológica, del examen cuidadoso de los obstáculos planteados a la modernización por los factores políticos, culturales, económicos y geográficos indígenas. La teoría también les sirve a algunos líderes del Tercer Mundo, dice Joes, pues "exculpa a los teóricos dogmáticos, los charlatanes incompetentes, los megalomaníacos con charreteras y los 'tiranos de aldea' de toda responsabilidad por la condición deplorable de sus conciudadanos sufrientes, aun después de dos décadas —o dos siglos o dos milenios— de independencia política".[83]

El debate Norte-Sur

Durante dos décadas o más, los profesionales de la política y los teóricos han estado discutiendo que los problemas económicos han llegado a rivalizar con las preocupaciones de seguridad nacional de las naciones y que la política mundial se está mezclando cada vez más con temas de comercio, ayuda y asuntos monetarios. Muchos han ido tan lejos como para plantear que el debate Norte-Sur, que se centra en desigualdades estructurales en la economía internacional, ha suplantado a la preocupación de seguridad Este-Oeste como el tema más urgente de la agenda global, al menos a los ojos de más de dos tercios de los países del mundo, especialmente los de Asia, África y América Latina. El Tercer Mundo, con persistente vehemencia, ha condenado la "carrera armamentista" entre el Primer Mundo (u Occidente) y el Segundo Mundo (el bloque socialista soviético que no incluye a China comunista) y ha presionado fuertemente en las Naciones Unidas para el desarme de las potencias que tienen armas nucleares, como un medio principal para liberar lo que el Tercer Mundo considera recursos desperdiciados en la peligrosa quimera de la disuasión, recursos que podrían redistribuirse para el desarrollo internacional.

Es una gruesa simplificación identificar a los países industriales del norte con los "ricos" y a los países menos desarrollados del sur con los "pobres". Tanto dentro de los estados del norte como entre ellos, podemos advertir disparidades económicas; por ejemplo, entre la parte norte de Italia y el Mediodía del sur, o entre los barrios bajos y los suburbios de muchas ciudades de Estados Unidos o entre Portugal y Grecia por un lado y la Europa del noroeste, más rica, por el otro. Desde la suba del precio del petróleo a principios de los años setenta, el Tercer Mundo ha estado dividido en dos mundos, uno de los cuales se vio negativamente afectado por el aumento del costo de las importaciones petroleras necesarias para el desarrollo industrial y agrícola y un Cuarto Mundo que incluye algunos países que pueden, gracias a las políticas de precios y de producción de la OPEP, jactarse de ingresos per cápita más altos que aquellos de unos pocos países del norte. Varios de los más de 100 estados que se identifican con "el Sur" son ellos mismos países recientemente industrializados (PRI) con economías de mano de obra intensiva cuyas exportaciones manufactureras han demostrado ser altamente competitivas en los mercados internacionales frente a países que disfrutan de un nivel de vida más elevado.* Finalmente, la brecha entre clases ricas y pobres en las zonas urbanas en los países del Sur a menudo es más impresionante que en el Norte o en el sistema económico global como un todo entre el Norte y el Sur. Por cierto, las voces del Tercer Mundo que son más mordaces en su condena de las naciones industrializadas occidentales por consumir tres cuartos de los recursos del mundo para satisfacer a un cuarto de su población, a menudo condonan impresionantes desigualdades en la estructura

* Éstos incluyen a Argentina, Brasil, México, India, Corea del Sur, Taiwán, Filipinas, Hong Kong, Singapur y, hace poco, Malasia y Tailandia.

de clases de su propia sociedad, de las que generalmente le echan la culpa al Occidente capitalista.[84]

Después de que todas las advertencias se han registrado, nadie puede negar que el grueso de la humanidad que vive en los 100 países (descontados América del Norte, Europa Occidental, Japón, Europa Oriental, la OPEP y los PRI) con el ingreso "per cápita" menor está sustancialmente peor en términos materiales (si bien quizás no cultural o psicológica o espiritualmente) que la gente que vive en los cuarenta países con los niveles más altos de ingreso. Los analistas han estado apuntando a la relación desigual entre las naciones ricas y pobres durante décadas. Algunos prefieren ignorar las enormes diferencias que existen, pero ninguna persona inteligente puede estar en desacuerdo con las oscuras comparaciones estadísticas que han sido declamadas tantas veces que la mayoría de la gente de los países industrializados se ha vuelto virtualmente inmune a ellas.

No es de sorprender que las perspectivas del problema global adoptado por el Norte y el Sur sean polos separados. En 1976, Mahbub Ul Huq, el Director de Planeamiento de Políticas y Revisión de Programas paquistaní del Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (o Banco Mundial) de Washington, resumió los dos puntos de vista de la siguiente forma:

> Las naciones pobres están empezando a cuestionar las premisas básicas de un orden internacional que lleva a disparidades cada vez mayores entre los países pobres y ricos y a una persistente negación a la igualdad de oportunidades para muchas naciones pobres. De hecho, están planteando que en el orden internacional —tanto como dentro del orden nacional— toda distribución de beneficios, créditos, servicios y toma de decisiones se desvía en favor de una minoría privilegiada y que esta situación no puede cambiarse sino a través de fundamentales reformas institucionales.
>
> Cuando se les señala esto a las naciones ricas, lo desestiman quitándole importancia, como retórica vacía de las naciones pobres. Su respuesta habitual es que el mecanismo del mercado internacional funciona, si bien no de manera demasiado perfecta, y que las naciones pobres siempre están en busca de sacarles concesiones a las naciones ricas en nombre de explotaciones pasadas. Creen que las naciones pobres están exigiendo una redistribución masiva del ingreso y la riqueza, lo cual simplemente no está en las cartas. Su actitud general parece ser que las naciones pobres deben ganarse su desarrollo económico, en gran parte de igual forma como las naciones ricas tuvieron que hacerlo a lo largo de los dos últimos siglos, a través de un paciente trabajo duro y una gradual formación de capital y que no hay atajos para este proceso ni sustitutos retóricos. Los ricos, sin embargo, son lo suficientemente "generosos" como para ofrecer alguna ayuda a las naciones pobres para acelerar su desarrollo económico si los pobres sólo están dispuestos a comportarse.[85]

El funcionario del Banco Mundial seguía adelante trazando una analogía entre los pobres globales y los estratos pobres de una sociedad nacional,

para los cuales el mecanismo del mercado deja de funcionar equitativamente, dado que las clases ricas pueden inclinar el mercado a su voluntad mientras que los pobres carecen de poder para influir en sus decisiones. "Esto es aún más cierto en el nivel internacional", agrega, "dado que no hay gobierno mundial y ninguno de los mecanismos usuales que existen en los países pueden crear presiones para una redistribución del ingreso y la riqueza".[86] Las iglesias, los filósofos, los teólogos, los teóricos sociales y otros pueden aducir con empeñosa elocuencia que los pueblos afortunadamente situados de este mundo tienen una alta obligación moral de ayudar a aquellos mucho menos afortunados. Sin duda tienen razón. Aun ciertos políticos valerosos coinciden, a pesar del hecho de que tal mensaje nunca es popular entre los contribuyentes en los países democráticos parlamentarios (y prácticamente nunca se lo escucha decir en el bloque socialista). La gente de las sociedades occidentales ricas puede exhibir impulsos extremadamente generosos cuando se trata de ayudar a gente que conocen en circunstancias de penuria crónica (en su país) o necesidades de emergencia (en el país o el exterior). Nunca ha sido muy fácil para cualquier gobierno, sin embargo, generar demasiado entusiasmo por programas sostenidos de largo alcance, y bien planeados y masivos de asistencia al desarrollo internacional. Al margen de cuáles puedan ser las obligaciones *morales* de las naciones, no existe ninguna autoridad mundial pública eficaz para hacer cumplir las obligaciones para convertirlas en políticas.

La teoría de la "dependencia" *

La mayoría de los PMD han emergido en la segunda mitad del siglo XX de un pasado en el cual ya el colonialismo político, ya el imperialismo económico, ya ambos predominaban. Mientras que todos los países industriales de Occidente y Japón experimentaron algunos problemas en la transición desde sociedades tradicionales a modernas, para la mayoría de ellos el proceso ha sido gradual y por fases a lo largo de un extenso período. Muchos países del Tercer Mundo, súbitamente catapultado a un rápido cambio social, han sentido presiones revolucionarias como resultado del proceso de modernización. La mayoría de ellos manifiestan impresionantes desigualdades en sus modelos de riqueza acumulada y distribución del ingreso anual. La mayoría surge de tasas de crecimiento de la población, mortalidad infantil, malnutrición o hambre, enfermedades contagiosas y analfabetismo elevados o superiores a lo normal, tanto como de programas inadecuados de educación, salud y bienestar. A lo largo de todo el Tercer Mundo, el planeamiento de un desarrollo económico coherente se ve perjudicado por escasez de habilidad técnico-administrativa, inestabilidad política, inflación, términos comerciales desfavorables (debido a la dependencia de las exportaciones de unos pocos productos primarios y la importación de capital y manufacturas costosas, más un endeudamiento en gran escala con instituciones bancarias extranjeras, sean nacionales o internacionales) y presiones para el consumo que por lo general destruyen la productividad nacional.

* En español en el original. (N. de la T.)

La teoría de la dependencia como subordinación * se originó durante los años setenta como una escuela de pensamiento estructural-globalista, cuyo objeto era explicar la brecha entre las naciones ricas y pobres del mundo. Se desarrolló en gran medida a través de analistas latinoamericanos de la Comisión Económica de América Latina (CEPAL) y rápidamente fue adoptada por los escritores orientados hacia la UNCTAD que no estaban satisfechos con las explicaciones de quienes le atribuían el fracaso en el desarrollo del Tercer Mundo al presupuesto de que las tradiciones religioso-culturales actuaban como un peso contrario a la modernización. La tesis básica de los *dependentistas* ** es que la dependencia como subordinación difiere del tipo de dependencia que la mayoría de los especialistas contemporáneos tiene en mente cuando se refiere a un mundo "interdependiente". James Caporaso distinguió los dos conceptos de la siguiente forma:

> La orientación hacia la dependencia busca sondear y explorar las simetrías y asimetrías entre las naciones-estado. Este enfoque muy a menudo procede de un paradigma *liberal* que se centra en los agentes individuales y en sus metas y que ven al poder en términos de decisión. Los agentes individuales por lo general son estados internamente unificados que se enfrentan con el entorno externo como unidades homogéneas. ... La orientación hacia la dependencia como subordinación, por el otro lado, busca explorar el proceso de integración de la periferia en el sistema capitalista internacional y evaluar las consecuencias para el desarrollo de este capitalismo periférico. Este enfoque proviene de un paradigma *estructuralista* que se centra en la estructura de clases y en el capital internacional y el papel del Estado en la configuración y manejo de las fuerzas nacionales, extranjeras y de clase que impulsan el desarrollo dentro de los países. El marco de la dependencia como subordinación, en otras palabras, explícitamente rechaza al Estado unificado como actor en tanto instrumento conceptual útil para la teoría.[87]

En opinión de los teóricos de la dependencia como subordinación, la relación entre el "centro" septentrional y la "periferia" meridional, lejos de ser una relación de cooperación de intereses mutuos, connota la subordinación del último al primero y su explotación por parte de aquél. Así, a ojos de los *dependentistas* los países pobres no carecen de capital y se ubican detrás de los ricos porque están fuera del mundo capitalista o en su borde, sino más bien porque han sido integrados dentro de la estructura

* Para la diferencia semántica que en inglés implican *dependence* y *dependency*, se ha optado por traducir el primero como "dependencia" y el segundo como "dependencia como subordinación", si bien habitualmente en el vocabulario de ciencia política se usa directamente "teoría de la dependencia" prescindiendo del sutil matiz semántico. (N. de la T.)

** En español en el original, al igual que las siguientes palabras en bastardilla de este apartado. (N. de la T.)

internacional de clases del sistema capitalista. A este respecto, la teoría de la dependencia es esencialmente una variante de la perspectiva neomarxista de la situación que enfrentan los anteriores territorios coloniales. Tony Smith caracterizó la teoría de la dependencia de la siguiente forma:

> Dicho sintéticamente, sostiene que los procesos económicos son la fuerza estructural básica de la historia y que a lo largo de los últimos siglos el capitalismo septentrional (primero en su forma mercantil, luego en la del libre comercio, luego en su disfraz financiero y ahora en el de multinacionales) ha sido la locomoción de la historia. Las tierras y pueblos que son "dependientes" no son "autónomos" (una palabra favorita de muchos de estos autores que nunca ha sido definida de forma rigurosa...) frente a estas fuerzas económicas externas...
>
> La principal crítica que se le puede hacer a la teoría de la dependencia es que exagera el poder explicativo del imperialismo económico como concepto que le dé sentido de cambio histórico en el sur. Se ha puesto demasiado énfasis en el poder dinámico y configurador del imperialismo capitalista y las fuerzas socioeconómicas en liga con él localmente; demasiada poca atención se les presta a los motivos políticos que están detrás del imperialismo o al poder autónomo de las circunstancias políticas locales para influir el curso del cambio en África, Asia y América Latina.[88]

J. Samuel y Arturo Valenzuela criticaron la "perspectiva de la modernización" que los antropólogos, economistas, sociólogos y especialistas en ciencia política habían desarrollado en el período de posguerra para explicar el fracaso de las "nuevas naciones" en alcanzar el punto de "despegue económico" con una inyección de ayuda extranjera occidental. Tal perspectiva, en su opinión, era una excrecencia de la dicotomía tradición-modernidad de la sociología europea del siglo XIX que veía a la cultura misma, la cual se resistía al cambio, como el obstáculo principal a la modernización económica. Las sociedades tradicionales están marcadas por la adscripción, no por el logro; por el status social, no por el esfuerzo individual; por una extendida estructura de parentesco más que por la familia nuclear. Manifiestan poca especialización ocupacional y movilidad social, un sistema altamente estratificado de deferencia hacia arriba y un énfasis en el elitismo y la autoridad jerárquica. Por contraste, los rasgos de la sociedad "moderna" son conceptualmente bastante diferentes, de hecho, opuestos polares: altas tasas de movilidad social; un sistema ocupacional complejo; un predominio de actividades económicas secundarias respecto de las meramente primarias (es decir, industrias de manufactura y servicios por encima de la agricultura y la minería); estructuras políticas, legales y sociales diferenciadas y una capacidad institucionalizada de cambio más que un modelo rígido calculado para preservar los valores sociales, religiosos y culturales inmemoriales. A los occidentales tendientes a la modernización se los acusó de suponer que a menos que las sociedades tradicionales pudieran aprender a innovar y a adoptar ideas occidentales, técnicas, métodos organizativos, incentivos e instituciones —todo un nuevo conjunto de actitudes y forma de vida— deben continuar languideciendo en el borde de pobreza.

Los teóricos de la dependencia, señalan los Valenzuela, rechazan el presupuesto de la modernización de que el desarrollo genuino sólo puede darse a través de una respuesta adecuada a los estímulos de fuentes exógenas según el modelo occidental, que es el único exitoso, como si el desarrollo y la occidentalización fueran procesos idénticos. También rechazan la noción de que la sociedad nacional es la unidad adecuada de análisis en este contexto. Los Valenzuela aducen que diferentes niveles en la transición de la tradición a la modernidad no pueden explicar las diferencias en los niveles de logro de crecimiento económico. Las naciones y las regiones pueden ser analizadas sólo por referencia a su lugar en el sistema económico-político mundial, estén cerca del centro o de la periferia. Éste es un dogma central que atraviesa toda la bibliografía de la dependencia. La literatura de la dependencia como sumisión, desgraciadamente, está perjudicada por conceptos tan imprecisos o poco elegantes como "desarrollo asociado-dependiente", "desarrollo dirigido hacia el interior [o hacia el exterior]", "procesos histórico-estructurales globales", la "operacionalización de la dependencia" y "análisis diacrónico".[89]

Los teóricos de la dependencia han tenido que enfrentarse con el hecho innegable de que algunos PMD han empezado a producir manufacturas por sí mismos en una escala sustancial en lugar de importarlas. Estos "países recientemente industrializados" (PRI) incluyen a Corea del Sur, Taiwán, Argentina, Brasil, India, Filipinas, Hong Kong, Singapur, México, Venezuela, Tailandia y Malasia. En algunos casos, los PRI mismos se han vuelto importantes exportadores aun a países tales como Estados Unidos, que en los años ochenta tenía grandes déficit de balanza de pagos con las entidades económicas en emergencia de la República de Corea y Taiwán. Los teóricos de la dependencia admiten que las empresas multinacionales (EMN) se han visto atraídas por estos países y que algo de sustitución de las importaciones se ha producido, pero ello es debido a los costos más baratos de mano de obra y, en muchos casos, por líneas de suministro menores de materias primas. Sin embargo, los *dependentistas* así lo plantean, el desarrollo así obtenido no es realmente "autónomo" sino que está dictado por las necesidades globales del sistema capitalista mundial. Los teóricos neomarxistas y de la dependencia prefieren subrayar la constante subordinación de esta "semiperiferia" al centro e ignorar el hecho de que algunos países enteros ahora están mejor económicamente que antes.[90] En estos como en otros países del Tercer Mundo, aducen los teóricos de la dependencia, un *comprador*, o miembro de la clase burguesa urbana nacional, se ha aliado con los capitalistas extranjeros y se engrandece uniéndose a ellos en la explotación de sus connacionales menos afortunados, especialmente en las zonas rurales y en los barrios bajos de las ciudades en proceso de modernización.

El Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI)

El debate Norte-Sur acerca de la estructura real versus la ideal de las relaciones económicas mundiales alcanzó su máxima intensidad durante los años setenta en una serie de exigencias específicas del Tercer Mundo

de reforma global. Estas exigencias de un Nuevo Orden Económico Internacional estaban contenidas en varios documentos adoptados por conferencias internacionales generalmente organizadas dentro del marco de las Naciones Unidas.[91] El éxito de los países productores de petróleo en cuadruplicar el precio de su producto convenció a muchos líderes políticos, tanto como a sus asesores, de que el Tercer Mundo podía amplear diversas formas de "poder de los productos básicos" como influencia contra lo que consideraban un "liberalismo global" opresivo de Occidente industrializado. Creían que podían torcerles el cuello a través de su poder de voto en la Asamblea General de las Naciones Unidas, la UNCTAD y la UNCLOS III (la Tercera Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Ley del Mar) y a través de su retórica convincente en el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial. Sus objetivos eran acelerar el ritmo de su propio desarrollo económico y cambiar los modelos de distribución de recursos: menos para los ricos y más para las naciones pobres. De ninguna manera coincidían todos los estados del Tercer Mundo sobre lo que se debía hacer, debido a las divergencias de intereses que se habían hecho evidentes dentro de sus propias filas: por ejemplo, entre exportadores e importadores de petróleo; entre estados costeños y continentales, entre estados dependientes de la agricultura y los productos básicos y los PRI. De manera general, sin embargo, había un acuerdo generalizado en que el Norte debía:

- asegurar un ritmo más rápido de transferencia de tecnología (pues la mayoría de los países del Tercer Mundo temían que la brecha tecnológica siguiera ensanchándose más que enangostándose);
- mejorar los términos comerciales para el Sur y expandir las preferencias comerciales para sus manufacturas;
- multilateralizar la ayuda exterior económica para el desarrollo, a fin de aislarla de los hilos políticos que a menudo acompañaban las transacciones bilaterales;
- negociar con la UNCTAD y otros grupos del Tercer Mundo una estabilización del precio de los productos básicos para proteger los productos primarios exportados al Norte contra amplias fluctuaciones de precios en el mercado mundial;
- imponer controles más estrictos en la inversión de capital del Primer Mundo en el exterior y en las operaciones de las EMN;
- conceder alivios a la deuda reprogramando o cancelando el endeudamiento del Tercer Mundo con los bancos del Norte y otras instituciones financieras internacionales dominadas por el Norte;
- aceptar indexación de precios, bajo la cual los precios de los productos del Tercer Mundo exportados al Primer Mundo se vincularían con los precios de los bienes manufacturados importados a él, y
- aceptar un nuevo régimen legal internacional para los mares altos que reconociera los recursos minerales del lecho del océano como "herencia común de la humanidad" y exigir que una porción de cualquier beneficio económico que resultara de la explotación de tales recursos por parte del Primer Mundo tecnológicamente avanzado entrara en un fondo internacional para el desarrollo del Tercer Mundo.

El Sur no hizo ningún avance con el NOEI como tal. El Norte estaba dispuesto a escuchar las discusiones al respecto, pero se negó a negociarlo. Sin embargo, se ha hecho un modesto avance hacia el cumplimiento parcial de ciertas exigencias del NOEI. La tecnología ha entrado en los PRI que ahora producen textiles, ropas, zapatos, acero y productos de acero, herramientas, automóviles, radios y otros equipos de audio, juguetes, productos químicos, provisiones médicas y aparatos eléctricos básicos, muchos items que el Norte, con su mano de obra cara, no puede producir con eficacia. El Norte ha aprobado el Sistema Generalizado de Preferencias (SGP) para las exportaciones manufacturadas (pero no para las agrícolas) del Sur y la CEE ha concedido, en la Convención de Lomé, arreglos comerciales que discriminan en favor del Tercer Mundo. El FMI, el Banco Mundial y los bancos privados del Norte se han vuelto más sensibles a los problemas de balanza de pagos y de deuda de los países del Tercer Mundo. Algunos productores de petróleo, capaces de identificarse con los estados pobres e incapaces de absorber toda su riqueza en petrodólares, iniciaron programas de ayuda. La subsiguiente experiencia de la OPEP desde fines de los años setenta demostró que la solidaridad del Sur se estaba fragmentando, junto con su poder basado en los productos básicos.

Stephen D. Krasner ha demostrado que los PMD buscan simultáneamente varios objetivos diferentes en el sistema internacional, algunos de los cuales pueden parecerles a los observadores occidentales inconsistentes. El primero lo llama "comportamiento de poder relacional", que acepta los regímenes existentes y trabaja a través de las instituciones económicas establecidas, tales como el FMI y el Banco Mundial a fin de aliviar las dificultades de divisas y escasez de capital o a través de canales bilaterales para finalizar tratados impositivos y acuerdos de comercialización ordenados. Semejante enfoque puede implicar una dura negociación y una sumisión renuente a las condiciones desagradables (es decir, costos de servicios por la deuda y pedidos de reducción de las importaciones). El segundo tipo de comportamiento político, dice Krasner, es un "comportamiento meta-poder", que apunta a reestructurar los regímenes internacionales, alterando instituciones, reglas, principios, valores y normas en favor de los estados más débiles, pobres y vulnerables. Los PMD, careciendo de capacidades materiales de poder (si bien éstas están creciendo en muchas áreas), han confiado más en la retórica política y en su poder de voto como comunidades soberanas formalmente iguales en las organizaciones internacionales, para lograr cambios en la forma en que funciona la economía internacional. Hasta ahora, como hemos visto, los cambios han estado lejos de ser fundamentales a los ojos del Tercer Mundo, pero ha habido cambios sustanciales y el proceso de cambios sin duda continuará, más a través del ejercicio del "poder relacional" que del "meta-poder" por parte del Sur.[92]

Empresas multinacionales

Uno de los cambios importantes en el clima internacional de las relaciones Norte-Sur durante la última década ha tenido lugar en la actitud de muchos países del Tercer Mundo hacia las EMN. Que las multinacionales en conjunto han beneficiado o explotado a los países anfitriones del Sur ha sido durante largo tiempo un tema de acerba controversia, pero el debate se ha vuelto en cierta forma menos polémico y más complejo económicamente en los últimos tiempos. Debemos darnos cuenta ante todo que mucho más de dos tercios de los afiliados extranjeros a las EMN con cuarteles en el Primer Mundo (es decir, Estados Unidos, Europa Occidental y el Japón) también están ubicados en el Primer Mundo más que en los países del Tercer Mundo. Estados Unidos representa alrededor de un cuarto de todas las EMN; Gran Bretaña y Alemania Occidental, otro cuarto. Aproximadamente tres cuartos de todas las inversiones extranjeras del Primer Mundo se dan en países del Primer Mundo.[93]

Para 1980, el volumen anual de ventas de las 10 EMN más grandes era mayor que el producto bruto interno (PBI) de 87 países (excluidos los estados de Europa Oriental). Por lo general se ha inferido de esto que las EMN pueden rápidamente interferir, directa o indirectamente, en la vida económica y política de los países anfitriones e inclusive ejercer una influencia dominante en los países pobres del Tercer Mundo. (De Gaulle a menudo se quejaba acerca del "desafío norteamericano" planteado por las EMN aun para los países industrialmente avanzados.) Exactamente cómo se traducen las capacidades económicas de las empresas extranjeras en poder político interno, sea en países industrialmente avanzados o menos desarrollados, pocas veces se dice en términos específicos, pero por lo general lo suponen con prontitud aquellos que dan por sentado que la política está subordinada a la economía. Las empresas pueden, por cierto, servir a los intereses políticos extranjeros de sus gobiernos anfitriones, tanto como pueden contravenir tales intereses. Pueden comprometerse en actividades de recolección de inteligencia; pueden intervenir legal o ilegalmente en los asuntos políticos internos del anfitrión (por ejemplo, intentando influir en el resultado de las elecciones o convenciendo al gobierno anfitrión de que altere ciertas políticas); y pueden presionar al gobierno del Estado de origen para que busque políticas legislativamente confirmadas y de diplomacia exterior que promuevan los intereses de las EMN, al margen de las consecuencias para los países anfitriones. El papel jugado por International Telephone and Telegraph (ITT) en Chile durante principios de los años setenta, oponiéndose y ayudando a derrocar al gobierno de Salvador Allende, puede citarse como un caso clásico de intervención de una EMN y otros ejemplos pueden recordarse. El número de casos documentables, sin embargo, no es lo suficientemente grande como para justificar la elaboración de una teoría general válida universalmente. El presupuesto neomarxista respecto de la perniciosa significación política de las EMN deriva más de juicios *a priori* normativos o ideológicos que de un análisis empírico cuidadoso.

Es posible presentar una evaluación equilibrada de los aspectos positivos y negativos de las EMN, sus beneficios económicos y costos para los países anfitriones.[94] Los defensores aducen que las EMN pueden servir como medio principal para satisfacer el deseo abrumador de la mayoría de los países del mundo por atraer capital de inversión extranjera y conocimiento tecnológico. El ingreso inicial de capital mejora el aspecto de la balanza de pagos; atrae tecnología avanzada no disponible internamente; crea trabajos locales; produce ahorros en investigación y desarrollo; refuerza las habilidades técnicas, productivas y organizativo-administrativas del personal local y ejerce un efecto positivo constante en la balanza de pagos, tanto elevando la capacidad de exportaciones del país anfitrión como fabricando para el consumo interno y así ahorrando lo que se gastaría en importaciones equivalentes. Las empresas multinacionales también introducen, a través de sus propias políticas de personal, niveles más altos de salarios, vivienda y bienestar social, que eventualmente afectan a otros segmentos de la sociedad.

Los críticos plantean que las EMN no son sino instrumentos del capitalismo neocolonial que busca ganancias, que absorbe más capital local de lo que trae del exterior; transfiere tecnología vieja y obsoleta que se ha vuelto menos eficiente bajo las condiciones de mano de obra de alto costo del Primer Mundo y que a menudo tiene poca importancia para las necesidades reales de los países pobres; saca ventaja de la mano de obra local barata mientras excluye a los ciudadanos del país anfitrión de puestos de habilidad técnica y administración que obtienen pagos más altos; cosecha ganancias más elevadas de lo que podría en sus países de origen, ubicándose en los lugares donde los impuestos nacionales son bajos; importa de los países afiliados al país de origen en lugar de comprar en el país y manipula las diferencias de precios internacionales, las licencias, las tasas de interés y otros factores económicos para su propia ventaja y con mínima consideración por los intereses económicos del país anfitrión.

Durante los años cincuenta y sesenta, los sentimientos nacionalistas en auge hicieron hostiles a las elites, los estudiantes, los trabajadores industriales, los campesinos y los hombres de negocios desplazados hacia las EMN. Enfrentadas con crecientes demandas de trabajo, vivienda y políticas de bienestar social, las elites gobernantes empezaron a darse cuenta de que podían sacar ventaja de las empresas sospechosas y ejercieron presión sobre ellas para que mejoraran su desempeño en los países anfitriones. Joan Edelman Spero (de quien en gran medida fue tomada la siguiente hoja de balance) ha descripto con singular penetración cómo los gobiernos del Tercer Mundo manifestaron una curva de aprendizaje en su respuesta a las EMN, en la medida en que las elites locales desarrollaron experiencia técnica, legal, administrativa y financiera. También se dieron cuenta de que una vez que una EMN se instalaba, el poder de negociación del país anfitrión se volvía más fuerte de lo que lo había sido cuando el país estaba buscando atraer la inversión extranjera. El país anfitrión podía adoptar gradualmente leyes y regulaciones administrativas a fin de tener a la empresa bajo mayor control. Los acuerdos de inversión originales quedaron sujetos a una revisión ulterior en términos más favorables para el país anfitrión, especialmente en la medida en que el número de inversores

extranjeros que competían para entrar en el Sur aumentaba.[95] En enfrentamientos verdaderamente duros de negociación, la amenaza de la expropiación puede volverse más creíble que la amenaza de desinversión. En cualquier caso, muchos gobiernos ubicados dentro de la "periferia meridional" se han vuelto confiados en que pueden mantener lo que les es propio al negociar con las EMN; que el control local o los modelos de posesión están mejorando a través del tiempo y que la mayoría de las EMN, aun si pueden sacar más de lo que dan en cuenta corriente, se están convirtiendo en instrumentos útiles de desarrollo y en canales de ingreso-egreso en el sistema económico global. El proceso de explotación a menudo evoluciona hasta convertirse en un proceso mutuo.

La economía mundial capitalista

Vinculada, si bien diferente de la teoría de la *dependencia*, es la escuela de pensamiento más amplia que mira más allá de los problemas corrientes del Tercer Mundo en un esfuerzo por entender el desarrollo desigual del sistema capitalista mundial como un todo, en sus diversos aspectos políticos, económicos y sociales, y por adecuar la evolución histórica de cada país o región en una perspectiva espaciotemporal global que abarque la economía mundial capitalista desde la transición del siglo XVI desde el feudalismo. El principal vocero de esta *Weltanschauung* es Immanuel Wallerstein.

El análisis de Wallerstein es esencialmente neomarxista, pero combina elementos de realismo y de marxismo. Comparte con realistas como Kenneth Waltz y Hedley Bull la idea de que el sistema internacional se caracteriza por la anarquía, la ausencia de una sola autoridad política global. Precisamente esta condición es lo que hace imposible regular el modo capitalista de producción a través de las fronteras nacionales. En consecuencia, emerge una división económica internacional del trabajo que consiste en un centro de estados poderosos, capitalistas y avanzados industrialmente; una periferia formada por estados débiles, mantenidos en un nivel de subdesarrollo tecnológico y subordinados a la condición de proveedores de materias primas para el centro; y una semiperiferia de estados cuyas actividades económicas son una mezcla entre las de la periferia y el centro, los llamados generalmente PRI. Wallerstein elude el énfasis exclusivo y excesivo que le han puesto los marxistas clásicos a la lucha de clases. Reconoce los papeles importantes que juegan dentro de la economía mundial capitalista las naciones-estado, los grupos étnicos, religiosos, raciales y lingüísticos e inclusive las familias. Se da cuenta de que la competencia entre la burguesía y el proletariado tiene el efecto de reforzar al Estado porque ambas clases, al margen de que persigan estrategias que exploten el statu quo, reformistas o revolucionarias, trabajan consciente o inconscientemente para reforzar los poderes funcionales del gobierno. Wallerstein rápidamente concede que la distribución internacional del poder entre los estados cambia constantemente, en la medida en que un período histórico da paso a otro. Al final, sin embargo, es más marxista que realista cuando insiste en que el equilibrio de poder está en función de los procesos económicos que trascienden las fronteras puramente nacionales, tales como que, por ejemplo, Estados Unidos reemplazó a Gran Bretaña como la primera potencia del mundo en las primeras décadas del siglo XX.[96] (Los realistas, por cierto, siempre han reconocido los elementos económicos del poder —la población, los factores geográficos y la capacidad industrial, tecnológica y financiera— pero insisten en la importancia de otras variables no económicas tales como la moral, las habilidades político-diplomáticas, la forma de gobierno, la inteligencia estratégica y la capacidad de organizar los recursos nacionales con el fin de resolver los problemas internos y buscar objetivos de política exterior que sirvan al interés nacional.)

Christopher Chase-Dunn, siguiendo a Wallerstein, ha investigado la relación entre procesos económicos y políticos dentro del sistema capitalista. Algunos marxistas, dice, se han unido a realistas como Waltz y Modelski en su reacción contra el "economicismo" de Wallerstein, volviendo a subrayar la autonomía de los factores políticos, el sistema interestatal y los procesos geopolíticos. Chase-Dunn plantea que el sistema internacional y el modo capitalista de producción y la acumulación de la riqueza no son sólo interdependientes, sino que están integralmente unificados. Le atribuye la separación de la política y la economía en el pasado al hecho de que los fenómenos económicos parecen más regulares y más determinados por leyes mecánicas, mientras que el orden de los fenómenos políticos parece estar más influenciado por la voluntad libre y, en consecuencia, es menos predecible. Advierte que Adam Smith y sus seguidores también le atribuyeron la separación a la dicotomía público-privado, al igualar al Estado con el reino de lo público y la actividad económica con lo privado. Chase-Dunn rechaza tanto las explicaciones de la separación y la separación en sí misma.

Que los estados busquen la empresa libre y las políticas comerciales o impongan controles estrictos sobre la economía depende de su posición dentro de la economía mundial capitalista. (A este respecto, Chase-Dunn coincide esencialmente con el presupuesto de Wallerstein de que los estados socialistas no pueden eludir el hecho de que, les guste o no, son parte de la economía mundial capitalista y no pueden aislarse de ella, por mucho que lo intenten.) Los estados centrales hegemónicos que poseen ventajas productivas, junto con los estados periféricos dominados por los productores capitalistas de bienes de exportación de mano de obra barata hacia el centro, apoyan el comercio libre. Los estados centrales situados de forma menos favorable y los estados semiperiféricos (PRI) que buscan mejorar su posición en relación con el centro, por lo general se caracterizan por una dirección centralizada de la economía y por políticas proteccionistas. Chase-Dunn elabora su punto de vista a partir de la idea de Wallerstein de que el sistema global es anárquico. La economía mundial capitalista prefiere preservar esta condición y se opone a la emergencia de una sola potencia capaz de actuar como un Estado mundial o una hegemonía universal. Los estados rivales se comprometen en un equilibrio de poder que funciona para impedir el establecimiento de un Estado monopólico mundial lo suficientemente fuerte como para imponer controles sobre el orden económico global, pues el capitalismo entonces no podría sobrevivir.[97] Según esta teoría, el Estado liberal, descentralizado (como

Estados Unidos y Gran Bretaña), era primariamente un producto de las fuerzas económicas, especialmente del deseo de un autoengrandecimiento material ilimitado por parte de los empresarios capitalistas, más que el cumplimiento de un impulso espiritual hondamente arraigado en el hombre hacia la libertad, la igualdad y la dignidad intrínseco a la civilización occidental, ella misma una prolongación de las ideas y los ideales judeocristianos y grecorromanos. En la teoría neomarxista no menos que en la marxista, todo en última instancia debe ser reducido a una explicación puramente material-económica. Locke, Mill, De Tocqueville, Madison, Lincoln, Holmes y otros grandes filósofos liberales se sonreirían ante tal reduccionismo ingenuo.

El informe de la Comisión Brandt

Varios problemas de desarrollo del Tercer Mundo fueron tratados con una mezcla de simpatía y realismo a largo plazo en el Informe de la Comisión Brandt de 1980. La comisión, llamada así por el anterior canciller de Alemania Occidental que la presidió, buscó apelar al interés propio esclarecido de Occidente eludiendo extremos de análisis izquierdista y derechista. Según el informe, no es cuestión de esperar que el Norte haga sacrificios por el Sur; lo que es necesario, lejos de ayuda caritativa, es una reestructuración global que refleje una conciencia creciente respecto de que el mundo es un "sistema frágil e interconectado". El Norte debe convencerse de que su propio bienestar económico constante dependerá del avance futuro hacia el desarrollo que realice el Sur. A diferencia de los estudios pesimistas sobre los "límites del crecimiento" llevados adelante la década anterior por el Club de Roma, la Comisión Brandt no exigió un recorte de las tasas de crecimiento económico-tecnológico dentro de los países industrializados. Más bien prescribió un crecimiento adicional para aliviar el problema de una creciente acumulación de desempleo, más aguda en el Sur que en el Norte.[98]

El informe despertó escaso interés en Estados Unidos, pero generó un debate en Europa. Graham Bird coincidió esencialmente con su diagnóstico y su prescripción de un alivio de la deuda y la concesión de crédito en términos más generosos para los países del Tercer Mundo, de forma tal que éstos pudieran importar la energía y el capital necesarios en lugar de utilizar sus divisas en gran medida para pagar los servicios de los préstamos. Ésta, aducía, es la única forma de expandir el comercio mundial y resolver el problema del desempleo en el Norte y el Sur.[99] Susan Strange se inclinó hacia aquellos que eran escépticos respecto de ciertos aspectos del informe, incluido su "tono pío", sus propuestas de desarme y su crítica unilateral a Occidente por vender armas, pero no a los gobiernos del Tercer Mundo por comprarlas. Si bien reconocía la necesidad de reciclar las deudas del Tercer Mundo y advierte a Occidente que no ignorara las recomendaciones de la Comisión, advertía que el énfasis del informe en la mutualidad de intereses puede haber reflejado el hecho de que sus autores subestimaran la complejidad y profundidad del conflicto Norte-Sur.[100]

Conclusiones

Las últimas décadas han sido testigo de una revitalización del interés en el estudio de la economía política internacional. Ahora se coincide ampliamente en que el campo contemporáneo se divide en tres grandes escuelas de pensamiento: la liberal, la marxista y la realista. [101] A diferencia de los mercantilistas que los precedieron, los liberales consideran a la política y la economía dos dimensiones separadas. La política es un asunto público; la actividad económica procede de acuerdo con leyes naturales que están determinadas por la suma total de una miríada de elecciones privadas de producción y consumo, ahorro e inversión. Los liberales puros del siglo XIX creían que si la economía podía aislarse de la interferencia del gobierno, entonces las energías creativas de los individuos que buscan su propio bien, no trabados por las regulaciones artificiales de los burócratas, llevarían al máximo la riqueza de las naciones, como si estuvieran bajo la conducción de una "mano invisible", tal como Adam Smith lo había dicho. El comercio libre en un mercado libre de todas las barreras políticas aseguraría tanto la prosperidad económica como la paz internacional para todos los países. Así, durante la era liberal, las disciplinas académicas de la política y la economía estaban ubicadas en compartimientos disciplinarios diferentes, cada una limitándose a tomar nota de la otra en la mínima medida ineludible.

Mientras que los liberales por lo general idealizan el imperialismo británico del siglo XIX, basándose en el equilibrio de poder europeo y el comercio libre internacional, los marxistas insisten en que la economía capitalista es esencialmente conflictiva, dado el antagonismo irreductible entre la burguesía capitalista y el proletariado trabajador. Los marxistas clásicos no tenían dudas acerca de que la *clase* era una realidad sociológica más fundamental que la *nación*. Stalin introdujo una fisura en el dogma sagrado con su "última tesis", es decir, que la guerra era inevitable no ya entre los campos socialista y capitalista, sino más bien dentro del campo capitalista mismo, debido a la sangrienta competencia entre las naciones capitalistas. Como lo hemos visto, la historia no ha probado la previsión stalinista. Los neomarxistas se han visto obligados a reconocer la coalescencia de una alianza única, mutuamente cooperativa en el mercado libre internacional. También han participado con entusiasmo en el esfuerzo por convertir la rivalidad de poder político-estratégico del Este respecto del Oeste en un conflicto dialéctico económico Norte-Sur, preservando así de forma alterada cierta similitud con la "lucha de clases internacional" entre el centro del Primer Mundo y la periferia del Tercero, mientras le restaban importancia a las actividades explotadoras del Segundo Mundo (el bloque socialista), tanto como al extraño hecho de que el Tercer Mundo se hubiera dividido en tres grupos: los países *nuevos ricos* exportadores de petróleo, los países recientemente industrializados (PRI) de la semiperiferia y los restantes PMD, muchos de los cuales languidecen en la pobreza más abyecta. Los países industriales socialistas hacen su contribución a los países más pobres del mundo mucho menos con alimentos, capital y ayuda para el

desarrollo técnico, que con su campaña de propaganda política global que considera que la culpa de todos los males socioeconómicos y políticos del globo es del Primer Mundo industrialmente avanzado. Uno de los defectos más graves en la bibliografía neomarxista de la economía mundial capitalista es su fracaso en reconocer que el "mundo capitalista" de Karl Marx, Lenin, Stalin y sus discípulos en gran medida se ha convertido en una amalgama de democracia social y una mezcla económica de empresa privada con responsabilidad respecto del control público.

Mientras los liberales ortodoxos plantean que la política y la economía son órdenes separados, ninguno de los cuales debería dominar o de hecho domina al otro, los marxistas, los neomarxistas y los realistas coinciden relativamente en que los dos órdenes están vinculados de manera mucho más estrecha. Los marxistas y los realistas, sin embargo, se separan al asignarle predominio a uno o el otro. Los realistas, como se demostró en el Capítulo 3, consideran que los agentes primordiales del sistema internacional son las naciones-estado que persiguen objetivos de poder y subordinan la economía a la política en esta búsqueda. Joan Edelman Spero ha aducido de forma penetrante que el sistema político configura el sistema económico, que las preocupaciones políticas a menudo configuran la política económica y que las relaciones económicas internacionales son realmente relaciones políticas.[102] Los realistas tienen motivos en sospechar que cuando los comunistas marxistas-leninistas llegan al poder en cualquier país —la Unión Soviética, las Repúblicas Populares de Europa Oriental, Cuba, Vietnam, Etiopía, Nicaragua o cualquier otro lugar— se vuelven "realistas encubiertos" en su determinación a conservar, consolidar y expandir su poder, mientras siguen adhiriendo de boca para afuera a la tesis de que los intereses económicos son determinantes causales en el comportamiento político de los estados capitalistas.

Durante el cuarto de siglo posterior a la Segunda Guerra Mundial, los realistas fueron las figuras de punta en el estudio de las relaciones internacionales. Se centraron en gran medida en conceptos y temas político-estratégicos: el poder nacional, la Guerra Fría, la seguridad militar y las alianzas, la descolonización, la organización internacional, las estrategias de conflicto y disuasión y las propuestas de negociación para el control de armamentos y el desarme. Los temas económicos sin duda no se ignoraban: la recuperación económica (el Plan Marshall), la integración regional (la Comunidad Económica Europea), la ayuda exterior y la promoción del comercio internacional y la estabilización monetaria (a través del sistema Bretton Woods y los mecanismos, creados a continuación, del Fondo Monetario Internacional, el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo, y el Acuerdo General de Aranceles Aduaneros y Comercio). Pero los asuntos económicos tenían una prioridad menor en el pensamiento de los encargados de trazar políticas gubernamentales y los analistas teóricos, probablemente debido a que parecían menos urgentes en esa "edad de oro" de crecimiento sin precedentes en Estados Unidos, Europa Occidental y Japón. En un momento en que la economía norteamericana significaba la mitad de la producción global (como a fines de los años cuarenta), pocos dudaban de que Estados Unidos podía, sin esforzarse, hacer cualquier cosa que estimara necesaria para su propia seguridad y la de sus aliados de ultramar.

El sistema económico internacional y la posición de Estados Unidos en la economía global han pasado por una transformación gradual si bien fundamental desde 1960. Con la disolución de los imperios coloniales de Occidente, el número de estados legalmente independientes del mundo se ha triplicado y ha emergido un bloque no alineado. La CEE, Japón y los países de la OPEP se han convertido en importantes agentes económicos. Aun antes de la crisis del precio del petróleo de principios de los años setenta, el sistema monetario internacional fundado en Bretton Woods en 1944, con el dólar norteamericano actuando como moneda de reserva del mundo, llegó a su fin en 1971 cuando una situación en deterioro de la balanza de pagos forzó a Estados Unidos a devaluar el dólar. De allí en adelante, la reserva internacional consistiría en una "canasta" de divisas que incluían el dólar, las unidades monetarias de la CEE y el yen japonés.

Un aumento del precio del petróleo que lo llevó a quince veces su precio entre 1970 y 1980 produjo estragos en la posición de divisas de muchos de los países importadores de petróleo, ricos y pobres, y trasladó grandes superávit de divisas duras a los estados de la OPEP. También contribuyó sustancialmente a la presión que produjo una inflación global causada, *inter alia*, por la Guerra de Vietnam, los gastos mundiales crecientes en elementos militares (incluidos los de los gobiernos de la OPEP), un más rápido aumento de la población del Tercer Mundo respecto de su productividad, una variedad de dislocaciones y escaseces en los mercados de productos básicos de primera necesidad y la demanda de salarios más altos y programas sociales extendidos casi en todas partes, especialmente en las democracias occidentales. El resultado fue un fenómeno que dejó estupefactos a los economistas: la "estanflación", una combinación paradójica de niveles de precios crecientes con un creciente retardo en la inversión, la producción y el empleo. Más adelante, cuando los precios del petróleo siguieron una larga declinación hasta un cuarto de su nivel pico —debido a: (1) la incapacidad de los miembros de la OPEP de fijar precios controlando la producción (lo cual llevó a un exceso en el mercado mundial de petróleo) y 2) las políticas del Primer Mundo diseñadas para conservar energía y buscar fuentes alternativas, lo cual determinó que el Cuarto Mundo, con sus ganancias extranjeras drásticamente reducidas, se encontrara enfrentado con una pesada carga de deuda asumida cuando los precios del petróleo habían sido altos—, muchos países buscaron una reprogramación de la deuda amenazando con repudiarla. En la medida en que los años ochenta llegaban a su fin, Japón encabezó el camino hacia la cancelación de la deuda; Europa Occidental y Estados Unidos buscaron formas sólidas de reprogramar las deudas del Tercer Mundo a fin de facilitar un desarrollo a largo plazo sin perjuicio para los países que estaban siguiendo políticas fiscales responsables.

El mundo se ha vuelto más complejo política y económicamente durante las tres últimas décadas. A pesar de la erosión relativa de su posición dentro de la economía global, Estados Unidos sigue teniendo "a grosso modo" la misma proporción mayor de la carga de seguridad internacional estratégico-militar como la tenía hace 40 años; se han planteado preguntas

acerca de si Estados Unidos, dado el gran déficit federal y una gran brecha comercial (que, a fines de los años ochenta, no parecía cerrarse a un nivel correlativo con la caída del dólar norteamericano), debería reducir sus compromisos de seguridad internacional y pasarles una cuota mayor de la carga a sus aliados.[103]

La pregunta acerca de cuál es el factor determinante en las relaciones internacionales —¿la política o la economía?— es uno de los temas más importantes de la teoría de las relaciones internacionales en la época actual. Nadie puede dudar razonablemente de que la economía es de creciente importancia para la política internacional, pero no interesa cuán importantes puedan llegar a ser las consideraciones económicas dentro del sistema global; no pueden —y no se debería permitir que lo hicieran— reemplazar a los valores, metas e intereses políticos en el pensamiento arquitectónico de los encargados de trazar políticas. En suma, los autores de este texto, si bien reconocen plenamente la estrecha relación recíproca que existe entre la política internacional y la economía internacional, no pueden aceptar ni la explicación leninista ni la neomarxista del imperialismo. Nos impresionan mucho más, intelectual y científicamente, realistas como Niebuhr, Morgenthau, Aron, Thompson, Waltz y Gilpin, que abrigan hondas sospechas de que, aun en la poco probable eventualidad de que todo el mundo alguna vez adhiriera al modelo marxista-leninista (difícilmente considerable un parangón del éxito económico en este siglo), no puede de ninguna manera resolver el problema perenne más hondo de las urgencias expansionistas motivadas por el poder de los seres humanos, especialmente en sus formas de comportamiento sumadas.

NOTAS AL CAPÍTULO 6

[1] Éstos incluyen a Karl Kautsky y Eduardo Bernstein (Alemania); G. D. H. Cole, R. C. Towney, Sidney y Beatrice Webb, Harold J. Lanski y Clement Attlee (Inglaterra); Jules Guesde, Jean Jaurès y Leon Blum (Francia) y Daniel De León, Harry W. Laidler, Norman Thomas, Morris Hillquit y Herbert Marcuse (Estados Unidos). Se podría también enumerar una serie de socialistas cristianos, socialistas utópicos, anarquistas, recientes historiadores revisionistas y defensores de una variedad de causas de la Nueva Izquierda.

[2] Para un examen detallado de este concepto, ver Gustav A. Wetter: *Dialectical Materialism: A Historical and Systematic Survey of Philosophy in the Soviet Union* (Nueva York, Praeger, 1932), p. 9.

[3] Karl Marx y Friedrich Engels: *Manifesto of the Communist Party* (Nueva York, International Publishers, 1932), p. 9.

[4] Ver Karl Marx: *Capital: A Critique of Political Economy* (Nueva York, Random House [Modern Library], s.f.), especialmente caps. 1, 7, 9, 11, 12, 16, 18 y 24 para el tratamiento más extenso que hace Marx del concepto de plusvalía.

[5] Karl Marx y Friedrich Engels: *Manifesto of the Communist Party*, p. 11.

[6] Ver Robert C. Tucker: *The Marxian Revolutionary Idea* (Nueva York, Norton, 1970) y *Philosophy and Myth in Karl Marx* (Cambridge, Cambridge University Press, 1972); Vendulka Kubalkova y Albert Cruickshank: *Marxism and International Relations* (Oxford, Clarendon Press, 1985).

[7] John Plamenatz: *Man and Society: Political and Social Theory*, vol. II, *Bentham Through Marx* (Nueva York, McGraw-Hill, 1963), p. 310. Hannah Arendt señala, en actitud similar, que Marx era consciente del papel de la violencia en la historia, pero la estimaba menos importante que las contradicciones

propias de la vieja sociedad para lograr el último fin, en *On Violence* (Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1969), p. 11.

[8] Ver Philip Siegelman, su introducción a J. A. Hobson: *Imperialism: A Study* (Ann Arbor, University of Michigan Press, 1965). El trabajo de Hobson fue originariamente publicado en Londres por George Allen and Unwin en 1902. Las ulteriores referencias remiten a la edición de 1965.

[9] Foster Rhea Dulles: *America's Rise to World Power, 1898-1954* (Nueva York, Harper & Row, 1954), caps. 2 y 3.

[10] Richard Koebner y Helmut Dan Schmidt: *Imperialism: The Story and Significance of a Political World, 1840-1960* (Nueva York, Cambridge University Press, 1964), p. 249. Para una discusión del tema antisemita en el pensamiento de Hobson, ver. pp. 226-228. George Lictheim señala que los Padres Fundadores norteamericanos, tanto federalistas como republicanos, no tenían empacho en llamar a la unión federal un imperio y que en el siglo XIX los liberales y los tories ingleses empleaban el término *imperialismo* para su atracción popular. *Imperialism: The Robinson and Gallagher Controversy* (Nueva York, New Viewpoints, 1976).

[11] Richard Koebner y Helmut Dan Schmidt: op. cit., p. 233.

[12] J. A. Hobson: *Imperialism: A Study* (Ann Arbor, University of Michigan Press, 1965), p. 85.

[13] Ibídem, p. 59.

[14] Ibídem, pp. 41-45. Más adelante, Italia y Alemania emplearon el argumento relativo a la presión de la población para justificar su búsqueda de colonias en Africa antes de la Primera Guerra Mundial, y los japoneses hicieron lo mismo en su aventura manchuriana a principios de los años treinta. Pero en todos los casos en que el argumento del *lebensraum* se empleó, el ulterior movimiento de población hacia las zonas conquistadas demostró ser despreciable. Ver N. Peffer: "The Fallacy of Conquest" en *International Conciliation* (Nueva York, Carnegie Endowment for International Peace, Nº 318, 1938).

[15] J. A. Hobson: op. cit., pp. 46-51.

[16] Ibídem, pp. 53-54.

[17] E. M. Winslow: *The Pattern of Imperialism* (Nueva York, Columbia University Press, 1948), p. 106.

[18] J. A. Hobson: op. cit., p. 58.

[19] V. I. Lenin: *Imperialism: The Highest Stage of Capitalism* (Nueva York, International Publishers, 1939), p. 89. Ver la sección "Imperialism and Capitalism", de Alec Nove, "Lenin as Economist" en Leonard Schapiro y Peter Reddaway, comp.: *Lenin: The Man, The Theorist, The Leader* (Nueva York, Praeger, 1969), pp. 198-203.

[20] "El jingoísmo es simplemente la lujuria del espectador, no justificado por ningún esfuerzo personal, riesgo o sacrificio, que disfruta de los peligros, dolores y matanza de semejantes a quienes no conoce, pero cuya destrucción desea en una ciega y artificialmente estimulada pasión de odio y venganza... La árdua y cansadora monotonía de la marcha, los largos períodos de espera, las duras privaciones, el terrible tedio de una campaña prolongada no juegan papel alguno en su imaginación; los factores redentores de la guerra, el puro sentimiento de camaradería que despierta el peligro personal frecuente, los frutos de la disciplina y la autolimitación, el respeto por la personalidad de los enemigos cuyo coraje se debe reconocer y a los que llega a considerar como semejantes; todos esos elementos moderadores en la guerra real son eliminados de la pasión del 'jingo'. Precisamente, por estos motivos algunos partidarios de la paz sostienen que los dos controles más potentes del militarismo y la guerra son la obligación de todo el cuerpo de ciudadanos de prestar el servicio militar y la experiencia de una invasión." Hobson: op. cit., p. 215.

[21] Para las obras completas de Lenin, ver V. I. Lenin: *Collected Works* (Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1963), 44 vols. Para una descripción biográfica de la vida de Lenin, ver Louis Fischer: *The Life of Lenin* (Nueva York, Harper & Row [Colophon Books], 1965); Robert Payne: *The Life and Death of Lenin* (Nueva York, Simon & Schuster, 1956); Stefan T. Possony: *Lenin: The Compulsive Revolutionary* (Chicago, Regnery, 1964); Christopher

Hill: *Lenin and the Russian Revolution* (Londres, English Universities Press, 1961); Bertram D. Wolfe: *Three Who Made a Revolution* (Boston, Beacon, 1955).

[22] Ver V. I. Lenin: *Collected Works*, vol. V, pp. 425-529.

[23] V. I. Lenin: *Imperialism: The Highest Stage of Capitalism*, pp. 16-30.

[24] Lenin: *Collected Works*, vol. XIX, pp. 87 y 104.

[25] Bernard Taurer: "Stalin's Last Thesis", *Foreign Affairs*, XXXI (abril de 1953, p. 374.

[26] Ibídem, p. 378.

[27] Ver Herbert S. Dinerstein: *War and the Soviet Union* (Nueva York, Praeger, 1959), pp. 68-69, 80-81; Frederick C. Barghoorn: *Soviet Foreign Propaganda* (Princeton, Princeton University Press, 1964), pp. 92-93; Frederic C. Burin: "The Communist Doctrine of the Inevitability of War", *American Political Science Review*, LVII (junio de 1963), pp. 352-354; Walter C. Clemens, Jr.: "Ideology in Soviet Disarmament Policy", *Journal of Conflict Resolution*, VIII (marzo de 1964), pp. 17-20.

[28] L. I. Brezhnev: *Following Lenin's Course: Speeches and Articles* (Moscú, Progress Publishers, 1972).

[29] Allen S. Whiting: "Foreign Policy of Communist China" en Roy C. Macridis, comp.: *Foreign Policy in World Politics*, 3ª ed. (Englewood Cliffs, N.J., Prentice Hall, 1967), pp. 223-263; "The Disarmament Issue in the Sino-Soviet Dispute: A Chronological Decumentation", Apéndice en Alexander Dallin y otros: *The Soviet Union, Arms Control and Disarmament* (Nueva York, School of International Affairs, Columbia University, 1964), pp. 238-276; Walter C. Clemens, Jr.: *The Arms Race and Sino-Soviet Relations* (Stanford, California, Hoover Institute on War, Revolution and Peace, 1968), pp. 13-68; William E. Griffith: *Cold War and Co-Existence: Russia, China and the United States* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1971).

Lenin escribió en 1916: "Sólo *después de* que el proletariado haya desarmado a la burguesía podrá, sin traicionar su misión histórica mundial, arrojar todos los armamentos en el basurero y el proletariado sin duda hará esto, pero *sólo cuando esta condición se haya cumplido, por cierto no antes*". Fragmento de *War Programme of the Proletarian Revolution* de Lenin, citado en PRC Carta de 14 de junio de 1963. En Walter C. Clemens, Jr.: *The Arms Race and Sino-Soviet Relations*, p. 227.

[30] Alistair Buchan: "A World Restored?", *Foreign Affairs* (julio de 1972); W. A. C. Adie: "China's Strategic Posture in a Changing World" en *Royal Services Institute and Brassey's Defence Yearbook 1974* (Londres, Brassey's Annual, 1974); John Gittings: *The World and China 1922-1972* (Nueva York, Harper & Row, 1974, pp. 261-263; Francis O. Wilcox, comp.: *China and the Great Powers: Relations with the United States, the Soviet Union and Japan* (Nueva York, Praeger, 1974); Allen S. Whiting: "Foreign Policy of Communist China" en Roy C. Macridis, comp.: op. cit., 5ª edición (Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1976), pp. 223-263.

[31] Steven I. Levine: "China in Asia: The PRC as a Reginal Power" en Harry Harding, comp.: *China's Foreign Relations in the 1980s* (New Haven, Conn., Yale University Press, 1984), pp. 117, 124 y Jonathan D. Pollacñ: "China and the Global Strategic Balance", ibídem, pp. 157, 166-169.

[32] Stephen M. Meyer: "The Sources and Prospects of Gorbachev's New Political Thinking on Security", *International Security*, 13 (otoño de 1988), p. 124 y sigs.; David Holloway: "Gorbachev's New Thinking" y Robert Legvold: "The Revolution in Soviet Foreign Policy", *Foreign Affairs*, 68, America and the World 1988-1989, pp. 68-81, 82-98.

[33] Hans J. Morgenthau: *Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace*, 4ª ed. (Nueva York, Knopf, 1966), p. 42. Esta definición ha aparecido en las seis ediciones del libro desde 1948.

[34] Ibídem.

[35] Ibídem, p. 47. Cf. Raymond Aron: *Peace and War: A Theory of International Relations*, trad. Richard Howard y Annett Baker Fox (Nueva York, Praeger, 1968), p. 259.

[36] Raymond Aron: *The Century of Total War* (Boston, Beacon, 1955), cap. III, "The Leninist Myth of Imperialism", esp. p. 59; Morgenthau: *Politics Among Nations*, pp. 47-50; William L. Langer: "A Critique of Imperialism", *Foreign Affairs*, XIV (octubre de 1935), pp. 1-2-115.

[37] Jacob Viner: "International Relations Between State-Controlled Economies", en *Readings in the Theory of International Trade*, American Economic Association (Filadelfia, Blakiston, 1949), vol. IV, pp. 437-458.

[38] Joseph A. Schumpeter: *Imperialism and Social Classes*, trad. Heinz Norden, comp., Paul M. Sweezy (Oxford, Basil Blackwell, 1951), p. 5.

[39] Ibídem, p. 6.

[40] Hans J. Morgenthau: op. cit., pp. 48-49.

[41] Ibídem, pp. 84-85. Kenneth E. Boulding ha repetido el punto de vista de Schumpeter de que el imperialismo era una forma de retraso social y, desde un punto de vista económico, poco provechoso, al punto de ser un fraude. "Reflections on Imperialism" en David Mermelstein, comp.: *Economics: Mainstream Readings and Radical Critiques*, 2ª ed. (Nueva York, Random House, 1970), p. 201.

[42] Joseph A. Schumpeter: op. cit., pp. 89-96. El propio análisis del imperialismo de Schumpeter no careció de críticas. Se lo acusó de definir al imperialismo a la vez como "sin objeto" y "forzado", la expresión de una estructura social de clase guerrera que lucha sólo porque está preparada para luchar. En consecuencia excluía del sentido del imperialismo todo lo que no entrara en la estructura social de la clase guerrera. Murray Greene: "Schumpeter's Imperialism: A Critical Note", *Social Research* (An International Quarterly of Political ans Social Science), XIX (diciembre de 1952), pp. 453-463. Green se oponía a la tesis de Schumpeter de que debido a que el capitalismo es nacionalista, es antitético al imperialismo, el militarismo y los armamentos.

[43] Richard Koebner y Helmut Dan Schmit: op. cit., p. 255.

[44] Hans J. Morgenthau: op. cit., p. 47.

[45] Joseph A. Schumpeter: op. cit., p. 57.

[46] Andrew Mack: "Theories of Imperialism: The European Perspective", *The Journal of Conflict Resolution*, 18 (septiembre de 1974), p. 518.

[47] Ibídem, donde Mack cita como autoridades a dos críticos marxistas de la teoría leninista; Michael Barratt Brown: "A Critique of Marxist Theories of Imperialism" y Harry Magdoff: "Imperialism Without Colonies" en Roger Owen y Bob Stutcliffe, comps.: *Studies in the Theory of Imperialism* (Londres, Longmans, 1973).

[48] Raymond Aron: *Peace and War: A Theory of International Relations*, p. 261. Ver también Langer: op. cit., p. 105 y Lictheim: op. cit., p. 77.

[49] Raymond Aron: op. cit., pp. 262-263.

[50] Hans J. Morgenthau: op. cit., pp. 46-47; Aron: *The Century of Total War*, pp. 59-62. Refiriéndose a la guerra hispano-norteamericana, Eugene Stanley escribió: "Las causas de esta guerra y del expansionismo demostrado respecto de ella, se han puesto del lado de los intereses privados de inversión, en general, de forma errónea. Su papel fue pequeño comparado con el de los intereses de la prensa 'amarilla' y de otras influencias internas dentro de la vida norteamericana que hicieron fuerza por el chauvinismo". *War and the Private Investor* (Chicago, University of Chicago Press, 1935), p. 433. La mayoría de los historiadores diplomáticos que estudiaron los orígenes de la Primera Guerra Mundial, incluidos Sidney Bradshaw Fay, G. P. Gooch, A. J. P. Taylor, Bernadotte E. Schmitt, Nicholas Mansergh y Raymond Sontag, han enumerado la rivalidad imperialista (en sus aspectos políticos más que económicos) como *uno* de los motivos de fondo de esa guerra, pero menos importante que la interacción de los sistemas de alianza europeos y los nacionalismos en un marco dominado por el pensamiento del equilibrio de poder, las aprehensiones respecto de la seguridad generadas por el militarismo y la competencia de armamentos y las condiciones de anarquía internacional, es decir, la ausencia de organización adecuada para asegurar un arreglo pacífico de las disputas.

[51] Raymond Aron: *The Century of Total War*, p. 65; *Peace and War*, p. 267. Una anomalía adicional puede mencionarse. Canadá tomó parte en la Guerra de los Boers, la Primera y Segunda Guerra Mundial y la Guerra de Corea, no porque sus intereses capitalistas estuvieran en juego en dichas guerras sino por-

que era parte de un "imperio político" (el Imperio Británico-Commonwealth y la alianza norteamericana de la OTAN) en el cual el líder imperial tomaba las decisiones de la guerra y Canadá lo seguía por un sentido de lealtad política. Gernot Kohley: "Imperialism as a Level of Analysis in Correlates-of-War Research", *The Journal of Conflict Resolution*, 19 (marzo de 1975), p. 48.

[52] Kenneth E. Boulding: "Reflections on Imperialism", p. 202.

[53] Michael W. Doyle: *Empires* (Ithaca, N.Y., Cornell University Press, 1986), p. 12. Ver también pp. 20 y 24.

[54] Ibídem, p. 12.

[55] Ibídem, pp. 12-13. Doyle señala que lo que caracteriza al imperio es el control tanto de la política exterior como interna. Donde sólo la política exterior se controla, utiliza el término *hegemonía*. Ibídem, p. 40.

[56] Ibídem, p. 19.

[57] Ibídem, pp. 25-28. Cf. también John Gallagher y Ronald Robinson: "The Imperialism of Free Trade", *Economic History Review*, 2ª ser., Vol. 6, Nº 1 (1953), pp. 1-15; Bejamin Cohen: *The Question of Imperialism* (Nueva York, Basic Books, 1973); David Fieldhouse: *Economics and Empire, 1830-1914* (Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1973); y Tony Smith: *The Pattern of Imperialism* (Nueva York, Cambridge University Press, 1981).

[58] Michael W. Doyle: op. cit., pp. 31-33. Sobre este punto, ver A. P. Thornton: *Doctrines of Imperialism* (Nueva York, Wiley, 1963), p. 4 y J. Woodis: *Introduction to Neo-Colonialism* (Nueva York, International Publishers, 1971), p. 56.

[59] André Gunder Frank: "The Development of Underdevelopment", en Robert I. Rhodes, comp.: *Imperialism and Underdevelopment: A Reader* (Nueva York, Monthly Review Press, 1970), p. 9.

[60] Ver, por ejemplo, los comentarios de Marx sobre el dominio británico en la India en Lewis S. Feuer, comp.: *Marx and Engels* (Nueva York, Anchor Books, 1959), pp. 480-481.

[61] Kenneth E. Boulding: op. cit., p. 201.

[62] Nikita S. Kruschev: *For Victory in Peaceful Competition with Capitalism* (Nueva York, Dutton, 1960), p. 33; ver también pp. 628-629.

[63] Ibídem, pp. 750-751.

[64] G. Mirsky: "Whither the Newly Independent Countries?", *International Affairs* (Moscú); XII (diciembre de 1962), 2, pp. 23-27.

[65] Thomas E. Weisskopf: "Capitalism, Underdevelopment and the Future of the Poor Countries", en David Mermelstein, comp.: op. cit., pp. 218-223.

[66] Si bien es razonable esperar que la cancelación de los contratos militares ulterior a un acuerdo de desarme tenga un efecto multiplicador adverso sobre los precios, el empleo, el gasto público y la confianza en la salud de la economía de una nación capitalista, deben plantearse dos puntos importantes en relación con esto: 1) en términos de economía pura, el problema del desarme es soluble y 2) los obstáculos primordiales al desarme, lejos de ser económicos como alegan los marxistas, realmente son técnicos, estratégicos y políticos. El problema de los armamentos en la era del misil nuclear difícilmente puedan explicarse adecuadamente por la vieja "teoría diabólica" de la guerra. No es una aberración impuesta en el sistema internacional contemporáneo por el aprovechamiento de ciertos militaristas. Más bien es una parte intrínseca del sistema, profundamente arraigada en las características esenciales de la ciencia y la tecnología modernas, de la toma de decisiones y los procesos diplomáticos de los gobiernos, de la competencia global ideológico-sociopolítica y de una estructura mundial en la cual las naciones-estado parecen inclinadas a buscar su seguridad comprometiéndose en alguna forma de equilibrio de poder. (Los obstáculos al desarme se discuten en el Capítulo 9.)

[67] Harry Magdoff: "The American Empire and the U.S. Economy", cap. 5 en *The Age of Imperialism* (Nueva York, Monthly Review Press, 1969). Reimpreso en Robert I. Rhodes, comp.: op. cit., pp. 18-44; ver especialmente pp. 18-28.

[68] Ibídem, pp. 28-29.

[69] Johan Galtung: *The European Community: A Superpower in the Making* (Londres, Allen and Unwin, 1973).

[70] Hablando de Europa como el centro económico, Galtung escribe: "La fragmentación quiere decir que mientras el centro está bien coordinado, aun unificado en la Comunidad Europea, la periferia, los países en desarrollo, están divididos de muchas formas". Ibídem, p. 76. Los economistas que estudian las tierras subdesarrolladas señalan típicamente que el comercio exterior de los países dentro de las regiones africanas, árabes y latinoamericanas es en gran medida extrarregional; por lo general, menos del 10 por ciento es intrarregional.

[71] P. T. Bauer: "The Economics of Resentment: Colonialism and Underdevelopment", *The Journal of Contemporary History*, vol. 4 (1969), p. 59.

[72] Ibídem, p. 56.

[73] Ibídem.

[74] Hans Kohn: "Reflections on Colonialism", en Robert Strausz-Hupé y Harry W. Mazard, comp.: *The Idea of Colonialism* (Nueva York, Praeger, (1958), pp. 6-14.

[75] Andrew Mack: "Theories of Imperialism", op. cit., p. 526.

[76] Richard Koebner y Helmut Dan Schmidt: op. cit., p. 316.

[77] Ibídem, p. 318.

[78] Ibídem, pp. 321-322.

[79] Kenneth E. Boulding: "Reflections on Imperialism", p. 202.

[80] *The New York Times*, 31 de julio de 1978.

[81] Robert G. Wesson: *Why Marxism? The Continuing Success of a Failed Theory* (Nueva York, Basic Books, 1976).

[82] Adam B. Ulam: *The Bolsheviks* (Nueva York, Macmillan, 1965), p. 311. Ver también P. T. Bauer: op. cit., pp. 57-58.

[83] Anthony James Joes: *Fascism in the Contemporary World: Ideology, Evolution, Resurgence* (Boulder, Colo., Westview, 1978), p. 103.

[84] Ver William C. Olson y David S. McLellan: "Population, Hunger and Poverty", en el libro que compilaron en conjunto con Fred a Sondermann: *The Theory and Practice of International Relations*, 6ª ed. (Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1983), p. 270.

[85] Mahbub ul Huq: *The Third World and the International Economic Order*. Informe de Desarrollo Nº 22 (Washington, D.C., Overseas Development Council, 1976). Reimpreso en Olson, McLellan y Sondermann, comps.: op. cit., pp. 325-326.

[86] Ibídem, p. 326.

[87] James Caporaso: "Dependence and Dependency in the Global System", *International Organization*, 32 (invierno de 1978), p. 2.

[88] Tony Smith: "The Logic of Dependency Theory Revisited", ibídem, 35 (otoño de 1981), pp. 756-757. Smith demostró tenerle menos simpatía a la teoría de la dependencia unos pocos años después, aceptando que había inducido a quienes estaban en "la corriente central" a pensar en términos más amplios, complejos y normativos sobre el desarrollo del Tercer Mundo. "Requiem or New Agenda for Third World Studies", *World Politics*, XXXVII (julio de 1985).

[89] J. Samuel Valenzuela y Arturo Valenzuela: "Modernization and Dependency: Alternative Perspectives in the Study of Latin American Underdevelopment", *Comparative Politics*, 10 (julio de 1978), pp. 535-557. Los Valenzuela dejan en claro que están criticando las perspectivas de modernización de autores tales como Sir Henry Maine, Ferdinand Tönnies, Emile Durkheim, Max Weber, Robert Redfield, Harry Eckstein, David Apter, Daniel Lerner, Neil J. Smelser, Alex Inkeles, Cyril Black, Gabriel Almond, James S. Coleman, Talcott Parsons, Seymour Martin Lipset, Kalvin H. Silvert y otros. Otros trabajos representativos sobre la teoría de la dependencia como subordinación incluyen los de Fernando Henrique Cardozo y Enzo Faletto: *Dependency and Development in Latin American* (Berkeley, University of California Press, 1979) y André Gunder Frank: *Crisis in the Third World* (Nueva York, Holmes y Meier, 1981). Para una visión crítica de la teoría de la dependencia, ver Tony Smith: "The Underdevelopment of Development Literature: The Case of Dependency Theory", *World Politics*, 31 (enero de 1979).

[90] James A. Caporaso: "Industrialization in the Periphery: The Evolving Global Division of Labor", *International Studies Quarterly*, 25 (septiembre de 1981), p. 351. Ver también David B. Yoffie: "The Newly Industrializing Countries and the Political Economy of Protectionism", ibídem, 25 (diciembre de 1981).

[91] Un completo compendio de las propuestas de un NOEI a lo largo de 30 años fue compilado por Alfred George Moas y Harry N. M. Winton, bibliotecarios del Instituto de Entrenamiento e Investigación de las Naciones Unidas (UNITAR): *A New International Economic Order, Selected Documents, 1945-1975*, 2 vols. (Nueva York, United Nations, 1977). Ver también Jagdish N. Bhaghwati, comp.: *The New International and Economic Order: The North-South Debate* (Cambridge, Mass., M.I.T. Press, 1977); Karl P. Souvant y Hajo Hacenpflug, comps.: *The NIEO: Confrontation or Cooperation Between North and South* (Boulder, Colo., Westview Press, 1977); J. S. Singh: *A New International Economic Order* (Nueva York, Praeger, 1977); D. C. Smyth: "The Global Economy and the Third World: Coalition or Cleavage?", *World Politics*, 29 (abril de 1977); Robert L. Rothstein: *Global Bargaining: UNCTAD and the Quest for a New International Economic Order* (Princeton, N.J., Princeton University Press, 1979); Edwin Reuben, comp.: *The Challenge of the New International Economic Order* (Boulder, Colo., Westview Press, 1981); Jeffrey A. Hart: *The New International Economic Order: Cooperation and Conflict in North-South Economic Relations* (Nueva York, St. Martin's Press, 1983); Craig N. Murphy: "What the Third World Wants: An Interpretation of the Development and Meaning of the New International Economic Order Ideology", *International Studies Quarterly*, 27 (marzo de 1983); y Stephen D. Krasner: *Structural Conflict: The Third World Against Global Liberalism* (Berkeley, University of California Press, 1985).

[92] Stephen D. Krasner: "Transforming International Regimes: What the Third Wants and Why", *International Studies Quarterly*, 25 (marzo de 1981). Para discusiones adicionales de las relaciones económicas Norte-Sur y los obstáculos para lograr el NOEI, ver Roger D. Hansen: *Beyond the North-South Stalemate*, para el Consejo de Relaciones Exteriores (Nueva York, McGraw-Hill, 1979); John Gerald Ruggie, comp.: *The Antinomies of Interdependence* (Nueva York, Columbia University Press, 1983); Robert O. Keohane: *After Hegemony: Cooperation and Discord in the World Political Economy* (Princeton, N.J., Princeton University Press, 1984); y David A. Lake: "Power and the Third World: Toward a Realist Political Economy of North-South Relations", *International Studies Quarterly*, 31 (junio de 1987).

[93] Ver Comisión de Empresas Transnacionales, "Supplementary Material on the Issue of Defining Transnational Corporations", United National Economic and Social Council, 23 de marzo de 1979, pp. 8 y 11; *Transnational Corporations in World Development: A Re-Examination* (Nueva York, United Nations, 1981), p. 286. Joan Edelman Spero ha llegado a la conclusión de que más del 95 por ciento de la inversión exterior directa registrada fluye de países que son miembros de la Organización de Cooperación Económica y Desarrollo (OCDE) y que alrededor de tres cuartos de su total se invierte en otros países de la OCDE. *The Politics of International Economic Relations*, 3ª edición (Nueva York, St. Martin's Press, 1985), p. 134. John R. Oneal y Frances H. Oneal, después de comparar las tasas de resultado de la inversión en dos grupos de países —PMD e industrializados— concluyeron que la dependencia tiene como resultado una explotación sistemática. "Hegemony, Imperialism and Profitability of Foreign Investments", *International Organization*, 42 (primavera de 1988), p. 373.

[94] Entre las primeras evaluaciones de los pro y los contra de las EMN, consultar Samuel Huntington: "Transnational Organizations in World Politics", *World Politics*, 25 (abril de 1973) y John Diebold: "Multinational Corporations - Why Be Scared of Them?", *Foreign Policy*, Nº 12 (otoño de 1973). A principios de los años setenta, había cierta aprensión respecto de que las multinacionales, debido a sus vastos recursos económicos y debido a que no podían ser adecuadamente controladas por los gobiernos nacionales, mucho menos por las organizaciones internacionales, pudieran llevar a la erosión del sistema de naciones-estado como lo hemos conocido. Ver Raymond Vernon: *Sovereignty at Bay* (Nueva York, Basic Books, 1971) y Robert Gilpin: "Three Models of the Future", *International Organization*, 29 (invierno de 1979). Ni Vernon ni Gilpin coincidieron con la hipótesis de la erosión. Para una evaluación ulterior del efecto de las EMN en los países del Tercer Mundo, ver Theodore H. Moran: "Multinational Corporations and Dependency: A Dialogue for Dependentistas y Non-Dependentistas", *International Organization*, 32 (invierno de 1978); Joan Edelman Spero: op. cit., cap. 8.

[95] Para una descripción de cómo los países del Tercer Mundo se han ajustado, ver Joan Edelman Spero: op. cit., pp. 285-287. Edith Penrose ha aducido que la presencia de las EMN en los países del Tercer Mundo es probable que refuerce a los gobiernos de tales países políticamente y mejore sus capacidades a lo largo del tiempo para controlar a las empresas extranjeras. "The State and Multinational Enterprises in Less-Developed Countries" en Jeffrey A. Frieden y David A. Lake, comps.: *International Political Economy: Perspectives on Global Power and Wealth* (Nueva York, St. Martin's Press, 1987).

[96] Immanuel Wallerstein: "The Future of the World Economy" en Terrence K. Hopkins e Immanuel Wallerstein, comps.: *Processes of the World System* (Beverly Hill, California, Sage Publications, 1980). La teoría de Wallerstein se encuentra en dos volúmenes: *The Modern World System I: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World Economy in the Sixteenth Century* (Nueva York, Academic Press, 1974) y *The Modern World System II: Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600-1750* (Nueva York, Academic Press, 1980). Ver también su *Capitalist World-Economy* (Cambridge, Cambridge University Press, 1979).

[97] Christopher Chase-Dumm: "Interstate System and Capitalist World-Economy: One Logic or Two?", *International Studies Quarterly*, 25 (marzo de 1981). Ver los otros artículos de este número especial sobre "World System Debates", compilado por W. Ladd Hollist y James N. Rosenau. Cf. también William R. Thompson, Christopher Chase-Dunn y Joan Sokolovsky: "An Exchange on the Interstate System and the Capitalist World-Economy", ibídem, 27 (septiembre de 1983).

[98] Willy Brandt y Anthony Sampson, comps.: *North-South: A Program for Survival, Report of the Independent Commission on International Development Issues* (Brandt Commission) (Cambridge, M.I.T. Press, 1980).

[99] Graham Bird: "Beyond the Brandt Report: A Strategy for World Economic Development", Millenium: *Journal of International Studies*, 9 (otoño de 1983, pp. 55-62. Para un análisis económico más pleno de tono similar, cf. W. M. Corden: *Inflation, Exchange Rates and the World Economy: Lectures on International Monetary Economics* (Nueva York, Oxford University Press, 1978); Graham Bird: *The International Monetary System and the Less Developed Countries* (Londres, Macmillan, 1978) y William R. Cline y asociados: *World Inflation and the Developing Countries* (Washington, D.C., The Brookings Institution, 1981).

[100] Susan Strange: "Reactions to Brandt: Popular Acclaim and Academic Attack", *International Studies Quarterly*, 25 (junio de 1981), pp. 333-342.

[101] Ver, por ejemplo, Jeffrey A. Frieden y David A. Lake, comps.: op. cit., especialmente pp. 1-17. Paul R. Viotti y Mark V. Kauppi: *International Relations Theory, Realism, Pluralism, Globalism* (Nueva York, Macmillan, 1987); Kenneth Waltz: *Theory of International Relations* (Reading, Mass., Addison-Wesley, 1979) y los trabajos de Stephen Krasner, Immanuel Wallerstein, Christopher Chase-Dunn, Michael W. Doyle y otros, citados en este capítulo. Rajan Menon y John R. Oneal han revisado el debate acerca del imperialismo en términos de teorías socialistas y capitalistas, teorías realistas y la teoría del imperialismo como resultado de la presión de desarrollo lateral tal como ha sido expuesta por Nazli Chourri y Robert North (tratada en el Capítulo 8). "Explaining Imperialism: The State of the Art as Reflected in Three Theories", *Polity* (invierno de 1987).

[102] Spero: op. cit., pp. 8-12.

[103] Paul Kennedy: *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000* (Nueva York, Random House, 1987).

Capítulo 7

TEORÍAS MICROCÓSMICAS DE CONFLICTO VIOLENTO

Motivaciones humanas y conflicto

En su significativo trabajo, *Man, the State and War* (El hombre, el Estado y la guerra), Kenneth N. Waltz distinguía tres imágenes de las relaciones internacionales en los términos en los cuales generalmente intentamos analizar las causas de la guerra. Según la primera imagen, la guerra se puede remitir a la naturaleza y el comportamiento humanos.[1] Los partidarios de la segunda imagen buscan la explicación de la guerra en la estructura interna del Estado, y este grupo incluye tanto a liberales (que creen que las democracias son más pacíficas que las dictaduras) y los marxistas-leninistas (que creen que los estados capitalistas fomentan la guerra mientras que el socialismo lleva a la paz). La tercera imagen postula las causas de la guerra en la condición conocida por los teóricos políticos clásicos (incluidos Kant, Spinoza, Rousseau y, en los tiempos modernos, Hedley Bull) como "anarquía internacional", es decir, la ausencia de aquellos instrumentos de derecho y organización que serían eficaces para mantener la paz. En otras palabras, una deficiencia en el sistema de los estados hace necesario que cada Estado persiga sus propios intereses y ambiciones y actúe como juez en su propio caso cuando se ve envuelto en disputas con otro Estado, favoreciendo así la recurrencia del conflicto, incluidas las guerras ocasionales, inevitables, y el origen de la "expectativa de guerra" un rasgo normal del sistema de los estados.[2] Se trata de un pensamiento provocativo, que la inexistencia de algo (un medio eficaz para hacer cumplir la paz) pueda ser la causa de otra cosa, por ejemplo la guerra. En este capítulo, nos preocuparemos inicialmente de la "primera imagen" y las explicaciones del conflicto asociadas a ella —esas teorías microcósmicas relativas a la naturaleza y el comportamiento humano individual— y a continuación de las teorías macrocósmicas que tratan con fuerzas sociales y políticas más amplias.

El historiador, por lo general, se interesa en los acontecimientos específicos y únicos que llevan al estallido de una guerra particular. El teórico de las relaciones internacionales no puede ignorar las circunstancias concretas en las cuales las guerras se producen; éstas tienen que ser tomadas en cuenta en la teoría. Pero el teórico busca ir más allá de las guerras específicas en un esfuerzo por explicar el fenómeno más general de la *guerra* misma, es decir, la lucha en gran escala u otros actos de violencia y destrucción que implican las fuerzas armadas organizadas de diferentes estados. La causalidad de la guerra internacional puede estar, y probable-

mente esté, vinculada al menos en parte con la causalidad de otras formas de conflicto político violento, tales como la guerra civil, la revolución o la insurgencia guerrillera, pero la guerra internacional es un fenómeno específico, diferente de los demás, y exige una explicación específica propia.

Waltz, en su tratamiento de los teóricos de esta primera imagen, señaló que tanto los pesimistas como los optimistas, los utopistas y los realistas coinciden en diagnosticar que la causa básica de la guerra surge de la naturaleza y el comportamiento humanos, pero están en desacuerdo en sus respuestas a la pregunta de si dicha naturaleza y comportamiento puede lograrse que sufran un cambio suficiente para resolver el problema de la guerra.[3] Es dudoso que ya los tradicionalistas o los científicos de la conducta alguna vez sean capaces de aislar un solo factor causal dominante adecuado para explicar todos los conflictos violentos. La vida humana es demasiado diversa y compleja como para permitir semejante explicación. Un presupuesto más razonable es que todas las formas de violencia, sean individuales o sociales, tengan en común unos pocos factores explicativos, vinculados con lo que aquí aludimos como naturaleza humana. Las teorías microcósmicas y macrocósmicas de la agresión, la violencia y la guerra humanas no pueden separarse prolijamente entre sí. La guerra internacional no puede explicarse de forma adecuada exclusivamente por referencia a explicaciones biológicas y psicológicas de la agresividad individual, tampoco este último fenómeno puede entenderse de forma puramente "interna", sin referencia a factores sociales. En todos los campos que estudian el comportamiento social humano, los enfoques micro y macro deben mezclarse adecuadamente.

Estudios modernos de las motivaciones y la guerra

En el siglo XX, los especialistas en ciencias sociales se han vuelto cada vez más hacia los motivos, las razones y los factores causales que pueden ser operativos tanto en los seres humanos individuales como en las colectividades sociales, aun cuando la gente no sea inmediatamente consciente de ellos y no se vuelva consciente de ellos salvo como resultado de la observación científica y el análisis metódico. ¿Por qué los individuos se comportan de forma agresiva? ¿Por qué los estados libran guerras? Las dos preguntas están vinculadas, pero no responden a lo mismo. La primera nos remite a los resortes internos de la acción dentro de los seres humanos individuales, la segunda a los procesos de toma de decisiones de los gobiernos nacionales. La revolución violenta constituye aun otro fenómeno, diferente de la agresividad individual, que tiene sus raíces en las características biológico-psicológicas de los seres humanos y de la guerra internacional, que es una forma altamente politizada e institucionalizada de comportamiento social aprendido. La revolución en sí misma, en la medida en que exige organización, liderazgo, ideología y doctrina, propaganda, planificación, estrategia, tácticas, comunicaciones, reclutamientos y suministros, y muy a menudo una diplomacia para la adquisición de apoyo externo, asume un carácter altamente politizado con el paso del tiempo. Así exige más un análisis *macrocósmico* que *microcósmico*.

Los factores psicológicos y psicológico-sociales solos pueden llegar lejos en la explicación de ejemplos de violencia anómica,[4] tales como un disturbio por comida o idioma en la India, un estallido de lucha en un acontecimiento deportivo o un desorden racial en una playa pública. Pero aun en estos casos, los psicólogos sociales serían conscientes de "la falacia del factor aislado" y los científicos sociales aducirían que algunos ejemplos de violencia aparentemente anómica pueden implicar un elemento de organización política y pueden entenderse adecuadamente sólo cuando se los ubica en su contexto sociológico y político total. En todos los casos de violencia social, es probablemente sabio suponer la presencia de múltiples factores explicativos.

El fenómeno de la guerra internacional es el más complejo y difícil de explicar de todos. Es imposible describir las causas de la guerra puramente en términos de psicología individual, como si fuera un caso de tensiones psíquicas dentro de los individuos, las cuales llegan a un punto de estallido y luego se derraman en un conflicto en gran escala. Las analogías entre las explicaciones de base psicológica de la agresión por parte de individuos y las explicaciones de la guerra internacional enfrentan aun otro problema. En el caso de la guerra, quienes toman la decisión oportuna para llevar a un Estado a la guerra no hacen ellos mismos la guerra en el campo de batalla, si bien en una era de guerra total la distinción entre el campo de batalla y el frente interno a veces se ha visto borrada más allá de toda distinción posible. Por el contrario, aquellos que de hecho se comprometen en la batalla es probable que no tengan nada o poco que ver con la decisión concreta de luchar. Los sentimientos de hostilidad, más aún, por cierto pueden estar generalizados dentro de una nación respecto de otra y sin embargo puede eludirse la guerra por medio de un manejo astuto de los asuntos del Estado. De igual forma, un gobierno puede llevar a un pueblo a la guerra por la cual hay poco apoyo entusiasta, si no abierta oposición. Sobre este tema, Werner Levi sugiere:

> ¿Cuándo, por ejemplo, ciertos rasgos naturales o tendencias psicológicas encontrarán su salida en la guerra y cuándo en algo más pacífico?...
>
> Estas explicaciones fracasan en indicarnos cómo estos factores humanos se traducen en un conflicto violento que abarca a todos los ciudadanos, al margen de su naturaleza individual, y se cumple a través de una maquinaria altamente compleja construida a lo largo de un período de años sólo con dicho propósito.
>
> Siempre está el vínculo faltante en estas especulaciones fascinantes acerca de las causas psicológicas de la guerra entre la naturaleza fundamental del hombre y el estallido de la guerra... Por lo general, los factores psicológicos y los rasgos humanos pueden clasificarse como condiciones de guerra más correctamente que como sus causas.[5]

Teorías biológicas y psicológicas

El conflicto tiene una dimensión interna y una externa. Surge de las dimensiones internas de los individuos que actúan aisladamente o en grupos y también de las condiciones externas y las estructuras sociales. En todos los niveles de análisis, los conglomerados organizados y grandes de seres humanos afectan a los conglomerados más pequeños y a los individuos, y viceversa. Los individuos y los grupos están en constante interacción. Lo que es más importante, ¿los más grandes o los más pequeños? Los científicos de las numerosas disciplinas interesadas en el conflicto probablemente nunca sean capaces de coincidir en una respuesta a esta pregunta de importancia fundamental. La única solución disponible para este dilema es considerar las situaciones sociales y los procesos internos individuales como un todo orgánico. Empezaremos en el nivel microcósmico.

Peter A. Corning ha señalado que sin una comprensión de los aspectos evolutivos y genéticos del comportamiento, no podemos comprender plenamente los principios internos por los cuales la vida humana está organizada, y que los especialistas en ciencias sociales deben atender cada vez más la interacción entre el organismo y el entorno.[6] Tiene sentido empezar con las bases biológicas del comportamiento. En los últimos años, un nuevo campo polémico ha hecho su aparición en el ámbito académico: la sociobiología. Los sociobiólogos estudian las raíces genéticas del comportamiento social en los insectos, los animales y los seres humanos, y buscan unir la brecha entre la herencia genética de los individuos, por un lado, y los procesos sociales e instituciones por el otro. Todavía es demasiado temprano para predecir cómo funcionará esta nueva disciplina.[7]

Todos los organismos vivos tienen ciertas necesidades fundamentales vinculadas con los aspectos biológicos específicos de la especie. Los miembros de la sociedad humana son los más complejos de todos: "Estas necesidades incluyen una atmósfera razonablemente pura, numerosos requerimientos nutritivos, agua fresca, sueño... abrigo y vestimenta (o de manera más general, mantenimiento de la temperatura corporal), cuidado de la salud, que incluye la sanidad, la seguridad física, la procreación y la crianza, y entrenamiento de los jóvenes".[8] En el mundo como un todo, la mayor parte de toda la actividad económica está consagrada a responder a necesidades biológicas básicas. Entre los humanos, las necesidades biológicas rápidamente se transforman en necesidades psicológicas más elevadas, que son aún más difíciles de satisfacer: sentido de pertenencia, autoestima y prestigio, autoactualización y otras por el estilo.[9] Gran parte de la competencia política y económica y del conflicto entre las sociedades humanas puede remontarse al hecho de que la demanda de cosas necesarias para satisfacer las necesidades biológicas y psicológicas siempre excede la oferta.[10] Esto no quiere decir que cualquier teoría que surja de un modelo evolutivo darwiniano del proceso de selección natural necesariamente lleve a la conclusión de que la naturaleza es "de dientes y garras rojas" y que la agresión violenta y la guerra son inevitables entre las sociedades humanas. Muchos biólogos han insistido en que la adecuación a la supervivencia dicta la cooperación y la ayuda mutua, al menos tanto como el conflicto agresivo.[11]

Teorías instintivas de la agresión

El concepto microcósmiso clave desarrollado por los biólogos y los psicólogos para la explicación del conflicto es la *agresión*. Normalmente, pensamos en la agresión como una forma de comportamiento violento dirigido a perjudicar o matar a un ser humano o a lastimar o destruir a una entidad no humana. Algunos autores han distinguido entre la *agresión hostil*, cuya meta es inferir daño, y la *agresión instrumental*, cuyo fin es asegurar recompensas ajenas que van más allá del sufrimiento de la víctima. Esta distinción ha sido criticada como confusa por Albert Bandura, quien aduce que la mayoría de los actos de agresión hostil sirven a fines diferentes que la mera producción de daños y, por ello, son instrumentales.[12] Bandura define la agresión como un comportamiento que tiene como resultado un daño personal (sea psicológico o físico) o la destrucción de la propiedad, pero insiste en la importancia del "proceso de denominación social", es decir, los juicios sociales que determinan que actos perjudiciales o destructivos han de ser llamados "agresivos". Ni el cirujano que hace una dolorosa incisión ni el operador de una topadora que tira abajo un edificio condenado, es acusado de cometer agresión.[13]

¿Llevan los seres humanos dentro de su estructura psíquica o genética un "instinto" imposible de erradicar o predisposición a la agresión? Dada la forma en que el debate acerca del comportamiento instintivo se ha desarrollado en este siglo, sería útil examinar primero las posiciones adoptadas antes por ciertos psicólogos. Por lo general, los psicólogos durante largo tiempo han coincidido en que la agresión ha de entenderse dentro de algún tipo de marco estímulo-respuesta. Un tema básico que se planteó en su campo a principios de este siglo era si las tendencias agresivas son innatas, instintivas y siempre presentes en los humanos o si aparecen sólo como resultado de una frustración externamente producida.

Figuras de primer nivel identificadas con las teorías instintivas de la agresión durante las primeras décadas del siglo, fueron William James (1842-1910) y William McDougall (1871-1938). McDougall, el psicólogo británico más importante de su época, consideraba al instinto como un proceso psicofísico heredado por todos los miembros de una especie; no era algo aprendido, pero podía modificárselo a través del aprendizaje. McDougall se opuso a los psicoanalistas que consideraban al impulso agresivo siempre presente en los seres humanos y constantemente en busca de alivio. McDougall insistía en que "el instinto de pugnacidad", como lo llamaba (uno de los once que identificaba), se volvía operativo sólo cuando se lo instigaba a través de una condición frustrante.[14] No consideraba a la agresividad humana como un impulso innato constantemente en busca de alivio. Así se ubicaba a mitad de camino entre los "instintivistas" puros y la escuela de la "frustración-agresión", no buscando su comprensión de la agresión ni en el organismo ni en el entorno exclusivamente, sino en su interacción.

La más famosa y polémica de las teorías "instintivas" fue la del "instinto de muerte" planteada por Sigmund Freud. Originalmente, Freud se inclinaba a la idea de que la agresión surge de la frustración, especialmente la frustración de los impulsos sexuales.[15] Pero después de la Primera Guerra Mundial, Freud postuló la existencia de un *Eros* fundamental en el ser humano, o instinto vital, y un *Thanatos* fundamental, o instinto de muerte. De ninguna otra forma podía explicar el psicoanalista austríaco por qué millones de hombres iban a la muerte en el campo de batalla entre 1914 y 1918.[16] Para Freud, todos los instintos estaban dirigidos hacia la reducción o eliminación de la tensión, la estimulación y la excitación. La motivación de las actividades que buscan el placer es lograr una condición carente de estímulos, una especie de nirvana oriental o ausencia de todo deseo. La muerte implica la remoción de toda excitación. De allí que todas las cosas vivientes aspiren a la "quietud del mundo inorgánico".[17] Pero la gente sigue viviendo a pesar del instinto de muerte, porque el instinto vital canaliza el impulso aniquilador fuera del yo y hacia los demás. El comportamiento agresivo, en consecuencia, suministra una salida para las energías destructivas que de otra forma pueden llevar al suicidio. Según esta hipótesis, la recurrencia de la guerra y el conflicto se convierte en una liberación periódica necesaria, por la cual los grupos se preservan a través de dirigir sus tendencias autodestructivas hacia los de afuera. Esto, en breve, es la fundamentación psicoanalítica del enfoque que Freud intercambió epistolarmente con Albert Einstein, es decir, una persona lleva dentro de sí "un instinto activo por el odio y la agresión".[18]

La mayoría de los psicólogos contemporáneos rechazan la hipótesis de Freud del deseo de muerte como la base de la teoría de la agresión. El profesor Leonard Berkowitz la llamaba "sin garantía científica".[19] Citaba dos bases principales desde las cuales se lo considera deficiente: una vinculada con la lógica positivista y otra con la moderna ciencia experimental. Sostenía que la teoría freudiana es inaceptable debido a su carácter teleológico. En otras palabras, la teoría le atribuye la causa del comportamiento actual a una meta futura, es decir, la reducción o remoción de la excitación.[20]

En cuanto a la evidencia experimental, Berkowitz aducía que la investigación desarrollada con animales (principalmente gatos, ratas y ratones), niega la validez de la noción de que todo comportamiento apunta a la reducción de la tensión, en la medida en que "los organismos a menudo se salen de su camino para obtener estímulos adicionales de su entorno externo".[21] Debería recordarse que Freud nunca adujo ningún cuerpo de pruebas abrumador para su hipótesis, en consecuencia no hay necesidad científica de desaprobarla. Sin embargo, la posición de Freud en el campo del psicoanálisis es tan dominante y su influencia en el pensamiento occidental moderno tan generalizada, que los psicólogos a veces parecen ansiosos por desacreditar este aspecto particular de su teoría, no sólo por su debilidad científica sino también porque tiene connotaciones bastante pesimistas para la sociedad.[22]

Estudios del comportamiento animal

En las últimas décadas, una de las ramas que ha avanzado más rápidamente dentro de las ciencias biológicas ha sido la *etología*, el estudio del comportamiento animal en todos sus aspectos, con énfasis particular en los cuatro impulsos animales básicos de la reproducción, el hambre, el temor y la agresión.

El comportamiento humano y el animal son bastante diferentes; en algunos aspectos, sin embargo, pueden ser análogos, y una comparación de similitudes básicas y sutiles diferencias puede ayudarnos a eludir explicaciones extremadamente simplificadas a partir de un solo factor. De un conocimiento del comportamiento animal no podemos inferir directamente nada acerca del comportamiento humano. "Trabajar sobre una especie", según Elton B. McNeil "puede servir como modelo sólo para la formación de *hipótesis* sobre otras especies".[23] Así, si bien un examen de los estudios animales no puede darnos pruebas directas acerca de la forma en que los seres humanos actúan, puede sugerir áreas fructíferas para investigaciones futuras. La ventaja de la investigación animal es que admite una libertad de experimentación que sería imposible en el caso de los seres humanos y permite que los científicos observen varias generaciones de una especie en un breve tiempo. Las precauciones principales que se deben recordar, por cierto, son que los humanos resultan mucho más complejos que los animales más altamente desarrollados, que el organismo computado del sistema nervioso humano se presta para un aprendizaje y adaptación casi ilimitados y que, por sobre todo, los seres humanos existen en un orden moral-espiritual.

Las causas del comportamiento agresivo en los animales son relativamente pocas. Los machos, por ejemplo, luchan por la comida, las hembras y el territorio; las hembras, para proteger a los cachorros. Todos exhiben hostilidad cuando miembros extraños de su propia especie son introducidos en su medio, cuando otros se apoderan de objetos hacia los cuales se han vuelto "posesivos" y cuando sus expectativas primero han sido alentadas y luego frustradas. Los investigadores han descubierto que hay una relación entre la agresividad y la producción de la hormona masculina (aun cuando en unas pocas especies la hembra es más agresiva que el macho); que dentro de una especie, algunas razas pueden ser más agresivas que otras; que los llamados blancos instintivos de agresión (tales como el ratón para el gato) parecen ser más un asunto de aprendizaje que de herencia; que luchar dentro de una especie puede producir intrincados modelos de sumisión y dominio; que un animal luchará antes que verse privado de status; que el repetido éxito en la lucha puede hacer a un animal más agresivo y que diversas formas de intervenciones eléctricas, químicas y quirúrgicas en el cerebro pueden producir alteraciones predecibles en la agresividad animal.[24] Los estudios también han indicado que los mismos principios de aprendizaje sobre los cuales se basa la estimulación del comportamiento conflictivo pueden aplicarse de forma invertida, para controlar y reducir la urgencia agresiva.[25]

John Paul Scott, un biólogo experimental que ha basado su estudio de la agresión individual y sus causas en la investigación animal, niega que haya alguna evidencia fisiológica que apunte a un "instinto de lucha" espontáneo dentro del cuerpo. No hay necesidad de que el organismo pelee, al margen de ocurrencias en el entorno externo. "Hay, sin embargo, un mecanismo fisiológico interno que sólo tiene que ser estimulado para producir la lucha".[26] Como lo ve Scott, la agresión es el resultado de un proceso de aprendizaje en el cual la motivación para la lucha se ve aumentada por el éxito; cuanto más perdure el éxito, más fuerte se vuelve la motivación. Favorece una teoría multifactorial de la agresión, basada en una compleja red de causas fisiológicas que eventualmente se remiten a la estimulación externa. Si la estimulación es lo suficientemente elevada, puede activar centros motores inconscientes para la lucha que, en ausencia del estímulo, por lo general están reprimidos como resultado del entrenamiento. Scott, en consecuencia, pone la raíz del impulso agresivo en los procesos fisiológicos, pero exige un estímulo del entorno y rechaza el concepto de autoactivación.

Hablando de manera general, los biólogos han sido menos remisos que los psicólogos a hablar de "instinto", no tanto como una explicación de un modelo de comportamiento heredado (a través de la transmisión genética) sino como una descripción abreviada de aquellas diferencias de comportamiento que están determinadas por la interacción de la herencia y el entorno.[27] Sin embargo, un creciente número de biólogos prefieren ahora el término *comportamiento innato* al antiguo término *instinto*.

Lorenz: la agresión intraespecífica

Konrad Lorenz, del Instituto Max Planck de Fisiología de la Conducta, ha arrojado nueva luz sobre la naturaleza de la agresión. Lorenz reconocía que hay una sutil relación entre los dos factores de la adaptación evolutiva: el comportamiento innato y el aprendizaje en el entorno. De los estudios de la agresión en ciertas especies de peces, perros, pájaros, ratas, ciervos y animales de granja, Lorenz llegó a la conclusión de que la agresión es algo muy diferente del principio destructivo expresado en la hipótesis freudiana de *Thanatos*. Según Lorenz: "La agresión, cuyos efectos a menudo se igualan a los del deseo de muerte, es un instinto como cualquier otro y en condiciones naturales ayuda tanto como cualquier otro a asegurar la supervivencia del individuo y la especie".[28]

Lorenz descubrió que la agresión, como él la definía, se produce primordialmente entre miembros de la misma especie, no entre miembros de diferentes especies. Cuando un animal de una especie mata a un animal de otra especie por comida, no se trata de agresión; al matar a la presa, el recolector de alimentos no exhibe ninguna de las características de un comportamiento genuinamente agresivo. El típico instinto agresivo, según Lorenz, no es *inter*específico sino *intra*específico, y puede ilustrarse mejor a través de la tenacidad con la cual un pez, un animal, o un pájaro defenderá su territorio contra miembros de su propia especie. La agresión se ve como algo que sirve a la función de preservación de la especie en el

sentido darwiniano, porque impide que los miembros de una especie se acumulen demasiado y los distribuye en todo el hábitat disponible.[29] Lorenz señaló que entre los animales que se inclinan por un espacio territorial particular, la disposición a ofrecerle combate a un intruso es mayor que en el centro del territorio del individuo, la parte del hábitat con la cual es más familiar. Éste es el concepto que Robert Ardrey ha popularizado (probablemente de forma demasiado simplista y errónea, especialmente en su aplicación a los seres humanos) como "el imperativo territorial".[30] Paradojalmente, como lo señaló Lorenz, el vínculo sexual y familiar debe superar la tendencia hacia la repulsión de los demás que está en el corazón mismo del territorio de un individuo, donde la agresión intraespecífica debería ser más fuerte.[31]

Según Lorenz, las especies no agresivas no forman vínculos amorosos, mientras que todas las especies que exhiben un comportamiento vincular son altamente agresivas. Algunos pájaros y animales están vinculados sólo durante las épocas de apareamiento y crianza, momento en el cual son agresivos. La vinculación, entonces, protege a la pareja entre sí y asegura la crianza de los más jóvenes, pero aumenta la agresividad del macho contra el vecino territorial. Lorenz llegó a la conclusión de que procesos análogos juegan un papel significativo en la familia y la vida social de muchos animales más elevados y de la especie humana.[32]

Además de ayudar a mantener a las especies distribuidas sobre un área más amplia, la tendencia agresiva como se manifiesta en la lucha entre rivales, generalmente entre machos, contribuye a la selección de los más adecuados para la reproducción. Pero la meta de la agresión, insiste Lorenz, es mantener apartado al intruso, tomar posesión de la hembra o proteger a la cría. Su objeto nunca es exterminar miembros de la misma especie. Entre diversas especies que Lorenz observó, percibió un fenómeno que denominó *ritualización de la agresión*, por el cual alude a un modelo motor fijo que implica una serie de gestos ceremoniales de incitación o amenaza por parte de un individuo para alejar a un miembro de la misma especie que interfiere. Esta forma de la expresión agresiva parece lograr el fin positivo de preservar a la especie del instinto agresivo sin recurrir a la violencia concreta.[33]

En resumen, Lorenz describe la agresión como un instinto benigno entre los animales. Señala que muchas especies animales han desarrollado algunos admirables mecanismos de inhibición de la agresión o gestos de apaciguamiento. El lobo, por ejemplo, está armado con una serie tal de armas poderosas que tuvo que desarrollar fuertes inhibidores de la agresión (tales como desnudar su cuello a las garras de un enemigo victorioso, dándole así un descanso a éste): de otra forma la especie podría haberse destruido a sí misma.[34] Lorenz y otros científicos esperan que los humanos se las arreglen para ritualizar y controlar sus impulsos agresivos tan bien como algunos de los órdenes más bajos de animales lo han hecho. Pero las criaturas débiles (por ejemplo: palomas, liebres, chimpancés y humanos), que normalmente carecen del poder de matar a un enemigo de su mismo tamaño y que pueden confiar en el vuelo u otras formas de evasión, no han estado bajo demasiada presión para desarrollar inhibiciones contra matar

a su propia especie. Lorenz lamenta que la evolución biológica humana no incluyera el desarrollo de similares mecanismos inhibitorios.[35]

El concepto de Lorenz del impulso agresivo no debería confundirse con el de los freudianos u otros que suscriben la noción de un deseo de destrucción que se autoestimula. Para Lorenz, el fin del instinto es advertiles a los de afuera que mantengan su distancia; aparentemente entra en juego sólo cuando el estímulo adecuado se aplica, si bien ha sido concebido por algunos como una necesidad que funciona espontáneamente.[36] Lorenz no insiste, como algunos autores, en que los humanos son excepcionales en su vicio por matar a los de su propia especie. Sabemos que las ratas, las hormigas, las hienas y ciertos monos pueden ser letalmente agresivos contra miembros de su propia especie. Los leones machos jóvenes, cuando están en celo, también es probable que maten a los cachorros que hay, a fin de estimular el proceso reproductivo de las hembras.[37] Pero Lorenz exhorta a los seres humanos a adquirir la humildad adecuada y a conquistar el orgullo que les impide reconocer sus orígenes evolutivos y las causas naturales del comportamiento humano.[38] No tiene duda de que los humanos representan el logro más elevado de la evolución y que son esencialmente más avanzados y complejos que todos los demás primates, pero advierte que las mismas facultades del pensamiento conceptual y el habla que lo elevan a un nivel de excepcional altura por sobre las demás criaturas, también plantean el peligro de extinción para la humanidad.[39]

Lorenz le tiene poca fe al poder de la razón sola para superar el instinto agresivo de los individuos. Sin embargo, pulsa una cuerda de cauto optimismo. Aun cuando los humanos no puedan desarrollar inhibidores de la agresión a través de la evolución biológica a tiempo para salvarse (dado que este proceso puede llevar cientos de miles de años), son capaces —por la dinámica de los impulsos instintivos de la preservación de las especies, la compasión por la especie, los modelos de comportamiento culturalmente ritualizado y la fuerza controladora y autodisciplinante de la política y la moral responsable— de desarrollar inhibidores de la agresión en la forma de estructuras sociopolíticas dentro de un tiempo relativamente corto, una vez que las principales potencias se convenzan genuinamente de que la guerra nuclear en gran escala sería una empresa suicida para todos. Los seres humanos poseen una *cultura* y eso significa que cuando el entorno cultural que afecta el comportamiento humano cambia, la característica adquirida puede ser directamente transmitida a la próxima generación.[40]

Los críticos de Lorenz

Lorenz y quienes aceptan su explicación de la agresión biológicamente fundamentada les han sacado chispas a los analistas para los cuales la "crianza" es más importante que la "naturaleza" como determinante del comportamiento. Erich Fromm criticó vigorosamente la teoría de "instintivistas" como Lorenz, que sostienen que los humanos a través del primer millón de años han sido cazadores acostumbrados al placer de matar y que un rasgo de crueldad destructiva, en consecuencia, se ha arraigado en su estructura básica como resultado del proceso de selección. Contra tal enfoque,

Fromm citaba los hallazgos de Ruth Benedict y Margaret Mead, quienes insistían en que las culturas caracterizadas por la paz y la cooperación, como la de los Zunis, son tan "naturales" como las culturas hostiles y crueles de otros pueblos (si bien son mucho más raras). Fromm criticaba lo que percibía como una inclinación política en las teorías de todos los instintivistas, incluido Lorenz: "Subrayar el carácter innato de la agresión corresponde a actitudes conservadoras o reaccionarias. Si la agresión fuera innata, habría pocas esperanzas de una paz perdurable y una democracia radical". La queja de Fromm era que la teoría de un instinto agresivo sirve para absolver a los seres humanos de la sensación de responsabilidad de su comportamiento autodestructivo y beligerante.[41] El psicólogo conductista B. F. Skinner y el antropólogo M. F. Ashley Montagu también atacan a Lorenz. Admiten que existe algo llamado el instinto en los seres humanos, pero afirman que como componente del comportamiento humano es mucho menos importante que el condicionamiento y el aprendizaje. Tanto Lorenz como Skinner pueden usar el término *impresión* para referirse a mensajes codificados en el sistema genético, pero no quieren decir lo mismo. Lorenz ubica la fuente de la impresión dentro del organismo; Skinner la encuentra en el entorno exterior.[42]

El teórico del aprendizaje social Albert Bandura cita con aprobación a aquellos que acusan a Lorenz de academicismo débil, de errores de hecho y de interpretaciones cuestionables respecto del comportamiento animal, y por fracasar en diferenciar modelos innatos de comportamiento de aquellos que surgen del aprendizaje experimental.[43] Los etólogos colegas han criticado a Lorenz no sólo por extrapolar de sus estudios animales al mundo humano, sino también por llegar a conclusiones supuestamente erróneas acerca de los animales en general después de haber estudiado un número relativamente pequeño de especies.[44]

Otros factores biológicos parecen tener alguna relación con el comportamiento agresivo humano. El hambre prolongada o la malnutrición crónica probablemente afecten el funcionamiento del cerebro y de otros órganos, tanto como la energía, el juicio y el comportamiento de los humanos. Francis A. Beer, sin embargo, probablemente va demasiado lejos cuando sugiere que los gobiernos del Tercer Mundo, que poseerán tecnología militar avanzada en el futuro y se enfrentarán con hambrunas generalizadas, pueden amenazar, provocar o lanzar una guerra nuclear a raíz del tema del hambre.[45] Es muy probable que no sean los *líderes* de los estados que experimentan un hambre generalizada los que tengan hambre. En consecuencia, especialmente en casos de regímenes totalitarios o autoritarios, el efecto del hambre en las colectividades de *individuos* será irrelevante para las decisiones de los *líderes* respecto de empezar una guerra. Nuevamente aquí nos enfrentamos con el problema conceptual de inferir un comportamiento en el nivel estatal de las motivaciones, intereses y modelos de comportamiento de los individuos.

Todavía otros autores han sugerido que las condiciones del hacinamiento humano pueden causar hiperirritabilidad, luchas e interferencia con todos los modelos normales de comportamiento.[46] Más aún, se ha aducido tensión entre los líderes políticos y los encargados de tomar decisiones (si bien algunos pueden sentir una "sensación de júbilo" en el medio de

presiones críticas), y que su desempeño bajo la tensión puede verse significativamente afectado por factores tales como la salud, la edad, la fatiga (especialmente la privación de sueño), ritmos circadianos o diurnos y la ingesta de drogas tranquilizantes u otra medicación. Otros ejemplos podrían tomarse del campo de la biopolítica, pero estos pocos servirán para ilustrar la variedad de formas en la cual se dice que los factores biológicos inciden en el comportamiento humano ante los conflictos y la toma de decisiones políticas.[47]

La teoría de la frustración-agresión

En las recientes décadas, la mayoría de las autoridades psicológicas se han visto inclinadas a remitir la fuente de la agresión a alguna forma de frustración. El concepto psicológico de frustración y sus efectos merece un examen detallado, no tanto como una explicación de la guerra internacional, sino más bien por el presupuesto generalizado de que el potencial elevado de conflicto de las zonas en desarrollo está en función de la frustración causada por la privación económica.[48]

La hipótesis Dollard-Doob

La teoría de la frustración-agresión es relativamente vieja, sugerida en algún momento por McDougall, Freud y otros, pero recibió su expresión clásica en el trabajo de John Dollard y sus colegas de la Universidad de Yale poco antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. El grupo de Yale tomaba como "su punto de partida el presupuesto de que *la agresión siempre es consecuencia de la frustración*". De manera más específica, suponían que "la ocurrencia del comportamiento agresivo siempre presupone la existencia de frustración y, viceversa, que la existencia de la frustración siempre lleva a alguna forma de agresión".[49] A la frustración la definían como "una interferencia con la ocurrencia de una respuesta de meta instigada en el momento adecuado dentro de la secuencia de comportamiento".[50] Cada vez que se interpone una barrera entre las personas y las metas que desean, una cantidad de energía extra se moviliza. Tal movilización de energía, dijo Ross Stagner, "si es constante y carece de éxito, tiende a fluir y transformarse en un comportamiento destructivo generalizado".[51] Abraham Maslow, sin embargo, señaló una diferencia entre la mera privación que es poco importante para el organismo y una amenaza a la personalidad o la meta vital del individuo; sólo lo último, decía, produce agresión.[52]

Según el estudio Dollard, puede esperarse que la fuerza de la instigación a la agresión, varíe con: 1) la fuerza de la instigación a la respuesta frustrada, 2) el grado de interferencia con la respuesta frustrada y 3) el número de secuencias de respuestas frustradas.[53] La agresión se produce sólo si la actividad dirigida a una meta se coarta, no en casos de privación no percibida. Más aún, el grupo de Yale señaló que no toda situación frustrante produce alguna agresión abierta. Los actos de agresión pueden

inhibirse, especialmente cuando su comisión llevaría a un castigo u otra consecuencia indeseable. La expectativa de castigo reduce la agresión abierta, y cuanto mayor es la certeza y la cantidad de castigo previsto por un acto agresivo, menos probable es que dicho acto se produzca.[54]

El individuo experimenta un impulso a atacar toda vez que una barrera se interpone en el camino del comportamiento tendiente a una meta. La barrera al blanco inmediato, sin embargo, puede ser física, psicológica o socialmente inmune al ataque. Las personas que se interponen pueden ser más fuertes, encubiertas con un aura de autoridad, sagradas por carácter, capaces de tomar represalias con un castigo socialmente aprobado o de alguna otra forma que se ha vuelto invulnerable a todos los fines prácticos. El grupo Dollard se centró primordialmente en la amenaza de castigo. La expectativa de castigo interfiere con el acto de agresión y así da origen a una mayor frustración, que intensificará la presión sea para una agresión directa contra el agente que interfiere o para otras formas indirectas de agresión.[55] Puede producirse un desplazamiento de la agresión, en cuyo caso el individuo dirige la hostilidad hacia alguien o algo que no es responsable de la frustración original. Alternativamente, el individuo que está tanto frustrado como inhibido puede alterar no ya el *objeto* sino la *forma* de agresión (es decir, imaginando o deseando dañar a alguien en lugar de perjudicar concretamente al agente que interfiere). Otra forma que la agresión indirecta puede adoptar es la autoagresión o *regresión*, en la cual los individuos se castigan a sí mismos, se dañan o, en los casos más extremos, cometen suicidio.[56] Dollard y sus colegas señalan la "mayor tendencia a que la agresión directa inhibida se vuelve contra el yo cuando está inhibida por el yo que cuando está inhibida por un agente externo". Pero agregan que la autoagresión no es el tipo preferido de expresión.[57] Finalmente, se supone que cualquier acto de agresión (sea directo o vicario, es decir, un asalto físico fantaseado) lleva a la catarsis, es decir, a un alivio de energía agresiva o tensión y una reducción de la instigación a la agresión.[58]

Modificaciones de la hipótesis Dollard-Doob

La hipótesis Dollard-Doob ha sido modificada y refinada por otros psicólogos y psicólogos sociales desde principios de los años cuarenta. La pregunta crucial no es si la frustración siempre lleva a alguna forma de agresión; los investigadores conceden que puede producirse de otras muchas formas y que una formulación más precisa de la tesis Dollard es "que la frustración produce instigación a diferentes tipos de respuestas, una de las cuales puede ser la agresión".[59] Más bien, la pregunta crucial es si toda agresión puede remitirse a la frustración. Muchas autoridades, incluidos Durbin y Bowlby, Karl Menninger y J. P. Seward, han criticado la hipótesis de frustración-agresión sobre la base de que hay otras causas de agresión además de la frustración.[60] Los estudios de comportamiento animal hechos por Scott y Fredericson, tanto como por Lorenz, también señalan otras causas tales como la lucha por el dominio, la visión de un animal extraño de la misma especie, el resentimiento ante la intrusión de extraños, disputas por la posesión de objetos, el miedo y la interferencia

con la comodidad. Pero los psicólogos que suscriben la hipótesis Dollard-Doob terminan ampliando la noción de frustración para abarcar todos estos factores que impulsan la agresión o intentando reducir estos factores a formas de frustración.[61] Los estudios experimentales han llegado a la conclusión de que mientras el comportamiento coartador tendiente a la meta puede reforzar la agresión, a veces no ejerce una influencia significativa en comparación con factores de aprendizaje social que se estudiarán más adelante.[62]

Los psicólogos no coinciden en cuanto a si el nexo frustración-agresión es un modelo estímulo-respuesta simple y virtualmente automático o si estados emocionales tales como la rabia y el miedo deben o pueden interponerse. De igual forma, hay desacuerdo en cuanto a si las claves adicionales, los factores de alivio y otros estímulos desencadenantes deben estar presentes para que la agresión se produzca concretamente. Lo que constituye una frustración no es un asunto completamente objetivo; a menudo depende de la cognición y la interpretación por parte del individuo.[63] Diversos tipos de frustraciones pueden llevar a diferentes tipos de reacciones agresivas.[64] Si bien puede ser relativamente fácil el funcionamiento del síndrome frustración-agresión en los niños, es considerablemente más ambiguo en los adultos. Finalmente, cuando el comportamiento agresivo se produce, "puede verse desviado de su meta original, disfrazado, desplazado, demorado o alterado de otra forma".[65]

La teoría de la frustración-agresión está apoyada por un convincente cuerpo de evidencia experimental y también apela al sentido común de la mayoría de la gente que sabe por experiencia personal que por momentos ha sentido impulsos agresivos después de sentirse frustrada. Puede haber pocas dudas de su utilidad cuando se aplica a ciertos aspectos limitados y más simples del comportamiento individual y de pequeños grupos. Uno puede preguntarse, sin embargo, si es adecuado usarlo con el fin de extrapolar desde experimentos de estímulo-respuesta relativamente simples a una explicación de las modalidades más sutiles y complejas de la acción humana, especialmente aquellas que están organizadas políticamente en el nivel del estado-nación.

De la agresión individual a la social

¿Cómo pasamos de la agresión en el individuo a la agresión en la sociedad? En opinión de Herbert C. Kelman, según su advertencia citada en el Capítulo 5 semejante transición no debe darse por sentada. Sin embargo el grupo Dollard transfirió las lecciones de la frustración-agresión individual al nivel mucho más amplio del comportamiento social colectivo —el de los blancos contra los negros en el Sur norteamericano a principios de este siglo— sin expresar ninguna duda en cuanto a la validez de la transferencia y sin ofrecer ninguna prueba sustancial o argumentos de que la transferencia pueda de hecho hacerse.[66] El estudio Dollard sugería que aun la teoría marxista de la lucha de clases depende implícitamente del principio de frustración-agresión.[67]

Cambiar el análisis de la frustración del plano del individuo al de la sociedad da origen a un importante problema de "nivel de observación" o nivel de análisis. Si bien puede ser bastante fácil ver la hipótesis frustración-agresión convalidada en experimentos con individuos, es más difícil verificar la hipótesis en el nivel del comportamiento de grandes grupos. Primero, el factor temporal es bastante diferente. La evidencia experimental más nítida del estudio de individuos parecería indicar secuencias temporales bastante rápidas desde el inicio de la frustración hasta la manifestación de respuestas agresivas, minutos u horas en la mayoría de los casos y quizás días o semanas en algunos. Parece razonable concluir que cuanto más largo es el intervalo de tiempo entre la interferencia con la acción tendiente a una meta y la comisión de un acto agresivo, menos cierta es la conexión entre la frustración y la agresión, porque otros factores pueden haber intervenido entretanto: inhibiciones, desplazamientos, respuestas sustitutivas y otros resultados o ajustes.

No importa cómo se explique el factor tiempo para el comportamiento individual, es razonable concluir que los fenómenos psicológicos sociales, además del comportamiento de una multitud que es deliberadamente incitada a la violencia, generalmente se desarrolla a un ritmo más lento. Las situaciones frustrantes se perciben más lentamente; las percepciones son menos uniformes y las interpretaciones más diferentes; el marco extendido de tiempo suministra mayores oportunidades para que los individuos se ajusten; la variedad de respuestas es más amplia para los grupos grandes que para los individuos; es probable que las respuestas a las situaciones frustrantes varíen de acuerdo con los valores culturales de diferentes grupos dentro de la estructura social y quizás lo más importante, todo un complejo de factores sociológicos externos (más que de factores psicológicos internos) correspondientes al comportamiento de la multitud, contribuye a la determinación de la respuesta a la frustración. De ello puede ocurrir que se verifique la hipótesis de la frustración-agresión en el comportamiento de grupos más pequeños y no estructurados (es decir, estallidos anómicos tales como el tumulto de una multitud no organizada), pero parecería mucho más difícil, y quizás imposible, aplicar la teoría de cualquier forma precisa al comportamiento de entidades sociales más grandes y más altamente institucionalizadas.[68] Más aún, debería subrayarse que la mayoría de los exponentes de la explicación de la frustración-agresión, son cuidadosos en excluir la "agresión aprendida" del alcance de su teoría. Es importante recordar esto en cualquier consideración del conflicto organizado (como la guerra, la revolución y la insurgencia guerrillera), en el cual el entrenamiento juega un papel significativo para la conducta agresiva. La guerra organizada que es característica de las sociedades humanas no tiene contraparte entre los animales y exige un alto grado de aprendizaje social.

Socialización, desplazamiento y proyección

La escuela de la frustración-agresión ha intentado pasar del individuo al nivel social, más a través de inferencias lógicas que por medio de experi-

mentación. Los principales mecanismos conceptuales por los cuales se hace la transferencia son la "socialización de la agresión", el "desplazamiento" y la "proyección", todas nociones estrechamente vinculadas.

Los psicólogos sostienen que el proceso de adquirir un hábito social invariablemente da origen a la frustración, en la medida en que cualquier modificación forzada del comportamiento espontáneo de la infancia a la adultez interfiere con las respuestas tendientes a metas. Esto es así para los hábitos alimentarios, la supresión del llanto, las limitaciones al movimiento, la limpieza y el control de esfínteres, los modales en la mesa y en la expresión, el comportamiento sexual, la especificación sexual, el paso de una edad a otra, el comportamiento social, las disciplinas escolares, la restricción a los adolescentes y los diversos ajustes necesarios en la adultez, tales como las exigencias maritales, profesionales u ocupacionales.[69]

La mayoría de estos ejemplos, por cierto, están tomados de la vida familiar de la clase media norteamericana. Los modelos de frustración-agresión están vinculados con la cultura, tanto los factores que causan frustración en los seres humanos como las direcciones en las cuales se orientan los impulsos agresivos —o los "blancos de agresión"— dependerán en gran medida de los valores del sistema cultural específico. Toda sociedad impone controles sociales en el comportamiento espontáneo de los individuos. Así, todo sistema social produce en sus miembros frustraciones que eventualmente llevan al miedo, el odio y la agresión violenta. Toda cultura debe desarrollar su propia solución al problema de manejar socialmente los impulsos agresivos de sus miembros.[70] La "socialización de la agresión" tiene lugar en todas las sociedades humanas, atenuando la acción hostil entre los miembros del "grupo interno" y dirigiendo los impulsos agresivos hacia "los grupos externos".[71]

Un niño que está frustrado por la decisión de sus padres puede buscar alivio sustituyéndolos por un objeto diferente de agresión, como un juguete, un mueble, un hermano, otro niño del vecindario, un maestro, una mascota o la propiedad del vecino. Los blancos pueden ser invulnerables si la agresión contra ellos lleva al castigo. En la medida en que uno encuentra blancos más seguros, a menudo tienen menos parecido con los objetos originales. La represión de los impulsos hostiles del nivel de la conciencia puede ayudar al desplazamiento permitiéndole al individuo olvidar la identidad de la fuente original de la frustración.[72] La represión puede llevar a la proyección, que implica atribuirles a otros, exagerándolas, las cualidades desfavorables y los motivos maliciosos que uno es remiso a reconocer en uno mismo. Los individuos buscan reducir sus sentimientos de culpa proyectando sus pensamientos y sentimientos intolerables en otros. Una vez que se han fijado en su meta, la distorsión perceptual se establece; todo en el comportamiento del blanco confirma y justifica sus sospechas.[73]

Es bastante común para los psicólogos y los psicólogos sociales citar el síndrome de frustración-agresión-desplazamiento como la explicación de actitudes hostiles hacia grupos de "chivos emisarios" dentro de una sociedad y hacia las naciones extranjeras.[74] Pero no está claro cómo se pega el salto, o siquiera si puede hacerse lógicamente, desde la teoría psicológica individual hasta el análisis de actitudes y comportamientos en el nivel de entidades sociológicas más grandes. Uno puede coincidir rápidamente en

que un sistema de recompensas y castigos dentro de una estructura familiar servirá para disuadir de la agresión abierta, que el niño que crece entonces desplazará.[75] Los psicólogos llaman la atención al hecho de que el niño que crece asimila las actitudes y prejuicios de los adultos, especialmente los padres, y así la noción de "el enemigo", sea interna o externa, se perpetúa a través de la transmisión de una generación a la otra.

Los mecanismos por los cuales las actitudes psíquicas individuales y los complejos de carácter cuasipatológico se trasladan a las decisiones políticas concretas de los líderes contribuyendo al estallido concreto del conflicto organizado, todavía no han sido adecuadamente definidos y descriptos, mucho menos aún comprobados experimentalmente, de una manera inteligible para los especialistas en ciencias políticas. Supuestamente, semejante mecanismo no ha sido descripto o definido porque un mecanismo tal no existe. Sin duda, las frustraciones de los seres humanos forman una parte importante de la matriz total de la cual surge el conflicto social. La presencia de la frustración generalizada parecería conferirle un potencial de conflicto a cualquier situación social. Puede decirse que constituye un prerrequisito o una condición necesaria, al menos para algunas formas de agresión colectiva.[76] Sin embargo, la hipótesis sigue siendo incierta. No entendemos la relación entre las experiencias frustrantes de la infancia (con sus correlativos efectos en la personalidad) y las actitudes socio-políticas adultas. El síndrome frustración-agresión-desplazamiento solo no puede suministrar tanto las condiciones necesarias como suficientes de la agresión colectiva en gran escala. La frustración puede suministrar el potencial de conflicto, pero un mecanismo desencadenante es necesario, y el potencial de alguna forma debe organizarse y recibir una dirección específica.

Una de las deficiencias más destacadas de la teoría de la frustración-agresión-desplazamiento es su fracaso en explicar adecuadamente por qué grupos "extranjeros" particulares se eligen como blancos para la agresión desplazada, especialmente cuando hay blancos alternativos disponibles.[77] En muchos momentos se ha sugerido que se los elige porque son "visibles", porque son "diferentes y extraños", porque han sido tradicionalmente despreciados y se ha desconfiado de ellos o porque son muy temidos. En el nivel de las relaciones internacionales, la selección de blancos de conflicto tiene mucho más que ver con factores macrocósmicos —políticos, económicos, ideológicos y socioculturales— que con la frustración interna de un individuo.

La teoría del aprendizaje social

Los teóricos del aprendizaje social como Albert Bandura son escépticos tanto respecto de las teorías instintivas biológicas de la agresión como de las teorías psicológicas que postulan un impulso frustración-agresión. Bandura niega que la energía agresiva sea acumulativamente retenida dentro del organismo para ser descargada sin ningún estímulo externo y por el contrario pone el énfasis en las causas ambientales de la agresión. Admite que el ser humano tiene unos pocos hábitos innatos, pero los ve como menos significativos que el vasto potencial humano de aprendizaje,

Aduce que los seres humanos poseen mecanismos neurofisiológicos que les permiten comportarse agresivamente, pero que estos mecanismos están activados sólo por una estimulación adecuada en condiciones y formas en gran medida determinadas por la experiencia social.[78]

Bandura cita evidencia antropológica de que en algunas culturas la agresión no es la respuesta típica a la frustración. Plantea que la definición de frustración se ha vuelto tan amplia como para perder sentido, porque puede incluir no sólo la interferencia con el logro de metas deseadas, sino también insultos personales, sometimiento al dolor, privación de recompensas y experiencias de fracaso. Ve la frustración sólo como un factor, y no necesariamente el más importante, que afecta la expresión de la agresión. Coincide en que la amenaza de castigo, por el otro lado, es más compleja de lo que originariamente se creía. Convencido de la gran complejidad de la respuesta humana en diversas situaciones, Bandura plantea una teoría sofisticada y en cierta forma intrincada del comportamiento agresivo, basada no ya en los impulsos o tendencias internos, sino en el aprendizaje social, los contextos sociales y los papeles, las influencias de la retroalimentación de la respuesta, así como su configuración y reforzamiento y la capacidad aprendida para evaluar las consecuencias de recompensa y castigo de cualquier acción dada.[79]

La agresión aprendida y el entrenamiento militar

Quienes han sondeado las causas de la guerra a veces parecen incapaces de decidir si la frecuencia y ferocidad de la guerra en la historia se deben al hecho de que a los seres humanos les gusta pelear o si la mayoría de la gente de hecho odia ir a la guerra pero cumple sus deberes de soldado a partir de una sensación de obligación de servir a su país o hacer un sacrificio para preservar los ideales y los seres queridos o simplemente porque se ven coaccionados por el reclutamiento o la presión de los pares, condicionados a luchar durante el entrenamiento militar y aterrorizados ante la perspectiva de la muerte si no matan antes.[80] En dos páginas consecutivas de un solo trabajo se nos dice, de forma en cierta medida contradictoria, no sólo que la gente está naturalmente inclinada a la batalla y a lanzarse con profunda pasión a la guerra a partir de pretextos ligeros o inexistentes, sino también que los seres humanos encuentran la visión de la carnicería de la guerra tan absolutamente repugnante porque la resistencia a matar está tan arraigada en toda su historia psíquica, que es difícil inculcarles el odio al enemigo.[81]

Bandura ha demostrado que la conversión de individuos socializados en combatientes militares eficaces exige un programa de entrenamiento cuidadosamente concebido y ejecutado. La gente que ha sido educada para aborrecer el acto de matar por inmoral y criminal debe ser transformada a fin de que acepte matar en la guerra como algo justificado. Sólo de esta forma pueden eludir la autocondena consecuente por segar la vida humana en batalla.[82] Al soldado se le enseña que está luchando por la familia y los amigos, por el país y la civilización, por una forma de vida querida y por valores morales, y quizás por otros ideales elevados; por ejemplo, en defensa de la religión, la democracia, la libertad o la paz perdurable.[83] Los reclutados para el servicio militar deben ser completamente reorientados respecto de sus formas familiares y civiles de comprender la realidad. Se les entrega ropa nueva y distintiva y se los adoctrina con nuevas creencias y modalidades de comportamiento. Muchos modelos de comportamiento se regulan de acuerdo con un código militar de disciplina bajo el cual se espera el cumplimiento automático de las órdenes. A los soldados se les da un entrenamiento intensivo y práctico en las técnicas de la guerra, diseñado para inculcar un conjunto de habilidades de combate y de supervivencia, familiarizarlos con el equipo y las tácticas, reducir el temor a la batalla y reformar la solidaridad, la moral y la coordinación de la unidad combatiente.[84]

A pesar de la afirmación de muchos científicos de las ciencias sociales de que los seres humanos "matan con entusiasmo" por ideas y teorías abstractas, aquellos que han hecho un estudio cuidadoso y sistemático de los impulsos biológicos y psicológicos a la agresión, no aducen que el soldado típico, al librar la guerra, esté funcionando a partir de algún instinto agresivo o síndrome de frustración-agresión-desplazamiento. Si las comunidades políticamente organizadas realmente pensaran que los seres humanos son tan innatamente agresivos como algunos intelectuales suponen que lo son (quizás basándose en juicios sobre sí mismos más que sobre la humanidad), las sociedades, con toda probabilidad, hace mucho tiempo que hubieran sentido alguna necesidad al finalizar la guerra de consagrar un esfuerzo significativo para volver a entrenar a ex soldados para la vida en paz, al menos comparable al tipo de entrenamiento necesario para inculcar un espíritu de guerra. Una minoría de veteranos pueden estar psicológicamente perturbados y tener tendencia a un comportamiento violento como consecuencia de experiencias de guerra,[85] si bien la mayoría de los veteranos parecen capaces de manejar la transición de la guerra a la vida civil sin programas especiales de condicionamiento. Éste es un signo altamente promisorio.

El aprendizaje, las imágenes y el conflicto internacional

¿Cómo forman los seres humanos sus actitudes acerca del mundo y de otras naciones? Hadley Cantril, Harold Lasswell y Kenneth Boulding estuvieron entre los principales científicos políticos que se abocaron a esta pregunta. Cantril subrayó la importancia de la comprensión, por parte del gobierno, del estado mental del pueblo con el cual debe tratar en su país y en el exterior: sus sentimientos, esperanzas y aspiraciones, frustraciones y miedos, costumbres y tradiciones. En respuesta al pedido de posguerra de la UNESCO (La Organización Económica, Científica y Cultural de las Naciones Unidas) de un estudio de las influencias que predisponían a la comprensión internacional, por un lado, y el nacionalismo agresivo por el otro, Cantril y sus asociados llegaron a esta conclusión: "La gente de una nación es hostil a la gente de otras naciones no ya porque tengan estereotipos desfavorables, más bien tienen estos estereotipos desfavorables porque

piensan que la otra gente está interfiriendo con sus propias metas o las de su nación".[86]

Harold Lasswell, uno de los primeros en sugerir que las relaciones internacionales podían estudiarse cuantitativamente, creía que el crecimiento del conocimiento acerca de las tendencias haría posible predicciones acerca de las guerras que podían alterarse por medio de "políticas preventivas". Una teoría tal podía descubrir las raíces psicológicas y sociales de las inseguridades humanas que causan las guerras. Definía la política en términos de los valores de seguridad, ingreso y deferencia, muy similares a los factores básicos de motivación de Tucícides: temor, interés y honor. Siguiendo a sociólogos políticos europeos tales como Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto y Karl Mannheim, Laswell inculcó en sus colegas norteamericanos la necesidad de estudiar las actitudes y comportamientos de las elites, si querían entender la política y la guerra. Dado que aun los líderes clave pueden experimentar inseguridades personales que pueden tentarlos a consolidar sus posiciones internas provocando crisis exteriores, Lasswell sugirió que lo que se necesita para un mundo estable es un "cuerpo universal de símbolos y prácticas que sostengan a una elite, el cual se propague por medio de métodos prácticos".[87]

Obviamente los fenómenos de "desplazamiento" y "proyección" están vinculados con el concepto de "imágenes nacionales" que refleja un proceso de percepción selectiva (y alguna distorsión perceptual) en la visión de otras naciones transmitida a través de la historia, el sistema educativo, el folklore, los medios y otros canales. Herbert Kelman define la "imagen" simplemente como "la concepción del individuo de cómo es el objeto".[88] Kenneth Boulding, un economista más que un psicólogo, ha señalado que el comportamiento de las organizaciones políticas complejas está determinado por decisiones que a su vez están en función de la *imagen* del encargado de tomar decisiones. La imagen es un producto de mensajes recibidos en el pasado, no una simple acumulación de mensajes sino "un fragmento altamente estructurado de capital informativo". Toda nación es un complejo formado por las imágenes de las personas que piensan sobre ella; de allí que la imagen no sea una sino varias. Las imágenes de los encargados de tomar decisiones son más importantes que las imágenes de las masas. Para ambos grupos: "Las impresiones de nacionalidad se forman principalmente en la infancia y por lo general en el grupo familiar". Desestima como falacia la noción de que la imagen es impuesta por los poderosos sobre las masas. La "imagen folklórica" es una imagen masiva, "compartida por gobernantes y gobernados por igual".[89]

"Imágenes especulares"

La noción de imágenes especulares se basa sobre el presupuesto de que los pueblos de dos países trenzados en una prolongada confrontación hostil desarrollan actitudes fijas y distorsionadas que son realmente bastante similares. Cada pueblo se ve virtuoso, contenido y amante de la paz y ve al país adversario como engañoso, imperialista y belicoso. Arthur Gladstone lo describió de la siguiente forma:

> Cada parte cree que la otra está inclinada a la agresión y la conquista, que es capaz de gran brutalidad y maldad, que es algo inferior a lo humano y en consecuencia que difícilmente merezca respeto o consideración, que es poco sincera e indigna de confianza, etc. Mantener esta concepción del enemigo se vuelve el deber moral de todo ciudadano, y aquellos que la cuestionan son denunciados. Cada lado se prepara activamente para el combate anticipado, esforzándose por acumular el mayor poder militar para la destrucción del enemigo... La guerra que se aproxima se ve como enteramente causada por las intenciones hostiles del enemigo.[90]

Según los psicólogos sociales, la percepción del enemigo, aun cuando pueda ser errónea, puede ayudar a configurar la realidad y hacer que se realice la profecía que se cumple a sí misma: cuando la sospecha es muy elevada, un movimiento "defensivo" por parte de un bando puede parecerle "provocativo" al otro, evocando en el último una ulterior reacción "defensiva" que sólo sirve para confirmar la sospecha del primero.[91]

Urie Bronfenbrenner adujo que los ciudadanos norteamericanos y rusos creen esencialmente las mismas cosas de sus respectivas sociedades: *ellos* son los agresores, *su* gobierno explota y engaña al pueblo, la masa de *su* pueblo no le tiene simpatía al régimen, en *ellos* no puede confiarse, y *su* política bordea la locura.[92] Aun dentro del contexto restringido de las relaciones soviético-norteamericanas, el concepto de la imagen especular tiene algunos graves problemas, uno de los cuales es que con rapidez les da pábulo a pseudocorolarios en la mente de los observadores no entrenados, corolarios que no están necesariamente implícitos en el concepto mismo pero emergen por un proceso de insinuación:

1. Los valores políticos y sociales de los dos bandos difícilmente son distinguibles entre sí.
2. Ninguno de los bandos puede ser ubicado adecuadamente en el papel de agresor o defensor.
3. Ambos lados tienen igual razón, están igualmente equivocados y son igualmente responsables de seguir políticas que producen tensiones internacionales.
4. El comportamiento estratégico de los dos bandos surge de procesos de pensamiento que son esencialmente similares.
5. La reducción de la distorsión de la imagen puede lograrse con igual facilidad en ambos lados.

Como acto de justicia a los defensores de la teoría de la imagen especular, debería señalarse que a menudo hicieron algunos esfuerzos por disociarse de estas inferencias ilógicas. Ralph K. White, por ejemplo, advirtió: "La proposición de que 'hay probablemente cierta verdad en ambos lados' debería distinguirse de la proposición bastante diferente que sostiene que 'probablemente hay igual cantidad de verdad en ambos lados'... [Es] totalmente posible atribuirle demasiada validez al punto de vista de otro, inclinándose hacia atrás para eludir el etnocentrismo".[93]

Urie Bronfenbrenner llamó la atención sobre una importante asimetría:

> Demostró ser mucho más fácil lograr que un norteamericano cambiara su visión de la Unión Soviética que lo contrario. Si bien demostraban cierta capacidad de cambio, los ciudadanos soviéticos eran más proclives a aferrarse a sus estereotipos y a defenderlos por negación y desplazamiento... Estoy convencido de que un estudio comparativo de las modalidades de adaptación en la sociedad norteamericana y soviética revelarían una predilección más fuerte en la última por el pensamiento en blanco y negro, el fariseísmo, la desconfianza, el desplazamiento de la culpa a los demás, la distorsión perceptual y la negación de la realidad.[94]

El concepto de imagen especular en las relaciones internacionales estuvo en la cima de su popularidad a principios de los años sesenta y lógicamente se vinculaba con un conjunto de sugerencias planteadas en dicho momento para reducir la hostilidad de la Guerra Fría, tanto como los riesgos de una guerra "caliente" entre las superpotencias a través de la iniciativa unilateral por parte de un bando, a fin de reducir las tensiones internacionales y evocar gestos recíprocos de cooperación del otro bando. La idea básica, por cierto, era que el proceso de vincular tensiones, en no menor medida que el proceso de exacerbarlas, es un proceso de reacción y que, si un lado puede romper el círculo vicioso y tomar la iniciativa haciendo gestos y concesiones amistosas, el comportamiento del otro más tarde o más temprano cambiará para mejor.[95]

Apartamiento y reducción de la agresión

Los psicólogos sociales a menudo señalan que la expresión de agresión dentro de una sociedad puede ser encubierta o abierta. La agresión física puede eludirse en favor de la agresión verbal; es decir, el asesinato, el suicidio u otras formas de violencia pueden ser bastante raras, mientras que la cultura sanciona la chismografía maliciosa, la calumnia y el uso de la brujería como medio de represalia contra aquellos que lo disgustan a uno. Elton B. McNeil señalaba que parece existir una relación entre el alto grado de libertad de la expresión abierta de agresión y el bajo grado en el cual adopta formas encubiertas y viceversa.[96] Los especialistas en ciencia política hace mucho tiempo que son conscientes de la teoría de la "válvula de seguridad".

Las sociedades pueden desarrollar formas culturalmente aceptables de reducir o anular impulsos agresivos. En la búsqueda de inhibidores de la agresión social o reductores de la agresión, lógicamente uno puede remitirse a zones de la vida como la religión, la política, los negocios, los deportes y la educación. En cada una de estas dimensiones nos encontramos enfrentados con ambigüedades que nos impiden sacar conclusiones definitivas. Las religiones que predican una doctrina de amor y renuncia al yo pueden reducir significativamente la agresividad de aquellos adeptos

que se toman la doctrina con seriedad, que la aplican de forma universal y no selectiva y que son lo suficientemente disciplinados para seguirla en la práctica. Sin embargo, a lo largo de la historia las diferencias religiosas mismas han contribuido a menudo a la existencia y la ferocidad de la guerra. En el reino de la política, se puede aducir, los estados democráticos, frente a los regímenes autoritarios o totalitarios, deberían ser menos agresivos porque suministran una diversidad de salidas, a través de las cuales las frustraciones políticas pueden liberarse: la expresión y la prensa libres, las campañas eleccionarias, el voto, las camarillas para que se sancione una ley o la organización de protestas. Hay algo de esta teoría de la "válvula de seguridad" en el gobierno democrático, pero el medio democrático también permite que los individuos agresivos y los partidos pongan en juego actitudes xenófobas y propaguen políticas nacionalistas, mientras que en sociedades más estrechamente controladas promover el nacionalismo y organizar demostraciones está mucho más cerca de ser un monopolio gubernamental. En las economías de mercado libre, las empresas sin lugar a dudas actúan como salida de una considerable cantidad de agresión creativa. Sin embargo, si bien la mayoría de la gente de empresa prefiere las condiciones de paz y de orden para hacer su cálculo racional de ganancia, algunos pueden apoyar el comercio o la inversión y otras políticas económicas que aumentan las tensiones internacionales. Una minoría inclusive puede esperar sacar ganancias de la guerra.

Los científicos especializados en la conducta y en otras áreas, interesados en controlar la agresión, se han preguntado si una sociedad debe disminuir sus "fondos" de energía agresiva acumulada distrayéndolos hacia canales no perjudiciales tales como las competencias atléticas organizadas. No hay consenso claro sobre el tema. Según Konrad Lorenz, todo deporte humano es una forma ritualizada de lucha. Si bien contiene una motivación agresiva ausente en la mayoría de los juegos animales, ayuda a mantener a la gente saludable y su función principal consiste en la descarga catártica de la agresión. Así suministra una liberación para esa forma peligrosa de entusiasmo colectivo militante que subyace al nacionalismo agresivo.[97] Hebb y Thompson sugieren que los deportes pueden ser un medio útil de crear y liberar una cantidad óptima de frustración y así contribuir a la estabilidad social.[98] Frank llama a la asistencia a deportes con público, tales como las competencias por premios y los partidos de fútbol profesionales, una descarga vicaria de la agresión. Admite, sin embargo, que los deportes que entrañan un contacto corporal, a menudo implican infligir dolor y pueden despertar rabia y hostilidad, pero advierte que los juegos en sí mismos requieren el desarrollo de la autodisciplina para controlar la expresión de rabia.[99] Lorenz, Frank y otros han percibido una gran proporción de buenos efectos en los Juegos Olímpicos como ejercicio que promueve la cooperación internacional y la actitud de buen deportista,[100] si bien no puede negarse que los Juegos Olímpicos a menudo se han politizado, por ejemplo, convirtiéndoselos en un escenario de hostilidad internacional (Berlín en 1936), conflicto violento (Munich en 1972), protesta por el *apartheid* sudafricano (Montreal en 1976) e intrincadas maniobras diplomáticas y boicot para expresar oposición política hacia las políticas de los países anfitriones (Moscú en 1980 y Los Angeles en 1984).[101]

En los últimos años, los autores han expresado preocupación acerca de que en ciertas circunstancias los deportes puedan irse de las manos, posiblemente exacerbando tanto los impulsos agresivos de los jugadores individuales y de los espectadores, como la tensión, la mala voluntad y la hostilidad internacional.[102] Si existe algo que se pueda considerar un "fondo" de energía agresiva acumulada (una hipótesis nunca demostrada), los deportes competitivos podrían representar en general una válvula de seguridad sana, porque la mayoría de las competencias deportivas se conducen de forma pacífica y los perdedores, si hay "actitud de buen deportista", no albergan rencores perdurables. La competencia deportiva internacional, si se enfoca como un acontecimiento puramente deportivo en un espíritu de juego limpio, puede contribuir a reforzar la buena voluntad y la amistad internacional, pero las competencias deportivas, en no menor medida que la religión y el comercio, son neutrales desde el punto de vista político y no necesariamente llevan a la paz, especialmente si los gobiernos, los movimientos ideológicos, las organizaciones políticas o las opciones étnicas intentan explotarlas para fines que tienen poco que ver con el deporte.[103] En última instancia, no podemos saber con certeza si los deportes atenúan o estimulan la agresión dentro de los individuos o entre las naciones. La respuesta no puede generalizarse, sino que debe variarse para cada caso y probablemente dependa menos de los atletas mismos que de factores tales como temas nacionales o raciales prevalecientes, el comportamiento de los fanáticos como grupo y la cobertura de los medios.

La zona a la que una gran cantidad de psicólogos y teóricos del aprendizaje social vinculan sus esperanzas de reducir la agresividad humana y fomentar la postura internacionalista es la educación. Los cambios respecto de la educación han sido urgidos en dos niveles diferentes. El primero nos remite a modificaciones básicas en el método de criar a los niños, orientado a reducir el nivel de frustración, imitación de la violencia y agresión dentro de una sociedad. Algunos teóricos que asocian las culturas belicistas con el ascetismo, el celibato y los códigos estrictos de comportamiento sexual, defienden una mayor permisividad sexual.[104] En la Europa medieval, sin embargo, los sacerdotes célibes tenían prohibido tomar parte en la guerra y los caballeros que sí luchaban estaban por lo general lejos del celibato. Algunos psicólogos remiten el problema a la disposición de los padres a inferirles castigo físico a los niños; instan a los padres a ser más tolerantes respecto de los deseos de los niños a "expresarse".[105] Aun otros aducen que es poco sano acumular sentimientos de rabia y furor y que "ventilar" la agresión puede tener efectos terapéuticos, a pesar de las advertencias en contrario por parte de los psicólogos experimentales.[106] Todavía otros han pedido que se elimine la violencia de los medios masivos de comunicación a fin de disminuir la incidencia del comportamiento violento por imitación y que se prohíba la fabricación de revólveres de juguete.[107] Los anteriores remedios propuestos implican considerables cambios culturales o sociales que pueden no ser aceptables o fáciles de lograr. Esto representa la actitud de decir que si los seres humanos se comportaran de forma diferente de como lo hacen, serían menos agresivos. No hay forma de saber, sin embargo, si estos cambios —suponiendo que pudieran lograrse— serían importantes para la propensión a la guerra internacional.

El segundo cambio propuesto nos remite al reino de los esfuerzos educativos formales, calculados para atenuar la hostilidad internacional y el conflicto, promoviendo el entendimiento entre las sociedades. Los teóricos durante mucho tiempo han dado por sentado que los cursos escolares que aumentan el conocimiento del alumno sobre las culturas y los países extranjeros —tanto como los programas de intercambio internacional de maestros, alumnos y cultura que facilitan los contactos personales y las experiencias de aprendizaje a través de las fronteras políticas— están destinados a contribuir al crecimiento de la buena voluntad internacional y el reforzamiento de la paz internacional.[108] Pero Kenneth N. Waltz ha cuestionado si el malentendimiento entre los pueblos de diferentes antecedentes culturales tiene algo que ver con la existencia de la mayoría de las guerras. "Por el contrario", se pregunta, "¿acaso la comprensión siempre promueve la paz o las naciones a veces permanecen en paz precisamente porque no se entienden bien?" [109] Probablemente no podemos suponer que el aumento de la comunicación lleva inevitablemente a un mejoramiento en la comprensión o que la comprensión necesariamente coadyuva a la cooperación más que al conflicto.

Otras teorías psicológicas

Además de las teorías de la frustración-agresión y del aprendizaje social, hay varias otras teorías psicológicas del conflicto con las cuales debería estar familiarizado el estudioso de las relaciones internacionales. A menudo éstas sirven para complementar y, en algunos casos, para modificar las teorías tratadas en las secciones anteriores. Incluyen los estudios de Allport, Klineberg y otros sobre fenómenos tales como la inclinación, el prejuicio y los estereotipos, y la parte que juegan los sistemas educativos y de comunicaciones masivas en la configuración de las actitudes intergrupales.[110] El estudioso debería conocer el fenómeno que Frenkel-Brunswik llama la "intolerancia a la ambigüedad" o la tendencia de los seres humanos a reducir las incertidumbres y contradicciones percibidas como frustrantes o productoras de ansiedad, reduciendo la realidad social a categorías lindas, prolijas y dicotómicas: blanco y negro, bueno y malo, amigo y enemigo.[111] Adorno y sus colegas intentaron poner en correlación un alto grado de sentimiento nacionalista con una "personalidad autoritaria" que está caracterizada por el neurotismo: un temor exagerado a la debilidad, una sumisión sin cuestionamientos a la autoridad, un fuerte énfasis en el comportamiento convencional, una idea conservadora de la dicotomía masculino-femenino y una preferencia por los métodos autocráticos y punitivos de crianza de los niños.[112] Un cuarto de siglo más tarde, dos psicólogos sociales, conscientes de que la hipótesis de la "personalidad autoritaria" había recibido algunas duras críticas, informaron que habían encontrado pruebas de un tipo distintivo (de líder político) que desplegaba una coherente preferencia por la beligerancia y poseía ciertos rasgos de personali-

dad reconocibles que vinculaban con la noción de masculinidad compensatoria y el arquetipo descripto por el grupo de Adorno.[113]

Muchos autores han buscado sondear la patinosa zona de la influencia que puede tener la personalidad de los líderes nacionales en sus decisiones de política exterior. Michael P. Sullivan, después de revisar una buena muestra de la voluminosa bibliografía sobre el tema, llega a la juiciosa conclusión de que las características o atributos de personalidad de los líderes políticos sin duda deben tener algún efecto en diversos momentos sobre las decisiones de política exterior, pero todavía estamos lejos de estar seguros de qué tipos de comportamiento pueden remitirse a factores de personalidad.[114] También resulta significativa para comprender ciertos aspectos de la política nacional e internacional, la tesis de Erich Fromm respecto del deseo del ser humano moderno de escapar del peso de la libertad. Al sentirnos solos e indefensos ante las entidades gigantescas y las fuerzas sociales que los individuos no pueden controlar, según Fromm nos sentimos tentados a disolvernos en el Estado omnipotente, a identificarnos enteramente con el Estado y a buscar satisfacción vicaria en el destino de la colectividad, para buscar un "escape a la libertad". Listos a someternos al poder dentro de nuestra nación, queremos que ella se afirme a costa de los débiles fuera de sus fronteras.[115] Estas interpretaciones psicológicas del comportamiento político no pueden examinarse aquí en detalle; sin embargo, debería resultar obvio para el lector que si los grupos de liderazgo nacional o grandes segmentos de su público debieran caer en las pronunciadas formas de neurotismo que estas teorías describen, podría tener un profundo efecto en el comportamiento internacional de los estados.

Vinculada con la "intolerancia a la ambigüedad" de Frenkel-Brunswik está la teoría psicológica de la disonancia y la coincidencia cognitiva planteada por Leon Festinger.[116] Planteada de forma simple, se refiere a la tendencia normal del individuo a reducir las incoherencias que pueden surgir en el conocimiento relativo a los propios valores, entorno y comportamiento. La incoherencia puede reducirse modificando alguno de los tres. Festinger presenta el fértil ejemplo de los procesos mentales y racionalizaciones por los que un fumador empedernido puede tener que pasar para reducir la disonancia cognitiva conciliando los valores de la salud, la larga vida y el amor a la familia con la adicción personal al cigarrillo que hace de la modificación de la conducta el camino más difícil de seguir.

La tendencia normal del individuo a pasar de la disonancia cognitiva a la coherencia, puede tener consecuencias significativas para el estudio del conflicto en el nivel de las relaciones internacionales, si bien no es empíricamente demostrable. Si resulta en algún sentido operativo, probablemente lo sea dentro de la mente de los encargados clave de tomar decisiones. Un ejemplo hipotético puede ilustrar el punto. En una prolongada Guerra Fría, los líderes de una nación pueden estar ideológicamente convencidos de que la seguridad permanente no puede lograrse hasta que el adversario haya sido destruido por la guerra. Pero con el crecimiento de los arsenales de armas nucleares, los líderes se ven forzados a darse cuenta de que las hostilidades directas entre las dos potencias rivales acabarán por resultar mutuamente suicidas. Los líderes, en consecuencia, reducen

la disonancia cognitiva reestructurando sus modelos de conocimiento respecto de la situación mundial, centrándose en nociones tales como "el equilibrio del terror", "la convergencia gradual de los sistemas sociales", "la disuasión mutua", "la relación limitada con el adversario" y otras por el estilo.

Otras situaciones que probablemente produzcan disonancia cognitiva entre los encargados de tomar decisiones de política exterior pueden incluir, por ejemplo, el deseo de controlar la inflación, aumentando así el desempleo, o el deseo de los países de la OPEP de aumentar el precio del petróleo sin estimular los esfuerzos occidentales a buscar fuentes alternativas de energía, o el intento de usar energía nuclear civil sin instigar la proliferación de la capacidad nacional de armas nucleares o contaminar el entorno humano con materiales de deshecho de los reactores.

La teoría de la disonancia cognitiva también puede arrojar luz sobre el fenómeno de revolución interna dentro de una sociedad. A menudo se sugiere que cuando los seres humanos perciben una brecha intolerablemente ancha entre sus ideales sociales y la realidad concreta del sistema político existente, se alienan de este último y buscan reducir su disonancia interna gravitando hacia una organización revolucionaria con el fin de reestructurar el entorno externo según su visión ideal. En situaciones revolucionarias, por cierto, muchos individuos oscilarán precariamente en la frontera entre seguir concediéndole al sistema un apoyo mínimo o pasivo y retirarse del sistema para oponerse activamente a él por medio de la violencia. En parte es asunto de pesar las recompensas futuras y los castigos y así cae dentro de lo que los psicólogos llaman conflicto de "acercamiento-elusión" dentro del individuo, en el cual las tendencias antagónicas son suficientemente fuertes como para producir un comportamiento ambivalente o neurótico.[117]

Factores psicológicos en la era nuclear

La era nuclear está acercándose a una duración de medio siglo. Los psicólogos y los estrategas han sondeado el efecto de las armas nucleares en la psique humana. Los primeros se detienen en actitud pesimista en el efecto que se dice que las armas nucleares han ejercido en la mente humana. La mayoría de los psicólogos y la mayoría de los analistas políticos que siguen su opinión, están convencidos de que las armas nucleares han llevado a la humanidad al precipicio de la autoextinción y son responsables del aumento de la alienación, la morbilidad y la neurosis que perciben en el mundo. Quienes son leales a Freud todavía disciernen un último deseo de muerte en el mantenimiento de arsenales de armas nucleares. Consideran extremadamente tontas a las principales potencias nucleares por basar su seguridad en las premisas supuestamente contradictorias de la "lógica letal de la disuasión",[118] en la cual "la destrucción segura" y la "extinción mutua" están implícitas. Las políticas de seguridad que descansan en la amenaza de la guerra nuclear, aducen, sólo pueden agravar las tensiones internacionales y su peligro se ve reforzado por una tendencia —debida a factores psicológicos tales como la elusión defensiva, la apatía

y el acostumbramiento— a buscar escaparse de las ansiedades de la era nuclear sea por una negación inconsciente de la amenaza, sea por un esfuerzo por expulsar sus consecuencias de la conciencia racionalizándolas a través de panaceas verbales: "Nunca se las usará".[119]

Los analistas de la estrategia en su mayor parte son menos negativos y están mucho menos seguros del desastre. Los preocupa la proliferación de armas nucleares y la necesidad de desarrollar y adherir a estrategias que pueden demostrar ser estabilizadoras, es decir, la necesidad de disuadir o de impedir el estallido de la guerra. Quienes adhieren a la validez de la disuasión nuclear plantean que el crecimiento de los arsenales de armas nucleares ha hecho a los gobiernos de las potencias principales más cautos que nunca en recurrir al uso de cualquier tipo de fuerza militar en los asuntos internacionales, pues el espectro de una destrucción nuclear en gran escala ha forzado por primera vez en la historia a los encargados de tomar decisiones políticas a enfrentar brutalmente el problema de la guerra y a sustituir el sistema de disuasión por el sistema de guerra. Que la disuasión haya modificado de forma fundamental y permanente (más que de forma meramente temporaria) la tendencia a la guerra de las grandes potencias, es una de las preguntas más cruciales de las relaciones internacionales en la medida en que nos acercamos al fin del siglo XX y al comienzo del nuevo milenio. (Ver Capítulo 9.)

En el debate acerca de la disuasión, el mismo factor psicológico —el miedo— es citado simultáneamente por los dos lados enfrentados como aquel que aumenta y disminuye la posibilidad de guerra. El tema no es simple. Algunos temores pueden ser racionales, en el sentido de que llevan a cálculos racionales y a decisiones; algunos pueden ser irracionales, en tanto bloquean el juicio racional. Los temores pueden funcionar con efectos muy diferentes en los individuos, los grupos pequeños, los grandes grupos, el público, las elites y los encargados de trazar políticas. En una era de medios masivos de comunicación, los miedos populares pueden ser rápidamente llevados al punto de la histeria, pero las burocracias gubernamentales, que son esencialmente conservadoras, racionales y cautas en su forma de calcular, pueden ser llevadas a actuar de forma prudente aun en la crisis.

El temor y el respeto a las armas nucleares en todas sus formas son fenómenos saludables que no deberían ni negarse ni desalentarse. Pero sólo si el temor se mantiene en el nivel racional se mantendrá viable desde el punto de vista político, de forma que el poder del átomo pueda usarse con fines beneficiosos más que destructivos. La teoría de la disuasión nuclear tal como la proponen los analistas contemporáneos de la estrategia presupone un alto grado de "sentido común" por parte de los encargados de tomar decisiones políticas en el nivel nacional. En este punto, los psicólogos advierten que en la vida y las decisiones de los individuos, los factores inconscientes e irracionales a menudo prevalecen sobre los factores racionales y conscientes. Los sociólogos que han sido influidos por Max Weber replican señalando a la racionalidad estabilizadora por naturaleza presente en las estructuras burocráticas político-administrativas de los estados modernos, en la cual las preferencias emocionales de los individuos están subordinadas y neutralizadas por una compleja red de procedimientos institucionalizados que inhiben o erradican el comportamiento brusco o errático en lo relativo a las decisiones.[120]

Conclusión: teorías microcósmicas en perspectiva

Todas las teorías tratadas en este capítulo —biológico-instintuales, de frustración-agresión, de aprendizaje social y otras— se han modificado a lo largo del tiempo y la dirección de tales modificaciones en una era de investigación interdisciplinaria e integración teórica ha ido hacia la convergencia.[121] Las diversas teorías han sido presentadas aquí en su forma clara y prístina con el fin de ayudar a explicar las fuentes desde las cuales están evolucionando las teorías contemporáneas. A los estudiosos se los alienta vigorosamente para que vuelvan a las teorías originales, las rastreen a través de sus modificaciones subsiguientes y formulen sus propias síntesis basadas en la reflexión, el análisis y la elucubración.

En suma, es incierto y aun cuestionable que los mecanismos biológicos y psicológicos que hay dentro del individuo y pertenecen al comportamiento agresivo puedan explicar la guerra entre las sociedades. En la medida en que existe dicha relación, es probablemente indirecta más que directa y puede ser bastante remota en ciertos momentos y más próxima en otros. Las urgencias o los impulsos agresivos innatos pueden alimentar o reforzar las actitudes políticas beligerantes y darles una base emocional. En el caso de algunos individuos, la agresividad interna altamente desarrollada puede hacerlos más fáciles de entrenar para pelear y matar en la guerra. Los impulsos agresivos, a menudo aceptados en lugar de rechazados, pueden contribuir al mal genio en un líder político y disponerlo a recurrir con prontitud a la fuerza a fin de resolver un problema que puede manejarse adecuadamente a través de negociaciones. Por el contrario, los factores de personalidad también pueden hacer que otro líder vacile y hesite en un estado de indecisión similar al de Hamlet hasta que la guerra se vuelva inevitable o la paz prevalezca por defecto. Pero a pesar de éstos y otros muchos vínculos que podrían trazarse, sería incorrecto concluir que los impulsos biológicos y psicológicos innatos son la "causa" de las guerras o de la paz. Probablemente constituyen una de las condiciones *necesarias* importantes para la emergencia de descontentos agresivos entre los líderes individuales, los grupos de elite y las masas que hacen de la recurrencia de la guerra una posibilidad a lo largo de la historia humana. Por sí mismos, sin embargo, no constituyen una condición *suficiente* de la guerra. Afortunadamente, no hay ninguna razón forzosa para pensar que la humanidad está empujada inexorablemente hacia el cataclismo nuclear por un deseo inconsciente de muerte o por alguna otra urgencia biológico-psicológica innata hacia la agresión.

NOTAS AL CAPÍTULO 7

[1] Kenneth N. Waltz: *Man, the State and War: A Theoretical Analysis* (Nueva York, Columbia University Press, 1959), caps. 2 y 4.

[2] Ibídem, cap. 6. El carácter anárquico del sistema internacional se discute en el cap. 1, pp. 60-62. Ver también "War and the Expectation of War", cap. 7 en Vernon Van Dyke: *International Politics*, 2ª edición (Nueva York, Appleton, 1966); Gordon W. Allport: "The Role of Expectancy", en Hadley Cantril, comp.: *Tensions That Cause War* (Urbana, University of Illinois Press, 1960) y Werner Levi: "On the Causes of War and the Conditions of Peace", *Journal of Conflict Resolution*, IV (diciembre de 1960), pp. 411-420. Levi señala que la guerra no debería remontarse a un factor específico sino a una constelación de factores. Ibídem, p. 418.

[3] Kenneth N. Waltz: op. cit., pp. 18-20.

[4] La palabra *anómico* aquí se refiere a una condición de violencia sin normas que estalla de manera bastante inesperada.

[5] Werner Levi: op. cit., p. 415. Aquí el lector debería revisar la cautela expresada por Herbert C. Kelman en el pasaje citado en el Capítulo 5. Ver también la siguiente afirmación de Kelman: "Cualquier intento por conceptualizar las causas de la guerra y las condiciones de la paz que parta de la psicología individual más que de un análisis de las relaciones entre las naciones-estado es de importancia cuestionable". "International Relations: Psychological Aspects", en *International Encyclopedia of the Social Sciences* (Nueva York, Macmillan, 1968), vol. 8, p. 76. Ver también Seymour Fashbach y Adam Fraczek: *Aggression and Behavior Change: Biological and Social Processes* (Nueva York, Praeger, 1979).

[6] Peter Corning: "The Biological Basis of Behavior and Some Implications for Political Science", *World Politics*, XXIII (abril de 1971), pp. 339-340.

[7] El fundador de la sociobiología es Edward O. Wilson, un profesor de ciencias y curador de entomología en la Universidad de Harvard, quien delineó el campo en *Sociobiology: The New Synthesis* (Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1975). Desde 1975, han aparecido muchos trabajos sea atacando o defendiendo el campo o presentando debate. Entre ellos están David P. Barash: *Sociobiology and Behavior* (Nueva York, Elsevier, 1977); Arthur L. Caplan, comp.: *Sociobiology Debate* (Nueva York, Harper & Row, 1978); Michael S. Gregaroy y otros, comps.: *Sociobiology and Human Nature: An Interdisciplinary Critique and Defense* (San Francisco, Jossey-Bass, 1978); George W. Barlow y James Silverberg, comps.: *Sociobiology: Beyond Nature-Nurture* (Boulder, Colo., Westview, 1979); y James H. Fetzer, comp.: *Sociobiology and Epistemology* (Boston, D. Reidel, 1985).

[8] Peter A. Corning: op. cit., pp. 339-340. Ver Thomas Landon Thorston: *Biopolitics* (Nueva York, Holt, Rinehart and Winston,1 970); los ensayos en Albert Somit, comp.: *Biology and Politics* (París, Mouton, 1976) y Roger D. Masters: "The Biological Nature of the State", *World Politics*, XXXV (enero de 1983). Cf. también referencias adicionales en la nota 47.

[9] Abraham H. Maslow: *Motivation and Personality* (Nueva York, Harper & Row, 1954), pp. 80-98. (Una segunda edición se publicó en 1970.) Maslow aduce que las necesidades básicas físicas y de seguridad exigen satisfacción antes que emerjan las necesidades psicológicas más elevadas.

[10] Robert C. North ha demotrado que la escasez que da origen al conflicto político se debe no sólo a causas físicas objetivas (tales como la entropía) sino también a percepciones psicológicas y anticipaciones de demanda en exceso de oferta. "Toward a Framework for the Analysis of Scarcity and Conflict", *International Studies Quarterly*, 21 (diciembre de 1977), pp. 569-591; ver también David Novick y otros: *A World of Scarcities: Critical Issues in Public Policy* (Nueva York, Halsted, 1976).

[11] Ver William Etkin: *Social Behavior from Fish to Man* (Chicago, University of Chicago Press, 1967), p. 33; George Gaylord Simpson: *The Meaning of Evolution* (New Haven, Yale University Press, 1962), p. 134.

[12] Albert Bandura: *Aggression: A Social Learning Analysis* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1973), p. 3.

[13] Ibídem, p. 5. Corning, siguiendo el enfoque del Comité de Violencia de la Facultad de Medicina de la Universidad de Stanford, define la agresividad como algo que abarca todo el espectro de los comportamientos de afirmación y ataque descubiertos en los humanos y en otras especies animales. "Incluye los ataques abiertos y encubiertos, los ataques autodirigidos, los ataques de desplazamiento, el comportamiento dominante, los actos difamatorios y los componentes motivacionales y emocionales de cualquier intento determinado por llevar a cabo una tarea." Op. cit., p. 345. Rollo May señala que, además de ser física, la agresión también puede ser psicológica, intelectual, espiritual o económica. Puede emplear como arma las palabras, los símbolos artísticos, los gestos, los argumentos *ad hominem*, los insultos y aun el silencio prolongado calculado para lastimar o castigar. *Power and Innocence: A Search for the Sources of Violence* (Nueva York, Norton, 1972), pp. 148-152.

[14] William McDougall: *An Introduction to Social Psychology* (Boston, Luce, 1926), especialmente pp. 30-45. Ver también su *Outline of Psychology* (Nueva York, Scribner's, 1923), pp. 140-141.

[15] Sigmund Freud: *A General Introduction to Psychoanalysis*, trad. G. S. Hall (Nueva York, Bony and Liveright, 1920), pp. 170-174.

[16] Ver Urpo Harva: "War and Human Nature", en Robert Ginsberg, comp.: *The Critique of War* (Chicago, Regneri, 1969), p. 48. "La agresión y la necrofilia son las dos fuentes profundas de las cuales deriva la guerra sus energías motivacionales." Ibídem, p. 49.

[17] Sigmund Freud: *Beyond the Pleasure Principle* (Nueva York, Bantam, 1958), p. 198. Ver también Albert Bandura: op. cit., pp. 12-14.

[18] "Why War?" en una carta de Sigmund Freud a Albert Einstein, escrita en 1932. Texto en Robert A. Goldwin y otros: *Readings in World Politics* (Nueva York, Oxford University Press, 1950). Después de describir el "instinto de muerte", Freud escribió: "El resultado de estas observaciones... es que no hay probabilidad de que podamos suprimir las tendencias agresivas de la humanidad... Los bolcheviques, también, aspiran a acabar con la agresividad humana asegurando la satisfacción de necesidades materiales y reforzando la igualdad entre los hombres. Para mí, esta esperanza parece vana". Pero entonces, paradojalmente, agregaba que "la completa supresión de las tendencias agresivas del hombre no está en discusión; lo que podemos intentar es derivarlas a un canal diferente que el de la guerra". Ibídem, p. 29. Esta última afirmación parece paralela a la búsqueda de William James de un "equivalente moral de la guerra". Ver también la obra de Freud *Civilization and Its Discontents* (Nueva York, Cap and Smith, 1930).

[19] Leonard Berkowitz: *Aggression: A Social-Psychological Analysis* (Nueva York, McGraw-Hill, 1962), p. 8. Rollo May: op. cit., p. 155. Para una afirmación de uno de los propios alumnos de Freud que rechaza su teoría de la agresión basada en el instinto, ver Erich Fromm: *The Anatomy of Human Destructiveness* (Nueva York, Hol, Rinehart and Winston, 1973).

[20] Leonard Berkowitz: op. cit., p. 9.

[21] Ibídem, p. 10. D. O. Hebb ha demostrado que hay una relación importante entre excitación y desarrollo mental del ser humano. Advirtiendo que una mera repetición de respuestas puede debilitarlas más que reforzarlas, dice que el aprendizaje rutinario prolongado tiene un efecto negativo y monótono que a menudo lleva a una perturbación o reducción de la motivación o una pérdida de interés. Hebb aduce que el comportamiento humano está dominado no ya por lo que es totalmente familiar y despierta una "secuencia de fases bien organizada", sino más bien por el "proceso de pensamiento que no está plenamente organizado". Insiste en "la necesidad constante de cierto grado de novedad, para mantener una actitud alerta a la elección". Agrega que "cierto grado de novedad, combinado con lo que es predominantemente familiar, es estimulante y excitante en una larga gama de actividades". También se refiere a la

"preocupación humana por lo que es nuevo pero no demasiado, por lo que frustra tímidamente o lo que provoca miedo en escasa medida". Como ejemplos cita el caso de los niños que buscan situaciones aterradoras controlables, la adicción de los adultos a los deportes peligrosos (tales como el montañismo y el esquí) o a las "historias de fantasmas" y a la fascinación por los desafíos que implica resolver problemas, aun cuando impliquen frustración. Llega a la conclusión de que el conflicto no debe considerarse como "desagradable y brutalmente perturbador del comportamiento humano; por el contrario, cierto grado de conflicto es estimulante y necesario para el mantenimiento de una capacidad normal de respuesta al entorno". *The Organization of Behavior: A Neuropsychological Theory* (Nueva York, Wiley, 1949), pp. 224-234. Los seres humanos buscan activamente un nivel óptimo de frustración. Cf. D. O. Hebb y W. R. Thompson: "The Social Significance of Animal Studies", en Gardiner Lindzey, comp.: *Handbook of Social Psychology* (Reading, Mass., Addison-Wesley, 1954). Reimpreso en Leon Bramson y George W. Goethals, comps.: *War: Studies from Psychology, Sociology, Anthropology* (Nueva York, Free Press, 1968), p. 53.

[22] Los autores contemporáneos de psicoanálisis han adherido a la teoría del instinto agresivo. Unos pocos, tales como Karl Menninger, mantienen la noción del instinto de muerte. Otros tales como Hartmann, Kris y Lowenstein siguen postulando un instinto agresivo, pero no lo remiten al deseo de muerte. Por fin otros, incluido Fenichel, han retrocedido hacia la explicación de la agresión por la frustración. Ver Berkowitz: op. cit., pp. 11-12.

[23] Ver el capítulo de McNeill: 'The Nature of Aggression", en Elton B. McNeil, comp.: *The Nature of Human Conflict* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice Hall, 1965), p. 15. Peter A. Corning ha advertido que "sería falaz hacer una identificación no calificada entre cualquier comportamiento humano dado y un comportamiento aparentemente similar en animales inferiores". Op. cit., p. 331.

[24] Los estudiosos de la fisiología y el comportamiento animal están produciendo algunas reflexiones interesantes sobre el problema de la agresión, pero serían los primeros en admitir dificultades para interpretar sus datos y advertir acerca de la apresurada aplicación de sus hallazgos al reino más misterioso de los asuntos humanos. Un útil resumen de hallazgos sobre agresión animal puede encontrarse en McNeil: op. cit., pp. 15-27.

[25] John Paul Scott: *Animal Behavior* (Garden City, N.Y., Doubleday [Anchor Books], 1963), pp. 121-122. Uno debería advertir que si la agresividad humana quiere reducirse o inhibirse, deberá hacérselo a través del aprendizaje, dado que las avenidas de intervención eléctrica, hormonal, química y quirúrgica en el cuerpo humano son por necesidad —y afortunadamente— bastante limitadas.

[26] John Paul Scott: *Aggression* (Chicago, University of Chicago Press, 1958), p. 62; Leonard Berkowitz: op. cit., p. 15.

[27] John Paul Scott: *Animal Behavior*, op. cit., pp. 153-155.

[28] Konrad Lorenz: *On Aggression*, trad. Marjorie Kerr Wilson (Nueva York, Bantam, 1967), p. x.

[29] Ibídem, pp. 28-32.

[30] Robert Ardrey: *The Territorial Imperative* (Nueva York, Atheneum, 1966), p. 103; ver también pp. 4-7, 110-117, tanto como su libro *African Genesis* (Nueva York, Dell, 1967), p. 174. Para severas críticas del trabajo de Ardrey sobre territorialidad como no científico, ver Geoffrey Gorer: "Ardrey on Human Nature", *Encounter*, 27 (junio de 1967) y los ensayos de R. L. Holloway, Jr., P. H. Klapfer, Geoffrey Gorer y J. H. Crook en M. F. Ashley Montagu, comp.: *Man and Aggression*, 2ª edición (Nueva York, Oxford University Press, 1973).

[31] Konrad Lorenz: op. cit., pp. 161-163.

[32] Ibídem, p. 164. Rollo May escribe: "Hacer el amor y luchar son muy similares neurofísicamente en los seres humanos". Op. cit., p. 151. Ver también Anthony Storr: *Human Aggression* (Nueva York, Atheneum, 1968), p. 16.

[33] Konrad Lorenz: op. cit., pp. 54-65, 69-81 y 99-110. Da el familiar ejemplo de la incitación ceremonial de la pata que carga amenazantemente hacia una "pareja enemiga" hasta que, asustada por su propia osadía, súbitamente se apresura hacia su propio pato protector para reponer su valor antes de su

próxima incursión hostil. Así, sin unirse de hecho a la batalla, envía su mensaje de advertencia.

[34] Ibídem, p. 127. Ver también pp. 72-74, 122-132 y 232-233. Para una elaboración mayor de las ideas de Lorenz respecto de las consecuencias de los hallazgos biológicos para un conocimiento del comportamiento social humano, ver "A Talk With Konrad Lorenz", Magazine Section, *The New York Times* (5 de julio de 1970), pp. 4-5, 7-30. El ejemplo de Lorenz, citado ampliamente, del lobo que en actitud de sometimiento expone su vena yugular al adversario luego fue desestimado por haber estado basado en una observación defectuosa. R. Schenkel: "Submissions: Its Features and Frustrations in the Wolf and Dog", *American Zoologist*, 7 (1967), pp. 319-329. La mayoría de los biólogos, sin embargo, todavía suscriben el concepto de mecanismos inhibitorios de la agresión.

[35] Konrad Lorenz: op. cit., p. 233. Ver también Jerome D. Frank: *Sanity and Survival: Psychological Aspects of War and Peace* (Nueva York, Random House [Vintage Books], 1968), pp. 42-45 en su cap. 3. "Why Men Kill-Biological Roots". R. L. Holloway, Jr., sugiere que apartar los ojos, encogerse y verter lágrimas pueden servir como una función inhibitoria o tranquilizadora en los seres humanos, si bien son bastante débiles. "Human Aggression: The Need for a Species-Specific Framework", *Natural History*, LXXVI (1º de diciembre de 1967), p. 41.

[36] John P. Scott, al reseñar el libro de Lorenz, lo criticaba por sugerir que el comportamiento destructivo agresivo surge de un estallido espontáneo de energía interna. "De hecho", reitera Scott, "no hay pruebas de que haya algún mecanismo fisiológico en ningún mamífero que produzca la estimulación para pelear en ausencia de una estimulación externa. Más bien, hay grandes evidencias que indican que existen mecanismos que se excitan fácilmente por estimulación externa y que funcionan para prolongar y magnificar el efecto de esta estimulación". "Fighting", *Science*, CLIV (4 de noviembre de 1966), pp. 636-637.

[37] Brian C. R. Bertram: "The Social System of Lions", *Scientific American*, 232 (mayo de 1975), p. 65. Ver también H. Kruuk: 'The Urge to Skill", *New Scientist*, 54, Nº 802 (1972), pp. 735-737.

[38] Konrad Lorenz, op. cit., cap. 12.

[39] El acceso de los seres humanos modernos a armas a control remoto en las que se pulsa un botón los aparta de experimentar directa y emocionalmente las consecuencias de sus actos destructivos y bélicos. Ibídem, p. 234.

[40] Alec Nisbett: *Konrad Lorenz: A Biography* (Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1976), pp. 171-172.

[41] Erich Fromm: "The Erich Fromm Theory of Aggression", Magazine Section, *The New York Times* (27 de febrero de 1972), p. 74 y "Man Would as Soon Flee as Fight", *Psychology Today*, 7 (agosto de 1973), pp. 35-45. Una crítica similar puede encontrarse en Ralph L. Halloway, Jr.: "Human Aggression: The Need for a Species-Specific Framework", op. cit., p. 41.

[42] Ver B. F. Skinner: *Beyond Freedom and Dignity* (Nueva York, Knopf, 1971), en cap. 1. "A Technology of Behavior"; Meredith W. Watts: "B. F. Skinner and the Technological Control of Social Behavior", *American Political Science Review*, LXIX (marzo de 1975), cap. 1 "A Technology of Behavior".

[43] Alec Nisbett: op. cit., pp. 131-135, 162-164 y 181-183; M. F. Ashley Montagu, comp.: op. cit., p. 9; Albert Bandura: op. cit., pp. 16-31. Ver también T. C. Schneirla: "Instinct and Aggression", en Montagu, comp.: op. cit., p. 61.

[44] Estas críticas están documentadas en Stephen D. Nelson: "Nature/Nurture Revisited, I: A Review of the Biological Bases of Conflict", *Journal of Conflict Resolution*, 18 (junio de 1974), especialmente pp. 296-302 y en Samuel S. Kim: "The Lorenzian Theory of Aggression and Peace Research: A Critique", en Richard A. Falk y Samuel S. Kim, comps.: *The War System: An Interdisciplinary Approach* (Boulder, Colo., Westview, 1980), pp. 82-115.

[45] Francis A. Beer: *Peace Against War: The Ecology of International Violence* (San Francisco, W. H. Freeman, 1981), p. 304.

[46] George M. Carstairs: "Overcrowding and Human Aggression", en Hugh Davis Graham y Ted Robert Gurr, comps.: *Violence in America*. Informe a la Comisión Nacional sobre las causas y prevención de la violencia, junio de 1969

(Nueva York, New American Library, 1969), pp. 730-742. Cf. también Jonathan Freedman: *Crowding and Behavior* (San Francisco, Freeman, 1975); Susan Seagart: *Crowding in Real Environments* (Beverly Hills, California, Sage, 1976) y Larry Severy, comp.: *Crowding: Theoretical and Research Implications* (Nueva York, Humanities Science Press, 1979).

[47] Thomas C. Wiegele: "Decision-Making in an International Crisis: Some Biological Factors", *International Studies Quarterly*, 7 (septiembre de 1973), pp. 295-335 y *Biopolitics* (Boulder, Colo., Westview, 1979); Meredich Watts, comps.: *Biopolitics: Ethological and Physiological Approaches* (San Francisco, Jossey-Bass, 1981); Gerald W. Hopple y Lawrence Falkowski: *Biopolitics, Political Psychology and International Politics* (Nueva York, St. Martin's, 1982).

[48] Ver, por ejemplo, George Pettee: "Revolution - Typology and Process", en Carl J. Friedrich, comp.: *Revolution* (Nueva York, Atherton, 1966), p. 19. Pettee equipara la situación prerrevolucionaria a una de frustración o entumecimiento. Robert C. Williamson escribe: "La guerra recíprocamente destructiva ha sido el resultado final de la frustración social, política y económica tanto como de la anomia personal", en "Toward a Theory of Political Violence: The Case of Rural Colombia", *Western Political Quarterly*, XVIII (marzo de 1965), p. 36. Robert L. Heilbroner, describiendo los problemas del desarrollo económico en las naciones en surgimiento, escribe: "Sobre todo, la necesidad de mantener bajo el nivel de consumo, para impulsar el ahorro a fin de liberar recursos para el proceso de construcción de capital producirá un creciente nivel de frustración, aun bajo la disciplina más dura. Esta frustración casi con seguridad tendrá que ser canalizada en direcciones diferentes que la de las expectativas económicas... En una palabra, el desarrollo económico tiene dentro de sí el potencial, no sólo de una situación revolucionaria, sino de una fricción internacional elevada". *The Great Ascent* (Nueva York, Harper & Row, 1963), pp. 158-159. Para una discusión ulterior de la privación económica revolucionaria y del proceso de desarrollo a la luz de la hipótesis de la frustración-agresión, ver la sección sobre la revolución en el Capítulo 8 de este libro.

[49] John Dollard, Leonard W. Doob, Neal E. Miller y otros: *Frustration and Aggression* (New Haven, Yale University Press, 1939), p. 1. Para otro trabajo básico de este campo, ver Norman R. F. Maier: *Frustration: The Study of Behavior Without a Goal* (Nueva York, McGraw-Hill, 1949).

[50] John Dollard y otros: op. cit., p. 7.

[51] Ross Stagner: "The Psychology of Human Conflict" en Elton B. McNeil, comp.: *The Nature of Human Conflict*, p. 53.

[52] Abraham H. Maslow: "Deprivation, Threat and Frustration", *Psychological Review*, XLVIII, Nº 6 (1941); reimpreso en J. K. Zawodny, comp.: *Conflict*, vol. 1 de *Man and International Relations* (San Francisco, Chandler, 1966), pp. 17-19.

[53] Ross Stagner: op. cit., p. 28. Las frustraciones menores y las instigaciones residuales que de ellas surgen pueden volverse acumulativas y llevar a una respuesta agresiva más fuerte de la que comúnmente se esperaría de la situación frustrante que inmediatamente desencadena la respuesta. Ibídem, p. 31.

[54] Ibídem, pp. 32-38.

[55] Norman R. F. Maier, a partir de su estudio del papel del castigo en el proceso de aprendizaje, llegó a postular una relación entre frustración y fijación. Ver "Frustration Theory: Restatement and Extension", *Psychological Review*, LXIII, Nº 7 (1956), pp. 370-399, en J. K. Zawodny, comp.: op. cit., pp. 20-29.

[56] John Dollard y otros: op. cit., pp. 39-47; Otto Klineberg: *Tensions Affecting International Understanding* (Nueva York, Social Science Research Council, 1960), especialmente cap. 5 "Influences Making for Aggression", p. 196. Bernard Berelson y Gary A. Steiner también han señalado que la frustración prolongada o intensa produce un apartamiento de la meta más que una lucha ulterior en favor de ella. Sugieren que cuando la supervivencia no está en juego y eventualmente aun cuando lo está, la gente puede ceder y abandonar la situación, física o psicológicamente. *Human Behavior: An Inventory of Scientific Findings* (Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1965), p. 270. Este fenómeno parecería corresponder a lo que los biólogos describen como las reacciones de "lucha o abandono" de los animales en estado de ansiedad. Ver Harley C. Shands: "Some Social and Biological Aspects on Anxiety", *Journal of Nervous and Mental Disease*, CXXV, Nº 3 (1957); reimpreso en J. K. Zawodny, comp.: op. cit., especialmente pp. 9 y 15.

[57] Ibídem, p. 48.

[58] Según una reformulación ulterior del concepto de catarsis, se pensaba que la acción agresiva tenía tres efectos posibles separables: no reducir, no aumentar o no producir ningún cambio observable en el nivel de respuesta agresiva. S. Beshbach: "Aggression", en P. H. Mussen, comp.: *Carmichaels Manual of Child Psychology* (Nueva York, Wiley, 1970), pp. 159-259. Citado en Bandura: op. cit., p. 37.

[59] Elton B. McNeil: "Psychology and Aggression", *Journal of Conflict Resolution*, III (septiembre de 1959), p. 204. McNeil aquí está siguiendo a N. E. Miller: "The Frustration-Aggression Hypothesis", *Psychological Review*, XLVIII (julio de 1941), p. 338.

[60] Leonard Berkowitz: op. cit., p. 29.

[61] Ibídem, p. 30. Elton B. McNeil observa que "el planteo de que siempre presupone el comportamiento agresivo la existencia de la frustración se ha encontrado con poca resistencia o crítica". Op. cit., p. 204.

[62] Albert Bandura: op. cit., p. 167.

[63] Para una elaboración de estos dos primeros puntos, ver Leonard Berkowitz: op. cit., pp. 32-48.

[64] Sanford Rosenzweig: "An Outline of Frustration Theory", J. McV. Hunt, comp.: *Personality and the Behavior Disorders* (Nueva York, Ronald, 1944), pp. 381-382. Elton B. McNeil, siguiendo a Rosenzweig, dice: "La privación de haber nacido pobre plantea una serie de frustraciones para el individuo, pero su reacción a ellas difiere considerablemente de sus respuestas a verse privado de salud, una vez que se la ha poseído". "Psychology and Aggression", p. 203.

[65] Ibídem, p. 204.

[66] John Dollard y otros: op. cit., p. 2.

[67] El grupo de Yale señalaba que "cuando los marxistas han descripto la interrelación humana dinámica involucrada en la lucha de clases y en la preservación y destrucción del Estado, han introducido inconscientemente un sistema psicológico que implica el presupuesto de que la agresión es una respuesta a la frustración". Ibídem, p. 23. Los agentes de frustración, por cierto, son los burgueses y la respuesta agresiva por parte del proletariado frustrado es la organización de una clase que finalmente lleva adelante una revolución. Pero la mayoría de los sociólogos, incluidos los marxistas, no usarían el término *frustración* salvo metafóricamente y en un contexto social, no en el mismo sentido en el cual los psicólogos lo usan.

[68] Los sociólogos distinguen entre el comportamiento de los pequeños grupos y el de los grupos grandes. Herbert Blumer ha llamado la atención también sobre las diferencias entre "comportamiento colectivo" (aun por parte de grupos bastante grandes) en una "situación indefinida o no estructurada" y el comportamiento social organizado que sigue normas culturalmente prescriptas. "Collective Behavior", en J. B. Gitter, comp.: *Review of Sociology: Analysis of a Decade* (Nueva York, Wiley, 1957), p. 130. En las formas elementales de comportamiento colectivo, los individuos del grupo se estimulan entre sí y contribuyen al desarrollo circular de una sensación de inquietud y excitación. Blumer demuestra que el comportamiento elemental colectivo puede desarrollarse gradualmente en un movimiento social más complejo en la medida en que "adquiere organización y forma, un cuerpo de costumbres y tradiciones, un liderazgo establecido, una división del trabao perdurable, reglas sociales y valores sociales, en resumen, una cultura, una organización social y un nuevo esquema de vida". Ibídem, p. 199. Neil J. Smelser, si bien modifica algunas de las ideas de Blumer, coincide con la distinción descripta antes: "El comportamiento colectivo... no es un comportamiento institucionalizado. Según el grado hasta el cual se institucionaliza, pierde su carácter distintivo". *Theory of Collective Behavior* (Nueva York, The Free Press, 1963), p. 8. Es interesante advertir que Smelser, en su capítulo sobre "The Hostil Ourburst", no hace mención de

la hipótesis de la frustración-agresión en sus esfuerzos por explicar la agresión en la sociedad. Ibídem, pp. 222-269.

[69] John Dollard y otros: op. cit., pp. 55-76. E. F. M. Durbin y John Bowlby planteaban que el conflicto que surgía dentro del niño del miedo al castigo es una importante fuente de agresividad en el adulto, porque la agresión puede ser controlada pero no destruida. "El niño, en lugar de golpear a su padre al que teme, golpea a un niño más pequeño al que no le teme. La agresión disfrazada ha convertido al niño en un pendenciero... Y de la misma forma, los revolucionarios que odian el gobierno ordenado, los nacionalistas que odian las políticas exteriores, los individuos que odian a los banqueros, los judíos o sus opositores políticos, pueden exhibir características que han sido configuradas por la supresión de la agresión simple en su educación infantil." *Personal Aggressiveness and War* (Nueva York, Columbia University Press, 1939), fragmentos citados en J. K. Zawodny, comp.: op. cit., p. 97.

[70] Martin Gold: "Suicide, Homicide and the Socialization of Aggression", en Bartlett H. Stoodley, comp.: *Society and Self: A Reader in Social Psychology* (Nueva York, The Free Press, 1962), pp. 281-282.

[71] Robert R. Sears, Eleanor Maccoby y Harry Levin: "The Socialization of Aggression", en Eleanor E. Maccoby, Theodore N. Newcomb y Eugene L. Hartley, comp.: *Reading in Social Psychology* (Nueva York, Holt, Rinehart y Winston, 1958), pp. 350-352.

[72] Elton B. McNeil: "Psychology and Aggression", p. 212. Albert Bandura señala que el temor al castigo produce un efecto inhibitorio o disuasorio y produce el desplazamiento de la agresión de blancos similares a otros diferentes. *Aggression*, pp. 34-35.

[73] Ibídem, p. 213; Ross Stagner: op. cit., pp. 55-56.

[74] Ibídem, p. 54 y Ralph K. White: "Images in the Context of International Conflict" en Herbert C. Kelman, comp.: op. cit., especialmente pp. 267-268.

[75] Frieda L. Bornston y J. C. Coleman: "The Relationship Between Certain Parents' Attitudes Toward Child Rearing and the Direction of Aggression of Their Young Adult Offspring", *Journal of Clinical Psychology*, XII (1956), pp. 41-44.

[76] Albert Bandura: op. cit., p. 170.

[77] Leonard Berlowitz: op. cit., pp. 139, 149 y 193-264; cf. también su "Concept of Aggressive Drive", en Leonard Berkowitz, comp.: *Advances in Experimental Social Psychology* (Nueva York, Academic Press, 1965), vol. II, p. 312.

[78] Albert Bandura: op. cit., pp. 29-30.

[79] Ibídem, pp. 32-36, 44. Según Jerome D. Frank, los niños pueden aprender la agresión como resultado del castigo (sea que se les inflija dolor, sea que se les retire el afecto) o imitando el comportamiento agresivo de sus padres u otros, y por la exposición a la violencia de los medios masivos de comunicación. *Sanity and Survival*, pp. 68-74. Para una bibliografía de la amplia investigación experimental de Bandura y sus colegas sobre la imitación de modelos agresivos, ver Bandura: op. cit., pp. 327-329.

[80] Para una descripción y un análisis fascinante de cómo los soldados en batalla enfrentan la perspectiva de una muerte inminente, ver J. Glenn Gray: *The Warriors: Reflections on Men in Battle* (Nueva York, Harper, 1967), esp. pp. 100-121 y John Keegan: *The Face of Battle* (Nueva York, Penguin, 1983).

[81] Donald A. Wells: *The War Myth* (Nueva York, Pegasus, 1967), pp. 174-175. Dos páginas más adelante, Wells sugiere primero que "la guerra no es tan natural o tan hondamente basada en la naturaleza humana como se nos ha llevado a creer", pero luego llega a lo que parece ser una conclusión opuesta: "La vacuidad de las razones que los hombres esgrimen sobre la guerra, sugiere que la guerra realmente no descansa en ningún motivo racional... Después de todo, si a la gente no le gustara luchar, no hay buenas razones por las cuales debieran hacerlo". Ibídem, pp. 176-177.

[82] Albert Bandura: op. cit., p. 99.

[83] Raymond Aron ha señalado que, en la medida en que la moderna tecnología de la guerra moderna se ha vuelto más aterradora, las sociedades industrialmente avanzadas han buscado, articulando declaraciones de metas de guerra todavía más grandiosas, inspirar a sus ciudadanos para que soporten las penurias y los sacrificios de la guerra. *The Century of Total War* (Boston, Beacon, 1955), p. 26.

[84] John H. Faris: "The Impact of Basic Combat Training", en Nancy Goldman y David R. Segal, comps.: *The Social Psychology of Military Service* (Beverly Hills, California, Sage, 1976), pp. 14-15.

[85] Francis A. Beer: op. cit., p. 128 y su documentación de página 339.

[86] Hadley Cantril: *The Human Dimension: Experiences in Policy Research* (New Brunswick, N.J., Rutgers University Press, 1967), pp. 16, 156 y citado en pp. 127-128. Ver también Hadley Cantril, comp.: *Tensions That Cause Wars* (Urbana, University of Illinois Press, 1950, p. 7; Hadley Cantril y William Buchanan: *How Nations See Each Other* (Urbana, University of Illinois Press, 1953).

[87] Harold D. Lasswell: *World Politics and Personality Insecurity* (Nueva York, McGraw-Hill, 1935), pp. 3, 207 y 237. Para los resultados de un estudio de los ministros de Relaciones Exteriores como un pequeño segmento pero importante estratégicamente de la élite mundial, formada por personas que exhiben un conjunto de similitudes en cuanto a sus antecedentes, que comparten algunos valores respecto del orden mundial y la conducción diplomática profesional y que interactúan entre sí lo suficiente como para desarrollar ciertas amistades como base para la cohesión de la elite, ver George Modelski: "The World's Foreign Ministers: A Political Elite", *Journal of Conflict Resolution*, XIV (junio de 1970), pp. 135-175. Ver también William T. R. Fox: "Harold D. Lasswell and the Study of World Politics", en Arnold A. Rogow, comp.: *Politics, Personality and Social Science in the Twentieth Century* (Chicago, University of Chicago Press, 1969), pp. 376-377.

[88] Herbert C. Kelman en Kelman, comp.: op. cit., p. 24.

[89] Kenneth E. Boulding, "National Images and International Systems", *Journal of Conflict Resolution*, III (junio de 1959), pp. 120-131. Esta y las anteriores citas están en las páginas 121-122. Ver también su libro: *The Image: Knowledge in Life and Society* (Ann Arbor, University of Michigan Press, 1956); Ole R. Holsti: "The Believe System and National Images", *Journal of International Affairs*, 21 (1967); y Robert Jervis: *The Logic of Images in International Relations* (Princeton, Princeton University Press, 1970).

[90] Arthur Gladstone: "The Conception of the Enemy", *Journal of Conflict Resolution*, III (junio de 1959), p. 132.

[91] Ross Stagner: op. cit., p. 46.

[92] "The Mirror Image in Soviet-American Relations: A Social Psychologists's Report", *Journal of Conflict Resolution*, XI (septiembre de 1967), y Robert Jervis: *The Logic of Images in International Relations* (Princeton, Princeton University Press, 1970).

[93] Ralph K. White: op. cit., p. 240.

[94] "Allowing for Soviet Perceptions", en Roger Fisher, comp.: *International Conflict and Behavioral Science*, The Craigville Papers (Nueva York, Basic Books, 1964), p. 172.

[95] Ver, por ejemplo, la discusión de "Graduated and Reciprocated Initiative in Tension-Reduction" (GRIT) en Charles E. Osgood: *An Alternative to War or Surrender* (Urbana, University of Illinois Press, 1962), y su "Questioning Some Unquestioned Assumptions about National Defense", *Journal of Arms Control*, I (enero de 1963), pp. 2-13. Cf. también Arthur I. Waskow: *The Limits of Defense* (Garden City, N.Y., Doubleday, 1962), cap. IV.

[96] Elton B. McNeil: "The Nature of Aggression", p. 35.

[97] Konrad Lorenz: op. cit., pp. 271-272.

[98] D. O. Hebb y W. R. Thompson: op. cit., p. 53.

[99] Jerome D. Frank: op. cit., pp. 75, 97-88.

[100] Konrad Lorenz: op. cit., p. 272; Jerome D. Frank: op. cit., pp. 88, 241.

[101] Wilson Carey McWilliams: "The Political Olympics", *Worldview* (julio de 1984). Ver también Harry Edwards: *The Sociology of Sport* (Homewood, Illinois, Dorsey Press, 1973).

[102] Ver Parton Keese: "Violence in Sports: What it Could Mean", *The New York Times* (26 de enero de 1975); Lowell Miller: "World Cup-Or World War?", Magazine Section, *The New York Times* (21 de mayo de 1978).

[103] Para una interesante discusión de las consecuencias de las competiciones atléticas internacionales para el reconocimiento diplomático, la protesta política, la propaganda y el prestigio del Estado, tanto como la cooperación interestatal y el conflicto, ver Andrew Strenk: 'The Thrill of Victory and the Agony of Defeat: Sport and International Politics", *Orbis*, 22 (verano de 1978), pp. 453-469.

[104] Elbert Russell: "Human Aggression", ponencia presentada en la Escuela de Verano del Instituto Canadiense de Investigación sobre la Paz, Grindstone Island, Ontario, 18 de julio de 1973; James W. Prescott: "Body Pleasure and the Origins of Violence", *The Bulletin of the Atomic Scientists*, XXXI (noviembre de 1975), pp. 10-20.

[105] Ibídem, Jerome D. Frank: op. cit., pp. 68-69, 283. Bandura, sin embargo, si bien coincide en que el castigo puede tener consecuencias desfavorables si es excesivo, mal dosificado, errático o administrado en actitud de venganza sin dar una orientación constructiva, sin embargo aduce que el castigo puede, en ciertas condiciones, modificar eficazmente el comportamiento indeseable Op. cit., pp. 289, 304-308.

[106] Ver Leonard Berkowitz: "The Case for Bottling Up Rage", *Psychology Today* (julio de 1973), pp. 24, 31.

[107] Jerome D. Frank: op. cit., pp. 72-74, 283-284; Bandura: op. cit., pp. 266-286. Bandura refuta a quienes niegan que, dado que el comportamiento humano está determinado por múltiples factores, sea injusto culpar a los medios masivos de comunicación y que los modelos agresivos afecten únicamente a la gente que ya está perturbada o predispuesta a la agresión. Sostiene que, a la luz de la copiosa evidencia experimental recopilada del aprendizaje por observación, no puede justificarse el prolongado equívoco respecto del impacto configurador de agresión que tiene la televisión tanto en niños como en adultos. Ibídem, pp. 266-271; ver también "Toy Guns: Do They Fan Aggression?", *The New York Times* (16 de junio de 1988). Los psicólogos, según se informó, discutieron si los revólveres de juguete alentaban el comportamiento violento entre los jóvenes o los familiarizaban con los horrores y las muertes de la guerra. Algunos funcionarios gubernamentales les han echado la culpa a los revólveres de juguete por las muertes concretas cuando los oficiales de policía los confundían con armas reales.

[108] Ver, por ejemplo, Jerome D. Frank: op. cit., pp. 238-245; Ithiel DeSola Pool: "Effects of Cross-National Contact on National and International Images", en Herbert C. Kelman, coomp.: op. cit., pp. 106-129; J. Watson y R. Lippitt: "Cross-Cultural Experience as a Source of Attitude Change", *Journal of Conflict Resolution*, 2 (marzo de 1958).

[109] Kenneth N. Waltz: *Man, the State and War*, p. 48.

[110] Gordon W. Allport: *The Nature of Prejudice* (Reading, Mass., Addison-Wesley, 1954); y Otto Klineberg: *The Human Dimension in International Relations* (Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1964).

[111] Else Frenkel-Brunswik: "Intolerance of Ambiguity as an Emotional and Perceptual Personality Variable", *Journal of Personality*, XVIII (septiembre de 1949), pp. 108-143, y "Social Tensions and the Inhibition of Thought", *Social Problems*, II (octubre de 1954), pp. 75-81.

[112] T. W. Adorno, Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinson y R. N. Sanford: *The Authoritarian Personality* (Nueva York, Harper & Row, 1950). Para críticas de la hipótesis, cf. Richard Christie y Marie Jahoda, comps.: *Studies in the Scope and Methods of "The Authoritarian Personality"* (Glencoe, Illinois, Free Press, 1954).

[113] S. Griedlander y R. Cohen: "The Personality Correlates of Belligerence in International Conflict", *Comparative Politics*, 7 (enero de 1975).

[114] Michael P. Sullivan: *International Relations: Theories and Evidence* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1976), pp. 26-40. Ver también Alexander L. George: "Assesing Presidential Character", *World Politics*, XXVI (enero de 1974).

[115] Erich Fromm: *Escape from Freedom* (Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1941), pp. 21, 22, 141-142 y 164-168.

[116] Leon Festinger: *A Theory of Cognitive Dissonance* (Stanford, Stanford University Press, 957), y *Conflict, Decision and Dissonance* (Stanford, Stanford University Press, 1964).

[117] Judson S. Brown: "Principles of Intrapersonal Conflict", *Journal of Conflict Resolution*, I (junio de 1957), pp. 137-138. Para una perspectiva diferente de cómo los factores psicológicos que afectan los antecedentes personales de un líder político pueden incidir en su decisión de "hacerse revolucionario", ver E. Victor Wolfenstein: *Violence or Non Violence: A Psychoanalytic Exploration of the Choice of Means in Social Change*, Monograph Series, Center for International Studies (Princeton, 1965).

[118] Ver Philip Green: *Deadly Logic: The Theory of Nuclear Deterrence* (Nueva York, Schocken, 1968).

[119] Jerome D. Frank: op. cit., pp. 26-33.

[120] Ver H. H. Gerth y C. Wright Mills, trad. y comp.: *From Max Weber: Essays in Sociology* (Nueva York, Oxford University Press, 1946), pp. 196-203.

[121] Peter Corning: op. cit., pp. 345-349.

Capítulo 8

TEORÍAS MACROCÓSMICAS DEL CONFLICTO VIOLENTO: REVOLUCIÓN Y GUERRA

Ahora nos volvemos a aquellos que teorizan acerca de la guerra en el macronivel, el nivel de las sociedades, las naciones-estado y otros grandes conglomerados. Aquí examinamos las reflexiones sobre la violencia estructural-social a gran escala que pueden obtenerse del trabajo de antropólogos, sociólogos, especialistas en ciencia política y especialistas en relaciones internacionales. Mientras que los microanalistas miran dentro del miembro individual de la especie en busca de impulsos inconscientes agresivos y tienden a ser en cierta forma escépticos respecto de los motivos conscientemente articulados del conflicto social e internacional, los macroanalistas en general toman con seriedad las declaraciones de motivos conscientes y verbales, así como de motivos para que la gente recurra a la violencia dentro y entre las sociedades. Consideran tales declaraciones particularmente importantes para explicar por qué los conflictos específicos estallan entre partidos específicos en momentos específicos. Le adscriben una cierta validez al dicho de Tucícides: "Si quieres saber por qué la gente está librando una guerra, pregúntale y te dirá".

Los especialistas en ciencias sociales, en especial la mayoría de los sociólogos y los antropólogos, que adoptan un enfoque macro de los fenómenos humanos, tienden a considerar el conflicto como un elemento concomitante normal de la existencia grupal, no como la condición perturbadora, disfuncional o aun patológica que la mayoría de los psicólogos consideran que es. Aquellos sociólogos que siguen a Talcott Parsons al subrayar el ajuste social, la "orientación hacia el valor común" y el mantenimiento del sistema son una excepción. Más interesados en el orden social que en el cambio social, en la estática social que en la dinámica, los parsonianos consideran el conflicto una enfermedad con consecuencias perturbadoras y disfuncionales. Sin embargo, la mayoría de los sociólogos europeos desde Karl Marx a Georg Simmel y Ralf Dahrendorf, y la mayoría de los sociólogos norteamericanos de la era preparsoniana (es decir, Robert E. Park, John W. Burgess, William Graham Sumner, Charles H. Colley, E. A. Ross y Albion W. Small) y algunos de las últimas décadas (es decir, Jesse Bernard y Lewis A. Coser) han considerado el conflicto como algo que sirve a fines sociales positivos.[1] Aun el conflicto violento a veces se ve como un medio útil de resolver disputas dentro de una sociedad y entre sociedades. Los especialistas en ciencia política, los economistas y los teóricos de los juegos, junto con la mayoría de los líderes políticos racionales, generalmente prefieren evaluar los conflictos específicos sobre la base de resultados probables o concretos,

es decir, pesando las ventajas del conflicto en términos de valores en juego versus los riesgos y costos del conflicto.

Para los teóricos del "conflicto-como-algo-funcional", el conflicto no sólo integra sino que ayuda a establecer la identidad del grupo, clarifica las fronteras del grupo y contribuye a la cohesión del grupo. Casi todo sociólogo y antropólogo postula cierto grado de hostilidad "dentro-del-grupo" para los "fuera-del-grupo". Cuando hay muchos grupos externos, el especialista en ciencia política puede arrojar luz sobre la pregunta de por qué uno en especial puede ser elegido en un momento particular como blanco de hostilidad. Los historiadores del nacionalismo a menudo describen la importancia de la *bête noire* en el período formativo de la conciencia de una nación. El ejemplo primordial en la historia de Estados Unidos es el papel desempeñado por Gran Bretaña en el temprano período formativo del sentimiento nacional. Más allá de este bien conocido fenómeno, algunos teóricos sociales plantean que aun dentro de los grupos, la discordia y la oposición ayudan a mantener unidos a los grupos suministrando alivio interno y haciendo soportable lo insoportable.[2] Así, muchos pensadores de los tiempos modernos aceptan el conflicto como "la categoría explicativa central para el análisis del cambio social o el avance".[3]

Dimensiones internas frente a dimensiones externas del conflicto

Muchos teóricos sociales desde Maquiavelo han dado por sentado que existe una relación significativa entre el conflicto *dentro* de las sociedades y el conflicto *entre* las sociedades. Esto da origen a una de las hipótesis más perdurables de la teoría del conflicto social. La relación puede formularse de dos formas: 1) el conflicto interno varía en relación inversa al conflicto externo y 2) la cohesión interna establece una correlación positiva con el compromiso en las guerras extranjeras. Los gobernantes políticos de todas las eras, enfrentados con crecientes problemas y tumultos en su país, aparentemente se han sentido tentados de provocar aventuras militares extranjeras como una táctica de distracción.

William Graham Sumner planteó la teoría de que los grupos buscan unidad interna para tener fuerza en el enfrentamiento con los enemigos externos, que los sentimientos de paz y cooperación dentro del grupo son complementarios de los sentimientos de hostilidad hacia los grupos externos y que las sociedades que han experimentado guerras frecuentes y feroces han desarrollado gobiernos y sistemas legales y que todo el sistema social se ha vuelto más integrado.[4] También William James veía a la guerra como "la sangrienta nodriza que preparaba a las sociedades para ser cohesivas" en la Antigüedad.[5]

La incertidumbre acerca del hecho de detentar el poder entre las elites gobernantes, según Richard Rosecrance, puede hacer más probable la guerra al llevar a personalidades militares y políticas agresivas a primer plano.[6] Clyde Kluckhohn escribe: "Si la agresión intragrupal de una nación se vuelve tan grave que hay peligro de perturbación, la guerra, al desplazar la agresión contra otro grupo, es una respuesta ajustada desde el punto de vista de mantener la cohesión nacional".[7] Los estudiosos de las tribus

primitivas han advertido que donde la guerra una vez les sirvió a tales grupos como "institución de válvula de seguridad" y la agresividad intrasocial se expulsó al dirigir una hostilidad considerable contra el mundo exterior suficiente para promover la integración de la sociedad, la modernización y la paz han llegado a la ruptura de la comunidad.[8] Simmel señalaba la reciprocidad entre la centralización sociopolítica y el impulso agresivo hacia la guerra. Según Simmel: "La guerra con el exterior a veces es la última oportunidad, para un Estado cargado de antagonismos internos, de superar dichos antagonismos, los cuales, si no, estallarían indefinidamente".[9]

Geoffrey Blainey, por el contrario, rechaza lo que llama la "teoría del chivo emisario" de la guerra, a pesar de su indudable "resplandor universal" a ojos de los especialistas en ciencia política, los historiadores y los antropólogos. Si bien admite que más de la mitad de todas las guerras internacionales desde 1823 a 1937 por él estudiadas fueron inmediatamente precedidas por graves perturbaciones en una de las naciones en pugna, llegaba a la conclusión de que los teóricos del chivo emisario confían en presupuestos dudosos, por ejemplo, que la culpa de las guerras se le puede atribuir a un solo lado, que las naciones divididas por graves luchas es más probable que empiecen la guerra y que toda perturbación mínima plantea una amenaza de desintegración en ausencia de una guerra. Si los teóricos del chivo emisario leyeran las pruebas de la historia política con más cuidado, observaba, dejarían de desestimar dos hechos importantes: 1) la nación con problemas puede suprimir más fácilmente el descontento interno si no se involucra en una guerra internacional; y 2) un enemigo externo, al ver perturbaciones en un país como signo de debilidad, es más probable que intente explotar la situación iniciando la guerra.[10]

La evidencia empírica de la relación recíproca entre conflicto interno y externo no es tan concluyente como algunos defensores de la teoría afirman. Es plausible sugerir que los líderes políticos enfrentados con problemas internos a menudo se han visto tentados a ser conciliatorios hacia los oponentes extranjeros, a fin de consagrarles más tiempo y energía a los problemas internos. Desde mediados de los años sesenta, los esfuerzos por demostrar positiva o negativamente la correlación aplicando métodos cuantitativos, ha llevado a resultados ambiguos y controvertidos. Rudolph J. Rummel llegaba a la conclusión de que el comportamiento ante el conflicto externo por lo general no está vinculado con el comportamiento ante el conflicto interno.[11] En una ulterior réplica al estudio de Rummel, Raymond Tanter igualmente encontraba escasa relación positiva entre el comportamiento ante el conflicto externo e interno.[12] Más adelante aún, en un estudio de la escena interna norteamericana durante la Guerra de Vietnam, Tanter sugirió una correlación positiva entre una guerra exterior que sigue sin éxito evidente y la incidencia de los tumultos internos.[13]

No interpretamos que la teoría tradicional signifique ya que el conflicto externo *siempre* se incline por una mayor cohesión social, ya que en caso de una prolongada ausencia de conflicto externo, la desintegración interna se produce *necesariamente*. Sin embargo los especialistas en ciencias sociales se han sentido intrigados por la aparición al menos de pruebas anecdóticas que parecen convalidar la conexión. Se ha convertido en la

actitud común de los autores que escriben sobre relaciones internacionales durante las dos últimos décadas, tomar nota de una correlación entre periódicos deshielos en las relaciones soviético-norteamericanas y un aflojamiento de sus respectivas alianzas.[14] También se puede mencionar el caso de Bélgica. Durante más de un siglo, desde 1830 a fines de la década de 1940, un decreciente temor a Francia y un creciente temor a Alemania sirvió para unir a los valones y los flamencos y contribuyó al sentimiento nacional belga, pero la unificación posterior a la Segunda Guerra Mundial de Europa Occidental anuló la amenaza alemana y llevó a una creciente tensión entre los dos grupos lingüísticos de Bélgica.

Las comunidades bien integradas, por cierto, se mantienen por algo más que el puro miedo, la hostilidad y el conflicto externo. Las creencias y los valores compartidos, tanto como la expectativa de beneficios mutuos del hecho de vivir juntos como comunidad, pueden ser factores integradores importantes. Lo que la teoría afirma es que el conflicto externo puede ser *un* factor integrador importante, pero no el único. Puede ser especialmente significativo cuando otros factores están empezando a debilitarse. Pero si el proceso de consenso-desintegración interno ha ido demasiado lejos, el compromiso en un conflicto exterior, en lugar de revertir dicho proceso, de hecho puede acelerarlo. Parece probable que cualquier esfuerzo por correlacionar estadísticamente el comportamiento ante el conflicto interno y externo sea poco concluyente si ignora preguntas tan cruciales como el grado de consenso que existe respecto de los valores del sistema político y las creencias sociales acerca de lo que está en juego en el conflicto. Las elites gobernantes no siempre pueden estar seguras de qué efecto tendrá su decisión de asumir una guerra exterior, y si una guerra no exitosa puede llevar a su derrocamiento.

En la Segunda Guerra Mundial, cuando el pueblo norteamericano era casi unánime en el apoyo a la guerra contra las atrocidades y la tiranía nazi y la supuesta brutalidad y traición japonesa, la prensa les dio poca, si es que le dio alguna, cobertura a aquellos que criticaban o resistían. En agudo contraste, la Guerra de Vietnam encontró al pueblo norteamericano dividido acerca de la naturaleza del conflicto (es decir, si era una guerra "internacional" o "civil"), el motivo del compromiso de Estados Unidos (si era llevar adelante un compromiso impuesto por un tratado, contener el comunismo soviético y/o chino, preservar la independencia nacional vietnamita, promover el gobierno democrático, establecer un equilibrio de poder en Asia o alguno o todos o ninguno de estos objetivos), y el grado en el cual los acontecimientos del sudeste asiático podían traicionar gravemente el interés nacional norteamericano. Por motivos políticos vinculados con el control de armamentos y la "détente", y también debido a las dificultades que enfrentan las fuerzas armadas de una democracia industrialmente avanzada para combatir la insurgencia, el gobierno de Estados Unidos, en lugar de librar la guerra al estilo del todo o nada de la Segunda Guerra Mundial, ya impuso o aceptó límites a la conducción de sus propias operaciones militares. El papel desempeñado por los intelectuales, los estudiantes, los grupos organizados de oposición, los medios de comunicación social y muchos políticos abrió una brecha entre el gobierno y segmentos sustanciales del público, que estaba cada vez más confuso y frustrado por un esfuerzo bélico que era costoso y sin embargo parecía sin motivo y fútil. La Guerra de Vietnam suministró un buen ejemplo de una afirmación hecha por Jacek Kugler y William Domke: que la forma de gobierno (es decir, democracia versus totalitarismo) no determina la capacidad política de las naciones para movilizar sus recursos sociales bajo las tensiones de la guerra; las naciones pobres a menudo son más capaces de expandir dicha capacidad que las ricas.[15] La relación entre los conflictos internos y externos puede evaluarse sólo dentro de un contexto político total que varía en gran medida de un caso al otro. Si bien los estudios empíricos en esta área hasta ahora han dejado mucho que desear, parecería que la teoría de un vínculo inverso entre conflicto intrasocial y extrasocial necesita un mayor refinamiento y una investigación más diferenciada por parte de los estudiosos de las relaciones internacionales.

Lecciones de los primitivos

La experiencia de las sociedades primitivas no tiene importancia directa para entender las relaciones internacionales contemporáneas. Las civilizaciones tecnológicamente avanzadas modernas no son descendientes lineales de las culturas primitivas. Desde la era del descubrimiento y las exploraciones hace cuatro siglos, los filósofos y los teóricos sociales occidentales han estado fascinados por las formas primitivas de organización y vida social y han buscado obtener de ellas reflexiones sobre los problemas de la civilización, incluida la guerra. En las épocas tempranas, cuando había muchos casos de sociedades no afectadas por el contacto con Occidente, prácticamente no había observadores entrenados científicamente y se sacaban muchas conclusiones superficiales o erróneas. (Hobbes, Locke y Rousseau, por ejemplo, aparentemente pensaban que los indios de América del Norte vivían en un "estado de naturaleza" sin gobierno.) En el siglo XIX, en la medida en que se desarrolló la ciencia de la antropología cultural, la "pureza" o autenticidad de la mayor parte de las culturas primitivas se había diluido a raíz de la importación de creencias religiosas y sociales occidentales, así como de ideas y prácticas. Debe tenerse sumo cuidado, en consecuencia, en la interpretación de las instituciones y costumbres primitivas. Dado que las sociedades primitivas son relativamente poco complicadas y representan ejemplos fáciles de ver de grupos sociales autocontenidos, a menudo en interacción con otros grupos comparables, es útil estudiarlas a fin de extraer todo tipo de lecciones generales respecto de la estructura social, el comportamiento y la interacción, pero no para sacar lecciones específicas.

Los antropólogos no han logrado ningún consenso mayor entre ellos que el que han obtenido los especialistas en cualquiera de las demás ciencias sociales. Pero después de estudiar muchas sociedades específicas, se sienten impresionados por la variedad de lo que ven. Eluden esforzarse para lograr una generalización única, por ejemplo, que los primitivos son básicamente belicosos o que son básicamente pacíficos. Algunos primitivos son extremadamente beligerantes y siempre buscan pelea; otros son casi exclusivamente pacíficos. Clyde Kluckhohn escribe:

> La guerra ofensiva organizada era desconocida entre los aborígenes de Australia. Ciertas áreas del Nuevo Mundo parecen haber estado completamente libres de la guerra en el período preeuropeo... Lo que es totalmente cierto en la actualidad es que los diferentes tipos de orden social implican diversos grados de propensión a la guerra. El continuum se extiende desde grupos como los indios Pueblo, que durante muchos siglos casi nunca se han comprometido en una guerra ofensiva, hasta grupos como algunos indios Llanura, que hacen de la lucha su virtud más alta.[16]

Donde la palabra que corresponde a guerra como una forma de agresión socialmente organizada o lucha no es siquiera parte de un lenguaje primitivo —por ejemplo, el de los esquimales y los isleños de Andaman— debemos dudar en atribuirle esto al "carácter pacífico por naturaleza" del pueblo, en especial dado que no están en contacto próximo con sociedades bien definidas. Para las sociedades tecnológicamente subdesarrolladas, la guerra, al igual que el crimen violento, por lo general está en función de la proximidad física. Antes de la era del avión y del misil, sólo los países marítimos tenían la capacidad de montar una ofensiva guerrera a la distancia.[17] De hecho, aun en las últimas décadas, la mayoría de las guerras internacionales han sido libradas entre aquellas comunidades que por lo general tienen las ocasiones más frecuentes y quizás los motivos más fuertes para luchar: los estados territorialmente adyacentes.

Parecería que la experiencia de las sociedades más primitivas es similar a la de muchos estados civilizados modernos: conocen períodos alternativos de guerra y paz, excepto que las guerras primitivas (o incursiones de ataque) son más frecuentes y de más breve duración. Casi todas las sociedades primitivas buscan minimizar la violencia *interna* desarrollando sistemas de ley calculados para impedir que la aplicación de la *lex talionis*, que permite la represalia vengativa por víctimas individuales del crimen se vaya de control.[18] Pero la mayoría de estas sociedades están dispuestas de tiempo en tiempo a recurrir a un comportamiento externo violento con fines que consideran importantes. Andrew P. Vayda ha señalado que la guerra entre los primitivos sirve como variable de regulación para el logro de varias funciones diferentes.

1. Para cambiar las desigualdades en la posesión de ciertos bienes económicos y recursos o el acceso a ellos (tierra, camellos, caballos, agua, cotos de caza, etc.) a través de la redistribución.
2. Regular variables demográficas tales como el tamaño de la población, las relaciones de sexos y la distribución de edad (como consecuencia de las bajas de la guerra), obteniendo nuevas fuentes de alimentos y tomando mujeres y otros cautivos.
3. Regular las relaciones con otros grupos (es decir, para disuadir ciertos tipos de comportamientos indeseables en el futuro, vengando y castigando ofensas o males cometidos).
4. Regular variables psicológicas (ansiedad, tensión y hostilidad) que son adversas para la cohesión del grupo, dirigiéndolas hacia afuera.[19]

Algunos antropólogos subrayan variables explicativas singulares, tales como el deseo de vengar insultos[20] o la determinación a proteger la reputación tribal contra acusaciones de debilidad y cobardía que pueden invitar al ataque.[21]

Los esquemas analíticos de Vayda sintetizan variables psicológicas, demográficas, económicas y sociales, en las cuales la regulación de cada una depende de la regulación de otra. Impiden insistir en que sus hipótesis acerca de la guerra primitiva pudieran aplicarse a la guerra entre estados civilizados. Más aún, admite que se necesitan datos más amplios para convalidar las hipótesis y que algunos de los datos necesarios son difíciles de obtener.[22]

Finalmente, vale la pena advertir que las sociedades primitivas no se comprometen en el conflicto a raíz de modelos diferentes de organización socioeconómica (es decir, sistemas de propiedad privada o comunitaria), probablemente porque tales sociedades no desarrollan elaboradas "estructuras de sentimiento" o ideologías sobre tales cosas. En algunos casos, la ferocidad del conflicto entre primitivos vecinos se ve atenuada por creencias religiosas comunes y por la endogamia (la práctica de buscar esposas de otras tribus, estableciendo así lazos de sangre), imponiendo ciertos límites a la guerra, llevando a cabo tratados de paz e intercambio de rehenes y, de tanto en tanto, inclusive sustituyendo por la "guerra fría" (el intercambio de epítetos e insultos) el combate físico. Pero Vayda concede que lazos intercomunitarios tales como los matrimonios entre tribus, el comercio y las creencias en una descendencia común no constituyen una garantía contra el estallido de hostilidades.[23]

Otras reflexiones de los teóricos de la sociedad

Los antropólogos y los sociólogos han formulado muchas hipótesis y teorías parciales vinculadas con el conflicto social. No es posible examinarlas todas. La mayoría de estas hipótesis y teorías han sido sugeridas sólo al pasar, sin siquiera haber sido sometidas a ningún completo y sistemático desarrollo o comprobación rigurosa. Todo lo que podemos hacer aquí es presentar en forma sumaria una muestra de las hipótesis y teorías más conocidas, algunas de las cuales son expedientes usuales de tantos escritores que no pueden atribuírseles correctamente a ninguno.

1. La lucha organizada y colectiva es diferente de los actos de violencia individual, esporádicos y espontáneos. Estos últimos son antecedentes del homicidio y el desorden civil, pero no de la guerra.[24] Para los antropólogos y los sociólogos, el conflicto en gran escala y la guerra surgen más de las estructuras sociales y las condiciones que de las urgencias biológicas o los estados psicológicos. La guerra, dijo Margaret Mead, es una invención cultural, no una necesidad biológica.[25] William Graham Sumner adujo que la guerra se origina de una lucha entre grupos, no individuos.[26] Bronislaw Malinowski sostenía que la guerra no es primal o biológicamente determinada y hace su aparición tardíamente en la evolución humana. "Los seres humanos nunca luchan en gran escala bajo la influencia directa de un im-

pulso agresivo", declaró Malinowski,[27] separando así la conexión entre la belicosidad psicológica y la lucha culturalmente determinada. La mayoría de los casos de acción violenta se ven como el resultado de imperativos puramente convencionales, tradicionales e ideológicos. Malinowski afirmó aun: "Todos los tipos de lucha son respuestas culturales complejas debidas no ya a algún dictado directo de un impulso, sino a formas colectivas de sentimiento y valor".[28] David Bidney ha criticado a Malinowski por adherir de forma demasiado rígida a la idea de que la guerra no jugaba ningún papel significativo de los estadios tempranos del desarrollo humano. Para Bidney, la guerra puede ser un agente de cambio cultural y puede producir alteraciones significativas en la estructura social.[29]

2. La discusión del conflicto internacional en abstracto carece de eficacia. Los especialistas en ciencias sociales no deberían analizar el comportamiento de las naciones sin referirse a la variable cultural interviniente, advertían Margaret Mead y Rhoda Metraux, quien cita como ejemplo la imposibilidad de entender el conflicto en el Líbano si se ignora el papel de las comunidades religiosas.[30] Si el comportamiento soviético ha de ser en algún sentido inteligible y predecible, dicen, uno debe entender la preocupación rusa por el uso pleno de la guerra, la insistencia en probar los límites y la disposición a ser guiados por ellos. "Por ejemplo, en una situación en la cual ingleses, norteamericanos y rusos están involucrados como participantes, es útil saber que los ingleses consideran la transacción como un resultado positivo, que los norteamericanos consideran negativamente la transacción y que los rusos definen el comportamiento que, a los ojos de ingleses y norteamericanos, se consideraría transacción, como retirada estratégica necesaria y bastante admirable después de haber planteado toda la fuerza disponible." [31]

3. Las actitudes y los valores básicos de las sociedades están hondamente arraigados en un intrincado sistema de instituciones y procesos culturales. De allí que no puedan ser fácil o rápidamente cambiados. Clyde Kluckhohn ha ofrecido este consejo a los reformadores: "Apúrense lentamente es un buen lema para aquellos que quieren instituir o dirigir el cambio social. Debido a la enorme tenacidad de los hábitos no lógicos, el intento apresurado por alterar intensifica la resistencia e inclusive produce reacciones." [32]

4. Mientras muchos psicólogos sociales y especialistas en ciencia política de las últimas décadas, en su deseo de minimizar las consecuencias engañosas y potencialmente peligrosas del pensamiento "estereotipado" en una era de comunicaciones masivas, se han vuelto escépticos respecto del concepto de "carácter nacional", los antropólogos se inclinan más a atribuirle una cierta validez, siempre que se la maneje con el adecuado cuidado.[33]

5. Los antropólogos y sociólogos en su mayor parte sospechan de la "psicopolítica" o "psicohistoria": los esfuerzos por explicar las decisiones políticas tomadas por líderes tales como Wilson, Hitler, Stalin, De Gaulle o Mao en términos de experiencias infantiles o características psicológicas.[34] Por cierto, no niegan que los individuos clave puedan jugar un importante papel político en la configuración de decisiones cruciales para un conflicto, pero están dispuestos a explicar tales decisiones en términos de factores sociales más que psicológicos. (Si bien la psicohistoria algunas veces ha sido severamente criticada, sigue teniendo sus defensores.[35])

6. El etnocentrismo, la sobrevaloración del propio grupo frente a otros, es virtualmente un fenómeno universal.[36]

7. La relativa persistencia de modelos culturales no significa que las naciones sean incapaces de sufrir significativos cambios de comportamiento a lo largo del tiempo. Muchos escritores han llamado la atención a la asombrosa alteración en el perfil político y el comportamiento de Alemania y el Japón, y la sustitución por sistemas constitucionales democráticos de regímenes dictatoriales-militaristas, a continuación de la derrota en la Segunda Guerra Mundial. Estos casos extremos pueden llevarnos a formular una teoría "traumática" del cambio social fundamental rápido. Más gradual y más complejo fue el cambio en el enfoque mundial y la concepción de su propio papel que sufrió Gran Bretaña como consecuencia de los profundos cambios político-tecnológico-estratégicos puestos en movimiento por las dos guerras mundiales.

8. A lo largo de toda la historia, desde el tiempo en que Arquímedes iba a la cumbre de una montaña cerca del mar y usaba un vidrio para enfocar los rayos del sol sobre las velas de un barco enemigo, hasta nuestros propios días de ojivas nucleares y rayos láser, la guerra y el cambio tecnológico han estado estrechamente relacionados. Los preparativos para la guerra y el libramiento mismo de ésta ponen en cooperación a la ciencia, la tecnología, la industria y la medicina con los gobiernos para fines de investigación y desarrollo militar; lo cual puede tener aplicaciones "de derrame" en dimensiones no militares. Los socialistas han demostrado cómo la invención desde el enlatamiento de alimentos y la máquina de coser pasando por los productos químicos hasta los motores de jet, los radares, la energía nuclear, los cohetes, las comunicaciones electrónicas y el plasma sanguíneo recibieron su ímpetu inicial de las necesidades militares del Estado.[37]

9. Algunas hipótesis antropológicas pueden parecer contradictorias, pero de hecho no lo son. Se nos dice, por ejemplo, que tanto las diferencias como las similitudes de los pueblos pueden llevar a duros conflictos. Diferencias sustanciales de carácter étnico, lingüístico, religioso, racial, cultural o ideológico se perciben fácilmente y así pueden dar origen a la animosidad y a una sensación de amenaza, en especial cuando grupos diferentes están físicamente cerca entre sí, si bien tienen poder económico y político diferente. Las diferencias que han sido políticamente transformadas o controladas durante largo tiempo dentro de una sola nación, pueden estallar y generar presiones favorables al separatismo o la autonomía (por ejemplo, Quebec en Canadá, los escoceses en el Reino Unido, los valones y los flamencos en Bélgica, y los vascos en España).[38] Por el otro lado, a menudo se ha advertido que cuanto más cercanos son los bandos en cuanto a sistemas de creencias, más intenso es probable que sea el conflicto entre ellos.[39] Así, el conflicto es especialmente intenso cuando un grupo que antes estaba unido sufre un cisma y ambos grupos a posteriori proclaman que son los herederos auténticos de la tradición. Entre los ejemplos están los cristianos católicos y protestantes, los musulmanes sunitas y shiítas; los estalinistas y los trotskistas.

10. El conflicto puede estudiarse con relación al modelo de comunicaciones entre los bandos en conflicto y el lenguaje empleado en el conflicto. En la medida en que el conflicto se está desarrollando, las comunicaciones entre los bandos disminuyen y la comunicación intrapartidaria (y la cohesión) se intensifican. La máxima intensidad del conflicto coincide con una mínima comunicación entre las partes, tanto como con una propaganda intragrupal de máxima hostilidad contra el enemigo. Los cambios en los modelos de comunicación y propaganda generalmente señalan un cambio en la intensidad del conflicto y un movimiento hacia la resolución de éste. Todo conflicto tiene su estructura única, que surge de la naturaleza de las partes, los temas en juego, las circunstancias en las cuales se libra el conflicto y la dinámica particular según la cual se desarrolla. Al analizar cualquier conficto específico, un conocimiento de los rasgos particulares de dicho conflicto es tan importante como, si no es más importante, el conocimiento generalizado de los procesos en conflicto.

Brechas socioeconómicas y conflicto revolucionario mundial

A fines de los años sesenta, los especialistas en ciencias sociales norteamericanos, en gran medida en respuesta a la Guerra de Vietnam, se sintieron preocupados por el fenómeno de la "revolución", en especial la insurgencia guerrillera del Tercer Mundo. El advenimiento de la tecnología de las armas nucleares parecía haber reducido en gran medida la posibilidad de hostilidades militares directas entre los poseedores de tales capacidades; el desarrollo de sistemas de alianza también había ayudado a inmunizar a los aliados formales de las principales potencias nucleares contra la amenaza de un ataque militar abierto. Así la situación estratégico-política internacional desde el fin de la Segunda Guerra Mundial había tenido como resultado un cambio en la naturaleza y el lugar del conflicto internacionalmente significativo. Al mismo tiempo, las condiciones que los especialistas en ciencias sociales generalmente citan como la fuente del potencial de conflicto humano —es decir, las discrepancias socioeconómicas, los impulsos agresivos que resultaban de la frustración producida al medir lo concreto frente al ideal, la retirada y la alienación de las estructuras sociales existentes y otros factores similares— estaban volviéndose aparentemente más comunes en escala mundial. En casi todas partes, gracias a la tecnología de las comunicaciones, la brecha entre el cumplimiento esperado de las necesidades (o los deseos) y el cumplimiento concreto de las necesidades estaba (y todavía lo está) ensanchándose entre grandes cantidades de pueblos. Podía ser que dicha brecha constituyera la condición aislada más importante y necesaria (pero no suficiente) para la emergencia de conflictos sociales internos en gran escala.

Especialmente en el Tercer Mundo (Asia, África y América Latina), el proceso de desarrollo social, económico y político pocas veces es capaz de suministrar crecientes satisfacciones a un ritmo comparable con las aspiraciones en expansión de los pueblos. Aun los países más avanzados, incluido Estados Unidos, tienen problemas asociados con la llamada fase tecnotrónica o postindustrial de su desarrollo. Parece que el proceso de

desarrollo siempre produce efectos asimétricos respecto de los beneficios que recaen sobre los pueblos. Los medios masivos de comunicación tecnológica facilitan que se tracen comparaciones cargadas de envidia no sólo entre las naciones "que tienen" y las "que no tienen", sino también dentro de las sociedades nacionales, entre los privilegiados y los desheredados. En la mayoría de los países más desarrollados —y de desarrollo más rápido—, ciertos segmentos de los grupos privilegiados se rebelan contra las condiciones de "afluencia", se alienan de las instituciones que produjeron dicha afluencia y se unen a los desheredados para derribar al establishment. Tanto en los países menos desarrollados como en las sociedades altamente desarrolladas, la ruptura de los mecanismos tradicionales y las agencias de integración social juega un papel crucial en el crecimiento del potencial de conflicto revolucionario.

La revolución es un concepto antiguo en la teoría social. Los teóricos políticos clásicos estaban intensamente interesados en los problemas de cambio cíclico, los esfuerzos por derrocar al gobierno por medio de la violencia y las justificaciones morales y políticas de la revolución. Por lo general, le atribuían los sentimientos revolucionarios que aparecían dentro de un Estado a una discrepancia entre los deseos del pueblo y su situación perceptible: una discrepancia que da origen a profundo desacuerdo político acerca de las bases sobre las cuales la sociedad debería organizarse. Los teóricos contemporáneos distinguen entre las revoluciones políticas genuinas y otros fenómenos que a menudo han sido llamados con el mismo nombre, por ejemplo, el golpe de Estado (incluidas las "revoluciones palaciegas" de parientes rivales de un monarca, los golpes ejecutivos o la prolongación ilegal del período de gobierno de un líder, los golpes militares, y otras tomas de poder relativamente súbitas por parte de pequeños grupos de individuos de alto nivel);[40] diversas formas de revueltas campesinas, urbanas, religiosas y de otro tipo y la ruptura política conocida como *secesión* (sea regional, colonial, étnica o religiosa). Ninguno de estos fenómenos tiene necesariamente ni la más remota conexión con el cambio revolucionario, dice Mark N. Hagopian, quien define la revolución como "una aguda y prolongada crisis en uno o más de los sistemas tradicionales de estratificación (clase, condición, poder) de una comunidad política, que implica un intento deliberado, dirigido por una elite, para abolir o reconstruir uno o más de dichos sistemas por medio de una intensificación del poder político y el recurso a la violencia." [41]

Antes de la Revolución Francesa, la rebelión en Europa contra el gobernante generalmente no implicaba más que un cambio de personal en el gobierno, difícilmente un ataque al orden político establecido. Hannah Arendt ha señalado que las revoluciones modernas son de un género asombrosamente diferente, pues apuntan a un espíritu de libertad y de liberación de un viejo orden de cosas. Marcada por un "pathos de novedad", la revolución implica "la noción de que el curso de la historia súbitamente empieza de nuevo, que una historia totalmente nueva, una historia nunca antes conocida o contada, está a punto de desarrollarse".[42] La revolución moderna normalmente se caracteriza por un conjunto de ideas utópicas cargadas de sentimiento, la expectativa de que la sociedad está marchando hacia una profunda transformación de valores y estructura, tanto como

del comportamiento personal. Los revolucionarios pintan un modelo ampliamente mejorado de las relaciones humanas en una realización futura, imparten luego su visión a las masas esperando motivarlas a la acción revolucionaria. El revolucionario describe una situación social más perfecta: más libertad, más igualdad, más conciencia de comunidad, más paz, más justicia y dignidad humana; más de los aspectos trascendentales que conmueven a los seres humanos de todas partes. A diferencia de los utopistas del pasado, que planteaban sus estados idílicos en lugares geográficos inalcanzables (utopía quiere decir "en ninguna parte"), los revolucionarios modernos ubican su utopía en el futuro: su logro eventual no es sólo posible sino inevitable.[43] El credo revolucionario refuerza los motivos para soportar las penurias de la lucha. La visión de una vida libre de toda forma de opresión justifica el sufrimiento, el terror y el caos que trae la revolución. No importa que la actual generación de gente deba soportar dolor en honor de la causa: sin la revolución, la injusticia continuaría indefinidamente, amontonando una miseria sobre la otra para siempre, pero como resultado de la revolución, la raza humana, o una parte de ella, se verá levantada a un plano de existencia más elevado y noble. Las masas actualmente privadas sufren heroicamente para que las masas satisfechas del futuro puedan ser felices. Tal ha sido siempre la racionalización ideológica de los revolucionarios.

James H. Meisel ha presentado una descripción filosófica profunda del papel jugado por los intelectuales descontentos en las revoluciones históricas. Sugiere que la mente humana está comprometida en una búsqueda sin fin del triunfo de la razón en la sociedad, y esta búsqueda se enfrenta tanto con el éxito como con el fracaso. Casi todo salto intelectual súbito hacia adelante parece terminar produciendo su propia forma de tiranía, no liberando a los intelectuales sino a los bárbaros o los burócratas de tipo organizativo o totalitarios. A lo largo de la historia, los intelectuales suministran el campo de cultivo de la revolución. Las revoluciones empiezan cuando la Mente proclama algún tipo de nueva dispensación de libertad. Pero eventualmente la mente se vuelve enemiga de la Mente. Toda revolución muere por exceso de organización, o terror u opresión o la restauración del viejo orden o el puro aburrimiento o la alienación final de la cultura técnica.[44] John Roberts ha demostrado que la revolución que sacudió a Europa desde 1789 en adelante no cambió sustancialmente el escenario social de la mayoría de los europeos. En la medida en que su forma de vida sufrió algún mejoramiento, se debió mucho más al proceso de industrialización que a la revolución,[45] y así fue resultado de fuerzas económicas más que políticas.

Según las teorías anteriores a la Segunda Guerra Mundial de Crane Brinton y otros, las revoluciones se producen cuando la brecha entre el poder político distribuido y el poder social distribuido dentro de una sociedad se vuelve intolerable. Ciertas clases sociales que están experimentando algunos de los beneficios del progreso desean desarrollarse de forma más rápida que lo que el sistema permite, y así se sienten paralizadas. El descontento por el reparto de los resultados económicos, el prestigio social y el poder político se extienden. Los valores tradicionales son abiertamente cuestionados y un nuevo mito social desafía al viejo. Los intelectuales se alienan del sistema. Gradualmente pasan de meras críticas a retirar la lealtad política. Las elites gobernantes empiezan a perder confianza en sí mismas y en sus creencias, así como su capacidad para dirigir y resolver los problemas sociales. Las viejas elites se vuelven demasiado rígidas para absorber a las elites emergentes en sus filas y esto acelera la polarización. Los propagandistas asumen las críticas sofisticadas de la intelligentsia a las instituciones establecidas, traduciéndolas en consignas para consumo masivo. Los intelectuales unen fuerzas con las nuevas elites desplazadas y la exigencia de reformas radicales aumenta. Los elementos políticos moderados demuestran ser demasiado débiles para hacer transacciones viables entre aquellos que agitan para lograr un cambio rápido y aquellos que se oponen al cambio. El punto de ruptura se alcanza cuando los instrumentos de control social, especialmente el ejército y la policía, se vienen abajo o cambian su fidelidad a los elementos descontentos o cuando el gobierno en ejercicio demuestra ser inepto para usar aquellos instrumentos de control social. Ésta era la explicación clásica de la revolución planteada por Crane Brinton en 1938, de la cual puede decirse tres décadas después que no se había hecho demasiado avance teórico tras ella.[46]

Los especialistas en ciencias sociales se han dado cuenta de que las viejas teorías de la revolución política no son fácilmente aplicables al conflicto en el Tercer Mundo, donde la mayoría de las guerrillas que se produjeron desde la Segunda Guerra Mundial han surgido de un entorno social muy diferente respecto de las revoluciones históricas de Occidente. Sin embargo, las revoluciones anteriores y posteriores deberían tener los suficientes elementos en común para permitir al menos cierta continuidad en el desarrollo de la teoría de conflicto, con ajustes adecuados para dar cuenta de circunstancias sociales ampliamente diferentes y nuevos conocimientos de las ciencias sociales.

Los especialistas en ciencias sociales contemporáneos y los encargados de trazar políticas generalmente consideran el alto potencial de conflicto de Asia, Africa y América Latina como un factor que está en función de una frustración generalizada vinculada con la privación económica. Ted Robert Gurr aduce que "la precondición necesaria para un conflicto civil violento es la privación, definida como la percepción del agente de una discrepancia entre su expectativa de valor y la aparente capacidad de valor de su entorno".[47] La disparidad entre aspiraciones y cumplimiento puede concebirse como una mera privación económica o como una combinación de diversos tipos de privación, incluida la económica, psicológica, social y política. Quizás la teoría menos sofisticada sea aquella que hace de la pobreza en sí misma un agente primordial de frustración. A menudo se han hecho esfuerzos por correlacionar el alto potencial de conflicto con variables económicas absolutamente bajas y con el estancamiento económico. Según esta hipótesis, uno puede predecir la mayor incidencia de violencia en los países más golpeados por la pobreza, medidos en términos de ingreso per cápita. Semejante hipótesis, sin embargo, contiene varios problemas. La violencia grave sin duda se produce en muchos de los países incluidos en la categoría de "muy pobres", pero con no menos frecuencia (y a veces con más) que en los más pobres, en aquellos más ricos del Tercer Mundo como el Líbano, Irán, Argentina, Corea del Sur y Filipi-

nas. Otros factores, además del grado de pobreza, sin duda contribuyen a la incidencia del conflicto.

Probablemente hay un exceso de simplificación en el nexo pobreza-revolución. La tendencia a la violencia dentro de una sociedad declina sólo como resultado del desarrollo social en muchas dimensiones, de las cuales la económica es sólo una y no necesariamente siempre la causa central. Más aún, si bien las condiciones de pobreza a menudo están vinculadas con el comportamiento delictivo y el conflicto anómico, a menudo se ha señalado que las sociedades más empobrecidas por lo general no se consideran campo fértil para la revolución:

> Como lo han indicado Zawadzki y Lazarsfeld, la preocupación por la supervivencia física, aun en las áreas industriales, es una fuerza que milita en gran medida contra el establecimiento de un sentido de comunidad y un consenso sobre acción política conjunta que son necesarios para inducir un estado mental revolucionario. Lejos de transformar a la gente en revolucionaria, soportar la pobreza lleva a preocuparse por uno mismo o la propia familia, en el mejor de los casos, y a la resignación o la desesperación muda, en el peor de los casos.[48]

En cualquier momento dado, se pueden nombrar varios países muy pobres, en los cuales es menos probable que ocurra un alzamiento revolucionario que en un sistema económico relativamente avanzado. Los factores económicos indudablemente juegan un papel importante en muchas revoluciones, pero la desigualdad económica es más importante que la pura pobreza.[49] Las revoluciones deben analizarse en relación con otros importantes factores políticos, estratégicos, culturales y sociopsicológicos que no son reductibles a la economía pura.

Modernización socioeconómica y conflicto

Una teoría más interesante, en cierta forma mejor sostenida por datos existentes, postula el conflicto como un factor que está en función no ya de la pobreza sino del desarrollo y el cambio social. James N. Roseanu plantea que "cuanto más rápido es el ritmo de cambio social, mayor es la probabilidad de violencia intrasocial".[50] Arnold Feldman ha señalado que "el cambio contribuye al potencial revolucionario más que a erradicar las insatisfacciones".[51] Muchos analistas ahora coinciden en que la frustración social y el potencial revolucionario no son tan pronunciados en las zonas más retrasadas como lo son en zonas económica y socialmente "en avance". Hace un siglo y un tercio, Alexis de Tocqueville reconoció que la pobreza abyecta no había sido la causa de la Revolución Francesa. Planteaba que, a pesar de un gobierno desvencijado, mal regulado e ineficaz y a pesar de los pesados impuestos y las políticas comerciales, Francia había experimentado un crecimiento económico sin precedentes y prosperidad durante las dos décadas inmediatamente anteriores a la Revolución. Este mismo hecho, decía, promovió un espíritu de inquietud y apresó el estallido, en la medida en que la gente ignoraba los mejoramientos que se habían producido. Bajo

Luis XVI, "los tiquismiquis más triviales del poder arbitrario producían más resentimiento que el despotismo pleno de Luis XIV". La gente simplemente se sentía más frustrada e impaciente por precipitar los acontecimientos.[52] Las regiones del mundo que ahora están pasando por la "modernización", en cierto grado se están volviendo raras. La modernización puede ser impuesta artificialmente desde afuera, por ejemplo, por inversores extranjeros, o puede crecer orgánicamente desde adentro como resultado de un cambio de actitud, desde una aceptación fatalista de las cosas tal como son a un activo deseo de cambio. "Cuando el campesino de Europa Central", escribe Manfred Halpern", se da cuenta por primera vez de que la estructura de su vida puede ser concretamente mejorada, y que se le está negando la posibilidad de mejorar su vida, entonces las semillas de la revolución se han plantado".[53] Como lo señaló Crane Brinton en 1938, es más probable que los revolucionarios sean hijos de la esperanza que de la desesperación.[54]

Esto no quiere decir, sin embargo, que los estados sociopsicológicos de los líderes revolucionarios, los seguidores revolucionarios activos y las masas a las que apelan los revolucionarios, sean necesariamente iguales. En la interacción de estos elementos, puede haber una relación dialéctica entre la psicología social de la desesperación y la política revolucionaria de la esperanza. Cuando los pueblos de "crecientes expectativas" experimentan un progreso gradual a un ritmo suficiente para poder percibir un mejoramiento diferencial en su situación de año en año, no es probable que sean blanco de los reclamos de los propagandistas revolucionarios. Pero ciertos grupos dentro de la población pueden frustrarse como consecuencia de un cambio asimétrico. Diferentes sectores de la sociedad, al percibir la distribución de los beneficios del desarrollo, es probable que avancen a ritmos diferentes; algunos pueden percibir que no se mueven o que pierden una posición relativa.[55] Este fenómeno ocurre constantemente en todas las sociedades en desarrollo, incluidas las más avanzadas. La distribución de las comunicaciones técnicas facilita el proceso por el cual algunos grupos se vuelven agudamente conscientes de discrepancias y trazan comparaciones entre su propia posición y la de los demás (dentro de la comunidad, la nación y el mundo). Pocos grupos en cualquier país (aun en los más altamente industrializados) experimentan mejoramientos reales comparados con sus crecientes aspiraciones.[56]

James C. Davies ha llamado la atención al hecho de que la brecha entre lo que la gente quiere y lo que obtiene puede ser altamente intolerable. Desgraciadamente, no podemos determinar de antemano el punto en el cual la brecha se vuelve tan intolerable que se produce la revolución, porque esto depende de muchas otras variables culturales, políticas y psicológicas, además de factores que son económicamente mensurables. La percepción de la brecha puede depender en gran medida de la forma en la cual la organización revolucionaria pueda utilizar las redes de comunicación para dramatizar sus discrepancias. Davies también sugiere que el peligro de un conflicto revolucionario se vuelve más agudo cuando una sociedad que está en la senda de un desarrollo a largo plazo súbitamente experimenta una caída en el proceso económico.[57] Su teoría de la curva J es defectuosa pues fracasa en especificar cuán amplia debe ser la brecha entre la satis-

facción anticipada y concreta de necesidades antes de que se produzca una revolución, y por fracasar en explicar por qué el modelo de la curva J lleva a la revolución en algunas sociedades pero no en otras.[58] Si bien el estudio de Davies se remite a tendencias económicas dentro de sociedades nacionales completas, su teoría de la curva J bien podría ser aún más útil si se alpicara más que a la economía y menos que a naciones, es decir, si se la aplicara a la forma en la cual los grupos subnacionales se perciben como víctimas de una reversión de su posición total dentro del sistema social, como consecuencia de un cambio en el desarrollo.

Inestabilidad política y frustración

Ivo K. y Rosalind L. Feierabend han identificado la inestabilidad política con el comportamiento agresivo, que atribuyen a una frustración social sin alivio. En situaciones de frustración sistémica, plantean, la estabilidad política todavía puede ser predicha si ciertas condiciones se alcanzan: por ejemplo, que la sociedad sea del tipo no participativo, o que las soluciones constructivas a las frustraciones estén a disposición o que el gobierno sea lo suficientemente coercitivo como para impedir actos de hostilidad abierta contra él mismo o que el impulso agresivo pueda desplazarse contra grupos minoritarios u otras naciones o que los actos individuales de agresión sean lo suficientemente abundantes para suministrar una salida. En ausencia de estas condiciones, el comportamiento agresivo puede esperarse que surja de la frustración sistémica. En los casos más extremos, la inestabilidad política es probable que adopte la forma de tumultos, huelgas, arrestos en masa, asesinatos de figuras políticas, ejecuciones, terrorismo y sabotaje, guerrilla, guerra civil, golpes de Estado y otras formas de revuelta.[59] Refiriéndose a la naturaleza "esencialmente" frustrante del proceso de modernización", los Feierabend ofrecen la siguiente generalización:

> Más aún, se puede postular que el punto máximo de discrepancia entre las metas sistémicas y su satisfacción, y de allí la máxima frustración, debería ubicarse en algún lugar que esté en el centro de la fase transicional entre la sociedad tradicional y el logro de la modernidad. En este estadio medio la conciencia de la modernidad y la exposición a los modelos modernos debería ser completa, es decir, en un techo teórico, mientras que los niveles de logro todavía se quedarían muy por detrás. Antes de este estadio medio teórico, la exposición no puede aumentar más, dado que ya llega a una conciencia completa, pero el logro seguirá avanzando, acarreando así eventualmente a la nación al estadio de la modernidad. Así, por contraste con las sociedades transicionales, puede postularse que las sociedades tradicionales y modernas estarán menos frustradas y en consecuencia tenderán a ser más estables que las sociedades tradicionales.[60]

¿Existe algo como una "exposición completa" o una conciencia de la modernización? Dado que el cambio social cada vez más rápido y profundo es un rasgo permanente de todo proceso de modernización, siempre habrá,

en toda sociedad, sectores relativamente tradicionales, transicionales y modernizados. Entre los PMD, en la medida en que la población se aparta de las zonas rurales a las urbanas, los valores religiosos tradicionales y los modelos culturales empiezan a venirse abajo entre los intelectuales, la clase profesional, los grupos técnicamente especializados y los sectores de las masas urbanas. La tecnología es importada; el transporte y las redes de comunicación crecen; la tasa de alfabetización también aumenta, se refuerza la movilidad social. La familia y otros lazos sociales que anteriormente unían a los individuos entre sí, se desintegran. Empiezan a emerger nuevas clases socioeconómicas de naturaleza funcional, pero son más débiles que las estructuras que reemplazan cuando llega el caso de darle al individuo una sensación de pertenencia a una comunidad.

Esto es a lo que el sociólogo alemán Ferdinando Tönnies se refería a fines del siglo XIX como el movimiento de la *Gemeinshaft* (comunidad) a la *Gesellschaft* (asociación).[61] El contraste quizás estuviera exagerado y la teoría de Tönnies es una de las raíces de esas teorías sociológicas "desarrollistas" occidentales que, como se demostró en el Capítulo 6, son repudiadas por los *dependentistas*. Sin embargo no carece de cierta validez. Los individuos parcialmente desarraigados se mueven de forma más rápida y reciben impresiones más variadas del mundo desde los medios de comunicación masivos. Se ven forzados a hacer profundos ajustes, pero probablemente no pueden encontrar ningún conjunto de normas satisfactorio para guiarlos. Tanto fascinados como aterrados por los cambios que ven, se vuelven psicológicamente problemáticos. Edward Shils ha demostrado que los intelectuales de los países subdesarrollados tienen una actitud ambivalente hacia las cosas extranjeras y occidentales: valoran la cultura extranjera pero tienen un sentimiento de inferioridad respecto de la propia.[62] Más aún, en la medida en que los intelectuales abandonan los valores tradicionales religiosos y culturales, actuando de forma diferente respecto de la forma en que se les enseñó en su juventud, pueden desarrollar sentimientos de culpa, los cuales pueden intentar eludir proyectando hostilidad contra los agentes externos del cambio social: el sistema imperialista occidental. El nacionalismo afirmativo se vuelve una forma de restaurar el respeto a sí mismos.

Los gobiernos en ejercicio de los países desarrollados, al carecer de experiencia en el planeamiento económico, encuentran difícil impresionar a las masas escasamente sofisticadas con la necesidad de aceptar las privaciones presentes a fin de promover una expansión económica de largo alcance. El desarrollo exige paciencia en muchas dimensiones: la adquisición de habilidades técnicas, mejoramientos en el sistema educativo, la modificación de incentivos sociales, la emergencia de capacidades de administración, la disposición de las elites tradicionales a admitir que las nuevas elites funcionales compartan una proporción justa de los beneficios del sistema, políticas fiscales responsables, reformas administrativas y otras cosas por el estilo. Todos estos imperativos son frustrantes para los impacientes. Aun el avance gradual es frustrante para aquellos cuyos apetitos han sido incentivados para insistir en cambios rápidos y de gran incidencia: un progreso instantáneo. Entretanto, el crecimiento de la población suma presiones a los sistemas en desarrollo, recortando la tasa de creci-

miento del PBN anual y acumulando las exigencias impuestas sobre los planificadores inexpertos en países a menudo enfrentados con términos de comercio internacional en deterioro.[63]

Los sociólogos y antropólogos consideran que la posibilidad de conflicto social interno aumenta cuando los mecanismos de integración de la sociedad se vienen abajo. Mientras las tradiciones religioso-culturales inmemoriales dan paso a la secularización, el nacionalismo emergente tal como lo expresa un líder carismático puede probar que es lo suficientemente poderoso como para preservar la solidaridad interna, especialmente si hay una *bête noire* externa contra la cual pueden dirigirse los sentimientos agresivos. En la medida en que la integración nacional sigue siendo alta, los grupos enemigos no se vuelven predominantes entre sí dentro de la sociedad. En ausencia de un principio integrador, los cambios fraguados por el desarrollo aumentan el potencial de conflicto grupal dentro de las naciones. En la medida en que emergen nuevos grupos, forjan su propia conciencia de valores e intereses de grupo; establecen su identidad propia dirigiendo la hostilidad hacia afuera. Dado que la hostilidad puede estar dirigida hacia afuera en muchas direcciones diferentes y se distribuye azarosamente entre tantos blancos como para disiparse sin que se produzcan casos de violencia politizada grave en un conflicto con un solo enemigo, la función de la organización política consiste en canalizar la hostilidad agresiva propia de los grupos descontentos en una dirección coherente. Un gobierno en ejercicio puede intentar desviarla contra un adversario vecino. (En algunas regiones del mundo, como América Latina, es difícil hacer esto, por las similaridades culturales de la mayoría de los miembros del sistema de estados regional y, en consecuencia, se dirige más fácilmente a la potencia imperialista culturalmente distinta del hemisferio norte.) Una organización revolucionaria intentará movilizar y canalizar el descontento contra el gobierno en ejercicio.[64] Ni las guerras externas ni las revoluciones internas son típicamente espontáneas o constituyen acontecimientos occidentales, ambas requieren un alto grado de organización y planeamiento.

Charles Tilly, un sociólogo-historiador marxista, ha analizado el fenómeno de la revolución según los sistemas teóricos de Karl Marx, Emile Durkheim, John Stuart Mill y Max Weber.[65] Marx, como vimos en el Capítulo 6, trataba todos los conflictos sociales en términos de estructuras de clases e intereses que surgían del modelo de relaciones determinado por la organización de la producción. Emile Durkheim veía la acción colectiva (es decir, la movilización de grandes cantidades de personas para librar un conflicto social) como una respuesta a los procesos interactivos de integración y desintegración dentro de una sociedad entera. La industrialización lleva a la diferenciación, que a su vez lleva a un derrumbe de las creencias compartidas. La anomia resulta de la excesiva diferenciación social y la desorientación individual. En la medida en que la brecha se amplía ante el ritmo del cambio estructural y la institucionalización del control social, las presiones aumentan hacia la acción colectiva tendiente a restaurar las creencias compartidas.[66]

Por fin, dice Tilly, Max Weber, el sociólogo político de la religión, el liderazgo y la burocracia, remitió la estructura y acción del grupo social a un compromiso con un sistema de creencias particular: una definición colectiva del mundo y de los miembros mismos. El sistema de creencias es lo que justifica el poder de las autoridades y esto es verdad para los sistemas tradicionales, carismáticos y racionales-legales. Tanto el carisma como la burocracia racional pueden producir un cambio social revolucionario: el carisma transformando el entorno externo. Tilly prefiere la explicación marxista, pero deja abierta la posibilidad de que Durkheim y Weber también puedan haber estado acertados.[67]

El derrumbe social: las cuestiones cruciales

El especialista en ciencia política quiere saber cosas como: 1) el grado hasta el cual los diversos estratos o grupos dentro de la población son reclutados o se retiran de la participación en el sistema político; 2) la capacidad del sistema político de responder con flexibilidad a las diversas exigencias que se le hacen y de producir resultados pasibles de inhibir el crecimiento de presiones para el cambio revolucionario, y 3) la extensión y la eficacia del control social y político, tanto como la aceptabilidad de los métodos por los cuales tal control se mantiene.

El especialista en ciencia política comparada se interesa, entonces, en asegurarse datos que se refieren a lo siguiente:

- El nivel hasta el cual la gente de los diversos grupos sociales se siente más leal al sistema que crítica respecto de él.
- El nivel hasta el cual participan en elecciones, pagan impuestos, cumplen con el servicio militar y contribuyen a otras expresiones de apoyo al sistema militar.
- Si los intelectuales que se educan dentro del sistema también son satisfactoriamente absorbidos por éste o si están excluidos y alienados de él.
- Si el sistema contiene "válvulas de seguridad" internas para la liberación ordenada de energías sociales (por ejemplo, competencia económica, canales para la crítica y la expresión de nuevas ideas, salidas para las motivaciones religiosas y humanitarias, rivalidades deportivas, etc.).
- Qué tipo de grupos sociales relativamente estables y cohesivos existen (iglesias, fuerzas armadas, sindicatos, organizaciones de granjeros, asociaciones profesionales, partidos políticos, etc.) y la dirección que están tomando dentro del sistema.
- El modelo en el cual los honores simbólicos, el poder político y los beneficios económicos se distribuyen entre diversos grupos dentro del sistema.
- La distribución proporcionada en diversos grupos de actitudes de miedo-hostilidad dentro y fuera de la nación.

El último factor nos lleva a la pregunta de si el potencial de conflicto en un país particular tiende hacia la guerra internacional o la revolución interna. En este punto volvemos a la venerable hipótesis de los analistas

políticos, discutida antes y nunca demostrada de forma concluyente, de que un gobierno puede descabezar las luchas domésticas pendientes, fomentando una guerra externa popular. Que esto pueda lograrse acaso dependa de la presencia de diferencias significativas de grupo rápidamente perceptibles e históricamente significativas: étnico-lingüísticas, religiosas o tribales. Si tales diferencias son más pronunciadas respecto de los otros países que dentro de la nación, el gobierno estará en mejor posición para solidificar la nación yendo a la guerra. Sin embargo, si tales diferencias son más pronunciadas dentro del país, muy bien puede constituir un importante factor en el potencial de conflicto interno. En este caso, ir a la guerra con un vecino probablemente exacerbe el conflicto interno si las afiliaciones grupales se extienden más allá de las fronteras de dos naciones en guerra. Haya o no guerra internacional, las graves diferencias étnicas y religiosas que hay dentro de un país atrapado en una situación revolucionaria, es probable que sean explotadas tanto por el gobierno en ejercicio como por la organización revolucionaria. La guerra de Irán-Irak estuvo caracterizada por tensiones nacionalistas (iraníes versus árabes), conflictos religiosos (chiítas versus sunitas) y la hostilidad del fundamentalismo islámico hacia el secularismo modernizador.

Las condiciones económicas, psicológicas, sociológicas y políticas antes mencionadas suministran la matriz de la cual surge el conflicto revolucionario, pero no pueden plantearse de forma definitiva como causa de conflictos. Son, por así decirlo, las condiciones necesarias pero no suficientes. Dentro de una sociedad puede haber niveles bastante altos de frustración, alienación, disonancia cognitiva, sensación de amenaza y otras actitudes de la mente conducentes al conflicto. Puede haber tasas asimétricas de cambio. Puede haber grupos próximos altamente visibles que tengan una historia de animosidad entre sí. Las comunicaciones entre algunos grupos puede romperse y alcanzar un punto de virtual desaparición. Sin embargo el conflicto políticamente estructurado no se producirá hasta que se hayan tomado decisiones deliberadas para invocar la violencia política, y estas decisiones normalmente no se tomarán hasta después de que se haya desarrollado una organización del conflicto capaz de manejar la violencia y de suministrar orientación política a los resentimientos e impulsos agresivos existentes. El vínculo entre el estado social psicológico y el desarrollo de la organización del conflicto parece ser, en primera instancia, la personalidad de un pequeño número de líderes revolucionarios, combinado con sus experiencias de vida en el entorno que los ha configurado.

Cómo se hace una revolución

Como lo ha señalado Lawrence Stone, todavía no sabemos qué hace que una persona se vuelva revolucionaria.[68] ¿Qué elementos identificables en la propia personalidad (tales como necesidad de logros, sentido de indignación moral y misión social, propensión a correr riesgos y deseo de poder) y en el trasfondo personal (infancia, relaciones con los padres, socialización, educación, religión, viajes, lecturas, previo entrenamiento militar y contactos con otros organizadores de conflicto) impulsan al revolucionario

a asumir un intento por derrocar el sistema por la fuerza en lugar de trabajar desde adentro para reformarlo? Sería sorprendente si los líderes de una revolución estuvieran motivados por las mismas fuerzas psíquicas de las masas, es decir, que se sientan atraídos a la insurgencia porque han sufrido las privaciones de la pobreza económica. Las revoluciones por lo general son conducidas por "elites" y un atributo esencial de las "elites" es que están impulsadas por factores de personalidad más sutiles que aquellos atribuibles a las masas. Las "elites" y las masas difieren de forma significativa en sus reacciones a la frustración y en las fuentes de su frustración.[69] Los líderes revolucionarios pocas veces vienen de las clases más pobres; lo más típico es que deriven de familias de clase media que no han conocido penurias económicas. Es más probable que sus privaciones sean psicológicas antes que económicas. Lo que a menudo quieren son recompensas intangibles: prestigio, una participación en el poder político, la fama como parte de un movimiento carismático que lucha por la justicia, inclusive la estimulación de la excitación y el peligro. En el caso de ciertos terroristas revolucionarios, la presencia de elementos psicopatológicos no puede descontarse.[70]

Objetivos y características de la revolución

Las revoluciones modernas se han librado para expulsar a una potencia colonial y para lograr la independencia nacional, para cambiar el sistema político sin alterar radicalmente los sistemas sociales, para terminar con una intolerable condición de minoría logrando autonomía local o secesión territorial del sistema, para determinar la sucesión después del apartamiento esperado de un régimen colonial y para que la presión política pase de un sistema político a otro. Una insurgencia ostensiblemente iniciada con un objetivo puede sufrir un cambio de fin de facto o uno confeso durante el curso del conflicto. Los objetivos confesos mientras la revolución está en curso son, por lo general, una cuestión de propaganda, diseñados para obtener apoyo político. Algunos objetivos del programa revolucionario, especialmente aquellos vinculados con los impulsos de poder del líder, por lo general quedan sin manifestarse. Por contraste con el golpe de Estado, que trae un súbito cambio personal en el escalón más alto del gobierno, pero no es una revolución genuina, el proceso revolucionario total es de bastante larga duración, generalmente un asunto de varios años. Mao Tse-Tung insistía en la prolongación deliberada y la elusión del aventurismo escatológico como elementos esenciales en la estrategia de la guerra revolucionaria.[71] La Guerra de Vietnam, que duró cerca de 30 años, fue una excepción notable a dicho modelo, al terminar en un éxito completo para las fuerzas revolucionarias en la guerra más prolongada e internacionalizada de las guerras revolucionarias.

Durante largo tiempo fue común la impresión de que la insurgencia revolucionaria es un fenómeno predominantemente rural, pero esta noción puede ser engañosa. Los especialistas en ciencias sociales cuestionan la generalización estereotipada de la "revolución campesina". Los campesinos están más atados a la tradición y son más apáticos respecto del

proceso político que quienes viven en la ciudad. El campesino insatisfecho es más probable que migre hacia la ciudad antes que se embarque en una revuelta. Más aún, las insurrecciones campesinas, cuando ocurren, a menudo están conducidas por revolucionarios de antecedentes urbanos. En cualquier caso, en la medida en que la aguda dicotomía entre cultura urbana y rural se disuelve bajo el impacto de las comunicaciones modernas, las ideas anteriores de la "revolución campesina" pueden perder parte de su importancia.[72]

La insurgencia revolucionaria como un proceso sociopsicológico "interno" con importantes estadios previolentos parece probable que empiece en los centros urbanos donde la movilidad social es elevada, donde las normas tradicionales son más débiles y la anomia es mayor, donde las ideas circulan más rápidamente y donde ciertos estados psicológicos tales como la frustración y la disonancia pueden ser más pronunciados. Pero como proceso estratégico externalizado, a menudo encontramos que los estadios violentos de la guerrilla empiezan en zonas rurales geográficamente remotas de la capital política del país.

Muchas consideraciones ayudan a determinar la ubicación del conflicto revolucionario. Los insurgentes están preparados para establecer bases en regiones con un registro de sentimiento o actividad revolucionaria previos.[73] Quieren tener acceso a importantes blancos políticos, tanto como a la autosuficiencia económica. Están ansiosos por asegurar una base en zonas de control político débil, no fácilmente accesibles y penetrables por las fuerzas del gobierno. De allí que se vean atraídos a provincias que no tienen buenos servicios de carreteras, ferrocarriles y transportes aéreos y hacia terrenos que, si bien les dan cobertura a pequeñas bandas guerrilleras, se muestran hostiles al movimiento de fuerzas militares convencionales más grandes y molestas: montañas, selvas, bosques, deltas de ríos, pantanos y desiertos. No sólo la geografía física sino también la geografía política entra en el cuadro. Siempre que sea posible, los insurgentes por lo general encuentran ventajoso establecer cuarteles, campos de entrenamiento y rutas de suministro cercanos a las fronteras o del otro lado de ellas, si comunican con países amistosos o neutrales. La guerrilla puede entonces buscar un santuario legal o un abrigo político cuando se los somete a una intensa persecución, obligando a las fuerzas del gobierno en ejercicio a incurrir en la censura internacional si llevan su acción punitiva a la zona de retirada. Más aún, las zonas fronterizas por lo general son áreas de heterogeneidad étnica y diversidad de lealtades políticas, factores que los revolucionarios pueden encontrar de ayuda. De manera bastante natural, las consideraciones logísticas siempre resultan muy importantes. Las fuentes y los caminos para el suministro extranjero son factores extremadamente importantes en la geografía política de la revolución guerrillera.

La internacionalización de la guerra interna y el conflicto de baja intensidad

En casi todas las épocas históricas, la existencia de condiciones revolucionarias dentro de los estados ha llevado a la intervención de las potencias extranjeras fuertes.[74] Las fuerzas revolucionarias más débiles parecen aumentar sus oportunidades de éxito invitando a la ayuda externa, generalmente sus potencias "revolucionarias" o expansionistas. Durante el período de superioridad nuclear norteamericana, las dos principales potencias comprometidas en una reversión del statu quo internacional apoyaron vigorosamente las "guerras de liberación nacional" (como las llamaba la Unión Soviética) o las "guerras del pueblo" (como las denominaban los chinos). Estas formas de conflicto "indirecto" eran métodos relativamente seguros de llevar adelante el movimiento revolucionario internacional, frente a los métodos más peligrosos de confrontación directa con lo que entonces era un Occidente incuestionablemente superior en lo nuclear. Si una superpotencia interviene en una guerra interna del Tercer Mundo, la otra generalmente siente cierta tentación, presión o tendencia a hacer lo mismo en apoyo al bando opuesto. En los años sesenta, Estados Unidos, la Unión Soviética y China intervinieron en diversos momentos en la insurgencia del Tercer Mundo, especialmente en Asia. En los años setenta y ulteriormente, Asia y Africa fueron escenarios de competencia entre las tres principales potencias militares. En absoluto era poco común encontrar, en zonas tales como Angola, Zimbabwe (anteriormente Rhodesia) y Eritrea, dos o tres organizaciones revolucionarias enfrentadas, cada una con una base étnica o religiosa diferente, tanto como regímenes en ejercicio, todos apoyados por diferentes potencias importantes exteriores o pares de ellas. En los años ochenta, Afganistán y América Central constituyen zonas principales de intervención de las superpotencias en competencia.

En el mundo contemporáneo, virtualmente todo conflicto que se produce dentro del alcance de las agencias de noticias, se vuelve un tema en el entorno de las relaciones internacionales. Una revolución puede producir un efecto de derrame en un país vecino. Puede haber demostraciones espontáneas u organizadas en países extranjeros distantes para apoyar a un bando o protestar contra el otro. La red de comunicaciones mundiales juega un papel crucial en la globalización del conflicto localizado. Los revolucionarios deben luchar por adquirir, en grados sucesivos, cierta apariencia de personalidad internacional como objeto de apoyo externo potencial en forma de dinero, armas, respaldo diplomático, simpatía política organizada y otros tipos de ayuda. Los conflictos se ven atraídos dentro del vórtice de la política mundial cuando se vuelven temas en los procesos de toma de decisiones de los gobiernos extranjeros, las Naciones Unidas, las alianzas regionales (como la OTAN, la OEA o la OUA [Organización para la Unidad Africana]), los partidos políticos, las iglesias y los grupos étnicos y pacifistas, para no mencionar las agencias de inteligencia y las bandas terroristas.

Es sumamente difícil determinar el peso relativo que se le debe asignar en un conclicto revolucionario debido a los factores externos e internos como determinantes de los resultados.[75] Obviamente, ciertos factores internos pueden ser de significación crucial, tales como las doctrinas morales, de entrenamiento, liderazgo y estratégico-tácticas de las fuerzas revolucionarias y gubernamentales, su capacidad para utilizar los medios masivos de comunicación e influir de otra forma en las actitudes de la gente y la capacidad del sistema existente para responder al desafío revolucionario

con una variedad de políticas de autorreforzamiento. En algunos casos, sin embargo, los factores externos pueden demostrar que son avasalladores. Sin implicar que cualquier forma de ayuda externa (tal como la asistencia militar) sea necesariamente decisiva para asegurar el éxito o el fracaso de una insurgencia revolucionaria, podemos decir que lo que aparece al comienzo como un conflicto interno puede volverse un punto focal de intervención internacional, abierta o clandestina, en medida tal que el conflicto no puede considerarse más como de tipo interno. "Si el potencial humano externo, los motivos, el dinero y otros recursos parecen constituir las principales capacidades comprometidas en la lucha por ambos bandos", escribe Karl W. Deutsch, "entonces nos inclinamos a hablar de 'guerra por procuración', un conflicto internacional entre dos potencias extranjeras, librado en el terreno de un tercer país, disfrazado como conflicto en torno de un tema interno de dicho país y utilizando todos o parte de los recursos, el potencial humano y el territorio de dicho país como medio para lograr metas preponderantemente extranjeras y estrategias extranjeras".[76] En este caso, los partidos locales del conflicto pierden el poder de iniciativa y control ante un proceso internacional complejo de planeamiento estratégico, negociación diplomática y toma de decisiones político-militar, un proceso en el cual los partidos locales que están dentro de la nación en conflicto pueden jugar sólo un papel subordinado de cliente. Una vez que el prestigio político internacional de dos grandes potencias se compromete, su rivalidad puede muy bien oscurecer en importancia las actitudes sociopsicológicas de los habitantes del país en cuyo suelo se libra el conflicto.

En los años setenta, varios especialistas empezaron a examinar este nexo entre las causas internas y externas del conflicto revolucionario en el Tercer Mundo. Fue una nueva e importante dirección en la investigación y el análisis de la guerra interna, tanto como un reconocimiento de la creciente significación de la insurgencia, el terrorismo y otras formas de conflicto de baja intensidad apoyados por estados y, en algunos casos, patrocinados por el Estado. A lo largo de las dos décadas anteriores, los estudios tendientes a identificar las causas de la guerra interna habían subrayado en gran medida la importancia de los factores internos, mientras le daban sólo escasa atención al efecto de las fuerzas e influencias del exterior de la zona de conflicto. Si bien ciertas causas externas se mencionaban (incluidas la guerra, las presiones políticas internacionales y las crisis económicas regionales), lo que tendía a desestimarse era el grado en el cual las potencias extranjeras podían contribuir al crecimiento y la expansión de los movimientos insurgentes revolucionarios y terroristas a través del suministro de diversos tipos de ayuda militar, política y económica.[77]

Bard O'Neill, Mark Hagopian, Thomas Greene y Mostafá Rejai, entre otros, plantearon preguntas acerca de este descuido en el análisis especializado de la guerra interna o el conflicto de baja intensidad.[78] Aducían en diversos grados, que mientras las causas iniciales o precondiciones de la guerra interna siguen siendo predominantemente atribuibles a acontecimientos políticos, económicos y sociales internos, un factor importante que podía contribuir al crecimiento de los movimientos insurgentes o terroristas hacia un estadio más avanzado es la presencia de ayuda de gobiernos externos al conflicto. A fines de los años setenta y en los ochenta, el examen de factores externos avanzó en diversas direcciones. Éste incluyó la evaluación de la estrategia y la táctica de la Unión Soviética y sus aliados y vicarios, en la medida en que se relacionan con este tipo de conflicto. Por ejemplo, Stephen Hosmer y Thomas Wolfe, Bruce Porter y Joseph Whelan y Michael Dixon investigaron el compromiso soviético en los conflictos de baja intensidad en todo el Tercer Mundo y documentaron las formas en las cuales había evolucionado y escalado. Mientras señalaban que desde el comienzo del régimen soviético, la dirigencia del Partido Comunista soviético ha identificado una relación casi simbiótica entre él y los movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo, le atribuían el aumento tanto en el nivel de apoyo y número de movimientos que recibían ayuda a varios factores que incluían:

1. paridad militar con Estados Unidos;
2. una capacidad soviética reforzada para proyectar poder y suministrar armas y otras tecnologías de conflicto más allá de sus fronteras;
3. el aguzamiento de medidas activas, incluidas la propaganda, la desinformación, los agentes de influencia, los frentes internacionales y los instrumentos vinculados de guerra política y psicológica;
4. la disposición en declinación de la Unión Soviética a mantener compromisos activos de seguridad en el Tercer Mundo, tal como lo ejemplifica su retirada de Vietnam,[79] y su consiguiente duda, quizás debida a tendencias neoaislacionistas, a quedar directamente envuelta en conflictos extranjeros (por ejemplo, Angola, el Cuerno de África, el Líbano, el Golfo, América Central) como lo había estado durante el período en el cual jugó el papel de "policía mundial", y
5. un creciente número de estados y organizaciones políticas dispuestos a cooperar con la Unión Soviética con el fin de transformar de forma fundamental la estructura del sistema internacional.

Algunos especialistas se han concentrado en los instrumentos políticos y militares específicos utilizados por la URSS y sus aliados y vicarios para asistir a los movimientos revolucionarios insurgentes y terroristas. Por ejemplo, John Dziak y John Collins examinan el papel paramilitar jugado por la inteligencia y los servicios de seguridad del bloque soviético.[80] John Cooper, Daniel Papp y W. Scott Thompson se centran en las transferencias de armas, otros tipos de asistencia militar y las capacidades de proyección de fuerzas.[81] Aun otros especialistas se han concentrado en las formas en las cuales la propaganda, las operaciones psicológicas y las técnicas de guerra política han sido empleadas por el bloque soviético como parte de su estrategia general para ayudar a los grupos revolucionarios con tácticas operacionalizadas e integradas para hacer progresar la legitimidad de los movimientos que siguen estrategias bélicas revolucionarias.[82] Décadas antes, Paul Linebarger, William Daugherty y Morris Janowitz, Daniel Lerner, Harold Lasswell y Jacques Ellul, para nombrar a los más prominentes, han producido importantes estudios sobre la guerra política y psicológica como instrumento del manejo del Estado.[83] Sin embargo, los años setenta vieron una marcada disminución en la atención prestada por los

especialistas a las medidas políticas, psicológicas y paramilitares como herramientas de la política exterior. En los años ochenta, hemos testimoniado un nuevo interés en el tópico.[84]

De especial interés para Uri Ra'anan, Dennis Bark y Richard Shultz ha sido el papel de los aliados y vicarios soviéticos para suministrarle apoyo a la guerra interna.[85] Aducen que los vicarios políticos parecen estar bastante especializados en las tareas y misiones que asumen, y que el grado de control de influencia de Moscú parece variar y depende de la naturaleza ideológica, política, geográfica y económica del mismo Estado cliente.

El papel de los países occidentales, especialmente Estados Unidos, en los conflictos de baja intensidad del Tercer Mundo de igual forma recibió una considerable atención académica y por parte de la política pública en los años ochenta.[86] Sin embargo, la bibliografía ha estado caracterizada por un considerable desacuerdo en la definición de los parámetros del conflicto de baja intensidad. Como mínimo, especialistas tales como Sam Sarkesian, Stephen Hosmer y George Tanham y David Dean han aducido que el conflicto de baja intensidad, tal como se vincula con la política de seguridad nacional y extranjera de Estados Unidos, incluye la contrainsurgencia, la insurgencia (o movimientos de resistencia), el contraterrorismo, los operativos de contingencia (por ejemplo, rescate, ataques y demostraciones) y el mantenimiento de la paz.[87] Este tema, en la medida en que se vincula con estudios de política, ha generado un vívido debate, que puede verse en los contrapuestos estudios de Sam Sarkesian, Frank Barnett y otros, y Richard Shultz, frente a los de Michael Klare y Peter Kornbluh, D. Michael Shafer y John Prados.[88] Más allá de estos amplios estudios de política y estrategia también hay una amplia literatura sobre cada una de las subcategorías específicas de conflicto de baja intensidad, incluidos varios estudios de casos.[89]

Las últimas orientaciones nuevas en la bibliografía incluyen, primero, el análisis comparativo de cómo han desarrollado la estrategia y la política para conflictos de baja intensidad los sistemas abiertos y cerrados; segundo, un análisis comparativo de las perspectivas occidentales y, tercero, un examen de cómo los países del Tercer Mundo han enfocado diferentes aspectos de los conflictos de baja intensidad.[90] El estudio de la guerra interna y del conflicto de baja intensidad dentro de la teoría y práctica de las relaciones internacionales seguirá siendo de importancia en los años futuros.

La ciencia política y las causas de la guerra

Nos volvemos ahora al problema principal de las relaciones internacionales en el mundo contemporáneo: la guerra. Entre los especialistas en ciencia política, se pueden encontrar algunos que son parciales y adoptan su propia explicación de un sólo factor de la guerra, pero es probable que la mayoría sea cauta ante las teorías que remiten las guerras a una causa general, sean los impulsos internos biológico-psicológicos, los motivos vinculados con la obtención de ganancias del capitalismo imperialista, la carrera de armamentos o las alianzas. Recordando el destino de las predicciones anteriores de que el reemplazo de las monarquías por repúblicas llevaría a un mundo más pacífico, tienen cuidado acerca del hecho de postular una conexión precisa entre la forma de gobierno y la propensión a entrar en guerra. Sin embargo, Kenneth N. Waltz afirma un punto de vista más ampliamente compartido cuando afirma que los estados democráticos son más pacíficos que los no democráticos,[91] aunque sea porque el sentimiento pacifista puede traducirse más rápidamente en una fuerza política efectiva en los estados democráticos que en los sistemas autoritarios. Si bien las democracias de tanto en tanto han sido arrasadas por la fiebre de la guerra, también es innegable, como lo ha demostrado Paul Diehl, que ningún estados llega a la guerra a menos que por lo menos uno sea un Estado sus mismas características. Ahora es un axioma que ningún conflicto entre Estados llega a la guerra a menos que por lo menos uno sea un Estado autoritario o totalitario.[92]

Los especialistas en ciencia política en su mayor parte no se dejan impresionar fácilmente por las propuestas de aquellos que, diagnosticando una sola causa para la guerra, prescriben una sola panacea para evitarla: el socialismo universal, el comercio libre, la hermandad universal de la buena voluntad, un nuevo enfoque radical a la educación, el gobierno mundial, el desarme completo o una preparación militar máxima, o mantenerse firme en todo momento. Cada una está tejida en un marco multidimensional y algunas pueden ser más importantes que las otras como medios de reducir la posibilidad de las guerras específicas.[93]

Quincy Wright, en su investigación pionera y abarcadora del tema, subrayaba la causalidad múltiple de la guerra y advertía contra los enfoques simplistas del problema: "Una guerra, en realidad, surge de una situación total que implica en última instancia todo lo que le ha ocurrido a la raza humana hasta el momento en que la guerra empieza."[94] En su estudio monumental, que no puede resumirse adecuadamente aquí, Wright plantea un modelo de cuatro factores de los orígenes de la guerra, correspondiente a los niveles de tecnología, ley, organización sociopolítica y valores culturales. Karl W. Deutsch, en su prefacio a una reimpresión del trabajo clásico de Wright, escribió acerca de estos niveles:

> Siempre que hay un gran cambio en cualquier nivel —cultura y valores, instituciones políticas y sociales, leyes o tecnología— el viejo ajuste y los mecanismos de control se tensionan y pueden romperse. Cualquier cambio importante psicológico y cultural o social o político, o legal o tecnológico en el mundo aumenta, así, el riesgo de guerra, a menos que esté equilibrado por ajustes compensatorios políticos, legales, culturales y psicológicos.[95]

Según otro autor, Clyde Eagleton:

> La guerra es un medio para lograr un fin, un arma que puede usarse con buenos o malos fines. Algunos de estos fines para los cuales se ha usado la guerra han sido aceptados por la humanidad como fines que valían la pena; por cierto, la guerra desempeña funciones que son esenciales en cualquier sociedad humana. Ha sido utilizada para

resolver disputas, mantener derechos, curar males y éstas sin duda son funciones que deben cumplirse... Uno puede decir, sin exageración, que no se podría haber imaginado jamás un método más estúpido, brutal, ruinoso o injusto para tales fines, pero esto no altera la situación.[96]

Las naciones recurren a la fuerza para reforzar su seguridad extendiendo o preservando el poder, el control y la influencia sobre su entorno: sobre el territorio, las poblaciones, los gobiernos y los recursos de sociedades con las cuales están en contacto. En épocas anteriores, las naciones se preocupaban principalmente por disputas y peleas de fuerza con los vecinos que eran geográficamente cercanos o más remotos pero sin embargo alcanzables por transporte marítimo o terrestre. En los tiempos modernos, los desarrollos en la tecnología militar y de comunicaciones, tanto como en el comercio internacional, la inversión y los asuntos monetarios, gradualmente han forzado a que una diplomacia que hasta hace dos siglos estaba confinada en gran medida a Europa se volviera global. A lo largo del camino, los gobiernos han decidido ir a la guerra por muchas razones diferentes:

- para obtener dominio sobre territorio
- para reforzar la seguridad
- para adquirir riqueza y/o prestigio
- para preservar (defendiéndolos o extendiéndolos) la identidad y los valores étnicos, culturales y religiosos
- para preservar o extender los intereses dinásticos
- para debilitar a un enemigo externo
- para ganar o retener un imperio colonial
- para desparramar una ideología política
- para impedir la secesión y la disolución nacional o la pérdida territorial
- para intervenir en conflictos extranjeros (sea para cumplir una obligación de un tratado, apoyar a un gobierno amigo, derrocar a uno poco amistoso, ayudar en una lucha de liberación, etc.)
- para mantener la credibilidad de una alianza
- para preservar o restaurar un equilibrio de poder y coartar las metas hegemónicas de otra potencia
- para proteger un interés económico vital en el exterior
- para mantener el principio de libertad de los mares
- para llenar un "vacío de poder" (antes que otro lo haga)
- para librar una pequeña guerra ahora en lugar de una más grande luego o una guerra preventiva que pueda ser ganada ahora contra una potencia en crecimiento que planteará una gran alianza luego
- para proteger a los connacionales en peligro
- para defender el honor nacional y vengar un grave insulto.

Aún esta lista no es exhaustiva. Hay muchos tipos de guerras: personales, feudales, dinásticas, nacionales, civiles, revolucionarias, religiosas, ideológicas, imperialistas y anticoloniales, tanto como guerras de alianza, guerras locales y generales, guerras por procuración, guerras limitadas y guerras totales.

Los motivos por los cuales las comunidades políticas van a la guerra cambian a lo largo del tiempo. Cuatrocientos años atrás, Europa estuvo desgarrada por una serie de guerras feroces por temas religiosos. La mayoría de los europeos de hoy consideraría tal *casus belli* impensable. (Pero la mezcla de temas políticos y religiosos todavía aparece de tanto en tanto, como en el conflicto del Ulster, la guerra civil en el Líbano, la Guerra del Golfo entre Irán e Irak y el conflicto entre sikhs e hindúes, o entre singaleses budistas y tamiles hindúes.)

Los especialistas en ciencia política generalmente insisten, en consecuencia, en que no podemos entender las causas de la guerra exclusivamente en términos de factores biológicos, psicológicos o de otro tipo, sino que siempre debemos volver al nivel de análisis político para averiguar por qué un determinado gobierno considera a ciertos gobiernos aliados como aliados y a otros como adversarios. Está fuera de una matriz de comunicaciones políticas —que implica a políticos y diplomáticos, el público, la prensa, los militares, las elites socioeconómicas, los grupos especiales de interés en el proceso de trazado de políticas exteriores— que los gobiernos definan sus metas, intereses, políticas y estrategias, pesando las probables consecuencias de actuar o no actuar en situaciones específicas, tanto como las perspectivas de éxito o fracaso invocando la fuerza. Los descubrimientos de los científicos de la conducta puede servir como valiosos factores de esclarecimiento de nuestra comprensión de las causas de la guerra, siempre que las pongamos en perspectiva como factores parcialmente explicativos, dentro del contexto político internacional más amplio en el cual aquellos que tienen el poder de decisión optan sea por ir a la guerra o por no permitírselo.[97]

Los enfrentamientos violentos entre comunidades políticas organizadas pueden tener miríadas de orígenes. Las fuerzas de tierra, mar o aire de dos sociedades adversarias pueden súbita y espontáneamente encontrarse envueltas en escaramuzas hostiles sin una decisión política autorizada que hayan tomado sus gobiernos, o un gobierno puede ordenarle a una unidad de sus fuerzas armadas que fuercen una confrontación militar con una unidad de las fuerzas enemigas simplemente para sondear la reacción psicopolítica sin proponerse llegar a la guerra. En una era de tecnología militar avanzada muchos analistas se han preocupado por la posibilidad de "la guerra accidental o no intencional", como si la guerra nuclear pudiera ser desencadenada automáticamente por un incidente de mal funcionamiento técnico.[98] Los especialistas en ciencia política y otros macroteóricos llaman la atención sobre el hecho de que, en la medida en que hay pruebas históricas, la iniciación de la guerra es un asunto de elección consciente y deliberada, no ya de un estallido al margen de toda decisión.[99]

Una persistente causa de la guerra ha sido la disposición de las sociedades a recurrir a la fuerza a fin de reducir una probable amenaza a su seguridad o sus sistemas de valores políticos, religiosos, ideológicos, económicos o socioculturales. Sin duda, ha habido tiempos en que la probable amenaza era real y próxima, tanto como hubo ocasiones en que la amenaza era tan remota como para ser virtualmente imaginaria. Cuando una

o más sociedades actúan de forma más "beligerante", "agresiva" o "imperialista" que otras, las otras sociedades se vuelven más aprensivas y buscan mejorar su seguridad comprometiéndose en alguna forma de equilibrio de poder, especialmente aumentando sus preparativos militares o entrando en una alianza, o ambos recursos a la vez.

La percepción de amenaza, en consecuencia, se vuelve un asunto de importancia para los especialistas en ciencia política. Para que un Estado perciba al otro como una amenaza, debe ver al segundo como poseedor tanto de la *capacidad* como de la *intención* de bloquear el logro de metas o traicionar la seguridad nacional.[100] J. David Singer, para quien la seguridad nacional más que la ideología abstracta constituye *el* imperativo categórico de la política exterior norteamericana y soviética, sugiere que dos potencias que se encuentran en una relación de rivalidad u hostilidad se verán cada una inclinada a "interpretar su respectiva capacidad militar como prueba de intención militar" y reducía la percepción de amenaza a la fórmula cuasimatemática de Capacidad Estimada X Intención Estimada.[101] Singer se apresura a afirmar que la Unión Soviética está más preocupada por la capacidad nuclear británica o francesa que Estados Unidos, indicando que la mera posesión de armas nucleares no suministra, en ausencia de diferencias políticas entre partidos, una base para su comprensión.

Raymond L. Garthoff ha advertido contra las posibles falacias en cualquier esfuerzo por estimar e imputar intenciones. Entre los ejemplos comunes de razonamiento falaz cita los siguientes:

1. Dado que sobrestimar las intenciones del enemigo simplemente cuesta dólares mientras que subestimarlas puede costar vidas, cuando se está en duda es mejor suponer lo peor.
2. Dado que es imposible interpretar adecuadamente las intenciones, es más seguro estimar las capacidades militares mensurables y suponer una intención para llevar al máximo tales capacidades.
3. Suponer que las percepciones estratégicas del adversario y las formas de pensar son las mismas que las propias o necesariamente siempre diferentes. (Garthoff aconseja que se eludan ambos errores.)
4. Suponer que los líderes de la nación adversaria nunca quieren decir lo que dicen o siempre quieren decir lo que dicen. Ambas suposiciones son infundadas.

Estimar intenciones, concluye, es lo suficientemente difícil sin permitirse tales falacias como la precedente para entrar en el proceso.[102]

Armamentos y guerra

¿Acaso los armamentos mismos constituyen una causa para la guerra o pueden ser motivo de paz a través de la disuasión? Muchos analistas han sido de la opinión de que las armas no producen guerra, sino que más bien son síntomas y consecuencias de sospechas, hostilidad y conflictos entre las sociedades. Frederick L. Schuman, advirtiendo que los pacifistas

durante largo tiempo han creído que las armas llevan a la guerra y el desarme a la paz, escribió: "En realidad, lo contrario está más cerca de la verdad: las máquinas de guerra se reducen sólo cuando la paz parece probable, la expectativa de conflicto lleva a la competencia de armamentos y los armamentos surgen de la guerra y de la anticipación de la guerra".[103] Hans J. Morgenthau pronunció este terso lema: "Los hombres no luchan porque tengan armas. Tienen armas porque consideran necesario luchar".[104] Michael Howard ha sugerido que las armas pueden utilizarse esencialmente para cuatro fines: para disuadir a un adversario de que recurra a la guerra, para defenderse uno mismo en caso de que la disuasión falle, para librar una guerra agresiva o para comprometerse en intimidación política. Como tales, las armas, los implementos del conflicto, son instrumentos neutrales que pueden ser empleadas por el defensor o el agresor.[105]

Los procesos de reacción de Richardson

Uno de los esfuerzos más tempranos por matematizar las carreras armamentistas fue el modelo de proceso de reacción desarrollado por el físico-matemático pacifista inglés Lewis Fry Richardson, cuyas ideas circularon póstumamente entre los especialistas en ciencia política norteamericanos después de 1957.[106] Usando ecuaciones diferenciales lineales, Richardson buscó analizar las políticas de adquisición de armamentos de dos partidos rivales dentro del marco de un modelo de estímulo-respuesta o acción-reacción mutuo.[107] Redujo la tasa de cambio en los presupuestos militares de los estados rivales a las siguientes ecuaciones.

$$\frac{dx}{dt} = ky - ax + g$$

$$\frac{dy}{dt} = lx - by + h$$

donde

x = los armamentos del País A
t = tiempo
y = los armamentos del País B
k = una constante positiva que representa la percepción de A de la amenaza
a = una constante positiva que representan "la fatiga y los gastos de mantener las defensas"
g = una constante que representa las ofensas de A frente a B
y, l, b, h = los valores correspondientes para el País B.[108]

Dina A. Zinnes ha señalado que el centro de interés de Richardson no era, en sentido estricto, una búsqueda de la causa de la guerra, dado que no considera guerras específicas en sus modelos, sino que simplemente buscaba describir procesos que preceden y pueden producir —deberíamos decir pocas— guerras modernas.[109] Paul Diehl ha presentado pruebas convincentes para apoyar su planteo de que en el siglo XIX ninguna de las carreras armamentistas llevó a la guerra y ninguna de las guerras se vio precedida por una carrera de armamentos.[110]

Lo que Richardson planteaba era un modelo puramente teórico de la forma en que dos estados rivales interactúan en la dimensión de gastos militares. El país A se ve estimulado por la acumulación de armas de B y lo que A hace en forma de reacción sirve como un ulterior estímulo para B, pero cada país está constreñido por su propia cantidad total de armas y por los efectos de un aumento de los armamentos en su propia economía. Al igual que todos los modelos puramente teóricos, es altamente simplificado y en él las dos únicas variables son las excepcionales exigencias geoestratégicas de cada parte, la disposición militar o vulnerabilidad de los países aliados y si los rivales están buscando políticas de iniciación-agresión o de reacción-defensa. Según Richardson, el proceso interactivo puede ser estable o inestable. Las naciones, al igual que los individuos, generalmente se comportan con las demás como las demás lo hacen con ellas. Si ambas naciones son xenófobas y mutuamente hostiles, el coeficiente de reacción será mayor. Supongamos que cada uno se siente seguro con un 10 por ciento de margen de superioridad respecto del otro. La acumulación de 100 unidades de armas en un lado (A) estimulará al otro (B) a acumular 110; esto provocará que A apunte a 121 y a su vez B insistirá en 133, y así sucesivamente, en una escalada indefinida característica de un sistema inestable, en el cual las líneas de adquisición se apartan del punto de equilibrio. Por el contrario, en la medida en que dos partes atenúan su hostilidad y se vuelven cada vez más amistosas y cooperativas, su coeficiente de reacción será menos que uno, disminuirán sus tasas de gastos militares y sus líneas de adquisición de armas convergerán hacia un equilibrio de poder.[111]

Zinnes, quien manifiesta considerable admiración por la investigación pionera de Richardson, concede que este modelo básico "es extremadamente ingenuo en sus presupuestos y quizás también extremadamente estrecho en su preocupación sustancial".[112] Justifica consagrar una gran cantidad de atención a él sobre la base de que estimuló los esfuerzos de muchos otros por desarrollar extensiones, modificaciones y refinamientos de modelos matemáticos de carreras armamentistas y para aplicar los procesos de interacción de Richardson a otros campos.[113] (Consideraremos varios de estos estudios estadísticos subsiguientes cuando tomemos más adelante los Correlatos del Proyecto de Guerra.)

El modelo básico de Richardson, debe subrayarse, es más un constructo puramente teórico que una hipótesis que pueda ser empíricamente comprobada en el complejo laboratorio de la historia. El modelo ha sido criticado por Martin Patchen[114] sobre la base de que no puede explicar más que una pequeña porción del comportamiento internacional. Algunas de las modificaciones de Richardson de su modelo básico adecuan los datos para los gastos militares de Francia-Rusia y Alemania-Austria en el período de 1909 a 1914. Sus ecuaciones son menos prolijamente aplicables al período previo a la Segunda Guerra Mundial, cuando la renuencia de los estados democráticos occidentales a modernizar sus arsenales militares alentó a las dictaduras contrarias al statu quo a aumentar su tasa de armamentos y a volverse más agresivas en su política exterior, más que hacer que se restringieran.

El modelo de Richardson no es menos "tautológico" que la sabiduría convencional que a menudo lo ha considerado así, y no posee menos poder de predicción. Lo que nos dice es que si dos rivales se comprometen en una carrera armamentista sin freno y en constante escalada, entonces están interactuando en esta dimensión de forma que acrecienta la tensión, y esto puede indicar que terminarán en la guerra más tarde o más temprano, a menos que alteren su curso de acción, dado que las políticas de adquisición de armas por lo general reflejan otros desacuerdos básicos. Sus ecuaciones no pueden permitirnos predecir cuándo las tensiones se vuelven tan grandes que se llega al punto de ruptura.[115] Aun si los datos del período anterior a la Primera Guerra Mundial no prueban que la carrera armamentista causó dicha guerra, sino que fue uno de los muchos factores que contribuyeron a su estallido.[116]

Ningún modelo matemático simplificado puede tomar en cuenta la gran variedad de factores que afectan el curso de las relaciones internacionales y modifican los procesos de acción-reacción,[117] quizás llevando a una parte a cambiar de forma más rápida que la otra, o a uno a malinterpretar lo que el otro está haciendo y a reaccionar de forma que no está en concordancia con el modelo. Esto, por cierto, es un defecto no sólo del modelo de Richardson sino de todas las explicaciones de una sola causa. Las carreras de armamentos no son fáciles de definir. Es difícil decir cuántas ha habido en este siglo. (Richardson estaba interesado sólo en tres: antes de 1914, antes de 1939 y después de 1945. Otros autores que se considerarán ahora han examinado mayor cantidad de carreras armamentistas.) Tampoco podemos medir siempre las carreras armamentistas por referencia a niveles de gastos militares, aun después de corregir las fluctuaciones económicas para obtener unidades de dinero "constantes" a lo largo de un período de tiempo. Una salida tecnológica puede permitirle a un país reforzar sus capacidades militares generales a costos más bajos.[118] Por el contrario, es bastante concebible, en un período de baja inflación y constantes costos de personal en aumento por comparación con los costos de las armas, que las capacidades militares generales de una nación se deterioren a pesar de los presupuestos que modestamente suben.

Es razonable sostener que la existencia de armamentos es una condición necesaria de la guerra, simplemente porque en su ausencia total no se podría librar la guerra. Sin embargo, no son una condición suficiente de la guerra. En consecuencia, decir que las armas son una "causa" de la guerra es, como David W. Ziegler lo ha observado, casi tan útil como la conclusión de que "los materiales combustibles producen fuego" lo sería en la investigación del control de incendios.[119] Es virtualmente imposible demostrar científicamente que una "carrera armamentista" ha sido la causa

primordial de cualquier guerra internacional específica en la era moderna, más que una consecuencia de otras causas políticas, o uno entre muchos factores contribuyentes. Probablemente haya alguna validez teórica en la hipótesis de la acción-reacción respecto de la competencia de armamentos en la configuración de la tensión internacional que fue un preludio a la Primera Guerra Mundial (incluida la rivalidad naval anglo-germana y la preocupación de las Grandes Potencias por la cantidad de tropas de combate efectivo disponibles) y en el modelo de las políticas de adquisición de armas árabe e israelí desde 1948, pero aun en tales casos las decisiones de la guerra estuvieron entretejidas con otros factores cruciales.

Está bien ser escéptico acerca de la aplicabilidad del modelo de acción-reacción al particular caso histórico al cual muchos autores han intentado aplicarlo en las últimas décadas, es decir, la competencia en la tecnología de armas avanzadas entre Estados Unidos y la Unión Soviética. En una era de tecnología militar sofisticada y en constante cambio, no toda suma de una nueva generación de misiles a las fuerzas de disuasión de una nación conduce al eventual estallido de la guerra. El mismo hecho de que ambas superpotencias hayan retirado generaciones anteriores de misiles nucleares sin emplearlos en la guerra es prueba de ello. Albert Wohlstetter aducía que el modelo de acción-reacción no suministra una explicación convincente de la competencia de armas entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Descubrió que a lo largo de un período de nueve años (1962-1971), en lugar de reaccionar en exceso a la acumulación militar soviética, Estados Unidos reaccionó poco; reduciendo constantemente los gastos en dólares en armas estratégicas en dos tercios, desde principios de los años sesenta hasta principios de los años setenta. Wohlstetter llegaba a la conclusión de que por lo menos hasta mediados de los años setenta no había habido realmente una "carrera armamentista" entre las superpotencias.[120] Muchos analistas, por cierto, aducirían que a lo largo de todo el período de rivalidad de las superpotencias ha habido una carrera armamentista, si bien no se trató de una carrera sin freno.

El poder como distancia: igualdad y desigualdad

Ahora nos volvemos hacia los niveles relativos de poder (o poder como *distancia* entre dos agentes) y al dinamismo de cambios en las relaciones de poder. Desde el punto de vista de la teoría es inquietante preguntarse qué conduce más hacia la guerra —la igualdad o la desigualdad de poder— y si la probabilidad de guerra aumenta o disminuye en la medida en que se acercan a la igualdad. A primera vista, uno podía considerar lógico suponer que en la medida en que dos estados rivales avanzan hacia la igualdad deberían poder tratar entre sí con más justicia y equidad. Por cierto, uno de los presupuestos más comúnmente afirmados subyacentes a las relaciones soviético-norteamericanas durante la era de las negociaciones de armas estratégicas desde 1969 ha sido que la paridad estratégica es un prerrequisito de una disuasión mutua estable y del avance en la limitación de armamentos. La pregunta, sin embargo, debe ser sondeada cuidadosamente:

A. F. K. Organski estuvo entre los primeros que llamaron la atención hacia el peligro de que la probabilidad de la guerra pudieran aumentar durante un período de transición de poder.[121] La desigualdad perceptible en el poder hace tonto que la parte débil inicie una guerra, mientras que la más fuerte no necesita ser aprensiva. Esto está demostrado por la experiencia de la India y Pakistán después de la Guerra de Bangladesh de 1971. Antes de dicho conflicto, los dos vecinos subcontinentales vivieron casi en estado de miedo constante y de disposición a la guerra durante un cuarto de siglo. Después de que la población, el territorio y los recursos de Pakistán fueron reducidos sustancialmente y la India probó un artefacto nuclear explosivo, el resentimiento de Pakistán se elevó mucho, pero poco pudo hacerse para alterar la situación y tanto la probabilidad como el temor de una guerra indo-pakistaní en el futuro próximo decayeron sensiblemente.[122]

Una de las objeciones principales de Organski a la teoría clásica del "equilibrio de poder" (la cual acepta que tuvo cierta validez en un período más temprano) es que presupone una distribución relativamente estable de poder entre unidades y una capacidad por parte de los hombres de Estado prudentes a actuar a tiempo para compensar las perturbaciones en el equilibrio, por ejemplo, entrando en una alianza. En el siglo xx, la tecnología industrial permite que se produzcan rápidos cambios de poder que quizás no puedan evitarse. Los equilibrios son inestables porque no son duraderos. En la medida en que se alcanza la paridad, dos rivales pueden sentirse cada vez más nerviosos acerca del equilibrio y sensibles a las fluctuaciones dentro de él, aumentando así el peligro de guerra. En la medida en que el que desafía supera al anterior líder, su tasa más rápida de crecimiento puede producirle un exceso de confianza en sí mismo y tentarlo a buscar una victoria completa.[123] El peligro contrario es que la potencia dominante, considerando con aprensión las capacidades en expansión de su rival, pueda entrar en guerra para derrotar al último mientras pueda.

Inis L. Claude ha expresado de forma sucinta la ambigüedad de la situación: "Si un equilibrio significa que cualquiera de los lados puede perder, también significa que cualquiera de los dos puede ganar".[124] Michael P. Sullivan ha sugerido lo siguiente:

> Cuanto más iguales son dos países, mayor es la posibilidad de conflicto, *excepto* que en algún momento el proceso opuesto, tal como lo sugiere Claude, empiece a operar: la elevada igualdad endurece las tendencias agresivas por la posibilidad cincuenta a cincuenta de perder... La gran desigualdad puede tener baja probabilidad de conflicto o de bajo conflicto; cuanto mayor es la igualdad, sin embargo, mayor es la oportunidad de conflicto y, si el conflicto estalla, mayor es la posibilidad de altos niveles de conflicto. Cuando dos potencias son exactamente iguales, sin embargo, la probabilidad de conflicto disminuye y si el conflicto se produce, será de bajo nivel.[125]

En nuestra opinión, el proceso de tomar una decisión en favor de la guerra no puede reducirse a una probabilidad basada en una mera comparación cuantitativa de poder entre rivales. Mucho puede depender de la actitud y el perfil de los dos estados, la naturaleza de sus sistemas políticos, la hostilidad o la amistad que marca su relación, el nivel hasta el cual sus intereses vitales entran en colisión, el grado hasta el cual las potencias dominantes aceptan y adecuan sus políticas al poder de expansión del que lo desafía y así sucesivamente.[126] Una potencia preponderante tímida puede perder su espíritu competitivo, mientras que el que la desafía, si bien gana, todavía es sustancialmente más débil en términos de poder militar pero más fuerte en ideología, moral y confianza en sí mismo. La adecuación por parte de la potencia satisfecha puede ya apaciguar a la potencia insatisfecha, haciéndola más paciente y cooperativa, ya puede sólo servir para estimular su apetito y hacerla más agresiva. En consecuencia, no podemos predecir el nivel hasta el cual el proceso opuesto empieza a operar, tampoco pueden las dos potencias saber cuándo son exactamente iguales.

Crecimiento nacional y violencia internacional

Nazli Choucri y Robert C. North han planteado que es probable que los procesos de crecimiento nacional mismos lleven a la expansión, la competencia, la rivalidad, el conflicto y la violencia.[127] Seleccionando la Primera Guerra Mundial como un caso de prueba, analizaron las tendencias a largo plazo a lo largo del período 1870-1914. Aplicaron las técnicas econométricas a lo largo del tiempo y en seis grandes potencias (Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Rusia y Austria-Hungría) a una variedad de datos sumados —demográficos, económicos, políticos y militares— tanto como las interacciones entre tales países. Choucri y North centraron su atención no ya sobre acontecimientos discretos como el asesinato del archiduque o la decisión rusa de movilizar, tampoco en la personalidad de los líderes clave, sino más bien en la dinámica de la población y el crecimiento tecnológico, los cambios en el comercio y en los gastos militares, el conflicto de intereses nacionales y los modelos de actividad colonial, la formación de alianzas y el comportamiento violento. Éstas son las variables, dicen Choucri y North, que producen cambios en el sistema internacional los cuales son conducentes a crisis y guerra. En su opinión, la probabilidad de la guerra no se ve significtivamente reducida exclusivamente por la buena voluntad, por la estrategia de la disuasión o por la détente y las limitaciones parciales de armas.[128]

Choucri y North le consagran una gran cantidad de esfuerzo a la explicación de su metodología, disculpándose por la falta de significación estadística en muchas de las correlaciones y señalando las deficiencias de los datos en el libro, lo que llaman "un informe adelantado sobre las fases iniciales de nuestra investigación".[129] Aquí estamos principalmente interesados en la teoría explicativa sobre la base de la cual avanzan, que puede resumirse de la siguiente manera. Como se señaló en el Capítulo 2, Choucri y North plantean la hipótesis de que una población creciente experimente una creciente demanda de recursos básicos. En la medida en que la tecnología se vuelve más avanzada, mayores serán los tipos y cantidades de recursos necesarios para la sociedad. Si no se responde a las demandas, se buscará el desarrollo de nuevas capacidades, y si éstas no pueden lograrse dentro de las fronteras de la nación, se crearán presiones laterales para alcanzarlas más allá de ellas. La presión lateral puede expresarse a través de actividades comerciales, la construcción de armadas y flotas mercantes, el despacho de tropas a territorio extranjero, la adquisición de territorio colonial o mercados extranjeros, el establecimiento de bases militares en el exterior, así como de otras maneras. Un país no está absolutamente determinado a obtener satisfacción para sus necesidades más allá de su territorio. Puede estar contento con menos y preocuparse de sus propias cosas, pero la mayoría de los países industrializados modernos manifiestan fuertes presiones laterales de algún tipo.[130]

La expansión de la presión lateral de un país puede ser aceptada o resistida por los demás países. Toda presión lateral contiene un potencial de conflicto internacional. En la medida en que los intereses crecen, por lo general se supone que exigen protección. Esto quiere decir gastos militares y un sentido de competencia o rivalidad aumentado. Es probable que una potencia colonial se sienta amenazada cada vez que otra adquiere nuevo territorio. Las alianzas se forman tanto para reforzar las capacidades nacionales como para moderar conflictos de intereses entre algunas partes, si bien esto puede despertar la sospecha de los demás, impulsar la formación de una coalición que actúe como contrapeso y contribuir a la exacerbación del conflicto internacional, en la medida en que el "proceso de enfrentamiento" tiende a volverse mutuo.[131] El estudio parcialmente convalida la hipótesis de reacción-proceso de Richardson, pero también la modifica en ciertos aspectos importantes porque los datos demuestran que "los aumentos de armamentos a veces se explican mejor por medio de factores de crecimiento interno que por la competencia internacional".[132]

El hallazgo más importante que surge del estudio es que el crecimiento interno (medido por la densidad de población y el ingreso nacional "per cápita") es un fuerte determinante de la expansión nacional, y que ésta está vinculada con los gastos militares, las alianzas y la violenvia internacional. Semejante hallazgo, en opinión de Choucri y North, tiene consecuencias ominosas para la sabiduría convencional que se vincula con la brecha entre las naciones ricas y fuertes y las naciones pobres y débiles: "Durante un largo tiempo hubo un presupuesto ampliamente compartido de que al estrechar esta brecha a través del crecimiento tecnológico y económico, la probabilidad de conflicto y de guerra se disminuiría. Este presupuesto ahora parece dudoso".[133] Al final, plantean preguntas sombrías acerca de la capacidad de las sociedades populosas, equipadas con tecnología militar altamente destructiva, de vivir juntas en un planeta que ahora ofrece poco espacio para una ulterior expansión lateral y oportunidades cada vez más limitadas para el crecimiento. Si el crecimiento no inhibido y la competencia agresiva pueden llevar a la violencia internacional en escala masiva, Choucri y North se preguntan: ¿no puede un recorte grave de crecimiento llevar con igual seguridad al desastre?[134] Casi una década después de publicar el libro en el cual planteaban su explica-

ción por presión lateral del conflicto internacional, North y Choucri reiteraron la hipótesis en una evaluación de los factores económicos y políticos que entran en la negociación y la influencia de los agentes internos e internacionales. Todas las formas de presión lateral, dicen, son en última instancia pasibles de ser remitidas a necesidades, deseos, exigencias y capacidades individuales. La mezcla de influencias que emplean los estados puede llevar a diversos resultados: la cooperación, la competencia y el conflicto, que produzcan la paz o la guerra.[135]

Debería ser evidente de lo anterior que no es factible identificar con prolijidad *las* causas políticas de la guerra. Históricamente, las naciones han esperado que las guerras se repitan y han institucionalizado sus expectativas en forma de arsenales militares. La guerra en el mundo contemporáneo puede decirse que está en función de varios factores, no todos los cuales pueden tratarse adecuadamente en unos pocos capítulos de un solo trabajo.

Los correlatos del proyecto de guerra y los análisis estadísticos de la guerra

La búsqueda desde siempre de una comprensión de las "causas" de la guerra ha culminado en la recolección de una gran cantidad de datos cuantitativos sobre la guerra y la miríada de factores a los cuales puede vincularse la guerra. Destacable entre los esfuerzos pioneros en este campo durante los años treinta fueron los trabajos de Pitrim A. Sorokin,[136] Quincy Wright,[137] y Lewis F. Richardson,[138] si bien la investigación del último no se hizo bien conocida hasta varios años después de la Segunda Guerra Mundial. Desde principios de los años sesenta, J. David Singer, Melvin Small y otros se han apoyado en los estudios más tempranos de los que acabamos de mencionar, llevando adelante una investigación constante basada en los Correlatos del Proyecto de Guerra.[139] Las dos décadas desde principios de los años setenta han sido testigos de un crecimiento considerable en el interés de los estudios estadísticos de la guerra, diseñados para vincular la probabilidad de la existencia de la guerra con las carreras armamentistas, las alianzas, las transiciones de poder y otros factores importantes. Hasta la actualidad, las técnicas estadísticas no han producido sorpresas asombrosas y pocos resultados concluyentes o poco ambiguos.

En principio y en última instancia, Singer y Small se preocuparon por sondear las causas de la guerra, pero se dieron cuenta de que los datos brutos disponibles para los especialistas sobre el fenómeno de la guerra dejaban mucho que desear. Empezaron, entonces, compilando un inventario de información sobre la frecuencia, la magnitud, la gravedad y la intensidad de las guerras internacionales en el período que va de fines de las guerras napoleónicas (1816) en adelante. Se esperaba que otros esfuerzos de investigación pudieran recoger sus datos como punto de partida.

Singer y Small recolectaron datos de conflictos internacionales (es decir, guerras en las cuales el número total de las muertes en batalla sobrepasara las 1.000). También examinaron los conflictos internacionales entre miembros del sistema, por un lado, y entidades independientes o coloniales por el otro, las cuales no se postularan para ser miembros del sistema en el momento y para las cuales las muertes en batalla de un miembro del sistema promediaran 1.000 por año. Las guerras civiles se excluyeron. Se identificó un total de 93 guerras, 50 de ellas entre miembros del sistema y 44 entre miembros del sistema y entidades extrasistémicas, con un conflicto que entraba en ambas categorías. Descubrieron que la guerra internacional parece no estar aumentando ni disminuyendo, pero que las guerras extrasistémicas naturalmente han declinado en frecuencia hacia el punto cero, en la medida en que los imperios coloniales han sido liquidados y casi todas las unidades políticas se han incorporado al sistema de los estados.

Tanto Richardson en su análisis de las luchas a muerte, como Singer y Small, descubrieron que, en la medida en que la magnitud (medida en números de muertes) aumenta, la frecuencia de la guerra disminuye. Hace poco, Jack S. Levy, quien trabajó a partir de una base de tiempo mucho mayor que Singer y Small, recolectando datos de la guerra hasta 1495, estableció empíricamente que durante los últimos cinco siglos las guerras entre las grandes potencias han disminuido en frecuencia pero se han vuelto más graves en alcance, gravedad e intensidad, medidas en número y tasas de muertos en combate.[140] (Esto es lo que un tradicionalista, que confía en la sabiduría convencional, esperaría.) No es sorprendente, según Singer y Small, que la mayoría de las guerras en el período posterior a 1815 se libraran por parte de grandes potencias, siendo Inglaterra, Francia, Turquía y Rusia las que tienen más tendencia a la guerra, tanto dentro de la categoría interestatal como en la extrasistémica. Esto no significa necesariamente que tales países fueran básicamente más agresivos que los demás, sino sólo que "las naciones que están en la cima del 'ranking' se vieron forzadas a luchar a menudo y durante un largo tiempo, sea para mantener su posición o para conseguirla".[141] En cuanto a los registros de pérdida-ganancia, la mayoría de las grandes potencias (con excepción de Turquía) se desempeñaron bastante bien. (Supuestamente, ése es el motivo por el cual son grandes potencias; se espera que ganen cuando se lanzan contra potencias menores, como les ocurre la mayor parte del tiempo.) Durante largo tiempo se ha supuesto que los estados inician la guerra cuando esperan ser victoriosos. Singer y Small descubrieron que los iniciadores de hecho resultaron ganadores en alrededor de dos tercios de todas las guerras revisadas en el caso de grandes potencias. John G. Stoessinger, sin embargo, después de examinar 11 grandes guerras en el siglo XX, llega a la conclusión de que ninguna nación que empezara una guerra terminó como ganadora, pero no todos coincidirían.[142]

Los teóricos de la guerra se han preguntado si en la vida de las sociedades la guerra es inevitable en ciclos periódicos, como por ejemplo un siglo (Arnold Toynbee) o el tiempo necesario para que una nueva generación olvide el sufrimiento y los costos de la guerra anterior (Lewis F. Richardson). En una de las primeras publicaciones de hallazgos de proyectos parciales, Small y Singer escribieron:

> Si bien los ciclos no son evidentes cuando examinamos la cantidad de guerras que empiezan cada año o determinado período de tiempo,

> emerge una periodicidad discernible cuando nos centramos en mediciones de la cantidad de guerras en curso. Es decir, las guerras discretas no necesariamente vienen y se van con regularidad sino con un cierto nivel de violencia entre los estados casi siempre presente; hay fluctuaciones distintas y periódicas en la cantidad de dicha violencia.[143]

La noción de que la guerra se produce en cada generación, por lo general se pensaba que se aplicaba a una sociedad aislada, donde "olvidar la última guerra" podía tener algún sentido (si bien los encargados de trazar políticas y otras "elites" no es muy probable que la olviden). Pero la ocurrencia periódica de niveles de guerra en la totalidad del sistema internacional no parecería ser explicable en términos de olvido generacional. Ni Lewis Richardson ni Pitrim Sorokin podían discernir un modelo cíclico.[144] Si hay una periodicidad real (y hasta ahora las pruebas estadísticas no son muy convincentes), los teóricos todavía no pueden ofrecer ninguna explicación razonable. Quizás esté vinculada con los ciclos económicos mundiales, de lo cual puede encontrarse una sugerencia en el pensamiento de Gaston Bouthoul y Jacques Ellul.[145] A. L. Macfie y Geoffrey Blainey plantearon un vínculo entre el optimismo que generalmente acompaña a un impulso hacia arriba en la economía de una nación y la tendencia a iniciar la guerra (los costos de la cual podrían soportarse más fácilmente), pero William R. Thompson descubrió que no había ninguna correlación de ese tipo.[146] Los autores de este texto consideran las teorías rígidamente cíclicas de la guerra y la paz como deterministas, y por ello no se inclinan a tomarlas con seriedad. En un sentido, por cierto, todos los fenómenos recurrentes pueden ser llamados "cíclicos": el problema en el universo social es que virtualmente todos los ciclos parecen ser irregulares.

Los Correlatos del Proyecto de Guerra pusieron a disposición de los especialistas una gama mucho más amplia de datos de la que Richardson había empleado y ha llevado a un número en constante crecimiento de análisis estadísticos vinculados con las relaciones entre el estallido de la guerra y las variables elegidas: carreras armamentistas, alianzas, transiciones de poder, capacidades de distribución, propensión a correr riesgos de los líderes y la evaluación de la utilidad esperada de la guerra en la mente de los encargados de trazar políticas. Especialmente prominente ha sido el trabajo de Richard K. Ashley, Francis A. Beer, Michael Wallace, Bruce Bueno de Mesquita, John Vásquez, A. F. K. Organski, Paul Diehl, Jacek Kugler y Jack S. Levy, si bien los escritos de otros no deberían desestimarse. Virtualmente todos ellos han construido y elaborado los métodos matemáticos de Richardson y los datos compilados por Singer y Small.

Richard K. Ashley supone que los seres humanos actúan según un proceso dialéctico para reducir la brecha entre lo que es y lo que debería ser. Los seres humanos interactúan con su entorno en una competencia infinita por los recursos escasos. Aceptando como su punto de partida la explicación de Choucri y North del conflicto internacional en las presiones laterales, Ashley subraya factores demográficos, tecnológicos y económicos tanto dentro de las naciones como en sus interacciones. Parece que la expansión económica es, para Ashley, el factor crucial que genera el conflicto internacional. El crecimiento de la población y el avance tecnológico producen demandas siempre crecientes de satisfacción. Cuando las exigencias en expansión de los países intersectan y las soluciones cooperativas no se pueden elaborar, el conflicto militar puede ser el resultado.[147]

El trabajo de Ashley, al igual que el de muchos especialistas que han analizado la guerra durante las últimas dos décadas, es útil en tanto que llama la atención al hecho de que las políticas del Estado en favor de la paz y la guerra están determinadas no sólo por lo que ocurre dentro de los sistemas políticos internos sino también como resultado de la interacción con otros estados. Los estados pueden interactuar con otros estados, sea de forma amistosa o contraria, sin involucrarse necesariamente en el tipo de procesos rígidos de acción-reacción que Richardson y algunos de sus discípulos más ortodoxos tienen en mente cuando hablan de las carreras de armamentos. La competencia de armamentos es, en un sentido real, una forma de negociación y de formación de influencia que no necesita terminar en guerra, y puede llevar a una relación más estable marcada por una relajación de la competencia de armas y una tendencia a cambiar la competencia por otras modalidades de política exterior (digamos económicas o diplomáticas). La "decisión" en favor de la guerra no puede estar enteramente aislada y atribuírsele exclusivamente a un Estado, al menos no en todos los casos. La guerra a menudo es la culminación de un proceso diádico más que de uno puramente unilateral. Puede ser en cierta forma engañoso, en consecuencia, investigar los atributos de las naciones-estado aisladas en un esfuerzo por descubrir cuáles son más "agresivas por naturaleza o con tendencia a la guerra" que otras.[148]

Las carreras de armamentos y la escalada hacia la guerra

Numerosos estudios han abordado la pregunta de si la adquisición competitiva de armas es más frecuentemente conducente a la paz que a la guerra. La doctrina clásica enunciada por el antiguo estratega romano Vegecio —*si vis pacem, para bellum* ("si quieres la paz, prepárate para la guerra")— ha sido citada incontables veces como justificación de los programas de alistamiento militar nacional. En las últimas décadas, varios autores han expresado escepticismo acerca de la antigua máxima. Michael D. Wallace, por ejemplo, ha llamado la prueba citada por la escuela de la preparación "anecdótica y subjetiva" y aduce que una carrera armamentista entre dos estados se asocia vigorosamente con la escalada a las hostilidades a pleno cuando están comprometidas en una disputa.[149] Como se señaló antes, las carreras armamentistas no son fáciles de definir. El hecho de que dos potencias rivales gasten sumas adicionales en defensa cada año, no prueba necesariamente que estén en el tipo de carrera implícita en los estudios de reacción-proceso de Richardson. Se hizo referencia anteriormente al rechazo de Wohlstetter del concepto de una carrera armamentista soviético-norteamericana. Francis A. Beer ha señalado que los mismo ritmo entre sí durante alrededor de dos décadas, pero que hubo una caída independiente en el esfuerzo relativo de defensa norteamericano gastos de armamentos norteamericanos y soviéticos se mantuvieron a un

con la desaceleración de la Guerra de Vietnam.[150] Miroslav Nincic ha demostrado que el constante crecimiento de los presupuestos de defensa y los arsenales de armas a menudo es el resultado de presión interna económica o política, más que de las exigencias concretas de seguridad militar adecuada y otros especialistas han aducido que los datos empíricos no apoyan el modelo de reacción-proceso de Richardson, mientras que la investigación de series de tiempo indica que los gastos en muchas supuestas "carreras armamentistas" eran independientes entre sí.[151]

A mediados de los años setenta, John C. Lambelec no pudo encontrar ningún vínculo causal entre las carreras de armas y el estallido de la guerra.[152] Sin embargo persistió el punto de vista de que había validez en la hipótesis propuesta por Singer en 1958 de que las políticas de adquisición de armas recíprocas o de reacción mutua por parte de potencias rivales producían una "espiral de tensión de armas" que aumentaba la probabilidad de la guerra.[153] Michael Wallace definió una carrera armamentista como una competencia que implicaba un crecimiento intenso, bilateral y simultáneo en gastos militares (es decir, tasas anormales de aumento de alrededor del 10 por ciento anual) a lo largo de un período específico (digamos 3, 5 ó 10 años) entre las grandes potencias o potencias locales comparables dentro de una región, cuyas relaciones son mutuamente antagónicas. Wallace concedía que los arsenales de armas solos, por lo general no provocan hostilidades; otras circunstancias y acontecimientos llevan a los estados a confrontaciones lo suficientemente graves, de forma tal que se ve a las armas como factores que plantean agudas amenazas las cuales contribuyen al estallido de la guerra.[154] Usando los datos de los Correlatos del Proyecto de Guerra en 99 disputas graves de grandes potencias en el período de 1816-1965, descubrió una fuerte correlación, pero no un vínculo causal, entre carreras armamentistas y escalada hasta la guerra. Más adelante, Wallace encontró que la escalada de la crisis no era más probable cuando las grandes potencias revisionistas poseían una ventaja militar significativa (del orden del 1.5 o mayor) sobre su adversario habitual, o cuando eran a la vez relativamente más fuertes y crecía su liderazgo. Llegó a la conclusión de que un dogma básico de la escuela de la preparación se veía negado: es decir, que "mantenerse en el nivel" es necesario porque los cambios en el poder militar que favorecen al lado revisionista aumentan la probabilidad de guerra.[155] A principios de los años ochenta, muchos analistas, incluidos Michael Altfeld, Paul Diehl y Erich Weede, plantearon graves preguntas acerca de los procedimientos sobre los cuales se basaba el trabajo de Wallace.[156]

La transición del poder y la guerra

Uno de los aspectos más controvertidos del debate acerca de las carreras armamentistas y la escalada a la guerra es aquel que le atribuye un alto peligro a la transición de poder. Como lo señalamos antes, A. F. K. Organski durante largo tiempo estuvo identificado con la hipótesis de que la probabilidad de la guerra aumenta en la medida en que se reduce la "brecha de poder", especialmente en la medida en que un retador revisionista

rival se acerca a igualar las capacidades del guardián del statu quo, una vez más fuerte. Ha seguido adhiriendo a este punto de vista en el libro del cual fue coautor con Jack Kugle, *The War Ledger* (La carnada de la guerra). Escriben que "la guerra está causada por diferencias en las tasas de crecimiento entre las grandes potencias y, de especial importancia, las diferencias en las tasas entre la nación dominante y el retador, que permiten al segundo superar al primero".[157] Esto parecería adecuarse a la lógica estratégica, dado que el Número Uno se vuelve más agresivo y puede sentirse tentado de atacar preventivamente, mientras que el Número Dos, consciente de esto, puede iniciar la guerra para ganar la ventaja de un primer ataque sorpresivo. Los hallazgos de Wallace no apoyan muy bien la conclusión alcanzada por Organski y Kugler. A menos que uno se vea abrumado por gran parte de la investigación contemporánea sobre carreras armamentistas e interprete apresuradamente que las estadísticas significan que el concepto de disuasión nuclear eficaz tiene escasa o ninguna validez, debería mantenerse en mente que todos los datos empíricos disponibles remiten al estallido de las guerras convencionales. Los autores de *The War Ledger* observan correctamente que las armas nucleares no disuaden la confrontación en todos los niveles (pues la confrontación no es lo mismo que la guerra), pero a continuación prosiguen con la afirmación asombrosa de que "la tendencia a ir a la guerra aumenta en la medida en que el compromiso de las grandes potencias se hace más probable y en la medida en que la posibilidad del uso de las armas nucleares se vuelva más real".[158]

Dos especialistas holandeses, Hank Houweling y Jan Siccama, coinciden con la hipótesis Organski-Kugler de que la guerra se produce cuando un retador poderoso supera a una nación antes dominante y poderosa, e insisten en que esto es así para la era nuclear tanto como para la prenuclear.[159] Según este enfoque, las armas nucleares y las estrategias de la disuasión no alteran de manera fundamental los modelos de comportamiento normal de las naciones. De alguna forma más optimista que Wallace y mucho más aún que Organski-Kugler y Houweling-Siccama, Michael D. Intriligato y Dagobert L. Brito plantean, específicamente en el contexto de un posible modelo de guerra nuclear, que las carreras armamentistas pueden llevar ya a la guerra o a la elusión de la guerra, según las circunstancias, de la misma forma en que el desarme también podría llevar ya a evitar la guerra o a la guerra misma.[160] Robert C. North y Matthew Willard conceden que la afirmación de que las armas nucleares necesariamente disuaden a las naciones de la guerra es una falacia *post hoc ergo propter hoc* ("después de eso, en consecuencia a causa de eso"), pero no consiguen ver cualquier prueba formal del hallazgo de Organski-Kugler citado en el párrafo anterior.[161] Urs Lüterbacher señala en vena similar que Organski y Kugler no pueden refutar empíricamente que la disuasión nuclear mutua funcione, y que el concepto no es tan fácil de eliminar.[162] En relación con esto, vale la pena señalar que ninguna de las siete disputas soviético-norteamericanas citadas por Wallace terminaron en guerra.[163]

Las alianzas y la guerra

En no menor medida que en el caso de la preparación militar, los especialistas en ciencia política se han dividido en torno de la pregunta de si es más probable que las alianzas entre estados contribuyan a la paz o que desaten la guerra. Algunos autores han aducido que aumentan los temores y tensiones de seguridad, generando así hostilidad y exacerbando los conflictos; otros consideran a las alianzas como poseedoras de un efecto estabilizador y disuasor de la guerra. Por cierto, las alianzas están estrechamente asociadas con las guerras, porque llegan a su pleno juego durante tiempos de guerra, pero si se les puede dar crédito por impedir guerras o si se las puede culpar por provocarlas es más difícil de demostrar.

Singer y Small intentaron poner en correlación "la cantidad de guerras del sistema internacional" con el número de alianzas del sistema. Así buscaban determinar si la suma de alianzas es un factor de predicción confiable para la ocurrencia de guerras. Empezaron con un modelo teórico que podría caracterizarse como el equivalente diplomático de la "mano invisible" de Adam Smith: un mecanismo por el cual la libertad de todas las naciones a interactuar entre sí según lo dictan los intereses nacionales, redundaría en la estabilidad y ventaja de toda la comunidad internacional. Parecería lógico, entonces, que las alianzas, reduciendo las oportunidades de interacción y libertad de elección de los estados, aumentarían la polarización y las oportunidades de guerra dentro del sistema. Bajo esta línea de razonamiento, un sistema altamente polarizado debería producir una alta incidencia de guerra. Ésta es esencialmente la hipótesis probada por Singer y Small en una serie de correlaciones bivariadas entre varios indicadores de alianza y la magnitud, severidad y frecuencia de la guerra, permitiendo brechas de tiempo de 1, 3 y 5 años desde la formación de la alianza hasta el comienzo de la guerra. A lo largo de todo el período revisado, desde 1815 a 1945, no encontraron ninguna correlación significativa. Pero cuando dividieron el período en dos partes —los siglos XIX y XX— encontraron dos modelos contrarios. Para el siglo XIX, la correlación entre la suma general de alianzas y la frecuencia, magnitud y severidad de la guerra era fuertemente negativa. Para el siglo XX, la misma correlación era aún más fuertemente positiva, hasta fines de la Segunda Guerra Mundial.[164]

Singer y Small, sin embargo, no pudieron, sobre la base de sus datos, explicar por qué las alianzas parecían tener más éxito en disuadir de la guerra o limitar su magnitud en el siglo XIX que en las primeras décadas del siglo XX. Los tradicionalistas hace largo tiempo que se han dado cuenta, por cierto, de que había una diferencia considerable entre las relaciones internacionales en el "Concierto de la Guerra Total" del siglo XIX. Singer y Small sólo pueden sugerir que la variable estructural que ellos utilizaron —la suma de alianzas— puede obedecer a otras propiedades del sistema internacional, y que su poder de predicción puede estar en función de su interacción con estas otras variables. Sin duda, un estudio de los dos sistemas principales de alianza en la era nuclear (después de esa parte del siglo XX manejada por Singer y Small), mostraría una reversión hacia una correlación negativa muy fuerte entre suma de alianzas y guerra, mucho más significativamente que en el siglo XX, si sólo se toma en cuenta el área territorial explícitamente cubierta por las dos principales alianzas.[165]

Jack S. Leby estudió no ya todas las guerras internacionales sino las guerras de las grandes potencias en el período de 1495 a 1975. Descubrió que, aparte del siglo XIX, que era excepcional, a la mayoría de las alianzas les seguían guerras, dentro de los cinco años de su firma, que implicaban por lo menos a uno de los aliados (pero no necesariamente a todos los miembros de la alianza). Durante el siglo XIX, no hubo guerra de grandes potencias dentro del período de cinco años de iniciación de la alianza por las grandes potencias.[166] Charles W. Ostrom y Francis W. Hoole han descubierto una actitud en cierta forma similar: que la formación de alianzas se correlaciona positivamente con una creciente probabilidad de guerra dentro de un período de tres años, después del cual el peligro de estallar una guerra decae.[167] Si bien las alianzas a menudo terminan en guerra, decir que producen guerras es un caso de la bien conocida falacia argumental *post hoc ergo propter hoc*. A lo largo de la historia, las naciones-estado a menudo han entrado en alianzas porque tenían una expectativa de guerra en unos pocos años.

John A. Vásquez ha señalado que "un propósito importante para entrar en una alianza es aumentar el poder militar relativo; pero su resultado a menudo no se produce, porque la formación de una alianza generalmente lleva a la creación de una contraalianza".[168] Vásquez cita estudios de Randolph Severson y Joel King que demuestran convincentemente que las alianzas actúan como un Mecanismo de Contagio que desparrama la guerra, y llega a la conclusión de que "las alianzas no sólo fracasan en prevenir las guerras, sino que hacen probable que las guerras que sí se producen se expandan".[169] Vásquez sospecha que las alianzas en general no conducen a la paz, pero es cauto en adscribirles causalidad:

> Dado que a menudo existe un intervalo entre la alianza y el estallido de la guerra, es una inferencia legítima suponer que las alianzas no producen directamente la guerra, sino que ayudan a agravar una situación que hace más probable la guerra. Pueden hacer esto de dos formas: promoviendo una atmósfera que polariza el sistema y alentando las carreras armamentistas.[170]

El tema de la polarización parece bastante importante. Charles W. Kegley Jr. y Gregory A. Raymond han contrapuesto el enfoque de Waltz de que una alianza rígidamente bipolar ayuda a prevenir la guerra, haciendo claros los compromisos de las superpotencias (*reduciendo* así la incertidumbre), con el enfoque de Deutsch-Singer de que la multipolaridad flexible refuerza la estabilidad al *compactar* incertidumbres y hacer más difícil predecir los resultados de las políticas aventuradas. Kegley y Raymond buscan una transacción entre las dos posiciones del estudio de 1973 de Wallace, indicando que la relación entre alianzas y guerras es curvilínea: la magnitud y severidad de la guerra están en su punto máximo cuando las alianzas son extremadamente flexibles o extremadamente rígidas, mientras que la polarización moderada se asocia con una moderada cantidad de guerras o

ninguna guerra. Sugieren "normas de alianza" —el grado en el cual los miembros de la alianza tienen un sentido de obligación conocido a cumplir los compromisos del tratado— como una posible "parte faltante" del rompecabezas.[171]

Capacidad, riesgo y la utilidad y probabilidad de la guerra

Bruce Bueno de Mesquita se ha opuesto a un presupuesto básico de los teóricos de la Realpolitik: que la probabilidad de que la guerra involucre a estados clave específicos depende de la distribución de poder entre tales estados. Los realistas, como lo hemos señalado antes, no coinciden totalmente entre sí respecto de la distribución de poder y la probabilidad de la guerra. Algunos piensan que la paz se asegura mejor cuando el poder está en equilibrio; otros, cuando tales estados que favorecen un statu quo pacífico poseen una preponderancia de poder. Bueno de Mesquita arroja dudas tanto sobre el enfoque de Kissinger de que un equilibrio de poder igual es una precondición de la paz y baja la probabilidad de guerra entre las dos potencias principales,[172] como sobre la hipótesis de Organski y Kugler de que la probabilidad de guerra entre estados clave individuales decrece en la medida en que aumenta la desigualdad en el poder de distribución (o "distancia de poder").[173] Bueno de Mesquita de igual forma desestima las hipótesis comparables de Zinnes y otros y Claude, que vinculan la baja probabilidad de guerra con la igualdad o desigualdad en la distribución del poder entre coaliciones de estados clave.[174]

Bueno de Mesquita concede que la probabilidad de lograr éxito en la guerra está casi en función de las capacidades relativas de poder. Si el poder se toma en su sentido más abarcador, tal debe ser el caso. La distribución de poder, sin embargo, sea real o percibida, no es el único determinante de que los encargados de tomar decisiones elijan la guerra o la paz. En cualquier situación de conflicto, los encargados individuales de tomar decisiones de ambos lados pueden evaluar de forma diferente la utilidad o los valores que se vinculan con los resultados posibles de una guerra dada (expandiendo, manteniendo o perdiendo poder para su Estado). Cualquier posibilidad dada de éxito (expresada en porcentajes generales) puede ser suficiente para algunos líderes, pero no para otros, para asumir los riesgos de la guerra.

Suponer que la probabilidad de éxito en la guerra tiene una elevada correlación con el poder de una nación o coalición de naciones respecto del de su adversario, y suponiendo todavía que el hecho de que los líderes acepten riesgos o sean contrarios a ellos es algo independiente de la distribución concreta de poder prevaleciente. Bueno de Mesquita construye nueve sistemas internacionales hipotéticos con diversas distribuciones de estados fuertes y débiles y con diversas orientaciones respecto de asumir riesgos entre los encargados de tomar decisiones. Analiza cada uno de los nueve modelos deductivos, covariando los cálculos de la probabilidad de éxito, la utilidad de la guerra que esperan los agentes y los niveles de riesgos de seguridad de los agentes. También revisa los Correlatos del Proyecto de Guerra de Singer, estudios empíricos que surgen de él y el debate

teórico (Deutsch y Singer versus Waltz).[175] Llega a la conclusión de que "ninguna distribución de poder especial tiene la posibilidad de reclamar su valor como factor de predicción de la paz o la guerra ni en la teoría ni en el registro empírico del período 1816-1965".[176] En sus investigaciones, algunos sistemas marcados por el predominio de poder apoyan a Organski y Kugler; otros, en los cuales la probabilidad de guerra decrece en la medida en que la distribución de poder se aproxima a la igualdad, le dan peso a la hipótesis de Kissinger. En resumen, la distribución de poder sola, sin referencia a otra variable crucial —la propensión a asumir riesgos de los encargados de tomar decisiones individuales— "no está sistemáticamente asociada con la incidencia de la guerra" y los encargados de tomar decisiones que suponen, quizás de forma demasiado simplista, que ya un equilibrio de poder o un predominio de poder es esencial para la paz, puede estar "actuando sobre premisas falsas, incompletas y potencialmente letales".[177] Se lamenta de la tendencia de aquellos que analizan la probabilidad de la guerra a centrarse casi exclusivamente en las diferencias de capacidad y a descuidar el factor de orientación a asumir riesgos entre los líderes gobernantes. La principal excepción a esta tendencia, apunta significativamente, ha de encontrarse en los analistas estratégicos de la disuasión, que le prestan una gran atención a la disposición de las elites gobernantes a correr grandes riesgos de seguridad iniciando guerras en la era nuclear. Desgraciadamente, fracasa en elaborar a fondo esta excepción en extremo importante. (Las teorías de la disuasión se examinarán en el próximo capítulo.)

En tres artículos ulteriores de los años ochenta, Bueno de Mesquita (una vez en colaboración con David Lalman) siguió desarrollando su "modelo de utilidad esperada" del conflicto internacional. Suponiendo que la probabilidad de escalada de una disputa aumenta monotónicamente con la expectativa de los líderes de ganar por comparación con los costos esperados del conflicto, revisó su teoría anterior y descubrió una capacidad estadística mejorada para discriminar entre disputas que escalaban a la guerra y aquellas que no lo hacían, en la Europa del período que va de 1816 a 1970. Demostró que los líderes, enfrentados con un problema de decisión respecto de si desafiar o no a un adversario para alterar sus políticas, estiman la utilidad relativa del éxito y el fracaso. Los líderes que han adoptado políticas extranjeras que los dejan cerca del extremo de su posible gama de vulnerabilidad se supone que están más dispuestos a aceptar riesgos que aquellos que han desestimado su vulnerabilidad a las amenazas externas. "Las diferencias en la propensión a asumir riesgos se consideran la fuente de variaciones en las percepciones del agente."[178] De Mesquita y Lalman llegaban a la conclusión de que una teoría constante que vincula las estimaciones de utilidades esperadas con la escalada del conflicto suministra una poderosa herramienta para el análisis futuro del conflicto internacional tanto en el nivel de los encargados de tomar decisiones individuales como en el nivel de la acción sistémica.[179]

John A. Vásquez ha seguido las líneas generales de Bueno de Mesquita.[180] Ambos llaman la atención sobre la anomalía "bien nacida" que aparece en los hallazgos de Singer y sus colegas, es decir, que en el siglo XIX una baja incidencia de guerra se asociaba con el modelo de la paridad

de poder, pero en el siglo XX con un modelo de predominio de poder. Vásquez rechaza como insatisfactoria la explicación ofrecida por el grupo de Singer para explicar la discrepancia: que la diplomacia ha sido aristocrática en el período anterior y democrática en el ulterior. Las elites aristocráticas, que coincidían en que la guerra moderna se estaban volviendo cada vez menos provechosa para el Estado, encontraban certeza en el equilibrio de poder conocido como el "Concierto europeo". En la era democrática, por el otro lado, el público, los grupos de interés y los encargados de tomar decisiones influyentes parecían convencidos de que una preponderancia de poder es necesaria para convencer a un adversario de que la guerra no puede ganarse. "A pesar de las creencias realistas durante largo tiempo mantenidas en contrario, el impulso del análisis empírico realizado hasta la fecha sugiere que la capacidad o las diferencias de poder no se vinculan con el estallido de la guerra en ningún sentido causal significativo. Por el contrario, parece que la capacidad y las diferencias de poder se vinculan con el tipo de guerra que se libra y no con el hecho de si habrá paz o guerra." [181]

Vásquez construye una tipología en la cual separa las guerras de rivalidad de las de oportunidad. Las primeras se libran entre iguales y "están más orientadas hacia la lógica del equilibrio de poder y abusan de sus deficiencias, tales como el miedo mutuo, la sospecha y la inseguridad, las carreras armamentistas y la guerra preventiva".[182] Las guerras de oportunidad se libran entre países desiguales, cuando el lado más fuerte percibe utilidad en empezar una guerra. La lógica contrastante de las dos situaciones puede vincularse si un Estado débil se las arregla para aliarse con una de dos potencias fuertes rivales. Las guerras de rivalidad es más probable que se vuelvan totales que las de oportunidad. Vásquez también distingue entre las guerras diádicas y las guerras generales de las grandes potencias "que surgen de guerras que se iniciaron en la expectativa de que fueran limitadas" pero que no pudieron confinarse a las partes iniciales. Encuentra que la teoría de la utilidad esperada es menos aplicable a estas complejas guerras que a las diádicas. Coincide con Wallace y Bueno de Mesquita en que "la formación de alianzas que lleva a la polarización produce las guerras de mayor magnitud, severidad y duración", si bien se apresura a agregar que la "razón para esto no está plenamente explicada en la bibliografía".[183] En su explicación tan plausible de las consecuencias de la polarización, Vásquez demuestra convincentemente que hay puntos en que los conductistas cuantitativos y los especialistas tradicionales pueden encontrar un terreno común en el razonamiento deductivo realista.[184]

A pesar de la proliferación de estudios estadísticos de la guerra (tanto inductivos como deductivos), ninguno ha sido tan definitivo como para resolver los problemas más importantes. La mayoría de ellos han sido alabados como esfuerzos por abrir nuevos senderos a través de la espesura y algunos han sido investidos con una utilidad limitada, en la medida en que han arrojado dudas sobre presupuestos anteriores o hipótesis "mimadas" respecto de factores que contribuyen a la guerra o la paz. Si bien merecen ser leídos y estudiados, aunque más no sea por otra razón que la de iluminar la dificultad del problema, es muy probable que dentro de unas pocas décadas queden relegados a notas de pie de página, antes que

considerarlos clásicos. Todos han sido blanco de críticas por su deficiencias metodológicas. Las contradicciones y anomalías aparecen en los hallazgos de diversos especialistas y a veces dentro del trabajo de un solo investigador. Aun si bien varios de ellos emplean datos sobre guerras recogidos y sistematizados por Pitrim Sorokin, Quincy Wright y Singer y Small, pueden interpretar los datos de forma diferente, usar esquemas de clasificación (de definición) diferentes o seleccionar diferentes universos de casos para probar hipótesis específicas. Un problema persistente que inficiona a los especialistas en ciencia política en el análisis regresivo y de correlación estadística fue identificado a fines del siglo XIX por un pionero en el campo del análisis estadístico: el matemático inglés Sir Francis Galton, quien trabajó en genética, psicometría y antropología. Galton advirtió que en cualquier esfuerzo por correlacionar dos variables, es importante estar seguro de que ambas no sean dependientes de un tercer factor, del cual el investigador no es consciente, en cuyo caso la que puede parecer una correlación significativa es espuria.[185] Esto no implica sugerir que aquellos que han intentado construir una teoría basada en trabajos tales como los Correlatos de Guerra no hayan sido conscientes del hecho de que una correlación dada puede ser espuria o que no asuma automáticamente una relación causal; pues tal comprensión es una de las primeras cosas que se enseñan en los cursos elementales de estadística.

"Si el estudio científico de la guerra ha de vindicarse", dice John A. Vásquez, "tendrá que producir un conjunto de generalizaciones empíricas para las cuales ha presentado nuevas pruebas y que, al menos en algunos casos, revelan relaciones antes no reconocidas." [186] Vásquez coincide hasta cierto punto con la observación de Kenneth Waltz de que el conocimiento no se produce simplemente acumulando cada vez más información.[187] (En fecha tan temprana como el siglo XVII, Sir Francis Bacon se dio cuenta de que la ciencia es un instrumento de inquisición, no de una mera recolección de datos.[188]) Vásquez subraya que la expansión de las bases de datos hace necesaria una teoría configuradora y orientadora en mucha mayor medida que si nos proponemos ordenar y analizar la multitud de información disponible y entender la causalidad del fenómeno de la guerra. Robert C. North y Matthew Willard tienen razón cuando llaman la atención hacia "el efecto de convergencia":

Con variados grados de precisión e imprecisión, de lejanía y proximidad, una gran cantidad de agentes diferentes, relaciones interactivas y factores asociados *en diferentes niveles* de suma y organización pueden contribuir a un estallido de la guerra o a otro acontecimiento que necesita explicación. Las guerras y otros acontecimientos internacionales importantes pueden considerarse, en resumen, como resultados de fenómenos "horizontales" o "verticales" que convergen desde muy diferentes "direcciones".[189]

Quincy Wright, quien consagró gran parte de su vida a estudiar y pensar en la guerra, fue llevado a una conclusión extrema, mencionada antes y que vale la pena repetir: "Una guerra, en realidad, surge de una situación total que abarca en última instancia casi todo lo que le ha ocurrido a la

raza humana hasta el momento en que la guerra empieza".[190] Sin embargo el fin de la teoría, se nos recuerda, es aislar aquellas variables más capaces de explicar una gama lo más amplia posible de fenómenos y así contribuir a una comprensión de la guerra. La profundidad no está en la compilación de listas cada vez más abundantes de posibles factores causales, sino por el contrario en la creación de teorías basadas en la parsimonia, la reducción de las listas de variables para subrayar aquellas que tienen un poder explicativo mayor.

La finalización de la guerra

Una de las explicaciones más obvias de por qué las guerras finalizan es que un bando claramente derrota al otro. Si la lucha se prolonga, sin embargo, y no hay una victoria decisiva para ninguna de las partes, los gobiernos se encuentran bajo presión para responder al creciente agotamiento de su pueblo. La fiebre de la guerra que caracteriza al período inmediatamente previo y al ulterior al estallido de la guerra empieza por ceder en la medida en que el enemigo demuestra ser más fuerte que lo supuesto y en la medida en que se suman las bajas en batalla; la fiebre bélica es reemplazada por el agotamiento bélico y un creciente deseo de una paz negociada.[191]

Según Lewis A. Coser, la decisión final para terminar un conflicto descansa más en el perdedor que en el ganador. La magnanimidad por parte del vencedor potencial ayuda a hacer más fácil ceder para los vencidos, pero hasta que los últimos están dispuestos a reconocer la derrota al menos para sí mismos, la lucha sigue adelante. A veces los vencidos no se dan cuenta de que han sido derrotados, especialmente cuando no se presentan claves simbólicas carentes de toda ambigüedad (tales como la captura de una ciudad capital) y los contrincantes no tienen normas aceptadas para evaluar sus respectivas posiciones de poder en la lucha. En tales casos, la finalización puede ser un proceso muy complejo. El liderazgo del lado vencido puede estar dispuesto a entrar en negociaciones de paz pero sin reconocer la derrota e intentará manejar los símbolos a fin de esconder su alcance.[192] Irán durante largo tiempo fue remiso a acceder a una tregua en su guerra con Irak e insistió en que la culpa de la iniciación de la guerra se le atribuyera a su contrincante.

William T. R. Fox una vez se lamentó de que los teóricos de las relaciones internacionales se hubieran concentrado en cómo disuadir de la guerra mientras tendían a ignorar cómo controlarla, limitarla, detener la escalada y terminar la guerra una vez que ha empezado.[193] Fox le atribuyó esto al temor, entre los especialistas, a que pudieran aparecer como confiriéndole legitimidad a las "guerras limitadas", aumentando así la probabilidad de su recurrencia; a una falta de interés entre los estrategas militares en el problema del control político racional de la violencia en épocas de guerra y al enfoque tradicional norteamericano de la guerra, que bajo las supuestas condiciones de la era nuclear llevaba a una guerra limitada prolongada y en gran escala en Corea y Vietnam. Fox describió la estructura interna y externa del estancamiento de Vietnam: internamente, la

opinión norteamericana estaba polarizada entre "paz con honor" y "paz a cualquier precio" con el resultado de que el gobierno se paralizó:

> Uno no necesitaba resumir la imagen de una potencia monstruosa, antropomórfica al borde de una crisis nerviosa para que la analogía del acercamiento-elusión tuviera importancia. En una atmósfera de falta de moderación polarizada, con un grupo que pedía una temprana terminación de la guerra a través de la victoria fuera cual fuera la escalada necesaria, fuera cual fuera el costo y fuera cuan malo fuera el resultado secundario en las consecuencias políticas internas y mundiales, y un segundo grupo que pedía una temprana finalización, fueran cuales fueran los sacrificios de objetivos de guerra necesarios, por humillante que fueran la frustración y el fracaso y por desastrosos que resultaran los acontecimientos que siguieran al abandono de la lucha, la búsqueda resuelta de algún camino medio sólo podía producir un apoyo político interno totalmente insuficiente; no importa cuán racional pueda parecer la política intermedia y moderada en términos de costo-beneficio. Paradojalmente, cuanto más urgentes eran las exigencias de finalización por parte de grupos con programas diametralmente opuestos de finalización, menor era la posibilidad de una política que tuviera el suficiente apoyo interno y que de hecho terminara la guerra.[194]

Externamente, la mezcla de estrategias por parte de los dos bandos determinó el estancamiento. La superpotencia estaba ansiosa por disminuir la lucha tanto por motivos políticos internos como internacionales, mientras que la pequeña potencia beligerante estaba determinada a esperar más que el oponente. Hacen falta dos para hacer la paz, a menos que un lado esté dispuesto a aceptar la ignominia de la rendición incondicional o la retirada. Dado que Vietnam del Norte tenía los recursos para seguir la lucha y creía que cuanto más tiempo se arrastrara la lucha, mejores serían los términos de paz que podría obtener, adoptó una política de "por ahora, la paz no". Fox llega a la conclusión de que no es fácil combinar los objetivos de minimizar los costos, optimizar las ganancias y lograr una finalización temprana:

> Así, en el caso de la guerra limitada, parece que para la vuelta hacia una paz negociada que lleva a la paz, todavía debe aplicarse suficiente fuerza para mantener estable la situación militar. El control político sobre el uso de dicha fuerza debe ser cuidadosamente ejercido, sin embargo, para asegurar que la fuerza no se utilice en formas que destruyan la credibilidad de la apertura hacia la paz.[195]

Las estrategias de menor costo, conducción más alta y terminación temprana exigen un cálculo continuo. En cualquier estimación razonable, los sacrificios que todavía deben soportarse no deben aparecer desproporcionados a las ganancias que todavía han de realizarse. Este triple objetivo también pide una actitud de negociación abierta. Sólo se le puede pedir

lo menos posible al oponente si uno está decidido a atraer a un adversario a la mesa de negociación.[196]

La decisión de escalar

Es precisa una palabra especial acerca del problema de la escalada y la dificultad de controlarla. El término *escalada* no aparecía en la bibliografía militar mucho antes de 1960. El concepto, sin embargo, era indudablemente entendido. Muchas de las guerras de las cuales tenemos conocimiento histórico se libraron con ciertas restricciones. Aun cuando la Segunda Guerra Mundial fue una "guerra total", los oponentes se impidieron usar armas de gas en el campo de batalla, quizás a raíz de consideraciones humanitarias pero, lo cual es probablemente más importante, por el miedo a la represalia.

Richard Smoke ha escrito un trabajo definitivo en el cual resume y analiza los escritos anteriores sobre escalada y presenta siete casos de estudio de guerras de la era prenuclear, en los cuales los esfuerzos por controlar el ciclo de acción-reacción tuvo éxito o fracasó.[197] Smoke no considera el proceso de escalada como un largo número de pequeños, graduados y casi imperceptibles pasos, que podrían plantearse como una curva continua y homogénea. Siguiendo a Thomas C. Schelling, trata la escalada como un paso, que surge de una decisión calculada y que atraviesa un umbral importante objetivamente perceptible para todas las partes implicadas y que así expande o contrae el modelo general de los límites percibidos del conflicto. No todo aumento de fuerza militar implica la escalada. El concepto de importancia es crucial (es decir, extender las hostilidades más allá de los límites nacionales que han marcado un límite en estadios más tempranos del conflicto, o cruzar la línea divisoria entre las armas convencionales y nucleares). El acto de la escalada representa un esfuerzo o una propuesta tácita a establecer nuevas reglas de campo. El encargado de tomar decisiones que escala espera que los nuevos límites se mantengan, pero un elemento de incertidumbre aparece, dado que la escalada puede encender un ciclo de acción-reacción de final abierto.[198]

Tanto el esfuerzo por establecer límites estables a un conflicto y el cumplimiento de escaladas controladas son procesos de negociación. Que la escalada puede ser mantenida bajo control depende no sólo de sus consecuencias militares inmediatas, sino también del marco del conflicto. "Una de las formas en las cuales la escalada se va de control —una que no siempre es evidente— es un paso aparentemente cuidadoso que activa un motivo o interés antes latente de una nación."[199] Las asimetrías en las capacidades, motivaciones e intereses pueden producir un efecto similar. El fracaso de los encargados de tomar decisiones en un país para evaluar cómo el mundo considera a los encargados de tomar decisiones adversarios puede llevar a graves fracasos conceptuales y a la pérdida del control de la escalada. En sus conclusiones, Smoke se ocupa en detalle del interjuego entre factores político-militares objetivos y las percepciones subjetivas de los encargados de tomar decisiones, percepciones de la realidad presente y futura.

Smoke describe el complejo problema de coherencia cognitiva que enfrentan los encargados de tomar decisiones al intentar controlar la dinámica de la escalada. Los seres humanos en situaciones difíciles y amenazadoras intentan con más fuerza preservar su propia coherencia cognitiva cuando se enfrentan con nueva información y esto los hace remisos a modificar sus construcciones de la realidad. En un entorno de apuestas y sorpresas en aumento, los cuales pueden contribuir a la tensión y la ansiedad, los encargados de tomar decisiones sienten presiones desde tres direcciones:

1. autoafirmación: la necesidad de demostrar que sus percepciones anteriores, evaluaciones y decisiones fueron correctas;
2. afirmación cruzada: resultante del ciclo hostil acción-reacción, y
3. la tendencia a simplificar la realidad: que surge de profundizar sentimientos de ansiedad y amenaza, tanto como de la fatiga y la tensión de la sobrecarga de información.

> En la medida en que continúa la escalada, los universos subjetivos de percepciones e imágenes de los encargados de tomar decisiones, se vuelven lentamente más estrechos. La gama de expectativas se hace más rígida, cada vez menos posibilidades parecen plausibles. Los encargados de trazar políticas empiezan a sentir que el futuro se está cerrando sobre ellos... El futuro subjetivo se cierra más rápido de lo que uno supone que lo haría, porque se cierra a raíz de motivos psicológicos, no sólo objetivos.[200]

Pero en última instancia, la escalada puede ser controlada y de hecho lo fue en tres de los siete casos que Smoke estudió. Considera importante, sin embargo, que una imagen inicial de límites estables se afirme al comienzo de la guerra, lo que es siempre un acontecimiento dramático y peligroso. Si la estabilidad en los límites iniciales puede bajar la incertidumbre, las subsiguientes escaladas, aun algunas importantes, son posibles y pueden ser percibidas como modificaciones del modelo básico de un conflicto bajo control.[201]

Las causas y el control de la guerra

De lo anterior queda claro que no hay una sola explicación de lo que causa las guerras. Los teóricos macrocósmicos han remitido los orígenes de la guerra en general o de las guerras específicamente modernas, a una gran variedad de factores. Ellos incluyen:

- rivalidad nacionalista, agravada quizás por diferencias étnico-lingüísticas, religiosas o ideológicas, combinadas con recuerdos históricos de hostilidad y conflicto;
- imperialismo capitalista;
- la existencia o ausencia de alianzas;
- la dinámica de la tecnología militar y de las carreras de armamentos llevadas por los intereses de los complejos militares-industriales;

- una política de equilibrio de poder;
- conflicto por territorio considerado crucial para la seguridad de dos o más estados;
- la inseguridad interna de las elites gobernantes, que llevan a un esfuerzo por solidificar su propia posición y restaurar la unidad interna al dirigir los descontentos internos a blancos extranjeros;
- la inseguridad interna de las elites gobernantes, que llevan a un rivales;
- el etnocentrismo y la distorsión de la comunicación, con los medios masivos de comunicación que despiertan actitudes chauvinistas y xenófobas dentro de los países mientras que la comunicación inadecuada entre ellos conduce a una mala interpretación de las metas, intenciones y políticas, de forma tal que los movimientos defensivos parecen ser amenazas agresivas;
- la ausencia de una maquinaria internacional para mantener la paz efectiva, lo cual da como resultado la condición conocida como "anarquía internacional";
- la dialéctica de la crisis internacional, y
- la incapacidad de la gente de percibir lo que William James llamaba el "equivalente moral de la guerra" o a escapar de la tendencia, como Gordon Allport lo dijo, a institucionalizar la expectativa de guerra.

La lista podría extenderse, pero ya es lo suficientemente impresionante.

El pluralismo de las causas se refleja, como se podía esperar, en la pluralidad de remedios sugeridos para resolver los conflictos internacionales y abolir la guerra. Se han planteado esfuerzos en todas las épocas, y se han intensificado mucho en la era nuclear, para encontrar formas no violentas de resolución del conflicto. Nuestro planteo del problema de la guerra no podría estar completo sin hacer referencia a estos esfuerzos.

Históricamente, los miembros del sistema internacional no se han visto envueltos en una guerra constante. Si bien los estados por lo general han mantenido cierta disposición a recurrir a la fuerza si es necesario a fin de proteger sus intereses, y si bien la guerra casi siempre podía estarse librando en alguna parte dentro del sistema, la mayoría de los estados han vivido en paz la mayor parte del tiempo: muchos de ellos durante períodos prolongados. Los conflictos de intereses siempre están planteándose, pero los estados tradicionalmente han tenido a su disposición, en especial desde mediados del siglo pasado, un amplio espectro de instrumentos para arreglar las disputas pacíficamente.

Estos medios incluyen negociación diplomática, recurso a los "buenos oficios", mediación o conciliación por terceras partes, arbitraje según reglas establecidas, adjudicación bajo reglas reconocidas del derecho internacional, la aplicación de sanciones diplomáticas o económicas (tales como llamar a un enviado, ruptura de relaciones diplomáticas, o embargo comercial) y la demostración o amenaza de fuerza (por ejemplo, un despliegue de poderío naval) pensada para hacer que su uso concreto sea innecesario. Pero la guerra siempre permaneció como *ultima ratio* de la política exterior. Como lo ha observado William D. Coplin, todos los instrumentos de influencia al alcance de los gobiernos a los fines de la negociación internacional a lo largo del "continuum" que va de la negociación a la guerra, dependían en última instancia de la distribución relativa de las capacidades de librar la guerra entre los estados.[202] Más aún, el mismo derecho internacional confirmaba la aceptabilidad y legalidad de la guerra como una herramienta normal con la cual un Estado podía vindicar una violación de sus derechos después de que los remedios pacíficos se hubieran agotado hasta el final. Este presupuesto relativo a la permisibilidad legal de que un Estado inicie la guerra ofensiva bajo ciertas circunstancias empezó a ser cuestionado sólo en este siglo, en la medida en que se hacían esfuerzos por prohibir el uso no defensivo de la fuerza por parte de los estados, adoptando nuevas normas legales o para disuadir dicho uso de la fuerza a través de la acción colectiva de los estados en las organizaciones internacionales.[203]

Tanto el derecho internacional como las organizaciones internacionales han jugado una función integradora dentro del sistema global y han demostrado su utilidad en la resolución pacífica de las disputas cuando los estados implicados, especialmente los estados más poderosos, han favorecido tal arreglo. El derecho internacional por lo general está considerado como la "verdadera ley", pero se reconoce que es débil como derecho porque a menudo es vago en su contenido, porque carece de cuerpos autorizados para hacer la ley y hacerla cumplir y porque los agentes se consideran obligados sólo por aquellas reglas a las cuales les han dado su consentimiento y sólo en casos en que han coincidido someterse para su adjudicación. Los estados normalmente prefieren adecuarse a las normas legales internacionales porque encuentran de su interés hacerlo y mantener su reputación como miembros respetuosos de la ley de la sociedad internacional; pero cuando sus intereses vitales están en juego, por lo general son remisos a aceptar un juicio judicial a menos que se vean forzados a hacerlo por fuerza mayor política, económica o militar.[204]

Al margen de la renuencia tradicional de los estados soberanos a aceptar la ley internacional como obligatoria para ellos (excepto cuando perciben que es de su interés hacerlo), deberían tomarse en cuenta dos graves dificultades adicionales que siguen afectando el derecho internacional a fines del siglo. En gran medida producto de la cultura occidental y del sistema occidental de los estados, el derecho internacional tanto en su forma como en su contenido ha sido redondamente criticado, y al menos parcialmente rechazado, por los marxistas, que lo consideran un instrumento legal del imperialismo capitalista, y por parte de los pueblos no occidentales antes coloniales que lo consideran como parte de un sistema opresivo culturalmente ajeno y económicamente opresivo del cual buscan liberarse. Las elites de ambos tipos de sociedad ponen un fuerte énfasis en conceptos tales como la autodeterminación, la no intervención, la resistencia a todo "acto que infrinja la soberanía", la invalidez de los "tratados desiguales" impuestos durante el período del imperialismo colonial, y el derecho a expropiar inversiones extranjeras sin compensación satisfactoria bajo el tradicional "patrón internacional". Sin embargo, la mayoría de los estados comunistas y de muchos no occidentales, si bien permanecen opuestos o extremadamente fríos ante los presupuestos culturales, filosóficos y económicos del derecho internacional tradicional de

Occidente, se las arreglan para tolerar y adecuarse ellos mismos a aspectos selectos de dicho derecho, que responden a sus necesidades, si bien pueden permanecer decididos a reemplazar gradualmente sus elementos "occidentales" y "capitalistas" por valores "no occidentales" y "socialistas".[205]

En cuanto al nivel del consenso legal internacional que ahora existe, los enfoques extremistas deben ser evitados. Oscar J. Lissitzyn ha dado una evaluación justa:

> La dicotomía absoluta entre la presencia y la ausencia de acuerdo generalizado sobre valores es falsa. En la comunidad mundial, como en las sociedades nacionales, hay un amplio espectro de valores y de grados de consenso en ellos. Una gran parte del acuerdo sobre los valores, por cierto, refuerza la cohesión de una comunidad y la eficacia de su orden legal. Pero no es una cuestión de todo o nada.
>
> Un contraste de blanco y negro entre un mundo en el cual los valores ideológicos comunes prevalecen y en el cual la paz sigue asegurada, por un lado, y un mundo en el cual la falta de ley y la fuerza desnuda gobiernan, por el otro, está fuera de lugar aquí. Éstos no son sino extremos no existentes de un continuum en el cual, como lo sugiere la historia, el derecho internacional jugará diversos papeles en diferentes períodos.[206]

Es demasiado pesimista decir que no puede haber desarrollo sustancial del derecho internacional antes de que el mundo logre una homogeneización de los valores culturales, éticos y políticos. Si eso se logra alguna vez, puede darse en el futuro lejano. Durante las últimas décadas, se ha hecho cierto avance modesto en el desarrollo, por convención negociada, del derecho internacional en áreas específicas: la ley de las relaciones diplomáticas, de los mares, del espacio exterior, de los tratados y así sucesivamente. Muchos de los temas sobre los cuales prevalece el desacuerdo cultural e ideológico remiten a la divergencia de intereses entre países industrializados y menos desarrollados, o entre sistemas marxistas y de economía de mercado. La incapacidad del sistema global para llegar a un consenso sobre asuntos de conflicto violento (tales como la definición de agresión o la mejor forma de tratar con el terrorismo) refleja las divisiones culturales e ideológicas del mundo, tanto como actitudes agudamente divergentes respecto de la utilidad de la violencia como método para resolver conflictos. Pero en la medida en que los desarrollos tecnológicos hacen cada vez más costosa y peligrosa la violencia militar entre los estados, tanto económica como políticamente, es posible que los estados se esfuercen por elevarse por encima de las diferencias culturales e ideológicas con el fin de controlar y limitar socialmente la violencia destructiva en el nivel interestatal.

Las Naciones Unidas han hecho una contribución significativa a la integración internacional universalista en muchas dimensiones funcionales: intelectuales, económicas, sociales, culturales, legal-diplomáticas y políticas. En ocasiones ha tenido éxito, a través de un debate oportuno, educación, conciliación o coordinación de la intervención militar internacional, en contribuir hacia la localización, contención, posposición, terminación o resolución de algunos conflictos internacionales en condiciones conducentes a los éxitos de la "diplomacia preventiva".[207] Las fuerzas de paz de las Naciones Unidas que consisten en unidades reunidas de potencias medianas y pequeñas han jugado a veces un papel útil en un conjunto de conflictos.[208] A lo largo de la mayor parte de su historia, sin embargo, las Naciones Unidas no han demostrado ser eficaces para manejar las disputas internacionales que implican intereses vitales de una o más de las grandes potencias.[209] En la medida en que la década de 1980 se acercaba a su fin, hubo algunas indicaciones —de forma notable en la finalización de la Guerra del Golfo entre Irán e Irak y los conflictos en el sur de África, Chipre, Afganistán y otras partes— de que los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad son capaces a veces de percibir un interés mutuo en controlar un conflicto de lato potencial de peligro y, en dicha medida, moverse al menos tácitamente para revitalizar el principio de unanimidad sobre el cual originalmente se supuso que se fundaba la carta.

Las expresiones *resolución del conflicto* e *investigación para la paz* han llegado a abarcar estudios en la integración funcional, desarrollo económico internacional, la formación de actitudes nacionales, comprensión entre las culturas, el lenguaje del conflicto, la estructura social del conflicto, las distinciones entre diferentes formas de violencia (física y psicológica, personal y estructural, manifiesta y latente, etc.), los usos de la teoría de los juegos y la simulación, teorías de las carreras de armamentos y las causas de la guerra, la psicología de los líderes, el estudio de imágenes y percepciones, el comportamiento de los encargados de tomar decisiones en condiciones de crisis, y así sucesivamente.[210]

Los teóricos de la resolución del conflicto subrayan la importancia de analizar científicamente la estructura, las partes y los temas en conflicto.[211] El mismo análisis preciso, creen, puede contribuir a una resolución del conflicto. El conflicto puede conceptualizarse en términos de organización y estructura social, modelos de interacción (por ejemplo, escalada y reducción de la escalada), modalidades de violencia empleada, los valores de las partes en conflicto (tanto los valores declarados y los valores concretamente seguidos), cambios en la jerarquía de los valores en medio del conflicto, la tendencia de la gama de valores amenazados a volverse más específicos o más difusos, el grado de incompatibilidad de las metas, la génesis del conflicto, la evaluación de las percepciones simétricas y asimétricas entre las partes en conflicto, simetrías en cuanto a potencias de poder y lealtades y la forma en la cual el conflicto se finaliza.[212] Roger Fisher sugirió, varios años atrás, que el conflicto podía ser mejor manejado "fraccionándolo", es decir, separando los temas del conflicto en sus componentes más pequeños y tratándolos uno por vez para reducir el riesgo de guerra.[213] (Ver la discusión de los trabajos ulteriores de Fisher más adelante.)

John W. Burton planteó en 1972 la idea de que el conflicto debería considerarse según un enfoque esencialmente subjetivo, por contraste con el viejo enfoque de que es objetivo; un enfoque, dice, que se basa en un presupuesto profundamente arraigado en el pensamiento político, que hay una cantidad fija de satisfacción que compartir en una situación dada, y que lo que A gana, B debe perderlo.[214] La diferencia entre el juego de suma cero y el juego de suma no cero es un tema que ha planteado una consi-

derable bibliografía en las relaciones internacionales, la estrategia y la negociación. (Ver el Capítulo 12.) Burton aduce que un conflicto que a primera vista parece ser librado por diferencias "objetivas" de interés puede transformarse en uno con un resultado positivo para las partes en combate una vez que se "perciben nuevamente" entre sí y descubren oportunidades de una cooperación funcional pacífica de la cual ambos se beneficiarán. Aquellos que mediarían en un conflicto deben ayudar a las partes a cambiar sus metas, en la medida en que los riesgos y los costos de intentar lograr sus metas originarias a través del conflicto se percibe que aumentan.[215] Dado que los conflictos políticos por lo general tienen diferentes contrapartes en diferentes niveles de organización, los acuerdos logrados en el nivel gubernamental no necesariamente resuelven los conflictos en los niveles localizados de organización; Burton está convencido de que los mediadores, en lugar de presentar su propio plan para resolver el conflicto, deberían sacar la solución de las partes mismas. Más aún, dice, las partes de una disputa no deberían esperar transar; porque los acuerdos de transacción a menudo dejan el conflicto subyacente sin resolver y ambas partes quedan básicamente descontentas. La resolución del conflicto, dice Burton, debería ser la resolución de un problema más que un ejercicio de negociación.[216]

Hace poco, Roger Fisher y William Ury han desarrollado lo que llaman un nuevo método de *negociación por principios* que elude la familiar lucha de regateo que por lo general caracteriza a la negociación. Instan a los negociadores a abandonar el modelo habitual en el cual cada bando toma sucesivamente una secuencia de posiciones, sea "mantenerse firme" u ofrecer concesiones calculadas (a menudo basadas en decisiones de "echarse atrás" planeadas de antemano) para demostrar cuán razonables son. En lugar de una "negociación posicional", favorecen la resolución de los temas del cnoflicto a partir de sus méritos. Esto quiere decir evaluar los intereses genuinos de las partes según criterios objetivos. Semejante enfoque, aducen, es mucho más probable que eluda amargas recriminaciones y produzca un "acuerdo sabio" que definen como "una que responde al interés legítimo de cada lado en la medida de lo posible, resuelve los intereses en conflicto con justicia, es durable y toma el interés de la comunidad en cuenta".[217] Esto es mucho mejor que discutir tozudamente en defensa de posiciones fijas, dicen, porque este último proceso es ineficaz, genera mala voluntad y normalmente lleva a acuerdos insatisfactorios y de corta vida.

Si varias partes están involucradas, escriben estos dos líderes del Proyecto de Negociación de Harvard, la negociación posicional puede hacer imposible lograr un acuerdo. En las negociaciones de dos bandos, si una parte es "blanda" —razonable, flexible y obviamente ansiosa por alcanzar un acuerdo— mientras que la otra es un "negociador duro", que hace reclamos y amenazas, uno puede predecir rápidamente quién perderá y quién ganará del proceso. Fisher y Ury ofrecen estos consejos: 1) a fin de elevarse por encima de las emociones y tratar con los méritos, separar al pueblo del problema; 2) centrarse en intereses, no en posiciones; 3) en lugar de buscar la "victoria" y la única solución adecuada, inventar una variedad de opciones para que todos tengan ganancias mutuas; 4) insistir en el uso de criterios objetivos para asegurar un resultado justo; 5) aprender formas de enfrentarse con los oponentes que son más poderosos, que se niegan a jugar según las reglas de un comportamiento decente, o que recurren a "trucos sucios".[218] Muchos negociadores tradicionales, por cierto, dirán que los profesionales experimentados hace mucho tiempo que están familiarizados con estas máximas, implícita si no explícitamente, y que no son totalmente incompatibles con la negociación posicional.

En conclusión, todas las teorías que consideran la eliminación total de la guerra de los asuntos humanos presuponen profundos cambios en el comportamiento de grandes colectividades. Todos los cambios propuestos se basan, sea de forma implícita o explícita, en presupuestos vinculados con las causas de la guerra. En la medida en que los especialistas en ciencias sociales no pueden ponerse de acuerdo sobre las causas de la guerra, no es sorprendente que no haya consenso respecto de las bases sobre las cuales la humanidad puede construir una paz genuina y durable.

NOTAS AL CAPITULO 8

[1] Ver George Simmel: *Conflict*, trad. Kurt H. Wolff, en *Conflict and the Web of Group-Affiliations* (Nueva York, The Free Press, 1964), pp. 15-38; Jesse Bernard: "Parties and Issues in Conflict", *Journal of Conflict Resolution*, I marzo de 1957); y Ralf Dahrendorf: "Toward a Theory of Social Conflict", trad. Anatol Rapoport: ibídem, II (junio de 1958). Dahrendorf, un sociólogo alemán, aduce que cuando ciertos acuerdos socioestructurales se dan, el conflicto está destinado a surgir. Remonta la responsabilidad del cambio de énfasis, dentro del campo de la sociología, del conflicto social a la estabilidad social a Talcott Parsons y su enfoque estructural-funcional del estudio de la sociedad. (Para una discusión del trabajo de Parsons y el funcionalismo estructural, ver el Capítulo 4.) Este enfoque contiene los siguientes postulados implícitos: 1) Toda sociedad es una configuración relativamente persistente de elementos. 2) Toda sociedad es una configuración de elementos bien integrados. 3) Todo elemento en una sociedad contribuye a su funcionamiento. 4) Toda sociedad descansa en el consenso de sus miembros. Dahrendorf cree que esta concepción basada en el equilibrio social de la sociedad no es compatible con el estudio serio del conflicto. Los anteriores postulados no sólo fracasan en explicar el cambio y el conflicto, sino que excluyen estos fenómenos totalmente. Cuando se enfrenta con ejemplos de conflicto, la escuela "estructural-funcional" los trata como anormales, desviados o patológicos. En contraste con la teoría "estructural-funcional", Dahrendorf ofrece cuatro postulados diferentes: 1) Toda sociedad está sujeta en todo momento al cambio; el cambio es ubicuo. 2) Toda sociedad experimenta en todo momento conflicto social; el conflicto es ubicuo. 3) Todo elemento en una sociedad contribuye a su cambio. 4) Toda sociedad descansa en la restricción de algunos de sus miembros por parte de otros. Los postulados de Dahrendorf no se presentan para reemplazar el enfoque parsoniano, sino más bien para complementarlo. Los dos modelos orgánicos juntos, sugiere, agotarían la realidad social, y una síntesis de los dos nos daría una teoría completa de la sociedad en sus aspectos de perduración y de cambio. Dahrendorf: op. cit., especialmente pp. 173-175.

[2] George Simmel: op. cit., pp. 16-20.

[3] Lewis A. Coser: *The Functions of Social Conflict* (Glencoe, Illinois, Free Press, 1964), p. 8. Teóricos occidentales tan apartados en sus premisas fundamentales como San Agustín y Karl Marx, consideraban el conflicto como el motor del cambio social. Ver Robert A. Nisbet: *Social Change and History: Aspects of the Western Theory of Development* (Nueva York, Oxford University Press, 1969), pp. 76-90.

[4] William Graham Summer: *War and Other Essays* (New Haven, Yale Uni-

versity Press, 1911), tomado de Leon Bramson y George W. Goethals, comps.: *War, Studies from Psychology, Sociology, Anthropology,* ed. rev. (Nueva York, Basic Books, 1968), pp. 210-212.

[5] William James: "The Moral Equivalent of War", ibídem, p. 23.

[6] Richard N. Rosecrance: *Action and Reaction in World Politics* (Boston, Little, Brown, 1963), pp. 255, 304-305.

[7] Clyde Kluckhohn: *Mirror for Man: A Survey of Human Behavior and Social Attitudes* (Greenwich, Conn., Fawcett World Library, 1960), p. 173. Ver también Stephen Withey y Daniel Katz: "The Social Psychology of Human Canflict", en Elton B. McNeil, comp.: *The Nature of Human Conflict* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1965), p. 81; y Nicholas S. Timasheff: *War and Revolution* (Nueva York, Sheed and War, 1965), cap. 5.

[8] Robert F. Murphy: "Intergroup Hostility and Social Cohesion", reimpreso de *American Anthropologist,* LIX, Nº 6 (1975), pp. 1018-1035, en J. K. Zawodny, comp.: *Man and International Relations* (San Francisco, Chandler, 1966), páginas 602-603. R. F. Maher ha alcanzado una conclusión similar de su estudio de las tribus de Nueva Guinea. Ver Robert A. Le Vine: "Socialization, Social Structure and Intersocietal Images" en H. C. Kelman, comp.: *International Behavior: A Sociological Analysis* (Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1965), p. 47. Para el caso de los indios teton, que apoya una hipótesis comparable en una forma invertida, ver Elton B. McNeil: "The Nature of Aggression" en McNeil, comp.: op. cit., p. 37.

[9] George Simmel: op. cit., p. 93. Ver también pp. 88-89. M. Mulder y A. Stemerding han demostrado que un grupo enfrentado con una amenaza se vuelve cohesivo y altamente tolerante a un liderazgo fuerte. "Threat, Attraction to Group and Need for Strong Leadership", *Human Relations,* XVI (1963), pp. 317-334.

[10] Geoffrey Blainey: *The Causes of War* (Nueva York, The Free Press, 1973), pp. 71-96. Una tercera edición de este trabajo se publicó en 1988.

[11] Rudoph J. Rummel: "Dimensions of Conflict Behavior Within and Between Nations", *General Systems Yearbook,* VIII (1963), p. 24. Ver también del mismo autor: "Testing Some Possible Predictors of Conflict Behavior Within and Between Nations", *Peace Research Society,* Papers I, Chicago Conference (Filadelfia, University of Pennsylvania, 1963).

[12] Raymond Tanter: "Dimensions of Conflict Behavior Within and Between Nations, 1958-1960", *Journal of Conflict Resolution,* X (marzo de 1966), pp. 65-73.

[13] Raymond Tanter: "International War and Domestic Turmoil: Some Contemporary Evidence", en *Violence in America: Historical and Comparative Perspectives.* Un informe a la Comisión Nacional de las Causas y la Prevención de la Violencia, junio de 1969, preparado bajo la dirección de Hugh Davis Graham y Ted Robert Gurr (Nueva York, New American Library, 1969); Jonathan Wilkenfeld: "Domestic and Foreign Conflict Behavior of Nations", en William D. Coplin y Charles W. Kegley, Jr., comps.: *Analyzing International Relations: A Multimethod Introduction* (Nueva York, Praeger, 1975), pp. 96-112, citada en p. 96. Cf. también Philip M. Gregg y Arthur S. Banks: "Dimensions of Political System: Factor Analysis of a Cross-Polity Survery", *American Political Science Review,* LIX (septiembre 1965), pp. 602-614. Ver también Karen Rasler: "War, Accommodation and Violence in the United States, 1890-1970", *American Political Science Review,* 80 (septiembre de 1986); Ole R. Holsti y James N. Rosenau: *American Leadership in World Affairs: Vietnam and the Breakdown of Consensus* (Winchester, Mass., George Allen & Unwin, 1984).

[14] Ver Herbert S. Dinerstein: "The Transformation of Alliance Systems", *American Political Science Review,* LIX (septiembre de 1965), pp. 589-601. Emile Benoit dice que ser miembro de una alianza de defensa común contra un convenido agresor potencial común es un factor poderosamente integrador y "el disminuido temor de tal agresión externa parece haber sido un factor importante en demorar a la Comunidad Económica Europea... no sólo debilitando la alianza internacional sino alentando conflictos, la discordia interna y los movimientos de secesión dentro de los países por separado". "Kenneth Boulding as Socio-Political Theorist", *Journal of Conflict Resolution,* XXI (septiembre de 1977), p. 557.

[15] Kacek Kugler y William Domke: "Comparing the Strength of Nations", *Comparative Political Studies,* 19 (abril de 1986), p. 66.

[16] Clyde Kluckohon: op. cit., p. 48. Según Alexander Lesser, el concepto de guerra no aparece entre los isleños de Andaman, aborígenes australianos, los indios misión, los arunta, los shishoni occidentales, los emand y los todas. "War and the State" en Morton Fried y otros: *War: The Anthropology of Armed Conflict and Aggression* (Garden City, N.Y., Natural History Press, 1968), p. 94. Por contraste, los yanomami que viven a lo largo del río Orinoco en Venezuela y Brasil creen que los humanos son por naturaleza feroces y con tendencia a la guerra. Toda su cultura está orientada al desarrollo de la beligerancia: amenazas, gritos, duelos, golpes a las esposas, una fuerte preferencia por los hijos varones y aliento a los jóvenes para golpear a sus mayores. Napoleon A. Chagnon: "Yanomamo Social Organization and Warfare", ibídem, pp. 109-159, especialmente pp. 124-133.

[17] Lewis F. Richardson demostró que entre 1820 y 1945, el número de guerras extranjeras con más de 7.000 muertos en guerra se correlacionaba con el número de vecinos de frontera para 33 países estudiados. *Statistics of Deadly Quarrels* (Pittsburgh, Pa. Boxwood Press, 1960), p. 176. Ver también James Paul Wesley: "Frequence of Wars and Geographical Opportunity", *Journal of Conflict Resolution,* 6 (septiembre de 1962).

[18] Ver Robert Redfield: "Primitive Law", en Paul Bohannan, comp.: *Law and Warfare: Studies in the Anthropology of Conflict,* American Museum Eourcebooks in Anthropology (Garden City, N.Y., Natural History Press, 1967), pp. 3-24.

[19] Andrew P. Bayda: "Hypothesis About Functions of War" en Morton Fried y otros: op. cit., pp. 85-89. Según J. P. Johansen, los maoríes de Nueva Zelanda a veces resolvían las tensiones intragrupales haciendo que un miembro de la tribu cometiera un acto de violencia contra otra tribu, provocando así una represalia que restablecería la unidad grupal. Citado por Andrew P. Vayda: "Maori Warfare" en Paul Bohannan, comp:: op. cit., p. 380.

[20] Ver, por ejemplo, Kaj Birket-Smith: *Primitive Mand and His Ways* (Nueva York, New American Library, 1963, pp. 67 y 195.

[21] Anthony F. C. Wallace ha observado que para los iroquíes el estímulo simbólico que los despierta y que precedía a la movilización para la guerra era un informe de que un hombre del linaje había sido asesinado y un superviviente pedía venganza. "Psychological Preparations for War", en Robert F. Murphy y otros, comps.: *Selected Papers fron The American Anthropologist, 1946-1970* (Washington, D.C., American Anthropological Association, 1976), pp. 175-176.

[22] Andrew P. Vayda: op. cit., pp. 89-91.

[23] Andrew P. Vayda: "Primitive Warfare" en D. Sills, comp.: *International Encyclopedia of the Social Sciences,* XVI, p. 468.

[24] Bronislaw Malinowski: "An Anthropological Analysis of War" en Bramson y Goethals, comps.: op. cit., p. 209.

[25] Margaret Mead: "Warfare Is Only an Invention, Not a Biological Necessity", ibídem, pp. 269-274.

[26] William Graham Sumner: "War", reimpreso de *War and Other Essays* (1911), p. 209.

[27] Bronislaw Malinowski: op. cit., pp. 255 y 260.

[28] Ibídem, p. 260.

[29] David Bidney: *Theoretical Anthropology* (Nueva York, Schocken, 1967), pp. 231-232 y 361-362.

[30] Margaret Mead y Rhoda Metraux: "The Anthropology of Human Conflict", en McNeil, comp.: op. cit., p. 122.

[31] Ibídem, p. 128.

[32] Clyde Kluckhohn: op. it., p. 213.

[33] Alex Inkeles: "National Character and Modern Political Systems" en Francis L. Hsu, comp.: *Psychological Anthropology* (Homewood, Illinois, Dorsey, 1961), pp. 171-202.

[34] Ver, por ejemplo, Margaret G. Hermann y Thomas W. Bilburn: *A Psychological Examination of Political Leaders* (Nueva York, The Free Press, 1977).

[35] David E. Stannard acusó al enfoque psicoanalítico de la historia por poner demasiado énfasis en la experiencia infantil y no pasar las pruebas empíricas. *Shrinking History: On Freud and the Failufe of Psychohistory* (Nueva York, Oxford University Press, 1980). Rudolph Binion, en una recensión de dicho trabajo, defendió la psicohistoria como "una disciplina por derecho propio, independiente del freudianismo del cual se deriva", *American Historical Review* (abril de 1981), p. 70.

[36] Otto Lineberg: *The Human Dimension in International Relations* (Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1964), p. 95.

[37] Ver Lewis Mumford: *Technics and Civilization* (Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1934); J. F. C. Fuller: *Armament and History: A Study of the Influence of Armament on History From the Dawn of Classical Warfare to the Second World War* (Londres, Eyre & Spottiswoode, 1945); William F. Ogburn, comp.: *Technology and International Relations* (Chicago, University of Chicago Press, 1949); John U. Nef: *War and Human Progress* (Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1950); Bernard Brodie y Fawn Brodie: *From Cross bow to H-bomb* (Nueva York, Dell, 1962).

[38] Ver, por ejemplo, Paul R. Brass, comp.: *Ethnic Groups and the State* (Totowa, N. J., Barnes and Noble, 1985). Uno no debería desestimar el hecho de que las sociedades multiétnicas que son más propensas a la violencia por lo general están caracterizadas por una desigualdad política y económica perceptible y objetivamente mensurable. Ver Christopher Hewitt: "Majorities and Minorities: A Comparative Survey of Ethnic Violence", en *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, Nº 433 (septiembre de 1977), pp. 150-160. Para una explicación de por qué los escoceses, quebequenses y vascos en sus movimientos etnonacionalistas no han tenido un asombroso éxito, ver Edward A. Tiryakian y Ronald Rogowski, comps.: *New Nationalism of the Developed West* (Boston, Allen & Unwin, 1985).

[39] Georg Simmel: op. cit., pp. 43-48; Lewis Coser: op. cit., pp. 67-72. Ver la referencia a Jesse Bernard en la nota 1 supra.

[40] Edward Luttwak: *Coup d'État: A Political Handbook* (Hammodsworth, Inglaterra, Penguin, 1969); William G. Andrews y Uri Ra'anan, comp.: *The Politics of the Coup d'État* (Princeton, N. J., Van Nostrand, 1969); Morris: *Military Institutions and Coercion in the Developing Nations* (Chicago, University of Chicago Press, 1977); Amos Perlmutter y Gavin Kennedy: *The Military in the Third World* (Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1974); *The Military and Politics in Modern Times* (New Haven, Yale University Press, 1977); Robert W. Jackson y otros: "Explaining African Coups d'État", en *American Political Science Review*, 80 (marzo de 1986).

[41] Mark N. Hagopian: *The Phenomenon of Revolution* (Nueva York, Dodd, Mead, 1974), p. 1. Ver cap. 1 "What Revolution Is Not". Otros trabajos que vale la pena consultar incluyen los de Chalmers Johnson: *Revolutionary Change* (Boston, Little, Brown, 1966); Carl Leiden y Karl M. Schmitt: *The Politics of Violence: Revolution in the Modern World* (Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1968); Peter Calvert: *Revolution* (Nueva York, Praeger, 1970); Jacques Ellul: *Autopsy of Revolution* (Nueva York, Knopf, 1971); James C. Davies, comp.: *When Men Revolt and Why* (Nueva York, The Free Press, 1971); John Dunn: *Modern Revolutions - An Introduction to the Analysis of a Political Phenomenon* (Cambridge, Cambridge University Press, 1972); Thomas H. Greene: *Comparative Revolutionary Movements* (Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1974); A. S. Cohan: *Theories of Revolution* (Londres, Nelson, 1975); David Wilkinson: *Revolutionary Civil War* (Palo Alto, California, Uage-Ficklin, 1975); Mostafa Rejai: *The Comparative Study of Revolutionary Strategy* (Nueva York, McKay, 1977); Anthony Burton: *Revolutionary Violence: The Theories* (Nueva York, Crane, Russak, 1978); Peter Calvert: *Revolution and International Politics* (Nueva York, St. Martin's Press, 1984).

[42] Hannah Arendt: *On Revolution* (Nueva York, Viking, 1965). Ver también Robert Blakey y Clifford Paynton: *Revolution and the Revolutionary Ideal* (Cambridge, Mass., Schenkman, 1976); James Billington: *Fire in the Minds of Men: Origins of the Revolutionary Faith* (Nueva York, Basic Books, 1980).

[43] Frank E. Mauel: "Toward a Psychological History of Utopias", *Daedalus*, XCIV (primavera de 1965), especialmente pp. 303-309; Karl Mannhein: *Ideology and Utopia: An Introduction to the Sociology of Knowledge* (Nueva York, Harcourt Brace Javanovich-Harvet Books, 1964); Melvin Lasky: *Utopia and Revolution* (Chicago, University of Chicago Press, 1976).

[44] James H. Meisel: *Counterrevolution: How Revolutions Die* (Nueva York, Atherton, 1966), pp. 3-16, 209-220. Peter A. R. Calvert advertía contra el presupuesto de que hay una correlación intrínseca entre revolución y significativos cambios sociales. "Revolution: The Politics of Violence", *Political Studies*, V (febrero de 1967), p. 3. Cf. ambién N. K. O'Sullivan: *Revolutionary Theory and Political Reality* (Nueva York, St. Martin's Press, 1984); Seymour Martin Lipset: *Revolution and Counterrevolution: Change and Persistence in Social Structure*, edición revisada (New Brunswick, N. J., Transaction Books, 1987).

[45] John Roberts: *Revolution and Improvement: The Western World, 1775-1847* (Berkeley, University of California Press, 1975), pp. 271-272.

[46] Ver Crane Brinton: *Anatomy of Revolution* (Nueva York, Norton, 1938). La alabanza viene de James C. Davies: "The Circumstances and Causes of Revolution: A Review", *Journal of Conflict Resolution*, XI (junio de 1967), p. 248. Para las otras teorías de la revolución anteriores a la Segunda Guerra Mundial, ver Lyford P. Edward: *The Natural History of Revolution* (Chicago, University of Chicago Press, 1927), y George Pettee: *The Process of Revolution* (Nueva York, Harper & Row, 1938).

[47] Ted Robert Gurr: "Psychological Factors in Civil Violence", *World Politics*, XX (enero de 1968), pp. 252-253. Identificaba el mecanismo de frustración-agresión como "la fuente primordial de la capacidad humana para la violencia", en *Why Men Rebel* (Princeton, Princeton University Press, 1970), p. 36 y advertía que las revoluciones ocurren cuando los descontentos han sido politizados. Ibídem, p. 12.

[48] James C. Davies: "Toward a Theory of Revolution", *American Sociological Review*, XXVII (febrero de 1962), p. 7. El estudio al cual se refiere Davies es "The Psychological Consequences of Unemployment", de B. Zawadzki y P. F. Lazarsfeld, *Journal of Social Psychology*, VI (mayo de 1935), pp. 224-251. Ver también Ancel Keys y otros: *The Biology of Human Starvation* (Minneapolis, University of Minnesota Press, 1950). Robert C. Stauffer, siguiendo a Ancel Keys, James C. Davies y otros, señala que las hambrunas prolongadas y recurrentes producen cambios de actitud en la dirección de la irritabilidad y la apatía. La irritabilidad a menudo conduce a una agresividad individual aumentada y a la violencia anómica, mientras que la apatía lleva a formas de replegamiento y a una pasividad que socavan la base de la comunidad política pero impiden la acción revolucionaria concertada contra el sistema político por la necesidad de canalizar la enería humana en la tarea de la mera supervivencia. "The Biopolitics of Underdevelopment", *Comparative Political Studies*, 2 (octubre de 1969), pp. 364-365. Mark Hagopian ha hecho un planteo similar oponiéndose a la "teoría de la miseria" de Marx relativa a la revolución con la teoría de Tocqueville de la "prosperidad". *The Phenomenon of Revolution* (Nueva York, Dodd, Mead, 1974), página 171.

[49] Manus Midlarsky: "Scarcity and Inequality: Prologue to the Onset of Mass Revolution", *Journal of Conflict Resolution*, 26 (marzo de 1982), pp. 3-8. Midlarsky señala que mientras que los países industriales experimentan una creciente igualdad con la creciente abundancia, los PMS agrarios experimentan una creciente desigualdad a medida que se desarrollan.

[50] James N. Roseanu, comp.: *International Aspects of Civil Strife* (Princeton, Princeton University Press, 1964), p. 119.

[51] Arnold Feldman: "Violence and Volatility: The Likelihood of Revolution" en Harry Eckstein, comp.: *Internal War: Problems and Approaches* (Nueva York, The Free Press, 1964), p. 119.

[52] Alexis de Tocqueville: *The Old Regime and the French Revolution* (origi-

nariamente publicado en francés en 1856), trad. Stuart Gilbert (Garden City, N.Y., Doubleday-Anchor, 1955), pp. 174-177.

[53] Manfred Halpern: *The Politics of Social Change in the Middle East and North Africa* (Princeton, Princeton University Press, 1963), p. 93. Ver también P. J. Vatikiotis, comp.: *Revolution in the Middle East and Other Case Studies* (Totowa, N. J., Rowman and Littlefield, 1972) y Gerard Chaliand: *Revolution in the Third World* (Nueva York, Viking, 1977).

[54] Crane Brinton: op. cit., p. 115. Sobre este aspecto ver también Vernon Van Dyke: *International Politics*, 2ª edición (Nueva York, Appleton, 1966), p. 327.

[55] Mancur Olson, Jr., ha demostrado cómo el crecimiento económico rápido afloja los vínculos de clase y casta que unen a la gente al orden social y cómo el crecimiento económico de un país puede aumentar significativamente el número de personas que perciben, a menudo correctamente, que su nivel de vida está declinando, si bien el ingreso per cápita pueda estar aumentando. "Rapid Growth as a Destabilizing Force", *The Journal of Economic History*, 23 (diciembre de 1963), pp. 529-552. Llega a la conclusión de que "el crecimiento económico rápido, lejos de ser la fuente de tranquilidad interna que a veces se supone que es, es más bien una fuerza perturbadora y desestabilizadora que lleva a la inestabilidad política". Ibídem, p. 552. Ver también la nota 50 supra.

[56] Ver, por ejemplo, Daniel Bell: *The Cultural Contradictions of Capitalism* (Nueva York, Basic Books, 1976), pp. 223-227. Cf. También Eugene Linden: *Affluence and Discontent* (Nueva York, Viking, 1979). El tema básico de Linden es que las necesidades religiosas tradicionales se han traducido en la cultura secular moderna, en apetitos materiales de nuevos productos y políticas diseñados para promover el bienestar económico. Estos apetitos no pueden ser satisfechos porque las respuestas materiales a necesidades espirituales exacerban esos mismos descontentos que estamos buscando desesperadamente anular. Los deseos han reemplazado a la necesidad, dice Bell, y, al eliminarse los efectos restrictivos de una ética religiosa, los deseos se vuelven ilimitados e insaciables.

[57] James C. Davies: op. cit., p. 6.

[58] Ted Robert Gurr y Mark Irving Lichbach advertían esto en "Forecasting Internal Conflict: A Competitive Evaluation of Empirical Theories", *Comparative Political Studies*, 19 (abril de 1986), p. 4, donde citan críticas anteriores a este efecto de A. S. Cohan y Harry Eckstein.

[59] Ivo K. y Rosalind L. Feierabend: "Aggressive Behaviors Within Polities, 1948-1962: A Cross-National Study", *Journal of Conflict Resolution*, X (septiembre de 1966), pp. 25-256. Para un análisis crítico de los esfuerzos por explicar la violencia colectiva principalmente por referencia a "la privación relativa" (en los trabajos de James Davies, Ted Robert Gurr y I. K. y R. L. Feierabend) ver David Snyder: "Collective Violence: A Research Agenda and Some Strategic Considerations", *Journal of Conflict Resolution*, Vol. 22 (septiembre de 1978), especialmente pp. 501-504.

[60] I. K. y R. L. Feierabend: op. cit., p. 257.

[61] Ferdinand Tönnies: *Community and Society - Gemeinschaft und Gesellschaft*, Carles P. Loomis trad. y comp. (East Lansing, Michigan State University Press, 1957).

[62] Edward A. Shils: "The Intelectual in the Political Development of the New States", *World Politics*, XII (abril de 1960), pp. 329-368. Ver también Robert Waelder: "Protest and Revolution Against Western Societies", en Morton A. Kaplan, comp.: *The Revolution in World Politics* (Nueva York, Wiley, 1962).

[63] Sólo los trabajos más importantes pueden citarse aquí: Daniel Lerner: *The Passing of Traditional Society* (Nueva York, The Free Press, 1958); Gabriel A. Almond y James S. Coleman, comps.: *The Politics of Developing Areas* (Princeton, Princeton University Press, 1960); David E. Apter: *The Politics of Modernization* (Chicago, University of Chicago Press, 1965); Lucian W. Pye: *Aspects of Political Development* (Boston, Little, Brown, 1966); Samuel P. Huntington: *Political Order in Changing Societies* (New Haven, Yale University Press, 1968); Jason L. Fingle y Richard W. Gable: *Political Development and Social Change* (Nueva York, Wiley, 1968); Robert Gamer: *The Developing Nations: A Comparative Perspective* (Boston, Allyn & Bacon, 1976); Edward L. Morse: *Modernization and the Transformation of International Relations* (Nueva York, The Free Press, 1976).

[64] Sobre la movilización y la organización, ver William H. Friedland y otros: *Revolutionary Theory* (Totowa, N. J., Allenheld, 1982).

[65] Charles Tilly: *From Mobilization to Revolution* (Reading, Mass., Addison-Wesley, 1978), cap. 2.

[66] Tilly señala que la mayoría de las teorías del comportamiento colectivo de este siglo han incluido el argumento de Durkheim en una versión u otra. Como ejemplos, Tilly cita a Chalmers Johnson: *Revolutionary Change* y a Samuel P. Huntington: *Political Order in Changing Societies* (ver notas 42 y 61 en este capítulo).

[67] Tilly: op. cit., p. 50. Tilly suministra una bibliografía abarcadora de la bibliografía norteamericana y europea sobre el conflicto social, la revolución, la acción colectiva y temas vinculados. Pp. 307-336.

[68] Lawrence Stone: "Theories of Revolution", *World Politics*, XVII (enero de 1966), p. 168. Ver también Bruce Mazlish: *The Revolutionary Ascetic Evolution of a Political Type* (Nueva York, Basic Books, 1976).

[69] Aun los individuos difieren en sus relaciones. La tolerancia a la frustración varía y las diferentes personas se frustran por cosas diferentes. Gardner Lindzey: "Frustration Tolerance, Frustration Susceptibility and Overt Disturbance", reimpreso en Zawodky, comp.: op. cit., vol. I, pp. 30-34. Se sabe, también, que hay una relación entre los antecedentes de clase y las formas de expresar la agresividad: las clases más pobres y menos educadas son más proclives a cometer agresión física; las clases medias mejor educadas, tienden a la agresión psicológica. Martin Gold: "Suicide, Homicide and the Socialization of Aggression", en Bartlett H. Stoodley, comp.: *Society and Self: A Reader in Social Psichology* (Nueva York, The Free Press, 1962), pp. 278-293.

[70] En la gran novela de André Malraux sobre la Revolución China, publicada en 1933, se nos da un retrato del terrorista revolucionario Ch'en que se entiende como un sacerdote sacrificial antes de matar a sus víctimas, que desprecia a aquellos que no matan, que contempla el asesinato con éxtasis y que hace del terror todo el sentido de la vida. *La condición humana*, trad. al inglés Haakon M. Chevalier (Nueva York, Random House [Vintage Books], 1967), pp. 10, 64, 163 y 233. "Había un mundo de asesinato y lo abrazaba como una especie de calidez." Ibídem, p. 10. Para un análisis de la novela de Malraux, consultar Irving Howe: *Politics and the Novel* (Nueva York, Fawcett, 1967), pp. 209-221. Para una amplia discusión de *La condición humana* tanto como de la posición ideológica de Malraux, como novelista, revolucionario y ministro, ver David Wilkinson: "Malraux, Revolutionist and Minister", en Walter Laqueur y George L. Mosse, comps.: *The Left-Wing Intellectuals Between the Wars, 1919-1939* (Nueva York, Harper & Row [Torchbooks], 1967). Para un análisis de la violencia como búsqueda de sentido y del "secreto amor por la violencia" como algo que disfruta extáticamente el rebelde, ver Rollo May: *Power and Innocence: A Search for the Sources of Violence* (Nueva York, Norton, 1972), caps. 8, 9 y 10.

[71] Mao Tse-tung: "On Protracted War" en *Selected Works of Mao Tse-tung* (Londres, Lawrence and Wishart, 1954), vol. II, pp. 188-201-202.

[72] Ver A. F. K. Organski: *The Stages of Political Development* (Nueva York, Knopf, 1965), especialmente pp. 132-133; Karl W. Deutsch: "Social Mobilization and Political Development", *American Political Science Review*, IV (septiembre de 1961); Gil Carl Alroy: *Te Involvement of Peasants in Internal Wars* (Princeton, Center of International Studies, Princeton University, 1966); Theda Skocpol: *States and Social Revolution* (Londres, Cambridge University Press, 1979). Skocpol compara los papeles de los campesinos en tres revoluciones.

[73] Robert W. McColl: "A Political Geography of Revolution: China, Vietnam and Thailand", *Journal of Conflict Resolution*, I (junio de 1967), pp. 153-167.

[74] "Que toda guerra interna crea una demanda de intervención externa", escribe George Modelski, está "implícito en la lógica de la situación". "The International Relations of Internal War" en James N. Roseanu, comp.: *International Aspects of Civil Strife* (Princeton, Princeton University Press, 1964), p. 20. Ver Richard Little: *Intervention: External Involvement in Civil Wars*

(Totowa, N. J., Rowman and Littlefield, 1975); Peter Calvert: *Revolution and International Politics* (Nueva York, St. Martin's Press, 1984).

[75] Ver Karl W. Deutsch: "External Involvement in Internal War" en Harry Eckstein, comp.: *Internal War*, pp. 100-110.

[76] Ibídem, p. 102.

[77] Ekkhart Zimmerman: *Political Violence, Crises, and Revolution* (Cambridge, Mass., Schenkman, 1983); Jack A. Goldstone: "Theories of Revolution", *World Politics* (abril de 1980).

[78] Bard O'Neill, William Heaton y Donald Laberts, comps.: *Insurgency in the Modern Age* (Boulder, Colo., Westview Press, 1980); Mark Hagopian: *The Phenomenon of Revolution* (Nueva York, Dodd, Mead, 1974); Thomas Greene: *Comparative Revolutionary Movements* (Englewood Cliffs, N. J., Prentice Hall, 1974); Mostafa Rejai: *The Comparative Study of Revolutionary Strategy* (Nueva York, David McKay, 1977).

[79] Stephen Hosmer y Thomas Wolfe: *Soviet Policy and Practice Toward Third World Conflicts* (Lexington, Mass., Lexington Books, 1983); Bruce Porter: *The USSR In Third World Conflicts* (Londres, Cambridge University Press, 1984); Joseph Whelan y Michael Dixon: *The Soviet Union in the Third World: Threat to World Peace* (Nueva York, Pergamon-Brassey's, 1986).

[80] John Dziak: "Military Doctrine and Structure" en Uri Ra'anan, Robert L. Pfaltzgraff, Jr., Richard Shultz, Ernst Halperin e Igor Lukes, comps.: *Hydra of Carnage: International Lindages of Terrorism* (Lexington, Mass., Lexington Books, 1985) y Chekisty: *History of the KGB* (Lexington, Mass., Lexington Books, 1987); John Collins: *Green Berets, SEALS, and Spetsnaz: U.S. and Soviet Special Military Operations* (Nueva York, Pergamon-Brassey's, 1987).

[81] John F. Cooper y Daniel S. Papp, comps.: *Communist Nations' Military Assistance* (Boulder, Colo., Westview Press, 1983); W. Scott Thompson: *Power Projection* (Nueva York, National Strategy Information Center, 1978).

[82] Richard Shultz: *The Soviet Union and Revolutionary Warfare: Principles, Practices, and Regional Comparisons* (Stanford, California, Hoover Institution Press, 1988); Uri Ra'anan y otros, comps.: op. cit.; Dennis Bark, comp.: *The Red Orchestra* (Stanford, California, Hoover Institution Press, 1986); Walter Laqueur, comp.: *The Patterns of Soviet Conduct in the Third World* (Nueva York, Praeger Press, 1983). Shultz examina cuatro ejemplos específicos en su completa evaluación de los éxitos y fracasos soviéticos en el período que va de fines de los años sesenta a mediados de los ochenta.

[83] Paul Lineberger: *Psychological Warfare* (Washington, D.C., Infantry Journal Press, 1948); William Daugherty y Morris Janowitz, comps.: *A Psychological Warfare Casebook* (Baltimore, Md., Johns Hopkins University Press, 1958); Daniel Lerner, comp.: *Propaganda in War and Crisis* (Nueva York, Stewart Publishers, 1950); Harold Lasswell y otros: *Language of Politics* (Nueva York, Stewart Publishers, 1949); Jacques Ellul: *Propaganda: The Formation of Men's Attitudes* (Nueva York, Alfred A. Knopf, 1965).

[84] Richard Shultz y Roy Godson: *Dezinformatsia: Active Measures in Soviet Strategy* (Nueva York, Pergamon-Frassey's, 1984); Paul A. Smith, Jr.: *On Political Warfare* (Washington, D.C., National Defense University Press, 1988); Carnes Lord, comp.: *Psychological Warfare in U.S. Strategy* (Washington, D.C., National Defense University Press, 1988); Donald Brown: *International Radio Broadcasting* (Nueva York, Praeger, 1982); Ladislav Bittman: *The KGB and Soviet Disinformation* (Nueva York, Pergamon-Brassey's, 1985) y *The New Image-Makers: Soviet Propaganda and Disinformation Today* (Nueva York, Pergamon-Brassey's, 1988).

[85] Ra'anan y otros, comps.: op. cit.; Bark, comp.: op. cit.; Shultz: "The Soviet Union and Revolutionary Warfare" y "Soviet Use of Surrogates to Project Power into the Third World", *Parameters* (otoño de 1986).

[86] El término *conflicto de baja intensidad* empezó a usarse entre los especialistas de seguridad nacional norteamericanos en la segunda mitad de la década de los años setenta. Ver George Tanham y otros: "United States Preparation for Future Low-Level Conflict", *Conflict*, Nº 1-2 (1978); Sam Sarkesian y William Scully, comps.: *U.S. Policy and Low Intensity Conflict* (New Brunswick, N. J., Transaction Books, 1981). La terminología puede haber sido tomada del especialista británico Frank Kitson. Ver Kitson: *Low Intensity Operations* (Harrisburg, Pa. Stackpole, 1971).

[87] Sam C. Sarkesian: *The New Battlefield* (Westport, Conn., Greenwood Press, 1986); Stephen Hosmer y George Tanham: *Countering Covert Aggression* (Santa Monica, California, The Rand Corporation, 1986); David Dean, comp.: *Low Intensity Conflict and Modern Technology* (Maxwell Air Force Base, Ala., Air University Press, 1986). Ver también *U.S. Army Training and Doctrine Command Pamphlet 525-44: U.S. Army Operational Concept of Low Intensity Conflict* (Fort Monroe, Va., Army Traning and Doctrine Command, 1986).

[88] Sarkesian: op. cit.; Frank Barnett, Hug Tovar y Richard Shultz, comps.: *Special Operations in U.S. Strategy* (Washington, D.C., National Defense University Press); Richard Shultz: "Discriminate Deterrence and Low Intensity Conflict: The Unintentional Legacy of the Reagan Administration", *Conflict* (en prensa, 1989); Michael Klare y Peter Kornbluh: *Low Intensity Warfare* (Nueva York, antheon, 1988P); D. Michael Shafer: *Deadly Paradigms* (Princeton, Princeton University Press, 1988); John Prados: *President's Secret Wars* (Nueva York, William Morrow, 1986).

[89] Ver, por ejemplo, A. J. Bacevich, James D. Hallums, Richard H. White y Thomas Young: *American Military Policy in Small Wars: The Case of El Salvador* (Nueva York, Pergamon-Brassey's, 1988).

[90] Collins: *Green Berets, SEALS, and Spetsnaz: U.S. and Soviet Special Military Operations*; Richard Shultz, Robert L. Pfaltzgraff, Uri Ra'anan, William Olsen e Igor Lukes, comps.: *Guerrilla Warfare and Counterinsurgency: U.S. Soviet Policy and the Third World* (Lexington, Mass., Lexington Books, 1988); David Chartes y Maurice Tugwell, comps.: *Armies in Low Intensity Conflict* (Ottawa, Department of National Defense, 1985); Ian F. W. Backett y John Pimlott, comps.: *Armed Forces & Modern Counterinsurgency* (Nueva York, St. Martin's Press, 1985); William Burgess: "Iranian Special Operations in the Iran-Iraq War", *Conflict* (1º de noviembre de 1986).

[91] Kenneth N. Waltz: *Man, the State and War* (Nueva York, Columbia University Press, 1958), p. 101.

[92] Ver los siguientes artículos de Paul Diehl: "Arms Races and Escalation: A Closer Look", *Journal of Peace Research*, 20, 3 (1983), pp. 205-212; "Arms Races to War: Testing Some Empirical Linkages", *Sociological Quarterly*, 26, 3 (1985), pp. 331-349; "Armaments Without War: An Analysis of Some Underlying Effects", *Journal of Peace Research*, 22, 3 (1985), pp. 249-259.

[93] Dean G. Pruitt y Richard C. Snyder, comps.: *Theory and Research of the Causes of War* (Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1969), pp. 4-5.

[94] Quincy Wright: *A Study of War*, vol. I (Chicago, University of Chicago Press, 1942), p. 17. Ver también vol. II, p. 739, donde afirma que la guerra "tiene causas político-tecnológicas, jurídico-ideológicas, sociorreligiosas y psicoeconómicas". El clásico de Wright se reimprimió en 1983.

[95] Karl W. Deutsch: "Quincy Wright's Contribution to the Study of War: A Preface to the Second Edition", *Journal of Conflict Resolution*, XIV (diciembre de 1970), pp. 474-475.

[96] Clyde Eagleton: *International Government*, ed. rev. (Nueva York, Ronald, 1948), p. 393. Ver Quincy Wright sobre "The Political Utility of War", en *A Study of War*, vol. II, pp. 853-860.

[97] Para un análisis reflexivo y crítico de las contribuciones de los científicos conductistas antes de 1959 al control de la violencia entre los estados, ver Kenneth N. Waltz: op. cit., pp. 42-79. Waltz anticipó la conclusión investigada aquí, es decir que los conductistas deben tomar más en cuenta el marco político de los temas de guerra y paz. Ver también L. L. Farrar, Jr., comp.: *War: A Historical, Political and Social Study* (Santa Barbara, California, ABC-Clio, 1978); Geoffrey Blainey: op. cit., y Manus I. Midlarsku: *On War: Political Violence in the International System* (Nueva York, The Free Press, 1975).

[98] Ver Franklyn Griffiths y John C. Polanyi, comps.: *The Dangers of Nuclear War* (Toronto, University of Toronto Press, 1979); Richard Ned Lebow: *Between Peace and War: The Nature of International Crisis* (Baltimore, Md., Johns

Hopkins University Press, 1981); Daniel Frei, con la colaboración de Christian Catrina: *Risks of Unintentional Nuclear War*, United Nations Institute for Disarmament Research (Totowa, N. J., Allenheld, Osmun, 1983).

[99] Ver Theodore Abel: "The Elements of Decision in the Pattern of War", *American Sociological Review*, VI (diciembre de 1941), pp. 853-859.

[100] "Motives and Perceptions Underlying Entry into War", Introducción a la parte 2 en Pruitt y Snyder, comps.: op. cit., pp. 22-26.

[101] J. David Singer: "Threat Perception and National Decision-Makers", en Pruitt y Snyder, comps.: op. cit., pp. 39-42.

[102] Raymond L. Garthoff: "On Estimating and Imputing Intentions", *International Security*, 2 (invierno de 1978), pp. 22-32. Ver Richard Pipes: "Why the Soviet Union Thinks It Could Fight and Win a Nuclear War", *Commentary*, 64 (julio de 1977), pp. 21-34; Paul H. Nitze: "Deterring Our Deterrent", *Foreign Policy*, Nº 25 (invierno de 1976-1977), pp. 195-201; "Soviet Strength and Fears", Informe del Centro para el Estudio de las Instituciones Democráticas en World Issues (octubre-noviembre de 1977), pp. 22-30; Bernard Brodie: "The Development of Nuclear Strategy", *International Security*, 2 (primavera de 1978), pp. 65-83 y Stanley Sienkiewicz: "SALT and Soviet Nuclear doctrine", pp. 84-100.

[103] Frederick L. Schuman: *International Politics*, 5ª edición (Nueva York, McGraw-Hill, 1953, p. 230.

[104] Hans J. Morgenthau: *Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace*, 4ª edición (Nueva York, Knopf, 1967), p. 392.

[105] Michael Howard: *The Causes of Wars* (Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1983), cap. 3 "The Strategic Approach to International Relations".

[106] En 1957, Anatol Rapoport escribió un número monográfico especial del *The Journal of Conflict Resolution* consagrado exclusivamente al trabajo de Richardson. Richardson fue primero distinguido por su trabajo científico en el campo de la meteorología, por lo cual se lo eligió como miembro de la Royal Society en 1926. Su experiencia en meteorología influyó en su método de investigación sobre carreras armamentistas y guerras. Aun reconociendo la dificultad de predecir siquiera el tiempo del día siguiente usando hasta 60.000 computadoras de ese momento, estaba convencido de que los acontecimientos que parecen estar gobernados por el azar (tales como el tiempo), están sujetos a leyes naturales y, en consecuencia, son predecibles siempre que se puedan procesar los datos suficientes. Ver Anatol Rapoport: "Lewis Fry Richardson", *International Encyclopedia of the Social Sciences*, op. cit., vol. 13, p. 514.

[107] El trabajo principal de Lewis F. Richardson sobre la matemática de las carreras armamentistas es *Arms and Insecurity: A Mathematical Study of the Causes and Origins of War* (Pittsburgh, Pa., Boxwood Press, 1960). En otro trabajo, *Statistics of Deadly Quarrels*, clasificaba las luchas mortales entre los estados sobre la base de díadas de estados, la duración de las guerras y los intervalos de paz en los modelos de repeticiones de guerras, la probabilidad de que los aliados y los enemigos se agruparan de forma similar en guerras subsiguientes y la correlación entre la incidencia de las guerras y factores tales como la proximidad geográfica, la población, la religión y la lengua.

[108] Lewis F. Richardson: *Arms and Insecurity*, op. cit., pp. 13-15.

[109] Dina A. Zinnees: *Contemporary Research in International Relations* (Nueva York, The Free Press, 1976), p. 322. Agrega que "si bien es probablemente justo decir que un presupuesto subyacente de los modelos de carrera armamentista es que suministran una explicación posible para procesos que parecen resultar en algunas guerras, debe admitirse que Richardson no vincula formalmente los gastos de defensa y el estallido de la guerra en ninguno de los modelos de carrera armamentista que construye". Ibídem, p. 332. Éste es un punto extremadamente importante para recordar, en la medida en que tantos autores que no han estudiado a Richardson tan cuidadosamente como Zinnes o quizás ni siquiera han leído sus trabajos, invariablemente citan su investigación como una muestra científica y concluyente de que las carreras armamentistas llevan a la guerra. El estudioso preparado en matemáticas encontrará una exposición y análisis completos del modelo básico de Richardson en Zinnes, op cit., pp. 333-369.

[110] Paul Diehl: "Arms Races and Escalation: A Closer Look", *Journal of Peace Research*, 20 (3), (1983), pp. 205-212; "Arms Raises to War: Testing Some Empirical Linkages", *Sociological Quarterly*, 26 (3), (1985), pp. 331-349.

[111] Ver Dina A. Zinnes: op. cit., pp. 339-354; Kenneth Boulding: *Conflict and Defense* (Nueva York, Harper & Row, 1962), pp. 19-40 y Robert C. North, Richard A. Brodie y Ole R. Holsti: "Some Empirical Data on the Conflict Spiral", *International Peace Research Society Papers*, 1 (1964), pp. 1-14.

[112] Dina A. Zinnes: op. cit., p. 369.

[113] Dina A. Zinnes le consagra el capítulo 15 al trabajo de Quincy Wright, Kenneth Boulding, Dean Pruitt y varios otros. Para la descripción de un esfuerzo por aplicar el modelo de Richardson de negociaciones de armas ver P. Terrence Hopmann y Theresa C. Smith: "An Application of a Richardson Process Model: Soviet-American Interactions in the Test Ban Negotiations, 1962-1963", *Journal of Conflict Resolution*, XXI (diciembre de 1977), pp. 701-726.

[114] Martin Patchen: "Models of Cooperation and Conflict: A Critical Review", *Journal of Conflict Resolution*, XIV (septiembre de 1970, pp. 389-408. Charles W. Ostrom, Jr., después de probar empíricamente dos modelos del proceso de toma de decisiones en el gasto de defensa norteamericano, no pudo distinguir el modelo de carrera armamentista del modelo de proceso organizativo (ver el Capítulo 11; "Teorías de toma de decisiones"), en lo que atañe a la exactitud de los pronósticos. "Evaluating Alternative Foreign Policy Decision Making Models", ibídem, XXI (junio de 1977), pp. 235-266.

[115] John V. Gillespie, Dina A. Zinnes y otros han advertido que el modelo de Richardson no contiene ningún cálculo de decisión. "Las ecuaciones son meramente una descripción de lo que la gente haría si no se detuviera a pensar." "An Optimal Control Model of Arms Race", *American Political Science Review*, LXXI (marzo de 1977), pp. 226-244, citado en la página 226. Más adelante, Zinnes y Robert G. Muncaster llegaron a la conclusión, a partir de un modelo de dinámica de la hostilidad, de que es posible predecir el momento en que se producirá la guerra y el nivel de hostilidad necesario para provocar su estallido. "The Dynamics of Hostile Activity and The Prediction of War", *Journal of Conflict Resolution*, 28 (junio de 1984), pp. 187-229. Ver también J. David Singer: "Confrontational Behavior and Escalation to War, 1816-1980: A Research Plan", *Journal of Peace Research*, 19, Nº 1 (1982).

[116] Ver nota 45 del Capítulo 6. Michael D. Wallace ha aducido pruebas para indicar que las disputas precedidas por carreras armamentistas por lo general de hecho escalan hasta llegar a guerra (23 de 28 veces), mientras que las disputas no precedidas por carreras armamentistas difícilmente escalen nunca hasta llegar a una guerra (3 veces de 71). "Arms Races and Escalation", *Journal of Conflict Resolution*, 23 (marzo de 1979), pp. 3-16.

[117] Cuando se hace un esfuerzo por introducir variables adicionales, tales como un nivel de armas mínimo aceptable y relaciones aceptables de niveles de armas en los estados rivales, la matemática se vuelve mucho más compleja. Ver William R. Caspary: "Richardson's Model of Arms Race: Description, Critique and an Alternative Model", *International Studies Quarterly*, XI (marzo de 1967), pp. 63-88.

[118] David W. Ziegler, citando a Samuel P. Huntington, escribe: "En la década de 1860, los británicos reemplazaron sus barcos de madera por barcos de hierro como respuesta a la innovación francesa, sin embargo gastaron menos en su armada en esos años de lo que lo habían hecho en los anteriores". *War, Peace and International Politics*, 4ª ed. (Boston, Little, Brown, 1987), p. 206.

[119] Ibídem.

[120] Albert Wohlstetter: "Is There a Strategic Arms Race?", *Foreign Policy*, 15 (verano de 1974), pp. 3-20, y "Rivals, But No 'Race'", ibídem, 16 (otoño de 1974), pp. 48-81. Otro analista, después de estudiar los gastos de armamentos soviéticos y norteamericanos a lo largo del período 1948-1970, sugirió que los aumentos en el presupuesto militar norteamericano podían explicarse en gran medida por *cambios* en la tecnología militar norteamericana, mientras que la expansión de capacidades productivas en un nivel más estable de tecnología militar era saliente en el caso de la Unión Soviética. W. Lacd Hollist: "An

Analysis of Arms Processes in the United States and the Soviet Union", *International Studies Quarterly*, 21 (septiembre de 1977), pp. 503-528. Earl R. Brubake ha demostrado que las decisiones de acumular armas dependen en parte de las anticipaciones acerca del carácter militar-tecnológico de la guerra futura y el problema de las existencias residuales después del gasto inicial de armas y los ataques subsiguientes. "Economic Models of Arms Races", *Journal of Conflict Resolution*, XVII (junio de 1973), pp. 187-205.

[121] A. F. K. Organski: *World Politics* (Nueva York, Knopf, 1958), cap. 12 (2ª ed., 1968), cap. 14.

[122] Ver G. S. Barghava: *India's Security in the 1980s* (Londres, International Institute of Strategic Studies, Adelphi Paper Nº 125, verano de 1976), pp. 5-6. Erich Weede ha descubierto que una preponderancia abrumadora o de diez a uno es favorable a la prevención de la guerra. "Overwhelming Preponderance as a Pacifying Condition Among Contiguous Asian Dyads, 1950-1969", *Journal of Conflict Resolution*, XX (septiembre de 1976), pp. 396-411.

[123] A. F. K. Organski, op. cit., 1958, pp. 319-320; 1968, pp. 357-359. La hipótesis de que la violencia internacional letal entre pares de estados contiguos es más probable si los dos estados son igualmente poderosos, fue sustanciada en un estudio empírico de un período reciente de cinco años. Ver David Graham: "Power Parity and Lethal International Violence, 1969-1973", *Journal of Conflict Resolution*, XX (septiembre de 1976), pp. 379-391.

[124] Inis L. Claude: *Power and International Relations* (Nueva York, Random House, 1962), p. 56.

[125] Michael P. Sullivan: *International Relations: Theories and Evidence* (Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1976), pp. 166-167.

[126] John W. Burton ha aducido que el Japón recurrió a una política de fuerza en la década de 1930 porque otras potencias "no estaban preparadas para hacer los ajustes necesarios para permitirle al Japón desarrollarse" a través del acceso a los mercados internacionales. *Peace, Theory: Preconditions of Disarmament* (Nueva York, Knopf, 1962), p. 9.

[127] Nazli Choucri y Robert C. North: *Nations in Conflict: National Growth and International Violence* (San Francisco, California, Freeman, 1975).

[128] Ibídem, p. 2.

[129] Ibídem, p. 278.

[130] Ibídem, pp. 15-17.

[131] Ibídem, pp. 17-22.

[132] Ibídem. Los autores también descubrieron que los aumentos en el presupuesto militar de un país podían deberse a una expansión rival en una zona no militar. Ver cap. 13, "Military Expenditures".

[133] Ibídem, p. 284.

[134] Ibídem, pp. 285-286. Los autores señalan que las acciones tomadas en una parte de un sistema para aliviar la tensión pueden producir consecuencias inesperadas en otra parte y que las políticas que apuntan a resultados deseables de corto plazo a menudo pueden implicar un precio elevado a largo plazo.

[135] Robert C. North y Nazli Choucri: "Economic and Political Factors in International Conflict and Integration", *International Studies Quarterly*, 27 (diciembre de 1983), pp. 451-453, 459.

[136] Pitirim A. Sorokin: *Social and Cultural Dynamics* (Nueva York, American Book, 1937), vol. 3. *Fluctuation of Social Relationships, War and Revolution.* Sorokin contó 862 guerras europeas en el período 1100-1925. Ibídem, p. 283. El estudio clásico de Sorokin se publicó en cuatro volúmenes (Englewood Cliffs, N. J., Badminster Press, 1962).

[137] Quincy Wright: op. cit. Wright estimaba que había alrededor de 200 guerras importantes entre 1480 y 1941. Ibídem, p. 651.

[138] Lewis F. Richardson: *Statistics of Deadly Quarrels*, cap. 2. Richardson sumó la violencia interna e internacional de mayor nivel, identificando un total de 317 incidentes entre 1820 y 1949. Sus totales son comparables a los de Singer y Small (ver nota 164) para ambas categorías. Singer y Small descubrieron 367 incidentes de este tipo entre 1816 y 1942.

[139] Los datos básicos primordiales para los Correlatos del Proyecto de Guerra se encuentran en J. David Singer y Melvin Small: *The Wages of War, 1816-1965: A Statistical Handbook* (Nueva York, Wiley, 1972). Su investigación original se actualizó y refinó en J. David Singer, comp.: *The Correlates of War*, Vol. I, *Research Origins and Rationale* (Nueva York, The Free Press, 1979); Vol. II, *Testing Some Realpolitik Models* (Nueva York, Free Press, 1980); Melvin Small y J. David Singer: *Resort to Arms: International and Civil Wars, 1816-1980* (Nueva York, The Free Press, 1980); y Melvin Small y J. David Singer, comps.: *International War: An Anthology and Study Guide* (Homewood, Illinois, Dorsey Press, 1985). Ver también J. David Singer: "Accounting for International War: The State of the Discipline", *Journal of Peace Research*, 18, Nº 1 (1981). Para una descripción del desarrollo de los Correlatos del Proyecto de Guerra y la investigación ulterior que estimuló, ver el excelente artículo de revisión de John A. Vásquez: "The Steps to War: Toward a Scientific Explanation of Correlates of War Findings", *World Politics* (Vol. 40, Nº 1, 1988), pp. 108-145.

[140] Jack S. Levy: "Historical Trends in Great Power War, 1495-1975", *International Studies Quarterly*, 26 (junio de 1982), p. 298; Jack S. Levy y T. Clifton Morgan: "The Frequence and Seriousness of War: An Inverse Relationship?", *Journal of Conflict Resolution*, 28 (diciembre de 1984), pp. 731-749.

[141] Singer y Small: *The Wages of War*, p. 287.

[142] John G. Stoessinger: *Why Nations Go To War* (Nueva York, St. Martin's, 1974), p. 219. Stoessinger coincide en que los iniciadores por lo general ganaban en el siglo XIX. Para una descripción de la errada fe de muchos iniciadores de guerras que creían que una rápida victoria les sería propicia, ver Geoffrey Blainey: op. cit., cap. 3 "Dreams and Delusions of a Coming War".

[143] Melvin Small y J. David Singer: "Patterns in International Warfare" en *The Annals* (Collective Violence), Nº 391 (septiembre de 1970), pp. 147-149. En este artículo, los autores mencionaban tentativamente la posibilidad de un ciclo de 20 años. También citaban un trabajo de Frank H. Denton y Warren Philips, quienes sacaron de los datos de Wright, Sorokin y Richardson un ciclo de guerra cada 30 años desde 1680. "Some Patterns in the History of Violence", *Journal of Conflict Resolution*, XII (junio de 1968), pp. 182-195. Singer y Small finalmente fijaron el ciclo entre 20 y 40 años, lo cual parecería ser un ciclo en cierta forma irregular. Los ciclos de un siglo de Arnold Toynbee y los ciclos generacionales de Lewis F. Richardson se discuten en Geoffrey Blainey: op. cit., pp. 5-9.

[144] Francis A. Beer: *Peace Against War: The Ecology of International Violence* (San Francisco, California, W. H. Freeman, 1981), p. 50. Beer suministra útiles resúmenes de una amplia cantidad de literatura, de investigadores tanto tradicionales como conductistas-cuantitativos, sobre las causas, características y consecuencias de la guerra.

[145] Gaston Bouthoul dijo que la guerra estalla cuando hay una "plétora de hombres jóvenes que sobrepasan las tareas indispensables de la economía". Jacques Ellul, citando esta afirmación, escribe: "La multiplicación de los hombres que están excluidos del trabajo es lo que provoca la guerra". *The Technological Society* (Nueva York, Random House [Tintage Books], 1964), p. 137.

[146] William R. Thompson: "Phases of the Business Cycle and the Outbreak of War", *International Studies Quarterly*, 26 (junio de 1982). Ver también su "Uneven Economic Growth, Systemic Challenges and Global Wars", ibídem, 27 (diciembre de 1983) y Raimo Vayrynen: 'Economic Cycles, Power Transitions, Power Management and Wars between Major Powers", ibídem. El ulterior artículo de Thompson aborda la pregunta más amplia de si los cambios en la estructura de poder económico en la economía mundial capitalista constituyen la raíz de la guerra entre las grandes potencias durante los últimos 500 años, como Christopher Chase-Dunn lo ha aducido. Thompson plantea preguntas críticas acerca del modelo Chase-Dunn.

[147] Richard K. Ashley: *The Political Economy of War and Peace* (Londres, Francis Pinter, Nueva York, Nichols, 1980).

[148] Benjamin A. Most y Harvey Starr: "Conceptualizing 'War': Consequences for Theory and Research", *Journal of Conflict Resolution*, 27 (marzo de 1983), pp. 154-157.

[149] Michael D. Wallace: "Arms Races and Escalation: Some New Evidence",

Journal of Conflict Resolution, 23 (marzo de 1977), pp. 3-16 y "Armaments and Escalation", *International Studies Quarterly*, 26 (marzo de 1982), pp. 37-56.

150 Francis A. Beer: op. cit., p. 234. Con referencia al punto sobre el menor esfuerzo de defensa norteamericano, Beer cita a W. Laddis Hollist: op. cit., Nota 120 supra).

151 Miroslav Nincic: *The Arms Race* (Nueva York, Praeger, 1982); Stephen J. Majeski y David L. Jones: "Arms Race Modeling: Causality Analysis and Modern Specification", *Journal of Conflict Resolution*, 25 (junio de 1981), páginas 250-288.

152 John C. Lambelet: "Do Arms Races Lead to War?", *Journal of Peace Research*, 12, Nº 12 (1975), pp. 123-128.

153 J. David Singer: "Threat Perceptions and the Armament-Tension Dilemma", *Journal of Conflict Resolution*, 2 (marzo de 1958), pp. 90-105.

154 Michael D. Wallace: "Arms Races and Escalation", pp. 4-6.

155 Michael D. Wallace: "Armaments and Escalation", pp. 40-48.

156 Michael F. Altfeld: "Arms Races? - and Escalation? A Comment on Wallace", *International Studies Quarterly*, 27 (junio de 1983), pp. 225-231. Erich Weede: "Arms Races and Escalation: Some Persisting Doubts", *Journal of Conflict Reduction*, 24 (junio de 1980), pp. 285-287. Ver también la nota 110 supra.

157 A. F. K. Organski y Kugler: *The War Ledger* (Chicago, University of Chicago ress, 1980), p. 61.

158 A. F. K. Organski y Kugler también demuestran, de forma no demasiado sorprendente, que a continuación de las guerras, los perdedores generalmente alcanzan a los ganadores y en unos 15 ó 18 años por lo general están de vuelta en los niveles que habrían alcanzado en caso de que no hubiera habido guerra. Ibídem, p: 212.

159 Hank Houweling y Jan Siccama: "Power Transitions as a Cause of War", *Journal of Conflict Resolution*, 32 (marzo de 1988).

160 Michael D. Intriligator y Dagobert L. Brito: "Can Arms Races Lead to the Outbreak of War?", ibídem, 28 (marzo de 1984), pp. 63-64. Para una crítica, ver Thomas F. Mayer: "Arms Races and War Initiation: Some Alternatives to the Intriligator-Brito Model", ibídem, 30 (marzo de 1986), pp. 3-28.

161 Robert C. North y Matthew Williard: "The Convergence Effect: Challenge to Parsimony", *International Organization*, 37 (primavera de 1983), p. 352. Jacek Kugler se le unió con el argumento de que no hay pruebas empíricas para apoyar la propuesta de que la ausencia de guerras masivas durante los 35 años anteriores se explicaba por la amenaza de las armas nucleares. "Terror Without Deterrence: Reassessing the Role of Nuclear Weapons", *Journal of Conflict Resolution*, 28 (septiembre de 1984), pp. 470-506. Afortunadamente, no hay pruebas empíricas de la correlación entre armas nucleares y el estallido de una guerra masiva, excepto su ausencia prolongada. Uno no puede probar lo negativo, es decir por qué algo *no* ocurrió. Se pueden hacer argumentos convincentes combinando la lógica deductiva y la experiencia histórica (que es "empírica") respecto de la validez de la teoría de la disuasión (como se lo hará en el Capítulo 9).

162 Urs Lutterbacher: "Last Words About War?", *Journal of Conflict Resolution*, 28 (marzo de 1984), p. 174.

163 Michael D. Wallace: "Arms and Escalation", p. 55.

164 J. David Singer y Melvin Small: "Alliance Aggregation and the Onset of War, 1815-1945", en J. David Singer, comp.: *Quantitative International Politics* (Nueva York, Free Press, 1968), pp. 247-286. Reimpreso en J. David Singer, comp.: *The Correlates of War: I. Research Origins and Rationale* (Nueva York, The Free Press, 1979), pp. 225-264.

165 La mayoría de los 16 estados miembros de la OTAN y 7 miembros del Pacto de Varsovia (o los estados que preceden a estos últimos) han sido participantes en ambas guerras mundiales en este siglo. (Holanda y los estados escandinavos permanecieron neutrales en la Primera Guerra Mundial, pero Holanda, Dinamarca y Noruega rápidamente fueron invadidas por las fuerzas alemanas. Sólo España permaneció neutral durante ambas guerras. Turquía fue neutral hasta febrero de 1945, cuando se unió a los Aliados.) Durante las cuatro últimas décadas, ningún miembro de las dos alianzas europeas se ha visto comprometido en un conflicto militar con un miembro de la alianza opuesta.

166 Jack S. Levy: "Alliance Formation and War Behavior: An Analysis of the Great Powers, 1495-1975", *Journal of Conflict Resolution*, 25 (diciembre de 1981), pp. 581-613.

167 Charles W. Ostrom, Jr., y Francis W. Hoole: "Alliances and War Revisited: A Research Note", *International Studies Quarterly*, 22 (junio de 1978), pp. 215-236. Ver también Michael F. Altfeld: "Arms Races? And Escalation?: A Comment on Wallace", *International Studies Quarterly*, 27 (junio de 1983), páginas 225-231.

168 John A. Vásquez: "The Steps to War: Toward a Scientific Explanation of Correlates of War Findings", *World Politics*, XL (octubre de 1987), p. 121. Vásquez observa que es difícil determinar si las alianzas producen guerras, por la simple razón de que los estados a menudo se les unen porque anticipan la guerra. Ibídem, p. 120.

169 Ibídem, p. 121. Ver Randolph Siverson y Joel King: "Alliances and the Expansion of War" en J. David Singer y Michael D. Wallace, comps.: *To Auger Well: Early Warning Indicators in World Politics* (Beverly Hills, California, Sage Publications, 1982), pp. 37-49.

170 Vásquez: op. cit., p. 123.

171 Charles W. Kegley, Jr., y Gregory A. Rayomnd: "Alliance Norms and War", *International Studies Quarterly*, 26 (diciembre de 1982), pp. 572-595.

172 Bruce Bueno de Mesquita: "Risk, Power, Distributions and the Likelihood of War", *International Studies Quarterly*, 25 (diciembre de 1981). El trabajo principal en forma de libro del autor es *The War Trap* (New Haven, Yale University Press, 1980). El artículo citado y otros artículos escritos desde 1980 contienen elaboraciones más refinadas de su trabajo principal. Ver también su "Systemic Polarization and the Occurrence and Duration of War", *Journal of Conflict Resolution*, 22 (junio de 1978), pp. 241-267; "The Costs of War: A Rational Expectation Approach", *American Political Science Review*, 77 (junio de 1983), pp. 347-357; y "The War Trap Revisited: A Revised Expected Utility Model", ibídem, 79 (marzo de 1985), pp. 157-77. Con elaboraciones más refinadas, dice, "la versión revisada... es un arma poderosa para integrar muchas hipótesis existentes sobre el conflicto" y manifiesta confianza en que este enfoque pueda producir "significativas generalizaciones con el carácter de ley acerca de la iniciación, la escalada y la finalización del conflicto internacional". Ibídem, pp. 156-172.

173 Ibídem, ver nota 142 supra.

174 Ibídem. Cf. Dina A. Zinnes y otros: "Capability, Threat and the Outbreak of War", en James A. Roseanu, comp.: *International Politics and Foreign Policy: A Reader in Research and Theory* (Nueva York, Free Press, 1961). Ver nota 109 supra.

175 Ver la discusión sobre Waltz y Deutsch-Singer en el Capítulo 6; también J. David Singer y otros: "Capability Distribution, Uncertainty and Major Power War, 1820-1965", en Bruce Russett, comp.: *Peace, War and Numbers* (Beverly Hills, California, Sage Publications, 1972).

176 Ibídem, p. 541.

177 Ibídem, p. 567.

178 Ibídem, p. 564. Para una elaboración más plena de su enfoque sobre la orientación hacia el riesgo de los líderes, ver *The War Trap*, op. cit., y su *Strategy, Risk and Personality in Coalition Politics* (Cambridge, Cambridge University Press, 1976). En una recensión crítica penetrante y moderadamente crítica de *The War Trap*, R. Harrison Wagner observó que el autor sólo ofrece pruebas limitadas respecto de la tendencia de los líderes a llevar al máximo la utilidad esperada, y ninguna prueba, en un sentido o el otro, sobre la pregunta de cómo las teorías de la elección racional individual pueden explicar las decisiones de política exterior de los estados. "War and Expected Utility Theory", *World Politics*, XXXVI (abril de 1984), p. 423.

179 Bueno de Mesquita y David Lalman: "Reasons and War", *American Political Science Review*, 80 (diciembre de 1986), p. 1119. Su análisis fue una

continuación de las ideas de Bruce Bueno de Mesquita en "The Costs of War: A Rational Expectations Approach" y "The War Trap Revisited", *Western Political Quarterly*, 39 (junio de 1986).

180 John A. Vásquez, "Capability, Types of War, Peace", *Western Political Quarterly*, 39 (junio de 1980).

181 Ibídem, p. 313.

182 Ibídem, p. 322.

183 Ibídem, p. 315.

184 Ibídem, p. 324.

185 Urs Luterbacher: op. cit., pp. 167-168. Para otros trabajos sobre las correlaciones de guerra, ver Jack S. Levy: "Misperceptions and the Causes of War", *World Politics*, XXXVI (octubre de 1983) y "Theories of General War", ibídem, XXXVI (abril de 1985); Randolph M. Siverson y Michael P. Sullivan: "The Distribution of Power and the Onset of War", *Journal of Conflict Resolution*, 27 (junio de 1983); Randolph M. Siverson y Michel R. Tennefoss: "Power, Alliance and the Escalation of International Conflict, 1815-1965", *American Political Science Review*, 78 (diciembre de 1984); George Modelski y Patrick Morgan: "Understanding Global War", *Journal of Conflict Resolution*, 29 (septiembre de 1985); Paul A. Anderson y Timothy J. McKewon: "Changing Aspirations, Limited Attention, and War", *World Politics*, XL, Nº 1 (octubre de 1987).

186 John A. Vásquez: "The Steps to War", pp. 113-114.

187 Ibídem, p. 112. Cf. Kenneth N. Waltz: *Theory of International Politics* (Reading, Mass., Addison-Wesley, 1979), p. 4.

188 Sanford A. Lakoff: "The Third Culture: Science in Social Thought" en el libro del que fue compilador: *Knowledge and Power: Science and Government* (Nueva York, The Free Press, 1966), pp. 5-6.

189 Robert C. North y Matthew Willard: op. cit., p. 342.

190 Quincy Wright: op. cit., p. 14.

191 Lewis F. Richardson había llamado la atención sobre el ciclo "pacifismo, fiebre por la guerra, cansancio de la guerra, pacifismo". Usaba un modelo similar al que se empleaba para explicar la expansión y la declinación de las enfermedades epidémicas. "War Moods", parte I, *Psychometrika*, 13 (septiembre de 1948), pp. 147-174; parte II, ibídem (diciembre de 1948), pp. 197-232. Ver también Joel T. Campbell y Leila S. Cain: "Public Opinion and the Outbreak of War", *Journal of Conflict Resolution*, IX (septiembre de 1965), pp. 318-329; Geoffrey Blainey: op. cit., cap. 1.

192 Lewis A. Coser: "The Termination of Conflict", *The Journal of Conflict Resolution*, V (diciembre de 1961), pp. 347-353.

193 William T. R. Fox: "The Causes of Peace and the Conditions of War", en *The Annals (How Wars End)*, 392 (noviembre de 1970), pp. 2-3.

194 Ibídem, p. 8.

195 Ibídem, p. 9.

196 Ibídem, p. 11.

197 Richard Smoke: *War: Controlling Escalation* (Cambridge, Harvard University Press, 1977).

198 Ibídem, pp. 30-35, 241-245. Smoke acepta que el predominio puede borronearse al dividir el paso de escalada en muchos aumentos pequeños, pero señala que generalmente sabemos cuándo se está borrando un predominio.

199 Ibídem, p. 235.

200 Ibídem, pp. 294-295. Ver también Fred C. Iklé: "When the Fighting Has to Stop", *World Politics*, XIX (julio de 1967), pp. 692-707.

201 Richard Smoke: op. cit., pp. 296-297.

202 William D. Coplin: *The Functions of International Law* (Chicago, Rand-McNally, 1966), cap. 1.

203 Para el tratamiento de la condición cambiante del concepto de guerra en el derecho internacional en el siglo XX, ver Hans Kelsen: *Principes of International Law*, 2ª edición revisada y compilada por Robert W. Tucker (Nueva York, Holt, Rinehart y Winston, 1966), pp. 22-101. Ver también Julius Stone: *Legal Control of International Conflict* (Nueva York, Holt, Rinehart y Winston, 1959); Louis Henkin: *How Nations Behave: Law and Foreign Policy* (Londres, Pal Mall, 1968); Richard A. Falk: *Legal Order in a Violent World* (Princeton, Princeton University Press, 1968); Karl W. Deutsch y Stanley Hoffmann, comps.: *The Relevance of International Law* (Garden City, N. Y., Doubleday, 1971). Más recientemente, Bruce Bueno de Mesquita se ha opuesto a aquellos que basan la relación entre polaridad y guerra en la respuesta a la incertidumbre de los encargados de tomar decisiones. Ha descubierto que el estallido y duración de las guerras en este siglo están estrechamente vinculados a aumentos en la rigidez del sistema internacional. "Systemic Polarization and the Occurrence and Duration of War", *Journal of Conflict Resolution*, 22 (junio de 1978), páginas 241-267.

204 Ver Morton A. Kaplan y Nicholas de B. Katzenbach: *The Political Foundation of International Law* (Nueva York, Wiley, 1961), especialmente páginas 341-342; Stanley Hoffmann: "International Systems and International Law", en Klaus Knorr and Sidney Verba, comps.: *The International System* (Princeton, Princeton University Press, 1961), pp. 205-327; Georg Schwarzenberger: *International Law and Order* (Londres, Stevens, 1971); James P. Piscatori: "The Contribution of International Law to International Relations", *International Affairs*, 53, Nº 2 (abril de 1977), pp. 217-231.

205 Para una discusión más completa de los enfoques marxistas y no occidentales ver Edward McWhintey: "Soviet and Western International Law and the Cold War in the Era of Bipolarity", reimpreso de *The Canadian Yearbook of International Law*, vol. I (1963), en Richard A. Falk y Saul H. Mendlovitz, comps.: *The Strategy of World Order*, vol. 2, *International Law* (Nueva York, World Law Fund, 1966); y Richard A. Falk: "Revolutionary Nations and the Quality of International Legal Order", en Morton A. Kaplan, comp.: *The Revolution in World Politics* (Nueva York, Wile, 1962).

206 Oscar J. Lissitzyn: "International Law in a Divided World", *International Conciliation*, 542 (marzo de 1963), p. 68.

207 Ver Joel Laurus, comp.: *From Collective Security to Collective Diplomacy* (Nueva York, Wiley, 1965).

208 Incluían al Congo, Nueva Guinea Occidental, Jordán, Chipre, Cachemira, la frontera sirio-libanesa y algunas fases del conflicto árabe-israelí, especialmente en el Sinaí.

209 Incluían Berlín, Checoslovaquia, Hungría, Argelia, la crisis cubana de los misiles, Nigeria, Vietnam, Tibet, Bangladesh, las Guerras de Medio Oriente de 1967 y 1973, y la Guerra Anglo-Argentina por las Islas Falkland (Malvinas).

210 Kenneth E. Boulding: "Accomplishments and Prospects of the Peace and Peace Research Movement", *Arms Control and Disarmament, 1968*, vol. I (Londres, Pergamon, 1968), pp. 43-58; Johan Galtung: "Violence, Peace and Peace Research", *Journal of Peace Research*, VI, Nº 3 (1969), pp. 167-191; Joan Bondurant: *Conquest of Violence: The Gandhian Philosophy of Conflict* (Berkeley, University of California Press, 1967); Erik Erikson: *Gandhi's Truth: On the Origins of Militant Non-violence* (Nueva York, Norton, 1969); Elise Boulding: "Peace Research in Transition: A Symposium" en Clinton F. Fink y Elise Boulding, comps.: *Journal of Conflict Resolution*, XVI (diciembre de 1972); Morton Deutsch: *The Resolution of Conflict: Constructive and Destructive Processes* (New Haven, Yale University Press, 1973); Lewis Lipsitz y Herbert M. Kritzer: "Unconventional Approaches to Conflict Resolution", *Journal of Conflict Resolution*, 19 (diciembre de 1975), pp. 713-733.

211 Cf. Jesse Bernard: "Parties and Issues in Conflict", *Journal of Conflict Resolution*, I, (junio de 1957), pp. 111-121.

212 "Peace Research and the Concepts of Conflict: Summary and Criticism: Introduction by the Editors" en Bengt Hoglund y Jorgen William Ulrich, comps.: *Conflict Control and Conflict Resolution, Interdisciplinary Studies from the Scandinavian Summer University*, vol. I (Copenhagen, Munksgaard; Nueva York, Humanies Press, 1975), pp. 13-35.

213 Roger Frisher: "Fractionating Conflict", cap. 5 del trabajo que compiló: *International Conflict and Behavioral Science* (Nueva York, Basic Books, 1964), pp. 1-3. Fisher era consciente de que, si no hay mucho riesgo de guerra, un país puede estar interesado no sólo en un acuerdo pacífico sino también en

ganar una disputa, en cuyo caso puede encontrar más ventajoso el acoplamiento de problemas. Ibídem, pp. 103-104.

[214] John W. Burton: "Resolution and Conflict", *International Studies Quarterly*, 16 (marzo de 1972), pp. 9-10.

[215] Ibídem, pp. 10-11.

[216] Ibídem, p. 20.

[217] Roger Risher y William Ury: *Getting to Yes: Negotiating Agreement Without Giving In* (Middlessex, England, Penguin Books, 1983), p. 4.

[218] Los primeros cuatro puntos se tratan en las páginas 6-14 y se elaboran en los capítulos 6, 7 y 8, ibídem.

TEORÍAS MACROCÓSMICAS DEL CONFLICTO: LA DISUASIÓN NUCLEAR Y EL CONTROL DE ARMAMENTOS

La naturaleza de la disuasión

Ningún concepto aislado ha dominado la teoría estratégica internacional durante las dos últimas décadas tanto como la de disuasión nuclear. Según Robert Jervis, la teoría de la disuasión es "probablemente la escuela más influyente de pensamiento en los estudios norteamericanos de las relaciones internacionales", quizás debido a que la mayoría de los especialistas nroteamericanos aceptaron el realismo y encontraron que dicha teoría congeniaba con él.[1] Los analistas del tema han suministrado esta definición: "En su forma más general, la disuasión es simplemente la persuasión del propio oponente de que los costos y/o riesgos de un determinado curso de acción que puede tomar supera sus beneficios".[2] Así entendido de forma amplia, el concepto de disuasión es muy antiguo. Uno puede encontrar ejemplos en los escritos de Tucídides y Maquiavelo. El sistema de equilibrio de poder que ha prevalecido en Europa durante un siglo después de las guerras napoleónicas era esencialmente una técnica para el manejo del poder, en la cual los estadistas generalmente buscaban hacer que la guerra fuera poco provechosa. La disuasión estaba implícita en comunicaciones "indicadoras" o de advertencia tales como el despacho de fuerzas navales, el intercambio de observadores militares o la conclusión de alianzas, pero llegó a significar más en la era nuclear, cuando adoptó el carácter de una amenaza explícita de una represalia altamente perjudicial.[3]

El término *disuasión* no apareció en la bibliografía de las relaciones internacionales o la teoría estratégica antes de la Segunda Guerra Mundial, si bien había sido común desde la parte final del siglo XIX entre los teóricos legales para justificar el castigo como medio de disuadir a los otros de un comportamiento delictivo. Desde el desarrollo de las armas nucleares, escribió Bernard Brodie, "el término ha adquirido no sólo un énfasis especial sino también una connotación distintiva".[4] Mientras que en el pasado, se esperaba que las fuerzas armadas de una nación se prepararan para cualquier tipo de guerra que la tecnología corriente hiciera posible, y que libraran dicha guerra con el fin de ganarla, en la era nuclear el estallido de una guerra librada con armas nucleares llegó a verse como la mayor de todas las catástrofes y de allí que la adecuación de las fuerzas militares de una gran potencia se midiera por su capacidad de disuadir una guerra nuclear general.[5] Esto debía cumplirse desalentando a cualquier agresor potencial (suponiendo su racionalidad en la toma de decisiones) de pensar que las

ganancias que se lograrían al recurrir deliberadamente a la guerra nuclear podían alguna vez superar a los costos de embarcarse en semejante acción. Así, el concepto de disuasión nuclear descansa en última instancia en el presupuesto de que las burocracias gubernamentales que trazan políticas tienden hacia el comportamiento racional más que hacia el irracional, y por lo general desempeñan el análisis de la proporción de costo-beneficio que los teóricos de la economía hace mucho tiempo que prefieren. Además de la racionalidad, sin embargo, el miedo también está implícito, y el miedo puede considerarse como racional en ciertas circunstancias e irracional en otras.

La teoría de la disuasión no surgió súbitamente, sino que fue evolucionando gradualmente y se desarrolló en estadios (o lo que Jervis llama "olas").[6] Durante el período en el que Estados Unidos disfrutó del monopolio de las armas atómicas (1945-1949), no había ninguna teoría estratégica sistemática de la disuasión. Estaba precedida por la política de la *contención*, basada en un concepto recomendado por George F. Kennan.[7] La política de la contención como respuesta a la amenaza de la expansión soviética no implicaba ninguna doctrina militar específica que apoyara la política. De hecho, Kennan ni subrayaba ni dejaba de lado los medios militares de la contención, pero suponía que eran parte de la panoplia de los instrumentos diplomáticos, junto con influencias políticas y económicas disponibles.[8] Por cierto, estaba tomando forma gradualmente en muchos lugares la idea de que la mera existencia de armas atómicas había alterado radicalmente el carácter de la guerra y era de esperar que impidiera de allí en adelante que se libraran guerras totales. Los soviéticos, sin embargo, todavía no poseían tales armas. Entre los planificadores militares norteamericanos de los años de Truman, se daba por sentado de que si estallara una guerra general entre Estados Unidos y la Unión Soviética, el primero lograría la victoria, como en la Segunda Guerra Mundial, confiando en sus fuerzas de bombarderos de largo alcance, con la diferencia principal representada por el hecho de que los aviones llevarían las nuevas armas "absolutas" en lugar de las bombas convencionales.[9] Todavía recuperándose de las pesadas cargas de la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética difícilmente parecía lista para embrollarse en una guerra total con la única potencia atómica del mundo, Estados Unidos. Bajo el efecto de ciertos desarrollos y percepciones de principios de los años cincuenta, los analistas occidentales empezaron a agudizar y refinar sus teorías de la disuasión nuclear. Estos desarrollos y percepciones incluían la Guerra de Corea, la creciente conciencia de que dos potencias pronto poseerían importantes arsenales de armas nucleares (tanto atómicas como termonucleares) y en la idea de que las potencias occidentales, que habían llevado adelante rápidas desmovilizaciones militares después de la Segunda Guerra Mundial, eran inferiores al bloque comunista en fuerzas convencionales y probablemente encontrarían difícil política y económicamente igualar a los estados comunistas en el nivel de aplicación global de la política de la contención a largo plazo.

La Guerra de Corea produjo una bibliografía estratégica consagrada al concepto de "guerra limitada". El conflicto costoso, prolongado y ambiguo del Lejano Oriente había demostrado ser altamente frustrante para el

pueblo norteamericano, que se había acostumbrado en este siglo a librar guerras totales de victoria total y rendición incondicional del enemigo. Si bien la Unión Soviética no estaba preparada para una guerra general en ese momento (y la República Popular China menos aún), Estados Unidos, bajo una fuerte presión política de sus aliados europeos para que contuviera el conflicto, y no dispuesto a verse envuelto en una guerra terrestre en gran escala en el territorio asiático, impuso graves límites a sus operaciones militares. Se impidió emplear las armas atómicas (a pesar de ser casi monopólico) y de bombardear más allá del río Yalu, e impidió que las fuerzas del gobierno nacionalista de Chiang Kai-shek de Formosa (como todavía se lo conocía a Taiwán) se uniera a la "acción política" de las Naciones Unidas. Contra la declaración del general Douglas MacArthur de que "en la guerra no hay nada que suplante a la victoria", los propugnadores de la guerra limitada adujeron que en una era nuclear emergente, las guerras debían seguir siendo no nucleares y las metas de la guerra estrictamente limitadas. En su opinión, era esencial diseñar reglas de campo para impedir que la guerra escalara, aun si ello significaba una lucha agónicamente dura que sólo tenía como resultado el estancamiento.[10]

El debate en torno de la disuasión nuclear empezó en verdad luego de que la administración Eisenhower enunció la doctrina conocida como de "represalia masiva". Estados Unidos no se sentiría más restringido a librar un número indefinido de guerras limitadas costosas del tipo de Corea sin recurrir a las armas nucleares. Según el secretario de Estado John Foster Dulles: "Las defensas locales deben reforzarse por la disuasión ulterior del poderío de represalia masiva... La forma de disuadir la agresión implica que la comunidad libre esté dispuesta y sea capaz de responder vigorosamente en lugares y con medios de su propia elección".[11] Es importante recordar que la doctrina proclamada por Dulles no era en absoluto idéntica a la política de la disuasión que emergió gradualmente a lo largo de los años cincuenta, sino que era sólo una aplicación temprana, burda y controvertida del concepto de la disuasión y pronto mereció muchas críticas. La Fuerza Aérea había estado aduciendo en favor de fuerzas nucleares estratégicas ampliamente superiores a las de la URSS, de tal forma que Estados Unidos pudiera "prevalecer" en un intercambio estratégico. El presidente Eisenhower, sin embargo, como fiscal conservador preocupado por la economía de la disuasión y la defensa a "largo plazo", estaba convencido de que la superioridad y una capacidad de contrafuerza (destruir las fuerzas enemigas antes de que pudieran infligir un grave daño en Estados Unidos y sus aliados) serían demasiado caros. Esto socavaría la noción de que las armas nucleares suministraban un sustituto económicamente eficaz de las grandes fuerzas convencionales. Eisenhower afirmó el concepto de "suficiencia" estratégica, el cual presuponía el mantenimiento de grandes, si bien no ilimitadas, fuerzas nucleares, una postura a mitad de camino entre la superioridad estratégica y la disuasión mínima. "Esta estrategia", escribió Jerome H. Kahan, "no reflejaba simplemente una elección doctrinaria, sino una transacción burocrática entre aquellos que decían que Estados Unidos tenía demasiado poder estratégico y aquellos que aducían que tenía demasiado poco".[12] Aun con semejante política, Estados Unidos disfrutó de una superioridad estratégica de facto sobre la Unión

Soviética durante muchos años, pero el gobierno de Estados Unidos nunca consideró seriamente la opción de una guerra preventiva durante el período en el cual podría haber logrado una victoria decisiva. Richard Smoke ha afirmado que siempre será el "crédito de la nación" el hecho de que "tuvo la única oportunidad en la historia de ser el señor del globo y ni siquiera se sintió seriamente tentada".[13]

Dentro de un tiempo relativamente corto, la credibilidad de la doctrina Dulles como un bastión contra la expansión comunista —excepto en el caso de un ataque en gran escala contra Europa Occidental— fue cuestionada por muchas críticas. La doctrina de la "represalia masiva" implicaba que Estados Unidos respondería a un futuro ataque comunista en zonas intermedias tales como Asia, tanto como el territorio de la OTAN, con ataques nucleares del Comando Aéreo Estratégico contra la Unión Soviética y/o China. William W. Kaufmann planteó objeciones contra tal política operativa. Si bien concedía que Estados Unidos poseía la capacidad de llevar adelante ataques de largo alcance, cuestionaba si la política correspondía a los requerimientos fundamentales de disuasión eficaz cuando se consideraba el problema de hacer *creíbles* las intenciones. Kaufmann daba estas razones:

> Ellos [los líderes comunistas] verán que tenemos la capacidad de implementar nuestra amenaza, pero también observarán que, con su propia capacidad nuclear en aumento, nuestra decisión de usar las armas de destrucción masiva necesariamente vendría sólo después de una extrema evaluación de costos y riesgos, tanto como de ventajas... Corea e Indochina son símbolos importantes de nuestra renuencia, no sólo a intervenir en las zonas periféricas, sino a expandir los conflictos en los cuales nos hemos comprometido... Finalmente, el estado de la opinión interna y aliada les da amplias razones para creer que la doctrina será, si no un caso de *bluff* directo, en el mejor de los casos una propuesta que todavía tendrá que pasar por búsquedas y prolongados debates antes de convertirse en una política aceptada.[14]

Paul Nitze, quien había actuado antes como Director del Equipo de Planificación de Políticas del Departamento de Estado, criticó el pronunciamiento de Dulles distinguiendo entre una política "puramente declarativa" diseñada con un fin psicológico o político y una "política activa" que se presta de forma realista a la puesta en práctica. Nitze planteaba que la doctrina Dulles contenía una brecha demasiado amplia entre lo que se declaraba y lo que podía hacerse.[15] A mediados de los años cincuenta, los analistas estratégicos occidentales buscaron atenuar la doctrina de la "represalia masiva" y reducir la brecha entre la retórica y la realidad hablando de una "disuasión graduada". El término no era especialmente apto, en la medida en que implicaba que la disuasión misma puede graduarse. Uno puede aducir que la agresión es o no disuadida, pero no que la aplicación de las fuerzas militares puede graduarse una vez que la agresión se ha consumado. Los exponentes de la disuasión graduada sugerían que la disuasión occidental sería más creíble si la postura convencional inferior de Occidente se compensara con una doctrina que no pidiera una "represalia masiva" sino la cantidad mínima de fuerza nuclear necesaria para desalentar, repeler o derrotar la agresión, lo cual implicaba el uso de "armas nucleares tácticas" contra el corazón territorial del comunismo.[16]

Bernard Brodie

El primer y principal teórico de la disuasión en la era posterior a la Segunda Guerra Mundial fue Bernard Brodie de la Universidad de Yale y luego de la RAND Corporation. Convencido de que la guerra nuclear total destruiría todos los valores políticos y sociales, rechazó aquellos enfoques de la planificación estratégica que en su opinión aumentarían la probabilidad de la guerra nuclear: la guerra preventiva, atacar de antemano cuando la guerra parecía inminente y la represalia masiva.[17]

Brodie entendió claramente la estrategia de disuadir la guerra general, pero la vinculaba firmemente con el principio complementario de limitar aquellos conflictos militares que podían estallar de tiempo en tiempo.[18] No tenía dudas de que debía evitarse la guerra nuclear total "casi a cualquier costo". Estaba seguro de que el gobierno norteamericano no empezaría deliberadamente una guerra nuclear a fin de ganar la ventaja sustancial que acompaña a un primer ataque. Así, es esencial convencer a los enemigos de que nunca podrían ganar ninguna ventaja significativa atacando primero.[19] La única forma de hacer esto es asegurarse la supervivencia de las fuerzas norteamericanas de represalia capaces de producir un daño devastador en un agresor. Ningún estratega pionero de la era de la disuasión nuclear se acercó más al corazón del problema de lo que él lo hizo:

> Por un motivo, ella [la política de la disuasión] usa un tipo de amenaza que sentimos que debe ser absolutamente eficaz, no permitiendo jamás una falla. La sanción, para decir lo mínimo, no está diseñada para repetir una acción... Ahora la disuasión significa una política estratégica sólo cuando estamos suficientemente convencidos de que el instrumento de represalia en el cual descansa no será puesto en funcionamiento en absoluto. Sin embargo, dicho instrumento tiene que ser mantenido a un alto nivel de eficacia y disposición y constantemente debe mejorárselo... a alto precio.[20]

Brodie percibía que habría pocos o ningún problema de credibilidad en la política de la disuasión norteamericana respecto de un ataque directo estratégico-nuclear sobre Estados Unidos, dado que ningún adversario, planeando un primer ataque, podía contar con la incapacidad, menos aún la falta de disposición, de la dirigencia norteamericana a tomar represalias. El problema crucial, desde su punto de vista, surgía de la probabilidad de que el adversario encontrara difícil creer que Estados Unidos alguna vez tomaría una represalia masiva en casos de agresión que no fueran masivos, dado que ningún gobierno se arriesgaría a recurrir a las armas nucleares a menos que los intereses nacionales vitales estuvieran gravemente amenazados. Sin embargo se apresuró a advertir que sería un error táctico darle al enemigo una seguridad de antemano de que la guerra nuclear es tan "im-

pensable" como para ser imposible, pues esto tentaría al enemigo a hacer la predicción errónea e inadvertidamente precipitar la guerra total nuclear tomando un juego mal concertado.[21] Si bien no admiraba la "represalia masiva" como una doctrina operativa, no objetaba permitirle al enemigo pensar que ésta era la política norteamericana cuando Estados Unidos disfrutaba de una superioridad nuclear. Estaba más preocupado acerca de quienes le tenían "menos confianza a la disuasión de un amplio poder de represalia" y recurrirían al uso de las armas nucleares tácticas en las guerras locales. Dulles mismo, acosado por las críticas a su postura de "represalia masiva", pareció dispuesto a avanzar en esta dirección en 1957, y Brodie tenía temor de un cambio que pudiera aumentar el riesgo de ocurrencia de una guerra nuclear.[22] Aun en los tempranos días de la teoría de la disuasión, había sutilezas en el debate respecto de si era posible distinguir claramente entre armas nucleares "estratégicas" y "tácticas", si semejante distinción teórica podía mantenerse en las condiciones concretas de combate y si una guerra que implicara armas nucleares de cualquier tipo —"tácticas" o "estratégicas" —podía mantenerse limitada. Preguntas como éstas se han planteado repetidamente en el debate teórico sobre la disuasión durante las tres últimas décadas posteriores a que Bernard Brodie y sus colegas de la RAND Corporation, especialmente Albert Wohlstetter y Herman Kahn, estaban sentando las bases de una nueva bibliografía estratégica.

Brodie no estaba completamente de acuerdo con sus coautores de la teoría de la disuasión en RAND. En su opinión, el análisis de Wohlstetter respecto de los requisitos de la disuasión era demasiado tecnológico y fracasaba en tomar en cuenta importantes factores políticos y psicológicos.[23] (Ver la siguiente sección.) Si bien respetaba la competencia y originalidad de Herman Kahn, consideraba el optimismo de Kahn respecto de la capacidad de Estados Unidos de sobrevivir a la guerra termonuclear injustificado.[24] Durante más de un cuarto de siglo, Brodie fue un defensor coherente de la disuasión creíble a través del mantenimiento de una capacidad de represalia de "segundo ataque" que sobreviviera. Era escéptico respecto de la mayoría de las propuestas de políticas, sistemas de armas, arsenales convencionales (o arsenales de contrainsurgencia), y opciones estratégicas y tácticas que podrían tentar a los encargados de trazar políticas a zambullirse incautamente en situaciones de conflicto con un potencial de escalada hacia la guerra nuclear. "Una forma eficaz de mantenerse fuera de problemas es carecer de los medios de entrar en ellos."[25] De ninguna forma consideraba las armas nucleares "inútiles". Su uso más importante es inhibir las hostilidades militares en gran escala con consecuencias potencialmente catastróficas.[26]

La utilidad de la fuerza militar

El advenimiento de las armas nucleares de ninguna forma impulsó a los gobiernos o a los asesores militares a llegar a la conclusión de que el poder militar había perdido su utilidad, como lo han sugerido Walter Millis[27] y otros autores. Klaus Knorr, Barry Blechman y Stephen Kaplan, Laurence Martin y Robert Gilpin, tanto como otros, señalaron que las fuerzas militares, tanto nucleares como convencionales, seguirían arrojando una sombra de poder capaz de influir en el comportamiento político de los estados, si bien pueden no ser utilizadas en combate; que todavía pueden seguirse librando guerras convencionales con consecuencias internacionales significativas mientras se queden por debajo del nivel del umbral nuclear y que la amenaza implícita de escalada al nivel nuclear podía servir como un factor de disuasión poderoso para la agresión convencional en algunas zonas.[28] Martin adujo agudamente que el equilibrio nuclear estratégico entre las dos superpotencias había producido una creencia generalizada sin sustento en que las armas nucleares pueden no tener otra función más allá de neutralizarse entre sí en el marco de la disuasión nuclear, y que el presupuesto inadecuado respecto de la "inutilidad" de las armas nucleares para fines positivos había ayudado a configurar tanto las actitudes populares como de elite hacia la utilidad de la fuerza militar en general.[29] En este enfoque, las armas nucleares podría decirse que poseen considerable utilidad, dado que suministran "la única seguridad firme de inmunidad ante el ataque y la única garantía confiable contra la presión extrema de las potencias nucleares que hacen chantaje".[30] También hizo una convincente defensa de que las armas nucleares, combinadas con defensas convencionales adecuadas, pueden disuadir un ataque soviético por parte de fuerzas convencionales superiores sobre los aliados de Estados Unidos en Europa, aunque semejante ataque no amenazara la supervivencia de Estados Unidos.[31] Llamar al poder militar un "instrumento político" es hacerle un cumplido supremo.

La innovación tecnológica y la disuasión

La *credibilidad* de la disuasión constituyó un problema constante, de naturaleza en gran medida política y psicológica. Un segundo problema vinculado con ella pero de forma teórica y práctica diferente de la primera, surgió del hecho de que la tecnología de las armas modernas sufre un constante cambio dinámico. Éste es el problema técnico del grado de *vulnerabilidad* o *invulnerabilidad* de las armas nucleares. El concepto de disuasión se refiere primordialmente a la tenencia de armas nucleares con el fin de enfrentar a un potencial agresor nuclear con la amenaza de tener que absorber un "nivel de daño inaceptable" en un ataque de represalia, aun después de haber llevado adelante un primer ataque por sorpresa contra el disuasor. A fines de los años cincuenta, especialmente después de que la URSS lanzó su primer satélite que recorría la órbita de la tierra, el *Sputnik*, en 1957, se levantaron voces de advertencia contra el hecho de suponer la supervivencia de las fuerzas nucleares, la estabilidad estratégica y la automaticidad de la disuasión. En 1959, Albert Wohlstetter señaló públicamente que el desarrollo tecnológico inminente haría a las armas estratégicas más vulnerables al ataque por sorpresa y que la disuasión se podría mantener sólo como consecuencia de elecciones de defensa difíciles relativas a la dispersión, la movilidad y la protección de los sistemas de misiles.[32]

Los analistas aducían que si una nación mantenía una fuerza de bombarderos y misiles estratégicos que estuvieran desprotegidos, éstos serían

"provocativos" e invitarían al ataque porque no podría aducirse que se los tenía para servir a un papel puramente defensivo de segundo ataque. Dado que no sobrevivirían para llevar adelante un segundo ataque, parecerían tener una misión de primer ataque y darían pábulo a la aprensión por parte del adversario. Si ambos bandos mantenían fuerzas estratégicas desprotegidas (o "no reforzadas"), la situación internacional se caracterizaría por una condición de nerviosidad "feliz de disparar" que haría inestable la disuasión mutua. La disuasión se volvería más estable si ambos bandos avanzaban hacia capacidades seguras e invulnerables de un segundo ataque. Para mediados de los años sesenta, hubo un presupuesto generalizado entre los analistas estratégicos de que las superpotencias o habían alcanzado o estaban avanzando hacia una disuasión mutua estable como resultado de dispersar y proteger los ICBM con base en tierra y los SLBM con base en mar, si bien los estrategas soviéticos parecían mucho menos interesados que sus contrapartes norteamericanos en una estrategia de "segundo ataque" y de que la URSS no logró un grado significativo de invulnerabilidad de las fuerzas misilísticas durante principios de los años setenta.[33]

Sin embargo, la disuasión mutua estable no es algo que se logre de una vez y para siempre. La tecnología armamentista sigue avanzando y los gobiernos siguen ansiosamente preocupados por los buenos puntos de equilibrio militar en el nivel estratégico. Nuevos desarrollos en los campos de la balística, la defensa misilística, los vehículos de entrada múltiple independientemente orientados (MIRV) y varias otras áreas significativas de tecnología militar avanzada, llevaron a los autores, durante todos los años sesenta, a expresar preocupación respecto de la posibilidad de que la situación estratégica internacional, considerada en términos matemáticos objetivos, se volviera a convertir en inestable. Se sugirió que la defensa de misiles balísticos, si se desplegaba para proteger los centros de población de un país, podía despertar los temores del adversario de que la nación estuviera reforzando su opción al primer ataque preparándose para hacer fracasar el ataque de represalia; algunos consideraron a los MIRV como un medio de aumentar el número, la penetrabilidad y la precisión de las ojivas nucleares y, así, de amenazar con eliminar una gran parte de la fuerza de ICBM con base en tierra, de la cual dependía en gran medida la capacidad de llevar adelante una destrucción segura. Algunos analistas discernieron una relación de acción-reacción en la competencia armamentista de las superpotencias: si un bando insistía en desplegar una defensa de misiles balísticos para proteger sus misiles estratégicos, el otro supuestamente desarrollaría MIRVs a fin de compensar lo anterior con un poder de ofensiva aumentado y de hecho podía compensar en exceso, invitando así al primer bando a apurar sus esfuerzos de defensa estratégica tanto como a desarrollar eventualmente MIRVs.[34] Argumentos esencialmente parecidos, adecuadamente actualizados, se revitalizaron en los años ochenta por parte de los que criticaban las propuestas de una defensa estratégica con base en el espacio. Sin embargo es igualmente plausible sugerir que la disuasión podría tener una base defensiva. En tales circunstancias, el conflicto sería disuadido por la capacidad de un bando, o ambos bandos, de protegerse contra las consecuencias destructivas de un ataque por parte del otro. Un interés tal por alterar de forma fundamental el paradigma

de la disuasión —de la ofensiva a la defensiva— fue lo que motivó las propuestas de una Iniciativa de Defensa Estratégica y contribuyó al debate sobre la base de la disuasión en los años ochenta, lo cual se discutirá más adelante en este capítulo.

Los argumentos de los teóricos de la estrategia no siempre reflejaron la complejidad del entorno internacional y el entorno doméstico de las superpotencias. Estados Unidos disfrutaba de un amplio margen de superioridad económico-tecnológica sobre la Unión Soviética, pero operaba bajo un conjunto mucho más complejo de restricciones político-económicas y presiones en la programación de defensa que la Unión Soviética.[35] Tampoco los teóricos estratégicos eran siempre coherentes. Algunos de ellos se oponían a la defensa de misiles balísticos sobre la base de que era técnica y militarmente de baja eficacia contra los misiles que entraban y al mismo tiempo la criticaban porque supuestamente sería altamente desestabilizadora. Algunos aducían que si los soviéticos insistían en desplegar sus propios misiles antimisilísticos, sería mucho más barato y más eficaz para Estados Unidos subir sus capacidades ofensivas desplegando MIRVs; luego se opusieron a los MIRVs porque eran desestabilizadores, llevarían a una espiral hacia arriba en la carrera armamentista y no mejorarían de forma sustancial la seguridad de Estados Unidos o la eficacia del disuasor, dado que supuestamente provocarían a la Unión Soviética a que hiciera un esfuerzo compensatorio.

La bibliografía estratégica de las dos décadas pasadas había abundado en términos técnicos y militares esotéricos así como en siglas. Los autores habían distinguido entre la *guerra preventiva* (a la cual recurría un gobierno bajo la presión de la convicción de que el estallido de la guerra nuclear era inminente y que es preciso atacar primero antes que concederle al adversario la indudable ventaja de ejecutar un ataque que lo desarmara). También habían distinguido entre una estrategia de *contravalor* (bajo la cual los centros de población del adversario están considerados blancos) y una estrategia de *contrafuerza* (que apunta a destruir los lugares donde hay armas estratégicas del adversario y otras disponibilidades militares). A menudo, también, se ha trazado una diferencia entre la estrategia de la disuasión, que implícitamente puede implicar la amenaza de un uso generalizado de las armas nucleares (o "respuesta espasmo"), y la estrategia del daño limitado que implica usar concretamente armas nucleares con restricciones en las operaciones militares, una vez que la disuasión ha fracasado y la guerra ha estallado.[36] Mientras la temprana teoría de la disuasión se centraba en una destrucción por represalia asegurada, los teóricos de la disuasión ulteriormente demostraron un interés reforzado en conceptos tales como blancos selectos y opciones nucleares limitadas, provocando así un debate en torno de si un cambio al último tipo de doctrina estratégica aumenta o disminuye la posibilidad de que las armas nucleares de hecho se usen algún día. Volveremos a este tema más adelante en este mismo capítulo.

El estudioso de las relaciones internacionales debería estar familiarizado con estos conceptos básicos de la estrategia nuclear y también con los diversos factores que entran en el cálculo de la disuasión y de las capacidades de defensa: las ojivas múltiples, el endurecimiento, la disper-

sión y la movilidad, los tiempos de alerta, la eficacia de la vigilancia, los sistemas C^3 (comando, control y comunicación), la precisión del sistema de conducción y la confiabilidad de los misiles, las características de desempeño de los diferentes tipos de armas ofensivas y defensivas y así sucesivamente, sobre los cuales puede esperarse que los datos cambien junto con la tecnología.

La disuasión y el equilibrio de poder

El concepto de disuasión mutua es, en un sentido, la noción clásica de "equilibrio de poder" en una forma moderna. Muchos autores, incluidos Bernard Brodie, Hedley Bull, Henry A. Kissinger, Robert Bowie, Robert Osgood, Donald G. Brennan, Thomas C. Schelling y Herman Kahn han tratado la "disuasión mutua", la "disuasión estable", la "disuasión equilibrada" y el "equilibrio estable de armas" en términos admirablemente parecidos a los de los anteriores tratamientos del equilibrio de poder y estos autores reflejan una conciencia aguda de las mismas dificultades que inficionaron la teoría anterior. A menudo se ha dicho que el equilibrio de poder no suministra una buena base teórica para la toma de decisiones en política exterior porque es incierto (dado que no hay criterios confiables para medir el poder comparativo) y porque no es real (dado que las naciones, al sentirse inseguras, no están contentas con apuntar a lograr un equilibrio sino que buscan, por el contrario, un margen de superioridad o un "equilibrio de poder favorable" unilateralmente). Así, los hombres de Estado contemporáneos y sus asesores tienen dificultad en determinar si una "disuasión mutua estable" describe una condición que existe o prescribe un curso que debería seguirse, si es una situación objetiva que se logra mejor automáticamente por los esfuerzos constantes de ambos lados por lograr la superioridad en la tecnología militar o si se trata de una política que exige una búsqueda consciente cooperativa de la paridad por parte de gobiernos rivales.

Factores psicológicos y políticos en la disuasión

Desde hace mucho tiempo se ha reconocido que la disuasión es tanto un concepto psicológico-político como militar. Depende no sólo de la situación militar-tecnológica objetiva sino también de la percepción y evaluación que se registra en la mente del agresor potencial. Henry Kissinger escribió:

> Desde el punto de vista de la disuasión, una aparente debilidad tendrá las mismas consecuencias que una concreta. Un gesto que se hace como una exageración pero que se toma con seriedad es más útil como disuasor que una amenaza de "bona fide" interpretada como una fanfarronería. La disuasión exige una combinación de poder, la voluntad de usarlo y la evaluación de éstos por el agresor potencial. Más aún, la disuasión es un producto de tales factores y no una suma. Si cualquiera de ellos es cero, la disuasión falla.[37]

Para que la capacidad de disuasión sea eficaz no puede mantenerse en secreto. Una cierta cantidad de conocimiento sobre ella debe serle comunicada al adversario. Si un bando despliega armas adicionales o moderniza su arsenal de armas en secreto total, entonces no ha aumentado realmente la eficacia de su fuerza disuasoria. (Para una discusión de la comunicación estratégica, ver la sección sobre Thomas C. Schelling en el Capítulo 11.) En cualquier momento dado, por cierto, los encargados de trazar políticas gubernamentales pueden sentirse cómodos con sus estimaciones de la situación militar existente. Todos los gobiernos realizan actividades de recolección de inteligencia y esperan que los demás hagan lo mismo. Los diferentes departamentos o agencias de un gobierno pueden estar en desacuerdo entre sí respecto de las estimaciones de inteligencia. Los individuos pueden temer los datos inadecuados, las contradicciones entre los datos, al engaño deliberado o la deformación de los datos y sus interpretaciones que se consideran indebidamente optimistas o pesimistas. Si bien la disuasión exige que se le comunique cierto conocimiento a la otra parte, transmitir demasiada inteligencia puede debilitar al disuasor si ello facilita la planificación de un ataque.[38] Las incertidumbres aumentan en la medida en que la tecnología militar se vuelve más compleja. Se plantea la pregunta acerca de si un aumento en la incertidumbre en el cálculo de posibles efectos de intercambio nuclear, resultante del despliegue de nuevos sistemas de armamentos, es más probable que refuerce o que debilite la condición de disuasión mutua.

Robert E. Osgood ha descripto adecuadamente el papel que desempeña la incertidumbre en el delicado y frágil cálculo de la disuasión: un cálculo que implica lo que piensa un adversario respecto de intenciones, valores asignados a un objetivo, costo estimado y eficacia de ciertas acciones, y la probabilidad de respuestas interactivas específicas. Señala que hasta cierto punto, el elemento de incertidumbre en la disuasión nuclear, considerado conjuntamente con las terribles consecuencias de un mal cálculo, puede contribuir a la cautela y la restricción y, consecuentemente, a la estabilidad internacional. Pero advierte contra una confianza excesiva en la incertidumbre:

> Lleva a un tipo de monismo estratégico que confía demasiado en la autorrestricción que no se desvía de su meta y en la propensión a correr riesgos de los hombres de Estado. Ignora el efecto provocativo de las incertidumbres temibles y los riesgos para producir una confianza infundada en la regularidad y la predictibilidad de dicho equilibrio, que a su vez disminuye las restricciones sobre la acción militar.[39]

Hace poco tiempo, Stanley Sienkiewicz ha considerado la incertidumbre el problema central del análisis estratégico contemporáneo. Un agresor nuclear que planea un ataque no sabe si la víctima potencial lanzará fuerzas de represalia vulnerables tan pronto como sea claro que hay un ataque en curso, tampoco puede predecir el agresor cómo funcionará el sistema de comando y control del enemigo y cuán bien funcionarán las fuerzas de represalia. Sienkiewicz llega a la conclusión de que "cuanto mayor es la incerti-

dumbre operativa asociada con las fuerzas de ambos lados —especialmente aquellas que tienen capacidad de hacer un primer ataque— mayor es la crisis de estabilidad del equilibrio nuclear estratégico".[40]

Raymond Aron ha aducido que "no hay disuasión en sentido general o abstracto; es cuestión de conocer *quién* puede disuadir a *quién, de qué, en qué circunstancias, por qué medios*".[41] Así, según el sociólogo político fallecido de la Universidad de la Sorbona, la disuasión siempre debe ser analizada en términos específicos y concretos. Lo que disuade a un gobierno puede no disuadir a otro. Lo que tiene éxito en un contexto geográfico-cultural puede fracasar en otro. Por este motivo, Aron cuestionaba el valor de un cierto tipo de "ficción estratégica" que describe docenas de situaciones de conflicto o libretos reducidos a esquemas simplificados que carecen de realidad histórica. Tales escritos, en opinión de Aron, pueden hacer que un hombre de Estado "estime en exceso el aspecto técnico de los problemas diplomáticos o militares y subestime la importancia de los datos psicológicos morales y políticos" que son únicos en cada situación.[42] Ole R. Holsti, en vena similar, señala que si bien los presupuestos de la disuasión son válidos en la mayor cantidad de momentos y circunstancias, sin embargo la disuasión presupone procesos de decisión racional y predecible y en consecuencia advierte que ningún sistema de disuasión

es probable que demuestre resultar eficaz contra una nación conducida por paranoicos felices de disparar, o por alguien que busca una autodestrucción o un martirologio nacional o personal, o por encargados de tomar decisiones deseosos de jugar una especie de ruleta rusa internacional o por líderes cuya información y comunicaciones con un adversario son tan incompletas que sus procesos de toma de decisiones están dominados por la suposición, o por aquellos que consideran la pérdida de la mayor parte de la población y los recursos de su país como un costo razonable para el logro de metas de política exterior.[43]

El éxito en la disuasión exitosa implica un no acontecimiento. Es lo suficientemente difícil en el reino de los asuntos humanos demostrar por qué algo ocurrió; es imposible demostrar de forma concluyente por qué algo no ocurrió. ¿Podemos estar seguros, por ejemplo, de que la crisis cubana de los misiles no llevó a la guerra porque la disuasión nuclear tuvo éxito en ese caso? O ¿es esto todo lo que se quiere decir con disuasión, es decir, que la cosa temida (la guerra nuclear) no se produjo en circunstancias en que parecía ser una posibilidad concreta? ¿Estaba alguna de las dos superpotencias fuertemente motivada para ir a la guerra en ese momento, sólo impidiéndoselo una evaluación de las consecuencias, o ambas superpotencias estaban decididas a lo largo de la serie de acontecimientos que abarcó dicha crisis a hacer lo máximo que pudieran por lograr sus objetivos sin recurrir a una guerra concreta? (La crisis cubana de los misiles se trata en el Capítulo 11, "Teorías de la toma de decisiones".) Tales preguntas probablemente nunca puedan responderse con certeza. Las teorías estratégicas de la disuasión no representan lo mismo que las matemáticas, que progresan por una necesidad lógica intrínseca que le es propia. El análisis de la disuasión siempre implica factores discutibles del juicio humano, tales como el sentido común político basado en la experiencia (que algunos pueden llamar "intuición" o una "corazonada"), el interjuego de la racionalidad individual y burocrática, la "captación de los pensamientos del otro" tanto como el correr riesgos. Algunos especialistas, sin embargo, han advertido que las evaluaciones intuitivas de la credibilidad de la disuasión son poco confiables.[44]

Patrick M. Morgan ha trazado una útil distinción entre la disuasión *general* y la *inmediata*. La disuasión general implica la postura política de regular la relación del adversario y equilibrar el poder durante lo que puede ser un largo período de tiempo, a través del mantenimiento de un nivel satisfactorio de fuerzas. La mayoría del tiempo, los adversarios no consideran la guerra como inminente o próxima. La disuasión inmediata (o pura), por contraposición, implica una situación específica en la cual un lado está considerando seriamente lanzar un ataque, mientras que el otro lado está preparando una amenaza de represalia para impedirlo y ambos lados se dan cuenta de lo que está ocurriendo.[45]

Los niveles de la disuasión

George y Smoke llamaron la atención sobre el hecho de que la teoría de la disuasión y su práctica se desarrollaron en tres niveles diferentes: la guerra estratégica, la guerra limitada y el conflicto "sublimitado" * en el punto final del espectro de la violencia. Desde mediados de los años cincuenta, la disuasión de la guerra estratégica ha recibido la mayor cantidad de atención en la bibliografía y se ha convertido en una disciplina aparte y bastante precisa por sí misma, repleta de sus propios conceptos especializados, vocabulario técnico y metodologías-teorías de los juegos y de la utilidad económica, análisis de sistemas y juegos de guerra computarizados. El concepto central, por cierto, sobre la base del cual se calculan los requisitos de la disuasión estratégica, es el mantenimiento de una capacidad de destrucción asegurada para la represalia después de un ataque sorpresa.[46] Virtualmente todos los analistas coinciden en que lo que la política de la disuasión nuclear estratégica apunta a evitar es la guerra nuclear estratégica total o en gran escala y *quizás* todas las guerras nucleares, por limitadas (si bien este último punto es polémico) que sean e inclusive, como en el caso de la Europa de la OTAN, el estallido de una guerra convencional que pueda escalar hasta convertirse en un conflicto nuclear limitado o total.

¿Qué otros tipos de acciones o comportamientos indeseables pueden disuadirse? ¿La existencia de una fuerza de disuasión estratégica suficiente para desalentar un ataque nuclear por sorpresa automáticamente disuade un ataque convencional limitado? Probablemente no pueda hacer esto por sí misma, pero por lo general se supone que una superpotencia nuclear no

* El término *conflicto sublimitado* fue introducido en los años sesenta para aludir a un amplio espectro de conflictos por debajo del nivel de la guerra convencional. Incluidos insurgencia, infiltración, demostraciones de fuerza, bloqueos navales y modalidades similares de aplicar presión. En los últimos años, ha sido reemplazado por el término *conflicto de baja intensidad.*

puede esperar con realismo infligirle a otra superpotencia nuclear una derrota en una guerra limitada convencional sin correr el grave riesgo de que el conflicto escale a nivel nuclear. Así, la disuasión estratégica combinada con el comportamiento normal característico de las grandes potencias y el temor a la escalada incontrolable produce un efecto definitivamente inhibidor contra el estallido de una guerra convencional que involucre directamente a cualquiera de las fuerzas armadas de las potencias nucleares importantes. Laurence Martion sostiene que la disuasión nuclear estratégica puede, en combinación con otras capacidades de defensa nucleares y convencionales, extenderse con el fin de proteger a los aliados formales u otros estados/clientes amigos contra el peligro de un ataque nuclear o convencional.[47] Una década antes, John H. Herz ha dicho que los mismos desarrollos nucleares que han hecho tan vulnerables a los estados industriales poderosos a la amenaza de la aniquilación física, también han hecho que no esté "disponible" la fuerza militar convencional en las relaciones directas entre potencias nucleares mayores y sus aliados.[48]

Como lo han señalado George y Smoke, la disuasión en el nivel de la guerra limitada y el conflicto "sublimitado" es mucho más compleja que en el nivel estratégico. Consideremos los objetivos de los jugadores o los medios a su disposición, el número de variables implicadas es mayor. Es probable que cada bando esté inseguro de su propia motivación y de la del otro bando para lograr diversos objetivos. La disuasión del conflicto de bajo nivel no está tan rápidamente modelada como la "destrucción asegurada". La selección de los medios por emplearse debe subordinarse a los imperativos del control de la escalada y los objetivos políticos de los agentes respectivos en el conflicto, tanto como al aplacamiento de los aliados, los neutrales y la opinión interna. En los conflictos de bajo nivel, la disuasión es un problema que depende del contexto. George y Smoke concluyen: "Depende no ya de comparativamente pocas variables técnicas, conocidas con gran confianza por ambos lados, sino de una multiplicidad de variables, muchas de ellas parcialmente subjetivas, que fluctúan a lo largo del tiempo y dependen en gran medida del contexto de la situación".[49]

Bruce M. Russett hizo un estudio empírico de 17 casos a lo largo del período que va de 1935 a 1961, en un esfuerzo por determinar en qué circunstancias la "disuasión extendida" ha sido exitosa para prevenir un ataque a terceras partes. Sus ejemplos en consecuencia se extendían tanto desde la era prenuclear a la nuclear. Examinó ejemplos en los cuales una gran potencia atacante había amenazado abiertamente a un "peón" con su fuerza militar y un defensor se había comprometido a tiempo para prevenir el ataque amenazado. Claramente, su estudio excluía lo que pueden considerarse los ejemplos más exitosos de disuasión: aquellos en los cuales los atacantes potenciales son disuadidos aun de hacer una amenaza abierta contra el peón. Russett descubrió que el empleo de la superioridad estratégica y local militar por parte del defensor no garantizaba una disuasión exitosa. Más importante para la credibilidad de la disuasión era una demostración de la interdependencia económica, política y militar de defensor y peón.[50] Más adelante, Russett y otros especialistas en relaciones internacionales llegaron a la conclusión de que había limitaciones serias en el uso de métodos estadístico-correlativos en el análisis de la toma de decisiones

y sus variables en los casos de disuasión, porque estas variables a menudo son sutiles y complejas y pueden no ser percibidas por los encargados de tomar decisiones en el momento de la elección, de la misma forma en que las ven los especialistas que las revisan más tarde.[51]

Una política de disuasión nuclear no es importante para las guerras convencionales entre estados que carecen, ellos mismos, de armas nucleares o no están firmemente aliados con una potencia con armas nucleares con un compromiso vinculante. Más aún, las armas nucleares es poco probable que disuadieran, en circunstancias más concebibles, la revolución, la guerra civil y la insurgencia guerrillera (lo que los comunistas llaman "guerras de liberación") y otras formas de conflicto de baja intensidad. Antes de la era Gorbachov, la dirigencia soviética a menudo declaró públicamente su disposición a apoyar esta última categoría de guerras. La amenaza de represalia nuclear no puede de ninguna manera aplicarse contra el terrorismo internacional organizado y no puede siquiera arrojarse realistamente contra el gobierno de un pequeño Estado que no tiene armas nucleares y que lleva adelante un acto de provocación física contra un avión o un navío perteneciente a una potencia que tiene armas nucleares. En otras palabras, en la era nuclear, la debilidad se puede volver una fuente de negociación poderosa y la fuerza puede llevar a la parálisis.

Finalmente, dado que la disuasión presupone una toma de decisiones racional, si bien demuestra ser perfectamente exitosa para desalentar una elección deliberada de la guerra nuclear, no tiene importancia directa en la posibilidad de actos no deliberados de destrucción, sean nucleares o convencionales, que surjan de un accidente técnico, la toma y el uso de armas nucleares por parte de personas no autorizadas o grupos terroristas y causas similares que no fluyan de la elección de los encargados de tomar decisiones del gobierno. Los peligros de una destrucción cataclísmica que son propios de la posesión de fuerzas de disuasión estratégica, sin embargo, llevan a los gobiernos responsables a tomar precauciones contra la ocurrencia de acontecimientos no intencionales que pueden escalar más allá de las fronteras de control.[52]

La crítica de la disuasión de Robert Jervis

El concepto de disuasión ha tenido numerosos críticos, incluidos algunos que percibieron sus deficiencias y sin embargo se sintieron forzados a darle un malhumorado apoyo en ausencia de alternativas políticamente factibles y disponibles. Uno de los críticos más tempranos y más visceralmente emocionales fue Philip Green, quien expresó su tesis fundamental en el título de su libro: *The Deadly Logic: The Theory of Nuclear Deterrence* (La lógica letal: la teoría de la disuasión nuclear).[53] Muchos analistas reflexivos han planteado graves preguntas acerca de la disuasión y el presupuesto de la racionalidad de los encargados de trazar políticas sobre el cual se basa. Robert Jervis quizás sea el más representativo de este grupo. Jervis destaca la naturaleza paradojal de la disuasión, "en la cual cada bando espera ganar seguridad, no siendo capaz de protegerse, sino amenazando infligirle un daño inaceptable al otro".[54] Tal definición es importante pues

expresa la filosofía estratégica que subyace al Tratado SALT I de Misiles Antibalísticos (ABM) y suministra una idea de por qué ciertos analistas de control de armamentos se volvieron aprensivos acerca de la Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI) del presidente Reagan, dado que temían que la defensa estratégica pudiera socavar antes de reemplazar a la disuasión. Se dirá más acerca de la SDI más adelante.

Jervis llamaba a la disuasión una teoría "sobre las formas en las cuales un agente manipula amenazas de dañar a otros a fin de coercionarlos para que hagan lo que desea".[55] Uno debe ser cuidadoso y no confundir la *disuasión* con el *forzamiento*. Hay una diferencia considerable entre intentar disuadir a un adversario de emprender una acción que uno quiere impedir e intentar forzar a la otra parte a realizar alguna acción positiva que uno quiere que se haga. La amenaza de castigo nuclear puede usarse para disuadir, pero difícilmente para forzar, excepto quizás para *revertir* un proceso peligroso ya puesto en movimiento que supuestamente puede llevar a la guerra nuclear (por ejemplo, sacar los misiles soviéticos de Cuba).[56] Una amenaza de emplear la superioridad nuclear estratégica norteamericana en los años cincuenta para forzar a la Unión Soviética a retirarse de Europa Oriental habría carecido de cualquier apariencia de credibilidad o prudencia político-estratégica. Jervis mismo admite que los teóricos de la disuasión "presentan argumentos razonables acerca de por qué el forzamiento por lo general es más difícil que la disuasión",[57] pero manifiesta dudas de que sea más fácil disuadir que forzar en todas las circunstancias, especialmente si el agresor decide arriesgarse a tomar la iniciativa:

> Se ha dicho que el Estado que intenta cambiar el "statu quo" está en una situación de negociación más débil, porque puede dejarlo de lado sin despertar el peligro de que la potencia del "statu quo" plantee nuevas exigencias. Pero es difícil para la segunda retirarse sin perjudicar su capacidad de mantenerse firme contra requerimientos de mayores cambios; en consecuencia, debería poder prevalecer. Hay una dificultad con este argumento, sin embargo. Uno debe observar lo que cada bando ganará si prevalece. Aquí la mera ventaja recién adscripta a la potencia del "statu quo" resulta ser una desventaja. Lo que el agresor puede ganar no está limitado al tema específico, sino que incluye una ocasión aumentada de prevalecer en intentos futuros de alterar el "statu quo". La potencia de "statu quo", por contraste, sólo gana un respiro temporario.[58]

Jervis criticó la teoría de la disuasión sobre la base de que "dice poco respecto de cómo cambiar... a un adversario o determinar si los cambios han tenido lugar".[59] Como guía para hombres de Estado, les dice cómo mantener una relación hostil, mutuamente peligrosa, pero no cómo alterar la situación. Así "suministra mayor ayuda para entender las crisis que para entender disputas de largo alcance", pero no ofrece consejo alguno sobre cómo eludir crisis o cómo decidir si los intereses nacionales en juego son suficientes para garantizar el recurso a la fuerza militar; y es inadecuado porque fracasa en tomar en cuenta que "la adecuación exitosa generalmente exige al menos algún cambio en los valores y metas de ambos lados".[60] Los teóricos clásicos de la disuasión nunca han sugerido que fuera algo pensado para servir a tales fines, sino sólo que, de alguna forma como la política de la contención con la cual se relacionaba, anularía desarrollos indeseables —la guerra o la expansión soviética— hasta que la situación pudiera cambiar y los peligros desaparecer.

Jervis señala aun que la teoría de la disuasión descuida el papel de las recompensas y transacciones en la resolución de las crisis de enfrentamiento porque "es más simple ignorar los resultados que no son nítidos" y porque los especialistas realistas que dominan el campo suponen que la promesa de recompensas es menos potente que la amenaza de castigos para influir en el comportamiento de los estados.[61] También encuentra que la teoría es incompleta porque se deriva de la experiencia, la cultura y los valores de Occidente, en resumen: es etnocéntrica. Descansa en el presupuesto de que mientras las naciones pueden perseguir metas contrarias, todas comparten los mismos modelos básicos de comportamiento.

> No considera que la gente de otras culturas pueda desarrollar análisis bastante diferentes. Por ejemplo, tanto el interés como la tradición pueden llevar a la URSS a considerar la estrategia nuclear más en términos de defensa que de disuasión; buscar la capacidad de luchar y ganar guerras y rechazar el axioma de que ningún bando debería intentar poner en peligro la capacidad de un segundo ataque... La teoría de la disuasión entonces puede explicar la política norteamericana pero no la soviética, y las acciones norteamericanas no tendrían el efecto esperado por los líderes norteamericanos o predichos por la teoría.[62]

Jervis sutilmente observa que la teoría no exige que la racionalidad *total* sea válida. No coincide con Morgan cuando éste cita una paradoja básica, es decir que la teoría clásica de la disuasión puede ser contraproducente si siempre busca reforzar la confianza de los gobiernos en su capacidad de permanecer perfectamente fríos y deliberados en épocas de crisis. Jervis se acerca a uno de los teóricos más sofisticados de la disuasión, Thomas C. Schelling, en el siguiente pasaje:

> La paradoja no es tan grande como Morgan piensa. Hay un mínimo irreductible de impredecibilidad que funciona, especialmente en situaciones que comprometen los valores más elevados de un Estado. Así, si bien no hay argumento racional para una respuesta de ataque a las ciudades tras un ataque soviético a Estados Unidos o Europa Occidental, la mera posibilidad puede ser un elemento eficaz de disuasión... Es extraño que un Estado mantenga su seguridad haciendo que sus adversarios crean que está en condiciones de producir el fin de su civilización. Esta política tiene más sentido cuando consideramos amenazas que dejan algo al azar: puede ser racional amenazar y llevar adelante un movimiento que aumenta ligeramente el peligro de una guerra total, mientras que sería completamente irracional lanzar un ataque. Por cierto, gran parte de la disuasión descansa sobre el hecho

de que ambos bandos saben que los acontecimientos no están totalmente bajo su control.[63]

La "amenaza que deja algo al azar" fue un invento de Schelling. El temor de que "las cosas se vayan de las manos" era el método favorito de Schelling para resolver el problema de la credibilidad. "Una respuesta que implica algún riesgo de guerra puede ser plausible, aun razonable en un momento en que una decisión última y final de encarar una guerra general sería poco plausible o poco razonable."[64] Mientras que el temor a la acción irracional puede reforzar la disuasión, un exceso de "racionalidad" puede llevar a una guerra no querida, según Jervis, si un bando racional inicia una crisis o decide mantenerse firme en la convicción de que el otro está condenado a retirarse, mientras que el segundo calcula que puede hacer un último "movimiento final de seguridad" porque se considera que el otro es lo suficientemente racional como para retroceder. La potencia que se defiende o mantiene el "statu quo" puede temer los "efectos dominó" de retirarse en una crisis, incluido el efecto de tal comportamiento en terceras partes aliadas y en la confianza personal del bando agresor en futuras confrontaciones. Más allá de los peligros de mala interpretación, mala percepción y mal juicio, también acecha el peligro de lo accidental y lo irracional; cualquiera de los dos puede hacer que las cosas vayan mal o se les escapen de las manos, interfiriendo así con la prolija y calculable operación de la disuasión prescripta por la teoría intelectual de la disuasión. En última instancia, Jervis, siguiendo a Brodie y a Schelling, está más interesado en lograr la disuasión a través de la manipulación del nivel de riesgo que adquiriendo una capacidad militar para el "predominio de escalada" preconizado por Paul Nitze. Considera a la disuasión a través de la aceptación de un espectro de riesgos preferible a la disuasión a través de un espectro de violencia planeada:

> El primer problema con el predominio de escalada y su lógica es que un Estado que confía en ganar en un nivel dado de violencia, puede ser disuadido porque juzga el costo de la lucha en tal nivel excesivo. Por el otro lado, aun si la defensa no puede tener éxito, la amenaza de defender puede disuadir si el otro bando piensa que la potencia del "statu quo" está lo suficientemente motivada como para luchar por una causa perdida. Las armas nucleares no han cambiado el hecho de que derrotar a un enemigo no vale la pena si los costos implicados son mayores que las ganancias.
>
> ...No es correcto afirmar que la amenaza de escalar será creíble sólo si se cree que la acción traerá una victoria militar; uno debe considerar el precio que ambos bandos tendrán que pagar. Así, Estados Unidos puede disuadir una invasión soviética a Europa Occidental amenazando con usar armas nucleares tácticas aun si los soviéticos creyeran que pueden ganar dicha guerra.[65]

Esta línea de razonamiento lleva a Jervis a la conclusión de que la superioridad estratégica no importa.[66] Otros analistas estratégicos (ver la siguiente sección, "Doctrinas estratégicas") no coincidirían a menos que ambos lados suscriban por igual a dicha posición.

La teoría de la disuasión nuclear, merece ser repetido, generalmente presupone un alto grado de racionalidad por parte de los encargados de tomar decisiones de una nación. La racionalidad es una noción trascendente que no puede definirse con precisión. Algunos pueden pensar en elecciones políticas "racionales" en términos morales o éticos, otros en términos de un comportamiento prudente más que desaprensivo; y todavía otros, por contraste con opciones "irracionales", que emplearían cualquier uso de la fuerza militar. Los autores de este libro conciben la "racionalidad" como un rasgo humano normal que tiende a vincular fines y medios de forma proporcionada. En las evaluaciones político-estratégicas, implica una forma de análisis que pesa las ganancias frente a los costos. Tanto defensores como críticos de la disuasión aceptan esta noción, por mucho que puedan estar en desacuerdo sobre la posibilidad, imposibilidad o dificultad de estimar los valores que los encargados de trazar políticas les asignan a las metas particulares u objetivos, y estimando su disposición a soportar los riesgos y costos potenciales de adoptar cursos de acción específicos que pueden llevar a la iniciación de la guerra nuclear.[67] La pregunta planteada por Jervis y otros —si la racionalidad prescribe las mismas modalidades de pensamiento estratégico para Estados Unidos y la Unión Soviética y si las dos superpotencias adoptan esencialmente enfoques similares a la disuasión— merece una respuesta cuidadosa. Primero, sin embargo, es necesario decir algo sobre las doctrinas estratégicas.

Doctrinas estratégicas

Las teorías de la disuasión están influenciadas no sólo por los desarrollos militares-tecnológicos sino también por las doctrinas estratégicas, que a su vez son producto del carácter nacional, la experiencia, la ideología y el pensamiento histórico-militar. El debate en torno de diferentes enfoques de la disuasión estratégica dentro de Estados Unidos ha estado, en no poca proporción, en función de perspectivas diferentes de los objetivos e intenciones soviéticos. Aquellos que creen que la Unión Soviética es una potencia expansionista por naturaleza, inclinada al logro eventual de hegemonía global, adoptarán un enfoque de la amenaza soviética; aquellos que consideran a la Unión Soviética un estado-nación tradicional dado a la retórica revolucionaria pero cada vez más defensivo en su perfil, adoptarán otro. Aun el primer grupo se divide entre aquellos que piensan que la dirigencia de Moscú prefiere notoriamente una estrategia psicopolítica que prescribe eludir un enfrentamiento decisivo, frontal y militar a toda costa y quienes están convencidos de que Moscú busca la superioridad militar para un primer golpe estratégico.

Fritz Ermarth definió la doctrina estratégica como "un conjunto de creencias, valores y afirmaciones operativos que de forma significativa guían el comportamiento oficial respecto de la investigación y el desarrollo estratégico (R&D), la elección de armas, las fuerzas, los planes operativos y el control de armamentos, etc.".[68] ¿Suscriben las superpotencias la misma

doctrina de la disuasión estratégica? Hasta mediados de los años setenta muchos analistas estratégicos norteamericanos (en su mayor parte civiles influenciados por la teoría de la negociación económica) se inclinaban a responder de forma afirmativa. Los autores soviéticos de estrategia (oficiales militares, en su mayor parte) a menudo han dado respuestas que los estrategas norteamericanos más optimistas preferían ignorar, mientras esperaban que los planificadores soviéticos gradualmente pudieran ser convencidos de adoptar las teorías norteamericanas de la disuasión y el control de armamentos.

Quizás el tema más crucial en el debate estratégico (antes de la emergencia de la controversia sobre la defensa estratégica) fue la relación entre disuasión y capacidad de librar una guerra. Aquellos que seguían la senda marcada por Bernard Brodie (incluidos, en un sentido, los Obispos Católicos Norteamericanos en su Carta Pastoral de 1983, discutida en el Capítulo 5) sostenían que el único fin de poseer arsenales de armas nucleares es disuadir la guerra nuclear o cualquier guerra con un potencial de escalada al nivel nuclear. Para esta escuela de pensamiento, la guerra nuclear debe seguir siendo "impensable" y las armas nucleares nunca deben utilizarse. La mera existencia de las armas nucleares debería ser suficiente para disuadir al oponente de llevar adelante un primer ataque estratégico-nuclear contra Estados Unidos o una agresión convencional en gran escala contra Europa Occidental.

Otros, siguiendo más el camino sugerido por Herman Kahn y Albert Wohlstetter, han aducido que la disuasión, para ser más creíble y eficaz, exige una doctrina operativa y una capacidad percibida de luchar, ganar, sobrevivir y recuperarse de una guerra nuclear. Este tipo de estrategia presupone el logro de la superioridad estratégico-militar, que implica fuerzas invulnerables (endurecidas, dispersas y/o móviles), una capacidad de limitar el daño (destruir las armas nucleares del adversario antes de que las pueda usar), defensas antimisilísticas activas y pasivas, un sistema altamente eficaz y que sobreviva de C³I (comando, control, comunicaciones e inteligencia) para una alerta temprana y manejo de la batalla, un arsenal de misiles confiables y ojivas lo suficientemente precisas como para "matar" los blancos "reforzados", todas combinadas con la voluntad política y la disposición psicológica a atacar primero o a "lanzarse ante la advertencia".

Las dos políticas alternativas descriptas arriba no son, y no pueden ser, completamente dicotómicas. El factor esencial de credibilidad exige de forma imperativa una cierta superposición. Es un asunto de cuál alternativa ha de recibir más énfasis en el pensamiento estratégico, la doctrina militar y el planeamiento de la disposición de las fuerzas de cada superpotencia. A través de todo el primer cuarto de siglo de la era nuclear, desde fines de los años cuarenta a principios de los setenta, la política de la disuasión norteamericana oficial se basó en el concepto de amenazar un segundo ataque de represalia. Gradualmente se volvió claro que Estados Unidos debe mantener una fuerza de represalia invulnerable capaz de llevar adelante un segundo ataque que le infligiría un "nivel de daño inaceptable" al enemigo, por lo general descripto por McNamara y su grupo de defensa como la destrucción de un cuarto o más de la población y dos tercios o más de la estructura económico-industrial de la URSS.[69]

El secretario de Defensa McNamara la llamaba disuasión por amenaza de destrucción asegurada. En la medida en que las fuerzas estratégicas soviéticas crecieron, se conoció como Destrucción Mutua Asegurada (MAD), que se suponía que era la base de la disuasión mutua y de la restricción mutua.

Antes de mediados de los años ochenta, los escritos estratégicos soviéticos no reflejaban un compromiso con el concepto de disuasión tal como se lo entendía en Occidente. La comparación nunca fue un asunto fácil porque mientras que Estados Unidos a veces era demasiado explícito al promulgar su política y doctrina oficial, el gobierno soviético le daba mucho más crédito al secreto. Una publicación de las Naciones Unidas de 1980 planteaba la siguiente afirmación:

> El concepto de doctrina militar se usa de forma en cierto sentido diferente por parte de las diversas potencias militares... Las doctrinas nucleares soviéticas por lo general no se expresan de forma tan abierta como en el caso de Estados Unidos. El pensamiento soviético sobre el tema, en gran medida tiene que deducirse de afirmaciones muy generales, de las disposiciones de fuerza militar y de los escritos militares soviéticos.[70]

El problema de la comparación estaba complicado por el hecho de que los gobiernos mismos deben distinguir entre las políticas públicas declarativas (dirigidas de diversa forma a audiencias internas, aliados, la opinión pública mundial y el adversario) y los planes operativos concretos para el desarrollo, la adquisición, el despliegue y el uso de armas nucleares.[71] Tales requisitos para explicar políticas y doctrinas pone un gran peso en los gobiernos democráticos y a menudo lleva a aparentes ambigüedades y contradicciones que generan dudas, ansiedades, miedos y confusión en una parte o la otra. Un vocero soviético se quejaba de que el pensamiento estratégico norteamericano sigue un camino en "zig-zag".[72] No se puede negar que, en la medida en que ha cambiado el entorno internacional estratégico-tecnológico y nuevas generaciones de armas nucleares han emergido, la terminología en la cual la doctrina estratégica norteamericana ha estado manifiesta también ha sufrido cambios generacionales.

La mayoría de los estudiosos de los escritos estratégicos soviéticos fueron escépticos durante largo tiempo acerca de que la Unión Soviética aceptara el concepto de disuasión mutua como lo entendían en Occidente. Robert Legvold planteaba que mientras Estados Unidos tenía una doctrina de la disuasión basada en la teoría de la negociación, la Unión Soviética no tenía ninguna teoría de la disuasión, sólo una ciencia de la guerra y consideraba las sofisticadas sutilezas de los teóricos norteamericanos como racionalizaciones para usar armas nucleares.[73] Benjamin Lambeth, Michael Salomon, Donald G. Brennan, Fritz Ermarth y otros dudaban de que la Unión Soviética les diera mucha importancia a metas tales como la paridad estratégica de las negociaciones del SALT.[74] No había pruebas de que los estrategas soviéticos se opusieran a una doctrina que apela a la represalia después de absorber un primer ataque. Por cierto, en su opinión, semejante doctrina no era racional, y no deben haber creído que Estados Unidos obedeciera a su propia doctrina profesada en una crisis. Todos los

autores antes mencionados, tanto como Richard Pipes, John Erickson, Paul Nitze y Dimitri K. Simes, se inclinaban a pensar que los líderes políticos y militares soviéticos, si bien podían desear eludir una guerra nuclear general a toda costa, preferían la disuasión activa a la pasiva.[75] Esto implicaba un esfuerzo por lograr una capacidad de librar la guerra, ganarla y recuperarse de ella, y la disposición a atacar preventivamente si la guerra nuclear en algún momento parecía ser inevitable e inminente. Raymond Garthoff coincidía en que la capacidad de librar la guerra y ganarla constituía la disuasión más creíble a los ojos de los estrategas soviéticos, pero también estaba dispuesto a darles el beneficio de la duda acerca de si aceptaban o no la disuasión en el sentido occidental, por contraste con los otros autores antes citados, que tendían a pensar que la dirigencia soviética consideraba la "paridad estratégica" sólo un paso en el camino hacia la "superioridad estratégica". Garthoff aducía que la meta de la política nuclear soviética era la paridad, no la superioridad, y que Moscú consideraba "la limitación negociada de armas estratégicas un medio deseable de contribuir a este mantenimiento de paridad y equilibrio".[76]

El debate en torno de la disuasión mutua a través de la amenaza de mutua destrucción asegurada llegó a un clímax durante los años setenta, especialmente después de que los acuerdos SALT I ostensiblemente modificaron la paridad estratégica. Los estrategas norteamericanos se preocuparon por la amenaza que los misiles pesados soviéticos (que alcanzaban un número de más de 300) les plantearían a los misiles balísticos intercontinentales con base en tierra (ICBM) una vez que hubieran sido provistos de múltiples vehículos de entrada independientemente apuntados (MIRV). El secretario de Defensa James R. Schlesinger y su sucesor, Harold Brown, empezaron a preocuparse de que la constante acumulación de capacidades estratégicas soviéticas (aun dentro de los techos permitidos por el SALT I) creara una situación en la cual Estados Unidos no sintiera más confianza en que poseía suficiente fuerza de represalia sobreviviente para disuadir un primer ataque soviético. (La disuasión con base en el mar, por cierto, sobreviviría a un ataque de fuerzas con base en tierra, pero por el momento a los misiles balísticos de lanzamiento submarino (SLBM) se los consideraba tanto menos confiables que a los ICBM y en consecuencia menos adecuados para un papel de contrafuerza que de ataque a ciudades.) La política de la disuasión basada en la MAD se hizo menos atractiva. (La creciente crítica de la doctrina de la MAD sobre bases religiosas y éticas se trató en el Capítulo 5.) Schlesinger identificó la necesidad de Estados Unidos de echarse atrás de la idea de un ataque masivo de represalia y de considerar las "opciones nucleares limitadas" y la "determinación selectiva de blancos",[77] implicando con ello que Estados Unidos no esperaría necesariamente un ataque estratégico directo antes de usar armas estratégicas propias en un conflicto futuro. La última parte de la década estuvo marcada por observaciones en la publicación anual del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos (IISS) de Londres de que el equilibrio militar global se estaba inclinando con seguridad en favor del Este.[78] Los ideólogos soviéticos se jactaban de que la "correlación de fuerzas mundial" estaba cambiando en dirección del campo socialista. Richard L. Garwin les advirtió a los estrategas que estaban preocupados por la "ventana de vulnerabilidad" (la posibilidad teórica de que el 90 por ciento de la fuerza de ICBM norteamericana pudiera ser destruida en un primer ataque sorpresivo) que no invocaran una política de "lanzar como advertencia".[79] La administración Carter asumió un estudio para determinar si la disuasión estratégica norteamericana seguía siendo efectiva ante la acumulación soviética, y esto llevó a la adopción, en 1980, de la "estrategia de contrapeso", que se interpretó en general como una señal de que Estados Unidos estaba pasando de la disuasión a planes de librar la guerra.[80] Colin Gray fue sobresaliente entre aquellos que apelaban claramente a una estrategia de libramiento de la guerra, incluida una defensa de misiles balísticos, diseñada para producir la victoria.[81] Los temas centrales en esta fase del debate eran: 1) si la adopción de una estrategia de libramiento de la guerra por parte de Estados Unidos reforzaría la disuasión de la guerra o haría más probable que la guerra se produjera, además del tema obviamente controvertido de si la guerra nuclear podía "ganarse" en algún sentido que tuviera validez políticamente; y 2) si la guerra nuclear, en caso de que alguna vez comenzara, podía limitarse y controlarse por debajo del nivel de extinción mutua de las superpotencias y la destrucción de una gran parte de la raza humana y su civilización.[82] La respuesta a la primera pregunta es altamente subjetiva, pues depende de la psicología y la política (o características psicopolíticas) de cada individuo que hace el juicio. Algunos coincidirían, con McGeorge Bundy, en que ningún líder racional norteamericano o soviético estaría dispuesto a contemplar la pérdida de siquiera una o dos ciudades con el fin de "ganar" una crisis de política exterior.[83] En el lado opuesto del espectro psicopolítico, algunos insistirían en que la Unión Soviética, tras haberse recobrado de la Segunda Guerra Mundial, altamente destructiva (en la cual las muertes civiles y militares, por encima de veinte millones, fueron cien veces mayores que las pérdidas norteamericanas) podía estar dispuesta a ponerle un precio más alto a una guerra nuclear que suponía, en una confrontación crítica, que podía ganar y de la cual se recuperaría.

La segunda pregunta —¿puede la guerra nuclear, una vez iniciada, ser limitada y controlada?— es más técnica. La limitación de la guerra nuclear exigiría de ambos lados una gran proporción de autorrestricción política tanto como un sistema altamente desarrollado de comando, control, comunicaciones e inteligencia (C^3I). Aun si suponemos una determinación mutua muy fuerte a impedir la escalada incontrolable, y un deseo de evitar perjudicar la estructura de C^3I del adversario (a pesar de poderosos incentivos militares, en algunos casos, para destruirla), de forma tal que el adversario pueda conocer la intención de limitar y pueda responder en consecuencia, sin embargo el desempeño de dicha estructura puede no demostrarse adecuado a las pesadas demandas que se le plantean durante un intercambio nuclear debido a muchos factores: embotellamiento, engaño, infiltración y sabotaje por parte de *spetznaz* ("fuerzas especiales") o ataques de supresión de la defensa por parte de fuerzas estratégicas de la OTAN-Pacto de Varsovia o soviético-norteamericanas; cargos cubiertos por personal incompetente o mal entrenado que sufre una conmoción psicológica una vez que se han iniciado las hostilidades nucleares; una conexión y coordinación inadecuada de unidades en comunicación; fallas en el equipo

técnico; agotamiento por cansancio; errores operativos humanos en condiciones de extrema tensión; mala interpretación de la información y/o las órdenes; perturbaciones atmosféricas e ionosféricas; efectos de suspensión de las comunicaciones (que duran varias horas) en el pulso electromagnético (EMP) a raíz de la detonación de grandes armas termonucleares dentro y fuera de la atmósfera y otras causas.[84]

Desmond Ball ha analizado estas vulnerabilidades de los sistemas C³I y sus consecuencias para el control de la guerra nuclear. Señala que la Autoridad del Comando Nacional es vulnerable al ataque por parte de misiles balísticos de lanzamiento submarino (SLBM), por lo cual el tiempo de alerta sería mínimo. Ball describe dificultades tecnológicamente más complejas y fallas que podrían surgir en el funcionamiento de sistemas C³ aerotransportados del Comando Aéreo Estratégico de la Armada, que afectarían los vínculos de comunicación entre centros de comando y SLBM o ICBM o ambos; de los sistemas de alerta, reconocimiento y comunicación satelital (en consecuencia degradando la inteligencia respecto de lo que está ocurriendo concretamente en todo el mundo); de la Línea Caliente Washington-Moscú, de la cual dependen las comunicaciones de emergencia de las superpotencias y del sistema de comando y control submarino, no debido al factor de supervivencia submarina sino más bien debido a los problemas especiales asociados con el mantenimiento de comunicaciones confiables con submarinos sumergidos, sistemas de navegación que funcionen adecuadamente y la capacidad de usar SLBMs selectivamente. Ball y otros analistas, incluidos Michael Howard, Andrei Sakharov, Spurgeon M. Keeny, Wolfgang K. H. Panovsky, Ian Clark y Robert McNamara han llegado a la conclusión de que la guerra nuclear no puede ser controlada, excepto, quizás, en una porción relativamente pequeña de fuerzas nucleares estratégicas, sólo por un breve período y sólo en situaciones donde la Unión Soviética practica la restricción, pero no en un intercambio nuclear de alto nivel en el cual el poderío estratégicamente importante militar, político y administrativo y los centros C³ se están destruyendo a ritmo rápido.[85] Los analistas soviéticos a lo largo de la mayor parte de la era nuclear, si bien insistían en que el uso de armas nucleares siempre debe estar sometido a control político, no han pensado en la guerra controlada o limitada como lo han hecho tempranos defensores occidentales del concepto. Para los teóricos soviéticos, la selectividad ha de entenderse en el contexto de ataques simultáneos y masivos contra cualquiera y todos los blancos capaces de causarle daño a la Unión Soviética, no de ataques secuenciales. restringidos y discriminativamente "quirúrgicos".

El mundo estaría mejor si los principales encargados de tomar decisiones en todos los estados que tienen armas nucleares siguieran firmemente convencidos, antes del estallido de la guerra, de que un intercambio nuclear no puede ser limitado. Semejante convicción compartida tendería a reforzar la disuasión contra una elección deliberada de iniciar cualquier guerra que contenga un potencial interno de escalar al nivel nuclear. La lógica de la disuasión en sí misma exige este tipo de racionalidad. La incertidumbre debería impulsar a los líderes responsables a conducirse con consumada prudencia en tiempos de crisis. Los gobiernos responsables, sin embargo, no pueden contentarse con esto. Deben estar preparados también

para la posibilidad —por baja que sea la probabilidad— de que la disuasión pueda fallar. Deben estar listos a hacer lo que puedan para compensar con un toma de decisiones racional *después* del estallido de la guerra, el colapso de la toma de decisiones racional *antes* del hecho. Si la disuasión fallara, entonces sería de la mayor urgencia para los líderes políticos y militares de ambos lados convencerse rápidamente de que puede y debe limitarse, que la destrucción de ciudades debe evitarse, que las redes de C³ del adversario deben ser dejadas intactas con el fin del control y que si las armas nucleares se introducen, su uso contra blancos estrictamente militares debe ser lo más discriminado posible, con mínimos daños colaterales para las poblaciones inocentes y las estructuras de la civilización, hasta que el conflicto pueda terminarse lo más rápido posible, en términos menos desventajosos para cada lado de lo que lo sería para ambos la continuación de la guerra nuclear, tanto como para la comunidad internacional.

La disuasión nuclear extendida: Europa

La disuasión de un ataque soviético a Estados Unidos se llama *directa;* y la de un ataque soviético a Europa Occidental *indirecta* o *extendida.* La última generalmente ha sido considerada como un problema más difícil que la primera, porque es mucho más duro para una nación mantener la credibilidad de una amenaza que implicará el riesgo de una guerra nuclear para los aliados, tanto como lo implicaría para su propio interés nacional vital o aun su supervivencia. La promesa norteamericana de defender a Europa Occidental fue bastante creíble a lo largo de los años cincuenta, cuando Estados Unidos disfrutaba de una incuestionable superioridad nuclear estratégica en virtud de su fuerza de bombarderos de largo alcance. Los miembros de la Alianza Atlántica y su organización militar integrada, la OTAN, no tenían otra opción desde el comienzo sino confiar en el poder nuclear norteamericano, debido al desequilibrio de la fuerza convencional entre Occidente y la Unión Soviética y el costo prohibitivo de intentar alcanzar el poderío convencional del Pacto de Varsovia a "largo alcance". El primer ministro Winston Churchill y el presidente Dwight Eisenhower estaban convencidos, a principios de los años cincuenta, de que la disuasión nuclear sería mucho menos costosa y militarmente mucho más eficaz que la disuasión convencional.[86]

Idealmente, es deseable tener tanto una posición altamente disuasoria y un alto grado de preparación defensiva en caso de que la disuasión falle. Semejante combinación de amenaza nuclear y capacidad de librar la guerra refuerza la credibilidad de la disuasión, pues elimina el peligro de autoparálisis en tiempos de crisis propio de la posesión de una capacidad de hacer sólo una respuesta de "todo o nada". En contraste con los últimos años de la administración Eisenhower, cuando el aire estaba lleno de conversaciones sobre una "pausa convencional", "fuerzas de capacidad dual" y guerra nuclear "táctica" o "limitada", la administración Kennedy intentó separar las fuerzas y respuestas nucleares de las convencionales por tiempo, geografía y sistemas de comando y de control.

Había algo que decir en favor de cada una de las posiciones divergentes tomadas por los norteamericanos y los europeos. La administración Kennedy siguió lo que consideraba la forma prudente y responsable de reducir la probabilidad de guerra nuclear y aumentar las opciones disponibles entre el holocausto y la rendición. Los encargados de trazar políticas norteamericanos creían que, a fin de minimizar el riesgo de escalada a una guerra nuclear total, la OTAN tenía que reducir su confianza en las armas nucleares tácticas y mantener una clara "barrera de fuego" entre hostilidades convencionales y nucleares porque la distinción entre "guerra nuclear táctica" y "estratégica" o "guerra nuclear central" sería altamente ambigua y extremadamente difícil de mantener en las condiciones concretas de combate.[87]

Los estrategas de Europa Occidental y los encargados de hacer políticas, al analizar la situación desde un espacio geoestratégico y una perspectiva geopolítica muy diferente, era muy comprensible que tuvieran dos ideas diferentes sobre el tema. A veces temían que en una crisis, Estados Unidos no estuviera dispuesto a defenderlos con armas nucleares; en otros momentos, su temor era que *estuviera* dispuesto a hacerlo. La mayoría de los encargados de trazar políticas europeos, recordando la carnicería terrible de las dos guerras mundiales —guerras "convencionales"—, preferían una confianza máxima en la disuasión nuclear para impedir cualquier guerra. Por cierto no querían una guerra nuclear táctica y limitada, tampoco querían una respuesta puramente convencional de la OTAN, que implicara un retroceso de la OTAN y una subsiguiente "contraofensiva de liberación". (Habían tenido una idea en la Segunda Guerra Mundial de lo que ello significaría.) Algunos encargados de trazar políticas y analistas estratégicos norteamericanos sin duda consideraban la actitud europea ilógica, no realista o quizás similar a la del avestruz en su característica elusión de pensar a fondo las consecuencias potenciales de confiar demasiado en una estrategia nuclear. En la mente de muchos europeos, los norteamericanos estaban siendo demasiado lógicos y demasiado matemáticos, pero no lo suficientemente inteligentes en términos de psicología y política europeas. La estrategia de la disuasión funciona, aducían los europeos. Tomando una hipótesis remota de cómo la disuasión podía derrumbarse, y haciendo de eso la base de una nueva doctrina estratégica para la OTAN, Estados Unidos, a ojos de los europeos, podía aumentar la probabilidad de conflicto militar, el cual eventualmente podía volverse nuclear. Desde una perspectiva europea, la "respuesta flexible" implicaba un debilitamiento más que un reforzamiento de la disuasión.

Fuerzas de disuasión nacional en Europa

Durante años, los analistas estratégicos de Europa Occidental expresaron una creciente preocupación acerca de los cambios en el equilibrio estratégico global soviético-norteamericano entre la OTAN y el Pacto de Varsovia. Durante mucho tiempo se supuso que, contra una caída en la superioridad estratégica norteamericana, las armas nucleares tácticas de la OTAN compensaban la proporción de tres a uno del Pacto en armamentos convencionales. A mediados de los años setenta, sin embargo, tras haber logrado la codificación de la paridad en las Conversaciones de Limitación de Armas Estratégicas, la Unión Soviética empezó a adquirir una formidable cantidad de capacidades de teatro nuclear, incluyendo sistemas de lanzamiento de misiles con base en tierra de un alcance considerablemente mayor de los que estaban a disposición de la OTAN. Crecieron las preocupaciones de que la defensa europea gradualmente se "desacoplara" de las capacidades de disuasión estratégica de Estados Unidos. Se temía que la Unión Soviética, proyectando una sombra de poder militar incomparable, pudiera "finlandizar" a Europa Occidental, llevando su orientación política y económica eventual hacia Moscú.[88]

Algunos teóricos franceses, subrayando el enorme potencial destructivo de una sola arma termonuclear, habían aducido que una nación no necesita poseer una fuerza nuclear tan poderosa como la de Estados Unidos a fin de seguir con éxito una política de disuasión aun contra la Unión Soviética. Pierre Gallois, un general retirado de la Fuerza Aérea francesa, a principios de los años sesenta planteó la tesis de que la disuasión es asunto de proporción. A diferencia de Estados Unidos, los países más pequeños como Gran Bretaña y Francia no constituyen obstáculos decisivos para las ambiciones hegemónicas del mundo de una potencia agresiva. A fin de invadir tales países, una Unión Soviética agresiva no correría los riesgos que podría estar dispuesta a correr con el fin de anular la amenaza de su rival principal, Estados Unidos. Este último está obligado a mantener un factor disuasivo absoluto. Una potencia menor podría disuadir un ataque con fuerzas nucleares proporcionadamente menores. Gallois defendía una *force de dissuasion* dirigida a las ciudades. Si Francia pudiera estar segura de una capacidad de penetrar las defensas soviéticas y atacar, digamos, 50 blancos en la URSS, los líderes soviéticos llegarían a la conclusión de que el valor de apoderarse de Francia no valdría el riesgo implicado. Un factor de disuasión nacional en manos de una nación europea amenazada, aducía Gallois, sería más creíble que una promesa por parte de Estados Unidos o una fuerza de disuasión controlada por un grupo de gobiernos europeos (cada uno de los cuales casi con certeza retendría poder de veto). Si una potencia menor decide usar armas nucleares contra una superpotencia, debe estar preparada a suicidarse, pero si se compromete a una respuesta automática, la estrategia de la disuasión funcionaría.[89] A pesar de los elementos mórbidos y riesgosos de la teoría de Gallois, se adecuaba a los fines del presidente Charles de Gaulle, el defensor principal europeo de una disuasión nacional. Gran Bretaña también poseía fuerzas nucleares estratégicas nacionales, pero estaban integradas en el comando militar de la OTAN como "una contribución independiente a la disuasión".[90] En una época en que ni las fuerzas nucleares francesas ni las británicas habían logrado nada que se acercase a la "respetabilidad estratégica", la mayoría de los funcionarios de defensa de Europa no podían percibir ninguna alternativa práctica a confiar en la disuasión norteamericana.

A lo largo de los años setenta, los recelos acerca del cambio en el equilibrio de las fuerzas nucleares estratégicas y del teatro se hicieron más pronunciados. El síndrome post-Vietnam y post-Watergate debilitó al presidente de Estados Unidos en la conducción de la política exterior. Esto se

reflejó en la aparente incapacidad de Estados Unidos para manejar los acontecimientos de Angola, el Cuerno de África, Irán y Afganistán. Cuando la Unión Soviética empezó a apuntar a Europa Occidental con SS-20 móviles recientemente desplegados, el canciller de Alemania Occidental, Helmut Schmidt, llamó la atención sobre la creciente vulnerabilidad de la Europa de la OTAN, despertando una revaluación que llevó a la "decisión de dos pistas" de la Alianza en Bruselas en diciembre de 1979, sobre fuerzas nucleares de alcance intermedio: intentar negociar con Moscú un equilibrio más equitativo en Europa en cuanto a lo nuclear, mientras simultáneamente se preparaba para desplegar Pershing II y Tomahawk, misiles de crucero de lanzamiento terrestre en cinco países europeos.[91] Este acontecimiento llevó a un interés intensificado en las negociaciones de control de armamentos Este-Oeste. El desarme y el control de armamentos habían sido un tema persistente en la diplomacia de las superpotencias desde los primeros años de la posguerra. A estos temas volvemos ahora nuestra atención.

El desarme y el control de armamentos

El control de armamentos y el desarme están vinculados pero son conceptos diferentes. Se superponen de tanto en tanto, sin embargo reflejan interpretaciones divergentes del problema de los armamentos. Mientras que el desarme en sentido estricto implica la destrucción de armamentos y la prohibición de su producción futura, el control de armamentos presupone que las naciones seguirán teniendo armas y apunta a manejarlas para reforzar la seguridad y promover objetivos políticos y estratégicos deseables, más que permitir que la tecnología de las armas dicte políticas de forma que reduzcan la seguridad y la controlabilidad del entorno internacional. Así, las políticas de control de armamentos prototípicamente buscan imponer algún tipo de restricción o regulación en el diseño cualitativo, la producción cuantitativa, el método de despliegue, la protección, el control, la transferencia y el uso planeado, amenazado o concreto de la fuerza militar y las armas. Tales políticas pueden implicar colaboración entre adversarios: acuerdos formales, entendimientos tácitos o cooperación informal. También pueden abarcar decisiones unilaterales tomadas con la esperanza o la expectativa de acción recíproca, o decisiones unilaterales consideradas que merecen ser tomadas aun si el adversario no responde, simplemente porque refuerzan la estabilidad del disuasor, la controlabilidad, la seguridad contra la guerra no querida y la limitación del daño en caso de que la guerra ocurra. Capital para el pensamiento de los partidarios del control de armas es la reducción de tensiones, riesgos y peligros sin debilitar la disuasión. Las propuestas específicas de control de armamentos, sin embargo, pueden tener otros fines de la intención de sus partidarios: por ejemplo, promover la "détente", realizar cortes de presupuesto, permitir un desplazamiento de recursos a programas no defensivos, preservar el "'momentum' del control de armamentos", satisfacer la opinión pública y así sucesivamente.[92]

Algunas medidas de control de armamentos han sido llevadas adelante unilateralmente. Éstas incluyen la adquisición, por parte de Estados Unidos, de una capacidad de segundo ataque invulnerable con el fin de una disuasión eficaz, la introducción del sistema de dos claves y vínculos de acción electrónica permisiva en la Europa de la OTAN para crear una clara "barrera contra el juego" entre operaciones convencionales y nucleares en caso de guerra, y la Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI) del presidente Reagan, que se discutirá más adelante. Algunas medidas de control de armamentos han llevado a un resultado en absoluto significativo (por ejemplo, la "estrategia de ninguna ciudad")[93] o limitados resultados en zonas fuera de la región crucialmente sensible de Europa (por ejemplo, en los acuerdos para crear zonas libres de fuerza nuclear en América Latina y en el Pacífico Sur).[94]

No es la función de un texto sobre teorías de las relaciones internacionales detallar la provisión de tales instrumentos negociados por vía diplomática. Limitaremos nuestra atención a temas de control de armamentos selectos. Algunos se dejan teorizar sólo en grado limitado. Tomemos, por ejemplo, la prohibición de pruebas nucleares. Originariamente, las potencias occidentales se negaron a aceptar una cesación de las pruebas nucleares excepto como parte integral de un programa amplio de desarme nuclear, sobre las bases plausibles de que en la medida en que las armas nucleares eran necesarias para la disuasión, las pruebas nucleares también serían esenciales para mantener la disuasión tecnológicamente actualizada. Más adelante, cuando las pérdidas radioactivas a raíz de las pruebas se volvieron un problema grave, las superpotencias coincidieron en eliminar todo excepto las pruebas subterráneas. Dos potencias nucleares, Francia y China, nunca firmaron el Tratado de Prohibición Parcial de Pruebas. El bloque no alineado hace mucho que ha instado a una prohibición amplia de pruebas como un medio de derrotar la carrera armamentista y la proliferación nuclear. Las superpotencias, sin embargo, han seguido con las detonaciones subterráneas para probar sistemas (ofensivos o defensivos), mientras citan ya la no universalidad de la adhesión ya las diferencias sobre medios de verificación como motivos para su incapacidad de alcanzar el acuerdo.[95]

¿Hacia una disuasión de base defensiva?

En los años ochenta, la escena del control de armamentos internacional se vio fundamentalmente transformada —gradualmente al comienzo pero a un paso cada vez más rápido— como consecuencia de varios factores: 1) la Iniciativa de Defensa Estratégica del presidente Reagan anunciada el 23 de marzo de 1983; 2) del despliegue de INF por parte de la OTAN; 3) el surgimiento de Gorbachov, que estaba ansioso por eludir una abierta carrera armamentista en el espacio exterior y deseoso de alcanzar un acuerdo sobre INF rechazado por sus predecesores y quien retiró las tropas soviéticas de Afganistán, manifestó un interés en atenuar el conflicto en otras regiones y adoptó un enfoque más práctico en otras zonas de limitación de armamentos. Si su nueva postura, menos intransigente y mucho más

flexible que la de Brezhnev, Andropov y Chernenko, se debió primordialmente a las exigencias de la *perestroika* interna no puede saberse con certeza, pero no puede caber ninguna duda de que la diplomacia de Gorbachov demostró ser admirablemente exitosa tanto en Europa Occidental como en Estados Unidos en un momento en que elementos significativos de ambos lados del Atlántico estaban, por una variedad de motivos políticos y económicos, revaluando la Alianza Atlántica, tanto como la necesidad y el costo de estrategias alternativas.

En su discurso sobre la SDI, el presidente Reagan desafió a la comunidad científica a determinar la posibilidad de construir un sistema estable de defensa que no descansara más en la amenaza de aniquilación por represalia para disuadir de la guerra, sino que pudiera interceptar y destruir misiles nucleares antes de que pudieran alcanzar sus blancos; en resumen, hacer a las armas nucleares "impotentes y obsoletas" aun si ello significara que no se lo cumpliría antes de fin de siglo. Admitió que los sistemas defensivos plantean problemas y ambigüedades, especialmente si se los equipara con los sistemas ofensivos, que harían que ellos aparecieran como una preparación para la agresión. Insistió, sin embargo, en que Estados Unidos no estaba buscando la superioridad militar, sino más bien un método menos monstruosamente mortal para impedir la guerra nuclear que la estrategia de la destrucción asegurada. Agregó que si una defensa estratégica que funcionara se encontrara técnicamente factible, Estados Unidos debía en cierta forma compartirla con la Unión Soviética.[96]

Durante alrededor de cuatro años, los diarios, los periódicos semanales y mensuales y los boletines especializados estuvieron llenos de artículos sensacionalistas o serios sobre la "Guerra de las Galaxias" (un término que el Presidente nunca usó), que se libraría con armas de energía cinética, revólveres rastrillo electromagnéticos, rayos de partículas neutrales, una variedad de rayo láser (por ejemplo, rayos **X** y químicos), espejos de rayos que rebotaban desde láser de electrones libres o excimer y otros sistemas exóticos. Gran parte de los escritos en pro y en contra se basaban en la especulación pura. Si las fuentes de poder pesado no podían levantarse hasta el espacio, ¿podrían los espejos en el espacio redirigir los haces de rayos láser basados en tierra? ¿Podría superarse la distorsión atmosférica de los rayos láser? ¿Sería posible destruir los misiles enemigos en la fase de lanzamiento? ¿Podía un sistema de defensa estratégica ser anulado por contramedidas: aumentar el número de ojivas ofensivas, enviar cohetes falsos junto con los misiles reales, desarrollar combustibles de combustión más rápida para acortar la fase de lanzamiento a uno o dos minutos, desplegando "minas espaciales" o reduciendo la vulnerabilidad de los misiles a los rayos láser al rotarlos en vuelo o cubrirlos con sustancias deflectoras? ¿Podían las defensas de mediano alcance ser saturadas con globos y simulacros, o podían las armas de rayos de partículas discriminar entre los misiles reales y los simulacros? Aun con supercomputadoras capaces de desarrollar decenas de millones de cómputos por segundo, ¿podían los expertos en sistemas de información producir los cientos de millones de líneas de códigos de software que serían necesarias para programar la operación eficazmente? ¿Sería el sistema "políticamente factible" y económicamente eficaz en el margen, lo cual significaba esencialmente

que una unidad sumada de defensa sería eventualmente más barata que las unidades sumadas de capacidad ofensiva soviética o las contramedidas o la supresión de la defensa?[97]

Los voceros de la administración y otros defensores de la SDI adujeron que con varias capas de defensa (tantas como siete), cada una basada en tecnología diferente, la tasa de filtración podía reducirse casi a cero; que es más fácil conjurar contramedidas en la mente que hacerlas; que obviamente no tendría sentido desplegar un sistema que no tuviera supervivencia; que eventualmente los aliados de la OTAN llegarían a ver el valor del esfuerzo de investigación en la tecnología futurista con un potencial "derrame" en la defensa europea tanto convencional como nuclear; y que las estimaciones de los críticos de que la defensa estratégica costaría entre uno y dos billones de dólares eran poco importantes para el debate dado que nadie sabía o podía saber qué tecnologías específicas se elegirían o si toda la idea demostraría ser posible. Eso, después de todo, era el fin del esfuerzo de investigación conocido como SDI. Gran Bretaña, Alemania Occidental e Italia firmaron Memoranda de Entendimiento con Estados Unidos, permitiendo que sectores gubernamentales o privados participaran en la SDI. Los aliados, sin embargo, querían asegurarse de que Europa Occidental se beneficiaría de la investigación y obtendría alguna influencia sobre una decisión futura de desplegar la defensa estratégica.

La SDI tuvo un efecto significativo en el pensamiento soviético sobre el control de armamentos en la era Gorbachov. Antes de la Reunión Cumbre Reagan-Gorbachov de noviembre de 1985 en Ginebra, la Unión Soviética hizo un anuncio sin precedentes: estaba dispuesta a negociar reducciones de armas nucleares estratégicas del orden del 50 por ciento si Estados Unidos renunciaba a la SDI. (Antes, en 1977, había rechazado de forma sumaria el llamado del presidente Carter a reducciones del 25 por ciento.) En su plan de enero de 1986 para un mundo sin armas nucleares para el año 2000, Gorbachov propuso una temprana liquidación de misiles de alcance intermedio soviéticos y norteamericanos en Europa. El 28 de febrero de 1987, Gorbachov accedió a "desvincular" el tema de los INF de aquellos de los misiles estratégicos y la defensa espacial, que eran más complicados, y aceptó la opción "cero-cero" de Reagan de noviembre de 1981.

En la nueva dialéctica de ofensiva versus defensa puesta en movimiento por la SDI, las dos superpotencias no consideraron una polarización prolongada y cáustica indefinida como una alternativa atractiva. Probablemente ninguna de las dos esperaba un triunfo total, viendo una síntesis de sus posiciones como un resultado natural. Desde 1986 en adelante, hubo algunos signos de convergencia hacia una disposición mutua a observar el Tratado ABM durante varios años mientras se continuaba la investigación, el desarrollo y las pruebas estratégicas dentro de sus términos. Si esto se vería incluido en un acuerdo formal vinculado con las Conversaciones de Reducción de Armas Estratégicas (START) o se llevaría adelante informal y tácitamente, con cada uno controlando cuidadosamente al otro, queda por verse.

La disuasión y el control de armamentos en los años noventa

El entorno político-estratégico de Europa Occidental ha sufrido cambios desde el Tratado INF. Una vez que quedó claro que los misiles de alcance intermedio se sacarían de Europa, dejando sólo armas "tácticas" o de "campo de batalla", la mayoría de las cuales en una guerra nuclear futura probablemente sólo caerían en territorio alemán (del Este o el Oeste), quizás era inevitable que muchas personas en Alemania consideraran favorablemente la "solución de tercer cero": eliminar todas las armas nucleares en Europa Central. Alemania Occidental se mostró fría respecto de llevar adelante la decisión de la OTAN de 1983 en Montebello de modernizar algunas de las armas nucleares de corto alcance de la Alianza. Otros aliados se preocuparon de que una Europa Central desnuclearizada ocultara un paso de la República Federal hacia la neutralidad como un preludio de la reunificación nacional e insistieron en seguir adelante según se había planeado. Mientras que la Unión Soviética llamó a la desnuclearización, la OTAN le dio más prioridad a la reducción de las fuerzas convencionales con el objetivo de lograr una mayor estabilidad en Europa en el nivel convencional.

Ha habido un debate en curso durante los años ochenta acerca de la relación entre la disuasión nuclear y convencional en Europa y la posibilidad de cambiar el énfasis de la primera a la segunda. Algunos analistas, tanto como los obispos católicos norteamericanos, instaron a la OTAN a adoptar una política de "no primer uso" de las armas nucleares; otros plantearon que semejante cambio socavaría gravemente la disuasión.[98]

Mientras se comprometían al reforzamiento de las capacidades convencionales como parte de la estrategia de la Respuesta Flexible de la OTAN calculada para disuadir al adversario, rechazar la agresión en cualquier nivel y defenderse de un ataque soviético lo más posible sin un uso temprano y, si era posible, sin ningún uso de las armas nucleares, los líderes políticos y militares de la OTAN sin embargo se han negado a renunciar a la disuasión nuclear adoptando una política de "no primer uso". Por contraste con teóricos como John J. Mearsheimer y Samuel P. Huntington, que han buscado demostrar que la OTAN puede ser capaz de descansar en la disuasión convencional,[99] otros han aducido que la disuasión convencional sola es menos eficaz que una estrategia convencional-nuclear mixta. Richard K. Betts, por ejemplo, ha reiterado la posición de los estrategas nucleares "clásicos", es decir, que la disuasión convencional a menudo ha fracasado en la historia moderna y la disuasión nuclear no lo ha hecho hasta el momento debido a la diferencia entre *negación* y *castigo*. En la guerra convencional, lo peor que el agresor puede esperar es verse frustrado en su designio, que se le nieguen todos o parte de sus objetivos. En dicha situación es más fácil para el agresor calcular el máximo costo potencial del ataque. Si, por el otro lado, un agresor tiene motivo para pensar que un ataque convencional puede provocar una respuesta nuclear que contenga un peligro de escalada incontrolable, se vuelve imposible estimar de antemano el costo de la devastación que puede seguir.

Según Betts, una doctrina de Repuesta Flexible de la OTAN que posee riesgos inciertos, es preferible a cualquier alternativa de disuasión puramente convencional.

> La confianza en la disuasión convencional por defensa no está garantizada porque la negación es por naturaleza un factor de disuasión más débil que el castigo: el costo del fracaso es mucho más pequeño... Es más tentador jugar contra una probabilidad de negación moderadamente alta que contra una probabilidad de devastación moderadamente baja.
>
> ...
>
> Cualquier esquema de disuasión puramente convencional fracasa porque, al optimizar las barreras contra un desafío, debilita la disuasión contra otro... La única opción política que establece barreras por debajo de lo óptimo contra todás las contingencias es una que combine el reforzamiento de las capacidades de negación con constantes amenazas de castigo nuclear en caso de que la negación fracase.[100]

En enero de 1988 la Comisión de Estrategia Integrada de Largo Plazo le entregó al Secretario de Defensa y al Asistente del Presidente para Asuntos de Seguridad Nacional un informe titulado *Disuasión Discriminada*.[101] El informe señalaba que las siguientes décadas probablemente trajeran cambios significativos en el número de grandes competencias militares, la adquisición de tecnología de armas avanzadas por parte de potencias menores, el efecto de los acuerdos de armamentos sobre las fuerzas de las superpotencias, tanto nucleares como convencionales y el comportamiento incierto de los aliados y amigos. Todo esto modificaría el entorno internacional al cual deben dirigirse las políticas y estrategias de la disuasión.

> Deberíamos subrayar una gama más amplia de contingencias que las dos amenazas extremas que durante largo tiempo han dominado nuestra política de alianza y planificación de fuerzas: el ataque masivo del Pacto de Varsovia a Europa Central y un ataque soviético nuclear general. Concentrándose en estos casos extremos, nuestros planificadores tienden a descuidar los ataques que apelan a discriminar las respuestas militares y el riesgo de que en tales situaciones algunos aliados puedan apartarse.[102]

El informe aconsejaba al gobierno norteamericano que al defender a los aliados y los intereses en el exterior, no confiara en amenazas que provocarían una aniquilación nacional si se llevaran adelante; que debía diversificar y reforzar su capacidad de aplicar fuerza discriminada y no nuclear donde fuera necesario a tiempo para derrotar la agresión; que sus fuerzas, tanto convencionales como nucleares, deberían basarse en una mezcla de sistemas ofensivos y defensivos, incluida la capacidad de operaciones contraofensivas convencionales, que entraran profundamente en el territorio enemigo y discriminaran los ataques nucleares para disuadir un ataque nuclear limitado o una invasión convencional abrumadora; y que el control del espacio en época de guerra se volvería cada vez más importante.

Los autores tuvieron cuidado en no aparecer favorables a dejar de lado la amenaza de una respuesta nuclear a un ataque en Europa, pero al reordenar las prioridades de defensa en una era de constructos presupuestarios, parecían subrayar la necesidad de fuerzas convencionales y armas "inteligentes" de precisión milimétrica.

Para resumir, algunos teóricos de las relaciones internacionales creen que la disuasión nuclear debería abandonarse totalmente y ser sustituida por preparativos de defensa convencional. En el extremo opuesto están aquellos estrategas que creen que la confianza total debería ser puesta en la disuasión nuclear, mientras que todas las estrategias concretas de defensa para librar la guerra deberían dejarse de lado porque harían que la existencia de la guerra, y en consecuencia de la guerra nuclear, fuera más probable. Sin embargo, hace tres décadas, Glenn H. Snyder observó que "las consideraciones de reducir la probabilidad de la guerra y de mitigar sus consecuencias deben ser evaluadas simultáneamente", y que planear para las consecuencias de un fracaso en la disuasión es un asunto de juicio político que debe ser pesado respecto de la posibilidad de que la disuasión tenga éxito.[103] Los preparativos para el fracaso de la disuasión son esenciales, pero tales preparativos no deberían aumentar su probabilidad. Este problema está estrechamente vinculado con, y agravado por, la nueva orientación de la política soviética de la era Gorbachov. Si, como Richard Ned Lebow ha planteado dicotómicamente, la Unión Soviética simplemente ha acallado su meta a largo plazo de dominación global, entonces es esencial para Occidente subrayar una política de disuasión contra la amenaza de un ataque soviético; pero si los motivos soviéticos se están volviendo más tradicionalmente defensivos, entonces una política de dar seguridades puede ser más adecuada para Occidente. La mayoría de los analistas no encuentran ninguna de las interpretaciones satisfactoria. "En la medida en que la política soviética está de hecho motivada por una mezcla de metas ofensivas y defensivas, entonces alguna combinación de disuasión y concesión de seguridades es necesaria para enfrentarla." [104]

La disuasión y el control de armamentos están estrechamente vinculados con la cambiante tecnología armamentista. Desde que la disuasión eficaz exige una constante modernización, los acuerdos de control de armamentos entre las superpotencias debe permitir la modernización. Al mismo tiempo, todas las grandes potencias nucleares perciben un interés coincidente en seguir políticas que reduzcan la posibilidad de que otros estados puedan desestabilizar la situación estratégica internacional en tal grado que los estados con armas nucleares no puedan permanecer en control último de su propia seguridad. Así, cooperan, formal o tácitamente, en desalentar la "proliferación horizontal" de armas nucleares y sistemas de lanzamiento en otros estados. En los últimos años, más aún, han demostrado cierto interés en revigorizar el esfuerzo diplomático, casi tan viejo como el siglo, por hacer ilegal al menos el *uso* de armas químicas letales (a veces llamadas las "armas nucleares de los países pobres") aun si los problemas de verificación agravan la dificultad de hacer cumplir una prohibición internacional total a la producción y posesión de tales armas, que algunas naciones pueden querer retener con fines de disuasión.[105]

Mientras que la escena del control de armamentos ha empezado a sufrir cambios aparentemente importantes en los últimos años, la condición de la disuasión en el nivel de las superpotencias es probable que siga siendo sólida. A pesar de las acusaciones de cada bando en años anteriores de que el otro estaba intentando lograr una capacidad de primer ataque, ambos pueden haber alcanzado la conclusión hace tiempo de que ninguna de ellas puede lograr semejante margen de superioridad como para investir la noción de guerra estratégica con una apariencia de justificación política o moral. Es necesario que ambos bandos crean y tengan confianza en la racionalidad fundamental de los procesos de toma de decisiones del otro bando en ese tema. Si no lo hacen, los acuerdos de control de armamentos perdurables no pueden lograrse. Si lo hacen, y si siguen políticas inteligentes de "hacer" y "no hacer",[106] puede suponerse que la disuasión de una guerra nuclear total puede durar por un tiempo indefinidamente largo,[107] lo suficientemente largo como para permitir que los dilemas históricos de seguridad de los estados se vean fundamentalmente transformados.

NOTAS AL CAPÍTULO 9

[1] Robert Jervis: "Deterrence Theory Revisited", *World Politics*, XXXI (abril de 1979), p. 289. Jervis le atribuye la popularidad de la teoría a sus "formidables virtudes intelectuales" y al hecho de que es parsimoniosa, es decir, lógica, simple, prolija y clara. Ibídem, p. 290. Las ideas de Jervis, un teórico de primera línea de la disuasión durante la última década, se tratarán más a fondo más adelante en este capítulo.

[2] Alexander L. George y Richard Smoke: *Deterrence in American Foreign Policy: Theory and Practice* (Nueva York, Columbia University Press, 1974), p. 11. Ver también Franck C. Zagare: *The Dynamics of Deterrence* (Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1987), p. 7.

[3] Ibídem, pp. 14-16. Ver también Patrick M. Morgan: *Deterrence: A Conceptual Analysis* (Beverly Hills, California, Sage, 1977), cap. 1, y George M. Quester: *Deterrence Before Hiroshima* (Nueva York, Wiley, 1966).

[4] Bernard Brodie: "The Anatomy of Deterrence", *World Politics*, XI (enero de 1974), p. 174.

[5] Meses después de Hiroshima y Nagasaki, Bernard Brodie, el teórico pionero de la disuasión estratégica había escrito: "Hasta ahora, el objetivo cardinal de nuestras fuerzas armadas ha sido ganar guerras. De ahora en adelante su objetivo cardinal debe ser el de evitarlas. Pueden, casi, no tener otro objetivo útil". *The Absolute Weapon* (Nueva York, Harcourt, Brace, 1946), p. 76. Si bien en la última frase Brodie exageró su propuesta, la historia posterior verificó el principal planteo que estaba intentando hacer al comienzo de la era nuclear, en lo relativo a la guerra general estratégica. Ver también Henry A. Kissinger: *The Necessity for Choice* (Garden City, N. Y., Doubleday, 1962), pp. 11-12. Thomas C. Schelling insistió en que, en la era nuclear, lo que una nación quiere de sus fuerzas armadas no es tanto la "victoria" como el poder de negociación. *Arms and Influence* (Nueva Haven, Yale University Press, 1966), p. 31.

[6] Robert Jervis: op. cit., p. 291.

[7] El famoso "telegrama largo" de Kennan del 22 de febrero de 1946, desde Moscú al Departamento de Estado de Washington, se encuentra en la Serie del Departamento de Estado: *Foreign Relations of the United States*, 1946 (Washington, D.C., U.S. Goverment Printing Office), vol. VI, pp. 696-709. Los puntos de vista políticos de Kennan se publicaron en forma modificada en el artículo firmado por "X". "Las fuentes de la conducta soviética", *Foreign Affairs*, XXV (julio de 1947). Respecto de los antecedentes de George F. Kennan, espe-

cialmente su servicio "fuera de cargo" como joven diplomático en Riga, donde sus actitudes respecto de la Unión Soviética se formaron, ver Daniel Yergin: *Shattered Peace: The Origins of the Cold War and the National Security State* (Boston, Mass., Houghton Mifflin, 1978), cap. 2. Una de las interpretaciones más influyentes, si bien no sin controversias, del concepto de contención de Kennan, y de los sentidos vinculados a él por diversas administraciones, se encuentra en John Lewis Gaddis: *Estrategias de la contención: Una evaluación crítica de la política de seguridad norteamericana de posguerra* (Buenos Aires, GEL, 1989). Ver también Walter Isaacson y Evan Thomas: *The Wise Men: Six Friends and the World they Made* (Nueva York, Simon & Schuster, 1986), pp. 328-239, 353-355 y 484-485.

[8] John Lewis Gaddis, en la edición de Oxford University Press de 1982, pp. 39-40.

[9] Donald M. Snow: *Nuclear Strategy in a Dynamic Age* (University, University of Alabama Press, 1981), p. 50; Richard Smoke: *National Security and the Security Dilemma*, 2ª edición (Nueva York, Random House, 1987), p. 53. Ver también Samuel P. Huntington: *The Common Defense: Strategic Programs in National Politics* (Nueva York, Columbia University Press, 1961), pp. 33-47.

[10] Alexander L. George y Richard Smoke: op. cit., pp. 23-27; Richard Smoke: op. cit., pp. 77-82. Para un examen completo de la teoría de la guerra limitada, ver Henry A. Kissinger: *Nuclear Wapons and Foreign Policy* (Nueva York, Harper, 1957); Robert E. Osgood: *Limited War* (Chicago, Illinois, University of Chicago Press, 1957); Klaus Knorr y Thornton Read, comps.: *Limited Strategic War* (Nueva York, Frederick A. Praeger, 1962); Robert E. Osgood: *Limited War Revisited* (Boulder, Colo., Westview Press, 1979).

[11] Extractos del Discurso ante el Consejo de Relaciones Exteriores, Nueva York, 12 de enero de 1954, en *The New York Times*, 13 de enero de 1954. Dulles publicó una aclaración de su enfoque en "Policy for Security and Peace", *Foreign Affairs*, XXXII (abril de 1954). Para una descripción de la alarma despertada por algunas de las declaraciones de Dulles, ver Louis J. Halle: *The Cold War as History* (Nueva York, Harper & Row, 1967), pp. 276-282. Para una descripción retrospectiva ulterior, cf. Samuel F. Wells: "The Origins of Massive Retaliation", *Political Science Quarterly*, 96 (primavera de 19819).

[12] Jerome H. Kahan: *Security in the Nuclear Age: Developing U.S. Strategic Arms Policy* (Washington, D.C., The Brookings Institution, 1975), p. 34.

[13] Richard Smoke: op. cit., p. 54.

[14] William W. Kaufmann: "The Requirements of Deterrence", en W. W. Kaufmann, comp.: *Military Policy and National Security* (Princeton, Princeton University Press, 1956), pp. 23-24.

[15] Paul Nitze: "Atoms, Strategy and Policy", *Foreign Affairs*, XXXIV (enero de 1956), pp. 188-189.

[16] Ver Sir Anthony Buzzard y otros: "The H-Bomb: Massive Retalitation or Graduated Deterrence", *International Affairs* (Londres), XXXII (abril de 1956), y Arnold Wolfers: "Cold a War in Europe Be Limited?", *Yale Review*, XLV (invierno de 1956).

[17] Bernard Brodie: *Strategy in the Missile Age* (Princeton, N. J., Princeton University Press, 1959), cap. 7.

[18] Ibídem, pp. 268-269.

[19] Ibídem, p. 271.

[20] Ibídem, pp. 272-273. En fecha tan temprana como 1945, Brodie había observado que en la era atómica, la seguridad norteamericana hacía necesario "tomar medidas para garantizarnos, en caso de ataque, la posibilidad de represalia equivalente". *The Absolute Weapon*, p. 76.

[21] *Strategy in the Missile Age*, p. 274.

[22] Ibídem, pp. 261-263.

[23] Bernard Brodie: *War and Politics* (Nueva York, Macmillan, 1973), p. 380.

[24] Ibídem, pp. 419-420.

[25] Ibídem, p. 126.

[26] Ibídem, cap. 9. "Nuclear Weapons: Utility in Non-use".

[27] Walter Millis: *A World Without War* (Santa Barbara, California, Center for Democratic Institutions, 1961).

[28] Klaus Knorr: *On the Uses of Military Power in the Nuclear Age* (Princeton, Princeton University Press, 1966) y "On the International Uses of Military Force in the Contemporary World", *Orbis*, 21 (primavera de 1977); Barr M. Blechman and Stephen S. Kaplan: *Force Without War: U.S. Armed Forces as a Political Instrument* (Washington, D.C., The Brookings Institution, 1978); Laurence Martin: *Strategic Thought in the Nuclear Age* (Baltimore, Md., The Johns Hopkins University Press, 1981); Robert Gilpin: *War and Change in World Politics* (Cambridge, Cambridge University Press, 1981).

[29] Laurence Martin: op. cit., p. 5.

[30] Ibídem.

[31] Ibídem, p. 9.

[32] Albert Wohlstetter: "The Delicate Balance of Terror", *Foreign Affairs*, XXXVIII (enero de 1959). Brodie, sin embargo, no coincidía en que el equilibrio del terror fuera tan *delicado* como Wohlstetter dejaba entrever: "Muchas cosas son tecnológicamente factibles pero tenemos buenos motivos para creer que no ocurrirán". *War and Politics*, p. 380. La observación de Brodie es correcta. Sin embargo, los planificadores militares y los encargados de trazar políticas estratégicas dentro de los gobiernos de las superpotencias han demostrado una aguda preocupación por la necesidad de modernizar constantemente la tecnología de las armas nucleares. Ver Laurence Martin: op. cit., pp. 6-7. El grupo de Estudios Nucleares de Harvard ubicaba a la modernización de la tríada estratégica en el lugar más alto de su agenda para evitar la guerra nuclear. Graham T. Allison, Albert Carnesale y Joseph S. Nye, Jr., comps.: *Hawks, Doves and Owls: An Agenda for Avoiding Nuclear War* (Nueva York, W. W. Norton), p. 21.

[33] Thomas C. Schelling y Morton H. Halperin: *Strategy and Arms Control* (Nueva York, Twentieth Century Fund, 1961), pp. 50-54; Morton H. Halperin: *Contemporary Military Strategy* (Boston, Mass., Little Brown, 1967), pp. 19-20; Jerome H. Kahan: op. cit., p. 271. El trabajo de 1961 de Schelling y Halperin, durante largo tiempo considerado un clásico en su campo, se publicó en una segunda edición revisada en Pergamon Press, 1985.

[34] Para un muestreo representativo de la bibliografía, ver Carl Kaysen: "Keeping the Strategic Balance", *Foreign Affairs*, XLVI (julio de 1968), páginas 665-675; Harold Brown: "Security Through Limitations" y Donald G. Brennan: "The Case for Missile Defense", *Foreign Affairs*, XLVII (abril de 1969), páginas 422-432 y 443-448, respectivamente; J. W. Fulbright y otros: "Missiles and Anti-Missiles: Six Views", *Bulletin of the Atomic Scientists*, XXV (junio de 1969), pp. 20-28; William R. Kintner, comp.: *Saveguard: Why the ABM Makes Sense* (Nueva York, Hawthorne, 1969); Abram Chayes y Jerome B. Weisner, comps.: *ABM: An Evaluation of the Decision to Deploy an ou Anti-Ballistic Missile System* (Nueva York, Harper & Row, 1969); Morton H. Halperin: "The Decision to Deploy the ABM: Bureaucratic and Domestic Politics in the Johnson Administration", *World Politics*, XXV (octubre de 1972).

[35] Ver Charles J. Hitch y Roland N. McKean: *The Economics of Defense in the Nuclear Age* (Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1960); Samuel P. Huntington: *The Common Defense*, caps. 6-12, 14, 16 y 18.

[36] Sobre esta última distinción entre la amenaza de disuasión *antes* y la defensa concreta *después* de que la guerra empieza, ver Raymond Aron: *The Great Debate: Theories of Nuclear Strategy*, trad. Ernest Pawel (Garden City, N. Y., Doubleday, 1965), pp. 32-33 y Glen H. Snyder: *Deterrence and Defense: Toward a Theory of National Security* (Princeton, Princeton University Press, 1961), pp. 3-16 y 33-40. Richard Rosecrance también traza una distinción entre la amenaza de daño devastador planteada antes de que la agresión se produzca y la respuesta que concretamente se hace después de que las hostilidades estallan. *International Relations: Peace or War?* (Nueva York, McGraw Hill, 1973), p. 284.

[37] Henry Kissinger: *Nuclear Weapons and Foreign Policy*, p. 12.

[38] Para una excelente descripción sobre los esfuerzos de la inteligencia norteamericana para controlar y predecir el desarrollo de las fuerzas nucleares

soviéticas, tanto como los debates en torno de la confiabilidad de diversas estimaciones, ver Lawrence Freedman: *U.S. Intelligence and the Soviet Strategic Threat*, 2ª edición (Nueva York, Macmillan, 1986). Ver también Robert L. Pfaltzgraff, Jr., Uri Ra'anan y Warren H. Milberg, comps.: *Intelligence Policy and National Security* (Londres, Macmillan, 1981); Christopher Andrew y David Dilks, comps.: *The Missing Dimension: Governments and Intelligence Communities* (Londres, Macmillan, 1984), y Jeffrey Richelson: *The U.S. Intelligence Community* (Cambridge, Mass., Ballinger, 1985). Entre los trabajos valiosos anteriores están Sherman Kent: *Strategic Intelligence for American World Policy* (Princeton, Princeton University Press, 1966), y Lyman B. Kirkpatrick: *The Intelligence Community* (Nueva York, Hill and Wang, 1973).

[39] Robert Osgood: "Stabilizing the Military Environment" en Dale J. Kekhuis y otros, comps.: *International Stability* (Nueva York, Wiley, 1964), p. 87; R. R. Hibbs: "ABM and the Algebra of Uncertainty", *Bulletin of the Atomic Scientist*, XXIV (marzo de 1968), pp. 31-33; D. G. Brennan: "Uncertainly Is Not the Issue", ibídem, pp. 33-34.

[40] Stanley Sinkiewicz: "Observations on the Impact of Uncertinty in Strategic Analysis", *World Politics*, XXXII (octubre de 1979), pp. 98-99. Ver también las referencias en el texto (cap. 9) y la nota 100 infra a las opiniones de Richard K. Betts sobre el papel de la incertidumbre en la disuasión nuclear de la OTAN.

[41] Raymond Aron: "The Evolution of Modern Strategic Thought" en *Problems of Modern Strategy: Part One*, Adelphi Papers Nº 54 (Londres, Institute for Strategic Studies, febrero de 1969), p. 9.

[42] Ibídem.

[43] Ole R. Holsti: *Crisis, Escalation, War* (Montreal, McGill-Queens University Press, 1972), pp. 8-9.

[44] Claudio Cioffi-Revilla: "A Probability Model of Credibility: Analyzing Strategic Nuclear Deterrent Systems", *Journal of Conflict Resolution*, 27 (marzo de 1983).

[45] Patrick M. Morgan: op. cit., pp. 28-43.

[46] Alexander L. George y Richard Smoke: op. cit., pp. 38-41.

[47] Ver Cap. 9 en el texto y la nota 87 infra.

[48] John H. Herz: "The Territorial State Revisited: Reflections on the Future of the Nation-States" en James N. Roseanu, comp.: *International Politics and Foreign Policy* (Nueva York, Free Press, 1969), pp. 80-81.

[49] Alexander L. George y Richard Smoke: op. cit., p. 54.

[50] Bruce M. Russett: "The Calculus of Deterrence", *Journal of Conflict Resolution*, VII (marzo de 1963), pp. 97-109. Ver también Franklin B. Weinstein: "The Concept of a Commitment in International Felations", *Journal of Conflict Resolution*, XIII (marzo de 1969), pp. 39-56.

[51] Ver Bruce M. Russett: "Pearl Harbor: Deterrence Theory and Decision Theory", *Journal of Peace Research*, 4, Nº 2 (1967), pp. 80-106.

[52] Ver Daniel Frei con Christian Catrina: *Risks of Unintentional Nuclear War* (Ginebra, United Nations Institute for Disarmament Research, 1982), especialmente cap. VI; Milton Leitenberg: "Accidents of Nuclear Weapons Systems", en Stockholm International Peace Research Institute: *World Armaments and Disarmament, SIPRI Yearbook* (Cambridge, MIT Press, 1977), pp. 52-82.

[53] Philip Green: *The Deadly Logic: The Theory of Nuclear Deterrence* (Columbus, Ohio, State University Press, 1966).

[54] Robert Jervis: op. cit., p. 292.

[55] Ibídem.

[56] La capacidad de Kennedy para convencer a Kruschev de que retirara los misiles soviéticos de Cuba en 1962 se debió no sólo a la superioridad estratégica norteamericana que prevalecía en esa época, sino también a la superioridad militar convencional norteamericana local en la región de confrontación crítica. Sobre la diferencia entre disuasión y apremio, ver Patrick M. Morgan: op. cit., p. 31; Thomas C. Schelling: *Arms and Influence* (New Haven, Conn., Yale University Press, 1966), pp. 69-91 y el capítulo final de Alexander George y otros: *The Limits of Coercive Diplomacy* (Boston, Mass., Little, Brown, 1981).

[57] Robert J. Jervis: op. cit., p. 297.

[58] Ibídem, p. 298.

[59] Ibídem, p. 292.

[60] Ibídem, p. 293.

[61] Ibídem, pp. 295-296, 304.

[62] Ibídem, pp. 296-297.

[63] Ibídem, pp. 299-300.

[64] Thomas C. Schelling: op. cit., pp. 37-38.

[65] Robert Jervis: op. cit., p. 302.

[66] Robert L. Jervis: "Why Nuclear Superiority Doesn't Matter", *Political Science Quarterly*, 94 (invierno de 1979-1980), pp. 625-633. R. Harrison Wagner criticaba el artículo de Jervis sobre la base de que Jervis fundaba su análisis demasiado en el juego del gallina, que Wagner consideraba poco importante para el problema de la disuasión. "Deterrence Bargaining", *Journal of Conflict Resolution*, 26 (junio de 1982). Wagner aducía que una estrategia de intercambio nuclear limitado es un factor de disuasión más potente que la amenaza de una represalia general. Ibídem, p. 356. Barry M. Blechman y Robert Powell han señalado que la posesión de superioridad nuclear a principios de los años cincuenta probablemente ayudó al presidente Eisenhower en sus esfuerzos por hacer que la Guerra de Corea finalizara en 1953, pero que las amenazas y decisiones de dicha era tienen poca importancia, si es que tienen alguna, en el período actual, cuando ambas superpotencias poseen capacidades nucleares amplias y lo suficientemente seguras para soportar un primer ataque y aun infligirle una destrucción por represalia devastadora a la sociedad opuesta. "What in the Name of God Is Strategic Superiority?", *Political Science Quarterly*, 97 (invierno de 1982-1983), pp. 601-602. Ver también Hans Bethe: "Meaningless Superiority", *Bulletin of the Atomic Scientist*, 37 (octubre de 1981).

[67] Decir que este o aquel curso de acción es "racional" o "irracional" supone un juicio previo o presupuesto respecto de metas u objetivos, que se basan en valores que van más allá de la evaluación "racional". Ver Stanley Hoffmann: *The State of War* (Nueva York, Praeger, 1965), pp. 12-13; William A. Scott: "Rationality and Nonrationality of International Attitudes", *Journal of Conflict Resolution*, 2 (marzo de 1958), pp. 8-16. Robert Jervis, citando a Milton Friedman y a Kenneth N. Waltz, señala que "la teorización basada en presupuestos de que la gente es racional no queda derrotada por los estudios empíricos que demuestran que se comprometen en operaciones mentales que violan este presupuesto". Robert Jervis y otros: *Psychology and Deterrence* (Baltimore, Md., The Johns Hopkins University Press, 1985), p. 5.

[68] Fritz Ermarth: "Contrasts in American and Soviet Strategic Thought", *International Security*, 3 (otoño de 1978), p. 138. Cf. también Stanley Sinkiewicz: "SALT and Soviet Nuclear Doctrine", ibídem, 2 (primavera de 1978).

[69] Los porcentajes precisos aparentemente variaron a lo largo del tiempo y según las diversas fuentes. Ver Richard Smoke: op. cit., p. 116; Alan C. Enthoven y K. Wayne Smith: *How Much Is Enough: Shaping the Defense Program, 1961-1969* (Nueva York, Harper and Row, 1971), p. 174; Lawrence Freeman: *The Evolution of Nuclear Strategy* (Londres, Macmillan, 1981), p. 246.

[70] Asamblea General de las Naciones Unidas: *Comprehensive Study on Nuclear Weapons* (A/35/392) (Nueva, York, United Nations, 1980), pp. 94-103.

[71] Milton Leitenberg, citado en Daniel Frei, op. cit., p. 62.

[72] Gennadi Gerasimov: *War and Peace in the Nuclear Age* (Moscú, Nvosti Press, 1982), p. 56.

[73] Robert Legvold: "Strategic 'Doctrine' and SALT: Soviet and American Views", *Survival*, 21 (enero-febrero de 1979), p. 9.

[74] Bejamin Lambeth: "The Political Potential of Soviet Equivalence", *International Security*, 4 (verano de 1979); Donald G. Brennan: "Commentary", ibídem, 3 (invierno de 1978-1979); Michael D. Salomon: "New Concepts for Strategic Parity", *Survival*, 19 (noviembre-diciembre de 1977). Benjamin Lambeth más adelante señaló que "sigue habiendo mucha incertidumbre acerca de la incertidumbre estratégica soviética. Hay mucho que no sabemos (y no podemos saber) acerca de cómo los líderes soviéticos actuarían ante una gran prueba. La incertidumbre puede tomar dos caminos, según cómo perciba la dirigencia

soviética los riesgos y factores en juego de una situación. Podría ya sea hacerlos dudar o suministrar un incentivo poderoso para que los líderes tomen la iniciativa e intenten dominar el resultado antes de que sea demasiado tarde". "Uncertainties for the Soviet War Planner", *International Security*, 7 (invierno de 1982-1983), pp. 164-165.

[75] Richard Pipes: "Why the Soviet Union Thinks It Could Fight and Win a Nuclear War", *Commentary*, 64 (julio de 1977); John Erickson: "The Chimera of Nuclear Deterrence", *Strategic Review*, VI (primavera de 1978); Paul Nitze: "Assuring Strategic Stability in an Era of Détente", *Foreign Affairs*, 54, 2 (enero de 1976); Dimitri K. Simes, "Deterrence and Coercion in Soviet Policy", *International Security*, 6 (invierno de 1980-1981). Según Leon Gouré, la estrategia soviética para disuadir de la guerra preparándose para librarla exige un interés mucho más grande por parte de los planificadores militares en problemas de defensa civil y recuperación posterior al ataque de la que han demostrado desde principios de los años sesenta sus contrapartes norteamericanas. *War Survival in Soviet Strategy: USSR Civil Defense* (Miami, Center for Advanced International Studies, University of Miami, 1976). Cf. también David Holloway: *The Soviet Union and the Arms Race* (New Haven, Yale University Press, 1983), pp. 176-177.

[76] Raymond L. Garthoff: "On Mutual Deterrence: A Reply to Donald Brennan", *International Security*, 3 (primavera de 1979), p. 198. Ver también su "Mutual Deterrence and Strategic Arms Limitation in Soviet Policy", ibídem, 2 (verano de 1978).

[77] *Report of the Secretary of Defense to the Congress on the FY 1975 Defense Budget* (Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 4 de marzo de 1974), pp. 35-41.

[78] Ver las siguientes publicaciones del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos (Londres): *The Military Balance for 1974-1975*, p. 4; para 1978-1979, pp. 3-4; para 1979-1980, pp. 3-4 y *Strategic Survey* para los siguientes años: 1977, pp. 10-11; 1978, p. 6; 1979, pp. 2-4 y 1980-1981, pp. 3-6.

[79] Richard L. Garwin: "Launch Under Attack to Redress Minuteman Vulnerability?", *International Security*, 4 (invierno de 1979-1980). Albert Carnesale, Paul Doty, y otros del Grupo de Estudios Nucleares de Harvard también dudaban de que la Unión Soviética alguna vez atacara solamente la fuerza de ICBM norteamericana con base en tierra (que lleva menos de un cuarto de todas las ojivas nucleares estratégicas norteamericanas), en la expectativa de que el Presidente de Estados Unidos no eligiera ni lanzar los ICBM como amenaza ni tomar represalia con los misiles de lanzamiento submarino después de un ataque soviético sobre la fuerza de Minuteman. En resumen, el Grupo de Harvard consideraba un ataque soviético sólo a los Minuteman difícil. *Living With Nuclear Weapons* (Nueva York, Bantam Books, 1983), p. 52. Ver también Albert Carnesale y Charles Glaser: "ISBM Vulnerability: The Cures are Worse Than the Disease", *International Security*, 7 (verano de 1982).

[80] Fragmentos del discurso del secretario de Defensa Harold Brown, Colegio Naval de Guerra, Newport, Rhode Island, 20 de agosto de 1980, en *The New York Times*, 21 de agosto de 1980. Según Walter Slocombe, la doctrina de este país nunca estuvo "única o simplemente basada en ataques masivos reflexivos a las ciudades soviéticas y a su población", a pesar de los conceptos erróneos del pasado al respecto. Afirmó que "las administraciones anteriores, remontándose casi a dos décadas, reconocieron lo inadecuado de la doctrina de determinar blancos estratégicos —un plan para el uso de las armas si la disuasión fallaba— que nos habría dado una gama demasiado estrecha de opciones de empleo". Agregó que el "logro incuestionable de la paridad estratégica alcanzada por la Unión Soviética ha subrayado lo que era claro desde mucho antes: que una política basada sólo en la represalia masiva contra las ciudades soviéticas es un factor de disuasión inadecuado para el pleno espectro de agresiones soviéticas potenciales". "The Countervailing Strategy", *International Security*, 5 (primavera de 1981), p. 19. Durante el debate que acompañó el texto de la Carta Pastoral sobre la Guerra y la Paz de los obispos católicos discutida en el Capítulo 5 (ver nota 18 de dicho capítulo), el asesor de Seguridad Nacional

William P. Clark emitió una declaración que en parte decía: "Por motivos morales, políticos y militares, Estados Unidos no toma como blanco a la población civil soviética como tal... No amenazamos la existencia de la civilización soviética amenazando las ciudades soviéticas". El secretario de Defensa Caspar Weinberger remitió una declaración paralela. Citada en nota 81 de la Carta Pastoral.

[81] Ver Colin Gray: "Nuclear Strategy: The Case for a Theory of Victory", *International Security*, 4 (verano de 1979); Colin S. Gray y Keith Payne: "Victory Is Possible", *Foreign Policy*, 39 (verano de 1980). El secretario de Defensa Weinberger habló de una "guerra prolongada" y de la "escalada horizontal", pero no usó el término *guerra nuclear prolongada*, si bien los críticos supusieron que estaba implícito en su pensamiento. Oficialmente expresó la convicción de que ni una superpotencia ni la otra podían ganar una guerra nuclear. *Annual Report to the Congress FY 1984* (Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1º de febrero de 1983), p. 51. Donald W. Hanson, criticando la tesis de Colin Gray escribió: "Es una cosa insistir en que la disuasión puede fallar, como sin duda puede, y aducir que las armas nucleares pueden tener que ser utilizadas: es decir, plantear la necesidad de una doctrina de empleo viable. Pero es bastante diferente afirmar que, debido a que la necesidad está ahí, debe existir una estrategia para la victoria y la supervivencia". "Is Soviet Strategic Doctrine Superior?", *International Security*, 7 (invierno de 1982-1983), p. 83. Uno puede aducir plausiblemente que los teóricos militares y los planificadores tienen una cierta necesidad psicológica de proponer una meta victoriosa en función de la lógica estratégica y la moral de las fuerzas armadas, simplemente para eludir una sensación de absoluta futilidad a partir de un prolongado período de disuasión, y esto no necesariamente es peligroso en la medida en que los militares sigan bajo el control de líderes políticos racionales que pueden calcular las consecuencias políticas de una guerra nuclear. En cualquier caso, Hanson defiende la necesidad de una doctrina de empleo viable. Michael Howard, un teórico británico de primer nivel, ha defendido la idea de que Occidente no necesita capacidad para "librar la guerra", no con el fin de intentar obtener una victoria imposible mutuamente aniquiladora, sino una que "le atribuya a la victoria de nuestro oponente un precio que no puede de ninguna manera afrontar pagar". "On Fighting a Nuclear War", ibídem, 5 (primavera de 1981), p. 16. En suma, para todos los defensores sensatos de la disuasión, la única victoria reside en prevenir la guerra nuclear.

[82] McGeorge Bundy: "To Cap the Volcano", *Foreign Affairs*, 48 (octubre de 1969), p. 9.

[83] Desmond Hall: *Call Nuclear War Be Controlled?*, Adelphi Papers Nº 169 (Londres, IISS, otoño de 1981), pp. 9-14. Ver también Desmond Ball: "U.S. Strategic Forces: How Would They Be Used?", *International Security*, 7 (invierno de 1982-1983).

[84] Michael Howard: op. cit.; Andrei Sakharov: "The Danger of Nuclear War", *Foreign Affairs*, 61 (verano de 1983), especialmente pp. 1009-1011; Sturgeon M. Keeny y Wolfgang K. H. Panovsky: "MAD vs NUTS: The Mutual Hostage Relationship of the Superpowers", *Foreign Affairs*, 60 (invierno de 1981-1982); Ian Clark: *Limited Nuclear War* (Princeton, Princeton University Press, 1982) y Robert S. McNamara: "The Military Role of Nuclear Weapons", *Foreign Affairs*, 62 (otoño de 1983).

[85] Desmond Ball: "Can Nuclear War Be Controlled?", pp. 30-35; Raymond L. Garthoff: "Mutual Deterrence and Strategic Arms Limitation in Soviet Policy", *Strategic Review*, 10 (otoño de 1982); Richard Pipes: *Soviet Strategic Doctrine: Another View*, ibídem; Gerhard Wettig: "The Garthoff-Pipes Debate on Soviet Strategic Doctrine: A European Perspective", ibídem, 11 (primavera de 1983) y Jonathan S. Lockwood: *The Soviet View of U.S. Strategic Doctrine* (New Brunswick, N. J., Transaction Books, 1983), especialmente caps. 8 y 9.

[86] Para una descripción de cómo las opiniones de Churchill y Eisenhower influyeron en el desarrollo de la estrategia de disuasión nuclear de la OTAN, ver James E. Dougherty y Robert L. Pfaltzgraff, Jr.: *American Foreign Policy: FDR to Reagan* (Nueva York, Harper & Row, 1985), pp. 101-102.

[87] Ver las referencias a Thomas C. Schelling en la nota 33; Bernard Brodie: *War and Politics* (Nueva York, Macmillan, 1973), pp. 396-412; Laurence M. Martin: "Changes in American Strategic Doctrine - An Initial Interpretation", *Survival*, XVI (julio-agosto de 1974); Michael J. Brenner: "Tactical Nuclear Strategy and European Defense: A Critical Reappraisal", *International Affairs* (Londres), LI (enero de 1975); *Tactical Nuclear Weapons: European Perspectives*, Stockholm International Peace Research Institute (Londres, Taylor and Francis, 1978).

[88] El término "finlandización" aparentemente fue usado por primera vez por el profesor Richard Löwenthal de la Universidad Libre de Berlín en "After Cuba, Berlin?", *Encounter* (diciembre de 1962). Antes de la firma de los Acuerdos de Helsinki de 1975 en la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa, la Unión Soviética se apartó de su camino para pagarles tributo a Finlandia y a las relaciones soviético-finesas "como un modelo para el desarrollo de relaciones entre estados con sistemas sociales diferentes". *Pravda*, 5 de abril de 1975. Ver James E. Dougherty: "The Soviet Strategy of Finlandization of Western Europe", en Walther F. Hahn y Robert L. Pfaltzgraff, Jr.: *Atlantic Community in Crisis: A Redefinition of the Transatlantic Relationship* (Nueva York, Pergamon Press, 1979), cap. 9.

[89] Pierre Gallois: *The Balance of Terror: Strategy for the Nuclear Age* (Boston, Mass., Hougton Mifflin, 1961), pp. 119-122, 136-142, 195-210.

[90] Ver Peter Nailor y Jonathan Alford: *The Future of Britain's Deterrent Force*, Adelphi Papers Nº 156 (Londres, IISS, primavera de 1980); *Future United Kingdom Strategic Nuclear Deterrent Force* (Londres, Her Majesty's Stationery Office, julio de 1980). Durante la década de 1980, los planes de modernizar las fuerzas nucleares estratégicas británicas y francesas reforzaron su credibilidad disuasoria. Ver David S. Yost: *France's Deterrent Posture and Security in Europe: Parts I and II*, Adelphi Papers, Nº 194 y 195 (Londres, IISS, invierno de 1984-1985); John Prados, Poel S. Wit y Michael J. Zagurek, Jr.: "The Strategic Nuclear Forces of Britain and France", *Scientific American*, 255 (agosto de 1986).

[91] Ver el texto de los ministros de Relaciones Exteriores y Defensa del Comunicado final del 12 de diciembre de 1979 en *NATO Review* (febrero de 1980), pp. 25-26 y *The Modernization of NATO's Long-Range Theater Nuclear Forces*, Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara, 96º Congreso, 2ª sesión, 31 de diciembre de 1980 (Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1981). Los misiles crucero habían de ser desplegados en Gran Bretaña, Italia, la República Federal de Alemania, Bélgica y Holanda. Todos los Pershing II habían de desplegarse en la República Federal.

[92] Para la diversidad de sentidos del término "control de armamentos", ver Donald G. Brenna, comp.: *Arms Control, Disarmament and National Security* (Nueva York, Braziller, 1961); Hedley Bull: *The Control of the Arms Race* (Nueva York, Praeger, 1961), pp. 168-169; Thomas C. Schelling y Morton H. Halperin: op. cit.; J. David Singer: *Deterrence, Arms Control and Disarmament* (Columbia, Ohio State University Press, 1962); Richard N. Rosecrance, comp.: *Dispersion of Nuclear Weapons* (Nueva York, Columbia University Press, 1964); David V. Edwards: *Arms Control in International Politics* (Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1969); Franklin A. Long y George Rathjens, comps.: *Arms Defense Policy and Arms Control* (Nueva York, W. W. Norton, 1975); Bernad Brodie: "On the Objectives of Armas Control", *International Security*, 1 (verano de 1976), pp. 17-36; Philip Towle: *Arms Control and East West Relations* (Nueva York, St. Marin's Press, 1983); Coit D. Blacker y Gloria Duffy, comps.: *International Arms Control*, 2ª edición (Stanford, California, Stanford University Press, 1984); Wolfram F. Hanreider, comp.: *Technology, Strategy and Arms Control* (Boulder, Colo., Westview Press, 1986).

[93] Robert McNamara ha enunciado la doctrina estratégica de "no ciudades" en su discurso de Ann Arbor de junio de 1962. Ver "National Security and NATO", *Department of State Bulletin*, 47 (9 de julio de 192), p. 67. Pronto la abandonó, sin embargo, en favor de la doctrina de Mutua Destrucción Asegurada. Para un debate sobre la incongruencia entre la idea de un ataque estratégico de contraofensiva y la política pública norteamericana de lanzar armas estratégicas sólo en un segundo ataque de represalia, ver Russell F. Weigley: *The American Way of War: A History of United States Military Strategy and Policy* (Bloomington, Indiana University Press, 1973), p. 444.

[94] En febrero de 1967, los estados latinoamericanos (excepto Cuba) firmaron el Tratado de Tlatelolco, Ciudad de México, prohibiendo las armas nucleares en su región. En agosto de 1985, 8 de los 13 miembros que formaban el Foro del Pacífico Sur firmaron el Tratado de Rarotonga, estableciendo una Zona Libre de Fuerza Nuclear en la cual la fabricación, prueba y almacenamiento de armas nucleares, pero no su tránsito en aguas internacionales, sería prohibida.

[95] Para un relato de los antecedentes y el texto del Tratado que Prohíbe las Pruebas de Armas Nucleares en la Atmósfera, en el Espacio Exterior y Bajo el Agua, ver *Arms Control and Disarmament Agreements: Texts and Histories of Negotiations, 1982 Edition* (Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1982), pp. 34-47. Ver también *The Nuclear Test Ban Treaty, Report of the Committee on Foreign Relations*, Senado de Estados Unidos, 3 de septiembre de 1963); Harold K. Jacobson y Eric Stein: *Diplomats, Scientist and Politicians: The United States and the Nuclear Test Ban Negotiations* (Ann Arbor, University of Michigan Press, 1966); Donald G. Brennan: "A Comprehensive Test Ban Everybody or Nobody", *International Security*, 1 (verano de 1976); Donald Westervelt: "Candor, Compromise and the Comprehensive Test Ban", *Strategic Review*, V (otoño de 1977); Paul Doty: "A Nuclear Test Ban", *Foreign Affairs*, 65 (primavera de 1987); Frank von Hippel y otros: "A Low Threshold Nuclear Test Ban", *International Security*, 12 (otoño de 1987).

[96] "President's Speech on Military Spending and New Defense", *The New York Times*, 24 de marzo de 1983. El discurso ha sido reimpreso en varias antologías sobre temas de la era nuclear.

[97] Una amplia serie de artículos sobre la SDI y la defensa espacial aparecieron en *The New York Times*, 3-8 de marzo de 1985; *The Baltimore Sun*, 16-19 de marzo de 1985 y *The Christian Science Monitor*, 5-12 de noviembre de 1985. Para críticas de la defensa con base en el espacio, ver Richard L. Garwin y otros: *The Fallacy of Star Wars* (Nueva York, Random House, 1984); Hand Bethe y otros: "Space-Based Ballistic Missile Defense", *Scientific American*, 251 (octubre de 1984); McGeorge Bundy y otros: "The President's Choice: Star Wars or Arms Control", *Foreign Affairs*, 63 (invierno de 1984-1985); Charles L. Glaser: "Do We Want the Missile Defenses We Can Build?", *International Security*, 10 (verano de 1985). Un tratamiento equilibrado de los temas técnicos puede encontrarse en Harold Brown: "Is SDI Technically Feasible?", *Foreign Affairs - America and the World* 1985, 64, Nº 3 (1986). El estudio técnico más completo en el dominio público es *Ballistic Missile Defense Technologies* (Washington, D.C., Congress of the United States, Office of Technology Assessment, septiembre de 1985).

[98] Para el debate sobre la política de "no primer uso" de la OTAN, ver McGeorge Bundy y otros: "Nuclear Weapons and the Atlantic Alliance", *Foreign Affairs*, 60 (primavera de 1982); Karl Kaiser y otros: "Nuclear Weapons and the Preservation of Peace", ibídem (verano de 1982); John D. Steinbruner y Leon V. Sigal, comps.: *Alliance Security and the No-First-Use Question* (Washington, D.C., Brokings Institution, 1983) y Marc Trachtenberg: "The Question of No-First-Use", *Orbis*, 29 (invierno de 1986).

[99] Ver los siguientes escritos de John J. Mearsheimer: "Maneuver Mobile Defense and the NATO Central Front", *International Security*, 6 (invierno de 1981-1982); "Why the Sovients Can't Win Quickly in Central Europe", ibídem, 7 (verano de 1982); "Nuclear Weapons and Deterrence in Europe", ibídem, 9 (invierno de 1984-1985). Ver también Richard K. Betts: "Conventional Strategy: New Critics, Old Choices", ibídem, 7 (primavera de 1983); Samuel P. Huntington: "Conventional Deterrence and Conventional Retaliation in Europe", ibídem, 8 (invierno de 1983-1984) y el Simposio sobre Equilibrio Convencional Europeo, ibídem, 12 (primavera de 1988).

[100] Richard K. Betts: "Conventional Deterrence: Predictive Uncertainty and Policy Confidence", *World Politics*, XXXVII (enero de 1985), pp. 177-178.

[101] Fred C. Iklé, Albert C. Wohlstetter, Henry Kissinger y otros: *Discrimi-*

nate Deterrence, Report of the Commission on Integrated Long-Term Strategy (Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, enero de 1988).

[102] De la *Commission's Summary of Findings and Recommendations*, ibídem.

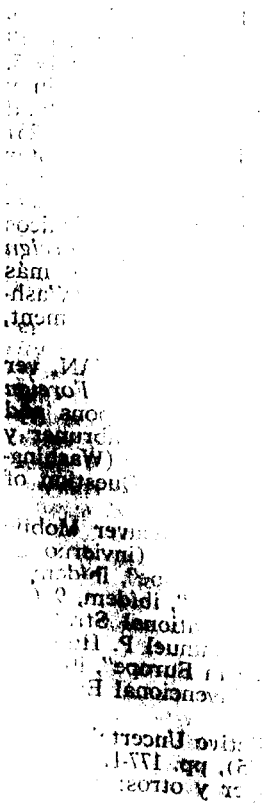
[103] Glen B. Snyder: *Deterrence and Defense: Toward a Theory of National Security* (Princeton, Princeton University Press, 1961), pp. 4-5.

[104] Richard Ned Lebow: "The Deterrence Deadlock: Is There a Way Out?", en Robert Jervis y otros: *Psychology and Deterrence* (Baltimore, Md., The Johns Hopkins University Press, 1985), p. 194. En la Introducción de Jervis a ese mismo volumen y en la Conclusión de Lebow, ambos autores admiten que la teoría de la disuasión, que supone la racionalidad de los encargados de tomar decisiones, representa un poderoso ejemplo de lógica abstracta. Ambos, sin embargo, albergan dudas sobre si se puede esperar que los líderes logren siempre, bajo cualquier circunstancia, actuar tan racionalmente como prescribe la teoría.

[105] "Chemical Weapons and Arms Control", en *Strategic Survey 1987-1988* (Londres, IISS, 1988), pp. 56-63.

[106] "An Agenda for Action", cap. 9, en Graham T. Allison, Albert Carnesale y Joseph Nye, Jr., comps.: op. cit. Instan a que se mantenga una disuasión nuclear creíble; que una disuasión convencional creíble se obtenga; que sigan los esfuerzos por reforzar la estabilidad de la crisis, junto con esfuerzos por reducir la probabilidad de accidentes; que se desarrollen procedimientos para la finalización de la guerra; que se refuercen las políticas de no proliferación; que los peligros de mala comprensión se reduzcan y que se busquen alternativas que permitan a los gobiernos disminuir la confianza en la disuasión nuclear.

[107] Joseph S. Nye, Jr.: "Ethics and the Nuclear Future", *The World Today* (agosto-septiembre de 1986), pp. 151-154.



Capítulo 10

TEORÍAS DE INTEGRACIÓN INTERNACIONAL, REGIONALISMO Y COHESIÓN DE LAS ALIANZAS

Consenso, fuerza y comunidad política

Capital para el estudio de la política es la identificación y análisis de fuerzas que contribuyen a la formación e integración de comunidades políticas. Dos preguntas son fundamentales, tanto para el estudio como para la integración y la política misma: 1) ¿por qué los sujetos o ciudadanos le dan su respeto y su celo a la unidad política en la cual viven? (o, ¿por qué no lo hacen?) y 2) ¿cómo se logra el consenso sustancial y de procedimientos y cómo se lo sostiene dentro de los sistemas políticos? Es posible delinear esencialmente dos teorías de la integración política. Primero, los sistemas políticos conquistan y mantiene su cohesión debido a los valores ampliamente compartidos entre sus miembros y el acuerdo general acerca del marco del sistema. Tales sistemas se basan en el consenso de procedimientos o acuerdo general acerca del marco político y los procesos legales por los cuales se resuelven los temas y el consenso sustancial o acuerdo general acerca de las soluciones a los problemas que el sistema político es llamado a resolver. Cuanto más grandes son el consenso sobre los procedimientos y la sustancia, mayor la integración del sistema político. Tal como se lo usa aquí, el término *consenso* es similar a legitimidad tal como se la planteó en el Capítulo 3 respecto del equilibrio clásico de poder de Europa y, específicamente, de la teoría de las relaciones internacionales de Henry A. Kissinger.

Segundo, como teoría alternativa, se ha aducido que los sistemas políticos se vuelven o se mantienen cohesivos por la presencia, o amenaza, de la fuerza. Autores como Hobbes y, en la sociología contemporánea, Dahrendorf, han instado al reconocimiento de la importancia del poder coercitivo en la integración de las comunidades políticas.[1] En el estudio de las relaciones internacionales, los defensores de un gobierno mundial a menudo han visto en la monopolización del poder en el nivel internacional la clave para la disminución de la violencia, y los llamados realistas políticos como Neibuhr y Morgenthau, como se señaló en el Capítulo 3, han aducido que un gobierno mundial no es posible sin el desarrollo de un consenso mucho mayor en el nivel global acerca del alcance, fin y control de un orden internacional tal como el que ha existido en este siglo o en los anteriores.[2]

El funcionalismo y el proceso integrativo

Los estudiosos contemporáneos de la integración política tienen una considerable deuda intelectual con el concepto de funcionalismo que, como Johan K. De Vree lo ha sugerido, ha suministrado una alternativa a las concepciones legales más tradicionales del Estado y la soberanía.[3] Central para el funcionalismo es el trabajo de David Mitrany, cuyos escritos influyeron sobremanera en los ulteriores teóricos de la integración. Mitrany escribió durante los años que corrieron entre las dos guerras mundiales, tanto como en la generación posterior a la Segunda Guerra Mundial. Sugería que la creciente complejidad de los sistemas gubernamentales había aumentado notablemente las tareas esencialmente técnicas, ya no políticas, que enfrentaban los gobiernos. Tales tareas no sólo creaban una demanda de especialistas altamente entrenados en el nivel nacional, sino que también contribuían a la emergencia de problemas esencialmente técnicos en el nivel internacional, cuya solución está en la colaboración entre los técnicos más que en las "elites" políticas. Se dice que el crecimiento en importancia de los temas técnicos en el siglo xx ha hecho necesaria la creación de marcos para la cooperación internacional. Tales organizaciones funcionales podría esperarse que se expandieran tanto en su número y alcance en la medida que crecen los problemas técnicos que enfrenta la humanidad tanto en tamaño como en magnitud. Como consecuencia, las organizaciones de colaboración funcional eventualmente podrían superar, o hacer superfluas a las instituciones políticas del pasado.

En la teoría de Mitrany hay una doctrina de "ramificación" por la cual el desarrollo de la colaboración en un campo técnico lleva a un comportamiento comparable en otros campos técnicos. La colaboración funcional en un sector genera una necesidad de colaboración funcional en otro sector. El esfuerzo por crear un mercado común, por ejemplo, da surgimiento a presiones para una colaboración ulterior en la determinación de precios, inversión, transporte, seguros, impuestos, salarios, seguridad social, bancos y políticas monetarias. Mitrany suponía que la actividad funcional podía reorientar la actividad internacional y contribuir a la paz mundial. Eventualmente, tal colaboración se encabalgaría sobre el sector político e inclusive lo absorbería. Por esto, el funcionalismo contrasta agudamente con la teoría realista, que pone el énfasis en la competencia y el conflicto como el rasgo principal, si no el dominante, de la política internacional (ver Capítulo 3). En contraste, el funcionalismo, como Paul Taylor y A. J. R. Groom lo sugirieron, "empieza por cuestionarse el presupuesto de que el Estado es irreductible y que los intereses de los gobiernos prevalecen, y procede a la consideración activa de esquemas de cooperación; se orienta hacia la paz y busca eludir un marco estancado de pérdida-ganancia".[4]

La integración como proceso y condición

Así Mitrany, como otros autores considerados en este capítulo, se preocupaba por el proceso por el cual las comunidades políticas se integran. Si bien los estudiosos más recientes de la integración se han remitido al trabajo de Mitrany, han desarrollado sus propias definiciones de integración. Ernst Haas define la integración como un proceso "por el cual los agentes políticos en diversos entornos nacionales diferentes están convencidos de cambiar su lealtad, expectativas y actividades políticas hacia un nuevo centro, cuyas instituciones poseen o exigen jurisdicción sobre los estados nacionales preexistentes".[5] En un trabajo posterior, Haas concibe la integración como "referida *exclusivamente* a un proceso que vincula un sistema internacional concreto dado con un sistema concreto futuro oscuramente discernible. Si la escena internacional actual se concibe como una serie de entornos nacionales en interacción e interpenetrados, y en términos de su participación en las organizaciones internacionales, entonces la integración describirá el proceso de aumento de la interacción y de la interpenetración de forma tal de oscurecer las fronteras entre el sistema de organizaciones internacionales y el entorno suministrado por sus naciones-estado miembros".[6]

Refiriéndose a la integración como a una condición, Amitai Etzioni afirma que la posesión, por parte de una comunidad política, de un control efectivo sobre el uso de los medios de violencia representa un criterio por el cual se mide su nivel de integración. Una comunidad tal tiene un centro de toma de decisiones que distribuye recursos y recompensas, y constituye el foco dominante de identificación política para la gran mayoría de los ciudadanos políticamente conscientes.[7] En el esquema de Etzioni, la unificación política es el proceso por el cual se logra la integración política como condición. La unificación aumenta o refuerza los vínculos entre las unidades que forman un sistema.[8] Haciendo uso de la definición de Haas, Leon N. Lindberg, en su trabajo sobre la Comunidad Europea, define la integración como: "1) los procesos por los cuales las naciones anteponen el deseo y la capacidad para conducir políticas exteriores e internas clave de forma independiente entre sí, buscando por el contrario tomar *decisiones conjuntas* o *delegar* su proceso de toma de decisiones a nuevos órganos centrales, y 2) el proceso por el cual los agentes políticos de diversos escenarios diferentes están convencidos de cambiar sus expectativas y actividades políticas a un nuevo centro".[9] Consecuentemente, Lindberg consideraba la integración política como parte de un proceso más amplio de integración internacional en el cual "grandes agrupamientos emergen o son creados entre naciones sin el uso de la violencia" y en los cuales hay una "participación conjunta en la toma de decisiones regularizada y en curso", como resultado, o como parte de "la evolución a lo largo del tiempo de un sistema de toma de decisiones colectivo entre naciones".[10]

Según Charles Pentland, "la integración política internacional se identifica a menudo con el rodeo, reducción o abolición del poder soberano de

las naciones-estado modernas".[11] Donald J. Puchala propone una definición de integración como un "conjunto de procesos que produce y sostiene un Sistema de Concordancia en el nivel internacional", es decir, "un sistema internacional en el cual los agentes encuentran posible armonizar coherentemente sus intereses, transar sus diferencias y cosechar recompensas mutuas por sus interacciones".[12] Karl W. Deutsch se refiere a la integración política como a un proceso que puede llegar a una condición en la cual un grupo de gente ha "alcanzado, dentro de un territorio, un sentido de comunidad y de instituciones y prácticas lo suficientemente fuertes para asegurar, durante un largo tiempo, expectativas confiables de cambio pacífico entre su población".[13] Deutsch sugiere que la "integración es un asunto de hecho, no de tiempo".[14] También sostiene que la integración política puede compararse a un poder, pues recordamos que el poder puede pensarse como una relación en la cual al menos un agente es llevado a actuar de forma diferente a aquella en que dicho agente actuaría (por ejemplo, si este poder estuviera ausente).[15] En otro análisis, Philip E. Jacob sugirió que la integración política ha "implicado por lo general una relación de *comunidad* entre la gente que está dentro de la misma entidad política. Es decir, los mantienen juntos vínculos mutuos de un tipo u otro, lo cual le da al grupo una sensación de identidad y autoconciencia".[16]

Según otros autores, especialmente aquellos que escriben desde principios de los años setenta, es esencial centrarse en las dimensiones estructurales e institucionales de la integración. Así, Johan K. De Vree sugiere que la integración puede definirse como el "proceso de formación y desarrollo de instituciones, a través del cual ciertos valores se distribuyen autoritariamente para un cierto grupo de agentes o unidades políticas".[17] En resumen, la integración en el nivel internacional está conceptualizada como la institucionalización del proceso político entre dos o más estados. Según James A. Caporaso y Alan L. Pelowski, la integración consiste en el desarrollo de "nuevas estructuras y funciones en un nuevo nivel del sistema, que es más abarcador (sea geográfica o funcionalmente) que antes".[18] La integración consiste en la emergencia de nuevas estructuras que pueden cubrir, pero no necesariamente reemplazar, a las antiguas. Éstas reflejan un creciente sentido de interrelación entre las estructuras políticas o económicas. El proceso por el cual se produce la integración puede medirse usando indicadores del crecimiento de capacidades de decisión dentro de una unidad específica tal como la Comunidad Europea.

Los autores que escriben sobre integración tienen varios rasgos en común. Todos se preocupan por el proceso por el cual la lealtad pasa de un centro al otro. Comparten un interés en las comunicaciones dentro de las unidades que se integrarán. Según Deutsch y Etzioni, la gente aprende a considerarse miembro de una comunidad como consecuencia de modelos de comunicación humana. En general, los teóricos de la integración sostienen que las personas adoptan un comportamiento integrativo por las expectativas de recompensas o penalidades conjuntas. Inicialmente, tales expectativas se desarrollan entre los grupos de elite, tanto en los sectores gubernamental como privado. La integración positiva depende de la capacidad de la gente para "internalizar" el proceso integrativo, es decir, para los miembros de "elite", más que las "elites" externas, asumir la

dirección de un proceso integrador. Más aún, Deutsch, Etzioni y Haas han utilizado la teoría de los sistemas para desarrollar modelos de integración. Cada uno subraya el efecto de la integración en un sector sobre la capacidad de las unidades que participan para lograr la integración en otros sectores. Por fin, se supone en general que la integración es un fenómeno multidimensional.

Transacciones y comunicaciones: consecuencias para las comunidades de seguridad

En mayor medida que otros teóricos de la integración, Karl Deutsch apela tanto a la teoría de sistemas como a la de comunicación, remitiéndose al matemático Norgert Wiener y sus escritos sobre cibernética y al trabajo de Talcott Parsons sobre sistemas generales estudiados en el Capítulo 4. Deutsch cita con aprobación el siguiente pasaje de Wiener:

> La existencia de la ciencia social se basa en la capacidad de tratar a un grupo social como una organización y no como una aglomeración. La comunicación es el cemento que hace las organizaciones. La comunicación también le permite a un grupo pensar juntos, ver juntos y actuar juntos. Toda sociología exige la comprensión de la comunicación.[19]

Las comunicaciones entre la gente pueden producir sea amistad, sea hostilidad, según el alcance hasta el cual el recuerdo de la comunicación se asocia con emociones más o menos favorables. Sin embargo, en el esquema de Deutsch, los sistemas políticos perduran como consecuencia de su capacidad de abstraer y codificar la información que entra en símbolos apropiados, de almacenar símbolos codificados, de extraer cierta información importante del resto, de recordar información almacenada cuando es necesario y de recombinar la información almacenada que ha entrado como un ingreso en el sistema. La construcción de unidades políticas depende del flujo de comunicaciones dentro de la unidad, tanto como entre la unidad y el mundo exterior.

Deutsch se preocupa por la relación entre las comunicaciones y la integración de las comunidades políticas.[20] Los países son "racimos de población, unidos por rejillas de flujos de comunicación y sistemas de transporte, y separados por territorios débilmente ocupados o casi vacíos".[21] Los pueblos son grupos de personas unidos por una capacidad de comunicarse sobre muchas clases de tópicos; tienen hábitos complementarios de comunicación. Generalmente, las fronteras son zonas en las cuales la densidad de población y comunicaciones declina agudamente. Los pueblos se integran en la medida en que se vuelven interdependientes. "Dondequiera haya interdependencia inmediata, no de sólo uno o dos bienes o servicios especializados sino de una muy amplia gama de bienes y servicios diferentes, uno puede suponer que está tratando con un país."[22] La interdependencia entre las naciones es mucho más baja que la interdependencia dentro de las naciones. De hecho, medidas por el comercio exterior, la mayoría de las

naciones son menos interdependientes hoy en día de lo que lo eran en el siglo XIX. El comercio, como porcentaje del PBN, ha declinado.[23]

La principal contribución sustancial de Deutsch a la teoría de la integración, se encuentra en su trabajo sobre las condiciones de la comunidad política en la zona del Atlántico Norte. Remitiéndose a datos históricos, Deutsch y sus colaboradores examinaron 10 casos de integración y desintegración en el nivel nacional.[24] Dado que los casos de Deutsch, por contraposición con los de Etzioni, son ejemplos de construcción de comunidades políticas en el nivel nacional, el presupuesto implícito en su trabajo es que las generalizaciones derivadas de estos estudios comparativos son importantes para entender la integración en el nivel internacional, que hay similitudes o isomorfismos entre el proceso de construcción de comunidades tanto en el nivel nacional como más allá del estado-nación. La investigación y el análisis emprendidos en su trabajo dieron varias conclusiones importantes sobre las condiciones para formar comunidades de seguridad. Deutsch y sus asociados plantearon dos tipos de comunidades de seguridad: *amalgamadas*, en las cuales unidades políticas antes independientes han formado una sola unidad con un gobierno común, y *pluralista*, en las cuales gobiernos separados mantienen la independencia legal. Estados Unidos es un ejemplo de una comunidad de seguridad amalgamada y Estados Unidos-Canadá o Francia-Alemania desde la Segunda Guerra Mundial son comunidades pluralistas de seguridad.[25]

Para la creación de una comunidad amalgamada de seguridad, varias condiciones se consideraron necesarias:

1. compatibilidad mutua de valores importantes;
2. una forma de vida distintiva;
3. expectativas de recompensas conjuntas programadas de tal forma como para llegar antes de la imposición de cargas a causa de la amalgama;
4. un marcado aumento en las capacidades políticas y administrativas de por lo menos algunas unidades participantes;
5. un crecimiento económico superior por parte de algunas unidades participantes y el desarrollo de las llamadas áreas centrales alrededor de las cuales se agrupan zonas comparativamente débiles;
6. vínculos sólidos de comunicación social tanto geográficamente entre territorios como entre diferentes estratos sociales;
7. un crecimiento de la elite política;
8. movilidad de las personas, al menos entre los estratos políticamente importantes, y
9. multiplicidad de comunicaciones y transacciones.[26]

Comunidades pluralistas de seguridad

Para la formación de comunidades pluralistas de seguridad se descubrieron tres condiciones esenciales: 1) compatibilidad de valores entre los encargados de tomar decisiones; 2) predictibilidad de comportamiento mutuo entre los encargados de tomar decisiones de unidades que se integrarían,[27] y 3) voluntad de respuesta mutua. Los gobiernos deben ser capaces de responder rápidamente, sin recurrir a la violencia, a las acciones y comunicaciones de otros gobiernos. En una comunidad pluralista de seguridad, las unidades miembro posponen la guerra como medio para arreglar disputas.

En su estudio de la comunidad política y de la zona del Atlántico Norte, Deutsch y sus colaboradores examinaron casos tales como el Imperio Austro-húngaro, la Unión anglo-irlandesa y la unión entre Noruega y Suecia, en las cuales se desintegraron las comunidades políticas. Muchas conclusiones tentativas emergieron acerca de las condiciones conducentes a la desintegración: 1) compromisos militares amplios; 2) un aumento en la participación política por parte de un grupo antes pasivo; 3) el crecimiento de diferenciaciones lingüísticas o étnicas; 4) prolongada declinación económica o estancamiento; 5) cierre relativo de las elites políticas; 6) excesiva demora en las reformas sociales, económicas o políticas, y 7) fracaso de un grupo antes privilegiado en ajustarse a su pérdida de dominio.

En la concepción de Deutsch, el proceso integrativo no es unilineal por naturaleza. Las condiciones esenciales de trasfondo no surgen simultáneamente, ni son establecidas en ninguna secuencia especial. "Más bien nos parece, por nuestros casos, que pueden estar reunidas en casi toda secuencia, en la medida en que todas ellas se den y tengan efecto."[28]

Sobre la base de hallazgos concernientes a la construcción y desintegración de las unidades nacionales, Deutsch y sus asociados sugirieron que la zona del Atlántico Norte, "si bien está lejos de estar integrada, parece haber avanzado ya un largo trecho hacia lograrlo".[29] Muchos países han logrado una "interacción pluralista": Estados Unidos y Canadá y el Reino Unido e Irlanda. Una condición esencial para la integración de la zona del Atlántico Norte es el desarrollo, entre los países, de un mayor volumen de transacciones y comunicaciones, especialmente aquellas asociadas con recompensas y expectativas de ganancia. Deutsch y sus colaboradores sugirieron la necesidad de desarrollar nuevas organizaciones funcionales dentro de la zona del Atlántico Norte y "hacer de la OTAN algo más que una alianza militar" desarrollando las "potencialidades económicas y sociales de esta organización única".[30] La Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) en el nivel atlántico, pero con el Japón incluido también, junto con la Comunidad Económica representan organizaciones funcionales que son ilustrativas de construcción de comunidades más allá del estado-nación, al par que resultan de crucial importancia para ello.

Neofuncionalismo

El neofuncionalismo representa el descendiente intelectual del funcionalismo. Su contribución principal consiste en la elaboración, modificación y prueba de hipótesis acerca de la integración. Los escritos neofuncionalistas incluyen trabajos de Ernst Haas, Philippe Schmitter, Leon Lindberg, Joseph Nye, Robert Keohane y Lawrence Scheineman. Muchos, pero en ningún sentido todos, los escritos del neofuncionalismo se centran en la formación y evolución de la Comunidad Europea. Como lo ha sugerido Charles Pentland, refiriéndose a la bibliografía neofuncionalista de los años

sesenta, "el neofuncionalismo implicó el deseo de elaborar una teoría de mediano alcance, lo cual le permitió presentarse bastante temprano con un análisis convincente y útil —si bien no siempre verificado— de las situaciones europeas".[31]

En contraste con el interés más comparativo de Deutsch y Etzioni, el trabajo de Haas enfoca casos específicos, que Haas analiza valiéndose de un marco teórico elaborado. En su trabajo sobre la Comunidad Europea de carbón y acero, Haas postula que la decisión de avanzar con la integración, u oponerse a ella, depende de las expectativas de ganancias o pérdidas que tienen los grupos principales dentro de la unidad que se quiere integrar. "Más que descansar en un esquema de integración, que plantee motivos 'altruistas' como condicionantes de la conducta, parece más razonable centrarse en los intereses y valores defendidos por ellos, demasiado complejos para ser descriptos en términos tan simples como 'el deseo de paz franco-germana' o la 'voluntad de una Europa Unida' ".[32] Haas supone que la integración surge como resultado del trabajo de elites importantes en los sectores gubernamentales y privados, que apoyan la integración por motivos esencialmente pragmáticos más que altruistas. Las elites, al tener expectativas de ganancias por actividades dentro de un marco organizativo supranacional, es probable que busquen elites con ideas iguales más allá de las fronteras nacionales.

Haas intenta refinar la teoría funcionalista acerca de la integración. Criticando a Mitrany por haber tomado poco en cuenta el "poder" como elemento, Haas postula que el poder no es separable del bienestar. Dado que poca gente hace de la búsqueda de poder un objetivo, el poder puede definirse como "meramente un término conveniente para describir medios cargados de violencia usados para la realización del objetivo de bienestar". Pero Haas avanza la propuesta de que "los programas internacionales funcionalmente específicos u organizativamente separados de orientaciones difusas, llevan al máximo tanto el bienestar como la integración". Tales programas dan origen a organizaciones cuyos "poderes y competencias gradualmente crecen junto con la expansión de la tarea consciente o en proporción con el desarrollo de consecuencias no queridas que surgen de anteriores concepciones de las tareas".[33]

Más aún, como resultado de un proceso de aprendizaje, las actividades gubernamentales orientadas hacia el poder pueden evolucionar hacia acciones orientadas hacia el bienestar. En la medida en que los agentes se dan cuenta de que sus intereses están mejor satisfechos si se comprometen con una organización mayor, el aprendizaje contribuye a la integración. Las concepciones de interés propio y bienestar se redefinen. Haas adelanta el corolario: "Las lecciones integradoras aprendidas en un contexto funcional se aplicarán en otros, suplantando eventualmente así a la política internacional".[34] Para la integración es crucial la "politización gradual de los fines de los agentes que inicialmente se consideraron 'técnicos' o 'no controvertidos' ".[35] Los agentes se politizan, afirma Haas, porque, en respuesta a fines iniciales técnicos, "coinciden en considerar el espectro de medios considerados apropiados para lograrlos".

A la propuesta funcionalista de que una orientación hacia el bienestar se logra de forma más rápida dejando el trabajo de la integración internacional a grupos expertos o técnicos, Haas ofrece dos restricciones: 1) que tales grupos de un entorno regional, tal como Europa Occidental, es más probable que logren la integración que una organización con representantes de todo el mundo, y 2) que los expertos que no son responsables ante nadie en el nivel nacional pueden encontrar que sus recomendaciones se ignoran. En consecuencia, sugiere que los administradores expertos de las burocracias nacionales funcionalmente específicas, unidos para responder a una necesidad específica, es probable que sean los realizadores más eficaces de la integración. Haas reformula la afirmación funcionalista para que diga: "La integración internacional avanza más rápidamente centrándose en el bienestar, a través de medidas elaboradas por expertos conscientes de las consecuencias políticas de su tarea y representativas de conjuntos sociales homogéneos y simétricos, públicos o privados".[36]

Nuevamente con restricciones, Haas acepta la afirmación funcionalista de que las lealtades políticas son el resultado de la satisfacción con el desempeño de funciones importantes por parte de una dependencia gubernamental. Dado que es posible para los pueblos ser leales a varias dependencias simultáneamente, puede haber una transferencia gradual de lealtad a las organizaciones internacionales que desempeñan tareas importantes. Haas acepta esta afirmación con la advertencia de que no es probable poder mantenerla si el progreso integrativo se ve influenciado por naciones con modelos de condición adscriptiva o un liderazgo tradicional o carismático.[37]

El "derrame" y el proceso integrativo

Para el trabajo de Haas es central el concepto de "*derrame*",[38] o lo que Mitrany llamaba la doctrina de la ramificación. En su examen de la Comunidad Europea de Carbón y Acero (CECA), Haas descubrió que entre las elites europeas directamente preocupadas por el carbón y el acero, relativamente pocas personas eran inicialmente fuertes defensores de la CECA. Sólo después de que la ECSC había estado en funcionamiento durante varios años, el grueso de los líderes de sindicatos y partidos políticos se volvieron defensores de la Comunidad. Más aún, tales grupos, como consecuencia de las ganancias que habían experimentado de la CECA, se pusieron a la vanguardia de otros esfuerzos tendientes a la integración europea, incluido el Mercado Común. Así, había una marcada tendencia en las personas que habían experimentado ganancias de las instituciones supranacionales en un sector, en favor de la integración en otros sectores. "Las decisiones tempranas se derraman en nuevos contextos funcionales, abarcando cada vez más gente, llaman a consultas y contactos interburocráticos cada vez mayores, responden a nuevos problemas que surgen de las transacciones anteriores."[39] Así hubo una "lógica expansiva" que contribuyó a "derramarse" de un sector al otro. El proceso es tal que las naciones "elevan" sus intereses nacionales en un entorno integrativo mayor.

En un estudio de la Organización Internacional del Trabajo, Haas desarrolló un modelo que unió el análisis funcional de la teoría general de los sistemas y refinó el concepto de "derrame", los cuales se encon-

traban en su trabajo anterior, y los escritos de Mitrany en forma de la doctrina de la ramificación. Haas se preocupa por el nivel hasta el cual una organización internacional puede trascender las fronteras nacionales y así transformar el sistema internacional. Las políticas gubernamentales, el producto de la interacción de agentes nacionales con su entorno, constituyen ingresos en el sistema internacional. Las organizaciones y el cuerpo de leyes aceptado forman la estructura del sistema internacional. Las estructuras reciben ingresos y los convierten de tareas en acciones. Las decisiones colectivas son los resultados del sistema internacional. Tales resultados pueden cambiar el entorno internacional de forma tal como para producir ya tendencias integradoras ya desintegradoras dentro del sistema internacional. Si las débiles estructuras del sistema internacional son inadecuadas para las tareas que se les encomiendan, sus resultados entran en un entorno internacional en el cual los agentes nacionales están predispuestos a reforzar o a debilitar las instituciones de acción cooperativa en el nivel internacional. En cualquiera de los dos casos, los fines (definidos como modelos de acción conscientemente queridos) de los agentes, es probable que produzcan nuevas funciones (definidas como los resultados de acciones que pueden traer consecuencias no queridas). Los fines y funciones pueden transformar el sistema internacional: 1) produciendo una forma de aprendizaje que refuerza los fines originales de los agentes y así lleva a la integración; y 2) teniendo como resultado una experiencia de aprendizaje que contribuye a una nueva evaluación de los fines y así lleva a la desintegración.[40]

La experiencia de integración de Europa Occidental en los años sesenta llevó a Haas a modificar más aún el concepto de "derrame". De igual forma, Philippe Schmitter ha sugerido que el concepto de "derrame" debe ser modificado, refinado y clasificado en una tipología de opciones estratégicas al alcance de los agentes. Éstas incluyen, además del "derrame", la *expansión*, es decir, un aumento en el alcance de las funciones desempeñadas por una organización integrativa pero no un correlativo crecimiento de autoridad; una *acumulación*, o aumento de autonomía en la decisión y autoridad de una organización integrativa, sin entrar en nuevas zonas de temas; una disminución o aumento en el nivel de arbitraje conjunto, si bien reduciendo la autoridad de la organización integrativa, y una *reabsorción*, una retracción tanto en el alcance de funciones como en la autoridad de una organización integradora a una situación anterior. Schmitter plantea la hipótesis de que "sucesivos 'derrames' o 'paquetes de trato', que abarcan nuevos temas así como formas menos conspicuas de 'expansión', pueden suministrar la base para grandes avances hacia la integración política".[41]

El liderazgo político: consecuencias para la integración sectorial

Al examinar el movimiento de integración europeo de los años sesenta, Haas llegó a la conclusión de que había cierto "derrame". El avance del Mercado Común, al lograr objetivos tales como un arancel externo común, reglas uniformes de competencia, un mercado más libre para la mano de obra extranjera y una política agrícola de la Comunidad, se había "acercado a vaciar el poder del Estado nacional en todos los ámbitos excepto la defensa, la educación y la política exterior". Si bien las grandes decisiones son tomadas por el Consejo de Ministros de la CEE, que representa a los gobiernos miembros, los acuerdos alcanzados generalmente han tenido como consecuencia "mayores poderes para la Comisión a fin de que haga posible la puesta en práctica de lo que se decidió".[42]

A pesar de estos acontecimientos, Haas llegó a la conclusión de que "el fenómeno De Gaulle" estaba ausente de su marco más anterior de integración. Los acontecimientos de los años sesenta demostraban que "la política de intereses pragmáticos relativa al bienestar económico tiene sus propios límites internos". Su trabajo anterior, se recordará, subrayaba el desarrollo de expectativas de ganancia entre elites en las unidades que habían de integrarse. La experiencia integradora de Europa Occidental después de 1957 llevó a Haas a concluir que el interés basado en consideraciones pragmáticas —por ejemplo, las expectativas de ganancia económica— es "efímero", porque no está "reforzado por un compromiso filosófico o ideológico profundo". Un proceso político que se "construye y se proyecta desde intereses pragmáticos, en consecuencia, está destinado a ser un proceso frágil, susceptible de revertirse". Si se demuestra posible satisfacer expectativas de base pragmática con modestos avances en la integración, faltará el apoyo para pasos drásticos de integración. En esto, ha admitido Haas, descansa una de las importantes limitaciones de las expectativas de ganancia de base pragmática.[43]

Para mediados de los años setenta, Haas había desarrollado reservas aún mayores acerca de la lógica del gradualismo y el "derrame", especialmente en el contexto de la Comunidad Europea. Por ejemplo, no veía perspectivas inminentes de una política monetaria común como el lógico paso siguiente después de la formación de una unión de aduanas y una política agrícola de la Comunidad Europea. Si bien los temas que enfrentaban los gobiernos nacionales se habían vuelto más complejos y numerosos, la posibilidad de que las elites políticas eligieran soluciones supranacionales no había ganado espacio. Por el contrario, Haas propuso un concepto denominado *vinculación de temas fragmentada*, que se dice que ocurre "cuando se cuestionan los viejos objetivos, cuando nuevos objetivos claman por ser satisfechos y cuando la racionalidad aceptada como adecuada en el pasado cesa de ser una guía legítima para la acción futura".[44]

Central para la lógica integrativa del funcionalismo, como lo hemos visto, es el desarrollo de temas en los cuales los científicos y los técnicos juegan papeles vitalmente importantes. Es adecuado, en consecuencia, examinar las actitudes del personal científico de las organizaciones internacionales a fin de fijar sus modelos de creencia respecto de la relación entre conocimiento especializado y acción colectiva para lograr objetivos económicos, políticos y sociales y para evaluar hasta dónde la ciencia internacional y los programas tecnológicos han aumentado en alcance, al vincular el conocimiento especializado con los objetivos económicos, políticos y sociales crecientes. Como dice Haas: "Si pudiéramos decir que una idea dada, un cierto descubrimiento, o una red identificable de especialistas dispararon el desarrollo de un consenso político, que a su vez legitimó un nuevo programa internacional, podríamos hacer una observa-

ción definitiva acerca del efecto de la ciencia en la resolución colectiva de problemas".[45]

La evidencia con la que contamos actualmente no consigue producir hallazgos de naturaleza positiva. Haas y sus asociados entrevistaron a 146 científicos en un gran número de organizaciones internacionales que se ocupaban de campos como la protección ambiental, el desarrollo industrial y la agricultura. Incluían las Comunidades Europeas, la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico, el Banco Mundial, la Organización Mundial de la Salud, la Organización para la Alimentación y la Agricultura, el Programa Ambiental de las Naciones Unidas y el Sistema de Control Ambiental Global, sólo para mencionar algunos. Pero hubo pocas pruebas de una fe generalizada entre aquellos entrevistados en el desarrollo de instituciones internacionales reforzadas o la eficacia de la planificación científico-técnica abarcadora global o regional para la aplicación de políticas racionales. Haas llegó a la conclusión de que a pesar del crecimiento de las instituciones multilaterales y los foros para discutir temas científicos —y la importancia cada vez mayor del conocimiento científico a fines del siglo XX— el poder de las organizaciones internacionales para producir el cambio o para forzar a los miembros a alterar sus políticas, sigue siendo tan débil como siempre.[46] Las conferencias internacionales prototípicamente han terminado reconociendo la complejidad del problema discutido y llamando blandamente a iniciativas regionales y políticas nacionales adecuadas a las circunstancias particulares.

En suma, si bien Haas ha desarrollado un marco de integración que incorpora rasgos de la teoría de los sistemas y del funcionalismo, ha buscado señalar algunas de las limitaciones principales tanto como la utilidad potencial del funcionalismo para explicar la integración en el nivel internacional. En consecuencia, además de su propio trabajo sobre organizaciones internacionales e integración, Haas ha suministrado una crítica y una elaboración del funcionalismo.

Otros especialistas han considerado la integración como un fenómeno multidimensional. De allí que la primera tarea sea desarrollar un concepto, o conceptos de la integración que abarque sus principales dimensiones o para manejarse conceptualmente con cada uno de los diversos componentes de la integración, de forma tal que explique los vínculos entre ellos. Según Philippe Schmitter, "se sirve mejor a la comprensión y la explicación en este campo de investigación, como en otros tales como el desarrollo político, no ya por el predominio de un solo gran modelo aceptado, o paradigma, sino por la presencia simultánea de modelos antitéticos y conflictivos que, si bien pueden converger en ciertos aspectos, divergen en muchos otros".[47] Como lo han escrito Barry B. Hughes y John E. Schwarz: "Si, como parece ser el caso, la integración consiste en varias dimensiones o componentes, se plantea otro conjunto de preguntas. ¿Hay una relación entre las diferentes dimensiones de la integración y, si la hay, cuál es?" [48]

Joseph Nye y el neofuncionalismo

Apoyándose en el trabajo de Haas y de Mitrany antes que él, muchos especialistas han hecho un esfuerzo por refinar las teorías neofuncionalistas de la integración. Entre ellos está Joseph Nye, cuya contribución consiste en desarrollar un modelo neofuncionalista basado en "mecanismos de proceso" y "potencial de integración". Nye plantea un marco teórico basado en un enfoque neofuncionalista que, en mayor medida que el de Haas o Mitrany, no es "eurocéntrico". Así, Nye basa su conceptualización en un análisis de las condiciones para la integración tomado específicamente de experiencias europeas *y* no occidentales y modifica en gran medidad las nociones de "politización automática" y "derrame".[49]

Nye sugiere que la bibliografía neofuncionalista contiene siete "mecanismos de proceso" alrededor de los cuales reconceptualiza y reformula la teoría neofuncionalista.

1. *Vinculación funcionalista de tareas, o el concepto de "derrame".* Nye sostiene que este mecanismo ha sido aplicado, mal en su opinión, para incluir "cualquier signo de cooperación aumentada", que surja, por ejemplo, de vinculaciones, o relaciones entre problemas debido a sus características técnicas propias o a esfuerzos concretos de las elites integracionistas para cultivar el "derrame". Nye plantea la hipótesis de que los "desequilibrios creados por la interdependencia funcional o las vinculaciones propias de tareas pueden ser una fuerza que presione a los agentes políticos a redefinir sus tareas comunes".[50] Sin embargo, dicha redefinición de tareas no lleva necesariamente a una "elevación de tareas comunes. La experiencia también puede ser negativa".[51] Así, si la vinculación de tareas puede producir "derrame", también puede producir reabsorción. (La observación de Nye sobre este punto puede ser aplicable a la Comunidad Económica Europea, donde las "elites" y los grupos de interés fueron beneficiados en los estudios tempranos de la integración, pero con el crecimiento económico más adelante se volvieron remisos a dar pasos integrativos adicionales cuando las tasas de crecimiento cayeron. Cuando las tasas de crecimiento decayeron como consecuencia de la crisis de energía, el sentimiento proteccionista nacional se encendió y los gobiernos dudaron en elevar los intereses comunes si temían efectos adversos en el empleo, la inflación, los pagos y los problemas monetarios.)

2. *Transacciones crecientes.* Como se ha señalado en otra parte de este capítulo, la integración se supone que está acompañada por un aumento en las transacciones, incluido el comercio, el movimiento de capital, las comunicaciones y el intercambio de gente y de ideas. Los agentes políticos en un esquema de integración regional, enfrentados con pesadas demandas en las instituciones comunes que surgen de un creciente volumen de transacciones, pueden elegir tratarlas desde una perspectiva estrictamente nacional o pueden decidir reforzar las instituciones comunes. Según Nye: "Las transacciones crecientes no necesariamente conducen a una

ampliación significativa del alcance (gama de tareas) de la integración, sino a intensificar la capacidad institucional central para manejar una tarea particular".[52]

3. *Vínculos deliberados y formación de coalición.* Aquí, Nye se centra una vez más en el derrame o lo que llama *"derrame" acentuado*, en el cual "los problemas se vinculan deliberadamente entre sí en paquetes de tratos, no por necesidad tecnológica, sino por proyecciones políticas e ideológicas y factibilidades políticas".[53] Remitiéndose con claridad a la experiencia de la Comunidad Europea, Nye señala los esfuerzos de políticos, burócratas internacionales y grupos de interés para crear coaliciones basadas en temas vinculados. Si bien tales esfuerzos pueden promover la integración, pueden tener un efecto negativo si, por ejemplo, la suerte política de un grupo que apoya la integración o un tema identificado con la integración, decae. El nivel hasta el cual la integración puede ser ampliada en su atractivo, está en función del nivel hasta el cual una coalición a favor de la integración disfruta de un apoyo público generalizado.

4. *Socialización de la elite.* Nye cita numerosos ejemplos del crecimiento del apoyo para la integración que surge de las elites que han participado activamente en un esquema integrativo. El nivel hasta el cual los burócratas nacionales se vuelven participantes en la integración regional determinará el nivel de su socialización, considerada importante porque se dice que los burócratas nacionales son cautos ante la integración por la posible pérdida de control nacional. Sin embargo, si otros "mecanismos de proceso" considerados por Nye son negativos, las elites de socialización, especialmente los grupos burocráticos, favorables a la integración regional, pueden servir para aislarlas de la corriente central de actitudes y de políticas en sus países de origen.

5. *Formación de grupos regionales.* Se dice que la integración regional estimula la creación, tanto formal e informal, de grupos no gubernamentales o asociaciones transnacionales. Considerados en el contexto de la Comunidad Europea y otros escenarios tales como América Central y Africa, Nye afirma que tales asociaciones siguen siendo débiles. Sólo los intereses más generales son sumados por tales grupos en el nivel regional, mientras que los intereses más específicos permanecen dentro del límite de autoridad de los grupos de interés de nivel nacional.[54]

6. *Atractivo ideológico-identificatorio.* El establecimiento de una sensación de identidad representa una fuerza poderosa en apoyo de la integración regional. Según Nye: "Cuanto más fuerte es el sentimiento de permanencia y mayor el atractivo identificatorio, menos dispuestos están los grupos de la oposición a atacar un esquema de integración frontalmente".[55] En tales condiciones, es más probable que los miembros toleren pérdidas a corto plazo y es más probable que inviertan en negocios, en la expectativa de que se beneficien en sentido continuo, de la presencia de un gran mercado. Sin embargo, la existencia de instituciones integrativas racionales puede satisfacer un "sentido popular débil de identidad regional".[56] El crecimiento del atractivo ideológico-identificatorio dentro de ciertos grupos puede servir sólo para aumentar la oposición a los líderes nacionalistas inseguros y los grupos del sector privado, en especial si las ganancias de la integración percibidas en el nivel regional son inciertas.

7. *Compromiso de agentes externos en el proceso.* En mayor medida que la anterior teoría neofuncionalista, Nye plantea la importancia de los agentes externos y su compromiso activo en su modelo neofuncionalista como parte de los mecanismos del proceso. Señala la importancia de los gobiernos externos y las organizaciones internacionales, tanto como los agentes no gubernamentales, como elementos de catálisis en los esquemas regionales de integración.

Central para el modelo neofuncionalista de Nye es lo que llama *potencial integrador*, es decir, las condiciones integradoras estimuladas por el "mecanismo del proceso". Aquí, plantea cuatro condiciones que se dice que influyen tanto en la naturaleza del compromiso original y la subsiguiente evolución de un esquema integrativo.

1. *Simetría o igualdad económica de unidades.* No importa tanto que existan "zonas centrales" para la integración o que los participantes posibles sean relativamente iguales en tamaño. Por el contrario, se dice que existe una relación entre el comercio, la integración y el nivel de desarrollo, medido por el ingreso per cápita. Tal compatibilidad parece ser importante para la integración regional. El tamaño de los participantes potenciales, medidos por el PBN total, parece ser de importancia relativa mayor en los esquemas integrativos entre los estados menos desarrollados que en el caso de países altamente industrializados. Nye plantea la hipótesis: "Casi parece como si cuanto menor fuera el ingreso per cápita de la zona, mayor debiera ser la homogeneidad de tamaño de la economía".[57]

2. *Valor de la complementariedad de la elite.* Nye reconoce que el nivel en que los grupos de elite dentro de las entidades que se integran piensan igual es de considerable importancia. De hecho, sugiere que cuanto mayor es el nivel de complementariedad de la élite más probables son las perspectivas de un ímpetu sostenido hacia la integración regional. Sin embargo, sostiene también que las elites que han trabajado juntas eficazmente en una situación transnacional a continuación pueden abrazar políticas divergentes que no conducen a la integración.

3. *Existencia de pluralismo.* Funcionalmente, se dice que los grupos específicos refuerzan la probabilidad de la integración. Aquí Nye señala una gran diferencia entre la experiencia de Europa Occidental y la del Tercer Mundo, donde tales grupos están relativamente ausentes. Según Nye: "Cuanto mayor es el pluralismo en todos los estados miembros, mejores son las condiciones para una respuesta integrativa a la retroalimentación desde los mecanismos del proceso".[58]

4. *Capacidad de los estados miembros de adaptarse y responder.* Se dice que este factor depende vitalmente del nivel de mutua capacidad de respuesta dentro de las unidades políticas por integrarse en una entidad regional mayor. Cuanto más alto es el nivel de estabilidad interna y mayor la capacidad de los encargados de tomar decisiones claves, más probable es que puedan participan eficazmente en una unidad integrativa mayor.

A continuación, Nye plantea tres condiciones perceptuales que se ven afectadas por el proceso integrativo. Incluyen: 1) la equidad de distribución de los beneficios percibida: con la hipótesis de que "cuanto más elevada sea la distribución equitativa en todos los países, mejores serán las condiciones para una ulterior integración",[59] 2) coherencia externa percibida: es decir, las percepciones de los encargados de tomar decisiones respecto de sus problemas externos, incluida la dependencia de las exportaciones, las amenazas de potencias más grandes y la pérdida de status en el sistema internacional en constante cambio, y 3) bajos (o exportables) costos visibles, o el nivel en el cual puede hacerse que la integración se perciba como relativamente libre de costos, especialmente en sus fases iniciales, un concepto, como lo señala Nye, que es central para la teoría y la estrategia neofuncionalistas.

Finalmente, es probable que cuatro condiciones caractericen el proceso integrativo a lo largo del tiempo: 1) politización o los medios a través de los cuales se resuelven y se concilian los intereses en conflicto o el nivel hasta el cual los beneficios resultantes están lo suficientemente extendidos para asegurar una ampliación y una profundización del apoyo; 2) redistribución, cuyo tema crucial es la determinación de las fases de los cambios de condición, poder y beneficios económicos entre grupos dentro de la unidad en tren de integración. Central para el proceso integrativo es el alcance hasta el cual la redistribución, beneficiando algunas regiones más que otras, es compensado por el crecimiento en beneficio para la unidad como un todo; 3) redistribución de alternativas o el nivel hasta el cual, en la medida en que el proceso integrativo avanza, los encargados de tomar decisiones enfrentan presiones para aumentar el nivel y el alcance de la integración y llegan a la consecuencia de que las alternativas a la integración son menos satisfactorias, y 4) externalización, o el nivel hasta el cual los miembros de una unidad en integración encuentran necesario desarrollar una posición común sobre temas, a fin de tratar con no miembros, como ha ocurrido con la Comunidad Europea en sus diversos grupos de negociaciones con partes externas, incluido Estados Unidos. Nye plantea la hipótesis de que "cuanto más avanza la integración, es más probable que las terceras partes estén dispuestas a reaccionar a ella, sea con actitud de apoyo o de hostilidad".[60]

Un modelo neofuncionalista, tal como el desarrollado por Nye, suministra un marco para comparar procesos integrativos en regiones más desarrolladas y menos desarrolladas del mundo y para evaluar el nivel hasta el cual las organizaciones microrregionales o funcionalmente específicas tienen potencial para un ulterior desarrollo hacia federaciones. Lo más probable es que la construcción de modelos de los neofuncionalistas

suministre, como lo ha hecho, propuestas teóricas más explícitas y esenciales para entender los límites, tanto como el potencial, de este segmento de teoría, al explicar la integración y al suministrar una estrategia para hacer avanzar un proceso de integración.

Analizando los papeles, respectivamente, de organizaciones políticas macrorregionales [tales como la Organización de Estados Americanos (OEA), la Organización de Unidad Africana (OUA) y la Liga Árabe] y las organizaciones económicas de micronivel [incluidas la Comunidad Económica Europea (CEE), el Mercado Central de Centro América (MCCA) y la Comunidad del Este Africano (CEA)], Nye sacó varias conclusiones tentativas respecto del neofuncionalismo). Las organizaciones económicas microrregionales no es probable que se desarrollen en nuevas unidades que en gran medida se encaraman, o sobrepasan, a las naciones-estado existentes. Sin embargo, las organizaciones económicas microrregionales y las políticas macrorregionales han contribuido al desarrollo de "islas de paz" en el mundo y "sus costos para la paz mundial en términos de creación de conflictos han sido menores que su modesto beneficio al mundo, en cuanto a apartamiento del conflicto".[61] Dados los limitados resultados de las organizaciones regionales estudiadas, el crecimiento de las empresas multinacionales puede ser una tendencia más importante en las organizaciones internacionales.

Si bien el efecto de la tecnología en las unidades políticas existentes es tal como para reducir la autonomía del estado-nación, sólo una porción de sus poderes nacionales se redistribuye en el nivel regional. En suma, las organizaciones económicas microrregionales han reforzado vínculos funcionales que, a su vez, han mejorado las relaciones entre miembros. Las organizaciones políticas macrorregionales han jugado un papel constructivo para controlar el conflicto interestatal entre los miembros, si bien tales organizaciones no tuvieron éxito en caso de conflicto primordialmente interno, una grave limitación, admite Nye, a la luz de la importancia de dicho conflicto a fines del siglo xx.[62] Por cierto, puede señalarse, como se lo ha hecho, que en muchos países del mundo el desafío más inmediato al sentimiento nacionalista en las últimas décadas no viene de la integración universal o regional, sino de fuerzas subnacionales centrífugas en favor de la autonomía local, la secesión, la expulsión de un grupo no querido del dominio nacional, y la sustitución de la dominación de un grupo étnico, lingüístico o religioso por la de otro.

Leon Lindberg y el neofuncionalismo

En otra parte de este capítulo hemos señalado la importancia atribuida por muchos, si no por la mayoría, de los estudiosos de la integración a la necesidad de una teoría basada en el reconocimiento de la integración como un fenómeno multidimensional. Los teóricos neofuncionalistas de las últimas décadas se han remitido a la teoría de los sistemas y a la teoría de la decisión para el estudio de la integración, para el análisis de lo que Leon Lindberg identifica como "propiedades múltiples de los sistemas de toma de decisiones".[63] Así, Lindberg ve la integración como un "proceso multi-

dimensional interactivo" que debe identificarse, compararse, medirse y analizarse. El proceso integrativo contiene propiedades que "mantienen una relación sistemática entre sí en cualquier momento dado del tiempo y... a lo largo del tiempo por igual".[64] El nivel de toma de decisiones colectivas —de integración— en cualquier momento específico es el producto de las decisiones pasadas del sistema, un sistema dentro del cual se toman las decisiones.

Lindberg plantea lo que llama las propiedades variables que se dice que describen el nivel hasta el cual un grupo de naciones se compromete en la toma de decisiones colectiva:

- alcance funcional de la toma de decisiones colectiva o el nivel hasta el cual abarca un gran número de áreas temáticas o sólo unas pocas;
- el estadio de la toma de decisiones en el cual los procesos colectivos están implicados: sólo al principio o en toda una gama de estadios de decisión, incluida la elección de opciones y su puesta en práctica;
- la importancia de la toma de decisiones colectiva para determinar las asignaciones sobre áreas temáticas importantes o sólo marginales;
- el nivel hasta el cual las demandas, grandes o pocas en número, se articulan en la zona colectiva para la acción;
- el grado en el cual los encargados de tomar decisiones colectivas tienen recursos disponibles que son adecuados a sus necesidades;
- la continuidad y la fuerza del liderazgo en el nivel de la colectividad;
- el nivel hasta el cual las modalidades de negociación del sistema ayudan a llevar al máximo los intereses individuales de las naciones o reforzar los de la colectividad;
- el efecto de las decisiones colectivas en el comportamiento de los individuos, sea que una gran cantidad o sólo una pequeña de gente esté afectada;
- el grado hasta el cual las decisiones colectivas se cumplen o encuentran apatía u oposición abierta, y
- las consecuencias distributivas de las decisiones colectivas, sean importantes o muy marginales para los sistemas de comunidades políticas y para los agentes que hay en ellas.

Ciertos conceptos planteados en el paradigma de Lindberg fueron estudiados en un análisis de la Comunidad Europa por Leon N. Lindberg y Stuart A. Scheingold. Por ejemplo, una tabulación del número de zonas de temas sujeta a la toma de decisiones conjunta dentro de la CEE en períodos selectos entre 1950 y 1970, dio pruebas de un sustancial aumento: de ninguna zona de temas en 1950 a 7 en 1957 y 17 en 1968.[65] Se les atribuyeron ubicaciones ordinales a las zonas de temas según el "locus de la toma de decisiones" en la Comunidad Europea en diferentes momentos del período 1950-1970. Los indicadores de capacidad institucional y crecimiento estructural se desarrollaron: el tamaño del equipo administrativo, la cantidad de subunidades organizativas, el número de reuniones mantenidas y propuestas hechas por la unidad colectivas y sobre las cuales se actuó. Los datos comerciales se utilizaron para evaluar las percepciones de interés comercial y los datos de actitudes se analizaron para determinar niveles de expectativas de ganancias futuras, creencia en la legitimidad de la toma de decisiones colectiva, concepciones de un interés común y una sensación de mutua identificación política. En la Comunidad Europea, Lindberg y Scheingold llegaron a la conclusión, había "un 'consenso permisivo' entre el público en general y los grupos de elite en la medida de lo relativo a la legitimidad de la Comunidad y sus instituciones. Esto se amplió a una gama muy vasta de funciones económicas y sociales y a un papel fuerte e independiente para la Comisión supranacional".[66]

Delinear regiones internacionales: un análisis cuantitativo

En un esfuerzo por desarrollar pruebas empíricas acerca de factores que ayudan o entorpecen el proceso de integración, Bruce M. Russett ha planteado las siguientes preguntas:

> 1) ¿Cuántos grupos (regiones) son necesarios para una adecuada descripción sumaria de las similitudes y diferencias entre los tipos de sistemas políticos y sociales nacionales? 2) ¿Qué países se encuentran en cada grupo? 3) ¿Cómo se comparan estos grupos con los agrupamientos que llamamos regiones, ahora usados por los especialistas en ciencias sociales? 4) ¿Cuáles son las variables discriminatorias para distinguir grupos en general y para distinguir entre grupos específicos? 5) ¿Cuál es la importancia de nuestros agrupamientos para las teorías de política comparada e internacional?[67]

En una búsqueda de respuestas tentativas para tales preguntas, Russett centró su atención en regiones de homogeneidad social y cultural, en regiones de estados que comparten similares actitudes políticas o comportamiento externo, según lo identifican los modelos de votación de gobiernos en las Naciones Unidas, en las regiones de interdependencia política donde los países están unidos por una red de instituciones políticas supranacionales o intergubernamentales, en regiones de interdependencia económica tal como las identifica el comercio interestatal como proporción del ingreso nacional de un Estado y en regiones de proximidad geográfica. Tal análisis puede contribuir a la identificación de tales zonas del mundo donde el potencial de una integración ulterior es grande, tanto como zonas con escasa perspectiva de integración ulterior.

Russett usó el análisis de factores para delinear agrupamientos regionales. Analizó por factores 54 variables sociales y culturales en 82 países. Estaban incluidas variables tales como el PBN per cápita, pupilos escolares de primaria y secundaria como porcentaje de población, porcentaje de alfabetismo adulto, correo exterior per cápita, tasa de mortalidad infantil, grupos religiosos diferentes como porcentaje de la población y tasas de aumento de la población. Usando el análisis de factores, Russett redujo las 54 variables separadas a cuatro dimensiones o factores. En otras palabras, delimitó cuatro conjuntos de 54 variables diferentes: 1) desarrollo económico, 2) comunismo, 3) cultura católica y 4) agricultura intensiva.

Por ejemplo, el primer factor, el desarrollo económico, se denominó así porque muchas variables pesaban con fuerza en él, es decir, estaban altamente correlacionadas con él. Éstas incluían el PBN per cápita, los diarios y radios per cápita, la expectativa de vida, los pupilos en las escuelas primarias y secundarias y las camas de hospital y los médicos per cápita. Después de seguir un procedimiento similar para derivar los otros tres factores, los países se agruparon según el nivel en el cual se parecían entre sí según una variedad de variables. Los países que pesaban más en cada factor estaban agrupados y recibían nombres regionales. Así un agrupamiento llamado "Afro-Asia" tenía gran peso en el primer factor, el *desarrollo económico*. Los países de esta región se parecían entre sí en niveles relativamente bajos de desarrollo económico.

Un agrupamiento llamado "Comunidad Occidental" estaba formado alrededor de un factor que incluía variables tales como gasto gubernamental e ingreso, resultado total del voto y tasa de aumento del PBN per cápita. Un agrupamiento llamado "América Latina" que también incluía a las Filipinas, tanto como otro agrupamiento llamado "latinos semidesarrollados", tenía mucho peso en el factor llamado *cultura católica*. En este factor había variables tales como cristianos como porcentaje de la población, votos para partidos socialistas, lengua y desigualdad en la tierra. Un agrupamiento designado "Europa Oriental" emergió de un factor denominado *agricultura intensiva*. Este factor incluía variables tales como densidad general de población y densidad de población en relación con la tierra laborable.

Cohesión de las alianzas

Tanto en el nivel internacional como interno, los grupos se forman para permitirles a sus miembros lograr un objetivo compartido. Dado que tales grupos se desbandan cuando el objetivo para el cual se crearon ha sido logrado, son mucho menos perdurables que las comunidades políticas cuya formación y estructura preocupan a los autores cuyo trabajo ha sido tratado antes en este capítulo. Las alianzas se planean para facilitar el logro de metas, como lo ha sugerido Robert L. Rothstein:

> Introduciendo en la situación un compromiso específico que deben seguir; en cierta medida, legitima dicha búsqueda inscribiéndola en un tratado; y aumenta la probabilidad de que las metas se busquen porque la alianza crea un nuevo estatuto que hace más difícil para las partes renegar las unas de las otras, no sólo porque estarían faltando a su compromiso y ganándose reputación de perfidia, sino también porque su nueva condición generalmente crea una respuesta en el mundo exterior, tal como una alianza contraria que tendería a reforzar los vínculos de la alianza original. También puede estabilizar una situación forzando a los encargados de tomar decisiones enemigos a arrojar otro peso en el platillo contrario.[68]

Según Robert W. Osgood, una alianza es una "comunidad de guerra" latente, basada en la cooperación general que va más allá de las cláusulas formales y que los signatarios deben estimar continuamente a fin de preservar la mutua confianza en la fidelidad de cada uno a las obligaciones especificadas".[69] Así, las alianzas por lo general se han formado en los contextos internacionales en los cuales el conflicto, o la amenaza de conflicto, está presente.[70] Debido a la importancia histórica de las alianzas en el sistema internacional, y el uso generalizado de coaliciones por parte de grupos políticos que intentan lograr cargos electivos, tales esfuerzos de colaboración han sido objeto de investigación especializada, sobre todo por parte de los realistas políticos examinados en el Capítulo 3,[71] pero también por autores preocupados de forma más específica por la dinámica y el funcionamiento de las alianzas.

Dos especialistas en particular, George F. Liska y William R. Riker, han desarrollado teorías de comportamiento de las alianzas. En sus marcos teóricos, Liska y Riker son similares en varios aspectos. Primero, coinciden en que las alianzas o coaliciones se desbandan una vez que han logrado sus objetivos, porque se forman esencialmente "contra algo o alguien y sólo derivadamente en favor de algo o alguien".[72] Si bien una "sensación de comunidad" puede reforzar las alianzas o coaliciones, pocas veces las hace existir. Al formar alianzas para lograr algún objetivo deseado, los encargados de tomar decisiones pesan los costos y recompensas de la alineación. La decisión de unirse a una alianza se basa en la percepción de recompensas que superan los costos. Cada país considera la utilidad marginal de ser miembro de la alianza, por contraste con la acción unilateral. En última instancia, la cohesión de una alianza "descansa en la relación entre presiones internas y externas, que se ejercen en la proporción de ganancias frente a obligaciones para los aliados individuales".[73] Una vez que los costos superan las recompensas, la decisión de realinearse está tomada. Según Liska, las naciones se unen a las alianzas por seguridad, estabilidad y "status". En la teoría de Liska, un prerrequisito primordial para la cohesión de la alianza es el desarrollo de una "ideología de alianza". La función de la ideología de alianza es suministrar una racionalización de la alianza. Al desarrollar esta función, la ideología "se alimenta de la memoria selecta del pasado y delinea un programa para el futuro".[74] La consulta periódica, en especial entre un miembro principal y sus aliados, tanto sobre temas de procedimiento como de fondo, contribuye al desarrollo y la preservación de la ideología de la alianza y así a su cohesión.

Después de la victoria, primero el tamaño de la alianza o coalición debe reducirse si se quiere que aumenten las ganancias de los participantes que permanecen en ella. Segundo, las alianzas o coaliciones son cruciales para lograr un equilibrio de poder. En el marco de Riker, la formación de una coalición contribuye a la formación de una coalición opuesta. Cuando una coalición está a punto de triunfar, los agentes neutrales a menudo se unen a los más débiles de la coalición para impedir que el más fuerte logre hegemonía. Si los miembros neutrales no se alinean con el lado más débil, algunos miembros de la coalición líder deben pasar a la más débil de las dos coaliciones si el sistema ha de ganar equilibrio. El

equilibrio es el resultado probable de la existencia de dos "coaliciones cuasi permanentes en bloque" o la presencia de coaliciones tales que "desempeñan el papel de factor de equilibrio si una coalición temporariamente ganadora hace una apuesta muy alta".[75] Al establecer sus propias reglas de equilibrio, Riker se remite a las establecidas por Kaplan en su sistema de equilibrio de poder.[76] Más aún, al vincular las alianzas o coaliciones con el equilibrio de poder, Liska y Riker incorporan en sus teorías ideas encontradas en la teoría de las relaciones internacionales realista.

El tamaño óptimo de las alianzas

Liska y Riker sugieren que los constructores de alianzas, si actúan "económicamente", no forman alianzas indiscriminadamente con todos los aliados posibles. Por el contrario, Liska considera "la utilidad marginal de la última unidad de compromiso con un aliado particular y la última unidad de costo al poner en práctica los compromisos".[77] Riker subraya el "principio de tamaño" según el cual los participantes crean coaliciones adecuadas a la unión y no más grandes de lo necesario para lograr el objetivo comúnmente compartido. Si los agentes tienen una información perfecta, formarán una coalición del tamaño exactamente mínimo para ganar. Sin información completa, los miembros de una coalición ganadora construyen una coalición más grande que lo necesario para lograr sus objetivos; cuanto menos completa es la información, mayor es la coalición. Este hecho, que Riker observa tanto en el nivel nacional como internacional, contribuye a la corta vida de las alianzas o coaliciones.

Liska y Riker abordan la pregunta acerca de las recompensas por unirse a una alianza o coalición. Según Liska, las ganancias y responsabilidades asociadas con la alineación pueden agruparse en pares. Por ejemplo el par propio de la seguridad es protección y provocación; "la primera se deriva de una alianza particular y la segunda produce una acción contraria y una alianza contraria". Los pesos y las ganancias, tanto como el potencial de elevación del estatus y posibles pérdidas en la capacidad de acción independiente, deben estar equilibrados. Liska plantea que "a fin de evaluar un alineamiento particular, todos estos factores deben compararse con ganancias y responsabilidades hipotéticas de otros alineamientos, con la no alineación, o al menos con una puesta en práctica diferente de una alianza inevitable".[78] Por contraste, en la teoría de Riker, los agentes se unen a las alianzas o coaliciones por varios motivos: la amenaza de represalia si se niegan a alinearse, recibir pagos de un tipo u otro, obtener promesas sobre política o decisiones subsiguientes o ganar satisfacción emocional.

Como se ha señalado en otra parte (ver el Capítulo 3), ha habido un creciente interés en la generación pasada por estudiar el comportamiento de las pequeñas potencias en el sistema internacional. Las alianzas por lo general abarcan a las pequeñas potencias tanto como a las grandes. Tales estados se unen a las alianzas porque deben confiar fundamentalmente —y en mayor medida que los grandes estados— en otros estados. Las grandes potencias buscan alinearse con los pequeños estados tanto por las

ganancias políticas y militares afrontadas, como también a fin de impedir que las últimas hagan ciertas acciones.[79] Pero las potencias más pequeñas, señala Robert Rothstein, pueden preferir alinearse con un Estado menos poderoso o con una combinación de estados menores, más que con una gran potencia. Se dice que las alianzas de pequeñas potencias, sin embargo, suministran instrumentos ineficaces si la meta de un Estado es aumentar su fuerza militar. El principal valor potencial descansa en mantener un "statu quo" local o resolver diferencias entre pequeñas potencias sin que intervengan las grandes potencias exteriores. Siempre que las pequeñas potencias puedan mantener acuerdo entre ellas, pueden hacerle difícil a una gran potencia intervenir en su región.[80]

Cohesión y desintegración de las alianzas

A pesar de la existencia de muchas diferencias importantes, ambas teorías del comportamiento de las alianzas tienen ciertos rasgos en común con las teorías de la integración. Riker subraya la importancia de las comunicaciones entre los agentes en la formación de coaliciones de tamaño óptimo. La ausencia de comunicaciones adecuadas contribuye a la formación de coaliciones más grandes de las necesarias para lograr su objetivo inicial. El principio del tamaño de Riker tiene su contraparte en la afirmación planteada por Mancur Olson acerca de que la posibilidad de lograr un número óptimo de socios disminuye en la medida en que crece el tamaño de la coalición.[81] Cuanto más grande es la coalición, más pequeño es el porcentaje de beneficios grupales que estarán disponibles para cualquier socio aislado y de allí menos atractiva será la recompensa para la acción colectiva. Pero podría aducirse plausiblemente que los beneficios del grupo aumentan en la medida en que crece el número de miembros de la coalición. Planteado de otra forma, el bien colectivo se lleva a su máximo punto en la medida en que el tamaño de la coalición se expande. Como en las primeras formulaciones de Haas, los intereses pragmáticos desempeñan un papel importante en llevar a las naciones a alinearse o a desalinearse. El hecho de que tales intereses no perduren contribuye a la desintegración de las alianzas, tanto como a la naturaleza efímera de parte del apoyo para la integración señalado antes en este capítulo.

Capital para una comprensión de la política internacional es la pregunta de cómo responden los estados a las amenazas y el papel de las alianzas en su cálculo de necesidades de seguridad. ¿Intentan encontrar aliados en un esfuerzo por lograr un equilibrio contra el bando que los amenaza? Alternativamente, ¿los estados amenazados buscan acomodarse a la potencia que plantea la amenaza? Según Stephen M. Walt, la búsqueda de un equilibrio a fin de lograr seguridad por parte de un Estado amenazante es mucho más probable que un movimiento hacia la adecuación. A lo primero lo llama "equilibramiento", mientras que se refiere a lo último como "unirse al carro de los vencedores".[82] Un Estado que se compromete en una política de equilibramiento se alía con otras contra la amenaza prevaleciente; un Estado que abraza una política de unirse al carro de los vencedores se alinea con la fuente de peligro.[83] Según Walt,

semejante distinción es crucial debido a la incertidumbre que a menudo ha existido en la mente de los especialistas y los encargados de trazar políticas por igual respecto de la respuesta de los estados a las amenazas que enfrentan. A este respecto, Walt, al discutir la razón por la cual se forman las alianzas, se ubica en un acuerdo fundamental con la teoría tradicional del equilibrio de poder. Que un Estado se alinee con la potencia hegemónica equivaldría a poner su confianza en la benevolencia del Estado dominante. Por el contrario, es probable que los estados hagan alianzas o alineamientos con otros estados amenazados a fin de asegurar su supervivencia. Walt plantea que no sólo el equilibramiento es más común que el unirse al carro del vencedor, sino también que cuanto más fuerte es el Estado, más grande es probable que sea su tendencia al equilibrio o a la alianza con otros estados a fin de enfrentar la amenaza planteada por la potencia políticamente dominante. Por el contrario, según Walt, cuanto más débil es el Estado, es más probable que se una al carro del vencedor en lugar de buscar el equilibramiento. Semejante condición se atribuye al hecho de que los estados débiles pueden contribuir poco al poder de una coalición defensiva. Porque no pueden afectar el resultado en ningún caso, es probable que tales estados elijan el lado dominante. Una decisión a unirse al grupo más débil en una búsqueda de equilibrio frente a unirse al carro del vencedor, se tomará si un Estado percibe que tal acción transformaría a una coalición perdedora en una que tiene la perspectiva de ganar. En la medida en que un Estado, por una decisión tal, contribuye concretamente a la victoria de una coalición que de otra forma sería perdedora, su influencia se ve notoriamente aumentada.

En el planteo de Walt, el centro es lo que se denomina un equilibrio de la amenaza más que un equilibrio de poder como la base para la formación de alianzas en el nivel internacional. Los estados se unen en alianzas en respuesta a las amenazas, no todas las cuales pueden basarse en el poder del Estado contrario. Así, Walt pone el énfasis más en la intención o ambición que en el simple poder mismo como la base para la amenaza y así para la respuesta adoptada por los estados que equilibran o se unen al carro del vencedor. De allí surge su preferencia por lo que se denomina el equilibrio de la amenaza en lugar del equilibrio de poder como la razón básica para la alianza o el alineamiento. Como la percepción de la amenaza influye fuertemente en una decisión a alinearse como la base para el equilibramiento, es probable que semejante política caracterice el comportamiento en tiempos de paz, cuando el foco es la disuasión, o en los tempranos estadios de un conflicto, cuando el objeto es la derrota de la potencia que plantea la mayor amenaza. En la medida en que el resultado se vuelve más seguro, es probable que los estados menores defeccionen del bando perdedor y así se pasen hacia una política de unirse al carro del vencedor con la alianza victoriosa. Con el logro de la victoria, el agrupamiento que ha derrotado a la probable potencia hegemónica, es posible que se desintegre.

¿En qué medida, se pregunta también Walt, es probable que la ideología constituya una base para la formación de alianzas? Los estados con sistemas políticos similares a menudo se han alineado entre sí. Según Walt, la significación de la ideología como un factor unificador en las alianzas

disminuye en la medida en que la amenaza aumenta. Enfrentados con un serio desafío a su supervivencia, los estados posiblemente se alineen entre sí al margen de las diferencias ideológicas. En tales circunstancias, los intereses pragmáticos prevalecen sobre las consideraciones ideológicas. Así, cuanto más seguro percibe un Estado que es el entorno internacional en el cual se encuentra, mayor será su búsqueda de posturas ideológicamente similares o compatibles en la elección de la alianza. De igual forma, los estados que son internamente inestables tienen una tendencia a alinearse con estados ideológicamente similares a fin de reforzar su legitimidad interna.

En su constante búsqueda de seguridad, se dice que los estados hacen elecciones entre alianzas y armamentos. Según Michael F. Altfeld, tales decisiones se basan en un cálculo de costo, es decir, lo que los encargados de tomar decisiones deben sacrificar al hacer las elecciones necesarias.[84] En la medida en que las alianzas permiten una cuota más repartida del costo de la seguridad entre varias partes, el peso sobre cada Estado individual probablemente sea menor que lo que pagaría por la seguridad en ausencia de una alianza. Dado que los medios disponibles para los estados son finitos, la compra de armamentos, en la medida en que reduce los recursos totales en la economía civil, representa un factor de costo que debe ser calculado en la decisión de establecer o unirse a una alianza. Más aún, ser miembro de una alianza puede esperarse que acarree una reducción en la autonomía de un Estado, como consecuencia de la promesa de cada lado, contenida en la alianza, respecto de tomar acciones específicas en caso de contingencias específicas. Así, hay varias variables que entran en el cálculo respecto de formar parte de una alianza: la medida en la cual la seguridad puede lograrse por una mezcla entre mayores o menores niveles de alineamiento o armamentos. Altfeld postula las condiciones en las cuales un gobierno estará en equilibrio respecto de la seguridad, la riqueza y la autonomía. De importancia central es la utilidad marginal de ser miembro de una alianza respecto de la utilidad marginal de la autonomía. Claramente vinculada está la utilidad marginal de los armamentos con la utilidad marginal de la riqueza interna. Dicho de forma simple, es probable que los encargados de tomar decisiones pesen el valor de la alianza respecto del de armamentos adicionales, y que vinculen tanto ser miembros de una alianza como los armamentos al costo respecto de la autonomía perdida, o independencia de acción, en el nivel internacional, y el precio de los armamentos adicionales para la economía interna. De igual forma, en el análisis de Altfeld, la disolución de las alianzas puede "esperarse que ocurra en cualquiera de cinco circunstancias: un aumento en el producto marginal de los armamentos; un aumento en la utilidad marginal de la autonomía; una declinación en la utilidad marginal de la riqueza civil; una declinación en la productividad marginal de las alianzas o una disminución en la utilidad marginal de la seguridad".[85]

Teoría de la integración: problemas de conceptualización y definición

Si bien los teóricos examinados en este capítulo han sugerido una serie de indicadores para evaluar el nivel de integración, la teoría no está lo suficientemente avanzada como para que exista una definición de integración comúnmente aceptada o un acuerdo general sobre los indicadores importantes de integración.[86] Algunos autores, como lo hemos visto, subrayan los flujos de transacción tales como el comercio, los viajes, el correo, el teléfono, la radio y otras formas de comunicación técnica como indicadores de integración. Al examinar los flujos de transacción, o comunicaciones, Ernst Haas ha sugerido que la pregunta sigue siendo si un aumento en las transacciones precede, refuerza, surge de o causa la integración. Según Haas, la pregunta de *cuándo* se esperan estas condiciones es vital cuando intentamos delinear un marco teórico riguroso para explicar las causas de la integración. Especialmente en el caso de los indicadores basados en la comunicación social, debemos saber si las transacciones medidas entre las elites que se quieren integrar precedieron al proceso integrador o si están presentes como consecuencia de los acontecimientos que caracterizaban a la región después de que se ha producido la integración varios años después. En el último caso, simplemente hemos definido una comunidad existente en términos de la teoría de la comunicación, pero no hemos explorado los pasos necesarios para llegar allí.[87]

Indicadores de la integración

A mediados de los años sesenta, Deutsch, usando los flujos de transacción como uno de sus indicadores para evaluar el nivel de la integración europea, llegó a la conclusión de que "la integración europea se ha hecho más lenta desde mediados de los años cincuenta y se ha detenido o llegado a una meseta desde 1957-1958". En parte, basaba sus conclusiones sobre el hecho de que desde entonces no había habido aumentos en los flujos de transacción "más allá de lo que uno esperaría de la mera probabilidad azarosa y el aumento en la prosperidad de los países implicados".[88] En apoyo a su conclusión, Deutsch clasificó otras pruebas, incluidas entrevistas con la "elite" y análisis de contenido de diarios clave seleccionados en Francia y Alemania. Así, además de los flujos de transacción, el análisis estadístico de opiniones expresado por las "elites" y la atención concedida en la prensa se dice que constituyen indicadores de integración.

Otros especialistas, empleando en algunos casos indicadores diferentes y en otros casos similares, han llegado a conclusiones sobre la condición de la integración europea diametralmente opuestas a las de Deutsch. Por ejemplo, si la integración se define como la concibe Leon Lindberg —es decir, como "el proceso por el cual las naciones anteponen al deseo y la capacidad de conducir la política exterior y los aspectos clave de la política interna independientemente de las demás, buscando por el contrario tomar decisiones conjuntas o delegar el proceso de toma de decisiones a un nuevo

órgano central"— es posible concluir, como lo hace Lindberg, que Europa Occidental, durante el período de cinco años posterior a la formación de la CEE en 1958, experimentó un avance fundamental hacia la integración.[89]

Otro estudio, usando diferentes datos de actitudes, llegó a la conclusión de que la integración europea, lejos de haberse detenido a fines de la década de 1950, puede haber avanzado en ciertos aspectos a toda máquina sólo a partir de ese momento.[90] Si bien las consecuencias plenas de la ley europea que llama al desmantelamiento de las restantes barreras al movimiento de las personas, los bienes y los servicios dentro de la Comunidad Europea para 1992 quedan por verse, es difícilmente la descripción de una organización integrativa en estancamiento, detención o desintegración. En un cuestionario autoadministrado de 1964 a 1965, que incorporaba preguntas de previas encuestas entre adultos, Ronald Inglehart descubrió que una mayoría de jóvenes en un muestreo tomado de las escuelas consideradas representativas de importantes grupos sociales y económicos de Gran Bretaña, Francia, Holanda y Alemania, eran abrumadoramente favorables a la unificación europea. Si bien había sustancial oposición entre los adultos, especialmente en Francia, la generación más joven apoyaba con fuerza los pasos ulteriores hacia la integración europea.[91] El presupuesto de Inglehart atribuía las actitudes diferentes entre los grupos de diversa edad al hecho de que los adultos de la muestra recibieron su orientación política básica durante los períodos nacionalistas y que estas actitudes no se cambiaban con facilidad. Los jóvenes del muestreo recibieron su orientación política cuando el nacionalismo era menos popular. Postulando la estabilidad de las actitudes adquiridas durante sus años de formación, es posible proyectar que la generación de la cual se tomaron los datos del muestreo manifestaría un perfil relativamente "europeo" de adultos. Supuestamente esta generación tendría su efecto en la ulterior evolución de la Comunidad Europea de los años noventa.

Usando otros indicadores, Carl J. Driedrich llegó a la conclusión de que Europa Occidental se había vuelto más integrada desde 1957, el año de la firma del Tratado de Roma, que creó el Mercado Común.[92] Criticando el planteo de Deutsch y sus indicadores de que la integración se había hecho más lenta, Friedrich examinó el desarrollo del sentimiento y los contactos en el nivel europeo en comercio, agricultura, el movimiento sindical y la comunidad académica. En cada una de estas áreas descubrió un marcado aumento de contactos a través de las fronteras y de apoyo entre tales grupos a la integración europea. Más aún, Friedrich criticó a Deutsch y a sus colegas por la elección de indicadores y por su uso de datos estadísticos en apoyo de sus conclusiones,[93] en resumen, por darles demasiado énfasis a los medios *cuantitativos* basados en suma de datos y por haber supuestamente desestimado los indicadores *cualitativos* de integración.

En su examen de la integración económica y política de Europa, James A. Caporaso y Alan Pelowski descubrieron que la CEE estaba integrándose rápidamente en los años sesenta si bien había "hasta el momento una respuesta limitada" entre sus varios subsistemas.[94] Las exportaciones de la República Federal de Alemania a otros miembros de la Comunidad Económica, uno de los indicadores elegidos para su examen, se habían triplicado desde 1958, y había habido un aumento aún mayor en el número

de decisiones políticas y regulaciones en el nivel de la Comunidad, otro indicador de integración en este estudio. Más aún, había un crecimiento en la predecibilidad del comportamiento entre los miembros de la CEE, un indicador utilizado no sólo por Caporaso y Pelowski, sino también por Deutsch en su trabajo de fines de los años cincuenta sobre la integración en la zona del Atlántico norte.

Otros autores han sugerido indicadores adicionales de la integración. Claude Aker, por ejemplo, propuso medidas cuantitativas, que incluían:

1. el nivel de legitimidad, o la medida en la cual los ciudadanos son leales al Estado y lo ven como materialización de sus intereses;
2. el nivel de comportamiento extraconstitucional, o la frecuencia de distribución de la preferencia de los agentes políticos entre comportamiento constitucional y extraconstitucional;
3. el nivel de violencia política, o la medida en la cual los agentes recurren a la violencia para lograr sus objetivos;
4. el nivel de demanda de secesión;
5. el nivel de modelo de alineamiento, o la medida en la cual los grupos principales que luchan por el poder toman su apoyo de más de una zona geográfica y grupo étnico, religioso, social y económico;
6. el nivel de "ethos" burocrático, o la medida en la cual los miembros de un sistema político están preparados a darles su lealtad a su unidad política y quienes están a cargo de ella a pesar de sus sentimientos personales acerca de ellos;
7. el nivel de autoridad, o la medida en la cual la gente acepta su unidad política como legítima y está preparada para aceptar su gobierno sin coerción.[95]

Factores sistémicos internacionales e integración

Los teóricos de la integración han sido criticados por haberles dado un énfasis insuficiente a factores del entorno internacional que afectan el proceso de integración. Hoffmann, por ejemplo, aduce que el fracaso aparente del "derrame" en Europa Occidental puede atribuirse al menos en parte a dos variables, es decir la diversidad de las unidades nacionales y el sistema internacional bipolar del período posterior a la Segunda Guerra Mundial. Mientras que los países del Benelux estaban preparados para descansar casi exclusivamente en Estados Unidos para su defensa, Francia buscaba acelerar tendencias en el sistema internacional tendientes a la multipolaridad. La ambivalencia de Francia respecto de la integración europea reflejaba la actitud de que "la integración es buena si lleva a una entidad que emancipe a Europa de cualquier sistema bipolar, mala si no lo hace y meramente encadena a Francia a los deseos nacionales alemanes" [96] o subordina a Francia a Estados Unidos. En la integración europea, Alemania, en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, encontró un marco para recuperar un lugar de respetabilidad en la familia de las naciones occidentales, tanto como una salida para las energías nacionales.

La consideración británica hacia la integración europea estaba fuertemente influida por las perspectivas globales británicas sobre política exterior. En resumen, plantea Hoffmann, las relaciones entre las naciones de Europa Occidental se habían "subordinado a sus divergencias sobre el mundo exterior"; el "subsistema regional se pone en juego en la rivalidad de sus miembros acerca del sistema como un todo".[97] Más allá del análisis de Hoffmann, es posible aducir ejemplos adicionales de variables del entorno internacional que parecen influir en el nivel de integración en una región tal como Europa Occidental, tanto como la decisión de unirse a una alianza.

De hecho, se ha postulado que cuanto más baja es la autonomía regional de un subsistema regional tal como la Comunidad Europea, mayor es la importancia de los "factores exógenos". La experiencia integrativa de Europa Occidental, en especial la de América Latina y África del Este, "refleja una interacción dinámica entre una dialéctica regional interna, analizada por la teoría actual, y presiones ambientales internacionales relativamente inexploradas en la bibliografía neofuncionalista habitual".[98]

La investigación sobre integración ha sido criticada no sólo sobre la base de las variables e indicadores elegidos para el examen, sino por la falta de un marco teórico apropiado. En especial, tal crítica ha sido dirigida contra la investigación, tal como la emprendida por Russett, que descansa en gran medida en el análisis de factores en el desarrollo de la teoría inductiva.[99] En ausencia de un marco teórico deductivo, aduce Young, la investigación empírica no es probable que suministre una base adecuada para que la teoría predictiva tome en cuenta variables intervinientes u ofrezca una explicación adecuada de las relaciones entre variables. Tal discusión refleja el desacuerdo entre especialistas acerca de la naturaleza de la teoría señalada en el Capítulo 1. Más aún, la falta de una definición compartida de la integración inhibe la investigación. Según Donald J. Puchala, quien propone una definición, como se señaló en este capítulo: "Más de quince años de definir, redefinir, modelar y teorizar no han conseguido generar conceptualizaciones satisfactorias de lo que es exactamente aquello de lo que estamos hablando cuando nos referimos a la 'integración internacional y exactamente qué intentamos aprender cuando estudiamos este fenómeno".[100] La observación de Puchala, escrita a principios de los años setenta, sigue siendo válida una generación más tarde.

En un capítulo final de un volumen que contiene ensayos de varios especialistas en integración regional, representativo de la bibliografía de principios de los años setenta, Stuart Scheingold señaló la pobreza de información basada en una forma de análisis de costo-beneficio —las pérdicas y ganancias para los grupos dentro de la sociedad— si bien varios autores les han atribuido gran importancia a las expectativas de recompensas conjuntas como un catalizador de la integración. Según Scheingold, debería hacerse investigación adicional para evaluar las formas en las cuales los procesos integrativos entorpecen las políticas nacionales en áreas tales como la agricultura, las políticas antitrust, la planificación a mediano plazo y la política comercial general, tanto como en la política mundial. Tales preguntas, como se sugiere, son más ampliamente importantes para la política comparada y la política internacional. En consecuencia, deberían despertar interés, tanto como contribuciones intelectuales potenciales,

en un segmento más grande de la comunidad académica. En resumen, Scheingold vio la necesidad de enfoques que eran esencialmente inductivos y de recolección de datos sobre una base más amplia como prerrequisitos necesarios para teorizar más sobre la integración.[101]

Limitaciones del funcionalismo y el neofuncionalismo

El funcionalismo mismo ha sido objeto de varios tipos de críticas y modificaciones, especialmente en el último caso por parte de los neofuncionalistas revisados en este capítulo. Entre las supuestas deficiencias del funcionalismo están las siguientes: 1) que es difícil, si no imposible, separar las tareas económicas y sociales de las políticas; 2) que los gobiernos han demostrado estar poco dispuestos a pasarle a la autoridad internacional tareas que se vinculan con lo político; 3) que ciertas tareas económicas y sociales no se "ramifican" o "derraman" en el sector político, y 4) que el camino hacia la integración política descansa en "actos de voluntad" política más que la integración funcional en sectores económicos y sociales. La investigación conducida hasta ahora no ha producido acuerdo entre los estudiosos de la integración acerca del derrame o acerca de los catalizadores que inician y sostienen el proceso integrativo. No hay ningún modelo deductivo ampliamente aceptado acerca de la integración, en el cual las definiciones y condiciones de la integración tanto como los pasos de procedimiento y las reglas de transformación estén planteadas. En una medida considerable, el desacuerdo sobre el funcionalismo puede ser reducido a un debate entre los defensores y opositores, respectivamente, de las teorías de la coerción y el consenso de la comunidad discutidas antes en este capítulo. Pero la crítica al neofuncionalismo por parte del mismo Haas se basa en la noción de que son obsoletas porque no abordan "los problemas más importantes y urgentes de la agenda global de política e investigación". Haas afirma que "el neofuncionalismo fue inspirado por una sensación de proceso ordenado y por el presupuesto de que los estados se las arreglan para enfrentarlo colectivamente según la racionalidad de un gradualismo no conjunto".[102] El neofuncionalismo no se considera errado, sino por el contrario se lo ve inadecuado a la luz del "campo turbulento" de las relaciones internacionales, con sus numerosos temas globales de fines del siglo XX.

En otra crítica al funcionalismo, Charles Pentland llegó a la conclusión de que, al menos a la luz de las experiencias de Europa Occidental posteriores a la Segunda Guerra Mundial, hay pocas pruebas que sugieran que la tecnología y el crecimiento económico en un mundo que se contrae, producirán por sí mismas integración a través de la cooperación funcional. "La relación entre necesidad funcional y adaptación estructural, capital para la teoría, es 'necesaria' sólo en el sentido de ser un ideal o norma, no en el sentido de predeterminar la dirección del cambio."[103] Más aún, las influencias políticas y las presiones han demostrado ser de enorme importancia para realizar el proceso integrativo en Europa Occidental. Ha habido poco o nada que sea "no político" por naturaleza en la experiencia integrativa de Europa Occidental desde la Segunda Guerra Mundial, si bien

las instituciones de la Comunidad Europea, adecuadas para la formación de una unión de aduanas, pueden no ser importantes para el problema fundamental de la integración de Europa Occidental: formar una federación política.

Tampoco el modelo de integración neofuncionalista es necesariamente adecuado para el estudio de los sistemas integrativos del Tercer Mundo. Por contraste con los agentes industrializados, es probable que los estados del Tercer Mundo tengan menos metas que pueden ser satisfechas por la integración. Por ejemplo, las expectativas de ganancias económicas al surgir los niveles de comercio, facilitados por la reducción o la remoción de barreras arancelarias, especialmente en Europa Occidental. Sin embargo, la estructura del comercio y la producción en gran parte del Tercer Mundo, basada históricamente en la provisión de productos agrícolas y materias primas a los estados industrializados avanzados, ha entorpecido las perspectivas, al menos a corto plazo, de complementariedad económica en un nivel suficiente como para promover la integración dentro del Tercer Mundo por la formación de uniones de aduanas o Mercados Comunes comparables a la Comunidad Europea.[104] Aun en áreas tales como América Latina y el mundo árabe, donde la existencia de un lenguaje común y valores culturales comunes parecería ser conducente a la integración, el hecho de que las economías nacionales estén orientadas hacia afuera, hacia las zonas industrializadas del mundo más que hacia ellas mismas, plantea un obstáculo serio a la integración regional. En consecuencia, las modalidades de integración adecuadas a las condiciones del Tercer Mundo difieren sustancialmente de aquellas que tienen importancia para los estados industrializados y los modelos examinados en este capítulo contribuyen a una explicación para la falta de integración del Tercer Mundo.

El desarrollo de la teoría de la integración

Lo que resulta necesario es un modelo que incorpore propuestas de la bibliografía neofuncionalista tanto como escritos que den mayor importancia al papel de la coerción y el efecto del entorno internacional sobre la integración. Los modelos de integración habituales pueden estar fallados por su descuido relativo del papel del conflicto como fuerza integradora. Los estudiosos de la Europa de posguerra coinciden, en general, en que la experiencia de la Segunda Guerra Mundial fue importante, si no crucial, como catalizador en el ulterior movimiento de integración europea. Sin embargo, el fenómeno de conflicto —quizás como el "fenómeno De Gaulle" en la crítica de Haas de *sus* propios libros anteriores— falta en los modelos de integración, aun cuando se los apliquen a la experiencia europea posterior a la Segunda Guerra Mundial. Excepto quizás como consecuencia de inclinaciones normativas de los estudiosos de la integración, es difícil entender el motivo de esta visión descuidada, dado que tanto los escritores tradicionales como contemporáneos en el campo del conflicto han examinado en considerable profundidad el papel integrador del conflicto, tal como se lo discute en el Capítulo 8. Más aún, el ímpetu integrativo de la Europa posterior a la Segunda Guerra Mundial se basó en gran

medida en la desilusión con el estado nación, como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Así, aun en el contexto europeo, el conflicto puede haber jugado un papel integrador que recibe una consideración menos prominente de la que merece en la bibliografía de integración consagrada a Europa.

Muchos autores han sugerido que la integración es un concepto multidimensional. Según Joseph Nye, las distinciones conceptuales deberían hacerse entre categorías de catalizadores, el entorno externo en el cual la integración tiene lugar y los tipos de discontinuidades en el proceso integrativo.[105] Es necesario que la integración se fragmente en elementos económicos, políticos y legales, que a su vez pueden dividirse en subtipos, cada uno de los cuales podría medirse. "Más que permitirnos hablar sobre integración en general y confundir los términos, esta desagregación tendería a forzarnos a hacer generalizaciones más restringidas y más rápidamente falsables con las cláusulas *ceteris paribus* incluidas, por así decirlo, y así preparar el camino para un análisis comparativo más significativo que el suministrado por los esquemas generales hasta ahora utilizados." [106] Especialmente en los años setenta, hubo esfuerzos, como lo hemos señalado, por estudiar la integración como un fenómeno multidimensional. La teoría de la integración ha estado sujeta a un amplio análisis cuantitativo. Sin embargo, los principales problemas conceptuales, tanto como el desacuerdo sobre las definiciones, variables e indicadores, sigue siendo, a pesar de las contribuciones de los especialistas, especialmente durante la generación anterior, el conocimiento teórico sobre integración en el nivel internacional.

En los años ochenta, la bibliografía de la integración internacional no experimentó un crecimiento en ningún sentido comparable al de las tres décadas ulteriores a la Segunda Guerra Mundial. En ese momento, como lo hemos señalado, la experiencia integrativa regional centrada en Europa Occidental, pero no confinada a ella, suministró tanto un laboratorio como una rica fuente de datos para el desarrollo y prueba de teorías de la integración basadas en una variedad de enfoques, definiciones, criterios e indicadores. Sin embargo el proceso de integración continuó en los años ochenta dentro de las organizaciones regionales en diversas partes del mundo. Para fines de los años ochenta, hubo una creciente discusión y especulación sobre las perspectivas de la Comunidad Europea en los años que van más allá de 1992, cuando las restantes barreras al movimiento libre de bienes, recursos, gente y capital se eliminan. Si había consenso, era con el fin de que Europa Occidental experimentara al menos un impulso modesto hacia una integración ulterior en los años que tenía por delante. La Comunidad Europea jugaría un papel creciente tanto en Europa como en el mundo como un todo, como agente económico importante y potencialmente aun como una fuerza política de creciente importancia. Si bien las teorías de la integración examinadas en este capítulo le ofrecen reflexiones, hipótesis, hallazgos e indicadores útiles al estudioso de la experiencia europea, no suministran una base en la que se coincida sobre la cual evaluar plenamente o prever la probable evolución de la Comunidad Europea en los años noventa.

Tanto como el proceso integrativo posterior a la Segunda Guerra Mundial suministró un incentivo y una base para el desarrollo de la teoría de la integración, y tanto como la de los años anteriores lo tuvo para la generación precedente representada por David Mitrany, es concebible que los años futuros lleven a un renacimiento de la teoría de la integración basada en la experiencia en desarrollo de la Comunidad Europea, junto con la de otras regiones y niveles analíticos en el sistema internacional.

NOTAS AL CAPÍTULO 10

1 Thomas Hobbes: *Leviatan* (Oxford, Basil H. Blackwell, 1967), pp. 109, 174. Ralf Dahrendorf: *Class and Class Conflict in Industrial Society* (Stanford, Stanford University Press, 1959), p. 157 y *Essays in the Theory of Society* (Stanford, Stanford University Press, 1968), pp. 147-150. Ver el Capítulo 5 para un examen de otros autores, tradicionales y contemporáneos, que han planteado la existencia de relaciones entre conflicto y la integración de unidades políticas y sociales.

2 Reinhold Niebuhr: "The Illusion of World Government", *Bulletin of the Atomic Scientist*, V (octubre de 1949), pp. 289-292; Hans J. Morgenthau: *Politics Among Nations* (Nueva York, Knopf, 1978), pp. 499-507. Para un examen de la bibliografía sobre el gobierno mundial, ver Innis L. Claude, Jr.: *Power and International Relations* (Nueva York, Random House, 1962), pp. 205-285.

3 Johan K. De Vree: *Political Integration: The Formation of Theory and Its Problems* (La Haya-París, Mouton, 1972), p. 45.

4 A. J. R. Groom y Paul Taylor: "Functionalism and International Relations", en Groom y Taylor, comps.: *Theory and Practice in International Relations: Functionalism* (Nueva York, Crane, Russak), p. 2.

5 Ernst B. Haas: *The Uniting of Europe* (Stanford, Stanford University Press, 1958), p. 16.

6 Ernst B. Haas: *Beyond the Nation-State* (Stanford, Stanford University Press, 1964), p. 29 (bastardilla en el original).

7 Amitai Etzioni: *Political Unification* (Nueva York, Holt Rinehart and Winston, 1965), p. 4. "Una comunidad política es una comunidad que posee tres tipos de integración: a) tiene un control efectivo sobre el uso de los medios de violencia (si bien puede 'delegar' algo de su monopolio a unidades miembro); b) tiene un centro de toma de decisiones que es capaz de afectar significativamente la distribución de recursos y recompensas a través de toda la comunidad, y c) es el foco dominante de identificación política para una gran mayoría de ciudadanos políticamente conscientes". Ibídem, p. 329.

8 Ibídem, p. 332.

9 Leon N. Lindberg: *The Political Dynamics of European Economic Integration* (Stanford, Stanford University Press, 1963), p. 6.

10 Leon N. Lindberg: "Political Integration as a Multidimensional Phenomenon Requiring Multivariate Measurement" en Leon N. Linberg y Stuart A. Scheingold, comps.: *Regional Integration: Theory and Research* (Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1971), pp. 45-46.

11 Charles Pentland: *International Theory and European Integration* (Londres, Faber and Faber, 1973), p. 29.

12 Donald J. Puchala: "Of Blind Men, Elephants and International Integration", *Journal of Common Market Studies*, X, Nº 3 (marzo de 1972), p. 277.

13 Karl W. Deutsch y otros: *Political Community and the North Atlantic Area* (Princeton, Princeton University Press, 1957), p. 5.

14 Ibídem, p. 6.

15 Karl W. Deutsch: *The Analysis of International Relations*, 2ª edición (Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1978), pp. 198-199.

16 Philip E. Jacob y Henry Teune: "The Integrative Process: Guidelines for

Analysis of the Bases of Political Community" en Philip E. Jacob y James V. Toscano, comps.: *The Integration of Political Communities* (Filadelfia, Lippincott, 1964), p. 4.

[17] Johan K. De Vree: op. cit., p. 11.

[18] James A. Caporaso y Alan L. Pelowski: "Economic and Political Integration in Europe: A Time-Series Quasi-Experimental Analysis", *American Political Science Review*, 65, Nº 2 (junio de 1975), pp. 421-422.

[19] Citado en Karl W. Deutsch: *The Nerves of Government* (Nueva York, The Free Press, 1964), p. 77. Ver Norbert Wiener: *Cybernetics* (Cambridge, Mass., M.I.T. Press, 1965).

[20] En su trabajo sobre el nacionalismo, Deutsch escribió: "La comunidad que permite que una historia común se experimente como común es una comunidad de hábitos complementarios y facilidades de comunicación. Exige, por así decirlo, equipamiento para un trabajo. Este trabajo consiste en el almacenamiento, el pedido, la transmisión, la recombinación y la vuelta a aplicar de gamas relativamente amplias de información y el 'equipamiento' consiste en los recuerdos, los símbolos, los hábitos, las preferencias funcionales y las facilidades aprendidas que de hecho fueran lo suficientemente complementarias para permitir el desempeño de estas funciones. *Un grupo* de personas vinculadas por tales hábitos y facilidades complementarias de *comunicación* es lo que podríamos llamar un pueblo". *Nationalism and Social Communication* (Cambridge, Mass., M.I.T. Press, 1953), p. 96. (Bastardilla en el original.)

[21] Karl W. Deutsch: "The Impact of Communications Upon International Relations Theory" en Abdul Said, comp.: *Theory of International Relations: The Crisis of Relevance* (Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1968), p. 75.

[22] Ibídem, p. 76.

[23] Ibídem, pp. 84-90.

[24] Deutsch y otros: *Political Community and the North Atlantic Area*, p. 58. Incluían la formación de Estados Unidos, su ruptura en la Guerra Civil y la reunión que siguió, la unión de Escocia e Inglaterra, la desintegración de la Unión Anglo-irlandesa, la unificación de Alemania, la unificación italiana, el Imperio de los Habsburgo, la unión de Noruega y Suecia y la Confederación Suiza. Otros dos casos, la unión de Gales e Inglaterra y la formación de Inglaterra misma en la Edad Media, se estudiaron "con menos intensidad".

[25] Ibídem. El lector puede querer remitirse al Capítulo I, donde defiende la teoría de John H. Herz en el sentido de que en la era nuclear, la capacidad del Estado territorial de suministrarles a sus ciudadanos una sensación de seguridad ha sido puesta en duda. Sin embargo, la idea de comunidad de seguridad de Deutsch es que los miembros de dicha comunidad no mantienen una expectativa de guerra entre sí, y no que sean necesariamente más seguras contra un ataque externo fuera y dentro de tal comunidad.

[26] Ibídem.

[27] Esta idea es similar al sistema social de Parsons, en el cual las personas desarrollan expectativas acerca del comportamiento respectivo. Ver Capítulo 4, pp. 143-145.

[28] Deutsch y otros: *Political Community and the North Atlantic Area*, p. 70.

[29] Ibídem, p. 199.

[30] Ibídem, p. 203.

[31] Charles Pentland: "Functionalism and Theories of International Political Integration", en A. J. R. Groom y Paul Taylor, comps.: op. cit., p. 18.

[32] Ernst B. Haas: *The Uniting of Europa*, p. 13. Para un análisis de las expectativas de los grupos de elite oficiales y no oficiales de una integración europea, ver Robert L. Pfaltzgraff, Jr.: *Britain Faces Europe, 1957-1967* (Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1969).

[33] Ernst B. Haas: *Beyond the Nation-State*, p. 47.

[34] Ibídem, p. 48.

[35] Ernst B. Haas y Philippe C. Schmitter: "Economics and Differential Patterns of Political Integration: Projections about Unity in Latin America", *International Organization*, XVIII (otoño de 1964), p. 707. Reimpreso en *International Political Communities* (Nueva York, Doubleday, 1966), p. 262.

[36] Ernst B. Haas: *The Uniting of Europe*, p. 49.

[37] Ibídem, p. 50.

[38] Haas se refiere a "derrame" como "la lógica expansiva de la integración sectorial" y sugiere: "Si los agentes, sobre la base de sus percepciones inspiradas en los intereses, desean adaptar lecciones integrativas aprendidas en un contexto, a una nueva situación, la lección se generalizará". *Beyond the Nation-State* (Stanford, Stanford University Press, 1964), p. 48.

[39] Ernst B. Haas: "International Integration: The European and the Universal Process", *International Organization*, XV (otoño de 1961), p. 372.

[40] Ernst B. Haas: *Beyond the Nation-State*, p. 81. Según Haas: "La principal y quizás la única justificación de usar la teoría de los sistemas en la discusión de la política internacional es su capacidad de vincular la voluntad de los gobiernos con la forma del mundo que vendrá. La política es lo que produce el 'sistema', si bien el sistema luego sigue restringiendo la futura política o dicta sus límites". Ernst B. Haas: *The Web of Interdependence: The United States and International Organizations* (Englewood, Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1970), p. 10 y *Tangle of Hopes: American Commitments and World Order* (Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1969), pp. 10-12.

[41] Philippe C. Schmitter: "A Revised Theory of Regional Integration", *International Organization*, 24, Nº 4 (1970), p. 868.

[42] Ernst B. Haas: "The Uniting of Europe and the Uniting of Latin America", *Journal of Common Market Studies*, V (junio de 1967), p. 324.

[43] Ibídem, pp. 323-325.

[44] Ernst B. Haas: "Turbulent Fields and the Theory of Regional Integration", *International Organization*, 30, Nº 2 (1976), p. 184.

[45] Ernst B. Haas, Mary Pat Williams y Don Babai: *Scientists and World Order: The Uses of Technical Knowledge in International Organizations* (Berkeley, University of California Press, 1977), p. 9.

[46] Ibídem, pp. 7, 352-355.

[47] Philippe C. Schimitter: "A Revised Theory of Regional Integration", *International Organization*, 24, Nº 4 (1970), p. 868.

[48] Barry B. Hughes y John E. Schwarz: "Dimensions of Political Integration and the Experience of the European Community", *International Studies Quarterly*, 16, Nº 3 (septiembre de 1972). Ver también Leon N. Lindberg: "Political Integration as a Multidimensional Phenomenon Requiring Multivariate Measurement", *International Organization*, 24 (otoño de 1970), pp. 649-732; Donald S. Puchala: "Integration and Desintegration in Franco-German Relations, 1954-1965", ibídem (primavera de 1970), pp. 183-208; Joseph Nye: "Comparative Regional Integration Concept and Measurement", ibídem, 22 (otoño de 1968), pp. 855-880.

[49] Joseph S. Nye: *Peace in Parts: Integration and Conflict in Regional Organization* (Boston, Little, Brown, 1971), pp. 56-58.

[50] Ibídem, p. 65.

[51] Ibídem, p. 66.

[52] Ibídem, p. 67.

[53] Ibídem, p. 68.

[54] Ibídem, pp. 71-72.

[55] Ibídem, p. 73.

[56] Ibídem.

[57] Ibídem, p. 80.

[58] Ibídem, p. 82.

[59] Ibídem, p. 74.

[60] Ibídem, p. 93.

[61] Ibídem, p. 182.

[62] Ibídem, pp. 172, 198-199 y Donald Rothchild: "Ethnicity and Conflict Resolution", *World Politics*, XXII (julio de 1970), pp. 597-616.

[63] Leon N. Lindberg: "Political Integration as a Multidimensional Phenomenon Requiring Multivariate Measurement" en Leon N. Lindberg y Stuart A. Scheingold, comps.: "Regional Integration: Theory and Research", número especial *International Organization*, CCIV, Nº 4 (otoño de 1970), p. 651.

[64] Ibídem, p. 652.

[65] Leon N. Lindberg y Stuart A. Scheingold: *Europe's Would-Be Polity: Patterns of Change in the European Community* (Englegood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1970), p. 74.

[66] Ibídem, p. 121.

[67] Bruce M. Russett: *International Regions and the International System: A Study in Political Ecology* (Chicago, Rand McNally, 1967), pp. 7-8.

[68] Robert L. Rothstein: *Alliances and Small Powers* (Nueva York, Columbia University Press, 1968), p. 55.

[69] Robert E. Osgood: *Alliances and American Foreign Policy* (Baltimore, Johns Hopkins Press, 1968), p. 19.

[70] Ver "Introducción" y J. David Singer y Melvin Small: "Alliance Aggregation and the Onset of War, 1815-1945" en Francis A. Beer, comp.: *Alliances: Latent War Communities in the Contemporary World* (Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1970).

[71] Ver, por ejemplo, Hans J. Morgenthau: "Alliances in Theory and Practice", en Arnold Wolfers, comp.: *Alliance Policy in the Cold War* (Baltimore, Johns Hopkins Press, 1959).

[72] George F. Liska: *Nations in Alliance: The Limits of Interdependence* (Baltimore, Johns Hopkins Press, 1962), p. 12; William H. Riker: *The Theory of Political Coalitions* (New Haven, Yale University Press, 1962), pp. 32-76. Ver también Bruce M. Russett: "Components of an Operational Theory of International Alliance Formation", *Journal of Conflict Resolution*, XII (septiembre de 1968), pp. 285-301. Para una selección de ensayos de la bibliografía sobre alianzas, ver Julian R. Friedman, Christopher Bladen y Steven Rosen, comps.: *Alliance in International Politics* (Boston, Allyn & Bacon, 1970); Francis A. Beer, comp.: op. cit. Para un estudio diádico (Estados Unidos e Italia), ver Valentine J. Belfiglio: *Alliances* (Lexington, Mass., Ginn Press, 1986).

[73] Liska: op. cit., p. 175.

[74] Ibídem, p. 61.

[75] William Riker: op. cit., p. 188. Para otra aplicación del marco de Riker, ver Martin Southwold: "Riker's Theory and the Analysis of Coalitions in Precolonial Africa" en Sven Groennings, E. W. Kelley y Michael Leiserson, comps.: *The Study of Coalition Behavior: Theoretical Perspectives and Cases from Four Continents* (Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1970), pp. 336-350. Para un esfuerzo por vincular el marco de Riker a la bibliografía del equilibrio de poder, ver Dina A. Zinnes: "Coalition Theories and the Balance of Power", ibídem, pp. 351-368.

[76] Para un examen de las reglas de Kaplan para los sistemas de equilibrio de poder, ver el Capítulo 4.

[77] George F. Liska: *Nations in Alliance*, p. 27. Ver también George F. Liska: *Quest for Equilibrium: America and the Balance of Power on Land and Sea* (Baltimore, Johns Hopkins Press, 1977), p. 6.

[78] Ibídem, p. 30.

[79] Robert L. Rothstein: op. cit., p. 50.

[80] Ibídem, pp. 173-176.

[81] Mancur Olson, Jr.: *The Logic of Collective Action* (Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1965), p. 48.

[82] Stephen M. Walt: *The Origins of Alliances* (Ithaca, Nueva York y Londres, Cornell University Press, 1987), p. 5.

[83] Ibídem, p. 17.

[84] Michael F. Altfeld: "The Decision to Ally: A Theory and Test", *The Western Political Quarterly*, 37, Nº 4 (diciembre de 1984), pp. 523-543.

[85] Ibídem, p. 528.

[86] Ver, por ejemplo, Joseph S. Nye, Jr.: "Comparative Regional Integration: Concept and Measurement", *International Organization*, XXII (otoño de 1968), p. 857. Para una colección de escritos contemporáneos sobre integración en el nivel internacional, ver, por el mismo autor, *International Regionalism: Readings* (Boston, Little, Brown, 1968).

[87] Ernst B. Haas: "The Challenge of Regionalism", *International Organization*, XII (otoño de 1958), p. 445.

[88] Karl W. Deutsch: *France, Germany and the Western Alliance* (Nueva York, Scribner's, 1967), pp. 218-220. Deutsch basa sus hallazgos en el índice de Acepción Relativa, que propone separar "los resultados reales del comportamiento preferencial y la integración estructural de los meros efectos del tamaño y prosperidad del país".

[89] Según Lindberg: "Las potencias nacionales importantes han sido lanzadas a un nuevo entorno institucional en el cual se ejercen poderosas presiones en pro de soluciones comunitarias, es decir, soluciones que se aproximan al tipo de elevación de los intereses comunes. Nuestros estudios de casos han revelado que intereses nacionales importantes y divergentes se han adecuado coherentemente a fin de lograr una decisión". Más aún, desde la fundación de la CEE ha habido un cambio en las actividades políticas y las expectativas: "Esto ha sido especialmente llamativo en el nivel de los más altos encargados de trazar políticas y de los empleados públicos, pues el proceso de trazado de políticas de la CEE, por su naturaleza intrínseca misma, compromete a un círculo en constante expansión de funcionarios nacionales". Leon N. Lindberg: *The Political Dynamics of European Economic Integration* (Stanford, Stanford University Press, 1963), pp. 6, 286-288. Ver también Leon N. Lindberg y Stuart A. Scheingold: *Europe's Would-Be Polity: Patterns of Change in the European Community*, pp. 24-100.

[90] Ronald Inglehart: "An End to European Integration", *American Political Science Review*, XXI (marzo de 1967), p. 91. Para un estudio de continuidad y cambio en las actitudes de política exterior, ver Neal E. Cutler: "Generational Succession as a Source of Foreign Policy Attitudes: A Cohort Analysis of American Opinion, 1946-1966", *Journal of Peace Research*, VII (1970), pp. 33-47; por el mismo autor, pero no vinculado específicamente con la política exterior, "Generation Maturation and Party Affiliation: A Cohort Analysis", *Public Opinion Quarterly*, XXXIII (invierno de 1969-1970), pp. 583-588.

[91] Ronald Inglehart: op. cit., p. 92.

[92] Carl J. Friedrich: *Europe: An Emergent Nation?* (Nueva York, Harper & Row, 1969), especialmente pp. 196-215.

[93] Ibídem, pp. 35-46.

[94] James A. Caporaso y Alan L. Pelowski: op. cit., pp. 432-433.

[95] Claude Ake: *A Theory of Political Integration* (Homewood, Illinois, Dorsey Press, 1967), pp. 8-11.

[96] Stanley Hoffmann: *Gulliver's Troubles, or the Setting of American Foreign Policy* (Nueva York, McGraw-Hill, 1968), p. 401. En diversos momentos, los analistas europeos y norteamericanos han especulado con la factibilidad de una disuasión nuclear europea. Ver, por ejemplo, Henry A. Kissinger: *The Necessity for Choice* (Garden City, N. Y., Doubleday, 1962), pp. 129-131; Robert Strausz-Hupé, James E. Dougherty y William R. Kintner: *Building the Atlantic World* (Nueva York, Harper & Row, 1962), cap. 5. Para un análisis de las actitudes de la elite europea hacia una fuerza nuclear europea, ver Karl W. Deutsch: *Arms Control and the Atlantic Alliance* (Melbourne, Fla., Krieger, 1967), pp. 34, 99 y 136.

[97] Stanley Hoffmann: "The Fate of the Nation-State", *Daedalus*, VC (verano de 1966), p. 865.

[98] Roger D. Hansen: "Regional Integration: Reflections on a Decade of Theoretical Efforts", *World Politics*, XXI (enero de 1969), p. 270. Para otra revisión y crítica del trabajo Haas-Schmitter, ver J. S. Nye, Jr.: "Patterns and Catalysts in Regional Integration", *International Organization*, XIX (otoño de 1965), pp. 870-884.

[99] Oran R. Young: "Professor Russett, Industrious Tailor to Naked Emperor", *World Politics*, XXI (abril de 1969), pp. 486-511. Para la respuesta de Russett, ver: "The Young Science of International Politics", *World Politics*, XXII (octubre de 1969), pp. 87-94.

[100] Donald J. Puchala: op. cit., p. 267.

[101] Stuart A. Scheingold: "Consequences of Regional Integration" en Leon

N. Linberg y Stuart A. Scheingold, comps.: *Regional Integration: Theory and Research*, pp. 395-398.

[102] Ernst B. Haas: *The Obsolescence of Regional Integration Theory*, Research Series, Nº 25. Institute of International Studies, University of California, Berkeley, 1975, p. 17.

[103] Charles Pentland: *International Theory and European Integration* (Londres, Faber & Faber, 1973), p. 98.

[104] Lynn Krieger Mytelka: "The Salience of Gains in Third-World Integrative Systems", *World Politics*, 25, Nº 2 (enero de 1973), pp. 237-243. Ver también David Morawitz: "Harmonization of Economic Policies in Customs Unions: The Andean Group", *Journal of Common Market Studies*, XI, Nº (otoño de 1970). "Es sumamente improbable que el Grupo Andino sea un área monetaria óptima o siquiera cercana a lo óptimo." Esto surge de la inmovilidad de la mano de obra dentro y entre los países, los porcentajes de comercio exterior artificialmente bajos debido a políticas de sustitución de importaciones, alta vulnerabilidad de la balanza de pagos a las fuerzas externas y significativas diferencias en las tasas de inflación entre los estados miembros.

[105] J. S. Nye: "Patterns and Catalysts in Regional Integration", reimpreso en Joseph S. Nye: *International Regionalism: Readings*, pp. 333-349.

[106] Joseph S. Nye, Jr.: "Comparative Regional Integration: Concept and Measurement", p. 858.

Capítulo 11

TEORÍAS DE LA TOMA DE DECISIONES

Análisis de la toma de decisiones: su naturaleza y orígenes

Las decisiones son, según la terminología de David Easton, los "resultados" del sistema político, mediante el cual valores son autoritariamente distribuidos dentro de una sociedad. El concepto de toma de decisiones durante largo tiempo ha estado implícito en algunos de los enfoques más viejos de la historia diplomática y el estudio de las instituciones políticas. El estudio de cómo son tomadas las decisiones fue primero sujeto de investigación sistemática en otros campos externos a la ciencia política. Los psicólogos estaban interesados en los motivos subyacentes a las decisiones de un individuo y por qué algunas personas tenían mayores dificultades que otras para tomar decisiones. Los economistas se centraban en las decisiones de los productores, los consumidores, los inversores y otros cuyas elecciones afectaban la economía. Los teóricos de la administración de empresas buscaban analizar y aumentar la eficacia de la toma de decisiones ejecutiva. En el gobierno y especialmente en la planificación de defensa de los años sesenta, las técnicas conocidas por lo general como "efectividad de costo" se utilizaban en el proceso de toma de decisiones, incluida la adquisición de nuevas armas. La toma de decisiones era un punto central para los especialistas en ciencia política interesados en analizar el comportamiento decisorio de los votantes, legisladores, funcionarios oficiales, políticos, líderes de grupos de interés y otros agentes de la arena política.[1] Así, el estudio de la toma de decisiones de política exterior se concentraba en un segmento de un fenómeno más general de interés para las ciencias sociales y los encargados de trazar políticas. Debido a que muchos analistas se han preocupado por la toma de decisiones en situaciones de crisis, la última parte del capítulo abordará dicho tema.

La toma de decisiones simplemente es el acto de elegir entre alternativas posibles sobre las cuales existe incertidumbre. En la política exterior quizás más que en la política nacional —porque el terreno de la anterior por lo general es menos familiar— las alternativas políticas pocas veces están "dadas". A menudo deben formularse a tientas en el contexto de una situación total en la cual los desacuerdos surgirán en torno de cuál evaluación de la situación es más válida, qué alternativas existen, las consecuencias que es probable que fluyan en diversas elecciones y los valores que deberían servir como criterio para distribuir las diversas alternativas de las más preferibles a las menos. Hay controversias tanto en torno de la naturaleza del proceso de toma de decisiones y respecto de

los paradigmas adecuados para su estudio. Dentro de la última generación, la atención ha pasado desde la toma de decisiones como una elección meramente abstracta entre posibles alternativas de máxima utilidad a la toma de decisiones como un proceso gradual que contiene elementos parciales y transacciones entre los intereses organizativos en competencia y las presiones burocráticas.

Enfoques de la teoría de la toma de decisiones

El enfoque que parte de la toma de decisiones para comprender la política internacional no es nuevo. Hace veinticuatro siglos, el historiador griego Tucídides, en su *Guerra del Peloponeso*, examinaba los factores que llevaban a los líderes de las ciudades-estado a decidir los temas de la guerra y la paz, tanto como la alianza y el imperio, con tan gran precisión como lo hacían en las circunstancias en las que estaban inmersos. Se centraba no sólo en las razones conscientes para las elecciones de los hombres de Estado y sus percepciones del entorno sistémico —ambas están reflejadas en los discursos que les atribuye— sino también en las profundas fuerzas psicológicas del temor, el honor y el interés que en variadas combinaciones los motivaban como individuos y les imponían el tono prevaleciente a sus sociedades específicas. Así, Tucídides fue por cierto un temprano estudioso de la toma de decisiones.

La teoría de la toma de decisiones, el centro de este capítulo, identifica una gran cantidad de variables importantes, y sugiere posibles interrelaciones entre ellas. La teoría de la TD (como la denominaremos aquí) marca un cambio significativo respecto del análisis político tradicional en el cual los autores a veces han tenido tendencia a materializar o "personificar" a las naciones-estado como los agentes básicos dentro del sistema internacional. La teoría de la TD dirige la atención no ya a los estados como abstracciones metafísicas o a los gobiernos, o siquiera a instituciones tan ampliamente denominadas como "el Ejecutivo", sino que, por el contrario busca iluminar el comportamiento de los tomadores humanos de decisiones, que realmente configuran la política gubernamental. Como Richard Snyder, H. W. Bruck y Burton Sapin lo dicen: "Es una de nuestras elecciones metodológicas básicas definir al Estado tal como sus encargados oficiales de tomar decisiones, aquellos cuyos actos autoritarios son, con todos los fines y objetivos, los actos del Estado. La acción estatal es la acción tomada por quienes actúan en nombre del Estado".[2] Al estrechar el objeto de investigación de una colectividad más grande a una unidad más pequeña de personas responsable de las decisiones, los teóricos de la TD esperan hacer más concreto y más preciso el "locus" del análisis político y así más pasible de análisis sistemático. Sin embargo, se supone que los encargados de tomar decisiones actúan dentro de un entorno total que incluye su sistema político nacional tanto como el sistema internacional como un todo, un entorno interno tanto como un entorno externo.

Se le asigna un lugar central a la percepción en la teoría de la TD. Cuando se enfrentan con la "definición de la situación", la mayoría de los teóricos de la TD consideran al mundo tal como lo ven los encargados de tomar decisiones, más importante que la realidad objetiva.[3] Así, aceptan la distinción trazada por Harold y Margaret Sprout entre el "psicomedio" y el "entorno operativo" (tratados en el Capítulo 2). Joseph Frankel, sin embargo, aduce que la teoría de la TD debe tomar en cuenta el entorno objetivo, pues aun cuando los factores no presentes en la mente de los encargados de trazar políticas no pueden influir sus elecciones, tales factores pueden ser importantes en la medida en que establecen límites al resultado de sus decisiones.[4] De igual forma, Michael Brecher insiste en que "el entorno operativo afecta los resultados de las decisiones directamente, pero influye en la elección entre opciones políticas, es decir, las decisiones mismas, sólo en la medida en que se filtra a través de las imágenes de los encargados de tomar decisiones".[5]

La situación de decisión (u ocasión)[6]

Braybrooke y Lindblom sugieren que la toma de decisiones, si bien no puede identificarse plenamente con la resolución racional de un problema, sin embargo puede equipararse de manera general con ella.[7] La pregunta ahora surge respecto de cómo los encargados de trazar políticas definen la situación en relación con el problema con el cual se enfrentan. ¿Cómo ven los objetos, las condiciones, a los otros agentes y sus intenciones? ¿Cómo definen las metas de su propio gobierno? ¿Qué valores les resultan más importantes, no in abstracto sino en la medida en que parecen estar en juego en esta situación particular?

Snyder observa que algunas situaciones están más altamente estructuradas que otras. Algunas se captan rápidamente en su sentido, mientras que otras pueden ser más fluctuantes y ambiguas. La urgencia de las situaciones, o la presión para emprender una acción, también variarán ampliamente. Que un problema se considere primordialmente político, económico, militar, social o cultural normalmente tendrá consecuencias respecto de cómo se lo manejará y por parte de quién. Es difícil, al margen del tumulto de opiniones de diplomáticos profesionales, especialistas, periodistas y otros, llegar a una evaluación relativamente precisa de las diversas tendencias y fuerzas activas en una situación externa (y aquí la toma de decisiones de política exterior probablemente es más compleja que la interna). Analizando las intenciones de otro Estado puede ser aún más tramposo. Los encargados de tomar decisiones en un Estado, anticipando una iniciativa política de sus contrapartes en otro, pueden considerar su propio movimiento tendiente a disuadir o impedir como una respuesta puramente defensiva, pero estas medidas pueden parecerles ofensivas a sus contrapartes extranjeras, como lo señalamos en el Capítulo 8.

La política burocrática

Nos hemos referido a la tendencia hipotética de los encargados de tomar decisiones a permitir que sus concepciones del interés nacional se coloreen según sus percepciones de lo que es bueno para su propia unidad buro-

crática. La importancia de las burocracias hace mucho que ha sido reconocida por los estudiosos de la política. Max Weber, por ejemplo, escribió: "En un Estado moderno, el gobernante concreto es necesaria e inevitablemente la burocracia, dado que el poder no se ejerce ni a través de discursos parlamentarios ni por medio de enunciaciones monárquicas, sino a través de las rutinas de la administración".[8] Si bien Weber escribió sobre la era anterior a 1920, su trabajo contiene antecedentes para entender las estructuras burocráticas y la toma de decisiones a fines del siglo XX. Como lo señala Weber, en todos los sistemas políticos avanzados y en todas las economías, surgen estructuras burocráticas que por sí mismas configuran tanto el proceso de toma de decisiones como sus resultados en forma de decisiones. Sin embargo las burocracias, al igual que los gobiernos mismos, especialmente en los sistemas políticos burocráticos, enfrentan restricciones presupuestarias. En consecuencia, los defensores de diversos tipos de política exterior y programas de defensa se encuentran en competencia para la asignación de los recursos escasos. La política exterior y los programas de defensa compiten no sólo con los programas internos (educación, salud, seguridad social, agricultura, transportes, bienestar, energía construcción, conservación, control del delito y renovación urbana) sino entre sí: diversos tipos de programas militares-tecnológicos y transferencias de armas, despliegues de fuerzas, diplomacia de alianzas, ayuda para el desarrollo extranjero, información y programas de intercambio cultural, actividades de inteligencia, apoyo a las organizaciones internacionales y, el refuerzo de los procesos de cambio pacíficos. Los intereses divergentes dentro y fuera de los departamentos y agencias que tienen un papel en la política exterior y la seguridad nacional, tanto como las diferencias entre las fuerzas armadas, son ilustrativos de la dimensión político-burocrática de la toma de decisiones.

Morton H. Halperin, en un estudio de diversas decisiones de política exterior, ha demostrado cómo "la política dentro de un gobierno influye en las decisiones y las acciones ostensiblemente dirigidas hacia afuera",[9] y cómo la forma en la cual los funcionarios se centran en temas a menudo depende de su posición burocrática y su perspectiva. Halperin llega a la conclusión de que las acciones o propuestas de un gobierno para influir en el comportamiento de otro gobierno, por lo general se basan en el simple modelo de dos individuos que se comunican adecuadamente entre sí, cuando de hecho probablemente han surgido de un proceso burocrático complejo de "tirar y arrastrar" que no entienden plenamente aquellos que deben llevar adelante la decisión. Más aún, afirma, la respuesta del gobierno extranjero es probable que sea el resultado de un proceso burocrático similar de tirar y arrastrar.[10] (Ver la siguiente sección, "Los tres modelos de Allison".)

Francis E. Rourke ha citado la ley de la inercia burocrática: "Las burocracias en descanso tienden a permanecer en descanso y las burocracias en movimiento tienden a permanecer en movimiento".[11] Los recientes presidentes se han exasperado de tanto en tanto por la lentitud con la cual las burocracias en descanso responden a sus órdenes, pero Rourke observa que esto puede salvar a un líder político de las consecuencias de una decisión brusca. Por el contrario, las dependencias ejecutivas que han

sido estimuladas para desarrollar ciertas capacidades, sea para librar combate, explorar el espacio, negociar acuerdos de control de armamentos o vender armas en el extrior, pueden sentirse forzadas a demostrar su utilidad a través de una actividad que justifique presupuestos mayores. Una vez que las burocracias ganan impulso, es difícil hacer que vayan más lento. Rourke señala que la "irreversibilidad" de ciertos tipos de actividad de las grandes organizaciones contradice la hipótesis de que trazar la política en Estados Unidos "avanza gradualmente de un paso secuencial al otro desde decisiones iniciales al resultado final, permitiendo así una discontinuidad del esfuerzo o una reversión de la dirección en cualquier punto".[12] Concluye que, mientras pueden configurar los puntos de vista de los líderes políticos y del público en temas de política exterior, y a menudo poseen capacidades técnicas que les permiten influir en el flujo de los acontecimientos, sin embargo las dependencias burocráticas componen sólo una parte de un sistema político democrático. Su poder en última instancia depende de la disposición de los demás —por ejemplo, el Congreso y el Presidente— a apoyarlas, aceptar su consejo o legitimar sus actividades coincidiendo con ellas.[13]

Alexander L. George ha llamado la atención sobre el hecho de que el Ejecutivo, en lugar de usar prácticas de administración centralizadas para neutralizar los desacuerdos internos a la burocracia en torno de la política, pueden usar un "modelo de defensa múltiple", un sistema mixto que combina elementos de administración centralizada con ciertos rasgos de modelos de participación pluralista para aprovechar la diversidad de enfoques e intereses en favor del reforzamiento del trazado de políticas racional.[14] Uno de los peligros de la política burocrática contra el cual el Ejecutivo desea cuidarse es la posibilidad de que las subunidades organizativas puedan restringir la competencia entre sí y elaborar transacciones entre ellas antes de que los temas políticos se ventilen en el más alto nivel, de manera que la decisión final es probable que se base en la opción preferida que resulta del proceso de negociación interna. En estas condiciones, por cierto, las opciones políticas que pueden ser viables pero resultan impopulares para la burocracia se vuelven imposibles como consecuencia de una presentación desfavorable o una información inadecuada. Pero George advierte al Ejecutivo contra la tendencia a centralizar y burocratizar en exceso la "búsqueda" y la "evaluación" temprana del análisis político anteriores a la "elección". En un sistema centralizado en exceso, el Ejecutivo puede recibir una gama demasiado estrecha de opciones "ortodoxas" basadas en claves transmitidas, intencionalmente o no, de arriba hacia abajo.

Según George, el conflicto y la negociación dentro de la burocracia pueden contribuir a un proceso de trazado de políticas mejor si pueden ser manejados y resueltos adecuadamente. En consecuencia se inclina por un modelo de defensa múltiple como "parte integral de un *sistema mixto* en el cual la coordinación centralizada y la iniciativa del Ejecutivo serían necesarias".[15] El jefe del Ejecutivo alienta la competencia entre las unidades burocráticas mientras se reserva el poder de evaluar, juzgar y elegir entre las diversas opciones políticas articuladas por los defensores. Dado que los defensores compiten entre sí sólo por la atención del Ejecutivo, se trata

de un sistema de competencia perfecta, altamente preferible a la competencia imperfecta que prevalece en el modelo de negociación-y-transacción burocrática.

Motivaciones y características de los encargados de tomar decisiones

Snyder ha trazado una útil distinción entre dos tipos de motivación: motivos "a fin de" y motivos "debido a".[16] Los primeros son conscientes y articulables: los encargados de tomar decisiones están tomando esta decisión particular a fin de lograr tal objetivo del Estado al cual sirven. Por ejemplo, la administración del presidente Johnson buscó el Tratado de No Proliferación "a fin de" promover la estabilidad internacional restringiendo el número de estados que pueden optar independientemente por la iniciación de hostilidades nucleares. De igual forma, el presidente Reagan eligió su Iniciativa de Defensa Estratégica como un medio eventual de volver las armas nucleares "impotentes u obsoletas". Los motivos "debido a", por el otro lado, son inconscientes o semiconscientes, surgiendo de la experiencia vital previa y el condicionamiento organizativo previo de los defensores más ardientes del tratado. Como lo hemos visto en los capítulos 7 y 8, sin embargo, la mayoría de los macroteóricos son cautos ante la "psicohistoria" como medio de explicar las decisiones y acciones de los líderes políticos.

La mayoría de los teóricos de la toma de decisiones, al igual que la mayoría de los historiadores políticos, coincidirían en que el conocimiento biográfico de los encargados de trazar políticas —incluida su educación, religión, experiencias vitales críticas, entrenamiento profesional, viajes al exterior, salud mental y física y actividades políticas anteriores— puede ayudar a arrojar luz sobre los motivos más profundos y los valores de aquellos que toman decisiones específicas. Sin embargo, se sabe poco acerca de la relación entre la experiencia psíquica interna total de los individuos y sus abiertas elecciones políticas en un contexto organizativo.

Una cosa es reconocer que los antecedentes de un individuo son significativos, especialmente en casos en que hay aberraciones de comportamiento poco comunes respecto de lo que "normalmente" se esperaría sobre la base del análisis de los papeles sociales conocidos y los procesos. Pero es otra cosa bastante diferente trazar un vínculo causal definido entre el acontecimiento psíquico previo (quizás años antes) y la actual acción desviada. Una de las dificultades con la explicación de la psicohistoria es que puede librarse al funcionamiento de una imaginación dramática en exceso activa como sustituto del análisis riguroso de la evidencia real.

El proceso de toma de decisiones

David Easton ha definido la política como "la distribución autoritaria de valores para una sociedad".[17] Esto, en esencia, es lo que implica la toma de decisiones políticas. Pero los teóricos de la TD por lo general no están de acuerdo respecto de si el proceso de toma de decisiones políticas es fundamentalmente el mismo que el proceso de toma de decisiones privadas o no públicas. Como especialistas en ciencia política, los autores de este libro se inclinan con fuerza a coincidir con aquellos que postulan importantes diferencias entre las decisiones en una familia, una universidad, una empresa y un departamento gubernamental.[18] Si bien la toma de decisiones pública y privada se caracteriza por diversas mezclas de procesos individuales y colectivos, sin embargo los marcos de referencia y las "reglas del juego" exhiben propiedades bastante específicas.

Dado que los economistas y los estudiosos de administración empresaria han hecho aportes tempranos significativos a la teoría de la TD, la teoría tal como originariamente se la desarrolló reflejaba muchos de los presupuestso del Iluminismo y de los utilitarios benthamianos, con su énfasis en la razón y la educación en la formación de las elecciones sociales humanas. Suponía una persona racional que es claramente consciente de todas las alternativas disponibles y que es capaz tanto de calcular sus respectivos resultados y luego elegir libremente según el orden de preferencias valorativas. Tales presupuestos han sido seriamente cuestionados en este siglo.

Según el modelo clásico de toma de decisiones, los encargados de trazar políticas hacen un cálculo sobre dos dimensiones básicas —utilidad y probabilidad— y suponiendo que son "racionales" intentarán llevar al máximo la utilidad esperada. En otras palabras, después de que todas las alternativas disponibles han sido analizadas, los valores sopesados y las probabilidades evaluadas, los encargados de tomar decisiones pueden elegir su curso óptimo.[19] Snyder señala que "puede suponerse que los encargados de tomar decisiones actúan en términos de preferencias nítidas", pero que estas preferencias, en lugar de ser enteramente individuales, derivan de las reglas del sistema organizativo, la experiencia organizativa compartida durante un período de tiempo, y la información disponible para la unidad de decisión, tanto como de las biografías de los individuos.[20] Snyder, sin embargo, se abstuvo de suscribir plenamente la clásica fórmula explicativa de "llevar al máximo la utilidad esperada", que ya había estado sometida a cuestionamiento antes de que escribiera su ensayo principal sobre el tema.[21]

A continuación debemos plantear la pregunta de si las teorías con las cuales estamos tratando en este capítulo presuponen la racionalidad del proceso de TD o si confinan a los componentes racionales de tal proceso. Durante muchas décadas, la fe intelectual occidental en la racionalidad esencial del comportamiento humano (heredada del Iluminismo) lentamente se ha desintegrado. Freud virtualmente completó el proceso de erosión con sus descubrimientos respecto del papel poderoso jugado en la vida por el inconsciente. Sin embargo, los estudiosos de ciencia política y de relaciones internacionales tienden a suponer que hay algunos elementos racionales en el proceso político, en la medida en que los individuos plantean de forma explícita sus prioridades de metas y diseñan categorías de medios para lograrlas. Más aún, si nuestro conocimiento del individuo nos impulsa a postular la irracionalidad, las exigencias de organización social nos piden que avancemos en dirección a la racionalidad y que empleemos los criterios de "racionalidad" a fin de identificar y entender "lo irracio-

nal". El presupuesto de comportamiento racional ha estado condenado a ser central para gran parte de la teoría de las relaciones internacionales. La racionalidad se define socialmente.

Sin embargo, la teoría de la toma de decisiones —por ejemplo, la desarrollada por el grupo Snyder— no necesariamente supone la racionalidad de los encargados de tomar decisiones. La racionalidad es un elemento que ha de ser convalidado por el análisis empírico más que supuesto. Pero Snyder y sus asociados no difieren sustancialmente de aquellos teóricos modernos de la toma de decisiones gubernamental que han sido influenciados por el concepto de burocracia de Max Weber, que se desarrolla según un plan racional. En la teoría hay un presupuesto de comportamiento deliberado y motivación explícita; el comportamiento no se ve como una actividad meramente al azar. El proceso de la TD se dice que combina elementos racionales; consideraciones de valor en las cuales lo racional puede sintetizarse con lo no racional, lo irracional o lo suprarracional; y factores irracionales o no racionales tales como los complejos psíquicos de los encargados de trazar políticas. J. David Singer, entre otros, ha señalado que bajo condiciones de tensión y ansiedad, los encargados de tomar decisiones pueden no actuar según patrones de utilidad que pudieran llamarse racionales,[22] y Martin Patchen ha sugerido la necesidad de mayor atención a la presencia de factores no racionales y en parte conscientes en las personalidades de aquellos que toman decisiones.[23] Después de examinar tanto modelos no racionales como racionales de toma de decisiones, Sidney Verba llega a la conclusión de que puede ser útil en ciertas circunstancias suponer que los gobiernos "toman decisiones como si estuvieran siguiendo las reglas de la racionalidad medios-fines" y eligen la alternativa que les permite lograr mejor los fines o promover los valores de los encargados de tomar decisiones.[24]

Braybrooke y Lindblom rechazan por insatisfactoria para la mayoría de las decisiones importantes (es decir, aquellas que afectan cambios significativos en el mundo social externo) la "concepción sinóptica" de la toma de decisiones, por la cual se suponen que los encargados de trazar políticas despliegan delante de ellos todas sus alternativas disponibles y miden, contra su escala de valores preferidos, todas las consecuencias probables de los cambios sociales implícitos en los diversos cursos de acción en consideración. Este esquema sinóptico, en su opinión, simplemente no se adecua a la realidad. Presupone la omnisciencia y una especie de análisis abarcador que es prohibitivamente costoso y que las presiones temporales normalmente no permiten. Toda solución, afirman, debe ser limitada por varios factores, incluida la capacidad de resolver problemas del individuo, la cantidad de información disponible, el costo del análisis (en personal, recursos y tiempo) y la práctica inseparabilidad de hecho y valor.[25]

Nadie ha desafiado el modelo clásico de toma de decisiones racional de forma más fundamental, mientras que sin embargo se mantenía dentro de un marco racional, que el eminente economista y teórico de la administración Herbert Simon, quien postula un mundo de "racionalidad limitada". Sustituye el concepto clásico de comportamiento *optimizador* o *maximizador*, por la noción de comportamiento "satisfactorio". Esto presupone que los encargados de trazar políticas no diseñan realmente para

ellos una matriz que muestra todas las alternativas disponibles, los "pros" y los "contras" de valor de cada una y las evaluaciones de probabilidad de las consecuencias esperadas. Por el contrario, sugiere Simon, las unidades de toma de decisiones examinan alternativas secuencialmente hasta que llegan a una que responde a sus patrones mínimos de aceptabilidad.[26] En otras palabras, la gente sigue rechazando las soluciones insatisfactorias hasta que llega a una que pueden coincidir en que es lo suficientemente satisfactoria para permitirles actuar. (Por esta teoría Simon ganó el Premio Nobel de Economía en 1978.) Braybrooke y Lindblom, que tienen preferencia tanto por el modelo de "satisfacción" de Simon y la idea de Karl Popper de "ingeniería gradual", sugieren que el experimentalismo pragmático materializa una estrategia de "gradualismo disjunto". Puesto en su forma más simple, esto quiere decir que los encargados de trazar políticas, especialmente en los estados democráticos, prefieren separar sus problemas de toma de decisiones en pequeños segmentos que les permitan hacer elecciones "graduales" o "marginales" más que profundas o de largo alcance.[27]

La toma de decisiones no es sólo un proceso intelectual que implica la reflexión, la percepción y la intuición creativa de los encargados de trazar políticas, sino que también es un asunto de procesos sociales y cuasi-mecánicos.[28] Entre los especialistas en ciencia política, Arthur F. Bentley y David B. Truman han hecho mucho por subrayar la importancia de los grupos de interés en los procesos de decisión, y William F. Riker, en su estudio de las coaliciones, sugiere que la toma de decisiones pueden depender al menos parcialmente de procesos cuasi-mecánicos en los cuales los agentes son inconscientes de sus papeles de toma de decisiones.[29] Un ejemplo asombroso de conflicto de grupo en la política norteamericana en Oriente Medio es la divergencia de intereses de los elementos pro-israelíes y la industria petrolera. Los procesos cuasi-mecánicos pueden ilustrarse en el caso de individuos que, por motivos de ventaja económica personal, se comprometen en transacciones económicas internacionales tales como importación, inversión extranjera, viajes o vuelo de capitales a bancos de ultramar, que virtualmente fuerzan a los encargados de trazar políticas gubernamentales a adoptar decisiones regulatorias (es decir, en una crisis de balanza de pagos). Robinson y Majak llegan a la conclusión de que las decisiones pueden normalmente entenderse mejor a la luz de tres tipos de procesos (intelectuales, sociales y cuasi-mecánicos), si bien los tres pueden no ser igualmente importantes en un caso dado.[30]

Los tres modelos de Allison

Según Graham T. Allison, la mayor parte de los analistas de política exterior piensa y explica el comportamiento gubernamental en términos del Modelo del Agente Racional o Modelo "Clásico", en el cual las elecciones políticas se ven como actos más o menos deliberados de gobiernos unificados, basados en medios lógicos de lograr objetivos dados. El modelo representa un esfuerzo por vincular una acción a un cálculo plausible.[31] El hombre de Estado de Morgenthau que contempla lo que demanda el

interés nacional en cierta situación, los juegos teóricos de Schelling calculando las exigencias de una mutua disuasión estable o los puntos prominentes a los cuales deben quedar limitadas las guerras, y el analista estratégico Herman Kahn que desarrolla libretos de guerra nuclear mediante un proceso matemático de cálculo de ganancia-ante-costo, todos usan una forma de Modelo de Agente Racional.[32] La gente racional discierne claramente sus objetivos, las opciones en vista y las consecuencias probables de cada elección alternativa antes de tomar su decisión.[33]

"Si bien el Modelo del Agente Racional ha demostrado su utilidad para muchos fines", dice Allison, "hay pruebas poderosas de que debe complementárselo, si no suplantárselo, con marcos de referencia que se centren en la máquina gubernamental".[34] Allison ofrece dos de tales marcos de referencia: un Modelo de Proceso Organizativo y un Modelo de Política Burocrática. En el segundo tiene una considerable deuda intelectual con los escritos de Max Weber. El Modelo de Proceso Organizativo prevé el comportamiento gubernamental menos como un asunto de elección y más como resultados independientes de varias grandes organizaciones, sólo en parte coordinadas por líderes gubernamentales. "Los líderes gubernamentales pueden perturbar esencialmente, pero no controlar esencialmente el comportamiento de estas organizaciones",[35] que está determinado primordialmente por procedimientos operativos habituales de rutina, con desviaciones que pocas veces son más que graduales, excepto cuando ocurre un gran desastre.[36] El Modelo de Proceso Organizativo que Allison prefiere es el de Herbert Simon, basado en el concepto de una racionalidad obligada más que abarcadora, y caracterizado por factorear o dividir los problemas, distribuir las partes del problema a diversas unidades organizativas, el tipo de "comportamiento satisfactorio" descrito antes, limitar la búsqueda de la primera alternativa aceptable y evitar la incertidumbre o el riesgo desarrollando retroalimentación de corto alcance y procedimientos correctivos.[37]

Las organizaciones actúan para resolver problemas inmediatos más que para desarrollar estrategias tendientes a hacer frente a asuntos de más largo plazo.[38]

El tercer modelo de Allison, el Modelo de Política Burocrática, se apoya en el Modelo de Proceso Organizativo, pero en lugar de suponer el control por parte de los líderes de la cima, el Modelo de Política Burocrática plantea la hipótesis de una competencia intensiva entre las unidades de toma de decisiones, y la política exterior es el resultado de la negociación entre los componentes de una burocracia. Los jugadores no están guiados por ningún plan maestro estratégico, sino más bien por concepciones enfrentadas de metas nacionales burocráticas y personales. A veces un grupo puede triunfar sobre otros grupos comprometidos con diferentes alternativas. A menudo, sin embargo, grupos diferentes que tiran hacia diferentes direcciones producen una resultante o decisión "mezcla" que es distinta de la que se proponía un individuo o un grupo. El resultado depende no de la justificación racional de la política o de los procedimientos organizativos de rutina, sino del poder relativo y de la habilidad de los negociadores.[39]

Todas las teorías del proceso de toma de decisiones encuentran dificultades conceptuales. Miriam Steiner, después de analizar comparativamente los trabajos de Snyder y Allison, llegó a la conclusión de que cada uno contiene contradicciones. Snyder afirma que pone los planes y los fines humanos en el centro de su marco conceptual, pero no sigue este camino coherentemente. "Cuando en el interés de la 'objetividad' intenta equiparse con una 'metodología dura' inadvertidamente reduce a sus encargados de tomar decisiones responsables a ser autómatas organizativamente programados."[40] Allison, por el otro lado, insiste, en favor de la precisión, en que los acontecimientos se expliquen no ya teleológicamente en términos de metas y fines, sino científicamente en términos de determinantes causales sujetos a investigación. Pero en esta explicación integrada "poco inteligentemente introduce metas y fines como 'la esencia de la decisión' ".[41] Así, ni Snyder ni Allison, según el punto de vista de Steiner, consiguen suministrar un enfoque que logre objetivos consonantes con su propia metodología distintiva. Por el contrario, cada una empieza en un polo opuesto y avanza en dirección a la otra. Quizás esto es inevitable.

Los ajustes de Snyder y Diesing

Glenn H. Snyder y Paul Diesing han probado empíricamente tres teorías de la toma de decisiones en alrededor de 50 casos de crisis[42]: 1) llevar al máximo la utilidad (la teoría racional clásica); 2) la racionalidad limitada (tomada del modelo de "satisfacción" de Simon); y 3) la política burocrática. Su Modelo de Agente Racional, al igual que el de Allison, está basado en la elección de una alternativa de todas las disponibles que lleva al máximo la utilidad esperada. En la tradición de la racionalidad limitada, uno supone que si una elección debe hacerse entre dos valores diferentes (por ejemplo, la paz y la seguridad nacional), no hay forma racional de calcular cuánto de una ha de sacrificarse para obtener una cantidad dada de la otra. Los encargados de tomar decisiones no pueden llevar al máximo; operan bajo restricciones y buscan un curso aceptable. Snyder y Diesing aducen plausiblemente que el hecho de llevar al máximo y la racionalidad limitada no son explicaciones inconciliables, sino que pueden combinarse tomando cualquiera de las dos teorías como básica y la otra como suplementaria. También hacen la sensata sugerencia de que la teoría de la política burocrática complementa más que compite con las otras dos teorías. "Se centra en los imperativos políticos internos de mantener y aumentar la influencia y el poder, más que en los problemas puramente intelectuales de elegir una estrategia para manejar una oportunidad externa o amenaza."[43] Las teorías de resolución de problemas se aplican mejor a algunos casos; la teoría de la política burocrática, a otros. Los primeros son más aplicables cuando sólo una o dos personas están involucradas en la decisión. Cuando tres o más personas están involucradas, como en un comité o un gabinete, el Modelo de Política Burocrática —que Snyder y Diesing ven como un proceso de formación de una coalición dominante— se aplica mejor.[44]

Snyder y Diesing trazaron una distinción interesante entre negociadores "racionales" e "irracionales" en una crisis. Los negociadores racionales

no pretenden saber al principio de una crisis cuál es la situación precisa, o cuáles son los intereses relativos, las relaciones de poder y las principales alternativas. Reconocen que su juicio inicial puede estar errado, pero son capaces de corregir un mal juicio inicial y percibir las líneas de la situación de negociación en desarrollo a tiempo para manejarla eficazmente.[45] Hacen suposiciones tentativas en la medida en que avanzan y constantemente modifican sus evaluaciones según van recibiendo nueva información.

Los negociadores "irracionales", por el otro lado, avanzan a partir de un rígido sistema de creencias. Están seguros respecto de las metas últimas del adversario, estilo de negociación, preferencias y problemas internos. Reciben consejo (que buscan especialmente de aquellos cuyas opiniones valoran) pero hacen sus propias decisiones. Se ven como los arquitectos de la única estrategia que tiene oportunidad de tener éxito, y adhieren firmemente a dicha estrategia a pesar de todas las dificultades, al margen de la nueva información que entra. Si su estrategia inicial era correcta, los negociadores irracionales pueden ser altamente exitosos; si no, es poco probable que se den cuenta de su error a tiempo para eludir la derrota o el desastre.[46] El engaño es siempre un problema en la negociación. Los negociadores racionales están abiertos a que los engañe el oponente; los negociadores irracionales, a engañarse por sí mismos. Al resolver el problema de procesamiento de la información, una imagen rígida del adversario como alguien totalmente indigno de confianza puede ser tan negativa como una imagen rígida del adversario como alguien totalmente digno de confianza.[47]

La teoría cibernética de la decisión

Hemos vistó que la teoría utilitaria clásica de la toma de decisiones basada en el presupuesto de una evaluación racional de costo-valor y resultado-costo, ha merecido crecientes críticas en las últimas décadas. Como alternativa al tradicional "paradigma analítico", John D. Steinbruner ha planteado el "paradigma cibernético" como base para teorías y modelos de toma de decisiones, porque el primero no explica todos los fenómenos observados de la toma de decisiones. Duda de que los seres humanos normalmente intenten analizar problemas complejos separándolos en sus componentes lógicos (cosa que la teoría racional les exige hacer), o que tengan acceso a toda la información y desempeñen todos los cálculos, especialmente respecto de las transacciones de valor (cosa que la teoría clásica presupone). Steinbruner, más aún, expresa insatisfacción con la mayoría de los esfuerzos que hasta ahora ha hecho la escuela analítica por aplicar a las decisiones colectivas conceptos originariamente desarrollados para explicar decisiones de los individuos.[48] Por ejemplo, Steinbruner señala que algunas fallas flagrantes de la disuasión pueden ser atribuibles al hecho de que los gobiernos han actuado contra lo que parecería tener una forzosa lógica analítica. Cita como casos que vienen a cuento el ataque japonés a la flota norteamericana en Pearl Harbor y la movilización del ejército egipcio antes del estallido de la Guerra de los Seis Días de junio de 1967.[49]

Steinbruner ofrece un paradigma potencialmente más fructífero que el analítico, el cibernético, por el cual puede explicarse un comportamiento

altamente exitoso o adaptativo sin recurrir a elaborados mecanismos de toma de decisiones. Empieza por describir unos casos más o menos familiares de simples decisiones cibernéticas. Cuando las abejas obreras ubican flores que tienen polen en un lugar remoto de la colmena, les informan a las otras obreras de su ubicación iniciando una danza que contiene instrucciones para navegar de acuerdo con el ángulo y la dirección del sol respecto del campo. En otro ejemplo, los jugadores de tenis prácticos son encargados de tomar decisiones cibernéticas. Cada vez que se mueven para alcanzar la pelota con sus raquetas, seleccionan un modelo de respuestas psicomotoras de miles de modelos posibles y lo hacen sin hacer cálculos matemáticos de la velocidad y la trayectoria de la pelota que viene, su punto preciso de intercepción, el golpe que usarán para devolverla, y su blanco en el campo contrario. Steinbruner traza analogías adicionales relativas a servomecanismos cibernéticos del termostato que mantiene la temperatura dentro de los límites deseados, el gobernador Watt que regula la velocidad de un motor, los artefactos guiados por radar, el gato que cambia de posición cerca del hogar cuando el fuego se vuelve más caliente o menos fuerte, el administrador de una tienda de saldos que ajusta los precios de los productos según el volumen de ventas y la cocinera que sigue una receta y sigue probando cuando desarrolla una secuencia de operaciones culinarias sin tener un concepto claro y racional del producto final.

El encargado de tomar decisiones cibernético, en otras palabras, se enfrenta con situaciones que llamamos "simples", pero que sin embargo tienen una complejidad propia, eliminando la variedad, ignorando los cálculos elaborados respecto del entorno y rastreando unas pocas variables simples de retroalimentación que desencadenan un ajuste de comportamiento. Los encargados de tomar decisiones cibernéticos, creyendo que el proceso de decisión es simple, luchan por minimizar los cálculos que deben desempeñar, sean matemáticos o vinculados con valores. Controlan un pequeño conjunto de variables críticas y su principal valor es reducir la incertidumbre manteniendo estas variables dentro de gamas tolerables. No vemos necesidad alguna de un cálculo cuidadoso de resultados posibles, que no es probable que hagan en ningún caso. La secuencia de comportamientos de decisión está menos vinculada a un análisis intelectual del problema entre manos que a la experiencia pasada, de la cual emerge un enfoque casi intuitivo de la resolución de problemas.[50]

Es relativamente fácil, por cierto, aceptar el paradigma cibernético tal como se le aplica al jugador de tenis, la cocinera o el gerente de una tienda de saldos, cada uno de los cuales enfrenta un pequeño número de elecciones simples en cada secuencia. La pregunta es si la validez del paradigma cibernético se ve afectada por la complejidad mucho mayor de las decisiones en la política exterior y los campos de defensa. Steinbruner está convencido de que el modelo cibernético es aplicable a decisiones altamente complejas, que define como decisiones que afectan a dos o más valores, en las cuales hay una relación de transacción entre los valores, en las cuales hay incertidumbre y en las cuales el poder de toma de decisiones está disperso entre una cantidad de agentes individuales y/o unidades organizativas. Acepta que la mayor complejidad entraña una mayor variedad, y que "en condiciones de complejidad, el encargado de tomar

decisiones debe tener un repertorio más elaborado de respuestas y quiere retener su capacidad de adaptación".[51] El problema se resuelve aumentando el número de encargados de tomar decisiones dentro de una colectividad. Los problemas complejos no los analizan abarcadoramente todos los miembros del grupo de toma de decisiones. Por el contrario, se los separa en un gran número de problemas de dimensión limitada, cada uno enfrentado por un encargado de tomar decisiones o una unidad separada. "Ésta es la explicación cibernética natural para el surgimiento de la burocracia de masas."[52]

Para resumir, Steinbruner confía en que las teorías del comportamiento cibernético extienden el paradigma cibernético de los encargados de tomar decisiones individuales en situaciones relativamente simples, a la toma de decisiones colectiva diseñada para enfrentarse con un entorno altamente complejo. Los niveles más altos de jerarquía organizativa no desempeñan los cálculos integradores pedidos por el paradigma analítico. Remitiéndose al trabajo de Cyert y March, Steinbruner resume de la siguiente forma:

> La administración de alto nivel, en su opinión, se centra en orden secuencial en los temas de decisión planteados por subunidades separadas y no se integra a través de subunidades en sus deliberaciones. Las decisiones se hacen exclusivamente dentro del contexto de la subunidad que plantea el tema. Los problemas complejos, así, están fragmentados por los organizadores en componentes separados que tienen que ver con la organización de la subunidad y el proceso de decisión en el más alto nivel impide la fragmentación.[53]

La teoría organizativa sola no es suficiente. Steinbruner la combina con teorías altamente intrincadas de procesos cognitivos, incluidos aquellos desarrollados por Noam Chomsky, Ulric Neisser, Leon Festinger, Robert P. Abelson y otros. Llama la atención al consenso entre teóricos cognitivos de que "una gran cantidad de procesamiento de la información es realizada aparentemente antes de la dirección consciente y por cierto de forma independiente de ella y que en esta actividad la mente rutinariamente desempeña operaciones lógicas de considerable poder".[54] Steinbruner analiza los hallazgos de muchos estudios que se vinculan con la percepción, el aprendizaje, la memoria, la inferencia, la consistencia, la creencia y las formas en las cuales la mente humana controla o se enfrenta con la incertidumbre, y concluye diciendo que la teoría cognitiva suministra un análisis de los efectos de la incertidumbre en el proceso de decisión que es fundamentalmente diferente de aquel de los paradigmas analíticos y cibernéticos. Así, usa la teoría cognitiva para modificar el paradigma cibernético, especialmente respecto de la resolución subjetiva de la incertidumbre, y para introducir en este tratamiento de los fenómenos políticos y organizativos los conceptos de *pensamiento habitual*, en el cual el encargado de tomar decisiones de forma bastante simplista categoriza los problemas en un pequeño número de tipos básicos; *pensamiento no comprometido*, en el cual el encargado de tomar decisiones que no sabe qué pensar sobre el problema oscila entre grupos de asesores y puede adoptar diferentes modelos

de creencia en diferentes momentos sobre el mismo problema de decisión, y el *pensamiento teórico*, en el cual el encargado de tomar decisiones se compromete a creencias abstractas, generalmente organizadas alrededor de un solo valor en modelos que internamente son coherentes y estables a lo largo del tiempo, aun en condiciones de incertidumbre.[55]

Steinbruner consagra la mayor parte de su trabajo a aplicar su paradigma cibernético-cognitivo modificado al estudio de un solo tema complejo de decisión política, el de compartir el control de las armas nucleares entre los miembros de la Alianza Atlántica a principios de los años sesenta. Estados Unidos se vio atrapado en una transacción de valores entre sus fines políticos generales en Europa (incluida la credibilidad de la garantía de defensa de Estados Unidos) y las exigencias de una disuasión estable, para la cual la proliferación de capacidad nacional de armas nucleares resultaba una amenaza. No es posible hacerle justicia al amplio tratamiento acordado a las tensiones causadas en la alianza por el problema de los dos valores: el desarrollo de propuestas de compartir lo nuclear y el surgimiento y ulterior desestimación de la Fuerza Multilateral de la OTAN (MLF).[56] Steinbruner llega a la conclusión de que la capacidad del Departamento de Estado de producir impulsos para el despliegue de la MLF, a la cual el Secretario de Defensa y la mayoría de los líderes militantes de Estados Unidos y los europeos en general se oponían, fue una "anomalía política" que puede entenderse mejor en términos de los procesos cognitivos y cibernéticos de los encargados de tomar decisiones burocráticas que en términos del paradigma analítico.

Claramente, Steinbruner no considera el paradigma cibernético-cognitivo como intrínsecamente superior al analítico. Más bien, sugiere que los dos paradigmas funcionan como sustitutos el uno del otro para procesar problemas complejos y producir diferentes tipos de decisiones. En nuestro esfuerzo por entender la toma de decisiones gubernamental en condiciones de complejidad e incertidumbre, el enfoque cibernético cognitivo puede suministrar una explicación coherente del comportamiento que, en un marco analítico, parece ser estúpido, absurdo, incompetente o incomprensible, sin implicar en ningún sentido la aprobación de semejante resultado.[57] De forma bastante interesante, Steinbruner sugiere que la decisión del presidente Johnson de diciembre de 1964 de oponerse a sus asesores y liquidar la MLF "puede rápidamente entenderse por la lógica analítica".[58] Al final, se nos dejan dos paradigmas en competencia, cada uno parcialmente confirmado. Adecuarlos entre sí en una síntesis satisfactoria es una tarea del análisis futuro.

La toma de decisiones en crisis

Desde mediados de los años cincuenta, ha aparecido una considerable cantidad de bibliografía sobre decisiones específicas de política exterior. Hasta los años setenta gran parte de ella adoptaba la forma de estudios de casos lejanos en el tiempo y circunscriptos en cuanto al número de encargados de tomar decisiones. Desde ese momento en adelante ha habido un creciente esfuerzo, como se plantea más adelante en este capítulo, por estudiar crisis sobre una base comparativa a fin de desarrollar una base de

datos a través del tiempo y de las crisis, y construir una teoría o teorías tomadas de dicho análisis. En la generación anterior a los años setenta, el centro de la literatura sobre crisis era la creación de marcos conceptuales e hipótesis que se aplicaran al estudio de uno y, en algunos casos, más de un caso de estudio. Tales marcos podrían haber sido utilizados sobre una base más amplia si los especialistas hubieran elegido hacerlo. En los años sesenta, más aún, hubo al comienzo un esfuerzo por plantear modelos alternativos a fin de delinear propuestas para el análisis del comportamiento internacional durante las crisis. En especial fue notable el trabajo de Charles F. Hermann y Linda P. Brady, quienes abstrajeron 311 proposiciones respecto de la crisis de las investigaciones realizadas en los años sesenta.[59] Tal como lo sugerían, dichas hipótesis fueron planteadas por los autores, quienes las catalogaron "como relaciones discretas más que como componentes de marcos teóricos más grandes".

El trabajo de este período temprano incluye las decisiones que llevaron al estallido de la Primera Guerra Mundial, la intervención norteamericana en Corea, la intervención británica en la crisis de Suez, y las respuestas de Estados Unidos a crisis en o respecto de Berlín, Quemoy, la Bahía de Cochinos y el emplazamiento de misiles soviéticos en Cuba.[60] El estudio de la crisis internacional ha incluido el examen del papel jugado por terceras partes tales como las Naciones Unidas y otras organizaciones intermediarias o grupos.[61] Han habido estudios de decisiones caracterizadas por marcos de tiempo más largo y grupos complejos de agentes, incluidos cuerpos legislativos, partidos políticos y gobiernos. Tales decisiones, que pueden ser de significación histórica y, sin embargo no "decisiones de crisis", en el sentido usado aquí, pueden remitir a acontecimientos tales como la oposición y frustración de la Comunidad de Defensa Europea por parte de Francia en 1954; la búsqueda británica durante más de una década de entrar en la Comunidad Económica Europea, y la toma de decisiones norteamericana respecto de acuerdos de control de armamentos con la Unión Soviética, un acuerdo de paz negociada en Medio Oriente o, en el estudio de Steinbruner, un análisis político del tema de compartir la energía nuclear en la OTAN. Este tipo de estudio a menudo es más difícil que el tipo de "crisis", para introducirlo en el molde del análisis preciso de la toma de decisiones porque implica un proceso acumulativo más difícil de investigar, que tiene lugar en un laberinto burocrático amplísimo y un escenario político más abarcador a lo largo de un período de tiempo más largo. Tales estudios pueden abarcar la toma de decisiones en circunstancias más o menos de rutina. A este respecto, es probable que difieran sustancialmente de la toma de decisiones de crisis en factores tales como el nivel de la estructura política en la cual las decisiones se toman y el tiempo disponible para hacerlo. Los casos estudiados de toma de decisiones de crisis incluyen, por ejemplo, la intervención norteamericana en Corea en 1950, el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914, y la Crisis Misilística cubana de 1962, a la cual volveremos antes de examinar ejemplos más recientes, por desarrollar una base comparativa para el análisis del comportamiento ante las crisis en contextos históricos y contemporáneos.

La decisión norteamericana de intervenir en Corea

Entre los casos de estudio antes mencionados, uno que fue diseñado conscientemente con el fin de aplicar un modelo teórico de TD es la descripción de Glenn D. Paige de los siete días de toma de decisión nacional por parte de Estados Unidos en respuesta a la crisis de Corea. Paige manifiesta tener conciencia del problema que entraña aplicar a un solo caso el modelo Snyder-Bruck-Sapin, e intentar verificar cualquier hipótesis sólo sobre la base de la decisión de Corea. Reconoce que los casos aislados producen lecciones que sólo pueden llevar a "un nivel de abstracción relativamente bajo".[62] Paige le es esencialmente fiel al modelo Snyder-Bruck-Sapin, con su énfasis sobre conceptos tales como "esferas de competencia", "motivación", "comunicación e información", "retroalimentación" y el "camino hacia la acción".

La decisión de Corea, plantea Paige, puede verse, ya sea como un fenómeno unificado, ya sea como una secuencia gradual de elecciones (de la cual eran conscientes la mayoría de los encargados de tomar decisiones) que contribuyó a "una progresión como por estadios hacia un resultado analíticamente definido", una secuencia en la cual los encargados de trazar políticas se vieron aparentemente afectados por "un refuerzo positivo" en la forma de apoyar la acción militar norteamericana, opiniones editoriales favorables y expresiones de apoyo internacionales y del Congreso, tanto como por pruebas de una respuesta soviética tranquila.[63] Muchas de las conclusiones de Paige se afirman como hipótesis que postulan relaciones entre la naturaleza del grupo de toma de decisiones, la amenaza percibida a los valores, el papel del liderazgo, la búsqueda de información, el marco de respuestas anteriores, la disposición compartida a dar una respuesta positiva, el esfuerzo por asegurar el apoyo internacional y así sucesivamente. Algunas de las propuestas son novedosas e interesantes y algunas pueden impresionar al lector como confirmaciones ligeramente tediosas de lo que de otra forma podría deducirse lógicamente, pero debe recordarse que la validación de las verdades "obvias", basadas en datos, es esencial para el método científico y así para el desarrollo de las teorías de la ciencia social.

Percepción y toma de decisiones: el estallido de la Primera Guerra Mundial

El uso del análisis de contenido con un modelo de estímulo-respuesta representa un enfoque metodológico bastante diferente al estudio de la toma de decisiones. En los estudios del estallido de la Primera Guerra Mundial y la Crisis Misilística Cubana, Ole R. Holsti, Robert C. North y Richard A. Brody han intentado medir los mensajes intercambiados durante la situación de crisis.[64] Tal enfoque se centra no ya en la interacción *dentro* de las unidades de decisión, sino más bien en la interacción *entre* ellas.

El modelo usado en estos estudios vincula percepciones a comportamiento (E-r: e-R). El símbolo E es el estímulo o comportamiento de ingreso: es un acontecimiento físico o un acto verbal. El símbolo R representa la acción de respuesta. Tanto E como R no son evaluativos ni afectivos; r es la percepción del encargado de tomar la decisión del estímulo (E) y e es la expresión de intenciones o actitud. Ambos, r y e, incluyen factores tales como la personalidad, el papel, la organización y el sistema que afectan las variables perceptuales.

Los autores del estudio emprendieron análisis correlativos entre los datos de percepción y diversos tipos de datos "duros" o de acción, porque reconocieron que el valor del análisis de contenido depende de la relación entre las afirmaciones y las decisiones concretas tomadas por los hombres de Estado. Así, los autores intentaron encontrar correlaciones entre los resultados del análisis de contenido y acciones tales como movilizaciones, movimientos de tropas y la ruptura de relaciones diplomáticas. Otras acciones, tales como indicadores financieros —movimientos de oro y del precio de los bonos, que son sensibles a los niveles de tensión internacional— se examinaron. Poniendo en correlación los datos perceptivos de 1914 con la espiral de movilizaciones militares, los autores llegaron a la conclusión de que un aumento en la hostilidad precedía a los actos de movilización. Planteado de otra forma, los encargados de tomar decisiones respondieron a "amenazas verbales y movimientos diplomáticos más que a los movimientos de tropas".[65]

Entre las hipótesis probadas estaba la noción de que "en una situación de bajo compromiso, la respuesta política (R) tenderá a estar en un nivel más bajo de violencia que la acción ingresante (E), mientras que en una situación de alto compromiso, la respuesta política (R) tenderá a ser de un nivel más alto de violencia que la acción ingresante (E)".[66] Se descubrió que la Alianza Dual de alto compromiso sin duda estaba reaccionando coherentemente en exceso a las amenazas, mientras que la menos comprometida Entente Triple reaccionó demasiado poco. Dado que las variables de la acción E y R, solas fracasaban en dar cuenta de la escalada de la guerra, las variables perceptuales intervinientes, r y e, se analizaron. Ninguna diferencia significativa se encontró entre las dos coaliciones en el paso e-R. Tanto en los casos de bajo y alto compromiso, la acción de respuesta (R) estaba en un nivel más elevado de violencia que lo sugerido por las declaraciones de intención de sus líderes (e). Más aún, en el vínculo r-e, había nuevamente pocas diferencias entre la Entente Triple y la Alianza Dual: en ambos agrupamientos de naciones el nivel de hostilidad se percibía como coherentemente mayor en la política (r) del otro, que en sus propias declaraciones de intención (e).

Sin embargo, una diferencia significativa apareció en el paso E-r que puede dar cuenta de la escalada. En la situación de bajo compromiso, r tendía a ser de nivel más bajo que E, mientras que en la situación de alto compromiso, r tendía a ser más elevado que E. Los encargados de tomar decisiones en la Alianza Dual de alto compromiso coherentemente percibían en exceso el nivel de violencia de la Entente Triple. Los líderes de la Entente Triple menos profundamente compromtida prcibieron poco las acciones de la Alianza Doble. Más aún, en los últimos estadios de la

crisis, después de que ambas alianzas se habían comprometido altamente, hubo menos diferencia entre las dos coaliciones en la forma en que se percibían (r) las acciones (E) que antes. Los autores concluían, en consecuencia, que la percepción interviniente puede desempeñar una función de aceleración o de desaceleración. En este caso, el vínculo E-r sirvió como una función "magnificadora". "Esta diferencia en la percepción del entorno (el vínculo E-r) es coherente con la tendencia pronunciada de la Alianza a responder en un nivel más elevado de violencia que la Entente Triple."[67]

L. L. Farrar, Jr., adopta una interpretación diferente de la crisis de 1914. Siguiendo a Theodore Abel y Bruce M. Russett, sugiere que uno no debería buscar causas sino analizar procesos, empezando con el trasfondo del cual emergen las decisiones de los gobiernos. La decisión final de la guerra no se alcanza en el calor del momento, y no se desencadena por las motivaciones irracionales y elementos emocionales a menudo asociados con la toma de decisiones en condiciones de tensión. Más bien se basa en una serie de cálculos racionales que pueden preceder a la crisis en varios años. La crisis misma puede ser el resultado de decisiones de precrisis que implican una evaluación a lo largo de un prolongado período de tiempo respecto de varias formas alternativas de actuar bajo una variedad de circunstancias. Si bien los líderes pueden experimentar tensión durante la crisis, la crisis se debe no ya a tensiones psicológicas sino a decisiones tomadas antes, que son más importantes que las características de personalidad. Farrar presenta la crisis de 1914 como el resultado lógico de consideraciones políticas racionales, dados los presupuestos que subyacen al sistema de los estados.

La Crisis Cubana de los Misiles

Usando su mismo modelo de interacción descripto antes, Holsti, Brody y North también investigaron la Crisis Cubana de los Misiles de 1962. Un ejemplo de conflicto en escalada, como el caso de 1914, la Crisis Cubana de los Misiles suministra una oportunidad, en consecuencia, tanto para comparar como para contrastar con el estudio anterior. Se hizo un esfuerzo por encontrar "modelos de comportamiento que distinguen la situación que escaló hacia una guerra general (como en la crisis de 1914) de aquellas en las cuales el proceso de escalada se revierte"[68] (como en la Crisis Cubana de los Misiles).

En la Crisis Cubana de los Misiles, a diferencia de la de 1914, se encontró que había "una estrecha correspondencia entre las acciones de la otra parte (E) y las percepciones de las acciones del adversario (r)". Aquí ambas partes percibieron adecuadamente la naturaleza de las acciones del adversario y actuaron en un nivel adecuado. Los esfuerzos hechos por cada parte "por demorar o revertir la escalada fueron generalmente percibidos como tales y a ellos se respondió de forma equivalente".[69] Tal comportamiento difería del de la crisis de 1914 en la cual, al comienzo, la Alianza Dual coherentemente reaccionó en un nivel más elevado que la Triple Entente. Subsiguientemente, esta diferencia en el vínculo E-r entre las dos coaliciones disminuyó en la medida en que ambas fueron arrastradas a la

escalada y la guerra. En el análisis de la crisis de 1914 y de la de 1962, Holsti, Brody y North encontraron indicaciones de que "cuanto más intensa es la interacción entre las partes, más importante es incorporar datos perceptuales en el análisis".[70]

Graham T. Allison aplicó cada uno de sus modelos de toma de decisiones (discutidos previamente) a la Crisis Cubana de los Misiles. Llega a la conclusión de que sus tres casos de estudio "no deciden el asunto de qué ocurrió y por qué", pero "ofrecen pruebas sobre la naturaleza de las explicaciones producidas por diferentes analistas".[71] El analista del Modelo del Agente Racional explicaba la crisis en términos de elecciones estratégicas por parte de las dos superpotencias. La URSS ubicó misiles en Cuba no sólo como un contrapeso de negociación por la retirada de los misiles norteamericanos de Turquía, tampoco para atraer un movimiento norteamericano contra Cuba a fin de cubrir un movimiento soviético contra Berlín, tampoco para disuadir a Estados Unidos de un ataque contra Cuba a fin de demostrarle al mundo que la URSS podía hacer con impunidad un movimiento osado de Guerra Fría contra Estados Unidos indeciso, sino más bien para producir rápidamente y a bajo costo una rectificación del equilibrio de misiles nucleares adverso, convirtiendo a Cuba en un "transportador imposible de ser hundido" y duplicando la capacidad soviética de un primer ataque contra Estados Unidos.[72] Estados Unidos y su decisión de responder con un bloqueo naval fue una forma apta, limitada pero eficaz de explotar la superioridad norteamericana en el nivel tanto estratégico-nuclear y convencional local de llevar adelante una escalada que llevaba al máximo el valor mientras minimizaba la humillación de Moscú.[73] La mayoría de los analistas estratégicos norteamericanos coincidieron en que Kruschev, reconociendo la inferioridad militar soviética en la vecindad de Cuba ante las amenazas implícitas de acción ulterior (por ejemplo, un ataque aéreo o una invasión a Cuba), no tuvo otra opción sino retirar los misiles de la isla.[74]

En su enfoque desde el Modelo de Proceso Organizativo de la Crisis Cubana de los Misiles, Allison subraya la cantidad de actividad organizativa y el grado de coordinación necesaria para mover más de 100 cargas marítimas de misiles de mediano e intermedio alcance, bombarderos Beagle, Mig-21, aviones interceptores, misiles tierra-aire, misiles crucero y buques patrulla, y 22.000 soldados soviéticos y personal técnico a Cuba.[75] Pero los expertos norteamericanos se sintieron intrigados de que los soviéticos, que no podían haber esperado que sus instalaciones de misiles en Cuba escaparan a la detección de los U-2, fracasaran en completar su sistema de radar y su red SAM antes de instalar los MRBM y no hicieran intento alguno por camuflar los misiles hasta después de que Estados Unidos públicamente manifestó lo que estaban haciendo los soviéticos.[76] Algunos analistas de la "escuela de modelo racional" buscaron motivos para explicar las aparentes incoherencias del comportamiento soviético. Allison sugiere que las anomalías pueden explicarse mejor simplemente suponiendo que las grandes organizaciones "hacen lo que saben hacer". Los lugares de los SAM y los de los misiles fueron construidos en Cuba igual que lo habían sido en la Unión Soviética, sin camuflaje o endurecimiento.[77] Otras anomalías de construcción y graduación pueden explicarse igualmente por el problema característico que prototípicamente acecha a las grandes organizaciones: carencia de previsión estratégica, coordinación pobre, demoras en las comunicaciones y en la puesta en práctica de órdenes y procedimientos operativos poco ágiles. Allison también especula plausiblemente que la decisión concreta soviética de poner misiles en Cuba puede haber sido presentada ante el Presidium por las Fuerzas de Cohetes Estratégicos relativamente nuevas. Estas Fuerzas, encerradas en rivalidad presupuestaria con las Fuerzas Terrestres Soviéticas, se habían visto forzadas a diferir la adquisición de ICBM y estaban preocupadas acerca del equilibrio estratégico nuclear después de que la administración Kennedy anunció en noviembre de 1961 que no sólo no había ninguna "brecha misilística", sino que Estados Unidos de hecho disfrutaba de superioridad estratégica nuclear.[78]

Del lado norteamericano, escribe Allison, la programación precisa de la Crisis Cubana de los Misiles estuvo en función de las rutinas de organización y los procedimientos operativos habituales de la comunidad de inteligencia norteamericana, pues estos factores determinan cuándo una información crucial le llegaba al Presidente. Muchos informes y elementos aislados de información tuvieron que unirse y analizarse antes de que los vuelos de vigilancia de los U-2 sobre Cuba se ordenaran, y luego varios días más pasaron mientras que el Departamento de Estado instaba a una alternativa menos riesgosa y la Fuerza Aérea y la CIA llevaban adelante una disputa jurisdiccional respecto de quién debía manejar los U-2. Cuando se estaba considerando un "ataque aéreo quirúrgico" como un curso de acción posible, hubo una amplia discrepancia entre lo que significaba el término para el presidente Kennedy y sus asesores de la Casa Blanca (que lo habrían restringido a los lugares donde había misiles) y lo que significaba para los militares (que sumaban los lugares de los misiles al plan de contingencia existente para un ataque aéreo contra depósitos de almacenamiento cubanos, aeropuertos y baterías de artillería enfrentadas a la base naval norteamericana de Guantánamo). Una estimación rápidamente formulada y sin duda militarmente errónea de que un ataque aéreo sólo podía ser eficaz en un 90 y no ya en un 100 por ciento contra los misiles, de los cuales un pequeño número podía lanzarse primero, instó a los líderes políticos a eliminar el ataque aéreo como opción y concentrarse en el bloqueo naval.[79]

Allison concede que es difícil analizar la toma de decisiones soviética en la Crisis Cubana de los Misiles en términos del Modelo de Política Burocrática, pero la documentación para aplicar este modelo a la acción norteamericana es abundante. Después del fiasco de Bahía de Cochinos, Kennedy estaba bajo fuertes presiones de la opinión pública y de críticas del Congreso para impedir que la Unión Soviética convirtiera a Cuba en una base ofensiva. En septiembre de 1962, cuando los informes de la acumulación de fuerzas militares soviéticas comenzaron a llegar a Estados Unidos, el Presidente diferenció entre preparativos defensivos y ofensivos, y dio seguridades públicas de que los últimos no serían tolerados. Las cifras de la administración negaban la presencia de misiles ofensivos soviéticos, consideraba exagerado al suspicaz director de la CIA, John McCone, y tomó de la Oficina de Inteligencia de Estados Unidos el 19 de septiembre una estimación a los efectos de que el emplazamiento de misiles ofen-

sivos soviéticos en Cuba era "altamente improbable". A principios de septiembre, un U-2 había sido derribado sobre China continental. El temor de que otro U-2 pudiera perderse contribuyó a una demora de 10 días después de una decisión que se tomó el 4 de octubre de llevar adelante vuelos de reconocimiento que tomaran fotografías. Enfrentado con las pruebas, el Presidente se enojó por la duplicidad de Kruschev: "¡No puede hacerme eso a *mí*!". Dado el entorno político, con elecciones para el Congreso a sólo tres semanas de distancia; Kennedy sabía que tenían que evitarse los signos de debilidad y se debía tomar una acción firme. Las recomendaciones de sus asesores variaban desde "no hacer nada" o "adoptar un enfoque diplomático" a "un ataque aéreo" o "invasión" antes de que los misiles soviéticos se volvieran operativos. El fiscal general Robert Kennedy fue responsable de elaborar un casi consenso sobre una transacción entre la inacción y la acción potencialmente ilimitada: la respuesta limitada de un bloqueo naval.[80] Allison llama a la decisión del bloqueo "en parte elección, en parte resultado, una mezcla de concepciones erróneas, malas comunicaciones, mala información, negociación, tironeos, arrastres y fintas, tanto como una mezcla de intereses de seguridad nacional, objetivos y cálculos gubernamentales".[81]

En última instancia, sin embargo, el bloqueo solo no llevó a la retirada de los misiles soviéticos de Cuba. Esto se logró sólo después de una oferta conciliatoria de que Estados Unidos asegurara que no invadiría Cuba, junto con una amenaza de "una acción de represalia abrumadora" a menos que el Presidente recibiera noticias inmediatas de que los misiles serían retirados.[82] Pero ya sea que el "ultimátum" haya "causado" el retiro, como aduciría el Modelo del Agente Racional, o si el lenguaje de amenaza fuera una postura pública destinada a ocultar un convenio privado ofrecido por el presidente Kennedy al premier Kruschev —el retiro de Cuba de los misiles soviéticos a cambio del retiro de los misiles norteamericanos de Turquía (algo que Kennedy había ordenado antes de que se desarrollara la crisis cubana de los misiles que, en efecto, se llevó a cabo unos pocos meses después)—, Allison lo deja en el reino de las preguntas sin respuesta.[83] Su estudio "demuestra la tendencia de cada modelo a producir diferentes respuestas a la misma pregunta", así como las "diferencias en las formas en que el analista concibe el problema, configura el rompecabezas, desenvuelve las preguntas sumarias y elige piezas del mundo en busca de una respuesta".[84]

Hacia una teoría del comportamiento en las crisis

James A. Robinson ha afirmado que "no hay una teoría de la crisis".[85] Sin embargo, varios analistas de las relaciones internacionales han consagrado muchos años de esfuerzos a adquirir una comprensión mayor del comportamiento de crisis y a obtener una mejor captación de por qué algunas crisis llevan a la guerra mientras que otras se orientan hacia resoluciones no violentas, y a afirmar por qué ciertas crisis son breves y otras prolongadas en su duración.[86] Otros, como se ha señalado en este capítulo, han intentado desarrollar una teoría del comportamiento de crisis que puede

dar un conocimiento sistemático para el estudio de la crisis y para su manejo y su resolución. Según Michael P. Sullivan, la crisis ahora es la variable situacional más ampliamente investigada en todas las ocasiones de decisión.[87]

Charles A. McClelland ha señalado que los analistas del comportamiento de crisis se han centrado en cinco "enfoques": 1) definición de la crisis; 2) clasificación de los tipos de crisis; 3) estudio de los fines, metas y objetivos en las crisis; 4) toma de decisiones en condiciones de tensión de crisis y 5) manejo de la crisis.[88] Una definición anterior, ampliamente aceptada, desarrollada por Robinson y Hermann, ha postulado tres elementos: 1) amenaza a metas de alta prioridad de la unidad de TD; 2) cantidad restringida de tiempo disponible para la respuesta y 3) sorpresa.[89] Según Gilbert R. Winham, una crisis puede surgir "en situaciones que van de un desafío fundamentalmente militar al equilibrio de poder, hasta una insignificante disputa fronteriza que escala hasta convertirse en una confrontación importante".[90] Estudios ulteriores no consideraron esencial la sorpresa.

Glenn H. Snyder y Paul Diesing definen la crisis internacional como una "secuencia de interacciones entre los gobiernos de dos o más estados soberanos en grave conflicto, lejos de la guerra concreta, pero que implica la percepción de una probabilidad de guerra peligrosamente elevada".[91] Glenn Snyder sugiere que la crisis es un rasgo característico de la política internacional. La crisis tiene varios elementos latentes, "tales como configuraciones de poder, intereses, imágenes y alineamientos que tienden a ser más agudamente clarificados, a ser activados y centrados en un solo tema bien definido".[92] En la era nuclear, las crisis son miradas como sustitutos de la guerra, más que meros episodios peligrosos que son el preludio para la guerra. "Su función sistémica ha de resolverse sin violencia, o sólo con una violencia mínima, cuyos conflictos son demasiado graves para ser arreglados por la diplomacia común y que en tiempos anteriores habrían sido arreglados por medio de la guerra."[93] Según Oran R. Young, una crisis internacional consiste en un "conjunto de acontecimientos que se desenvuelven rápidamente y que aumentan su efecto en las fuerzas desestabilizadoras del sistema internacional general o en cualquiera de sus subsistemas, sustancialmente por encima de los niveles normales (promedio) y aumentan la posibilidad de que se produzca violencia en el sistema";[94] lo cual a su vez produce respuestas que tienen el efecto de llevar a los originadores de exigencias a actividades adicionales; por ello hay retroalimentación. Richard Ned Lebow mantiene que una crisis internacional se define según tres criterios operativos: 1) la presencia de una amenaza percibida a intereses nacionales concretos, la reputación negociadora del país y la capacidad de sus líderes para permanecer en el poder; 2) la percepción de parte de los encargados de trazar políticas de que las acciones emprendidas para contrarrestar la amenaza aumentan la posibilidad de la guerra, y 3) la existencia de restricciones de tiempo percibidas para responder a la situación de la crisis.[95] Glenn H. Snyder sugiere que una crisis internacional es "la política internacional en microcosmos".[96] Con esta afirmación Snyder quiere decir que los elementos que hay en el centro de la política internacional entran plenamente en foco en las crisis. Incluyen, además del conflicto

mismo, negociaciones, fuerza y la amenaza de usarla, escalada y gradual reducción de la escalada, disuasión, configuraciones de poder alternativas, intereses, valores, percepciones, el uso (o el no uso) de la ley internacional y la organización y la toma de decisiones. Como lo sugiere Snyder, las crisis internacionales se originan, se desenvuelven y se resuelven dentro de diferentes estructuras de sistemas y generalmente abarcan relaciones dentro de las alianzas o coaliciones de estados o entre ellas. En la medida en que la política internacional se ve como el estudio de unidades en interacción que tienen entre ellas una coalición de intereses vitales, la construcción de la teoría sobre el comportamiento de crisis representa una contribución de importancia central para la teoría de las relaciones internacionales.

En la bibliografía sobre manejo de la crisis, se hace un esfuerzo por vincular el comportamiento de crisis con variables tales como la estructura del sistema internacional. Así, hay numerosos puntos de vinculación entre restricciones teóricas relacionadas con la polaridad y el realismo estructural y la crisis internacional tal como se la describe subsiguientemente en este capítulo. Se dice que el comportamiento de los estados en una crisis se ve afectado por la estructura del sistema (bipolar o multipolar) y por la naturaleza de la tecnología militar. En esta perspectiva, la rivalidad de Estados Unidos y la Unión Soviética estuvo prescripta más por la estructura (su preponderancia de poder sobre todos los demás) que por la ideología. Snyder y Diesing coinciden con Kenneth N. Waltz y su hipótesis de que un sistema bipolar es más probable que sea estable que uno multipolar. Tal análisis coincide con los hallazgos del trabajo de Michael Brecher, Jonathan Wilkenfeld y Sheila Moser, que se discute a continuación. En el sistema bipolar, las alineaciones son claras y las realineaciones no alteran el equilibrio de poder de forma significativa. En el sistema multipolar, los alineamientos pueden ser poco claros y los cambios pueden ser importantes. Debido a su mayor ambigüedad, los sistemas multipolares son más proclives a cambios en la percepción de los intereses, a jugar, o a correr riesgos y a cálculos erróneos que hacen más peligrosas las crisis. La tensión en la negociación entre aliados y la negociación entre adversarios (o entre restringir al aliado y disuadir al oponente) es más difícil de manejar en la crisis de un sistema multipolar.[97] De igual forma, sin embargo, las crisis que estallan entre dos agentes, o entre dos bloques de agentes, en un sistema bipolar, es probable que retengan el potencial de escalada para una guerra general o que sean dominantes del sistema, más que confinadas a uno de los subsistemas regionales. Puede estallar una crisis, sin embargo, en la cual las superpotencias se vean arrastradas a una confrontación por los estados cliente, como ocurrió en la Guerra de Yom Kippur de 1973.

La tecnología de las armas nucleares ha tenido un efecto considerable en las crisis internacionales, al ampliar enormemente la brecha entre el valor de los intereses en conflicto y el posible costo de la guerra para los que tienen dicha arma. Las potencias nucleares se esfuerzan por proteger, e inclusive hacer avanzar sus intereses, pero se dice que están obligadas por la voluntad de "evitar el desastre" a ser más cautas y prudentes en el manejo de la crisis y a elevar, como por consentimiento tácito, el "umbral de provocación" de la guerra, aumentando así el margen para maniobrar en las crisis.[98] Las potencias nucleares han sustituido la guerra misma por la fuerza psicológica, en forma de riesgos de guerra cuidadosamente manejados.[99] A este respecto, el manejo de la crisis, incluidos el uso de una serie de instrumentos de política del Estado y la amenaza, real o percibida, de usar la fuerza, se ha convertido en un sustituto para el verdadero uso concreto de las capacidades militares, incluyendo las armas nucleares. Aquí aparece un vínculo entre la toma de decisiones en la crisis y la teoría de la disuasión que, como se señala en el Capítulo 9, abarca tanto la amenaza de escalada como la escalada misma. La potencia capaz de demostrarle a su oponente la capacidad de castigar en un nivel más alto de conflicto —en un momento más alto de la progresión de la escalada— tiene la fuerza de disuadir en una situación de crisis o para dominar la escalada.

El manejo de la crisis, puede inferirse, es la capacidad de una de las partes, amenazando de forma creíble con la escalada, de disuadir a su adversario de escalar a su vez y de producir como resultado una desaceleración de la crisis de acuerdo con sus intereses. Esto no significa, sin embargo, que una crisis termine sólo cuando una parte adversaria capitula o retrocede. Una crisis también puede resolverse a través de un proceso en el cual ambos contrincantes ejercen el control y buscan un camino honroso de retirada mutua o una transacción que transforma la situación sin ser incompatible con los intereses irreductibles de cualquiera de las dos. Tampoco significa que haya algún acuerdo universal entre los teóricos preocupados por el comportamiento de crisis acerca de la relación dual entre poder militar y dominio en la escalada, o entre capacidades de disuasión y manejo de la crisis. Según Lebow, la motivación es un elemento clave en el comportamiento de crisis. Su análisis de 20 crisis desde 1898 lo llevó a la conclusión siguiente: "En la medida en que los líderes perciben la necesidad de actuar, se vuelven insensibles a los intereses y los compromisos de otros que se ponen en el camino del éxito de su política". De igual forma, Lebow sugiere que los líderes pueden estar poco dispuestos a comprometer recursos a su disposición en políticas que no sirven para lo que consideran intereses importantes. En resumen, las capacidades aumentadas pueden no traducirse inevitablemente en políticas de confrontación. Como consecuencia, los líderes pueden descartar o descontar información que va en contra del curso de acción en el cual se han embarcado, en apoyo de sus metas establecidas. "En ausencia de necesidades internas y estratégicas urgentes, la mayoría de los líderes pueden ser remisos o no a seguir políticas exteriores de confrontación, aun cuando parezcan tener una excelente perspectiva de éxito."[100] En resumen, la voluntad percibida de usar capacidades en apoyo de los intereses vitales parece ser central para el manejo de la crisis.

El estudio sistemático del comportamiento en la crisis internacional

En un esfuerzo por contribuir al desarrollo de una teoría abarcadora del comportamiento en situaciones de crisis, Michael Brecher, Jonathan Wilken-

feld y Sheila Moser reunieron datos acerca de 278 crisis internacionales en un período de 50 años, entre 1929 y 1979. Su objetivo, en el Proyecto de Comportamientos en las Crisis Internacionales, era examinar sobre una base comparativa, con la utilización de investigación cuantitativa, una gran cantidad de crisis que desplegaban diversas y variadas características. Buscaban generar un conocimiento sistemático acerca de las crisis sobre una base global. El proyecto tenía como centro las crisis entre las grandes potencias, tanto como aquellas entre grandes potencias y potencias menores y entre potencias pequeñas entre sí. Buscaban iluminar dimensiones de las crisis internacionales tales como las imágenes y el comportamiento de las grandes potencias, los modelos de comportamiento de los agentes débiles, el papel de la disuasión, la negociación entre adversarios, el papel de los socios de la alianza en el manejo de la crisis, el catalizador o factores desencadenantes que producen crisis, cómo y por qué las crisis se resuelven en tipos alternativos de resultados y, finalmente, identificar las consecuencias de las crisis para el poder y el *status*, tanto como las percepciones ulteriores, de los estados participantes.[101] Los autores examinan el comportamiento en situaciones de crisis en el nivel tanto macro como micro. En el macronivel, abordan el comportamiento de crisis entre los agentes. Una crisis internacional tiene como característica definitoria las "interacciones perturbadoras entre dos o más adversarios", acompañadas por la probabilidad de hostilidades militares o, si la guerra ya ha estallado, el potencial de un cambio adverso en el equilibrio militar. Más aún, una crisis internacional se dice que plantea un desafío a la estructura existente del sistema internacional o el subsistema dentro del cual tiene lugar. Según Brecher, Wilkenfeld y Moser, más aún, es necesario abordar el comportamiento de crisis en el micronivel desde la perspectiva de los agentes individuales y sus políticas exteriores. En consecuencia, definen una crisis de política exterior como caracterizada por dos condiciones necesarias y suficientes que se derivan de un cambio en el entorno interno o externo del Estado. Los encargados de tomar decisiones de más alto nivel tienen la percepción: 1) de que hay una amenaza a valores básicos, junto con una conciencia de tiempo finito para responder a ella y 2) de que hay una alta probabilidad de que sigan hostilidades militares. En resumen, en el nivel del sistema internacional están los modelos interactivos entre los participantes en la crisis. Para cada uno de los estados que son parte de ella hay una crisis de política exterior. En el estudio del manejo de la crisis, es posible centrarse en el macronivel —interacción entre los participantes en la crisis— o abordar el comportamiento en política exterior de los estados individuales en el micronivel. El Proyecto de Comportamiento en las Crisis Internacionales fue diseñado para abarcar ambos niveles de análisis. En esta conceptualización hay un vínculo inextricable entre los niveles macro y micro. Una decisión o una acción tomada por un Estado implica una respuesta de otro Estado, que genera un proceso interactivo que en sí mismo hace internacional la crisis.

Dentro del período de 50 años abordado, se descubrió que las crisis se producen en diversos entornos geográficos y estratégicos con variados niveles de participación por parte de las grandes potencias.[102] Las crisis pueden producirse sin llevar a hostilidades militares concretas, o pueden

ser el preludio de la guerra. En otros casos, se advirtió que las crisis tenían lugar como parte de un conflicto o guerra en curso. Los autores descubrieron que las crisis eran más frecuentes en Asia en el período que va de 1929 a 1979 que en cualquier otra parte del mundo. Tales crisis eran más largas, en proporción, que las crisis que tenían lugar en otras regiones. En contraste con las 69 crisis que estallaron en Asia, América fue el lugar de 33 crisis, el menor número de cualquier región. Europa se ubicó justo detrás de Asia, con 57 crisis entre 1929 y 1979. Las crisis que tuvieron lugar en Europa tendieron a ser crisis de múltiples agentes; las que concretamente llevaron a la guerra, se produjeron antes de 1945. Justo detrás de Europa estaba Medio Oriente, con 55 crisis durante el período de 50 años del estudio. Más de la mitad de las crisis de Medio Oriente han tenido por lo menos seis actores. La mayoría de las crisis de la región estallaron después de la Segunda Guerra Mundial, y tuvieron diversos niveles de compromiso norteamericano y soviético. África, la región que contiene los estados más jóvenes, la mayoría de los cuales obtuvo su independencia en los años sesenta, fue el escenario de 64 crisis. Más de la mitad de ellas formaron parte de conflictos prolongados. En África, las entidades no estatales daban razón del mayor número de factores desencadenantes. Estados Unidos jugó un papel activo, principalmente político y económico, en casi la mitad de las crisis africanas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. La Unión Soviética tomó parte en un número ligeramente menor de crisis que Estados Unidos en África, si bien su actividad vinculada con lo militar fue más grande que la de Estados Unidos.

En el Proyecto de Comportamiento en las Crisis Internacionales, el sistema global se dividió en cuatro períodos polares: multipolar (1929-1939); Segunda Guerra Mundial (1939-1945); bipolar (1945-1962) y policéntrico (1963-1979). Según sus hallazgos, que pueden leerse en el contexto de nuestra discusión del efecto de la estructura sistémica internacional en el conflicto (ver capítulos 3 y 4), el sistema policéntrico del período posterior a 1963 se dice que es menos estable que el sistema bipolar anterior. El policentrismo, con su difusión de centros de decisión que reflejan la emergencia de un gran número de nuevos agentes, tuvo como consecuencia un agudo aumento en las crisis con puntos de ruptura violentos. En la década multipolar anterior, previa a la Segunda Guerra Mundial, casi todas las crisis tuvieron a las grandes potencias como participantes directas. Este período se ubicaba más alto en el uso de técnicas pacíficas para lograr la terminación de la crisis: una preocupación por el apaciguamiento como medio de eludir la guerra. En el período subsiguiente, la Segunda Guerra Mundial, en casi todos los casos las técnicas de manejo de la crisis utilizadas, en su mayor parte, fueron violentas por naturaleza. En el período bipolar que siguió, hubo una declinación en el uso abierto de la violencia y especialmente de la guerra en gran escala, como técnica de manejo de la crisis.

Al mantener su esfuerzo por discutir la crisis en el micro y el macronivel, Brecher, Wilkenfeld y Moser sugirieron una demarcación ulterior dentro del mismo sistema internacional. Su conceptualización ofrece una categorización de las crisis dentro del sistema dominante, tal como Europa antes de 1945 o entre los bloques del Este y Occidente desde ese momento,

contrastados con los diversos subsistemas regionales. Las crisis que estallan en un subsistema como el de Medio Oriente o África, con los participantes directos incluidos en el subsistema, pueden escalar el sistema dominante. De igual forma, como lo descubrieron los autores, las crisis que empiezan en un sistema dominante pueden derramarse a un subsistema. Entre sus hallazgos, concluyen que todas, excepto 64 crisis, tenían un subsistema, más que un sistema dominante como contexto. Las crisis en el sistema dominante tendían a ser más largas en duración que las crisis en otros niveles del sistema. Las crisis en el sistema dominante eran más amenazadoras, peligrosas y desestabilizadoras que las crisis en un subsistema, debido a la mayor capacidad de las grandes potencias para la violencia. La irrupción de la violencia en las crisis en el sistema dominante era más probable que estuviera marcada por una guerra a toda escala, mientras que las colisiones serias o menores eran más frecuentes en las crisis en el subsistema. Más aún, las crisis en el nivel del sistema dominante tenían una mayor propensión que aquellas de otros niveles a suministrar resultados definitivos, tales como la victoria o la derrota, más que el estancamiento o la transacción. La eficacia de las organizaciones internacionales, en especial las Naciones Unidas, era mayor en el nivel del subsistema que dentro del sistema dominante.

Entre los fenómenos estudiados estaban los tipos de entorno en el conflicto de crisis. Brecher, Wilkenfeld y Moser diferenciaban entre escenarios que incluían: 1) hostilidad a largo plazo entre adversarios por temas múltiples, que lleva a una violencia periódica, la cual tiene como resultado un conflicto prolongado; 2) guerras extendidas que forman parte de un conflicto prolongado y 3) crisis que no están dentro del contexto de ningún conflicto prolongado. Descubrieron que era más probable que las crisis ocurrieran en uno u otro escenario de conflicto prolongado. Las crisis más amenazadoras y desestabilizadoras se produjeron dentro de un conflicto violento prolongado. En tales situaciones, como podía esperarse, los agentes de la crisis eran más proclives a recurrir a la violencia de lo que lo eran sus contrapartes en otras situaciones de conflicto. Más aún, los autores llegaron a la conclusión de que, si las discrepancias de poder entre los adversarios fueran bajas, habría más probabilidad de puntos de ruptura violentos o desencadenantes en el estallido y la escalada de la crisis. Se sugiere que los estados fuertes que enfrentan adversarios débiles encuentran el recurso a la violencia menos necesario que los estados con pocas o no mayores disparidades de poder con sus enemigos. Planteado de forma diferente, el tipo más frecuente de punto de ruptura o factor desencadenante en las crisis caracterizadas por brechas sustanciales en las capacidades de los protagonistas era no violento por naturaleza.

En su discusión de los atributos o características de los agentes, Brecher, Wilkenfeld y Moser concluían que en todas las crisis los agentes optaban por unidades de toma de decisiones más pequeñas en lugar de hacerlo por grandes unidades. Cuanto más alto es el nivel de compromiso de la superpotencia, mayor es la frecuencia en que la cabeza del gobierno es el principal comunicador. Más aún, cuanto más tiempo ha existido un Estado, mayor es la posibilidad de que su unidad de toma de decisiones en momentos de crisis contenga más de 10 personas. Sin embargo, la unidad

de decisión básica consistía en cuatro personas o menos en el 51 por ciento de todos los casos en que se contemplaron los agentes y en sólo el 22 por ciento la unidad era mayor de 10 personas. También se descubrió que la negociación y otras técnicas no violentas eran más a menudo empleadas por estados con más experiencia en el manejo de la crisis. Cuanto más autoritario es el régimen, se descubrió, mayor era la posibilidad de que recurriera a desencadenantes violentos de crisis. Según los datos analizados, los sistemas políticos democráticos tenían una tendencia casi igual a utilizar unidades de decisión pequeñas, medianas o grandes en una crisis. Por contraste, los sistemas políticos autoritarios, como podía esperarse, optaban por unidades de decisión pequeñas, compuestas de una a cuatro personas.

Componentes psicológicos de la toma de decisiones en una crisis

Uno de los aspectos más interesantes de la toma de decisiones en una crisis pertenece al elemento de elección bajo la presión del tiempo. Ya hemos revisado el estudio Holsti-North-Brody, en el cual se demostró que las percepciones de hostilidad en las comunicaciones verbales y las señales de acción eran importantes, mucho más en la medida en que los encargados de tomar decisiones se volvían más profundamente comprometidos y envueltos en la crisis. Holsti se ha preguntado si puede esperarse que los encargados de tomar decisiones, en la tensión de la crisis que puede exigir una vigilancia de 24 horas, sean eficaces en la identificación de los grandes cursos de acción alternativos, estimando los probables costos y ganancias de cada opción, discriminando entre información importante y poco importante, y resistiéndose a un cierre cognitivo prematuro y a la acción.[103] Los analistas no están de acuerdo en que la tensión moderada mejora el desempeño humano[104] o interfiere con la solución de los problemas.[105]

Richard Ned Lebow sugiere la importancia de los procesos cognitivos y motivacionales como una base necesaria para analizar el comportamiento de toma de decisiones en condiciones de crisis. Sin embargo, el poder explicativo relativo de los modelos cognitivos y motivacionales en el estudio de las decisiones de crisis no es fácilmente determinable. El examen de Lebow de las crisis internacionales lleva a la conclusión de que suministran explicaciones enfrentadas para muchos de los mismos fenómenos y notablemente para la distorsión informativa. Por ejemplo, según la teoría cognitiva, los encargados de tomar decisiones buscan lograr coherencia cognitiva, es decir, que es probable que interpreten, incorporen o descarten información que se recibe en la medida en que avanza la crisis, según sus presupuestos existentes, sus predisposiciones y sus percepciones. Especialmente en condiciones de extrema constricción temporal, la renuencia a reabrir una decisión ya tomada es probable que sea proporcional a la dificultad experimentada en tomarla en primer lugar. Tal fue el problema, según Lebow, que enfrentaron Austria y las otras grandes potencias en las semanas que llevaron al estallido de la Primera Guerra Mundial después de que la crisis había empezado. Al margen de la presión del tiempo, es probable que haya una renuencia, en condiciones de crisis, a buscar fuentes alternativas de información. En el caso de Estados Unidos, que en 1950

desestimó la probabilidad de intervención militar china en la Guerra de Corea, los líderes político-militares "no tenían deseos de desafiar a los asesores que les decían lo que querían escuchar".[106] Las estimaciones de inteligencia y los análisis de política oficial pueden estar deformados como consecuencia de un cierre cognitivo. Una vez comprometidos con una política de confrontación o de llevar las cosas al borde de la guerra, en una crisis, los líderes tendían a desestimar información que desafiara sus presupuestos y expectativas sobre el éxito. De igual forma: "Cuando los iniciadores reconocían y corregían errores de juicio iniciales, generalmente tenían éxito en eludir la guerra, si bien esto a menudo exigía un esfuerzo cooperativo mayor; como en las crisis de Fasboda y de los misiles soviéticos en Cuba".[107] De igual forma, la teoría motivacional, que explica la mala percepción vinculándola con las necesidades emotivas de los agentes, se dice que ofrece reflexiones que, según Lebow, sirven para reforzar y complementar hallazgos del modelo cognitivo. Lebow sugiere que la necesidad por parte de los encargados de tomar decisiones de creer que la política en la que se han embarcado tendrá éxito, ayuda a dar cuenta de la renuencia o la falta de disposición al hacer cambios a pesar de las pruebas en contrario. Esta necesidad de motivación puede por sí misma jugar un papel importante en la configuración de las opciones cognitivas. Se dice que la búsqueda de coherencia cognitiva se vincula con la necesidad motivacional. Así Lebow, en su exposición sobre la decisión norteamericana de descontar la perspectiva de una intervención militar china en la Guerra de Corea, se pregunta: "¿Acaso la inteligencia militar norteamericana de Tokio, por ejemplo, subestimó el número de chinos en Corea porque esto se adecuaba a sus expectativas o porque satisfacía sus necesidades? Una buena defensa puede hacerse para cualquiera de las dos explicaciones".[108] Puede decirse que todas las decisiones de crisis dan pábulo a situaciones de amenaza y contraamenaza que producen tensión dentro de los participantes, sea en forma de excitación, temor, ansiedad, frustración, disonancia o algún otro estado psíquico. Un conocimiento de cómo las condiciones de tensión afectan la solidaridad y la capacidad de resolver problemas de pequeños grupos puede arrojar luz sobre la forma en que los líderes se comportan en coyunturas cruciales de la toma de decisiones.

Los psicólogos han diseñado experimentos para probar los efectos de la tensión en la integración grupal y en la eficacia para resolver problemas de los grupos. Se ha descubierto, como se podía esperar, que los individuos en grupo reaccionan de forma diferente a la tensión. Herman Kahn ha señalado que en una crisis un encargado de tomar decisiones "puede ser capaz de inventar o elaborar rápida y fácilmente lo que parece, en tiempos normales, ser... complejo o difícil en otro sentido".[109] Sabemos que tanto para los individuos como para los grupos, el aumento de la tensión puede llevar a la agresión, la retirada o un comportamiento de escape, regresión o diversos síntomas neuróticos. John T. Lanzetta ha ofrecido la siguiente descripción de sus experimentos con grupos:

> Se descubrió que, en la medida en que aumentaba la tensión, había una disminución en el comportamiento asociado con fricción en el grupo; una disminución en el número de desacuerdos, discusiones, agresiones, deflaciones y otros comportamientos sociales-emotivos negativos, tanto como una disminución en los comportamientos orientados hacia sí. Concomitante con esta disminución había un aumento en los comportamientos que tenderían a tener como resultado una fricción menor y una mejor integración del grupo, un aumento en los comportamientos colaborativos, mediadores y cooperativos.[110]

Lanzetta sugiere que la razón para este fenómeno se encuentra en la tendencia de los miembros del grupo, enfrentados con condiciones que producen tensión y ansiedad, a buscar seguridad psicológica en el grupo a través de un comportamiento cooperativo. Pero la hipótesis de la integración del grupo bajo tensión parece ser válida sólo hasta un punto. Puede ser que los miembros del grupo se suministren refuerzo mutuo entre sí sólo cuando esperan ser capaces de encontrar una solución a su problema común. Robert L. Hamblin diseñó un experimento que lo llevó a sugerir que la integración grupal durante una crisis empezará a disminuir si no aparece ninguna solución probable a disposición. La cooperación es probable mientras es potencialmente ventajosa, pero cuando los miembros del grupo encuentran una falla tras otra al margen de lo que hagan, experimentan una frustración que lleva a que desplacen el antagonismo a ellos mismos. En algunos casos, los individuos intentan resolver el problema de la crisis por ellos mismos retirándose y dejando a los otros miembros que trabajen y elaboren su solución si pueden, un proceso equivalente a la desintegración del grupo.[111]

Los hallazgos de Hamblin pueden demostrar su importancia para entender el comportamiento de los grupos de dirigentes en el conflicto internacional cuando perciben que la marea está empezando a volverse contra ellos, al margen de cuál estrategia o táctica persigan. Pero hay una precaución que vale aquí: el comportamiento de los grupos de liderazgo nacional u otros grupos políticos es un fenómeno más complejo que el comportamiento de un pequeño grupo "ad hoc" que juega un juego experimental. Las condiciones de tensión experimentadas durante el curso de una lucha que dura semanas, meses e inclusive años son mucho más intrincadas psicológicamente que las experimentadas en un juego de dos horas. Los escenarios internos y externos son infinitamente más ricos en variedad, como lo son los valores, percepciones, presiones cruzadas, información y pautas político-culturales que inciden en los encargados de tomar decisiones. En una crisis en mayor escala y más prolongada, el factor tiempo puede permitir que entren a jugar diversos mecanismos sutiles de ajuste que nunca pueden funcionar en un experimento breve.

No puede negarse, sin embargo, que existe alguna relación entre la tensión y la eficacia para solucionar problemas. Dean G. Pruitt, sintetizando los hallazgos de varios autores en la materia, llega a la conclusión de que la relación es probablemente curvilínea, pues alguna tensión es necesaria para motivar la actividad, pero demasiada tensión produce una reducción en la eficacia.[112] Las crisis inevitablemente traen en su inicio una perspectiva de previsión reducida, una dificultad para pensar hacia adelante y calcular las consecuencias y una tendencia a elegir para su consideración una gama estrecha de alternativas: las que les surgen más rápidamente a

los encargados de tomar decisiones.[113] Naturalmente, si hubiera más tiempo disponible, podría evaluarse un espectro de opciones más amplio, pero el carácter precioso del tiempo es propio de la definición de la crisis. La planificación de la contingencia puede ayudar, pero la crisis que viene es invariablemente en cierto sentido diferente, al menos en sus detalles, de la crisis que se anticipó abstractamente en los planes de contingencia.

Holsti enumera otros efectos de la tensión descubiertos como consecuencia de investigaciones empíricas: un aumento del comportamiento azaroso, un aumento en la tasa de error, una regresión a modalidades más simples y más primitivas de respuesta, rigidez en la resolución de problemas, un foco de atención disminuido y una reducción en la tolerancia de la ambigüedad.[114] Señala que "el uso habitual durante las crisis de técnicas tales como ultimatums y amenazas con fechas tope incluidas, es probable que aumente la tensión bajo la cual debe operar el recipiendario" porque elevan la importancia del elemento tiempo y aumentan el peligro de fijación en el enfoque simple y familiar al margen de su efectividad en la situación actual.[115] Otros analistas han descubierto que las comunicaciones diplomáticas transmitidas durante las crisis internacionales que fueron arregladas pacíficamente (Marruecos, 1911; Berlín, 1948; Cuba, 1962) se caracterizaron por una mayor flexibilidad y sutileza de distinciones, tanto como por una búsqueda y uso más amplio de las informaciones, de lo que fueron las comunicaciones durante las crisis que llevaron a la guerra en 1914 y 1950.[116] Finalmente, en relación con la variable tiempo, debería señalarse que si las crisis internacionales del pasado a menudo estuvieron caracterizadas por información insuficiente, en las últimas décadas las condiciones tecnológicas, combinadas con el deseo de los burócratas de generar y transmitir vastas cantidades de información durante las crisis, crean el peligro opuesto de "sobrecargar" los circuitos del sistema de toma de decisiones.

Otros especialistas en los últimos años han intentado desarrollar, como medida del comportamiento en la toma de decisiones de crisis, lo que se llama análisis de la tensión en la voz.[117] Dicho trabajo representa un análisis de niveles de tensión derivados de las declaraciones públicas de los presidentes norteamericanos, desde Kennedy hasta Nixon, durante las crisis internacionales de sus respectivas administraciones. Los autores sugieren que gran parte del comportamiento de crisis consiste en comunicaciones entre encargados de tomar decisiones opuestos en el más alto nivel. Las declaraciones de tales líderes, aun aquellas dirigidas primordialmente a su propio público o al mundo exterior, contienen símbolos y matices que comunican mensajes a su contraparte y les dan datos a los analistas especializados. La psicolingüística suministra el sustrato para investigar la base cognitiva del comportamiento lingüístico y, así, para esfuerzos para desarrollar una medida de la tensión de los encargados de tomar decisiones en condiciones de crisis, por referencia a cambios en los patrones de discurso. La tensión se define como el "afecto negativo, la ansiedad, el temor y/o el cambio biopsicológico que se desarrolla en la medida en que la respuesta interna de un individuo a una carga externa puesta sobre él por una crisis internacional (agente patogénico-tensionador) sea percibida como una severa amenaza para uno o más valores del encargado de tomar

decisiones políticas".[118] Examinando múltiples documentos tales como los discursos y las conferencias de prensa desde la crisis de Berlín de 1965 a la de la República Dominicana de 1965 y la de Camboya de 1970, fue posible, sugieren los autores, delimitar niveles de tensión por parte del Presidente en cada crisis que se desarrolló. Si bien piden mayor desarrollo adicional en la investigación para avanzar en el análisis de la tensión en la voz, concluyen que las declaraciones preparadas manifestaban los niveles de tensión más elevados. Supuestamente esto indica que, en momentos de mayor intensidad de la crisis y tensión, los encargados de tomar decisiones son más proclives que en otros momentos a recurrir a materiales preparados más que extemporáneos.

Por último, pero no por ello de menor importancia, el estudio de la crisis y otros comportamientos de la toma de decisiones a través de la utilización de la psicofisiología política se considera como una subárea de la biopolítica, ella misma consistente en el uso de indicadores biológicos en el análisis del comportamiento político. En qué medida, se preguntan, las condiciones físico-psicológicas de los encargados de tomar decisiones contribuyen a, o conspiran contra, su capacidad de manejar crisis o configurar de otra forma sus características de comportamiento. Según Thomas Wiegele, una "comprensión verdaderamente profunda de la naturaleza humana, en última instancia, debe incluir tanto consideraciones biológicas como no biológicas".[119] El nivel hasta el cual los avances en la investigación en ciencias sociales y en especial el estudio de la toma de decisiones avanzará por la investigación centrada en la biopolítica, queda por verse.

Los grupos que toman las decisiones más cruciales en los casos de seguridad nacional, por lo general son limitados en tamaño, quizás entre 12 y 20 personas. Irving Janis ha analizado lo que llama "pensamiento grupal" y ha descripto sus características. Los miembros de un pequeño grupo de encargados de tomar decisiones a menudo comparten la ilusión de invulnerabilidad que puede alentarlos a correr riesgos extremos. Su confianza en sí mismos los reasegura mutuamente, a tal punto que pueden descartar advertencias o información que va en contra de sus propios presupuestos. A menudo tienen una visión estereotipada y simplificada del enemigo y una creencia no cuestionada en su propia moralidad natural. Son rápidos en censurar y sacar de circulación puntos de vista que no se adecuan a la evalución y los juicios dominantes del grupo y toman el silencio de la disensión o a los miembros dubitativos como indicación de que existe una unanimidad virtual en el pensamiento del grupo.[120] No se debería dar por sentado que el "pensamiento grupal" es necesariamente malo. El elemento dominante dentro del grupo bien puede ser correcto en su evaluación de la situación y en su enfoque del curso adecuado que debe seguirse. Más aún, la tendencia de un grupo a imponer una visión dominante en todos sus miembros —un fenómeno social natural— puede producir consecuencias más adversas en una sociedad ideológicamente monolítica que en una democrática, y también consecuencias más adversas en los escalones burocráticos más bajos, donde los individuos son menos independientes y abiertos, que en los niveles más altos, donde las personalidades más poderosas por lo general están presentes para manifestar su pensamiento.

Conclusiones

El campo de la toma de decisiones es amplio y no pretendemos cubrirlo en su totalidad. El proceso de toma de decisiones es una función de muchos factores diferentes vinculados con el comportamiento de los individuos y de grandes estructuras organizativas. El papel de la TD está configurado tanto por el sistema como por la interpretación de él por parte del individuo, y la influencia de la personalidad en comparación con la ideología social variará notablemente de un sistema al otro. Los estados democráticos y totalitarios hacen su política exterior de formas muy diversas. La mayoría de las teorías de la toma de decisiones desarrollada en Estados Unidos se ha centrado, lo cual es bastante comprensible, en la experiencia política norteamericana, en el papel de la opinión pública, el estado de las relaciones entre el Ejecutivo y el Congreso, la naturaleza de la competencia burocrática en la batalla anual del presupuesto en Washington y así sucesivamente. Hay una tendencia inevitable de parte de los especialistas en ciencias sociales, a menos que se cuiden de ella, a universalizar a partir de lo particular y a suponer que al menos ciertos aspectos de un fenómeno estudiado en un contexto cultural-político pueden recibir, *mutatis mutandi*, una aplicación más generalizada. Así, está el peligro de que cuando los norteamericanos piensan sobre conceptos tan básicos como la racionalidad en la toma de decisiones o la competencia burocrática por recursos escasos, o los procesos de acción-reacción en las "carreras" armamentistas prolongadas, o en las crisis agudas, las lecciones tomadas de una observación del comportamiento de los encargados de tomar decisiones norteamericanos pueden llevarse rápidamente al comportamiento de los encargados de tomar decisiones en entornos ampliamente diferentes: Moscú, Pekín, Tokio, Nueva Delhi o El Cairo.

Debemos admitir que no sabemos demasiado acerca de la toma de decisiones en política exterior en las capitales no occidentales, especialmente aquellas muy alejadas de cualquier experiencia democrática constitucional. Aun entre los estados democráticos occidentales con los cuales los especialistas en ciencia política norteamericana por lo general están más familiarizados —Gran Bretaña, Francia, Italia y la República Federal de Alemania— existen considerables diferencias en la organización de los gobiernos para la conducción de los asuntos exteriores, tanto como en la forma en que las elites prototípicamente conciben sus intereses nacionales. Las dificultades de extrapolar de la experiencia norteamericana a los procesos extranjeros de toma de decisiones se vuelven todavía más pronunciadas cuando estamos manejándonos con gobiernos y países que son muy diferentes política, ideológica, socioeconómica y culturalmente de los de Occidente. En las dos últimas décadas, se han hecho significativos avances en el estudio comparado del liderazgo, la burocracia, las orientaciones de valores de las elites y la toma de decisiones en los países comunistas o socialistas.[121] De forma más específica, el estudioso debe conocer el estudio comparado de la toma de decisiones en política exterior de las sociedades occidentales, las comunistas y las sociedades en desarrollo del Tercer Mundo.[122] El campo de la política exterior comparada es diferente del de la teoría de las relaciones internacionales y especialmente de las teorías de la toma de decisiones en el sistema internacional, pero la primera tiene mucho que contribuir a la segunda a través de datos concretos y quizás de reflexiones que lleven a enfoques teóricos nuevos y útiles.

NOTAS AL CAPÍTULO 11

[1] Ver Paul Wasserman y Fred S. Silander: *Decision-Making: An Annotated Bibliography* (Ithaca, N. Y., Graduate School of Business and Public Administration, Cornell University, 1958).

[2] "Decision Making as an Approach to the Study of International Politics" en Richard C. Snyder, H. W. Bruck y Burton Sapin, comps.: *Foreign Policy Decision-Making* (Nueva York, The Free Press, 1963), p. 65; ver también pp. 85-86.

[3] Ibídem, p. 65. Ver también Robert Jervis: *Perception and Misperception in Interantional Politics* (Princeton, Princeton University Press, 1976).

[4] Joseph Frankel: *The Making of Foreign Policy: An Analysis of Decision-Making* (Nueva York, Oxford University Press, 1963), p. 4.

[5] Michael Brecher: *The Foreign Policy System of Israel: Setting, Images, Process* (New Haven, Yale University Press, 1972), p. 4. Para una discusión completa del entorno objetivo y la percepción de los encargados de tomar decisiones, ver Hyam Gold: "Foreign Policy Decision-Making and the Environment: The Claims of Snyder, Brecher and the Sprouts", *International Studies Quarterly*, 22 (diciembre de 1978), pp. 569-586.

[6] Los estudiosos de la toma de decisiones han sugerido varias formas diferentes de analizar el fenómeno. Harold Lasswell, por ejemplo, presenta siete estadios funcionales: información, recomendación, prescripción, invocación, aplicación, evaluación y terminación. *The Decision Process: Seven Categories of Functional Analysis* (College Park, University of Maryland Press, 1956). Ver también James A. Robinson y R. Roger Majak: "The Theory of Decision-Making", en James C. Charlesworth, comp.: *Contemporary Political Analysis* (Nueva York, The Free Press, 1967), pp. 178-181, incluidas referencias bibliográficas; John P. Lovell: *Foreign Policy in Perspective: Strategy, Adaptation, Decision Making* (Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1970), especialmente pp. 205-261. Michael Brecher hace de la imagen de la elite un factor decisivo de un sistema de política exterior. Op. cit., p. 11.

[7] David Braybrooke y Charles E. Lindblom: *A Strategy of Decision* (Nueva York, The Free Press, 1963), p. 40.

[8] Max Weber: *Economy and Society: An Outcome of Interpretative Analogy*. Edición de Guenther Roth y Claus Wittich, vol. 2 (Berkeley, University of California Press, 1978), p. 1393.

[9] Morton H. Halperin con la ayuda de Priscilla Clapp y Arnold Kanter: *Bureaucratic Politics and Foreign Policy* (Washington, D.C., The Brookings Institution, 1974).

[10] Ibídem, p. 321.

[11] Francis Rourke: *Bureacracy and Foreign Policy* (Baltimore, Md., Johns Hopkins University Press, 1972), pp. 49-50.

[12] Ibídem, p. 54.

[13] Ibídem, p. 62-65.

[14] Alexander L. George: "The Case for Multiple Advocacy in Making Foreign Policy", *American Political Science Review*, LXVI (septiembre de 1972), páginas 751-785.

[15] Ibídem, p. 758. Ver también caps. 7 y 8 en la defensa de los grupos de interés y las elites en competencia en Brecher: op. cit.

[16] Richard C. Snyder y otros: op. cit., p. 144.

[17] David Easton: *The Political System* (Nueva York, Knopf, 1953), p. 129.

[18] Paul Diesing les atribuye una racionalidad distintiva a las decisiones eco-

nómicas, sociales, técnicas, legales y políticas. *Reason in Society: Five Types of Decisions and Their Social Conditions* (Urbana, University of Illinois Press, 1962). Otros también, incluido R. C. Wood y William L. C. Wheaton, han advertido contra la extrapolación del comportamiento privado al comportamiento de decisión pública. Cf. Robinson y Majak en Charleworth, comp.: op. cit., páginas 177-178. Por otra parte, se considera que Anthony Downs equipara la toma de decisiones privada con la pública. Ibídem, p. 178. Pero aun él diferencia agudamente la toma de decisiones individual y organizativa. Ver *Inside Bureaucracy*, un estudio de investigación de la RAND Corporation (Boston, Little, Brown, 1967), pp. 178-179.

[19] Ver, por ejemplo, Marshall Dimock: *A Philosophy of Administration* (Nueva York, Harper & Row, 1958), p. 140; J. David Singer: "Inter-Nation Influence: A Formal Model", *American Political Science Review*, LXII (junio de 1963), p. 424; Bruce M. Russett: "The Calculus of Deterrence", *Journal of Conflict Resolution*, VII (junio de 1963), pp. 97-109.

[20] Richard Snyder y otros: op. cit., p. 176. Snyder subraya que la explicación de la motivación de la TD implica un concepto de asociación múltiple del individuo en una cultura y una sociedad, en grupos sociales como la profesión y la clase, en la estructura institucional política total y en la unidad de decisión. Ibídem, p. 172.

[21] Snyder ha aceptado antes la noción de "llevar al máximo la utilidad esperada". Ver su "Game Theory and the Analysis of Political Behavior", en *Research Frontiers an Government* (Washington, D.C., The Brookings Institution, 1955), pp. 73-74.

[22] J. David Singer: op. cit., pp. 428-430.

[23] Martin Patchen: "Decision Theory in the Study of National Action", *Journal of Conflict Resolution*, LVII (junio de 1963), pp. 165-169.

[24] Sydney Verba: "Assumptions of Rationality and Nonrationality in Models of the International System", en James N. Roseanu, comp.: *International Politics and Foreign Policy*, ed. rev. (Nueva York, The Free Press, 1969), p. 231.

[25] David Braybrooke y Charles Lindblom: op. cit., cap. 4.

[26] Ver Herbert A. Simon: *Administration Behavior* (Nueva York, Macmillan, 1958); "A Behavioral Model of Rational Choice", *Quarterly Journal of Economics*, LXIX (febrero de 1955), pp. 99-118 y "A Behavioral Model of Rational Choice", en Simon, comp.: *Models of Man: Social and Rational* (Nueva York, Wiley, 1957), pp. 241-260. Ver también William D. Coplin: *Introduction to International Politics: A Theoretical Overview* (Chicago, Markham, 1971), pp. 32-37.

[27] David Braybrooke y Charles Lindblom: op. cit., pp. 71-79 y cap. 5.

[28] James Robinson y Roger Majak: op. cit., pp. 180-183.

[29] Ibídem, p. 182. Las referencias son a Arthur F. Bentley: *The Process of Government* (Chicago, University of Chicago Press, 1908); David B. Truman: *The Governmental Process* (Chicago, University of Chicago Press, 1951), y William H. Riker: *The Theory of Political Coalitions* (New Haven, Yale University Press, 1962).

[30] James Robinson y Roger Majak: op. cit., pp. 182-184.

[31] Graham T. Allison: *Essence of Decision: Explaining the Cuban Missile Crisis* (Boston, Little, Brown, 1971), pp. 4-5, 10-11. Hay traducción al castellano, GEL, Buenos Aires, 1989.

[32] Ibídem, pp. 13-18.

[33] Ibídem, pp. 29-30.

[34] Ibídem, p. 5.

[35] Ibídem, p. 67.

[36] Ibídem, p. 68. Para más de esto, ver la sección: "The Cybernetic Theory of Decision".

[37] Ibídem, pp. 71-72.

[38] Ibídem, p. 77.

[39] Ibídem, pp. 144-145. Ver también Graham T. Allison y Morton H. Halperin: "Bureaucratic Politics: A Paradigm and Some Policy Implications", *World Politics*, XXIV (suplemento de primavera de 1972), pp. 40-79.

[40] Miriam Steiner: "The Elusive Essence of Decision", *International Studies Quarterly*, 21 (junio de 1977), p. 419.

[41] Ibídem.

[42] Glenn H. Snyder y Paul Diesing: *Conflict Among Nations: Bargaining, Decision-Making and System Structure in International Crises* (Princeton, Princeton University Press, 1977).

[43] Ibídem, p. 355.

[44] Ibídem, pp. 355-356. Los autores no encuentran que las actitudes de los principales encargados de tomar decisiones estén significativamente determinadas por el papel burocrático. "Así el aspecto más distintivo de la 'política burocrática' de Allison-Halperin no sobrevive a nuestro análisis" (nota de p. 408).

[45] Ibídem, pp. 333-335.

[46] Ibídem, pp. 337-338.

[47] Ibídem, pp. 338-339.

[48] John D. Steinbruner: *The Cybernetic Theory of Decision: New Dimensions of Political Analysis* (Princeton, Princeton University Press, 1974), cap. 1.

[49] Ibídem, p. 47.

[50] Ibídem, pp. 48-67. Steinbruner reconoce que algunas de sus propias críticas al paradigma analítico han sido anticipadas en el modelo "satisfactorio" de Herbert Simon, pero en su opinión Simon no ha ido lo suficientemente lejos. Ibídem, p. 63.

[51] Ibídem, p. 68.

[52] Ibídem, p. 69.

[53] Ibídem, p. 72. La referencia es a Richard M. Cyert y James C. March: *A Behavioral Theory of the Firm* (Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1963), cap. 6. Debería señalarse que Steinbruner incorpora al paradigma cibernético el trabajo de Charles Lindblom (especialmente su "gradualismo") y el Modelo de Proceso Organizativo de Graham Allison (ver pp. 77 y 80). Coincide plenamente con aquellos que sostienen que las rutinas organizativas, una vez establecidas, son muy difíciles de alterar.

[54] John Steinbruner: op. cit., p. 92. Cf. también Robert Jervis: *Perception and Misperception and International Politics*, cap. 4.

[55] Ibídem, cap. 4. Según Snyder y Diesing, el "pensador teórico" de Steinbruner es equivalente a su "negociador irracional". *Conflict Among Nations*, página 337.

[56] Estos asuntos están completamente cubiertos en Steinbruner: op. cit., caps. 6 al 9.

[57] Ibídem, p. 70. Ver también cap. 10, especialmente p. 329.

[58] Ibídem, pp. 320-321.

[59] Charles F. Hermann y Linda P. Brady: "Alternative Models of International Crisis Behavior" en Charles F. Hermann, comp.: *International Crisis: Insights from Behavioral Research* (Nueva York, The Free Press, 1972), pp. 281, 304-320.

[60] Ver, por ejemplo, Ole R. Holsti: "The 1914 Case", *American Political Science Review*, LIX (junio de 1965), pp. 365-378; Ole R. Holsti, Robert C. North y Richard A. Brody: "Perception and Action in the 1914 Crisis", en J. David Singer, comp.: *Quantitative International Politics* (Nueva York, Free Press, 1968); Glenn D. Paige: *The Korean Decision*, 24-30 de junio de 1950 (Nueva York, The Free Press, 1958); Erskine B. Childer: *The Road to Suez* (Londres, MacGibbon and Kee, 1962); Charles A. McClelland: "Access to Berlin: The Quantity and Variety of Events, 1948-1963" en Singer, comp.: op. cit., pp. 159-186 y "Decisional Opportunity and Political Controversy: The Quemoy Case", *Journal of Conflict Resolution*, VI (septiembre de 1962), pp. 201-213; Graham T. Allison: *Essence of Decision: Explaining the Cuban Missile Crisis* (Boston, Little, Brown, 1971), y Herbert S. Dinerstein: *The Making of a Missile Crisis* (Baltimore, Md., Johns Hopkins Press, 1976); Michael Brecher con Bejamin Geist: *Decisions in Crisis: Israel 1967 and 1973* (Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1984); Richard G. Head, Frisco W. Short y Robert C. McFarlane: *Crisis Resolution: Presidential Decision-Making in the Mayaguez and Korean Confrontations* (Boulder, Colo., Westview Press, 1978); Thomas M. Cynkin: *Soviet and American Signaling in the Polish Crisis* (Londres, Macmillan, 1988).

[61] Ver, por ejemplo, Oran R. Young: *The Intermediaries: Third Parties in International Crisis* (Princeton, Princeton University Press, 1967); Oran R. Young: *The Politics of Force: Bargaining During International Crises* (Princeton, Princeton University Press, 1968); Mark W. Zacker: *International Conflicts and Collective Security*, 1946-1977 (Nueva York, Praeger, 1979).

[62] Glenn D. Paige: op. cit., p. 10.

[63] Glenn D. Paige: op. cit., pp. 276-279.

[64] Ole R. Holsti y otros: op. cit., pp. 123-158. Ole R. Holsti luego discutió los límites de validez de confiar en los datos financieros como indicadores de tensiones internacionales y concluyó que tales datos constituyen sólo un control parcial e indirecto sobre la validez de los datos de contenido de otras fuentes tales como documentos diplomáticos. Ver la sección "Perceptions oh Hostility and Financial Indices in a Crisis" en cap. 3 de *Crisis, Escalation, War* (Montreal, McGill-Queens University Press, 1972), pp. 51-70.

[65] Ibídem, p. 46. El fenómeno descripto aquí es similar al continuum de hostilidad-amistad y a los coeficientes de reacción inestable estudiados por Lewis F. Richardson en su investigación de las carreras armamentistas de 1908-1914 y 1929-1939. Ver *Arms and Insecurity* (Pittsburgh, Pa., Boxwood, 1960) y *Statistics of Deadly Quarrels* (Chicago, Quedrangle Books, 1960), discutido en el Capítulo 8.

[66] Ole Holsti y otros: op. cit., p. 152.

[67] Ibídem, p. 157.

[68] Ole R. Holsti, Richard A. Brody y Robert C. North: "Measuring Effect and Action in the International Reaction Models: Empirical Materials from the 1962 Cuban Crisis", *Journal of Peace Research*, I (1964), p. 174. Ver también Eliot A. Cohen: "Why We Should Stop Studying the Cuban Missile Crisis", *National Interest*, 2 (1986), pp. 3-13; Richard Ned Lebow: "The Cuban Missile Crisis: Reading the Lessons Correctly", *Political Science Quarterly*, 98 (1983), pp. 431-458.

[69] Ibídem.

[70] Ibídem, p. 158. Ver también Ole R. Holsti: "Time, Alternatives and Communications: The 1914 and Cuban Missile Crisis", en Hermann, comp.: op. cit., pp. 58-80.

[71] Graham T. Allison: op. cit., p. 245.

[72] Ibídem, pp. 40-56. Albert y Roberta Wohlstetter suministraron el argumento militar para la hipótesis de "rectificar el equilibrio nuclear" en *Controlling the Risks in Cuba*, Adelphi Papers Nº 17 (Londres, Institute for Strategic Studies, abril de 1965).

[73] Graham T. Allison: op. cit., pp. 58-62.

[74] Ibídem, pp. 62-66.

[75] Ibídem, pp. 102-106.

[76] Ibídem, pp. 106-108.

[77] Ibídem, pp. 109-113.

[78] Ibídem, pp. 113-117.

[79] Ibídem, pp. 117-126.

[80] Ibídem, pp. 187-210.

[81] Ibídem, p. 210.

[82] Ibídem, p. 228.

[83] Ver ibídem, pp. 220-30, 248-249.

[84] Ibídem, p. 249.

[85] James A. Robinson: "An Appraisal of Concepts and Theories", en Charles F. Hermann, comp.: op. cit., p. 27.

[86] Además del libro de Graham T. Allison sobre la Crisis Cubana de los Misiles, otras contribuciones importantes al tema incluyen: Charles F. Hermann, comp.: op. cit.; Ole R. Holsti: *Crisis, Escalation, War*, y el número de marzo de 1977 de *International Studies Quarterly*. Ver también Thomas J. Prince: "Constraints on Foreign Policy Decision-Making", ibídem, 22 (septiembre de 1978), pp. 357-367 y Michael Brecher: "State Behavior in International Crisis", *Journal of Conflict Resolution*, 23 (septiembre de 1979), pp. 446-480.

[87] Michael P. Sullivan: *International Relations: Theories and Evidence* (Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1976), p. 82.

[88] Charles A. McClelland: "Crisis and Threat in the International Setting: Some Relational Concepts", memorándum no publicado citado en Michael Brecher: "Toward a Theory of International Crisis Behavior", *International Studies Quarterly*, 21 (marzo de 1977), pp. 39-40.

[89] Charles F. Hermann: "International Crisis as a Situational Variable" en James N. Roseanu, comp.: op. cit., p. 414.

[90] Gilbert R. Winham, comp.: *New Issues in International Crisis Management* (Boulder, Colo., y Londres, Westview Press, 1988), p. 5.

[91] Glenn H. Snyder y Paul Diesing: op. cit., p. 7.

[92] Ibídem, p. 4.

[93] Ibídem, p. 455. Si bien las crisis son peligrosas, se las ve como más funcionales que disfuncionales.

[94] Oran R. Young: *The Intermediaries: Third Parties in International Crises*, página 10.

[95] Richard Ned Lebow: *Between Peace and War: The Nature of International Crisis* (Baltimore y Londres, Johns Hopkins Press, 1981), pp. 9-12.

[96] Glenn H. Snyder: "Crisis Bargaining", en Charles F. Hermann, comp.: op. cit., p. 217.

[97] Ibídem.

[98] Ibídem, pp. 419-445.

[99] Ibídem, pp. 450-453.

[100] Richard Ned Lebow: *Between Peace and War: The Nature of International Crisis* (Nueva York, The Free Press, 1981), p. 275.

[101] Michael Brecher, Jonathan Wilkenfeld y Sheila Moser: *Crises in the Twentieth Century: Handbook of International Crisis*, vol. I (Oxford, Pergamon Press, 1988), p. 1.

[102] Ibídem, vol. 2, pp. 171-201.

[103] Ole R. Holsti: *Crisis, Escalation, War*, p. 10. Ver también la referencia en el Capítulo 7 al trabajo de Thomas C. Wiegele sobre factores biológicos en la toma de decisiones de la crisis. Ibídem, p. 266. Ver también de Wiegele "The Psychophysiology of Elite Stress in Five International Crisis", *International Studies Quarterly*, 22 (diciembre de 1978), pp. 467-512.

[104] Ver Kurt Back: "Decisions under Uncertainty", *American Behavioral Scientist*, IV (febrero de 1961), pp. 14-19.

[105] Ver Wilbert S. Ray: "Mild Stress and Problem Solving", *American Journal of Psychology*, LXXVIII (1965), pp. 227-234.

[106] Lebow: op. cit., p. 335.

[107] Ibídem, p. 223.

[108] Ibídem,p. 225.

[109] Herman Kahn: *On Escalation: Metaphors and Scenarios* (Nueva York, Praeger, 1965), p. 38.

[110] John T. Lanzetta: "Group Behavior Under Stress", *Human Relations*, VIII (1955); reimpreso en J. David Singer, comp.: *Human Behavior and International Politics: Contributions from the Social-Psychological Sciences* (Chicago, Rand McNally, 1965), pp. 216-217.

[111] Robert L. Hamblin: "Group Integration During a Crisis", *Human Relations*, XI (1958), en J. David Singer, comp.: op. cit., pp. 226-228.

[112] Dean G. Pruitt: "Definition of the Situation as a Determinant of International Action", en Herbert C. Kelman, comp.: *International Behavior: A Social-Psychological Analysis* (Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1965), p. 395.

[113] Ver ibídem, p. 396, donde Pruitt se refiere al trabajo de M. J. Driver y Charles E. Osgood.

[114] Ole R. Holsti: *Crisis, Escalation, War*, p. 13.

[115] Ibídem, pp. 14-15.

[116] Peter Suedfeld y Philip Tetlock: "Integrative Complexity of Communications in International Crises", *Journal of Conflict Resolution*, XXI (marzo de 1977), pp. 169-174.

[117] Thomas C. Wiegele, Gordon Hilton, Kent Layne Oots y Susan S. Kiesell:

Leaders Under Stress: A Psychophysiological Analysis of International Crisis (Durham, N. C., Duke University Press, 1985).

[118] Ibídem, pp. 26-27.

[119] Thomas C. Wiegele: "Is a Revolution Brewing in the Social Sciences?" en Thomas C. Wiegele, comp.: *Biology and the Social Sciences: An Emerging Revolution* (Boulder, Colo., Westview Press, 1982), p. 6. Ver también Thomas C. Wiegele: *Biopolitcs: Search for a More Human Political Science* (Boulder, Colo., Westview Press, 1979); Thomas C. Wiegele: "Behavioral Medicine and Bureaucratic Processes: Research Foci and Issue Areas", en Elliott White y Joseph Losco: *Biology and Bureaucracy: Public Administration and Public Policy from the Perspective of Genetic and Neurobiological Theory* (Lanham, Md., University Press of America, 1986), pp. 503-525.

[120] Irving Janis: *Victims of Groupthink* (Boston, Houghton Mifflin, 1972), pp. 197-198.

[121] Ver R. Barry Farrel, comp.: *Political Leadership in Eastern Europe and the Soviet Union* (Chicago, Aldine, 1970); Alvin Z. Rubinstein, Carl Beck y otros: *Comparative Communist Political Leadership* (Nueva York, McKay, 1973); Vernon V. Aspaturian: "Moscow's Options in a Changing World", en Gary K. Bertsch y Thomas W. Ganschow, comps.: *Comparative Communism* (San Francisco, Freeman, 1976), pp. 369-393.

[122] Ver David Wilkinson: *Comparative Foreign Relations* (Encino, California, Cickenson, 1969); James N. Rosenau: "Foreign Policy and Adaptive Behavior", *Comparative Politics*, II (abril de 1970), pp. 365-387; Roy C. Macridis, comp.: *Foreign Policy in World Politics*, 7ª edición (Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1974); James N. Rosenau y otros: *World Politics* (Nueva York, The Free Press, 1975).

Capítulo 12

TEORÍA DE LOS JUEGOS, JUEGO, SIMULACIÓN Y NEGOCIACIÓN

La teoría de los juegos y el estudio de los fenómenos políticos

La teoría de los juegos se basa en una forma abstracta de razonamiento, que surge de una combinación de la matemática y la lógica. Casi todos los teóricos de los juegos coincidirían en que la teoría con la cual se manejan aborda lo que es el comportamiento "racionalmente correcto" en situaciones de conflicto en las cuales los participantes están intentando "ganar", más que la forma en que los individuos se comportan concretamente en situaciones de conflicto. Los individuos pueden y a menudo se conducen de forma irracional y emocional en situaciones de conflicto, pero a los efectos del análisis teórico, los teóricos de los juegos suponen un comportamiento racional, simplemente porque encuentran este presupuesto más provechoso para la construcción de la teoría. Si tuviéramos que suponer que todos los comportamientos humanos son esencialmente absurdos, neuróticos o psicóticos, entonces no habría teoría alguna, ni de los juegos ni de cualquier otro fenómeno social. Los teóricos de los juegos, entonces, suscriben algunas nociones como las siguientes: si la gente en una determinada situación quiere "ganar" —es decir, cumplir un objetivo que la otra parte busca negarle— podemos clasificar los procesos intelectuales por los cuales calculan qué tipo de acción es más probable que sea ventajosa para ellos, suponiendo que creen que sus oponentes también son calculadores racionales como ellos, igualmente interesados en "adivinar las intenciones" e intentar superar al oponente.[1]

Unos pocos conceptos rudimentarios deberían considerarse. Todo juego se caracteriza por los siguientes elementos: jugadores que supuestamente están tratando de "ganar" u optimizar los resultados; transacciones que pueden significar diversas cosas para diferentes jugadores según sus sistemas de valores; un conjunto de reglas de campo adecuadas al juego; condiciones de información que determinan la cantidad y calidad del conocimiento que cada jugador tiene del entorno y de las elecciones hechas por el otro jugador (jugadores), inmediata o posteriormente; el entorno total en el cual se juega, percibido totalmente o no por los jugadores y la interacción de movidas enfrentadas, en la cual cada elección sucesiva por parte de un jugador puede instar al otro ugador (jugadores) a modificar las opciones posteriores.

Juegos de suma cero

La distinción preliminar más comúnmente trazada en la teoría de los juegos es entre un juego de suma cero y un juego de suma no cero, con variaciones en cada uno. En un juego de suma cero entre A y B, lo que A gana lo pierde B. (Los juegos de suma no cero son aquellos en los cuales la suma de las ganancias de los jugadores no debe ser cero. Éstos los trataremos luego.) El ajedrez, las damas, el póker de dos o el "blackjack" son todos juegos de suma cero. Cada partido termina con uno de los jugadores que tiene el marcador con más uno y el otro menos uno, y el valor de "uno" para el partido depende de las "apuestas" y el tamaño del "pozo". Ejemplos de situaciones de la vida real que contienen aspectos de juegos de suma cero, incluirían una carrera electoral entre dos candidatos para una banca en el Congreso; la mayoría de las situaciones tácticas militares en las cuales el objetivo que un lado toma es perdido por el otro, al menos temporariamente, tal como en un "duelo aéreo" o en una batalla sobre una colina; y la rivalidad de dos hombres por la mano de una mujer en el matrimonio. Debería señalarse que una carrera de tres hombres por un puesto electivo no es realmente un juego de suma cero, a menos que lo dividamos en dos enfrentamientos separados entre el ganador y cada perdedor. También podemos observar que en una situación táctica militar el terreno ganado por un bando iguala al terreno perdido por el otro, pero puede haber una considerable discrepancia en el costo de cada bando cuando se mide en bajas. La misma noción es válida para la campaña eleccionaria y para el cortejo de una hermosa dama: sólo hay una sola recompensa, pero las partes enfrentadas pueden gastar sumas ampliamente variables en el esfuerzo por ganar. Los escritores que se ocupan de la teoría de los juegos distinguen el *resultado* de un partido (ganar, perder o empatar) de la *recompensa* (el valor atribuido por un jugador al resultado). La relación entre recompensa y motivación es críticamente importante, pero es difícil de establecer.[2]

Juegos de suma cero de dos personas

En la mayoría de la bibliografía sobre el tema, los juegos se representan esquemáticamente de una forma "normalizada" en la cual no se dan detalles del juego, pero en el cual las estrategias para cada jugador y las recompensas que las acompañan se describen en una matriz. Más aún, los valores de la recompensa a menudo se asignan de una forma puramente arbitraria, meramente para facilitar la ilustración de un aspecto. (El estudioso, en consecuencia, no necesita preocuparse demasiado acerca de la forma en la cual se llegó a los valores de la recompensa, al menos por ahora.) Más aún, las estrategias pueden consistir en planes bastante complejos y sin embargo ser simplemente designadas como Estrategia 1 o Estrategia 2, o Estrategia N para cada jugador. Así, en la teoría matemática, tanto las estrategias como las recompensas se tratan de forma abstracta. En la

forma de notación más útil, cada matriz contiene la recompensa que cada jugador recibe cuando él o ella elige una de los dos estrategias que convergen en ese punto. El estudioso puede, sin embargo, enfrentarse con una matriz que muestre sólo las recompensas de un solo jugador. Las siguientes tres matrices 2-por-2 simplificadas, tomadas o adaptadas de Shubik, serán suficientes para ilustrar nuestra discusión de los juegos de suma cero de dos personas:

MATRIZ I		Estrategia para el Jugador 2	
		A	B
Estrategia para el Jugador I	A	+ 4, — 4	— 3, + 3
	B	— 3, + 3	+ 4, — 4

MATRIZ II		Estrategia para el Jugador 2	
		A	B
Estrategia para el Jugador I	A	— 5, + 5	— 7, + 7
	B	+ 8, — 8	+ 1, — 1

MATRIZ III		Estrategia para el Jugador 2	
		A	B
Estrategia para el Jugador I	A	— 20, — 20	+ 5, — 5
	B	— 5, + 5	— 2, — 2

La Matriz I se refiere a un juego en el cual no hay punto de superioridad. Primero se debe advertir que en cada matriz la suma de las recompensas es cero.[3] Pero no hay un punto en el cual las estrategias para los jugadores enfrentados lógicamente convergen. Si ambos jugadores optan por la estrategia A, el Nº 1 gana 4 y el otro pierde 4. Si el Nº 1 juega la estrategia B y el Nº 2 elige la estrategia A, el primero pierde 3 y el segundo gana 3. Si los estudiosos analizan esta matriz de recompensa por un momento, verán que la mejor estrategia para cada jugador en una larga serie de jugadas es una estrategia azarosa, determinada por lo que indique una moneda, pues esto eventualmente producirá un equilibramiento de las ganancias y las pérdidas de cuatros y tres. En otras palabras, el juego esquematizado en la Matriz I se reduce a un juego de azar por el cual la teoría de los juegos no se interesa directamente.

La Matriz II se refiere a un juego de suma cero en el cual hay *punto de ensilladura.* Éste es el punto en el cual los valores mínimos de las filas (a través) y los valores máximos de las columnas (de arriba abajo)

convergen en igualdad, o donde los valores máximos en las filas y los valores mínimos de las columnas convergen. El punto de convergencia se conoce como el *valor minimax*. Un axioma de la teoría de los juegos es que en un juego de dos personas de suma cero, una estrategia racional se basa en el principio minimax: cada jugador debería buscar llevar al máximo la ganancia mínima de la cual él o ella pueden asegurarse, o minimizar la máxima pérdida que necesita sostenerse. Si las dos partes hacen esto, sus estrategias pueden converger en un *punto de ensilladura* y tenderán a equilibrar las ganancias y las pérdidas a largo plazo. Si uno observa este principio y el otro simplemente juega por corazonadas, el primero debería ganar durante una buena cantidad de partidos. Los teóricos de la estrategia, los comandantes militares, los líderes insurgentes, los especuladores de la Bolsa (que juegan solos, por así decirlo, contra todos los demás del mercado), los negociadores de administración de mano de obra, los empleados que buscan un aumento o una promoción, los diplomáticos que negocian su acceso a un tratado bilateral y los estudiantes de secundaria que pretenden engatusar a sus padres sobre el uso del automóvil de la familia, todos parecen tener una comprensión intuitiva de este principio minimax, con sus fronteras más bajas y más altas. Puesto de forma más simple: cuando uno tiene las cartas adecuadas, debe presionar para sacar ventaja lo más posible; cuando la suerte se le vuelve en contra, debe cortar las pérdidas. Hablando en sentido estricto, la utilidad de la estrategia minimax puede convalidarse sólo en una serie extendida de partidos, no en un juego de un solo tiro. En ciertos tipos de juegos simples puede ser bastante aburrida como estrategia, carente de diversión, pero puede ser inevitable en las circunstancias de un contexto prolongado en una serie de partidos.

Supongamos, nuevamente siguiendo a Shubik, que el Jugador I es una fuerza policial en un país desgarrado por la insurgencia guerrillera y que el Jugador 2 es la fuerza guerrillera. La policía en este juego particular puede elegir entrar en la selva en persecución de los insurgentes (Estrategia A) o eludir la selva y proteger zonas clave (Estrategia B). La elección de una batalla abierta o escaramuzas de desgaste es cuestión de la fuerza guerrillera. La policía funciona mejor fuera de la selva que en ella, donde se arriesgan a perder tanto en las batallas como en las escaramuzas (— 5 y — 7, respectivamente). La estrategia preferida por la guerrilla, dentro o fuera de la selva, son las escaramuzas, porque de esta forma pueden llevar al máximo sus ganancias (+ 8) o mantener sus pérdidas en el mínimo (— 1). En el juego simplificado descripto, dos jugadores racionales tenderían a converger en el punto de ensilladura de + 1, — 1; es decir, la policía probablemente eligiera zonas clave fuera de la selva, mientras que la guerrilla haría escaramuzas y evitaría la batalla abierta, manteniendo sus pérdidas en — 1 en lugar de en — 8.[4] Esto, por cierto, sólo describe el encuentro táctico entre la guerrilla y la policía. Para una reflexión sobre el resultado estratégico de la insurgencia guerrillera, sería necesario algo mucho más complejo que una simpre matriz 2-por-2. (En la vida real, la guerrilla puede perder la mayoría de los intercambios tácticos y sin embargo ganar estratégicamente debido a factores psicopolíticos.)

La estrategia minimax es una estrategia cauta. Han de recordarse cinco puntos en conexión con la estrategia minimax: 1) Se aplica sólo a los juegos de suma cero. 2) Es a prueba de filtraciones de información. 3) Es útil y normativa sólo contra un adversario que se supone que está jugando un juego racional. Si el adversario es estúpido, proclive a dar tropezones o por lo general motivado por factores emocionales (que pueden, por ejemplo, inclinar a la persona a jugar según sus "corazonadas"), entonces la estrategia minimax no es necesariamente la óptima que seguir. 4) La utilidad de la estrategia minimax tiene validez en una serie de jugadas, no en un partido de un solo tiro. 5) Es una estrategia bastante poco excitante, poco divertida, pero puede ser recomendable. Shubik ofrece la siguiente advertencia:

> Aparte de apreciar el juego de suma cero de dos personas como la definición de una situación estrictamente competitiva, el especialista en ciencia política general no ganará demasiada reflexión de un intenso estudio de este tópico... También hay una considerable cantidad de mala interpretación en lo relativo al papel, dentro de la teoría general de los juegos, del famoso resultado relativo a los juegos de suma cero de dos personas conocido como el teorema minimax o del punto de ensilladura. Los juegos de suma cero son de interés extremadamente limitado en las ciencias del comportamiento en general.[5]

Juegos de suma no cero

El tipo de juego al que se alude en la Matriz III de arriba nos lleva parcialmente fuera de los juegos de suma cero de dos personas (JSC) hacia el de suma no cero (JSNC) en tanto no es exclusivamente competitivo en el sentido de que lo que uno gana el otro debe perderlo. La suma de ganancias y pérdidas no necesita ser cero. Los NZSG pueden implicar sólo dos o un número mayor de jugadores. Hay espacio en este tipo de juego para elementos tanto de conflicto como de cooperación: en algunos juegos, ambas o algunas de las partes pueden ganar, y al final del juego ambas o varias partes pueden estar adelante con cantidades diferentes. En el juego de suma no cero hay a menudo varias recompensas diferentes, algunas de las cuales pueden ser muy buenas o muy malas, algunas marginalmente buenas o malas. La recompensa depende de si los jugadores cooperan entre sí, se cortan el cuello entre sí o mezclan sus estrategias de conflicto y cooperación en diversas combinaciones.

Lo interesante de la Matriz III es el hecho de que alude a un juego que puede ser JSC en ciertas circunstancias y JSNC en otras, según el resultado. De hecho, esta matriz pinta las posibles recompensas en el juego del "gallina", similar al popularizado hace muchos años en un film de Hollywood, en el cual dos jóvenes manejan el uno hacia el otro en los automóviles de sus padres a 130 km por hora, cada uno con sus ruedas izquierdas en la línea divisoria de la carretera. Si ninguno de los dos se desvía hacia la derecha, ambos se matarían en el choque, un resultado que recibe arbitrariamente un valor numérico de — 20 para cada uno. Podría haber sido

con igual facilidad —200 o cualquier otra cifra, pero en cualquier caso éste se vuelve un juego de suma menos en el cual ambos jugadores pierden lo más fuerte posible. Si uno sigue su rumbo y el otro se aparta, uno gana estima y el otro la pierde a los ojos del grupo de pares. El último es el "gallina". Esta condición se indica en las dos matrices que contienen un +5 y un —5. Así, si cualquiera de los dos se desvía y el otro se mantiene más tiempo en su rumbo, el juego resulta ser de suma cero. Si ambos se desvían hacia la derecha simultáneamente, cada uno sufre deshonra a los ojos del grupo de los pares, dado que la reputación de ser "gallina" se comparte entre ellos, de manera que ninguna comparación envidiosa puede hacerse, y cada uno sufre sólo un —2. Deberíamos apresurarnos a señalar que la matriz de recompensa tal como se la muestra está parcialmente en función del distorsionado sistema de valores del joven grupo de pares, tal como lo perciben los dos conductores. Concretamente, el grupo de los pares fundamentalmente adora la excitación del juego y lamenta el resultado trágico después. Por cierto, los padres y las novias de los dos jóvenes les asignarían una valoración mucho más negativa a sus muertes y una evaluación altamente positiva a un resultado en el cual los dos tienen la suficiente sensatez como para desviar el rumbo antes de que sea demasiado tarde.[6] Debe dejarse en claro que el juego del "gallina", jugado apostando la vida humana, es un juego que adoptan sólo los jugadores irracionales, uno de los cuales o ambos pueden volverse lo suficientemente racionales durante el curso del juego para salvar sus vidas. La analogía entre el juego del "gallina" y el rumbo de colisión de dos superpotencias nucleares en una crisis se ha trazado muchas veces, pero la última es mucho más compleja que la primera. Hay amplios motivos para creer que las dos superpotencias son de orden de cautela racional más elevada que los dos adolescentes que pueden haber bebido demasiado. Se dirá más de esto más adelante.

Los juegos de suma no cero de dos personas pueden jugarse "cooperativamente" o "no cooperativamente". En un juego "cooperativo", los jugadores pueden comunicarse entre sí directamente e intercambian información de antemano respecto de sus opciones elegidas. En un juego "no cooperativo", la comunicación abierta no se permite, pero la elección de cada uno se vuelve obvia para la otra parte después del partido. Hay, sin embargo, una ligera ambigüedad en esta terminología. Aun si un juego es "no cooperativo", es posible que los jugadores cooperen tácitamente a través de comunicaciones inferidas, por las cuales un jugador interpreta las intenciones del otro por el tipo de elecciones hechas en una larga serie de jugadas.

El juego del "Dilema del Prisionero" (JDP)

El ejemplo más conocido de un juego de suma no cero de dos personas es el "Dilema del Prisionero". Dos individuos son llevados en custodia policial y se los acusa de un crimen. Dado que se los interroga por separado, ninguno sabe lo que el otro le dirá al fiscal del distrito. Cada uno es consciente de que si los dos permanecen silenciosos o niegan todas las acusaciones, lo peor que pueden esperar es una sentencia de 60 días en la cárcel del condado por vagancia. Si uno le da pruebas al Estado y el otro permanece silencioso, el primero recibirá una sentencia de un año conmutada y el otro será enviado a la penitenciaria del Estado por 10 años. Si ambos confiesan, los dos recibirán entre 5 y 8 años de prisión, con libertad condicional posible al final del quinto año. Su estrategia óptima es un acuerdo tácito de permanecer silenciosos, pero en ausencia de comunicación, ninguno puede confiar en el otro. Cada uno hace la siguiente evaluación de la situación: si me quedo en silencio, o me dan 60 días o 10 años, según confiese o no mi socio. Si confieso, recibiré una sentencia conmutada de 8 ó 5 años, según él confiese o no. En cualquier caso puedo asegurarme una sentencia menor confesando. Dado que él está sin duda haciendo el mismo tipo de cálculo, las posibilidades son que él confiese y entonces sería un tonto si me quedara en silencio y contara con la mínima posibilidad de que él hiciera lo mismo. Así, cada uno, eligiendo lo que parece el camino más seguro, contribuye a un resultado altamente desventajoso para ambos: una sentencia de 5 años en lugar de una de 60 días.[7]

Los teóricos de los juegos han diseñado muchas variaciones del Dilema del Prisionero, pero en esta coyuntura dos aspectos generales deben reiterarse. Primero, hay una diferencia importante entre la teoría de los juegos, que se basa en el análisis matemático-lógico y que pretende demostrar qué tipo de estrategia *debería* aplicar un jugador racional (cuando él o ella supone que el oponente es racional) y el juego experimental, que está diseñado para dar pruebas empíricas de cómo los individuos se *comportan concretamente* en situaciones de juego. Segundo, hay una diferencia importante entre los juegos de "un solo tiro" y los juegos que se juegan a través de una serie de movidas de los mismos jugadores que, como resultado de la experiencia, adquieren una captación de los procesos de pensamiento estratégico de cada uno.

También se han diseñado juegos (tanto el Dilema del Prisionero como el del "gallina") para determinar si las diferencias sexuales influyen en la elección de un comportamiento cooperativo o competitivo. Los resultados han sido en cierta forma poco concluyentes, según los sujetos jueguen contra oponentes programados (que han sido instruidos acerca de sus elecciones) o jueguen el uno contra el otro (en pares de sexos mezclados o el mismo sexo).[8] Los resultados han sido menos ambiguos para el Dilema del Prisionero que para el del "gallina". Tres experimentadores del JDP descubrieron que los varones enfrentados a varones tienden a ser más cooperativos que las mujeres opuestas a mujeres.[9] Otro concluyó que las mujeres son más "racionales" (es decir, capaces de ganar más dinero) en un juego de "un solo tiro", mientras que los varones ganan más en una serie, cuando la estrategia óptima exige un horizonte de tiempo más prolongado.[10] Conrath, después de investigar el juego del "gallina", encuentra las explicaciones del comportamiento de los sexos en los juegos inadecuadas hasta ahora. Si existen diferencias, el "por qué" es importante. "No es probable que el aspecto biológico... sea el factor determinante, sino más bien los papeles sociales y educativos que distinguen a los sexos".[11]

El Dilema del Prisionero se ha convertido en una muestra en la bibliografía sobre los juegos, una bibliografía completa de los cuales ahora abarca una cantidad de artículos, capítulos de libros y otros estudios. *The*

Journal of Conflict Resolution, The Journal of Social Psychology, The Journal of Personality and Social Psychology y otros periódicos consecuentemente han presentado artículos sobre el tema durante muchos años. Una autoridad sobre juegos ha señalado que "la investigación sobre la negociación que utiliza el paradigma del Dilema del Prisionero se preocupa menos por las cuestiones de cooperación, competición y el proceso de negociación, y más por estudiar el paradigma del Dilema del Prisionero en sí mismo".[12] Pero Schenker y Bonoma defienden la preocupación por el paradigma, en tanto es "necesaria para entender los límites y las dimensiones del mundo del laboratorio antes de que se puedan realizar experimentos útiles".[13]

Juegos de N-personas

Esto nos lleva a los juegos de suma no cero de N-personas, que implican tres o más jugadores, todos los cuales se supone que son unidades de toma de decisiones independientes y que poseen algún método para evaluar el valor de los resultados.[14] Como puede esperarse, mucho menos se sabe sobre éstos que respecto de los juegos de dos personas, porque el número de permutaciones o estrategias de interacción aumentan en un sentido exponencial con el número de los jugadores. Los físicos nunca han encontrado una solución matemática al problema de los "tres cuerpos". De allí no es sorprendente que ninguna teoría aislada se haya desarrollado todavía para los juegos de N-jugadores. Probablemente el camino de investigación más útil hasta la fecha haya sido en el área de la formación de coaliciones. (Para un examen de la bibliografía sobre alianzas y coaliciones, ver el Capítulo 10.) Cuando varios jugadores están en juego, se vuelve bastante natural que dos o más formen una coalición contra los demás, en cuyo caso los demás se ven inducidos a hacer lo mismo a fin de asegurar su supervivencia y llevar al máximo sus ganancias. A veces las reglas del juego pueden alentar la alineación de coaliciones antes de empezar a jugar; a veces las coaliciones se forman, sea tácita o abiertamente, después de que el juego ha comenzado. Si dos coaliciones emergen, forzando a todos los jugadores a elegir una o la otra, el juego en efecto se ve reducido a un juego de suma cero de dos personas.[15] Es concebible, sin embargo, que en un estadio particular del juego haya tres coaliciones, una de las cuales eventualmente se encontrará bajo presión para fundirse con una de las otras dos. La pregunta crucial, parecería, es elaborar para satisfacción de todos los aliados "una división racional del botín".[16]

Si se forman coaliciones antes de que el juego comience, todos los socios deberían considerarse iguales y con derecho a una participación igual en la recompensa. Lo que es mucho más interesante, por cierto, es una situación en la cual la recompensa se divide según la contribución que hace cada socio a la victoria de la coalición y en la cual la contribución está en cierto sentido en función del "poder" o la "debilidad". A veces puede haber "miembros fundadores" de las coaliciones, con otros a los cuales se les permite unirse más tarde después de negociar por términos que reflejen tanto el poder de los líderes de la coalición y los esfuerzos más desesperados de los postulantes para entrar. Además de la división

de la recompensa y las circunstancias en las cuales se forman las coaliciones, otras preguntas que merecen la atención de los teóricos del juego remiten a los motivos que pueden llevar a un miembro de una coalición a hacer cumplir contra sus propios miembros cualquier sanción que sea más fuerte y más eficaz que el vínculo de interés mutuo.[17]

Las relaciones internacionales como "juego"

Uno tiene derecho a preguntar qué tiene que ver esto con las relaciones internacionales o, de forma más estrecha, con la política internacional. Primero, debería dejarse en claro que las relaciones internacionales —o el funcionamiento del sistema internacional— no pueden ser abarcadas plenamente sólo dentro del marco analítico de un "juego". Pero los modelos y los procesos de las relaciones internacionales a menudo manifiestan ciertas características similares a las de los juegos. Dado que la teoría y la práctica del juego están estrechamente vinculadas con la toma de decisiones y la negociación, están condenadas a tener alguna importancia para el estudio de las relaciones internacionales, un campo en el cual comúnmente hablamos de hacer movidas sobre el tablero de ajedrez diplomático, pretender, subir la apuesta de apertura, usar fichas de negociación e intentar adivinar las segundas intenciones de un oponente o descubrirle la estrategia. La aplicación de técnicas analíticas derivadas de la teoría de los juegos, en consecuencia, puede ayudar a mejorar nuestra comprensión del tema, siempre que este enfoque se emplee con la perspectiva intelectual equilibrada de quienes consideran que es una entre muchas armas útiles.

Virtualmente todos los teóricos internacionales que perciben cierta utilidad en la teoría de los juegos coinciden en que las relaciones internacionales pueden conceptualizarse mejor como un juego de suma no cero de N-personas, en el cual las ganancias de algunas partes no son necesariamente a costa de las otras partes. Los países industrializados más avanzados no tienen por qué sufrir una pérdida en su posición económica absoluta o relativa si las economías nacionales de Asia, América Latina y África se desarrollan. Por cierto, la expansión económica de los países menos desarrollados a menudo lleva a una intensificación del comercio, la ayuda y la inversión con los países más ricos del sistema occidental. Muchos autores que han sido pioneros en el esfuerzo por aplicar la teoría de los juegos a las ciencias sociales (por ejemplo, Oskar Morgenstern, Thomas C. Schelling, Martin Shubik y J. C. Harsanyi) han tenido entrenamiento económico o han hecho investigaciones amplias en problemas de competencia económica. La competencia entre las firmas económicas puede ser ya un juego de suma cero o de suma no cero. Los analistas económicos ven lo último como preferible, la alternativa más racional porque ambas firmas apuestan a ganar, al menos a corto plazo, si las heridas mutuas de la competencia excesiva pueden evitarse. Quizás no es demasiado decir que dentro de la economía norteamericana lo deseable se ha vuelto gradualmente, o se está volviendo, lo concreto: la rivalidad entre las grandes empresas en un campo se considera un juego de suma no cero: "La mayoría de los fenómenos sociales", escribe Martin Shubik, "...está mejor representada

por juegos de suma no constante. En otras palabras, la muerte y la fortuna de las partes implicadas fácilmente pueden subir o caer juntas. No hay una división pura en una oposición total".[18]

Las relaciones internacionales como un juego de conflicto y cooperación

Pero que la política internacional pueda reducirse tan fácilmente como la economía internacional a un juego de suma no cero probablemente sea durante largo tiempo tema de debate entre los especialistas en ciencia política y los economistas. Por cierto, hay algunos especialistas en ciencia política que no distinguen una diferencia esencial entre la política por un lado y la economía o la psicología por el otro. Pero los autores de este libro están convencidos de que "lo político" no es perfectamente intercambiable por "lo económico" o "lo psicológico". Como lo señalamos en un capítulo anterior, hay importantes diferencias entre las decisiones políticas y las decisiones tomadas por las firmas empresarias o por los individuos.[19] William D. Coplin también ha señalado convincentemente que hay una diferencia considerable entre el proceso de negociación en la sociedad interna y el proceso que se da en un entorno internacional.[20] De allí, entonces, que advertimos contra los esfuerzos por hacer una transferencia apresurada y acrítica del concepto de JSNC a la política internacional. En nuestra opinión, la política internacional puede entenderse mejor dentro del marco teórico de los juegos como algo que implica una mezcla compleja y fluctuante de tendencias hacia la suma cero y la suma no cero.

Joseph Frankel sugiere que las relaciones francesas con Alemania, por ejemplo, "se desarrollaron desde un juego de suma cero en el período temprano de posguerra, cuando los franceses querían —y esperaban ser capaces— de mantener dominados a los alemanes, hacia un juego de suma variable dentro de las Comunidades [europeas] en las cuales la cooperación cambió el carácter competitivo del juego y rápidamente aumentó la recompensa para ambos bandos".[21] John W. Burton ha propuesto un método para resolver tales conflictos como el de los griegos y los turcos por Chipre, induciendo a las partes a ver la situación como algo que no tiene un resultado fijo con una suma fija que exija un "corte de la torta" como transacción, sino con resultados de los cuales ambos bandos pueden ganar a través de la cooperación funcional que producirá una torta mucho más grande.[22] Puede haber una circularidad en el razonamiento que prescribe resolver un conflicto político de apasionado nacionalismo transformándolo en un proceso de cooperación económica mutuamente beneficioso. Sin embargo eso es lo que se logró en el acercamiento franco-alemán y eso es lo que muchos desean ver cumplido en las relaciones entre otros países.

El paso de la perspectiva JSC a la JSNC no resuelve, por cierto, todos los problemas del conflicto en las relaciones internacionales o en otras dimensiones de la vida. Tanto el Dilema del Prisionero como el juego del "gallina" son juegos de motivos mezclados y de suma no cero que los seres humanos no siempre juegan según las estrategias prescriptas por la racionalidad. En el primero, el jugador se ve tentado a elegir una estrategia

no cooperativa por sospechar que el otro jugador no cooperará; en el segundo, los jugadores deben hacer una elección de último momento entre el prestigio y la supervivencia. Glenn H. Snyder ha trazado el siguiente contraste:

> El espíritu o tema principal del Dilema del Prisionero es el de la frustración del deseo mutuo de cooperar. El espíritu del juego del "gallina" es una competencia en la cual cada parte está intentando prevalecer sobre la otra. En ambos juegos, las percepciones de las intenciones de la otra parte son cruciales y los agentes enfrentan un problema para establecer la credibilidad de sus intenciones manifiestas. Pero en el Dilema del Prisionero, establecer la credibilidad quiere decir *confiar*, mientras que en el del "gallina" implica *crear* miedo.[23]

Ninguno de los dos juegos, cuando se aplica a las relaciones internacionales, es probable que lleve a conclusiones optimistas. Anatol Rapoport ha aplicado el Dilema del Prisionero al problema del desarme internacional y descubrió que, si bien idealmente ambas partes pueden preferir beneficiarse económicamente del desarme, ninguna puede estar segura de las intenciones a largo plazo de la otra, y así ambas buscan el curso más prudente de mantener un costoso equilibrio de armamentos.[24] Las confrontaciones críticas entre las superpotencias nucleares, tales como la Crisis Cubana de los Misiles, a menudo han sido equiparadas al juego del "gallina".[25] Schelling distingue entre un juego del "gallina", en el cual uno ha sido deliberadamente desafiado en una prueba de nervios, y un juego al cual se han visto arrastradas las dos partes por el curso de los acontecimientos. Admite que en el mundo internacional real, es difícil saber qué tipo de crisis lo enfrenta a uno.[26] En una crisis internacional peligrosa que exige un manejo cuidadoso, las reglas de procedimiento están bien definidas.[27] Aquellos que tratan las confrontaciones críticas entre las superpotencias como ejemplos del juego del "gallina", por lo general no quieren forzar demasiado la analogía. En la Crisis Cubana de los Misiles, Brams observa: "Ningún lado estaba ansioso por dar pasos irreversibles, como podría hacerlo el conductor adolescente en un juego del "gallina" soltando desafiantemente su volante a la vista de su adversario y quitando así su posibilidad de desviarse".[28]

R. Harrison Wagner ha analizado el equilibrio de poder dentro del marco de la teoría de los juegos, empezando con el planteo de William Riker de que los sistemas internacionales son inestables por naturaleza:

> Muchos especialistas han intentado refutar la conclusión de Riker de dos formas principales. Una es sostener que descansa en la falsa presunción de que el sistema internacional tiene las propiedades de un juego de suma cero. La otra es sostener que descansa en la falsa presunción de que el sistema internacional tiene las propiedades de un juego que se juega sólo una vez. Nadie, sin embargo, ha aportado pruebas rigurosas de que cualquiera de estos dos cambios en las presunciones de Riker sean necesarios o suficientes para llegar a una conclusión diferente.[29]

Wagner examinó un modelo simple de un sistema internacional como un juego no cooperativo de N-personas, e investigó la estabilidad de los sistemas con dos, tres, cuatro o cinco principales agentes:

> Encuentro no sólo que los sistemas de suma constante son estables sino también —contrariamente a la intuición de la mayoría de la gente— que la estabilidad se ve concretamente fomentada por el conflicto de intereses entre los estados. También encuentro que... un sistema de suma no constante tendrá la mayoría de las propiedades de un sistema de suma constante. Así, paradojalmente, la incertidumbre acerca del futuro, al fomentar el conflicto, promueve la estabilidad. Los sistemas con cualquier número de agentes de dos hasta cinco pueden ser estables pero, contrariamente a algunas afirmaciones sin sustento de la bibliografía, hay una sensación bien definida en la cual el sistema más estable es aquel con tres agentes. Más aún, para cualquier número de agentes de dos a cinco, hay al menos una distribución de poder que lleva no sólo a la estabilidad del sistema sino también a la paz. Algunas de estas distribuciones pacíficas son más estables que otras... Estas distribuciones más estables se caracterizan por la desigualdad entre los estados. Si uno quiere decir que el poder está "equilibrado" cuando está distribuido en una de estas formas, entonces puede decir que no hay conexión alguna entre un equilibrio de poder y una distribución igual de poder.[30]

El carácter anárquico del sistema internacional confiere a dicho sistema el rasgo esencial de un juego de suma no cero multipersonal, es decir, la ausencia de una autoridad central capaz de definir metas comunes y regular las elecciones de los jugadores. Cada estado-jugador determina por sí mismo las exigencias de supervivencia, interés personal vital y políticas conducentes a la elevación de su propio bienestar. A veces el cálculo del interés nacional exige una promesa entre los estados-jugadores —ya sean dos, varios, muchos o casi todos— de cooperar con la idea de mejorar los beneficios mutuos. Este hecho hace mucho por explicar, si bien no plenamente, por qué hay cosas tales como la ley de aduanas internacional, los tratados y las convenciones que prescriben ciertos tipos de comportamiento recíproco decente y crean regímenes legalmente obligatorios en determinadas áreas vitales: comunicaciones, transportes, derecho marítimo, control de narcóticos, comercio, limitación de armamentos, protección ambiental, y así sucesivamente. Las promesas del Estado, sin embargo, no pueden considerarse absolutamente vinculantes en un sistema anárquico donde no hay mecanismos para hacer cumplir las "reglas". La observancia de las promesas y las reglas depende de la constante evaluación de cada uno de los estados-jugadores del grado hasta el cual los otros agentes parecen estar observando *sus* promesas.

No puede haber duda de que es altamente deseable en la era nuclear subrayar los elementos de interés mutuo y cooperación tácita para evitar la guerra general, en la esperanza de que éstos superen en peso a los elementos de intereses divergentes y conflicto. Pero el deseo comprensible

por atenuar los excesos peligrosos del conflicto ideológico internacional quizás ha llevado a algunos analistas a subestimar la diferencia fundamental entre lo que *debe ser* y lo que *es*. La conducción de la política internacional probablemente sería más restringida si los líderes políticos de todas las grandes potencias se convencieran de que la política internacional es un juego de suma no cero en la era nuclear. Sin embargo, afirmar que siempre lo ha sido, y siempre necesariamente lo será, es proponer conclusiones que un estudio serio de la historia no autoriza.

Puede ser más apropiado decir que la política internacional es, por lo general, un juego de suma no cero para la mayoría de los "jugadores", porque la mayoría de los gobiernos normalmente tiende a observar límites racionales en sus procesos de toma de decisiones. Pero en toda época puede haber algunos adversarios político-estratégicos que consideran sus confrontaciones entre sí como poseedoras de ciertas características análogas a aquellas que se encuentran en un juego de suma cero de dos personas. Sin duda, gran parte de la calidad de suma cero que marca a ciertas relaciones interestatales bilaterales en este siglo está en función de las actitudes ideológicas, combinadas con la dialéctica de los sistemas de comunicaciones y la política masiva. En algunos casos, los líderes pueden sentirse forzados a hablar de labios para afuera del objetivo ideológico de "la aniquilación del enemigo", aun si no tienen intención seria de embarcarse en una tarea de Armagedón durante su permanencia en el gobierno. Pero si los individuos y los grupos de un país hablan con frecuencia como si la relación bilateral fuera de juego de suma cero, su contraparte en el segundo país más tarde o más temprano hará lo mismo. Siempre será importante distinguir la forma en la cual un conflicto bilateral es considerado por los encargados de trazar políticas del gobierno, por diversos grupos sociales políticamente conscientes y por los individuos. Si un grupo ideológicamente orientado que percibe el conflicto como un juego de suma cero debiera tomar control del gobierno, el conflicto sin duda puede volverse un juego de suma cero.

Relaciones internacionales: limitaciones de la teoría de los juegos

Quienes quieran aplicar el marco de la teoría de los juegos al análisis de la política internacional deberán tener una mayor precisión de lenguaje de la que han tenido a veces en el pasado. No es suficiente decir simplemente que estamos tratando con un juego de suma no cero. Debemos definir cuidadosamente la estructura del juego que estamos discutiendo: los jugadores, las reglas y objetivos del juego; las recompensas y los valores que los jugadores les atribuyen; todo el contexto en el cual se juega el juego y la interacción de las diversas estrategias perseguidas. Un juego específico puede parecer que es un juego de suma cero a los ojos de los líderes del país, pero no a los ojos de toda la gente. Tomemos por ejemplo la Segunda Guerra Mundial tal como se la libró entre Alemania y las potencias aliadas. El objetivo estratégico de la "rendición incondicional" enunciado por Roosevelt y Churchill, por cierto hizo que la guerra pareciera un juego de suma cero para el régimen nazi de Hitler, porque este último

no podía aceptar de ninguna manera tales términos y seguir sobreviviendo políticamente, si bien el pueblo alemán podía sobrevivir a la "rendición incondicional" y soportarla como nación, si bien dividida. En resumen, cuando dos partes están luchando por objetivos mutuamente excluyentes y una tiene éxito y la otra fracasa, se trata de un juego de suma cero. Si la lucha termina en una transacción compleja que no deja a ningún partido enteramente satisfecho, pero en la cual ambas partes están dispuestas a acordar por menos que sus objetivos originales más que soportar el costo de prolongar la lucha, entonces es un juego de suma no cero. Así el carácter de suma cero o de suma no cero de un subjuego en la política internacional debe ser definido en términos de los diversos resultados alternativos y recompensas tal como los perciben los jugadores.

La diferencia entre un JSC y un JSNC no depende, contrariamente a la opinión popular, de si el juego se conceptualiza de tal forma que un lado debe sobrevivir mientras que el otro perece. Los ideólogos comunistas extremos pueden percibir su conflicto con el "capitalismo" de esta forma y también los nacionalistas árabes extremos describen la solución del problema de la "Palestina ocupada por Israel". Pero el carácter de suma cero remite exclusivamente a ganar o perder una recompensa, no necesariamente a la supervivencia de los jugadores, excepto en un extraño juego de ta-te-ti en el cual el perdedor entrega su propia vida o en un juego de ruleta rusa, que sigue hasta que un jugador muere. Afortunadamente, la mayoría de los juegos de suma cero no son absurdos, ni en el salón ni en la escena internacional. Tomemos, por ejemplo, el conflicto entre India y Pakistán por Cachemira. El control sobre esta región es la recompensa en un juego de suma cero; en la medida en que la India mantenga el control, Pakistán se ve privado de él. Pero los pakistaníes pueden seguir esperando que algún día la situación se revierta, como la persona que ha perdido un partido de ajedrez ante su oponente puede aspirar a ganar la próxima ronda. Esto plantea la interesante pregunta acerca de cuándo ambas partes en un conflicto internacional específico reconocen que el juego de suma cero ha terminado y no se volverá a jugar. Esto puede exigir un alto grado de racionalidad política poco común. La frecuente repetición histórica de juegos de suma cero entre dos estados por el control de un territorio en disputa, eventualmente puede encender las pasiones políticas a tal punto que las apuestas suban mucho más lejos que el objetivo original del juego, para incluir la integridad física de los jugadores.

Kenneth A. Oye ha sondeado la pregunta sobre qué estrategias pueden adoptar los estados para fomentar la cooperación. Empieza discutiendo cómo afectan las recompensas a las perspectivas de cooperación. Descubrió que la estructura de las recompensas en una ronda dada del juego —los beneficios de la cooperación mutua relativa a la defección mutua y los beneficios de la defección unilateral comparada con la cooperación no correspondida— es fundamental para analizar la cooperación internacional tanto en el campo de la seguridad como en el económico. Ilustra su análisis con ejemplos sacados de los juegos del Dilema del Prisionero, la Caza del Ciervo[31] y del "gallina". Subraya que "estos juegos han atraído una parte desproporcionada de la atención especializada, precisamente porque la cooperación es deseable pero no automática".[32] Advierte que la cooperación

consciente no siempre es necesaria para partes que defienden sus intereses mutuos:

> Cuando prevalece la armonía, la cooperación es innecesaria para la realización de los intereses mutuos. Cuando existen puntos muertos... el conflicto es inevitable... Cuando uno observa el conflicto, debe pensar punto muerto —la ausencia de conflicto— antes de intrigarse por el porqué no se haya realizado un interés mutuo. Cuando uno observa la cooperación, debe pensar armonía —la ausencia de ganancias al defeccionar— antes de intrigarse por cómo los Estados fueron capaces de trascender la tentación de defeccionar.[33]

Las estructuras de recompensas, entonces, son de significación crítica. Oye coincide con el hallazgo de Robert Jervis[34] de que se puede aumentar la probabilidad de cooperación a largo plazo a través de modificaciones voluntarias de la estructura de recompensas por medio de estrategias unilaterales, bilaterales y multilaterales. Entre los ejemplos se cuentan las decisiones de un gobierno de procurarse armas que son defensivas más que ofensivas, reduciendo así tanto el temor del adversario a ser atacado y las ganancias que recogería para sí lanzando un ataque; desplegar tropas a lo largo de la frontera vulnerable de un aliado para hacer la defección ya de un aliado u otro más costosa y menos probable y publicitar acuerdos de fin similar. En situaciones parecidas a un juego de una sola mano del Dilema del Prisionero, la Cacería del Ciervo y del "gallina", los estados pueden sentirse tentados de defeccionar. Los estados, sin embargo, deben considerar la larga "sombra del futuro" en la cual esperan seguir tratando entre sí. Cada defección en favor de una ganancia inmediata y única disminuye las perspectivas de cooperación; la preocupación por interacciones repetidas en el futuro las aumenta.[35]

En última instancia, es difícil en extremo —quizás imposible—, sea para la mente humana o para la computadora más grande del mundo, captar el "juego" de la política internacional en su tremenda complejidad. Un juego de salón de tres personas en el cual un número muy limitado de movidas simples y contramovidas puede hacerse, puede ser reductible al análisis matemático. Sin embargo, la relación triangular de Estados Unidos, la Unión Soviética y la República Popular China no es comparable a semejante juego de salón sino al problema de los "tres cuerpos" de la física newtoniana, que, como lo señalamos antes, todavía es insoluble por medio de una fórmula matemática precisa.[36] Más aún, es imposible concebir una relación puramente triangular en la cual las interacciones de esas tres potencias se aíslen de interacciones con Europa Occidental, Europa Oriental, Japón y otros agentes de la escena mundial. Sin embargo, si bien reconociendo las limitaciones de la teoría de los juegos, todavía podemos encontrarles un medio útil para sugerir hipótesis que pueden iluminar el estudio de las elecciones estratégicas que enfrentan los encargados de tomar decisiones de política internacional.[37]

La teoría de la negociación de Schelling

Thomas C. Schelling de la Universidad de Harvard, si bien ampliamente considerado un teórico de los juegos de primer nivel, no se preocupa primordialmente por la matemática de los juegos. Al igual que Morgenstern, empezó como economista y pronto empezó a centrar su atención en la negociación.[38] En el trabajo de Schelling encontramos una combinación de los enfoques sociopsicológico y lógico-estratégico del tema del conflicto humano, el conflicto no visto exclusivamente como la oposición a fuerzas hostiles, sino más bien como un fenómeno más complejo y delicado en el cual el antagonismo y la cooperación a menudo interactúan sutilmente en la relación adversa. Su teoría busca hacer uso de la teoría de los juegos, la teoría de la organización y la comunicación y la teoría de la prueba, la elección y la decisión colectiva. Esta teoría estratégica, según Schelling, "da el conflicto por sentado, pero también supone intereses comunes entre los adversarios; supone un modo de comportamiento 'racional' que lleva al máximo el valor y se centra en el hecho de que la 'mejor' elección de cada participante para la acción depende de lo que espere que el otro haga y que el 'comportamiento estratégico' se preocupa por influir en la elección de otro, actuando sobre sus expectativas de cómo se vinculará el propio comportamiento con el suyo".[39]

Schelling, entonces, está principalmente interesado en problemas tales como conducir negociaciones, mantener una disuasión creíble, hacer amenazas y promesas, pretender, traicionar, librar un conflicto limitado y formular políticas formales o tácitas de control de armamentos. Sus escritos reflejan la convicción de que en la mayoría de las situaciones estratégicas internacionales, la noción de juego de suma cero es simplemente de poca importancia. En su opinión, las dos superpotencias no pueden racionalmente suponerse comprometidas en una rivalidad de suma cero que pudiera ser jugada hasta las últimas consecuencias de un intercambio nuclear a toda escala. El marcador resultante de semejante juego sería con toda probabilidad no cero sino menos dos. (Si uno pregunta: "¿Menos dos qué?", la respuesta es, por lo menos: "Menos dos superpotencias".) Schelling en consecuencia no consagra demasiada atención al análisis racional de esto que en última instancia es una irracionalidad. Por cierto, su "teoría de las decisiones interdependientes", como prefiere llamarlas, se dirige menos a la *aplicación* que a la amenaza de violencia como un medio para influir en el comportamiento de la otra parte. Ir a la guerra puede ser el colmo de la locura en ciertas circunstancias, pero plantear una amenaza controlada o riesgo de guerra puede demostrar ser un movimiento estratégicamente astuto.[40]

Si bien Schelling está mucho más interesado en lo que constituye el comportamiento racional entre partes en una situación de conflicto, se aparta de la noción de que la racionalidad puede ser prolijamente medida a lo largo de una escala de utilidad cuantitativa. Esto quizás es posible respecto de la acción humana en el orden económico, en el cual un patrón monetario preciso está disponible. Pero considera el concepto de utilidad

tal como se aplica a la toma de decisiones de política y estrategia internacionales mucho más ambigua y fluida y por eso menos importante. Así, en lugar de buscar la "solución minimax" a las situaciones conflictivas, Schelling está más interesado en lo que puede llamar de forma no errada "dialéctica de la motivación". Va tan lejos como para sugerir que, aun cuando la racionalidad es un producto deseable, no siempre y en todas las circunstancias es deseable *parecer* racional:

> No es una ventaja universal en situaciones de conflicto ser inalienable y manifiestamente racional en las decisiones y la motivación... No es cierto, como lo ilustra el ejemplo de la extorsión, que enfrentado a una amenaza sea invariablemente una ventaja ser racional, especialmente si el hecho de ser racional o irracional no puede esconderse. No es invariablemente una ventaja, frente a una amenaza, tener un sistema de comunicaciones en orden, tener información completa o estar en pleno dominio de las propias acciones o de los propios capitales... La noción misma de que puede ser una ventaja estratégica conceder ciertas opciones deliberadamente o aun perder el control sobre las propias acciones futuras y hacer automáticas las propias respuestas, parece ser algo difícil de tragar.[41]

Schelling se centra especialmente en lo que a veces se llama la relación "limitadamente contraria", o lo que él mismo alude como la "teoría de la sociedad precaria o... el antagonismo incompleto".[42] Esto implica una situación en la cual las partes de un conflicto, a pesar de su oposición estratégica entre sí, perciben algún interés mutuo mínimo, aun si éste no representa más que la elusión de la aniquilación recíproca. Aun cuando, por un motivo u otro, las partes no pueden llevar adelante comunicaciones directas o abiertas entre sí, sin embargo pueden coordinar tácitamente sus movimientos fijando ciertos puntos salientes de interés común y expectativas convergentes. Ilustra la posibilidad de comunicación tácita citando varios ejemplos de relaciones no hostiles en las cuales dos partes comparten un interés en llegar finalmente al mismo lugar de reunión.

Si un marido y su mujer se separan en una tienda, cada uno puede intentar imaginarse dónde es más probable que el otro vaya para encontrarse. En otra situación, dos paracaidistas se lanzan en la misma zona a cierta distancia uno del otro. A fin de que los rescaten, deben juntarse rápidamente, pero no pueden comunicarse directamente dónde están con exactitud. Cada uno sabe, sin embargo, que el otro lleva una copia del mismo mapa de la zona, mostrando un rasgo central saliente (como un puente) que da un punto focal para el comportamiento coordinado. En un tercer ejemplo, a un número de gente de New Haven, Connecticut, se le dijo que tenían que encontrar a alguien en la ciudad de Nuva York en una fecha específica, pero no recibieron instrucciones respecto del lugar exacto o la hora. Dado que no podían comunicarse con la otra parte, tuvieron que hacer una suposición inteligente. Una mayoría de los compulsados, eligieron el mostrador de información de la Grand Central Station a mediodía de la fecha dada.[43]

Puede objetarse que respecto de esta última ilustración, la gente que toma el tren desde New Haven a Nueva York siempre pasa por Grand Central, pero esto no necesariamente vicia la validez de la teoría de Schelling. Quizás sólo sirve para demostrar que las elecciones basadas en la expectativa mutua de decisiones convergentes no sólo refleja una lógica abstracta sino también una experiencia histórica concreta: un hecho que puede ayudar a hacer más confiables las predicciones. No hay garantía, por cierto, de que este método de negociación tácita funcione en cualquier situación de dos partes particulares. Schelling modestamente sólo afirma que una selección astuta de aquellos puntos de convergencia que en la mente de una parte parece probable que sean relativamente únicos y no ambiguos, es superior a un sistema de suposiciones puramente azarosas en cuanto a un punto de acuerdo focal.

Las partes que negocian no están motivadas solamente por el deseo de coincidir. Los intereses divergentes tergiversan la búsqueda de convergencia. Pero si el acuerdo finalmente se logra, significa que las fuerzas en favor del acuerdo demostraron ser más fuertes que las fuerzas tendientes a la interrupción de la negociación. Más aún, si bien la coordinación tácita a primera vista no parece aplicable a la negociación explícita en la cual es normal la comunicación explícita, sin embargo es probable que esté presente aun en condiciones explícitas de negociación. Como ejemplos, Schelling cita la tendencia a "dividir la diferencia" en los regateos de precio y la recurrente disposición a seguir un precedente conspicuo materializado en una transacción anterior. Si bien el poder de comunicarse altera una situación de negociación, no rechaza la importancia de las expectativas convergentes y el papel de las señales objetivas coordinadas. Tras aceptar que en una lucha de negociación un lado a menudo manifiesta mayor poder o una determinación más fuerte a presionar para un acuerdo favorable unilateralmente, todavía Schelling señala que el resultado a menudo puede ser predicho "sobre la base de algún foco 'obvio' de acuerdo, algunas sugerencias contenidas en la situación misma, sin mayor atención a los méritos del caso".[44]

Schelling plantea que la limitación del conflicto no sólo es teóricamente posible sino también históricamente concreta. Los ejemplos recientes que vienen al caso incluyen la abstención mutua de usar armamento de gas en la Segunda Guerra Mundial y las diversas restricciones impuestas en la conducción de la Guerra de Corea respecto de las fronteras geográficas, la identificación política de las partes involucradas, el tipo de armas empleado y el tipo de operaciones militares permitidas. Los acuerdos tácitos, aduce, exigen términos de referencia que pueden distinguirse cualitativa y no sólo cuantitativamente. Así, Schelling querría preservar una clara barrera de fuego entre las armas nucleares y las convencionales en el campo de batalla, y no recomendaría el despliegue de armas nucleares tácticas de bajo rendimiento en Europa, como para proveer un continuum que borrara la distinción e hiciera inevitable la escalada. En resumen, los niveles sucesivos de limitación del conflicto deben carecer de toda ambigüedad, de forma que puedan ser claramente percibidos bajo las presiones de tiempo y confusión emocional que genera la crisis en cualquier sistema de toma de decisiones.[45]

Schelling también sugiere que puede ser factible hacer acuerdos previos al estallido del conflicto, que aumenten la posibilidad de que puedan observarse los límites una vez que las hostilidades están en desarrollo. Esto implica mantener canales de comunicación abiertos, clarificar de entrada la autoridad y la autenticidad de los mensajes calculados para reducir las presiones de una escalada incontrolable e identificar las partes que plausiblemente pueden actuar como intermediarias. Pero concede que hay ciertas exigencias en las estrategias de amenazas, exageraciones y disuasiones que pueden hacer que una o las dos superpotencias de la era nuclear sean remisas a entrar en planes de contingencia tales que puedan reducir el temor a una guerra sin restricciones. En otras palabras, la condición estratégica de mutua disuasión nuclear puede ser gradualmente socavada por un creciente presupuesto de que uno o los dos adversarios buscarán desesperadamente mantener la guerra limitada una vez que se ha iniciado y terminarla lo más pronto posible. Pero el hecho de que los preparativos de antemano de un lado no sean respondidos recíprocamente por el otro en el momento, no significa necesariamente que sean inútiles. El señalamiento unilateral previo puede luego demostrarse ventajoso, si el mensaje es recordado por el adversario después del inicio de la crisis.[46]

Quizás la contribución principal de Schelling a este sector de teoría de las relaciones internacionales es su énfasis en la necesidad de eludir formulaciones extremas. En un extremo del espectro él ve el juego de suma cero como el caso límite de conflicto puro, no como un punto de partida para un análisis estratégico realista. En el extremo opuesto del espectro ubica el juego de "pura colaboración" en el cual no hay intereses divergentes porque los jugadores siempre ganan o pierden juntos. Schelling está primordialmente interesado en las situaciones que hay en el medio —es decir, en esos juegos de negociación o "de motivos mezclados" que contienen elementos tanto de conflicto como de dependencia mutua, de divergencia y de convergencia de interés, de secreto y revelación— todas ellas en lo que él llama la "espiral de expectativas recíprocas"[47] que por lo general es un asunto más de cálculo psicológico que matemático.

El objetivo principal de la negociación, reitera Schelling constantemente, es que cada parte haga compromisos, amenazas y promesas creíbles para la otra parte, de manera que ésta no pueda llegar a la conclusión de que la otra está exagerando. Si el adversario piensa que uno se está dejando una avenida de retirada, él o ella no tomará con seriedad ni el propio compromiso ni la amenaza. De allí que puede haber una ventaja estratégica en hacer un compromiso abierto del cual no puede haber retirada y en comunicarle esto claramente al enemigo. Esto puede lograrse apostando la reputación a la adhesión al compromiso o la ejecución de la amenaza, o haciendo claro que si la otra parte comete un acto que uno quiere disuadirla de que haga, no tendrá ninguna flexibilidad respecto de castigar a dicha parte, simplemente porque ya ha planteado una respuesta automática que es irreversible. Esto hace la amenaza de castigo algo que no es simplemente probable sino cierto, y el adversario debe tomar esto en cuenta antes de decidir hacer un movimiento.[48] La rica variedad de sutiles problemas de señalización asociada con este tipo de juego político es lo que hace de *The Strategy of Conflict* (La estrategia del conflicto) de

Schelling uno de los trabajos más interesantes y legibles de la teoría de las relaciones internacionales.

La simulación en las relaciones internacionales

La simulación es diferente de la teoría de los juegos y del juego, si bien está vinculada con ellos. Mientras que la teoría de los juegos busca una estrategia racional y matemática óptima para jugar un juego (puramente como un juego, sin referencia al "mundo real"), la teoría de la simulación se maneja con una situación de "supongamos". Un experimento de simulación es un juego que ha sido diseñado no sólo con el fin de "jugar el juego", sino más bien con el fin de demostrar una verdad válida acerca de procesos sociales concretos, a través del despliegue de un modelo artificialmente construido pero dinámico. Así, las técnicas de simulación son esencialmente técnicas de laboratorio o esfuerzos no de laboratorio que permiten el estudio de una réplica del comportamiento humano. A través del uso de estas técnicas, los investigadores intentan aprender algo significativo sobre un fenómeno complejo de "allí afuera", que no pueden controlar, creando "aquí adentro" una versión más simplificada de un fenómeno específico que pueden controlar y que en cierta forma es análogo o isomorfo. Los especialistas en ciencias sociales hace mucho que se quejan de que es virtualmente imposible obtener del mundo real ciertos tipos de datos necesarios para verificar sus hipótesis. El método experimental de simulación representa un esfuerzo por compensar estas deficiencias de los datos.[49]

Los usos y las limitaciones de la simulación

Muchos partidarios de las técnicas de simulación están convencidos de que su mayor utilidad se da en la enseñanza. En una versión bastante conocida, la Simulación Inter-Nacional, que desarrolló como un invento educativo Harold Guetzkow, los participantes interpretan a los encargados de tomar decisiones clave en lo interno y en la política exterior de cinco o seis estados ficticios. (Ficticios más que reales pues de tal forma los sujetos pueden tomar sus decisiones en respuesta al proceso interactivo del juego, sin complicarse con presuposiciones y teorías respecto de cómo los líderes de los países concretos tienen que actuar en diversas situaciones.)[50] Los jugadores aprenden sus papeles y las situaciones de sus países leyendo informes de antecedentes. Aprenden el juego tanto orientándose dentro de sus reglas como, más aún, jugándolo. Esto, al igual que la gran mayoría de los juegos políticos, se caracteriza por la comprensión del tiempo real; por ejemplo, unas pocas horas de juego puede hacerse que representen un mes o un año de tiempo histórico. Las metas nacionales pueden darse al principio o definirse por los participantes en la medida en que el juego avanza. Periódicamente, a cada nación se le asignan recursos básicos que pueden distribuirse según las opciones de los líderes con fines internos o externos. Al margen de las metas nacionales, la acción está

guiada por el supuesto deseo de los encargados de tomar decisiones de permanecer en su cargo. Pueden ser reemplazados si la satisfacción del consumidor interno o la seguridad interna cae por debajo de un patrón mínimo que fluctúa en cierta forma arbitrariamente según reglas que permiten diferenciar regímenes totalitarios de democráticos. El juego permite tanto comunicaciones bilaterales como multilaterales: la primera a través de "mensajes restringidos", la segunda a través de un "diario mundial".[51] Los experimentos de simulación pueden implicar la alimentación periódica de una computadora con los resultados del juego, con el fin de apresurar la evaluación de las consecuencias de las decisiones según una fórmula preprogramada, pero la computarización no es necesariamente parte de la simulación.

La simulación como recurso de enseñanza

Los defensores de la simulación con fines de enseñanza aducen que la participación en un juego le permite a un estudiante involucrarse activamente en un proceso interactivo que emula rasgos básicos seleccionados de la realidad internacional. Los educadores que evalúan más alto el juego es probable que sean aquellos que creen que "hacer algo" es una experiencia de aprendizaje superior a "escuchar algo". Señalan que los juegos estimulan el interés y la motivación esencialmente porque son "divertidos"; suministran una oportunidad para los estudiantes de probar su conocimiento teórico obtenido de la lectura, las conferencias y otras fuentes; introducen a los estudiantes en las presiones concretas que interfieren en el juicio de los encargados de trazar políticas, los dilemas con que se enfrentan y las restricciones que los recursos limitados les imponen; les permiten a los estudiantes experimentar la toma de decisiones en un contexto de grupo y dan una entrevisión de un mundo de modelos que los estudiantes pueden captar más fácilmente de lo que pueden hacerlo con el sistema internacional real.[52]

La simulación como un recurso heurístico, sin embargo, no carece de críticos. Se ha señalado que puede esperarse que una proporción esencial de los estudiantes sea escéptica y esté poco interesada; que el juego puede despertar interés en la diversión del juego sin producir una actitud seria hacia el estudio de las relaciones internacionales; que los estudiantes pocas veces saben lo suficiente sobre el mundo real de la política o los papeles que se supone que desempeñarán para actuar "siquiera remotamente como lo hacen los políticos de todo el mundo al hacer funcionar sus instituciones y su maquinaria política".[53] En otros ejercicios de simulación, usados dentro y fuera del gobierno, los libretos se desarrollan para situaciones tales como crisis internacionales. Los participantes son estudiantes o inclusive encargados de trazar políticas, que juegan los papeles de encargados de tomar decisiones en estados reales tales como los Estados Unidos o la Unión Soviética.

El juego y la ciencia política

En los juegos diseñados para servirle a la ciencia política, por lo general se hace un esfuerzo por lograr la mayor proporción de "realismo" posible. Los encargados de trazar políticas profesionales generalmente sacan más ventaja de representar funcionarios de países no ficticios sino de estados concretos comprometidos en las sutilezas y complejidades del proceso interactivo internacional que los profesionales entienden mejor. Los jugadores pueden recibir instrucciones de jugar ya sea "estrategias predichas" (basadas en la forma en que se esperaría que determinados gobiernos se comportaran según la experiencia histórica) o "estrategias óptimas" (basadas en lo que el individuo considera mejor bajo las circunstancias, al margen de las restricciones existentes en lo interno y otras restricciones), o una combinación de las dos aproximaciones. A menudo, el elemento de "naturaleza" o "destino" se introduce en el juego permitiéndole al grupo de control tener en cuenta acontecimientos inesperados tales como avances tecnológicos, la muerte de líderes clave y el estallido de turbulencias civiles. De tanto en tanto el "libreto" se usará para proyectar el comienzo del juego lo suficientemente lejos en el futuro para impedir que la simulación se vea invadida por el desarrollo de las noticias del día. Los participantes han descubierto que al intervenir en un experimento lúdico de un problema internacional crítico, han adquirido una nueva perspectiva de las complejidades de las situaciones, en los giros inesperados que pueden tomar los acontecimientos y las presiones psicológico-morales-intelectuales así como las incertidumbres que acompañan el hecho de tomar decisiones de política exterior.[54] Es imposible, sin embargo, del resultado de un "juego de crisis" predecir el resultado concreto de un enfrentamiento político del mundo real, al margen de cuántas veces se juegue el juego con resultados similares.

El juego y la construcción de la teoría

El tercer uso principal de los juegos políticos se da en el área de la investigación y la construcción de teorías. Aquí el objetivo primordial no es suministrar una experiencia personal que valga la pena a través del proceso del juego sea al estudiante o a los encargados de trazar políticas, sino más bien probar hipótesis de la ciencia social. La utilidad de la simulación como herramienta para confirmar o desautorizar propuestas teóricas sobre el sistema internacional es un asunto de considerable controversia dentro del campo de la teoría de las relaciones internacionales y entre los "simuladores" mismos. Uno puede admitir que de una observación cuidadosa del comportamiento de un grupo de encargados de trazar políticas experimentados en una crisis realistamente simulada (por ejemplo, una futura crisis en Berlín), uno puede ser capaz de hacer algunas inferencias interesantes respecto de los valores políticos, los preconceptos estratégicos, las actitudes psicológicas y los métodos preferidos de manejo de la crisis

que sería probable que caracterizaran a esos encargados de trazar políticas particulares si una crisis real pronto surgiera en una forma estrechamente similar. Pero esto, después de todo, sería una forma altamente particularizada y concretizada de predicción, más adecuada para la inteligencia diplomática que para la ciencia social. El especialista en ciencias sociales está mucho más interesado en generalizaciones universalmente aplicables que en esos matices sutiles de las situaciones históricas únicas que componen la competencia intelectual especial del experto en el país y la zona. Los encargados de trazar políticas quieren saber lo más posible sobre "esta" crisis particular o situación política, a fin de poder influir favorablemente en su resultado. Los especialistas en ciencias sociales, por el otro lado, no están primordialmente orientados hacia "esta" situación. Su preocupación principal es con las generalizaciones universales y las probabilidades. ¿De qué uso puede serles la simulación en esta búsqueda más amplia?

La pregunta crucial es: ¿cuál es la relación entre un juego y la realidad? ¿Qué podemos aprender sobre el mundo político real de observar empíricamente los resultados del juego político? Un juego, después de todo, sólo es un modelo analógico, que puede o no ser equiparado parcialmente al mundo real respecto de elementos y procesos interactivos, dependiendo de la inteligencia que ha entrado en la construcción del modelo, combinada con la madurez y seriedad con la cual se juega el juego. Eugene J. Meehan de la Universidad Brandeis plantea las siguientes líneas maestras de singular utilidad:

> Si un modelo se usa como una ayuda a la explicación, entonces la interacción de los elementos en el sistema es primordial; si el modelo se usa para la predicción, el resultado de los procesos dinámicos en el modelo y en el mundo empírico deben ser similares. . . Los modelos son siempre parciales y aproximados, como lo son las analogías. Se deduce que habrá propiedades de la realidad observada que no se dupliquen en el modelo, al menos potencialmente, y siempre es posible que los modelos tengan propiedades que no se duplican en el mundo empírico. Más aún, los modelos y las analogías pueden ser útiles para crear algunas expectativas respecto de la realidad (suponiendo que tengan congruencia con la realidad) pero pueden ser bastante inútiles e inclusive conducentes al error en otros aspectos.[55]

El mundo del juego y el mundo real

La primera pregunta que se debe formular es si el juego es "isomorfo" o congruente con la realidad. Richard E. Dawson ha reconocido implícitamente la necesidad de un conocimiento político tradicional en los experimentos de simulación cuando señaló que antes de que los investigadores puedan válidamente modelar un sistema político real, tienen que saber mucho sobre el funcionamiento de dicho sistema.[56] No es suficiente que el juego sea "realista" de aspecto: en sus detalles sustanciales, un juego puede tener un parecido superficial con la situación política del mundo

real y sin embargo ser bastante diferente de la realidad al jugarlo, es decir, en sus rasgos procesales dinámicos básicos.

Richard C. Snyder pregunta si los participantes alguna vez pueden escapar de darse cuenta de que en lo que están involucrados es sólo un juego y no "la cosa real". Entonces cita pruebas que demuestran que la gente se puede absorber totalmente en el ejercicio de simulación.[57] Pero sigue teniendo validez el hecho de que la absorción total en un juego no salva necesariamente la brecha entre la simulación y la realidad. Nos enfrentamos aquí con problemas tales como la comprensión del tiempo y la presión concomitante de decisiones apuradas de una base de información esquemática; la selección de un pequeño número de naciones de todo el sistema internacional complejo; el provincialismo cultural de casi todos los experimentos de juego hasta la fecha, pues virtualmente todos los encargados de tomar decisiones han sido norteamericanos; el hecho de que las decisiones nacionales las toma un pequeño número de encargados de tomar decisiones, abstraídos completamente de todo contexto institucionalizado, y la comprensión de que la matriz de recompensa-castigo y por cierto todo el entorno sociopsicológico de la toma de decisiones en un juego son bastante diferentes de los de la vida real.

Para la guía en la construcción de modelos y la evaluación de los resultados de la interacción internacional simulada, los estudiosos de la simulación se han vuelto hacia los escritos de especialistas en otros campos, tanto tradicionales como contemporáneos, que han teorizado sobre las relaciones internacionales. De igual forma, los modelos de simulación internacional han aportado a la observación del comportamiento de los participantes-agentes en diferentes entornos y en una multiplicidad de relaciones a lo largo del tiempo. Si bien los modelos de simulación necesariamente han sido más parsimoniosos que la bibliografía de las relaciones internacionales, los estudiosos de la simulación han intentado comparar los modelos de simulación con modelos explícitos o implícitos de la bibliografía de las relaciones internacionales, a comparar los *resultados* de la simulación con descripciones empíricamente derivadas del comportamiento internacional, por ejemplo, en las simulaciones de crisis.[58]

Juego y simulación: el desarrollo de las relaciones internacionales

Para resumir, puede decirse que a los experimentos de simulación los consideran potencialmente útiles como diseños heurísticos muchos maestros de relaciones internacionales, siempre que haya disponibilidad de instalaciones adecuadas y los estudiantes estén adecuadamente motivados para aprender de ellos. Pero los juegos consumen tiempo y exigen una planificación y administración muy cuidadosas. El profesor no debe dar por sentado que la simulación en todas las circunstancias vale la pena simplemente porque "involucra activamente" a los estudiantes. Los juegos orientados hacia la política jugados por encargados de trazar políticas experimentados, también pueden resultar herramientas valiosas para la mejor comprensión de problemas específicos de política exterior, en la medida en que puedan echar luz sobre factores y sugerir alternativas que pueden de otra

forma ser desestimadas. Pero aquí, también, debemos reconocer que los mejores juegos llevan varios días o inclusive unas semanas para desarrollarse y el tiempo que los funcionarios gubernamentales pueden consagrarse a tales ejercicios es estrictamente limitado. En cuanto al uso de la simulación en la investigación y la construcción de teorías, algunos autores son más optimistas que otros acerca de la posibilidad de usar juegos políticos para convalidar hipótesis acerca del mundo político real. Pero casi todas las autoridades en esta área se impiden cautelosamente afirmar que las técnicas de simulación pueden producir cualquier capacidad predictiva. La mayoría probablemente adujera que es preciso saber mucho más antes de que la simulación pueda aceptarse como una herramienta confiable para la verificación de la teoría.

NOTAS AL CAPÍTULO 12

[1] Como Anatol Rapoport lo ha afirmado de forma bastante coherente, una teoría es una colección de teoremas, y un teorema es "una proposición que es una consecuencia lógica estricta de ciertas definiciones y otras proposiciones". "Various Meanings of 'Theory'", *American Political Science Review*, LII (diciembre de 1958), p. 973. Señala que la "psicología profunda" de Freud es "singularmente pobre en su capacidad predictiva, sea determinista o estadística" (ibídem, p. 982), pero no sugiere que el motivo para esto quizás resida en la irracionalidad básica del tema. Si uno realmente supone la irracionalidad del comportamiento, una persona al mismo tiempo debe aceptar su impredictibilidad, al menos por ahora, hasta que el comportamiento se convierta en penetrable racionalmente. En el universo social, los observadores pueden adscribirle ninguna racionalidad mayor a su propia explicación teórica de un fenómeno, que lo que están dispuestos a atribuirles a los encargados de trazar políticas que colectivamente constituyen la acción-situación o proceso que están intentando describir y explicar. Rapoport concede, sin embargo, que los especiales méritos de la teoría de los juegos derivan de su presupuesto de "jugadores perfectamente racionales" (ibídem, p. 984). Esto puede, por cierto, constituir también una gran debilidad si, por contraste con la teoría psicoanalítica freudiana, que subraya la irracionalidad, la teoría de los juegos se va al otro extremo y les da excesivo énfasis a los factores matemáticamente racionales que entran en el comportamiento de decisión humano. La noción de "captar las segundas intenciones" puede ser más psicológica que lógico-matemática. ¿Qué filosofía estratégica adoptan los buenos estrategas? ¿Juegan según el tablero o juegan según el oponente? ¿Formulan su estrategia sobre la base de un cómputo matemático de movidas disponibles o la formulan en gran medida como los expertos en guerra psicológica intentarían evaluar a su adversario? Rapoport, que es un teórico matemático-psicológico de los juegos en la Universidad de Michigan, acepta que la teoría pura de los juegos es esencialmente matemática y por ello no contiene incertidumbres. "Si bien el drama de los juegos de estrategia está fuertemente vinculado con los aspectos psicológicos del conflicto, la teoría de los juegos no se preocupa por estos aspectos. La teoría de los juegos, por así decirlo, juega según el tablero. Se preocupa sólo por los aspectos lógicos de la estrategia. Prescribe la misma línea de juego contra un maestro que contra un novato." "The Use and Misuse of Game Theory", *Scientific American*, CCVII (diciembre de 1962), p. 110.

[2] Martin Shubik: *Games for Society. Business and War: Towards a Theory of Gaming* (Nueva York, Wiley, 1964), pp. 50-56.

[3] Los detalles de un juego sencillo pueden ayudar al estudiante a tener una idea del juego. Llamémoslos Defensores y Atacantes. Los últimos pueden atacar cualquiera de las dos ciudades. Los Defensores pueden proteger plena-

mente sólo una. Si los Defensores eligen la ciudad adecuada y enfrentan a los Atacantes, éstos serán destruidos. Si los Defensores eligen una ciudad y los Atacantes la otra, la ciudad es destruida. Martin Shubik: "The Uses of Game Theory", en James C. Charlesworth, comp.: *Contemporary Political Analysis* (Nueva York, The Free Press, 1967), p. 247.

[4] Martin Shubik: "Game Theory and the Study of Social Behavior: An Introductory Exposition", en Martin Shubik, comp.: *Game Theory and Related Approaches to Social Behavior* (Nueva York, Wiley, 1964), pp. 15-17.

[5] Martin Shubik: "The Uses of Game Theory", en Charlesworth, comp.: op. cit., p. 248. Ver también su *Games for Society, Business and War*, pp. 93-97. "Los problemas sociales, políticos y económicos", señala Shubik, "casi siempre piden una formulación de suma no cero". Ibídem, pp. 97-98.

[6] La matematización de utilidades o preferencias de valor siempre es un asunto insustancial. Aun respecto de los juegos de suma cero, Thomas C. Schelling señala que los sistemas de valores de dos individuos son inconmensurables. "Si dos nobles feudales juegan a las cartas, uno para perder su pulgar si pierde y el otro para perder la vista, el juego es 'de suma cero' (en la medida en que a ninguno le importa la ganancia del otro) y puede no haber forma de comparar lo que se arriesgan a perder. Precisamente *porque* sus sistemas de valores son inconmensurables, si sus intereses son estrictamente opuestos, podemos arbitrariamente representarlos por escalas de valor que hacen que el marcador de recompensas en cada casilla sume cero." "What is Game Theory?", en Charlesworth, comp.: op. cit., p. 216. Un enfoque que contrasta con el de Schelling está presentado por Morton A. Kaplan en su discusión del trabajo de Duncan Luce y Howard Raiffa. En un análisis de varios juegos, Kaplan coincide con Luce y Raiffa en que en ciertos juegos el resultado será determinado por la *psicología* de los jugadores. "A Note on Game Theory and Bargaining", en Morton A. Kaplan, comp.: *New Approaches to International Relations* (Nueva York, St. Martin's Press, 1968), pp. 507-509.

[7] Pueden hallarse muchas descripciones del Dilema del Prisionero. Ver A. W. Tucker y P. Wolfe, comps.: *Contribution to the Theory of Games*, vol. III, Annals of Mathematic Studies, Nº 30 (Princeton, Princeton University Press, 1957); R. Duncan Luce y Howard Raiffa: *Game and Decisions* (Nueva York, Wiley, 1957), pp. 94 y sigs.; Anatol Rapoport y A. M. Chammah: *Prisoner's Dilemma* (Ann Arbor, University of Michigan Press, 1965) y Martin Shubik: "The Uses of Game Theory", en Charlesworth, comp.: op. cit., pp. 264-268. El problema de la "confianza y la "sospecha" entre jugadores de los juegos de motivaciones mezcladas ha sido tratado por Morton Deutsch: "Trust and Suspicion", *Journal of Conflict Resolution*, VII (septiembre de 1963), pp. 570-579. Dos psicólogos de la Universidad Estatal de Kent realizaron experimentos de juego en una variante del Dilema del Prisionero en la cual separaron la "tentación" (es decir, el deseo de obtener la recompensa más grande al ser el único que abandona) de la "desconfianza" (es decir, el temor de que el otro quisiera ser el único que defecciona) y descubrieron que la "tentación" es una fuente más probable de comportamiento no cooperativo que la "desconfianza". V. Edwin Bixenstine y Hazel Blundell: "Control of Choices Exerted by Structural Factors in Two-Person, Non-Zero-Sum Games", *Journal of Conflict Resolution*, X (diciembre de 1966), especialmente p. 482.

[8] Daniel R. Lutzker: "Sex Role, Cooperation and Competition in a Two-Person, Non-Zero-Sum Game", *Journal of Conflict Resolution*, V (diciembre de 1961), pp. 366-368. Ver también Philip S. Gallo, Jr., y Charles G. McClintock: "Cooperative and Competitive Behavior in Mixed-Motive Games", *Journal of Conflict Resolution*, IX (marzo de 1965), pp. 68-78, y J. T. Tedeschi y otros: "Start Effect and Response Bias in the Prisoner's Dilemma Game", *Psychonomic Science*, 11 (1968).

[9] David W. Conrath: "Sex Role and 'Cooperation' in the Game of Chicken", *Journal of Conflict Resolution*, XVI (septiembre de 1972), pp. 433-443. Para diferencias adicionales y sutiles vinculadas con el sexo, ver William B. Lacy: "Assumptions of Human Nature, and Initial Expectations and Behavior as Mediators of Sex Effects in Prisoner's Dilemma Research", *Journal of Conflict Resolution*, 22 (junio de 1978), pp. 269-281.

[10] Conrath: op. cit., p. 434.

[11] Ibídem, p. 442.

[12] C. Nemeth: "A Critical Analysis of Research Utilizing the Prisoner's Dilemma Paradigm for the Study of Bargaining", en Leonardo Berkowitz, comp.: *Advances in Experimental Social Psychology*, vol. 6 (Nueva York, Academic Press, 1972), p. 204. Ver también Jeffrey Pincus y V. Edwin Pixenstine: "Cooperation in the Decomposed Prisoner's Dilemma Game: A Question of Revealing or Concealing Information", *Journal of Conflict Resolution*, XXI (septiembre de 1977), pp. 510-530.

[13] Barry Schlenker y Thomas Bonoma: "Fun and Games: The Validity of Games for the Study of Conflict", *Journal of Conflict Resolution*, 22 (marzo de 1978), pp. 14-15. El número de diciembre de 1975 del *Journal of Conflict Resolution* tiene siete artículos sobre el tema.

[14] Martin Shubik: *Games for Society, Business and War*, p. 32.

[15] Anatol Repoport y C. Orwant: "Experimental Games: A Review", *Behavioral Science*, VII (enero de 1962), pp. 1-37.

[16] Abraham Kaplan: "Mathematics and Social Analysis", *Commentary*, VII (septiembre de 1952), p. 284. Los recovecos matemáticos y psicoestratégicos de los juegos de tres personas pueden apreciarse leyendo a William H. Riker: "Bargaining in the Three-Person Game", *American Political Science Review*, LXI (septiembre de 1967), pp. 642-656.

[17] Para reflexiones teóricas de la formación y disolución de coaliciones, ver Capítulo 10 y los siguientes trabajos: George F. Liska: *Nations in Alliance: The Limits of Interdependence* (Baltimore, Md., The Johns Hopkins Press, 1962); William R. Riker: *The Theory of Political Coalitions* (New Haven, Yale University Press, 1962); Julian R. Friedman, Christopher Bladen y Steven Rosen: *Alliance in International Studies* (Boston, Allyn & Bacon, 1970); Swen Groennings, E. W. Kelley y Michael Leiserson, comps.: *The Study of Coalition Behavior: Theoretical Perspectives and Cases from Four Continents* (Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1970), y Martin Shubik: *Games for Society, Business and War*, pp. 49-51, 149-151, 170 y 259-260.

[18] Martin Shubik: *Games for Society, Business and War*, p. ix.

[19] Ver Capítulo 11, p. 468.

[20] William D. Coplin: *Introduction to International Politics: A Theoretical Overview* (Chicago, Markham, 1971), pp. 258-269.

[21] Joseph Frankel: *Contemporary International Theory and the Beahvior of States* (Nueva York, Oxford University Press, 1973), p. 96.

[22] John W. Burton: "Resolution of Conflict", *International Studies Quarterly*, 16 (marzo de 1972), pp. 5-30.

[23] Glenn H. Snyder: "Prisoner's Dilemma and 'Chicken' Models in International Politics", *International Studies Quarterly*, 15 (marzo de 1971), p. 84. Para un análisis de las diferencias cualitativas entre el Dilema del Prisionero y las concepciones del bien público del comercio internacional (o, para decirlo de forma diferente, políticas arancelarias de "pordiosero mi vecino" versus políticas que benefician el bien común más amplio de la comunidad internacional), ver John A. C. Conybeare: "Public Good, Prisoner's Dilemma and the International Political Economy", *International Studies Quarterly*, 28 (marzo de 1984), pp. 5-22.

[24] Anatol Rapoport: *Strategy and Conscience* (Nueva York, Harper & Row, 1964), pp. 48-52.

[25] Ver Steven J. Brams: *Game Theory and Politics* (Nueva York, The Free Press, 1975), pp. 39-47; Thomas C. Schelling: *Arms and Influence* (New Haven, Yale University Press, 1966), pp. 120-123.

[26] Ibídem, p. 121.

[27] Martin Shubik: *Games for Society, Business and War*, p. 37.

[28] Steven J. Brams: op. cit., p. 42.

[29] R. Harrison Wagner: "The Theory of Games and the Balance of Power", *World Politics*, 38 (octubre de 1968), p. 547.

[30] Ibídem, pp. 574-575.

[31] Jean-Jacques Rousseau inventó la analogía de la Cacería del Ciervo para demostrar la dificultad de la cooperación en la anarquía internacional. Si todos los miembros de una partida de caza trabajan juntos para atrapar al ciervo, todos comerán bien. Pero uno o más pueden cazar un conejo que pasa, con el resultado de que todos comen menos bien y algunos quizás nada. *The First and Second Discourses* (Nueva York, St. Martin's Press, 1964), pp. 165-167.

[32] Kenneth A. Oye: "Explaining Cooperation Under Anarchy: Hypotheses and Strategies", *World Politics*, XXXVIII (octubre de 1985), p. 6.

[33] Ibídem, p. 7.

[34] Robert Jervis: "Cooperation Under the Security Dilemma", ibídem, 30 (enero de 1978).

[35] Kenneth A. Oye: op. cit., pp. 9-13.

[36] Pierre Maillard: "The Effect of China on Soviet-American Relations" en *Soviet-American Relations and World Order: The Two and the Many*, Adelphi Papers, Nº 66 (Londres, Institute for Strategic Studies, 1970).

[37] Steven J. Brams: op. cit., p. 50.

[38] Thomas C. Schelling: *National Income Behavior: An Introduction to Algebraic Analysis* (Nueva York, McGraw-Hill, 1951), y "An Essay on Bargaining", *American Economic Review*, XLVI (junio de 1956), pp. 281-306.

[39] Thomas C. Schelling: *The Strategy of Conflict* (Nueva York, Oxford University Press, 1963), p. 15.

[40] Ibídem, p. 15. Schelling señala que "los internos de los hospitales mentales a menudo parecen practicar, deliberada o instintivamente, sistemas de valores que los hacen menos susceptibles a las amenazas disciplinarias y más capaces de ejercer coerción ellos mismos". Una actitud autodestructiva expresada como una amenaza ("Me cortaré una vena del brazo si no me permites...") puede poner a una persona "irracional" en una posición ventajosa frente a una "racional". Ibídem, p. 17.

[41] Ibídem, pp. 18-19.

[42] Ibídem, p. 15.

[43] Para este y otros ejemplos análogos, ver ibídem, pp. 53-58.

[44] Ibídem, p. 68. Ver también pp. 71-74, donde habla del "lugar de descanso mutuamente identificable", cuya búsqueda caracteriza tanto la negociación tácita como explícita. "Si uno ha de hacer una concesión finita, que no ha de ser interpretada como capitulación, tiene que tener un lugar obvio para detenerse." Ibídem, p. 71.

[45] Ibídem, pp. 74-77.

[46] Ibídem, pp. 77-80. Para otras discusiones de Schelling de los problemas de limitar un conflicto, ver su "Reciprocal Measures for Arms Stabilization", en Donald G. Brennan, comp.: *Arms Control Disarmament and National Security* (Nueva York, Braziller, 1961); ver también Thomas C. Schelling y Morton H. Halperin, *Strategy and Arms Control* (Nueva York, The Twentieth Century Fund, 1961), especialmente caps. 2 y 8.

[47] Thomas C. Schelling: *The Strategy of Conflict*, p. 87.

[48] Ibídem, pp. 22-46, 119-139. "Difícilmente nada epitomice el comportamiento estratégico en el juego de motivaciones mezcladas tanto como la ventaja de ser capaz de adoptar una modalidad de comportamiento que la otra parte dará por sentada." Ibídem, p. 160.

[49] Richard C. Snyder: "Some Perspectives on the Use of Experimental Techniques in the Study of International Relations", en Harold Guetzkow y otros: *Simulation in International Relations: Developments for Research and Teaching* (Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1963), pp. 2-5.

[50] A la noción de vincular las decisiones de los juegos a factores de personalidad se le dio una interesante aplicación inversa en un estudio diseñado para investigar el uso de una situación histórica concreta para convalidar la simulación. Se hizo un esfuerzo (con resultados en cierta forma no concluyentes) por seleccionar participantes para los papeles de tales figuras como Edward Grey, Raymond Poincaré, el Kaiser y el Zar, equiparando lo más posible las características de personalidad. Ver Charles F. Hermann y Margaret G. Hermann: "An Attempt to Simulate the Outbreak of World War I", *American Political Science Review*, LXI (junio de 1967), especialmente pp. 404-405.

[51] Harold Guetzkow: "A Use of Simulation in the Study of Inter-Nation Relations" en Guetzkow y otros: op. cit., pp. 24-38. Esta es una reimpresión de su artículo que apareció en *Behavioral Science*, V (julio de 1959). Para una descripción de juegos de estudiantes que involucraban una crisis internacional específica, ver Lincoln P. Bloomfield y Norman J. Padelford: "Three Experiments in Political Gaming", *American Political Science Review*, LIII (diciembre de 1959), pp. 1107 y sigs.

[52] Chadwick F. Alger: "Use of the Inter-Nation Simulation in Undergraduate Teaching", en Guetzkow y otros: op. cit., pp. 152-154.

[53] Bernard C. Cohen: "Political Gaming in the Classroom", *Journal of Politics*, XXIV (mayo de 1962), p. 374. Cohen es bastante escéptico respecto de lo que los estudiantes encuentran interesante en el juego, así como sobre su nivel de conocimiento político, su deseo serio de emular a los encargados de tomar decisiones reales, y su disposición siquiera a observar las reglas básicas del juego, comparados con su determinación a alardear con sus conocidos personales que se supone que representan "países extranjeros". Para pruebas de que la simulación no es superior al estudio de casos como recurso de enseñanza, ver James A. Robinson y otros: "Teaching with Inter-Nation Simulation and Case Studies", *American Political Science Review*, LX (marzo de 1966), pp. 53-65.

[54] Herbert Goldhamer y Hans Speier, en Rosenau, comp.: *International Politics: Foreign Policy: A Reader in Research and Theory* (Nueva York, The Free Press, 1961), pp. 499-502. Richard E. Barringer y Barton Whaley informan que "el juego político-militar es una experiencia muy intensa y vívida, aparentemente para los individuos más sofisticados", que las reflexiones que en él se obtienen dependen en gran medida del conocimiento y experiencia del participante y que el juego sugiere alternativas políticas *no anticipadas*. "The M.I.T. Political-Military Gaming Experience", *Orbis*, IX (verano de 1965), pp. 444-448.

[55] Eugene J. Meehan: *Contemporary Political Thought: A Critical Study* (Homewood, Illinois, Dorsey, 1967), pp. 31-32.

[56] Richard E. Dawson: "Simulation in the Social Sciences", en Harold Guetzkow, comp.: *Simulation in Social Sciences* (Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1962), pp. 13 y sigs.

[57] Richard C. Snyder: "Some Perspectives on the Use of Experimental Techniques in the Study of International Relations", pp. 12-14.

[58] Ver, por ejemplo, William D. Coplin: "Inter-Nation Stimulation and Contemporary Theories of International Relations", *American Political Science Review*, IX (septiembre de 1966), pp. 562-578; Richard W. Chadwick: "An Empirical Test for Five Assumptions in an Inter-Nation Simulation about National Political Systems", *General Systems*, XII (1967), pp. 177-192; Walter C. Clemens, Jr.: "A Propositional Analysis of the International Relations Theory in Temper - A Computer Simulation of Cold War Conflict", en William C. Coplin, comp.: *Simulation in the Study of Politics* (Chicago, Markham, 1968), pp. 59-101.

Capítulo 13

ESTUDIOS INTERNACIONALES: HACIA EL TERCER MILENIO

E. H. Carr ha sugerido que "cuando la mente humana empieza a ejercitarse en algún campo, se produce un estadio inicial en el cual el elemento de deseo o fin es abrumadoramente fuerte y la inclinación a analizar los hechos y los medios, débil o inexistente".[1] Sea cual sea la validez de esta afirmación en el desarrollo de otras disciplinas, describe el crecimiento de las relaciones internacionales, especialmente en sus años formativos entre las dos guerras mundiales.[2] Desde principios del siglo XX, el estudio de las relaciones internacionales ha pasado a través de tres estadios, que pueden caracterizarse como utópico, realista y conductista, o para decirlo de otra forma, normativo, empírico-normativo y conductista-cuantitativo.[3] Para fines de los años sesenta, el estudio de las relaciones internacionales ha entrado en una cuarta fase.[4]

En esta fase cuarta o postconductista, la búsqueda de conceptos y metodologías de otras disciplinas sigue, pero con menos certidumbre u optimismo sobre el resultado de tales esfuerzos que en la fase precedente. Si bien el énfasis sigue aplicado en los estudios comparados en muchos niveles y unidades de análisis, ha habido un interés renovado en los esfuerzos por superar la brecha entre teorías normativas y conductista-cuantitativas, y entre teoría y política. Lejos de haber alcanzado un consenso sobre un paradigma para la construcción de la teoría en la década de 1990 y más allá, las relaciones internacionales parecían haberse vuelto más fragmentadas en los años ochenta. Más que haber dado un marco ampliamente aceptado para el análisis basado en el consenso metodológico, las fases a través de las cuales han pasado las relaciones internacionales han llevado por el contrario a cuestionar si las "nuevas" teorías de las últimas décadas no son simplemente en su mayor parte reformulaciones de viejas ideas o "vino viejo en odres nuevos".[5]

La crítica conductista

Que la crítica actual del estado de la teoría de las relaciones internacionales contenga debates tan fundamentales sobre las perspectivas de avances teóricos es de gran importancia, pues hace sólo una generación se tenía una amplia esperanza en la fase conductista de que los avances paradigmáticos y metodológicos produjeran grandes salidas teóricas. Si en los años cincuenta el realismo político en gran medida había

reemplazado a la orientación utópico-normativa temprana en el estudio de las relaciones internacionales y así el campo había pasado de su primer estadio al segundo de su desarrollo, una nueva generación de especialistas ya no estaba más satisfecha que sus predecesores con los modelos de análisis prevalecientes. Entonces como ahora, gran parte de la bibliografía de las relaciones internacionales reflejaba una insatisfacción con el estado del campo que los ulteriores esfuerzos teóricos no han disminuido significativamente.[6] Debería recordarse que en el estadio conductista-cuantitativo del desarrollo de las relaciones internacionales, estaban presentes esencialmente los siguientes temas críticos:

1. Las primeras aproximaciones sólo tenían utilidad limitada en la identificación y análisis de problemas importantes, porque las herramientas de investigación con que contaba el profesional de la investigación tradicional se consideraban rudimentarias. Aun cuando los especialistas de orientación tradicional habían identificado los problemas más importantes, no los habían formulado de forma tal como para reforzar las perspectivas de su investigación sistemática y científica.

2. La teoría tradicional se había basado en modelos de sistemas internacionales que diferían fundamentalmente del mundo contemporáneo. En consecuencia, suministraba conceptos inadecuados para la construcción de una teoría dirigida al sistema internacional existente o en emergencia.

3. Dado que la capacidad explicativa y predictiva de las teorías de las relaciones internacionales es limitada, estas teorías no pueden utilizarse con gran confianza, sea por el especialista o el encargado de trazar políticas, para evaluar el presente o predecir el futuro. Los especialistas y, en mayor medida, los encargados de trazar políticas, se remitían en consecuencia a soluciones pragmáticas para problemas específicos e inmediatos.

4. La bibliografía de las relaciones internacionales está repleta de presupuestos no comprobados e implícitos sobre el comportamiento humano y la conducta internacional.

5. Muchos de los términos más ampliamente usados en las relaciones internacionales, tales como *equilibrio de poder* y *seguridad colectiva*, tanto como *conflicto*, *integración* y *poder* los emplean en formas virtualmente incompatibles diferentes especialistas e inclusive el mismo especialista. Tal uso contribuye no sólo a la confusión teórica, sino que también dificulta la comunicación dentro de la disciplina.[7]

6. La ausencia de un acuerdo ampliamente aceptado sobre el uso de la terminología impide el desarrollo de una bibliografía acumulativa sobre las relaciones internacionales. Hemos señalado este problema en varios capítulos, especialmente en nuestro estudio del poder, la toma de decisiones, el conflicto y la integración. Como inclusive los especialistas orientados hacia el conductismo-cuantitativo a menudo no han abordado ellos mismos conceptos similares, teorías, paradigmas e hipótesis, y los especialistas de orientación más tradicional han supuesto el carácter único de los acontecimientos, la elaboración de un cuerpo de generalizaciones sobre los fenómenos internacionales ha avanzado sólo a tropezones, para unos demasiado lentamente, para otros en absoluto.

7. La disponibilidad de metodologías cuantitativas y marcos conceptuales tomados o adaptados de otras disciplinas, supuestamente suministra las armas para grandes progresos en la construcción de la teoría. El advenimiento de las computadoras y las tecnologías avanzadas de almacenamiento de la información, retención y análisis, se dice que refuerza las perspectivas de probar la teoría y supuestamente provee oportunidades sin precedentes para desarrollar la teoría de las relaciones internacionales. Dado que la conducción de la investigación en las relaciones internacionales, como en otras disciplinas, por lo general ha estado fuertemente influida por especialistas jóvenes, impacientes con la sabiduría convencional de sus mayores, las "brechas de credibilidad" y las "brechas generacionales" surgen periódicamente, como lo han hecho desde los años cincuenta. Semejante brecha, para fines de los años setenta, estaba basada en parte en una división entre aquellos que le asignaban primacía a la teoría empírico-analítica y los partidarios de la teoría normativa, y entre aquellos que les atribuían más o menos importancia a las técnicas cualitativas o cuantitativas de investigación y análisis. Al final de la década de los años ochenta, la brecha parecía aún más profunda, pues se extendía a la discusión de si era posible el acuerdo paradigmático en sí mismo.

Si bien los presupuestos de los autores tradicionales a veces no se manifestaban explícitamente, la "sabiduría convencional" de las relaciones internacionales ha contenido una serie de presupuestos que los especialistas, especialmente desde los años cincuenta, han cuestionado y buscado someter a examen más sistemático.

1. Alguna vez se supuso que las naciones eran soberanas en sus asuntos internos y que las potencias extranjeras no podían ejercer gran influencia interna sobre ellas. Claramente, un modelo tal no se adecua al sistema internacional contemporáneo y quizás nunca suministró una conceptualización adecuada, porque los estados, por legalmente soberanos que sean, siempre han enfrentado problemas internos que surgen del efecto de acontecimientos que se originan fuera de sus fronteras. Realmente, desde fines de los años sesenta, ha surgido una floreciente literatura cuyos autores han buscado examinar los "vínculos" entre los sistemas nacional e internacional, y estudiar sistemas políticos "penetrados" cuyas políticas internas son influidas por acontecimientos que están más allá de sus fronteras.[8] En los años ochenta, la adecuación de tales conceptos fue cuestionada en un mundo que se decía caracterizado por una "interdependencia en cascada".[9]

2. Como se señaló al comienzo de este capítulo, la crítica de nuestra comprensión del sistema internacional contemporáneo, vinculada a su vez a la inadecuación de los modelos o las teorías heredados del pasado, se

basa en gran medida en supuestos cambios —estructurales, de procedimiento y sustanciales—, especialmente ocurridos en la generación pasada, en el sistema internacional.[10] El sistema internacional de fines del siglo xx, por primera vez en la historia, es global por naturaleza. Se dice que incluye como rasgo central variantes de último momento de los temas militares y de seguridad tradicionales, junto con nuevos temas cargados de conflictos, como se señala a continuación. Pero también contiene una gama cada vez más amplia de problemas, algunos de los cuales están asociados con la economía —la política de la economía y las dimensiones económicas de las relaciones políticas— en un contexto Norte-Sur y en las relaciones entre los estados industrializados. Algunos temas son transnacionales por naturaleza, como se destaca más adelante en este capítulo y en otras partes de este texto.

Se dice que el sistema internacional de fines del siglo xx contiene un gran número de fuerzas diversas, divergentes e incompatibles —nacionalismo-internacionalismo, cosmopolitismo-provincianismo, poder-bienestar, crecimiento económico-redistribución, interdependencia-dependencia, integración-desintegración— todas las cuales aumentan la complejidad de la tarea que enfrentan los especialistas y los encargados de trazar políticas.

3. Las unidades de toma de decisiones, según se suponía en los modelos que proponían la centralidad de un enfoque de la toma de decisiones de un agente nacional, no estaban sometidas a grandes tensiones internas y conflictos respecto de objetivos, políticas y la naturaleza del interés nacional, y se hicieron pocos esfuerzos por estudiar el proceso de toma de decisiones como tal, especialmente con el uso de modelos tales como los de la política burocrática y la decisión incremental, los que obtuvieron creciente importancia en los años setenta y más allá. Sin embargo, especialmente desde la Segunda Guerra Mundial, la bibliografía sobre política exterior les ha acordado un lugar prominente a los factores internos que influyen en las relaciones exteriores y, especialmente, desde los años sesenta, a una variedad de modelos de toma de decisiones,[11] incluidos aquellos que abarcan factores burocráticos señalados en el Capítulo 11.

4. El presupuesto tradicional era que sólo las naciones-estado eran los agentes de la política internacional. El surgimiento de las organizaciones internacionales en el nivel global y regional, la creciente importancia de las empresas multinacionales y de otros agentes no estatales, incluidos —especialmente desde los años setenta— los movimientos terroristas y revolucionarios y la expansión de los contactos transnacionales y las nociones de interdependencia, les han dado un nuevo conjunto de dimensiones a las relaciones internacionales, reflejadas en la bibliografía, como se señaló en nuestros capítulos anteriores.

5. El comportamiento político en un contexto internacional, se suponía, difiere fundamentalmente del comportamiento político dentro de la unidad nacional. En consecuencia, los estudios del comportamiento político internacional podían ser separados del análisis de la actividad política dentro de la unidad nacional. La distinción entre el comportamiento interno e

internacional surgía principalmente de un modelo en el cual la toma de decisiones estaba centralizada en el primer caso y descentralizada en el segundo. Los gobiernos dentro de las unidades nacionales tienen un monopolio de las capacidades coercitivas de las unidades, por contraste con la descentralización de la toma de decisiones y las capacidades coercitivas en el sistema internacional. Cada vez más, los especialistas han subrayado las similitudes más que las diferencias entre el proceso político en el nivel nacional e internacional, si bien las distinciones de centralización-descentralización todavía parecen importantes, en un sentido abstracto, para delinear las relaciones internacionales y los estudios de otros fenómenos políticos. Desde los años cincuenta, el interés especializado en los sistemas políticos de las zonas menos desarrolladas, en las cuales las lealtades tribales a menudo compiten con las fuerzas de modernización, y el poder político efectivo sigue descentralizado, ha contribuido a una revaluación de los viejos conceptos sobre el carácter único de los procesos políticos internacionales según se contraponen con aquellos de otros niveles.

De importancia capital para el presente debate paradigmático sigue siendo la necesidad percibida de identificar a los agentes no estatales y analizar sus respectivos papeles en el sistema internacional de fines del siglo xx. Richard W. Mansbach y John A. Vásquez demandan el reemplazo del paradigma centrado en el Estado por uno que se base en temas, con las políticas definidas como "la distribución autoritaria de valores a través de la resolución de temas, es decir, a través de la aceptación y puesta en práctica de una propuesta (s) para librarse de las contingencias que implica el tema en discusión".[12]

Se sugiere que los agentes de la política internacional abarquen entidades que van desde individuos que funcionan en su propio provecho hasta grandes colectividades que tienen estrategias y metas en común, y que trabajan en colaboración entre ellas. De interés directo es el proceso por el cual los temas se definen, abordan y resuelven dentro y entre las entidades de muchos tipos, estatales y no estatales, que componen el paradigma del sistema internacional. A este respecto, Mansbach y Vásquez citan y se hacen eco del llamado de John W. Burton en favor de un nuevo paradigma en el cual el estudio de las relaciones internacionales sería reemplazado por el estudio de la sociedad mundial. En la perspectiva de Burton, el concepto de sociedad mundial puede verse mejor "si lo delimitamos, sin referencia a fronteras políticas, y por cierto sin referencia a cualquier frontera física".[13] Richard K. Ashley va tan lejos como para preguntar, en su crítica al paradigma centrado en el Estado, ¿cómo "se coordinan las acciones, las energías se conciertan, se aplaca la resistencia y las fronteras de conducción se imponen de forma tal que se hace posible y sensato simplemente representar una multiplicidad de sociedades internas, cada una entendida como una identidad coherente, subordinada a la observación de un solo centro interpretativo, el Estado soberano"?[14] En esta perspectiva, semejante paradigma es claramente inadecuado en una época de vasta interacción transnacional por parte de una variedad de agentes no estatales.

La investigación en relaciones internacionales, como se ha señalado a lo largo de este libro, ha estado guiada por una diversidad de conceptos,

teorías, modelos y paradigmas. Un estudioso de la historia de la ciencia, Thomas S. Kuhn, ha sugerido que en las ciencias naturales, los períodos de "revoluciones científicas" han alternado con eras de "ciencia normal". Un conjunto de conceptos ha suministrado la base para un conocimiento acumulativo sólo descartable eventualmente y sustituido por otro paradigma. Define las revoluciones científicas como "episodios de desarrollo no acumulativo en los cuales un paradigma anterior es reemplazado en su totalidad o en parte por uno nuevo incompatible".[15] Según Arend Lijphart, las relaciones internacionales han seguido tal modelo de desarrollo.[16] El paradigma tradicional, basado en concepciones de la soberanía estatal y la anarquía internacional, fue desafiado, como se señaló antes, aunque un gran cuerpo de teorías sobre las relaciones internacionales ha evolucionado, si bien datan de la Antigüedad, suministrando así una "base para una tradición coherente de investigación".[17] La revolución científica materializada en la fase cuantitativa-conductista se basaba en un gran número de nuevos enfoques y metodologías. Se suponía que la caracterización de Kuhn del cambio paradigmático en las ciencias naturales era igualmente aplicable en las ciencias sociales. A su vez, el paradigma que eventualmente emergía en el estudio de las relaciones internacionales formaría la base para avances teóricos más amplios basados en la aplicación generalizada de metodologías acordadas para preguntas importantes de investigación.

En los años ochenta y hasta la presente década, la búsqueda de un paradigma adecuado continuó dividiendo profundamente las relaciones internacionales como campo o disciplina. La fragmentación paradigmática que se ha producido a fines del siglo xx es parte de un rechazo, necesario como puede ser, de un sistema internacional con el Estado como su unidad central. En la medida en que un paradigma centrado en el Estado era dominante, había un amplio acuerdo en que el centro adecuado de las relaciones internacionales era el estudio de los temas que producían, contribuían a o se asociaban con la guerra y la paz en un sistema horizontalmente organizado y anárquico de estados, algunos de los cuales eran grandes potencias y otros agentes menores. Desde los años setenta, como lo han señalado K. H. Holsti y otros, el paradigma centrado en el Estado ha enfrentado desafíos más allá de los que surgían de la emergencia de agentes no estatales y la extensión del sistema, por primera vez, a un sistema global. El paradigma centrado en el Estado tiene como foco principal la preocupación por la "guerra, la paz y el orden", mientras que una de sus principales competidoras, la teoría de la dependencia (discutida en el Capítulo 6), se preocupa por temas de "desigualdad, explotación e igualdad. La conexión empírica entre guerra y desigualdad sigue siendo problemática".[18] El presente debate paradigmático trae a primer plano los desacuerdos acerca de los problemas que han de abordarse con prioridad, tanto como las "ideas fundamentales diferentes" acerca de las unidades adecuadas de análisis, los procesos importantes y el tipo de contexto en el cual tienen lugar las acciones y los procesos".[19] Según Philippe Braillard, que se "caracteriza por la ausencia de un paradigma y por el hecho de que hay varios modelos explicativos generales enfrentados entre sí, varias concepciones de su 'objeto', una situación que se dice que es característica de todo el campo de investigación cubierto por las ciencias sociales".[20]

Otros críticos de los años ochenta fueron tan lejos como para cuestionar si el avance científico planteado por Thomas Kuhn y ampliamente aceptado durante la fase cuantitativa-conductista describe con precisión el proceso de construcción de la teoría en las ciencias sociales por contraste con la ciencia natural. En opinión de Kuhn, se ha sugerido antes en este capítulo, los avances silenciosos se dan de tal forma que un paradigma dominante es reemplazado por otro, cada uno de los cuales a su vez ofrece un marco de investigación intelectual, estableciendo una agenda de investigación y, como consecuencia, suministrando una base para el crecimiento del conocimiento y la teoría científica. El reemplazo de un paradigma por otro se da como consecuencia de la incapacidad del paradigma dominante entonces existente para dar cuenta de importantes fenómenos. Sin embargo, la evolución de la teoría, a continuación del rechazo de un paradigma existente, depende, en el marco de referencia de Kuhn, de la capacidad de la comunidad de especialistas de lograr acuerdo sobre un nuevo paradigma como la base para una investigación futura. Supuestamente, el actual período de fragmentación en las relaciones internacionales representa un preludio necesario a la emergencia de un consenso paradigmático eventual sobre el cual la agenda de investigación de principios del siglo xx puede construirse. Desde el punto de vista del presente, sin embargo, puede ser igualmente plausible sugerir que la fragmentación de las teorías de las relaciones internacionales simplemente refleja el sistema global heterogéneo de fines del siglo xx, incluido el crecimiento de una comunidad de especialistas que es política, ideológica y geográficamente diferente y más difusa que en una era anterior. En tal caso, las perspectivas para la formación de un paradigma acordado sobre el cual se pueda basar la investigación especializada, parece haber retrocedido en la generación final de este siglo.

A pesar de todas las discusiones sobre la inadecuación del paradigma tradicional durante la fase cualitativa-conductista, su desaparición no dio surgimiento a un paradigma alternativo que pudiera haber formado la base necesaria para avances teóricos. De hecho, según Yale H. Ferguson y Richard Mansbach: "Aunque presentados como un paradigma, los estudios conductistas se preocupaban por cuestiones de metodología más que de teoría, y han tenido escaso efecto en la forma en la cual los fenómenos internacionales se conciben".[21] Los conductistas pusieron el acento en los métodos de investigación diseñados para comprobar hipótesis pero sin referencia a un paradigma acordado sobre el cual pudiera basarse una teoría acumulativa en el sentido descripto por Kuhn. Entre tanto, la revolución cuantitativa-conductista coincidió con la emergencia de un sistema internacional que contenía muchos más agentes y caracterizado por una mayor diversidad y complejidad que en cualquier momento anterior.

La heterogeneidad del sistema internacional de fines del siglo xx está reflejada no sólo en la dificultad para desarrollar un paradigma adecuado sino también en los diversos enfoques del estudio de las relaciones internacionales. Si las relaciones internacionales constituyen una interdisciplina,

su alcance es global. El surgimiento de nuevos agentes en muchas partes del mundo elevará la globalización del estudio de las relaciones internacionales: su transformación de una bibliografía que se ha visto fuertemente influenciada por los especialistas de Europa Occidental y Estados Unidos hacia un foco global mucho más amplio. Como consecuencia de dicho cambio, la perspectiva de cualquier paradigma acordado y abarcador o teoría unificada es probable que disminuya más que se refuerce en los años futuros. Por ejemplo, Hayward R. Alker, Jr., y Thomas J. Biersteker sugieren la necesidad de abarcar tal diversidad considerando las relaciones internacionales como la "intersección y unión de los enfoques conductistas-científicos, marxistas dialécticos, y tradicionales".[22] En parte debido a las profundas divisiones políticas del mundo, "ningún enfoque de investigación aislado se las ha arreglado para obtener aceptación mundial, o imponer una interpretación intelectual globalmente compartida, en este siglo de desorden".[23] De allí proponen que el estudio de las relaciones internacionales sea conceptualizado como formando una tríada dialéctica entre el enfoque tradicional, el radical-marxista y el conductista, donde cada uno genera sus propios programas de investigación similares a paradigmas y evalúa los resultados según sus propios criterios.

No necesitamos coincidir en que los enfoques que enumeran formarán las fuerzas dominantes que configuren el estudio futuro de las relaciones internacionales para aceptar la noción de diversidad como la caracterización más probable de los esfuerzos por construir una teoría de las relaciones internacionales del próximo siglo. Sin embargo, la globalización del estudio de las relaciones internacionales, con una diversidad de enfoque de los paradigmas, plantea la pregunta del nivel hasta el cual, aun más en las ciencias sociales que en las ciencias físicas, la especialización objetiva puede avanzar en un nivel universal si no existe una libertad de investigación equivalente. Si los especialistas no pueden examinar críticamente sus propios sistemas políticos, es difícil que puedan hacer contribuciones seminales a la teoría de las relaciones internacionales. Planteado de forma diferente: la teoría "occidental" de las relaciones internacionales ha surgido en sociedades que ofrecen la base necesaria para la libertad académica de investigación. En cualquier caso, dada la diversidad global, semejante problema es probable que configure el estudio de las relaciones internacionales dentro de unidades políticas que disfrutan de mayores o menores cantidades de libertad de investigación intelectual.

La naturaleza de la investigación cuantitativa-conductista y su legalidad posconductista

Las tendencias básicas que caracterizaron las relaciones internacionales en su estadio conductista cuantitativo pueden resumirse de la siguiente forma:

1. La adaptación de teorías, proposiciones, marcos conceptuales, metodologías e ideas de otras disciplinas, incluidas en particular la sociología, la psicología social, la ciencia administrativa de gestión, la psicología, la antropología, la economía y la matemática;

2. un intento por vincular fenómenos de otras disciplinas a fenómenos supuestamente similares de nivel internacional, que toma las dos formas que esencialmente se refuerzan entre sí del examen de los fenómenos internacionales por: a) el uso de marcos conceptuales, teorías y proposiciones por las cuales los fenómenos similares de otras disciplinas han sido examinados y b) el análisis comparativo de fenómenos tales como el conflicto, la integración, la negociación y la disuasión en el contexto internacional o en otro y en diversos campos;
3. una focalización en los problemas de las unidades de análisis, incluidos los intentos por distinguir conceptual y metodológicamente entre el encargado de tomar decisiones individual, el Estado, los subsistemas internacionales y el sistema internacional en sí mismo;
4. un esfuerzo por trazar distinciones netas entre la macroteoría o la gran teoría y las llamadas instancias intermedias de teorización, y una tendencia de los especialistas a centrarse explícitamente en uno u otro nivel de la teoría;
5. un mayor esfuerzo por adoptar una perspectiva comparada en el estudio de las relaciones internacionales que ha tenido esencialmente dos dimensiones: a) un análisis comparado de los fenómenos en un contexto contemporáneo y b) un intento sistemático por comparar diversos aspectos de las relaciones internacionales en un contexto histórico y trazar comparaciones entre fenómenos contemporáneos e históricos;
6. la focalización en problemas de recolección de datos, un intento por explotar de forma más hábil los datos existentes, desarrollar nuevos recursos y construir archivos o bancos de datos equipados con instalaciones para el almacenamiento y la recuperación de materiales para uso de los especialistas;
7. un aumento en la gama de metodologías, pero una falta de consenso en cuanto a cuáles son más adecuadas para el estudio de los fenómenos internacionales, y
8. un esfuerzo más consciente por vincular la investigación a la construcción de la teoría, incluido el desarrollo de criterios de importancia para la investigación y la afirmación de problemas y su investigación de forma tal que haga posible para otros especialistas imitar o duplicar dicha investigación e intentar desarrollar un conocimiento que sea acumulativo.

Una importante contribución de la investigación cuantitativa, según se ha sugerido, ha sido la producción de hallazgos que separan "las concepciones útiles de las relaciones internacionales de aquellas que son inadecuadas".[24] Se dice que incluyen inventarios, si bien preliminares, de las "causas y efectos del poder nacional, las características políticas del dilema internacional, el apoyo nacional al supranacionalismo y la integración y la dinámica del conflicto-cooperación".[25] Desde este enfoque, la investigación cuantitativa ha tenido como consecuencia la reformulación y puesta a prueba de proposiciones de la bibliografía anterior.

El problema del alcance, la metodología, la naturaleza de la teoría y la importancia de otras disciplinas en el estudio de las relaciones internacionales sigue sin resolverse, si bien la fase posconductista se ha caracterizado por el reconocimiento de la necesidad de diversos enfoques, tanto cualitativos como cuantitativos, para construir una teoría de las relaciones internacionales. Entre las críticas a la investigación cuantitativa-conductista está su supuesta propensión a estudiar áreas de temas para las cuales los datos no son fácilmente obtenibles.[26] Los críticos de algunas de las tendencias delineadas arriba han dudado del alcance hasta el cual los acontecimientos u otros fenómenos políticos pueden tratarse como similares. Más aún, el escepticismo sigue en lo relativo a si los problemas más importantes de las relaciones internacionales pueden hacerse operativos para que se puedan desarrollar indicadores adecuados de naturaleza cuantitativa.[27] Los autores de este libro llegan a la conclusión de que el dogmatismo acerca de tales temas, sean "tradicionales" o "conductistas", hace poco para reforzar el desarrollo de las relaciones internacionales. Tal dogmatismo, tanto como el foco en las cuestiones de método y alcance, indica la incertidumbre que tienen los estudiosos de las relaciones internacionales acerca de las técnicas adecuadas y los puntos focales de análisis, tanto como los paradigmas mismos. El tema no es si una metodología u otra, una forma de teorizar o la otra o un punto focal analítico o el otro son adecuados. Lejos de ser mutuamente excluyentes, las metodologías alternativas y los intereses de investigación —cualitativos y cuantitativos— son potencialmente factores que se refuerzan el uno al otro.[28] Parece obvio que el único criterio adecuado para juzgar los enfoques alternativos es el nivel hasta el cual cumplen la tarea de investigación específica planteada para ellos.[29]

Grandes puntos focales de la investigación contemporánea

Varios puntos focales importantes de investigación a lo largo de la última generación indican los intereses de los especialistas en las fases conductista-cuantitativa y posconductista de las relaciones internacionales. En otros capítulos, hemos examinado la teoría de los sistemas, tanto como las teorías del conflicto, la integración y la toma de decisiones, todas las cuales se han remitido a otras disciplinas en su conceptualización y en sus metodologías.[30] Especialmente en los años sesenta, la teoría general de los sistemas, por ejemplo, tuvo un importante impacto en los esfuerzos de teorización de un macronivel, tanto como las teorías de mediano alcance de la toma de decisiones, el conflicto y la integración, si bien para fines de los años setenta, como se señaló en el Capítulo 4, había considerable escepticismo acerca de la utilidad futura de la teoría de los sistemas para los estudios internacionales, si bien un marco teórico alternativo en el macronivel no la había reemplazado.

Los escritos sobre el conflicto y la integración ilustran el crecimiento tanto de un centro comparativo como cuantitativo basado en la teoría de los sistemas. La bibliografía de los años sesenta y la ulterior generación manifestó interés en comparar tales fenómenos en un contexto internacional, con fenómenos supuestamente similares en otros escenarios. Los escritos de estos campos, tanto como los que usan la teoría de los sistemas, indicaban el crecimiento del interés en ensanchar tanto la base de datos como el foco de preocupación no sólo a materiales comparativos sino también a momentos de tiempo en el pasado reciente y distante. Los estudios que emplean la teoría general de los sistemas y la teoría de la toma de decisiones, en especial, reflejan la preocupación de desarrollar de forma más explícita unidades definidas de análisis. Central aún para los modelos de sociedad global y las teorías de la dependencia —un punto vital para el desarrollo de la teoría desde principios de los años setenta—, es la noción de interacción entre las entidades que son objeto de investigación. Si según los defensores de los modelos de sociedad mundial, el comportamiento Estadocéntrico no suministra una base adecuada o apropiada para la investigación, entonces las unidades adecuadas para el estudio son los agentes o procesos que supuestamente contribuyen al hambre, la pobreza, la dependencia económica, la estratificación social, la opresión política y en última instancia el conflicto humano, dado que constituyen elementos interactivos crucialmente importantes.

Los esfuerzos por construir la teoría de las dos últimas generaciones han producido varias macroteorías, o grandes teorías. En la ciencia política, las formulaciones de Almond y Easton de los años sesenta ilustran conceptualizaciones en el macronivel, el sistema político. En las relaciones internacionales, la teoría realista y la teoría general de los sistemas representan aproximaciones a la macroteoría. El realismo ha sido un esfuerzo de teorización en el macronivel porque sus defensores por lo general buscaron aislar una variable —es decir, el poder—, a fin de explicar y predecir una amplia gama de comportamientos internacionales. Además de su focalización en el poder como variable crucialmente importante, el realismo daba marcos para el análisis, tanto de la política internacional como de la política exterior o, para decirlo de forma diferente, suministraba conceptualizaciones, tanto en el nivel del sistema internacional (macroteoría) y del agente nacional. En el nivel del sistema internacional, los autores realistas a menudo usaban un marco de equilibrio de poder clásico similar al modelo del equilibrio de poder ulteriormente desarrollado de manera más formal por Morton A. Kaplan y discutido en el Capítulo 4. La bibliografía neorrealista desde fines de los años setenta ha subrayado tanto la perdurable importancia del poder y el efecto de la estructura sistémica —lo que Hedley Bull y Kenneth Waltz, entre otros, llamaban un sistema anárquico— sobre la latitud a disposición de los agentes para configurar sus políticas y acciones. En su dimensión más amplia, el neorrealismo de los años ochenta representaba un intento por enfrentarse con las controversias paradigmáticas y metodológicas que han pasado por el panorama de la teoría de las relaciones internacionales y así derivar de la tradición realista un enfoque teórico capaz de explicar lo más plenamente posible el sistema global de fines del siglo XX y más allá de él.

Los realistas de cuño tradicional se preocupaban por los elementos de poder nacional, y con fines comparativos desarrollaban un esquema clasificatorio para analizar la capacidad respectiva de las naciones, si bien en

el caso de por lo menos un preeminente teórico-profesional, Henry A. Kissinger, se hizo el esfuerzo por vincular el comportamiento de la política exterior con modelos alternativos de "statu quo" y sistemas políticos revolucionarios, respectivamente. Así, los defensores del realismo tomaron cuenta de lo que J. David Singer ha denominado el "problema del nivel de análisis" en las relaciones internacionales,[31] se preocuparon por el análisis tanto en el nivel sistémico internacional como en el nivel de los estados individuales y su política exterior. Por cierto, la elaboración más amplia de niveles de análisis se encuentra en el trabajo de Kenneth Waltz[32] y, en especial, su realismo estructural discutido en el Capítulo 3 de este texto. Al construir sobre conceptualizaciones que delinean diversos niveles de análisis, los defensores de la teoría neorrealista han buscado, desde fines de los años setenta, delinear proposiciones acerca del efecto independiente de las estructuras sistémicas internacionales en el comportamiento de política exterior de las unidades interactuantes.

Muchos de los esfuerzos de teorización de la generación pasada y de antes aún representan "islas" de teoría que pueden (o no) estar vinculadas un día en una gran teoría de las relaciones internacionales, si bien, como lo hemos visto, no hay consenso entre los teóricos acerca del paradigma apropiado, o las metodologías, para una gran teoría o de macronivel de las relaciones internacionales. Tal acuerdo, si eventualmente surge, es probable que sea el resultado de un avance conceptual que forma la base de tal acuerdo, señalando el camino hacia la integración teórica de las "islas" de teoría existentes y estableciendo prioridades acordadas para la investigación futura y el análisis de datos. Cómo tal vinculación puede tener lugar, sea alargando las "islas" existentes o creando nuevas "islas" teóricas a través de un gran avance hacia la macroteoría dentro de la cual las teorías de mediano alcance pudieran vincularse, ha sido objeto de debate entre los especialistas en ciencias sociales. El énfasis de los años setenta en los esfuerzos de construcción de teorías estrechas en las llamadas islas de teoría, produjo a su vez una preocupación en que las dimensiones más grandes de la teoría en el macronivel —la vinculación de las islas en la gran teoría— serían descuidadas. Sea cual fuere la comprensión, rápidamente fue superada en los años ochenta por los debates en el nivel más amplio sobre la adecuación de los paradigmas existentes del sistema global. Es probable que tales temas queden sin resolverse durante algún tiempo en el futuro. Por fundamental que sea para el desarrollo de la teoría en el macronivel, la misma diversidad y complejidad de las relaciones internacionales a fines del siglo XX hace dicho acuerdo paradigmático menos que probable y, simultáneamente, hace sumamente importante la necesidad de avances teóricos, siempre que sea posible en el micronivel. Es posible, si bien en ningún sentido seguro, que el desarrollo de teorías más adecuadas surja de los esfuerzos de los especialistas tanto en el macro como en el micronivel.

Las expectativas de grandes progresos han demostrado ser prematuras. Juzgados por tal criterio, los resultados de los esfuerzos de construcción de teorías de la fase conductista-cuantitativa y la ulterior, por cierto han sido débiles. La investigación en curso en la fase presente no muestra ninguna seguridad de registrar más que modestos incrementos en la construcción de una teoría acumulativa de las relaciones internacionales. Quizás por este motivo, una concepción más amplia de la naturaleza del crecimiento del conocimiento y la teoría acumulativa ganó adherentes en los años setenta, especialmente entre aquellos comprometidos con el estudio científico de las relaciones internacionales. Según esta concepción, la reconceptualización de las teorías existentes —el desarrollo de una variedad de metodologías y bases de datos, y la búsqueda constante de conocimiento a través de la investigación en más de un nivel de análisis— representa en sí misma una contribución a la teoría acumulativa. Como propulsor de esta concepción más amplia, Bruce Russett plantea que debería hacerse un esfuerzo mayor para vincular y expandir diversas "islas" de teoría a través de una investigación gradual detallada de problemas específicos. Al mismo tiempo, sin embargo, es dudoso, como lo sugiere Russett, que una "aplicación estrecha y exclusiva del modelo acumulativo produzca ventajas marginales comparables a aquellas que se podrían esperar de mantener, junto con ello, un ataque de base más amplia sobre la teoría y la sustancia de las relaciones internacionales".[33]

El estudio posconductista de las relaciones internacionales

Las tendencias prevalecientes en la teoría de las relaciones internacionales en el estadio "posconductista" reflejan los intereses del amplio y variado grupo de especialistas de fines del siglo XX, incluyendo:

1. No sólo el constante esfuerzo por delinear la naturaleza y el alcance de las relaciones internacionales, sino también un intento por establecer las relaciones internacionales más firmemente como un campo de estudio "autónomo". Aun cuando los problemas de alcance, definición y conceptualización siguen en gran medida sin resolverse, tales temas han sido reemplazados por un renovado énfasis en los debates esenciales de la fase precedente, en contraste con los metodológicos.
2. Los tipos de teorización adecuados para construir teorías con capacidad explicativa y predictiva mayor, quizás por la comprensión de los años setenta de que los análisis cuantitativos y cualitativos eran indispensables para el desarrollo de la teoría.
3. La división del trabajo entre investigación "básica" y "aplicada" y la cuestión de la "importancia" de la investigación en relaciones internacionales para los problemas internacionales cruciales de fines del siglo XX.
4. Los esfuerzos por desarrollar vínculos más precisos entre diversos niveles de análisis (o "agentes") a lo largo del "continuum" desde lo microcósmico (el individuo) a lo macrocósmico (el sistema internacional).
5. Un debate de crecientes proporciones e intensidad sobre el paradigma apropiado para la conducción de investigaciones, tal como se discutió anteriormente en este capítulo.

En resumen, el desarrollo de una amplia gama de metodologías, junto con la investigación y los intereses esenciales de la generación pasada, pueden haberles dado una estatura en cierta forma mayor a las relaciones internacionales como campo de estudio o disciplina, si bien no ha tenido como consecuencia un acuerdo acerca de una agenda o marco de investigación adecuado sobre el cual pudiera avanzar la investigación en un sentido más amplio. En cualquier caso, dada la naturaleza de las relaciones internacionales, subsiste la necesidad al menos tan grande como lo había sido de continuar remitiéndose a otras disciplinas más antiguas que se han concentrado en problemas de interés central para las relaciones internacionales. En especial, incluyen la antropología, la economía, la historia, la ciencia política, la psicología, la administración pública, la psicología social y la sociología.[34] Las relaciones internacionales se están convirtiendo, si ya no lo han hecho, en una disciplina —o interdisciplina— que incorpora, se apoya en y sintetiza reflexiones de la mayoría, si no todas, de las ciencias sociales y, cuando es adecuado, de las ciencias naturales y físicas.[35] Semejante condición es probable que siga siendo una característica de los esfuerzos de construcción de una teoría de las relaciones internacionales en los años que lleven al próximo siglo.

Intereses sustanciales en emergencia

Es probable que varios intereses sustanciales específicos sigan siendo dominantes en los esfuerzos por construir teorías de las relaciones internacionales, por lo menos durante la próxima década. A la luz de la razón de ser de las relaciones internacionales desde sus años más tempranos, junto con la gran cantidad de temas cargados de conflictos y la disponibilidad de armas de poder letal sin precedentes para un creciente número de estados y de agentes no estatales, los problemas de la guerra y la paz no cesarán de atraer la atención principal de los especialistas y los encargados de trazar políticas, si bien tales estudios formarán parte de una disciplina cuyo foco global abarca otros temas y prioridades sin precedentes en su cantidad y diversidad. En los años futuros, el estudio de la teoría del conflicto diferirá de los enfoques anteriores en gran medida por el punto focal, las técnicas, las metodologías, los marcos conceptuales y las bases de datos empleados en la construcción de la teoría. La sociología, la psicología y quizás inclusive la psiquiatría pueden realizar importantes reflexiones sobre las motivaciones del terrorismo y los secuestros que tanto han prevalecido en la parte final del siglo XX, y así suministren conocimientos sobre el comportamiento social y político con consecuencias políticas potencialmente importantes. La utilización de hallazgos de la psicología sobre la teoría de la personalidad y los efectos de las variables organizativas en el comportamiento social y político, supuestamente podrían contribuir a una mayor comprensión de varios problemas importantes de las relaciones internacionales, incluidos el conflicto, la integración (como construcción de comunidades), y la toma de decisiones. Algunas de las áreas temáticas prometedoras que merecen una investigación ulterior para los fines de construcción de la teoría se elaboran brevemente a continuación.[36]

Conflicto

Hay una relativa escasez de conocimiento respecto de la relación entre la agresión internacional e intrasocial, y aquellos estudios, especialmente de naturaleza cuantitativa, completados desde principios de los años setenta, han fracasado en dar reflexiones definitivas. Se dice que las causas del conflicto están en cada uno de los niveles de análisis —la estructura del sistema internacional, los estados y las estructuras internas, los agentes no estatales y los individuos que en última instancia forman las entidades políticas más grandes. Las preguntas que quedan para ser respondidas adecuadamente son aquellas que hace mucho han sido de central importancia. ¿En qué medida, por ejemplo, las causas de conflicto están en las circunstancias estructurales, institucionales y otras del entorno? ¿En qué sentido, por contraste, es un conflicto la manifestación de diferencias políticas que, una vez resueltas, llevan a una disminución de las tensiones y el fin del conflicto? ¿Podemos estudiar el conflicto de forma más productiva haciendo de él la variable independiente o dándoles primacía a las diferencias políticas? A lo largo de la generación pasada, el conflicto intrasocial ha surgido en muchos estados, incluidos, como se ha señalado en otra parte de este texto, algunos de aquellos política e industrialmente avanzados. La emergencia de grandes cantidades de nuevas entidades y otros grupos en el proceso político, junto con la creciente disponibilidad y letalidad de las armas, como consecuencia de los avances en la tecnología, sin duda acelerarán y exacerbarán el conflicto en diferentes niveles de intensidad. ¿Cuáles son las consecuencias de los diversos modos y niveles de desarrollo socioeconómico para la incidencia de las tensiones, el conflicto y la violencia, tanto como para la estabilidad y la inestabilidad, dentro de las unidades que componen el sistema internacional? Esta última pregunta es de prolongado interés para aquellos especialistas que han estudiado el conflicto y en especial la revolución, como se señaló en el Capítulo 8. El conflicto intrasocial es importante para la investigación de las relaciones internacionales, no sólo porque da origen a un gran número de agentes no estatales en el fin del siglo XX —grupos que buscan un cambio revolucionario dentro de los estados existentes y, en algunos casos, la formación de nuevas entidades políticas— sino también porque a menudo conduce a la interacción por parte de potencias externas intervinientes. Finalmente, ¿qué papel juegan los medios electrónicos para moldear las actitudes respecto de temas de cooperación internacional y conflicto, détente y crisis y para establecer y acelerar los vínculos internos-internacionales, especialmente en sociedades tales como Estados Unidos y aquellos otros países que tienen sistemas políticos pluralistas y altos niveles de desarrollo tecnológico?

Tales preguntas han sido el objeto de investigación en la última década, si bien el análisis, en especial, de las consecuencias de las noticias televisivas para configurar la opinión pública o la política exterior, sigue en su niñez. Pero ha habido un interés renovado de sustanciales proporciones en los análisis geopolíticos o geoestratégicos y en los estudios de la rela-

ción entre recursos, crecimiento, población, tecnología, alimentos y el entorno, como se señala en los capítulos 2 y 8. Tal interés fue el resultado de la gran importancia atribuida a la energía y otros temas de recursos en los años setenta, tanto como de la revitalización de los análisis neomalthusianos del impacto de las restricciones de recursos en la población y el conflicto en ese momento y a posteriori.

Integración

El estudio de la integración —de interés perdurable para los estudiosos de las relaciones internacionales, especialmente desde el trabajo de David Mitrany en el período de entreguerras— sigue atrayendo la atención de los especialistas. La creación de organizaciones internacionales en los niveles global y regional en la generación posterior a la Segunda Guerra Mundial, no sólo contribuyó a un creciente interés en el estudio de la integración, sino que también suministró una fuente importante de datos para la investigación especializada. En los años setenta, la creciente importancia de las empresas multinacionales, junto con el interés, entre los especialistas, en los agentes no estatales, sumó todavía otro objeto de estudio a las relaciones internacionales.[37] La emergencia de esta entidad coincidió con la publicación de numerosos libros y estudios en forma de artículos basados en propuestas, en especial neofuncionalistas, y que analizaban las relaciones transnacionales entre las entidades no gubernamentales y en un mundo que se suponía era cada vez más interdependiente, con crecientes cantidades de relaciones a través de las fronteras entre unidades oficiales y no gubernamentales. La conceptualización de la interdependencia y su relación con conceptos de integración y de poder, atrajeron el interés de los especialistas en los años setenta, tanto como en los ochenta la atención se centró en el papel de los estados hegemónicos en la configuración de regímenes en el nivel internacional, dentro del cual las relaciones cooperativas se desarrollan y se sostienen. (Ver capítulos 3 y 10.) Hace poco tiempo, el análisis de régimen ha sido un punto focal de la atención académica, no ya como una contribución mayor a la teoría de la integración —cosa que no es—, sino por el contrario como base para estudiar y entender los marcos, normas, procedimientos de decisión y procesos de tales áreas temáticas como la diplomacia, la defensa, la economía y la ley, dentro de los cuales los modelos colaborativos evolucionan en respuesta a las necesidades internacionales. Las relaciones pautadas caracterizadas como regímenes, sin duda constituyen la base de estructuras y procesos más integrados. En este sentido, el análisis de regímenes se centra en el estudio de las relaciones que son el resultado de una necesidad mutua y el interés en un sistema internacional, que lleva a niveles más altos de integración. También suministra una base para analizar y evaluar el comportamiento o desempeño de las organizaciones internacionales y sus diversos marcos institucionales. Como consecuencia, se ha sugerido, tal estudio "se ha vuelto más teórico, más riguroso en un sentido de ciencia social y ha generado una comprensión mejor del fenómeno general de la cooperación internacional".[38]

Las teorías existentes de integración política tienen una considerable deuda intelectual con los estudios anteriores del nacionalismo tanto como de cibernética y teoría de los sistemas. El estudio de las condiciones normativas de la comunidad política, especialmente característico de las relaciones internacionales en su primer estadio, dio lugar a casos de estudios específicos y análisis comparativos de integración, tanto en los niveles global y regional, si bien los especialistas preocupados por el desarrollo de una teoría empíricamente sustentada, generalmente tenían un fuerte interés en las consecuencias normativas de la integración si no un compromiso filosófico. El trabajo más temprano, especialmente de Karl Deutsch, sobre las transacciones como indicadores de integración, llevó a otros esfuerzos más, especialmente en los años setenta. Tales estudios, discutidos en el Capítulo 10, examinaban y en ciertos casos refinaban las relaciones entre transacciones tales como intercambios de gente y flujos comerciales, modelos de comunicación y asociaciones y comportamiento de votación en las organizaciones internacionales.

Se hicieron esfuerzos, más aún, para conceptualizar de forma más plena el vínculo entre el crecimiento institucional, la cooperación intergubernamental y las actitudes de elite y de masa, es decir, considerar la integración como un fenómeno que tiene dimensiones institucionales y de actitud. Sigue habiendo una necesidad de mayor claridad definicional y conceptual en la bibliografía de la integración. Ésta es una tarea a la cual se han vuelto los estudiosos de las relaciones internacionales en la generación pasada. El refinamiento neofuncionalista de las proposiciones respecto del derrame, por ejemplo, es ilustrativo. El logro de un mayor acuerdo entre los autores acerca de la naturaleza de la integración, sus componentes necesarios y los estadios y reglas de transformación por las cuales se logra, pueden contribuir a mayores avances en el conocimiento sobre la construcción y desintegración de comunidades políticas. Existe la necesidad de desarrollar una teoría, o teorías, de la integración que abarquen la interacción entre las elites oficiales (encargados de tomar decisiones gubernamentales), las elites no oficiales (grupos y agentes no gubernamentales importantes) y el nivel de las masas. En qué medida, si es que se da en alguna, puede tener lugar la integración, o al menos puede ser presionada hacia adelante de forma decisiva, por parte de las elites no gubernamentales? ¿En qué nivel, y en qué estadio de un proceso integrativo, es indispensable para el éxito el apoyo en cada uno de estos niveles? Más aún, una teoría de la integración adecuada a las necesidades del futuro probablemente debería basarse en la conceptualización, incluido un modelo de proceso, cómo y cuándo lleva el proceso integrador de una condición de separación a una condición definida como comunidad política y cuáles son los estadios e indicadores importantes que están presentes durante el proceso de integración.

Fuerzas subnacionales

Si un impulso importante de la bibliografía especializada y el pensamiento en la teoría de las relaciones internacionales ha estado construyendo unida-

des políticas más allá del estado-nación, hay pruebas de que los especialistas y los encargados de trazar políticas han descuidado un fenómeno especialmente saliente de la generación pasada: la emergencia de fuerzas centrífugas dentro de las unidades nacionales existentes. Ni las naciones desarrolladas ni los estados en desarrollo han sido inmunes al surgimiento del nacionalismo lingüístico-étnico. Aun unidades tales como el Reino Unido, Francia y Estados Unidos, donde la bibliografía de ciencias políticas, en su sabiduría convencional, hace largo tiempo desestimó a las fuerzas que buscaban el separatismo en favor de presupuestos sobre la homogeneidad de la población y, en el caso de Estados Unidos, el "crisol", han enfrentado fuerzas desintegradoras. Otros estados que incluyen, por ejemplo, a Canadá, Chipre, Bélgica, Nigeria, India, Pakistán, Sri Lanka y el Zaire, se han visto sitiados por movimientos separatistas que a veces han tenido como resultado luchas comunales violentas y, en algunos casos, aún la secesión y la guerra civil, que han planteado preguntas acerca de su futuro político. Si la década posterior a la Segunda Guerra Mundial se caracterizó por un movimiento hacia la organización regional tal como se refleja en la bibliografía de las relaciones internacionales, le siguió un período de insatisfacción por parte de los pueblos de muchas partes del mundo con las unidades políticas en las cuales viven. El surgimiento a la conciencia política de mayores cantidades de grupos antes aquiescentes, en los años futuros es probable que refuerce los problemas que enfrentan las entidades políticas en muchas partes del mundo. Por cierto, como se señaló en otro apartado de este capítulo, una de las fuerzas principales que configura el sistema global de fines del siglo xx es la búsqueda por parte de grandes cantidades de grupos, en todas partes del mundo, de un mayor poder, *status* y reconocimiento.

Si bien las causas de este fermento son complejas, aquellos que han manifestado insatisfacción con el "statu quo" aspiran a tales metas a fin de: 1) obtener una mayor voz en el proceso de toma de decisiones de las unidades existentes, 2) lograr en algunos casos una mayor descentralización de poder, o 3) reemplazar las unidades existentes con estructuras completamente nuevas. El fin del siglo xx es una era de oposición al gran tamaño de las unidades, que refleja las fuerzas impersonales de la burocracia y la tecnología, una era en la que se amplió la bibliografía sobre la tecnología y la sociedad y, en especial, sobre los efectos de la tecnología en las estructuras políticas, sociales y económicas.[39] Enfrentamos varias fuerzas conflictivas, algunas de las cuales, tales como la tecnología, les dan ímpetu a unidades políticas más grandes; otras contribuyen a la perpetuación de las unidades políticas existentes y todavía otras refuerzan las perspectivas de fragmentación de las unidades actuales. El estudio de tales fuerzas, junto con el trazado de formas políticas que reconcilien la necesidad de un gran tamaño con el deseo de los pueblos de libertad respecto de los controles centralizados, es una tarea que enfrentarán los especialistas en relaciones internacionales y los encargados de trazar políticas por igual en los próximos años de este siglo y más allá todavía. Al menos, sin embargo, una comprensión de la naturaleza de la integración como consecuencia de una conceptualización más adecuada, como se ha señalado antes, podría llevar a obtener

reflexiones profundas sobre el proceso por el cual las unidades existentes se fragmentan, tanto como las condiciones necesarias de integración.

Los estudios internacionales comparados y la toma de decisiones

El esfuerzo por examinar los vínculos entre la política exterior y la política interna, tanto como entender los determinantes internos e internacionales de la política exterior, reflejan el crecimiento en el interés por los estudios internacionales comparados. En los años setenta se puso mayor énfasis en el estudio comparativo de la política exterior, si bien tal interés de ninguna forma era nuevo en las relaciones internacionales. La búsqueda de marcos teóricos para la toma de decisiones y especialmente para la conceptualización e investigación a casi dos generaciones de Richard C. Snyder[40] y sus asociados, tanto como los esfuerzos de Wolfram F. Hanrieder y James N. Rosenau,[41] son indicativos de tal interés. Los análisis de datos-acontecimiento, junto con el estudio de la toma de decisiones, especialmente en condiciones de crisis, son ilustrativos del interés manifiesto desde principios de los años setenta en el estudio comparativo de la política exterior. Como en otras zonas, tales como el conflicto y la integración, numerosas propuestas sobre comportamiento en la toma de decisiones (ver Capítulo 11), han sido generadas y comprobadas con resultados inciertos. El vínculo potencial entre teoría y política en los estudios de toma de decisiones en crisis, especialmente desde principios de los años setenta, contribuyó a un creciente interés en indicadores de crisis que pudieran estar a disposición de los encargados de trazar políticas oficiales. La capacidad de un análisis de la inteligencia y otros datos importantes con el uso de indicadores de crisis habría tenido consecuencias obvias tanto para el manejo de la crisis como para la toma de decisiones y para el desarrollo de teorías más adecuadas de manejo de la crisis, escalada, reversión de la escalada, comunicaciones y otros fenómenos vinculados con motivos de interacción entre y dentro de las unidades de toma de decisiones.

Especialmente desde fines de los años sesenta la investigación sobre toma de decisiones se ha centrado en el desarrollo de modelos, junto con la conducción de investigaciones diseñadas para comprobar hipótesis. Como se señaló en el Capítulo 11, la toma de decisiones en condiciones de crisis ha seguido atrayendo la atención. Gran número de hipótesis se han comprobado, algunas de las cuales usan datos-acontecimiento basados en el análisis de modelos de interacción entre unidades de decisión opuestas en el nivel internacional durante períodos de crisis. Se ha hecho un esfuerzo, más aún, para trazar conclusiones sobre el comportamiento de crisis y el manejo de la crisis desde el estudio comparado tomado del pasado reciente y distante. Sin dudas, tales análisis suministran una base para reforzar nuestro conocimiento de la crisis en su dimensión internacional.

En una colección de estudios que informa sobre la investigación de la crisis internacional realizada a fines de los años sesenta, incluida la toma de decisiones, Charles F. Hermann enumeraba 311 hipótesis. Incluyen los efectos de la tensión, la fatiga y las restricciones sobre el tiempo disponible para la búsqueda de cursos alternativos de acción; la naturaleza de

la unidad de decisión y el nivel de participación de los encargados de trazar políticas; el volumen y calidad de los mensajes entre y dentro de las unidades de decisión, percepciones y expresiones de hostilidad, escalada de la crisis y ngociación y la credibilidad de amenazas entre adversarios.[42] A su vez, tal trabajo fue seguido en la generación siguiente por esfuerzos sistemáticos por recoger y analizar datos sobre crisis del siglo xx ampliamente separadas geográfica y temporalmente, a fin de desarrollar una base para la teoría acumulativa. Este trabajo se analiza en el Capítulo 11. Representa una contribución, por limitada que sea, a una comprensión teórica del comportamiento de crisis.

Estudios de teoría y seguridad

Estrechamente vinculada está la necesidad de conceptualizaciones más adecuadas en el campo de los estudios de seguridad. El estudio de la seguridad es un componente central de la teoría de las relaciones internacionales y es en sí mismo interdisciplinario pues abarca las dimensiones históricas, económicas, culturales y psicológicas, junto con los componentes militares y políticos.[43] El estudio de la estrategia militar y el desarrollo de teorías de la seguridad han preocupado tanto a la comunidad de especialistas como a los militares en un nivel sin precedentes desde la Segunda Guerra Mundial, si bien las causas de conflicto, el papel del poder y las condiciones bajo las cuales las alianzas se forman y se disuelven, hace mucho que han sido el punto central de gran parte de la teorización de las relaciones internacionales.

El desarrollo de las armas nucleares, junto con la emergencia de Estados Unidos como potencia mundial en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, atrajo en un nivel sin precedentes a los especialistas al estudio de la seguridad. El resultado fueron análisis teóricos seminales cuyo fin era crear un marco estratégico dentro del cual las armas nucleares pudieran integrarse en los otros medios de manejo del Estado y con la política de seguridad nacional. Este trabajo produjo una abundante bibliografía sobre la naturaleza y las condiciones de la disuasión de la guerra entre los poseedores de armas nucleares. Su centro, como se señaló en otra parte de este texto, era la escalada, la capacidad de supervivencia de la fuerza, la represalia al primer ataque, el correr riesgos y la destrucción asegurada como la base para impedir el estallido de la guerra atómica. Sin embargo, las teorías existentes siguen siendo inadecuadas en varios aspectos. Primero, la teoría de la disuasión de la era nuclear se ha basado en su mayor parte en la bipolaridad estratégico-nuclear. En qué medida, debería preguntarse, en un mundo en el cual los instrumentos económicos y militares de poder se están expandiendo, es dicha teoría importante para un mundo de varias potencias nucleares. Planteado en términos prácticos y específicos, ¿cuáles son las condiciones, incluidos los niveles de fuerzas, necesarias para la disuasión de más de un adversario potencial? Alternativamente, se ha planteado la hipótesis de que la multipolaridad nuclear reduce el riesgo de confrontación nuclear haciendo imposible para cualquier potencia nuclear aislada destruir la capacidad de represalia de todas

o quizás varias potencias nucleares diferentes. Entre las preguntas que deberían abordarse están si la multipolaridad nuclear reforzará o no las perspectivas de una disuasión estable y en qué medida,[44] o si la proliferación nuclear, ipso facto, es o no indeseable, y en qué circunstancia, como por lo general se supone.

Un segundo problema propio de la teoría de la disuasión es la ambigüedad en el sentido de racionalidad: el presupuesto de un cálculo entre riesgo potencial y ganancia potencial. La teoría estratégica norteamericana ha contenido dicho cálculo, derivado en gran medida de una proyección a los adversarios de lo que para Estados Unidos constituía un "daño inaceptable" en un intercambio nuclear. ¿Los cálculos hechos en Estados Unidos, o en cualquier otro Estado, son precisos en el mundo en el cual los pueblos son ampliamente diferentes en cuanto a su sistema de valores, cultura, concepciones de la seguridad nacional y objetivos internacionales? ¿Yerran esos cálculos como base de la racionalidad en simplemente "espejar" los valores y las metas soviéticos a partir de los valores y las metas norteamericanas y así representan poco más que un ejercicio basado en el etnocentrismo? Estrechamente vinculadas están las diferencias básicas entre los estados, especialmente las superpotencias, como se sugiere en el Capítulo 9, en doctrinas estratégico-militares y en concepciones de la adecuación de los niveles de fuerza para lograr sus respectivos objetivos.

Hasta los años ochenta, el punto central de la disuasión nuclear era el dominio ofensivo, la capacidad de un Estado de infligirle niveles inaceptables de devastación a su adversario como base para disuadir del uso de la fuerza por parte de cualquiera de los lados, en condiciones en las cuales ambos serían destruidos. El mensaje del 23 de marzo de 1983 del presidente Reagan, que planteaba la pregunta de si las armas nucleares podían volverse "impotentes y obsoletas" por la creación de los medios de defensa estratégica, ha formado la base no sólo para la investigación sobre tales tecnologías, sino también para el desarrollo de una disuasión basada en el dominio de la ofensiva, así es probable que haya una floreciente bibliografía diseñada para construir y analizar un paradigma basado, para usar la frase del presidente Reagan, en los medios de salvar más que de vengar vidas. La creación de constructos teóricos de base defensiva representaría en sí misma una importante contribución a la teoría estratégica.

Entre los otros puntos focales de los estudios de seguridad que en los años ochenta atrajeron el interés y de los que se puede esperar que perduren, está la base ética para el conflicto, espoleada por cierto por los dilemas de la disuasión nuclear. Tal investigación se basa en la tradición de la "guerra justa". Su fin era efectuar una reconciliación, si es posible, entre las exigencias de la disuasión y la ética de las sociedades occidentales en condiciones de una capacidad de destrucción sin precedentes por parte de las armas. El resultado fue un esfuerzo por hacer explícitos los presupuestos sobre los que se basaban las diversas escuelas de disuasión y evaluar las relaciones medios-fines, o lo que podría denominarse la "ética de la intención" y la "ética de la consecuencia" propias de la amenaza de usar armas nucleares frente a su uso concreto. El crecimiento del poder letal de las armas nucleares, tanto como los otros medios de destrucción, junto con cualquier potencial que emerja de la disuasión de base defensiva

en los años que vendrán, puede esperarse que le dé creciente importancia al estudio de los temas éticos asociados con la disuasión y la seguridad.

Los agudos contrastes entre Estados Unidos y el pensamiento estratégico-militar soviético, señalados en el Capítulo 9, apuntan a la necesidad de análisis estratégico-militares comparados. Como Fritz Ermarth lo ha sugerido: "Los estudios comparados sistemáticos de la doctrina estratégica pueden servir para clarificar lo que pensamos y cómo nosotros mismos disentimos sobre estos temas, tanto como para organizar lo que sabemos sobre el pensamiento estratégico soviético".[45] La investigación comparativa centrada no sólo en las superpotencias sino también en otros estados, puede darnos reflexiones sobre temas tales como los fines de la estrategia y su relación con niveles de fuerza, metas políticas y las dimensiones no militares de la seguridad; el proceso de toma de decisiones respecto de las capacidades estratégico-militares y otros elementos del manejo del Estado; la propensión de los estados a invocar diversas formas de poder militar para lograr objetivos políticos y los factores históricos, doctrinales y psicológicos que configuran la propensión de diversos grupos a recurrir a la violencia o a amenazar con hacerlo en favor de sus respectivos intereses.

En gran medida, el estudio académico de la seguridad, como se refleja en su bibliografía, ha sido una preocupación norteamericana. El peligro propio de tal condición, como lo ha sugerido Colin Gray, es que: "Estados Unidos es sólo una cultura y para un campo de investigación tan crítico para el futuro humano como los estudios estratégicos, estar arraigado en un conjunto tan estrecho y único de predisposiciones, sólo puede empobrecer su capacidad de adecuarse a la verdadera diversidad de estilos estratégicos que existen en todo el mundo".[46] En la medida en que los conflictos armados del futuro tienen su lugar en el Tercer Mundo y abarcan como participantes directos a un conjunto de agentes diferentes de Estados Unidos u otras naciones occidentales, la necesidad de una comprensión de las diversas culturas, factores históricos, sistemas de valores diferentes y relaciones geoestratégicas será evidente. En resumen, los estudios de seguridad pueden separarse de los estudios de zonas y de países sólo corriendo un gran peligro, porque la cultura estratégica dentro de la cual se despliega el conflicto representa un punto de partida necesario para entender las causas de la guerra, las condiciones de la disuasión, las formas en las cuales se usarán las fuerzas y la base para la resolución del conflicto. El crecimiento del interés, en los años ochenta, en el estudio de los conflictos de baja intensidad apunta a la necesidad de una comprensión tal de los diversos estados y regiones en tanto que escenario de tales guerras.

En los últimos años, el foco de los estudios de seguridad, en cierta medida como reflejo de la naturaleza multidimensional del conflicto en un sistema internacional global heterogéneo, se ha ampliado para dar cuenta en mayor medida del efecto generalizado de la tecnología en la estrategia y para darle un lugar mayor a la emergencia de nuevos tipos de conflicto y de agentes. Esto incluye el interés en las variables internas y psicológicas asociadas con la disuasión; el examen de la disuasión en situaciones no nucleares; la mayor utilización de la historia para evaluar sus enseñanzas para el conflicto armado contemporáneo y futuro; y la relación entre factores económicos, poder militar y conflicto. Sin embargo, hay necesidad de

esfuerzos continuados para construir una teoría, centrados en la perdurable pregunta de las causas de la guerra; el paradigma disuasivo respecto del dominio ofensivo y defensivo; el efecto de las nuevas tecnologías en la disuasión, el conflicto y la guerra; las dimensiones culturales del conflicto; la toma de decisiones de seguridad nacional en situaciones de crisis y de no crisis, especialmente en contextos organizativos complejos; el nexo, en la medida en que existe, entre estabilidad de la disuasión, de base ofensiva o defensiva, y el control de armamentos; el efecto de la política interna, especialmente en sociedades pluralistas, sobre la política de seguridad nacional; los conceptos de seguridad en sus dimensiones militares, económicas y políticas en condiciones de interdependencia regional y global; la base de la disuasión convencional si disminuye la relación de disuasión basada en lo nuclear, y las causas, variedades, estrategias y efectos del terrorismo. Así, hay una abundante agenda de estudios de seguridad tanto en la construcción de la teoría como inevitablemente en la generación de opciones políticas que tienen importancia en un entorno internacional cargado de conflictos.

Poder

El poder siempre ha sido difícil de conceptualizar en las relaciones internacionales, como lo hemos señalado especialmente en el Capítulo 3. Los problemas de conceptualización han crecido como consecuencia del advenimiento de las armas nucleares y la emergencia de temas, tales como la escasez de recursos, que pueden representar nuevas formas de poder. Dentro de la generación anterior hemos visto numerosos esfuerzos tanto por conceptualizar como por medir el poder de forma más precisa y como un fenómeno multifacético y, en la bibliografía neorrealista, refinar su sentido y establecerlo dentro de un contexto estructural. El concepto de poder, por cierto, está inextricablemente vinculado con estructuras alternativas en el sistema internacional, por ejemplo, las estructuras bipolares y multipolares. La polaridad es una característica definitoria del sistema internacional y connota una supuesta distribución de poder. De allí, un prerrequisito necesario para entender tales sistemas internacionales está en el estudio del poder mismo. Por este motivo, el énfasis aumentado en la última generación en los sistemas internacionales caracterizados por la difusión de capacidades a nuevos agentes coincidió con un esfuerzo por entender de manera más plena la naturaleza del poder mismo. Si pudiéramos prever el crecimiento en el número de los agentes internacionales —estatales y no estatales— en el siglo XX y más allá de él, junto con el poder de destrucción sin precedentes de las armas y nuevos temas de conflicto, se deduce que la conceptualización del poder en sus muchas dimensiones —militares, económicas, psicológicas e ideológicas— seguiría teniendo un interés central para los especialistas y los encargados de trazar políticas por igual.

Ha habido incertidumbre respecto de la utilidad política del poder militar en una era en que el potencial de devastación no tiene precedentes, como consecuencia de los cambios revolucionarios en la tecnología arma-

mentista del siglo XX. La cuestión del sentido de las disparidades entre los estados en la concepción del poder y su utilidad política surge especialmente en el nivel de las armas nucleares estratégicas y el debate sobre la naturaleza y el sentido de la superioridad nuclear estratégica. Si un Estado llega a la conclusión de que el vasto poder militar es de hecho usable, ya para amenazar ya para coercionar concretamente al adversario, ¿acaso ese Estado no gana una considerable, y quizás aun decisiva, ventaja político-diplomática sobre su adversario? Un conocimiento más confiable sobre la relación entre fuerza militar y otras capacidades nacionales, el desarrollo de la doctrina estratégica y la propensión de las naciones a usar tipos específicos de poder unilateralmente o en colaboración con otras naciones representaría en sí mismo una contribución significativa a la teoría de las relaciones internacionales. Este problema, por cierto, está estrechamente vinculado con la pregunta planteada antes acerca de las consecuencias de las diferencias en valores, cultura y objetivos nacionales para la propensión de un Estado a usar la fuerza, y en qué nivel, y a lograr sus objetivos.

Igualmente notable ha sido la falta de preocupación por el análisis de las técnicas de manejo del Estado, cómo se ha usado de hecho el poder para lograr objetivos específicos. Por el contrario, como numerosos comentadores lo han señalado, el énfasis dentro de la bibliografía de relaciones internacionales, especialmente desde la Segunda Guerra Mundial, ha sido puesto en el estudio del proceso político: cómo se formula la política, en lugar de los instrumentos por los cuales se hace la política y los resultados concretos del proceso.[47] En la medida en que los estudios de poder han sido comparativos en su alcance, según David Baldwin, su énfasis ha recaído en la comparación de agentes más que en la de técnicas. En la perspectiva de Baldwin, existe la necesidad de encontrar respuestas a cuestiones tales como qué tipo de influencia es probable que tenga éxito o fracase. Por ejemplo, ¿en qué condiciones es probable que los embargos económicos sean más útiles que las invasiones militares? ¿Cómo y en qué sentido han sido usadas las regulaciones del comercio exterior y la concesión de ayuda exterior como técnicas de manejo del Estado? De importancia fundamental en este contexto es una comprensión precisa no sólo del manejo del Estado mismo sino, en opinión de Baldwin, de la relación entre los instrumentos económicos y los otros elementos del poder y la influencia que está a disposición de las naciones y que éstas de hecho usan en su búsqueda de metas de seguridad nacional propias. A juzgar por el trabajo de los años ochenta, puede esperarse que tal foco crezca en importancia en la bibliografía de la teoría de las relaciones internacionales. No sólo representa una extensión lógica de los estudios de poder sino, además, es integral para el trabajo que busca vincular de forma más plena los elementos económicos como componentes necesarios de la política internacional. Tal relación integral está simbolizada en el antiguo término *economía política* y presente en los escritos contemporáneos, como se ha señalado en otra parte de este texto, o, por ejemplo, en el análisis del régimen y la hegemonía.

Investigación comparada y entre diferentes naciones

Desde mediados de los años sesenta, la tendencia a un foco más comparatista en la investigación sobre relaciones internacionales se ha manifestado en el crecimiento del interés en los análisis de diversas naciones en el nivel subnacional.[48] Tales problemas incluyen el cambio ecológico y sus consecuencias para el orden social y político, los estudios urbanos y la violencia y los valores políticos de las elites. El crecimiento de zonas de temas de preocupación común a las sociedades posindustriales, industriales o en proceso de industrialización es probable que acelere la tendencia hacia los estudios comparados de problemas que hasta hace poco no se consideraban centrales para el campo de las relaciones internacionales —o lo que como consecuencia de tales intereses ahora se llama "estudios internacionales"— o un mayor interés en los estudios transnacionales, el análisis comparativo de fenómenos diferentes de las entidades gubernamentales mismas.

Como en el pasado, los estudiosos de las relaciones internacionales se enfrentarán tanto con demasiados y demasiado pocos datos para probar teorías. Por un lado, grandes cantidades de datos siempre han estado disponibles para el estudioso de las relaciones internacionales; por el otro lado, el desarrollo de técnicas de investigación cuantitativas, junto con elaborados marcos teóricos, aumenta la necesidad de grandes cantidades de nuevos datos. Muchos de los más importantes tipos de datos capitales, por ejemplo, para el estudio de la toma de decisiones de política exterior (incluidos registros de salud y perfiles psicológicos de la toma de decisiones)[49] no se recogen con facilidad y, de hecho, pueden no estar nunca disponibles para el especialista. Gran parte del análisis de la toma de decisiones ha subrayado las crisis internacionales, que son, como lo ha sugerido Thomas C. Wiegele, situaciones que "producen tensión" cuyo efecto es "poner presiones en el encargado de tomar decisiones de política exterior".[50] Se deduce que, como concluye el autor, los factores biológicos tales como la salud física y mental, la fatiga, la edad, los ritmos biológicos y el uso de diversas formas de medicación deberían subrayarse. Desde los años setenta ha habido un creciente interés especializado en el desarrollo de modelos conceptuales de tensión para el análisis político.[51] Esto, a su vez, señala la necesidad de investigación de la "intersección entre variables psicológicas" y "variables de toma de decisiones".

Los sistemas avanzados de almacenamiento y recuperación ahora hacen posible desensibilizar los datos de las fuentes gubernamentales para el uso de la comunidad de especialistas. La difusión de la tecnología de computadora para su uso en las oficinas y el hogar y la adquisición de habilidades de computación en escala masiva puede esperarse que influyan tanto en el estudio como en el análisis de las relaciones internacionales en formas sin precedentes. Esto incluye el acceso a datos de sistemas de almacenamiento y la transmisión instantánea de ellos, incluidas bibliografías e investigaciones de estudios, materiales cuantitativos y otras informaciones. El efecto acumulativo ya tiende a reforzar en gran medida la capacidad humana de

investigación y análisis especializado. Claramente, estamos entrando en una época en la cual la capacidad de utilizar computadoras se verá muy aumentada en la medida en que problemas complejos pueden resolverse a la velocidad de la luz: doscientas veces más rápido que la computadora convencional de los años ochenta. La creación de un archivo nacional de almacenamiento y recuperación consistente en datos de fuentes gubernamentales y de otro tipo contribuirá en gran medida a la realización de investigaciones de relaciones internacionales y otras ciencias sociales. Se ha estimado que sólo en el Departamento de Estado, los items "originales" y las copias distribuidas de "comunicaciones" eran del orden de los 64 millones en un año.[52] Tales archivos, en la medida en que puedan basarse en información no reservada que haga menor la necesidad de recolección de nuevos datos para cierto tipo de proyectos, traerán una gama sin precedentes de problemas al alcance de la capacidad del especialista individual. Especialmente útiles resultarán en el análisis cuantitativo de la política exterior por medio de datos-acontecimiento, como se discutió especialmente en el Capítulo 4, y en la comprobación de proposiciones sobre comunicaciones entre unidades de toma de decisiones, por ejemplo en las situaciones de crisis consideradas en el Capítulo 11. Las fuentes de datos ya están tan cerca del investigador como la computadora más cercana, confiriéndole así medios sin parangón para confirmar rápidamente la disponibilidad de fuentes de materiales importantes tanto en forma de bibliografía y datos concretos. Con el paso del tiempo, por la difusión de la adquisición de datos computarizados y capacidades de procesamiento, y la expansión de la habilidad en computación, nuestra capacidad para llevar adelante investigaciones y presentar hallazgos en una gama de formatos cualitativos y cuantitativos será sin precedentes.

¿Una síntesis cualitativa-cuantitativa?

A la luz de las capacidades de investigación en expansión conferidas por la tecnología en desarrollo, no es difícil anticipar mayores esfuerzos por desarrollar conceptos operativos más refinados e indicadores y, al mismo tiempo, introducir un elemento cualitativo mayor en los estudios cuantitativos. La búsqueda de una reconciliación entre los esfuerzos por construir teorías cuantitativas y cualitativas puede tener importantes consecuencias tanto para la enseñanza como para la investigación. Un ejemplo bastará. En el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, los llamados programas de áreas y estudios de países específicos, especialmente la Unión Soviética, se apropiaron de los programas de ciencia política y de relaciones internacionales en las universidades norteamericanas, en una época de creciente interés en los asuntos internacionales tanto en el sector oficial como en el privado de Estados Unidos. Debido a su énfasis en los sistemas gubernamentales tanto como en la historia política e intelectual, la literatura, la lengua y los problemas económicos de regiones específicas, tales programas no sólo atrajeron a estudiantes que se preparaban para una carrera académica, sino también a personas que se formaban para carreras gubernamentales y empresarias en el exterior.

El surgimiento de programas de estudios de países específicos y de áreas en las universidades siguió estrechamente el crecimiento del interés en un país o en un área, en la medida en que Estados Unidos se vio más activamente comprometido como potencia global en la generación posterior a la Segunda Guerra Mundial. De allí que esos especialistas interesados en países y regiones específicas —casi por definición preocupados por el carácter único de los fenómenos políticos— se apartaron de la compañía intelectual de los especialistas con orientación conductista-cuantitativa, cuyos intereses eran el desarrollo de técnicas y métodos para examinar los fenómenos políticos —tales como el conflicto y la integración— sobre una base comparativa, atravesando viejas delimitaciones tanto geográfica como académicamente.[53] El crecimiento en el reconocimiento de la necesidad de minimizar el etnocentrismo en los estudios internacionales mismos suministra un catalizador poderoso para los estudios específicos de regiones, zonas e inclusive países. La construcción de un paradigma para el estudio global de las relaciones internacionales ilumina con fuerza la enorme diversidad histórica, cultural, religiosa, ideológica, lingüística y étnica de un mundo en el cual un número sin precedentes de grupos exigen una mayor participación política. Tales fenómenos puede esperarse que acentúen la necesidad de focalización académica en tales entidades nacionales, naciones y regiones si queremos entender mejor la base del conflicto y la integración, la guerra y la paz.

Los datos sobre problemas en examen a veces pueden encontrarse sólo en una región. Por ejemplo, el estudio del desarrollo histórico-político, la integración en el nivel internacional y el comportamiento de las naciones en alianza por necesidad deben basarse en gran medida en la experiencia de la zona del Atlántico Norte, si bien ha habido numerosos ejemplos, como se señaló en el Capítulo 10, de esfuerzos por estudiar la integración en los escenarios del Tercer Mundo. Más aún, gran parte del estudio de integración, especialmente la investigación neofuncionalista de subsistemas regionales examinada en el Capítulo 4, centrado en el nivel regional correspondiente a áreas definidas tradicionalmente, por ejemplo, América Latina, África y Medio Oriente, además de Europa.

Los estudios de áreas, regiones, estados o inclusive entidades más pequeñas tienen contribuciones cualitativas potencialmente valiosas que hacer al estudio cuantitativo de los fenómenos políticos: por ejemplo, tanto para proponer hipótesis e interpretar los hallazgos de personas, comprometidos en análisis de dos o múltiples variantes. El especialista en el área o el que se especializa en otro aspecto de las relaciones internacionales, según el punto focal de la investigación, puede ser capaz tanto de darles sentido a las correlaciones presentadas por los estudiosos de la política de orientación cuantitativa, como de suministrar una dimensión cualitativa de los flujos de información y transacciones cuantitativas contenidas en la bibliografía, tales como las vinculadas con la integración, el conflicto o la alineación.[54] Los especialistas en zonas o en países pueden contribuir al conocimiento de los procesos nacionales y el carácter único de ciertos tipos de fenómenos y hacernos adecuadamente cautos ante las grandes generalizaciones, tanto como el teórico puede darnos una comprensión del sentido más amplio de fenómenos al parecer discretos.

La búsqueda de importancia

Como lo ha sugerido Richard Smoke, los encargados de trazar políticas tienen poco interés per se en cuán a menudo una combinación particular de variables ha estado presente en un contexto histórico, a menos que, por cierto, la combinación esté presente en una situación actual de interés inmediato.[55] En consecuencia, en ningún sentido es accidental que el especialista interesado en la investigación básica y la teoría y el encargado de trazar políticas interesado en lo inmediato, a menudo hayan tenido intereses aparentemente poco importantes el uno para el otro. Gran parte de la investigación en relaciones internacionales puede parecer no sólo ininteligible, sino también poco importante para la preocupación inmediata del encargado de trazar políticas, como quizás por cierto lo sea. Si bien es difícil evaluar con precisión el impacto de la investigación en relaciones internacionales en los encargados de trazar políticas, sin embargo la comunidad política ha hecho un amplio uso de los escritos académicos. En especial, el desarrollo de un subcampo en las relaciones internacionales centrado en asuntos estratégicos o estudios de seguridad nacional o internacional, especialmente disuasión y defensa, han suministrado un cuerpo de bibliografía del cual los encargados de trazar políticas han tomado no sólo reflexiones sino también el marco teórico y los presupuestos explícitos sobre los cuales las fuerzas estratégico-nucleares norteamericanas se han basado. En una medida sin precedentes, el desarrollo y estudio de estrategia y, de forma más amplia, asuntos militares, han pasado de los militares profesionales a los analistas civiles de política y a los teóricos. Gran parte de la bibliografía de este campo de la teoría de las relaciones internacionales se examina en el Capítulo 9. Los ejercicios de juego diseñados para sensibilizar a los encargados de trazar políticas, incluidos aquellos que están en el más alto nivel, a las oportunidades y restricciones que los enfrentan, especialmente en crisis internacionales hipotéticas, se utilizan ampliamente en la comunidad política oficial. Tales modelos de juego se remiten y contribuyen a la bibliografía académica en el campo de la simulación.

El resultado de mayor alcance de la investigación básica, incluida la construcción y la comprobación de teorías, si los defensores de tal investigación encuentran su camino, sería producir un cuerpo de conocimiento que explicaría y quizás hasta podría predecir modelos de interacción entre variables políticas. Por ejemplo, eventualmente puede ser factible especificar con un grado más alto de certidumbre del que ahora existe, las condiciones esenciales para la integración política dentro de un contexto nacional o internacional, o afirmar con un mayor grado de precisión dentro de parámetros cuidadosamente especificados las condiciones que dan origen a formas particulares de conflicto internacional. Si el estudio de la teoría de las relaciones internacionales tuviera que alcanzar este grado de desarrollo, habríamos logrado una comprensión de esos fenómenos internacionales considerados más importantes para los especialistas y habríamos desarrollado un cuerpo de teorías de importancia para el encargado de trazar políticas. Si bien la búsqueda de tal comprensión de los fenómenos internacionales seguirá realizándose, la investigación hecha hasta ahora promete, en el mejor de los casos, sólo éxitos limitados para lograr tal meta.

Entre los beneficios últimos de nuestra capacidad de desarrollar y probar teorías de, por ejemplo, fenómenos tales como la integración política o el conflicto internacional, estaría una serie de proposiciones "si-entonces", importante para las necesidades de los especialistas y los encargados de trazar políticas. Por ejemplo, un conocimiento mayor de las condiciones esenciales para la integración o el conflicto haría posible una comprensión de los resultados alternativos de diversas elecciones políticas, dado que se podría esperar que ciertos tipos de elecciones políticas produjeran cierto tipo de resultados. Un nuevo vínculo entre la teoría de las relaciones internacionales y la formulación política se habría forjado, a menos que, por supuesto, una comprensión de las consecuencias de los resultados políticos alternativos permitiera a los encargados de trazar políticas alterar las variables básicas sobre las cuales estaba basada la teoría y así invalidar la teoría misma. Allí puede estar una de las diferencias fundamentales entre la construcción de la teoría en las ciencias físicas y naturales y en las ciencias sociales: la capacidad en estas últimas de que el objeto de estudio —los seres humanos— realice cambios en su comportamiento como consecuencia del conocimiento obtenido de una teoría del comportamiento particular. A este respecto, los fenómenos políticos y sociales difieren fundamentalmente de los elementos en un tubo de ensayo.

El trazado de políticas y la teoría de las relaciones internacionales

La bibliografía de las relaciones internacionales —tradicional y contemporánea, cualitativa y cuantitativa— contiene presupuestos y conclusiones que pueden tener importancia para el encargado de trazar políticas. Las decisiones políticas a menudo están dictadas por los presupuestos subyacentes del encargado de trazar políticas, si bien estos presupuestos pueden estar sólo implícitamente nombrados, o quizás ni siquiera reconocidos como tales. Un objetivo del estudio de las relaciones internacionales, lo señalamos entre paréntesis, debería ser sensibilizar al estudioso ante los presupuestos o las proposiciones contenidas en su teoría de las relaciones internacionales, o en aquellos encargados de tomar decisiones cuya elección política debemos estudiar como estudiosos o evaluar como ciudadanos. Tal comprensión es indispensable para el propio análisis de las relaciones internacionales, seamos encargados de trazar políticas u observadores del proceso político. Como lo ha sugerido Trevor Taylor, una de las funciones de las relaciones internacionales es el desarrollo de presupuestos y proposiciones explícitamente afirmados en los cuales fundamentar la investigación y la política, dado que todos los análisis de un problema de relaciones internacionales o política exterior descansa en hipótesis de algún tipo.[56] Por este motivo, existe la necesidad de comprometerse en un examen sistemático de los presupuestos que guían a los encargados de trazar políticas en la formulación de políticas importantes. Las declaraciones de los encar-

gados de trazar políticas y las memorias de los hombres de Estado pueden, y deberían ser analizadas para entender los presupuestos que guían las elecciones políticas. Debería hacerse un intento por igualar, comparar y contrastar tales presupuestos, tanto como las políticas, con presupuestos y políticas contenidos en la bibliografía teóricamente orientada de las relaciones internacionales.

Un inventario y comparación de los principales presupuestos, teorías y hallazgos de los fenómenos internacionales, desde las declaraciones políticas y la bibliografía de las relaciones internacionales, elevaría la importancia de la investigación académica a las necesidades del encargado de trazar políticas. Semejante ejercicio de comparación podría darnos una comprensión de las teorías, explícita o implícita, que guiara a los encargados de trazar políticas y contribuiría a una mejor comprensión de aquellas teorías de las relaciones internacionales que han tenido el mayor efecto en el pensamiento de la comunidad política.

Teorizando sobre el futuro

Si bien durante siglos se han hecho esfuerzos para plantear concepciones del futuro, la necesidad de previsiones más sistemáticas (el desarrollo de declaraciones sobre el futuro a las cuales se les atribuye una mayor o menos probabilidad, como en un pronóstico del tiempo basado en, digamos, un 30 o un 60 por ciento de probabilidades de lluvia o nieve) ha crecido con el aumento en el tiempo guía para planificar la política. La complejidad de los temas y los problemas urgentes que enfrentan los encargados de trazar políticas también ha aumentado la necesidad de influir, en la medida de lo posible, en el efecto de la tecnología en el orden político y transformar la tecnología de la variable "independiente" a la "dependiente", si dicha analogía con la teoría de las relaciones internacionales es adecuada aquí. El resultado ha sido la emergencia del "futurólogo" que busca "inventar el futuro" a través del pronóstico tecnológico.[57] Si el pronóstico tecnológico pudiera clarificar las elecciones disponibles para las naciones, reduciendo la incertidumbre sobre el futuro, podría contribuir a la eficacia innovadora, haciendo posible calcular de forma más precisa el tiempo guía y los recursos necesarios para opciones políticas alternativas. Los pronósticos sobre modelos futuros de interacción entre variables, especialmente recursos, han existido al menos desde los escritos de Thomas Malthus a fines del siglo XVIII. En los años setenta, como se señaló en los capítulos 1, 2 y 8, hubo un renovado interés en los pronósticos, especialmente el desarrollo de una serie de proyecciones neomalthusianas en un futuro supuestamente caracterizado por la presión de la población, la escasez de recursos y el cambio tecnológico. Cualquier otra cosa que pueda decirse sobre el mundo de principios del siglo XXI, contendrá florecientes poblaciones con probable competencia reforzada por los recursos y al mismo tiempo una difusión sin precedentes de las capacidades económicas y tecnológicas a nuevos agentes en escala global.

La urgencia de los problemas que enfrentan los sistemas políticos —posindustrial, industrial y menos desarrollados— junto con la búsqueda

de un campo de investigación lo más "importante" posible, probablemente le dé un ímpetu creciente e importancia al desarrollo, dentro de las relaciones internacionales, de un subcampo llamado "futurología". Pero las proyecciones lineales no serán más adecuadas en el futuro de lo que lo fueron en el pasado. La pregunta, por cierto, es cuál de las tendencias, si hay alguna, que pueden discernirse en un contexto actual será operativa en un futuro marco de tiempo. ¿Qué nuevas fuerzas intervendrán para configurar el futuro? Si las proyecciones basadas en gran medida en extrapolar el futuro del presente son inadecuadas en sí mismas, ¿pueden los sistemas internacionales hipotéticos futuros o sus subsistemas, desarrollarse? Tal ejercicio le da un elevado premio a la imaginación creativa respecto del futuro, la generación de hipótesis sobre variables y la interacción entre variables, que pueden no tener lugar en el esquema actual de las cosas. Las tecnologías que no pueden preverse hoy en día pueden transformar el futuro, tanto como las tecnologías que no eran imaginables hace un siglo, o siquiera 50 años atrás, han alterado profundamente el mundo de fines del siglo XX. Tales modelos hipotéticos de los sistemas internacionales tienen su analogía en la teoría deductiva, tal como se la discute en el Capítulo 1. La proyección de tendencias existentes del presente al futuro, a su vez, es análoga a la teoría inductiva, considerada en el mismo capítulo. De allí, que comprender las fuerzas que configuran el mundo en emergencia descansa en la mezcla creativa de enfoques inductivos y deductivos de la futurología.

Esto no implica sugerir que las teorías de las relaciones internacionales lograrán un nivel de predecibilidad, siquiera sobre problemas existentes, suficiente como para hacer posible un alto grado de especificidad de elecciones políticas alternativas. Esperar tales niveles de predecibilidad de la teoría de las relaciones internacionales en una amplia gama de áreas temáticas, dadas las muchas variables que deben considerarse hasta que, y a menos que se desarrollen teorías más parsimoniosas y confiables, sería anticipar un nivel de desempeño que está aún más allá de las teorías de las ciencias físicas. Como lo ha sugerido Morton Kaplan:

> La moderna teoría de la ciencia física ha levantado su actual edificio orgulloso planteándose problemas para cuya resolución tiene herramientas o técnicas. Cuando es preciso, ha limitado brutalmente el alcance de su investigación. No ha intentado predecir el sendero que tomará una silla lanzada al aire, los caminos de las partículas individuales del gas en una habitación. En el último caso, hay leyes que manejan el comportamiento de los gases en determinadas condiciones de temperatura y presión, pero éstas manejan el comportamiento agregado de los gases y no el de las partículas individuales. Los físicos no hacen predicciones respecto de la materia en general sino sólo respecto de los aspectos de la materia que maneja la física y éstos, por definición, son los aspectos físicos de la materia.[58]

Sin embargo, las teorías examinadas en los capítulos precedentes, en diversos grados, han contenido afirmaciones predictivas que han elevado, en

mayor o menor grado, nuestra comprensión de un período, después de que se las formulara. Por ejemplo, el análisis de Mackinder del efecto de la tecnología de la movilidad en tierra sobre las relaciones de poder en Eurasia, tanto como el enfoque de Nicholas Spykman de la forma del sistema internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial, señalado en los capítulos 2 y 3, son ilustrativos de la capacidad de hacer uso de ciertas variables en combinación para examinar el futuro con un considerable grado de precisión. Tales variables —implicaciones de la geografía, los recursos y la tecnología para las capacidades nacionales— pueden ser utilizadas en un análisis de las fuerzas que configuran el mundo de fines del siglo XX. Quizás es menos que coincidente que haya habido una revitalización de los intereses en el análisis geopolítico, que ha coincidido con un crecimiento en su importancia para los temas de recursos y de la previsión del futuro.

El papel de la teoría normativa

En su estado actual de desarrollo, las relaciones internacionales han estado marcadas por esfuerzos por establecer vínculos entre la teoría normativa por un lado y la teoría empírico-analítica por el otro. La cuestión de un estudio libre de valores de la política es de prolongado interés para los estudiosos de la política, si bien es tema de debate entre los especialistas si tal objetivo es deseable u obtenible. Dada la naturaleza de los objetos con los cuales se manejan las relaciones internacionales y las preguntas enormemente importantes asociadas con la guerra y la paz, puede esperarse que la teoría normativa siga siendo central para este campo. Uno de los defensores principales de la teoría científica de base cuantitativa de los años sesenta, Rudolph Rummel, al escribir a mediados de los años setenta, llegaba a la conclusión de que el comportamiento humano no puede entenderse por referencia a procesos de causa-efecto comparables a aquellos de los objetos físicos. Porque el hombre "está guiado teleológicamente por sus metas futuras", sostiene Rummel, "el futuro está en sus manos y no en algunos rasgos causales de su entorno, tales como la distancia, el poder, la geografía, la pobreza, la privación y el subdesarrollo".[59] Así, Rummel planteó cuestiones fundamentalmente importantes para la conducción de la investigación científica sobre comportamiento internacional. ¿Puede estudiarse a los seres humanos científicamente, por ejemplo, como uno estudiaría la interacción de elementos en un tubo de ensayo? Si la gente está guiada en su comportamiento político por algún objetivo, ¿hay una contradicción lógica y propia en la idea de un estudio libre de valores de la política? ¿La mera selección del objeto o tópico por estudiar representa una elección valorativa por parte del estudioso o investigador?

A fines de la década de 1960 había una creciente creencia en que si los especialistas en ciencias sociales y otros científicos elegían subrayar la teoría empírico-analítica en desmedro relativo de la teoría normativa, se habrían apartado de una zona de problemas que históricamente había sido de gran preocupación. Habrían optado por ignorar la tarea de definir el establecimiento de patrones normativos para la humanidad, en un futuro

cargado de crecientes problemas y peligros de dimensiones sin precedentes. Los temas urgentes creados por el efecto de la tecnología en las instituciones, los cambios en el entorno político resultantes de la ideología y la tecnología y las consecuencias de las crecientes presiones y exigencias populares en las estructuras políticas existentes seguirían llevando a los estudiosos de las relaciones internacionales, y a la política de manera más general, hacia un mayor interés en la teoría normativa. Las teorías empírico-analíticas no han suministrado respuestas adecuadas a las preguntas sobre el tipo de instituciones políticas, prácticas y valores adecuados para el mundo del futuro, si bien de los hallazgos de tales estudios el estudioso de la política y el encargado de trazar políticas por igual pueden ganar reflexiones vitalmente importantes.

En una reacción casi dialéctica contra la llamada revolución conductista de los años sesenta, la "nueva revolución" del posconductismo de los setenta, según David Easton, contenía los siguientes argumentos: "1) es más importante ser de relevancia para las necesidades contemporáneas que ser metodológicamente sofisticado; 2) las ciencias del comportamiento encubren una ideología basada en un conservadorismo empírico; 3) la investigación conductista, por su foco en la abstracción, pierde contacto con la realidad; 4) los especialistas en ciencia política tienen la obligación de hacer disponible el conocimiento para el beneficio general de la sociedad".[60] El énfasis en esta crítica estaba en las cuestiones de valores, metas, o preferencias y en el desarrollo de opciones políticas para los problemas inmediatos y la generación de objetivos, y normas de comportamiento, para los futuros sistemas internacionales. Como lo ha sugerido Rosenau, a principios de los años setenta surgió en los estudios de relaciones internacionales una "crisis de confianza" junto con una pérdida de fe en los "lentos y dolorosos métodos de la ciencia", en la medida en que los especialistas buscaban convertirse en "importantes en formas que sólo unos años antes habríamos encontrado irresponsables e ilusorias".[61]

Dicha crisis siguió sin resolverse en los años ochenta, en parte porque el sistema internacional estaba él mismo en el medio de un cambio tan profundo y generalizado que los esfuerzos teóricos, si se daban, no podían mantenerse a su ritmo. La teoría misma enfrentaba la perspectiva de disminuir su importancia y correspondencia con un mundo real que estaba en proceso de rápida transformación. Sin embargo, al mantener un renovado énfasis en la teoría normativa, Charles W. Kegley, Jr., ha sugerido la necesidad de una "concepción neoidealista de la política mundial" que asegurara que "los ideales morales pueden jugar un papel constructivo en la creación de un orden mundial más estable".[62] Semejante formulación traería una síntesis del "idealismo moral del credo liberal con el sobrio conservadurismo del acercamiento realista". Derivaría su validación de teorías empíricamente verificadas.

Para fines de la década de 1980, la incertidumbre paradigmática discutida antes en este capítulo se amplió a una discusión de la base normativa de la teoría. Según Ferguson y Mansbach, la historia de la teoría desde el mundo antiguo al presente sigue el valor o preferencias normativas de la época. Las controversias teóricas en cualquier momento representan debates sobre compromisos normativos y preferencias políticas. En esta

perspectiva, las escuelas de pensamiento basadas en el realismo y el idealismo forman conjuntos de normas en competencia más que representan teorías coherentes de las relaciones internacionales. En la historia del pensamiento político, es posible delinear conceptos centrales —especialmente la anarquía y la interdependencia— que sucesivamente pasan al frente, presentadas en diferentes coberturas teóricas y lingüísticas. Los argumentos y compromisos normativos están en el centro de discusiones acerca de qué agentes, variables o niveles de análisis deberían estudiarse. Los objetos elegidos para la investigación se dice que se derivan de intereses y preocupaciones con base valorativa por parte del estudioso y el especialista. Las agendas de investigación basadas en los temas de la guerra y la paz, el conflicto y la cooperación cambian en la medida en que las necesidades humanas se alteran; es decir, que la investigación en relaciones internacionales es contextualmente específica, tanto como la razón de ser de la emergencia de las relaciones internacionales en las primeras décadas del siglo xx descansa en la búsqueda de una comprensión de los medios necesarios para eliminar la guerra.

Afirmar, como Ferguson y Mansbach, que las preocupaciones teóricas derivan de las teorías normativas de la época "tan plenamente como lo hacen las ideas en el arte y la literatura" es sugerir aun otra limitación a la emergencia de un paradigma acordado y, por cierto, indicar la incapacidad propia para separar completamente la investigación de los valores. Por cierto, las preferencias de investigación de aquellos que trabajan en ciencias físicas están configuradas por los temas normativos del momento, tanto como la contaminación ambiental o encontrar una cura para las enfermedades temidas. Sin embargo, lo que se dice que distingue a las ciencias físicas de las relaciones internacionales es el elevado número de variables que es probable que sean importantes en el segundo caso. Todavía de mayor importancia es el hecho de que, a diferencia de las ciencias físicas, donde buscamos deliberadamente aislar los elementos de su entorno, por ejemplo en un tubo de ensayo, el estudio de los fenómenos internacionales fuera de su contexto social o su medio es negativo y contraproducente. Que tal separación a menudo se ha intentado de forma consciente, especialmente en los análisis cuantitativos vacíos de contexto histórico o social, disminuye aún más el valor de tal investigación. Para citar a Ferguson y Mansbach nuevamente: "Hay un conjunto más importante de complejidades que se ha vuelto evidente en los esfuerzos por aislar y estudiar variables específicas; tal reduccionismo aísla factores selectos del medio, cuando el medio mismo es aquello en lo que estamos interesados".[63] En suma, las circunstancias del entorno constituyen el contexto normativo que les da sentido a los datos analizados. De igual forma, en esta perspectiva, del medio se derivan los temas normativos de la época y se desarrollan los intereses teóricos, los cuales se convierten en el centro de la investigación intelectual de las relaciones internacionales.

En último término, pero no con menor importancia, en el campo de las relaciones internacionales siempre ha habido grupos de especialistas cuyo interés principal era el desarrollo y análisis de la política pública. En la segunda mitad del siglo xx, esta preocupación ha sido evidente en la bibliografía de las relaciones internacionales y los estudios de seguridad.

En su fase utópica y realista, más aún, el estudio de las relaciones internacional se centró con fuerza en la política. A lo largo de la generación pasada, los esfuerzos de los especialistas por darle al campo una orientación más teórica y subrayar la base metodológica de la investigación ha representado más un complemento a la preocupación por problemas políticos que un reemplazo de ella.[64] Por cierto, se ha puesto un considerable interés en la creación de técnicas más rigurosas para el análisis de la política pública, especialmente en forma de análisis de sistemas.[65] La meta ha sido diseñar criterios para ayudar a elegir y evaluar políticas o estrategias alternativas, o mezclas de políticas o estrategias, para el logro de objetivos específicos. El esfuerzo ha ido en el sentido de encontrar soluciones "óptimas" o preferibles entre una serie de alternativas basadas en costos relativos y beneficios, usando técnicas tales como modelos matemáticos, juegos y el escrutinio de la opinión de los expertos. Tales estudios de costo-beneficio representaban una reacción contra las recomendaciones políticas basadas en presupuestos no expresos, hipótesis no comprobadas e incertidumbre en cuanto a las consecuencias de elecciones y resultados alternativos. Las deficiencias del análisis de sistemas para manejarse con fuerzas irracionales tales como el carisma y la ideología, o la propensión de los agentes a adoptar estrategias de alto o bajo riesgo y sus inadecuaciones para explicar los presupuestos de valor del análisis, sirven para señalar la necesidad de trabajos adicionales hacia un campo de la ciencia política, sea dentro de las relaciones internacionales o como una disciplina separada o "interdisciplina".[66]

Dado el probable aumento de problemas políticos urgentes, es necesario lograr un equilibrio aceptable, si es posible, entre la teoría empírico-analítica y la teoría normativa, y entre la investigación básica y aplicada. La teoría normativa puede seguir sugiriendo metas y preferencias alternativas a las instituciones políticas y también puede suministrar proposiciones para probar; la teoría empírico-analítica puede suministrar guías en cuanto al tipo de comportamiento político que es esencial para lograr las metas deseadas.

En suma, tanto como el estudio de las relaciones internacionales pasó de la extrema preocupación por la teoría normativa de los años veinte a la teoría empírico-analítica de los sesenta, una generación más reciente de especialistas ha buscado lograr teorías de las relaciones internacionales importantes para los múltiples problemas que enfrenta la sociedad internacional, mientras que al mismo tiempo intenta encontrar explicaciones de amplia base y desarrollar una capacidad de predicción, pero quizás con una mayor conciencia que en los años sesenta de las dificultades propias de lograr semejante meta. Hay una constante búsqueda de objetivos que han sido buscados por generaciones anteriores de estudiosos de la teoría de las relaciones internacionales, basada en una mayor síntesis entre aquellas preocupaciones que han sido de principal importancia en cada uno de los estadios a través de los cuales ha pasado el campo desde los tempranos años de este siglo, y señalado y derivado de antecedentes que datan del mundo antiguo de Platón y Aristóteles hasta nuestros días y época. Así, la búsqueda de una teoría o teorías adecuadas a las necesidades de un sistema

internacional en constante cambio sigue, en la medida en que avanzamos hacia el umbral de un nuevo siglo y del tercer milenio.

NOTAS AL CAPITULO 13

[1] E. H. Carr: *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939* (Nueva York, Harper & Row [Torchbooks], 1964), p. 4. Ver también Richard Little: "The Evolution of International Relations as a Social Science", en R. C. Kent y G. P. Nielsson, comps.: *The Study and Teaching of International Relations: A Perspective on Mid-Career Education* (Nueva York, Nichols Publishing Co., 1980), pp. 5-7.

[2] Ver Kenneth W. Thompson: *Political Realism and The Crisis of World Politics* (Princeton, Princeton University Press, 1960); William T. R. Fox: *The American Study of International Relations* (Columbia, University of South Carolina Press, 1968), pp. 1-35.

[3] Esto no implica sugerir que las preocupaciones de los estudiosos de las relaciones internacionales durante cada una de estas etapas hayan sido mutuamente excluyentes. Ejemplos de cada una pueden encontrarse en cada estadio del desarrollo de las relaciones internacionales.

[4] Para un examen de tales tendencias en la ciencia política, ver David Easton: "The New Revolution in Political Science", *American Political Science Review*, LXIII, Nº 4 (diciembre de 1969), pp. 1051-1061. Debido a que el estudio de las relaciones internacionales ha estado estrechamente ligado a la ciencia política, se ha esperado que las tendencias metodológicas, conceptuales y sustanciales de la ciencia política influyan en el desarrollo de las relaciones internacionales.

[5] Ver Yale H. Ferguson y Richard W. Mansbach: *The Elusive Quest: Theory and International Politics* (Columbia, University of South Carolina Press, 1988), páginas 3-9.

[6] Ver Andrew M. Scott: *The Functioning of the International System* (Nueva York, Macmillan, 1967), pp. 2-6.

[7] Ver Inis L. Claude, Jr.: *Power and International Relations* (Nueva York, Random House, 1962), pp. 11-39; Ernst B. Haas: "Balance of Power: Prescription or Propaganda", *World Politics*, V, Nº 2 (1953), pp. 442-447.

[8] Ver, por ejemplo, James N. Rosenau, comp.: *Linkage Politics: Essays on the Convergence of National and International Systems* (Nueva York, The Free Press, 1969); "Compatibility, Consensus and an Emerging Political Science of Adaptation", *American Political Science Review*, LXI, Nº 3 (diciembre de 1967), pp. 983-988, y Wolfram F. Hanrieder: "Compatibility and Consensus: A Proposal for the Conceptual Linkage of External and Internal Dimensions of Foreign Policy", *American Political Science Review*, LXI, Nº 3 (diciembre de 1967), pp. 971-982.

[9] Ver James N. Rosenau: "A Pre-Theory Revisited: World Politics in an Era of Cascading Interdependence", *International Studies Quarterly*, 28, Nº 2 (1984), pp. 245-305.

[10] Ver Donald J. Puchala y Stuart I. Fagan: "International Politics in the 1970s: The Search for a Perspective", *International Organization*, 28, Nº 2 (primavera de 1974), p. 247.

[11] Ver, por ejemplo, Gabriel Almond: *The American People and Foreign Policy* (Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1950). Para un ejemplo más reciente de tal bibliografía, ver James N. Rosenau, comp.: *Domestic Sources of Foreign Policy* (Nueva York, The Free Press, 1967).

[12] Richard W. Masbach y John A. Vásquez: *In Search for Theory: A New Paradigm for Global Politics* (Nueva York, Columbia University Press, 1981), pp. 68-69.

[13] John W. Burton: *World Society* (Cambridge, Cambridge University Press, 1972), p. 42.

[14] Richard K. Ashly: "Untying the Soverign State: A Double Reading of the Anarchy Problematique", *Millenium: Journal of International Studies*, 17, Nº 2 (verano de 1988), p. 229.

[15] T. S. Kuhn: *The Structure of Scientific Revolutions* (Chicago, University of Chicago Press, 1970), p. 92.

[16] Arend Lijphart: "The Structure of the Theoretical Revolution in International Relations", *International Studies Quarterly*, 18, Nº 1 (marzo de 1974), páginas 41-73.

[17] Ibídem, p. 207.

[18] K. J. Holsti: *The Dividing Discipline: Hegemony and Diversity in International Theory* (Boston, Allen & Unwin, 1987), p. 74.

[19] Ibídem, p. 11. Ver también M. Banks: "Inter-Paradigm Debate", en M. Light and A. J. R. Groun, comps.: *International Relations: A Handbook of Current Theory* (Londres, Francis Pinter, 1985), pp. 7-26; Mark Hoffman: "Critical Theory and the Inter-Paradigm Debate", *Millennium: Journal of Internasional Studies*, 16, Nº 2 (verano de 1987), pp. 231-249; Fred Halliday: "State and Society in International Relations: A Second Agenda", ibídem, pp. 215-230; Steve Smith: "Paradigm Dominance in International Relations: The Development of International Relations as Social Science", ibídem, pp. 189-206; Ekkehart Krippendorf: "The Dominance of American Approaches in International Relations", ibídem, pp. 207-214.

[20] Philippe Braillard: "The Social Sciences and the Study of International Relations", *International Social Science Journal*, 36, Nº 4 (1984), p. 631.

[21] Ferguson y Mansbach: op. cit., p. 28.

[22] Hayward R. Alker, Jr., y Thomas J. Biersteker: "The Dialectics of World Order: Notes for a Future Archeologist of International Savoir Faire", *International Studies Quarterly*, 28, Nº 1 (1984), p. 121.

[23] Ibídem, p. 122.

[24] John A. Vásquez: "Statistical Findings in International Politics", *International Studies Quarterly*, 20, Nº 2 (junio de 1976), pp. 171-218.

[25] Ibídem, p. 207.

[26] Ferguson y Mansbach: op. cit., p. 30.

[27] Para un examen de este debate, ver lo siguiente: Klaus Knorr y James N. Rosenau: "Tradition and Science in the Study of International Politics"; James N. Rosenau: "Tradition and Science in the Study of International Politics"; Hedley Bull: "International Theory: The Case for a Classical Approach"; Morton A. Kaplan: "The New Great Debate: Traditionalism vs. Science in International Relations"; J. David Singer: "The Incomplete Theorist: Insigh without Evidence"; Marion J. Levy, Jr.: "'Does It Matter if He's Naked?' Bawled the Child" en Klaus Knorr y James N. Rosenau, comps.: *Contending Approaches to International Politics* (Princeton, Princeton University Press, 1969), pp. 8-110.

[28] Ver Johan Galtung: "The Social Sciences: An Essay on Polarization and Integration", en Knorr y Rosenau, comps.: op. cit., pp. 243-285.

[29] Hay, por supuesto, una necesidad de criterios tanto para el establecimiento de las agendas de investigación como para la conducción de la investigación misma. Dadas las diferentes concepciones de la naturaleza de la teoría y de los diferentes intereses de investigación y metodología de los estudiosos de las relaciones internacionales, las perspectivas de llegar a un acuerdo sobre tales criterios no son grandes.

[30] La palabra *teoría* en sí misma ha sido utilizada en varias formas en el campo de las relaciones internacionales, y hay desacuerdo entre los especialistas acerca de la naturaleza de la teoría. Ver el Capítulo 1 para una discusión de los diversos usos del término *teoría*.

[31] Ver J. David Singer: "The Level-of-Analysis Problem in International Relations", en Klaus Knorr y Sidney Verba, comps.: *The International System: Theoretical Essays* (Princeton, Princeton University Press, 1961), pp. 77-92. Ver también el tratamiento que le dan los autores de este texto en el Capítulo 1, pp. 26-27.

[32] Ver, en especial, Kenneth N. Waltz: *Man, The State and War: A Theoretical Analysis* (Nueva York, Columbia University Press, 1959), y, del mismo

autor, *Theory of International Politics* (Reading, Mass., Addison-Wesley Publishing Company, 1979), especialmente cap. 4.

[33] Bruce M. Russett: "Apologia pro Vita Sua" en James N. Rosenau, comp.: *In Search of Global Patterns* (Nueva York, The Free Press, 1976), p. 36.

[34] Para un esfuerzo útil por delinear las fronteras de las relaciones internacionales, ver E. Raymond Platig: *International Relations Research: Problems of Evaluation and Advancement* (Santa Barbara, California, Clio Press, for the Carnegie Endowment for International Peace, 1967), especialmente pp. 26-44.

[35] Un estudioso contemporáneo de las relaciones internacionales, Johan Galtung, ha sugerido: "Uno puede decir que la relación entre las relaciones internacionales y la ciencia política es la misma que la relación entre sociología y psicología: es la transición del estudio meticuloso de una unidad en el tiempo al estudio de la estructura de interacción entre las unidades que caracterizan las relaciones entre estos pares de ciencias". Johan Galtung: *Small Group Theory and the Theory of International Relations* (Nueva York, St. Martin's Press, 1968), p. 271.

[36] Ver Walter Isard, junto con Tony E. Smith, Peter Isard, Tze Hsiung Tung y Michael Dacey: *General Theory: Social, Political, Economic and Regional* (Cambridge, Mass., M.I.T. Press, 1969).

[37] Ver, por ejemplo, Richard W. Mansbach, Yale H. Ferguson y Donald E. Lampert: *The Web of World Politics: Nonstate Actors in the Global System* (Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1976).

[38] Philip Alston y Raul Pangalangan: *Revitalizing the Study of International Organizations* (Informe de una conferencia sobre "La enseñanza de las organizaciones internacionales desde una perspectiva legal y política"), Medford, 28-31 de octubre de 1987 (Medford, Ma., The Fletcher School of Law & Diplomacy, Tufts University), p. 25.

[39] Ver, por ejemplo, Zbigniew Brzezinski: *Between Two Ages: America's Role in a Technotronic Era* (Nueva York, Viking, 1970); Victor Basiuk: *Technology, World Politics and American Policy* (Nueva York, Columbia University Press, 1977); Hans J. Mongenthau: *Science: Servant or Master?* (Nueva York, American Library, 1972); Eugene B. Skolnikoff: *International Imperatives of Technology: Technological Development and the International Political System* (University of California International Studies, 1972); Hilary Rose y Steven Rose: *Science and Society* (Baltimore, Md., Penguin, 1970); Ira Spiegel-Rosing y Derek de Solla Price, comps.: *Science, Technology and Society* (Beverly Hills, California, Sage, 1977).

[40] Ver Richard C. Snyder, H. W. Bruck y Burton Sapin, comps.: *Foreign Policy Decision Making* (Nueva York, The Free Press, 1963).

[41] Ver Wolfram Hanrieder: op. cit.; James N. Rosenau: "External Influences on the Internal Behavior of States", en R. Barry Farrell, comp.: *Approaches to Comparative and International Politics* (Evanston, Illinois, Northwestern University Press, 1966), pp. 27-92; James N. Rosenau: "Comparative Foreign Policy - Fad, Fantasy or Field", ponencia presentada para su lectura en el Seminario del Comité de Política Comparada, University of Michigan, 1967; Randolph C. Kent: "Foreign Policy Analysis: Search for Coherence in a Multifaceted Field", en R. C. Kent y G. P. Nielsson, comps.: op. cit., pp. 90-110.

[42] Charles F. Hermann, comp.: *International Crises: Insights from Behavioral Research* (Nueva York, The Free Press, 1972), pp. 304-320.

[43] Para recientes análisis de los estudios de seguridad internacional como campo, ver, por ejemplo, Colin Gray: *Strategic Studies: A Critical Assessment* (Westport, Conn., Greenwood Press, 1982); Robert Jervis, Joshua Lederberg, Robert North, Stephen Rosen, John Steinbrunner y Dina Ainnes: *The Field of National Security Studies: Report to the National Research Council* (Washington, D.C., 1986); Richard Smoke: "National Security Affairs", en Fred J. Greenstein y Nelson W. Polsby, comps.: *Handbook of Political Science*, vol. 8, *International Politics* (Reading, Mass., Addison-Wesley, 1975); Colin S. Gray: *Strategic Studies and Public Policy* (Lexington, University Press of Kentucky, 1982); Joseph S. Nye, Jr., y Sean M. Lynn Jones: "International Security Studies: A Report of a Conference on the State of the Field", *International Security* (primavera de 1988), pp. 5-27, y A. J. R. Groom: "Strategy: The Evolution of the Field", en R. C. Kent y G. P. Nielsson, comps.: op. cit., pp. 47-59.

[44] Ver Goeffrey Kemp, Robert L. Pfaltzgraff, Jr., y Uri Ra'anan: *The Superpowers in a Multinuclear World* (Lexington, Mass., D. C. Heath, 1974). Ver también Robert L. Pfaltzgraff, Jr.: "The Evolution of American Nuclear Thought", en B. Mitchell Simpson, III, comp.: *War Strategy and Maritime Power* (New Brunswick, N. J., Rutgers University Press, 1977), pp. 280-282.

[45] Fritz W. Ermarth: "Constrasts in American and Soviet Strategic Thought", *International Security*, 3, Nº 2 (otoño de 1978), p. 139.

[46] Colin S. Gray: *Strategic Studies and Public Policy*, p. 194.

[47] Para una investigación amplia de tal bibliografía, junto con un importante esfuerzo por definir, categorizar y analizar políticas económicas como instrumentos de manejo del Estado, ver David A. Baldwin: *Economic Statecraft* (Princeton, Princeton University Press, 1985), especialmente cap. 2. Ver también Roger Tooze: "The Unwritten Preface: International Political Economy and Epistemology", *Millennium: Journal of International Studies*, 17, Nº 2 (verano de 1988), pp. 288-293.

[48] Ver, por ejemplo, Robert T. Holt y John E. Turner: *The Methodology of Comparative Research* (Nueva York, The Free Press, 1970).

[49] Sin embargo, hay dos volúmenes de uso potencial en un estudio de la toma de decisiones que toman en cuenta las historias médicas de los participantes clave. Incluyen a Hugh L'Estang: *The Pathology of Leadership* (Londres, William Heinemann Medical Books, 1969), *Lord Moran, Churchill: Taken form de Diaries of Lord Moran, The Struggle for Survival, 1940-1965* (Boston, Houghton Hifflin, 1966).

[50] Thomas C. Wiegele: "Decision Making in an International Crisis Some Biological Factores", *International Studies Quarterly*, 17, Nº 2 (junio de 1973), p. 305. Ver también Thomas C. Wiegele, comp.: *Biology and the Social Sciences* (Boulder, Colo., Westview Press, 1982); Thomas C. Wiegele: *Biopolitics: Search for a More Human Political Science* (Boulder, Colo., Westview Press, 1979); Thomas C. Wiegele, Gordon Hilton, Kent Layne Oots y Susan V. Kisiel: *Leaders Under Stress: A Psychophysiological Analysis of International Crises* (Durham, N. C., Duke University Press, 1985); Thomas C. Wiegele: "Models of Stress and Disturbances in Elite Political Behaviors: Psychological Variables and Political Decision-Making" en Robert S. Robins, comp.: *Psychopathology and Political Leadership* (Nueva Orleans, Tulane University, 1977), pp. 79-111; Kent Layne Oots y Thomas C. Wiegele: "Terrorist and Victims: Psychiatric and Physiological Approaches from a Social Science Perspective", *Terrorism: An International Journal*, 8, Nº 11 (1985), pp. 1-32; James M. Schubert, Thomas C. Wiegele y Samuel M. Hines: "Age and Political Behavior in Collective Decision-Making", *International Political Science Review*, 8, Nº 2 (1987), pp. 131-146; Samuel Long, comp.: *Political Behavior Annual*, vol. 1 (Boulder, Colo., Westview Press, 1986); Thomas C. Wiegele: "Sigal Leakage and the Remote Psychological Assessment of Foreign Policy Elites", en Lawrence S. Falkowski, comp.: *Psychological Models in International Politics* (Boulder, Colo., Westview Press, 1979); Thomas C. Wiegele: "The Psychophysiology of Elite Stress in Five International Crises: A Preliminary Test for a Voice Measurement Technique", *International Studies Quarterly*, 22, Nº 4 (diciembre de 1978), pp. 467-511; Thomas C. Wiegele: "The Life Sciences and International Relations: A Bibliographic Essay", *International Studies Notes of the International Studies Association*, 11, Nº 2 (invierno de 1984-1985), pp. 1-7.

[51] Thomas C. Wiegele: "Models of Stress and Disturbances in Elite Political Behaviors: Psychological Variables and Political Decision-Making", en *Psychological and Political Leadership* (Nueva Orleans, Tulane University Studies in Political Science); ver, también, del mismo autor: "Physiologically Based Content Analysis: An Application in Political Communication", en Brent D. Rupin, comp.: *Communication Yearbook*, 2 (New Brunswick, N. J., Transaction Books, 1978), pp. 423-436; "Health and Stress During International Crisis: Neglected Input Variables in the Foreign Policy Decision-Making Process", *Journal of Political Science*, III, Nº 2 (primavera de 1976), pp. 139-144.

[52] Willard Fazan: "Federal Information Communities: The Systems Approach", informe preparado para la reunión anual de la Asociación Norteamericana de Ciencia Política (septiembre de 1966). Citado en David B. Bobrow y Judah L. Schwartz: "Computers and International Relations", en Bobrow y Schwartz, comps.: *Computer and the Policy - Making Community: Applications to International Relations* (Englewood, Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1968), p. 9.

[53] Además, los programas de zona se han visto afectados por los escasos fondos gubernamentales.

[54] Para una crítica de tal bibliografía y un intento por comprometerse en un análisis cualitativo de la interacción y la integración transnacional en Europa, ver Carl J. Friedrich: *Europe: An Emergent Nation?* (Boston, Little, Brown, 1969), pp. 24-25. Ver también Oran R. Young: *Systems of Political Science* (Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1967), pp. 60-62.

[55] Richard Smoke: "Theory for and About Policy", en James N. Rosenau, comp.: *In Search of Global Patterns*, p. 191.

[56] Trevor Taylor: "Introduction: The Nature of International Relations", en Trevor Taylor, comp.: *Approaches and Theory in International Relations* (Nueva York, Longmans, 1978), p. 3.

[57] Hay tres tipos generales de pronósticos tecnológicos: los exploratorios, los de oportunidad y los normativos. El pronóstico exploratorio sugiere que la tecnología futura es probable si el nivel actual de apoyo continúa. El pronóstico de oportunidad describe los probables efectos de un esfuerzo mayor en una "zona de problemas" tecnológicos u otra. El pronóstico normativo combina las metas deseadas y las posibilidades tecnológicas usando las metas como guía para la distribución de recursos.

Numerosas técnicas se han utilizado para obtener tales pronósticos. La usada más a menudo es todavía la correlación de tendencias y sus variaciones: correlación de tendencias en varios campos y analogía del crecimiento. Una nueva técnica para obtener pronósticos "intuitivos" más que estadísticos, es el método Delphi, un complicado diseño de encuestas para obtener el consenso de los expertos sin una conferencia o panel de discusión. El análisis de sistemas, como el Programa de Evaluación e Investigación de Técnicas (PERT) originariamente desarrollado por la Armada de Estados Unidos, ha sido especialmente útil para el pronóstico de oportunidad, tanto como para la administración de R & D. Finalmente, el modelo matemático y el concepto de "retroalimentación" han sido aplicados a ayudar al pronóstico normativo a correlacionar las metas del gobierno y la industria con las capacidades tecnológicas.

El tratamiento general más abarcador del pronóstico tecnológico es el de Eric Jantsch: *Technological Forecasting in Perspective* (París, OECD Publication, 1967). Una explicación de las técnicas de pronóstico puede encontrarse en Robert V. Ayres: *Technological Forecasting and Long-Rance Planning* (Nueva York, McGraw-Hill, 1969). Ver también James R. Brigth: *Technological Forecasting for Industry and Government: Methods and Applications* (Englewood, Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1968). Para el aspecto más literario y especulativo del movimiento, ver Bertrand de Jouvenel: *The Art of Conjecture*, trad. N. Lary (Nueva York, Basic Books, 1967); Dennis Gabor: *Inventing the Future* (Nueva York, Knopf, 1964); Daniel Bell, comp.: *Toward the Year 2000: Work in Progress* (Boston, Houghton Mifflin and the American Academy of Arts and Sciences, 1968), y Neville Brown: *The Future Global Challenge: A Predictive Study of World Security, 1977-1990* (Nueva York, Crane, Russak, 1977).

[58] Morton A. Kaplan: "Problems of Theory Building and Theory Confirmation in International Politics" en Klaus Knorr y Sidney Verba, comps.: *The International System: Theoretical Essays* (Princeton, N. J., Princeton University Press, 1961), p. 7.

[59] Rudolph J. Rummel: "The Roots of Faith", en James N. Rosenau, comp.: *In Search of Global Patterns*, p. 30.

[60] David Easton: "The New Revolution in Political Science", *American Political Science Review*, LXIII, Nº 4 (diciembre de 1969), p. 1052. De igual forma, Easton estuvo entre los primeros en discernir la revolución conductista en ciencia política. Ver David Easton: *The Political System: An Inquiry into the State of Political Science* (Nueva York, Knopf, 1954), especialmente pp. 37-225; del mismo autor, *A Framework for Political Analysis* (Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1965), pp. 6-9.

[61] James N. Rosenau: "Assessment in International Studies: Ego Trip or Feedback?", p. 34.

[62] Charles W. Kegley, Jr.: "Neo-Idealism: A Practical Matter", *Ethics and International Affairs*, vol. 2 (1988), pp. 195-196; y Charls W. Kegley, Jr., y Gregory A. Raymond: "Normative Constraint on the Use of Force Short of War", *Journal of Peace Research*, 23, Nº 3 (1986), pp. 213-227. Para otros recientes análisis normativos, ver Mervyn Frost: *Toward a Normative Theory of International Relations* (Cambridge, Cambridge University Press, 1986); Hidemi Suganami: "A Normative Enquiry in International Relations: The Case of 'Pacta Sunt Servanda'", *Review of International Studies*, 9, Nº 1 (1983); Robert Cordis: "Religion and International Responsability", en Kenneth W. Thompson, comp.: *Moral Dimensions of American Foreign Policy* (New Brunswick, N. J., Transation Books, 1984); Ray Maghroori y Bennet Ramberg, comps.: *Globalism Versus Realism: International Relations Third Debate* (Boulder, Colo., Westview Press, 1982); Louis René: *Reason and Realpolitik* (Lexington, Mass., Lexington Books, 1984); J. E. Hare y Carney B. Joyint: *Ethics and International Affairs* (Nueva York, Ct. Martin's, 1982); John A. Vásquez: *The Power Politics: A Critique* (Londres, Francis Pinter, 1983); Stanley Hoffmann: "The Political Ethics of International Relations", Seventh Morgenthau Memorial Lecture on Ethics and Foreign Policy", Carnegie Council on Ethics and International Affairs, Nueva York, 1988; Kenneth Kipnis y Diana T. Meyers, comps.: *Political Realism and International Morality: Ethics in the Nuclear Age* (Boulder, Colo., y Londres, Westview Press, 1987); Terry Nardin: *Law, Morality and the Relations of States* (Princeton, Princeton University Press, 1983); Charles R. Beitz, Marshall Cohen, Thomas Scanlon y A. John Simmons, comps.: *International Ethics* (Princeton, Princeton University Press, 1985); Chris Brown: "The Modern Requirement? Reflections on Normative International Theory in a Post-Western World", *Millennium: Journal of International Studies*, 17, Nº 2 (verano de 1988), pp. 339-348; Bruce M. Russett: "Ethical Dilemmas of Nuclear Deterrence", *International Security*, 8, Nº 4 (primavera de 1948), pp. 36-54; Charles R. Beitz: *Political Theory and International Relations* (Princeton, Princeton University Press, 1979); James W. Child: *Nuclear War, the Moral Dimension* (New Brunskick, N. J., Transaction Books, 1986); Michael Novak: *Moral Clarity in the Nuclear Age* (Nueva York, The Free Press, 1986); Joseph S. Nye, Jr., comp: *Nuclear Ethics* (Nueva York, The Free Press, 1986); William V. O'Brien y John Langan, comps.: *The Nuclear Dilemma and the Just War Tradition* (Lexington, Mass., Lexington Books, 1986); Robert L. Pfaltzgraff, Jr.: *National Security: Ethics, Strategy and Politics, A Layman's Primer* (Washington, D.C., Pergamon-Btassey's, 1986) y James E. Dougherty: *The Bishops and Nuclear Weapons* (Camden, Conn., Archon, 1984).

[63] Ferguson y Mansbach: op. cit., p. 216. Para una discusión de continuidad en las premisas mayores y los temas de la teoría de las relaciones internacionales, ver N. J. Rengger: "Serpents and Doves in Classical International Theory", *Millennium: Journal of International Studies*, 17, Nº 2 (verano 1988), pp. 215-225.

[64] Para una colección de ensayos de especialistas preocupados por la relación entre las ciencias sociales y la política pública en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, ver Daniel Lerner y Harold D. Lasswell, comps.: *The Policy Sciences* (Stanford, Stanford University Press, 1951). Para una discusión más reciente, ver Norman D. Palmer, comp.: *A Design for International Relations Research: Scope, Theory, Methods, and Relevance*, Monograph 10, The American Academy of Political and Social Science (octubre de 1970), especialmente pp. 154-274.

[65] Charles J. Hitch y Roland N. McKean: *The Economics of Defense in the Nuclear Age* (Cambridge, Harvard University Press, 1963); Roland McKean: *Efficiency in Government Through Systems Analysis* (Nueva York, Wiley, 1958); Raymond A. Bauer y Kenneth J. Gergen, comps.: *The Study of Policy Formation* (Nueva York, The Free Press, 1968); Harold Lasswell: "Policy Sciences", en

International Encyclopedia of the Social Sciences (Nueva York, Macmillan y The Free Press, 1968), pp. xii, 181-189.

[66] Ver Yehezkel Dror: *Analytical Approaches and Applied Social Sciences* (Santa Mónica, California, The RAND Corporation, 1969), monografía.

ÍNDICE GENERAL

Prefacio 7

Capítulo 1
ENFOQUES TEÓRICOS DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES 11

Los primeros enfoques de la teoría de las relaciones internacionales 11
Los enfoques modernos de la teoría de las relaciones internacionales 13
E. H. Carr y la crisis de la política mundial 14
El realismo posterior a la Segunda Guerra Mundial 17
El desarrollo de la teoría de las relaciones internacionales 19
Teorías de "gran" y de "mediano alcance" 20
Cuestiones lógicamente previas 22
La definición y el alcance de las relaciones internacionales 23
La naturaleza y la función de la teoría 26
La relación entre teoría y práctica 28
La teorización deductiva e inductiva 30
El problema del "nivel de análisis": ¿quiénes son los agentes? .. 33
La controversia entre tradicionalistas y conductistas 39
La teoría tradicional: el equilibrio de poder 41
Equilibrio de poder: problemas y definición 41
Equilibrio de poder: fines y funciones 42
Críticas al equilibrio de poder 44
Equilibrio de poder: modelos contemporáneos 45
Un caso de estudio en metodología cuantitativa 46
¿Puede haber una teoría internacional "científica"? 48
La búsqueda de modelos recurrentes 50
Conclusiones 51
Notas al Capítulo 1 52

Capítulo 2
TEORÍAS AMBIENTALES 63

El papel del entorno en las relaciones internacionales 63
Buckle y Huntington: factores climáticos 66
Toynbee: desafío ambiental y respuesta 67
Factores geográficos de poder nacional 68
Mahan, los mares y el poderío nacional 70
Mackinder y las tierras de importancia decisiva (heartland) 72
Geopolítica: la significación política de los factores espaciales .. 75
Los Sprout y las relaciones hombre-medio 77

El conductismo cognitivo y el medio operacional 78
Limitaciones de la teorización geopolítica 79
Investigación actual sobre factores ambientales 80
Críticas a las teorías ambientales 81
Tecnología, crecimiento de la población y temas ambientales ... 85
Notas al Capítulo 2 87

Capítulo 3

EL PODER Y LA TEORÍA REALISTA 91

Teoría realista versus utopismo 91
El poder como determinante del comportamiento internacional 94
Antecedentes del realismo 101
El realismo en la teoría de las relaciones internacionales:
Reinhold Niebuhr 103
Nicholas J. Spykman 105
Hans J. Morgenthau 106
George F. Kennan 111
Arnold Wolfers 116
Henry A. Kissinger 118
Robert Strausz-Hupé 124
Raymond Aron 126
Neorrealismo 130
El realismo: sus limitaciones y contribuciones 135
Notas al Capítulo 3 140

Capítulo 4

TEORÍAS SISTÉMICAS DE LA POLÍTICA
Y DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES 147

Definición, naturaleza y enfoques de la teoría de los sistemas .. 147
Sistemas e interdependencia en cascada 152
Kenneth Boulding 153
Talcott Parsons 154
David Easton y otros autores 157
La naturaleza de los sistemas en el nivel internacional 160
Charles A. McClelland y el análisis de datos-acontecimiento 163
Richard N. Rosecrance 166
Morton A. Kaplan 167
Teorías de la bipolaridad, la multipolaridad y la estabilidad internacional 170
Estructura del sistema y estabilidad 171
Los subsistemas regionales en el sistema internacional 174
Análisis del sistema mundial 176
Regímenes internacionales 179
Críticas a la teoría de los sistemas 185
Notas al Capítulo 4 188

Capítulo 5

LAS VIEJAS TEORÍAS DEL CONFLICTO 197

Prerrequisitos de una teoría general del conflicto 197
Micro y macro teorías del conflicto 199
Conflicto interpersonal y conflicto internacional 201
El conflicto y la integración social 202
Variedades de conflicto 202
Las viejas teorías de la guerra y sus causas 203
La guerra y la cristiandad 205
Las teorías filosóficas del período del estado-nación 207
Los orígenes del pacifismo moderno 208
Teorías pacifistas 210
Sir Norman Angell y la guerra como anacronismo 211
Teorías belicistas 212
Teóricos belicistas y antidemocráticos 215
El anarquismo y los socialistas marxistas 216
La teoría de la "guerra justa" en la era nuclear 218
Notas al Capítulo 5 224

Capítulo 6

TEORÍAS DEL IMPERIALISMO Y DE LAS CAUSAS
ECONÓMICAS DEL CONFLICTO INTERNACIONAL 233

La teoría marxista 234
Las ideas de Hobson sobre el imperialismo 237
Lenin: imperialismo y conflicto internacional 239
Lenin, Stalin y la guerra 242
La teoría leninista desde los años cincuenta 242
Críticas a las teorías económicas del imperialismo 244
Los marxistas modernos y el Tercer Mundo 249
El imperialismo como consigna política 256
El debate Norte-Sur 258
La teoría de la "dependencia" 260
El Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) 263
Empresas multinacionales 266
La economía mundial capitalista 268
El informe de la Comisión Brandt 270
Conclusiones 271
Notas al Capítulo 6 274

Capítulo 7

TEORÍAS MICROCÓSMICAS DE CONFLICTO VIOLENTO 283

Motivaciones humanas y conflicto 283
Estudios modernos de las motivaciones humanas y la guerra 284
Teorías biológicas y psicológicas 286
Teorías instintivas de la agresión 287

Estudios del comportamiento animal 289
Lorenz: la agresión intraespecífica 290
Los críticos de Lorenz 292
La teoría de la frustración-agresión 294
La hipótesis Dollard-Doob 294
Modificaciones de la hipótesis Dollard-Doob 295
De la agresión individual a la social 296
Socialización, desplazamiento y proyección 297
La teoría del aprendizaje social 299
La agresión aprendida y el entrenamiento militar 300
El aprendizaje, las imágenes y el conflicto internacional 301
"Imágenes especulares" 302
Apartamiento y reducción de la agresión 304
Otras teorías psicológicas 307
Factores psicológicos en la era nuclear 309
Conclusión: teorías microcósmicas en perspectiva 311
Notas al Capítulo 7 312

Capítulo 8
TEORÍAS MACROCÓSMICAS DEL CONFLICTO VIOLENTO: REVOLUCIÓN Y GUERRA 323

Dimensiones internas frente a dimensiones externas del conflicto 324
Lecciones de los primitivos 327
Otras reflexiones de los teóricos de la sociedad 329
Brechas socio-económicas y conflicto revolucionario mundial 332
Modernización socioeconómica y conflicto 336
Inestabilidad política y frustración 338
El derrumbe social: las cuestiones cruciales 341
Cómo se hace una revolución 342
Objetivos y características de la revolución 343
La internacionalización de la guerra interna y el conflicto de baja intensidad 344
La ciencia política y las causas de la guerra 348
Armamentos y guerra 352
Los procesos de reacción de Richardson 353
El poder como distancia: igualdad y desigualdad 356
Crecimiento nacional y violencia internacional 358
Los correlatos del proyecto de guerra y los análisis estadísticos de la guerra 360
Las carreras de armamentos y la escalada hacia la guerra 363
La transición del poder y la guerra 364
Las alianzas y la guerra 366
Capacidad, riesgo y la utilidad y probabilidad de la guerra 368
La finalización de la guerra 372
La decisión de escalar 374
Las causas y el control de la guerra 375
Notas al Capítulo 8 381

Capítulo 9
TEORÍAS MACROCÓSMICAS DEL CONFLICTO: LA DISUASIÓN NUCLEAR Y EL CONTROL DE ARMAMENTOS 399

La naturaleza de la disuasión 399
Bernard Brodie 403
La utilidad de la fuerza militar 404
La innovación tecnológica y la disuasión 405
La disuasión y el equilibrio de poder 408
Factores psicológicos y políticos en la disuasión 408
Los niveles de la disuasión 411
La crítica de la disuasión de Robert Jervis 413
Doctrinas estratégicas 417
La disuasión nuclear extendida: Europa 423
Fuerzas de disuasión nacional en Europa 424
El desarme y el control de armamentos 426
¿Hacia una disuasión de base defensiva? 427
La disuasión y el control de armamentos en los años noventa 430
Notas al Capítulo 9 433

Capítulo 10
TEORÍAS DE INTEGRACIÓN INTERNACIONAL, REGIONALISMO Y COHESIÓN DE LAS ALIANZAS 443

Consenso, fuerza y comunidad política 443
El funcionalismo y el proceso integrativo 444
La integración como proceso y condición 445
Transacciones y comunicaciones: consecuencias para las comunidades de seguridad 447
Comunidades pluralistas de seguridad 448
Neofuncionalismo 449
El "derrame" y el proceso integrativo 451
El liderazgo político: consecuencias para la integración sectorial 452
Joseph Nye y el neofuncionalismo 455
Leon Lindberg y el neofuncionalismo 459
Cohesión de las alianzas 462
El tamaño óptimo de las alianzas 464
Cohesión y desintegración de las alianzas 465
Teoría de la integración: problemas de conceptualización y definición 468
Indicadores de la integración 468
Factores sistémicos internacionales e integración 470
Limitaciones del funcionalismo y el neofuncionalismo 472
El desarrollo de la teoría de la integración 473
Notas al Capítulo 10 475

Capítulo 11

TEORÍAS DE LA TOMA DE DECISIONES 481

Análisis de la toma de decisiones: su naturaleza y orígenes 481
Enfoques de la teoría de la toma de decisiones 482
La situación de decisión (u ocasión) 483
La política burocrática 483
Motivaciones y características de los encargados de tomar decisiones 486
El proceso de toma de decisiones 486
Los tres modelos de Allison 489
Los ajustes de Snyder y Diesing 491
La teoría cibernética de la decisión 492
La toma de decisiones en crisis 495
La decisión norteamericana de intervenir en Corea 497
La Crisis Cubana de los Misiles 499
Hacia una teoría del comportamiento en las crisis 502
El estudio sistemático del comportamiento en la crisis internacional 505
Componentes psicológicos de la toma de decisiones en una crisis 509
Conclusiones 514
Notas al Capítulo 11 515

Capítulo 12

TEORÍA DE LOS JUEGOS, JUEGO, SIMULACIÓN Y NEGOCIACIÓN 521

La teoría de los juegos y el estudio de los fenómenos políticos 521
Juegos de suma cero 522
Juegos de suma cero de dos personas 522
Juegos de suma no cero 525
El juego del "Dilema del Prisionero" (PDG) 526
Juegos de N-personas 528
Las relaciones internacionales como "juego" 529
Las relaciones internacionales como un juego de conflicto y cooperación 530
Relaciones internacionales: limitaciones de la teoría de los juegos 533
La teoría de la negociación de Schelling 536
La simulación en las relaciones internacionales 540
Los usos y las limitaciones de la simulación 540
La simulación como recurso de enseñanza 541
El juego y la ciencia política 542
El juego y la construcción de la teoría 542
El mundo del juego y el mundo real 543
Juego y simulación: el desarrollo de las relaciones internacionales 544
Notas al Capítulo 12 545

Capítulo 13

ESTUDIOS INTERNACIONALES: HACIA EL TERCER MILENIO ... 551

La crítica conductista 551
La naturaleza de la investigación cuantitativa-conductista y su legalidad posconductista 558
Grandes puntos focales de la investigación contemporánea 560
El estudio posconductista de las relaciones internacionales 563
Intereses sustanciales en emergencia 564
Conflicto 565
Integración 566
Fuerzas subnacionales 567
Los estudios internacionales comparados y la toma de decisiones 569
Estudios de teoría y seguridad 570
Poder 573
Investigación comparada entre diferentes naciones 575
¿Una síntesis cualitativa-cuantitativa? 576
La búsqueda de importancia 578
El trazado de políticas y la teoría de las relaciones internacionales 579
Teorizando sobre el futuro 580
El papel de la teoría normativa 582
Notas al Capítulo 13 586

Índice general 593

Este libro se terminó de imprimir
durante el mes de julio de 1993 en
Del Carril Impresores,
Av. Salvador María del Carril 2639/41,
Buenos Aires

GEL

Distribuidor exclusivo:
EMECE EDITORES
Alsina 2062,
Buenos Aires, Argentina
Tel.: 951-3051/53

ISBN 950-694-292-7

Ilustración de tapa: Marta Ares,
"Poster Onírico", collàge y tinta
(1990)

"En toda disciplina la teoría es esencial para la comprensión de los fenómenos, para pensar acerca de su interrelación, para conducir la investigación y para recomendar una acción política sólida. Los especialistas en biología, química y otras ciencias exigen teorías adecuadas para que les den una dirección bien orientada a su trabajo de búsqueda de curas para enfermedades tales como el cáncer. No menos importantes son los diseños teóricos en la búsqueda mucho más antigua de una solución para lo que, en general, se considera como el problema central de las relaciones internacionales: el de impedir la guerra mientras que, al mismo tiempo, se les permite a las sociedades preservar sus valores más caros y mejores. El teórico de las relaciones internacionales rechaza la tendencia a sustituir el análisis cuidadoso por consignas superficiales de calcomanía del tipo de "Hagamos el amor, no la guerra". Una doctrina de amor universal, si se la practicara universalmente, sin duda nos llevaría a una era de paz en la tierra, pero semejante doctrina no parece a punto de ser aceptada por el grueso de la humanidad. Quienes se sienten obligados –sea como miembros del Poder Ejecutivo o legisladores, encargados de tomar decisiones económicas, asesores, diplomáticos, especialistas, maestros, periodistas o votantes– a adoptar un enfoque responsable de los asuntos internacionales, deben ir más allá de las opiniones y consignas, y consagrarse al estudio sistemático del sistema global. Cualquiera que intente sacar algún sentido de la aparente incoherencia de la escena mundial, de manera que los acontecimientos separados, en lugar de resultar puramente azarosos, puedan ser explicados dentro de un modelo ordenado e inteligible, es un teórico de corazón."

Los autores

Grupo Editor Latinoamericano
Colección Estudios Internacionales

212.408